

Alberto C. Riccardi

LAS FRONTERAS DE FRANCISCO P. MORENO

Exploraciones más allá de la geografía



**LAS FRONTERAS DE
FRANCISCO P. MORENO**
Exploraciones más allá de la geografía

Alberto C. Riccardi

LAS FRONTERAS DE
FRANCISCO P. MORENO
Exploraciones más allá de la geografía

Agradecemos el retoque digital de las ilustraciones a Roberto Güller
y la revisión de textos a la Prof. Mónica Ávila.

Fundación de Historia Natural Félix de Azara

Centro de Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas
Universidad Maimónides

Hidalgo 775 - 7° piso (1405BDB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Teléfonos: 011-4905-1100 (int. 1228)

E-mail: secretaria@fundacionazara.org.ar

Página web: www.fundacionazara.org.ar

Las opiniones vertidas en el presente libro son exclusiva responsabilidad de su autor y no reflejan opiniones institucionales de los editores o auspiciantes.

Reservados los derechos para todos los países. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea este electrónico, químico, mecánico, electro-óptico, grabación, fotocopia, CD Rom, Internet o cualquier otro, sin la previa autorización escrita por parte de la editorial.

Primera Edición: 2024. Se terminó de imprimir en el mes de noviembre 2024, en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

VAZQUEZ MAZZINI EDITORES

info@vmeditores.com.ar

www.vmeditores.com.ar

Riccardi, Alberto C.

Las fronteras de Francisco P. Moreno : exploraciones más allá de la geografía / Alberto C. Riccardi. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8989-63-1

1. Biografías. 2. Historia Argentina. I. Título.

CDD 982

ÍNDICE

Presentación	7	17. Trabajos sobre límites (1897-1898)	373
Prólogo	8	18. Gestiones sobre límites de Moreno en Londres	405
Prólogo de Moreno	9	19. Inspección arbitral de Holdich en la Patagonia – El laudo arbitral	449
1. Orígenes y familia de Moreno	13	20. Regreso de Moreno de Londres a Buenos Aires, 27 de diciembre de 1902	471
2. Infancia y adolescencia de Moreno, 1852-1872	21	21. Moreno y la Antártida	485
3. Los aborígenes en la Patagonia	39	22. Moreno y los Parques Nacionales	493
4. El primer viaje de Moreno al Río Negro (1873)	69	23. El fin de una época	507
5. Escenario posterior. Preparativos para nuevos viajes. Primer viaje de Moreno a Santa Cruz, 1874	73	24. Moreno y los monumentos al Ejército de Los Andes y a Fray Luis Beltrán. Los Altares de la religión de la Patria	515
6. Primer viaje de Moreno al Nahuel Huapi (1875-1876)	79	25. Última visita de Moreno, con T. Roosevelt, al Nahuel Huapi, 1912	525
7. Expediciones de Moreno al norte argentino y al Río Santa Cruz (1876-1877)	109	26. Moreno Diputado Nacional, 1910-1913	533
8. Creación del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires y redacción del libro “Viaje a la Patagonia Austral”, 1877	171	27. Contribuciones de Moreno a la educación	547
9. El tema aborígen a partir de las décadas de 1870 y 1880	179	28. Gestión de Moreno en el Consejo Nacional de Educación, 1913-1915	555
10. Segundo viaje de Moreno al Nahuel Huapi (1879-1880)	207	29. Otras actividades e iniciativas. Asociación Cristiana de Jóvenes. Los Scouts. El inicio de la aviación nacional. El Ejército de Salvación	565
11. Renuncia, licencia y viaje a Europa (1879-1881)	239	30. Últimas preocupaciones de Moreno	573
12. Fundación del Museo La Plata	249	31. La etapa final. Muerte de Moreno. Repercusiones	589
13. Moreno y el conflicto de los límites con Chile, 1870-1896	285	32. Legado de Moreno	609
14. Expedición del Museo de La Plata, de San Rafael a lago Buenos Aires, 1896	305	Bibliografía	619
15. Moreno en la comisión de límites, 1896	351	Índice general	629
16. Muerte de María Ana Varela Moreno en Santiago de Chile	367	Acerca del autor	645

PRESENTACIÓN

Luego de años de riguroso trabajo, el Dr. Alberto C. Riccardi, destacado investigador de nuestra casa, ha culminado una excelente y completísima biografía de Moreno. Por ello, en nombre del Comité Ejecutivo de la Fundación Museo de La Plata “Francisco Pascasio Moreno”, me complace presentar esta anhelada publicación, que viene a saldar de manera ejemplar las miradas parciales que hasta hoy circularon sobre nuestro insigne personaje.

En efecto, *Las Fronteras de Francisco P. Moreno. Exploraciones más allá de la geografía*, no es sólo una biografía más del ilustre naturalista argentino. Se trata de un recorrido vital que repone, junto con los vaivenes de su personaje, casi un siglo de historia argentina. El libro del Dr. Riccardi se destaca entre las biografías y semblanzas escritas hasta hoy por varios motivos, de los cuales nos animamos a señalar en pocas líneas los más sobresalientes.

En primer lugar, por el relevamiento exhaustivo de datos y fuentes que logra su investigación. Perseverante y minucioso en la recolección de información, Riccardi nos ofrece con su libro la singularidad de una biografía profusa en sus detalles, entramada en una serie iconográfica tan sugerente como atrayente: mapas, planos, imágenes poco o nada conocidas complementan un recorrido histórico riquísimo.

En segundo lugar, si con la vida de Moreno transcurre la vida pública del país, Riccardi logra articular ambas de modo convincente y lo hace mediante la reposición acertada de la palabra de su protagonista: cartas, misivas, discursos parlamentarios y reflexiones de Moreno van insertándose en cada

capítulo, cada coyuntura y época que el libro reconstruye vívidamente.

La trayectoria de Moreno es extensa: surge poco después de la bisagra de Caseros (1852) y llega al yri-goyenismo (1919). Moreno no fue siempre el mismo Moreno –y eso queda claro al recorrer estas páginas–, pero pareció desde siempre entrever la utilidad del conocimiento –sus incursiones en antropología, geografía, etnografía y educación así lo atestiguan– y ese tal vez sea su mayor legado.

Uno de los méritos de este libro es hacer que ese legado, basado en el fomento a la investigación y la búsqueda del saber, el apoyo a la cultura y las artes, la promoción del desarrollo científico y la transmisión de conocimiento a la comunidad, recobre hoy su merecida vigencia.

Recorrer sus casi setecientas páginas es sumergirse en el diálogo entre la historia y sus protagonistas. Francisco P. Moreno, figura central de ese entramado, emerge robustecido por el meticuloso y apasionado estudio de su biógrafo, quien nos honra con su trabajo, pues viene a sumarse a uno de los objetivos principales de nuestra Fundación: la difusión de la obra y el legado de Francisco Pascasio Moreno.

Por todo lo dicho, este libro constituye la mejor expresión de los pilares sobre los que se cimienta esta Fundación, y por ello vaya a su autor nuestro profundo y respetuoso agradecimiento.

Luis Mansur

Presidente de la Fundación Museo de La Plata
“Francisco Pascasio Moreno”

PRÓLOGO

El título de este libro hace referencia a la idea que tenía Moreno sobre cómo se define a un viajero y a las dimensiones en las que este se desplaza en sus diferentes exploraciones. En sus palabras: *“Entiendo por viajero no solo el que camina leguas con sus pies en busca de adelantos, sino también el que las recorre, con su imaginación, haciendo progresar los conocimientos que han de ir sometiendo a nuestro imperio los demás elementos de la naturaleza, para llevarnos al goce pleno de nuestra libertad en el mundo. Si bien un día, los Colón, los Magallanes, los Cook, los Franklyn, los Livingstone, que descubrieron casi mundos y que murieron al revelárnoslos, no encontrarán ni modestos imitadores por falta de escenario, y que la tan grandiosa como pequeña esfera terrestre nos será familiar en sus más lejanos rincones, los que sigan las huellas de los Galileo, los Voltaire, los Humboldt, serán inagotables. Ellos concluirán el conocimiento de los mundos; todo lo que existe nos será revelado por su estudio, y llegará un día que el espíritu humano se entronice sobre todo lo creado o increado. El mundo será entonces el digno pedestal del hombre”* (Moreno, 1879, p. 203-204).

PRÓLOGO DE MORENO

Nada mejor como prólogo de esta obra que el escrito que Moreno (1906-1919, p. 426-509) quiso usar para sus “Reminiscencias” inéditas:

“Tan escasa es mi educación literaria que no acierto con un título apropiado para estas páginas de las ‘Reminiscencias’ de mi ya larga vida. El preámbulo, prólogo, prefacio o introducción de un libro, lo escribe su autor una vez terminada la tarea, pero, quizás mi inexperiencia en la que emprendo y la forma que he adoptado sobre el mío, me llevan a proceder a la inversa. Me parece que, sin estas confidencias e impresiones preliminares, no me orientaría bien entre la multitud de tantas evocaciones que surgían al mojar la pluma para relatarlas.

En las muchas noches sin sueño, hijas de mi casi inactividad presente, he revistado con frecuencia hechos observados y mi acción en el pasado, y me he dicho que de unos y de otra debiera dejar constancia en letra de molde en cuanto se relaciona con los intereses generales de mi país; y si me abstenía de hacerlo hoy lo era por el carácter personal que necesariamente tendría el libro que los contuviera pero al fin el consejo de personas, a las que confié estas dudas y que me han recordado un dicho de Belgrano que creo aplicaría en mi caso (‘nada importa saber de la vida de ciertos hombres, cuyos afanes se han limitado a servirse a sí mismos, despreocupados por completo de los demás, pero la vida de los hombres públicos debe presentarse y difundirse para que sus virtudes sean un ejemplo que seguir, y aun sus defectos una lección que nos evite

repetirlos’) me han decidido a referir con la sencillez de la verdad lo observado y hecho durante el medio siglo que he caminado tras un ideal aún no alcanzado (...).

Me encuentro entre los que creen haber nacido para servir a la patria, con lo que se sirven a sí mismos. Con esa creencia (...), desde la niñez (...) a realizar este anhelo he dedicado todas mis energías sin vacilaciones, ni desmayos, afrontando todas las dudas propias y ajenas, aun cuando la tarea me pareciera a veces muy superior a los elementos de que disponía. No creo que a ese esfuerzo se deban grandes cosas, pero sí creo que he sido útil a la colectividad nacional (...) y sé que cualquier otro hombre hubiera obtenido el mismo resultado de haberse orientado en el mismo sentido actuando en iguales circunstancias, y debo agregar que durante mi labor no hice sacrificios de ningún género (...). Para el cumplimiento del deber contraído con mi ideal prescindí siempre de convencionalismos, de temporizaciones, de simpatías o de antipatías en mis actos, seguro de que guiado por la verdad, siguiéndola con energía, alcanzaría el fin buscado.

Sarmiento dijo bien o mal: ‘Las cosas hay que hacerlas, hacerlas mal, pero hacerlas’, y tuve en cuenta este dicho cada vez que las circunstancias me obligaron a afrontar tareas para las que no contaba con la preparación necesaria, cuando no se encontraba el hombre que la tenía y que se decidiera a darla al servicio que la exigía. Ciertamente los hombres múltiples

no son los que más confianza deben merecer al pueblo, pero hay casos en que se debe elegir aquel que no divague (...) porque en nuestro medio tan pobre de hombres como rico en recursos materiales, el desarrollo de un plan como el mío me obligaba a ser hombre múltiple para mantener su cohesión. Por tal causa no he podido alcanzar el resultado que en determinados momentos pudo esperarse de mis gestiones como viajero en tierras nuevas, director del Museo de La Plata, perito argentino en la delimitación de nuestras fronteras con Chile, director del Mapa Topográfico y Geológico de la Provincia de Buenos Aires y miembro del Consejo Nacional de Educación.

Sin ninguna preparación universitaria y sin más escuela que la primaria que se daba cincuenta años atrás, escuela pobre, pero que tenía la ventaja de no imponer al alumno la sumisión al pensar ajeno no pocas veces cerrado e infecundo debí ampliar mi muy deficiente educación libresco con la observación directa de la naturaleza que pronto me enseñó que la palabra poco vale cuando no se refiere a hechos concretos, y a desempeñarme con mis solas fuerzas emanada de esta educación simple (...) 'el hombre no debe nunca pretender ser más de lo que realmente es' (...)

Cuanto escribo aquí es para el pueblo (...) que es el que tiene la parte principal en la nación, de los actos de la vida política, social y económica (...) mientras, salvo honorables excepciones, los cosechadores del esfuerzo ajeno, pretenden dirigirlo y aprovechando la superficialidad colectiva (...) y manteniéndolo en la ignorancia de sus deberes y derechos manejan y disponen de los intereses generales, desde cómodos sillones frente a bibliotecas repletas de obras generalmente sin aplicación al estudio del desenvolvimiento nacional. Sin la menor preocupación respecto al medio geográfico, económico y social de nuestro país (...) se contentan con armonizar en las espirales del humo del habano sus conveniencias personales con las generales del país, y esta clase de hombres no ha de acoger bien las páginas que siguen porque creo que entrañan enseñanza y contienen observaciones del hecho vivido, del ideal experimentado, pero otros hombres, que felizmente empiezan a ser legión, que encaran el presente argentino con la convicción de que se imponen reacciones inmediatas (...) estos hombres han de aplaudir la sinceridad con que expreso mis observaciones porque el verdadero pueblo

argentino no carece de las condiciones esenciales para alcanzar grandes destinos.

Así creo que un día desaparecerá la ignorancia aun casi general sobre la potencialidad del suelo (...), inagotable si es bien interpretado y aprovechado, y entonces se formará una conciencia nacional sobre las responsabilidades que imponen estos factores, y despertará una nueva voluntad que nos permita realizar el sueño (...) de nuestros antepasados de un siglo atrás.

También en el curso de estas reminiscencias tal vez contrariaré opiniones ya universalmente arraigadas, basadas en inexactitudes o tergiversaciones que deben desaparecer ante las conveniencias nacionales, porque diré la verdad que requiere el servicio del pueblo y la predicaré siempre como misionero que soy de la religión de la patria. En esta religión me iniciaron algunos de los grandes artífices que trabajaron en la construcción del país, cuyo trato tuve la dicha de cultivar desde la adolescencia, patriotas que aprendieron en la dura escuela de la vida en épocas nebulosas, batalladores sin descanso en épocas de violentas pasiones, pero que nunca olvidaron que se debían a la patria común apenas naciente, que sirvieron sin omitir sacrificios. Bondadosos con el muchacho que se les acercaba buscando sus enseñanzas y los alientos de la experiencia, fomentaron mis anhelos, me aconsejaron consistencia en el esfuerzo, entusiasmo en la acción, y me transmitieron la visión de expansión, de solidaridad, y no de disminución ni de dilución (...).

Con estos recuerdos que han mantenido y robustecido mi credo, pienso que durante el período de organización hemos olvidado formar y robustecer el profundo sentimiento de la nacionalidad, mientras se transformaba materialmente el país, que se descuidó por demás el crear nuestra conciencia geográfica, base de esa organización y cimiento de nuestro futuro (...). Se explica así que los hombres una vez llegados al poder no logren realizar su programa en la medida que cumple a los gobernantes. (...).

Se ha dicho y repetido que nos falta a los argentinos la capacidad necesaria para constituir una nación y gobernarla, y se atribuye a esta falta el desequilibrio que existe entre la enorme potencialidad del suelo y el egoísmo e ineptitud de los hombres políticos (...). Es inútil que nos vanagloriemos de lo que creemos ser, solo somos aún un remedo de nación, desde que

por un lado nos absorbe el cosmopolitismo y por otro disminuye de intensidad el patriotismo (...) todo por cerrar los ojos ante las indicaciones de la naturaleza y sus medios (...).

Cuanto desearía, pues, que algunas de mis reminiscencias y mis exaltaciones de idealista recalcitrante por haber alcanzado una parte de mi ideal, contribuya a que mis compatriotas (...) se aparten de los centros donde solamente se perora, y vayan a vivir si quiera por breves días en comunión con las gigantes manifestaciones de la naturaleza argentina; donde las montañas, los valles, los ríos, los bosques, tienen proporciones nunca soñadas en los depresivos medios en que hoy viven, y reconozcan que en esas magnificencias (...) radica la vitalidad de la Nación, se piensa alto y se forma el carácter y la dignidad individual y colectiva (...).

Ojalá también estas páginas lleguen a despertar algún interés en nuestros hombres que buscan ser dirigentes y los convenzan de las ventajas que reportaría a su propio egoísmo el conocimiento de los variados

medios físicos, económicos y políticos que constituyen el conjunto en que quieren actuar (...).

Al planear definitivamente mi vida, tuve presente el viejo aforismo 'del dicho al hecho hay mucho trecho' lo que me llevó a caminar la mayor parte del territorio nacional, para con la propia experiencia, predicar la inutilidad de esfuerzos que no fueran basados en el conocimiento y en el aprovechamiento consecuente de los recursos naturales (...).

Felizmente tengo la impresión de que (...) el examen metódico de las conveniencias nacionales en todo cuanto se refiere al usufructo territorial (empleo esta palabra usufructo en el sentido de usar sin destruir), porque la Nación Argentina no pertenece a ninguna generación sino a la sucesión de ellas y los hombres de cada presente, no pueden considerar como cosa propia sus recursos que en ningún caso pueden ser destruidos. La nación vive mientras los hombres mueren y da de vivir a los que suceden, lo que (...) hará entrar a la República en una era que prosperará sobre cimientos levantados por la verdad científica (...).

Capítulo 1

ORÍGENES Y FAMILIA DE MORENO

Francisco Pascasio Moreno nació en Buenos Aires, el 31 de mayo de 1852, en una casa que aún existe en Paseo Colón y Venezuela, en una habitación cuya ventana miraba al río (Juárez, 2001), en el seno de una familia vinculada a la clase dirigente de la época. Fue el segundo hijo del matrimonio entre Francisco Facundo Moreno y Juana Thwaites.

Fue bautizado el 29 de septiembre de 1852 en la Iglesia de San Ignacio por el teniente cura Presbítero Apolinario Larrosa, con el nombre de Francisco Josué Pascasio, fueron padrinos su abuelo Josué Thwaites y la hermana de su padre Francisca Moreno de Gándara. Al nacer al año siguiente su hermano Josué Nemesio, Josué no fue vuelto a mencionar entre sus nombres. El nombre Pascasio se debió al hecho de que el 31 de mayo era en la antigüedad el día de San Pascasio (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 9).

La vida de Moreno se extendió dentro de un lapso de la historia de nuestro país que constituye una época destacada en la evolución de la sociedad argentina. Época que ha sido llamada de la Organización Nacional.

El 3 de febrero de 1852, año del nacimiento de Moreno, se produjo la batalla de Caseros. Con ella concluyeron 17 años de gobierno de Juan Manuel de Rosas, en los cuales, sobre la base del Pacto Federal de 1831, se había logrado estabilizar los componentes de la Confederación Argentina en un punto de equilibrio que determinó el reconocimiento de su

soberanía política por parte de las grandes potencias de la época. Había concluido una etapa histórica y federales y unitarios confluían en la necesidad de comenzar otra.

El plan político que se pretendía realizar se iniciaba con una idea de conciliación nacional, sintetizada por Bernardo de Irigoyen en tres frases: fusión de todos los partidos, unión de todos los argentinos, olvido del pasado. Estas premisas determinaron el Acuerdo de San Nicolás de los Arroyos, firmado el 31 de mayo de 1852, y tal vez resultaron premonitorias del accionar futuro de una vida que se iniciaba, pues en ese día nació en Buenos Aires Francisco Pascasio Moreno. En el mismo día el general Urquiza era nombrado Director Provisorio de la Confederación Argentina y en el de su bautismo su padre aceptó un cargo en el Consejo Consultivo de Hacienda de Urquiza. Buenos Aires tenía entonces una población de 76.000 personas y el país contaba con un millón de habitantes.

Rama paterna

Por vía paterna Moreno descendía de Francisco Moreno y Juana Sánchez, naturales de Sevilla que habían contraído matrimonio en 1770 y fueron padres de Francisco Antonio Moreno Sánchez, quien llegó al Río de la Plata a fines del siglo 18 y se radicó en San José de Flores, donde se dedicó a actividades comerciales y en 1817 optó por la ciudadanía argentina.

Moreno Sánchez se casó en primeras nupcias con Isabel Gómez y en segundas con María Antolina Visillac Lara, natural de Montevideo, hija de Mateo Joaquín Lucas Visillac y Ferrer, panadero y pequeño hacendado nacido en 1753 en Villa de Inca, Mallorca y de Mariana de Lara y Núñez. Una hermana de María Antolina, llamada Casiana, se casó a su vez con J. Correa Morales y fue abuela de Eduardo L. Holmberg, quien de esta manera fue primo segundo de Moreno.

Otra hermana de la abuela de Moreno, Justa Rufina Visillac, también nacida en Montevideo, Uruguay, fue quien, en el recuerdo de Moreno, en el largo viaje en carreta a través de Colonia del Sacramento, recogía piedras de colores vivos y de formas extravagantes, y cuando llegaba a San José de Flores, a casa del abuelo de Moreno, extraía de un cofre sus tesoros, en presencia de chicos y grandes, asombrados todos de tantas maravillas, que luego guardaba bajo la cama. Según Moreno (1893) la tradición de esas escenas de familia *“ha de haber influido indudablemente en mí, cuando desde muy niño imitaba a la buena tía, empezando a reunir las cosas de la naturaleza que encontraba al alcance de la mano (...)”*.

Los abuelos de Moreno tuvieron diez hijos, ocho de los cuales murieron en la infancia. Solamente sobrevivieron Francisca y Francisco Facundo. Francisca se casó con Leonardo D. Gándara, una de cuyas hijas, Antolina, se casó con Daniel Gowland, primo hermano de las dos esposas que tuvo el padre de Moreno.

El padre de Moreno, Francisco Facundo, luego de llegado Rosas al poder y tras finalizar en 1834 sus estudios elementales en la escuela de Juan Andrés de la Peña, se exilió en Montevideo donde residía la rama materna de su familia y se dedicó al comercio. Allí nació Juana, su primera hija, se integró a la Legión Argentina con el grado de teniente 1.º y se relacionó con los generales Juan Lavalle y José María Paz y con Juan María Gutiérrez.

En el plano comercial se vinculó, como socio, con una firma consignataria dirigida por Pedro Sáenz de Zumarán, de origen español, cónsul de ese país en Montevideo y propietario de una compañía armadora de vapores. El padre de Moreno estableció también relaciones comerciales con miembros de la comunidad británica, como Samuel Fisher Lafone

y Thomas Tomkinson, con los que Zumarán había formado la Sociedad de Cambios. Lafone era oriundo de Liverpool y había llegado a Buenos Aires en 1823 y en 1833 se había radicado en Montevideo, donde su casa se convirtió en lugar de reunión de comerciantes y de exiliados unitarios, como Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Esteban Echeverría y Florencio Varela.

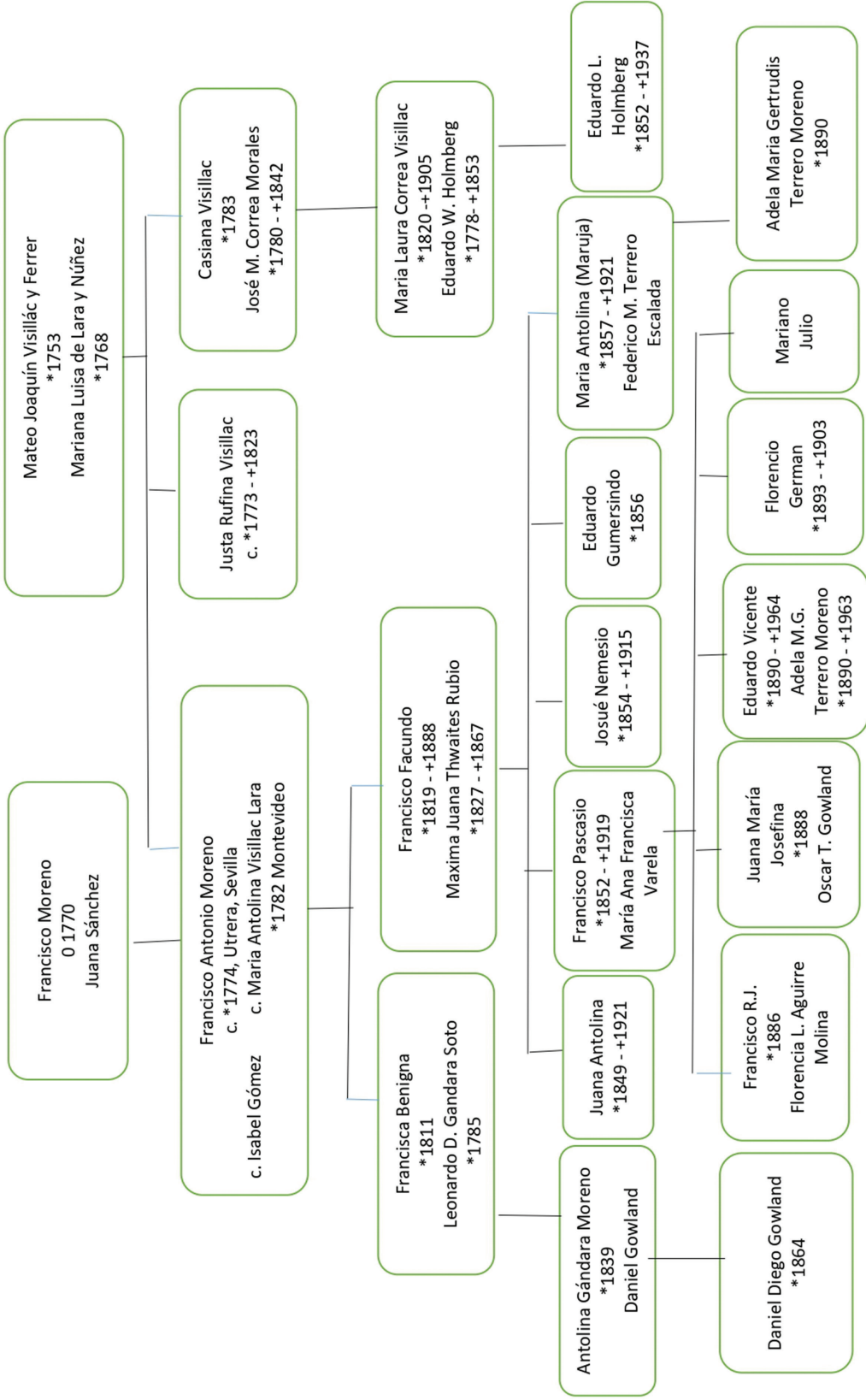
El padre de Moreno regresó a Buenos Aires con la caída de Rosas, luego de la batalla de Caseros, acaecida el 3 de febrero de 1852. El 1 de mayo de 1852 participó de la fundación y fue Secretario del *Club del Progreso*, creado por un grupo de nativos para diferenciarse de los integrantes del *Club de Residentes Extranjeros*, y en 1854 fue miembro fundador y primer secretario de la Bolsa de Comercio y vocal de la Junta Clasificadora de la Deuda Pública.

Entre 1854 y 1869 fue vocal de la Junta Administradora de la Moneda y miembro del Directorio del Banco de la Provincia. En 1856 integró, como Tesorero, el primer directorio del Ferrocarril del Oeste. Entre 1860 y 1866 fue Diputado y entre 1871 y 1874 y 1882 y 1886, Senador de la Legislatura Provincial. En 1863 - 1865 fue presidente de la Junta Administradora del Crédito Público. En 1859 participó de la creación de la Compañía Argentina de Seguros, primera compañía nacional de seguros marítimos, y en 1864 de la Bienhechora del Plata. En 1865 fue nombrado director general de ambas compañías, unificadas bajo el nombre Compañía de Seguros La Estrella, la cual aún existe. En 1869 era el socio activo 193 de la Sociedad Rural Argentina.

Cultivó la amistad de Florencio Varela, Esteban Echeverría, Lamas, Paz, Mitre, Melchor Pacheco y Obes, Valentín Alsina y conoció a través de sus protagonistas hechos de las invasiones inglesas, de la Revolución de Mayo, de la Independencia y de la época de Rosas. En el Club del Progreso pudo tratar con cuatro futuros presidentes: Mitre, Sarmiento, Quintana y Pellegrini (Luna, 2001, p. 26).

Según su bisnieta, Adela Moreno, recitaba a sus hijos poesías de Varela, Echeverría, etc. y si Moreno *“llegó a ser lo que fue, corresponde gran parte del mérito a ese maravilloso padre, que supo comprenderlo y alentar su vocación (...)”* (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 24).

Genealogía de Moreno, línea paterna.



Con posterioridad al fallecimiento de su esposa, en 1871, se casó nuevamente en 1873 con Fanny Gowland, prima hermana de la anterior. Francisco Facundo Moreno falleció el 16 de diciembre de 1888, después de varios años de enfermedad.

Rama materna

Por vía materna Moreno descendía de José Antonio Rivero de los Santos, portugués, casado en 1775 con Ana Joaquina Kelly, una hija de los cuales, Juana María Pascuala Nepomucena Rivero Kelly, se casó con José Sebastián Francisco León Rubio de Velazco García, oriundo de Arcos de la Frontera, dedicado a actividades comerciales y Alférez y Alcalde de primer voto de la ciudad de Buenos Aires durante las invasiones inglesas. De este matrimonio nacieron trece hijos, que llegaron a la edad adulta. La mayor de las hijas, Juana Fernanda Luciana Estanislada, fue la abuela de Moreno; otra de las hijas, Rosario, se casó con Daniel J. Gowland Philips. Hija de este último matrimonio fue Fanny Gowland Rubio, segunda esposa del padre de Moreno. De otra de las hijas descendía el botánico Cristóbal Hicken (1875-1933).

En 1827 la abuela de Moreno, Juana Rubio, se casó con Joshua (Josué) Thwaites Gibson, el más joven de tres hermanos ingleses radicados en Buenos Aires, a quien conoció en el baile en el que se festejó el triunfo de Ayacucho en 1822. Josué era oriundo de Londres y llegó a Buenos Aires en 1816 donde, con su hermano Juan, oficial inglés hecho prisionero en 1806 durante la reconquista, estableció la sociedad J. & J. Thwaites. Juan Thwaites fue uno de los primeros naturalizados argentinos y la “representación de los Hacendados”, en la que Mariano Moreno pidió el franco comercio con la nación inglesa, fue motivada por una solicitud que hizo junto con el irlandés Juan Dillon. Fue fiel amigo de San Martín en Argentina y Perú, ayudó al gobierno patrio naciente y aportó la mayor suma a la suscripción para crear la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Josué, por su parte, en 1826 ya era miembro de la mesa directiva de las *British Commercial Rooms* y accionista mayoritario del Banco de las Provincias Unidas del Río de la Plata, entidad que presidió hasta 1830. Al casarse con Juana Rubio Rivero, se radicó en Chascomús donde fue uno de

los primeros en desarrollar la industria del ganado lanar merino. Tuvieron catorce hijos, la mayor de los cuales fue la madre de Moreno, Máxima Juana Thwaites Rubio Velasco García, quien se casó con Francisco Facundo Moreno Visillac Lara.

Según Bailey Willis (2001, p. 120) Moreno le decía “*si a veces hablo sin vueltas es porque tuve un abuelo inglés*” y por ello “los argentinos le deben mucho a ese abuelo” pues “dominaba la vida distinguida y fructífera de Moreno, quien fundó el Museo de La Plata, el *Smithsonian Institute* de la Argentina, y dirigió sus actividades para el estudio de la geografía, la geología y la antropología de los Andes del sur. De esta manera se preparó a sí mismo y al gobierno para el conflicto limítrofe con Chile”.

Juana Thwaites nació en Buenos Aires el 9 de enero de 1814 y conoció al padre de Moreno en un baile en el que se festejaba la batalla de Chacabuco. Murió en 1867, durante una epidemia de cólera, como consecuencia de un contagio de un jardinero en el “Edén de San Cristóbal”.

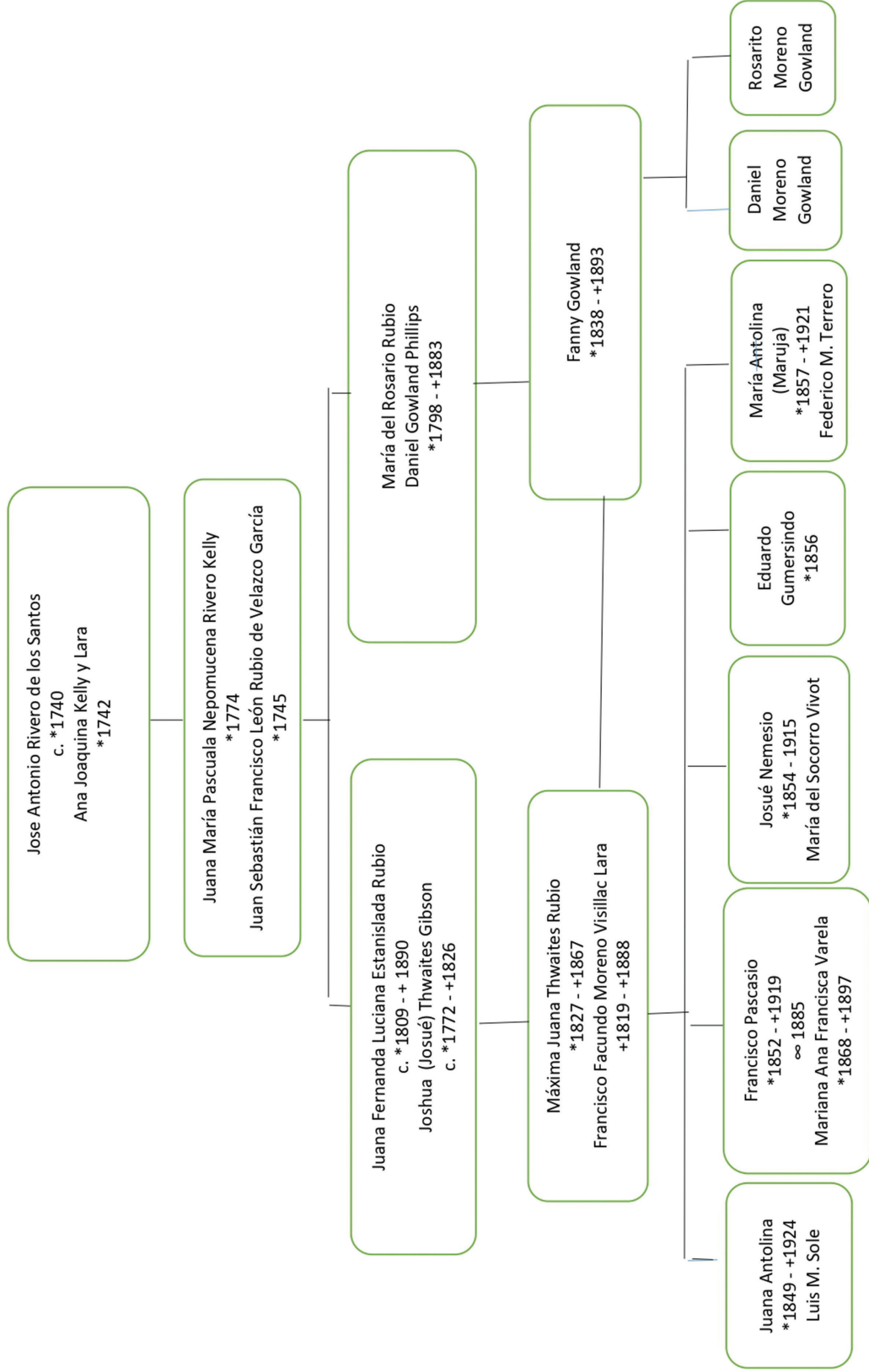
Hermanos de Moreno

Moreno tuvo cuatro hermanos del primer matrimonio de su padre y dos medio hermanos del segundo. La mayor, Juana Antolina, nacida en Montevideo en 1849, se casó con Luis María Solé y Muñoz de Rávago y falleció en 1924. En 1854 después de Francisco Pascasio nació Josué Nemesio, quien se casó con María del Socorro Vivot de Sáenz Valiente y falleció en 1915. En 1856 nació Eduardo Gumerindo y en 1858 María Antolina (Maruja), la cual se casó con Federico Terrero y Escalada, sobrino de Máximo Terrero (1817-1904) que fuera esposo de Manuelita Rosas (1817-1898). Una hija de este matrimonio, Adela María Gertrudis, se casaría con su primo Eduardo, hijo de Moreno y sería la madre de Adela Moreno Terrero de Benites (1917-2005), autora de una biografía de Francisco P. Moreno. Del segundo matrimonio de su padre con Fanny Gowland nacieron dos hijos: Daniel Moreno, que ejerció la medicina y Rosarito, que murió a los 10 años.

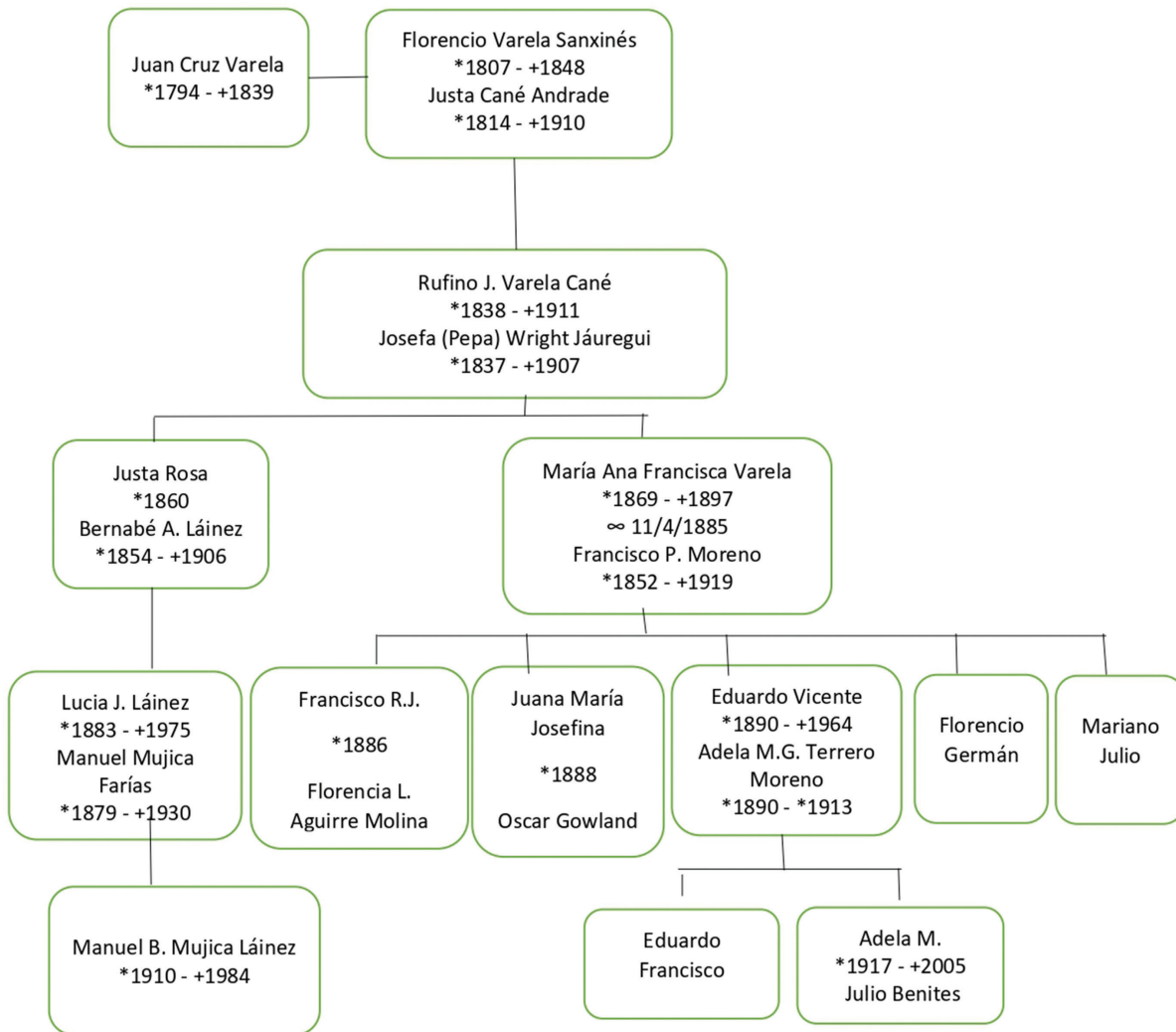
Esposa de Moreno

Moreno se casó con María Ana Francisca Varela Wright (Menena o Marianita) el 11 de junio de 1885. Menena había nacido en 1869 y era 17 años menor

Genealogía de Moreno, línea materna



Genealogía de la esposa de Moreno



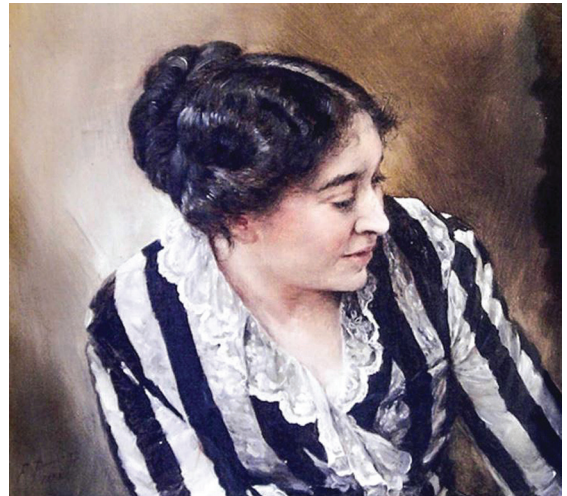
que Moreno. Era hija de Rufino Varela, escritor y financista, ministro de los presidentes Avellaneda y Juárez Celman, redactor de La Tribuna, hermano del escritor Héctor F. Varela, del poeta don Juan, del periodista don Luis, autor de estudios constitucionales y dramas, del abogado don Mariano, que fue Ministro de Relaciones Exteriores de Sarmiento. Su

madre fue Josefa (Pepa) Wright. Menena era nieta de Florencio Varela poeta y escritor que luchó contra Rosas y murió apuñalado en 1848, hermano de Juan Cruz Varela, uno de los precursores del periodismo argentino.

Su hermana mayor fue Justa R. Varela, casada con Bernabé Láinez y madre de Lucía Láinez, que



Máxima Juana Thwaites Rubio,
madre de Moreno.



María Ana Varela,
esposa de Moreno.

sería así prima hermana de los hijos de Moreno, y que, por estar casada a su vez con Manuel Mujica, padre del escritor Manuel Mujica Láinez, haría de este, primo segundo de Moreno.

La relación de la familia Moreno con la de Varela, se remontaba a la época del exilio de Francisco Facundo Moreno en Montevideo donde residía Florencio Varela abuelo de María Ana Varela. Según la nieta de Moreno, Adela, la familia Varela estaba vinculada a las casas de Borbón y Aragón y al respecto citaba un poema en una cuartilla que dice: “Los Varela muy nombrados/tienen por fama y blasón/ser parientes muy allegados/de los reyes de Aragón”. Según le relatara Adela al autor de estas líneas, esta relación explica la razón por la cual el hogar de la Sala Moreno del Museo de La Plata está “rodeado por mayólicas con flores de lis y salamandras, al empezar la campana que es de madera, tiene tallada en el frente un águila y el resto se compone de canastillos de flores y a los costados mantos reales, todo también tallado y coronado con un escudo de la casa de Borbón”.

Menena Varela de Moreno falleció de una falla cardíaca, probablemente relacionada con un ataque de fiebre tifoidea, el 1 de junio de 1897 en Santiago de Chile, a los 29 años.

Hijos de Moreno

Moreno tuvo cinco hijos, cuatro varones y una mujer: Francisco Rufino J. (Panchito), Juana María Josefina, Eduardo Vicente Moreno (Yayo), nacido en el Museo de La Plata, el 5 de abril de 1890, Florencio Germán (fallecido a los nueve años) y Mariano Julio (fallecido a los 2 años). Solo sobrevivieron Rufino, Juana, y Eduardo.

Características personales de Moreno

Según su nieta, Adela Moreno Terrero: “(...) medía 1,69 m. Es decir, no muy alto, corpulento, aunque no mucho, facciones muy agradables, ojos verdosos y (...) poseía (...) un gran encanto, según (...) una hermana de mi madre, Delia Terrero Moreno de Woodgate”. (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 98).

Según apreciación del mismo Moreno: “*La naturaleza, si bien no me ha dotado de algunas de las facultades que hacen completos a los hombres, me ha dado una que considero entre las más necesarias en la vida: la de ser persistente en el desarrollo de los propósitos que considero útiles (...)*” (Moreno, F. P., 1894b, p. 7). “*Reconozco que tengo carácter propio, que lo revelo en todas mis acciones sin ambages (...), solo con estos defectos he podido servir al país. Si hubiera sido amable, condescendiente, en qué apuros nos hubiésemos metido*” (en Ugarte Moreno, 2017, p. 59).

Capítulo 2

INFANCIA Y ADOLESCENCIA DE MORENO, 1852-1872

Contexto histórico

Después de derrotar a J.M. de Rosas en la batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852, Urquiza mantuvo la vigencia del Partido Federal, firmó el Acuerdo de San Nicolás y asumió interinamente el Poder Ejecutivo Nacional. Algunos rosistas como Bernardo de Irigoyen y emigrados como Juan María Gutiérrez, siguieron la tendencia federal. Los unitarios, por su parte, con el nombre de Partido Federal y bajo la jefatura de Valentín Alsina, se hicieron cargo del gobierno de Buenos Aires y el 11 de septiembre de 1852 se levantaron contra Urquiza, hechos que condujeron a la secesión de Buenos Aires de la Confederación.

La opinión pública de Buenos Aires estuvo dividida con respecto a la secesión. Personalidades como Juan María Gutiérrez y Félix Frías -quien luego, bajo la presidencia de Sarmiento, precedería a Moreno en la defensa de los intereses argentinos en la cuestión limítrofe con Chile-, trataron de conciliar posiciones con el objeto de lograr la unión nacional.

Al año siguiente, en 1853, se sancionó la Constitución Nacional, en la que tuvo participación activa, como miembro de la Comisión de Negocios Constitucionales, Juan María Gutiérrez (1809-1878), una de las personalidades que dio inspiración a la infancia de Moreno y a quien este honraría, años después, poniendo su nombre a uno de los lagos de la región cordillerana.

Los principios de todos estos hombres, amigos de la familia de Moreno, son los que evidentemente

influyeron en su formación. Esta influencia se reflejó básicamente en el amor a su patria y a la humanidad y en la creencia en la significación del avance del conocimiento para el mejoramiento de los seres humanos y de la sociedad toda. Sin embargo, como se verá, Moreno no participó públicamente de las diversas posiciones filosóficas, políticas y económicas que sostuvieron estos y otros hombres de la época.

Juan María Gutiérrez fue nombrado por Urquiza Ministro de Relaciones Exteriores en 1854. El tratado de amistad, comercio y navegación de 1855 entre Argentina y Chile, en el que se establecía el principio del arbitraje para dirimir problemas limítrofes, llevó su firma. Renunció el 1 de agosto de 1856. De 1861 a 1873 ejerció el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires. Escribió Moreno (1898, p. 267): *“Cuando yo era niño, el anciano que llevaba ese nombre me encantaba con sus descripciones magistrales de la naturaleza americana, que tan bien sentía y de la que él era una de las más bellas y más fecundas emanaciones; más tarde su amistad me fue preciosa y sus palabras de aliento nunca me faltaron; tributo fue de admiración y gratitud dar su nombre a ese lago tranquilo y bello como su espíritu: el Lago Gutiérrez, bautizado así en memoria del venerable y nunca olvidado Rector de la Universidad de Buenos Aires, filósofo, literato, poeta, sabio, figura desde ese día en la carta del mundo”*.

Gutiérrez apoyó los puntos de vista de Moreno sobre la necesidad de incorporar a los aborígenes “al mundo civilizado”. En lo que hace al pleito con Chi-

le le dijo: “Ojalá la geografía nos sirva para resolver este problema, sin ceder por nuestra parte ninguno de nuestros derechos, pero también sin enemistarnos con los chilenos”, a lo que agregó Moreno “*la geografía será quien nos dé la solución*” (Bertomeu, 1949, p. 221).

Durante buena parte de los primeros años de la vida de Moreno, entre 1854 y 1860, Buenos Aires se mantuvo al margen de la Confederación, cuyo gobierno, instalado en Paraná, fue presidido por Justo José de Urquiza y Salvador María del Carril. La secesión de Buenos Aires finalizaría el 11 de noviembre de 1859 con el Pacto de San José de Flores, producido luego de la batalla de Cepeda, en la que Urquiza derrotó a Mitre.

En este lapso, entre 1854 y 1860, se estableció la Administración General de Correos Nacionales, se organizó la Justicia Federal, se inauguró el servicio de alumbrado a gas y comenzó el tendido del Ferrocarril del Oeste -el primero de la Argentina- cuyo tramo inicial de 10 kilómetros entre Plaza del Parque (hoy Lavalle) y Floresta (Vélez Sarsfield) fue recorrido con el impulso de la locomotora “La Porteña” el 29 de agosto de 1857, ante la mirada de un Moreno, lleno de interrogantes sobre tierras lejanas.

En esos años también se inició la inmigración europea y se fundó en Santa Fe la Colonia La Esperanza. Entre los extranjeros llegados al país en 1861 se encontraba Germán Burmeister, quien en 1862 sería designado por Mitre Director del Museo Público de Buenos Aires y ejercería decisiva influencia en el desarrollo de la vocación de Moreno. Los malones de Calfucurá recorrían la frontera sur derrotando a Mitre en Sierra Chica y siendo derrotados a su vez en Cristiano Muerto y Pigüé. Por la misma época, Sarmiento introducía las primeras semillas de los eucaliptos que cambiarían la fisonomía de la pampa. El viaje en diligencia de Rosario a Mendoza demoraba diez días.

En 1860 Urquiza dejó la Presidencia y en su lugar asumió su Ministro del Interior, Santiago Derqui. La continuación del enfrentamiento entre la Confederación y Buenos Aires finalizó cuando Mitre venció a Urquiza en la batalla de Pavón, hecho que produjo la renuncia de Derqui. Mitre se hizo cargo del Poder Ejecutivo en 1862 y el 14 de julio de ese año presidió la inauguración de la estatua ecuestre del General San Martín en la plaza Retiro. Moreno, que tenía 10 años, fue llevado por su padre a la ceremonia. Diría

Moreno (1893) treinta años después: “*aquella, sobre la plaza San Martín, fue la primera lección de historia patria que me enseñó mi padre*”.

Mitre decidió reflotar el proyecto de Rivadavia de que la capital del país fuese Buenos Aires, pero la legislatura provincial que debía aprobar el proyecto lo rechazó y el Partido Liberal se dividió, por un lado en los Autonomistas, liderados por Adolfo Alsina (hijo quien liderara la secesión de Buenos Aires durante el gobierno de Urquiza) y por otro, el Partido Nacionalista, liderado por Mitre. Se aprobó sin embargo una Ley de Compromiso o Residencia, por la cual las autoridades nacionales podían residir en Buenos Aires.

Mitre convocó a elecciones para constituir el Congreso, cuyas sesiones fueron inauguradas el 25 de mayo de 1863. Las elecciones presidenciales se realizaron en julio y el colegio electoral designó presidente a Mitre, que asumió el 12 de octubre de ese año. Su gobierno estuvo signado por los levantamientos del interior, conducidos sucesivamente por Vicente Peñaloza y Felipe Varela. Así, en seis años, se produjeron dos centenares de revoluciones y combates y murieron 8000 hombres.

En estos años la situación general del país se vio complicada cuando el 12 de noviembre de 1864 comenzó el conflicto entre Paraguay y Brasil y el 15 de abril de 1865, al ocupar las tropas del Paraguay la ciudad de Corrientes, Argentina entró oficialmente en la denominada Guerra de la Triple Alianza, donde solamente en Curupaytí (22/9/1866) murieron 9000 soldados aliados.

A esos años corresponde la enfermedad que aquejó a Moreno, en sus palabras (1893, p. 23-24): “*Por aquella época una penosa enfermedad me postró en cama durante algún tiempo. La guerra del Paraguay, en cada una de sus gloriosas victorias enlutaba familia y amigos; los convoyes de heridos se sucedían, y la tarea nocturna de mi madre y sus amigas era hacer hilas y vendas. ¡Cuántos relatos de heroicos actos; cuánto sacrificio conocí en esos días y, como los comentaba en las largas oscuridades, en el insomnio, resultado de la inactividad física y de la preocupación por tanto duelo y tanta hazaña! Mejor de mi mal, principié una colección de boletines de la guerra, que aún conservo, y creo que fue entonces que por, primera vez, pensé de qué modo podría servir a la patria a la que tanto amaban los que así caían*”.

Mientras tanto en el ámbito científico y en la Patagonia, futuros escenarios de la vida de Moreno, se desarrollaban otros acontecimientos. En 1865 la Universidad de Buenos Aires, bajo el rectorado de Juan M. Gutiérrez habilitó el Departamento de Ciencias Exactas, donde se impartía la enseñanza de las matemáticas puras y aplicadas, y de historia natural para “formar ingenieros y profesores” y donde comenzó a dictar clases de ciencias naturales P. Strobel.

Por la misma época, el 28 de julio de 1865, llegaron a Golfo Nuevo, a bordo de la goleta “*Mimosa*”, 153 de los futuros integrantes de la colonia galesa del Chubut. El lugar donde desembarcaron fue denominado “Puerto Madryn” en homenaje a Sir Love Jones Parry, barón de Madryn, quien fuera una de los promotores, junto con Lewis Jones – cuyo nombre daría lugar al nombre de “Trelew” (ciudad de Luis). Para 1866 los primeros grupos tehuelches acampaban cerca de la colonia galesa iniciando el trueque cultural y comercial en la zona (Maggiore, 2003, p. 12).

En 1865 la frontera sur estaba situada prácticamente en Azul. Bahía Blanca y Carmen de Patagones eran fortines aislados (Ygobone, 1954, p. 47).

En 1868 se produjo la renovación presidencial que seguiría a la presidencia de Mitre. Los candidatos fueron Rufino de Elizalde, ministro de RR.EE. de Mitre, por el Partido Liberal (o Partido Nacionalista, por su tentativa de nacionalizar Buenos Aires), Urquiza por el Federal, Adolfo Alsina por el Partido Autonomista y Sarmiento (independiente) que se hallaba en Washington como ministro argentino ante el gobierno de los EE.UU. (Hardoy, 1993, p. 40). Alsina se entendió con Sarmiento integrando la fórmula como Vicepresidente. Sarmiento trató de lograr el apoyo del Partido Federal y visitó a Urquiza en Entre Ríos, pero este fue asesinado el 11 de abril de 1870, con lo que su partido desapareció (Hardoy, 1993, p. 44).

Por esos años, en 1868, Piedrabuena viajó a Buenos Aires y se entrevistó con Mitre, quien estaba por finalizar su mandato, y luego con D.F. Sarmiento, quien en ese año asumió la presidencia, y recibió en propiedad la isla Pavón y la isla de los Estados (Luna, 2002, p. 116).

A principios de 1870 terminó la guerra con el Paraguay, aunque la participación efectiva de la Argentina concluyó en 1869. El regreso de los soldados que lucharon en esa guerra fue registrado así por Moreno

(1893, p. 26): “*niño todavía, oí un día música marcial entre el bullicio de los carros en la calle Florida, distante pocos metros de la casa que habitábamos. Acudí al sitio del bélico ruido; eran los restos gloriosos del 6° de línea que regresaba de su larga y penosa campaña del Paraguay. Aquellos soldados cruzaron ante los curiosos agrupados (...) con la indiferencia del que ignora lo que es vanagloria ante el deber cumplido; y ese batallón diezmado en los asaltos, aquella asta de lo que fue bandera, de la que solo quedaban hilachas, ¡qué grande impresión causó a mi espíritu!*”.

En 1869 se aprobó el Código Civil redactado por Vélez Sarsfield, en Córdoba se crearon la Academia Nacional de Ciencias (11/9/1869) y el Observatorio Astronómico (28/12/1869), el primer censo nacional registró una población total de 1.877.490 habitantes y se conjeturaba que en la Patagonia residían por entonces unos 25.000 indígenas (Hosne, 2005, p. 36), se instaló la Escuela Normal de Paraná (13/6/1870), se fundaron más de mil escuelas, se implantó el sistema métrico decimal, se creó la primera fábrica de tejidos y, a instancias de Pellegrini y Fidel López, se instituyó el principio de protección a la industria argentina. Las comunicaciones con Europa se incrementaron de 4 a 19 vapores por mes. En Buenos Aires se instaló el primer servicio de aguas corrientes y se realizó el primer adoquinado de granito -en lo que hoy es la calle Rivadavia, entre San Martín y Reconquista-.

En esa época se constituyó la Sociedad Científica Argentina (30/6/1872), -institución que en 1875 financiaría la primera expedición de Moreno a la Cordillera -, por iniciativa de un grupo destacado de hombres, entre los que se hallaban Estanislao Zeballos, Pedro Pico Amoretti, L.A. Huergo, G. White, E. Rosetti, M. Puiggari y C. Berg, quienes abogaban por una síntesis entre la teoría y la práctica de las ciencias matemáticas, físicas y naturales, que podía ayudar a la incipiente industria. Para la época, en la que la mayor parte de la sociedad era analfabeta, probablemente incluía a casi toda la juventud educada, constituida por un grupo reducido de personas (cf. Finkelstein y Novella, 2005, p. 90), pertenecientes a la parte más acomodada de la sociedad, económica, social y políticamente. En las décadas posteriores se afirmaría una auténtica actividad científica con características bien definidas y diversas que, al margen de cuestiones políticas, trató de trascender las fronteras. En tal sentido,

la realización y participación en exposiciones locales e internacionales tendió a mostrar, al margen de las ideologías (López, 2003, p. 88) el país y sus potencialidades. El reconocimiento a muchos de estos hombres y especialmente a Moreno se basaría en sus logros y no, como se ha sugerido, a vinculaciones sociales o clientelismo político.

En abril de 1869 se inició el viaje de George Chaworth Musters a través de la Patagonia, descrito en su obra "Vida entre los Patagones", publicada por primera vez en 1871. El viaje se desarrolló entre el 15 de abril de 1869 y el 26 de mayo de 1870, lapso en el cual Musters unió, en un recorrido de 2.750 km, Punta Arenas con Carmen de Patagones, pasando (según la toponimia actual) por la isla Huemul, en la desembocadura del río Santa Cruz, los ríos Chico y Shehuen hasta sus nacientes, el pie de la cordillera hasta el lago Nahuel Huapi (Laguna de los Tigres), Maquinchao y Valcheta. Si bien "su viaje fue el de más largo itinerario y el de mayor duración de todos los emprendidos en la Patagonia con finalidad geográfica o de cualquier otra índole, y por muchos años habría sido el único realizado en esas latitudes por el interior del continente si no se hubiera suscitado la cuestión de límites con Chile, cuestión que demostró la necesidad de conocer en detalle las características geográficas de las tierras en disputa" (Rey Balmaceda, 1964, p. 9). En pocos años más Moreno llevaría adelante una exploración detallada de esas regiones con motivaciones y objetivos mucho más amplios que los que supone esta interpretación.

Para 1870, los países más avanzados se disputaban la hegemonía del mundo. Ello no se dirimía solamente en los campos político, económico y militar sino también en el del conocimiento; por eso, el desarrollo de la investigación, exploración y experimentación era considerado un interés nacional de primer orden (Luna, 2001, p. 39). Era la época de Pasteur, Mendel y Darwin, de la invención del telégrafo, el ferrocarril y la navegación a vapor, etc. La nueva época era sinónimo de progreso indefinido a base del control de las fuerzas naturales, era una organización social acorde con la ciencia. Solo debía aceptarse la realidad de los hechos y de las experiencias. La Argentina, que buscaba establecer su organización nacional, tenía al frente a una generación de dirigentes que creían firmemente en el progreso material, la investigación científica

y la educación. Urquiza, Derqui, Mitre, Sarmiento y Avellaneda promovieron la radicación en el país de estudiosos y profesores europeos y norteamericanos. A partir de la presidencia de Sarmiento, el impulso dado a los estudios científicos, con la creación de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, fomentaría el surgimiento de la primera generación de investigadores argentinos. Una generación que tendría a Francisco P. Moreno entre sus miembros más destacados (Luna, 2001, p. 42-43).

En mayo de 1870 finalizó Musters su viaje entre Punta Arenas y Carmen de Patagones. Según Rey Balmaceda (en Musters, 1871, p. 8-9) fue un año "signado por el levantamiento de López Jordán, el ataque indígena a Bahía Blanca, la realización de la excursión de Mansilla a los indios ranqueles y la llegada de Thomas Bridges a Ushuaia".

Mientras tanto, bajo el lema de Vélez Sarsfield "El ferrocarril será la paz" se comenzó la construcción del ferrocarril a Tigre y del Ferrocarril del Sud. El padre de Moreno fundó la primera compañía de seguros del país, se inició la circulación de tranvías a caballo, la población se incrementó en una tercera parte y la Argentina se convirtió en el primer exportador de lanas a nivel mundial.

Hacia 1870 la línea de frontera sur no se extendía más allá de las poblaciones de Azul y Olavarría y los indígenas controlaban vastas extensiones de las regiones pampeana y patagónica. El gobierno nacional, tras superar el conflicto con el Paraguay y los últimos alzamientos federales en el interior del país, resolvió volcar parte de sus recursos a la incorporación de esas tierras para la explotación agropecuaria, llevando la línea de fortines más allá del río Negro" (Luna, 2001, p. 11).

La Buenos Aires de la época

En 1856 Buenos Aires tenía 120.000 habitantes, que vivían esparcidos de norte a sur, entre los potreros del Retiro y del Riachuelo, con una mayor concentración en torno a la Plaza de Mayo, llamada aún "de la Victoria". Los actuales barrios de Once, Palermo y Constitución eran descampados. El arroyo Maldonado, que sería entubado en 1928, marcaba el límite de la ciudad. En la Plaza de Mayo, el edificio del Cabildo, con sus nueve arcadas, hoy reducidas a cinco, dominaba unas pocas casas de altos, con tejados de rojo, balcones corridos y ventanas enrejadas. En la man-

zana ocupada hoy por la Casa Rosada, subsistían escombros del antiguo fuerte demolido en 1853. Bajo la recova, que hasta el año 1880, cruzaba la plaza, había ferias permanentes. Las calles circundantes solamente tenían tres cuadras de afirmado desparejo, prolongado por barro intransitable y pésimas aceras. A lo largo del rústico puerto corría el Paseo de la Alameda, por el que circulaban carrozas de pudientes. En la Plaza del Parque (hoy Lavalle) había circos y tocaba una banda de cuartel. La avenida Callao, llamada entonces “Garantías”, se abría paso entre baldíos y quintas cercadas. La Calle Larga de Barracas, hoy Montes de Oca, era usada como pista de carreras. Por las calles del suburbio circulaban carros aguateros, mercachifles ambulantes, panaderos a caballo y se cruzaban diligencias, entre nubes de polvo y granizo de barro. Entre los sitios pintorescos descollaba el arrabal de Balvanera con su Plaza del Miserere (denominación derivada del salmo Miserere cantado por procesiones religiosas originadas en la mortandad producida en un hospicio cercano en el que se juntaban los enfermos contagiosos de la ciudad), luego cambiada a 11 de Septiembre, tras un combate entre porteños y confederados. Era bordeada por un camino pantanoso, ex camino real que se llamó después Federación y finalmente Rivadavia, vía de acceso obligada para todo el comercio del interior. Los potreros del Once, con sus corrales, servían a la vez de matadero municipal, mercado de frutos y paradero terminal de centenares de carretas procedentes de todos los rincones del país. Allí paraban las “mensajerías” pintadas aún de punzo, colmadas de viajeros y bagajes y llevando, entre sus ruedas, sólidos arcones repletos de víveres y encomiendas. Circundaban al gran potrero tiendas y pulperías, canchas de bochas y talleres de reparación de carretas. En la esquina de las actuales calles Alberti y Rivadavia se hallaba el taller de reparaciones del vasco Yrigoyen, padre de quien sería presidente, y a una cuadra del mismo (actuales Rivadavia y Matheu), la pulpería de su abuelo materno Antonio Alem. No lejos de la plaza, la iglesia parroquial de Balvanera, solitaria en su manzana, dominaba el vecindario con sus torres.

El barrio de Montserrat, en el que creció Moreno, estaba muy cerca de las casas de negros de San Telmo y a pocas cuadras del río y la nueva Aduana donde, hasta la construcción en 1870 de un muelle precario sobre la calle Venezuela, los pasajeros y cargas que lle-

gaban por barco eran desembarcados en barcazas y carros tirados por caballos.

Residencia familiar. Colegios San José y Catedral Norte

En 1863 la familia Moreno se mudó, en un barrio apartado de esa época, a una casa nueva de dos pisos de la esquina de las calles Piedad (hoy Bartolomé Mitre) y Uruguay, calle, la última, que se convertía en torrente durante las lluvias. El hermoso edificio, en comparación con la vecindad, estaba dividido en varias viviendas y los padres de Moreno ocupaban la planta alta de la esquina (Moreno, 1893, p. 18-19). Tenía un friso de mármol rojizo veteado, que Moreno podía observar a sus anchas, por tener su misma altura, y en el que, desde un principio, llamaron su atención algunas figuras regulares en medio de manchas caprichosas, que alguien dijo eran caracoles petrificados. Moreno sentía orgullo de vivir allí y muchos años después aún experimentaba placer al pasar por su frente y tocar el friso donde se conservaban, sin el lustre de otro tiempo, los amonites que tanto llamaron la atención de su curiosidad infantil.

En el mismo año 1863, Moreno y sus hermanos Josué y Eduardo ingresaron, como pupilos, en el Colegio San José, donde permanecieron hasta 1866 (Sarhou, 1960, p. 449). Allí también concurría, desde el año anterior H. Yrigoyen, quien tenía la misma edad que Moreno. Otros condiscípulos fueron Pedro N. Arata, Carlos Bonorino (jurisconsulto, sobrino de Félix Frías), Ernesto Quesada, Alberto Casares (que sería intendente de Buenos Aires), Agustín Justo (que fue gobernador de Corrientes y padre del presidente), Santiago Luro, los hermanos Lezica, Alfredo Meabe, Benito Villanueva (que sería Vicepresidente en el Gobierno de Quintana) y sus futuros cuñados Luis María Solé y Federico María Terrero Escalada. Por la misma época también fueron alumnos del colegio: Luis María Drago, Epifanio Portela y José A. Terry, que intervendrían en la firma de los “Pactos de Mayo” con Chile (Sarhou, 1960, p. 472).

Mientras Moreno comenzaba sus estudios en el Colegio San José, en Carmen de Patagones se firmaba, el 20 de mayo de 1863, un Tratado de Paz entre el gobierno y el Cacique Sayhueque quien, en la década siguiente, tanta importancia tendría en su vida. El tratado firmado por el Teniente Coronel Julián Murga,



Familiares de Moreno. Izquierda a derecha, sentados: Elisa Andrea Thwaites Rubio de Sharples (1831-1875), tía de Moreno; Josué Thwaites Gibson (? 1772-1857), abuelo de Moreno; Juana Thwaites Rubio (1827-1867), madre de Moreno; Parados: James Sharples Robertson (?1830-), tío político de Moreno; Francisco Facundo Moreno (1819-1888), padre de Moreno.

en representación del Gobierno Nacional, y José Rial, representando a Sayhueque, estableció la libertad y protección al comercio en la región del río Negro; la colaboración de Sayhueque con el Gobierno para una eventual exploración y ocupación militar de algunos lugares a lo largo del curso del río; su obligación de proteger Patagones bajo las órdenes del Comandante del lugar y de informar sobre intentos o movimientos de aborígenes enemigos, reconociendo como tales a todos los que lo fueran del Gobierno; la obligación de este de protegerlo en el caso de ser atacado por algunos de ellos y de ponerse en campaña a las órdenes del jefe o autoridades designadas por el gobierno en el caso de que este resolviese atacar o expedicionar, contra aborígenes enemigos, en esta situación, los Capitanes y soldados de que se componía su tribu recibirían sueldo y serían alimentados por cuenta del Gobierno. Se fijaba un sueldo para Sayhueque y se detallaban una serie de elementos y provisiones a ser entregados anualmente.

El Colegio San José había sido fundado por los Padres Bayoneses, que llegaron a la Argentina el 4 de noviembre de 1856. En un principio se alojaron en el convento de San Francisco “a costa del gobierno que los había llamado” y tuvieron domicilio propio cercano a la iglesia de San Juan y al Monasterio de las monjas Clarisas cuya capellanía les confió el obispo Escalada en 1860. En 1858, luego de recorrer distintos barrios, alquilaron un depósito de cueros y lanas frente a la iglesia de Balvanera (calle Piedad – hoy Mitre-, esquina Azcuénaga), en el cual se instalaron el 18 de marzo a la noche y el 19 celebraron la santa misa, “que bien puede llamarse de la fundación”. En septiembre compraron un terreno en las calles Cangallo y Azcuénaga, sobre la misma manzana que Balvanera, en el cual, en seis meses, se construyó un edificio de 2000 m², a donde fue trasladado el colegio el 19 de marzo de 1859. Contaba con 150 alumnos, quienes, al no existir colegios nacionales, debían dar examen como libres en la sección Humanidades de la Universidad, que ocupaba entonces el antiguo local de los Jesuitas, contiguo a la iglesia San Ignacio. Los cinco primeros candidatos del curso secundario aprobaron en 1861. La fundación del colegio, que fue incorporado a la enseñanza oficial en 1880, fue anterior a la de todos los colegios nacionales. A fines de 1861 fue visitado por Mitre, Gobernador de Buenos Aires y Presidente provisional, interesado en su funcionamiento con vistas a la creación de los Colegios Nacionales que se establecerían a partir de 1863.

Desde los principios de la actividad del Colegio, en el comedor, se realizaban lecturas desde un púlpito, casi siempre referidas a viajes de exploración y aventuras y a relatos de misioneros en Asia y África, lecturas que ejercerían una importante influencia en la formación de Moreno. Así lo corrobora Sarthou (1960): “Las lecturas se referían casi siempre a viajes y aventuras (*Los viajes del Capitán Grant, Cinco semanas en globo, El secreto de la Confesión*, etc.), sin olvidar los relatos de misioneros en Asia y África, que revelaban las costumbres, la flora y fauna locales. Así conocieron los alumnos las expediciones de Livingston y Stanley a las regiones tropicales, llenas de misteriosa atracción (...)”.

En el relato de Moreno (1893, p. 20-23; 1879, p. 27.): “(...) *entré como pupilo en el Colegio de San José. Los que allí han escuchado atentos las lecturas en alta voz, hechas desde el púlpito del modesto refectorio, ter-*

minada la parca cena, en la media oscuridad producida por las lámparas ahumadas, lecturas que se referían las más de las veces a los viajes y a las penurias de los misioneros católicos en países salvajes y misteriosos, comprenderán fácilmente la impresión que producirían en un muchacho de mis inclinaciones" (...). Así "la lectura de las aventuras de Marco Polo, de Simbad el Marino y de las relaciones de los misioneros en la China y el Japón publicadas en los Anales de Propaganda Fide, hecha en alta voz en el refectorio del colegio" despertaron en él un vivo deseo de recorrer tierras.

El embrión de la vocación se desarrolló y creció más cuando los maestros, "apercibiéndose de mis inclinaciones, me encargaron verter al español 'El traductor francés' que como epígrafe lleva esta máxima de La Fontaine; 'Une morale nue apporte de l'ennui. Le conte fait passer le precepte avec lui'" ["Una simple moraleja trae aburrimiento. El cuento lleva consigo el precepto"]. Ocupé en esa traducción los 'recreos' de un mes; pero, ¿qué más diversión que el contenido de ese librito? Recuerdo aún: 'El naufragio, Los viajes de Simbad el marino, Los antiguos mexicanos, Los antiguos peruanos, Las selvas de América'.

Cuando el cansancio y el crepúsculo obligaba a la cabeza a caer sobre el pupitre en pesada somnolencia, y cuando de pie, decíamos, ya medio dormidos, antes de retirarnos de clase, el 'De profundis' y las letanías, no podía evitar de ver alguna de las escenas escuchadas o traducidas. Fenómeno curioso que aún persiste en mí; las grandes agrupaciones, la música y las producciones orales, sea cual sea su forma, siempre que sean bien pensadas y bien dichas, producen en mi espíritu el mismo efecto; olvido lo que tengo delante y lo que escucho, sueño despierto y evoco inconscientemente recuerdos completamente ajenos al medio en que me encuentro, desarrollo planes que realizo o trato de realizar luego, y confieso que mucha influencia en el desenvolvimiento del ideal que persigo han tenido tales ocasiones.

Vuelve hoy a la memoria el triste tañido de las campanas de Balvanera llamando a vísperas, y la visión de cosas no vistas, pero sentidas a esa hora: los atroces suplicios de sacerdotes en el Japón, el paisaje africano con sus fieras y sus esclavos, la lóbrega noche polar y el helado sudario de los mártires de la ciencia. Las primeras horas de la noche pasaban en un medio ensueño; en la penumbra de la naciente imaginación evocaba lo que acababa de escuchar, y entonces las piedras curiosas y los caraco-

les petrificados cedían su lugar a los hombres de figuras extrañas, a los paisajes y a las escenas en que actuaban, y recibía una impresión vaga de la preponderancia del hombre instruido sobre el salvaje, de su sacrificio por los ideales, y trataba de darme cuenta de lo que alimentaba su esfuerzo ante la ferocidad de los segundos.

Los días jueves y domingos teníamos paseo de 'salida'. Era una vez al mes; en esos días, los buenos maestros referían a los alumnos más curiosos, aventuras de viajes más o menos extraordinarias, pero siempre llenas de buena enseñanza, y como por ese tiempo se hablaba en los periódicos de las exploraciones de Livingston, de los terribles sufrimientos de Franklin y sus compañeros, de su muerte, y de las fatigas de quienes buscaban sus restos entre los hielos polares, trabajos gigantes sobrellevados con la energía del que piensa, todo esto ensanchaba mi retina intelectual. A ello se agregaron los cortos extractos que los diarios de entonces publicaron de los viajes y exploraciones de Livingston, ese verdadero apóstol que tan bien supo conciliar las ideas de Cristo con las de la ciencia, así como las noticias de las expediciones enviadas en busca de Franklin, perdido entre los hielos del norte".

Todas estas noticias ejercieron en el cerebro predisposto de Moreno un efecto singular e inexplicable, suscitaron en su alma "un sentimiento de profunda admiración por esos mártires de la ciencia y un vivo anhelo de seguir, en esfera más modesta, el ejemplo de tan atrevidas empresas".

Moreno también atribuyó esta disposición a herencia de sangre, y al respecto decía que su apellido materno, Thwaites, "ha sido llevado por más de un naturalista viajero".

Estas afirmaciones y otras similares, hechas por Moreno, constituirían según Blengino (2005, p. 95) la construcción de un modelo humano propio. En él los héroes, reales o literarios, tienen en común la pasión por la aventura, pero esta no es un fin en sí misma, sino un medio para perseguir otros valores.

Diría Moreno, décadas después recordando estos hechos: "Puedo decir hoy que, teniendo siempre presente lo que admiré cuando niño, en momentos difíciles de mi agitada vida, no he trepidado nunca ni me han detenido obstáculos que tuvieran probabilidades de ser vencidos. Ante ejemplos que no se olvidan, no he excusado tareas por más modestas o arduas que hayan sido; he avanzado, unas veces fácilmente, otras a duras penas, tranquilo ante la crítica cuando la conciencia me

dice que es infundada, tomándola en cuenta cuando la razón la acompaña, y puedo relatar un combate de muchos años gracias a esas impresiones de la infancia grabadas con buril profundo” (Moreno, 1893, p. 25).

En 1866 el padre hizo ingresar a Moreno y a sus hermanos en el Colegio Catedral del Norte, dirigido entonces por Monsieur Chanalet, posiblemente debido a la amistad que mantenía con D.F. Sarmiento, “quien a la sazón estaba dedicado a ese establecimiento”. Este colegio tenía un Museo y según Moreno (1893, p. 26-27) “al subir a clase, a través de los vidrios de la puerta de entrada, veíamos diariamente los animales disecados que componían ese museo: monos, yacarés, boas, entre otros muchos menos interesantes. ¡Con qué gozo hubiera penetrado en ese que creía santuario de la ciencia, y cuán grande decepción sufrí el día que vi la sala vacía y se me dijo que el señor Chanalet llevaba su colección a Europa! Acariciaba ya la idea de hacer un museo y la partida de quien creía me ayudaría en esa empresa, destruía esas esperanzas.”

Sin embargo, esas esperanzas se renovarían casi inmediatamente cuando en 1866 “un lindo día de agosto, nuestro buen padre, gran caminador (...) que nos dedicaba los domingos, nos llevó a los tres hermanos a Palermo, el viejo Palermo con pintorescos sauces seculares en vez de las actuales palmeras. En el fondo de aquella alameda criolla, poco frecuentada, quedaba, próximo al bañado, un resto de pedregullo del Río Uruguay, esparcido durante la época de Rosas, y allí fuimos a descansar de la larga jornada, efectuada entre polvo, zanjas y pantanos. Poco reposo tomamos; aquel abandonado pedregullo fue para nosotros un tesoro; hicimos amplia selección de rojas cornalinas, de estriadas ágatas y de verdes jaspes, y hasta encontramos algo que bautizamos de «semilla petrificada» y que solo era el molde interno de la valva de un molusco terciario” (Moreno, 1893, p. 27-28).

Inicios museísticos

Luego del paseo por Palermo los hermanos obtuvieron permiso del padre para hacer un museo en el mirador de su casa, de Bartolomé Mitre y Uruguay, especie de torrecilla a la cual se subía por una escalera estrecha y empinada (Moreno Terrero de Benites, 1988).

Según Moreno “mi proyecto de museo tenía en ese montón de piedrecillas ancho campo donde desarrollar-

se, y propuse a mis hermanos, allí mismo, asociarnos para formar uno como el de Chanalet y mejor aún. No juntamos, pues, aquel día que tendré siempre presente, como piedras bonitas, esos pedregullos: su reunión tenía un fin más elevado; a la imitación debió agregarse algo de atavismo, y los tres regresamos contentos a casa, sin cansancio, escuchando los cuentos sobre las piedras de la tía vieja, que, ante nuestro entusiasmo por otras probablemente iguales, recordó nuestro padre. Al son de las cornalinas, las ágatas y los jaspes, que se chocaban en nuestros bolsillos agitados por las manos de sus dueños, que así se convencían de la muy posible realización del gran museo imaginado entre el barro y los juncos de Palermo trepamos las escaleras del alto mirador de la casa que habitábamos, cedido en el camino para servir de gabinete de historia natural, y allí vaciamos nuestros caudales pétreos para empezar a organizar lo que se ha convertido más tarde en Museo de La Plata. (...) Y a aquel domingo siguieron otros, y la serie de piedras bonitas creció tanto, que pronto nos resolvimos a hacer estantería para contenerlas, abandonando las cajas de cigarrillos primitivas. Otras, de cartón, que habían contenido camisas, colgadas frente a las cuatro ventanas del alto mirador, que más que mirador era invernáculo, tan elevada era su temperatura, la que sin embargo no sentíamos embebidos en nuestra tarea, fueron los primeros estantes, obra también de días festivos porque asistíamos aun los tres hermanos al colegio. Esto mismo impedía que el progreso de la colección respondiera a nuestros deseos; no podíamos dedicarle largo tiempo, pero en cambio en el mismo estudio nos preparábamos a la tarea del futuro; la gran geografía de Smith [publicada en 1854] y un ‘Buffon de los Niños’ [originalmente publicado en 1827] eran los libros predilectos en la clase”.

A esta colección, según Moreno (1879, p. 28), se sumaron donativos de personas: dos vértebras caudales fracturadas de un gliptodonte, tres placas de la coraza del mismo animal, algunos insectos del Paraguay, un arco con seis flechas de los indios del Chaco y un famoso “ídolo de una pagoda china”. Según Moreno esta pieza era digno rival de un “oso trabajado en marfil de morsa por los esquimales”; de dudosa autenticidad, que su primo E.L. Holmberg “guardaba con respeto casi religioso”, pues “era el objeto de mayor valor de su importante colección que entonces cabía, holgada, en una caja de madera que había contenido una gorra de señora antes de servir de salón de museo”.



Primera colección de Moreno, hecha en los paseos de Palermo, Buenos Aires, c. 1862.

Escribió al respecto Moreno (1893, p. 30-31): “*Las primeras donaciones que obtuvimos para el museo fueron lindos caracoles de la costa de África, obsequiados por la inolvidable señora Florencia Thompson de Lezica, que los tenía preciosos, y una estrella de mar, regalada por la digna madre de Florencia, (que así la llamábamos y que así continuaremos llamándola los que hemos apreciado de cerca sus virtudes y su bondad,) la señora María Sánchez de Mandeville [= Mariquita Sánchez de Thompson], quien la tenía de uno de los oficiales franceses que condujeron a Francia, desde Santa Helena, los restos de Napoleón. Esta circunstancia daba a nuestros ojos más valor a la estrella, y, coincidencia singular, la donación que le siguió fueron dos balas de metralla recogidas en el mismo campo de Waterloo por el donante. Con estas iniciamos la sección histórica.*”

El afán de Moreno en coleccionar materiales tan variados no respondía a un simple interés en acumular objetos diversos sino a una visión paulatinamente integradora de la historia y del ser humano, en una serie de conocimientos que debían ser difundidos al común de la gente y especialmente a los niños, visión que luego intentó materializar con el Museo de La Plata.

Entre la segunda mitad de 1866 y la primera de 1867 Moreno y sus hermanos comenzaron a trabajar

con el padre. Decía al respecto Moreno (1893, p. 33): “*Nuestro buen padre nos decía con frecuencia que él a los 13 años había empezado a ganar su vida, y que una vez que llegásemos a esa edad haríamos lo mismo que él. Josué había cumplido ya los 13, yo iba llegando a los 15; hubimos pues de abandonar el colegio por el escritorio, instalado en la misma casa que habitábamos. Hallábamnos así en mejores condiciones para adelantar el museo y consagrarle todos nuestros momentos libres.*”

En 1867 (Moreno, 1893, p. 33-36): “*el señor Chanalet regresó de Europa. Había abandonado la enseñanza y traía una verdadera colección de objetos de historia natural para exposición y venta. Fuimos inmediatamente a visitarlo, valiéndonos de nuestro título de discípulos suyos; vimos prodigios: hermosas y grandes piezas admirablemente preparadas, grupos imponentes que podían lucir en cualquier museo. (...) El señor Chanalet nos obsequió con algunos moluscos y un pequeño aquarium en el que colocábamos mojarras. Mucho empeño pusimos, una vez que nos dimos cuenta de lo que era un Museo, para que el nuestro adelantara; siempre a caza de objetos, no desdeñábamos ninguno; abrazábamos los tres reinos de la naturaleza en sus manifestaciones más diferentes; y la sección “historia del hombre”, inaugurada con las metralas de Waterloo, tomó*

grande incremento con tanta chuchería como recogimos. Debo decir, en honor de la verdad, que teníamos colaboradores importantes para la magna obra; nuestro padre dirigía dos compañías de seguros, pedíamos y recibíamos de los agentes viajeros curiosidades que no eran de desdeñar entonces ni ahora. Así se incorporaron al pedregullo y a los caracoles: arcos, flechas y aros de caña de los indios Payaguas; fragmentos de alfarería indígena antigua de Coronda (Santa Fe), los únicos que de esos lugares tiene hoy el Museo de La Plata; un trozo de palo santo; dos loros embalsamados, del Paraguay; algunos insectos del Brasil, y un 'ídolo de una pagoda china' de tierra cocida, pintado de azul y rojo, que aún conservo con su etiqueta, escrita en buena letra redonda por Josué, objeto de más que dudosa antigüedad, pero que tenía cuatro brazos lo que le daba excepcional valor a nuestros ojos; el reino mineral estaba representado por un trozo de antimonio comprado en la botica de Banón, inmediata, y la paleontología, por varias placas de la caparazón y otros fragmentos de huesos de gliptodonte, algunos pequeños restos de ballenas y maderas petrificadas del Paraná, y por una 'Pata de tigre petrificada' que compartía el lugar de honor con el ídolo, y que hoy no es más que un trozo de arenisca que conserva el molde de tres valvas de moluscos terciarios. Una visita a la Boca (...) nos proporcionó bellas muestras de grandes ágatas y lindas cristalizaciones. Una de esas geodas tenía dentro agua y cristales brillantes, y el agua en el interior de una piedra fue motivo de largos comentarios durante mucho tiempo".

Moreno conoce a Germán Burmeister

En 1867 Moreno conoció a Germán Burmeister, Director del Museo Público de Buenos Aires (hoy Museo Rivadavia), en ese entonces situado en la calle Perú, en la esquina con la calle Potosí (actualmente Alsina).

Según Moreno (1893, p. 36-39): "El hallazgo en la calle de Potosí, hoy Alsina, frente al Museo público, cuadra cuyo empedrado se renovaba, de dos trozos de gneis, uno con hojuelas de mica brillante que nos pareció plata, y otro con pequeños cristales rojizos, que se nos dijo ser granates, hizo que después de mucho titubear, tan osado nos parecía nuestro pensamiento, nos decidiéramos a visitar al doctor Burmeister. Obtenido el permiso para llegar a donde se encontraba, trepamos un día los tres socios, no sin emoción, la escalera del verdadero Museo, emoción justificada pues íbamos a conocer

un verdadero naturalista. Lo encontramos trabajando en la restauración de una gran caparazón de gliptodonte, y a pesar de su adustez proverbial nos recibió bien, sonriéndose ante las dos piedras que le presentamos; nos explicó su origen, y llevó su condescendencia hasta abandonar un momento su tarea y mostrarnos bellas mariposas, la 'piedra de oro' y el 'brillante en bruto', el que le fue pedido por Eduardo, y si este pedido no mereció contestación, en cambio salimos del establecimiento con varias rocas, 'Plata nativa', 'Imán' y otros minerales.

Como dijéramos al doctor Burmeister que teníamos en nuestro Museo gran número de huesos antediluvianos y otras rarezas, nos prometió ir a examinarlos, y lo hizo a pesar de las dificultades que presentaba el acceso al mirador, y continuaron sus visitas, de las que nunca salió con las manos vacías. Obtuvimos en esa época varias cajas de insectos del Paraguay y Misiones, que, se decía, habían sido coleccionados por Bonpland, y a poder del doctor Burmeister fueron varios cientos de ellos, lo mismo que un cangrejo petrificado, pieza que habíamos codiciado durante varios meses y la que, después de largas conferencias, obtuvimos por canje de un colega, quien tenía su Museo en el hueco de una ventana.

Conservo el catálogo de nuestra Colección de ese tiempo, y no son escasas en él las anotaciones autógrafas del Dr. Burmeister sobre los insectos y aves que contenía, nombres con que eran conocidos en la ciencia, y que nosotros no comprendíamos; ¿por qué el 'chingolo' había de llamarse Fringilla y el avestruz Rhea? En ese catálogo figuran entre las 'curiosidades', los tiestos de los indios Coronadas, 'de más de mil años de existencia' y entre los 'huesos petrificados de ballena', uno con esta nota: 'pedazo del hueso del oído del animal, según el doctor Burmeister' — necesitaba decirlo este sabio para creerlo.

En ese tiempo obtuvimos una verdadera joya: un cráneo de delfín, que se nos enviaba como de 'pájaro', encontrado en la laguna de Vitel, partido de Chascomús, y que fue clasificado por el doctor Burmeister como de *Delphinus microps*; objeto que no pasó al Museo público, porque éste tenía otro igual. Un delfín tan adentro de la provincia era una rareza, aun cuando el paciente sabio nos decía que, si bien era extraño el hallazgo en ese punto, él tenía su explicación fácil: el delfín había penetrado del Atlántico por el Salado y llegado a la laguna Vitel por la serie de lagunas que se llaman las Encadenadas. Esa pieza figura hoy en el Museo de La Plata."

Al recordar esta época diría Moreno (1893, p. 41-42): “*El Mirador ya no existe (...) pero cuando por allí cruzo hoy, recuerdo invariablemente la empinada y oscura escalerita del mirador, la sencilla estantería de cajones vacíos forrados en coleta rosada que reemplazó las cajas de camisas; y me encuentro cepillando fósiles y pinchando insectos, hasta que la oscuridad es tanta que más fácil me es bajar por el pasamano que por los estrechos escalones; y creo sentir aún el chucho que experimenté el día en que me apercibí que un pedazo de momia egipcia, (...que el Dr. Burmeister me diera junto con un trozo de la venda que la cubría), había pasado del bolsillo a mi estómago, entre bizcochos que llevaron el mismo camino. ¿Sería antropófago, como los indios que ‘comieron’ á Solís? ¡Pero la momia tenía dos mil años, y más bien me había parecido dulce! Si el mirador ha desaparecido, muchos objetos del museo que contuvo se conservan con su catálogo, y les puedo hablar con cariño, mostrándoles en lo que se han convertido con solo ser constante en la idea que me llevó a reunirlos.*”

En 1867 se produjo una epidemia de cólera, originada en el frente de la Guerra con el Paraguay. En su traslado hacia el sur, el primer caso se produjo en Rosario el 25 de marzo de 1867 y al llegar a Buenos Aires produciría la muerte de la madre de Moreno y posteriormente, en enero de 1868, la del vicepresidente Marcos Paz (Luna, 2002, p. 144).

Moreno y sus hermanos también coleccionaban estampillas y a esta altura se plantearon a cuál de estos objetivos debían destinar sus esfuerzos. Josué estuvo a favor de las estampillas y Moreno, del Museo. Consecuentemente Josué vendió su parte del Museo, el 6 de agosto de 1868, por la suma de 300 pesos. Tres días después Eduardo Moreno le vendió su parte por cien pesos. Así, el 9 de agosto de 1868, Pancho Moreno quedó como único dueño del Museo Moreno (1893, p. 39-41). Estas ventas fueron registradas en sendos documentos en los que tanto Josué como Eduardo se comprometieron a no intervenir en nada del Museo y “*a no tener ningún objeto de Historia Natural, monedas, ni medallas más de una semana, pagando un peso de interés al día después de pasado dicho plazo; a no poder tampoco sacar ningún fósil de las Estancias 63 y Vitel, y a no poder hacer museo durante el tiempo de un año contado desde la fecha*”.

De allí en más sus hermanos, además de Pancho, lo llamaron “fósil” y su padre “Pangolín”. Este nombre

provino de un mamífero desdentado de Asia y África, parecido al lagarto, cubierto de escamas duras y puntiagudas que puede erizar, especialmente al arrollarse para defenderse; mide entre sesenta a ochenta centímetros de largo hasta el arranque de la cola, que es casi tan grande como el cuerpo. (Moreno Terrero de Benites, 1988).

Primeras excursiones de Moreno a Chascomús. Museo en el “Edén de San Cristóbal

Según Moreno (1893, p. 42-44): “*En aquella época hice mis primeras excursiones a la laguna de Vitel, perteneciente a personas de la familia, las que interesándose en mi curiosa afición por los restos de antediluvianos que allí se encontraban, me procuraron los elementos para que fueran fructuosas las primeras exploraciones del imitador de la tía-abuela. Parte de un caparazón de gliptodonte, que era usada como bañadero en la costa del arroyo Vitel, fue el primer fósil que extraje del limo rojo de la pampa.*

¡Cuánto entusiasmo en la excavación y qué cuidados para trasportar tan preciosa reliquia de épocas, que a juzgar por lo que decía el Dr. Burmeister, estaban separadas de la nuestra por muchos miles de años! Pieza paleontológica esa de una conservación perfecta en la parte que no habían arrastrado las aguas del arroyo, y que es una de las más hermosas que se guardan hoy en el Museo que dirijo. Otros huesos que allí recogí, contemporáneos de ese gliptodonte, sobre todo dos muelas de caballo, fueron a parar a manos del Dr. Burmeister, quien continuaba aconsejándome que persistiera en mi vocación, admitiéndome cada vez que llamaba a la puerta del Museo público, donde estudiaba entonces mi amigo el hoy coronel D. Luis J. Fontana.

Y no me bastaba el tiempo que pasaba en el Museo; durante varios años he acompañado al Dr. Burmeister en el regreso del Museo a su domicilio, siempre preguntando y nunca sin respuesta. En uno de esos paseos, pues para mí lo eran, descubrí otras amonitas en el friso de la casa que lleva hoy el núm. 21 en la calle Florida, y el sabio, amable con el muchacho que tal objeto le mostraba incrustado en el mármol, me explicó el origen de ese molusco y por qué se encontraba incrustado en la piedra, ante los transeúntes que frente a él se detenían, no dándose cuenta de lo que allí hacía, encorvado y trazando líneas con el dedo sobre un friso, el Director del Museo público, de todos conocido”.

La influencia de las dos Mandeville siguió vigente. En la casa de estas, un viejo esclavo de María de Mandeville, Cayetano, casi centenario, le relataba a Moreno sus viejas fiestas y costumbres en el mismo “patio de los esclavos”, y “*En el fondo de aquella casa vivía D. Manuel Beltrán, hombre misterioso para nosotros, y que considerábamos con más interés que a Cayetano (...). Don Manuel tenía en su habitación, en los altillos, un museo más completo que el de Chanalet, con objetos más raros, pero más empolvados, en el que, en completo desorden, estaban mariposas en cuadros de cristales, pájaros embalsamados, modelos de barcos y porcelanas rotas, pero del que no pudimos obtener nunca ningún objeto; sin embargo, la sola vista de tanta curiosidad desconocida, era un aliciente para perseverar en nuestra colección.*”

En 1870 la familia Moreno se instaló en una Quinta (llamada por Moreno “el Edén de San Cristóbal”), en Parque Patricios, la cual abarcaba 8 manzanas, en las que hoy se hallan el Instituto Bernasconi, la maternidad Sardá y muchos otros edificios. En la zona vivían tradicionales familias porteñas y, en la quinta, el padre de Moreno hizo construir el edificio de la residencia y diseñar el parque por un paisajista francés.

Según relato de Moreno (1893, p. 44-47): “*En 1870 mudamos de casa; levanté la tosca estantería y trasladé el Museo a la quinta. Allí dispuse de una pieza más extensa que el mirador e instalé los mismos estantes de coleta, ocupando el centro una pirámide escalonada de madera que había servido de macetero en el patio de la casa que acabábamos de dejar. La cúspide de esa pirámide recibió un tarro con una víbora azul, regalo de Alfredo Meabe, dueño del más importante Museo particular que conocía y que me quitaba el sueño, no solo por los objetos que contenía, sino también por el gran armario de cristales que los guardaba. Meabe ha donado últimamente al Museo de La Plata la colección de moluscos que formaba la sección más importante del suyo.*”

En ese año empezó a publicar La Tribuna las cartas del Coronel Lucio V. Mansilla sobre su excursión a los Indios Ranqueles. Ya había agregado biblioteca al ‘Museo’, y no pocas obras raras americanas habían adquirido en la ‘Librería del Plata’ y en la de Casavalle, que las tenían buenas y baratísimas, si se compara su precio con el que hoy tienen. Algunas me habían despertado vivo interés en cuanto se referían a la historia del descubrimiento de lejanas tierras, y a las costumbres de los indígenas de este continente, pero todo eso correspondía

a siglos pasados. El relato del Coronel Mansilla era fresco; esos indios estaban vivos, invadían, y los periódicos no escaseaban de noticias sobre sus depredaciones. A pesar de las mil digresiones del Coronel, que a cada momento en sus cartas se olvidaba de los Ranqueles, las penosas marchas a través de un país nuevo, pero nuestro, la heterogénea sociedad de las tolderías de Mariano Rosas, la tranquilidad del audaz viajero en medio de aquellas escenas salvajes, me impresionaron vivamente. ¡Qué gran valor moral el de ese jefe que marchaba casi sin armas a través del desierto, a encontrarse con hombres hostiles y feroces! ¿Qué lo llevaba? La civilización que empujaba a Livingston al centro del África. ¡Y esta hermosa hazaña se llevaba a cabo en nuestra tierra! No fue solo una la noche que pasé en vela, haciendo desfilar en el diorama de mi mente las escenas contadas tan bien en esas cartas que devoraba por la mañana. ¿Por qué no había de viajar yo algún día en tanta tierra desconocida como había en la patria? Formar colecciones para mi Museo, donde nadie las había reunido aún, revelar lo ignorado; he ahí cómo empezaba a poner las primeras líneas en el plan de mi vida que desarrollaba lentamente, acaso sin darme cabal cuenta de ello.”

Fiebre amarilla, 1871. Residencia en Chascomús

En febrero de 1871, se inició en los suburbios del sur de Buenos Aires una epidemia de fiebre amarilla que duraría seis meses y ocasionaría un total de más de 13000 muertos (el 10 % de la población) y produciría un éxodo que dejó a la ciudad con solamente un tercio de sus habitantes. El Presidente Sarmiento dispuso la paralización de las actividades de la administración pública y el doctor Eduardo Wilde levantó un lazareto en el sur para asistir a los enfermos.

La familia Moreno se instaló en la estancia de Leonardo Gándara, esposo de la hermana del padre de Moreno, Francisca o ‘mama Pancha’, entre Vitel (o Huitel) y Chascomús. Allí Moreno se dedicó a coleccionar materiales, mientras por la noche leía, entre otras cosas, las cartas que Lucio V. Mansilla publicaba en “La Tribuna”.

Durante la época de la fiebre amarilla principió para Moreno su “*verdadera prosperidad*”, pues la laguna de Vitel y el arroyo del mismo nombre le suministraron “*riquezas paleontológicas dignas de figurar hasta en los museos más ricos del mundo*” (Moreno, 1879, p. 28). Según su relato (Moreno, 1893, p. 47-54) “(...)

allí recorrí las orillas de la extensa laguna y los arroyos vecinos. Desde Chascomús hasta las fuentes del arroyo Vitel, no dejé de examinar toscas y barrancas. Con un carrito de pértigo, manejado por mi hermano Eduardo, y con algunos peones de la misma edad, que ganaban cinco pesos moneda corriente al día, caminaba leguas y leguas en busca de los fósiles, con tan buen resultado que varias de las piezas recogidas entonces hacen hoy buena figura entre las más importantes del Museo de La Plata. El hallazgo de un caparazón de gliptodonte, arrancada luego con cuchillos y cortaplumas, compensaba muchas fatigas y solazos. Entre los buenos recuerdos de la adolescencia tengo el de las retiradas del trabajo, a pie, embarrado y sediento al lado del carrito, vigilando al carrero y a sus compañeros, los que con frecuencia descomponían la carga para hacer rabiarse al "fósil", como me llamaban.

Pasada la epidemia, regresamos a Buenos Aires, trayendo yo un verdadero cargamento; la pirámide fue abandonada, y obtuve el uso de otras dos grandes piezas, y en ellas, en tablas colocadas sobre caballetes, extendí el contenido de más de cuarenta cajones de fósiles. Lo reunido era un tesoro paleontológico. El Doctor Burmeister me había hablado varias veces del Sr. D. Manuel Eguía como de un inteligente coleccionista, y le pedí me pusiera en relación con él. Consideraba esa relación muy provechosa pues temía llevar al Museo Público los objetos de Vitel, porque ya me había dado cuenta de su importancia, y también, por la larga experiencia que tenía, de la dificultad de retirarlos de poder de su director una vez que este los examinaba. Sabía que el señor Eguía poseía varias piezas 'únicas' envidiadas por el doctor Burmeister, y quizás don Manuel me indicaría el modo de conservar las mías. Hice esa visita que para mí fue una fiesta; don Manuel me recibió con cariño, me mostró toda su colección y me refirió sus excursiones, sus fatigosas y prolijas excavaciones, concluyendo por decirme:

—Mire, amiguito, vamos a ver lo que ha traído.

Emprendimos viaje a la quinta, todo un viaje en aquella época; cuando estuvo delante de tanto hueso, quedó asombrado.

—Pero, amigo, ¡qué cráneo de *Panochthus* tan hermoso!, el doctor Burmeister no ha visto nunca nada parecido; ¿y esta mandíbula de potrillo fósil, y esta otra de un animal que no conozco? Es necesario que Burmeister venga a ver estas maravillas, pero antes hay que arreglarlas. Si usted desea conservarlas y que no se las

pidan, dele a todo esto aspecto de Museo y verá que lo contenta. Si usted quiere, vendré a dirigirlo y a ayudarlo todos los domingos.

Dicho y hecho, desde ese día no pasó domingo ni fiesta sin que el señor Eguía concurre a la quinta, y tanto fue el interés que despertó entonces el 'Museo', pregonado por él y por su dueño, que de nuevo concurren mis hermanos y no pocos amigos a la tarea nada agradable de limpiar huesos, armados de cuchillos y cepillos, tarea que emprendieron con gusto, contagiados por el entusiasmo del Sr. Eguía".

Llegó por fin el día de la visita del doctor Burmeister. Todas las relaciones se dieron cita en la quinta; no solo estaba presente el personal de ayudantes, sino también mucha parte de la familia para oír la opinión de un sabio sobre esos huesos, considerados por muchos, hasta ese día, sin importancia alguna. Burmeister, ante la presencia de amigos y familiares, ponderó la colección y la dedicación de Moreno.

Según Moreno: ¡Qué gran chasco se llevaron los que así decían! El doctor Burmeister, guiado por el señor Eguía, examinó la colección deteniéndose en el cráneo de *Panochthus*.

— ¿No lo quieres dar al Museo público?

— Señor, quiero también formar museo; pero se la prestaré — contestele por consejo del señor Eguía.

— Bueno, bueno, ¿y esta carretilla de potrillo?, para ti no vale nada.

— Bueno, señor. — consejo también del señor Eguía.

Una linda amiga de mis hermanas tomó entonces la mandíbula del animal que no conocía el señor Eguía.

— ¿Y este hueso, para qué sirve, señor?

— Niña, cada diente de estos es un brillante. — contestó el sabio, haciendo oír luego su característica carcajada. — Mira — continuó — este animal se llamará *Dasyopus moreni* porque es nuevo en la ciencia, y este niño merece que así lo llame.

Y con su gran lucidez de exposición, el gran profesor, a pesar de su malísimo español, señaló en breves palabras a los que allí estábamos, el significado de todos esos huesos y su importancia.

El resultado de la visita fue que se resolviera alentar en lo posible mi vocación por estos estudios.

Por lo regular, una vez al mes emprendía viaje a Vitel, donde en dos días hacía cosecha más o menos valiosa. En ese año Luis Jorge Fontana regresó de un viaje al Río Negro, trayendo varios cráneos de antiguos indí-

genas y flechas de piedra. Busqué en Vitel restos iguales a la par que fósiles. Chascomús, Vitel, eran nombres indígenas, ¿por qué no había de encontrar vestigios de estos? Poco a poco, si los huesos humanos faltaban, fueron más abundantes los fragmentos de alfarería cocida, de las que algunos tenían dibujos curiosos, y empecé a hallar también puntas de flechas de piedra y luego morteros, con lo que tomó incremento la sección indígena prehistórica de la colección representada hasta ese día solo por los fragmentos de alfarería corondana. Ya me fue fácil evocar el aspecto de esos parajes cuando en ellos habitaban los indígenas cuyos vestigios recogía. La tierra quemada señalaba el sitio de los antiguos fogones donde el indio cazador asaba ciervos, cuyos restos, quemados, encontraba mezclados con las piedras astilladas y con tiestos de barro cocido, siempre quebrados, bajo algunos centímetros entre la tierra, negra y sutil como negro de humo, de la boca del arroyo que comunica las dos lagunas y no ha quedado barranca ni playa por reconocer a pie, y podría indicar los lugares donde he recogido tantos centenares de huesos.

Allí encontré por primera vez las huellas del hombre contemporáneo de los animales extinguidos, pues descubrí el sitio de un antiguo festín con abundantes huesos de guanaco quebrados y machacados para extraerles la médula, todos entoscados, y gran parte del esqueleto de un gliptodonte que presenta señales de cortes hechos con instrumentos de piedra. Averigüé cómo podría obtener objetos del Río Negro, y supe que un joven español con quien tenía larga relación se había establecido en ese punto. Fue una carta, vino otra; la respuesta fue favorable; tuve otros corresponsales en el mismo lugar, y empezaron a llegar a mi poder objetos iguales a los traídos por Fontana, y, además, muchos otros.”

Museo con edificio propio

El 8 de marzo de 1872 se produjo la derrota de Calfucurá en una batalla librada al norte de San Carlos, actual partido de Bolívar, hecho que marcó el inicio del final del ciclo de predominio aborigen en la región y, el 31 de mayo de ese mismo año, el padre le anunció a Moreno, como obsequio a sus veinte años, la construcción de un edificio para el Museo (Moreno Terrero de Benites, 1988). En noviembre de 1872 se inauguró la obra. A pocos pasos del edificio del Museo, Moreno plantaría en 1876 un aguaribay, que fue declarado “Árbol Histórico” en 1945 a raíz de un ex-

pediente iniciado por la Asociación de Amigos de la Patagonia presidida por Atilio Ygobone, uno de los biógrafos de Moreno en esa época.

Según relató Moreno (1893, p. 54-58): “Las piezas que ocupaba la colección eran ya estrechas y en ellas no podía colocar las nuevas adquisiciones que aumentaban cada día. Mi padre, que alentaba esta vocación, decidió hacer entonces un pequeño edificio que sirviese de Museo, y así me lo anunció el día de mi cumpleaños. Elegido el sitio, próximo a las habitaciones, se abrieron los cimientos. ¡Cuántas caminatas para apurar al señor Von Arning, arquitecto de ese monumento! ¡Con qué impaciencia veía la lentitud de la obra, que consistía en dos salones, uno de 10 metros de frente por 15 de fondo y que sería el Museo, y de 5 metros por el mismo frente el segundo, destinado para laboratorio y biblioteca, y, terminada la construcción, cuántas idas y venidas a casa del mueblista que hacía la estantería según las indicaciones del Dr. Burmeister! En noviembre de 1872 me instalé en ese edificio.

Pocos días después llegó a Buenos Aires el joven naturalista belga Dr. Eduardo Van Beneden, que hacía un viaje de recreo después de terminar sus estudios, y como ya en esa época, mantenía yo relaciones con el Profesor Dupont, Director del Museo de Historia Natural de Bruselas, cuyos prolijos estudios sobre la antigüedad del hombre en Bélgica me entusiasmaban, el doctor Burmeister me comisionó para que le sirviera de cicerone a su distinguido compatriota. Por supuesto, que la primera visita fue a la quinta. Van Beneden examinó las colecciones con el mismo interés que el Dr. Burmeister, y habiéndole manifestado deseos de dirigir mis investigaciones hacia las regiones poco conocidas del país, aprobó mi pensamiento, agregando que debería ocuparme de los antiguos habitantes de la Patagonia, cuyos interesantes restos tenía delante, poniéndome para ello en relación con el Dr. Broca, jefe de los antropólogos en esa época y quien podría darme excelentes consejos.

En esos días había adquirido el ‘Journal d’un voyage aux mers polaires à la recherche de Sir John Franklyn’, por J. R. Bellot. Este teniente de la Marina francesa mereció ser admitido en las expediciones que partieron de Inglaterra en 1851 (...) y en 1853 (...) en busca de Franklin perdido entre los hielos, y desempeñando su humanitaria misión había encontrado la muerte entre dos témpanos, ¡Hermosa alma la de Bellot, y hermosas páginas las que la reflejan! El joven marino había visi-



Aguaribay plantado por Moreno en la quinta de sus padres. Actualmente Instituto Bernasconi.

tado Montevideo en 1848, y entre los hielos evocaba el recuerdo de la heroica ciudad sitiada (...) Esta evocación de un cuadro que conocía por las referencias de mi padre, contribuyó a que admirara más la obra de Bellot, y agregándole reminiscencias del Colegio San José, 'Una Excursión a los Indios Ranqueles' iba a tener imitador. Reuniendo en uno esos ejemplos y los consejos de Van Beneden, me decidí a tentar la exploración del vasto territorio patagónico tan poco conocido entonces y cuya posesión se nos disputaba a los argentinos.'

Hacia la Patagonia

Desde temprana edad, Moreno fue consciente de que un museo vive de las expediciones que realiza. De esta manera, las excursiones que comenzó a realizar en las cercanías de Buenos Aires no fueron suficientes y, a partir de 1873, con 21 años, inició sus exploraciones en la Patagonia.

Resulta evidente sin embargo que las razones que lo movieron a realizar exploraciones se hallaban más allá de las búsquedas de nuevos objetos para su Museo.

La respuesta la dio el mismo Moreno cuando explicó cuáles eran, a su entender, no solo las motivaciones generales del explorador y la importancia de las exploraciones para la ciencia, la industria y el comercio en general, como para el país en particular, sino también los objetivos y las circunstancias de su expedición de 1875, las dificultades en las exploracio-

nes de 1879-1880 y las razones de las que haría desde el Museo de La Plata. Por encima de todo ello Moreno destacó además la fuerza moral que se necesita para este tipo de emprendimiento.

En tal sentido dejó en claro que *"El viajero que lo es por algo más que por placer no piensa en las molestias de su camino; su imaginación escudriña el pasado y el porvenir; entrevé beneficios que resultarán de sus informaciones, sea para la rama de los conocimientos a que mayor atención dedica, sea para el progreso económico y social de las tierras que recorre, y cuando puede unir ambos anhelos, se siente feliz; los dolores físicos se atenúan, sus fuerzas no decaen y él mismo con frecuencia se asombra de la propia resistencia, que, sin embargo, depende de la acción de su pensamiento sano."* (Moreno, 1893, 77).

Para comprender la significación de tal empresa basta recordar que en esa época el interior de la Patagonia era virtualmente desconocido, salvo por relatos de unos pocos viajeros, como la exploración de Viedma en el Siglo XVIII entre San Julián y el lago Viedma, las misiones religiosas de Rosales, Strobel, Cardiel y otros avances desde la región de Arauco, Chile hacia el este de la Cordillera, las exploraciones del naturalista y explorador suizo G. Claraz (1832-1930), entre 1865-1866, de la zona entre los ríos Negro y Chubut, la travesía de Musters, en 1869 y 1870, entre Punta Arenas y Carmen de Patagones y el recorrido del subteniente Valentín Feilberg en 1873 a lo largo del río Santa Cruz. Como dijera Moreno, la Argentina civilizada tenía *"como centros principales extremos, el Azul en la provincia de Buenos Aires, Río IV en la de Córdoba, Villa Mercedes y San Luis en la de este nombre y San Rafael en la de Mendoza; las que se hallaban protegidas por una línea de fortines. Bahía Blanca era un punto aislado, y había peligro de muerte en cruzar desde allí hasta el Azul o el Tandil"* (Moreno, 1898, p. 207).

Al respecto escribiría Moreno (1893, p. 69; 1898, p. 208): *"En esa época [1875] el ferrocarril llegaba a Las Flores, a 200 km de Buenos Aires, [en 1876 llegaría a Azul y en 1884 a Bahía Blanca] y en mensajería semanal al Azul y mensual a Bahía Blanca, se hacía el largo trayecto de mil kilómetros, mucha parte por territorios casi completamente inhabitados y donde no era raro que la mensajería fuese atacada por los indios, o que encontrara sus postas saqueadas y degollados sus habitantes"*.

Más al sur prevalecía el desierto, no solamente por la aridez de la mayor parte de la región, sino también por la baja densidad poblacional.

“Solo Carmen de Patagones, la población que fundara Antonio de Biedma en 1779, era la vigía solitaria y aislada que apuntaba hacia el desconocido sur” (Destefani, 1977, p. 31). La colonia galesa del río Chubut, iniciada en 1865, “*era un oasis en el desierto (...), el Puerto Deseado se encontraba (...) en el mismo estado en que lo dejara Viedma (...) y la bahía de Santa Cruz permanecía tan solitaria como en el tiempo en que el almirante Fitz Roy reparara en ella (...) las averías de la veterana Beagle*” (Moreno, 1898, p. 208-209). La isla Pavón, en la desembocadura del río Santa Cruz y la Isla de los Estados más al sur, eran los enclaves donde un grupo de patriotas encabezado por el Comandante Luis Piedrabuena reivindicaba desde 1859 la soberanía argentina hasta el Cabo de Hornos. Solo existía una colonia chilena, donde hoy se ubica Punta Arenas, ciudad que, en esa época, tenía menos de 800 habitantes (cf. Beerbohm, 1879).

Esta era la “Tierra Maldita”, donde según Darwin (1860, p. 180) “la esterilidad se extendía como una verdadera maldición sobre todo el país, y el agua misma, al discurrir sobre un lecho de guijarros, parece participar de ese maleficio”.

Incluso los aborígenes se hallaban en su mayoría distribuidos en la región aledaña al río Negro, con centro en Salinas Grandes, una zona comprendida entre los ríos Salado y Colorado, región por la cual se realizaba un intercambio comercial informal entre el oriente y occidente andino y a la cual llegaban algunos comerciantes para canjear mercancías por cueros, pieles, tejidos, plumas de ñandú y ponchos.

Y “(...) todos los hechos inducían a suponer que en pocas décadas más, la parte sur del continente tendría cualquiera de estos tres destinos: 1) ser una posesión chilena, como ocurría desde 1843 con la zona de Punta Arenas; 2) ser una posesión británica, como ocurría desde 1833 con las islas Malvinas; 3) ser un Estado independiente con el clandestino apoyo de alguna potencia europea, como estuvo a punto de ocurrir con la aventura de Orélie Antoine de Tounens” (Luna, 2002, p. 112).

Por ello para Moreno la Patagonia se convertiría en un objetivo fundamental. Era necesario, en sus palabras, “*conocer esos territorios hasta sus últimos*

rincones y convencer con pruebas irrecusables a los incrédulos y a los apáticos del gran factor que, para nuestra grandeza, sería la Patagonia apreciada en su justo valor” (Moreno, 1898, p. 209). Y al buscar la causa del abandono de esas inmensas regiones decía, con palabras que han aumentado su vigencia a través del tiempo, que se encontraba en “*los fáciles goces materiales del gran centro —Buenos Aires— en el que inconscientemente concentramos todas nuestras aspiraciones, envueltos en el cosmopolitismo que nos absorbe, arrullando nuestra vanidad de dueños de una tierra generosa y contentándonos con el recuerdo de glorias pasadas que, en nuestra holganza, admiramos como esfuerzo de hombres diferentes de los del día, sin pensar un segundo que todos los hombres son iguales cuando aman y veneran de la misma manera el suelo en el que han nacido*” (Moreno, 1898, p. 208).

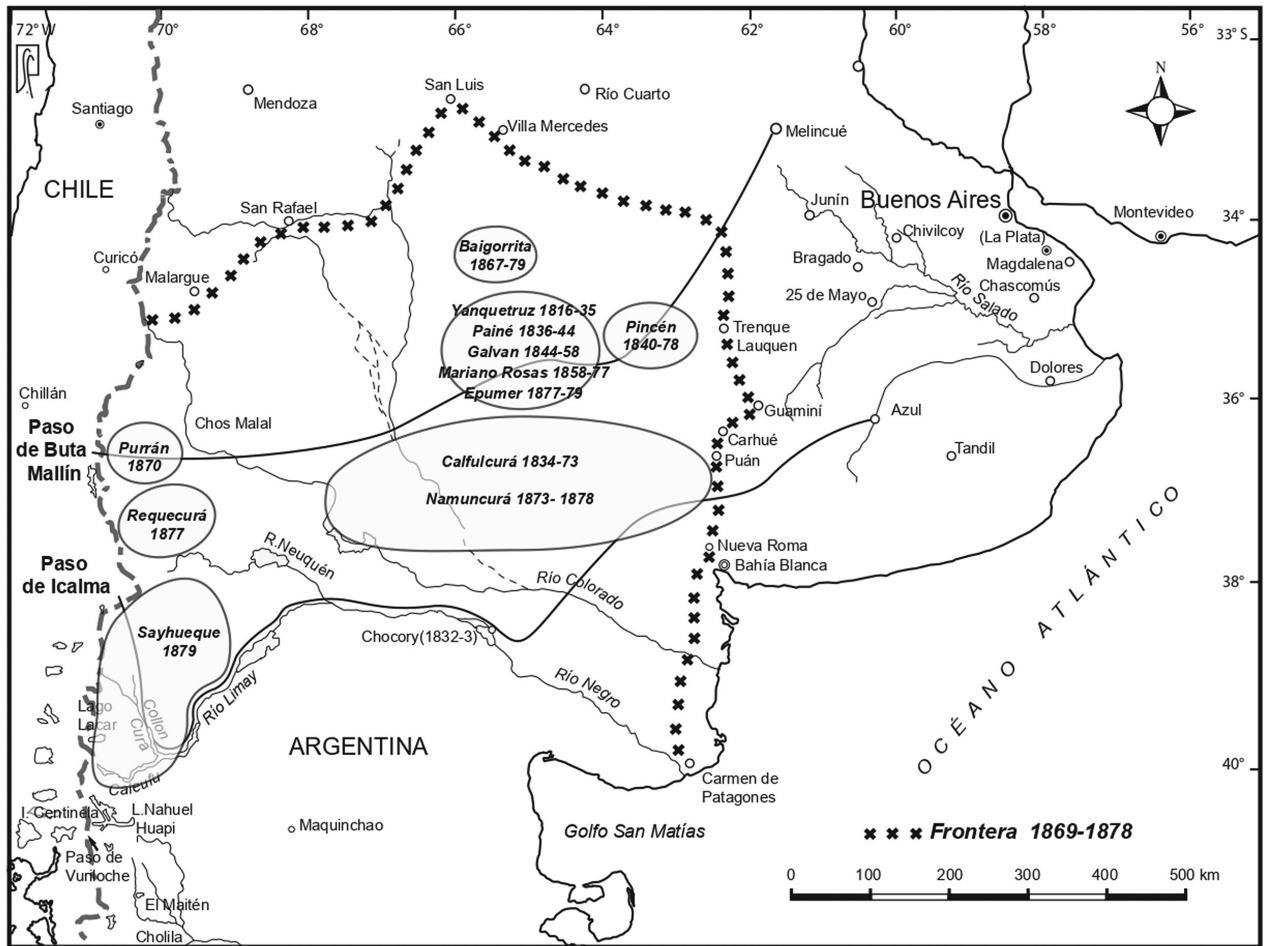
Objetivos de Moreno en su exploración de la Patagonia

Durante las exploraciones realizadas por Moreno a la región de Nahuel Huapi en la década de 1870, los aborígenes y los soldados, especialmente los primeros, fueron sus principales interlocutores. En tales circunstancias Moreno fue un observador neutral que pudo apreciar de manera cabal tanto las virtudes como los excesos de ambos bandos en lucha.

Sus apreciaciones estuvieron mayormente referidas a los primeros, pues uno de los objetivos de su primer viaje fue poder observarlos en su ámbito natural antes de su eventual desaparición. Así con muchos de ellos pudo identificarse en la convivencia y en el transcurso de unos años aprendió a apreciar su nobleza y generosidad, pudo valorar la aculturación y los cambios que sufrieron en esos pocos años y lamentar finalmente el trato injusto que se les dio.

En lo que se refiere al soldado de frontera, en la visión de Moreno, fue fundamentalmente el protagonista de un sacrificio oscuro, que se limitó a cumplir con el deber que se le imponía y cuyo sacrificio anónimo no dio resultado y fue olvidado.

Diría Moreno en 1893 (84-85) sobre los objetivos de aquella expedición de 1875-1876 al lago Nahuel Huapi, realizada a los 23 años de edad: “*Quería (...) ver al indio salvaje en ese medio, lejos de la civilización, y vivir en su tienda para darme cuenta exacta de las primeras etapas de la sociabilidad humana, y reco-*



Frontera sur (1869-1878) y distribución de los principales grupos aborígenes en el norte de la Patagonia.

ger en esa fuente ya casi agotada, entre aquellas tribus próximas a desaparecer, documentos que solo conocía de oídas y que no me bastaban para mis propósitos”.

Moreno consideraba en esos años que “el único modo de comprender la vida primitiva, quienes estudiamos el remoto pasado del hombre, es admirarlo y observarlo en sus primeras impresiones que, en la Patagonia (...) y en otras partes, reflejan la infancia de la humanidad. Su industria, apenas en bosquejo, hace resaltar los grandiosos adelantos de nuestro siglo, y el espíritu investigador del viajero se retempla al poder recorrerlos en un instante y comparar el casi desnudo tehuelche, armado algunas veces del cuchillo y del rascador de piedra, consigo mismo, munido de la brújula y del sextante

(...) se transporta realmente desde el refinamiento de la civilización y de la ciencia, a los tiempos fósiles. En el transcurso de dos meses el viajero puede recorrer palpablemente 200.000 años y puede ver a su abuelo armado unas veces de una filosa piedra, disputando su alimento a las fieras, y otras combatiéndolas con las armas de acero que su nieto, llevado por la fuerza irresistible del progreso, ha conseguido fraguar, metamorfoseando, con la evolución de su inteligencia, el cuchillo o la flecha de sílex” (Moreno, 1879, p. 227. a: 218.)

En estas reflexiones Moreno se identificaba e incluía en el linaje aborígen. Así decía: “¿Qué mayor éxito puede desear un viajero antropólogo en estas regiones, que dormir en el mismo sitio en que quizás lo

hizo el primitivo patagón, en sus incansables correrías, cuando tenía por única habitación el resguardo de las matas y cuando buscaba con esas humildes armas su alimento o confiaba a ellas su defensa? Si es cierto que la diferencia real es bien grande entre el que estudia y el estudiado ¿quién, transportado a nuestro paradero, hubiera distinguido si el envuelto en el quillango es el indígena o es el que pretende descifrarlo...? Seguramente las apariencias le hubieran engañado. En este momento, con diferencia de algunos siglos, salvaje y civilizado se encuentran en igualdad de circunstancias” (Moreno, 1879, p. 250-251. a: 237-238).

El fin último de sus estudios sobre los aborígenes se inscribía dentro de una visión universalista del ser humano, pues: *“El hombre (...) ignoraba su propia historia, hasta que llegó un día (...) la necesidad de conocerla, y cerró entonces el círculo de las ciencias (...), El hombre no aparece como un aerolito sobre el teatro de su desarrollo. Una evolución abolenca lo precede sobre la tierra. Por eso es que en su estudio es necesario hacer intervenir las ciencias que tratan de sus predecesores y que lógicamente en la misma evolución del espíritu, ha aparecido primero que las que se ocupan del hombre (...).”* *“(...) Hay que precisar la marcha del hombre, desde que aparece en los tiempos más remotos, para llegar a conocer al que forma pueblos en los territorios en los que hoy lo estudiamos (...). El estudio de su antropología le revela al argentino, que está colocado en medios de desarrollo más favorecidos que otras naciones de nuestro continente; aprovechemos esos medios; estudiemos la evolución de los pueblos que lo han formado desde la época más remota, y tomemos nota, en las lecciones del pasado, de lo que puede servir a nuestra prosperidad en lo futuro, o de lo que nos puede llevar a la decadencia (...)”* (Moreno, 1881, p. 160-161, 207).

Mensaje este en el que se expresaba claramente el interés en aprender para mejor enfrentar el futuro, que no se asumía necesariamente venturoso.

Este proyecto contó con el apoyo de la Sociedad Científica Argentina, que en un documento del 15 de septiembre de 1875, en ocasión del viaje de Moreno,

iba más allá aun al dejar en claro la posición de las entidad: *“(...) las sociedades científicas tienen por objetivo primordial fomentar los progresos de la ciencia, buscando y descubriendo lo nuevo y lo desconocido. Para buscar novedades y descubrimientos benéficos al desenvolvimiento de la ciencia, es indispensable salir del radio de las capitales en que existen las sociedades, para explorar los parajes poco conocidos e inexplorados. Bajo el punto de vista político conviene también que el señor Moreno realice su pensamiento, porque una nación que posee inmensos territorios, debe procurar explorarlos, tomar posesión de ellos y darlos a conocer para incitar su colonización (...)”* (Bonatti y Valdez, 2015, p. 19-20).

Las exploraciones de Moreno si bien tuvieron un origen en su interés por estudiar a los aborígenes, irían evolucionando a los aspectos geográficos, especialmente en relación con el límite con Chile, tema para el cual resultaron de importancia. Pero en ningún momento fue un “espía” o la información que obtuvo estuvo destinada a los fines de las acciones militares que realizaron las tropas del General Roca en 1879-1880 (cf. Vezub, 2009, p. 144; Valko, 2010, p. 137, 144).

Moreno nunca hizo informes para los mandos militares. Estos hicieron uso de la información de exploradores enviados para tal fin por sucesivos gobiernos, como Villarino, Azara, Chiclana y Descalzi, Czetzy, Bejarano. Por otro lado también existió información provista en décadas anteriores por otros exploradores y viajeros, como d’Orbigny, Cox, Claraz, Darwin, Radburne y Musters. Algunos de ellos provenientes de Chile, como Cox cuya expedición fue financiada por el gobierno chileno con la idea de prolongar la colonización de Valdivia y Llanquihue hasta Choele-Choel (Vezub, 2009, p. 196). Por otro lado, tal como lo señaló Valko (2010, p. 166), cuando Roca inició su campaña “los indígenas ya no representaban una amenaza (...) desde 1872 estaban en franca retirada. Los principales caciques habían sucumbido o estaban presos”.

Capítulo 3

LOS ABORÍGENES EN LA PATAGONIA

Antecedentes históricos

Etnias aborígenes y aculturación

Si bien el poblamiento inicial de la Patagonia registra antecedentes de 13.000 años, la historia posterior tuvo varias etapas, mayormente representadas por instrumentos líticos de complejidad creciente y pinturas existentes en cuevas, como la de “las manos” del Río Pinturas en el norte de la provincia de Santa Cruz, con niveles de hasta 9300 años de antigüedad. En la Patagonia la fecha registrada más antigua de ocupación es de hace 11.000 años con la aparición de una “cultura cada vez más similar a la tehuelche” (Sarasola, 2005, p. 33). Todo indica grupos de alta movilidad, sin que existan evidencias de arquitectura y con escasos restos de alfarería - relativamente recientes (1500-1000 años A.P.)-, restringidos a la región más septentrional de la Patagonia (Bandieri, 2005, p. 29-34).

Cuando Moreno inició sus viajes de exploración la confrontación con los aborígenes, iniciada con la llegada de los primeros colonizadores españoles al actual territorio argentino, llevaba casi cuatro siglos y se hallaba próxima a una definición.

Estos colonizadores fueron verdaderos aventureros que aplicaron a los aborígenes del norte del actual territorio argentino sistemas de servidumbre llamados “encomienda”, “mita” y “yanaconazgo” (cf. Sarasola, 2005, p. 111-112) y en general los mismos criterios violentos con los que dirimían el poder entre ellos, al margen de las disposiciones reales que, desde Isabel la Católica en adelante, habían estable-

cido que los aborígenes eran tan libres como los españoles, aunque en realidad solamente los ubicados en la región pampeano-patagónica permanecieron libres. Con posterioridad los medios empleados por los blancos fueron los mismos que usaban en sus guerras civiles y que los indígenas usaban entre ellos.

El desarrollo de tales hechos, durante esos cuatro siglos, constituyó un caso más de los numerosos procesos de aculturación producidos en la historia de la humanidad, como resultante del contacto entre culturas diferentes. En tales casos siempre hay una cultura que es preponderante con respecto a otras en función de sus componentes económicos, políticos, sociales y culturales. Tal preponderancia se expresa en el balance final del número de componentes transferidos, en forma natural u obligada o por apropiación voluntaria, entre ambas culturas.

Así cuando la cultura europea del siglo XVI entró en contacto con las culturas indígenas más desarrolladas del continente americano el balance resultante evidenció claramente la preponderancia de aquella sobre estas. En tal sentido resulta importante observar que las sociedades indígenas estructuradas (cf. Romano, en Blengino, 2005) más avanzadas del continente americano, i.e. los aztecas y los incas, se encontraban, en el siglo XVI, en un estado de desarrollo agrícola ampliamente superado por la cultura indoeuropea. Ello se relacionó con el uso de la rueda y el arado que, en la cultura indoeuropea se vio potenciado por la existencia de animales de tiro, inexistentes en el continente americano hasta la lle-

gada de los europeos. Si la comparación se extendía a los aborígenes americanos de comunidades de cazadores-recolectores la diferencia resultaba más importante por tratarse de culturas mucho menos desarrolladas que las agrícolas. Un proceso similar, pero en otra escala se produjo también entre los mismos grupos aborígenes del territorio argentino, tal el caso, como se verá más abajo, de los mapuches con respecto a los tehuelches y a otras tribus residentes en el norte de la Patagonia y en Buenos Aires.

Se ha estimado que a la llegada de los españoles en el siglo XVI había, en el actual territorio argentino, aproximadamente 330.000 aborígenes distribuidos en unos veinte grupos étnicos que culturalmente correspondían a dos o tres conjuntos principales: cazadores, agricultores y pescadores. Algunos de estos grupos eran de naturaleza belicosa y otros relativamente pacíficos. Esto en definitiva era un reflejo de la existencia de distintos mundos indígenas y confirma que “es falso afirmar que hubo un solo mundo indígena, cuando en realidad fueron varios, distintos y hasta contrapuestos” (Sulé, 2007, p. 19).

Cuando los españoles y sus descendientes trataron de ampliar la ocupación del territorio, los aborígenes se resistieron, dando lugar a una lucha por los recursos disponibles que, con el tiempo, se volvió cada vez más intensa.

En el caso del actual territorio argentino, el ganado vacuno y caballar se había multiplicado enormemente a partir de la llegada de los primeros españoles, especialmente en la pampa (“*campo abierto*” o “*extensión llana*”, en quichua) húmeda, y constituía la fuente de abastecimiento tanto de los aborígenes como de los pobladores de Buenos Aires y otros asentamientos similares.

Para 1700 este ganado se había reducido y a partir de 1730 estaba limitado a establecimientos ganaderos próximos a poblaciones como Buenos Aires, los que se convirtieron así en proveedores para las mismas la exportación y el contrabando que se hacía a través de la desembocadura del río Salado, la ensenada de Barragán y Magdalena, y se constituyeron en el único recurso al que recurrían los aborígenes para su alimentación y el comercio que mantenían con Chile. Así estos comenzaron a robar ganado (Bandieri, p. 126) en las estancias existentes en el norte de

la provincia de Buenos Aires, sur de Córdoba, San Luis y Mendoza, transformándose de cazadores en depredadores. De hecho, uno de los primeros maulones se produjo en 1737 en la zona de Arrecifes y en 1780 los aborígenes atacaron Chascomús, Rojas, Melincué y Luján (Raone, p. 285).

Los españoles no se ocuparon de la Patagonia hasta fines del Siglo XVIII.

A raíz del libro de T. Falkner “*Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*”, publicado en 1774, España comenzó a mirar a esa región que tenía abandonada (Raone p. 250). En 1776 creó el Virreinato del Río de La Plata y, durante el siglo XVIII, ordenó una serie de expediciones militares y científicas como las de Francisco de Viedma, Basilio Villarino (1782-1783), Alejandro Malaspina (1789) y Juan Gutiérrez de la Concha (1795). Por otra parte, el Virrey Juan José de Vértiz ordenó a Juan de la Piedra y a Francisco y Antonio de Viedma fundar en 1778-1779 las poblaciones de San José en la Península Valdés, Puerto Deseado y Carmen de Patagones. (Raone, p. 266). En 1781 Villarino levantó el fortín de Nuestra Señora de las Mercedes, adelantamiento de la Guardia de Luján (Raone, p. 286), exploró la desembocadura del río Colorado, la costa del Golfo San Matías y subió por el río Negro más arriba de Choele Choele donde en 1782 construyó un fuerte (Raone, p. 284). El 23 de enero de 1783 llegó a la confluencia de los ríos Limay y Neuquén (Raone, p. 293); el 26 de marzo, a la del Collón Curá con el Limay y luego siguió por el Collón Curá hasta pocos kilómetros del Huechulafquen. Inició el regreso el 4 de mayo y llegó a Patagones el 25 de mayo. Pero el 1 de agosto de 1783 le llegaron las órdenes de abandonar los establecimientos de la costa patagónica (Raone, p. 295). Finalmente, en 1785, el Virrey Loreto efectuó una expedición contra los aborígenes, luego de lo cual hubo una relativa paz.

En esa época, en la región que se extendía desde la Pampa a la Patagonia, existía un cuadro cultural confuso y complejo, que ha dado lugar a diferentes clasificaciones y a opiniones contrapuestas de especialistas y estudiosos en general (Sarasola, 2005, p. 70).

Muchos refugiados políticos, delincuentes escapados, mercachifles, cautivos de ambos sexos vivían, en forma permanente o transitoria, en las tolderías.

Tribus enteras, algunas numerosas, provenientes del occidente andino, se establecieron en el actual territorio argentino como aliadas o amigas y algunos caciques se integraron hasta el punto de ser considerados estancieros. Además, los lanceros indios participaron activamente en las principales batallas libradas durante las guerras civiles, combatiendo en uno u otro bando y, por otra parte, los caudillos y jefes de frontera intervinieron en las querellas entre tribus y caciques.

Así “(...) la guerra, que no fue constante ni permanente, constituyó en todo caso un aspecto del intrincado conjunto de relaciones que se establecieron entre ambas sociedades. A lo largo de la frontera, el comercio constituyó el eje de esas relaciones y con él se filtraron múltiples influencias culturales: hábitos, usos y costumbres de los blancos penetraron en la sociedad indígena en tanto los pobladores de la frontera adoptaban muchos elementos de los indios” (Mandrini, en Zeballos, 2002, p. 29).

La complejidad del tema se ha visto potenciado por: 1) la existencia de numerosas tribus con posiciones antagónicas y cambiantes en el tiempo; 2) la clasificación de los aborígenes, por los viajeros y “blancos” según criterios circunstanciales en los que se mezclaban etnias, entidades culturales, territorios, lenguas y organización política tribal, pasando por alto el mestizaje y la hibridación cultural, y la apropiación de tales clasificaciones por parte de los mismos aborígenes; 3) documentación basada en la correspondencia intercambiada entre caciques y militares, en muchos casos redactada con la intención de engañar al destinatario; 4) el origen chileno de muchos de los caciques y el eventual beneficio de su accionar para el gobierno de ese país; 5) la participación de fugitivos, refugiados políticos, delincuentes, etc. provenientes de ambos lados de la cordillera; 6) el progresivo mestizaje producido en las zonas de interacción; 7) el uso de tradiciones orales que en muchos casos son distorsiones y/o constructos muy posteriores a los hechos; 8) la postura partidaria de los protagonistas de la época – exacerbada por las circunstancias y por posiciones personales en ausencia de un Estado con una estructura legal consolidada y efectiva –; 9) la incorporación y apropiación de la lógica y los criterios “blancos” a través del uso del español en las comunicaciones; 10) el análisis que

hacen muchos etnólogos e historiadores de los archivos y textos de la época, exacerbado por interpretaciones anacrónicas y fuera de contexto, tratando de hacer inferencias que van más allá de lo escrito. Así se han interpretado presencias y ausencias y aparentes contradicciones, y se plantearon dudas sobre la veracidad de hechos supuestamente “instalados” por recurrencia de términos, tomando estos de manera estricta, para valorarlos en función de su semántica y/o de su supuesta intencionalidad ideológica. En muchos casos se han incluido análisis que responden a modelos teóricos y terminologías vigentes en determinadas épocas, luego cuestionados y reemplazados sobre la base de algún otro modelo posterior, todo lo cual los torna altamente interpretativos, cuando no tendenciosos, y por ende, de dudosa validez (cf. Delrío, 2005, p. 26-28); 11) relatos de hechos recientes referidos a temas históricos, en algunos casos alterados en función de creencias personales y cuya veracidad se basa exclusivamente en asumir la credibilidad del relator (cf. González, en Sarasola, 2005, p. 8).

Es de remarcar aquí que “Una característica básica de cualquier proceso historiográfico: siempre se encuentra inmerso dentro de un contexto determinado en donde se entrecruzan experiencias, voluntades, aportes, influencias y enfoques que provienen de diferentes lugares y se encarnan en determinados sujetos históricos” y “no alcanza con la omnipotencia de un único sujeto histórico (...) para explicar un proceso de tamaño dimensión” (Bonatti y Valdez, 2015, p. 19).

Hasta el siglo XIX, en la Patagonia, había, según la clasificación de Escalada (Rey Balmaceda en Musters 1871, p. 17), tres grupos étnicos: tehuelche (Pámpidos), fueguinos (Fuéguidos) y mapuche o araucano (Andinos).

El llamado “*complejo Tehuelche*”, cuyas primeras evidencias en la Patagonia alcanzarían los 4000 años (Sarasola, 2005, p. 33), se dividía a su vez en: Tehuelches de la tierra firme (que incluía a los *Géne-na-kéne*, *Aóni-kenk* y *Chehuache-kénk*) y los Tehuelches insulares (Onas) que incluían los *Selknam* y los *Nan(e)kenk*. Según Casamiquela (2004, p. 22-23) los Tehuelches septentrionales se dividían en boreales (al norte de los ríos Limay y Negro), y australes (entre los ríos Limay-Negro y Chubut), mientras que los tehuelches meridionales comprendían a los boreales que se hallaban entre los ríos Chubut y Santa Cruz)

y los australes (ubicados entre el río Santa Cruz y el Estrecho de Magallanes).

Los tehuelches meridionales que habitaban al norte del estrecho de Magallanes eran, según Radburne (en Childs 1936, p. 99, 179, 227, 228), muy diferentes de los indios fueguinos, que eran más primitivos, y a su vez eran diferentes de los tehuelches septentrionales ubicados al norte del río Chubut. Radburne destacó además que eran pacíficos y sociables y que no existían registros escritos de que hubieran sido hostiles a los blancos (p. 179) y atribuyó su destrucción a la introducción de bebidas alcohólicas (p. 228). Musters (1870, p. 44) que en 1870 hizo un viaje de 2700 km entre Punta Arenas y Carmen de Patagones con los *Aóni-kenk*, por su parte, destacó que los tehuelches eran claramente diferentes “*por su país, su raza, su lenguaje y su carácter*” de los indios del norte de la Patagonia.

Por otro lado, la designación “*pampas*” se generalizó con el tiempo a otros grupos, básicamente las comunidades de origen tehuelche de la provincia de Buenos Aires y La Pampa (tehuelches septentrionales, cf. Casamiquela, 2005) en proceso de “araucanización”.

Según Sarasola (2005, p. 227) entre 1830 y 1880 el 80 % de los caciques principales perteneció a la cultura araucana y el 20 % tehuelche estuvo parcialmente mestizado, concentrado en determinadas áreas (centro de la provincia de Buenos Aires, Neuquén) y diluido en la masa araucana.

No obstante, existió un “intenso mestizaje al interior de las comunidades indígenas de la pampa” dentro de un “sistema de linajes intertribales sumamente complejo”. Y “hablar de una supremacía mapuche... o establecer orígenes étnicos definidos en todos los casos es simplificar un tanto el panorama cultural de la región, que (...) es mucho más complejo, y sigue siendo en alguna medida confuso para los distintos investigadores y aun para los propios descendientes indígenas que aún no se ponen de acuerdo sobre el tema” (Sarasola, 2005, p. 15).

Es evidente que en la región se dio además una amplia mestización, la primera de las cuales (debiendo en gran medida a la ausencia de mujeres en las expediciones de conquista) se dio entre aborígenes y españoles de la conquista del siglo XVI, y la segunda “argentinización” correspondió a la fusión de los

criollos con los inmigrantes europeos. Debido a que entre los aborígenes poseer cautivos fue un signo de prestigio social la abundancia de cautivos blancos en algunos años y dos o tres generaciones, hizo que en los toldos fueron más los mestizos que los aborígenes puros (Sarasola, 2005, p. 214-215).

De esta manera, en el norte de la Patagonia, se superpusieron distintas influencias culturales hecho que, unido a la carencia de escritura, a la aculturación y al mestizaje, ha complicado la identificación de las diferentes parcialidades (cf. Bandieri, 2004, p. 45).

Neuquén, por su parte, desde la época prehispánica, fue un área de convergencia entre las diversas corrientes poblacionales que, provenientes de la Patagonia austral, de Cuyo, la Patagonia septentrional, Chile o la Pampa, se asentaron e iniciaron contacto entre ellas. Estos grupos aportaron diferentes patrones culturales y, para fines del siglo XIX, conformaron un amplio mosaico pluriétnico caracterizado por una intensa comunicación entre los grupos indígenas, con un dominio del componente mapuche por sobre los demás. Los caciques allí asentados se convirtieron en los dueños absolutos del comercio que existía en los pasos cordilleranos, de las rutas de arreo de ganado y de los fértiles valles, que sirvieron como campos de engorde para los vacunos y caballadas llegadas de las estancias de la pampa, que luego eran vendidas en diferentes mercados de Chile (Bonatti y Valdez, 2015, p. 124-125).

Está claro entonces que entre los grupos que habitaban tanto al este como al oeste de la cordillera de los Andes existieron lazos familiares, relaciones económicas, alianzas políticas y que se dio una progresiva homogeneización étnica (cf. Bonatti y Valdez, 2015, p. 127).

Densidad poblacional aborigen en la Patagonia

Se ha calculado que, en el siglo XIX, el número total de aborígenes en el actual territorio nacional variaba entre aproximadamente 170.000 y 343.000 individuos (Sarasola, 2005, p. 92), de los cuales solo una mínima parte habitaban la Patagonia central y austral.

El número y características de los aborígenes existentes en la Patagonia antes de 1870 han sido estimados de manera variable por diferentes viajeros de la época.

Según d'Orbigny (Tomo 2, p. 97, observaciones de 1829) los Patagones quedaron reducidos a la mitad entre 1809 y 1812 debido a la viruela y en ese momento eran c. de 8000 a 10000, divididos en grupos. Sobre tal base calculó, con relación a la superficie total de la Patagonia, que había un aborígen cada tres leguas, lo cual constituía, haciendo la salvedad de la aridez imperante, una población muy reducida para semejante extensión.

En 1870, según Musters (VP, p. 127 y (1870, p. 258)) había, entre el Río Negro y el Estrecho de Magallanes, unos 500 combatientes, con una población total de 3000 individuos y el número de tehuelches puros en la Patagonia no excedía de 1.500 hombres, mujeres y niños. Señaló, además, que la población disminuía rápidamente debido a las enfermedades y el aguardiente. De ser este número correcto y considerando que toda la Patagonia al sur del río Negro abarca c. 700.000 km² resulta que la densidad poblacional al sur del río Negro era de 0,002 personas por km².

Por su parte, Lucio V. Mansilla (1831-1913) en su libro *“Una excursión a los indios ranqueles”*, pese a la relativamente escasa información sobre los aborígenes, calculó que en 1870 (cf. Sarasola, 2014, p. 391) las tribus ranqueles en la región entre los ríos Quinto y Colorado, entre 35°-27° S y 63°-66° O, en una superficie de *“2000 leguas cuadradas”* (92.000 km²), comprendían entre 8000 y 10000 personas, incluyendo 600 - 800 *“cautivas”*, de manera tal que la densidad poblacional era de 0,04 - 0,1 por kilómetro cuadrado.

Según Sarasola (2014, p. 399-400) la población aborígen en las pampas y el norte de la Patagonia, en 1850-1875 era aproximadamente de 35.000 - 40.000 personas, entre mujeres, niños y ancianos (la *“chusma”*) y unos 5000 - 6000 indios de pelea.

Según Durán (en Zeballos 2004, p. 37, 54) en la región pampeana, incluyendo la cordillerana había unos 19.000 habitantes, 1500 entre los ríos Negro y Colorado, 4000 en Salinas Grandes, 4500 en Leubucó, 6000 en la cordillera, 2000 indios y cristianos en diversos grupos.

Para Hatcher (1903, p. 81) a fines del siglo XIX, entre el río Santa Cruz y el estrecho de Magallanes vivían *“trescientos tehuelches”* y destacó que *“los tehuelches fueron un pueblo considerablemente más numeroso que en la actualidad, aunque difícilmente*

sea posible que hayan superado en ningún momento los cinco mil” y *“no se sabe con certeza si ahora quedan más de quinientos de ellos en toda la Patagonia”*. Si se supone una población de 5000, la densidad sería de 0,007 personas por km². También señaló que los tehuelches eran *“extraordinariamente pacíficos de carácter y de hábitos hacendosos”* y que debieron protegerse *“de los indios más numerosos y belicosos, que habitaban al norte y con los que estaban constantemente en guerra”* (Hatcher, 1903, p. 282, 288).

Según Lista (2005, p. 79) *“los tehuelches (...) se dividen en dos grandes tribus, una habita en los ríos Chubut y Limay, y la otra entre el primero de estos ríos y el estrecho de Magallanes”* (...) *“El número total de guerreros es de 500 aproximadamente sobre una población de 2 a 3000 almas”*.

Los onas, por su parte, en 1880 alcanzaban a 3500-4000 y los yamanas otro tanto, pero las epidemias de sarampión, neumonía, difteria, tisis, gripe y la tuberculosis fueron determinantes para su aniquilamiento (Sarasola, 2005, p. 285, 286, 288). En lo que respecta a los yaganes, según Hatcher (1903, p. 168) *“eran varios cientos”* antes de la llegada de la Sociedad Misionera de la Iglesia de Inglaterra en 1860 y, en el momento de su visita, entre 1896 y 1899, se habían reducido a *“unas treinta o cuarenta almas”* (...) *“debido principalmente a la tuberculosis, propagada y fomentada entre ellos, parece muy probable, por la repentina introducción de la ropa sin que, al mismo tiempo, se les inculcaran los principios de higiene esenciales para el uso adecuado de tal vestimenta”*.

Por su parte Beerbohm (1879, p. 55-56), un explorador inglés que, en 1877, a los 23 años de edad, hizo un recorrido entre Puerto San Julián y Punta Arenas, describiendo la región y las costumbres de los indios, calculó que el número de indios entre el río Negro y el estrecho de Magallanes apenas alcanzaba a 3000 y que, si la mortandad entre ellos seguía al mismo ritmo, en poco tiempo desaparecerían totalmente. Consideraba además que, en ningún momento, la Patagonia habría estado bien poblada debido a que ninguna persona la habría elegido como hábitat permanente mientras pudiese disponer sin problemas de las regiones más hospitalarias ubicadas más al norte y que si, a veces fue elegida como residencia, pese a su clima inclemente, ello se debió a la necesidad y por considerar menos formidables

los elementos naturales que la hostilidad permanente de tribus más poderosas. Por ello entendía que los tehuelches fueron probablemente empujados al extremo del continente por razas del norte, más guerreras, como los araucanos, los pampas y otras. Al tiempo que opinó que ellas, a su turno, con el avance de la civilización podrían verse forzadas a abandonar la región de buenos pastos y clima moderado para huir a las tierras vacías de Santa Cruz y San Julián y eventualmente encontrar el mismo destino de exterminio que pendía sobre los tehuelches. Según Beerbohm (1879, p. 62) el gran problema que enfrentaban era la adicción a bebidas alcohólicas, a lo cual se debía la rápida disminución en sus números.

Para 1891 el problema seguía siendo el mismo. Según Burmeister (1891, Rev. MLP p. 279): “Hace un año, los indios pertenecientes a tribus tehuelches que habitaban estos parajes se alejaron de este territorio. Se dice que una de las causas que ha motivado el retiro de los naturales fue la influenza que vino de Buenos Aires, se extendió hasta Punta Arenas y diezmó las tolderías tehuelches. También la viruela hizo estragos entre ellos y por último el alcoholismo ha concluido por degradarlos completamente.

El campamento de Río Chico tenía cinco toldos en cada uno de los cuales vivían, en promedio, 25 personas; el campamento de la tribu de Orkeke, ubicada en el camino a Punta Arenas tenía 12 tiendas, con una población de 400 – 500 personas y era más numerosa que la de los tehuelches del norte.

Es de señalar que, en la segunda mitad del siglo XIX, el número exacto de aborígenes se hizo difícil de evaluar, pues estos lo aumentaban en función de destacar el poder de cada facción y de obtener mayor cantidad de raciones, al tiempo que los militares y representantes del gobierno lo hacían en función de destacar sus logros y de los “negocios” que hacían con el sistema de raciones.

Para Zeballos (2002, p. 327) Sayhueque podía formar 5000 lanzas y la población de sus dominios alcanzaba 30000 almas aproximadamente.

Al respecto Hosne (2005, p. 185), dice “en varias ocasiones las cifras de unos y otros no coinciden, pero los caciques son proclives a exagerar su poderío bélico y los militares no los desmienten, por el contrario” y remarca la diferencia en números que registra Moreno en Quem-quem-treu, antes de es-

capar de Calefú, cuando los jefes indios dicen que hay 800 hombres y él solo cuenta 480.

Moreno (1942, p. 99-100), al comentar el número de aborígenes y la presencia de numerosos blancos entre ellos, decía: “*Los indios eran muchos menos que los sugeridos por la repetición de sus avances en lugares muy distantes entre sí, para los que no faltaron cómplices ‘civilizados’ en los sucios negocios y manejos fronterizos (...)*”.

En la actualidad, según Casamiquela (2004, p. 46), “no queda un solo tehuelche puro; la lengua tehuelche septentrional se extinguió en 1960 y queda una media docena de hablantes de la meridional. Ninguno de la ona (...). Ningún yámana hablante; una decena de alacalufes. Unos 150.000 parlantes de araucano en Chile y 10.000 en la Argentina, con absoluta probabilidad todos portadores de genes andieriblancos (...)”.

La baja densidad poblacional de la mayor parte de la Patagonia, sumada a la aridez de sus mesetas barridas por fuertes vientos llevó a considerar la región como un desierto. Aunque el término no es aplicable, desde el punto de vista de la aridez, a gran parte de la provincia de Buenos Aires y parte oriental de La Pampa, sí lo fue en función de su acepción de “lugar, paraje, sitio despoblado de gente” (Raone, 1969, p. 159), aunque el término también se ha interpretado como un espacio “vacío de civilización” (cf. Bandieri, 2005, p. 14-15).

Objetivamente el desierto patagónico era y es un hecho concreto y no fue “*construido*”, como algunos han sostenido (López, 2003, p. 122), primero desde un punto de vista ideológico y más recientemente por una desertificación producida por quienes desde fines del siglo XIX fueron a trabajar esas tierras.

El potencial del territorio que vio Moreno no fue una mera ilusión o utopía constructiva de la época, tal como lo prueban los desarrollos agropecuarios en los valles cordilleranos y a lo largo de los ríos Negro y Chubut y la posibilidad todavía existente, dados los enormes recursos hídricos disponibles, de expandir estos últimos y ampliarlos tanto al curso del río Santa Cruz como a las mesetas aledañas.

Por ello sigue teniendo más vigencia que nunca la afirmación de Moreno de que “*sin Patagonia la Argentina no hubiera sido nunca la entidad geográfica que necesita ser para llenar sus destinos*” (en Ygobone, 1954, p. 513).



Campaña de J.M. de Rosas en el Norte de la Patagonia, 1833.

Inicio de la araucanización

Los mapuches (*mapu*= tierra; *che*= gente; gente de la tierra) o araucanos provenían del actual territorio chileno (de la región entre el río Choapa y el archipiélago de Chiloé (cf. Sarasola, 2005, p. 128), donde desde el siglo XVI habían librado una cruenta

lucha contra los españoles, lucha que continuó durante los siglos siguientes y se fue extendiendo paulatinamente al este de la cordillera en lo que hoy es el territorio del Neuquén y de Mendoza, en Argentina.

Ya en el siglo XVI existía comercio entre los aborígenes de la región de Arauco y los de la pampa

bonaerense (Raone, 1969, p. 219). La penetración araucana hacia el oriente de la cordillera comenzó en tiempos prehispánicos mediante pequeños grupos aislados. Posteriormente, luego de la instalación, en 1550, del fuerte de La Concepción a orillas del río Bío Bío, en lo que hoy es Chile, los Mapuches comenzaron a dominar e integrar a los pehuenches (pehuén = araucaria), conformados por varias parcialidades diferentes de las de los tehuelches y araucanos (Sarasola, 2005, p. 76), que ocupaban ambas vertientes de los Andes a la latitud del Neuquén y sur de Mendoza y luego a invadir el espacio geográfico existente al oriente de la cordillera a expensas de los *puelches* - nombre aplicado por los mapuches a los tehuelches ubicados en la vertiente oriental andina -, en un proceso progresivo que se denominó “araucanización de la pampa”, que se habría iniciado con una penetración de bienes culturales y que luego incluyó una superposición de elementos pehuenches, tehuelches y araucanos (Sarasola, 2005, p. 164) y que no guardó relación con límites nacionales, que todavía no existían ni con una visibilidad mayor de contingentes transandinos, debida al establecimiento permanente de cacicatos relativamente importantes.

Pese a ello, los araucanos mantuvieron muchas de sus costumbres y habilidades (tejidos, platería) pero reemplazaron su patrón original agricultor por el de cazador (Sarasola, 2005, p. 131).

Esta presencia e influencia mapuche al este de la cordillera, alcanzó importancia entre 1780 y 1840 y se extendió, de manera pacífica o violenta, en la cual resultó decisivo el dominio del caballo y de armas como las boleadoras de las que disponían los mapuches y que fueron tardíamente adoptadas por los tehuelches (Maggiori, 2003, p. 18). El uso del caballo a partir de la primera mitad del siglo XVIII, resultó en el reemplazo del arco y la flecha por la lanza. De esta manera, las tribus tehuelches allí existentes, sin perder totalmente su individualidad, se vieron sometidas a reagrupamientos, al mestizaje y a la redefinición de adscripciones étnicas, adoptando progresivamente el modo de vida, lengua y cultura mapuche, en otro claro ejemplo de aculturación. Todo lo cual determinó la virtual disolución de la cultura tehuelche en el norte de la Patagonia (cf. Sarasola, 2005, p. 148, 216).

Como resultante, las tribus que habitaban el norte de la Patagonia pasaron a ser, en su mayor

parte, diferentes ramas de la cultura mapuche, con nombres en lengua mapuche que cambiaban de acuerdo con la región que ocupaban, i.e. *picunches* (gente del norte) originarios de la región entre los ríos Itata y Choapa en Chile, *huiliches* (gente del sur), originarios de la zona entre los ríos Tolten y Bueno en Chile, *pehuenches* (gente de los pehuenes= araucarias), originarios de ambas vertientes andinas en la latitud del Neuquén y del sur de la actual Mendoza. Las facciones mapuches más belicosas fueron también denominadas “*aucas*” (rebeldes) o *moluches*. Las tribus autóctonas del sur de la Patagonia recibieron el nombre de tehuelches (*te-huel*= sur; *chus*= gente, aunque el nombre también se ha considerado que proviene de la lengua de los “antiguos pampas” o patagones o de otros términos araucanos (i.e. *chuwelchü* = gente brava o arisca) (cf. Sarramone, 1993, p. 27; Bandieri, 2005, p. 36), a los que diferenciaron en *puelches* (gente del este) y *leuvuches* (gente del río), estos últimos ubicados en ambas márgenes del río Negro.

Los tehuelches meridionales, naturalmente pacíficos, combatieron en las décadas de 1810 y 1820 en defensa de sus áreas de caza, de las que se apropiaron los mapuches después de vencerlos en las batallas de Tellién, Languiño y Pietrochofel. De especial importancia fue la batalla de Languiño. Allí el cacique mapuche Chocory, de origen chileno, que había llegado manifestando su propósito de comerciar pacíficamente, rodeó y sorprendió a los desprevenidos tehuelches, que fueron vencidos en una batalla de tres días de duración, tras lo cual los vencedores se apoderaron de mujeres y niños.” (Maggiori, 2003, p. 19). De allí el nombre “*Languiño*”, que los Tehuelches dieron a esa pampa, que en su idioma quiere decir “*Lugar de los Muertos*”.

La unión entre los vencedores mapuches o manzaneros, y las cautivas tehuelches (Maggiori, 2003, p. 18-19) dio lugar al comienzo de la fusión de los dos grupos en el norte de la Patagonia. Así Valentín Sayhueque (c. 1823- 1903) (= dueño de los lanares), con quien entabló relación Moreno en la década de 1870, era hijo del cacique mapuche Chocory y de una mujer tehuelche (*Aóni Kënk* o *Gününa Küne*) llamada *Yielkéle-chüüm* (Vezub, 2009, p. 145). Valentín Sayhueque, que habría nacido entre 1825 y 1835, y cuyo nombre de Valentín se lo dio Valentín Alsina

durante cuya gobernación se hicieron los tratados con Buenos Aires (Vezub, 2009, p. 145), se reconoció como argentino, tal como lo comprobaron al visitarlo en Caleufú, Bejarano y Moreno, en 1872 y 1876, respectivamente. Musters, en 1870, comentó que los “*indios araucanos de las Manzanas*” todavía tenían esclavos tehuelches en cautiverio y que varios de sus compañeros de viaje habían participado en distintos enfrentamientos (Vezub, 2009, p. 163).

El contraste entre los tehuelches y los mapuches fue corroborado por Musters al comentar las descripciones de Guinnard (Musters, 1870, p. 258), un ciudadano francés que, en 1856, fue apresado por aborígenes y, durante tres años, fue pasando por diferentes grupos o tribus, vendido como esclavo, y finalmente fue tomado como escribiente por el cacique Calfucurá. En agosto de 1859, logró huir y pudo llegar a la localidad de Río Quinto y posteriormente a Mendoza y a Chile y regresar a Francia donde, en 1864, escribió el libro “*Tres años entre los patagones*”. Allí describió en detalle el grado de desarrollo primitivo de los aborígenes que lo tuvieron prisionero y las condiciones infrahumanas en las que tuvo que vivir. Musters, que convivió con los tehuelches, puso en duda que sus relatos se aplicasen a estos y consideró más probable que correspondiesen a los araucanos.

Las diferencias existentes entre las distintas etnias fueron corroboradas por Moreno, quien además atribuyó a ellas su eventual extinción o supervivencia. Así, observó Moreno en 1879: “*Estos indígenas [Gennaken] pertenecen a una de las razas americanas más próximas a extinguirse: siguen la suerte de los bravos charrúas, y antes de diez años no podrá contar con un solo representante de la nación numerosa que encontraron los españoles de la conquista. La decadencia de ciertas razas americanas muestra su inferioridad con respecto a otras indígenas de América que resistirán más tiempo a la influencia étnica del hombre blanco, si su destrucción no se acelera por las armas. Los gennaken, así como los ahonekenes o patagones están destinados a extinguirse rápidamente; su carácter, sus costumbres completamente primitivas no pueden resistir un rápido cambio de medio, y se les ve languidecer y perecer sin asimilarse con las razas invasoras. La civilización no echa raíces entre ellos; el patagón no es como el araucano, quien, con voluntad se convierte en un hombre útil a la sociedad; por*

el contrario, no conozco un solo patagón o gennaken que haya abandonado completamente su pereza nativa, y en esto el patagón le es inferior. Es bien notorio lo que pasa con estas razas; no se oponen a que la civilización llegue a ellos, pero no la aceptan. A veces, en la apariencia, son más adelantados cuando llevan momentáneamente la vida de aldea, pero una vez en el desierto, tornan a la vida nómada (...)”.

Y en sus campamentos Moreno veía “*la última etapa en el camino de la vida de esta raza pampa, que trescientos años atrás opuso una resistencia tenaz a los primeros fundadores de Buenos Aires. Ella perece no por las armas, sino por la influencia fatal de medios superiores, desaparece de la esfera terrestre, concluyendo su modesta evolución (...)* y no deja más vestigio de su paso que algunos huesos y los rascadores de piedra, último vestigio del hombre cuaternario, resto de la infancia de la industria que ha persistido a través de todas las transformaciones del progreso. ¿Quién, dentro de algunos años, al visitar aquellos parajes, podrá imaginarse que allí se extinguió una raza, y que las piedras quebradas sobre el suelo, son todo el material que queda de aquella vida doméstica principiada en la penumbra de la edad geológica pasada y que concluye sin haber variado nada de ella? Háblase de las fatigas de los viajeros, pero no se cuentan sus compensaciones. ¿Puede haber una mayor, que aquella que proporciona en un momento dado, con la prueba a la vista, el poder abarcar desde sus extremos toda la evolución física y moral del hombre y abrazar con una mirada mental retrospectiva desde la ciudad moderna hasta la tienda del hombre contemporáneo con las faunas perdidas? Los museos y las bibliotecas perpetúan parte de la vida humana en manifestaciones materiales, pero la infancia de la sociabilidad, el principio de la vida intelectual de los pueblos en sus manifestaciones psicológicas, no se encuentran sino allá, en la vida salvaje. Por mi parte, ¿cuántas veces, en viaje, he notado en mi espíritu, al hombre fósil y a su descendiente civilizado? Goce intelectual inmenso, pero que mi pluma no puede escribir”.

(Moreno, 1942, p. 120, 125-126).

De los escritos de Moreno parece claro que entre los mismos mapuches existían diferencias importantes, aunque se debe remarcar que, en sus expediciones, Moreno trató fundamentalmente con las tribus ubicadas en las estribaciones andinas y que sus observaciones se basaron fundamentalmente en ellas.

De hecho, los mapuches que residían en el occidente de la cordillera eran sedentarios y practicaban la agricultura de manera incipiente, y solamente se convirtieron en seminómades o nómades en las pampas orientales, donde su dependencia de la caza condicionó sus desplazamientos. No obstante, como lo ha destacado Mandrini (en Zeballos, 2002, p. 33): “la población india estaba asentada en parajes bien determinados (...) [y] la alta movilidad (...) determinada por la circulación de los ganados, por las necesidades del comercio y de la guerra (...) no debe confundirse con nomadismo”. Por otra parte, los “(...) procesos de diferenciación social, de acumulación de riqueza, de formación de grandes unidades políticas (los cacicatos), de concentración de autoridad en los grandes caciques (...) contribuyeron a transformar profundamente la sociedad indígena entre los siglos XVIII y XIX”. Así los que Moreno conoció en la falda oriental de los Andes, no podían ser calificados de nómades o de cazadores-recolectores, pues estaban afincados en lugares definidos y algunos de ellos se dedicaban al cultivo de la tierra. Decía Moreno (1918-1919, p. 59): “*Shaihueque y Ñancuque me habían dicho más de una vez que, al pie de la cordillera, en el paso a Chile, había caciques que cultivaban la tierra (...) Las familias agrupadas (...) cultivaban toda la tierra: los trigales cercados que veíamos atestiguan su industria; además las mujeres tejen y con todos los recursos de esa colmena humilde comercian con Junín de los Andes y con Valdivia. Supe que toda la verdura que se consumía en Junín procedía de las chacras de la gente de Curuhuinca, de las vegas (...) inmediatas al lago Lácar situado a unos doscientos metros de los ranchos (...)*”.

“*En el punto al que he aludido encontré chozas y allí acampé. Inacayal, propietario, según él, de las regiones del lago, había concedido permiso a algunos indios valdivianos, labradores, para que se establecieran en su campo, dando así los primeros pasos en la vía del progreso tan poco hollada por el indio. Los nuevos pobladores habían levantado ese plantel modesto de una futura ciudad argentina, donde encontré plantíos de maíz, cebada ya espigada y varias legumbres (...)*” (Moreno, 1898: a: 260).

Los ranqueles en sus tolderías también se dedicaban a la labranza y allí abundaban “los plantíos de maíz, trigo, cebada, alfalfa, zapallos, sandías, etc., etc.”

(...) “A corta distancia de los toldos están las sementeras... de cereales que el indio forma sin instrumentos, por medios primitivos, con gran perseverancia y sorprendente trabajo. Verdad es que no siembra el indio mismo, sino la mujer, las cautivas y los chiquillos (...)” (...) “y la expedición del coronel Racedo ha sorprendido al cacique ranquel [Ramón Cabral o Ramón Platero] en el momento de levantar sus trigos de Leuvuco”. (Zeballos, 2004, p. 216, 220, 266).

También “(...) en las viejas tolderías del sur de Buenos Aires no faltan sembrados de trigo y maíz (...)”. Al respecto comentaba Zeballos (2004, p. 268) “(...) sin instrumentos de labranza (...) nada más que por su mero instinto, cultiva la tierra y cosecha cereales (...) ¿Cómo ha de ser imposible, ni siquiera difícil, someterlo a la vida colonial y convertirlo en labrador inteligente, económico y perseverante? (...)” “(...) el indio sería agricultor excelente una vez que sintiera la necesidad de labrar la tierra, para satisfacer la exigencia natural de las cosas útiles que dan origen al trabajo”.

La población aborígen no estaba concentrada geográficamente, sino que respondía a la optimización de los recursos disponibles y su lógica territorial se manifestaba en la estrategia de ocupar todos los caminos vecinos a la frontera. Para ir a Patagones, donde obtenían las raciones, unos iban por el margen norte del Limay, vadeando el río Neuquén y otros lo hacían por el margen sur. Un camino transversal al Limay unía el arroyo de los Hechiceros (Pichi-Leufú) con Pilcaniyeu, Comallo, Maquinchao y Patagones (Vezub, 2009, p. 190-191).

Caleufú estaba ubicado estratégicamente; no solo era la puerta de entrada de las raciones al País de las Manzanas sino el camino al paso cordillerano de Mamuil Malal.

El País de las Manzanas era un verdadero centro comercial donde llegaban partidas indígenas, cristianas o mestizas sujetas a intermediación forzosa, las cuales debían satisfacer pagos y requisitos para que se les permitiese continuar hacia Argentina, Chile, la Araucanía o el interior patagónico. Los intercambios no se hacían entre etnias. Los negocios entre las casas comerciales de Patagones, Valdivia y los caciques, y de estos entre sí no diferían de los sostenidos con cualquier hacendado fronterizo. El Estado era percibido como un gran tío redistribuidor. Y los

objetivos comerciales condicionaban la política indígena. El comercio fue el dispositivo que mejor penetró la autonomía patagónica desde fines del siglo XVII (Vezub, 2009, p. 217)

Comercio aborígen a través de los Andes

El comercio aborígen hacia el oeste andino se efectuaba usando el llamado “*camino de los chilenos*”, que pasando por Carhué, Salinas Grandes y Trarú Lauquén (laguna del Carancho), Tripahué (al oeste de la actual ciudad de General Acha) y Lihué Calel seguía hasta Pichi Mahuida en el río Colorado, de allí a Choele-Choel y luego, por el río Negro, hasta el lugar más tarde llamado Confluencia, donde se le unía el río Neuquén, y cerca del cual se halla hoy la ciudad de Neuquén. Esta ruta seguía luego por el río Collón Cura hasta los lagos Aluminé y Moquehue y cruzaba el límite con Chile por los Pasos de Icalma (muy peñascoso) o Mallín de Icalma. Parte de este camino lo hizo Moreno (1942, p. 25) a mediados de diciembre de 1875, para seguir el río Limay (limpio, claro) y, al hacerlo, mencionó que era el “*Camino de Chile*”, por donde pasaban los animales robados en las pampas, que después de una serie de trueques, terminaban engordando en “*los alfalfares de los hacendados chilenos*”.

Este itinerario, que sin dudas fue el principal usado para llevar a Chile el ganado robado, convirtió a la isla Choele Choel, en el río Negro, en un punto estratégico, tal como lo comprobó Basilio Villarino, cuando, a fines de 1782, por orden de Francisco de Viedma, remontó, con cuatro chalupas y sesenta y dos hombres, los ríos Negro y Limay hasta el río Collón Cura. Por ello Félix de Azara, en un informe presentado al Virrey Melo en 1796, proponía tomar posesión de ella y fortificarla para impedir el tránsito de hacienda robada.

También existió otro camino, usado por los ranqueles para llevar el ganado robado en el sur de Córdoba y San Luis (cf. Zeballos, 2004, p. 255), tal como lo registró, en 1806, Luis de la Cruz, Alcalde del Cabildo de Concepción, en Chile, en su recorrido entre Ballenar (Chile) y Melincué. Dicho camino cruzaba el Chadileuvú, a la altura de la actual localidad de Limay Mahuida, de allí seguía a la laguna Puelén en el oeste de la actual provincia de La Pampa y, cruzando el ángulo sudeste de la actual provincia de Mendoza, llega-

ba al río Colorado y luego a los ríos Neuquén y Rañileufú, para entrar en Chile por el norte del Neuquén, a través del Paso de Pichachén-Buta Mallín, al oeste de la actual ciudad de Chos Malal (Bandieri, 2005, p. 71).

En el sector chileno de Valdivia las curtiembres se complementaban con destilerías asociadas, en las que se producía aguardiente para pagar el ganado proveniente del oriente andino (Vezub, 2009, p. 207-208). El mercado de Pitrufrquén, una reducción situada en una encrucijada de caminos a orillas del río Toltén, oficiaba como plaza de transferencia de carne y cueros para los consumidores chilenos.

Los productos de este intercambio se vendían también en Buenos Aires, tal como lo registró Azara.

Este tráfico era muy lucrativo para los compradores e intermediarios y llegó a ser considerado “*normal*” y a ser tolerado por autoridades de niveles inferiores, tanto en Chile como en el sur de Mendoza. Tal el caso, entre estos, de Juan A. Rodríguez, un chileno protegido del General Aldao, que fue comandante del fuerte de San Rafael entre 1835 y 1847. En algunos casos, aborígenes residentes en el este de la cordillera participaban introduciendo en Chile la hacienda robada; en otros casos, eran los mismos aborígenes residentes en Chile quienes la introducían y vendían. Por otra parte, era frecuente la presencia de comerciantes en las tolderías de los salineros y ranqueles.

Para la década de 1870, en la zona del río Agrío, en Neuquén, con control del paso de Picachén o Antuco y con acceso a los centros comerciales de Chillán, Concepción, Arauco, Los Ángeles y Linares, existía una localidad denominada Malbarco o Valvarco, dominada por el cacique Purrán, que llegó a alcanzar 600 habitantes, que servía de centro de comercio a algunos hacendados provenientes de Chile, dos de ellos llamados Méndez Urrejola y Price, para facilitar el traslado de hacienda a Chile.

Los aborígenes a fines del siglo XVIII, en las invasiones inglesas y en los primeros años de la independencia

A fines del siglo XVIII, en el norte de Buenos Aires, no había mayores problemas con los aborígenes y existía una relación pacífica con los pampas o puelches, establecidos allí aproximadamente en 1670, quienes habían reemplazado a los querandíes (gente

que come grasa, en guaraní). Se trataba de un grupo aparentemente intermedio entre los tehuelches septentrionales y otros grupos de más al norte, como los guaraníes del litoral (Sarason, 2005, p. 75).

Fue en el siglo XVIII que se hizo el primer convenio con los caciques más pacíficos, los pampas de las sierras de Tandil (la piedra que se mueve) y Ventana, cuyos caciques más famosos en el siglo XIX serían los Catriel, lo cual les permitió asentarse al norte del río Salado, a cambio de facilitar información sobre eventuales incursiones de otros aborígenes. La dinastía de los Catriel tendría así su origen en un proceso de transculturación producido entre mapuches y tehuelches septentrionales a fines del siglo XVIII. La incorporación de varios grupos mapuches en el siglo XIX, convirtió a los “*catrieleros*” en uno de los grupos de aborígenes más importantes de la pampa (Bonatti & Valdez, 2015, p. 72).

Hasta principios del siglo XIX existió un panorama de relativa paz, aunque los conflictos europeos obligaron a desatender las fronteras interiores para atender las exteriores (Raone, p. 317). Durante las invasiones inglesas, varios caciques pampas y ranqueles ofrecieron su apoyo para la reconquista. Así numerosos aborígenes formaron parte de los “*Tercios unidos de indios, pardos y morenos*”, que después de 1810, fueron separados e integrados a regimientos comunes. Por otra parte, la Primera Junta eliminó el pago de tributos por parte de los aborígenes, abolió la esclavitud, la encomienda y la mita y les dio intervención directa en funciones gubernativas. Envío además al Coronel Pedro A. García a parlamentar con los aborígenes y anunciarles la existencia de un nuevo gobierno, en una expedición que se extendió entre el 22 de octubre y el 22 de diciembre de 1810. García pasó por el norte de la laguna de Pecuén en el suroeste de la provincia de Buenos Aires, hasta llegar a Salinas Grandes y, en 1813, propuso avanzar la frontera hasta el río Colorado. Insistiría con este proyecto en 1814, 1815, 1819 y 1820, el que finalmente sería puesto en ejecución por Adolfo Alsina (1829-1877) en 1876. La frontera interior se extendía entonces desde el río Diamante en Mendoza, el río Quinto en San Luis, el río Cuarto en Córdoba y el río Salado en Buenos Aires.

A partir de la Revolución de Mayo se produjo, debido a la apertura del libre comercio y a la presión

recaudadora de un Estado enfrentado a guerras de distinto tipo, un cambio en los intereses económicos de Buenos Aires. De un orden mercantilista, basado en el intercambio comercial entre los puertos españoles y los centros mineros del Alto Perú, se pasó a la expansión de la economía ganadera (cf. Roy Hora, en Halperin Donghi, 2005, p. 11). Al mismo tiempo, la región central de Chile estuvo centrada en su comercio con la región minera de Potosí (cf. Bandieri, 2005, p. 68).

La militarización y la ruralización de las bases del poder produjeron la emergencia de una clase terrateniente y de los caudillos. Por otra parte, la participación de las clases populares en las invasiones inglesas y dentro y fuera de los cuerpos armados nacidos con la revolución, favoreció una trayectoria política de signo igualitarista y republicano. (Halperin Donghi, 2005, p. 12-13)

A partir de 1815, se inició una verdadera guerra civil con levantamientos en el interior, especialmente en la región del litoral, con los caudillos Estanislao López (Santa Fe), Francisco Ramírez (Entre Ríos), además de Artigas (Uruguay), los cuales en muchos casos buscaron la alianza de parcialidades aborígenes del norte y oeste de Buenos Aires.

La frontera sur de Buenos Aires no alcanzaba entonces al río Salado y Chascomús era la población fortificada más extrema. La línea de fuertes (Fu) y fortines (Fo) fronterizos, en 1815, corría de sur a norte por San Juan Bautista de Chascomús (Fu), Nuestra Señora del Pilar de los Ranchos (Fu), Guardia del Monte (Fu), San Pedro de Lobos (Fo), San Lorenzo de Navarro (Fo), San José de Luján (Fu) (Mercedes), San Claudio de Areco (Fo), San Antonio del Salto (Fu), San Francisco de Rojas (Fu), Pergamino (Fu), Nuestra Señora de las Mercedes (Fo) (Colón). Hacia el oeste, la línea continuaba a Nuestra Señora del Rosario de Melincué en el sur de Santa Fe, Las Tunas, La Carlota (Fo), Pilar (Fo), Río Cuarto en el sur de Córdoba, San Lorenzo del Chañar (Pedernera) (Fu) en San Luis y San Carlos (Fu) en Mendoza.

Pese a ello, las incursiones mapuches, con participación de delincuentes blancos, significó la muerte de muchos pobladores y el rapto de mujeres y niños para su venta en Chile. Estas incursiones llegaron hasta la zona de Magdalena, Chascomús, Luján y Rosario, y en el oeste a San Luis y el valle de Uco en Mendoza.

La conversión de Buenos Aires de centro comercial en centro ganadero hizo que los estancieros fueran avanzando y saliendo del marco de protección de los fortines. Por otra parte, la valorización de los productos ganaderos hizo aumentar la población proveniente de Chile cuyo comercio ilegal se incrementó notablemente al igual que los malones que lo aprovisionaban (Raone, p. 214-215).

La expansión de la producción ganadera implicó la necesidad de incorporar nuevas tierras. Así, en 1817, varios estancieros, entre ellos J.M. de Rosas, poblaron más al sur avanzando más allá del río Salado y, en 1818, se fundó los Toldos Viejos, luego llamada Dolores. Esta y otras poblaciones (Azul, Bahía Blanca, Patagones) se convertirían, con el tiempo, en centros de intercambio comercial entre los nuevos pobladores y los aborígenes.

La situación se complicó después de la Revolución de Mayo, tanto en el Río de la Plata como en Chile, a pesar de la abolición de la esclavitud, de la encomienda y de la mita y de la posterior declaración de la independencia. Ello, derivó en conflictos y en el rechazo de parte de los aborígenes a las nuevas autoridades republicanas. Esto se acentuó durante las guerras de la independencia (Maggiore, 2003, p. 17), cuando los tratados de paz hechos con las autoridades españolas fueron desconocidos por los nuevos gobiernos nacionales.

En Chile los araucanos - entre ellos los borogas - se dividieron, unos a favor de los realistas y otros de los independistas y estos últimos lo hicieron a su vez de acuerdo a las facciones políticas a las que adscribían. Una situación similar se dio al este de la cordillera, donde los aborígenes participaron por un lado u otro, a veces intercambiados en el tiempo, en los enfrentamientos entre las diferentes facciones políticas que se originaron después de la independencia, las que culminarían a mediados del siglo XIX con los enfrentamientos entre unitarios y federales y, después de 1853, entre la Confederación y la Provincia de Buenos Aires.

Los realistas, que aún eran muchos en ambas partes de la cordillera, y los prisioneros españoles, internados desde 1811 en los principales fuertes del Sur de Buenos Aires, buscarían la alianza de aquellos indios que alguna vez fueron sus amigos, o exacerbarían el odio a las autoridades criollas de aquellos

que alguna vez fueron castigados por sus depredaciones, para incitar a redoblar sus malones. (Raone, 1969, p. 342, 344).

Aborígenes realistas y revolucionarios: los hermanos Carrera y los Pincheira

En 1814, luego de la derrota de los patriotas chilenos en la batalla de Rancagua (2 de octubre de 1814), los borogas, boroganos o boreanos que los habían apoyado se refugiaron en la Argentina. Estos eran originarios de Boroa o Voroa, Carhué, Chile, entre los ríos Cautín y Toltén y cerca del volcán Villarrica y habían tomado partido por el exdirector Supremo de Chile General José M. Carrera, en contra de B. de O'Higgins. San Martín los envió a San Luis, desde donde se trasladaron posteriormente a la región de Guaminí y de Salinas Grandes, esta última ubicada en la actual provincia de La Pampa, cerca del límite con la provincia de Buenos Aires, a la altura de Carhué.

En Chile, los diferentes gobernantes, desde B. de O'Higgins en adelante, trataron de consolidar la independencia especialmente después de la batalla de Maipú librada el 5 de abril de 1818, y desde el centro de Chile iniciaron acciones hacia el sur, contra grupos realistas e independistas disidentes y sus respectivos aliados aborígenes, en lo que fue denominado "*guerra a muerte*", que se extendió entre 1819 y 1824. En los grupos realistas habían militado los hermanos Pincheira y, entre los patriotas disidentes, los hermanos Carrera, a los que se sumaban individuos como José A. Zúñiga, y Domingo Salvo. Esta situación abrió un nuevo escenario a una serie de conflictos interétnicos (Mases, 2010, p. 25).

Aborígenes borogas realistas bajo el mando del "gulmen" (gran cacique) Mariano Cañiullan (Mariano Rondeau) también pasaron a la Argentina y terminaron estableciéndose en Masalle, cerca de la laguna de Epecuén. Se aliaron a los ranqueles y casi inmediatamente comenzaron a efectuar malones en el sur de Buenos Aires.

Aunque Luis y Juan J. Carrera fueron capturados y ejecutados en abril de 1818, el general José Miguel Carrera (antiguo Director Supremo de Chile), enfrentado con O'Higgins y con San Martín por cuestionar la organización del ejército de los Andes, buscó refugio en las tolderías de los ranqueles (=gente

de los cañaverales), aborígenes de origen araucano (huilliche) o pehuenche araucanizado que habitaban al sur del río Quinto - centro-norte de la actual provincia de La Pampa - y la parte sur de las de San Luis y Córdoba, lugar al que se habían trasladado a fines del siglo XVIII desde los valles cordilleranos y desde el cual hacían incursiones al sur de Mendoza, San Luis, Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires. Carrera, en su afán de reunir fuerzas para regresar a su país, se alió a los caudillos del litoral, Estanislao López y Francisco Ramírez, enfrentados con Buenos Aires y al amparo de los enfrentamientos de 1820, que dejaron desguarnecidas las fronteras, entre noviembre y diciembre, dirigió malones contra poblaciones como Lobos, donde hubo más de 100 muertos y Salto, con mayor cantidad de víctimas, aunque fue abandonado por López y Ramírez y finalmente derrotado en Mendoza, donde fue fusilado por orden del gobernador Godoy Cruz el 4 de septiembre de 1821.

Los Pincheira eran cuatro hermanos (Antonio, Santos, Pablo y José Antonio), pertenecientes a una familia acomodada de Chile, que habían recibido instrucción militar en España y que, en 1818, se aliaron a araucanos y pehuenches y grupos de guerrilla realista comandados por el Coronel Sánchez y por Vicente Benavides, con centro en Chillán. Luego de la derrota definitiva del Coronel Sánchez en Bío el 19 de enero de 1819, de la muerte de Benavides - que había sido designado "*comisionado general en Chile*" por el virrey Pezuela del Perú - y de los dos hermanos mayores (uno en un enfrentamiento y el otro ahogado en un río) los otros dos hermanos (Pablo y José Antonio) lograron, debido a la situación política interna en Chile, refugiarse al este de la cordillera, donde se instalaron en 1818 en Epulafquén y en el sur mendocino. Al mismo tiempo también migraron grupos aborígenes, como los voroganos liderados por el cacique Cañuquir, y los pehuenches del cacique Toriano (de posición independentista), además de Yanquetruz.

Para 1823, la presencia de desertores, políticos refugiados y comerciantes chilenos en las tolderías aborígenes había ejercido tal influencia sobre estos, que obraban con mayor audacia y organización en sus malones (Raone, 1969, p. 381).

Entre 1828 -1830 los Pincheira habían convertido sus tolderías en Epulafquén en un refugio de

aventureros, desertores, matreros, montoneros y perseguidos por causas políticas o escapados de la justicia de Chile, convirtiéndolas en un foco de conflictos cuya máxima importancia se dio en 1829, cuando las tropas federales abandonaron Mendoza y se establecieron en el sur de Córdoba para participar de las guerras entre unitarios y federales. El 21 de mayo de ese año, llegaron incluso a atacar Carmen de Patagones. En ese momento José Pincheira negoció, con el Gobierno de Mendoza, su designación como Comandante General de la Frontera Sur. (Maggiori, 2003, p. 17). Desde allí actuaba indistintamente en el sur de Mendoza o en localidades próximas de Chile, y alentaba a los borogas y ranqueles a robar ganado en las estancias argentinas, que introducía en Chile por el camino de los chilenos y hacía vender en Valdivia y Llanquihue, retribuyéndoles con alcohol y armas de fuego. Uno de los lugartenientes de los Pincheira, Juan Hermosilla, fue quien perpetró, en 1828, una matanza de pehuenches en Malargüe y, el 10 de junio de 1830, "*la tragedia de Chacay*" (ver diario *La Nación* del 27 de marzo de 1955), cerca de esa localidad, en Mendoza, en la cual un grupo de oficiales y civiles federales fueron asesinados a traición.

Los Pincheira y sus aliados fueron aniquilados en 1832 por un ejército chileno, en la última de cuatro incursiones realizadas en 1823, 1824 y 1827 (cf. Fuentealba, p. 263) por el general Manuel Bulnes, veterano de la guerra de la independencia, que al frente de dos mil hombres, penetró en territorio argentino y, con la ayuda de traidores a los Pincheira como J.A. Zúñiga, logró destruirlos en su campamento de Epulafquén. Así, luego de fusilar a Pablo Pincheira, sorprendió el campamento de José Pincheira, entre los ríos Atuel y Salado, donde murieron muchos partidarios de este y numerosos aborígenes aliados, logrando repatriar 2000 cautivas. Aunque el general Bulnes le perdonó la vida a José Antonio Pincheira, quien murió en Chile en 1884.

En 1821, Dolores fue destruido por 1500 pampas comandados por un blanco, J.L. Molina; en abril de 1822, arrasaron Pergamino; en diciembre, llegaron a 60 leguas de Bs. As. y en 1823, a Luján. Entre 1823 y 1827, miles de aborígenes, a los que se habían sumado prisioneros españoles fugitivos, desertores, matreros y montoneros, atacaron en sucesivos malones la región entre el sur de Santa Fe y Luján, Chas-

comús y Tandil. No obstante, el 4 de abril de 1823, como resultado de un avance militar dirigido por el Gobernador Martín Rodríguez, se fundó el fuerte Independencia en el lugar donde hoy se encuentra Tandil, hecho que provocó un malón de Catriel que llegó a Chascomús y Magdalena (Bonatti & Valdez, 2015, p. 73).

Los aborígenes y el surgimiento de Juan Manuel de Rosas

Al ocupar Las Heras el gobierno de Buenos Aires entre 1824 y 1826, mandó a Juan Lavalle en 1824 a enfrentar a los aborígenes, a los que venció en las lomas de Marín, el 14 de julio de 1825; pero como los malones siguieron, Las Heras formó una comisión pacificadora integrada por el Coronel Juan Lavalle, el Ing. Felipe Senillosa y el Coronel Juan Manuel de Rosas.

La mayor parte de los aborígenes que se hallaban en las pampas a partir de 1820-1830, procedían de Chile y se habían instalado allí unos pocos años antes. Ello había resultado en el desplazamiento, la desaparición violenta o la asimilación de muchas tribus autóctonas (Durán, en Zeballos 2004, p. 513).

Rosas, desde sus estancias en proximidades del río Salado había cultivado una buena relación con los aborígenes de la zona e incluso llegó a escribir una "Gramática y Diccionario de la Lengua Pampa-Ranquel-Araucano" (Raone, p. 385).

Para ese entonces, los gobiernos de Santa Fe y Córdoba habían hecho gestiones de paz (Raone, 1969, p., 386). Esto dio lugar a dos parlamentos con los pampas, borogas y ranqueles, uno en Tandil y otro, el 20 de diciembre de 1825, en la laguna del Guanaco, 30 leguas al norte de Salinas Grandes. Este último acuerdo permitió delimitar una línea de fronteras desde el cabo Corrientes, pasando por las sierras del Volcán, Tandil hasta Cruz de Guerra (actual 25 de Mayo) para terminar en la laguna del Potroso (inmediaciones de Junín), la cual fue guarnecida con fortines. La "pampa del diablo" (Bahía Blanca) fue dejada a los cristianos para fundar un puerto y una fortaleza. Los aborígenes reconocieron al gobierno, pero se les dio a su vez la propiedad de las tierras que se hallaban bajo su influencia. Los ranqueles se comprometieron a no incursionar más allá de los fortines protectores de Córdoba, San Luis y Mendoza.

A cambio se daría a los indios "el alimento y los vicios" que necesitasen. De esta manera no se impidió la continuidad del tráfico con Chile y se implementó una modalidad, que se prolongaría en décadas posteriores, por la cual los caciques mantendrían una relativa paz mientras recibiesen puntualmente el tributo acordado. Este sistema fomentaría, por un lado, el escaso interés por el trabajo productivo y, por otro, irregularidades que beneficiaban a algunos comerciantes y a funcionarios de los gobiernos provinciales y nacional. Pese a ello, en el invierno de 1826, hubo malones en Salto, Arrecife y Dolores (Raone, 1969, p. 388).

El intercambio comercial entre la pampa, la región de Cuyo y Chile, existente desde la época colonial y que se había mantenido después de la independencia se incrementó a partir de 1830. Para ello existió en la zona del arroyo Chapaleofú (actual partido de Rauch) un lugar en el que se hacía una gran feria comercial en la que participaban aborígenes de diferentes procedencias (Sarramone, 1993, p. 95).

El intercambio se hacía también en las tolderías donde había comerciantes inescrupulosos, traficantes o servidores venales de los caudillos, que llevaban a cabo sus propios negocios.

Mientras tanto, en 1828 se crearon los Fuertes Federación (hoy Junín) y 25 de Mayo en la "Cruz de Guerra", la Blanca Grande (al sur de la actual localidad de Bolívar) y la Fortaleza Protectora Argentina (hoy Bahía Blanca). En 1831, se crearía el Cantón Tapalqué y, en 1832, el Fuerte San Serapio Mártir del Arroyo Azul. En este último año, se instalaron en la zona del arroyo Tapalqué los pampas de, entre otros, los caciques Juan Catriel – que habría nacido en esa zona en 1770 (Bonatti & Valdez 2015, p. 72-73)- y Cachul. Los catrieleros ascendían a 2600 personas (Bonatti & Valdez, 2015, p. 73). La relación entre Catriel y Rosas fue estrecha y no solo incluyó la lucha contra los "indios enemigos" sino también contra los unitarios.

La entrega de vituallas sería cumplimentada regularmente y Buenos Aires proveería casi siempre los aportes de yeguas, alcohol, tabaco, yerba y azúcar fijados en los convenios, salvo circunstancias especiales, como la guerra con el Brasil durante la presidencia de Rivadavia (1826-1827). Eso provocó una reacción de los caciques, que atacaron Salto,

Arrecifes, y Dolores, la que finalizó cuando Rosas, comandante de campaña, designado por el Gobernador Manuel Dorrego – quien asumió luego de la renuncia de Rivadavia y un breve interinato de Vicente López-, reanudó las entregas en 1827. El posterior derrocamiento de Dorrego y su fusilamiento tras ser derrotado, junto a Rosas, en la batalla de Navarro y el enfrentamiento entre Lavalle y Rosas, i.e. entre unitarios y federales, llevó a este último a movilizar aborígenes aliados en el sur de Buenos Aires. Ello dio lugar, el 28 de marzo de 1829, a un enfrentamiento en Las Vizcacheras, donde el coronel unitario F. Rauch fue derrotado, y degollado por los aborígenes que respondían a Rosas.

Mientras tanto, a principios de 1827, el Brasil intentó un desembarco y ataque al fuerte de Patagones el cual no tuvo éxito debido a la resistencia de la población. (Raone, 1969, p. 391-392; Bandieri, 2005, p. 91).

Entre 1829 y 1833, se instaló cerca de la laguna Epecuén el cacique Ignacio Coliqueo de la tribu borroga, de origen chileno, quien entabló relaciones pacíficas con Rosas, las que mantendría posteriormente con Urquiza y que lo llevaría finalmente a ponerse al servicio del ejército argentino en el cual alcanzó el grado de coronel.

Los aborígenes y la política de Rosas

El 8 de diciembre de 1829 Rosas, tras un breve interinato de Juan J. Viamonte, fue designado Gobernador y comenzó a aplicar a los aborígenes una política disociadora, fomentando las intrigas entre ellos, haciendo pactos con los más pacíficos y atacando militarmente a los más agresivos. Así dividió a los aborígenes en “amigos” y “aliados” y enemigos (Bonatti & Valdez, 2015, p. 93), lo cual hizo que las diferentes parcialidades aborígenes estuvieran a favor o en contra de Rosas, se enfrentaran entre sí y comenzaran a participar, en muchos casos a favor del mejor postor, en los conflictos internos posteriores (Mases, 2010, p. 26).

La política de Rosas, entre 1829 y 1852, denominada “Negocio Pacífico de Indios”, por el cual tribus aliadas de las fronteras se comprometían a la defensa de los campos bonaerenses, garantizaba en gran medida al control de las salinas, de importancia para los saladeros, y respondía a los intereses de los terrate-

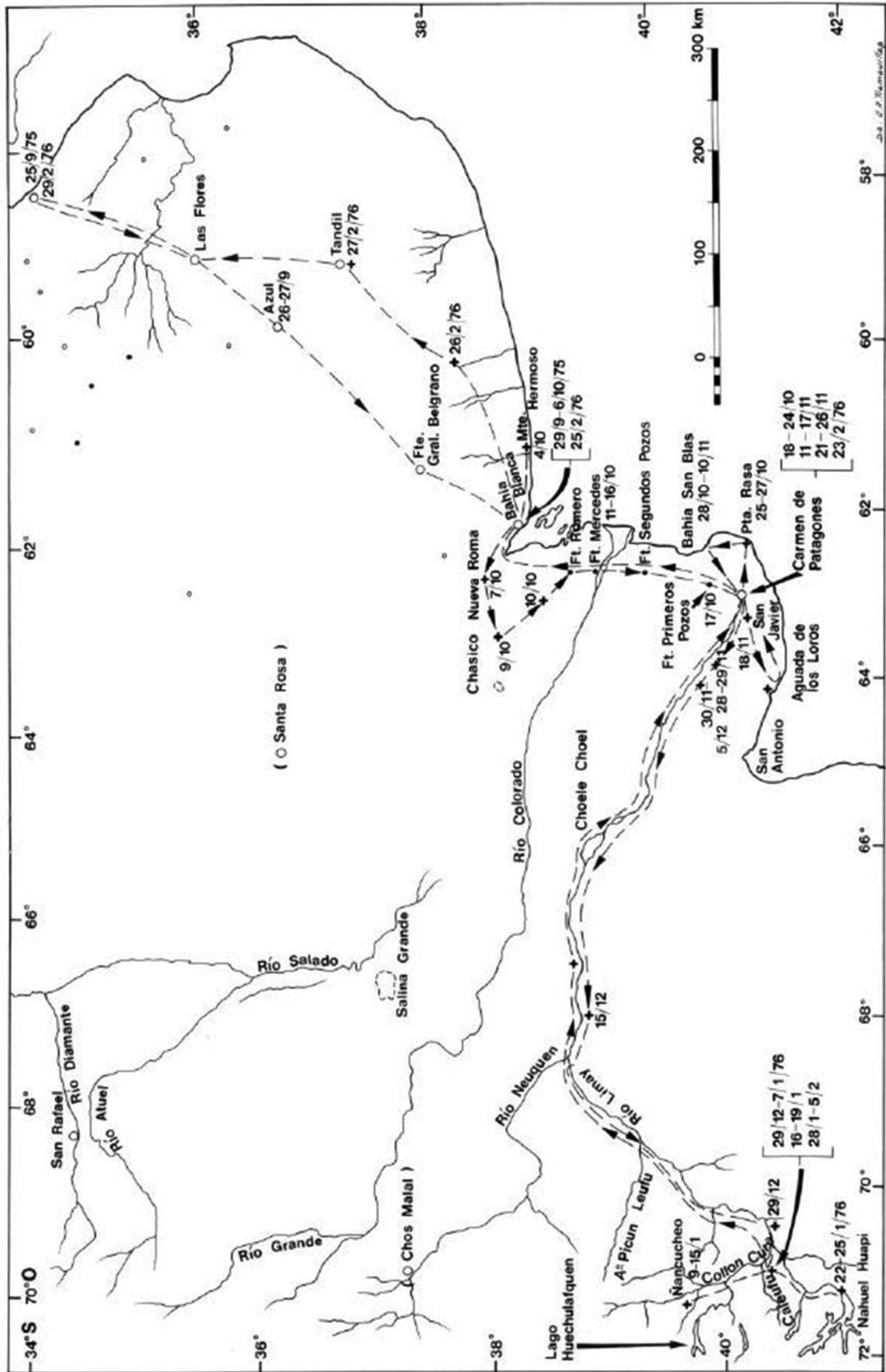
nientes pampeanos, y a los propios, ya que Rosas era uno de los más importantes empresarios saladeriles (Bonatti & Valdez, 2015, p. 92).

Los pactos o tratados de no agresión permitieron el asentamiento de “indios amigos” en lugares elegidos, con sueldos y raciones, que se fueron incrementando, de animales, víveres, alcohol y otros elementos, y que también incluyeron designaciones militares, a cambio de una actitud pacífica, de informar sobre novedades en la campaña y contribuir a la defensa contra eventuales invasores. Entre ellos había informantes que, junto con comerciantes inescrupulosos, mantenían enteradas de la situación dentro de las fronteras, a las tribus que hacían malones desde fuera de las mismas (Serramone, 1993, p. 180).

Pero tales pactos no siempre fueron duraderos pues los aborígenes obtenían más beneficios mediante incursiones y acciones de pillaje sobre poblaciones indefensas. Por otra parte, existía también el incentivo de obtener cautivas, que contribuían a poner de relieve, con su número y los hijos que les daban, su importancia y su poder,

Este sistema iría evolucionando a través del tiempo, de manera tal que, mediante sucesivos tratados, los aborígenes recibieron sueldos y raciones de manera regular. Esto dio lugar a un aumento de la interacción social, económica y política con representantes del gobierno y con emplazamientos bonaerenses, como lo fue Carmen de Patagones para las tribus de la región del Neuquén. Esta última localidad tenía una base social compuesta por mestizos y aborígenes, en la cual los ranchos periféricos se mezclaban con los toldos donde vivían parientes de los protagonistas de los malones (Vezub, 2009, p. 133). Las “transacciones” beneficiaban generalmente a los comerciantes allí existentes, en detrimento de los intereses de los mismos aborígenes, mientras que los ganados robados en los malones servían para abastecer a los pobladores locales (cf. Bandieri, 2005, p. 75).

La hibridación poblacional del río Negro, favorecida por “mediadores” como Hernández y los hermanos Linares (Vezub, 2009, p. 195-196), se fue extendiendo paulatinamente. A fines de la década de 1860 estuvo a 100 km de Patagones, en 1862 en Guardia Mitre y Primera Angostura, y en 1869 llegó a las proximidades de General Conesa.



Primera expedición de Moreno al Nahuel Huapi, 25/9/1875 - 29/2/1876.

Estos tratados perduraron por casi medio siglo, transcurrido el cual, un testigo de la época (Fotheringham, 1999, p. 212-213) escribió con respecto al “arreglo” que implicaban: “(...) siempre fue más o menos igualmente satisfactorio, para los dueños de la pampa. Más yerba, más tabaco, más yeguas y más aguardiente por semestre. Hecha con religiosa exactitud la entrega en la forma y cantidad convenida, ellos, los indios, nos daban su protección, nos perdonaban la vida y dejaban inviolables nuestras propiedades...” (...) “Sucedió con frecuencia que a los pocos días de ratificar con mil promesas y protestas su buena fe, se realizaba una invasión tremenda. Más desastrosa por lo mismo que no era esperada. Se hacían los reclamos (...) y no daba el cacique general de las tribus más explicaciones que: - Serían unos indios ladrones (...)”.

Por su parte, otro testigo de la época Alfredo Ébelot (1839-1920) (cf. Serramone, 1993, p. 168-169) describió algunos de los problemas que planteaba este “sistema”: “(...) la distribución de los víveres y del ganado en pie no era diaria. Se hacía a intervalos irregulares (...) Gracias a misteriosos tratados con el proveedor, el cacique recibía en víveres solamente un cuarto o un quinto de las raciones y se daba por pagado con una suma de dinero que servía para alimentar sus fastos. La tribu, entonces, no tenía para subsistir durante tres meses más que un aprovisionamiento que, bien administrado, debería alcanzarle para tres semanas. Como la previsión no es la cualidad dominante (...) antes de 8 días se encontraban ante la alternativa de morir de hambre o de salir a apropiarse de bienes ajenos. (...) El jefe de la frontera conocía perfectamente estas vergonzosas maniobras y las toleraba, a veces por connivencia con ellos, más frecuentemente por temor al descontento del cacique, a quien no se debía provocar, según orden superior, o al del proveedor, cuya cólera era temible (...)”.

El sistema de racionamientos y la firma de tratados dio lugar a la incorporación de la escritura al funcionamiento de las elites aborígenes, factor necesario para la gestión exitosa de las raciones gubernamentales, y para cualquier otra tratativa con los agentes estatales y los hacendados (Vezub, 2009, p. 45-47). La adopción de la escritura castellana en una sociedad de fuerte tradición oral fue una de

las adecuaciones más significativas a las necesidades planteadas por el contacto con las sociedades estatales. La praxis de la escritura contribuyó al ordenamiento y al disciplinamiento de las elites de las tolderías. Es de notar que, fuera de los topónimos, onomásticos, deícticos y asignaciones étnicas, casi no hay palabras indígenas en los 137 documentos de la Secretaría de las Manzanas, relevados por Vezub (2009, p. 57).

Aborígenes y la época de Rosas: Calfucurá, Ranqueles, Chocory, “Indios Blancos”

En 1831, tras su llegada al sur de Buenos Aires, el cacique Martín Toriano, pehuenche chileno, realista pero enfrentado con Rondeau, luego de varios malones, fue tomado prisionero y fusilado en Bahía Blanca por fuerzas del gobierno de Rosas. Este hecho llevaría a las acciones de Masallé en las que Calfucurá, que supuestamente había sido amigo de Toriano, asesinó a Rondeau y a otros caciques boreanos de tendencia realista.

En 1831 también se produjo, con el acuerdo de Rosas, la radicación de un grupo de ranqueles, liderados por el cacique Llanquelén, en la zona de Fuerte Federación. Este cacique en c. 1835-6, tomaría prisionero al hijo del cacique Ranquel Paine Paguitruz Guor (Zorro celeste) y lo entregaría a Rosas. Este, que retenía prisioneros aborígenes con el objeto de canjearlos en los pactos que celebraba con ellos, lo hizo bautizar como Mariano Rosas (c. 1818-1877) (nombre original *Panguitruz Guor* = Zorro cazador de leones) y lo mantuvo prisionero en sus propiedades hasta que, en 1840, escapó y regresó a su tribu.

Con su acción hábil y solapada Calfucurá llegó a constituir una Gran Confederación Indígena, que comenzaría su apogeo a partir de 1845. Para ello explotó primero las diferencias entre unitarios y federales, luego la Guerra con el Paraguay y posteriormente las diferencias entre Buenos Aires y la Confederación.

De esta manera, se llegó a la completa araucanización de la pampa. Así se estableció una complicada red de vínculos de las distintas parcialidades aborígenes, pehuenches, vorogas, ranqueles, tehuelches, araucanos, tanto en la lengua, como en las costumbres y aspectos raciales y en una serie de conflictos interétnicos que incluyeron matanzas (Sa-

rasola, 2005, p. 208-209). Así durante medio siglo se produjeron los malones más grandes de la historia y el país no logró el dominio de su territorio.

En un principio, el avance hacia el norte de los tehuelches había significado la tehuelchización de la pampa, “u ocupación efectiva -dentro del juego de desplazamientos del nomadismo- de los territorios abordados” pero no fue este el caso de la araucanización, ni de la hispanización, en los que primó la difusión cultural sobre la racial, genética, proceso desarrollado a través de una cadena de pueblos sucesivos, que ha sido calificado de transculturación, “en el sentido primario o literal de la expresión” (Casamiquela, 2004, p. 35-36).

Para 1879, los indígenas pampeanos habían sufrido una larga evolución, que en lo cultural-económico transitó por la transformación en cazadores, nómadas montados, de caballos, y de vacunos, después, la semisedentarización y hasta un incipiente cultivo en algunas tribus (como los ranqueles, los indígenas amigos en Buenos Aires, y en la cordillera). Correlativamente la adquisición de una “cultura del cuero” de caballo y vacuno, el reemplazo de los cueros de guanaco en toldos y vestimenta; la adquisición del tejido y la platería araucanos y la ropa de ese origen y criollo, al lado del tabaco y el alcohol - la gran clave de la decadencia cultural entre los tehuelches-, el azúcar y otros ‘vicios’ como se decía entonces, y las enfermedades importadas, como la viruela, que diezmaron a los aborígenes (cf. Casamiquela, 2003, p. 43)

Cerca de las lagunas del sur de Córdoba y San Luis y oeste de Buenos Aires llegando hasta Melincué en Santa Fe, vivían los ranqueles, los cuales, conducidos en un principio por su “gulmen” Yanquetruz, llegado de Chile hacia 1816, y luego por Payné, e inducidos, primero por los hermanos Pincheira y más tarde por el indio chileno Chocory, hacían malones sobre las poblaciones puntanas y mendocinas.

Poco antes del exterminio de los pincheiras, dos mil indios chilenos de lanza, comandados por el cacique Chocory (Rosas, 1965, 4, p. 174), junto con un conjunto de soldados o suboficiales rebeldes se establecieron en la isla de Choele-Choel sobre el río Negro. Desde allí Chocory secundó primero a los Pincheira, y posteriormente siguió actuando por su

cuenta, comprando a Rondeau y Yanquetruz vacas y caballos robados y cautivas blancas que pagaba con licor y fusiles.

La presencia entre ellos de los denominados “*indios blancos*” (cf., Sarasola, 2014, p. 382) complicó aún más todas las tratativas con los aborígenes. Tales “*indios*” estaban conformados por un “conjunto de personas que ‘se contaron por miles’” y “que vivían en las tolderías participando de la forma de vida indígena y que permanecían allí por su propia voluntad o bien en un cautiverio laxo”. Incluían: refugiados de toda clase y situación, blancos, delincuentes, matrones, montoneros y desertores exiliados políticos, gauchos alzados, lenguaraces, cautivos de diferentes edades, mujeres que pasaban a ser esposas, cautivas que optaban por quedarse, afrodescendientes, extranjeros que optaron por quedarse a vivir en las tolderías.

Como dijo Moreno (1942, p. 102) “(...) *la toldería (...) en la que la holgazanería y las costumbres incultas aumentaban con el contacto del blanco. Estas clases de rezagos, que en un tiempo vivieron en los centros fronterizos y en sus inmediatas proximidades, retardaron considerablemente el progreso de esas líneas avanzadas; de tal contacto surgió un nuevo tipo, adquirió vicios difíciles en los lejanos horizontes, se confundió con los malhechores que encontraron asilo en la toldería decadente y se hizo taimado y aún más haragán que el verdadero indio. Al tratarlos, he observado que carecen de altiveces, son envidiosos y falsos con indios y con blancos; aspiran a dominar a los primeros, aparentando someterseles y odiando a los segundos. En los malones, en las sorpresas a las poblaciones de la frontera, su maldad, su ferocidad, fueron las que produjeron más estragos, cargados luego a cuenta de los caciques*”.

A todos estos problemas contribuyeron también los llamados lenguaraces (cf. Jara, en Navarro, 2009, p. 21), cuya función era servir de traductores simultáneos en parlamentos y reuniones. Detentaban así el control de la comunicación, favoreciendo a quien les parecía conveniente. Muchos de ellos eran mestizos chilenos que pasaban de un lado a otro de la frontera entre los dos países, y vestían y vivían como aborígenes, pero no lo eran ni querían serlo.

Rosas y la campaña al desierto de 1833

El fracaso de los pactos de no agresión, de las medidas defensivas y de las acciones militares focalizadas llevaron a la conclusión de que la única manera de terminar con el problema era acabar con los atacantes. Para lo cual se consideró que solamente la implementación de campañas militares de amplia envergadura podía responder adecuadamente a la situación planteada. A este criterio respondieron las expediciones realizadas por Juan M. de Rosas en 1833 y Julio A. Roca (1843-1914) en 1879 y muchas de las acciones punitivas llevadas a cabo durante esos cincuenta años. Ello “contó con el apoyo explícito de la totalidad de los estamentos políticos, económicos y sociales de la época” (...) “Nadie dudaba, no existían... voces disidentes” (Bonatti y Valdez, 2015, p. 19). Así, la presión araucana por un lado y la demanda de tierras por los latifundistas de Buenos Aires promovieron la necesidad de iniciar acciones bélicas de importancia.

En 1832, los ranqueles, incitados por Chocory, incrementaron el número de malones en Mendoza, San Luis y sur de Córdoba y las legislaturas de las dos primeras provincias pidieron a Facundo Quiroga que atacase los indios con la “División de los Andes”.

Para septiembre de 1832, Juan M. de Rosas, que entre 1830 y 1832 había comenzado a afirmar su poder, elaboró un plan de “*conquista del desierto*”.

Este plan cubrió un frente de c. 1500 km, desde el Atlántico a la cordillera y comprendió el avance de tres columnas: una, al mando de J.F. Aldao, con 800 soldados, contra los araucanos del sur de Mendoza, debía llegar hasta la confluencia de los ríos Limay y Neuquén; otra, comandada por J. Ruiz Huidobro, lugarteniente de Quiroga, con 1000 soldados, contra los ranqueles de Yanquetruz, debía avanzar por la pampa central del sur de San Luis y Córdoba, hasta el río Colorado; la oriental, al mando de Rosas, con 2000 soldados y con el apoyo de entre 300 y 600 aborígenes al mando de los caciques pampas Catriel y Cachul, debía, una vez asegurada la neutralidad de los borogas, avanzar hacia el sur de Buenos Aires, llegar al río Colorado y por “*el camino de los chilenos*”, desalojar a Chocory de Choele Choel y dirigirse al oeste para encontrarse con las otras dos columnas.

Además, se había pedido la colaboración del gobierno chileno cuyas tropas penetrarían por los ríos Neuquén y Negro para perseguir a los indios chilenos. Este acuerdo, que hubiera significado la ocupación de Neuquén por Chile y la posterior pérdida de la franja cordillerana ubicada más al sur, conectando con la zona del Estrecho de Magallanes reclamada por Chile (Raone, 1969, p. 409), no se concretó debido a sucesos relacionados con la política interna de Chile.

Un grupo de marineros partiría de Bahía Blanca y Patagones en un bergantín, la goleta “San Martín” y un lanchón. Los ingenieros Feliciano Chiclana y Nicolás Descalzi harían observaciones astronómicas y geográficas, con el objetivo de levantar una carta general del río Negro, hecho que se convertiría en uno de los logros más importantes de esta expedición (cf. Raone, 1969, p. 487).

El comando general le fue otorgado a F. Quiroga, designado por San Juan y Mendoza y aceptado por las demás provincias, aunque finalmente no participó de las operaciones, y solamente ejerció su mando desde San Juan sobre las columnas del centro y oeste, que actuaron en general de manera independiente. El 9 de enero de 1833, Rosas fue designado Comandante General de la Campaña por el Gobernador J.R. Balcarce y fue el jefe de la expedición de la provincia de Buenos Aires y aunque fue el real estratega e ideólogo de toda la campaña, esta en su conjunto careció de dirección (cf. Zeballos, 2004, p. 398-399).

Mientras tanto, el 3 de enero de 1833, la nave de guerra inglesa “Clio” tomó posesión de las Islas Malvinas (Raone, 1969, p. 457).

Las operaciones se iniciaron el 22 de marzo de 1833. El objetivo era la eliminación total de los aborígenes en toda esa región y la incorporación de esos territorios al Estado nacional (Bonatti & Valdez, 2015, p. 37). Rosas estimó que enfrentarían a unas 2000 lanzas. En su proclama de partida dijo: “llegó el día deseado, en que, reunido el poder de los cristianos de una y otra banda de la gran cordillera, dome por fin a los bárbaros vagabundos o los confine a las ingratas regiones del polo” (cf. Raone, 1969, p. 431).

La columna central, de c. 1000 hombres, con tropas de Córdoba y La Rioja, salió a principios de marzo desde el fortín San Lorenzo, sobre el río Quinto (San Luis) con el objetivo de llegar al río Colorado y fue enfrentada el 16 de marzo de 1833 en “Las Aco-

llaradas” por Yanquetruz y 800 - 1000 guerreros. Este fue vencido tras seis horas de lucha y 163 bajas, y se retiró hacia el río Salado. Ruiz Huidobro llegó el 25 a la laguna Trapal, cerca de Leubuco y a mediados de abril, inició, por orden de Quiroga, el repliegue hacia Río Cuarto, donde las tropas participaron, divididas, en una revolución.

La columna occidental al mando de Félix de Aldao, con 800 hombres, partió del Fortín San Carlos el 3 de marzo, pasó por la laguna de Llananelo y, sin seguir hacia el sur como estaba previsto (cf. Zeballos, 2004, p. 402), llegó a Ranquilco el 23 de marzo y a Limay-Mahuida el 31 de marzo. Solamente libró algunas escaramuzas sin mayor trascendencia y capturó algunos cientos de hombres y “*chusma*”. Al enterarse Aldao que Ruiz Huidobro se había replegado, inició por orden de Quiroga la retirada en septiembre. De esta manera no logró llegar más al sur.

La columna oriental al mando de Rosas tenía como objetivo alejar a los aborígenes de las estancias sureñas (Raone, 1969, p. 428), avanzar hasta el río Colorado y luego seguir por las márgenes del río Negro para unirse a las otras columnas y llegar al País de las Manzanas. Ante el escaso apoyo del gobierno, recurrió a los recursos de quienes se verían beneficiados, los suyos y los de sus amigos estancieros (Raone, 1969, p. 436). Con un total de 2000 efectivos, salió de San Miguel del Monte el 22 de marzo de 1833, avanzó hacia el sur y luego de que se concretara la neutralidad de los boroganos y se le unieran, como auxiliares, 600 hombres de las tribus de Catriel y Cachul, entre otros (dejando importantes contingentes aborígenes a su retaguardia, cf. Zeballos, 2004, p. 400), el 1 de mayo llegó a la Fortaleza Protectora Argentina (Bahía Blanca), donde se enteró del regreso de la División del Centro y de que no había noticias de Aldao. Fue su vanguardia, al mando del general A. Pacheco, la que llegó al río Negro, derrotó al cacique Payllaren y su tribu y llegó a la isla Choele Choel el 3 de julio. Allí no halló a Chocory, pero logró apoderarse de su coraza de cueros y sable, la primera luego depositada en el Museo de La Plata (Raone, 1969, p. 453).

Pacheco siguió la persecución de los restantes aborígenes por el río Negro e incluso por los ríos Limay y Neuquén, sin mayores resultados, pues los parciales de Chocory habían pasado a Chile.

Chocory participó posteriormente, como aliado de Calfucurá, en varios malones y finalmente para 1845 se estableció en el río Chimehuin, en el Neuquén, desde donde pactó con Rosas. Probablemente se benefició con el cobro de peajes y derechos de pastoreo en el “*camino de los chilenos*” y habría muerto envenenado o por muerte natural aproximadamente en 1855 (Vezub, 2009, p. 150).

Rosas siguió a Pacheco y el 10 de mayo hizo su cuartel general en Médano Redondo, en proximidades de lo que hoy es Fortín Mercedes, en la margen izquierda del río Colorado. En este campamento lo visitó Darwin (1962, p. 69-72 en el mes de agosto durante dos días), quien realizó numerosas observaciones y comentarios, destacando que “la guerra se dirige principalmente contra los indios de las cordilleras, pues la mayoría de las orientales engruesan el ejército de Rosas. Pero el general... pensando sin duda, que sus amigos de hoy pueden ser sus enemigos de mañana, cuida de llevarlos siempre a la vanguardia, para hacer que muera el mayor número posible de ellos” (Darwin, 1962, p. 104).

Además de la columna de Pacheco, Rosas destacó otras columnas en diferentes direcciones: una, al mando del coronel Pedro Ramos subió por el río Colorado hasta la confluencia de los ríos Barrancas y Grande, y de allí se dirigió hasta la zona del río Atuel, en el sur de Mendoza, sin encontrar a Aldao, que ya se había replegado. Otra se internó al sur de Patagones y llegó hasta el río Valcheta, donde apresó a Cayupán – (Sarramone, 1993, p. 118) supuestamente asesinado por gente de Catriel- y sus indios. Otra persiguió a los ranqueles en los montes del Salado y consiguió apresar a Payné. Finalmente, otra fue hacia el norte hasta Salinas Grandes, en busca de Yanquetruz, pero solamente hizo prisioneros a indios de Yanquimán.

Rosas dio por terminada su campaña aproximadamente un año después de iniciada, el 25 de marzo de 1834, con una proclama a sus tropas. Según su informe murieron unos 3200 aborígenes, muchos de ellos fusilados luego de ser tomados prisioneros (Raone, 1969, p. 477), 2000 de ambos sexos fueron hechos prisioneros y se rescataron entre 634 y 1000 cautivos. Aunque el fracaso de las columnas occidental y central no afectó a las parcialidades aborígenes de Neuquén y Chile, hechos

que se reflejaron en la prosecución de los malones de Yanquetruz durante 1834, especialmente en la región entre los ríos Cuarto y Quinto. Por otro lado, la línea de frontera siguió estando muy por detrás de los puntos alcanzados, la mayor parte de los cuales – incluyendo Choele Choel– fueron luego abandonados.

No obstante, la campaña logró descomprimir la frontera bonaerense y las estancias de la región de la presión que ejercían las tribus que Rosas no controlaba (Sarramone, 1993, p. 117), hecho acrecentado por la realización de tratados, a cambio de costosos tributos en especies, como los que se realizarían con Calfucurá (cf. Raone, 1969, p. 478, 490).

Esto generó una paz transitoria durante la cual se incrementó la organización y potencia combativa de los aborígenes (cf. Raone, 1969, p. 489), aunque según Sarasola (2005, p. 207) esta campaña constituyó el primer eslabón del proceso que determinó el fin de las comunidades aborígenes de la región pampeano-patagónica. Este culminaría con la campaña de Roca en 1879, que fue el golpe definitivo “sobre culturas agotadas y diezgadas después de más de medio siglo de permanentes conflictos armados”.

El gobierno de la provincia premió con 50 leguas de tierras, ampliadas en 1835 con otras 17 leguas, ubicadas junto a los fuertes de la línea de defensa, a ser repartidas entre los militares que intervinieron en la campaña. A Rosas se le donó la isla Choele Choel, pero decidió rechazarla a cambio de 50-60 leguas de campo a su elección que pasaron a aumentar las 74 leguas de tierras que ya poseía (Raone, 1969, p. 472-473, 481), Ángel Pacheco recibió 43 leguas e Hilario Lagos 7 leguas.

Los hacendados bonaerenses que fueron el sostén económico de la expedición militar, recibieron como contraprestación donaciones de tierras, al igual que la cúpula militar que lo acompañó. Las leyes rosistas sancionadas entre 1836 y 1838 significaron el traspaso a manos privadas de 8.600.000 hectáreas de tierras públicas, repartidas entre 239 personas “lo que arrojaba un promedio de unas 30.000 hectáreas por propietario” (cf. Bonatti & Valdez, 2015, p. 194-195).

Durante el período rosista, la tierra ocupada ascendió a 16.470.000 hectáreas repartidas entre 782 propietarios, de los cuales 382 concentraban el 82 %

de las propiedades de más de una legua cuadrada y 200 (28 %) concentraban el 60 % de las estancias con más de 10 leguas cuadradas (cf. Bonatti & Valdez, 2015, p. 196-197). Todos ellos ligados a los intereses económicos de los hacendados saladeriles.

Aborígenes, unitarios y federales

El 17 de abril de 1835, con la suma del poder público, Rosas comenzó su segundo gobierno y continuó las luchas contra los unitarios, en las que los aborígenes jugaron un papel importante como aliados o adversarios. Por ello siguió fomentando intrigas entre las diferentes parcialidades aborígenes, los pactos con algunas de ellas y las dádivas o la acción militar directa. Juan Calfucurá (Piedra Azul), luego de traicionar a los voroganos y asesinar a su cacique Mariano Rondeau en Masallé, el 8 de septiembre de 1834, se constituyó, con la anuencia implícita de Rosas, en dueño y señor de las regiones habitadas por los aborígenes. Rondeau y sus vorogas se habían hecho pasibles de la animosidad de Rosas por su posición realista, por su alianza con los ranqueles y por la protección que daban a los unitarios fugitivos. Así un grupo bien definido de aborígenes chilenos logró la supremacía sobre todo el resto de las tribus, con excepción de los ranqueles.

A partir de este hecho los vorogas comenzaron un proceso de declinación que los hizo desaparecer (Sarasola, 2005, p. 233).

Calfucurá – un huilliche nativo de la zona de Pitruquén, entre el lago Colicó y el volcán Llaima, en Chile que se reconocía como chileno- habría llegado a la Argentina a principios de la década de 1830 y se estableció en Salinas Grandes entre 1834 y 1841. Decía haber venido aproximadamente en 1831, por llamado de Rosas, trajo desde Chile a su mujer e hijos y se comprometió con Rosas, en el tratado de las “*Paces de la estancia del Pino*”, firmado en Miraflores, a fines de 1835 y ratificado en 1846, a no hacer malones sobre la frontera y a defender esta del ataque de otros grupos aborígenes. Obtuvo a cambio el grado de coronel, y como tributo, una contribución mensual en yeguas y vacas, pese a lo cual, en ocasiones, sus malones atacaron a las poblaciones de la frontera, a veces con su conformidad e incluso participación. De esta manera reemplazó a los boroganos de Rondeau en la tarea

de impedir los malones provenientes de la cordillera, en un punto estratégico de la provincia.

A partir de 1836 los aborígenes voroganos ubicados en proximidades de 25 de Mayo, bajo el mando del cacique Cañiuquir se aliaron con los ranqueles y con aborígenes venidos de Chile. Pero muchos de ellos, entre ellos los caciques Cañiuquir, Coñuepán – colaborador de Rosas en su campaña en contra de los Pincheira y aliado del gobierno de Chile que le confirió el grado de Mayor, y Juan Raylef y cientos de sus hombres fueron vencidos o muertos en una serie de enfrentamientos con las fuerzas de Rosas, en muchos casos con la participación de “*indios amigos*” de Calfucurá.

De esta manera los “indios amigos” a las órdenes de Rosas (Serramone, 1993, p. 121), estuvieron encargados de resistir cualquier invasión desde el oeste y se beneficiaron de la disponibilidad de vacunos y caballares provenientes de las tierras confiscadas a los oponentes a su gobierno (Serramone, 1993, p. 124).

En definitiva, las acciones de Rosas se dirigieron contra los ranqueles y los vorogas, con la ayuda de Calfucurá, de manera tal que, en 1836, se produjo la mayor cantidad de bajas aborígenes después de la campaña de 1833 (Sarasola, 2005, p. 211).

Esto produjo, gracias a la relación con Calfucurá, una paz relativa en la frontera sur. Lo cual no impidió que Calfucurá, con su habitual duplicidad, en agosto de 1837, atacase Bahía Blanca, con la aparente participación de Chocory, y el 20 de agosto de 1839, Tapalqué.

“La relativa paz facilitaba el intercambio comercial de las tribus y los comerciantes ubicados en las fronteras, ello traía también una mayor información por parte de los indios de las distintas situaciones de la frontera, que les permitía informar a sus amigos de allende la cordillera sobre los lugares, tiempos y maneras de efectuar sus correrías, ya fueran estas grandes o chicas... las que se desarrollaban a fines del invierno y en la primavera” (Raone, 1969, p. 515).

Mientras tanto, los pehuenches, ubicados al oeste de los salineros y ranqueles, en el norte del Neuquén y sur de Mendoza no ejercieron hostilidad alguna.

Los ranqueles en cambio, con centro en Leuvuco, en el norte de la actual provincia de La Pampa y ubicados al norte y el oeste de los salineros de Calfucurá, siguieron en pie de lucha fuertemente enfren-

tados con Rosas, y atacaron repetidamente el sur de Santa Fe, Córdoba y San Luis. En principio (desde 1818), comandados por Yanquetruz, y a la muerte de este en 1835, año en el que se hicieron varias expediciones en su contra (cf. Raone, 1969, p. 500-504), comandadas por Painé Guor o Painé Gnerr (Gner = Zorro), original de Chile. Este fue secundado por su íntimo amigo, el oficial unitario Manuel Baigorria (1809-1875), nacido en San Luis y ex subalterno del General Paz, hasta la derrota de este en 1831, y un conjunto de seguidores blancos, refugiados de la guerra civil en la que estaba inmerso el país, a los que unía a los ranqueles el odio a Rosas. Baigorria permanecería allí durante veintidós años, hasta la caída de Rosas, y en ese lapso, comandó la mayor parte de las incursiones de los ranqueles. Luego sería nombrado por Urquiza responsable de la frontera sur de Córdoba y San Luis. Durante el cacicazgo de Painé, los ranqueles alcanzaron su máximo poderío (Sarasola, 2005, p. 228). La posterior muerte de Painé, en septiembre de 1844, no modificaría la situación pues los malones ranqueles siguieron al mando de su hijo Calvin, pese al ocaso de Baigorria.

Mientras tanto, la política nacional se caracterizó por una enconada oposición al gobierno rosista. Lavalle, desde Montevideo, levantó, en agosto de 1839, la bandera de la rebelión, que fue apoyada por distintas parcialidades de las provincias argentinas y en el sur de Buenos Aires ganó inmediatamente entusiastas partidarios. Ello resultó en lo que la historia registró como sublevación de “*Los Libres del Sud*”, que tuvo como principales focos a los pueblos de Chascomús, Dolores y Monsalvo. Pese a ello, las tropas leales a Rosas derrotaron a los revolucionarios.

Para la década de 1840 el país se había convertido en un amplio campo de batalla entre las fuerzas de Rosas y los unitarios, uno de cuyos jefes J. Lavalle, luego de varias derrotas, hallaría la muerte en Jujuy, el 8 de octubre de 1841. La ciudad de Montevideo, donde residía mucha de la oposición a Rosas, fue sitiada por M. Oribe.

La incapacidad de las elites rioplatenses para mantener sus diferencias circunscritas al interior de su propio mundo originó la participación de las clases populares. Así Rosas dedicó sus mayores esfuerzos a consolidar sus apoyos y extender su influencia entre los sectores de la población con

menos recursos, dentro de un marco de disciplina social y consolidación de grupos propietarios, hechos estos últimos que se han considerado su mayor legado (cf. Roy Hora, en Halperin Donghi, 2005, p. 14-15).

Los enfrentamientos internos del país afectaron a las guarniciones de los fortines que quedaron en manos de milicianos inexpertos, incorporados a la fuerza. La situación dio lugar a malones de chilenos, neuquinos o ranqueles que atacaron a las casi indefensas poblaciones y estancias de la frontera. Así, durante la década de 1840, siguieron los ataques de los ranqueles dirigidos por Painé y Baigorria al sur de Córdoba y San Luis.

Hasta el mismo Calfucurá, que contaba con una población de 13000 y 3000 lanzas (Raone, 1969, p. 520) y se había mantenido pacífico en cumplimiento de su acuerdo con Rosas, aprovechó la grave situación que debía afrontar este gobernante para que sus salineros se apoderasen de la hacienda mal cuidada debido a la falta de hombres y armas.

A causa de esta situación, el general Pacheco realizó una expedición punitiva en 1846, con lo cual el “diplomático y astuto Calfucurá” “comenzó otra vez a ‘mantener la paz’ en las tribus salineras subordinadas a su autoridad, y obligando con su peso a hacerlo a otras más díscolas; claro que dejando siempre algún resquicio para pequeñas correrías, que escapaban a su vigilancia” (Raone, 1969, p. 519).

Entre 1821 y 1848 se produjeron 32 enfrentamientos y fueron muertos 6908 aborígenes, entre ranqueles, vorogas, araucanos, tehuelches y pehuenches de los cuales, solamente en 1833, murieron 3600 (50 %) (cf. Sarasola, 2005, p. 235, 499).

Mientras tanto, el gobierno de Rosas tenía problemas con Bolivia, Uruguay, Francia e Inglaterra. A ello se sumó la creación de Fuerte Bulnes, en el Estrecho de Magallanes, por parte del Gobierno de Chile, el 21 de septiembre de 1843. Hecho del cual Rosas se enteró en 1847 (Raone, 1969, p. 521). Ante la protesta de Argentina, Chile reafirmó su derecho “no solo al terreno que ocupa la colonia recientemente establecida en Magallanes sino a todo el Estrecho y a las tierras adyacentes y demás que aquellas designan” (Raone, 1969, p. 522). Cinco años después, la población de Fuerte Bulnes fue traslada-

da “a un sitio más apropiado, donde se fundó Punta Arenas” (Bandieri, 2005, p. 121-122).

“Desde Punta Arenas se iniciaron las incursiones chilenas hacia la margen sur del río Santa Cruz. Allí, el capitán Luis Piedrabuena, nativo de Carmen de Patagones, estableció en 1859 una factoría para el procesamiento de grasa y pieles de lobos marinos en la isla Pavón... Desde ese punto se realizó una intensa actividad comercial con los indios de la región, particularmente con los grupos tehuelches que respondían a los caciques Casimiro y Orkeke, con los cuales (...) llegó a tener una muy estrecha relación.” (Bandieri, 2005, p. 122).

Conocidos en Santiago de Chile los resultados de la expedición de Francisco P. Moreno al río Santa Cruz en 1876, el gobierno chileno ordenó efectuar desde Punta Arenas una exploración de las áreas andinas del sur patagónico. La expedición comandada por el teniente de la Armada Juan T. Rogers, con la participación del naturalista Enrique Ibar, realizó dos viajes a la región, y llegó, en 1878, al lago que Moreno, oportunamente, había llamado Argentino (hecho que, como intención de posesión, ha sido cuestionado por algunos historiadores argentinos modernos).

Tras la caída de Rosas: los aborígenes, la Confederación vs. Buenos Aires, Cepeda y Pavón

Tras la caída de Rosas, los caciques pampas, entre ellos Juan Segundo Catriel (designado cacique c. 1848, hijo del cacique del mismo nombre) y Cachul, que habían luchado a favor de Rosas, se negaron a reconocer a las nuevas autoridades. Por otro lado, a las tolderías llegaron ahora prófugos federales, así como antes habían llegado los unitarios.

Calfucurá, por su parte, comenzó a asolar las pampas de la provincia de Buenos Aires, especialmente después de que, el 11 de septiembre de 1852, se produjo la ruptura entre Buenos Aires y la Confederación, y luego de que estableció una virtual alianza con Urquiza, pese a que se hacía pagar raciones por Buenos Aires (cf. Zeballos, 2004, p. 281). Así, por más de 20 años, siguió dominando la pampa a discreción (Sarasola, 2005, p. 240-241).

La frontera pasaba entonces por Tandil, Azul, Tapalqué y Junín hasta unirse a la que defendía el sur de Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza, con

una longitud de c. 2000 km, pero debido a las luchas entre Buenos Aires y la Confederación y la integración de Catriel y Cachul a la Confederación de Calfucurá, poblaciones como Rojas, Junín, Bragado, 25 de Mayo, Tapalqué, Azul, Tandil, Bahía Blanca y Carmen de Patagones quedaron expuestas a los malones. Aunque generalmente Patagones no fue atacada en razón de la protección que siempre recibió de Chocory y Sayhueque debido a su carácter estratégico para el intercambio comercial.

El enfrentamiento entre la Confederación y Buenos Aires, que se prolongó hasta la batalla de Pavón en 1861, condujo a la virtual indefensión de la frontera sur de Buenos Aires. Las tribus aborígenes tomaron parte en la lucha fratricida, ya sea en un bando o en otro, según su conveniencia del momento, para luego asolar la campaña al regreso a sus tolдерías (Raone, 1969, p. 528).

Calfucurá aprovechó para proseguir con los malones e intentar sublevar a las diferentes parcialidades aborígenes. Varias de estas, bajo su mando, atacaron Fuerte Argentino dando inicio a una época de pillaje y sangre en la campaña bonaerense. Enormes cantidades de ganado y numerosos cautivos fueron llevadas por el “camino de los chilenos” para su venta en Chile.

Sayhueque sin embargo se rehusó a participar de los malones de Salinas Grandes y Leuvucó (leuvu= río, có= agua corriente) (Sarasola, 2005, p. 232) y le hizo saber a Calfucurá que defendería Patagones.

Calfucurá tomó partido por la Confederación y realizó un gran malón por el centro de la provincia en febrero de 1852 y condujo otro sobre Bahía Blanca, el 6 de abril de 1852. El 13 de febrero de 1855 y al frente de 5000 aborígenes, atacó Azul, asesinando a 300 pobladores y tomando 60000 vacunos y 150 familias cautivas.

Las fuerzas de Calfucurá, Coliqueo y Catriel derrotaron a Mitre el 30 de junio de 1855 en Sierra Chica. Chillar, Juárez y Tandil fueron atacados en septiembre y el comandante N. Otamendi y 124 hombres fueron masacrados en San Antonio de Iraola, el 13 de septiembre de 1855, a 5 km de la actual ciudad de Juárez. Por su parte, Yanquetruz – un homónimo del anterior, muerto veinte años antes – al frente de 3000 aborígenes, atacó Tandil el 21 de septiembre de 1855.

Los ranqueles asolaban el oeste de Buenos Aires y el sur de Córdoba y San Luis y, en mayo de 1855, atacaron la zona de Rojas.

En las fronteras de Córdoba y San Luis los malones se debían al “indio blanco” o “indio gaucho”, sin ley ni sujeción a nadie, que cambiaba de bando según las circunstancias y a veces se unía a los grandes malones (Mansilla, 2006, p. 95). Al sur de los ríos Quinto y Cuarto - dominio de los indios - “las invasiones se sucedían semanalmente, día por medio, y hasta diariamente”.

Las fronteras habían retrocedido a las posiciones que tenían en 1826, y habían quedado aisladas nuevamente las poblaciones ubicadas más al sur, como Bahía Blanca y Patagones.

Aunque la Constitución de 1853 en su Art. 67, inc. 15, mandaba “conservar el trato pacífico con los indios”, para 1855, la opinión pública se había convencido de que para terminar con las invasiones, muertes y cautivos y las enormes pérdidas económicas, era necesario destruirlos. Nadie consideraba que tuviesen derecho alguno debido al hecho de que, en su mayor parte, procedían del otro lado de la cordillera y, por lo tanto, se los consideraba extranjeros.

Así “(...) dentro de la sociedad blanca de aquella época nadie dudaba de la legitimidad de los derechos que la asistían a tomar posesión efectiva de todo el territorio nacional, desde las provincias del norte hasta el cabo de Hornos” “(...) los indios en cuestión ocupaban tierras que no les pertenecían en propiedad legítima. Por proceder... de Chile, (...) podían ser considerados intrusos o advenedizos, obligados (...) a reconocer la absoluta soberanía argentina sobre las tierras que ocupaban, prestando sumisión a la autoridad política (...) y aceptando integrarse al devenir histórico de la república por la vía de la convivencia pacífica” (Durán, en Zeballos, 2004, p. 514-515).

Pese a ello, siempre hubo una minoría, en la que luego figuraría Moreno, que consideraba que había parcialidades aborígenes diferentes y que algunas de ellas podían ser asimiladas de manera pacífica y que eventualmente serían útiles a los países en formación.

De hecho, el mismo Zeballos (2002, p. 335-336) proponía cinco puntos para lograr la colaboración de Sayhueque: “1. Reconocimiento de la propiedad de las tierras que ocupan; 2. ofrecimiento de re-

cursos para cultivar en gran escala; 3. respeto a los tratados existentes y racionamiento en Neuquén; 4. reconocimiento de las ventajas que sus indios harán al comercio del país; 5. compromiso de sostener con el ejército a Shayhueque en el mando supremo de los indios de los valles andinos”, aunque “(...) al contrario, los salvajes (...) en la pampa deben ser tratados con implacable rigor, porque esos bandidos incorregibles mueren en su ley y solamente se doblan al hierro”.

Las fuerzas provinciales al mando de diferentes oficiales libraron entre 1855 y 1859 varios combates con resultados adversos. Uno de los más importantes fue el de “San Jacinto”, en 1856, donde el general Manuel Hornos sufrió importantes pérdidas. Como consecuencia, el gobierno de la provincia, en manos del Obligado, pactó con los caciques Juan Catriel y Juan Manuel Cachul y les permitió establecerse cerca del arroyo Tapalqué, en un área de veinte leguas cuadradas, proveyéndolos trimestralmente con aprovisionamientos de diferente tipo, incluidos vino, aguardiente, ginebra y 200 yeguas.

En octubre de 1856, el gobierno compró tierras en el suburbio de la ciudad de Azul y se las donó a las tribus de Catriel y Cachul, con lo cual se avanzó en la mestización racial y en la pérdida de identidad cultural y se creó un campo propicio para la adquisición de todos los vicios de una población blanca semibárbara, (Sarramone, 1993, p. 165).

En el mismo año, la Confederación designó al general Esteban Pedernera, Comandante Militar de las Fronteras Sur de Córdoba y San Luis, quien adelantó la frontera construyendo fortines. Nacieron así el Fuerte Constitucional y Villa de las Mercedes (actual Mercedes).

En enero de 1857, Catriel firmó un tratado de paz y fue nombrado General y Cacique Superior de las Tribus del Sur, con un sueldo. Se le otorgó el uso de charreteras de coronel y la ciudad de Azul le regaló un terreno de más de 8000 m² a cinco cuadras de la plaza central, que Catriel vendió ocho días después (Serramone, 1993, p. 162; Sarasola 2005, p. 241).

A cambio, Catriel convino en colaborar con el gobierno de Buenos Aires en el caso de que otras tribus perturbasen la paz. El acuerdo contó con el visto bueno de Calfucurá que, mientras tanto, mantuvo buenas relaciones con Urquiza, lo cual fue un

alivio para las provincias que formaban parte de la Confederación, aunque significó un incremento de los malones en la provincia de Buenos Aires. En los años en que Buenos Aires estuvo separada de la Confederación, hubo acusaciones de que ganado robado en la primera eran adquiridos por residentes de la segunda.

En marzo de 1857, el gobierno reconoció propiedades a Catriel entre Azul y las sierras de Curumalal y, en mayo, resolvió trasladar a la tribu, militarizada, a esa ubicación. Por su parte Yanquetruz, en mayo de 1857, firmó un tratado con el gobierno de la provincia y estuvo en Buenos Aires para los festejos patrios participando de una velada de gala en el Teatro Colón.

Estos acuerdos repercutieron negativamente entre las tribus que no habían participado de los mismos.

A comienzos de 1857, Calfucurá, secundado por Calvin y sus ranqueles y con un total de dos mil indios de pelea, efectuó varios malones sobre Pergamino y 25 de Mayo, con grandes pérdidas materiales y el rapto de 200-300 cautivas. Los ataques siguieron en 1858, y el 19 de mayo de 1859, al mando de mil quinientos lanceros, atacó Bahía Blanca, y en noviembre de 1859, Azul.

Las tribus comandadas por Calfucurá contaban con el apoyo de militares comisionados por Urquiza, como su edecán Federico Olivencia y Pedro Rosas y Belgrano, este último hijo natural de Manuel Belgrano y de una hermana de la esposa de Rosas que, desde 1836, actuaba como ganadero en la región de Azul y que había colaborado con Rosas como proveedor influyente de los indios pampas.

El 23 de octubre de 1859, unos 1100 aborígenes al mando de Baigorria, Coliqueo, y Baigorrita participaron en la batalla de Cepeda, en la que las fuerzas confederadas, comandadas por Urquiza, vencieron a las tropas de Buenos Aires lideradas por Mitre. Los ranqueles de Paguitruz-Guor (Mariano Rosas), que había reemplazado a Calvin tras su muerte en 1857, permanecieron neutrales.

El 10 de noviembre de 1859, se firmó el pacto de San José de Flores y se restableció la normalidad entre la provincia de Buenos Aires y la Confederación. Mientras tanto Calfucurá siguió maloneando en Lobería y Azul.

En 1861, Buenos Aires entró nuevamente en lucha con la Confederación, con el apoyo de Baigo-

rria y sus seguidores, quienes reiniciaron sus malos esta vez contra las zonas confederadas. El 17 de septiembre de 1861, Baigorria y Coliqueo y su tribu participarían en la batalla de Pavón, apoyando a Buenos Aires, a diferencia de la postura adoptada en la batalla de Cepeda, mientras que Mariano Rosas y Epumer apoyaron a Urquiza. En esa batalla, Mitre venció a Urquiza y así concluyó la lucha fratricida que se había prolongado por nueve años. Coliqueo fue designado “Cacique Principal de los Indios Amigos y Coronel Graduado” (cf. Sarasola, 2005, p. 252). Muchos partidarios de la Confederación buscaron refugio en las tolderías. Mariano Rosas y Baigorrita buscaron aliados circunstanciales en los jefes de las montoneras que en las distintas provincias se rebelaban contra el poder central.

La prosecución de los disturbios en el interior fue aprovechada por los indígenas para reanudar sus incursiones. En ese momento, entre los ranqueles de Mariano Rosas, y las fuerzas pampas y los araucanos provenientes de Chile, sumaban unos cinco mil seiscientos lanceros.

Entre 1852 y 1862, hubo, en las provincias argentinas, 117 revoluciones y se libraron 91 combates (Sule, 2007, p. 275).

Para 1863, la existencia de grupos montoneros en varias provincias, llevó a distraer fuerzas al combate de frontera, con el fin de evitar la anarquía. La muerte del Chacho Peñaloza (y la de Felipe Varela en 1870) concluiría la guerra civil en el interior, pero muchos de sus seguidores se unieron a los ranqueles y al mismo Calfucurá y prosiguieron con los malos durante 1864 y años siguientes.

Calfucurá, que en el enfrentamiento de Pavón había mantenido una posición supuestamente neutral, trató de congraciarse con Mitre y le ofreció su apoyo contra los ranqueles, a cambio de provisiones de todo tipo. Pese a ello, muchos de sus capitanejos siguieron cometiendo depredaciones (Raone, p. 1969, p. 543).

Mientras tanto, en Chile, se organizaron varias expediciones para explorar las regiones ubicadas al este de los Andes, como la de Francisco Fonck y Fernando Hess en 1856 y la de Guillermo Cox en 1862-1863, para lo cual usaron el llamado paso Pérez Rosales, al sur de la actual San Carlos de Bariloche. A estos exploradores se deben las denominaciones de

Puerto Blest y península San Pedro, en el lago Nahuel Huapi. (Bandieri, 2005, p. 120).

La guerra con el Paraguay y la ley de avance al río Negro. Presidencia de Sarmiento

Con el comienzo de la guerra con el Paraguay, el 25 de marzo de 1865, las fronteras quedaron nuevamente desguarnecidas y, durante 1866, los ranqueles al mando de Mariano Rosas asolaron el sur de las provincias de Córdoba, San Luis y Mendoza. En febrero de 1867, ranqueles y chilenos atacaron Olavarría. En abril de 1868, Calfucurá al frente de dos mil aborígenes, en su mayor parte chilenos, atacó el sur de Córdoba, y en mayo, atacó Tres Arroyos, rompiendo la paz con la que se había comprometido.

En esos años se construyeron varios fortines y la situación de las fronteras comenzó a mejorar, en gran medida debido a la ampliación de las líneas férreas, la apertura de caminos y la instalación del telégrafo.

Ante la presión de la opinión pública, el Congreso aprobó, el 13 de agosto de 1867, la Ley 215, por la cual se decidió que el Ejército Nacional ocupara la ribera del río Neuquén desde su nacimiento en los Andes hasta su confluencia con el río Negro y desde allí al mar. La ley preveía otorgar a las tribus que se hallaban entre la frontera existente y la fijada todo lo que fuese necesario para establecerse de manera pacífica. Los espacios serían acordados mediante convenios con las tribus que se acogiesen voluntariamente y serían fijados unilateralmente por el gobierno para las que no lo hicieran. En el caso de que se resistieran, se las desplazaría al sur de los ríos Negro y Neuquén.

El cumplimiento de esta ley no pudo efectivizarse de manera inmediata debido a que el país estaba en ese entonces involucrado en la guerra con el Paraguay. Solamente se haría efectiva en 1879. Y daría origen a la Ley 954 de creación de la Gobernación de la Patagonia en la región comprendida entre el río Colorado y el Cabo de Hornos, con capital en Mercedes de Patagones (hoy Viedma).

Según Raone (1969, p. 575) esta ley fue “la ‘Orden del Pueblo’ para que su Gobierno y su Ejército hicieran posible el anhelo popular acariciado por tres siglos, que no era producto exclusivo de un hombre, de un grupo o partido, ni tan siquiera de una época. Ella era el resultado de las experiencias,

de las victorias y fracasos, de las tentativas y de los esfuerzos mancomunados de diez generaciones, que venían a efectivizarse en el instrumento legal (...) para que llevara a cabo una tarea definitiva”.

El 12 de octubre de 1868 asumió la presidencia D.F. Sarmiento, cuya gestión progresista permitiría realizar una verdadera transformación del país.

En 1869 antes de la finalización de la guerra de la triple alianza, siguió el avance de la línea de frontera, sobre la base de estudios realizados por el coronel Juan F. Czetz. El avance estuvo a cargo de Mansilla en el sur de Córdoba (desde el río Cuarto al río Quinto), en San Luis, Santa Fe y el norte de Buenos Aires. La frontera siguió avanzando debido a la actividad agropecuaria y a la instalación de fortines. El valor de las tierras era relativamente bajo por el peligro de los malones y la posibilidad de su compra constituyó, en definitiva, un premio al riesgo. La frontera de Buenos Aires llegó entonces hasta los fuertes General Lavalle Norte, General Paz, Blanca Grande y Pillahuinco y, en Córdoba, hasta el río Quinto.

En febrero de 1872, el teniente coronel de marina Martín Guerrico (1838-1929) remontó el río Negro y ocupó Choele Choel. Posteriormente, entre el 20 de junio y el 24 de septiembre, hubo un reconocimiento a cargo del mayor Mariano Bejarano que llegó al País de las Manzanas, conferenció con Sayhueque y Reuque-Cura, hermano este último de Calfucurá, asentado en la región entre los ríos Picún Leufú y Catán Lil y la región de Aluminé y el paso cordillerano de Llaima, y efectuó numerosas observaciones sobre la región recorrida.

Los ranqueles, que a mediados de 1870 eran unos 9000 entre lanceros y “*chusma*”, se vieron cada vez más cercados, pues el único modo de sustento que tenían era el robo de ganado y su venta en Chile. Siguieron pues con sus incursiones, aunque más limitadas, asolando Santa Fe, Córdoba y las provincias de Cuyo. El 4 de marzo de 1871, Mariano Rosas y su hermano Epumer (1814-c. 1883) iniciaron una serie de ataques al sur de Córdoba y San Luis, norte de Buenos Aires y sur de Santa Fe.

Un ataque del ejército nacional al yerno de Calfucurá y su tribu, y el alzamiento de López Jordán en Entre Ríos, tras el asesinato de Urquiza, en abril de 1870, provocaron la reacción de Calfucurá quien inició un malón en la zona de Tres Arroyos, el 14 de

junio de 1870. Posteriormente concertó con su hijo mayor Manuel Namuncurá (Namun= pie; cura= piedra) un ataque a Bahía Blanca, el cual tuvo lugar el 23 de octubre de 1870.

Mientras tanto, el 9 de octubre de 1870, Cipriano Catriel, como Cacique Superior de todos los pampas, con su segundo, el cacique Calfuquir, se comprometió a cooperar en la defensa y resguardo de la frontera. A él quedaron subordinados los caciques Manuel Grande, Ramón López Cachul y Chipitruz que anteriormente lo habían estado a Calfucurá (Sarramone, 1993, p. 200-201). Durante 1871, varios de estos caciques se rebelaron sin éxito contra Cipriano Catriel.

Calfucurá: últimos malones, batalla de San Carlos, ocaso y muerte

En enero de 1872, las tribus de Pincén y los ranqueles de Mariano Rosas atacaron el sur de Santa Fe. Nuevas invasiones ocurrieron en abril, mayo, junio, septiembre y octubre. Pincén y los ranqueles actuaban por su cuenta y no tenían contacto con Calfucurá, pues Pincén sostenía que Calfucurá era vorogano de Chile y usurpador de su tierra, mientras que él se consideraba indio argentino.

Cabe mencionar que el origen de Pincén no es claro. Según Zeballos (2004, p. 165) era araucano; según Sarasola, se supone que era tehuelche mestizado, hijo de una cristiana cautiva; aunque se habría criado entre los boroganos que ingresaron al país en 1818 (cf. Bonatti y Valdez, 2015, p. 89-91), sin embargo, para Durán (en Zeballos 2004, p. 480-482) era de estirpe boroga, pero había nacido en Carhué c. 1828.

Para la década de 1840, Pincén participaba de malones y estaba instalado en Langeló (médano de los muertos) en el límite entre Buenos Aires y La Pampa, en la zona de Trenque Lauquen, entre la tribu de Calfucurá y los ranqueles y mantenía relaciones con Baigorria y los boroganos, aunque siempre se mantuvo independiente.

Mientras tanto, Calfucurá preparaba un gran malón, para lo cual trató de reunir la mayor cantidad de lanzas, incluyendo un gran número llegado de Chile. En marzo de 1872, apareció en la frontera, en la región de 9 de Julio, 25 de Mayo y Alvear, al frente de dos mil aborígenes. Marchó hacia La Verde donde se le unieron otros mil quinientos indios y el 6 de marzo se le sumaron más hasta alcanzar más de

tres mil hombres, organizados en tres columnas: mil salineros al mando de Catricurá, mil chilenos y patagones al mando de M. Namuncurá y mil chilenos y cordilleranos más quinientos ranqueles de Epumer, encabezados por Reuque Cura. Fue la invasión más grande efectuada hasta entonces y marcó la cima del poderío de Calfucurá (Sarasola, 2005, p. 245).

Enfrente, las fuerzas nacionales, también en tres columnas, al mando del general I. Rivas, sumaban unos mil seiscientos hombres, incluyendo ochocientos indios de Cipriano Catriel -que tras la muerte de su padre, en diciembre de 1866, lo había reemplazado como cacique de los pampas- y 140 lanceros de Ignacio Coliqueo. El enfrentamiento, en su mayor parte protagonizado por aborígenes y en el que tuvo una destacada participación Cipriano Catriel, se produjo el 8 de marzo, al norte de San Carlos (actual Partido de Bolívar) y terminó con la derrota de Calfucurá.

Esta batalla completó el fin del ciclo del predominio aborígen en la frontera, potenciado por el uso del Remington a partir de 1873, aunque no significó el fin de los malones. Con posterioridad, el 19 de septiembre de 1872, Calfucurá, como venganza, atacó, junto con indios de Pincén, a la tribu de los pampas de Coliqueo, ubicada en la "Tapera de Díaz" (cerca de la actual localidad de Los Toldos), mató a muchos de sus miembros y tomó prisioneros a otros.

Durante 1873 se produjo un levantamiento de López Jordán que obligó a retirar tropas de las fronteras interiores. Finalmente, para marzo de 1873 se concluyó un tratado con B. Namuncurá, y en junio, uno con Pincén. Mariano Rosas cercado solicitó nuevos tratados en condiciones desventajosas y Pincén fue batido y huyó. Pese a ello, hubo numerosos malones en el sur de Córdoba.

Mientras tanto, en marzo de 1873, Moreno realizó su primer viaje a Carmen de Patagones y a la región del río Negro.

El 3 de junio de 1873 murió Calfucurá en su toltería de Chiloé (Chilihue = Nueva Chile, según Zeballos, p. 279; o Chile Chico), oeste de Salinas Grandes dejando una orden final: "*No entregar Carhué al Huinca*", pues esa localidad era uno de los puntos clave del triángulo estratégico aborígen, integrado además por Salinas Grandes y Choele-Choel.

Lo sucedió su hijo Manuel Namuncurá (Garrón de Piedra), nacido en proximidad del volcán Llaima, Chile, en 1811, analfabeto, pero con un secretario, Navarrete, de su misma nacionalidad. Aunque Namuncurá había jurado la Constitución Nacional argentina en 1854, momento en que fue bautizado bajo el padrinazgo de Urquiza, quien le dio el nombre de Manuel (Bonatti & Valdez, 2015, p. 58). En ese momento, en Salinas Grandes, había unos diez mil habitantes, de los cuales unos 2500 eran lanceros (Bonatti & Valdez, 2015, p. 59). En diciembre hubo dos malones, el más importante de ellos, el 11 de diciembre, sobre Bahía Blanca, comandado por Namuncurá.

El 24 de septiembre de 1874, hubo una revolución contra la asunción de Nicolás Avellaneda (1836-1885) como presidente, encabezada por Mitre, en la provincia de Buenos Aires y por el general José M. Arredondo en el interior, Sarmiento ordenó reprimirla.

De la revolución, participaron, en la frontera, las fuerzas del general Ignacio Rivas y mil quinientos indios a las órdenes de Cipriano Catriel, aunque 600 de ellos se sublevaron al mando de Juan José Catriel (1838-1910) y se pasaron a las fuerzas del gobierno. Las fuerzas revolucionarias, al mando de Mitre, fueron vencidas entre octubre y noviembre en Santa Rosa (Mendoza) y La Verde.

Debido a esta revolución, la expedición a Santa Cruz, en la que participaba Moreno, se vio obligada a regresar a Buenos Aires.

Cipriano Catriel, quien siempre había sido respetuoso de las autoridades provinciales y que muy probablemente fue ajeno a los motivos de la revolución y participó por su relación amistosa con el general Rivas, fue capturado y su hermano Juan José lo hizo lancear "*por traidor a su raza*" el 24 de noviembre de 1874, junto a Santiago Avendaño, un sanjuanino que durante la década de 1840 se había refugiado primero entre los ranqueles y luego entre los pampas, donde había llegado a ser un verdadero canciller de los Catriel y se había destacado en la batalla de San Carlos, razón por la cual, el Presidente D.F. Sarmiento le dio el título de Intendente de Indios. El calificativo de traidor aplicado a Cipriano Catriel probablemente se originó en su participación decisiva contra Calfucurá en la batalla de San Carlos (Sarasola, 2005, p. 232).

La sucesión de Cipriano Catriel por su hermano Juan José, al igual que la de Ignacio Coliqueo por Justo Coliqueo significó un cambio importante de posiciones pues los últimos dejaron de colaborar con el gobierno y se constituyeron en caciques “*alzados*” (cf. Sarasola, 2005, p. 252-253).

Resulta evidente a esta altura que los aborígenes, especialmente los pampas, participaron de los enfrentamientos entre realistas e independentistas, unitarios y federales, bonaerenses y confederados y que cambiaban de bando según las circunstancias, tal como lo

hicieron muchos soldados. Así los Catriel combatieron por Rosas, pelearon contra Mitre en Sierra Chica, pero Cipriano Catriel fue muerto por adherirse a él en la revolución de 1874. El “*Cacique Blanco*”, Manuel Baigorria, por su parte, sirvió a Urquiza en Cepeda y a Mitre en Pavón, con dos años de diferencia. Como lo destacó Sarasola (2005, p. 253) “esto operó en casi todos los casos como un factor estimulador de las contradicciones en el seno de la sociedad india, produciendo el desgastante enfrentamiento entre hermanos” y contribuyó a la muerte de muchos de ellos.

Capítulo 4

EL PRIMER VIAJE DE MORENO AL RÍO NEGRO (1873)

En el marco de los antecedentes expuestos precedentemente fue que, entre marzo y abril de 1873, y como se mencionó más arriba, Moreno hizo su primer viaje a Carmen de Patagones y a la región del río Negro.

Sobre los motivos y resultados de este viaje diría Moreno (1893, p. 59-60): *“El Dr. Burmeister había publicado sus observaciones sobre los objetos coleccionados por Fontana, pero estos no eran bastante numerosos como para dar una idea exacta del tipo de los hombres que vivieron en el valle del Río Negro antes de su población por los españoles. Resolví pues empezar mis excursiones en el territorio patagónico por los lugares donde Fontana, y antes que él, el profesor Strobel, había recogido tan interesantes piezas. En abril de 1873 llegué al Carmen de Patagones y tanto ardor puse en reunir los vestigios que buscaba y que no eran escasos en los alrededores de ese lugar, en el valle del hermoso río, que en el mes que permanecí allí obtuve 60 cráneos y 1200 sílex tallados, además de buen número de otros objetos de la misma época, y no pocos más modernos. Las observaciones que hice en el terreno donde se encontraban sepultados los restos humanos, me dieron por resultado la seguridad de que muchos de esos hombres antiguos no pertenecían a las razas actuales indígenas que habitaban en la época de mi viaje la Patagonia, y no solo eso, sino que allí habían terminado su peregrinación varias razas diferentes, que a primera vista parecían ser las mismas que habitaron otros territorios americanos, muy distantes de aquel; descubrimiento que consideraba en extremo interesante, pero que no me atrevía a divulgar, considerándome, sin los conocimientos nece-*

sarios para sostenerlo, y me apresuré a regresar con tan precioso cargamento a Buenos Aires”.

Según Moreno (1879, p. 28), el viaje fue corto pero provechoso pues *“Los paraderos y cementerios cuya existencia había revelado Strobel”* le suministraron *“cráneos y objetos de piedra en número suficiente como para poder formarme una idea del interés que ofrecía el estudio del indígena patagónico”.*

Años después, Moreno (1879, p. 207) recordaría que *“cuando en 1873 hice mi primera excursión al Río Negro”* la línea de fortines entre Buenos Aires y Mendoza pasaba por Azul, Río IV, Villa Mercedes, San Luis y San Rafael, y *“había peligro de muerte en cruzar desde allí hasta el Azul o el Tandil”.* Tanto es así que, en este viaje, al llegar Moreno a Bahía Blanca en una tarde de marzo *“una hora después invadieron los indios y los vecinos, alarmados, se reunieron en el Fuerte preparándose a la defensa”.*

Contactos de Moreno con Broca

Al regresar a Buenos Aires, ordenó el material, con la ayuda de Burmeister y Manuel Eguía y escribió a Paul Pierre Broca (1824 - 1880), eminente antropólogo francés, detallando la morfología de los cráneos y haciendo conjeturas sobre el origen de los mismos. El Profesor Broca publicó sus comentarios en la *Revue d' Antropologie* de 1874 (cf. Moreno, 1879, p. 28).

Según Moreno (1893, p. 61): *“(…) me apresuré a regresar con tan precioso cargamento a Buenos Aires. Ansiaba poder poner en práctica el consejo de Van Beneden para lo cual escribí al Dr. Broca comunicándole*



Francisco P. Moreno en su juventud
(Tomado de R. Hosne, 2005, p. 115).

los primeros resultados de mi excursión. Si ellos tenían la importancia que yo les asignaba, la repetiría, y en ese caso sería más fructuosa la cosecha, guiado por los consejos que seguramente recibiría del amable sabio. Medidos los cráneos más completos y redactada una memoria sucinta de lo que había visto y hecho en el Río Negro, escribí al Dr. Broca no sin miedo, aun cuando el Dr. Burmeister me había autorizado para decirle que él también me lo aconsejaba. Van Beneden tenía razón; el sabio antropólogo acogió con benevolencia mi trabajo, lo publicó (...) y en cariñosos términos alentó mis inclinaciones, cada vez más firmes, y desde ese día, hasta el momento de su muerte, a la distancia o en su hospitalario laboratorio y en su hogar cariñoso, me favoreció, primero con su estima y luego con su amistad inapreciable. Y el entusiasmo del Dr. Broca por los restos de los antiguos patagones se comunicó a otros sabios; el profesor Quatrefages, el Dr. Topinard, el Dr. Virchow, entre otros, se dirigieron a mí alentándome para que continuara esas investigaciones, y algunos me propusieron canjes. ¿Qué más alientos necesitaba para proseguir en la senda que me había trazado cuando no tenía ninguno de ellos? ¡Cómo gozaba, cuando después de recibir alguna de esas cartas, restauraba, febril, los



Primera bandera que hizo flamear Moreno en el lago Nahuel Huapi el 22 de enero de 1876.
Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno,
San Carlos de Bariloche.

cráneos deleznable que tanto valor tenían ante los ojos de esos hombres eminentes, y con qué bellas visiones afrontaba el porvenir dentro de esa sala que se llamaba mi Museo!.”

“Los correspondientes que había dejado en el Río Negro continuaban mientras tanto sus envíos, y a estos agregaban preciosos datos sobre aquellas tierras tan poco conocidas y sobre sus habitantes.”

En la *Revue d'Anthropologie* de ese año de 1874, hay una noticia de Broca sobre el Museo Moreno, y el párrafo siguiente indica la importancia que a los ojos de ese sabio tenía ya mi colección (...): “El señor Moreno acaba de fundar en Buenos Aires un Museo antropológico donde están dispuestas y colocadas en el mejor orden las colecciones que ha reunido hasta ahora. Nos ha enviado cuatro fotografías representando el salón de ese nuevo Museo. La disposición de los estantes y de los objetos ya numerosos que contienen, muestran que no se trata solo de una colección de aficionado, sino de una colección científica, digna de un discípulo del Dr. Burmeister. Este Museo creado por un hombre lleno de juventud y de ardor, no puede dejar de crecer rápidamente y podrá llegar a ser para el estudio de las razas de la América austral, tan valioso como lo fue

ahora treinta años el Museo Mortón para el estudio de las razas de la América Central y Septentrional (...). “Este joven e inteligente colaborador, siguiendo los consejos y bajo los auspicios del profesor Burmeister, de Buenos Aires, se dedicó a los estudios antropológicos y ha comenzado la exploración de la región meridional de América del Sur” (Broca, 1874, p. 375).

Aunque en una nota al margen, en el ejemplar de esta revista existente en la Biblioteca del Museo de La Plata, escribió Moreno: “*El dedicarme a la antropología, lo debo no a Burmeister sino a Van Beneden quien, en diciembre de 1872, me aconsejó, viendo que yo poseía algunos objetos que estudiara esa ciencia que B. no había tocado aún. Acepté el consejo fui a Patagonia (abril y mayo 1872), escribí la Memoria publicada en este volumen p. 72 y la envié a Broca, tal como me lo había indicado Van Beneden. El nombre de Burmeister fue un pretexto para que fuera escuchado por Broca, el mío le era completamente desconocido. A Broca debo mi carrera. B.A. mayo 31/77.*”

Tal vez esto deje en claro que Moreno no se consideró un discípulo de Burmeister, tal como ha sido interpretado por otros, antes y después. Más aun, Burmeister fue siempre contrario a las ideas de Darwin, mientras que Moreno, luego de unas dudas iniciales, se convirtió totalmente al evolucionismo darwiniano, sin que esto implicara, como otros han supuesto, adherir a posiciones, claramente diferentes, como las del darwinismo social de Herbert Spencer o el extender la evolución biológica a la totalidad de los comportamientos humanos.

El informe de Moreno a Broca fue presentado al Congreso de Antropología y Arqueología de Estocolmo y publicado en el Boletín de la Academia de Ciencias de Córdoba (Ratto de Sambucetti, 2009, p. 51).

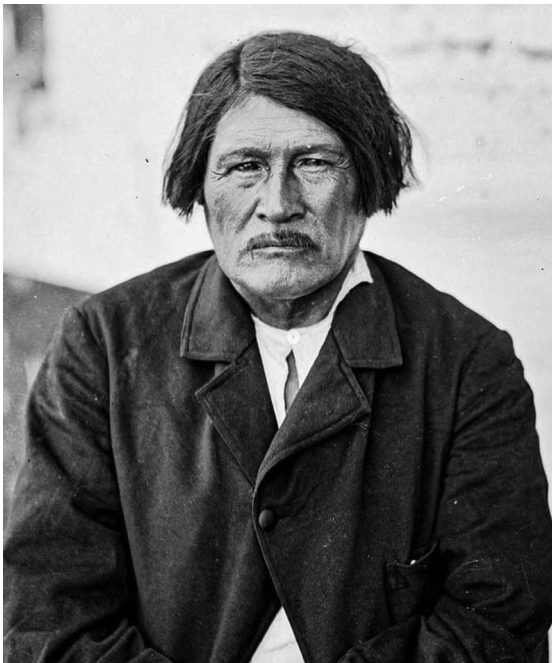
Estos hallazgos promovieron posteriormente otras reflexiones de Moreno (1879, p. 29-30). “*La gran cuestión del hombre fósil, cuya existencia, aun no hace muchos años, era considerada como un mito, acababa de ser sometida a discusión por eminentes sabios.*” Estos hacía tiempo “*habían entrevisto para la humanidad una antigüedad mayor que la que le asignaban las tradiciones bíblicas, y la ciencia escudriñaba impasible, en busca de la verdad, las capas geológicas formadas por los grandes cataclismos de la Creación. La cronología vulgar había sido desechada y en cambio se concedía al hombre una edad tan considerable que no podía avaluarse por años ni por siglos, y para la cual la época histórica era un se-*

gundo en la hora de los tiempos” (...) “*¡Inmensa conquista del hombre sobre sí mismo! Este, en su orgullo vano, se creía hasta entonces creado a imagen y semejanza de Dios y no había querido estudiarse poniéndose al nivel de tantas obras de la naturaleza. El reino humano, surgido de las formas perfectas de Adán y Eva, tenía por toda historia en su origen, el poema del Paraíso y había sido separado del reino animal. El ser humano, ‘igual en forma al Ser Supremo’, no podía estudiarse como un vil insecto, pues profundizar esa individualidad divina era atentatorio para las máximas religiosas. Pero la ciencia no podía dejar de abrirse camino y no tardó en establecer la comunidad de la familia humana, comprendiendo aun las especies más degradadas e inferiores que pueblan las maravillosas islas de Oceanía, Australia y parte de América, razas que la rutina ultramontana consideraba, no hace mucho tiempo, como no pertenecientes al género humano. Ese gran paso en la historia de la humanidad, que la llena de orgullo legítimo, ha venido a plantear una verdad indiscutible que muestra que su admirable civilización es su obra propia y la consecuencia lógica de la evolución física y moral que la había conducido desde la época en que, con piedras y ramas, con aliento de gigante disputaba el hombre su alimento y vestiduras a los monstruos de las épocas perdidas, hasta el momento que casi llega a dominarlo todo. Las huellas de esa marcha progresiva a la perfección, efectuada por medio y a impulsos de la lucha por la existencia, estaban marcadas, en las más apartadas y misteriosas soledades, por obras portentosas, hijas del espíritu humano. Los gobiernos y corporaciones científicas que, de un siglo a esta parte, se habían apresurado a reunir las en grandiosos templos, dieron entonces nueva actividad a las investigaciones en su busca*” (...) “*Desde entonces, mi mayor anhelo fue contribuir con mi humilde concurso a esos adelantos.*”

En 1873, el padre de Moreno se casó en segundas nupcias con Fanny Gowland Rubio, prima hermana de su primera esposa. De este matrimonio nacieron Daniel (alias Pilotín), quien fue gran amigo de Moreno y su médico de cabecera en sus años finales, y Rosarito, que murió a los 10 años. Moreno con sus hermanos Josué y Eduardo se fueron a vivir solos y Maruja, la menor, se mudó a lo de su hermana Juanita, ya casada. (Moreno Terrero de Benites, 1988).

Expedición a Santa Cruz de 1873

Mientras tanto, en la segunda mitad de 1873, se desarrolló una expedición al río Santa Cruz, la que



Cacique Inacayal (1833-1887)

constituyó un anticipo de las que en 1874 y 1876 efectuaría Moreno a la misma región.

Esta expedición respondió a la decisión del Presidente Sarmiento de ocupar el río Santa Cruz, para lo cual se comisionó a la “*Chubut*”, que zarpó el 22 de agosto de 1873, al mando del teniente coronel de marina Guillermo Lawrence, quien llevaba como segundo al subteniente Valentín Feilberg.

Debido a condiciones climáticas poco favorables, la *Chubut* arribó al Cañadón de los Misioneros, en el río Santa Cruz, el 12 de octubre de 1873. El lugar recibía ese nombre pues en él se habían establecido, unos años antes, sin mayor éxito, los misioneros ingleses Schmid y Hart.

Allí hallaron, cerca de la orilla sur del río, materiales de construcción dejados una semana antes de regresar a Punta Arenas por la goleta de guerra chilena *Covadonga*. Lawrence decidió ocupar la ribera sur, tarea que dejó a cargo de Feilberg, quien eligió el mismo lugar usado por la *Covadonga*.

Durante la estadía de la *Chubut*, Luis Piedrabuena entregó al comandante Lawrence la nota que Roberto Fitz Roy, comandante del *HMS Beagle* había de-



Valentín Sayhueque (c. 1823- 1903).

jado en 1832 como constancia de sus exploraciones río arriba. Lawrence siguió tal ejemplo y se internó río arriba con la *Chubut* hasta la desembocadura del Zanjón de las Salinas, viendo imposibilitado el pasaje río arriba. Encargó entonces a Feilberg la misión de alcanzar las fuentes del río Santa Cruz. Este, junto con el contraamaestre Jorge Stevens, el timonel William Jacobs y los marineros Miguel Duff y Juan Echevarría, el 6 de noviembre de 1873, siguió río arriba en el chinchorro del buque y, el 26 de noviembre, alcanzó un lago que consideró era el lago Viedma, - pero en realidad era el lago que Moreno denominaría Argentino -. Durante cuatro días, Feilberg exploró sus costas y halló la desembocadura de un río procedente del norte, luego denominado “*Leona*” por Moreno al establecer su origen en el verdadero lago Viedma.

Imposibilitado de navegar el lago debido al viento y al oleaje, decidió regresar, pero dejó una nota en una botella junto a un remo que levantó como mástil para atar la bandera argentina. El mensaje, fechado el 29 de noviembre, resumía la expedición y el supuesto hallazgo del lago Viedma y sería encontrado por Moreno a principios de 1876.

Capítulo 5

ESCENARIO POSTERIOR. PREPARATIVOS PARA NUEVOS VIAJES. PRIMER VIAJE DE MORENO A SANTA CRUZ, 1874

En 1874 Avellaneda, quien bajo el gobierno de Sarmiento había sido responsable de la política educativa como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, fue candidato a suceder a este en la presidencia, con el apoyo de varias provincias, a través de un nuevo partido, el Partido Nacional. En Buenos Aires, los nacionalistas postularon a Mitre y los autonomistas a Alsina. La necesidad de Avellaneda de tener presencia en Buenos Aires y de Alsina de tenerla en el interior del país llevó a Avellaneda y Alsina a constituir, mediante un acuerdo, el Partido Autonomista Nacional (PAN), con Avellaneda como candidato a presidente, quien se impuso en las elecciones del 12 de abril de 1874 (Hardoy, 1993, p. 47).

Por defectos de la elección, especialmente en la provincia de Buenos Aires, en el mes de septiembre se produjo una revolución encabezada por Mitre, pero tras varias acciones bélicas, como la de La Verde, que se libró en Buenos Aires el 26 de noviembre, y la batalla de Santa Rosa, librada en la región de Cuyo el 7 de diciembre, los partidarios de Mitre dirigidos por el general Arredondo fueron vencidos por los de Avellaneda, al mando del coronel Julio A. Roca, quien comenzó así su carrera ascendente en el escenario nacional.

Después de estos sucesos, Avellaneda inició, el 21 de julio de 1874, una política de conciliación nacional, que fue apoyada por Alsina y aceptada por Mitre, y dio como resultado que varios mitristas, entre ellos José María Gutiérrez, ingresasen al gabinete de Avellaneda. Algunos autonomistas no apoyaron la postura de Alsina y formaron un grupo opositor, con el nombre de Comité Republicano, cuyos jefes fueron Aristóbulo del Valle y Leandro N. Alem, pero fueron derrotados por los candidatos de la conciliación, al gobierno provincial, Carlos Tejedor y José María Moreno, que asumieron en 1878. Sarmiento, que también se opuso a esa conciliación dijo al respecto: “las ideas no se concilian: las conciliaciones alrededor del poder público no tienen más resultado que suprimir la voluntad del pueblo y sustituirla por la voluntad de los que mandan” (Hardoy, 1993, p. 52-53).

Avellaneda enfrentó con resolución el problema que representaban las tribus aborígenes que operaban en el sur y centro de la provincia de Buenos Aires y en el norte de la Patagonia y que, con su accionar fomentado por agentes extranjeros, comprometían la soberanía argentina en la región.

De hecho, en 1873 el gobernador del área chilena de Magallanes dispuso la ocupación de Río Gallegos

para fortalecer la posición de Punta Arenas, enviando unos pocos colonos y estableciendo un refugio de adobe. Ocupación que, debido a la intervención de Félix Frías (con ayuda informativa de Piedrabuena), y con el apoyo del Presidente Sarmiento y el Ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Tejedor, quedaría sin efecto en 1875 y llevaría a la creación, en 1879, de la Subdelegación de Río Gallegos e Islas Malvinas, luego Subprefectura, dependiente del Ministerio de Guerra y Marina, a cuyo frente estuvo Carlos Moyano.

Fue bajo el gobierno de Avellaneda que Moreno realizó importantes viajes de exploración a la Patagonia, llegando al lago Nahuel Huapi, en 1876, a las cabeceras del río Santa Cruz, en 1877 y nuevamente a la región oeste de Chubut y al Neuquén, en 1877. En este último año, en coincidencia con el inicio de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia, el General Roca, Ministro de Guerra de Avellaneda, comenzó la Campaña del Desierto que para 1885 significaría la efectivización de la soberanía argentina en la Patagonia.

Mientras tanto, la población se incrementó aceleradamente con la llegada, en cinco años, de 259.000 inmigrantes. La red ferroviaria, en 1876, alcanzó 2000 kilómetros. Salió del país el primer envío de carne congelada, se produjo el primer pliego de papel y la Argentina se convirtió de importadora en exportadora de granos. En Buenos Aires ya había 300 cuadras empedradas.

El 30 de marzo de 1874, Germán Burmeister (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 17-18), como Director de la Academia Nacional de Ciencias, se dirigió al Ministro de Instrucción Pública, Dr. Juan C. Albarracín, proponiendo el nombramiento de seis Miembros Correspondientes entre ellos el “D. Francisco P. Moreno. Natural de Buenos Aires” y el “Dr. Carlos Berg, Inspector del Museo Público de Buenos Aires”, señalando que conocía a “dichos (...) caballeros personalmente y sé que son científicamente laboriosos y de mucho interés por ser útiles al país”. El 14 de abril, el Ministro Albarracín le contestó a Burmeister, para comunicarle que se había hecho el nombramiento de Miembros Corresponsales solicitado. El decreto se publicó en el Boletín Oficial de la Nación (Año IV pte. 1). Moreno no había cumplido aún 22 años.

Contexto histórico, según Moreno

Según Moreno (1893, p. 63-65) *“La cuestión de límites con Chile se agitaba cada día más; ya las pretensiones de este se extendían a toda la Patagonia, hasta el gran río [Santa Cruz]; chilenos y argentinos discutían sobre el mejor derecho que unos y otros tenían a esas tierras, y los primeros realizaban tales actos que la ardorosa cuestión amenazaba salir del campo diplomático para terminar en la guerra. La ignorancia de los argentinos sobre esos territorios era, puede decirse, completa; en cambio los chilenos exploraban la región occidental andina Oeste y adelantaban sus poblaciones en el Sud; tenían en su poder Magallanes y hacían actos de jurisdicción en Santa-Cruz, con mengua de todos nuestros derechos”*.

Fue entonces, en agosto de 1874, que el Gobierno de la Nación resolvió enviar de estación a Santa-Cruz al bergantín goleta de la armada nacional “Rosales” al mando del Teniente Coronel Martín Guerrico, secundado por el capitán Rafael Blanco, el subteniente Martín Rivadavia (nieto de Bernardino, quien años después sería ministro de Marina de Roca y cuyo nombre llevaría la ciudad más importante del Golfo San Jorge) y los guardiamarinas Atilio Barilari y Carlos María Moyano (Ygobone, 1954, p. 62; Hosne, 2005, p. 31).

Moreno hizo el viaje en compañía del Dr. Carlos Berg, naturalista ruso de 29 años, recién llegado a Buenos Aires quien realizaría colecciones para el Museo de Buenos Aires dirigido por Burmeister, donde ocupaba un puesto; al tiempo que Moreno lo haría para el suyo. El propósito de Moreno (1893, p. 32) era, en sus palabras: *“ascender el Río Santa - Cruz, examinar sus nacientes y dirigirme desde allí por las faldas de la cordillera hasta Mendoza. Desgraciadamente, los recursos con que contábamos nos faltaron al llegar a la Bahía; solo pudimos aprovechar los alrededores, pero esa corta visita fue fructuosa; me di cuenta de la importancia que para los argentinos tenía esa región, y no me alejé de ella sin prometerme regresar (...). Mi Museo se enriqueció con abundante material reunido en ese punto y en el Río Negro, que visitamos a la ida y a la vuelta (...) Ese viaje del ‘Rosales’ fue el punto de partida de la reorganización de la marina argentina”*.

Bahía Santa Cruz

El 8 de octubre de 1874 entraron a la bahía de Santa Cruz, descubierta en 1519, por el piloto Serrano de la armada de Magallanes, por el lado norte “*orillando la costa medanosa*”, observando Moreno (1879, p. 161) “*por la proa el monte Entrance*” y “*hacia el oeste, una línea de colinas uniformes*” (...) y “*como sucede en general con el aspecto topográfico de los puertos patagónicos donde algún río desagua [que] sus dos costas no tienen el mismo nivel*” y que, al igual que en el río Chubut y río Negro, las márgenes izquierdas son bajas y las derechas tienen murallones terciarios a pique y que la excepción, Puerto Deseado, “*puede ser debida a su formación geológica distinta*”. Aunque Moreno no había estado en río Gallegos y Coy Inlet, consideró que, por las cartas geográficas y datos de los que disponía, tenía la seguridad de que allí ocurría lo mismo.

A Moreno (1879, p. 161-162) le llamó la atención el aspecto imponente del *Monte Entrance*, “*de forma cónica visto desde del NE*”, a pesar de su poca elevación (108 m), a lo que contribuía la cambiante perspectiva que se tenía desde el buque que, debido al viento y a la marea, entró al puerto con gran velocidad. Hacia el sur del monte citado, observó varias mesetas escalonadas y hacia el sudoeste, “*entre los barrancos elevados de la costa, ... el monte León (1.000 pies)*”. Hacia el ONO “*una serie de cerros listados, quebradas angostas, colinas cubiertas de arbustos, llegan hasta la punta Keel, donde Fitz-Roy varó la Beagle para reparar las averías*” sufridas en Puerto Deseado. “*Desde allí, pasando un pequeño valle, continúan las barrancas terciarias hasta la punta Repair, donde desagua un manantial, cerca del promontorio Weddell, nombre que recuerda al heroico marino que visitó ese paraje antes de internarse en las soledades del polo antártico. Al fondo, como una cuña, se adelanta el promontorio Beagle, que ascendiendo en tres escalones se pierde de vista al oeste. En la margen norte, la tierra es baja, muy poco elevada sobre el nivel de las mareas; desde punta Cascajo, solo es un bañado antiguo que se extiende elevándose gradualmente con lagunitas saladas, zanjones profundos casi invisibles y se prolonga hasta la línea de mesetas que concluyen el cabo San Francisco*”. “*En el centro de la bahía se encuentra la isla de los Leones Marinos, que no mide una milla de largo por medio de ancho*”.

Moreno destacó que “*la bahía es considerada como uno de los mejores puertos de la costa atlántica austral*”, con canales de entrada con más de 4 m de profundidad, en bajante. Moreno señaló las diferencias entre la bajante y la creciente de marea, pues con la segunda, solo la isla de los Leones se eleva a pocos metros, mientras que, en bajante, se presentan bancos en casi toda la extensión de la bahía separados por tortuosos canales.

Así el buque quedó tumbado sobre una de sus bandas y parecía “*más bien el resto de un naufragio. Completamente en seco, sus grandes vergas tocan a veces la arena sobre la cual reposa la quilla*” (Moreno, 1879, p. 163-164). Pero el paisaje cambiaba rápidamente, en cuanto se comenzaba a oír un lejano rumor proveniente del este, anunciando la marea que avanzaba con una rapidez de 10 km por hora (Moreno, 1879, p. 164) alcanzando eventualmente hasta 12 m, de manera tal que las embarcaciones, 6 horas después de varadas, podían estar nuevamente a flote. Desde que el *Beagle* se reparó allí, otros buques que iban a dar la vuelta al Cabo de Hornos habían aprovechado el lugar para subsanar averías.

Fondearon cerca de *Monte Entrance* (Moreno, 1879, p. 164-166), con un fuerte viento del noreste, que aprovecharon para llegar a la costa y hacer colecciones. En una de las chalupas se embarcaron Moreno, el comandante Guerrico, el doctor Berg, los guardias marinas Ezcurra y Pintos, con seis marineros. Apenas dejaron la *Rosales* fueron arrastrados al oeste, sin que, pese a todos sus esfuerzos, pudieran dirigirse a la orilla sur. La corriente les impidió también regresar al buque y alcanzar la margen norte. Se dejaron llevar y vararon en la isla de los Leones, llena de pájaros.

Allí pasaron la noche en medio de un temporal durante el cual el viento cambió al sur, con lluvia y nieve, lo cual los obligó a cambiar permanentemente de lugar para buscar los puntos más altos, libres de agua y con matas que les dieran algo de calor y abrigo. En el resguardo del barco, la temperatura era de 2 grados. Para darse ánimo cantaban *Aída*.

Por la mañana, el bote apareció varado en la parte más alta de la isla. Moreno y Berg se dedicaron a observar los animales: pingüinos (más de veinte de los cuales cazaron), escasos pingüinos con anteojos y cormoranes, en el suelo blanqueado por excrementos

y restos de moluscos. También hallaron esqueletos de leones marinos como evidencia de la acción humana, junto a restos de una construcción y “un pequeño cuadrado cerrado con maderas” en su centro, con tumbas con los restos mortales de algunos jóvenes marinos de diferentes países, a considerar por “*las inscripciones de las cruces de tosco pino*” (Moreno, 1879, p. 167-168). La vegetación era pobre: un pasto duro y corto en los bajos. Antes del mediodía, llegó el auxilio del barco, lanzaron el bote al mar y llegaron al Rosales.

Moreno conoce a Sam Slick

Según Moreno (1879, p. 102) en este viaje conoció a Sam Slick (bautizado así por los ingleses; Luna, 2001, p. 7) “*buen tehuelche, hijo del cacique Casimiro Biguá*”. “*Había sido herido en uno de los frecuentes combates que tienen los patagones cuando el aguardiente los excita y lo encontré refugiado en los galpones de la colonia Roucaud, donde había sido socorrido por Lacalaca, a quien tanto estiman los indígenas. Nuestra llegada a ese punto, en el Rosales, fue un motivo de gozo para el buen Sam, por los regalos y los ponches con que lo obsequiábamos y que realizaban uno de sus mayores deseos al probar esa bebida que había oído ponderar en Malvinas, paraje que conocía por haber sido llevado a él por Piedrabuena. Su contento rayaba en entusiasmo cuando lo embarcábamos de vez en cuando en el bote, le dejábamos manejar el timón, y escuchar el tambor y el pifano del bergantín. Consintió en que hiciéramos su fotografía, pero de ninguna manera quiso que midiera su cuerpo y sobre todo su cabeza*”.

Es de notar que en esta descripción no se observa ninguna de las “prepotencias” que, según Finkelstein y Novella (2005, p. 120), priman aun hoy en día en los ámbitos científicos “cuando se realizan acercamientos a culturas diferentes a la occidental”.

Isla Pavón

Según el relato hecho por Moreno (1879, p. 175-177), en esta ocasión también llego a pie hasta la isla Pavón. Allí, en la casa, dejó grabado su nombre “*junto a los de algunos oficiales chilenos*” que intentaron inútilmente llegar a las cabeceras del Santa Cruz.

La isla Pavón “*es la que en la carta de Fitz-Roy lleva el nombre de Islet Reach, y pertenece, por donación que de ella le hizo el Gobierno de la Nación, al capitán Piedrabuena. Mide, más o menos, dos kilómetros de largo, comprendiendo pequeñas porciones*

de tierra situadas en sus extremos, que se convierten en islas, cuando la marea o la creciente es grande. Su anchura mayor pasa de trescientos metros. En el centro está situada la población principal, que consiste en cuatro pequeñas piezas unidas y un corral para el ganado y los caballos. Rodea todo esto una palizada, que en otro tiempo pudo servir de defensa. Esto, un pequeño cañón desmontado y unos cuantos fusiles viejos, son las fortificaciones y armamentos que en varias ocasiones han alarmado a nuestros intranquilos vecinos del estrecho. Fuera de la palizada, hay otras dos piezas separadas; una sirve de almacén para negociar con los indios y la otra para depositar las materias primas que estos cambalachean con los cristianos. Antiguamente, el foso, que se llenaba con las aguas de las mareas, rodeaba la humilde construcción del centro sobre la cual flotan desde hace veinte años los colores de la patria. A la isla se llega por el costado sur, cruzando un brazo de río de 50-60 metros de ancho, pero que pocas veces puede seguirse recto sino al sesgo, lo cual hace que el vado mida ciento cincuenta metros. Además, solo en el tiempo que la bajante es muy grande se puede cruzar a toda hora, pues cuando las mareas toman mayor fuerza solo es posible hacerlo durante el reflujo. El canal del norte es el verdadero canal del Santa Cruz, ancho allí de más de 300 metros; corre con una velocidad mínima de cinco millas, siendo esta anormalmente menor cuando las grandes mareas ejercen hasta ese punto su influencia y atajan las aguas que desciende de los Andes; entonces la isla se anega casi completamente. En una pequeña huerta, los habitantes de la isla cultivan algunas legumbres, tales como papas, nabos, rábanos, coles, lechugas, etc., que adquieren un tamaño notable. Se ha ensayado el plantío del trigo y ha producido el 30 por uno. El suelo en las orillas del río es muy feraz y está cubierto por un tupido y elevado césped que alimenta algunos caballos, cabras y ovejas. Algunos cerdos rebuscan y se nutren de raíces, y más de cien gallinas y patos proporcionan agradables momentos, de cuando en cuando, a los estómagos de los que viven en esas soledades. Muchas palomas anidan en pequeños cajones arreglados en las paredes, y una cuadrilla de avestruces domesticados hace oír continuamente suaves silbidos pidiendo las golosinas de la civilización. Gran cantidad de perros bulliciosos indica la profesión y el modo de procurarse alimento que emplean los isleños”. (Moreno, 1879, p. 177-178).

En ausencia de Piedrabuena el representante o encargado del establecimiento de la Isla Pavón era un joven de unos 30 años, criado en Salem, Massachusetts.

Monte León. La isla de los Leones. La Jeanne Amélie.

En esta ocasión Moreno recorrió la extensión de tierra que se encontraba al este de la isla Pavón, la cual se extendía desde el Monte León, por el Atlántico, la bahía, parte del río y la cadena de colinas precursoras de mesetas más elevadas que se extendían hacia el sudoeste, en dirección del primer paradero de los Amenkelt. Allí observó salinas, la pampa y la isla en la que, en octubre de 1876, se produciría la captura, por la corbeta de guerra chilena *Magallanes*, de la embarcación francesa "*Jeanne Amélie*".

La *Jeanne Amélie* se encontraba dedicada a cargar guano, con la autorización del cónsul argentino en Montevideo, y se hundió en Cabo Vírgenes durante su traslado a Punta Arenas. Ante las protestas argentinas, el gobierno de Chile sostuvo que su jurisdicción llegaba hasta la margen sur del río Santa Cruz. Un suceso similar se produciría en 1878 cuando la "*Magallanes*" se apoderó del buque norteamericano "*Devonshire*", cuando cargaba guano en la caleta Monte León con licencia extendida por autoridades de Buenos Aires. Según Lista (2005, Viaje al país de los Tehuelches, p. 40) el 13 de agosto de 1878 se reunió en Punta Arenas con el gobernador Carlos Wood, con el que intercambiaron "algunas opiniones respecto a la tan debatida cuestión de límites y el Sr. Wood, que había recibido aviso de que la *Devonshire* cargaba guano en Monte León, me dijo que, rotas nuestras relaciones diplomáticas, la menor imprudencia podía provocar una guerra desastrosa".

El entredicho culminó en 1879 cuando el ministro de Guerra y Marina de Avellaneda, general Julio A. Roca, logró que se enviase al río Santa Cruz una división naval comandada por el comodoro Luis Py y compuesta por el Monitor *Los Andes*, la Cañonera *Uruguay* y la Bombardera *Constitución*. El 1 de diciembre de 1878 izaron la bandera nacional en el cerro Misioneros reafirmando la soberanía argentina en la Patagonia, hecho del cual dejaron constancia en una placa descubierta al efecto.

En esta zona, Moreno realizó una serie de observaciones sobre unas salinas, las que fueron incluidas

en el apéndice de la obra de Burmeister "*Description physique de la Republique Argentine*" (II, págs. 402 y sig.; Moreno, 1879, p. 184), observaciones que serían ampliadas posteriormente en su segundo viaje, en 1876. En las colinas o meseta baja (Moreno, 1879, p. 190-192) que bordean el río Santa Cruz, entre la isla Pavón y Weddell Bulff, observó dos pequeñas lagunas saladas, una de 250 m de diámetro y la otra de apenas 150, las que algunas veces eran explotadas por los pescadores que visitaban esas costas. Los análisis de dos muestras que tomó en ellas fueron realizados por su amigo el Dr. Pedro N. Arata.

Moreno y el capitán Lawrence

A principios de noviembre de 1874, Moreno y el capitán de la Marina Argentina Guillermo Lawrence se despidieron en la bahía Santa Cruz, tras convenir un encuentro posterior en el río Negro. Pero el 2 de noviembre comenzó un gran temporal en toda la costa que incluso causó destrozos en Montevideo y desde el "*Rosales*" avistaron el pailebote en el que "Lawrence se había lanzado al mar", pero no volvieron a tener noticias de él y de su tripulación por lo que asumieron que habían naufragado a la vista de la bahía (Moreno, 1879, p. 196).

En el viaje de regreso al norte, el 11 de noviembre, en una mañana oscura con una espesa niebla que no les dejaba ver el horizonte, en Punta Norte, Península Valdés, recogieron parte de la tripulación de la embarcación americana *Mary A. Packer* de 700 toneladas. El vigía anunció "*un bote a la vela*" y, con gran trabajo, se acercó al costado del *Rosales* un bote con el capitán del buque perdido, un pasajero, dos señoras, una criatura y cinco marineros. Habían pasado 65 horas en el mar, completamente mojados y próximos a perecer, tratando de llegar al río Negro. No intentaron llegar a la costa por temor a los aborígenes, ignorando que estos no frecuentaban esos parajes. El resto de la tripulación fue salvada por el cúter argentino "*White*" (Moreno, 1879, p. 45-46).

Este viaje de Moreno duró cinco meses y finalizó en diciembre de 1874. En su transcurso, la "*Rosales*" entró, como se vio, en la boca del Santa Cruz y efectuó dos visitas a Patagones, pero les llegó la noticia de la 'revolución de septiembre, acaudillada por Bartolomé Mitre y recibieron orden de regresar (Moreno, 1879, p. 32). Moreno debió postergar así su deseo de llegar hasta las nacientes del río Santa Cruz.

Moreno y Berg iniciaron allí una gran amistad, evidenciada en el hecho de que Moreno denominó un fósil con su nombre (conferencia del 15 de julio de 1882, en la Sociedad Científica) (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 18).

Diría Moreno (1879, p. 32), que en ese viaje “*había conseguido entenderme con algunos indios sometidos a la autoridad nacional y había entrevisto la posibilidad de efectuar un viaje a través de la Patagonia. Allí encontraría lo que buscaba. De vuelta a Buenos Aires, mi nuevo programa era seguir el ejemplo de Villarino, Cox y Musters y visitar los celebrados manzanas y pinares de la falda de los Andes*”.

Interregno: Viajes a Entre Ríos y Azul

Según Moreno (1893, p. 65-67; Bertolutti Flebus, 1995, p. 86), a principios de 1875, “*Apenas arregladas las colecciones de Santa-Cruz y de Río Negro, me dirigí a la Provincia de Entre-Ríos; quería comparar, aunque fuera ligeramente, la formación terciaria de Patagonia con la del Paraná, y lo hice, reconociendo desde la Victoria hasta la Bajada, con buen resultado para las colecciones que se extendían, aunque lentamente, para representar en mi museo el suelo argentino y los organismos que sobre él han vivido y que aún viven. Volví también a Vitel [donde vivía su tía Pancha], donde me señalaban nuevos fósiles, y alcancé hasta la Blanca Grande, más afuera del Azul, cuartel general de las fuerzas que guarnecían lo que en esa época era la frontera, (...). Abundante cosecha hice de cráneos y esqueletos en los cementerios de los indígenas, que vivían sometidos en las inmediaciones del Azul y de Olavarría; y en la Blanca Grande oí por primera vez, en la pampa, el tristísimo toque de silencio ordenando descanso a los que con el arma al brazo, alertas siempre, vigilaban la misteriosa llanura de horizonte marino, y la alegre diana que en aquellas soledades, cruzadas solo por el indio tras el avestruz, el novillo o la cautiva, tranquilizaba al ganadero temeroso del malón.*

Aquella llanura sin fin, aquel misterio, me impresionaron de tal manera y ejercieron tal atracción sobre mí, que ya de regreso en el Azul resolví penetrar en esas tierras, averiguar lo que encerraban y vivir en el medio salvaje que encontró Mansilla entre los Ranqueles”.

En cartas, fechadas el 5 de abril y dirigidas a su padre y a su hermano Josué, Moreno les informaba

que remitía por diligencia algunos cráneos, que al día siguiente remitiría más, y que su amigo Agustín (Llambi), cuya familia tenía una estancia en la zona, remitiría luego el resto. También mencionaba que tenía cráneos en la “estancia de Pinedo”. Específicamente Moreno mencionaba el cráneo de Cipriano Catriel, y el esqueleto de su mujer, Margarita y de esta carta se infiere que tenía amistad con por lo menos dos familias de pobladores locales.

También mencionaba un telegrama de Josué en el que este le informaba que Burmeister había renunciado al Directorio de la Academia y manifestaba su alegría por ello, pues siempre había aconsejado a Burmeister a tomar tal decisión (Moreno, 1942, p. 53-56), i.e. “*Por el telegrama que me transcribe Josué, veo que el viejo Burmeister ha renunciado al Directorio de la Academia. Aunque sea una gran pérdida para los estudiantes, estoy contento porque ahora descansará, y prolongará algo más su vida, la que se acortaba diariamente por los disgustos ocasionados por este cargo, al cual siempre le había aconsejado que renunciase*”.

Entre otros aspectos relevantes desde el punto de vista personal se puede señalar que: 1) en la carta a su hermano pide que no le envíen la correspondencia del exterior, con lo cual está claro que mantiene intercambios con gente de otros países; 2) fue al circo (Anselmi), “*el cual es mil veces peor que el Riesco*”, lo cual indica que le gustaba este tipo de espectáculos; 3) leyó, prestada, una “*Libertad*” en la cual se publicaban las aventuras de Musters ante las cuales se pregunta “*¿Cuándo Moreno podrá decir otro tanto de él? Francamente, me da envidia (...)*”; 4) Azul es un pueblo muy caro y que lleva gastado mucho dinero en diligencias, que ni un caballo se puede conseguir y que como los carros son muy caros y carece de relaciones, pues su carácter “*no se presta a farsas inútiles*” como los que allí se hacen, está limitado y gastando mucho.

También en esos días tomó contacto y se familiarizó con algunos chasques, como el Chino Malgarejo, chasque de López Jordán, tomado prisionero, quien, como se verá más abajo, en 1876, lo acompañaría en su visita y huida de Caleufú.

Anunciaba además que saldría para Tandil el 7 de abril y que permanecería allí dos días antes de regresar a Buenos Aires.

Capítulo 6

PRIMER VIAJE DE MORENO AL NAHUEL HUAPI (1875-1876)

Objetivos

El 1 de mayo de 1875 Moreno, que era miembro de la Sociedad Científica Argentina desde 1874, secundó a Zeballos y a Luis Maglioni en la propuesta de formación de un museo en dicha institución.

El 2 de agosto, Moreno fue designado vocal de la Junta Directiva de la Sociedad y, el 14 de septiembre de 1875, solicitó 25000 pesos para costear una expedición “desde el Atlántico al Pacífico”, pues tenía la seguridad de que hallaría en la “región de las manzanas” un paso directo a Valdivia, por lo cual antes de iniciar el viaje, pidió a sus familiares que le escribiesen a esa ciudad (Bertomeu, 1949).

Para ello, Moreno había releído el viaje de G. Cox quien, desde Chile, había cruzado los Andes por el Nahuel Huapi con la intención de llegar al Atlántico, cosa que no había conseguido por la oposición de los nativos, aunque había llegado a las tolderías de Caleufú en 1863, cuando la jerarquía de caciques estaba en manos de Huincahual y Paillacán (este último fue el padre de Foyel) (Maggiori, 2003, p. 20). De esta manera, mientras la Argentina se hallaba inmersa en la guerra del Paraguay, el intento de expansión chilena se había adelantado en casi una década a la que se iniciaría desde el oriente. Moreno sabía, además, por medio de sus informantes aborígenes del Río Negro, que había un paso trasandino fácil, situado casi a nivel del llano en plena cordillera, que se hallaba libre de nieve en el invierno (Moreno, 1942, p. 17).

Apoyo de la Sociedad Científica

La solicitud de Moreno dirigida al presidente de la Sociedad Científica Argentina, Pedro Pico, decía así: “*Creo que un viaje de esta clase (...) sería bastante provechoso para las ciencias naturales, desde que debo cruzar por un territorio nunca examinado por hombres dedicados a ellas y que encierra a juzgar por las relaciones de los indios, elementos suficientes para hacer la gloria científica de la sociedad, bajo cuyos auspicios se emprende (...). El motivo que me impulsa a proponer ahora este viaje es que, debiendo el Gobierno de la provincia enviar una expedición por agua al reconocimiento del río Negro, y hallándose ocupado el Gobierno Nacional en trasladar las fronteras a las costas de ese río, creo que es llegado el momento de emprenderlo antes que las tribus que pueblan aquellas regiones, se alarmen e impidan el paso a quien intente hacer esa travesía, entonces verdaderamente peligrosa (...). Esta expedición la emprenderé solo, acompañado de algunos indios, las grandes expediciones no siempre dan buenos resultados, está probado que más vale la exploración práctica de un país, por un solo hombre, que por muchos unidos. Cuando los indígenas ven hombre armados, tratan siempre de impedirles el paso, como sucedió con Villarino en 1872 en el reconocimiento del Limay y Negro. Además, no es lo mismo proveer de alimentos a 20 o 30 hombres que a uno a quien acompañan gentes prácticas en ese terreno. Si en estas clases de operaciones las grandes colecciones*

fuera el principal objeto, necesitaríase seguramente la ayuda de varios, pero las primeras expediciones a un país desconocido, deben ser hechas para adquirir datos sobre los productos naturales y sobre las costumbres de sus habitantes, coleccionando solo los objetos de gran interés que sea posible llevar consigo. Estas expediciones verificadas así, sirven de preliminar a exploraciones más extensivas y que demandan grandes gastos, que nunca deben hacerse sin estar ciertos del buen éxito” (Moreno, 1875, 17-19).

El sentido testimonial de sus observaciones lo mantendría Moreno a lo largo de toda su vida. Así, pocos años antes de morir, en 1916, escribiría: “*Espero poder disponer de tiempo que dedicaré a referir mis impresiones en medio tan primitivo, pues fui el último viajero que las experimentó antes del inconsulto aniquilamiento de aquellas tribus, al vivir la vida del indígena independiente y dueño de pampas y cumbres, sin más leyes que las impuestas por sus necesidades* (...)” (Moreno, 1942, p. 27-30; Ygobone, 1954, p. 81-82).

El pedido fue tratado y aprobado en una sesión de la sociedad realizada el 15 de septiembre, tras un informe favorable de Zeballos quien remarcó la relación que ya tenía Moreno con Inacayal. Al respecto, mencionó que, en 1874, Inacayal, “conocido en las ciencias por los valiosos servicios que prestó a Cox, a quien salvó la vida, vino a Buenos Aires a saludar al Presidente Sarmiento. Moreno lo llevó a su casa, lo agasajó y obtuvo el compromiso de que harían un viaje juntos en Patagonia. Inacayal espera pues a Moreno en sus lejanas tolderías”.

Zeballos también mencionó que Moreno recibió, por carta, importantes datos de Musters y que se serviría de aborígenes que lo esperaban en Patagones. Señalaba además: “(...) Tiene (...) el proyecto del señor Moreno (...) una importancia que podría llamarse geográfica, en el doble sentido de que abrirá el camino para la determinación exacta de lugares y zonas de tierra poco o nada conocidos; y de que es un precedente que viene a estimular a la juventud y a los miembros de la Sociedad a dedicarse a las exploraciones y estudios geográficos sobre el terreno, cosa tanto más útil, cuanto que diariamente palpa la República Argentina la necesidad de contar con un cuerpo de ingenieros geógrafos, que produzcan mapas exactos y útiles. La falta ha sido sentida desde largo tiempo atrás y es esta la causa de que los

gobiernos hayan adoptado oficialmente cartas geográficas que olvidan lamentablemente los derechos argentinos a la Patagonia. Un cuerpo de exploradores y geógrafos más vinculados al país nos pondrá al cubierto de estas ligerezas. Bajo el punto de vista político conviene también que el señor Moreno realice su pensamiento, porque una nación que posee inmensos territorios, debe procurar explorarlos, tomar posesión de ellos y darlos a conocer para iniciar su colonización (...)” (Zeballos, 1879, p. 242-244).

Además, la Sociedad Científica solicitó al Gobernador de la Provincia el apoyo oficial, señalando que “El socio Francisco P. Moreno (...) se dispone (...) a realizar una exploración (...) que terminada felizmente será la única que se haya practicado hasta ahora. Ninguna persona competente (...) ha podido realizar este viaje científico, que exige sólidos conocimientos, abnegación e intrepidez (...). La Sociedad Científica Argentina (...) ha hecho suya la atrevida y fecunda empresa del naturalista argentino (...) que se señalará como uno de los acontecimientos científicos de mayor trascendencia, llevados a cabo por hijos de este suelo (...) primeros pasos que se dan en nuestra patria para levantar su nombre entre los estados civilizados que en este momento rivalizan por descollar por el amor a la ciencia o por los sacrificios arrostrados para ensanchar los conocimientos humanos” (Anónimo, 1876, 21-22).

Al agradecer Moreno el apoyo, mediante nota, presentó su renuncia como vocal de la Comisión Directiva y como Director del Museo, en virtud de que ignoraba el tiempo de su ausencia y no deseaba perjudicar a la Sociedad.

El 17 de septiembre, el Ministro de Gobierno de Buenos Aires, Aristóbulo del Valle, emitió un salvoconducto en el que expresaba que el Poder Ejecutivo había autorizado al miembro de la Sociedad Científica Argentina, Francisco P. Moreno, para hacer una exploración en la Patagonia y que por ello las autoridades de la provincia pedían a quienes se presentara ese despacho, que le prestasen todos los auxilios y cooperación necesarios.

Mitre visita el Museo Moreno

En esos días, Bartolomé Mitre visitó el Museo de Moreno, y tan impresionado quedó que, al regresar a su casa, le envió a Moreno la biografía del natura-

lista norteamericano Audubon y, al mes siguiente, el 20 de octubre, escribió una carta de recomendación a Diego Barros Arana, Ministro de Relaciones Exteriores de Chile. Decía allí: "(...) Se me iba pasando hablarle de otro joven naturalista que es nuestra esperanza. Muy joven aún, se ha hecho ya conocer en Europa por un trabajo suyo publicado en la *Revue d'Antropologie* de Broca, sobre los cementerios prehistóricos de la Patagonia, que ha estudiado por sí mismo. En el Boletín de Ciencias Exactas de Córdoba, ha publicado otro trabajo sobre las antigüedades de los indios en la provincia de Buenos Aires. Ambos son completamente originales y suministran nuevas luces. Pero su obra mejor es un museo antropológico, arqueológico y paleontológico, que ha formado en su casa, con objetos reunidos por él, entre los cuales se cuentan más de 400 cráneos de razas indígenas que es, sin duda, la colección craneológica americana más completa que exista. Es inteligente, instruido, posee una vasta biblioteca americana, y, sobre todo, la pasión de los viajes y el coraje de afrontar todos los peligros y fatigas para explorar regiones desconocidas, estudiando el terreno geológicamente y recogiendo objetos de historia natural. Su nombre es Francisco P. Moreno y pronto lo tendrán ustedes por Chile. Se lo recomiendo a Ud. y demás amigos muy especialmente". "El joven Moreno va a hacer un viaje de exploración. Recorriendo las pampas y atravesando la Cordillera, seguirá desde el fuerte del Carmen en Patagones, más o menos el itinerario (en sentido inverso) del viaje de Cox, pasando por Nahuel Huapi. De allí pasará, probablemente hasta el Perú, para enriquecer su colección de cráneos (...). Tengo a la vista la primera carta-relación de su viaje, con croquis de su itinerario. Al presente se encuentra explorando el río Colorado y espera estar en Chile, según dice, de febrero a marzo" (Mitre, 1906, p. 200-246)

El 23 de septiembre, Bernardo de Irigoyen envió a Moreno copias de las cartas remitidas a los gobernadores de Mendoza y San Juan y al encargado de negocios de la República Argentina en Chile, Dr. Miguel Goyena, para que le prestasen apoyo en su viaje.

Inicio del viaje

El 25 de septiembre de 1875 Moreno dejó el domicilio familiar, ubicado en esos años en Florida 128 (Moreno, 1942, p. 56, 59), y partió en tren hacia Las

Flores, entonces punta de riel, a 200 km de Buenos Aires. Hasta Altamirano lo acompañó su amigo Seviñe y en la Estación Villanueva subió al tren otro amigo y excompañero del Colegio San José, Federico Terrero, que años más tarde se casaría con su hermana menor, Maruja. Terrero y Baldomero Videla, un agrimensurero amigo suyo, lo acompañaron hasta Las Flores.

Para seguir viaje, se disponía de una mensajería semanal al Azul y otra mensual a Bahía Blanca. El largo trayecto de casi mil kilómetros se realizaba por territorios casi completamente deshabitados, donde no era raro que la mensajería fuese atacada por los aborígenes o que sus postas fueran saqueadas y degollados sus habitantes.

Azul

El 26 de septiembre a la noche, Moreno llegó a Azul, luego de que a la diligencia se le rompieron las cuartas al cruzar el arroyo Azul, y el 27, un día lluvioso, le escribió a su padre informándole que, debido a los rumores de invasión de las indias "Salineras" (ocupantes de las Salinas Grandes) (Moreno, 1942, p. 18), el mayoral había suspendido el viaje hasta el 28 a la mañana temprano.

En la carta contó además que el 26 había habido cuadreras, en las que un médico español trató de hacer trampa creando gran excitación en el pueblo, lo que lo llevó a reflexionar: "*Desgraciado el pueblo que se ocupa en estas zonceras en vez de tratar siguiera de expulsar los ladrones de levita*".

Los pobladores locales habían leído en los diarios sobre su viaje y le preguntaban sobre su itinerario y un médico italiano lo invitaba reiteradamente a comer, a lo que se negaba con pretextos de trabajo. Por otro lado, comentaba que en Azul había tantos boticarios y galenos que el pueblo tendría que llamarse "*Farmacia*". Allí relejó los viajes de Musters y las "Instrucciones de Antropología", libros que, para aligerar bagaje, haría llegar a su padre cuando Videla regresase a Buenos Aires.

Según Moreno (1942, p. 56-57) los rumores de invasión eran falsos y se habían originado aparentemente en que el Sr. Maldonado, jefe de Pillahuinco, necesitaba 800 caballos y con ese pretexto se los estaba sacando a los estancieros. Al respecto Moreno señalaba que si hay "*algún barullo de indios*" será por el oeste y que él no tendría problemas pues iba hacia el sudeste.

Bahía Blanca

El 28 de septiembre, Moreno (1942, p. 18, 21) siguió viaje hacia Bahía Blanca con el sistema de mensajerías, acompañando en el pescante al viejo criollo Calderón. Este lo previno sobre los peligros de su empresa. En el camino, vieron humaredas lejanas, provenientes de las quemadas de los ataques aborígenes y encontraron escasas poblaciones, rodeadas de fosos y con sus habitantes armados debido a esas excursiones.

Al respecto escribiría Moreno (1893, p. 72): “(...) prueba de la necesidad de que la conquista del salvaje se realizara cuanto antes la encontramos en nuestro viaje, en las habitaciones quemadas y en los relatos de horriblos crímenes recientes aún. El mayoral de la mensajería, Calderón, me decía refiriéndose a mis proyectos: —No vaya amigo, lo van a matar los chinos; —pero, cuando se tienen veinte y tres años y amor a una idea, las dificultades, los malos pronósticos son siempre un aliciente para no cesar en ella. No me impresionaban las escasas poblaciones foseadas, sus habitantes armados, con el ganado paciendo bajo sus fuegos, ni escuchaba sus relatos verídicos y sus consejos; había que ir adelante”.

En 1896, Moreno (1898, p. 207) recordaría que “en 1875 volví a Carmen de Patagones por tercera vez [y] el peligro era aún grande en la cruzada entre el Azul y Bahía Blanca, tanto que al regreso de la mensajería que me condujera, esta fue atacada por los salvajes y asesinados su conductor, peones y pasajeros”. En ese viaje “el fortín avanzado en Bahía Blanca era el de Nueva Roma”.

Finalmente llegó a Bahía Blanca, a la que denominó “el futuro Liverpool del sur”, donde se quedó varios días. En una caminata entre el puerto y la aldea, casi fue capturado por los indios que, dos horas más tarde trataron de sorprender el lugar (Moreno, 1942, p. 21). Pese a ello, el 4 de octubre, hizo una corta excursión a Punta Alta y visitó los depósitos fosilíferos estudiados por Darwin en 1834.

El 6 de octubre, aprovechó la entrada en Bahía Blanca, debido a una avería, del vapor “Santa Rosa”, que unía Patagones con Buenos Aires, para enviar una carta a su padre, contándole sus preparativos e itinerario (Moreno, 1942, p. 58-59, 64). Su idea era ir a las ruinas de Nueva Roma, 10 leguas al oeste, donde en el caso de encontrar algo interesante se detendría todo el día, o seguiría para Salinas Grandes,

8 leguas al suroeste de Nueva Roma, donde haría noche, paraje que nadie instruido había visitado, salvo Claraz quien le había dicho que era interesante. Luego seguiría a Cuyuqueo, aguada ubicada entre Salinas y el Colorado, desde donde se dirigiría al Rincón de la Espuela, para pasar a Fortín Mercedes en el Colorado, a donde esperaba llegar el día 12 a la tarde, para poder alcanzar el chasque que iba de Patagones a Bahía Blanca. Desde allí enviaría noticias. En esta carta pedía que le enviaran dinero a Chile y adelantaba que su amigo Marcos Levalle les contaría como era la zona en la que estaba.

Hacia Patagones

Moreno compró dos caballos y, el 7 de octubre, se despidió de Marcos Levalle y salió de Bahía Blanca hacia el oeste. Llevaba una nota de presentación firmada por Daniel Cerri en la que se decía que Moreno “pasa hasta el Río Negro por Roma, Salinas Chicas y Colorado” en busca de yerbas medicinales y se pedía al “cacique Gral. Don Manuel Namuncurá y a todos sus capitanejos, en nombre del Gobierno Argentino” no le pusiesen impedimento alguno en su marcha ni le hicieran ningún daño, hecho que para Moreno indicaba “que la civilización reconocía la autoridad de la barbarie” (Moreno, 1942, p. 22; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 22).

De Bahía Blanca debió seguir hacia el oeste por sus propios medios, con la escolta de dos “milicianos” o soldados de policía, que le dio el Comandante de Bahía Blanca y de dos indios que oficiaban de baquianos. Moreno escribió, con respecto al conjunto: “(...) lo que era mi figura y mi escolta (...) solo en las láminas del Quijote grabadas por Doré se puede encontrar un grupo más ridículo. Figúrate a Pangolín de poncho, pantalones de lienzo, botines rotos y la bolsa colgada montado en un mancarrón estilo bayo (...) y escoltado por dos policianos que más bien parecían vendedores de diarios (...) ‘arpas’ algo peores y mil veces más flacos (...)” (Moreno, 1942, 58-60).

Moreno siguió su camino por la orilla del río Sauce Chico, que nace en la sierra de la Ventana, y en un día cubrió las diez leguas, mayormente a través de salitrales que había hasta las ruinas del fortín “Nueva Roma”, último destacamento fronterizo, a donde llegó a la puesta del sol (Moreno, 1879, p. 189; 1942, p. 22, 60-61).

Nueva Roma estaba ubicado en un rincón del arroyo Sauce Chico, no tenía foso y allí había acampados diez guardias nacionales y veinte indios que dormían al aire libre sin carpas ni cobertura para la lluvia, por lo que Moreno entendió que estaban “*en capilla*”, “*pues si a los indios se les ocurre invadir, ninguno se salva*” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 22).

Debido al cansancio de la gente y los caballos, decidió quedarse un día. Los vestigios de la *Nueva Roma*, consistían en una gruta en la falda de una colina y un pozo muy profundo excavado en la piedra que terminaba en un cuarto del tamaño de un aljibe que servía de calabozo. Allí se habría producido el asesinato del Comandante Olivieri (Moreno, 1942, p. 61), quien, cuando estaba por fusilar a dos soldados, fue asesinado en la cama por sus soldados, junto con un cura que había ido a confesar a los presos.

En *Nueva Roma* compró otro caballo y tomó hacia el sudoeste, en dirección a los terrenos bajos de Salinas Chicas (Moreno, 1879, p. 189). Moreno (1942, p. 60-61) prefirió este camino, pese a ser más largo y no haber sido nunca hecho por viajeros, debido a que era menos peligroso que el que iba de Bahía directa al Colorado, pues un capitanejo llamado Pichún, de las tolдерías de Salinas Grandes, merodeaba por el camino a la espera de tropas de hacienda y era preferible atravesar las mismas tierras de Pichún (Moreno, 1893, p. 72-74).

A la una de la tarde, luego de recorrer seis leguas, tres de ellas por una cadena de médanos conocida con el nombre de Cabeza de Buey (Moreno, 1879, p. 189-191), llegó a Salinas Chicas (Chasi-co, de los indios), lugar bonito y con alfalfares altos y verdes, con una laguna ubicada en una hondonada con una longitud de 6 km, orientada en sentido SE-NO, en cuyo extremo O había otra pequeña laguna, llamada por los indios Chapayco (agua de paja), que era alimentada por un pequeño arroyo, Marra-co (agua de liebre). Los lagos de Salinas Chicas estaban bordeados al norte por médanos de 10 m de altura, de los que nacían pequeños manantiales de agua dulce que vertían en la laguna y “*contribuyen a hacer salir del fondo de esta la sal común, para dejarla depositar cuando el agua se evapore durante el verano*”. En esta época, primavera, la laguna contenía agua en el centro. Allí pasaron el resto del día y la noche, durante la

cual oyeron ruidos, probablemente debidos a indios que pasaron por los médanos (Moreno, 1942, p. 62).

El 10 de octubre, a las 6 de la mañana, siguieron viaje hacia el este y, a las 10 de la mañana, llegaron a Las Escobas, pequeña salina situada en una hondonada, también al pie de los médanos y alimentada por un manantial que salía de ellos. Pararon a descansar y mataron una yegua para comer (Moreno, 1879, p. 189-191).

Los aborígenes le consumieron su despensa (un matambre, media bolsa de galleta y unos kilos de azúcar) y no quisieron continuar con el pretexto de que los caballos estaban muy flacos y no aguantarían la marcha hasta el río Colorado y Moreno los envió de regreso. Después de comer un asado de yegua, siguió con los dos milicianos a Las Calaveras, distantes a 12 leguas (Moreno, 1942, p. 62).

Esta era una laguna ubicada en la misma dirección, pero más al sur, también alimentada por un manantial, pero con agua amarga (Moreno, 1879, p. 189) a donde llegaron a las 10 de la noche. La laguna Calaveras se encontraba en medio de una cadena de médanos y de colinas bajas, paralelas a las del norte, que encerraba varios bajos, abundantes en sulfato de sosa, como los de Romero Grande y Algarrobo Clavado (Potrili Huitru, de los indios).

Según Moreno el agua siempre se encontraba cerca de médanos y los pozos artificiales daban generalmente agua poco potable. Las verdaderas salinas, con cloruro de sodio de color blanco, “*como salinas chicas, están todas situadas más cerca del río Negro*”. “*La más conocida es la salina del Algarrobo, al norte de Carmen*” y “*poco más al sur se encuentran otros dos depósitos de sal común: el llamado Salina de piedras y la ‘Salina del inglés’; son los que proporcionan la mayor parte de la sal que de la Patagonia se trae a Buenos Aires*”. (Moreno, 1879, p. 189-190).

El 11 de octubre, se levantaron temprano, y al llegar a los médanos del antiguo fortín de “*Romero Grande*”, observó rastros recientes, dejados por las lanzas de ocho indios al arrastrarlas por la arena. Las paredes también mostraban rastros de lanzazos, el techo de paja de la cocina estaba quemado y agujereado el cuarto que servía de fortín (Moreno, 1942, p. 63). Tres días después, Pichún asesinaría en este mismo lugar a varios troperos para robarles ganado para llevar a Chile. Sus ropas ensangrentadas las en-

contraría Moreno al regresar de la Cordillera (Moreno, 1942, p. 23, 24). En el relato de Moreno (1898, p. 207) “(...) no se me olvidara nunca la impresión que recibí al cruzar, acompañado solo de dos muchachos, desde” el fortín Nueva Roma “al Río Colorado, y encontrarme con la rastrillada de las lanzas del sangui-nario capitanejo Pichún, cuyas polvaredas guiaban mi camino al río, y el que tres días después asesinara sobre ese mismo camino, en Romero Grande, a ocho confiados arreadores de hacienda con quienes me crucé ese día en el río y cuyos despojos encontré seis meses después al regresar por el mismo camino”.

Río Colorado. Parlamento del Sauce Solo

A las 5 de la tarde, llegó al Fortín Mercedes en Río Colorado, que estaba comandado por un “moreno”, el capitán Alvarado, quien le dio de comer y le informó que estaba por llegar el comandante Liborio Bernal. Este recibiría a los caciques, picunches Queupumil, Yancamil y Gúenupil en un parlamento a tres leguas del fortín (Moreno, 1942, p. 62-66). El mismo día de su llegada halló, en el foso del fortín, los restos del esqueleto de un aborígen.

Según Moreno (1879, p. 33) a orillas del río Colorado se veía “un pequeño puesto militar, de triste aspecto para quien llega de las pampas porteñas. Algunos sauces de verde follaje sombrean su curso y contrastan con los descoloridos montes de chañares de la meseta”. En ese momento “los alrededores del Fortín Mercedes iban a convertirse en campos de fiesta. Tres caciques picunches, con sus indiadas, habían llegado desde las faldas del Yaimas en busca de la vida civilizada” y Moreno tomó parte en la ceremonia de su recibimiento.

Entre el 12 de octubre, día en que llegó Bernal, y el día siguiente, llegaron al fuerte seis comisiones de indios diciendo que eran buenos amigos. Moreno observó en detalle la ceremonia de llegada de los indios en tropel, los apretones de mano uno a uno, las vueltas en redondo de los jinetes, los gritos, el intercambio de solemnes discursos, preparando el clima para el parlamento, a lo que siguió la borrachera de los aborígenes.

El 13 de octubre, Moreno le volvió a escribir a su padre y mandó su equipaje y el esqueleto en una carreta que salía para Patagones, en la cual Bernal había traído regalos para los aborígenes.

Bernal le facilitó a Moreno un presidiario, como baqueano, quien ganó así su libertad y que luego le sería de gran utilidad en el viaje (Moreno, 1942, p. 16), además de cuatro paisanos para arrear la cabalada y cincuenta yeguas que servirían de alimento, pese a su carne dulzona y fibrosa, además de unos indios de la “dinastía” Linares.

El 14 de octubre, las comisiones, compuestas por los hijos y parientes cercanos de los caciques, comenzaron a visitarlos (Moreno, 1942, p. 66). Los saludaron con la mano derecha en nombre de los caciques y pronunciaron un discurso en araucano, diciendo la alegría de los caciques por el parlamento que tendría lugar al día siguiente. A Moreno le llamó la atención el contraste entre la pobre vestimenta y los puñales, estribos y espuelas de plata.

El 15 de octubre, Moreno y sus acompañantes almorzaron bien temprano y, a las 10, se presentó una comisión de indios con bandera blanca, para anunciar que el “Cacique General” estaba por ir al sitio de la reunión. Bernal mandó preparar los caballos y repartió cohetes para quemar en la ceremonia. A las 12, se pusieron en marcha. Eran 57, entre oficiales y soldados (10 en total), indios de la tribu amiga de Linares (40), Bernal y el “Señor Pangolín”, según la mención en carta a su padre (Moreno, 1942, p. 66).

El lugar para el parlamento se hallaba a unas veinte cuadras. Era un gran rincón sin guadales, en el cual había un sauce colorado, razón por la cual Moreno lo llamó “El Parlamento del Sauce solo”. Los aborígenes no habían llegado y el grupo se formó. Adelante Bernal, Moreno, los oficiales y soldados y atrás los aborígenes que iban con ellos. Un cuarto de hora más tarde llegaron los aborígenes gritando y dieron las tres vueltas de rigor. Adelante iba el cacique Queupumil, vestido con una chaqueta colorada con alamares dorados que le había regalado Bernal, seguido por grupos formados por capitanejos y aborígenes, todos montados en magníficos caballos “más limpios que sus dueños”. En total eran 130. Atrás los seguía Gúenupil con 89, y después, el cacique Yancamil con 74. En total había 293 aborígenes armados con lanzas. El conjunto le recordó a Moreno a los “Habitantes de la Luna”, la comparsa carnavalesca que integraba en Buenos Aires, la cual en una oportunidad tuvo la peregrina ocurrencia de nombrar a Domingo F. Sarmiento, emperador de las

máscaras, cosa que este habría aceptado (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 15; Hosne, 2005, p. 15).

“Al cuarto de hora los indios del parlamento se acercaron a nosotros con una gritería infernal (...) me hacían acordar a los ‘Habitantes de la Luna’, pero estos son mil veces mejores máscaras y al natural. Había un capitanejo (...) que llevaba un quillango atado al pescuezo y un bonete como payaso, armado de un sable más largo que el de Fierabrás, con el que tiraba cortes a diestra y siniestra. (...) La banda de música era sublime: una corneta aboyada y una gran caña perforada y forrada en cuero con un cuerno de vaca en la punta, la que probablemente les servía de clarín, aunque despierte un rebuzno de asno” (Moreno, 1942, 67).

Cuando terminaron de dar las vueltas, le tocó hacer lo mismo al grupo de Moreno. Finalizadas las tres vueltas comenzaron los saludos. En primer lugar, el grupo del Cacique General y sus capitanejos e indios y luego los demás grupos. El saludo consistió en dar la mano derecha a cada uno de los indios, todos de a caballo, comenzando por la izquierda. Después se repitió la misma operación para despedirse. No escaseaban los *“mari mari Peñi Huinca”* (¿cómo te va hermano cristiano?) Finalizado el saludo, el grupo de Moreno volvió al fortín, a esperar el parlamento del día siguiente.

El sábado 16 de octubre, Moreno y su grupo almorzaron temprano para evitar tener que invitar a los indios, en el caso de que estos viniesen en ayunas. A las 9.30, por el lado sur del río, llegó una comisión con una bandera blanca de parlamento, consistente en una camisa rota, con el objeto de ver si estaban listos. Desde el fuerte se les contestó con una toalla en la punta de una lanza, reconociendo así que se trataba de amigos y que podían acercarse. Se aproximaron hasta cerca de 50 varas del fortín, que se hallaba ubicado en una altura, y un lenguaraz avanzó para anunciar, a los gritos, que el General de los Campos del Colorado, el gran Cacique Queupumil vendría a visitar al comandante Bernal. Se contestó que se lo recibiría con mucho gusto. Dos indios corrieron a transmitir la noticia y a las 10.15 comenzaron a cruzar el río.

Encabezando el grupo venían los tres caciques con un chileno, de nombre Elías Bernal, atrás seguían 60 capitanejos y mocetones, armados de lanzas, sables y grandes facones y la “banda de música”,

compuesta de cornetas de cobre y cuerno, tocando un repertorio incomprensible.

Entraron al patio del fortín, de c. 25 m por 8 m, donde fueron recibidos con cohetes voladores y buscapiés, ante los cuales los aborígenes repetían “lindo”, “lindo”. A las 11 comenzó el parlamento en la habitación principal del fortín. En esta se habían colocado unos bancos hechos de cajones y puertas viejas dispuestos a ambos lados de una mesa con botellas de cominillo. De un lado se sentaron los tres caciques, con sus lenguaraces, capitanejos y familiares, y del otro Bernal, Moreno (y oficiales).

El cacique Queupumil dijo, lenguaraz mediante, que estaba muy contento y quería ser amigo de Bernal. Este contestó que él, también. Tras los cumplidos, comenzaron los pedidos, en medio de una gritería infernal, hablando al mismo tiempo tres o cuatro lenguaraces, Yancamil, Queupumil y el orador del quillango.

Cada cacique quería que les diesen 500 vacas, según Moreno por consejo de chilenos que las querían llevar a Chile. La discusión tomó tres o cuatro horas, tras lo cual se resolvió que los caciques mandaran una comisión a Buenos Aires para hablar con el Gobierno. Después se despidieron, llevando como regalo cohetes y cominillo, diciendo que se iban contentos, pero dejando en claro que Bernal y los suyos no habían cumplido con lo prometido (Moreno, 1942, p. 72-73).

En este relato hay algunos datos interesantes: Moreno comparó el ruido de los indios gritando con *“una manifestación Alsinista”*, en un comentario con connotaciones políticas, poco usual en los escritos de Moreno, y mencionó el regalo de un prendedor que remitió a su hermana Maruja.

El domingo 17 de octubre, a las 6 de la mañana, salieron para Patagones, pues Bernal estaba apurado por ver a su novia. Costearon la ribera del río Colorado hasta Fortín Viejo, ubicado a 5 leguas de Mercedes, y de allí se dirigieron hacia el sur, por una zona de médanos y salitrales con mucho monte y sin agua. A la una, llegaron, luego de recorrer 12 leguas, hasta *“los Segundos Pozos”* [fortín instalado en 1872, entre las actuales localidades de Villalonga y Stroeder], fortín malísimo con una guarnición de cuatro hombres, que ni siquiera tenía foso. Comieron y agua fría como fiambre y asado caliente de guanaco.

A las dos siguieron viaje, debido a que se demoraron por los problemas que tenía un soldado negro en arrear la caballada y porque el caballo de Moreno tropezó, todo lo cual retrasó la llegada a Patagones.

A las 8 de la noche, luego de recorrer 15 leguas, llegaron al fortín de “*los primeros pozos*” [instalado en 1871, entre las actuales localidades de Cardenal Cagliero y J.B. Casas], peor que el anterior, con agua de mala calidad, pero ubicado también sobre una meseta al sur del río Colorado (Moreno, 1942, p. 22), con una guarnición de cuatro hombres. Allí Moreno tomó mate con agua salada y durmió sobre unas tablas. A la madrugada del 18 de octubre se levantó, pero, como la caballada sedienta se había ido y los hombres debieron ir a buscarla, Moreno siguió viaje “*en el pobre mancarrón*” en el que había hecho “*más de 25 leguas*” el día anterior.

Escribió Moreno (1893, p. 74): “*Aquellas tierras, desoladas en esa época, sin más población que los míseros fortines de los 1os y 2os Pozos, ¡qué hermoso porvenir tienen, oculto por su aspecto árido, sus salitrales, sus médanos y sus matorrales espinosos!*”.

En este recorrido, Moreno reconoció el punto, llamado “del Walicho”, con un “árbol sagrado de los indios, a cuya sombra descansó Darwin en el año 1832” (Moreno, 1942, p. 74-75). Se trataba de un “robusto algarrobo” colorado “*con jirones de ponchos y otros objetos colgados en sus ramas por los indios, que con ello invocaban ayuda en sus marchas en paz o en guerra al F’ta-Huentru, el Gran Hombre, encarnación de la idea de un dispensador del bien y del mal*” (Moreno, 1942, p. 23).

Patagones

Después de cinco horas de marcha, “*paso a paso y tirando durante más de la mitad del camino al caballo de la rienda*” llegó al Fortín de Patagones, luego de recorrer siete leguas (Moreno, 1942, p. 75), allí durmió sobre unas tablas en su recado. Su resistencia sorprendió a sus acompañantes y a él mismo.

Según Moreno (1879, p. 33), en esta parte del camino “*es donde más se notan las depredaciones de los salvajes; cañadones sombríos, rodeados por arbutos oscuros, son los sitios que ellos prefieren para sus crímenes. Una cruz sencilla pero elocuente señala allí, de vez en cuando, la tumba de una víctima*”. Con lo cual Moreno no estaba calificando a los aborígenes en

forma generalizada como criminales (cf. Finkelstein y Novella, 2005, p. 113), sino describiendo lo que veía.

El 23 de octubre, Moreno le escribió nuevamente a su padre desde el Fuerte Patagones. De las fechas de su correspondencia, surge que el tiempo de la misma entre Buenos Aires y el Fuerte de Patagones era de 13 días, si se usaba la galera a Bahía Blanca y de allí el chasque a Patagones (Moreno, 1942, p. 65). De su correspondencia de fines de octubre y principios de noviembre, se infiere que el tiempo empleado para su traslado en barco era de cuatro días en el vapor “*Santa Rosa*” y de tres en el “*Sociedad*”.

El 23 de octubre, Moreno (1942, p. 68-69) le comentó a su padre que lo acompañaría, rumbo a Chile, Manuel Linares, “*pariente y compadre de los principales caciques*”, a quien le pagaría \$ 10.000. También le informó que disponía de fondos gracias a arreglos hechos por Bernal, “*que se porta conmigo como un verdadero amigo*”, siguiendo las instrucciones de una carta de Alsina que Solé, el cuñado de Moreno, casado con su hermana Juana, le proporcionó. Según Moreno, gracias a Linares y a unas yeguas que llevaba de regalo, no corría peligro y que los malos ratos y desatenciones de los aborígenes habían desaparecido.

El 23 de octubre, Moreno (1942, p. 69) asistió al casamiento del Comandante Liborio Bernal con una nieta del Dr. Benito Crespo, viejo vecino de la zona. Esta boda se realizó en una quintita que Bernal había comprado en Patagones y que arregló con unas plantas, sobre todo casuarinas y algunas flores bonitas que Moreno, a su pedido, encargó a su padre junto con semillas de eucaliptos que quería sembrar en el Nahuel Huapi (Moreno, 1942, p. 64).

Bahía San Blas

El 25 de octubre, Moreno salió para la Bahía de San Blas, ubicada a 18 o 20 leguas de Patagones y, a la noche, llegó a una estancia situada en Punta Rasa, donde permaneció dos días “*juntando muestras de arena y algunos caracoles*”. Destacó el hecho de que el agua se conservaba entre los médanos existentes entre Bahía Blanca y esta zona, y que había manantiales de agua fresca. En Bahía San Blas, permaneció seis días, “*con buen resultado para la Sociedad Científica, el Edén de Moreno y el Museo*”, pues descubrió un cementerio indio “*del tiempo en que estos se alimen-*

taban de lobos marinos” y encontró ocho cráneos, algunas flechas y huesos de lobo (Moreno, 1942, p. 75-76). Sin embargo, el propósito de su visita a San Blas no fue solamente el de efectuar colecciones sino también ver la posibilidad de que esa bahía pudiera servir de puerto de salida de los productos del valle del Río Negro, dado que se la había informado que el acceso a este río sería siempre difícil o imposible para buques de gran tonelaje (Moreno, 1942, p. 23).

El 31 de octubre, a las cinco de la mañana, salió de la estancia de Punta Rasa con la intención de llegar a Patagones para almorzar con Bernal en el día de San Nemesio. Llegó a las 9 de la mañana, después de galopar doce leguas.

El 11 de noviembre, le escribió a su padre, desde el “Fuerte de Patagones”. Aquí mencionaba haber recibido cartas y encargos en el “*Santa Rosa*”, “*entrado el 8 del corriente*” y por la “*Sociedad*”, “*llegada anoche*”, *que sembraría en Patagones una parte de las semillas que le envió su padre y que poco había hecho, pues el mal tiempo y los preparativos del viaje lo habían tenido detenido en Patagones y que ni bien los caballos se repuran un poco, saldría para Choele Chol. Le pedía además a su padre que mandase una foto suya, cuya plancha, hecha a fines de julio o principios de agosto de 1874, estaba “en lo de Loudet”, al Cónsul argentino en Valdivia, pues con el aspecto que tendría, lo podría confundir con algún aventurero que se quisiera hacer pasar por él.*

Preparativos en Patagones

En otra carta a su padre del 16 de noviembre de 1875 (Moreno, 1942, p. 77-78), le contaba los preparativos para su viaje al interior. “*Bernal también me ha regalado una magnífica carpa de Sargento Mayor, en la que viviré como en Florida 128; y si por acaso los indios tienen deseos de poseerla, me apresuraré a regalarla, haciendo así un regalo (aunque forzado) digno de un rey*”. Bernal lo proveyó de guías y escolta y un cargamento de regalos (10 ponchos finos, 10 chiripás, 10 sombreros, 10 camisas, 10 pares de botas, aguardiente y unos “*magníficos*” estribos de plata para Shaihueque), a lo que se unieron regalos del mismo Moreno.

En la carta a su padre, también señalaba que desde que llegara de Punta Rasa el 31 de octubre, prácticamente no se había movido del pueblo, salvo por

una visita a Linares en “*el Potrero Cerrado*”, ubicado a 9 leguas de distancia, con el fin de arreglar su viaje. También mencionó las dificultades que tenía con el viaje a Chile y que, si no fuera por Bernal, le hubiera costado mucho dinero hacerlo.

Entre las dificultades, señalaba los rumores mal intencionados con respecto a las grandes sumas que le habría dado el gobierno, todo lo cual hizo que Manuel Linares no aceptara su oferta y que, si finalmente aceptó, fue cuando Bernal le ofreció 400 pesos fuertes en nombre del Gobierno, arreglando la salida para el 20 de noviembre (cf. Luna, 2001, p. 56). No obstante, lo cual, el 13 de noviembre, le mandó a decir que estaba enfermo y que por tan poco dinero no podía arriesgar su vida. Ante esta situación, Bernal mandó a llamar a los otros hermanos de Linares y ordenó a uno de ellos, Mariano, que llevase a Moreno, por orden del gobierno. Este accedió dificultosamente y siempre que Moreno comprase sus propios caballos. Moreno acotó que “*el muy pícaro quiere ganarse limpios los 20.000 pesos*”. Decía además que Bernal no podía hacer más gastos pues ya había pasado nota al gobierno de que había dado 1000 \$ a Mariano Linares para que lo llevase a Moreno en caballos de su propiedad.

Por todo lo cual Moreno debió comprar “*10 o 15 caballos mansos para mi silla*”, mediante un giro contra su padre, a quien hizo saber que “*el resto del dinero puedes enviármelo a Valdivia para que pueda volver a Buenos Aires*”.

Anunciaba también que la salida estaba fijada para el 27 de noviembre, día elegido por ser el del cumpleaños de su padre, para que le diese buena suerte, antes de lo cual le enviaría una carta, que sería la última que enviaría desde Patagones, en la que le haría llegar más información para que pudiera escribirle. También mencionaba que un señor apellidado Clark había tenido la bondad de enviar una carta a un misionero amigo suyo de una misión ubicada cerca de Osorno. Moreno prometió mandar a su padre el nombre del misionero, con el fin de que este le escribiera al cónsul argentino en Valdivia para que le remitiera una carta suya a esa misión. De esa forma, Moreno esperaba tener noticias de su familia al pisar territorio chileno. También le contaba a su padre, en referencia a la ayuda que le había dado Bernal, que este había entregado las raciones

que los indios del cacique Ñancuqueo (del linaje de Ñancu o aguilucho de pecho blanco), estaban esperando para el primero de año, con el fin de que acompañasen a Moreno.

En lo personal, le informaba a su padre que Bernal estaba muy contento con las plantas que le había remitido y que le enviaba un cajoncito de “vino chacolí”, hecho en la quinta de su “abuelo político, Dr. Benito Crespo”. Moreno opinaba que no era “del todo malo, aunque muy flojo”. Le pedía a su padre que brindase con él, el día de San Facundo, pues él haría lo mismo cuando acampase, y que guardase una botella para el día de su regreso a Buenos Aires. Manifestaba también su alegría por el hecho de que su padre le participase al Gral. Mitre sobre sus trabajos, pues “*Mucha parte tiene él en este viaje. No creas que eché en saco roto las palabras que pronunció en mi museo y que tú estampas en tu carta. Ellas me dieron que pensar y la lectura de una biografía de Audubon, naturalista norteamericano, que tuvo la bondad de prestarme, no poco han contribuido a la realización de esta expedición.*” “¿Por qué yo no he de pasar unos pocos meses entre los indios cuando Audubon paso once años en los bosques de Norte América estudiando los pájaros?”. También le pedía a su padre que le hiciera llegar sus más respetuosos recuerdos a Juan María Gutiérrez, “*quien siempre me ha alentado en mis proyectos*” (Moreno, 1942, p. 77-78).

El 18 de noviembre, Moreno se dirigió a la Aguada de Los Loros, próxima al océano y distante a 25 leguas del pueblo. En el camino, se detuvieron, para hacer arreglos del viaje con los indios en San Javier, donde pasaron la noche, en medio de una fuerte lluvia. A la mañana siguiente, continuaron viaje “*con el baqueano y otros compañeros*”, hacia la Aguada de Los Loros. Luego de hacer cerca de 6 leguas, los sorprendió una tormenta de lluvia y piedra que duró dos horas, por lo que debieron seguir a pie por otras dos leguas, “*con el agua más arriba de la rodilla*”. El baqueano se perdió y caminaron bajo la lluvia hasta las 8 de la noche, cuando pararon cerca de unos médanos inmediatos al mar, donde hicieron noche bajo una lluvia permanente (Moreno, 1942, p. 81).

El 20 de noviembre, continuaron perdidos bajo la lluvia. Gracias a una brújula, Moreno pudo determinar donde quedaba el río Negro. No comieron durante todo el día, “*santo de Juanita*” y, después de

14 horas, llegaron a unas lagunas “*color café con leche, llamadas de Gutiérrez*”, donde hicieron noche y tomaron mate, sin dormir pues seguía la lluvia. El 21 de noviembre a las 9, divisaron el valle del río Negro, donde cambiaron caballos y comieron en un toldo un asado de yegua flaca “*que es peor que carne podrida*”, juntaron algunas flechas en un paradero y, a la noche, llegaron al Carmen.

Entre el 22 y el 27 de noviembre, se dedicaron a arreglar los cargueros para la partida (Moreno, 1942, p. 82).

El 25 de noviembre, Moreno (1942, p. 79-80) le escribió a su padre, “*para aprovechar la salida de la “Sociedad” hoy a la una*”, pese a estar “*atormentado por un terrible dolor de muelas*”, aunque aclaraba que, si se retrasaba la salida del buque, seguiría escribiendo a la tarde, luego de sacarse “*la muela enferma*”. Le confirmó que saldría el 27, día de San Facundo, que le escribiría una carta larga desde Guardia General Mitre, que los aborígenes que lo acompañarían estaban contentos pues creían que todo iría bien y que pronto le enviaría un telegrama desde Valdivia. Le informó además haber girado contra él una letra de 500 \$ fuertes por dinero recibido en Patagones, que empleó en la compra de caballos, víveres y regalos y le pidió que lo descontase del dinero que le había dejado. Luego de terminar la carta, fue a la casa del Señor Humble, misionero inglés, quien le rompió la muela sin poder sacarla y le dijo que no hiciera nada hasta que llegase a Chile. “*Como el agujero es muy grande*” pudo curarla y “*con una mezcla de remedios fuertes (...) la paso muy bien*”.

Durante su estadía en Patagones, Moreno (1879, p. 102-103) volvió a encontrar a “*su amigo*” Sam Slick, indio tehuelche que había conocido en Santa Cruz, en oportunidad de su viaje con el *Rosales*. Moreno le propuso que lo acompañase en su viaje al Nahuel Huapi, pero rehusó diciendo que Moreno “*quería su cabeza*”. Por ello Sam Slick no permitió que se le acercara mientras estaba borracho. Días después de la partida de Moreno, Sam Slick se dirigió a Chubut y “*allí fue muerto alevosamente por otros dos indios, en una noche de orgía*”, según se enteró Moreno al visitar la colonia de Chubut a fines de 1876.

Salida de Patagones

El 27 de noviembre de 1875, fecha del santo de su padre, Moreno salió de El Carmen, después de

una permanencia de un mes y cinco días en Patagones (Bertomeu, 1949). Temprano inspeccionó sus doce caballos, mandó algunos a Linares para ir más desahogado y almorzó con Bernal, quien lo convidó con champagne para brindar por el santo de su padre y por el viaje.

Bernal lo acompañó por dos leguas y luego se volvió pues su señora estaba enferma. A Moreno lo acompañaban “un *presidiario*” de apellido Guerra, como asistente, que le había cedido el jefe de la guarnición, y cuatro indios del baqueano que arreaban la caballada y cincuenta yeguas que servirían como principal alimento. Un centenar de aborígenes amigos viajó con ellos hasta Chichinal [General Roca] (Moreno, 1942, p. 24, 82).

Al respecto, escribiría Moreno (1893, p. 74): “No sin dificultades obtuve baqueano indígena en el Río Negro para llegar a las tolderías de Saihueque, dueño del paso a Chile; un condenado a veinte años de presidio, por lo que poco arriesgaba con el viaje, fue mi único asistente. Sin pérdida de tiempo, una vez recorridos nuevamente los cementerios de los antiguos indígenas y entablado relaciones con Tehuelches, Gennakenes y Mapuches, tomamos rumbo al Oeste por las márgenes del caudaloso río. Cuatro indios del baqueano arreaban la caballada y, además, cincuenta yeguas para comer y regalar. A fines de noviembre nos despedimos de la civilización y empezaron las largas marchas siguiendo el hermoso valle, despoblado en esa época y donde no había más ruidos que los que producía el pampero sacudiendo los blancos penachos de las pajas bravas y el lánguido ramaje de los sauces, o las aguas del ancho río al trepar alborotadas sobre los raigones arrastrados por pasadas avenidas. Murmullos del desierto estos, sofocados a nuestro paso por la alegre gritería de indiada amiga que con nosotros viajó varios días hasta Chichinal, hoy General Roca, compuesta de un centenar de indígenas que acortaba, con sus entusiastas cacerías de avestruces, las horas a cuyo término habían de sorprender una partida de Picunches; éstos, según aviso de espías, se dirigían por ese punto, arreando a Chile una tropa de ganado robada en ‘Romero Grande’, previo asesinato de sus conductores, tres días después de mi paso por ese temido medanal, suceso al que ya he hecho referencia”.

Hizo noche en la casa del Sr. Vicente Herrero, “*primo hermano de Claudio González*”, quien lo trató

muy bien pues lo conocía del viaje anterior y sabía del parentesco que los Moreno tenían con los Gándara.

El 28 de noviembre, pasó cuatro caballos al sur del río y arregló con Mariano Linares para que, el 6 de diciembre, a la madrugada, lo esperara en Guardia Mitre. A las cuatro de la tarde, llegó a China Muerta, propiedad del Dr. Eduardo Zeller, un suizo muy instruido, que lo atendió muy bien.

Las dieciocho leguas a la “Guardia General Mitre” las hizo costeadando el cauce del río y, en su recorrido, pudo ver tres razas aborígenes diferentes: los tehuelches, los manzaneros que hablaban araucano y los “*famosos Pampas*”. Según Moreno (1942, p. 83) “*los querandíes [Pampas] no eran de raza araucana, en su idioma se llaman ‘Gennaken’, según la tradición sus abuelos habitaban en las Sierras de la Ventana, quedaban unos pocos de buena conformación, su idioma es próximo al tehuelche pero más dulce*”.

Moreno obtuvo algunos datos de una mujer llamada “*Canviefel*” quien, en una noche de fogón, contó la leyenda de los tehuelches del norte sobre el “*Elangassen*”, animal con caparazón parecido al glip-todonte y Moreno (1942, p. 84) visitó la cueva que la superstición india suponía era el refugio de este animal. La mujer también habló del “*Utralalve*”, que según los mapuches era un animal, mitad carnero y mitad hombre, que echaba fuego por los ojos y boca y que siempre andaba montado en ovejas y de otro monstruo, el “*Anchimallegen*”, muy grande y con forma humana, pero del cual nadie quería hablar.

El 30 de noviembre, Moreno llegó a la Angostura, nombre derivado de las barrancas a pique allí existentes, ubicada a 22 leguas de Patagones y donde la casa de unos ingleses constituía la última población “*cristiana*” en el lado Sur del río Negro.

Allí se detuvo pues había rumores sobre una invasión, originados en el robo de 1.200 yeguas en Romero Grande, llevado a cabo por una partida aborígen, y al hecho de que no se había recibido una entrega de 50 yeguas para alimento de la expedición.

En el camino, juntó flechas y caracoles y visitó cementerios de indios. Consiguió dos cráneos de una forma dolicocefala, deformados artificialmente, que destinó a la Sociedad Científica. Visitó a dos caciques, los que le aseguraron que su vida no correría peligro y se le unieron cuatro compañeros de viaje (Ygobone, 1954, p. 74-75).

Primera Angostura

El 5 de diciembre, Moreno (1942, p. 82-85) envió una carta a su padre, encabezada “*Camino a Chile, Primera Angostura del Río Negro*”. Allí mencionó que en esas zonas había personas de buenas familias, muchas de ellas arruinadas por las malas cosechas. Entre ellas “*unos señores Flajer, segundones de un lord y duque inglés*” que “*han gastado 20.000 esterlinas y no han recogido un peso. Lo mismo le pasara a un Sr. Dn. Enrique Grandville de buena familia de Inglaterra*”. Destacó también que “*raro es el inglés o suizo de estos que no tenga en su chacra de 400 a 500 volúmenes de obras escogidas*”.

Mencionó además que “*como traía cartas de recomendación del dueño de esta casa, Dn. Tomas Kincaid, hermano del ingeniero que dirigió la construcción de las cañoneras argentinas y al cual le han cortado un brazo, de resultas de un golpe de caballo, me han atendido muy bien*”.

Moreno señaló también que, a quince cuadras de donde estaban, “*viven unos señores Buckland, sobrinos de un célebre naturalista inglés del mismo nombre*”. Muy probablemente, Moreno se refería a William Buckland (1784 – 1856) un conocido teólogo, geólogo y paleontólogo que fue Deán de Westminster.

Toda esta gente le mostró dos cementerios indios, donde juntó 100 flechas y dos cráneos. Allí también conoció a un aborígen, hijo natural del coronel Hernández, “*del tiempo de Rosas*”, que ya se había casado varias veces y cuatro de cuyas mujeres estaban muertas y vivía con otras dos que, según Moreno, seguirían la misma suerte, ya que a una de ellas la había apuñalado cerca del corazón. Pese a ello, este aborígen fue muy amable con Moreno y le dio una carta para el hermano de Shaihueque. También le reafirmó que nadie le haría daño y que lo único que podía suceder es que Shaihueque no lo dejase llegar a Chile.

En la misma carta a su padre, mencionaba que le mandaría, con Manuel Cruzado, un cajón para su museo y que le pedía que le dijera a Juan María Gutiérrez que “*la lengua pampa existe y que no es un mito*”.

El 6 de diciembre a las 5 menos veinte de la tarde, Moreno (1942, p. 85-86) le escribió otra carta a su padre desde Primera Angostura, diciendo que se ponía “*en marcha para Chile*”, con más de cien hombres, los que esperarían en Chichinal, ubicada a 120

leguas de allí, “*a los indios que robaron la yeguada en Romero Grande*”.

Al dorso del original de esta carta, hay una nota manuscrita de Manuel Mujica Láinez que dice: “*¡62 años después! Bariloche - Buenos Aires. Salida 7 a.m., llegada 13.2. Recuerdo del viaje realizado al mismo paraje en un aeroplano de la Aeroposta Argentina. En la misma fecha y con esa distancia de tiempo, el primer avión de pasajeros turistas recorrió la zona que visitara el heroico perito Francisco P. Moreno en 1875. ‘Avión Patagonia’, diciembre 6 de 1937*”.

El grupo que se sumó a Moreno lo constituía una partida de aborígenes leales que había salido en persecución de los picunches que habían robado ganado en Romero Grande, luego de asesinar a sus conductores, tres días después del paso de Moreno por el lugar. Al mando de la partida se hallaba Miguel Linares (o Quichangerru = zorra que se arrastra), un mestizo hijo de español e india, hermano de Mariano Linares y sobrino de Shaihueque. A Quichangerru lo acompañaban cuatro hombres de su confianza: Amhillil, Gerrú, Cayunao y Cárielo. Debido a sus servicios sería posteriormente designado Sargento Mayor por el General Roca.

Siguieron nueve días de larga marcha por el valle del río Negro. Solamente se oía el grito de los teru y el murmullo del viento al sacudir los blancos penachos de las pajas bravas, el ramaje de los sauces y las aguas del río y, de cuando en cuando, la gritería de una cacería de avestruces. El hambre se saciaba con achuras crudas de alguna yegua cansada o con una picana de avestruz, asado mediante piedras calientes (Moreno, 1942, p. 24).

Chichinales y Confluencia

Finalmente, llegaron a Chichinales. Escribiría Moreno (1893, p. 76-77) al respecto: “*En Chichinal vimos los polvos del ganado buscado; nuestros acompañantes, prometiéndose festín con la presa, casi desnudos, llevando solo la lanza, las boleadoras y el afilado cuchillo, cruzaron el río abrazados de sus caballos de batalla, y nosotros seguimos internándonos en busca de lo desconocido, mis indios arreando la yeguada y yo, como ellos, soñando entre los gritos de ‘arre!’ y ‘yegua!’, con el futuro de la tierra cuyo polvo nos sofocaba*”.

En la confluencia del Neuquén y el Limay [“río de las sanguijuelas”, las que antiguamente abunda-

ban en sus márgenes; cf. Ygobone, 1954, p. 157, lugar más tarde llamado Confluencia, cerca del cual se halla hoy la ciudad de Neuquén] Moreno cruzó el río Limay “(...) donde se (...) forma el hermoso Río Negro, y para hacerlo empleamos los medios más primitivos; cuatro troncos formaron excelente vehículo flotante para los bagajes, y cada uno se azotó a la veloz corriente, asido de las crines de su caballo. Hermoso lugar es aquel para asiento de población ganadera y agricultora; el humus negrea en el valle, y los pastos doran las rojizas faldas. Allí seguimos durante largo trecho el ancho ‘camino de Chile’, el camino del robo, trazado por el paso de (...) vacas arrebatadas por los indios en las pampas argentinas, y de ellas encontramos rastros recientes, como que lo eran grandes invasiones a la Provincia de Buenos Aires” (Moreno, 1893, p. 78-79). “Vacas que después de una serie de trueques terminaban engordando en ‘los alfalfares de los hacendados chilenos’ (Moreno, 1942, p. 25).

“El Limay serpentea caprichoso por el centro del valle, lamiendo las rojas y escarpadas barrancas. Sobre una de ellas, en la travesía de las colinas o bajas serranías de Chocon-geyú, que cruzamos un día al anochecer, encontramos los vestigios de trágico suceso. Al concluir la travesía, dominando la empinada bajada, había nueve conos de piedras sueltas y cubiertos de ramas secas. Según mis acompañantes esas piedras cubrían los huesos de toda una familia, a la que, en viaje, en invierno, los Picunches arrebataron sus caballos. Cubiertos por la nieve murieron de frío los que la componían, antes de poder llegar al abrigo del bosque del pie del alto barranco. Cuando el hecho era reciente, cada indio viajero colocaba una piedra en los montones que sobre los cadáveres levantaron los que los encontraron, pero disminuyendo la devoción con el tiempo, se contentaron luego con colocar respetuosamente una rama y algún pedazo de poncho o chiripá, lo que también hicimos nosotros (...)” (Moreno, 1893, p. 79-84). Las ramas “estaban destinadas a suministrarles fuego en la otra vida” (Moreno, 1879, p. 94).

Según Moreno (1942, p. 25) esos montones de piedras eran comparables con los de los montículos funerarios existentes al sur del río Negro y en los caminos andinos de La Rioja, Catamarca y de Salta a Copiapó o Atacama.

“(…) Aquellas barrancas de Chocon-geyú las describe Villarino, diciendo que parecen ruinas de edifi-

cios. En verdad, en noches claras como aquella a que me refiero, semejan una ciudad edificada de piedra roja, con cúpulas y torreones fantásticos.

Prosiguiendo la marcha — ¡qué algarabía la de los loros en Trecau-geyú, paraje llamado así en honor de ellos! Cuántos millones nos aturdieron con su alegre vocinglería y qué buena provisión hicimos con algunos tiros de boleadora a través de esa nube animada. Una vez pasado el Picun-leufú (río de los Picunches, es decir ‘Gentes del Norte’), cruzamos Cumlelfen —la Pampa rosada— donde vimos los primeros manzanos que dan atrayente nombre a la región—Manzana-geyú. No oímos, sin duda porque era verano, las detonaciones de escopeta que, dicen los indios, se escuchan en invierno en Huinca-Tralcan-geyú, (donde hay trueno cristiano). En Ranquel-loao dejamos el Limay internándonos por gargantas basálticas y luego por las sierras graníticas de Persquin-puramue y por las de Collón-curá que preceden al río de ese nombre”.

“(…) Me hallaba frente al punto donde llegó el piloto Villarino durante su memorable exploración, casi un siglo antes, a orillas del Collón - cura (‘máscara de piedra’) y allí debí aguardar el chasque que despaché a Shaihueque para prevenirle mi llegada y comunicarle el deseo que tenía de llegar a saludarlo en su toldo, formalidad indispensable, que me evitaría serios contratiempos. Mi objeto no era sólo cruzar esos territorios y llegar a Chile” (Moreno, 1893 (Por un Ideal, p. 84).

(…) En Neumucó, (agua hedionda) encontramos los primeros indígenas. No se sorprendieron con nuestra presencia; se conocía ya esta en aquellos campos por un sueño que había tenido el cacique Shaihueque (‘sueño’ posterior a la llegada de un chasque enviado por los indios ‘amigos’ del Río Negro, lo que supe después”).

“(…) No fueron halagadoras las noticias que en esos pobres toldos obtuvimos aquel día para el buen éxito del viaje. Las indiadas estaban descontentas por la demora en la entrega de raciones por el Gobierno de la Nación; descontento al que contribuía el insinuante Cacique Namuncurá, que desde Salinas Grandes trataba de aliarse con ellas y disponer así de mayores elementos para impedir el avance de las fronteras proyectado por el Dr. Alsina, plan que conocían los caciques pampeanos. El porvenir de la expedición, con esas noticias, se presentaba poco risueño, y las horas pasadas en el campamento transcurrieron con la alarma consiguiente” (Moreno, 1879, p. 105; 1942, p. 26).

En la versión del chasque que Shaihueque envió a los indios de Mackinchau y que estos contaron a Moreno (1879, p. 105), al año siguiente, durante su visita a la colonia de Chubut, la llegada del viajero no se ajustó a los pronósticos de que arribaría disfrazado de indio y con malas intenciones, sino que “*se había presentado con la cara descubierta, había cumplido todos los requisitos de la etiqueta mapuche enviando chasques anticipados para anunciar su llegada y pidiendo permiso para acercarse a los toldos, en vez de tratar de cruzar escondido a Chile*”. La “*confianza del cristiano*” tocó el corazón del cacique de forma tal que la hospitalidad reconocida del indio no se vio desmentida en esta ocasión. Shaihueque resolvió enviar a su hijo Cachull, acompañado del capitán Nahuelpan y algunas ‘*lanzas*’, con el objeto de saludarlo e invitarlo a llegar “*a sus casas*”.

Llegada a Caleufú y encuentro con Sayhueque

Tras recorrer cinco leguas, llegaron a las tolde-rías de Sayhueque, en el río Caleufú, a las 9 de la mañana (Bertomeu, 1949; Ygobone, 1954, p. 89).

Sayhueque era el jefe principal de la Patagonia y mandaba las siete naciones que vivían en esos pa-rajes: araucanas, picunches, mapuches, huilliches, tehuelches, agongures y traro huilliches, las que, a su vez, se hallan a las órdenes de 84 caciques y capitane-jos de jerarquía secundaria (Ygobone, 1954, p. 91).

Según Moreno (1879, p. 33-35) “*penetrando al valle del Collon-Curá (máscara de piedra) por entre capas basálticas y atrevidos picos porfíricos que ase-mejaban catedrales góticas, descansamos en Caleufú (otro río)*”. “*Shaihueque vive en el ángulo que forma el Caleufú y el Yala-leu-curu (hacen ruido las piedras) que desaguan casi juntos en el Collón-Curá, un pre-cioso valle que se extiende al pie de la pintoresca sie-rra de Tchilchiuma, cuyo nombre significa “agua que gotea”(...)* [Esta traducción que allí le dieron y que según Moreno tiene el mismo significado aimara lo llevó a señalar que no era raro encontrar en Patago-nia nombres de lugares que tuviesen el mismo signi-ficado en quichua o aimara, hecho que a su entender demostraría “*hasta donde llega la influencia de las razas civilizadas del Norte*”]. *En ella nace el Caleufú, de un pequeño lago*”. “*Las tolde-rías consistían en diez grandes toldos que son habitados por los parientes y allegados del jefe principal*”. Según relató Musters con

anterioridad, eran viviendas estables y no armadas para transportar y la de Saihueque tenía 5 m de altu-ra y podía albergar a 40 hombres.

Shaihueque lo esperaba en su caballo favorito, ataviado con sus mejores prendas. Lo acompaña-ban Puelmanque (Cóndor del Este) y Loncochino, un mestizo valdiviano que oficiaba de Secretario del “Superior Gobierno de las Manzanas”. La denomina-ción hacía referencia a la presencia de manzanares en la región, cuyo origen se remontaba al Siglo XVI y ha sido atribuido indistintamente al padre Mascar-di o a los establecimientos fundados por los españo-les que viajaban de Villarica a Buenos Aires.

Siguieron los apretones de mano y lamentos (monótono y triste canto alternado con llanto; Mo-reno, 1879, p. 105; 1942, p. 27) de las mujeres. Diría Moreno “*Bien recibido, viví allí aprovechando la no-ble hospitalidad del dueño del suelo*” (Moreno, E. V., 1942, 102).

Según su relato (Moreno, 1893) “*Cómo traducir la impresión de la llegada a esos toldos; el solemne silencio de la indiada cuyas intenciones no conocía, y luego el monótono canto de tristeza y el llanto de las mujeres que cerraban el círculo de los guerreros. ¡Pobre hospitalidad indígena! Aquellos lamentos eran expresión de sentimiento cariñoso, se proferían por los sufrimientos que había pasado el viajero cristiano en el largo trayecto desde el mar la ‘gran laguna’, y la ac-titud altiva del jefe y de sus mocetones, resultado de la conciencia de su renombre que llegaba hasta tan lejanas tierras*”.

Moreno (en Bertomeu, 1949) hizo a Sayhueque una serie de regalos: una bandera argentina, una carabina con 42 cartuchos, su saco y polainas, pon-chos, chiripás, sombreros, collares, una guitarra y la carpa de Sargento Mayor.

Gracias a una botella de coñac “Martell”, logró Moreno (1879, p. 111) enternecer el espíritu de Sha-hueque, quien trató de pagarle el regalo de la bote-lla con las mayores distinciones. La primera de ellas consistió en “el honor del enlace matrimonial con su sobrina”, y tras la negativa de Moreno, lo hizo su com-padre al hacerlo apadrinar uno de sus hijos. El ahijado fue Francisco Guilliqueque, cuya madre se llamaba Fia (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 25).

Según Moreno, esta relación era tan sagrada como la que existía entre hermanos “*y solo se olvi-*

da en los momentos de perturbación que ocasiona el aguardiente". "Entre compadres todo es mutuo, excepto la mujer; y uno no puede negar al otro lo que pide, aun cuando sea el caballo o la lanza, que son sus prendas de más estimación; están obligados a prestarse auxilio en caso de peligro o vengar al que ha sido maltratado o muerto. Nada debe separarlos. Basta que dos indios se den el título de hermanos para que vivan y mueran juntos, si es posible". "Es el mismo vínculo que unía a René con el heroico Outogamiz, que nos pinta Chateaubriand" (Moreno 1879, p. 111).

Poco después de su llegada, Shaihueque, que deseaba beber y no tenía aguardiente, se alejó del gran toldo y se fue al de Chacayal donde quedaba un barril sin abrir. Moreno se fue a dormir y más tarde fue despertado por un chasque enviado por el cacique para que lo llevaran, junto con todos sus "remedios", al sitio en el que "se divertía". Estaba apesadumbrado porque la hija de Chacayal, la "prometida" de Moreno, estaba "gravemente enferma". Los remedios de su hermana, la adivina, la habían hecho empeorar. Moreno (1879, p. 112-1139) se dio cuenta de que, debido al licor, tenía fuertes dolores de cabeza. Las únicas drogas del botiquín de Moreno eran: "un poco de *árnica*, *magnesia calcinada* y *sinapismos* preparados según la receta del Dr. Rigollot". Moreno le aplico cinco de estos últimos, "mojados en *árnica*, en ambas pantorrillas, en los brazos y en la nuca, advirtiéndole que inmediatamente que sintiera ardores que no pudiera soportar la enfermedad desaparecería, huyendo al mismo tiempo el *walichu* que había penetrado en la parte dolorida".

La congestión se disipó, ya sea por casualidad o porque el efecto de los sinapismos fue muy fuerte, y ello le valió a Moreno un caballo. De allí en más, la machi lo miró con prevención, actitud que se intensificó "con la curación de un pasmo que un indio infeliz sufría atrozmente en una mano, a causa de que un *walichu* le había hincado allí una flecha". Esta dolencia desapareció con "paños mojados en agua y *árnica*, en la que había diluido *magnesia* para dar importancia al remedio por el color". Quienes vivían en el mismo toldo, el de Zumughueque, hermano del jefe, le dijeron más tarde a Moreno que el espíritu del enfermo había abandonado su cuerpo para ir al país de los espíritus, pero que estos le habían negado la entrada.

Según Moreno (1879, p. 114) "la muerte, a no ser en combate, no es cosa natural entre los indios; es algo

incomprensible y por ello, hija de los hechizos, y estos no pueden existir sin que haya seres que los engendren". Las curas se atribuyen así, unas veces "al poder del médico o machi y otras al rechazo del moribundo en la región espiritual. ¡Cuánto mejor sería reconocer en ellas la obra de la naturaleza! Pero no culpemos al salvaje. Nosotros mismos, civilizados, estamos llenos de supersticiones (...) y nos hallamos generalmente en igual caso. Negamos lo palpable, para creer en lo impalpable" (Moreno, 1879, p. 107).

Un año después, en una noche estrellada de luna llena sobre la costa de Santa Cruz, recordaría Moreno (1879, p. 206-207) que el 31 de diciembre de 1875 pudo ser el último de su vida. "Era aquello el desenfreno más grande imaginable, la borrachera horrosa, el desenfreno más asqueroso reinaba allí; los ultrajes más terribles se cruzaban entre más de cien individuos, hombres y mujeres, que se habían convertido en monstruos" (...) "Los gritos de los borrachos, los alaridos de los guerreros enfurecidos, los quejidos de los maltratados, los recuerdos de trágicos dramas relatados con feroz alegría, prometiéndose renovarlos, se escuchaban entre el ruido producido por la lucha de los hombres con las mujeres, quienes, con los quillangos hechos jirones los primeros, con las mantas caídas la segundas y más lascivas por los incitantes alcohólicos, se disputaban entre ellos. Las escenas de pugilato feroz, o las loncoteadas (arrancadas de trenzas) tenían lugar en medio de la sangre y despojos de animales recién muertos y entre los chillidos de los chiquillos y de los perros".

Desde su llegada a los toldos, notó Moreno (1879, p. 109-110) que las mujeres lo miraban con temor y extrañeza y que luego algunas lloraban. Días después de su llegada a los toldos, cuando tuvieron lugar las primeras borracheras y porque gracias a la botella de coñac se había hecho íntimo del cacique, le preguntó qué tenían ellas en su contra, Shaihueque le indicó los anteojos, agregando: "Ellas temen, porque dicen que teniendo cuatro ojos bien puedes tener cuatro corazones y ser malo". Moreno lo convenció de que la sospecha de las chinas tenía poco fundamento.

Parlamento de Quem-quem-treu

Unos días después de su llegada, el 7 de enero, se desarrolló un parlamento formal o "aucan-trahun" (Moreno, 1879, p. 36, 217; 1942, p. 28), en Quem-

quen-treu, junto al arroyo del mismo nombre y al norte de Caleufú, el cual duró desde las cinco de la mañana hasta las tres de la tarde, mientras 453 jinetes hacían cabriolas en honor a Moreno, “diez horas durante las cuales, sin bajarnos del caballo y acosados por la sed, estuvimos respondiendo a las preguntas astutas de los capitanes”. Allí debió explicar al “Consejo de los Viejos” y a los caciques principales: Nancuqueo, Molfinqueupu, Naquipichuin y Jankakirke, la razón de su visita.

Shaihueque hizo las preguntas y Moreno contestó que quería visitarlo, recoger algunos bichos y que le dieran permiso para cruzar a Chile y volver por mar a Buenos Aires. (Bertomeu, 1949)

En la versión del chasque que Shaihueque envió a los indios de Mackinchau y que estos contaron a Moreno, (1879, p. 106) al año siguiente durante su visita a la colonia de Chubut, Shaihueque se había alegrado mucho al saber que “el gobierno y sus capitanes gozaban de buena salud”. “El huinca le había dicho que era mentira que los argentinos y chilenos, unidos, habían resuelto invadir los campos y que la culpa de que no se hubiesen cumplido las raciones la tenían los mamuelches de Salinas que, poco tiempo hacía, robaron las yeguas que el gobierno enviaba a los mapuches”. Esto le había probado a Shaihueque “que Namuncurá, a quien nunca consideró dueño del terreno en que vive, pues Dios lo hizo nacer en Yaimas y no en Salinas, no se portaba bien y que ‘le venían ganas de ir a pelearlo’” (...) “El Gobierno de Buenos Aires había dado al cristiano una chilca (carta) diciéndole que visitara a los indios, juntara bichos y yuyos, pues era hombre curioso, y le llevara enseguida noticias de sus amigos, porque deseaba saber si vivían contentos”. “El permiso que solicitó para pasar a Valdivia no se le había concedido, porque ni sus padres, ni sus abuelos, jamás oyeron hablar ni permitieron que un cristiano conociera los campos que hay entre las dos ‘Aguas grandes’ (los océanos), y que él no podía faltar a lo que había prometido a quienes, al morir, le habían exigido que los imitara en todo”. Shaihueque “le había dicho que podía pasear en sus toldos, sin cuidado alguno, porque era amigo de los blancos, más que estos de él, y que por eso había reunido a sus principales capitanes y caciques cercanos para decirles que conocieran al cristiano y que lo miraran bien, como a un hijo, pues lo había hecho su compadre”.

Según Moreno (1893, p. 87; 1942, p. 27-29) en esas interminables conferencias para obtener el permiso de pasar a Chile, tenidas dentro del gran toldo del cacique, Loncochino y Valdés, “platero del cacique”, convencieron a este del peligro que representaba para los mapuches que los argentinos conocieran los caminos cordilleranos, en momentos en que estos proyectaban, al igual que los chilenos, avanzar las fronteras. Con el conocimiento de los pasos sería fácil aniquilar a los indios, especialmente debido al nuevo fusil Rémington, usado en la revolución de 1874, en la que participaron las indias de Catriel, y las noticias de cuyos estragos habían llegado hasta las Manzanas.

“Los indios estaban verdaderamente alzados; grande era el retardo en el recibo de sus raciones, y tentadoras las invitaciones repetidas que les hacía Namuncurá, desde Salinas Grandes, cuyas cartas leí allí, para invadir con él a Buenos Aires y participar de los beneficios del seguro malón. Si no las aceptaban los jefes mapuches deseosos de conservarse amigos del gobierno argentino, los subalternos miraban con enojo mi presencia que venía a contener trabajos adelantados para que parte de ellos acudieran al llamado de Namuncurá, cuya riqueza, manifestada por regalos valiosos de prendas de plata y de cautivas, incitaba a los mocetones despreocupados.

Aquel ‘parlamento’, en llano próximo al Collón-curá, fue reminiscencia viva de los cantados por Ercilla. La oratoria de los viejos tenía el mismo sabor de la de los caciques araucanos de su tiempo, y momentos hubo en que, completando con el recuerdo de lo leído las truncas traducciones de mi intérprete, olvidé ese momento para trasportarme al pasado. Aún suena en mi oído la voz de broncas vibraciones de campana, pausada y sonora, de Molfinqueupú evocando las luchas de siglos entre los indios—los dueños de la tierra, —y los españoles, que trataban de despojarlos de ellas. Tengo presente la figura del anciano cacique, su tez color de vieja encina, y su blanca y dura cabellera adornada con negra pluma de águila y cruzada de ancha vincha roja.

Finalmente, Molfinqueupú le hizo comprender que no podía cruzar a Valdivia. Los caciques, asesorados por los ancianos de sus tribus, estuvieron de acuerdo con Shaihueque en prohibirle llegar a Chile y además se opusieron a que cruzara desde Caleufú a Mendoza, cosa a la que había accedido Shaihueque.

En la versión del chasque que Shaihueque envió a los indios de Mackinchau y que estos contaron a Moreno (1879, p. 106) al año siguiente, durante su visita a la colonia de Chubut, los ancianos se habían opuesto a que se dirigiera a Mendoza “*pues creían en la palabra de Chacayal, que opinaba que bien podía tener el cristiano corazón de piche (Dasypus) y guardar en él algo malo, y que por eso se interesaba en visitar los campos*”. Además, los hijos de Huilliqueupu (Pederal del sur) sostuvieron que ya era demasiado el no vengarse con el *huinca*, considerando que los de *Hue-meu* (“donde antes estábamos”, es decir, Buenos Aires), se habían portado tal mal con ellos al causar la muerte de su padre.

Shaihuque lo defendió y con sus dos segundos, los caciques Ñancuque y Molfgin-queupu (Pederal sangriento) se opusieron a que le hicieran mal alguno. Finalmente, los ancianos se habían contentado, pero decidieron que debía regresar por donde había venido y que tenía que sentirse feliz de poder hacerlo.

Shaihueque no permitió tampoco que Moreno llegase a la toldería de su suegro Chacayal, ubicada al pie de la sierra de Chilchiuma, pues este no era hombre confiable y podía hacerle pasar un mal rato. En definitiva, el mandato “*Era que emprendiera viaje de regreso a Buenos Aires, ya que me mostraba dispuesto a sostener ante el Gobierno de la Nación los derechos de los hijos de esos campos donde ‘Dios los colocó’*”.

Visita de Moreno a Ñancuque

No obstante, Moreno (1879, p. 36) aceptó la invitación del cacique Ñancu-queu para visitar sus toldos en la falda del Lanín, en Punguechaf, junto al río Chimehuin.

Según Moreno (1942, p. 29), los toldos de este cacique, que sería uno de los que más resistencia opondría durante la campaña del desierto y de los más perseguidos por las tropas de la 2da brigada, se encontraban sobre el río Chimehuin, frente al extinguido volcán Lanín [según Moreno (1942, p. 32) llamado Quetropillán por los indios; aunque Moreno (1879, p. 236) también sostuvo que el Quetropillán –cerro Truncado- era otro cerro ubicado más al oeste], con nieve hasta la mitad de sus laderas, matizadas estas por grupos de esbeltos pehuenes. Desde este lugar Moreno distinguió claramente la

hondonada del lago Lácar y las verdes manchas de la vega de Chapelco, donde años más tarde se levantaría el fortín Maipú y luego San Martín de los Andes, donde nacía un río que cruzaba las montañas hacia el poniente y se encontraba uno de los caminos a Chile. Según Moreno (1942, p. 33) el lago Lácar desagüaba hacia el oeste a través del río Huahun.

Shaihueque lo hizo acompañar por un baqueano, Nahuel Pan, a la sazón un caciquillo casi imberbe, pero que, con el correr de los años, prestaría a Moreno y al país, señalados servicios en la cuestión limítrofe (cf. Bertomeu, 1949).

Moreno (1879, p. 36-37) llegó a la toldería al anochecer y fue recibido por cientos de perros y luego de escuchar el canto monótono y triste con que las indias expresaron su sentimiento por las penurias sufridas por el caminante, fue agasajado en el gran toldo del cacique y “*regalado con frutillas servidas en pequeñas fuentes de plata*”. La mujer del cacique, hermana del baqueano de Moreno, arregló un inmenso lecho de cueros pintados, de tejidos y almohadones, aunque con abundantes e incómodos insectos. Pese a ello, frente a los toldos de Ñancu-queu, en Punguechaf, existía “*un promontorio basáltico con columnas gigantes que desvían el curso del Chimehuin, torrente impetuoso entre cuyas negras rocas tendía mi recado en las terribles noches de borrachera que tuvieron lugar en esos días*”.

En los toldos de Ñancuque asistió a otro parlamento y conoció a otro renombrado cacique Quinchahuala, jefe Picunche de carácter bonachón que se hizo su amigo (Bertomeu, 1949).

En esta visita, Moreno llegó al llano en donde hoy se encuentra Junín de los Andes (Moreno Terro de Benites, 1988, p. 112), “*durante unas boleadas de avestruces con Ñancuqueo y su huésped el cacique Quinchahuala*” (Moreno, 1898, p. 238).

En la versión del chasque que Shaihueque envió a los indios de Mackinchau y que estos relataron a Moreno (1879, p. 106-107) al año siguiente, en la colonia de Chubut, durante esta visita “*Quinchahuala había querido ofenderlo, porque creía que tenía cuatro corazones, lo que era una gran mentira*”.

Durante su visita a Ñancuque, Moreno tuvo oportunidad de comprobar la elocuencia de los aborígenes, cuyo “*mayor triunfo oratorio consiste en hablar horas enteras y cuanto más sea posible,*

para hacer duradero e importante el discurso”. Relató Moreno al respecto que, una mañana, al amanecer, llegó uno de ellos, quien luego de que se le dio permiso para bajarse del caballo y concluido el llanto de las chinas, se dirigió al interior del toldo. Allí estaba Moreno explicando al cacique la composición de un paraguas antiquísimo y desvencijado “recuerdo quizas de alguna invasión lejana que era guardado como una de sus prendas más importantes, junto con una gran máscara de madera (objeto muy interesante bajo el punto de vista etnográfico y del que no pude obtener ni copias). Ambos salían a lucir, en los grandes festejos, llevados por un indio que, envuelto en un quillango, hacia contorsiones carnavalescas, cancanando y asustando a las mujeres y los chiquillos de la tribu”.

El recién llegado se sentó en el cuero de lujo “que siempre se ofrece al que llega por primera vez al toldo”, y luego de comer un plato de semillas de *Araucaria imbricata*, comenzó su alocución dirigida a Ñancuque. Le habló de la genealogía del cacique, luego de la suya, remontándose a la primera época de la conquista, se extendió sobre la guerra que llevaban los indios en Chile por más de tres siglos “y concluyó casi llorando al relatar la muerte del valiente Quilapan, cacique que había hecho correr mucha sangre cristiana, hermano de mi compañero Nahuelpan, a quien tenía a mi lado escuchando atento”. Para ese entonces, era mediodía. Ñancuque, uno de los oradores más notables de las Manzanas, le contestó en el mismo estilo, recordando la época en que los nativos de ambos lados de la cordillera se habían unido para combatir al usurpador de sus tierras. Así llegó la noche y la cena de araucarias y frutillas interrumpió los discursos que fueron suspendidos hasta el día siguiente. A la mañana, a la misma hora que el día anterior, el visitante volvió a tomar la palabra, más o menos con el mismo tema y no dejó de hablar hasta avanzada la tarde. Concluyó diciendo que era comerciante y que venía a pedir permiso al cacique para entrar en sus tierras a vender aguardiente.

En palabras de Moreno (1898, p. 237). “el ladino indio evocó en su discurso de tres horas toda la historia de la raza, para concluir por ponderar el asqueroso licor que vendía y que la ha aniquilado”.

Sobre esta visita, diría Moreno (1893, p.90-91): “Hermosos días pasé (...) en los toldos de Ñancuqueo, situados sobre el Río Chimehuin, frente al extinguido

volcán Quetrupillán, (“quechu-pillán—cinco espíritus malos”) cubierto hoy de nieve hasta más de la mitad de sus faldas macizas, destacadas sobre verdes prados y grupos de esbeltos Pehuenes (*Araucaria imbricata*)”.

El Huecurucá a orillas del Chimehuin

“En esos toldos tuve la suerte de presenciar una fiesta a la que rara vez ha asistido un viajero en aquel medio salvaje—a un huecurucá, — con motivo de la nubilidad de una joven mapuche, y en ella vi la última máscara de madera que se haya usado en festejos indígenas en esas regiones, objeto etnográfico de la más alta importancia, porque contribuía a demostrar la vastísima área en que se ha usado en América la máscara desde Alaska hasta Patagonia”.

El “huecurucá” duró tres días y tres noches y en él, durante el día, se bailaba alrededor de una damajuana y de noche de una hoguera, y se consumían grandes cantidades de alcohol (Moreno, 1879, p. 37; 1942, p. 29; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 26). Allí le asignaron el papel de músico y tuvo que golpear con dos palillos un plato (hondo) de madera cubierto con un cuero pintado, instrumento de percusión llamado “Kultrun”o “ralí”, a cuyo son danzaron cinco bailarines.

Chimehuin

Posteriormente diría Moreno (1893, p. 93): “Chimehuin es hoy asiento de un puesto militar argentino que servirá de núcleo a un gran centro de progreso, situado como está ese paraje, en proximidad de pasos cómodos a Chile y rodeado de terrenos útiles para la labranza y el ganado. Las hermosas maderas de construcción, reglamentado su corte, serán objeto de industria lucrativa, y no hay por qué dudar, en este caso, de la aseveración de los indígenas de que en las sierras vecinas abundan ricos filones metalíferos, cuando la formación geológica es favorable a su existencia, y cuando en la falda opuesta andina los hay de importancia reconocida desde tiempos remotos”.

Antes de regresar, recorrió Moreno (1942, p. 30), con Nahuelpan, “la orilla del cristalino Malleco, donde sus aguas parecen de transparente azabache a causa de la sombra del negro basalto columnar de Pungechaf”, y el hermoso prado de frutillas silvestres, “cuyo nombre lleva ‘Quellen-geyu’ o ‘Quillen-hos’, cruzado por el arroyo que riega el hermoso valle de

su nombre” y hacia el norte, llegó casi hasta el portezuelo de Huahuan.

Estando a orillas del río Chimehuin, en ese lugar, llegaron a cruzar dos aborígenes, que iban de Salinas Grandes a Villa Rica, Chile, quienes le contaron la sublevación de Catriel y Namuncurá en Buenos Aires y los saqueos y asesinatos del gran malón. También le informaron sobre una invasión mucho mayor que se efectuaría en forma inmediata y de la que participarían las tribus cordilleranas que dependían del cacique Reuque-cura. Ante estas noticias, Moreno (1898, p. 236-237) decidió regresar a las tolderías de Shaihueque y apresurar su regreso a Buenos Aires para dar la alarma a las poblaciones fronterizas.

Regreso a Caleufú

Diría Moreno (1893, p. 98-102): “*Volvimos a Caleufú trepando altas lomadas sobre las que, imponentes y atrayentes con sus formas solemnes, se levantan los Andes, verdes en el pie, azulados a la mitad de su altura, blanquísimos, sin máculas en sus cimas. Oscuros desfiladeros, brechas profundas en aquella colosal muralla geológica, indicaban otros tantos pasos a Chile. Pasos cómodos, sin empinadas cuevas como los de más al Norte (...) Fácil me hubiera sido eludir la vigilancia de mis acompañantes indígenas y pasar la Cordillera, realizando así mi deseo de llegar al Pacífico, pero probablemente las indiadas hubieran vuelto a desconfiar de las promesas e intenciones de los argentinos; hubiérase aceptado el programa de Namuncurá —la sorpresa de las fuerzas fronterizas y el saqueo desde Bahía Blanca hasta el Azul, — y una pequeña satisfacción personal hubiera costado mucha sangre hermana. Contenteme con suponer lo que serían aquellos pasos tentadores, escuchando la descripción que de sus bosques y de los intrincados coligüales me hacían mis indios. En el día podía llegar al otro lado, a Maiue, pero detuve mi anhelo, y subiendo y bajando las mesetas, tomando nota de los fenómenos glaciales representados por enormes trozos erráticos de rocas andinas, volví a la toldería principal en el agreste valle donde reinaba Shaihueque.*

Llegábamos en buen momento; mis indios habían tenido la felicidad de bolear algunos avestruces en la meseta donde la caza escaseaba generalmente, y esa provisión de carne fresca no podía ser más oportuna; hacía falta en los toldos. Recibía la visita del cacique

Quinchaula, cacique bonachón, a quien debo en mucha parte haber obtenido el permiso deseado para llegar hasta Nahuel-Huapí, y el que me fue negado en el primer momento. Pasaban cosas inexplicables en los toldos: golpes del caballo, enfermedades, robos más frecuentes que antes de mi llegada; las tormentas andinas bajaban hasta el valle, la niebla cubría las mesetas y envolvía a avestruces y guanacos, y así mis pocas yeguas, que ya no eran mías sino de Shaihueque, eran el único alimento de la toldería. Todo formaba una atmósfera displicente alrededor del cristiano, a cuya presencia se atribuían esos hechos perjudiciales a la colectividad mapuche. Mucho hablé aquel día y debí estar feliz en mi discurso, pues con la cooperación de Quinchaula obtuve el permiso para visitar el lago. Creo que gané su simpatía con haber aceptado de él y comido sin repugnancia aparente, un plato de harina de maíz con sangre y mondongo crudo, con lo que puse a prueba mi mentada amistad por esos indios. ¡Pobre estómago! Bien resistió esa muestra de la culinaria mapuche, gracias a estar preparado a ello por otros platos que solo soporta quien desfallece de hambre. ¡Cuánto resiste un estómago civilizado y cómo se acostumbra a todo! En ciertos momentos, sin mayores necesidades, se adapta sin violencias a lo que se le ofrece, y así más de una vez me he sorprendido, allá, en la tierra del indio, comiendo, o mejor dicho engullendo, porque así lo exigía la lucha por la vida, ‘hachuras’ crudas cuyo recuerdo hoy me estremece; escenas en las que no éramos hombres sino perros famélicos, perros de toldería, que son los perros más desgraciados de la tierra; hombres que teníamos que disputar a los pobres animales lo que estos, en ‘poblado’, hubieran desdeñado. ¡Cuánta astucia para conseguir una tira de tripas o un trozo de hígado de yegua chorreando sangre cansada! Sin embargo, en ese medio primitivo, aquello era natural, y el estómago se adaptaba sin querer a las circunstancias”.

Visita al Nahuel Huapi

Moreno (1879, p. 37; 1942, p. 33) encontró a Shaihueque ebrio festejando la visita de Quinchahuala, quien lo acompañaba a beber desde el día anterior y debió esperar tres días antes de que le diesen autorización para seguir viaje, “amenazado siempre con los utralalves, o monstruos que se ocultan en las sierras; con los anchimalleguen o walichus enanos que viven

en las cuevas y con el tralcan o trueno del Tronador”. Shaihueque le hizo decir que, si llevaba en el corazón otra cosa que la que había dicho o si tenía más de uno de esos órganos, como había oído decir de muchos cristianos pícaros, el tralcan enviaría sus rayos y las lluvias para darle muerte y que los pigmeos le arrojarían flechas y piedras para herirlo.

Para conseguir el permiso debió dejar su cartera, los retratos de su familia y las cartas que llevaba destinadas a Chile. Al respecto diría Moreno, “*demostré a los indios que los argentinos y ellos éramos hermanos; que habíamos nacido en la misma tierra*”.

Shaihueque le permitió ausentarse solamente por una semana y para que nada prolongase su viaje, solamente consintió que fuese en “*el montado*” y que llevase como provisión de boca, para él y sus acompañantes, nada más que una oveja (Moreno, 1942, p. 34).

En la versión del chasque que Shaihueque envió a los indios de Mackinchau y que estos contaron a Moreno (1942, p. 107) al año siguiente, durante su visita a la colonia de Chubut, Shaihueque le había permitido visitar Tequel Malal (lago Nahuel Huapi) y que este consideraba que Moreno luego de “*regresar a Buenos Aires (...) volvería pronto porque deseaba que [Moreno] fuera su hijo. Que al querer casarlo había rehusado porque aún no se consideraba bastante amigo de los indios*”.

Dos días después, llegaron al Nahuel Huapi, “*llamado así en las relaciones de los jesuitas (...)*” pues “*Los indios lo denominan Tequel-malal (nombre de un paradero vecino) y Strectialafquen*” (Moreno, 1879, p. 38) o *Streteia-Lafken* (Ygobone, 1954, p. 92).

Según el relato de Moreno (1893, p. 102-105): “*(...) Hermoso camino es el que conduce desde Caleufú al gran lago. El trayecto se hace en parte por sobre altas lomas, que luego he recordado en los Vosgos, y por las ásperas y empinadas laderas de las montañas, por cuyo centro, en profunda grieta, corre el Limay. Los despeñaderos, casi a pique y sombreados por alerces, por los que descienden, veloces, cristalinos manantiales que nacen de faldas hermosas, amplias, redondeadas, donde desde lejos, los bosques parecen diseñados por el hombre, encierran sorpresas peñascosas, oscuras, salvajes en su grandeza como escondrijos de la Selva Negra. Allí vi el rápido, donde naufragó el atrevido Cox y crucé el bellísimo Traful, que ha de ser mentado un día por sus grandes truchas y*

por sus recodos encantadores, cuando los hijos de esta tierra de promisión que nuestros vecinos llaman la Argentina y que nosotros casi desdeñamos, abramos los ojos y busquemos aquí, en lo nuestro, lo que nos embelesa lejos, en tierras extrañas. Y si aquel espectáculo es hermoso, más lo es a medida que se avanza al Sur. Qué tranquilas, qué bellas, cuánto prometen las cercanías del tranquilo Lemán argentino! — llamémoslo así, por modestia, pues es más grandioso que el suizo. ¡Y al llegar al lago ansiado, con qué gozo bebí, sediento, aquella agua fresca, en la misma naciente del Limay! Entre sorbo y sorbo, mi pensamiento satisfecho ascendió los meandros del Río Negro, desde el Atlántico hasta el gran trozo errático que allí destaca su mole granítica, descansando de su viaje desde los ventisqueros en el mismo punto por donde desagua el lago, entre las arenas, lamido por las aguas tranquilas, verdosas y azules en aquel día inolvidable (...)”.

Era el 22 de enero de 1876 y Moreno (1942, p. 205) había finalmente llegado al Nahuel Huapi, acompañado por Manuel Silva y Celestino Morón, policiano de Viedma. En su relato (Moreno, 1942, p. 34; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 27): “*Al llegar al lago ansiado, hice reflejar por primera vez en sus cristalinas aguas los colores patrios [esta bandera se encuentra hoy en el Museo Francisco P. Moreno de Bariloche; Ygobone, 1954, p. 310]. (...) Me miré por dentro en ese momento de satisfacción. Fácil me había sido realizar mi propósito, disipar las dificultades al empuje de la voluntad. ¿Qué quedaba de las penurias, más aparentes que reales, del viaje? ¡Nada! El espíritu descansaba tranquilo como el lago azulado de ese día, sin vestigios de las borrascas anteriores. Muy pequeño era el esfuerzo hecho para ser el primer hombre blanco que desde el Atlántico llegara a tal sitio*”.

Unos años después, Moreno (1879, p. 15-17) diría: “*Los días que allí pasé no se borrarán jamás de mi memoria, y su recuerdo siempre me será grato: cuando, estropeado por las piedras y las espinas y cansado de buscar elementos de estudio en las orillas del lago, sentía necesidad de reposo, tendíame envuelto en el quillango sobre mi lecho formado de piedras, cuidadosamente arregladas y cubiertas de cascajos más pequeños, que, con un poco de buena voluntad, podría figurar como mullido. Allí, solo, admiraba ese panorama y no podía dejar de presentarse a mi espíritu la idea de la pequeñez con que aparece el hom-*

bre ante esas gigantescas obras de la Creación, y al mismo tiempo de la imponderable magnitud de los esfuerzos hechos para llegar a investigar la naturaleza y sorprender sus secretos. Horas enteras pasaba gozando de esa quietud que desde tan remotos parajes me permitía pensar en la patria y en el hogar, agradables recuerdos que evocaba a la vista de los alegres jilgueros, ratonas y chingolos, esos pajaritos vivarachos que animan tanto nuestros jardines. Entonces recobraba la tranquilidad de espíritu que difícilmente podía conservar en las saturnales que diariamente presenciaba en las tolдерías.

Algún día volveré a visitar esos parajes, veré mis plantaciones de eucaliptos, que quizás habrán respetado los inviernos; mis inscripciones en las rocas sombreadas por los cipreses que crecen sobre la lava de los antiguos volcanes en que están grabadas, y podré admirar una vez más los ventisqueros y el cono del Tronador, donde todos los espíritus malignos celebran sus fiestas infernales, y que, tachonado de azul y blanco hasta la base, todo lo domina con su aspecto imponente.

El tiempo llegará en que esos parajes vírgenes de civilización se conviertan en populosos centros, donde el hombre aproveche las múltiples y poderosas fuerzas que allí ostenta la naturaleza y que hoy entorpecen la marcha del viajero.

Esos mismos rápidos del Limay contra los que se estrelló la frágil canoa de Cox, pero no el pensamiento benéfico que le guiaba, desaparecerán un día, cuando las naves surquen las aguas azuladas del Nahuel Huapi y lleven las producciones de su territorio convertido entonces en la provincia más rica de la República, por el río Limay, que serpentea entre praderas, bulle entre las rocas de los rápidos, recibe las aguas de dos poderosos afluentes (el Collón-Curá y el Neuquén o Comoe) y cruzando veloz por entre islas de lujuriosa vegetación llega a vaciarse en el Atlántico”.

“(…) Ver Nahuel-Huapí era una de mis grandes aspiraciones y la satisfacía, pero desgraciadamente no podía escudriñar sus secretos internándome en los bosques que llegan hasta sus orillas, ni alcanzar hasta las nevadas montañas que limitan el lago al Oeste; no me era permitido avanzar más. Sabía que, a pocas horas de marcha, en la hermosa rinconada de Tequel-Malal, vivía el cacique Inacayal quien me hubiera recibido bien, pero eran terminantes las ór-

denes de quien todo lo podía en aquellos lugares. Establecí campamento al pie de elevados cipreses cerca del agua, y reposé dos días, lejos de la indiada, días empleados en soñar con el porvenir de ese pedazo de Patria, aún desconocido de sus hijos civilizados. Al tercero día decidí regresar a Caleufú, (Moreno, 1942, p. 35) no sin hacer antes planes para el futuro y despedirme hasta otra oportunidad del gran lago luego de bañarme en sus purísimas aguas, y después de una frugal comida compuesta de manzanas, piñones y frutillas dulces, fragantes, que brotan allí silvestres como el trébol en la pampa porteña. Ese día despejóse el Tronador, y me fue dado ver su blanca cumbre y los enormes ventisqueros que de ella descienden. La hermosa llanura del Sud-Este del lago, verde y amarilla, parecía cultivada en parte, y tenues humaredas dentro del bosque vecino anunciaban poblaciones, quizás las de indios valdivianos que según datos que me habían dado en el Río Negro, cultivaban la tierra haciéndole producir cebada y maíz para Inacayal, a quien pertenecía la costa del lago [pues] se consideraba dueño de [ella]. Diría Moreno (1893, p. 102-105) de Inacayal (...) mi amigo después, fue el jefe mapuche más accesible a los halagos de la civilización”.

En 1896, al llegar Moreno (1898, p. 250, 208) a la Estancia de Juan Jones, ubicada en la península que se halla en la margen noroeste del lago, recordaría: “en este punto tenía en 1876 sus tolдерías el cacique Inacayal, pero Shaihueque no consintió, cuando visité el lago en ese año, que me acercara a la tolдерía de Tequel-Malal, que así se llamaba entonces el paraje” (...) “¡Con qué entusiasmo, con qué gratas emociones ante la visión del porvenir de aquellas regiones, marché ese año hasta el pie de los Andes, frente a Valdivia y viví de la vida del Señor de la Tierra en las tolдерías de los caciques Shaihueque y Ñancuqueo llegando luego al lago Nahuel Huapi, realizando así mi aspiración de niño! Gratos recuerdos me trae esta evocación. ¡Cómo se deslizaban las horas ante las perspectivas de aquellos paisajes, vírgenes entonces de civilización y que cubría en mi entusiasmo con ganados, sembrados y ruidos de industrias y naves surcando ríos y lagos! (...) El territorio recorrido entre Las Flores y el gran lago, ¡que magnificencias naturales ostentaba! No comprendía cómo una nación viril, dueña de uno de los pedazos más

hermosos y fértiles de la Tierra, no se preocupaba de estudiarla para utilizarla en todos sus recursos (...).

Regreso a Calefú

De regreso al campamento de Shaihueque, sobre cuyo toldo flameaba la bandera argentina que le había obsequiado (Bertomeu, 1949), se encontró con un ambiente hostil, pues le atribuían las últimas desgracias ocurridas. Según Moreno (1879, p. 110), la prevención de los aborígenes supersticiosos fue despertada nuevamente (después de las sospechas originadas en sus anteojos) pues lo consideraban chileno, creencia originada después de la llegada de un *aucache* (auca = salvaje, montaraz; che = gente; nombre despectivo dado a quienes vivían en la provincia de Valdivia), que había venido a vender aguardiente y que informó que del otro lado de la Cordillera se aseguraba que Moreno no era argentino, que no había pasado por Río Negro, que las cartas de Linares no eran auténticas y que debían cuidarse de él, pues era chileno, enviado por el gobierno de ese país. Según Moreno (1879, p. 110-112) lo único cierto era lo de las cartas, pues las había escrito él mismo, con el consentimiento de sus amigos de Río Negro. La “información” del *aucache* se originaba en su deseo de que Moreno se fuera rápidamente pues había sido testigo “*de una escena repugnante, que la buena educación y el pudor*” no le permitían mencionar y que, de ser conocida por los mapuches, hubiera tenido malas consecuencias para el *aucache*.

Shaihueque se encontraba ausente, pues, debido a que escaseaban los alimentos, había salido a la mañana a bolear avestruces. Moreno, mientras ayudaba al “*platero de la tribu*” a fundir unos estribos de plata, escuchó algunas palabras del *aucache* y comprendió que tramaban algo grave. Por ello, en cuanto llegó Shaihueque, Moreno le dijo que todo lo que dijera el *aucache* era falso y “*que no debía dudar de su compadre, pues era inferirle una ofensa*”.

Ceremonia de Ya-la-ley-cura

Shaihueque estaba mal predisposto pues había tenido poco éxito en la cacería. La niebla había cubierto las colinas en donde esperaba encontrar los avestruces y su hijo mayor, Truquel, había sido herido por una caída del caballo atribuida a “*una flecha arrojada por los walichus que viven en las cavernas*”.

Shaihueque interpeló seriamente a Moreno, pero este se defendió con energía, diciendo que a su llegada se le había dicho que se lo respetaría y proponiendo, ante la llegada del aguardiente necesario para la fiesta que se haría, que en ella la adivina podría decir si él era culpable o no.

Shaihueque accedió y mandó chasques convocando a la reunión. Moreno no podía esperar mucho de la hechicera, pues esta, una joven de dieciocho a veinte años, hermana de la “*novia*” rechazada por Moreno y una de las indias más bonitas que había visto, no lo miraba con buenos ojos debido a las “*maravillosas curas*” que había realizado en las tolдерías y que le “*habían dado gran renombre y numerosa clientela*”.

Mientras aguardaba el día de la junta, Moreno (1879, p. 114-115) todas las tardes, leía, licor mediante, “*en parlamento*” y “*a pedido del cacique*”, en francés, un capítulo del tratado de mineralogía “*Les Roches*” de Beudant y, en inglés, una carta de Musters, “*todo lo cual arrancaba al auditorio furibundas carcajadas*”. Al relatar estos hechos, Holmberg (1882, 79) suponía que probablemente los integrantes de la audiencia “sentirían cosquillas en los oídos”. Todo ello, sumado a “*los gatos, pericones y malambos*” que el asistente de Moreno “*tocaba en la guitarra*”, hizo olvidar la denuncia y alegró al jefe hasta que llegó el día de la junta.

Ese día fueron (Moreno 1879, p. 115-116; 1893, p. 110-112) hasta “*la colina situada a orillas del Ya-la-ley-cura, donde se había desplomado el gran conglomerado que servía de piedra sagrada*”. Esta piedra “*protectora de Shaihueque, —el tótem del jefe*” (...) “*de unos veinte metros cúbicos*”, había rodado hasta ese lugar, según el anterior Machi, enviada por Dios como una advertencia al cacique, indicando el descontento que sentía porque no había hecho “*rogativas*” para agradecer el buen resultado de una excursión a la isla Chole Choel. Según Moreno “*el hechicero anterior era un gran borrachón y no había perdonado al jefe que no celebrara su feliz regreso con alguna bacanal*”.

La ceremonia propiciatoria fue presidida por la hechicera de la tribu. Luego de llegar dieron —incluido Moreno—, diez vueltas alrededor de la piedra, corriendo a caballo, lo cual “*no dejaba de ser peligroso por estar colocada en una fuerte pendiente*”, al tiempo

que se dirigían con alaridos al Eterno diciendo: “*Miradnos Hombre Grande: (Fta-Huentru), dadnos la mano derecha y favorecednos con la salud*” y extendiendo esa mano hacia el cielo, “*cerrándola y abriéndola como para estrechar la mano del Eterno*”. Luego se apearon y “*la hermosa hechicera repartió a cada uno un puñado de arvejas grandes, que los aucaches habían traído, y algunos cuernos y las tazas de lata*” de Moreno que, sin que este supiese cómo, habían pasado a propiedad de ella, llenas de *queneu-pulcu* (bebida hecha de zarzaparrilla).

Continuando con los alaridos, depositaron los granos en los huecos producidos por el desprendimiento de clastos, a los cuales los indios consideraban como ‘*los ojos de las piedras*’, luego los regaron, mojando los dedos en el licor y rociando tres veces los más grandes, y finalmente bebiendo el resto del contenido de las tazas y los cuernos. De esta manera, según anunció la Machi, se saciaban la sed y las iras de Dios.

La machi se hallaba parada, aislada, sobre una roca lisa ubicada en una pequeña elevación desprovista de arbustos, “*tañendo el rali y entonando un canto triste y bastante melodioso con el que quizás pedía inspiración para el juicio en que debía fallar*”. “*Estaba envuelta en una carpeta amarilla de mesa con grandes flores verdes, despojo de alguna invasión, que le había regalado Quinchauala; su moreno cuello estaba adornado con infinidad de collares (llancatu), en su seno relucía un tupu de plata pulido y en su cintura un ancho tirador bordado de cuentas de colores y de plata (kepantue). Adornaba su cabeza la elegante redecilla india (tacu-lonco) que caía hacia atrás cubriendo dos largas trenzas, llenas de hilos con cuentas de plata (kezkell’hue) que se enredaban en los grandes aros cuadrados del mismo metal (chahuaito) que pendían de sus orejas y de parte del pelo (...), cuando movía la cabeza para acompañar al del rali, al ruido de los dedales metálicos de la redecilla y al de los cascabeles de sus pequeñas botas adornadas de plata (shumell)*”. “*Esas joyas, obra de plateros indígenas, tenían tanto parecido con algunas descubiertas en las sepulturas de la edad del bronce y la primera del hierro, en la Europa Occidental y en el Cáucaso, que me permitían formarme una idea de la moda de aquellos tiempos remotos. Esta analogía de formas es otro de los tantos misterios que esconde aún esta*

América (...)”. “*Vestida así, unía a la majestad de la sacerdotisa toda la coquetería de que es capaz una india joven y bonita. Su figura era más que simpática, y si su misión en ese momento era apartar las flechas arrojadas por los espíritus malignos, mientras duraba la fiesta, para que no penetrasen en el corazón de los ancianos que presenciaban el juicio, ella inocentemente se convertía en instrumento del brujo Cupido y más de un bravo mocetón ponía más atención en la hechicera que en el illatun (sacrificio)*”. Moreno remarcó el “*inocentemente*” pues el “*voto de castidad es indispensable para ejercer el delicado cargo de oráculo*” y él consideró que no se debía dudar de la fidelidad de la joven al mismo.

Según Moreno (1879, p. 117-119) este espectáculo contrastaba con el de una “*vieja horrible, verdadera bruja, que acompañaba a la machi moviendo en sus brazos, que parecían carbonizados, dos tripas infladas (uaza) llenas de piedras pequeñas y llancas (piritas de hierro). Misterios que la adivina no permite examinar pero que son, según ella, un llamativo eficaz a los walichus buenos de que dispone para arrojar a los malos que son sus enemigos, cuando se oponen a que realice alguno de sus sortilegios*”.

Terminado el licor, el parlamento continuó, todos de a caballo y con lanzas, y el cacique Chacayal, presunto suegro de Moreno, quien parecía ser el más impresionado por la denuncia que pesaba sobre este, comenzó a hablar.

Puso de relieve que Dios había hecho nacer en esas tierras a ellos y que los blancos, que habían nacido del otro lado del Agua Grande, habían llegado a estas tierras “*que no eran de ellos, a robar los animales y a buscar la plata de las montañas*”. Que esto era lo que le habían dicho sus padres, quienes habían recomendado que nunca olvidaran “*que los ladrones eran los cristianos y no sus hijos*”, que sin pedir permiso vivían en los campos de los que los echaban y que, si bien les daban raciones, estas eran un pago muy reducido en relación con lo que les habían quitado, y que ahora ni eso querían darles. Que “*el indio es demasiado paciente y el blanco demasiado orgulloso*”. Que ellos eran los dueños y los cristianos los intrusos. Que ellos habían prometido no robar y ser amigos, pero con la condición de que fueran hermanos. Que habían pasado uno, dos, tres años y que hacía casi veinte que no invadían, “*guardan-*

do los compromisos contraídos”. Que Moreno había visto las “chilcas” (cartas) de los ranqueles y de los mamuelches pidiendo gente e invitando a invadir y que Moreno sabía que ellos no habían aceptado.

Sin embargo, prosiguió, ya era tiempo que dejaran de burlarse de ellos, porque todas sus promesas eran mentiras (¡coila-coila!). Recordó que los huesos de sus amigos, asesinados por los “huincas” (cristianos), blanqueaban el camino a Choele Choel pidiendo venganza y que no los enterraban para tenerlos siempre presentes y “para no olvidar la falsía cristiana”.

Sostuvo que hacía mucho tiempo que no mojaba su mano en sangre de cristianos y que desde San Antonio de Iraola [San Antonio, estancia del sur de la provincia de Buenos Aires dentro del actual partido de Benito Juárez], “donde en 1854 tuvo lugar una espantosa carnicería de soldados y gauchos argentinos” [de la que participaron Chacayal y Shaihueque] que no había comido caritun de huinca (caritun = carne cruda, “figura retórica empleada cuando se ha hecho una matanza de cristianos”).

Mencionó que el aucache les informaba que los gringos venían a pelear, ahora que no cumplían con las raciones y que ellos no habían dicho nada porque la pelea era “en Salinas, porque Namuncurá es intruso y Dios no le dio esos campos”, pero que ellos debían defender lo que él les había dado.

A continuación, le recriminó a Moreno que quisiera engañarlos diciendo que era amigo de los indios de Patagones, pues “ni puelches, ni moluches, ni picunches ni huiliches lo han visto”, puesto que era chileno. Por todo lo cual “la sangre iba a chorrear de su cara, de vergüenza, y su pequeño corazón” iba a reventar cuando confesase que los había engañado.

Chacayal habló durante aproximadamente una hora, mientras Moreno lo escuchaba, “asombrado de su elocuencia y de la entonación notable de su voz poderosa y su aspecto guerrero”.

Chacayal esperaba que Moreno contestara, pero Shaihueque lo sacó de apuro. Influido por el Que-neupulcu, se rio y preguntó que cómo creía Chacayal que Tapayo (nombre que algunos indios daban a Moreno) fuera chileno. Que Moreno no había mentido. En seguida se dirigió a Moreno llamándolo “compadre”, para preguntarle cuántos años tenía. Moreno, con lo poco que sabía del idioma, le contestó: veintitrés. A lo que Shaihueque comentó,

dirigiéndose a Chacayal, que según el chasque, el cristiano que venía escondido era un viejo, mientras que Moreno era un joven que casi podía ser su hijo (según Moreno, Shaihueque creía que tenía aproximadamente la edad de su hija Liquechem “cuyas facciones demostraban veinte años”). Además, para demostrar que no era chileno, señaló que a Moreno nunca lo había visto correr un avestruz y bolearlo, ni enlazar un potro, y que los chilenos no se vestían con un traje de pana hecho pedazos, en especial los pantalones y con botines rotos de elástico, ni llevaban anteojos. Para Shaihueque los chilenos eran los “rotos valdivianos” que no usaban pantalones y botines elásticos.

Chacayal se calmó y Shaihueque agregó que él pensaba que los chilenos eran mentirosos pues unos días antes les había enviado un caballo overo para su venta, pues le habían dicho que le pagarían más que en Patagones, pero que solamente le habían enviado la mitad de lo que pensaba obtener. Además, el aguardiente de los chilenos era peor que el de los argentinos, pese a lo cual lo vendían caro, mientras que Moreno se lo había regalado (en referencia al coñac que este le había dado).

El consejo quedó convencido y Chacayal, como expresión de su amistad, le dio la mano con tanta fuerza que casi se la rompe. Por su parte, Yankakirque, “el cacique de las nueve mujeres”, que decía tener un corazón tan grande como su barriga, en la que se daba continuamente grandes palmadas, necesitaba más pruebas, razón por la cual al darle la mano a Moreno le dio un tirón para bajarlo del caballo. Pero Moreno, que estaba prevenido, debido a lo sucedido en anteriores parlamentos, apretó las rodillas y pudo mantenerse en el recado, con lo cual el cacique quedó convencido, por la “fuerza bruta” de Moreno, de la bondad de sus intenciones. La Machi también aceptó la opinión del jefe.

Tras el parlamento partieron todos en carrera desenfundada hacia el sitio donde debería efectuarse el gran camarucum, “rogativa a Dios” o gran fiesta anual y para el buen regreso de Moreno a Patagones, pero en opinión de Moreno, debida a la llegada de bebida, lo que daría lugar a una borrachera que duraría seis días.

Las mujeres, montadas de a dos y a tres, trataban de adelantarse a los más atrevidos de los mocetones.

Tras recorrer dos leguas llegaron a “*la vega de Tchilchiuma, al borde del Caleufú*” (Moreno, 1879, p. 123), donde las viejas habían improvisado grandes toldos, en media rueda, con las aberturas hacia el naciente. Los que venían de lejos y no habían traído sus toldos habían construido pequeñas chozas de ramas verdes. “*Cientos de individuos, entre hombres, mujeres y niños, se habían dado cita para celebrar la omnipotencia del Fta-Huentru. Delante de los toldos y chozas, las puntas de las lanzas de los guerreros, adornadas con plumas rojas, relucían al sol*”. “*Las mujeres preparaban caritún para el desayuno de los hombres; las yeguas muertas a bolazos delante de ellas, lanzaban del pecho chorros de sangre que las viejas recogían en fuentes inmensas de madera o de plata para que los valientes la saborearan antes de dar principio a la ceremonia. El gran toldo donde Shaihueque, su familia y los caciques invitados, debían pasar los tres días de fiesta, había sido construido*” con tejidos vistosos hechos por las chinas durante el invierno, sostenidos por cuarenta enormes lanzas pintadas de rojo y adornadas de plumas y gallardetes; en su tope, flameaba la bandera argentina que le había regalado Moreno, “*dominando sus colores todo ese conjunto y animando al viajero con su vista*”. Fue imponderable el efecto que, en el ánimo de este “*produjo la vista del símbolo de la patria*”. Todo su esplendor se presentó al recuerdo, que pasó revista a su grandeza, y entonces buscó “*hacerse digno de ella y de los que, lejos, veneran los colores que la simbolizan*” (Moreno, 1879, 114, 120).

Las mujeres se habían arreglado de la mejor manera posible; las caras de las jóvenes habían sido pintadas de rojo, azul, blanco y negro, y sus labios de rojo, dejaban ver espléndidas dentaduras al demostrar la alegría ante la perspectiva del baile. Se adornaban con sortijas falsas y arrobos de cuentas de colores. Los jóvenes se habían vestido con todos sus lujos y la plata abundaba más que el hierro y el peor vestido era Moreno. Los enamorados habían agotado todos los recursos para agradar a sus “*amadas palomas*” (*maicoños*) y uno de ellos, el gallardo Paishi, había bañado su abundante y negra cabellera con un frasco entero de aceite ‘Mompelas’ que había robado al asistente de Moreno, el cual chorreaba por su cara a causa del calor y de la agitación.

Shaihueque, más lujoso que todos, relumbraba al sol con el traje de goma que Moreno le había regala-

do en prueba de amistad, y su hija, Liquechem, que se presentó envuelta en una sábana de hilo blanco”, tenía la cabeza adornada con un espejo, “*que reverberaba al sol y la cara adornada con etiquetas de carreteles en las que se podía leer ‘D.C. Thompson, Num. 36, etc.’ Que, como último recurso, era el presente de gala que le había hecho esa misma mañana. Eran las dos figuras más notables de la reunión junto con un indio picunche que lucía en su cabeza una gran gorra de señora, la cual contrastaba con su quillango pintarrajeado. El paraguas rojo, abierto delante de la tienda de Ñancuquequen, atraía la atención de todos*” (Moreno, 1879, p. 121).

La fiesta comenzó ahuyentando al Espíritu Malo. La encabezaban Umautesh, segunda hija de Shaihueque, en un caballo blanco pintado con rayas azules, y Tacuman, tercer hijo varón, montado en un colorado pintado con rayas blancas y adornado con cascabeles y plumas. (...) Se tiraron lanzazos al aire para ahuyentar al *walichu*, (...) luego se apalearon los toldos, por si se hallaba oculto en ellos y, finalmente, considerando que se había alejado, se organizó el baile.

“*Encendieron grandes hogueras, frente al ruca (toldo) del lonco (cabeza-jefe) clavaron dos hileras de lanzas perfectamente alineadas, las jóvenes se colocaron de un lado y los hombres de otro y comenzó la danza, marchando y moviendo la cabeza hacia ambos lados y cantando monótonamente para acompañar la música representada por el rali, que tocaban las viejas sentadas cerca del escenario del baile, y por dos rutrucas, instrumento compuesto de una larga caña de coligüe, hueca, forrada con tripa, y en la punta un cuerno de toro, y que llevan dos indios, uno: el músico, que sopla con toda la fuerza de sus pulmones para producir solo un sonido seco y desagradable, y otro que conduce en sus hombros el instrumento. Algunos indios usaban pequeñas flautas de caña tierna de las que no obtenían sino silbidos y todo era acompañado por la guitarra de mi asistente*” (Moreno, 1879, p. 122).

“*El baile consistió en vueltas y contorsiones y saltos, sin salir de ambas filas y en las que marchaban haciendo piruetas cada uno para sí, cojeando ya de una pierna, ya de otra, siempre oponiendo el hombre la contraria a la de la mujer, de la que lo separaban las lanzas, o asidos de las fajas todos los hombres y de las mantas todas las chinas*”. “*Las mujeres, sobre*

todo las bonitas y gordas, y por eso las más perseguidas por los enamorados (la gordura es considerada como gran belleza entre los habitantes de la Patagonia), llevaban pequeños palos para castigar a los más osados que pretendían atentar contra su pudor cuando se encontraban en el extremo de la calle de lanzas; palos que, en esos momentos, son su única defensa, pues los padres y hermanos presentes poco se cuidan de hacerlas respetar y, por el contrario, festejan con risas los ademanes escandalosos de los bailarines. Sería impropio que consignara aquí las escenas que presencié y los dichos de mi compadre, el 'Gobierno de las Manzanas' (que es el título que se da Shaihueque) respecto de su hija Liquechem, mientras echados de barriga en el césped, presenciábamos el baile que se hacía en honor de mi buena suerte. Esa música monótona, aunque original, los alegres u obscenos cantos de las viejas sentadas alrededor de las hogueras donde se asaban potros, el relinchar de los briosos caballos de los mocetones y las hileras de luces producidas por el reflejo de la luna en las puntas bruñidas y agudas de las lanzas, comunicaban algo mágico a aquella escena.

Según Moreno (1879, p. 123) la fiesta duro "tres soles" en los cuales el baile de la noche alternaba con las variadas ocupaciones del día. Las horas que las corridas al walichu o las danzas nocturnas les dejaban libres las usaban los hombres en el juego de la baraja, la payana, la checa y las carreras. Las jóvenes se mostraban, alegres, los espejos, los lujosos aros, sortijas y collares y las mantas azules y rojas con las que Moreno las había obsequiado, todo lo cual estimulaba su coquetería y despertaba la envidia de las que habían llegado de otros toldos tarde para aprovechar su prodigalidad. Algunas mantenían pláticas amorosas con los bailarines de la noche. Los jóvenes infantiles, "futuros defensores de la patria mapuche", desnudos, se ejercitaban tirando las bolas y enlazando los perros de las tolderías, o hacían ejercicios de lanza usando ramas de manzano. Los guerreros más viejos, sentados lejos de las mujeres, a quienes no consideraban capaces ni dignas de escuchar sus proezas, relataban sus campañas pasadas.

Vida después de la muerte en un cuento en la fiesta

Las viejas hacían la comida o cantaban epigramas picantes "a juzgar de la algazara de quienes las oían".

Solo una de ellas, proveniente de las tolderías "de mi amigo el buen cacique Naguipichuin", famosa por sus cuentos viejos, era escuchada sin alboroto. Moreno no pudo comprender su relato, pero luego se hizo traducir fragmentos que le permitieron hacer una reconstrucción.

El cuento, según Moreno, (1879, p. 123-130) era una muestra "de la fantasía del soñador indígena" y encarnaba "la idea mitológica", "tan antigua quizás como la humanidad" de la vida después de la muerte. En esta idea "la muerte solo es una modificación de la vida que no cesa". Pues "solo la ciencia puede darnos la convicción de que todo cesa con nuestra desaparición del escenario terrestre, pero la ciencia es desconocida en el cerebro primitivo y sin cultura". Esta historia no era "creación de la india sino producto de lejanos abuelos, quienes, más libres que el actual mapuche cuya inteligencia parece atrofiarse con los vicios introducidos por los europeos, tuvieron, en el tranquilo goce de sus hogares, ancho campo donde alimentar su fecunda imaginación despertada por el espectáculo que rodea los sitios donde vivieron".

El cuento se desarrollaba entre las montañas, en una quebrada oculta, que ni el mismo Pillan (espíritu del mal), que engendra rayos y truenos y produce avalanchas, puede distinguir "para saciar (...) sus iras". El pequeño prado de césped verde está protegido por el tupido ramaje de "espesos y oscuros rarales" y en su centro hay un pehuén cuyas ramas tiemblan al viento, y se balancean "las hojas gigantes del fresco pange", mientras canta triste el melancólico Chucáu (ave). Al pie del pehuén llora un indio sobre la tumba "de quien fue su compañera en esta vida, de quien endulzó su hogar al regreso de las correrías sangrientas", la que yace allí por la mala voluntad de un hechicero, que no pudo ser contrarrestada pese a las imploraciones al Buen Espíritu. Solamente pudo el indio sustraer el cuerpo "sin ser visto de los brujos" para sepultarlo en este sitio, que él solo conoce, envuelta "en cruzadas mantas y acompañada por sus dos perros renegridos más estimados". El indio siente un amargo dolor por su cobardía, por no haber sido capaz de poner fin a su vida y acompañarla "a la región de la dicha" (según Moreno esta práctica suicida era común entre las mujeres, pero el hombre jamás la imitaba).

Tres días y dos noches llevaba el indio implorando la compasión y el perdón de la que allí dormía,

pero el “genio del mal” no permitió que el espíritu “que aún no se ha alejado de las inmediaciones del punto donde reposa el cuerpo que animaba” se acerque, y el indio solo oye, como único consuelo, “el tétrico aleteo de los reales manques (cóndores) en la montaña y el triste y tímido canto del chucau”.

Al llegar la tercera noche, la ternura del indio aumenta y con sus lágrimas crece el torrente, se disipan las últimas claridades del día y en el firmamento “se define la pálida *Yepum*, la estrella de la tarde”. Los sollozos del indio son los únicos síntomas de vida. Es entonces cuando el Espíritu Grande, el Fta-Huentru, accede a los ruegos, vence al Maligno y “consiente en que el alma evocada consuele a quien la ingratitud ha hecho infeliz”. De la tumba se eleva una forma nebulosa que luego toma “la apariencia del cuerpo que días antes había estrechado agonizante entre sus brazos”.

Pero la sombra de la esposa no se dirige al indio, sino que le da la espalda. Solo luego de un largo rato, se dirige irritada al cobarde que imploraba, con la conciencia intranquila por no haber cumplido con su deber de dejar este mundo junto con ella. Las repriminaciones no cesan en el silencio de la noche. El *culchinculchin* (grillo) chilla y el *Unelve* (lucero) apaga sus luces. El indio no consigue su perdón.

Pasó otro día y llegó la noche. La visión reapareció “y el alma compadecida olvido la pasada ingratitud, perdonó y concedió permiso al *hueichave* (guerrero valiente) para acompañarla en vida al *Alhue-Mapu*, al país de las almas, a la mansión eterna”. Ya había transcurrido el tiempo máximo permitido, de tres soles, concedido a un alma para no alejarse de la fosa. “Solo los ruegos del indio pudieron demostrar el viaje del *alhue* de su esposa”.

Acompañada de sus dos fieles perros renegridos, la sombra condujo a su marido a través de los Andes. Los esfuerzos en contra del *Pillán* son inútiles contra la ayuda benéfica del Fta-Huentru y finalmente llegan a la costa de la gran laguna. El viaje hasta el fin de la Tierra fue efectuado durante la noche, pues solo entonces es cuando las almas viajan. El viajero duerme hasta avanzada la tarde. “El *Anteu* venerado, baña su roja esfera en las oscilantes aguas del Pacífico y solo quedan franjas de púrpura en el horizonte; ya las chispas de oro que brillan en las cúpulas gigantes del *Quetropillán* y el *Yaimas* se han extinguido”. El indio se despierta y la sombra reaparece. La sombra

llama y “de entre las imaginarias costas apenas definidas del oeste (...) que las supersticiones indígenas creen orillas del Mundo de las Almas, se desprenden tres *huampus* (canoas hechas de un gran tronco cavado toscamente) que veloces se dirigen a la tierra”. Dos de las canoas llevan mujeres y, en la mayor, rema un hombre “de estatura elevada y de fuerza hercúlea”. Desembarca el hombre y muestra su disgusto por la tardanza “de la que solicita el paso al reino de las almas”; pero más aún por un olor hediondo “que jamás ha sentido después que abandonó su cuerpo”. La india explica que es su esposo que aún está vivo y espera el permiso, escondido en el monte, para acompañarla, en recompensa del cariño que le tiene. Pese a que la entrada de un cuerpo vivo al país de los espíritus era algo monstruoso, “el alma de la india fue tan seductora en sus ruegos, que el permiso fue concedido”. El indio fue lavado por el anciano en la gran laguna, y en forma de millones de piojos, extirpó las miserias del hombre sobre la Tierra. Se embarcaron y en cuatro horas llegaron al mundo deseado. Seis meses pasó el indio en “la vida de las almas; pero esa vida que para el espíritu es delicia, para el cuerpo es un martirio. A la inversa de lo que acontece en la Tierra, allá en la región eterna, reina el día mientras la noche nos cubre en esta, y nuestras horas de bullicio son allí del silencio de la muerte”. Durante nuestra noche todo era alegría para el indio, “millares de fogones señalaban otros tantos toldos, y el alma del guerrero, dejando inerte su cuerpo, se unía a los corrillos formados por las almas de sus antepasados y de sus amigos y contemplaba a su lado la de su amada”. Todos los placeres se ofrecían, pero, aunque estos “no fatigan las almas allí” hacían que las horas de la vida transcurriesen vertiginosamente para el pobre indio, y no le permitían acercarse a su esposa sino cuando el cansancio se apoderaba de los espíritus. “Todo se desvanecía cuando llegaba la hora de la vida en este mundo y la del silencio para el otro. Apenas conseguía el enamorado que su amada descansara en su lecho, las tinieblas principiaban a desvanecerse y con ellas la materialización del alma de su compañera, y la aurora alumbraba al pobre indio estrechando entre sus brazos no un bello cuerpo sino alguna espinosa tuna o un lagarto”.

El indio buscaba alimento en el desierto, pero este no era suficiente. Por la noche, en el otro mundo, la nutrición del alma no le servía para su cuer-

po. Finalmente se vio obligado a pedir a su amada el regreso desde el *Hullchei-maihue* (de donde no se vuelve). Ella lo condujo al pie de la araucaria y allí lo dejó. Pero tanto había sufrido que regresó con la decrepitud de un centenario. Cuando volvió a encontrarse con sus compañeros, que lo habían creído muerto, y les contó lo sucedido, lo llamaron *Fofo-Huentru* (loco). Vagó un año más, lejos de sus antiguos compañeros que lo creían un brujo y, un día, algunos cazadores encontraron su cuerpo momificado colgado de un pehuén. Por fin había hallado el valor “*para ceñir a su cuello el lazo que colgó del árbol el día que enterró a su esposa*”.

Moreno (1879, p. 131) interpretó esta historia como una expresión de la idea sobre la inmortalidad del alma, en la cual había “*rasgos de fetichismo muy pronunciados*”.

Al amanecer del cuarto día de la fiesta, hubo grandes sacrificios a orillas del Calefú. Según Moreno (1879, p. 131-132), “*después de las grandes orgías, no he presenciado escena más espantosa que aquella. Las víctimas maniatadas, revolcándose y lanzando mugidos lastimeros, no inspiraron compasión a los sacrificadores que les abrían el vientre, arrancándoles brutalmente el corazón para poder arrojar la sangre, bullente aún, hacia el cielo, para implorar los favores de Dios. El vértigo de la sangre dábales un aspecto feroz cuando, así desnudos, bañados en ella, corrían a pie delante de sus víctimas, regándolas con licores o llenándoles la boca con los pastos más delicados y que ellas más estimaron en vida. Al mismo tiempo los espectadores atronaban los cerros con sus alaridos, que aumentaron luego que principiamos a arrojar al precipicio los cuerpos inmolidos*”.

Luego regresaron a los toldos y comenzó la borrachera.

Moreno se vio obligado a beber para complacerlos. Tomó queneu-pulcu, bebida preparada por las chinas de una manera asquerosa, que Shaihueque le ofrecía y que Shaihueque y Chacayal querían que tomase en grandes cantidades para demostrarle “*cuánto agradecían que hubiera preferido la bebida de los campos a la de los cristianos*”.

Chacayal se cambió de ropa “*para solemnizar la borrachera*” y vistió como mejor le fue posible, con un chaleco colorado sobre las carnes, un pequeño chiripá, una bata verde de mujer, resto de un saqueo

en Chile y un sombrero de paja chileno que, en vez de cinta, llevaba la divisa roja, con la inscripción “*Viva la Confederación Argentina, mueran los salvajes unitarios*”, la que, de joven, había traído de Río Colorado y que conservaba como recuerdo de Rosas, de quien quería que Moreno fuese amigo.

Con la excitación del alcohol, recomenzaron los murmullos contra Moreno, quien se vio obligado a irse al monte cercano, donde permaneció tres días junto con su asistente y dos ancianos que los indios querían matar por considerarlos brujos, comiendo manzanas verdes y algunos pedazos de cordero que Moreno cambió a una china por su único calzoncillo. Cuando Moreno consideró que la indiada no estaba en condiciones de hacerle daño, volvió a la toldería y encontró a su compadre (Shaihueque) sentado en el suelo llorando y preguntando si no le habían hecho algún mal, mientras su mujer, Fía le mojaba la cabeza para evitarle una congestión, y lo consolaba por la pérdida de su última esposa, la tehuelche Cheleukchen, que había huido de los toldos después de una paliza. Se llamaron “*toros*” (valientes) y Moreno lo hizo acostar en su cama. En momentos en que los indios se peleaban totalmente ebrios, Moreno les cambió el aguardiente por agua que continuaron bebiendo creyendo que se trataba de licor, con gran contento de Fía que temía que, si continuaba la borrachera, al día siguiente arderían los toldos. A la mañana siguiente, todo había concluido.

Dos días después, Moreno (1879, P. 132) se despidió de Shaihueque y emprendió el regreso.

El 4 de febrero Moreno (1898, P. 256) se aproximó a una piedra ubicada en la orilla del Collon-Cura, a la que identificó con la que Falkner mencionó “que tenía formas de mujer” y que ubicaba cerca de Tequel-Malal. Según Moreno llegó “*hasta cincuenta metros de la piedra en cuestión (...) rodeada por los toldos, y no solo pude examinarla, sino que debí a las buenas piernas de mi caballo el no ser asesinado allí (...)*”.

Los capitanejos Praillán y Llofquen, hijos del cacique Huillikeupu (Huillikeupu, o “pedernal del sur”, Moreno, 1942, p. 44), planearon una acechanza en esos toldos para vengarse eliminando al espía [Moreno] que habían enviado para traerles el “walichu” a ellos, pues habían atribuido la muerte de su padre en (un lazareto de) Buenos Aires, a las brujerías de los “huincas”, en circunstancias en que

había viajado para hacer un tratado de paz y obtener racionamiento de yeguas y vacas (Bertomeu, 1949).

En la versión del chasque que Shaihueque envió a los indios de Mackinchau, y que estos contaron a Moreno (1879, p. 109), al año siguiente, durante su visita a la colonia de Chubut, si bien Shaihueque se oponía a que mataran al cristiano, algunos indios planearon hacerlo *“pues no había salido todavía de los toldos”* y desconfiaban de él pues creían que su visita a las tolderías tenía como objeto buscar la plata y el oro de las sierras, que conocía *“gracias a su vista de manque (cóndor); subía a las montañas y desde allí, mirando hacia abajo, encontraba el cullul-cura (carbón de piedra) y otras piedras que los blancos buscaban para ir luego a poblar esa región. Además, les constaba que ‘mil quinientos cincuenta gringos’ iban a entrar por Villarrica a pelearlos y que quizás el cristiano era un espía, pues se creía que no venía de Patagones sino de Chile”*.

Según Moreno (1879, p. 109), pudo escapar gracias al aviso del cacique Molfinqueupu.

Moreno (1942, p. 44-46) regresó por el valle del Limay, donde contó hasta 120 sendas de arreos de ganado robado y llevado a Chile por mujeres, pues los hombres estaban ocupados en una gran invasión que se proyectaba desde Salinas Grandes, de lo cual se enteró en el paradero de Chichinal.

Allí entabló conversación con un indio taciturno, del que luego sabría (al revisar las alforjas que le sacaron) era un *“Machi”* o médico hechicero. Por él se enteró de que habían matado al mayor Jurado quien, al despedirlo en Azul, había expresado su temor por la vida de Moreno. También se enteró de la muerte del mayoral de la mensajería de Bahía Blanca, Calderón, con quien había viajado desde Las Flores a Bahía Blanca.

En la ocasión, decidió arrear por sorpresa los caballos que llevaban los indios y estos, que quedaron a pie, no pudieron perseguirlo; unos pocos que trataron de hacerlo desistieron ante algunos tiros de Moreno. Este, en las alforjas del Machi, encontró un tubo de madera hueco, lleno de uñas cortadas a indios muertos en pelea. Se detuvieron, muy avanzada la noche, a diez leguas de Chichinal y contaron 25 caballos además de los propios.

El 17 de febrero de 1876, llegó a Carmen de Patagones donde permaneció apenas un día y siguió via-

je después de comprar un caballo, que cayó muerto por el esfuerzo al llegar a Bahía Blanca. Siguió hacia el norte y al llegar a las proximidades de un rancho para alojamiento de la policía, ubicado donde hoy se encuentra Tres Arroyos, su caballo cayó muerto por lo que debió llegar a pie al rancho, donde le dieron un caballo para que pudiera seguir viaje al día siguiente.

En camino a Tandil, pasó por la estancia *“La Juanita”* y desde el palenque le pidió agua a los vascos propietarios y les gritó que se cuidasen del malón que venía.

Se preguntaba Moreno años después: *“¿Vivirá aún alguno de los vascos de la estancia ‘La Juanita’ y recordará al hombre que un día, ya tan lejano, desde el palenque, les pidió agua y les gritó que se cuidaran, pues el terrible malón venía detrás? Más de una vez los señores de la Canal se han acordado de mi advertencia apresurada al pasar sin resuello por su estancia y pedirles muda de cabalgaduras (...) ‘Salvaremos la familia, pero lo que es las vacas (...)’. Salvaron la familia; a las vacas se las llevó la indiada una semana después. Los vascos de ‘La Juanita’ resistieron, pero creo que algunos perdieron la vida”*.

Un siglo después, la nieta de Moreno escribiría *“Casi cien años después constaté que ‘los vascos de la Canal’ se salvaron. Preparaba yo, mesas de casamientos y una familia, de la Canal, se puso en contacto conmigo y, al saber mi apellido, me preguntaron si por casualidad era algo del Perito Moreno, al contestarles que era nieta, fue muy emocionante cuando me dijeron: ‘Gracias a su Abuelo vivimos’ (Moreno Terrero de Benites, 1988, 29).*

El 27 de febrero de 1876, domingo de Carnaval, cuando faltaban tres leguas para llegar a Tandil, el cansancio de los caballos y la pérdida del rumbo obligaron a Moreno (1942, p. 46) a acampar a orillas de un ojo de agua, con el recado tendido al reparo de una mata cortadera. Finalmente llegó a Tandil al amanecer, donde despertó al Juez de Paz para advertirle de la invasión. Allí pidió nuevos caballos para seguir a Las Flores y mientras los preparaban, visitó por primera vez la *“piedra movediza”*.

Según Moreno (1942, p. 47) siguió viaje hasta Rauch, donde estuvo media hora y no pudo conseguir caballos. Pero a las diez de la noche, llegó a una estancia próxima, donde, pese a que todos dormían, le gritaron: *“agarre los que están en el corral”*.

Finalmente, llegó a Las Flores, a tiempo para tomar el tren. Telegrafió a su casa y sucio y harapien-to como estaba subió. Tuvo allí un diálogo risueño (Moreno, 1942, 47) con dos porteñas que luego resultaron ser amigas de sus hermanas:

“Se equivoca, buen hombre, este coche es de primera (...), me dijeron dos distinguidas porteñas que lo ocupaban. Sonríe, me cubro con el poncho pampa y me arrincono, esperando que así se disculpe mi atrevimiento, pero escucho. Hablan. ‘Pobre Moreno, parece que los indios lo tienen cautivo en la cordillera y lo maltratan, según avisan de Chile (...)’. ‘Me permiten, señoritas; no es exacta la noticia.’ Me miran sorprendidas (...) ‘¿Y cómo lo sabe usted?’ ‘¡Porque soy Moreno!’”

En la estación de Buenos Aires, lo aguardaban parientes y amigos (Bertomeu, 1949). Inmediatamente le hizo avisar al Ministro de Guerra sobre la invasión, y aunque no le creyeron (Moreno, 1942, p. 47), esta se produjo días después, el 3 de marzo de 1876 (Ygobone, 1954, p. 85).

Sus compañeros de la Sociedad Científica le ofrecieron un banquete en el que agradeció el apoyo recibido (cf. Moreno, 1942, p. 48). Su informe a la Sociedad Científica fue expuesto en una sesión pública realizada el 14 de marzo de 1876, y visitó a Zeballos, Burmeister, Alsina, Del Valle (Bertomeu, 1949; Ygobone, 1954).

Capítulo 7

EXPEDICIONES DE MORENO AL NORTE ARGENTINO Y AL RÍO SANTA CRUZ (1876-1877)

Viajes a Catamarca y Santiago del Estero

En la primera mitad de 1876, Moreno recorrió las provincias de Catamarca y Santiago del Estero (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 108) donde coleccionó una serie de antigüedades de los calchaquíes.

La exhibición de estas colecciones en el Museo Moreno daría lugar a las siguientes reflexiones de Juan María Gutiérrez: “De algunos años a esta parte, el saludable empeño que (...) manifestaron las autoridades patrias por aclimatar en el país las ciencias positivas, ha tomado un ensanche que nadie puede desconocer (...) La ciencia no se ha limitado a lo actual ni detenido en la superficie del terreno (...) El suelo de la república, bajo sus capas superficiales, está sembrado con los despojos de razas de que apenas hacen mención las pocas crónicas dejadas por los españoles. La curiosidad inteligente comienza a reunir esos restos de civilizaciones olvidadas o completamente desconocidas, y pronto podremos presentar a la ciencia de la etnografía, abundante materia primera para base de sus especulaciones”. “(...) El joven naturalista don Francisco Moreno emprendió hace poco y de su propia cuenta, un viaje arqueológico a la (...) provincia de Catamarca. Este viaje fue rápido pero fructuoso. Hemos tenido el gusto de examinar (...) la preciosa colección que ha formado el señor Moreno (...) y podemos asegurar que esa colección es de la mayor importancia. No se puede tomar en la mano, y contemplar esos objetos sin ad-

miración y sin que se despierte el deseo de adquirir noticias sobre la raza, el pueblo y los hombres capaces de producir a semejantes maravillas de esfuerzo, de constancia y de instinto artístico (...). No se contentaban aquellos aborígenes con fabricar un objeto útil, sino que lo embellecían con las gracias del arte: no hay uno solo que no envuelva alguna idea o pensamiento artístico, simétrico y bien dibujado o esculpido (...)” “(...) estos productos industriales (...) muestran un grado sumamente adelantado de civilización en el hombre de esta parte de América que existió en épocas tan remotas (...)” “(...) Estos tesoros hallados ya, prometen otros muchos y deseáramos que se hicieran excavaciones inteligentes, y con sus resultados se formara un museo especial (...)” “Es para nosotros tan importante el asunto tratado en estos renglones, que quisiéramos que nuestras palabras fuesen bastante poderosas para alentar a los jóvenes compatriotas a exploraciones etnográficas. Nada puede ser más interesante que el estudio del hombre (...) alejado de nosotros por los siglos, que nació y vivió bajo la influencia de la atmósfera de la tierra y del cielo argentino. Esos son nuestros verdaderos antepasados y su historia debe interesarnos porque es la historia de nuestra familia, sepultada en el olvido por la ignorancia de los que nos trajeron la civilización cristiana en la punta de sus espadas y en las garras de sus canes de presa” (Gutiérrez, 1877, 651-657).

Preparativos e inicio del viaje a Santa Cruz

En el mes de julio (Moreno de Terrero de Benites, 1988, p. 112) obtuvo *“que el Ministerio de Relaciones Exteriores me facilitara los reducidísimos recursos indispensables para resolver el problema de la verdadera situación geográfica de la Cordillera de los Andes, en el extremo sur del continente, y, con ello, el grado de veracidad que tuviera la aserción que me había hecho el Señor Ministro de Chile, don Diego Barros Arana, de que la Cordillera en vez de terminar al oeste de la península de Brunswick, como yo lo suponía, extendía sus ramales hasta el Cabo Vírgenes, en la boca oriental del Estrecho de Magallanes, de manera que todo el estrecho quedaba comprendido dentro o al oeste de la Cordillera, y, por lo tanto era chileno en toda su extensión”*.

Con la ayuda de Estanislao Zeballos y de la Sociedad Científica, Moreno consiguió que el Presidente Avellaneda apoyase su viaje a las nacientes del río Santa Cruz, dándole medios, a través del Ministerio de Relaciones Exteriores (Moreno, 1879, p. 41), cartera ocupada por Bernardo de Irigoyen.

En 1896 (Moreno, 1898, p. 209) dijo al respecto: *“Ese viaje tenía por objetivo, además del reconocimiento del Río Santa Cruz, averiguar la verdadera situación de la Cordillera de los Andes. En ese entonces, argentinos y chilenos nos disputábamos, alegando cada uno mejores derechos, las tierras magallánicas situadas al Oriente de los Andes y esa excursión robusteció, en mi opinión, nuestro derecho a esas tierras tan feraces y tan llenas de promesas”*.

Para el reconocimiento del río Santa Cruz, Moreno pidió un bote pesado de cuatro remos pues sabía que Fitz Roy había usado botes demasiado livianos para una tripulación excesiva de 25 hombres. Sin embargo solamente recibió uno muy pesado de ocho remos y escasas provisiones (Moreno, 1879, p. 42, 44).

La tripulación, además de él mismo, se compondría de otros tres remeros, los marineros Francisco y Pedro Gómez, que solicitó al gobierno, y el grumete Abelardo Tiola, que había sido destinado por el capitán del puerto para su servicio personal mientras durara la exploración. Francisco Gómez era un correntino que nunca había navegado en el mar, *“paciente y trabajador como todos sus paisanos”* y fue uno de los que más contribuyó al éxito de la expedición, y Pedro Gómez era un negro nacido en

los trópicos, poco trabajador por naturaleza, para el cual las guardias nocturnas en el timón eran terribles y que temía morir en el viaje, tal era su creencia, sin poder volver a su antigua vida y a emborracharse en las tabernas del Bajo de Buenos Aires (Moreno, 1879, p. 43-44).

El 20 de octubre de 1876 (Moreno, 1879, p. 41) salió de Buenos Aires, a bordo de la pequeña goleta *Santa Cruz* (ex *Berta*), comandada por el Capitán Luis Piedrabuena, quien antes se había desempeñado como piloto de la *Rosales*. El buque era de solo cien toneladas y tenía pocas comodidades; era propiedad de Piedrabuena, pero por Ley de 1875 era subvencionada por el Gobierno para realizar un servicio de correo a la Patagonia. Asimismo, en cada viaje debía embarcar oficiales de la marina a fin de practicar navegación, razón por la cual fue el primer buque escuela que tuvo el país.

Levaron anclas a las doce, el viento era escaso y a la noche fondearon en Quilmes. (Moreno, 1879, p. 41-42). Los malos vientos y *“otros contratiempos”* detuvieron la salida del Río de la Plata, por lo que recién el 6 de noviembre, pasaron Punta Médanos y a la tarde divisaron *“la monótona línea que forman los médanos, el pueblo de Lobería y luego el elevado cabo Corrientes”* y las rocas de Punta Mogotes. Para el 7 de noviembre a las 12, la observación astronómica mostró que estaban en lat. 38° 17'.

Durante el viaje, en el cual Moreno (1879, p. 44) tuvo, en sus palabras, dos buenos compañeros, el señor Juan Richmond y el capitán Luis Piedrabuena, trabó relación *“en las horas de cuarto”* con el contramaestre Francisco B. Estrella, quien había sido práctico del Río de la Plata, puesto que había dejado para acompañar a Piedrabuena. Moreno lo definió como *“hombre enérgico, acostumbrado al mar y a la pampa, que había recorrido como soldado”* y logró convencerlo de que lo acompañase en su expedición.

Chubut

Al llegar a la altura de Península Valdés recogieron, con una draga, del fondo marino a 45 brazas, bivalvos, gastrópodos y equinodermos. Moreno (1879, p. 45) observó que la zona del golfo San Matías, Península Valdés y Punta Norte resultaba peligrosa por las mareas y vientos y remolinos, cerca del lugar donde, en su anterior viaje a Santa Cruz, el 11

Expediciones de Moreno al norte argentino y al Río Santa Cruz (1876–1877)

de noviembre de 1874, habían recogido náufragos del barco americano *Mary A. Packer*.

El 13 de noviembre costearon las elevadas barrancas a pique cubiertas de médanos de península Valdés y pasaron Punta Delgada con el propósito de entrar en Bahía Nueva (Golfo Nuevo), pero el viento calmó y luego cambió al norte, poniéndose de proa, con lo que las aguas corrían en dirección opuesta a la entrada al golfo. Pasaron de largo por Punta Nueva y Punta Ninfas y, escoltados por una ballena, se dirigieron a la desembocadura del río Chubut, y fondearon cerca de la entrada, al abrigo de las barrancas terciarias del promontorio del norte.

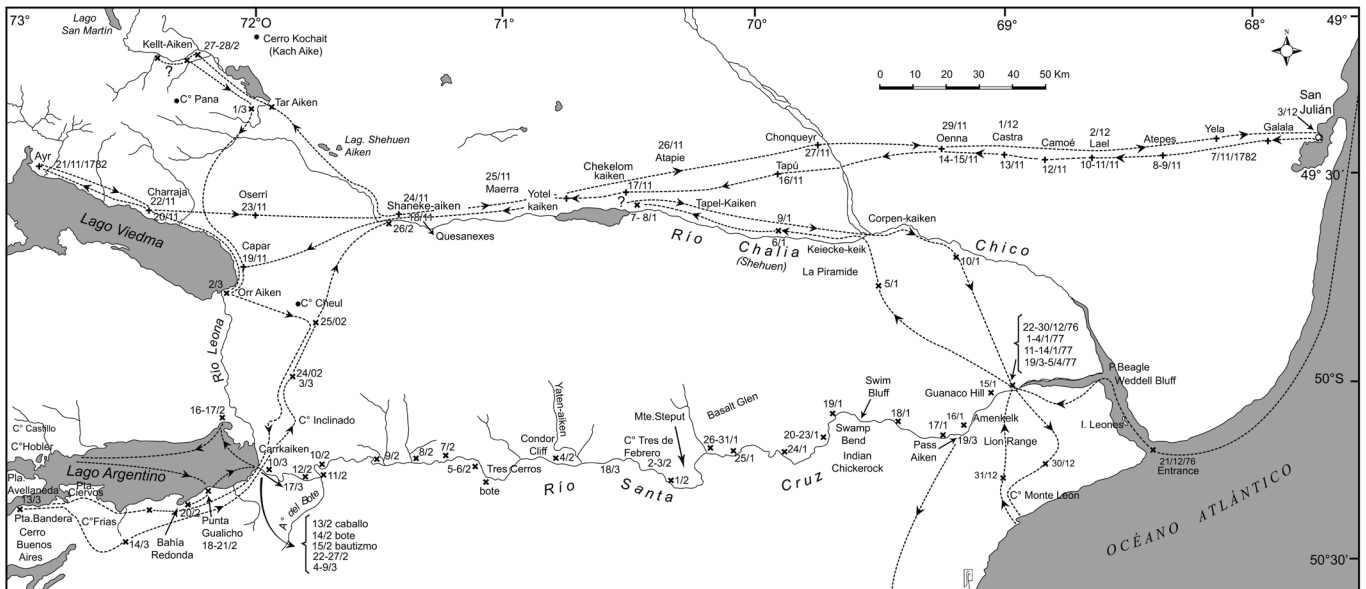
El 14 de noviembre, amaneció con viento en contra, pero bordeando la costa se acercaron a Bahía Engaño y al desagüe del río Chubut. Fondearon a 8 brazas, pero no pudieron bajar a tierra debido a la marea en contra y a la fuerte marejada. Los habitantes de la colonia encendieron hogueras para marcarles la posición de la boca del río, pero durante la noche hubo que levantar el ancla y salir mar afuera debido al fuerte viento del este.

Moreno (1879, p. 46-49) destacó el hecho de que la bahía era un verdadero engaño por ser una costa

abierta sin resguardo para los vientos del este que cuando soplaban con fuerza contribuían, junto con las corrientes, a poner los buques en peligro. Cuando había viento desde tierra, es decir desde el NNO a SSO, era posible que los buques de mucho calado, que no pudieran resguardarse en el río, pudiesen fondear con alguna seguridad. Caso contrario debían permanecer hasta un mes en las inmediaciones, cruzando desde Punta Atlas hasta Bahía Nueva sin poder descargar en tierra.

El 15 de noviembre, el día amaneció favorable y pudieron acercarse al río Chubut, pero por estar la marea en bajante, la barra no les permitió aproximarse. No obstante, el deseo de llegar a tierra “*luego de una travesía de diez y ocho días*”, los llevó a embarcarse en un bote, aprovechando la calma, para aproximarse a la costa.

A mitad de camino a la costa, encontraron “*la falúa*” del comisario nacional de la colonia, que llevaba a bordo algunos colonos, quienes la noche anterior habían encendido las hogueras para marcar la posición de la entrada del río. Con ellos venía Luis Ibáñez, antiguo marinero de Piedrabuena, que vivía retirado en la colonia dedicado a la caza de avestru-



Expedición de Moreno al río Santa Cruz (15/4/1869 - 26/5/1870) y recorrido previo de Antonio de Viedma entre Puerto San Julián y Lago Viedma (7/11/1782 - 3/12/1782).

ces, “cuya simpática figura, bronceada, envuelta en un clásico quillango del sur, contrastaba con la de los rubios galeses”. Como estos no hablaban con claridad el español, Ibáñez les sirvió de intérprete.

Les informaron que la barra no se podría cruzar hasta la próxima marea y, pese a su poca profundidad, recién con la segunda marea pudieron atravesarla. Allí debieron descender, por falta de tiempo, antes de llegar al desembarcadero habitual, debido a que el bote debía aprovechar la misma marea para regresar.

En la costa fueron recibidos por Antonio Oneto, comisario nacional y administrador de la colonia, quien luego de conocer los propósitos de Moreno puso a su disposición su casa y su mesa y le proporcionó caballos para llegar “al pueblito” situado a 6 km de la desembocadura.

En la descripción que hizo Moreno (1879, p. 49-50): “en las inmediaciones de la aldea principian los trigales y se ven diminutas huertas, con legumbres y pequeños alfalfares; y algunos pocos álamos plantados por los colonos, y sauces de los que, antes de la venida de estos, adornaban las orillas del río, alegran el punto poco pintoresco donde se levantan los escasos edificios de Tre-Rawson” (...) “malísimamente situado, en la falda de una pequeña lomada, cubierta de cascajo que impide cultivar los alrededores, a excepción de las pequeñas rinconadas inmediatas al río”. Moreno permanecería allí por veinticinco días.

Moreno hizo una serie de comentarios críticos sobre la colonia. Es evidente que consideraba un error que no se hubiera hecho una exploración previa y que se hubiera aceptado la colonización sin contar con más información que la provista por quienes querían establecerse allí. Ello, en su opinión, hizo que el gobierno gastara en esa colonia más dinero que en cualquier otra de las que había en el resto del país “sin tener esperanzas fundadas de que llegue a la altura de ellas”.

“La distancia y los pretendidos privilegios de esa colonia, que no quería otro idioma que el galés, la ha mantenido aislada y como separada de las otras poblaciones argentinas, de las cuales solo se ha acordado cuando sentía necesidades. Tan absurdo aislamiento no le ha acarreado sino daños, y hoy que sus pretensiones disminuyen, parece que tiende a prosperar. Si no hubiera sido por los auxilios del Go-

bierno, que algunos han tratado de hacer creer que no pasaban de promesas, la existencia de la colonia galesa hubiera sido de pequeñísima duración” (Moreno, 1879, p. 50-51).

Moreno destacó la escasa extensión de terreno cultivable (15.000 hectáreas), aunque supuso que con la construcción de acequias, ya iniciadas por algunos colonos, se podrían tener cosechas más seguras. También consideró útil el plantar árboles que proporcionarían madera para construcción, que hasta ese entonces debía llevarse desde Buenos Aires o del Estrecho de Magallanes e Isla de los Estados.

Concluyó que esa colonia “Solo a costa de sacrificios podrá algún día vivir (...) de sus productos sin necesidad de recurrir al gobierno nacional”, aunque no consideró posible que pudiese tener importancia como centro exportador debido al terreno pequeño y a la falta de un puerto de fácil acceso.

En su opinión, el Golfo o Bahía Nueva podría ser el puerto de la colonia “una vez conocidos (...) los puntos provistos de agua dulce, y puesto en comunicación con aquella por un camino carretero de fácil construcción” (...). “Abrigo la convicción de que si la colonia de Chubut, en las actuales condiciones, no tiene gran porvenir ni vida propia, cuando se estudie el territorio comprendido entre río Negro y el Chubut y la inmigración haya llevado la vida a los vastos valles del occidente hasta los Andes, su importancia será grande y será la válvula de desahogo de esas extensas comarcas. Pero ese es trabajo de un siglo.” (Moreno, 1879, p. 52).

Evidentemente Moreno creía que la zona cordillerana tenía más posibilidades de desarrollo y que la riqueza que produciría influiría sobre la costa, pero ignoraba en ese entonces que el centralismo y estatismo que comenzaban a establecerse en la Argentina solamente incentivarían el desarrollo de las poblaciones costeras más fácilmente conectadas con Buenos Aires.

Moreno aprovechó su estadía en la zona para hacer excursiones por los alrededores y obtener información de los pobladores sobre la geografía de la región, para lo cual contó con la ayuda de Luis Ibáñez.

Moreno (1879, p. 53-62) hizo un bosquejo de la cuenca del río Chubut, y de los ríos Chubut, Aisén, Senguel (Senguer), Teckel y sus afluentes, sobre la base de datos verbales de los colonos, en especial del

Sr. Durnford, del diario de Musters, de los aborígenes y “*ayudado por lo poco que he visto*”.

Allí nació su teoría sobre la divisoria de aguas no coincidente con las altas cumbres, para lo cual consideró también el diario del capitán chileno Simpson. (Bertomeu, 1949)

Moreno distinguió en la Patagonia tres cuencas hidrográficas principales al sur de la del río Colorado, i.e. la del río Negro, la del río Chubut y la del río Santa Cruz, pero pese a que observó que casi todas las cartas geográficas existentes colocaban, a los 43 ° lat. S., las nacientes de los ríos con un recorrido en línea casi recta hacia el oriente, consideró que no todas seguían la inclinación oriental y que había algunas que atravesaban los Andes para ir al Pacífico.

En tal sentido sostuvo: “*Parece que no todas las aguas siguen la inclinación oriental; parece indudable que en ciertas regiones de la Patagonia, hay unas que atraviesan los Andes para vaciarse en los canales del Pacífico. Musters vio a la altura de Teckel (hoy Tecka), un arroyo o torrente que bajando del norte se dirigía al Oeste; y el río Aissen, explorado por la expedición chilena que dirigía el comandante Simpson, se halla en condiciones análogas, como lo aseguran los que lo ascendieron desde la Boca en el Oeste hasta cruzar el Cordón Andino. Esto no implica que la división de aguas en el territorio del centro se encuentra entre los Andes y la pre-cordillera, porque estas son solo excepciones a la regla que es seguida por infinidad de arroyos y ríos que se dirigen al este, según la pendiente natural*” (Moreno, 1879, p. 34).

Tomando en cuenta las contradicciones entre las informaciones de Simpson y Musters, sobre el Aisén y el “*Senguel*”, Moreno planteó, correctamente, la posibilidad de que el Aisén naciera más al sur del “*Senguel*”, “*entre la Precordillera y la Cordillera real*” y luego se dirigiera al oeste y que el “*Senguel*” naciera más al norte entre las mismas cadenas, pero luego tomara la dirección al este. Al respecto también señaló Moreno que los tehuelches le mencionaron que diecisiete ríos (aclarando que llamaban río a cualquier curso por pequeño que fuera) formaban el Chubut y que ello coincidiría con el mapa de Musters (Moreno, 1879, p. 54).

También destacó Moreno (1879, p. 55), contradiciendo el supuesto curso oeste-este del río Chubut, que, según información provista por los aborígenes,

en sus viajes desde el oeste al este, atravesaban un territorio desprovisto de agua. Esto era confirmado por las expediciones de los colonos y “*la del señor Durnford*”, las que siguieron por un lado el río y por otro su supuesto curso sin encontrarlo. Moreno destacó además que en el trayecto oeste-este hecho por Musters por el paralelo 41 no encontró ningún arroyo que pudiera aumentar el caudal del Chubut.

En relación con este tema, Moreno mencionó tres lagunas, situadas en la pendiente SE del Tronador, Uruetattoo, Chig-Chig y Calaja-Quitrin, que alimentaban tres arroyos que se unían más al este en un curso que pasaba por el paradero de Gatehenk-aiken y luego seguía hacia el sur. Más al sur el paradero Chupat-aiken, ubicado entre Telk y Dipelek-aiken era regado por otro arroyo, y más al sur entre Dipelek-aiken y Teckel-aiken, “*hay una región fértil, cruzada por arroyos de curso SE, como el Chulilao, Quisnel y el que divide las regiones de los tehuelches y araucanos*. Todos estos arroyos contribuirían a constituir un río semejante, pero mayor, que el que se formaba a partir de las tres lagunas citadas más arriba [en los mapas actuales no existen tales nombres, pero sí se pueden reconocer lagunas que alimentan cursos de agua que confluyen en el río Manso, que desagua en el Pacífico].

Según Moreno (1879, p. 56-58) de ese punto sabía el río que Musters supuso que desaguaba en el Pacífico “*fenómeno quizás ocasionado por algún relieve poco notable del terreno, sin gran importancia relativa (...). Un simple desmoronamiento puede haber producido, en ese paso de los Andes, la división de las aguas*”.

En su opinión, al sur de Teckel, había arroyuelos que formaban los paraderos de Cisk, Capel, Apelek-aiken, etc., al igual que el Senguel, cuyo brazo principal se originaba cerca de Teckel, y corrían primero hacia el sur, luego se dirigían rápidamente al este, a los 45°, y se unían a alguna distancia de la Cordillera [según los mapas actuales al sur de Tecka nacen arroyos que confluyen en el río Genoa, que a los 45° S se une al río Senguerr].

En su interpretación, el río Senguel (Singuerr según pronunciaban los indios) al inclinar su curso hacia el este, entre terrenos volcánicos, parecía hacerlo por dos grados hacia el SE desde los 72 long. O recibiendo en ese trayecto los arroyuelos mencio-

nados. Luego se dirigiría bruscamente hacia el sur y cruzaría una región baja, frecuentada por nativos, donde estos trazaron un camino para cruzar el río, pues este entre este punto y la cordillera tenía innumerables rápidos. En la intersección del paralelo 46° con el meridiano 70° el río modificaría nuevamente su dirección y tomaría un recorrido sinuoso por diez a doce leguas, entre rocas eruptivas, bañaría una meseta terciaria con una barranca recta oeste-este, luego se dirigiría al norte y luego al este, donde recibiría las aguas de un lago de aguas azuladas, en forma de pera, que mediría 25-30 km en dirección N-S y un poco menos en sentido oeste-este [lago Musters de los mapas actuales], rodeado de rocas porfíricas rojas y parduscas con una altura sobre las aguas de 240-270 m (300 a 330 sobre el nivel del mar). Moreno atribuyó su origen a “*un accidente geológico, antiguo, contemporáneo de la elevación de esas rocas, quizás volcánico*”.

Moreno infirió que este lago era alimentado, además de por muchos arroyuelos mencionados por los indios, por el río que pasa por Gatehenk-aiken “*que probablemente se unen con el sistema de arroyos llamados por Muster río Chulilao*”. Moreno destacó que ese lago no tenía nombre y que si bien en las antiguas cartas figuraba un lago con el nombre de *Coolu-Huape*, que podría ser el mismo, en su mapa lo denominó lago Musters “*en honor del distinguido viajero que cruzó la Patagonia de extremo a extremo y que bien merece este recuerdo*”.

Aquí cabe remarcar que las denominaciones introducidas por Moreno a los accidentes geográficos que reconoció en todos sus viajes no se debieron a la idea de reemplazar nombres aborígenes existentes por otros que implicaban conquista (cf. Bandieri, p. 117-118). Moreno introdujo nombres donde, según él mismo lo explicó, los preexistentes eran dudosos (e.g. Chalten) y mantuvo otros (e.g. Maquinchao, Leleque, Tecka, Senguel, etc.), totalmente ajeno a la posibilidad de que ello fuese interpretado posteriormente como una justificación de posesión por parte de extranjeros.

Según Moreno (1879, p. 58), luego de recibir las aguas del lago Musters, el río Senguel desembocaba en otro lago o gran laguna [lago Colhue Huapi de los mapas actuales], un poco mayor, pero de aguas someras y arcillosas de color blanco terroso, rodea-

do de rocas eruptivas que alcanzaban una altura similar a la que se observa en el lago Musters, aunque en el extremo sur se observaban rocas terciarias. De acuerdo con sus observaciones, esta laguna había sido denominada lago Dillon por Juan S. Thomas, en honor del comisario general de inmigración de la República Argentina, como agradecimiento de los colonos de Chubut. Moreno conservó el nombre a pedido de Thomas. Lo mismo hizo con el cerro Oneto, pico eruptivo situado en el punto donde desagua la laguna. En cambio, decidió no conservar el nombre de río Younger, dado por Thomas al río Senguel, por entender que se debía conservar el nombre indígena usado por Musters.

Posteriormente, Fontana (1886, 24-25) sostenía que para estos dos grandes lagos se debían conservar ambos nombres, Colhue Huapi y Musters.

En la descripción de Moreno (1879, p. 59-60), el Senguel seguía primero al SE y luego al NE, hasta el mar que estaba a unos 100 km de la laguna, sus aguas se hacían turbias, barrosas y su curso se ensanchaba semejando una sucesión de lagunas, luego al llegar a la región baja con barrancas terciarias, su ancho disminuía. En los cañadones que se originaban en estas mesetas había vertientes con agua dulce que formaban pequeños arroyuelos, algunos de los cuales se infiltraban en el terreno, mientras que otros desaguaban en el golfo San Jorge. Más al norte, sobre la meseta, reaparecían los picos de pórfido cerca de la bahía de Camarones. Al naciente del Senguel había salinas donde abundaba el cloruro de sodio y al llegar a los 44° S, el río Senguel modificaba fuertemente su curso hacia el NO; unas millas más al norte, recibía un afluente de aguas claras y allí concluía formando un solo río con el Chubut. Pocos kilómetros al norte de esta unión, el río se dirigía al NE y a mitad de camino entre ese punto y el mar, se inclinaba al ESE formando un ángulo muy oblicuo. Allí comenzaba el valle fértil donde se asentaba la colonia galesa.

Esta descripción de Moreno, basada en las informaciones que recogió, se ajusta en gran medida a lo que se conoce en la actualidad, salvo por el hecho de que el río Senguerr termina su recorrido en los lagos Musters y Colhue Huapi y que la continuidad que Moreno le atribuyó hasta el río Chubut se corresponde en realidad con el recorrido de otro río, el río

Chico, que no se conecta en forma directa con el río Senguerr pues nace al noreste del lago Colhue Huapi.

Según Moreno (1879, p. 60-62), el río Chubut en la parte poblada tenía un ancho medio de 50-80 m, su profundidad variaba de 1 a 3 m y la corriente tenía una velocidad de 2-3 km. El canal de desagüe en el mar tenía como máximo 40 m de ancho y, en baja marea, no daba paso ni a botes relativamente pequeños. El valle tenía forma de ocho elongado, con un ancho máximo de meseta a meseta de 10-12 kilómetros, por un largo de 70. En el centro se estrangulaba en el punto, donde estaba situada Gaiman (Piedra Blanca), de forma tal de delimitar un valle inferior y uno superior. La meseta se elevaba a 90 m y la orientación general del río era OSO. Moreno mencionó la existencia de algunas lagunas pequeñas con sulfatos, la mayor de ellas, llamada de *Chiquichano*, ubicada al norte del río.

La Geología

En su permanencia en Chubut, Moreno (1879, p. 63 y siguientes) realizó una serie de observaciones sobre la geología, las que ubicó en el contexto más amplio de la totalidad de la Patagonia e incluso de la Provincia de Buenos Aires y la región del litoral, en algunos casos, corroborando observaciones de naturalistas como Darwin, Bravard, Burmeister y Agassiz.

Tales observaciones se refirieron fundamentalmente a la “*formación geológica que d’Orbigny llamó Terciaria Patagónica*” y a los rodados que la cubren. Con respecto a la formación terciaria, Moreno mencionó que se extiende por gran parte de la República Argentina, “*por espacio de mil millas*”, que se la encuentra en el litoral, especialmente en Entre Ríos a lo largo de las barrancas del Paraná, en el subsuelo de la provincia de Buenos Aires, en la región pampeana, donde se halla bajo la cubierta cuaternaria y solamente se la conoce por las “*perforaciones artesianas*”. Al sur de Bahía Blanca, se levanta gradualmente a la superficie y se extiende hasta Tierra del Fuego, estando limitada al oeste por la cordillera. Moreno (1879, p. 63) destacó el carácter marino de esta formación, originada en una época en que la parte austral de América “*era un conjunto de islas*”. Describió las características litológicas, su estratificación horizontal y la uniformidad de su contenido fósil a lo largo de toda su extensión.

Sin embargo, describió variaciones en la disposición de las diferentes capas sobre la base de observaciones realizadas en el lugar que los galeses denominan Castillo Viejo, ubicado a mitad de camino entre Rawson y Gaiman, en una localidad ubicada al SE de esta y en Punta Delfín.

Con respecto a la cubierta de rodados o “*manto de cascajo rodado*”, como lo llamó, Moreno (1879, p. 67-69) citó a Darwin, quien había señalado que tiene 1000 km en dirección norte-sur, 320 km E-O y 15 m de espesor y consideraba que es la capa más importante de este tipo en el mundo. Moreno se preguntó acerca de su origen y destacó que se extiende desde la orilla del Atlántico a las faldas andinas. Eso, sumado a la composición, con preponderancia de pórfidos, lo llevó a suponer que estos rodados provenían de las montañas antiguas de la Cordillera, a las que el hielo de la época glacial hizo disminuir en altura, en algunos casos al mismo nivel de los depósitos de rodados, al tiempo que contribuyó a que cubran toda la Patagonia. En apoyo de esta idea mencionó el hecho de que, debido a la anchura relativa del territorio, en Chubut no existían, en proximidad del océano, los grandes bloques erráticos que sí se observan en Santa Cruz. En su opinión, estos rodados habrían formado, antes del levantamiento de la meseta, enormes morenas al pie de la cordillera, las que luego habrían sido diseminadas por las aguas de deshielo y de lluvias torrenciales.

Moreno (1879, p. 70) señaló además que, cerca del mar, las capas marinas terciarias se disponían horizontalmente formando barrancas, todo lo cual indicaba que el levantamiento había sido uniforme y continuo hasta la actualidad, tal como lo demostraba en Chubut la existencia de restos de moluscos vivientes entre los rodados y en la meseta más baja, ubicada entre 12 y 21 m de altura. A este fenómeno de elevación gradual, con interrupciones temporarias, atribuyó Moreno la formación de tres mesetas a 24, 60 y 106 m sobre el nivel del mar, las cuales mostraban una ligera inclinación desde los Andes hacia el este, con una disminución del tamaño de los rodados en la misma dirección.

El clima

Las observaciones de Moreno (1879, p. 73 y siguientes) se extendieron al clima, la flora y la fauna

de Chubut. Destacó el “*clima muy seco y sano*”, la existencia de mayores precipitaciones, de corta duración, hacia el oeste, que en invierno “*la temperatura no es tan cruel como podría suponerse en un país tan árido y desamparado en las tierras altas*”, la nieve no era insoportable por más que en ciertas ocasiones cayera en abundancia, que los cañadones y serranías de la costa servían de abrigo contra los vientos; que en noviembre y diciembre, la temperatura media era de 11 grados y cambiaba bruscamente cuando se producían chubascos, de forma tal que, a medio día, en dos horas, la temperatura podía caer de 15 a 10 grados; que el cielo en primavera, verano y otoño, estaba casi siempre despejado; que en verano la radiación solar era muy fuerte y la refracción marcada de la atmósfera producía bellos paisajes; que el calor duraba pocas horas cuando el viento era escaso, la temperatura era primaveral a la mañana y a la noche; que en invierno el aire era frío a la mañana y la noche, pero a mediodía el sol producía una temperatura casi templada; que los vientos provenían mayormente del oeste, en invierno eran constantes y en el resto del año variaban, de manera tal que, algunas veces, soplaban con fuerza increíble, pero casi siempre disminuían en intensidad durante la tarde, para reiniciarse al día siguiente.

Es interesante destacar que, en su relato de este viaje, Moreno uso una práctica común en los relatos de los naturalistas viajeros de la época, que consistía en mencionar las diferentes variedades de plantas y animales que observaban, haciendo uso de sus nombres vulgares y científicos y, en algunos casos, detallando aspectos particulares de los mismos.

La flora y la fauna

Así, según sus observaciones (Moreno, 1879, p. 74-78), entre Río Negro y Río Colorado, la vegetación era similar a la de Mendoza, pero menos rica y estaba caracterizada por montes de chañares, el piquillín y una especie de *Colletia*, el primero de los cuales tiene un mayor desarrollo hacia el oeste, mientras que todos declinaban hacia el sur. A la altura de San Antonio, los lugares húmedos y pequeñas lagunas tenían gramíneas de los géneros *Stipa* y *Melica*. Hacia el oeste, las gramíneas y otras herbáceas superaban en número a las leñosas. La Península Valdés tenía retazos herbáceos, pero predominaban

los arbustos. Al sur de la península, la vegetación de los matorrales era diferente en las tres mesetas: en la primera abundaban los arbustos, pero también había pasto abundante; en la segunda, el pasto era menos abundante, pero los arbustos y algunas cactáceas, reunidos en matorrales, eran más frecuentes y había claros sin vegetación; en la tercera, las matas grandes desaparecían, había algunas gramíneas pequeñas y en el suelo seco y duro cubierto de cantos rodados, había una compuesta que imitaba a un cactus y líquenes adheridos a las piedras. Si se cruzaba el río Chubut, seguían, hacia el sur, los arbustos cubiertos de más espinas que hojas – que proporcionaban leña- predominando el incienso, entre las doce especies que mencionó.

En el valle del Chubut, había árboles, como el sauce colorado indígena “*que según Darwin ha dado su nombre al río*” (Moreno, 1879, p. 78) y una especie de molle, poco abundante, cerca del mar, algunos *Eucalyptus* recién plantados y algunos álamos. Había también cuatro especies de gramíneas, dos de “*pastos del Chubut*”, alfilerillo y una especie de trébol, entre otra veintena de especies diferentes; algunos hongos en lugares húmedos y musgos en la costa del río. Mencionó además las especies presentes en los bañados salitrosos o lagunas someras intermitentes, cerca de su desembocadura y en la costa del mar.

Sobre la base de lo descripto, Moreno (1879, p. 79) consideró que era más lo malo que lo bueno y que esto último estaba restringido a las tierras bajas y a las faldas de las sierras donde el agua era abundante y que para unir ambas zonas había que atravesar inmensos espacios áridos, aunque los indios aseguraban que entre el Chubut y el Limay el país era excelente.

Por eso escribió Moreno (1879, p. 79): “*Allí, pues, es donde debe extenderse la población futura mezclándose con los indígenas de Mackinchau. La explotación de las riquezas de otro género que hay allí ayudará a la agricultura, y la tolería de hoy podrá ser, con la ayuda de los caciques Inacayal y Foyel (oriundo del río Foyel o del lugar donde hay foye, foique o canelo, s/ Raone, 1969, p. 134), que por lo general viven en ese punto, un centro de civilización de gran porvenir, y así tendremos una línea de comunicación, casi igual a la del río Negro, desde Bahía Nueva a Nahuel Huapi*

y de allí a Chile. En el establecimiento de ese centro consiste, en gran parte, el provenir del Chubut”.

Moreno (1879, p. 77-78) destacó también que con los colonos se introdujeron al menos cuatro plantas dañinas y plantas útiles exóticas (papas, coles, porotos, rábanos, maíz, alfalfa), y de ornato, todas las cuales se producían en pequeñas huertas.

Moreno (1879, p. 79-83) dio también un interesante detalle de la fauna de mamíferos terrestres del Chubut, mencionando las especies presentes, su abundancia y sus costumbres. Entre ellos el león común americano, el gato montés, el gato pajero, el lobo rojo o aguará, el zorro común y el zorro grande, que se hallaba en los bosques y matorrales del oeste, hurones vulgares, el zorrino, raros tigres del agua o huillín, seis especies de ratones y dos de roedores destructivos, todos los cuales habían llegado a la región junto con el hombre blanco, la “liebre”, el pichi, el guanaco, raros ciervos o venados, el huemul de los bosques cordilleranos y el jabalí (quetre-quetre de los mapuches) del Nahuel Huapi, río Limay y río Negro.

En cuanto a la especies marinas, mencionó: el león marino “*que ha proporcionado aceite a las ‘fabricas’ que en las costas patagónicas se establecieron en otro tiempo y de las que hoy solo quedan ladrillos refractarios y enormes tachos de hierro*”, el raro lobo de dos pelos, un delfinoide pequeño o “franciscana”, y recogió un cráneo de delfín, similar al que había obtenido en la laguna Vitel “*lo cual prueba que el animal recorrió más de doscientos kilómetros desde la boca del Salado hasta el punto donde se lo encontró*”. Registró además la presencia de otros tipos de delfines y de ballenas grandes y pequeñas. Moreno (1879, p. 84-85) concluyó que la Bahía (Golfo) Nueva había sido un refugio de ballenas, que fue destruido por flotas de balleneros “*y desde entonces domina el silencio, allí donde antes era todo alegría*”.

Entre unas setenta especies de aves mencionadas por Moreno (1879, p. 85-89), con su abundancia y sus costumbres, se hallaban el cóndor, el carancho, el chimango, el águila gris, el búho magallánico o ñacurutú, el lechuzón de la pampa, la lechuza plomizo-rojiza y la lechuza común, la golondrina de vientre blanco, el gallito, la ratona, un tordo, la calandria común, la calandria blanca, la viuda, el pecho colorado, el chingolo, el loro bullanguero, la paloma de monte, perdices pequeñas, el teru-teru, el

chorlo amarillento, la gachita, el avestruz moro y el avestruz petiso, la garza, la chillona, la bandurria, la gallareta, el flamenco, el pato común de la Patagonia, la avutarda, el cisne de cuello negro, el ganso. Entre nueve aves comunes de la costa citadas se hallaban, el pingüino, al albatros y la paloma del Cabo.

Moreno registró, además, la existencia de la tortuga de tierra, la lagartija común, ocho especies de otras lagartijas, cuatro de ofidios y, en el río, truchas de buena calidad y siluroides y, entre los invertebrados de la costa (Moreno, 1879, p. 90), 25 especies de gastrópodos y 12 de bivalvos.

Durante su estadía en Chubut, Moreno (1879, p. 91-101) se halló limitado por sus escasos recursos y el tiempo disponible por la permanencia del buque. Debido a ello y luego de “*mil dificultades*” para obtener caballos, solamente realizó una excursión a la meseta ubicada al norte del río Chubut. La hizo en compañía de los señores J.M. Thomas y Berwin, entre el 26 y el 30 de noviembre.

El 26 de noviembre, partieron de Gaiman. Cruzaron el valle hacia el norte y se dirigieron hacia el este, llegando a la laguna Chiquichano, “*nombre del cacique de los quirquinchos, tribu pampa*”. Pasaron la laguna, muestras de las cuales fueron examinadas por el “señor Puiggari”, quien encontró, entre otros elementos, “*el valioso nitro*” que otras personas creían se hallaba presente. Alcanzaron la meseta, aunque la lluvia y el viento frío los acompañaron toda la tarde.

El 27 de noviembre, ya sin lluvia, continuaron el viaje por una planicie limitada al oeste y norte por el escalón de la segunda meseta. Solamente divisaron algunos guanacos, y a la caída del sol, ascendieron el segundo escalón de la meseta, 60 m por encima del primero. Observaron una planicie monótona interrumpida a lo lejos “*por algunos pequeños cerros aislados*”. Sin haber encontrado agua, acamparon nuevamente al anochecer hasta que la lluvia les apagó la hoguera y les permitió recoger algún agua para “*atenuar la sed*” que los acosaba. Envueltos en los quillangos pudieron dormir un poco.

El 28 de noviembre, con tiempo despejado, continuaron viaje hacia las elevaciones que habían avistado el día anterior. El terreno se hizo más ondulado y la vegetación más robusta. Observaron “*una milla al oeste*” un “*cerrito de aspecto extraño*” y, mientras

los animales pastaban, lo ascendieron. Comprobaron que no estaba formado por rocas del Terciario, sino que por rocas “*más antiguas, alteradas por acciones plutónicas; eran rocas metamórficas no denunciadas aún en esos parajes*”. En la cumbre del cerro, encontraron “*un cairn funerario*” constituido por “*un montón de piedras y ramas secas, de un metro y medio de altura*” (...) “*entre cuyas junturas blanqueaban restos humanos*”.

Estos cairnes estaban formados por piedras amontonadas que rodeaban y cubrían los restos humanos “*colocados al parecer sobre un piso artificial de piedras planas*”. El más elevado de los que vio Moreno tenía cerca de tres metros y algunas de las piedras que los forman pesaban 40 a 50 kilos. Según Moreno (1879, p. 95-96), esta costumbre no la practicaban en esa época ninguna de las tribus patagónicas. Por otro lado, consideró que las mismas fueron levantadas “*para señalar el sitio donde, en épocas apartadas, perecieron de fríos o por otras causas, algunos desgraciados viajeros*”, pues siempre se encontraban en puntos desiertos “*donde los indios no han tenido sus tolderías*”. Tras inferir las razones de estos monumentos y sus analogías con otros similares de América y del mundo, concluyó que muestran que quienes los hicieron “*creían en la subsistencia de la vida del espíritu después del aniquilamiento de la materia en la tierra*” y en lo que hace a sus analogías, que “*solo demuestran una infancia igual en las razas que forman la humanidad*”. El cerrito se encontraba en un gran bajo que se extendía hacia el NNE por una larga distancia. Moreno comparó sus observaciones con muchas publicadas y concluyó que el cerrito era un ramal, cubierto por capas más modernas, del “*cordón montañoso eruptivo que principia en lo que llamamos sierra de San Antonio*”. Este ramal se dirige hacia el SSO con una altura de 1600 a 1500 m “*desprendiendo varios ramales, y por entre ellos, corre el Chubut*” [aunque] “*la acción plutónica y la acción volcánica se observan en casi todo el territorio de Chubut*”.

Según Moreno, más al oeste de esas sierras, continuaban las mesetas terciarias y luego mantos de basalto espesos que rodeaban valles profundos con aguadas permanentes, tales como Mackinchau, Trang-geo, Kaltraune, Limen Mahuida (sierra de la piedra de afilar), Tamuelin, Trene-ta, etc., donde, se-

gún relatos de los nativos, que lo llamaban “país del diablo”, había géiseres, fuentes termales, etc.

El 29 de noviembre, emprendieron el regreso a la colonia, siguiendo el bajo hacia el sur y dejando los cerros eruptivos a la izquierda y las barrancas terciarias a la derecha. Al terminar el bajo subieron a la meseta y al caer la tarde bajaron entre cañadones, en los cuales Moreno recogió algunos fósiles marinos y ya avanzada la noche llegaron a una de las casas de Gaiman donde pidieron hospitalidad.

El 30 de noviembre cruzaron el río en la angostura que divide ambos valles y tres horas más tarde llegaron a la comisaría nacional.

Casimiro Biguá y Sam Slick

Según Moreno (1879, p. 102) “*cerca de la comisaría nacional está situado el cementerio de la colonia*” en el que había sido inhumado su “*amigo Sam Slick*”, indio tehuelche, hijo del cacique Casimiro Biguá, a quien había conocido en el viaje que hizo a Santa Cruz en 1874 y había vuelto a ver a fines de 1875, en Patagones, antes de salir para Nahuel Huapi.

Casimiro (Bivois o Biguá) fue un cacique tehuelche, hijo de madre tehuelche y de padre desconocido (blanco según Rey Balmaceda, 1964, p. 112), nacido probablemente en 1819, que fue vendido a un comerciante de Patagones, Francisco Fourmantin, apodado “Bivois” o “Bibois” (que en argot significa “doble vía”, en referencia a su actividad marina y terrestre). Tomado por Biguá según Moreno (1879, p. 92), probablemente por el “viguá”, término guaraní usado para un ave de vida marina y terrestre.

Casimiro huyó de Patagones a los 13 años hacia el sur y se convirtió en cacique de los tehuelches australes (aoniken) con base en la Bahía de San Gregorio, en el Estrecho de Magallanes. Entabló relaciones con los gobiernos de Chile y de la Argentina, y comerció con Piedrabuena. Estuvo por lo menos dos veces en Buenos Aires, una en 1865, y en la década de 1860, reconoció la soberanía argentina y el gobierno argentino lo nombró (1865) teniente coronel y jefe principal de los tehuelches de la Patagonia. Falleció en San Gregorio, en 1874.

Sam Slick había dejado Patagones a fines de 1875, días después de la partida de Moreno (25/11) para dirigirse a Chubut, donde “*fue muerto alevosamente por otros dos indios en una noche de orgía*”.

Según Moreno (1879, p. 103), a su llegada supo de “su desgracia”, averiguó el paraje en que había sido inhumado y, en una noche de luna, exhumó su cadáver, el cual llevó al Museo Antropológico de Buenos Aires, “sacrilegio cometido en provecho del estudio osteológico de los tehuelches”. Moreno también desenterró los restos del “cacique Sapo y su mujer, que habían fallecido en ese punto, en años anteriores, en una de las estadias de las tolderías”. Pese a que habían sido enterrados en un cementerio cristiano, los cadáveres fueron colocados en posición sentada, de acuerdo con las prácticas indígenas. Al lado de Sapo, había un hacha de hierro inglesa “quizás la prenda más estimada del pobre jefe” y al costado de su mujer, mezclados con algunas alhajas, recogió los huesos de “un pelado” “infeliz sacrificado al cariño casi maternal que las tehuelches tienen por esa clase de perros”.

Según Moreno (1879, p. 104), después de morir “el espíritu abandona la materia” y se dirige al país donde va a residir “situado lejos, del otro lado de los mares o de los lagos, es decir, en lo desconocido, donde continúa gozando en mayor escala de las mismas comodidades y placeres que en la tierra que deja. Pero el viaje es largo y el alma humana tiene serios enemigos en el trayecto (...) Para su defensa sirve el perro que se inmola (...)”.

Relatos de los aborígenes sobre Moreno

Según Moreno (1879, p. 104), en los últimos días de su estadía en Chubut, “llegaron de Mackinchau algunos pampas con el objeto de negociar un poco de pluma de avestruz y algunos quillangos, por aguardiente, el claro pulcu que se vende en Carmen (de Patagones) y en Chubut y que prefieren en mucho al turbio de los negociantes valdivianos”. La mayor parte eran indios puros, pero también había otros que “en sus facciones y carácter, indicaban mezcla con sangre de blancos, de Carmen (de Patagones) o de Valdivia”. Moreno señaló su preferencia por los primeros pues “son más nobles y apuestos que los segundos, que tienen estatura menos elevada y carácter taimado”. Estos indios le relataron haber “oído hablar de la llegada de un cristiano al Limay”, y como Moreno se dio cuenta que se trataba de él, les pidió que le contasen lo que sabían. La información la habían recibido por intermedio de un chasque que un año atrás les había enviado Shaihueque “para comunicar su llegada y la

amistad que lo unía con un cristiano, y participarles que ya no debían moverse por haber resuelto suspender la invasión, para la cual los había invitado hacia algún tiempo”, aunque debían seguir prevenidos.

Moreno escuchó su relato. Estos demostraron no saber que Moreno había regresado a Patagones y creían que los indios manzanares, que eran más feroces que ellos, lo habían hecho desaparecer. “Hemos llorado todos, decía el más anciano, pobrecito cristiano ¡a qué se le ocurriría ir a las Manzanas!” (Moreno, 1879, p. 133).

Moreno se dio a conocer y uno de ellos le dijo que recordaba haberlo visto en Patagones “hace muchas lunas” pero que entonces no tenía barba. Moreno les prometió visitarlos pronto y les hizo algunos regalos.

El 10 de diciembre de 1876, embarcaron (Moreno, 1879, p. 133-134) “en la goleta con las colecciones” y “con una hermosa tarde y favorecidos por la fresca brisa del norte” se alejaron de Chubut. Al día siguiente, observaron la línea de la costa, paralela al rumbo de la nave, “más pintoresca que los inmensos murallones de la península de Valdés”, que mostraba “los innumerables picos eruptivos de punta Atlas, punta Tombo y del puerto Santa Elena”. Al caer el sol, perdieron de vista la costa. Durante la noche, una tormenta, con relámpagos, estremeció al buque.

El 13 de diciembre, con un tiempo magnífico, recorrieron el golfo San Jorge “tan temido” y pocas horas después del amanecer, divisaron la costa sur del golfo “en cuyo extremo se destacan los peñones del cabo Tres Puntas”, llamado así por tres promontorios de 60 metros de altura, de forma cónica, que constituyen la avanzada del continente. “A algunas millas se deslizaba la ‘Santa Cruz’, con todas sus velas desplegadas” (...) mientras al fondo, en el horizonte, se veían “las mesetas uniformes limitadas por barrancos a pique”. El único signo de vida era el bullicio de a bordo y el de algunos albatros, pingüinos y gaviotas.

El Comandante Luis Piedrabuena

Piedrabuena “generalmente parco en palabras” les contó su vida en esas regiones, y “sus terribles correrías en las tempestuosas regiones del Cabo de Hornos”. Como conclusión, Moreno solamente tuvo palabras elogiosas y llenas de admiración hacia el marino. Escribiría Moreno (1879, p. 135-136): “El capitán don

Luis Piedrabuena no tiene ninguna condecoración de las que premian el valor militar. No le ha cabido la envidiable gloria de haber derramado su sangre en defensa de la patria, ni ha participado en las luchas fratricidas que la enlutan. Lejos del teatro en que esas escenas se han desarrollado, su nombre no figura en los partes después del combate, ni jamás sus superiores han recomendado su valor y pericia. Ha consagrado su vida a fines igualmente nobles, aunque más humanitarios y de los que no solo aprovecha la Nación, sino la humanidad entera (...). Patriota como el que más, con voluntad de hierro, sacrificando sus propios intereses, durante veinte años ha conservado flameando, a orillas de Santa Cruz, la bandera que le recuerda lo que más quiere. Antes que su familia y su prosperidad, ha estado para él su patria, y a conservarle esos dilatados territorios abandonados por la desidia, ha destinado los mejores años de su vida sin pararse en sacrificios (...). En la región del sur (...) es donde el marino argentino, con su pequeña chalupa, busca con estoica serenidad, sin temer a la muerte, a quien necesita su ayuda (...). ¡Cuántas víctimas ha arrancado al océano y cuántos recordarán diariamente, con gratitud, el nombre del capitán y los colores de la bandera que lo acompaña! (...). “Piedrabuena no sabe el número de buques y tripulantes que ha auxiliado o salvado y opino que la mejor escuela que pueden tener nuestros marinos es un crucero de un año, en el Cabo de Hornos, con el capitán de la ‘Santa Cruz’”.

Puerto Deseado

El 14 de diciembre, Moreno llegó a Puerto Deseado, puerto descubierto y bautizado con el nombre de su barco por el marino inglés Thomas Cavendish, en 1586 y por el cual pasaron John Chidley (1589), Olivero de Noort (1599), Jacques de Lemaire (1615), John Narborough (1670) y donde, en 1780, Francisco de Viedma levantó un fuerte. Al decir de Moreno (1898, p. 208) “El Puerto Deseado se encontraba entonces en el mismo estado en que lo dejara Viedma al abandonarlo en el siglo pasado (...)”.

Según Moreno (1879, p. 138) es “el paraje más pintoresco de la tan igual costa oriental patagónica” (...). “Nuestra vista, ya cansada del aspecto monótono de las barrancas terciarias, se distrae con la de los cerros porfídicos”. En la costa “algunos lobos marinos juegan o duermen calentados por el bello sol

de diciembre. Inmensas bandadas de aves revolotean gozosas y gritonas, arrojándose sobre los cardúmenes de pequeños peces que abundan en esa región, hoy abandonada, pero donde hace pocos años prosperaba una importante pesquería situada en la isla Penguin, cerca del Puerto”.

Dieron la vuelta al promontorio del norte y penetraron en el puerto “rozando la roca entonces visible, donde el casco del Beagle chocó en su célebre viaje de exploración”. Fondearon “frente al antiguo establecimiento español, en el norte, y frente también a la conocida Roca de la Torre, situada en el costado sur, en la bahía”. Según Moreno, “El puerto es uno de los más conocidos de la Patagonia y protegido contra casi todos los vientos”, en él la marea crecía 5-6 m y, aunque Fitz Roy creía que buques de más de 300 toneladas no tenían acceso fácil, Moreno consideró, correctamente, que con un estudio y marcación, muchos de estos inconvenientes podrían ser superados.

Frente al fondeadero, en la ladera de los cerros, se veían aún los restos del fuerte construido por Francisco de Viedma en 1780 y abandonado poco después. En 1834, Darwin, en su visita, había dibujado un edificio del cual, a la llegada de Moreno, solo quedaban “un montón de piedras sueltas”.

La visita del barco que llevaba a Moreno (1879, p. 140) obedecía al mismo propósito de Viedma, pues el director del Departamento de Inmigración “deseaba tener informes sobre ese paraje, para colonizarlo (...)”.

Bajaron del buque y llegaron a uno de los bastiones del fuerte que estaba situado en la primera colina, antes de llegar a la cumbre de la meseta, desde donde dominaba la bahía. Al norte, se veían pintorescos cerros porfíricos y al sur, la dilatada costa, el peñón de las islas Penguin, la bahía del Oso marino y onduladas colinas con pequeños manantiales. Hacia el oeste, la angosta bahía “donde se balancea la goleta” se internaba “serpenteando, hacia lo desconocido”.

Las ruinas mostraban “un vivo deseo u orgullo, por parte de quienes levantaron el establecimiento, de perpetuar el recuerdo del poderío de España en esas regiones”; pues todo había sido bien construido. Los cañones que a principios del siglo XIX yacían entre la maleza al pie de los bastiones, habían sido llevados por buques pescadores o habían caído al mar cuando intentaban cargarlos. Junto a las ruinas, ha-

bía un pequeño pozo de agua potable, punto en el cual, según Moreno (1879, p. 141-142), los nativos “atacaron la tripulación de Cavendish”.

En un vallecito cercano al pozo, encontraron rastros de antiguas habitaciones españolas y un bañado salitroso, junto al cual había una cantera de donde se sacaron “*las tufas eruptivas de bellos colores para construir los edificios*”, los que alguna vez habrían sido ocupados por nativos, como lo demostraría una punta de flecha hallada por Moreno (1879, p. 142).

Las laderas de las quebradas mostraban vegetación variada debido a que el suelo se mantenía húmedo a una cierta profundidad, pues las aguas pluviales no se infiltraban ni evaporaban con rapidez. Las tierras altas, en cambio, presentaban “*el carácter desolado de la región austral*”. Para describir el paisaje, Moreno (1879, p. 142-143) reprodujo un pasaje del “Viaje del Beagle” de Darwin.

Sobre una de las colinas, Moreno encontró “*un cairn igual al de Chubut*”, destruido, que identificó como el mismo que el jesuita Cardiel había examinado en 1745 y donde encontró “*restos de un hombre de mediana estatura*” y “*pedazos de ollas*”.

Según Moreno (1879, p. 143-144), varios de quienes habían visitado la región con anterioridad habían mencionado restos humanos y “*huesos gigantes*”. El mismo Darwin describió un *dolmen*, que Moreno pudo examinar.

Moreno (1879, p. 143-144) reprodujo la descripción de Darwin y su idea, basada en Falkner, según la cual los indios eran enterrados donde morían, pero más tarde sus restos eran llevados a orillas del mar, donde habían vivido antes de la introducción del caballo y allí debían descansar, donde lo hacían sus antepasados. En opinión de Moreno, esta interpretación no era correcta pues según él, y aunque estaba fuera de toda duda que los indios llevaban a sus muertos hasta “*el panteón donde reposaban sus abuelos*”, ello no significaba que la costa fuera el lugar de entierro, pues “*en todo el territorio se encuentran tales enterratorios*” (Moreno, 1879, p. 144).

Por la forma de los cráneos del cairn de Chubut y los restos de alfarería de Puerto Deseado, Moreno (1879, p. 144-145) entendió que los nativos que tuvieron la costumbre de hacer esos monumentos fueron anteriores a los patagones, quienes pudieron haber heredado esas costumbres y haberlas puesto

en práctica algunas veces. Ello debió haber ocurrido antes de la introducción del caballo y de otros animales domésticos, pues si no los huesos de esos animales se encontrarían junto a los de los indígenas “*que los utilizaron en vida, y a los cuales, según sus creencias y ritos religiosos, debieran acompañarlos en la otra, en la cual creen*”. Más aún, Moreno había oído a los nativos mencionar “*algunas construcciones análogas*” en el interior del país, a las que consideraban “*morada de espíritus maléficos*”.

Las características del lugar indujeron a Moreno (1879, p. 144, cf. Riccardi, 2019, p. 123) a reflexiones existenciales relacionadas con su condición de naturalista: “*Cada vez que el viajero, lejos del hogar, encuentra algo que le sugiere un recuerdo de él, experimenta un bienestar indefinible y con sentimiento se aleja de donde su espíritu lo transporta a puntos queridos. Meditar y reposar una noche sobre esa tupida hierba salvaje teniendo por techumbre las hojas oscuras de los olvidados guindos y manzanos, hijos de la civilizada tierra, y por almohada el pórfido de la quebrada hubiera sido para mí un placer inmenso. Hay algo de sibaritismo en esos deseos de cómoda holganza mental que se experimentan en los parajes solitarios, lejos del bullicio humano. ¡Cuánto más noble y cuánta más impresión causa al ánimo del naturalista el descanso durante la noche, al aire libre, teniendo por todo resguardo el espectáculo grandioso de la naturaleza, por más árida que sea esta, que el permanecer encerrado en un camarote donde, si tiene más comodidades, en cambio las emociones son casi nulas!*”

Luego recorrió “*la huerta de Viedma*”, situada al oeste de la fortaleza, “*en un pequeño valle*”, rodeada “*por algunas pequeñas paredes de piedra que levantaron los antiguos colonos para preservarla, quizás, del daño que pudieran causarle los ganados*”. Observó “*algunos coles, un pequeño monte de manzanas, membrillos y cerezos, estos con sus frutos aún verdes, recostado todo sobre un murallón de pórfido*”. Finalmente volvió al barco para acondicionar “*las colecciones formadas durante aquel día*”.

El 15 de diciembre, al amanecer, el bote proporcionado por el Gobierno fue puesto en el agua, para “*servir por primera vez al objeto para el cual ha sido destinado y, como un favorable augurio, su elegante quilla*” seguiría “*las huellas de la lancha que condujo a Darwin*”. Al respecto escribió Moreno (1879, p.

146): *“gratas emociones me ha brindado mi buena estrella al permitirme visitar los parajes y pisar las mismas sendas donde probablemente el campeón de la teoría de la descendencia bosquejara, en esas excursiones, la base de sus célebres ideas”*.

En el bote iban Moreno y cinco hombres (1879, p. 146, 147, 152, 154), entre ellos, un alegre francés y un brasileño. Remaron hacia el oeste, pero quedaron varados en unas algas, por lo que se vieron obligados a entrar en el agua *“hasta medio cuerpo”* para aligerar al bote de peso y remolcarlo. Así los marineros *“reciben aquí el bautismo patagónico, que debe darles constancia y fe en la utilidad del viaje”*.

La brisa les permitió izar el velamen *“y por el medio de la bahía, teniendo a la derecha los oscuros cerros eruptivos y a la izquierda una blanca costa, baja y acantilada”* pasaron algunas pequeñas islas, mientras veían gaviotas, pingüinos, patos marinos y cormoranes. Algunas millas más adelante, cruzaron *“frente a una pequeña península de aspecto alegre”* donde una tropilla de guanacos buscaba alimento. En la costa sur, distante 300 m, distinguieron guanacos y el renegrado y sedoso perro terranova de Moreno, llamado “Diana”, se lanzó al mar y llegó a la costa para perseguirlos. Lo llamaron sin resultado y debieron abandonarlo *“so pena de perder la gran marea de novilunio”* pues tenían que alcanzar el fondo de la bahía antes que comenzase la bajante.

La bahía se iba estrechando y le hacía recordar un fiordo escandinavo. Según Moreno (1879, p. 148-149) las *“concepciones fantásticas de la naturaleza, unidas a las concepciones del hombre, obligan a la imaginación de este a emprender grandes viajes, transportándolo en un instante, combinando un mundo de ideas, a escenarios lejanos”*.

En tal sentido, recordó a Bellot, el marino francés que, buscando a Franklin en el Polo Norte, *“se extinguió entre dos peñascos de hielo”* mientras evocaba las murallas de Montevideo *“la Troya americana”*. Así *“El Mirador, acribillado por la metralla de Oribe, amenazando ruina, se reflejaba en el recuerdo del intrépido marino, al contemplar la vista de la colosal montaña flotante”*.

A mediodía, Moreno con sus acompañantes llegaron al último punto alcanzado por la expedición inglesa. Al sur, el agua bañaba la base de un murallón de pórfido; al norte, un displayado bajo, cubierto de

matorrales, se extendía al pie de un cerro aislado. No pudieron seguir avanzando por más esfuerzos que hicieron y desembarcaron en el mismo lugar donde lo hizo Darwin. Al respecto escribió Moreno (1879, p. 149-150): *“Con cuarenta y tres años de intervalo, en la misma estación y con una semana de diferencia, visito este punto y, francamente, el espectáculo que aquí se desarrolla no me causa una impresión tan desfavorable. Quizás la costumbre ya adquirida y el mayor conocimiento de la región patagónica me hacen encontrar alegrías donde Darwin solo halló tristezas”*.

Almorzaron frugalmente *“en el punto donde probablemente plantó Darwin su carpa”*. Luego tres hombres permanecieron en el bote, con la orden de ir alejándose con la marea para que no quedase en seco, mientras Moreno con otros dos marineros se internaban por la gran quebrada *“bordeada de cerros abruptos”*. La siguieron por unos 13 km, hasta donde cambiaba su dirección de O a NNO, lugar donde se distinguían algunas mesetas terciarias.

Según Moreno (1879, p. 151-152), el desfiladero que seguía y que *“no merece el nombre de valle”* parecía haber sido, en épocas remotas, el lecho de algún gran río, que por sus voluminosos cantos rodados de constitución diferente a la región adyacente, descendía de la cordillera o era desagüe de algún otro originado *“en la cadena de montañas pequeñas del centro del país”*.

El agua no era completamente dulce, pues las grandes mareas alcanzaban hasta 64 km desde la boca de la bahía y, en las inmediaciones, había lagunas pequeñas con cloruro de sodio. Según sus observaciones, en el punto más lejano, tenía un ancho de 1 a 3 metros por 10-15 cm de profundidad y en el antiguo cauce solo había hallado pequeños manantiales (Moreno, 1898, p. 104-105; Bertomeu, 1949, p. 367-368; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 128; Hosne, 2005, p. 162; Ratto de Sambuceti, 2009, p. 59)

Moreno destacó el hecho de que en la Patagonia había varios ríos secos que en otro tiempo desaguanaban en el Atlántico, cuya obstrucción posterior podía atribuirse a algún fenómeno geológico o a modificaciones en las condiciones climáticas.

Moreno y sus acompañantes ascendieron la ladera de un cerro inmediato, para huir del fuego y humo que habían provocado para ahuyentar a los mosquitos y en la meseta hallaron dos rocas aisladas

de 6 m de altura y color rojizo, rodeadas por rocas terciarias con gigantescas *Ostrea*. Por comparación con la “*Tower Rock*” a la que los ingleses llamaron también “*Roca Britania*”, Moreno (1879, p. 152-153) les dio el nombre de “*Roca Porteña*”.

Con las últimas luces del crepúsculo, regresaron buscando el bote, pero no lo encontraron en el sitio en que lo dejaron. Siguieron caminando durante una hora hasta que llegaron a un claro que el fuego había respetado y encontraron el bote, que había sido llevado hasta allí por el brasileño, que atizaba el incendio para protegerse de los leones y pumas que imaginaba al acecho. Para calmarlo, le dijeron que los nativos los habían sorprendido y los buscaban y que, si aumentaba el incendio, los encontrarían. A la una de la mañana, se acostaron sobre “*el junco mojado por la marea*”.

El 16 de diciembre, a las tres de la mañana, los despertó una brisa del oeste y, apenas aclaró, emprendieron el regreso, venciendo la corriente contraria, hacia el fondeadero de la “*Santa Cruz*”.

Al llegar frente a las islas, donde a su llegada habían visto muchas aves, observaron cormoranes en los pequeños huecos de la muralla de pórfido, ave típica de la Patagonia occidental, que no había sido observada en ningún otro paraje del Océano Atlántico, pero que “*por un curioso caso de migración*” vivían en Puerto Deseado. Moreno (1879, p. 155) abatió dos cormoranes, uno de los cuales recogió para donarlo al Museo Público de Buenos Aires. Luego abatió un cóndor, para ubicarlo “*guardando sus colecciones calchaquíes, en el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires*”.

Poco después, cazaron en dos islas algunas gaviotas y unos veinte pingüinos, como colección y para alimento.

A las cuatro de la tarde, llegaron a la goleta. Una hora después cruzaron al sur, para examinar “la célebre Roca de la Torre”, situada a corta distancia de la costa, que sirve como excelente punto de referencia para la entrada al puerto. En la descripción de Moreno es un resto de un antiguo peñón de pórfido destruido por la acción del tiempo. “*Tower*” o “*Britannia Rock*” medía diez metros de alto por tres de diámetro y a un tercio de su altura se dividía en dos ramas, una mayor que la otra. Al parecer, en sus inmediaciones, acampaba cada tanto una tribu in-

dígena, pues había huesos de animales, sobre todo caballos y guanacos.

Moreno (1879, p. 157) también mencionó que no había diferencia con Chubut en lo que respecta a la vegetación de acuerdo con las especies presentes.

En lo que referente a su poblamiento, para Moreno, debido a la falta de un valle extenso y de agua dulce en abundancia, el lugar solo podía ser colonizado en pequeña escala “*pues apenas hay suficiente tierra, pasto, agua en la cañada y en los pozos, y caza para un centenar de colonos*”. El fuerte podría ser reparado trayendo maderas para techos y puertas desde el Estrecho de Magallanes o de Buenos Aires, con lo que podría ser ocupado por una pequeña fuerza militar. Desde allí se podrían enviar expediciones al interior. Los cien colonos podrían, además de cuidar sus ganados, lucrar con la caza de liebres, guanacos y avestruces y con la pesca, y usar lobos marinos y pingüinos para fabricar aceite.

“*Aquello sería, en cierto modo, cambiando unas producciones por otras, una imitación de un villorrio de los fiords de Noruega, pero más productivo*”. El puerto militar podría además servir de presidio “*para los destinados a trabajos forzados por la justicia nacional; se ocuparían en abrir presas para conservar las aguas de las lluvias*”.

Con ello muchos buques pescadores buscarían allí el agua que no se encuentra en grandes cantidades en Chubut y Santa Cruz. Más aun, señalaba que “*entre estos dos puertos hay algunos parajes fértiles que, conocidos y colonizados, con el tiempo, la República Argentina tendría allí una población ganadera más importante que la que el gobierno inglés tiene, indebidamente, en Malvinas, donde los campos parecen inferiores*” (Moreno, 1879, p. 158).

El 17 de diciembre, el barco salió de Puerto Deseado, pasando cerca de la isla *Penguin* y el 18 de diciembre, avistaron el monte Wood y, un poco después, la entrada de la bahía San Julián. Durante la noche y el día siguiente, vientos polares produjeron un temporal, pero el 20 a la tarde, volvieron a acercarse a tierra, de donde los había alejado la tormenta.

Bahía Santa Cruz

El 21 de diciembre, con viento en popa, navegaron a 3 km de la costa, pasaron el cabo San Francisco y a mediodía fondearon en Monte *Entrance*, en la

entrada de la bahía de Santa Cruz, en el mismo lugar en que el “*Beagle*” lo había hecho, en 1834. Moreno (1879, p. 159-160) llegaba al lugar por segunda vez, “*pero felizmente ahora con los auxilios que no había podido disponer en el primer viaje*”.

Escribió Moreno (1879, p. 208): “(...) *la bahía de Santa Cruz permanecía tan solitaria como en el tiempo en que el almirante Fitz Roy reparara en ella, aprovechando las mareas que tan poca atención merecen todavía para la utilización de nuestros puertos, las averías de la veterana “Beagle”, mientras acompañado de Carlos Darwin ascendía el caudaloso río, hasta la llanura misteriosa que, cuarenta años después, visitaba yo, en su hermosa red de lagos y cuyas extremidades permanecen aún desconocidas*”.

Moreno (1879, p. 179) destacó, citando a Musters, las ventajas que presentaba Santa Cruz con respecto a San Julián y el error que cometieron los españoles al formar una población en el segundo, descuidando las ventajas del primero. No obstante, puntualizó que no se debían tener muchas ilusiones sobre las posibilidades que ofrecía el lugar para iniciar algún emprendimiento económico. En tal sentido, recordó el fracaso del señor Rouquaud, comerciante de Buenos Aires que había sido autorizado a mediados de 1872 a colonizar ambas márgenes del río y que puso una fábrica de aceite y conservas de pescado en la margen sur, en el paraje denominado “*Los Misioneros*”, pero en una escala tan grande que solo logro su ruina, sin que al parecer comenzara a funcionar.

Moreno (1879, p. 180) mencionó que había quienes atribuían ese fracaso a “*las insinuaciones y luego a la oposición de los chilenos*”, pero consideró que eso no era exacto, pues la fábrica no podía prosperar en las condiciones en que había sido planteada y los buques chilenos, que algunas veces fondearon en su proximidad, más que oponerse ayudaron en más de una ocasión a los habitantes llevando a algunos a Punta Arenas.

Una vez en la bahía, bajaron el bote al agua y, aprovechando la marea, se dirigieron a la isla Pavón “*último punto argentino, habitado ahora, en el extenso territorio del sur*” (Moreno, 1879, p. 169). Pasaron de largo la isla de los Leones, pero la navegación se vio entorpecida por el kelp o *Macrocystis* que se enredaba en los remos.

Al respecto, Moreno (PA, p. 169-174) señaló las bondades de esta planta y, citando a Darwin, destacó su importancia como base y sustento de la cadena biológica, que comienza con los organismos inferiores, y sigue con las ascidias y holoturias, los peces que hallan en ella abrigo y alimento, las aves pescadoras (e.g. cormoranes), nutrias, focas y delfines y termina con el hombre. Es además indicadora de rocas sumergidas y refugio para los barcos contra el embate de la borrasca. Algunas veces “*mide de extensión sobre la superficie del agua hasta cerca de trescientos metros y su retorcido tronco se adhiere a la roca a una profundidad de más de sesenta*”. (...) “*La Macrocystis ciñe al Globo en su región austral con una verde y gigantesca orla (...) y (...) adorna el Atlántico y el Índico en los parajes donde cruzan las corrientes australes*”. Mencionó haber recogido muestras en Quequén y que se la había registrado hasta 300 km al norte de las “*islas Falkland*” y que, en el Pacífico, las corrientes frías que cruzaban las zonas templadas y cálidas las trasladaban a las costas árticas “*de Aleutia y Kamchatka*”. Así “*el fueguino del sur y el koloche del norte quizás han buscado alimento algunas veces en la misma balsa de verdura. ¡Portentoso ejemplo de la admirable distribución de la vida que, representada por ínfimos, delicados y luego casi perfectos seres, entona de polo a polo su himno de alabanza a la sublime creación!*”.

En el recorrido, los acompañaron delfines, mientras cruzaban por sobre sus cabezas patos vapores, gaviotas, grandes patos y ostreros.

Se acercaron a la costa norte, frente al promontorio Weddell y, con el principio del descenso de la marea, cruzaron los tres km que los separaban de la costa opuesta hasta llegar al promontorio. Allí bajaron del bote y comenzaron a remolcarlo, hasta llegar a su punta, tras lo cual entraron en el río que tenía allí 3 km de ancho y descendía desde el OSO “*encajonado entre barrancas escarpadas, elevadas de 250 pies en el costado sudeste, y de colinas suaves de la misma elevación al NO*”. Allí se adelantaba como una cuña el promontorio *Beagle*, cuya falda norte bañaba el río Chico y Moreno y los marineros juntaron moluscos fósiles en las barrancas, entre ellos “*la gigantesca Ostrea*”.

A la tarde, la baja marea fue completa y se hizo imposible continuar el remolque del bote. Moreno lo dejó al cuidado de los marineros con indicación

de que, cuando subiese la marea, siguiesen a remo, y continuó a pie, acompañado por Estrella. Subieron a la meseta, mientras avanzaba la tarde, el cansancio y la sed se apoderaban de ellos y los médanos les cerraban el camino. Finalmente, siguieron un sendero que los condujo a la barranca que da al río, pero Moreno se desorientó en la oscuridad. Llegaron a unos “*fangosos pajonales mojados por la marea*” y, con ayuda de los sombreros, recogieron agua salobre para calmar la sed. Decidieron pasar la primera noche en tierra al aire libre, igual que en 1874, y “*si mala fue la de 1874, no lo es mejor la de 1876*”. Como no tenían en que envolverse, amontonaron “*un poco de arena para impedir que la humedad del pantano se transmita al cuerpo*”, apoyaron la cabeza en los sacos llenos de piedras y de plantas y se cubrieron la cara con los sombreros mojados y los pañuelos, pues los mosquitos que los asediaban y picaban no los dejaban dormir.

La isla Pavón

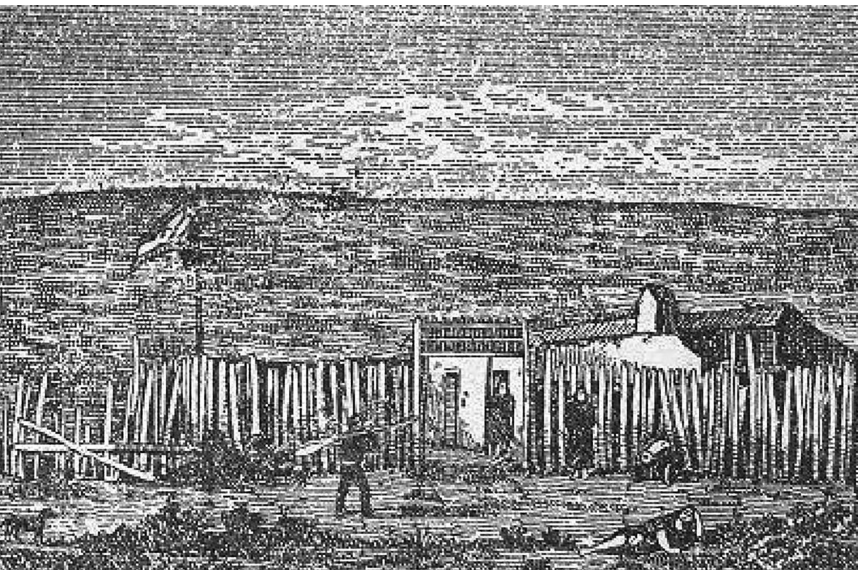
El 22 de diciembre al amanecer, volvieron a emprender la marcha. Encontraron flechas y cuchillos de piedra, rascadores y boleadoras pulidas, “*producto de los antiguos indígenas que allí vivieron en remotos tiempos*” hasta que llegaron a un paradero

que usaban los nativos en ese entonces, desde el cual distinguieron la isla Pavón.

“*Una pequeña columna de humo que se eleva de las casas; los caballos, perros y gallinas, que relinchan, ladran y cacarean respectivamente*” les anuncian “*la vida civilizada en esta apartada posesión argentina*”.

“*Frente al paso*” dispararon unos tiros de revólver, los perros ladraban enfurecidos y un hombre se subió al techo de la casa. Poco después, un jinete cruzó a caballo “*el brazo de río que separa la isla de la meseta sur*” y se acercó, era “*(...) un gaucho compatriota; luego una rara figura envuelta en un quillango llega apresuradamente: es mi antiguo conocido Isidoro Bustamante, gaucho santiagueño que el azar de la vida ha conducido aquí. En seguida estrecho la mano del señor Dufour, cuñado de Piedrabuena*” (Moreno, 1879, p. 176-177). Los residentes del lugar habían creído que los gritos y tiros provenían “*de desertores chilenos de Punta Arenas o de náufragos*”.

En la casa, luego de vadear el río, Moreno encontró al subteniente Carlos Moyano (1876-1910), quien en 1884 se convertiría en gobernador del territorio de Santa Cruz, que deseaba ser su compañero de viaje. A la tarde, llegó el bote con el resto de la gente, “*y la bandera del sol se iza sobre la casa para*



Factoría de Luis Piedrabuena en la Isla Pavón, río Santa Cruz, según Moreno (1879, p. 217) y en la actualidad.

contestar a la que, con gozo, se arría y se iza en el tope del mástil del bote”.

Moreno (1879, p. 178-179) y sus acompañantes emplearon la semana entre el 22 y el 28 de diciembre en arreglar los víveres y los objetos que usarían en la ascensión del río. También arreglaron el bote, le hicieron cajones y lo calafatearon. Luego Moreno envió a los marineros a ayudar en la descarga del buque, que había fondeado frente a las Salinas.

El 24, festejaron la Nochebuena “*reunidos todos en la isla, acompañados del capitán*” y recordando a los que estimaban. Moreno recordó que, un año antes, Piedrabuena había celebrado la fecha en el Cabo de Hornos y él, en el Limay. Escribió en la ocasión (Moreno, 1879, p. 179; cf. Riccardi, 2019, p. 123): “*La fiesta de Navidad atrae hasta a los llamados ‘descreídos’; por más diversas que sean las creencias religiosas que profesamos, tenemos unos a Cristo Hombre, otros a Cristo Dios, el aniversario del hecho o idea que se venera tiene para todos un significado tan elevado, en la historia de la humanidad y la civilización, que no se olvida. En el palacio del grande, en la choza del pobre, en la cámara del marino, en el fogón del soldado, en el polo, en el trópico, en la celda del religioso o en el estudio del filósofo, se la recuerda, sea cual sea la importancia que a cada uno le señale su criterio*”.

El 26 de diciembre, Moreno (1879, p. 407, 179) redactó una comunicación para el Ministro de Relaciones Exteriores Bernardo de Irigoyen y el 28 de diciembre, a la tarde, salió la goleta para Buenos Aires llevando las colecciones formadas durante los dos meses que habían transcurrido desde su salida y el anuncio de que pronto emprenderían la marcha hacia los Andes.

Monte León, isla de los Leones, episodio de la Jeanne Amélie

El 30 de diciembre a la madrugada, salió Moreno (1879, p. 181) rumbo al este, acompañado por Moyano y el “*buen gaucho Cipriano García*”. Su propósito era recorrer la extensión de tierra que se encontraba al este de la isla Pavón, incluyendo el Monte León, por el Atlántico, la bahía, parte del río y la cadena de colinas precursoras de mesetas más elevadas que se extendían hacia el sudoeste, en dirección del primer paradero de los indios *Amenkelt*, para ver nuevamente las salinas, la pampa y “*la famosa isla donde se consumó el atentado de la ‘Jeanne Amélie’*”.

En su recorrido, visitaron en primer lugar las dos “*salinas de la primera meseta*”, cuya altura sobre el nivel del mar estimaron en 35 m. A c. 1600 m más al este, treparon otra meseta y, después de otros 1660 m, encontraron otra salina con un contenido de cloruro de sodio de 99% (según el análisis de Pedro N. Arata; Moreno, 1879, p. 192), que no había visto en 1874, y que se hallaba a aproximadamente 90 m sobre el nivel del mar, dentro de un gran anfiteatro limitado al este, sur y oeste por graderías de mesetas.

Vieron cientos de guanacos y avestruces y observaron abundantes lagunas temporarias de agua salobre y dulce, con gran cantidad de gansos, cisnes, patos y avutardas. En una de ellas lograron cazar cuatro pichones de esta ave.

A la noche, pararon junto a una laguna de c. 400 m de diámetro, alimentada por manantiales cristalinos. Se resguardaron detrás de unas matas contra un chubasco del sudeste y allí pelaron y comieron los pichones. Debido a la llovizna, pasaron la noche sentados envueltos en quillangos los que deben “*(...) ser inseparables del viajero en la Patagonia (...)*” pues “*(...) prestan el servicio de abrigo y techo y en ocasiones como esta, sirven de capa de goma*” (Moreno, 1879, p. 184).

La ocasión fue favorable a la conversación “*único consuelo que hay en estos casos*”. García habló de sus boleadas y “*mi amigo Moyano estimula sus deseos de prosperar, porque, además de un buen compañero, Santa Cruz tendrá otro poblador patriota más*”.

A raíz de este recorrido, Moreno (1879, p. 184-186) efectuó una serie de observaciones y consideraciones sobre las salinas, ampliando las que incluyera en el apéndice de la obra de Burmeister “*Description physique de la Republique Argentine*” (vol. II, págs. 402 y sig.), Moreno comenzó reproduciendo la descripción e interpretación que dio Darwin de una salina ubicada a 24 km de Patagones, i.e. la salina de Crespo, a cuya explotación atribuía la prosperidad de Patagones, pues esta sal era mezclada con la que se traía de las islas de Cabo Verde. En sus consideraciones, Moreno se extendió al norte del país donde “*inmensas regiones estériles se deben a la gran cantidad de sales que contiene el suelo*”, como el “*gran desierto salado*” de las provincias de Catamarca, La Rioja, Córdoba y Santiago del Estero.

Según Moreno (1879, p. 186-194), estas salinas fueron consideradas por algunos autores como los

restos de un antiguo mar interior y, en tal sentido, las comparó con las salinas de Cobija y las de Iquique, aunque su análisis incluyó una extensa consideración sobre el origen no solo de estas salinas sino de muchas de la Patagonia.

El 31 de diciembre, el mate que acompañó el amanecer lo hizo reflexionar sobre su significación. *“No se crea que el mate, para el viajero andariego, es el mismo mate que favorece la ociosidad proverbial de nuestros paisanos, para quienes es casi indispensable. Para él, tiene una gran importancia moral: el mecanismo de sorberlo da una tregua a su agitación intelectual y haciendo esta operación, en rueda, en el pequeño campamento, se olvida la mala noche anterior y los sufrimientos que trae consigo”* (Moreno, 1879, p. 203; cf. Riccardi, 2019, p. 123).

Antes de ensillar y emprender la marcha, divdieron los dos últimos pichones de avutarda con los perros. Moreno observó *“las adesmias de hermosas flores”*, los calafates, con sus frutas aun verdes que crecían cerca de los manantiales, el incienso, las Calceolarias que con sus colores avivaban *“la naturaleza dormida”*.

Cuando se aproximaron al mar, desde una barranca de 240 m de altura, observaron el *“grandioso panorama del océano”*. Delante, tenían el Monte León *“triste, árido”* que daba asilo a los pumas y en el que anidaban o revoloteaban los cóndores. Observaron el lejano monte *Entrance* al norte y el solitario Monte Observación al sur; los guanacos, sobre los pedestales que formaban las colinas, mientras algún avestruz silbaba tranquilo y los zorros huían de los perros. Subiendo y bajando quebradas, llegaron al pie del monte León y buscaron, entre los médanos, un camino para llegar al mar. Este estaba tranquilo y lamía la pedregosa playa, donde había restos de ballenas mezclados con tablas. Al respecto, escribió Moreno (1879, p. 194-196) *“la industria de la naturaleza está aquí mezclada con la del hombre; las ha unido el grandioso elemento que todo lo nivela”*. En el mar vieron algunos delfines overos y *“en el horizonte, una vela, aparentemente inmóvil, sigue quizás las huellas de Magallanes”*.

Esperaron la bajante para llegar a la isla de los Leones *“que ha dado tanto que hablar y discutir desde el apresamiento injustificable de la Jeanne Amélie en ese punto”*.

Moreno se refería a la embarcación francesa que, en 1876, había sido autorizada por el cónsul argentino en Montevideo - desde donde zarpó - a cargar guano en la zona de Monte León, Santa Cruz y que, el 27 de abril de 1876, fue apresada por la corbeta chilena *“Magallanes”*, alegando la jurisdicción chilena sobre la costa Atlántica de Santa Cruz. En el traslado a Punta Arenas, se hizo recalcar la embarcación francesa en Punta Dúngenes, pero debido a un temporal, el barco quedó varado y naufragó, lo cual dio lugar posteriormente a un reclamo de los armadores franceses al gobierno argentino.

Moreno (1879, p. 196-199) recordó que quizás, a la vista del paraje donde se encontraba, había muerto *“el comandante de la Marina Argentina Don Guillermo Lawrence con toda la tripulación de un pequeño pailebot en el cual se había lanzado al mar”*.

Cuando la marea terminó de bajar, cruzaron sin problemas. Según Moreno, la isla era *“un fragmento de meseta separada del continente por la lenta acción de las aguas modernas, que destruyen lo que las pasadas formaron”*. En tal sentido, reflexionó sobre la actividad de la naturaleza y su permanente evolución y, al respecto, escribió (Moreno, 1879, p. 198; cf. Riccardi, 2019, p. 123): *“(…) nada resiste a la ley que quiere que todo, por más inerte que parezca, no permanezca inactivo y participe del incansable trabajo del progreso, pues la estabilidad, aun en los cuerpos inorgánicos, representaría el retroceso, que es desconocido en la naturaleza, ha pagado por fin su tributo a ella. El deterioro que le ha causado esa necesidad fatal que para la existencia requiere la evolución en un todo, aun cuando sea en una aglomeración de cuerpos orgánicos e inorgánicos como los que forman este cabo”*.

Subieron, por unos escalones y con la ayuda de algunos fragmentos de cuerdas, a la superficie llana del islote que se encontraba a unos 30 m sobre la playa. La plaza tenía aproximadamente quince mil metros cuadrados. Había *“bolsas llenas de guano y apiladas, barriles, armas, carpas y una habitación construida con maderos y que contiene abundantes víveres, se encuentran abandonadas desde el día del atentado”*.

Observaron millares de pájaros. Según Moreno (1879, p. 201) la isla contenía unas dos mil quinientas toneladas de guano. Debajo de estos depósitos, observó una capa de dos metros de espesor con

numerosos moluscos marinos petrificados “que parecen más modernos que los que se recogen en las barrancas del Santa Cruz”. Encontró también una especie casi idéntica a *Voluta brasiliana*, que no había recogido fósil al sur del Chubut y que predominaba en la costa entre Buenos Aires y Bahía Blanca. En la playa, observó *Mytilus*, cangrejos y un crustáceo. Entró a caballo en una caverna que había al nivel de la playa, recorrió un pasadizo de ocho metros de largo y llegó a “una pieza de más o menos doce metros de ancho, casi circular, de techo elevado de cuatro metros y abovedado”.

Subieron nuevamente la barranca y almorzaron unos fragmentos de un guanaco que García había boleado a la mañana y un huevo de avestruz. Luego hicieron una siesta, en el mismo paraje donde había estado dos años antes. Algunos cuchillos de piedra y *Patellas* destruidas les dieron indicios de que el lugar había sido, en otros tiempos paradero temporario de indios, cuando todavía los manantiales no se habían agotado.

A la tarde, retrocedieron y pasaron junto al fogón que dejó la guardia puesta por los chilenos para cuidar lo que quedó abandonado después del apresamiento de la *Jeanne Amélie*. Regresaron por un camino más fácil y acamparon en un pequeño bajo donde había algunos pozos de agua algo salobre. Con el revólver, mataron un guanaco, luego prepararon sus “dormitorios”, una mata de incienso a la que despojaron de las ramas inferiores y, bajo la cual, luego de limpiar de espinas el suelo, tendieron el recado; el quillango fue amarrado a las ramas para que sirviera de carpa en caso de lluvia.

Festejo del inicio del Año Nuevo 1877

Festearon el último día del año 1876 “con un magnífico asado de guanaco y un buen jarro de té indígena muy agradable (para estas regiones), hecho con hojas de la olorosa *Veronica elliptica*”.

Moreno (1879, p. 203-207) sin embargo se apartó del campamento para hacer un “examen del año que concluye”. Envuelto en su quillango, trepó a un cerro inmediato, el más elevado de los alrededores, que dominaba la región. Desde él, observó el panorama del cielo, del continente y del océano, en lo que consideró “el modo más digno de principiar un nuevo año, corta etapa de nuestra vida”.

Había luna llena y el panorama lo hizo dejar de lado su propósito inicial “para contemplar el espectáculo del universo que lo hace olvidar todo. El sentimiento de infinito es el mayor don que la naturaleza ha podido hacer a su mejor obra”. Así comparó la mezcla caótica de ideas y sensaciones que sentía con la evolución del Universo: “Lo mismo que ciertas nebulosas son embriones de mundos, esta situación caótica del espíritu, es el embrión del pensamiento (...). Las mismas leyes que rigen los cuerpos celestes y los animales que en ellos viven rigen el espíritu humano; todo responde a la sublime ley de la armonía. El mismo génesis, la misma evolución que rige lo material, rige la inteligencia. Sin el desarrollo gradual del cerebro no se explica el desarrollo gradual del pensamiento, ni puede negarse la influencia de este sobre aquel. La fuerza que lo engendra condensa todas las de la naturaleza; estas, múltiples en sus manifestaciones, se unifican en el genio (...)”. Moreno (1879, p. 206) observó las Nubes de Magallanes que “resaltan en el fondo del firmamento” y “traen el recuerdo del gran navegante cuyo nombre immortalizan, cruzando los tenebrosos mares del sur” y consideró que “la espléndida *Vía Láctea* parece ronda gigante de agradecidos genios que veneran la fecunda creación”.

En este entorno, Moreno (1879, p. 206-207) recordó detalles del último día de 1875, que transcurrió en Caleufú en medio de la “borrachera horrorosa” de los nativos que lo rodeaban.

Finalmente expresó el deseo de que “la nueva cruzada” que iba a emprender le fuese “provechosa”.

El lunes 1 de enero de 1877, luego de desearse “un buen año”, abandonaron la costa y siguieron viaje hacia el oeste “por entre las colinas que en las cartas geográficas figuran con el nombre de *Cadena del León*”. Moreno (1879, p. 208-209) observó la variedad de animales que se les cruzaban: avestruces, guanacos, lagartos, y diferentes especies de insectos y lepidópteros.

A mediodía, cruzaron una meseta llana elevada desde la cual se distinguían los cerros lejanos de río Chico, donde corrían inmensas tropillas de guanacos, una de ellas con más de 500 ejemplares. Había algunas lagunas pequeñas en las que abundaban bandurrias, flamencos y espátulas rosadas. Almorzaron en un profundo y árido cañadón, protegidos por un incienso cubierto casi completamente de musgos, al

borde de una zanja en la que encontraron agua potable. Luego durmieron la siesta y volvieron “*a ascender la segunda meseta dejando ya las dos altas que forman la gran planicie. Este cañadón o quebrada era muy profundo: al este lo formaban los descensos de cuatro escalones y correspondía, con pequeña diferencia, al nivel del valle por el cual corría el Santa Cruz*”.

Regreso a la isla Pavón. Visita de la China María

Al atardecer, llegaron a la isla Pavón “*donde desde lejos divisamos banderas nacionales izadas en festejo del día*”.

Luego se reunieron todos los que componían la colonia y hasta muy avanzada la noche se entretuvieron con un acordeón, la guitarra y dos organitos que Moreno había traído para los nativos.

Según Moreno (1879, p. 210), “*El Himno Nacional, tocado por el señor Dufour, fue escuchado por todos con recogimiento*”, se alegraron con “*los aires gauchescos y las alegres cuadrillas de la Belle Helene y de la Fille de Mme. Angot*” y no tomaron nota de “*seis distintos aires alemanes que o son de música clásica o son tan incomprensibles (...)*” que no causaron gran impresión en sus oídos poco musicales.

El 2 de enero vieron humos hacia el oeste, “*telégrafo primitivo*” que empleaban los nativos “*para anunciar su aproximación a las habitaciones de los cristianos*” (Moreno, 1879, p. 211-212) y enviaron a Isidoro a su encuentro. Los viajeros llegaron a media tarde.

Eran cuatro hombres que acompañaban a la “*china María, esposa del cacique Conchingan, cuyos toldos están clavados en el valle del Shehuen, inmediato al del Río Chico*”. Querían cambiar algunos quillangos y una pequeña cantidad de plumas de avestruz, por azúcar, yerba, galleta “*y, sobre todo, por aguardiente*”. Los recibieron con solemnidad, para que no desdénasen la insignificancia de la expedición que cruzaría las tierras “*donde ellos vagan como únicos dueños*”. Se izó la bandera, los marineros se vistieron de gala, Moyano se colocó su uniforme y la espada. Moreno se puso un sobretodo que había “*adornado con botones dorados y galones*” y que reservaba para ocasiones solemnes. Para equilibrar el título de cacique adoptó el de comandante.

Tuvieron una prolongada conferencia con María, que hablaba algo de español pues había vivido algún tiempo en las inmediaciones del Río Negro y

había frecuentado la colonia de Punta Arenas “*los dos extremos del territorio patagónico*”.

María era esposa de patagón, pero era pampa, gennacken. Según Moreno (1879, p. 212) sus facciones “*no tienen nada de agradable*”, pero su modo de expresarse y el amor que mostraba por sus hijos, sobre todo por Shelsom, su hija mayor, predisponían bien y auguraban un buen recibimiento en “*el kau de su marido, el jefe de los hospitalarios habitantes del Shehuen-Aiken*”. Moreno le dio a la hija “*unas galletitas de Bagley*” en una bolsita de cuero.

Moreno le mostró las ilustraciones del libro de Musters y le contó lo que decía de sus amigos los tehuelches. María tradujo la narración de Moreno a sus acompañantes, que no entendían el español. Ella había conocido a Musters y lo recordaba perfectamente. Le dijo a Moreno: “*Musters mucho frío tenía; muy bueno pobre Musters*”.

El tema principal de la conversación fueron los lagos, ríos, montañas y campos del interior. Moreno le propuso alquilarle caballos para la expedición, pero con la condición de que él mismo iría a buscarlos a sus toldos. María no podía creer que fueran a subir en bote el Santa Cruz, dada la fuerza de la corriente y las piedras que había en él. Le regaló a Moreno un quillango de cueros de avestruz y este hizo lo propio con “*dos mantas de bayeta punzó*”, e hizo igual obsequio a sus acompañantes, con lo que quedó sellada su amistad.

Uno de los acompañantes de María era “*el anciano Haikokelteish*”, un tehuelche “*de formas atléticas y de elevada estatura*”, al que Moreno (1879, p. 213) atribuyó más de cien años, pues recordaba cuando en San Julián había españoles y a los cristianos que fueron al “*Agua Grande*” [lago Viedma en la interpretación de Moreno]. Debido a los hechos que relataba, que los indios más jóvenes no consideraban ciertos, tenía fama de loco. Otro de los tehuelches, de unos 25 años, era Gennayo, muy perezoso, pues decía estar cansado y no hacía nada. El tercer nativo era un hijo de María, llamado Gencho y el cuarto, de nombre Chesko o Juan Caballero, era un mestizo ladino, de tehuelche y fueguino, que servía de intérprete a Piedrabuena en sus viajes a la Tierra del Fuego.

Al día siguiente, concluida la borrachera con la que concluyó el intercambio de productos, los nativos emprendieron el regreso a sus toldos.

Excursión a los ríos Chico y Shehuen

El 5 de enero, Moreno, Moyano, García e Isidoro cruzaron temprano el río, rumbo al campamento tehuelche. Galoparon por una planicie con abundantes arbustos y ascendieron la meseta en dirección al NO.

Desde el río distinguieron cinco mesetas escalonadas, encontraron varias lagunas temporarias pequeñas y a 16 km hallaron un gran bajo con abundantes depósitos salinos y con algunas lagunas permanentes de agua potable. Moreno (1879, p. 214) recogió una muestra de sal que luego sería estudiada por su amigo el Dr. Pedro N. Arata. Al norte de este bajo, subieron nuevamente a la meseta y, con mucho calor, recorrieron campos malos. Acamparon al lado de un pozo de agua salobre, en medio de una nube de mosquitos y allí pasaron la noche.

El 6 de enero, siguieron hacia el ONO por campos más ondulados y con más vegetación, cruzaron profundos zanjones y, después de varias horas, vieron un extenso valle orientado hacia el oeste. La vista hacia el norte era desolada y tenía como fondo las lejanas mesetas situadas al otro lado del río Chico que apenas se veía en la pampa. El extenso valle tenía grandes manchones verdes alrededor de una laguna bastante importante que formaba el río Chalia al bajar por su centro y que se unía al río Chico, que venía del NO. En la conjunción de los dos ríos había una hermosa isla, después de la cual las aguas se dirigían con un solo curso hacia la bahía de Santa Cruz, bordeando la meseta.

Al llegar a este punto, Moreno (1879, p. 214-215) no pudo dejar de recordar que ya Viedma, a fines del siglo XVIII, había cruzado ambos ríos antes de llegar al lago que lleva su nombre. Viedma había salido de San Julián hacia el oeste, el 7 de noviembre de 1782, y había cruzado primero el río Chico y, después de entrar en otra pampa, había llegado a un río llamado Chalia “*que no pudo vadear allí por su mucho fondo*”.

Moreno y sus acompañantes pararon junto al río Chalia, en un punto donde tenía “*de cuatro a diez metros de ancho, por algo más de medio de profundidad*”. La correntada era de aproximadamente 6 km por hora. Almorzaron un guanaco boleado por García, durmieron una corta siesta y, a las tres de la tarde, siguieron viaje. Dejaron a la izquierda la roca (remanente de meseta) que Viedma llamó Quesanexes. Durante la tarde, recorrieron 16 km y observa-

ron una mejora en el terreno, donde “*grandes extensiones están totalmente cubiertas de cantos rodados y algunos de estos alcanzan un pie de diámetro*”, que Moreno atribuyó a la acción de las aguas. Acamparon sobre un hermoso césped, al lado del agua, y cenaron unos pichones de avutardas.

Visita a Shehuen Aike

El 7 de enero (domingo), a mediodía, vieron humo en el horizonte y, cerca de una angostura del valle, grandes hogueras que producían densas espirales de humo negro, señal convenida para ubicar la posición de las tolderías.

Algunos nativos vinieron a recibirlos y los acompañaron al paradero de Shehuen, ubicado en “*una buena extensión de campo fértil, cubierto de excelentes manantiales*”, donde estaban “*los toldos agrupados alrededor de la familia de Conchingan*” (Moreno, 1879, p. 216-217).

En este punto se observaba un cambio importante en las características de la región, pasando de la zona desolada del este a una zona con un valle más angosto y verde. Los toldos tenían su parte abierta orientada hacia el este donde salía el sol que los calentaba y la posterior opuesta a los Andes, de donde venía “*el cierzo que los hiela*”. En definitiva, esta orientación no reflejaría un culto al sol, sino una costumbre “*resultado de una primitiva necesidad absoluta*” que ha llegado a crear un culto aparente (Moreno, 1879, p. 227).

Según Moreno (1879, p. 216-218), había una gran diferencia en el recibimiento de los ahonnekenes o tehuelches y el de los pehuenches y mapuches, pues aquellos no tenían la solemnidad de estos.

No era necesario pedir permiso para penetrar en el *kau*. La confianza que inspiraban era la misma que la que se tenía al llegar a un rancho de “*gauchos boleadores*” en puntos apartados de la pampa bonaerense. “*En uno y otro punto, todo es del viajero con tal que se acomode a las escasas comodidades de que en ambos se goza*”. Las grandes juntas de guerra de los pehuenches o mapuches, en las que el visitante debía exponer el objeto de su visita, no existían “*para nada en el recibimiento que se le hace en el humilde toldo del bondadoso patagón*”. Moreno remarcó sin embargo, el hecho de que, no obstante no tener “*la susceptibilidad de carácter del belicoso araucano o pampa*” “*el patagón*

no es menos valiente y defensor de su soberanía”, como lo demostraban los relatos de combates, hechos en las veladas de todas esas tribus, en los cuales “*muchas veces la peor parte no la han llevado los tehuelches*”.

Moreno estaba feliz de poder estudiar al legendario patagón “*en su misma patria, en toda su libertad*”. Al respecto, reflexionó sobre el enorme recorrido temporal que hacía un viajero como él, cuando, en solo dos meses, podía trasladarse miles de años atrás y “*puede ver a su abuelo armado unas veces de una filosa piedra, disputando su alimento a las fieras, y otras, combatiéndolas con las armas de acero que su nieto, llevado por la fuerza irresistible del progreso, ha conseguido fraguar, metamorfoseando, con la evolución de su inteligencia, el cuchillo o la flecha de sílex*”.

María había preparado para hospedarlos un pequeño toldo, con ramas y cueros, cerca del de su marido. Moreno describió las emanaciones nauseabundas de los quillangos y cueros, “*preludios de una invasión de asquerosos insectos que, por más cuidado que se tenga, atacarán indefectiblemente*”.

Conchingan estaba enfermo de una oftalmia purulenta, enfermedad, según Moreno (1879, p. 219), muy común en los indios de la Patagonia. En su opinión, se originaba en la vida a la intemperie, las grandes humaredas de los incendios y especialmente la irritación que seguía a las grandes borracheras. Recordó que esa enfermedad aquejó a toda la indiada luego de las orgías en los toldos de Shaihueque y Ñancuque.

Conchingan le expresó el agrado que le producía la visita de un comandante y que ejercería su influencia ante los demás indios para que le alquilasen caballos, pero que él no podía hacerlo pues su tropilla había sufrido mucho en las boleadas recientes. Solamente María y su “*pelado*” (perro) predilecto, tenían dos caballos disponibles para alquilar, si es que el precio les convenía.

Antes de comenzar el trato “*que es asunto importante pues el indio jamás está contento con lo que se le da considerándolo todo insuficiente*”, María los invitó a almorzar. Moreno debió consentir aun cuando sabía el “*suplicio gastronómico*” que le aguardaba.

En las tolderías, no era bien visto que el viajero consumiera sus provisiones cuando las había iguales en ellas. María dijo que el guanaco boleado por García estaba flaco y sin pedir permiso lo tiró a los perros.

Moreno describió el almuerzo y el hecho de que, tal vez debido a que tenía que tener pocos escrúpulos para conquistar la amistad del indígena, no pudo “*sentir toda la repulsión*” que debió experimentar “*ante tal espectáculo solo comparable al que el Dr. Kane presenció en la choza de nieve de los esquimales*” (Moreno, 1879, p. 221).

Una hija de María, llamada Chora, colocó, sobre las brasas del fuego que se alimentaba casi perpetuamente delante del toldo, un trozo de carne de caballo, mientras María preparaba un puchero de avestruz en un tarro de pintura vacío. Los perros hambrientos que esperaban algunos huesos se trenzaron en pelea con los de un toldo vecino y terminaron haciendo caer el asado y el puchero entre los desperdicios que rodeaban el fogón. Alejados los perros con tres o cuatro huesos arrojados con ese fin, recogieron los pedazos de carne, los limpiaron con “*un asqueroso cuero de guanaco*” y continuaron cocinando el asado, entonces reducido a la mitad. Algunos “*pelados*” “se encargaron de ‘espumar’ el puchero y de lamer de vez en cuando el asado, pero el “*pelado*” preferido de María alternaba “*las lamidas al asado con engullidas de piojos -bocado exquisito según las chinas- que las chinas se sacan*”. (Moreno, 1879, p. 221-223).

Alrededor del asado se dispusieron, además del cacique y su familia, el viejo Kaikokelteish, el gigante Collohue, su mujer –“*una especie de bruja*” a quien apodaban “*la Silvestre*” por el “*inmenso matorral*” que tenía por cabellera, y Zamba, una desgraciada india de aspecto repugnante desfigurada por la “*carie sífilítica*” – enfermedad adquirida en una de la estadias en Patagones - que le había consumido la nariz después de haber sido, en su juventud, la chica más bonita de la tribu. Mientras esperaban el almuerzo, Zamba se entretuvo en golpear un quillango con una varita para cazar insectos que devoraba con la mayor naturalidad. Al lado de Moreno, dos chinas viejas, Jonjonia y Chamenec-quihue, se espulgaban mutuamente las cabelleras y comían lo que encontraban en ellas.

Pese a todo lo expuesto, Moreno encontró que “*el asado estaba bueno*”.

A costa de regalos, Moreno pudo conseguir que María le alquilase un caballo a cambio de azúcar y yerba. En seguida debió solicitarle al “*pelado*”, “*con*

la mayor seriedad posible”, que le alquilase el suyo. Según María, este pelado era muy rico, pues es dueño de la mayor riqueza de la tribu, cuatro caballos, dos vacas y un toro, cuando en toda la tribu el ganado vacuno consta de tres vacas, el toro y un ternero. María dijo que el pelado accedería si se le pagaba bien. Como no pudo conseguir los caballos adicionales en el toldo de María, Moreno debió solicitarlos a otros indios, en sus respectivas chozas según lo prescribía la etiqueta. Los toldos estaban a metros de distancia, pero el viaje era peligroso a causa de los perros. Moreno tuvo que involucrarse en su quillango para salvar sus pantorrillas. Transformado en un tehuelche, Moreno engañó a los perros y consiguió que un indio gigante, llamado Bera, les facilitase dos caballos más por el mismo precio. No consiguió que el mestizo Tétao le diese alguno, pues decía “*que el bote es demasiado pesado y que quebrará el espinazo del caballo que lo cargue*”.

Moreno (1879, p. 223) relató que, en la toldería, también vivía Juan Caballero, quien era medio civilizado y había visitado Buenos Aires; tenía por novia a Loshá, joven viva y coqueta en extremo que lo tenía trastornado. Desgraciadamente para él, los padres de ella sabían de su belleza y pedían a cambio seis caballos, lo cual era demasiado para quien no poseía ninguno y vivía de prestado. Usó de los regalos que traía Moreno para “*conservar encendido el amor que ella siente por él*”, que de otra manera, probablemente se hubiera apagado.

Habiendo obtenido un total de cuatro caballos, “*de los cuales uno es manco, otro cojo y tuerto y el tercero está lastimado en el lomo*” (Moreno, 1879, p. 223), a los que había que agregar los que tenía Isidoro, Moreno no insistió más pues temía que los indios, desconfiando de ellos, no quisieran alquilar ninguno. “*El viejo Pampa Rampa (...) no comprendía su interés en visitar las sierras y el Agua Grande*” donde nacía el río Santa Cruz, y “*como todo lo que no es comprensible es sospechoso*” había cierto recelo respecto del destino que Moreno daría a los cuatro caballos.

Moreno (1879, p. 224), “*mediante algunos regalos y algunas mentiras*” consiguió tomar algunas medidas antropométricas. Durante la mediciones, se produjo una situación curiosa, pues la china Silvestre, que se había enamorado de uno de los miembros de la comitiva, quiso abandonar a su marido Collohue,

que había comprado a otra mujer. La convencieron de que, si bien podía abandonar a su marido, no debía dejar abandonado a su sobrino Malen, mocetón de veinte años a quien ella quería mucho y “*que se dice hijo de Kaikokelteish*”. En relación con este hecho, Moreno comentó que los tehuelches, si bien conocen varios lazos de parentesco, al parecer no daban a los vínculos de sangre “*la importancia que tienen*” y desconocían el significado de las distintas denominaciones. Así, el centenario Kaikokelteish pretendía ser hijo de Moreno que tenía 24 años, e insistía en ello por más explicaciones que se le diesen y Juan Caballero, cuando se emborrachaba, consideraba a Moreno como su abuelo.

Moreno mencionó que, a 300 m de los toldos, había un pequeño pozo natural en el centro de una costra “*al parecer calcárea, llena de fragmentos de rocas volcánicas*”, de 20 cm de ancho y con una profundidad de 15, lleno de agua “*que exhala un olor bastante semejante al del petróleo y que bulle en infinidad de burbujas*”. Los indígenas consideraban que estaba habitado por *Agschem*, espíritu maligno. Al remover el barro del fondo, Moreno observó “*corrientes gaseosas que se elevan*”. La temperatura del agua era de 25°. Llenó una botella con el agua, que al ser analizada por Arata, dio un contenido de 989.55 de agua, 10.19 de carbonato sódico y 0.26 de cloruro de sodio. Moreno no se atrevió a averiguar, por medio del fuego, si había gases combustibles, pues los indios se habían alarmado y creían que la osadía de Moreno, al tratar de averiguar qué había en la morada del espíritu maligno, les acarrearía grandes males.

El 8 de enero, Moreno encontró, a cierta distancia de los toldos, en la ladera de una loma baja, otra fuente más pequeña con emanaciones gaseosas más abundantes. Las aguas contenían (según Arata) un 31.75 de agua, 5.84 de cloruro de sodio, 58.53 de carbonato de sodio y un 3.88 de residuo insoluble, alúmina, hierro, cal, magnesia, etc. Según Moreno (1879, p. 226) “*estas materias revelan una nueva e importante riqueza que algún día contribuirá a hacer próspera esta apartada región*”. Moreno creía que estas fuentes podían ser evidencia de volcanismo, lo que también era sugerido por “*el paisaje que rodea la toldería*”. Así consideró que ciertas fajas horizontales negras que se observaban en el fondo del valle podían ser basálticas, al igual que ciertos cerros que se veían al norte,

detrás de varias mesetas escalonadas que se interponían entre el valle del río Shehuen y el río Chico. Entre ellos, Moreno mencionó y dibujó al cerro que los indios llamaban Chaltén. Moreno destacó que el cerro K'mahuaish, “*que es el paradero que Musters indica con el nombre de Mowaish o Sierra de la Ventana*”, no era visible desde el Shehuen, pero que le constaba que también era de naturaleza basáltica.

Regreso a la isla Pavón

El 9 de enero, emprendieron el regreso a la isla Pavón por el mismo camino por el que llegaron y acamparon a orillas del río, en el mismo lugar en el que lo hicieron al subir por el valle del Shehuen. Moreno consideró que con unas acequias se podrían fertilizar las tierras y se podría establecer una pequeña población a mitad de camino entre las de la costa y las de la cordillera. La principal vegetación eran algunas quenopodiáceas y el pasto se componía de las mismas gramíneas que Moreno observó en el valle del Chubut.

El 10 de enero, a la tarde, cruzaron el río Chico y entraron en “*la hermosa isla*” ya mencionada, pasando antes por el paradero *ayick*. Allí encontraron el depósito de pinturas de María, tal como ella lo había indicado, envueltas en un cuero que estaba atado a un palo. Había huesos de animales que los indios habían comido, pero no había rastros de objetos usados por ellos. Según Moreno (1879, p. 228), cuando los indios cambiaban de toldería, quemaban todos los objetos que no podían llevar, pues temían que un brujo enemigo los encontrase y pudiera dañar al indio al cual perteneció. Según Moreno, como el pelo es el objeto que más prefieren los brujos para sus maldades, pues el espíritu bueno *Sesom* no tiene poder contra este tipo de maleficios, los indios quemaban los pelos que se les caían.

Moreno observó que las aguas correntosas del río Chico no tenían el color claro del “Chalia o Shehuen” y que, en los dos puntos donde lo cruzaron, no tenían más de un metro y cuarto de profundidad. Moreno aclaró que el nombre Shehuen correspondía al paradero, pero que él lo usaría también para el río por ser el más conocido.

Costearon la margen sur del río Chico y acamparon en otro paradero abandonado. Solo disponían de agua salobre de unos pozos vecinos y nubes de mosquitos no los dejaban dormir.

El 11 de enero a la madrugada, continuaron viaje hacia el sudoeste y una lluvia con fuerte viento alejó los mosquitos que los perseguían. A mediodía, llegaron a la isla Huemul.

Entre el 12 y el 14 de enero, arreglaron el velamen de la embarcación que era “*demasiado grande*” y le construyeron divisiones para las provisiones. (Moreno, 1879, p. 230)

Remontando el río Santa Cruz

El lunes 15 de enero, todo estaba listo (Moreno, 1879, p. 230). Hicieron cruzar la caballada a la margen norte y, al mediodía, después de haber almorzado todos juntos, se despidieron del Sr. Defoe y “*entre saludos, con las banderas izadas en el mástil de la ballenera y sobre la casa de la isla, las salvas de los revólveres y los ‘adiós’*”, deseándose felicidades, llegaron a la margen norte, donde los aguardaba Isidoro.

Decía Moreno (1879, p. 231) “*Bien podrían tacharse de necio orgullo, de vanagloria impropia, mis ilusiones de este momento, pero todo lo disculpa el propósito que me guía. Las nacientes de la Santa Cruz son un problema aún no resuelto completamente y creo que a nadie con más derecho que a los argentinos, dueños de ellas, corresponde descifrarlo. Se dice, con o sin razón, que el patriotismo ciega y, a ser cierto esto, quizás en mí se produce este noble fenómeno. Nada veo en este día que pueda ocasionarme tropiezos; olvido las penurias del marino inglés [se refiere a Fitz Roy] que me ha precedido y solo pienso que, con energía y voluntad, condiciones con las cuales se vencen casi todos los obstáculos, obtendré el fin deseado. El ejemplo, de tanto osado viajero que no disponía, generalmente, de los elementos materiales indispensables, cuenta con la fuerza moral que allana todo; que no reconoce estorbos para conseguir por medios loables lo que intenta, lo tengo siempre presente y bien necesario me es (...)*”.

Las peripecias de este viaje han quedado magníficamente descritas en ese hermoso libro de Moreno titulado *Viaje a la Patagonia Austral*, escrito “*para que mis compatriotas puedan formarse una idea de lo que encierra esa gran porción de la patria, siempre denigrada por los que se contentan con mirarla mentalmente desde la Biblioteca*” (Moreno, 1879a, p. 26).

Aquí se prefigura, según Blengino (2005, p. 103), el Museo que reemplazará a la Biblioteca, pues Mo-

reno se da cuenta de que esta “no es un buen observatorio” y “la ciencia, que se ha integrado con la narrativa, ahora se prepara a sustituir la biblioteca con el museo” y “el viaje es uno de los instrumentos para alcanzar ese objetivo”. “La biblioteca es el espacio cerrado del saber superado (...). Se trata de invertir la perspectiva: la naturaleza, los hombres que la biblioteca estudia están presentes con sus restos en el museo. Se trata de sustituir un saber muerto con un saber vivo, un espacio cerrado (la biblioteca) con un espacio abierto (el museo)”. Para lo cual trae a colación los dichos del mismo Moreno: “*Vivir con los indígenas en sus mismos reales y recoger allí los datos buscados vale mucho más que todas las relaciones de los cronistas, que generalmente no son abundantes de verdad*” (Moreno, 1879, p. 31).

Moreno (1879, p. 231-232) destacó los escasos medios de los que disponía: un bote que no correspondía al tipo de expedición que emprendía y el personal escaso, calculado para una embarcación la mitad más liviana y pequeña. Lo hizo comparándolos con los de otras expediciones anteriores. Así Fitz Roy, en 1834, que retrocedió luego de 21 días, había contado con tres botes ligeros tripulados por 18 marineros y un cuerpo de oficiales, aunque a él le cupo “*la gloria de haber señalado el camino a otros*”. Posteriormente, dos expediciones chilenas no lograron su objetivo de alcanzar las nacientes del río. La más importante, compuesta de una lancha de vapor y dos embarcaciones livianas a remos, sirgadas por caballos, regresó después de 10 días de viaje. Solo la expedición enviada en 1873 por el comandante Lawrence de la goleta nacional Chubut, dirigida por el subteniente Valentín Feilbelg y compuesta por cinco hombres, llegó con un bote al lago que da origen al río Santa Cruz y que creyeron era el Viedma, “*pero no pudo navegar en él por los malos tiempos que reinaron durante la exploración*”.

La embarcación que llevaba a Moreno (1879, p. 233-236) tenía una eslora de 8,65 m, correspondiente a ocho remeros, aunque Moreno solo tenía dos, el correntino Francisco Gómez y el brasileño Pedro Gómez, además de un timonel, Estrella. El grumete cuidaba los caballos e Isidoro se ocupaba de proveer alimentos mediante la caza.

La fuerte correntada impedía ascender a remo y solamente se podía recurrir a ello en los remansos que

ofrecían las numerosas vueltas del río, por lo cual se debía acudir a la sirga. En el primer día, se encargó de ella el brasileño, mientras el correntino Francisco se ocupó de sondear, con un bichero, para impedir que el bote varase manteniéndolo a cierta distancia de la orilla. Estrella dirigió el timón para que la embarcación ofreciera siempre la proa a la correntada. El subteniente Carlos Moyano siguió las vueltas del río “*con la aguja de marear*”, comparándolas con la carta de Fitz Roy que, para ello, había sido ampliada. Abelardo cuidaba la tropilla e Isidoro boleaba algo para la cena. Moreno caminaba por tierra y por agua, dirigiendo la sirga y juntando objetos para las colecciones.

En un principio, debido a la inexperiencia, tuvieron problemas con la sirga, a cargo de una yegua que debía remontar una correntada de 9,5 km por hora, y la molestia que les ocasionaba el viento oeste. Según Moreno, la inteligencia del caballo le hizo conocer el “*poco valor*” del brasilero que lo guiaba y “*a la menor dificultad con que tropieza se resiste a ir adelante seguro de que quien lo guía no pondrá gran empeño en la prosecución del viaje*”.

El brasileño Pedro (a quien apodaban Patricio) comprendía que la tarea era dificultosa y cumplía con ella de mala gana. Creía que Moreno lo llevaba en la expedición porque odiaba a su país, Brasil, y a los de su raza y se preguntaba por qué lo obligaba a este viaje si sabía que en él iba a morir. Atrás habían quedado las hazañas prometidas a sus amigos al despedirse de ellos en la isla Pavón. Luego de recibir un involuntario bautismo en el Santa Cruz, al caer del caballo, dejó de lado sus tristes pensamientos y, obligado por la necesidad, fue mejorando en su trabajo.

Rincón de los Machos

Al atardecer, suspendieron la marcha a unos 9,5 km de la isla Pavón, frente al extremo oeste del Rincón de los Machos, “*uno de los puntos preferidos para la caza por los habitantes de la isla*” (Moreno, 1879, p. 235-236). En este punto, el río tenía unos 300 m de ancho. El valle se iba haciendo más angosto, a medida que desaparecía el gran bajo que se extendía al NO de la isla Pavón. En la orilla, había gran cantidad de arbustos (inciensos, calafates, etc.) y pasto amarillento de penachos plateados, surcado por infinidad de pequeñas sendas de guanacos que facilitaban el paso, pese a los cactus, espinas de ar-

bustos y enorme cantidad de cuevas de *tuco tuco*. Hicieron campamento al abrigo de grandes arbustos que los protegían del fuerte viento de la cordillera y amarraron la embarcación en una pequeña bahía.

La meseta se elevaba del paradero unos 30 m y a 2/3 de su altura se observaba un bloque errático de aproximadamente un metro cuadrado, “*testigo de la época glacial*”, y muchos otros fragmentos más chicos.

Isidoro había cazado un guanaco pequeño que, asado, les sirvió de cena. En cuanto oscureció, se envolvieron en los quillangos para dormir y, en el sitio donde Moreno armó su cama, encontró dos puntas de flecha y un cuchillo pequeño de obsidiana, “*instrumento que aún a veces emplean los indios para sangrarse las venas del brazo cuando no han tenido buen éxito en los tiros de bolas*” (Moreno, 1879, p. 237).

Escribió Moreno (1879, p. 237-238; cf. Riccardi, 2019, p. 213): “*¿Qué mayor éxito puede desear un viajero antropólogo, en estas regiones, que dormir en el mismo sitio en que quizás lo hizo el primitivo patagón?*” (...) “*¿Quién, transportado a nuestro paradero, hubiera distinguido si el envuelto en el quillango es el indígena o es el que pretende descifrarlo...? (...) En este momento, con diferencia de algunos siglos, salvaje y civilizado se encuentran en igualdad de circunstancias*”. En estas reflexiones se expone y advierte, pese a las diferencias, su identificación con los aborígenes (cf. Blengino, 2005, p. 107).

Todos descansaron, salvo Patricio, que velaba pues cerca del río había encontrado una avutarda destrozada por un zorro, hecho que atribuyó a un león.

El 16 de enero, al amanecer, continuaron la marcha, que debieron dividir en dos etapas por la longitud del día y al calor del mediodía. Ahora la sirga era dirigida, con mayor eficacia, por el correntino Francisco. El curso del río era hacia el sur y tenía varias islas en el centro y cerca de las márgenes, con costas bajas, arenosas y con gran cantidad de matorrales. A 300 m del paradero, el río erosionaba la margen norte que formaba una barranca casi vertical de entre 9 y 15 m de altura, mientras la margen sur era una ancha planicie inundada, y se vieron obligados a sirgar desde la barranca, tarea que pudieron realizar los caballos guiados por Moreno (1879, p. 238-239) y los dos marineros.

Pasada la meseta, la costa era más baja y, no habiendo mayores dificultades, Moreno salió a caballo a visitar los alrededores. Se dirigió hacia el NNO y subió la meseta empinada y pedregosa, desde donde divisó el gran bajo que, desde enfrente de la isla Pavón, se dirigía hacia el oeste. Entre el bajo y el río, se elevaban tres mesetas de aproximadamente 90 m, que la expedición de Fitz Roy había denominado “*Cerro Guanaco*”.

En la cima del cerro, había una capa terciaria compuesta, en la parte superior, casi exclusivamente por *Ostrea patagónica*. El panorama era “*tristísimo*”, con escasa vegetación. Al sur del río y al este de la isla Pavón, se observaban los dos escalones con pastos permanentes y más distantes, los Cerros Azules que formaban la Cadena del León y que se desvanecían hacia el mar.

Moreno (1879, p. 239-240) volvió hacia el río hasta un punto en donde este volvía a formar una barranca en su margen norte. Allí hizo campamento junto a Isidoro que lo había precedido con la caballada y lo esperaba con el mate listo. La embarcación llegó a mediodía, atravesaron el paso y pararon a almorzar y descansar. Comieron un piche que había cazado Isidoro y que fue asado siguiendo el procedimiento de los indios. Este consistía en calentar algunas piedras planas y ovaladas, que se colocaban dentro del piche, al que se le habían extraído los intestinos, cosiendo la abertura del vientre con el mismo cuero o con una ramita. El procedimiento era más rápido que si fuese asado directamente al fuego, al tiempo que el jugo de la carne y la gordura dejaba un caldo sustancioso.

Descansaron hasta las tres de la tarde a la sombra de unos inciensos. Luego, siguieron viaje y pasaron frente al paradero de Amenkelk, que se encontraba a la entrada de una quebrada honda y fértil donde se unían varias mesetas. Aquí concluían los cerros Azules, el camino se hacía más cómodo, mientras que “*El río baña aquí la costa sur formando grandes recodos a los cuales no llega la inundación*”.

Al caer el sol, pararon en un pequeño displayado donde se observaban algunos troncos cortados hace muchos años, acción que Moreno (1879, p. 241) atribuyó a la expedición de Fitz Roy, al culminar el tercer día de su viaje, el 21 de abril de 1834. Aunque ahora, a diferencia de la noche fría de aquel entonces, disfrutaban de una temperatura agradable.

Al día siguiente, continuaron viaje comprobando que las direcciones del río que anotaban concordaban perfectamente con las de la expedición inglesa “*salvo detalles muy insignificantes*” y no pudieron “*sino admitir la precisión asombrosa con que han sido dibujados*”.

Paradero Chickerook-Aiken

La marcha se volvió difícil, por los abundantes matorrales que había en la margen norte, por la cual se desplazaban, debido a que, en la sur, había barrancas que llegaban al agua. Luego de caminar una milla, llegaron frente al paradero de *Chickerook-aiken*, ubicado en la margen sur, que era frecuentado por los habitantes de la isla Pavón durante sus cacerías.

En este punto, existía un vado de los nativos, mencionado por Fitz Roy en su relato correspondiente al 22 de abril de 1834. Según Moreno (1879, p. 242), este era correcto en cuanto a la forma de hacer el cruce, corroborado por los mismos nativos. Para ello, se usaban balsas hechas con ramas y troncos de árboles o los palos de los toldos cuando aquellos faltaban y sobre ellas colocaban los hijos pequeños y bagajes. Los hombres y las mujeres se agarraban de las puntas de los palos sumergidos en el agua y, nadando, seguían la balsa, la cual era arrastrada atada a la cola de un caballo.

En el relato de Moreno (1879, p. 243-244), *Chickerook-aiken* era un lugar muy pintoresco, donde las pendientes sucesivas de varias mesetas formaban una quebrada con abundante vegetación, en la cual había humedad “*producida por la capa acuosa que se halla entre el cascajo que cubre el suelo de la Patagonia y la impermeable terciaria*”.

Hacia el occidente de este punto, el horizonte se despejaba, las barrancas estaban más alejadas del agua y tenían pendientes menos escarpadas. No había mayores accidentes del terreno, y “*la monotonía opresora enerva aquí, desespera*”. Había aridez, desolación y el entusiasmo de los primeros días comenzó a desaparecer. La escasa variación orográfica y geológica era acompañada por la de la fauna y la flora.

El remolque de la embarcación se hizo más dificultoso debido a la mayor velocidad de la corriente que en algunos puntos producía verdaderos rápidos, los que sumados a las numerosas vueltas que daba el río producían la sensación de que no se avanzaba, aunque todos ayudaban al caballo tirando de la cuerda.

Encontraron una bandada de aproximadamente 100 avestruces, de las cuales cazaron doce mientras las demás se dispersaron en las mesetas o cruzaron el río. Moreno (1879, p. 245) destacó que el avestruz no se echaba al agua por su propio gusto, sino que lo hacía forzado por algún cazador o por una fiera y que en tal caso nadaban con su largo pescuezo fuera del agua mientras lanzaban un triste silbido.

A mediodía, descansaron mientras pelaban los avestruces y comían. Seguidamente durmieron la siesta por dos horas. Luego continuaron viaje, con mayores dificultades. El desaliento se fue apoderando de los marineros y las chanzas de los primeros días fueron reemplazadas por el silencio que producía el disgusto. Solo llevaban tres días de viaje, pero las espinas habían convertido las ropas en harapos, el calzado se iba gastando y por los agujeros penetraban las espinas de los cactus. “*Las manos se llenan de ampollas por el trabajo de la cuerda, y los chicoteos de los arbustos arañan en todo sentido piernas y brazos*”.

Al caer la tarde, marchaban con lentitud y precaución, penosamente, en la falda de una barranca tupida de arbustos, cuando se les cruzó un puma que escapando de ellos cruzó el río a nado. Ya de noche, se encontraron frente a una barranca bastante extensa e hicieron campamento, pese a las protestas de Patricio por la vecindad de las fieras que lo mantendrían desvelado.

El 18 de enero a la madrugada, Moreno montó a caballo y se dirigió hacia el norte hasta alcanzar la meseta más alta. Contó cinco escalones, cada vez más distanciados entre sí. La altura total era de unos 170 m y, hacia el interior, se veían otras más elevadas. La vegetación era muy pobre, la mata negra era raquítica pero abundante, al igual que las azorellas. El viento arrasaba con todo. Moreno recogió algunos coleópteros y lepidópteros. La desolación lo entristeció y descendió la falda de la meseta.

Preferencias de los guanacos ante la música

Al cruzarse con una tropilla de guanacos, bajó del caballo, se sentó para ver el espectáculo y silbó *Rigoletto* y la *Fille de Mme. Angot*, y finalmente *Aída*. Los guanacos parecieron preferir *Aída* pues, aunque se movían nerviosos, se acercaron hasta pocos metros. Unos disparos los asustaron y huyeron dejando una nube de polvo.

Moreno (1879, p. 247-248), que no quiso herirlos y solamente deseaba observarlos, reflexionó, en un claro preanuncio de la visión de protección a la naturaleza que, con los años, lo llevaría a proponer la creación de reservas naturales: *“En mi corta vida de viajero, jamás he cazado por mi mano el más insignificante animal cuando no ha sido necesario para las colecciones o para el alimento. ¿Qué más gozo puede encontrarse que verlos libres sin temor de uno, cuando la lucha por la vida no nos obliga a destruirlos? No debemos hacer aún más grande y triste el desierto destruyendo o alejando sus escasos habitantes”*.

Al mediodía, continuaron viaje. Debieron emplear toda la cuerda que tenían debido a la presencia de varios rápidos que los obligaron a remolcar el bote alejado de la costa, con lo cual se fatigaron más que en todo el trayecto realizado anteriormente. Como recompensa, cada hombre recibió *“Un refresco de Hesperidina de Bagley con agua y azúcar y dos galletitas del mismo fabricante (...)”*.

Cazaron dos gatos pajeros, que parecían abundar en esta región, de acuerdo con lo observado, mucho más que en la septentrional. En el paradero, pescaron dos truchas; una de ellas de un kilo, y un siluro, que sirvieron para la cena.

El 19 de enero, tuvieron un día de mucho trabajo, con grandes dificultades, en el que avanzaron muy poco e incluso perdieron más camino que el que ganaron. Las dos orillas tenían barrancas abruptas; la del norte, con matorrales que dificultaban el paso y donde el río corría con fuerza. A mediodía, se encontraban más abajo que el punto donde habían pasado la noche. En más de una oportunidad, debieron soltar la cuerda para no verse arrastrados al río. En un recodo, la corriente era tan fuerte que la cuerda se cortaba cada vez que tres hombres y un caballo hacían esfuerzos para arrastrar el bote. Estrella en el timón y Patricio (que temblaba y no hablaba), con un remo, trataban de mantener la proa fija hacia la corriente. Casi habían pasado el recodo, cuando la cuerda se cortó nuevamente y la embarcación retrocedió casi dos kilómetros. Finalmente, descargaron parte de las provisiones para aligerar el bote e hicieron, con la pala, un pequeño canal que usaron para dejar atrás el rápido (Moreno, 1879, p. 249-250).

Swim Bluff

A las tres de la tarde, encontraron otra barranca, pero la cruzaron sin problemas. Era el punto llamado *Swim Bluff* por Fitz Roy. Al pie del promontorio *“se extiende una hondonada que en invierno sirve de estuario a las aguas de las mesetas vecinas. El paraje es tristísimo”*. A las cinco de la tarde, acamparon en una rinconada bien abrigada, donde parecía haber acampado Fitz Roy, según lo atestiguaban algunos troncos hachados y huesos quemados hacía mucho tiempo. Moyano cazó un guanaco con el revólver y los dos marineros pescaron algunas truchas que comieron, fritas en grasa de avestruz.

El 20 de enero, Moreno (1879, p. 251-252) se levantó después de haber pasado una mala noche debido a las dificultades del día anterior y a que se derramó el jarro de café hirviendo sobre un pie, lo que lo hizo sufrir bastante. Al respecto escribió: *“tenemos las manos quemadas por la soga y las piernas y los pies ulcerados por las piedras y las espinas. No puedo exigir más esfuerzos y voy creyendo que, aun a pesar de la decidida voluntad que tenemos, el buen éxito no coronará mi empresa (...) El padecimiento moral principia y me tiene agitado. Es demasiado el peso que llevo encima; hay momentos que yo mismo considero tentativa loca la empresa, pero la razón vuelve y no me doblego a pesar de que las dificultades van sucediéndose progresivamente”*.

Luego siguió la sirga, se hundieron en barriales hasta cerca de la cintura y debieron hacer dos trabajos, remolcar y arrancarse la arcilla pegajosa. *“Trabajamos como fanáticos y no nos fijamos en obstáculos”*. Había más corriente y rápidos, las orillas del sur eran abruptas y las del norte, por las cuales iban, presentaban *“aún mayores dificultades; las vueltas del río se hacen más seguidas y las aguas, al costearlas, forman remolinos que mantienen el bote en constante oscilación”*.

Francisco Gómez y Moreno, en el agua, tiraban del bote con una cuerda. Gómez con la cuerda agarrada a la cincha del caballo y Moreno, a pie, unos cinco metros más atrás. Patricio, al costado del bote, trataba de que la proa se orientase en dirección a la corriente. Estrella dirigía el timón. Moyano iba por tierra con la punta de la cuerda, con el encargo de enredarla en una mata en el caso que la fuerza de la corriente arrastrase a la embarcación y a quienes la remolcaban.

En un rápido importante, Patricio se asustó y, por miedo a ahogarse, se tiró dentro de la embarcación que perdió el rumbo y quedó de flanco a la corriente. Moreno se lanzó al agua para agarrar la embarcación, pero perdió pie y fue arrastrado por un remolino que lo llevó hasta el fondo, lo hizo girar y lo lanzó nuevamente a la superficie, donde logró aferrar nuevamente la cuerda que Francisco apenas logró sostener. Un poco después, enfrentaron otro rápido y debieron cruzar al sur para pasarlo. Tardaron tres horas en avanzar cien metros. Finalmente decidieron descansar, amarraron el bote en un recodo y comieron unos fragmentos de puchero de guanaco guardados por el brasileño, con migas de galleta y unas gotas de jerez.

Con nuevas fuerzas, enfrentaron una nueva dificultad. El río, que hasta ese momento generalmente tenía una costa baja frente a otra elevada, se presentaba encajonado, con dos barrancas a pique a ambos lados, en algunos lugares, de hasta casi cien metros, y corría con una velocidad de más de 12 km/h. Moreno (1879, p. 253-255) decidió quedarse en tierra con Abelardo y embarcar el resto de la tripulación para que se hiciera cargo de la embarcación, en el caso de que corriese peligro de zozobrar o se cortase la sogá. Isidoro condujo los caballos a través del valle. Abelardo montaba *“la briosa yegua, que es la que destino para los pasos difíciles”* que tiraba de la cuerda a por lo menos cinco metros del borde del acantilado. Como la sogá tomaba una gran inclinación y rozaba el borde, donde tendía a enredarse en matas y grietas, Moreno se ocupaba de seguirla para evitarlo. Lo hizo por considerar que no debía exponer a nadie, pues ninguno más que él tenía la responsabilidad de la expedición y era, por lo tanto, quien debía enfrentar el peligro. *“Los esfuerzos son grandes, mi corazón parece querer estallar y el pañuelo mojado que llevo en la frente se calienta”*.

Swamp bend

El bote avanzaba pero repentinamente la corriente fue tan fuerte que debieron soltar la cuerda. El bote pareció girar, pero Estrella mantuvo firme el timón y los marineros usaron los remos, con lo cual el bote descendió veloz hacia el este, tratando de ganar la orilla opuesta, que alcanzó 500 m más abajo. Allí la tripulación recommenzó el trabajo de ascenso. *“Esta gran vuelta, que Fitz Roy llama Swamp Bend*

(Vuelta del pantano), es difícil dejarla atrás, sobre todo con la actual inundación”.

Moreno, muy cansado, bajó al río a tomar agua *“pues la sed es espantosa y el calor sofocante”*, cayó sobre un médano y se quedó *“rendido y dormido al sol”*. Tres horas después, lo despertó Abelardo y le fue difícil articular palabra. El grumete le trajo agua para mojarle la cabeza. Mientras tanto, el bote había vuelto a cruzar al lado norte y logrado remontar el paso.

Volvieron a remolcar el bote por la costa más baja, pero esta se volvió pantanosa y la corriente era tan fuerte que nuevamente debieron soltar la sogá. Así Francisco Gómez quedó en la orilla norte mientras todos los demás cruzaron obligadamente a la orilla sur y algo adelantaron, manteniendo la proa en la dirección de la corriente. Las costas eran muy empinadas y, cuando Moyano bajó a atar la cuerda, el bote se soltó y debieron volver a cruzar al norte. Así alcanzaron el mismo punto donde Moreno había dormido su obligada siesta. De no haber protagonizado este *tour de force* y haber sido arrastrados cuarenta metros más abajo, hubieran tenido que volver a cruzar el *“inolvidable”* barranco. Tomaron más precauciones y con mayor facilidad, ayudándose con la pala y el pico, consiguieron dejar atrás el *“mal paso”* que los hizo pasar al otro lado. Debieron sin embargo cruzar nuevamente para buscar a Moyano. Hicieron una milla más, con barrancas a pique, pero bajas. Acamparon en un descampado, al extremo de la vuelta pantanosa y reunidos alrededor del fogón, devoraron un asado de guanaco.

El 21 de enero, pararon, obligados por un fuerte temporal de viento proveniente del SE. No pudieron levantar las carpas y el campamento fue invadido por el agua, al aumentar la inundación. Había pumas en la vecindad. Para pasar el día, cada uno construyó su propio resguardo, usando las abundantes matas. Moreno se dedicó a la lectura, solo alterada por *“la arena menuda que levanta el viento”*, que convertían la comida en *“a la milanesa”*. Este paraje, al pie de unas mesetas bajas con aspecto triste y árido, hizo escribir a Moreno (1879, p. 256), citando a Darwin sin identificarlo: *“La esterilidad se extiende como una verdadera maldición sobre el país”*.

Aquí aumentaba la abundancia de fragmentos de basalto que venían encontrando desde el Atlántico.

El 22 de enero volvió a arreciar el viento que levantaba del río una fina lluvia y, por momentos, ocultaba la otra orilla a la vez que producía remolinos que elevaban columnas de agua de un metro de altura.

El 23 de enero fue el tercer día de temporal. Tenían los ojos rojos por la arena y, como el viento había disminuido, Isidoro y Moreno salieron hacia el oeste y trataron de cazar algún avestruz. Los demás se ocuparon “en hacer cuerdas con cogotes de guanacos” para poder reemplazar, de ser necesario, la cuerda de sirga. También hicieron calzado de repuesto “pues el nuestro casi ha concluido”.

Comentarios sobre el guanaco

Moreno (1879, p. 257-264) introdujo aquí para la “bien fatigosa y monótona ascensión del río”, una serie de comentarios y observaciones sobre el guanaco, que en su opinión “es sin duda uno de los animales más interesantes que posee la parte austral del Nuevo Mundo”, pese a lo cual no había merecido grandes descripciones.

“Desde que Pigafetta lo describió fabulosamente, como teniendo la cabeza y las orejas de un asno, el cuello y el cuerpo de un camello y la cola de un caballo, ninguno de los visitantes de la Patagonia ha dejado de citarlo en términos más o menos exactos. Ha sido comparado con camellos, le han encontrado analogías con el caballo, con el anta, con el ciervo y hasta con las ovejas; lo han llamado ‘carnero de la tierra’ (...) ‘Estos ‘ciervos de largos cuellos’ encontraron un historiador detenido, aunque poco verídico, en el almirante Wood’ (...). ‘Si hay inexactitud en las primeras descripciones es porque son el resultado del entusiasmo ciego que había en otros tiempos para las cosas de América, pues si hubieran sido descritas tales como eran, no habrían tenido la aceptación deseada. ¿Serían hoy conocidos los patagones de la manera que lo son, si no se hubiera exagerado su talla gigantesca?’”

Reflexiones estas que quizás explican muchas de las imágenes idílicas que el mismo Moreno da de ciertas regiones de la Patagonia (e.g. Somuncurá).

En lo que hace al guanaco, Moreno comenzó mencionando la indefinición que existía con respecto a la posición específica del guanaco, la vicuña, la llama y la alpaca. Luego pasó a describir su distribución, “desde el Ecuador hasta Tierra del Fuego”, desde el Atlántico a la Cordillera, aunque “donde se

lo admira en su completo desarrollo salvaje, es aquí, en la Patagonia, de donde, como dice Darwin, es característico, y donde también, puedo decirlo, todo es salvaje, sean sus habitantes, sus bosques, sus ríos, sus soledades, sus desiertos y sus montañas”.

Seguidamente, se ocupó de describir su altura y longitud, su peso, el sabor de su carne en las diferentes edades y su comportamiento con relación al hombre. “Es el ‘dandy’ de la región; su elegante cuerpo, su largo cuello e inteligente cabeza, su delgado y lanudo tronco y sus piernas finas y claras le dan una bella presencia”. Pasó al color en sus diferentes partes, su porte y gracia de movimientos, su producción de lana, su miedo y curiosidad, sus comportamiento solitario o gregario en función de la tropilla compuesta por un macho y muchas hembras, el número de crías, las características y comportamiento de estas, la forma de cazarlos y su domesticidad.

En este último sentido, escribió Moreno: “Como su lana es apreciada, llegará un día que las tropillas salvajes de la Patagonia se domesticquen, y que el hombre, en vez de aniquilarlas, como hace ahora buscando solo su carne y abandonando su piel, a no ser la de los jóvenes, aproveche su lana sin quitarle la vida, como artículo de comercio lucrativo”.

Mencionó también sus migraciones estacionales, su alimento y su resistencia a la falta de agua, la acumulación de excrementos en un mismo sitio y la de esqueletos, que atribuyó a la búsqueda de abrigo ante las inclemencias del tiempo, a diferencia de Darwin que la había atribuido a la búsqueda de un lugar apropiado para morir.

El 24 de enero, “habiendo calmado el viento” salieron a las 10 de la mañana y caminaron sin parar hasta las 7 de la tarde. Fue el mejor camino que habían encontrado hasta ese momento. No había mesetas a pique, pasaron por parajes donde el río era bastante más angosto que en otros lados, había pocos rápidos y, aunque tenía muchas vueltas, encontraron pocos arbustos, con lo cual el caballo pudo trabajar mejor. Los restos de instrumentos indios se hicieron más abundantes y Moreno (1879, p. 264-265) encontró varios cuchillos de piedra. Estos restos generalmente se hallaban en los bajos, en proximidades del río, donde los indios encontraban abrigo.

Las mesetas del sur “ofrecen un interesante panorama: una arquitectura fantástica ha convertido ese

pedazo de pampa en castillos arruinados, murallas imponentes, pirámides de flancos desmenuzados con grandes cubos en la base; todo árido, blanquizco y alumbrado por el sol que los destaca del fondo incierto. Allí parece yacer una ciudad geológica destruida entre cuyos edificios inmensos se han formado médanos. Una interesante colección de fósiles espera en ella al feliz colector que disponga de tiempo y medios. Es este un paisaje de Norteamérica, de las tierras de Nebraska, tan áridas para la labor industrial del hombre, pero tan útiles para el conocimiento de la historia del pasado de nuestro globo”.

A la noche pararon en un paradero ubicado en la falda de la meseta norte, “*al principiar una vuelta que cruza transversalmente el valle*”. Allí había un pequeño bañado bajo que se internaba en una quebrada y que tenía un aspecto pintoresco por la abundancia de arbustos. La orografía había cambiado, las mesetas se encontraban más próximas entre sí y, al oeste, se divisaban mesetas negras de basalto, cuyos fragmentos aparecían en la orilla del río. En el bañado, cazaban algunos zaramagullones y una ardeas. Comieron un puma que cazó Isidoro, pero Patricio se asustó ante el animal muerto y se refugió en el bote. La piel se guardó para las colecciones y la carne se dividió en dos, una parte para la comida y otra para los perros. Solamente así Patricio perdió el miedo.

Los animales no quisieron comer la carne de puma, pero Patricio la devoró con especial placer. Según Moreno (1879, p. 265-266) hay quienes “*comen la carne de las fieras para tratar de adquirir por ese medio el valor y la fuerza de ellas*”. Debido a la afición que muestra por este tipo de alimento le dieron el apodo de “*Yanta-féras*”, del cual se sintió orgulloso, por más que deseaba el de “*Mata-féras*” que, según Moreno, “*jamás lo conseguirá*”.

El 25 de enero, el avance se hizo engorroso, pues el río corría por el borde casi vertical de la meseta. Cuando no tenían ese obstáculo, encontraban que los bañados de la orilla opuesta eran intransitables por la creciente, que iba en aumento, y al chocar con fuerza contra la costa casi vertical, producía derrumbes que ponían el bote en peligro. Tras pasar el primer punto dificultoso, Moreno (1879, p. 266-268) montó en un caballo picazo, tuerto, cojo y terco y subió a la meseta. Necesitaba estar solo pues temía que los obstáculos agriasen su carácter y sentía que

no debía poner de manifiesto, ante quienes lo ayudaban, sus dudas con respecto al futuro del viaje. Cruzó tres mesetas, la última de cerca de 365 m. En una hondonada, encontró un manantial, donde más de 50 guanacos se revolcaban para refrescarse del calor insoportable del día. El paisaje era muy triste, aunque ello tal vez se debiera a que “*la impresión que deja el aspecto de la naturaleza en una región determinada está íntimamente ligada con el estado del espíritu del observador en el momento que la observa*”.

Moreno cruzó planicies y quebradas y entró en una de estas, ubicada en la meseta mediana, a 230 m a.m. Allí “*la sabana ígnea que se extendió bajo el antiguo mar se ha quebrado sembrando de fragmentos la grieta*” entre los cuales Moreno siguió “*el precipicio que se dirige desde el NO*”, con muros verticales de 35 m de alto. Un pequeño arroyuelo, casi seco y con mala agua, serpenteaba por el centro de la quebrada. Volvió al valle, salió a media milla del paradero de la noche anterior y observó que el borde de la meseta mostraba la inclinación del basalto “*que va desapareciendo entre la capa glacial hacia el este*”, mientras que hacia el oeste tomaba mayor desarrollo. El río corría lejos de la meseta y Moreno debió galopar largo rato hasta encontrar el bote que avanzaba lentamente.

Basalt Glen

El 26 de enero a mediodía, llegan al punto peligroso señalado por Fitz Roy. El río Santa Cruz corría saltando por rocas basálticas que constituían su margen septentrional, con las faldas cubiertas por grandes bloques. Dejaron atrás el paradero de Fitz Roy llamado “*Basalt Glen*”. Era una sombría quebrada formada en el basalto, con un pequeño manantial que corría por el centro con poquísima agua, que desembocaba en el río desde el NO, “*formando en este punto una pequeña bahía pintoresca en su misma tristeza*”.

Moreno (1879, p. 269) puso de relieve la equivocación de Fitz Roy, quien creyó que por esta quebrada corría el Chalia “*mencionado por Viedma en su viaje a la Cordillera*”, aunque consideró que, en el momento de la visita de Fitz Roy (26 de abril de 1834), por ser otoño, estaría convertido en un pequeño arroyo.

Pasados los lugares dificultosos se detuvieron “*al pie del murallón basáltico, que en la vuelta del río forma un valle pequeño*”. Allí la caballada tenía buen alimento, pues abundaban los matorrales de

dimensiones notables. En un sitio resguardado establecieron el campamento y descargaron el bote para revisar el estado de las provisiones, pues debido a algunas averías había penetrado agua.

El 27 de enero, Moreno (1879, p. 270-271) decidió permanecer en el lugar, debido a que Isidoro estaba enfermo y a que la corriente hacia más peligroso el avance, pues corría con más velocidad debido a que el cauce del río era más angosto (c. 200 m). Moyano salió a cazar y volvió con un avestruz, cuyo cuero pasó a engrosar las colecciones de Moreno. Moreno salió de excursión a las quebradas basálticas “*para poder, desde las alturas, buscar las crestas de la Cordillera*”. Escribió Moreno: “*Todo se combina para hacer más lóbrego este desfiladero de basalto; el día es frío, oscuro y a ratos cae una lluvia fina y el viento sopla con furia produciendo en ciertos momentos silbidos tristísimos en el valle silencioso. Este escenario sería digno teatro de las hazañas cantadas por Ossian; recuerda las soledades, hijas del paso de Fingal. Cuando en un momento, un chubasco cargado de grueso granizo, golpeando los negros flancos de los peñascos, blanquea la superficie escabrosa de la angosta quebrada, mi imaginación cree ver aquí un sudario mortal, y en los esqueletos, residuos del festín de algún puma, despojos del algún héroe de las huestes de Loclin abatido por el dardo del titán de Morven. Los cristales de sólida lava, tronchados y caídos unos sobre otros, semejan piedras funerarias sobre las cuales las águilas exhalan gritos siniestros que el espíritu toma como fatales augurios*”.

El 28 de enero, Moreno observó que, al oeste del paradero, “*el río forma una rápida vuelta viniendo del sur, desde el borde de la meseta opuesta, dejando al norte una extensa llanura, pues la meseta basáltica no la sigue, sino que viene casi en la línea recta EO*”. En la llanura señaló dos pequeñas mesetas y dos lagunas permanentes, y, en la superficie inmediata al basalto, fértiles manantiales. En las lagunas había miles de aves: flamencos, patos, chorlos y gallaretas. Había cientos de guanacos y en todas direcciones se veían tropas de avestruces. “*Esto es espléndido para una cacería, pero Isidoro continúa enfermo*”.

A la tarde, Moreno hizo una excursión sobre el basalto y divisó mesetas de 600 y 800 m que se escalonan hacia el oeste, pero “*la Cordillera está velada aún por la distancia*”. Consideró que parecería “*que el*

hombre no hubiera vivido nunca en esta región árida y escabrosa”, aunque encontró algunos rascadores y un cuchillo de piedra “*dejados por los antiguos indígenas*”.

El 29 de enero, “*Por las alturas termométricas tomadas (...) en el punto de ebullición*” Moreno obtuvo una altura de 72 m para el campamento y de 229 m para la meseta basáltica adyacente. La capa de basalto tenía unos 43 m de espesor. La temperatura media del día fue de 15° C. Moyano cazó un guanaco, reemplazando con buen éxito a Isidoro, que continuaba enfermo.

El 30 de enero, levantaron un pequeño *cairn* como recuerdo del paso por ese lugar. Esto entristeció a Patricio, pues pensaba que ello tenía como objeto servirles de tumba. Moreno (1879, p. 272) incendió algunos matorrales de la falda del cerro para ahuyentar algunos pumas que la noche anterior inquietaron a la caballada. A la noche, sintieron frío, como anuncio de un prematuro invierno.

El 31 de enero, permanecieron en el mismo lugar. Cóndores y caranchos hacían guardia alrededor del campamento, esperando los despojos de la comida. A las doce, la temperatura era de 6° C y, a la noche, bajó a tres. El brasileño bravuconeó y se bañó en el río, pero quedó cinco minutos sin habla, con los miembros entumecidos y tiritó toda la noche. El incendio continuó también durante la noche, devorando arbustos y atacando las murallas de basalto y el campamento presentó un aspecto casi mágico. La luna alumbró la ardiente escena.

El 1 de febrero, Isidoro se hallaba curado. Debido a la gran curva que tenía el río hacia el sur, el avance hacia el oeste se presentó lento, razón por la cual continuaron viaje a la madrugada. Debido a las piedras el agua estaba agitada y tuvieron que cruzar a la otra orilla y usar la sonda para determinar la profundidad. Encontraron 26, 15 y 7 m en diferentes puntos y 9 m en la vuelta. La gente continuaba en el bote y Moreno, con la finalidad de acortar camino, cruzó la llanura a pie. Siguió un pequeño sendero que venía observando desde hacía varios días y que no le pareció propio de los guanacos. Lo consideró un camino de “*chinas*”, producido por la marcha de las mujeres nativas con toldos, mientras los hombres se dedicaban a la caza. Moreno (1879, p. 273-274) le atribuyó alguna antigüedad, pues en él encontró dos cuchillos de piedra. El aspecto de la comarca no era mesetifor-

me sino con lomas onduladas, aunque la meseta alta estaba coronada por basalto negro. Todo era fértil, con abundantes pájaros, y guanacos que espantaban bandadas de pechos colorados y de patos.

Moreno descansó durante la siesta hasta que llegó Isidoro con la caballada, pero el bote no se divisaba. Como varios cóndores revoloteaban próximos al río, pensaron que algo malo había pasado y Moreno retrocedió a pie por la orilla por unos 5 km, hasta que encontró el bote. Este se había retrasado por lo engorroso del camino y porque debió parar a cargar un guanaco que habían cazado, que es lo que había atraído a los cóndores. A las 10 de la noche, luego de grandes esfuerzos pues el borde del río era fangoso y el anochecer ocultaba el camino, pararon junto a un matorral. Comieron una farriña guisada con grasa de avestruz y “beefsteaks” de guanaco.

El 2 de febrero, se retrasó la marcha debido a la inundación, por más que la corriente no era tan rápida. Había lugares en los que el río tenía 400 metros de ancho y donde el agua ocultaba matorrales en los que el bote se varaba y los lastimaba cuando intentaban destrabarlo. El curso del río venía del norte y sus numerosos y espaciosos zigzags hacían que avanzasen poco hacia el oeste. A mediodía, se levantó un viento fuerte que los obligó a detenerse. Pararon en un bajo inundado cubierto de “matorro blanco” y de calafates. Había médanos grandes que ocultaban bloques negruzcos provenientes “de la capa basáltica que lo domina y con la cual el río, que descende rugiendo al pie, forma un cercado natural casi completo” para la caballada (Moreno, 1879, p. 274-275). Había una hoya profunda donde el agua bullía “en un infierno de rocas y de olas” y formaba espuma blanca. En ese punto, Fitz Roy casi perdió una de sus embarcaciones. El río estaba sembrado de islas debidas a la inundación que iba invadiendo el valle y por todas partes se veían piedras y matorrales y Moreno (1879, p. 274-275) tuvo dudas con respecto a cuál de los canales seguir. Finalmente, previendo un temporal, hicieron campamento entre unas matas abrigadas.

El 3 de febrero, Moreno (1879, p. 275) pasó revista a las dificultades climáticas que tenían que sobrellevar: frío, viento, lluvia o calor insoportable. “No podemos pasar una hora sin que alguno de esos obstáculos ponga a prueba nuestra paciencia humana”. Aun al abrigo de

las malezas, sintieron durante la noche las inclemencias del temporal, que duró hasta el día. La lluvia los había castigado y mojado y, al despertar, cada uno era una isla rodeada de agua. El viento continuaba del OSO, con fuerza cada vez mayor, elevando columnas de polvo sobre los peñascos basálticos y el bote se balanceaba con el viento y la corriente y se hacía imposible continuar. Si hubieran tratado de cruzar a la orilla opuesta se hubieran visto arrastrados hacia atrás, al sitio de donde habían salido el día anterior.

Cerro 3 de Febrero

Moyano, Isidoro y Patricio salieron de cacería y volvieron a la tarde con un guanaco, un avestruz, un pato y una ardea, en cuyo buche Moreno encontró pequeños peces. Todo ello “se convierte en *pródigo banquete*” con el que la expedición “*festeja el aniversario de la caída del Tirano*”.

Con esas líneas, y las que siguen más abajo, realizó Moreno a los 25 - 26 años de edad, una de las pocas, sino la única, toma de posición con respecto a la política de su época, que haría a lo largo de toda su vida.

Durante el día, en su recorrido por las pedregosas faldas del cerro basáltico inmediato al campamento, continuó Moreno (1879, p. 277): “*en medio de ruinas geológicas inmensas a las que los elementos han dado la apariencia de devastaciones humanas y, por una de esas evoluciones del pensamiento que sin quererlo unen en una misma idea sensaciones bien opuestas, he encontrado analogías entre esta creación de las furias volcánicas y las sangrientas obras del hombre odiado cuya caída tuvo lugar hace hoy veinticinco años. El luto pétreo que cubre la meseta y que domina la garganta que he recorrido me hace pensar en el luto de la patria, impresionado por el recuerdo de la historia, en aquellos aciagos años que precedieron al día que hoy festejamos*”.

Los obstáculos físicos que observó le hicieron recordar “*los morales que produjeron los malos días*” y la visión, en una angosta quebrada, de un gran puma destrozando “*los sangrientos despojos de un indefenso guanaco*”, escena dominada por cerros negros que para alejar a las fieras Moreno ha “*coronado de llamas que serpentean ascendiendo y asaltando a la cumbre envuelta en denso humo*”, le imponen y fortifican el recuerdo triste evocado “*y para perpetuar el*

aniversario de la caída de Rosas, hombre, pero puma de instintos(...) dio "(...) a este paraje el nombre de 'Cerro Tres de Febrero'".

El 4 de febrero, al amanecer, Isidoro, que había pasado casi toda la noche en vela debido a que la caballada habían sido alborotada por algún puma, los despertó con un jarro de café bien fuerte (Moreno, 1879, p. 277).

Tres veces intentaron pasar un remolino “*pero la corriente poderosa*” les arrancó la cuerda de las manos y llevo el bote aguas abajo. La anchura del río era grande debido a la inundación y sobre la orilla sur había numerosos arbustos que solo se hacían visibles por la fuerte correntada que chocaba contra ellos. Moreno (1879, p. 278) y sus compañeros se lanzaron al agua y arrastraron el bote enredándose en las matas sumergidas entre “*el intrincado archipiélago de islas, piedras y arbustos sueltos*”. Luego de cinco horas de trabajo continuo lograron llegar, solo “*a cien metros del torbellino*”, a la orilla norte donde Isidoro los aguardaba con los caballos.

Almorzaron y siguieron viaje, remolcando el bote con un caballo hasta la desembocadura de una quebrada, donde la presencia de una ladera abrupta llevó a Moreno (1879, p. 278-279) a cruzar el bote al lado sur, mientras él siguió por la quebrada, con Isidoro y los caballos. Un borde de la quebrada estaba coronado de basalto, mientras que, en el otro, había areniscas terciarias cubiertas por sedimentos glaciales. En el ascenso del cañadón, un puma espantó los caballos y, mientras Isidoro lo seguía con sus perros, Moreno arreó los caballos barranca abajo. La cordillera todavía no se veía, pero Moreno divisó “*algo más al norte, en el bajo de la meseta, enormes rocas pardas y amarillentas*” diferentes a las demás.

Vertebrados del Terciario

Moreno (1879, p. 281-282) llegó al paradero del bote, hizo atar el caballo a la sirga y se dirigió hacia las rocas que llamaron su atención. Las rocas amarillentas se encontraban a un kilómetro del río, en un rincón que, según Moreno, “*escapó a la observación de Darwin*” y encerraban restos de organismos que “*muestran la riqueza y la variedad de seres que ostentaban sus curiosas formas en los paisajes terciarios*”. Al respecto escribió Moreno: “*(...) entre esa árida soledad he encontrado la animación de las épocas*

perdidas ¡han resucitado a mi vista los extinguidos vertebrados de los tiempos de la aurora del terciario!”. Moreno atribuyó estos restos al Eoceno “*no denunciado aún en la Patagonia*” y recogió diez formas diferentes de “*marsupiales, roedores, carnívoros, paquidermos y hasta desdentados*” de distintos períodos del terciario. “*La ley fatal los ha hecho desaparecer del escenario del mundo dejando solo sus osamentas para que, con el trabajo de su sucesor, el hombre, se reconstruya el panorama más o menos real de la época en que cumplían su misión en el universo precediendo la aparición de quien los estudia*”.

En ese punto, Moreno (1879, p. 283) observó que el curso del río se presentaba muy variable y con vueltas rápidas y remolinos en la corriente. Allí desagaba “*en invierno*” un arroyo que asumió debía ser bastante caudaloso, el cual descendía desde el NO y corría por un cañadón bastante pintoresco “*dominado por amarillentas quebradas y fortificaciones volcánicas*”.

Hacia el oeste, se observaba una nueva llanura, solitaria como las anteriores, pero “*más agreste*” con bloques erráticos de hasta quince metros cúbicos y de distintas formas. Moreno observó que a veces se duda “*si son rocas erráticas o rocas in situ; sobre todo los enormes fragmentos basálticos, pero inmediatamente, al costado de una de esas rocas se encuentra otra de cuarzita o de traquita que desvanece toda duda*”.

El camino se hizo más fácil pues la meseta basáltica abrupta ha quedado más al norte, con lo cual el valle bajo ha quedado libre. El basalto se ve también hacia el sur, donde el río muestra una barranca casi a pique, y hacia el oeste y noroeste, a intervalos.

El 5 de febrero, las piedras les entorpecieron el avance. Un promontorio basáltico llegaba hasta el cauce del río, que se enangostaba y formaba rápidos, mientras daba una vuelta cerrada y, en su descenso, tomaba la dirección sur-norte. Los caballos cruzaron sobre las piedras con dificultad.

A continuación, encontraron pastizales verdes con manantiales que nacían en la base del basalto, en cuya agua fría se refrescaron los pies y lugares con tanto barro que no pudieron seguir tirando el bote y debieron avanzar por la margen sur. La inundación formaba un pantano inmenso.

En el sitio en que las mesetas basálticas dominaban ambos márgenes, observaron cóndores y pumas que huían a la vista del grupo de Moreno (1879, p.

284-285) y sus cuatro perros. A mediodía pararon en un cono de deyección de un río seco, cuyo cauce tortuoso venía del norte.

El agua del río Santa Cruz era muy clara y les permitía ver truchas, que pescaron y comieron. Mientras descansaban, Moreno salió a caminar por el cauce del río seco y se encontró con un enorme puma que estaba al acecho de uno de los potrillos de la tropilla. Isidoro y sus perros lo persiguieron y aquel lo enlazó en la mandíbula, pero el puma se abalanzó sobre Moreno y, de no ser por el tirón que Isidoro dio al lazo, antes de matarlo, hubiera alcanzado su cabeza con sus garras. El costillar del puma sirvió para completar el almuerzo, el resto de la carne se conservó para los días siguientes y Patricio guardó las manos con las uñas para confeccionar tabaqueras que esperaba regalar a sus amigos en Buenos Aires, como complemento de sus relatos del viaje.

Tres Cerros

Siguieron viaje a las tres de la tarde y, gracias a la menor correntada, alcanzaron el extremo de la vuelta del río, a la que Moreno denominó “*de los Tres Cerros*”, haciendo referencia a algunos depósitos glaciales que observó sobre la meseta norte. Según Moreno, este lugar, llamado por los nativos *Yaten-huajen*, era en otra época uno de sus preferidos para cruzar el río, por su menor ancho y la menor velocidad de la corriente debida a la poca pendiente, los buenos pastos y la abundancia de caza. Como evidencia hallaron trozos de palos de toldos en sus márgenes.

Moreno observó depósitos glaciales formando pequeñas colinas orientadas en dirección NO a SE, una ondulación progresiva del terreno en el valle del río y una mayor variabilidad en la disposición de las cumbres de las mesetas que alcanzaban 350 metros.

Moreno cruzó el valle a caballo, junto con Isidoro, con el objeto de alcanzar el extremo de la vuelta. Luego de que los perros matasen unos zorrinos, cuyos cuerpos fueron conservados por Isidoro para servir en el futuro de abrigada alfombra, pararon en la ladera de los Tres Cerros, entre unos médanos que se disponían al este del río, que allí corría en dirección N-S.

La Cordillera y la “Llanura del Misterio”

Moreno (1879, p. 286) subió al primero de los Tres Cerros y experimentó un gran gozo al distin-

guir en el horizonte las cumbres azules de los Andes coronadas por blancas nieves.

Mientras tanto, el bote había tropezado con nuevas dificultades y había quedado atrás, fuera de la vista. Avanzada la noche, Moreno distinguió hacia el sur una hoguera lejana, dejó a Isidoro en el paradero y se dirigió en esa dirección. A mitad de camino, lo sorprendió un puma y a medianoche llegó al paradero del bote, que había sido sorprendido por la oscuridad al dar vuelta hacia el norte. Patricio lo confundió con un puma y estuvo a punto de disparar un tiro de Remington.

Moreno hizo que Francisco se dirigiese a caballo hasta donde se encontraba Isidoro, para llevarle algo de comida, pues al igual que Moreno, nunca llevaba nada cuando se alejaba del bote.

El 5 de febrero avistaron la cordillera y el “*Castle Hill*”, que bautizara Fitz Roy, y se internaron en la “*llanura del misterio*”, el punto más occidental que alcanzaron Fitz Roy y Darwin. Superaron la “*gran vuelta sur del río*”, para lo cual debieron abrir a pala un canal por el cual arrastrar el bote.

El 6 de febrero, no pudieron seguir avanzando debido a un fuerte viento del oeste y a la enfermedad que “*las agitaciones físicas y morales, sobre todo en los últimos días de trabajo*” produjeron en Moreno (1879, p. 287), quien, desde el 20 de enero, día en que se cayó al agua y, por el cansancio, se quedó dormido al sol, sufría dolores reumáticos en la espalda y la cabeza, que le impedían moverse.

Los dolores desaparecieron momentáneamente con “*bayetas calientes*” y la fiebre la calmó “*una fuerte dosis de sulfato de quinina*”. Eso le permitió recorrer, por la tarde, las alturas de los Tres Cerros para volver a ver, como consuelo, la cordillera. En la madrugada un puma trató de atacar a Francisco, que estaba descansando en el paradero de Isidoro, pero el perro “*Blanco*” dio la alarma con sus ladridos y “*el temeroso Patricio*” pidió permiso a Moreno (1879, p. 288) para dormir en el bote. Estrella, convertido “*en excelente cocinero*” y muy atento con Moreno, le obsequió un “*beef-teack*” (sic) del puma cazado el día anterior.

El 7 de febrero, observaron sobre la margen Este del río, un aumento en la cantidad de rápidos y de terrenos pantanosos, debidos a médanos inundados, por lo que debieron cruzar a la orilla opuesta.

Al finalizar la vuelta, observaron que el río descendía casi recto desde el oeste y, aunque muchas de las barrancas eran a pique y en otras el basalto llegaba hasta el agua, encontraron que una de las dos costas siempre era transitable. Todos ya habían visto los Andes en el horizonte y redoblaban los esfuerzos.

Sobrepasado el terreno volcánico, el valle se ensanchaba, con colinas suaves que se interponían entre el río y las mesetas basálticas, ahora más alejadas. El campo mejoraba, los arbustos eran más grandes y más verdes. Las barrancas del río cambiaban de colores: blancas, amarillas con manantiales. Había bloques erráticos de basalto y cuarcita. Volvió a aparecer la “gigantesca *Ostrea patagonica*”, mostrando “*que el inmenso manto fosilífero que se extiende desde el Paraná hasta la Tierra del Fuego, en la costa del Atlántico, penetra también en el corazón de la Patagonia*” (Moreno, 1879, p. 288-289). La arena cubierta por rodados pequeños “*permite galopar con gusto*”. El camino era más cómodo, hasta que llegaron a unos rápidos en un zanjón, “*que debe ser arroyo en invierno*”, proveniente del NO. Allí pasaron la noche.

El 8 de febrero, continuaron avanzando por bañados extensos, donde no se podía sirgar a caballo y resultaba molesto hacerlo a pie, aunque donde la inundación abarcaba la mayor parte del valle avanzaban “*ayudando los remos con el bichero*”. En algunas partes, las vueltas eran pronunciadas; en otras, el río tenía un ancho mayor que en la región ya recorrida, había muchos bloques erráticos, la vegetación era pobre y cambiaba de aspecto, siendo menos numerosas las plantas que abundaban cerca del Atlántico y, en las orillas del río, encontraron los primeros troncos de árboles que “*anuncian los bosques de la cordillera*”. No pudieron avanzar mucho debido a los dolores reumáticos de Moreno (1879, p. 290-291). Finalmente acamparon en un bajo.

El 9 de febrero, se hizo difícil dormir durante la noche debido a los pumas que alborotaron a los caballos e incluso llegaron hasta el campamento y se llevaron un avestruz que Isidoro había boleado durante del día.

El camino se hizo dificultoso, hizo mucho calor, la creciente era muy grande, había muchos matorrales sumergidos o numerosas vueltas, algunas barrancas a pique que se desplomaban ponían a la embarcación en peligro de zozobrar. Todo compli-

caba la marcha. Escribió Moreno: “*Tenemos ya los cuerpos completamente destrozados; varias veces el decaimiento moral de algunos de nosotros expone a la expedición a volver sobre sus pasos*”.

Pararon a descansar al comienzo de una barranca a pique, que debían cruzar indefectiblemente. Tenían los cuerpos calados por el agua fría del río y caliente la cabeza por el calor del sol (31° C a la sombra). Escribió Moreno: “*es uno de nuestros días más crueles; suave vapor se eleva de nuestros cuerpos y siento latidos dentro del cráneo que me hacen temer una congestión al cerebro*” (Moreno, 1879, p. 290).

Desde este lugar observó, hacia el sudoeste, un cerro negro con grandes manchas blancas que primero atribuyó a nieve y luego a la descomposición de sustancias calcáreas. Empezaron el paso por la barranca, pero el esfuerzo era tanto que a mitad de camino, pasaron a la margen sur, donde en el medio del río casi zozobraron en una isla medio sumergida. Patricio no quiso seguir tirando pues vio en la orilla rastros que atribuyó a pumas, pero que Moreno identificó como de patas de avestruces. Moreno debió entonces tomar la punta de la cuerda y tirar, sumergido en el agua, ayudado por el correntino, mientras Estrella y Patricio dirigían el bote desde arriba. Moyano quedó en la orilla norte.

Segundo Paso de los Indios

Llegaron así al punto que Fitz Roy señaló como segundo “*Paso de los Indios*” (Moreno, 1879, p. 291-292), donde encontraron como prueba huesos de caballos y un fragmento de cuchillo. Cruzaron a la margen norte y acamparon en el mismo lugar que lo hizo el inglés “*alrededor de las osamentas que menciona en su diario*”. Como los cerros de la cordillera se observaban con más claridad, se orientaron “*con la aguja tomando como punto de observación el ‘Castle Hill’ de Fitz Roy*”.

El 10 de febrero, el camino se hizo más difícil que en el día anterior. Había lugares donde el río parecía tener una milla de ancho, debido a la gran inundación. Las vueltas no eran muy extensas, pero se hacían más numerosas. La orilla norte era baja con buenos pastos y “*abras que son cauces de ríos de invierno, y cuyos horizontes extensos y amarillentos dejan ver a lo lejos, en el NO, las capas basálticas que van retirándose a ambos lados formando un valle más*

ancho”. Hacia el sur había barrancas a pique cubiertas de piedras. Hacia el SO una gran quemazón dificultaba la visión y hacia el sur había una “cadena casi recta EO de colinas elevadas de 1.400 pies [c. 460 m], con grandes quebradas que sirven de escalones para llegar a otros cerros más elevados”. Hacia el oeste, al este de “Castle Hill”, había una “quebrada grande a cuyo pie me parece que debe correr un río” [se trataba del valle del río de las Hayas]. Escribió Moreno (1879, p. 292): “Vamos, pues, a entrar en la parte más interesante del viaje, en la región desconocida, la que ‘Fitz Roy’ llamo ‘Llanura del misterio’”.

Llegaron al sitio en el cual Fitz Roy suspendió su avance, pero como la creciente cubría todo, no hallaron ningún vestigio de aquella expedición. Escribió Moreno: “Solo la falta de elementos, y sobre todo de alimentos, pudo hacer que retrocediera el marino inglés; tantos valerosos esfuerzos, tantas fatigas, se estrellaron contra la falta de provisiones (...)”. Donde el río daba una rápida vuelta había, hacia el sur, un gran bajo, en el cual Fitz Roy había dejado los botes para seguir a pie hacia el oeste durante un día más (Moreno, 1879, p. 292-293).

Para entrar en la vuelta, debieron construir un canal por donde arrastrar el bote. Luego tiraron del bote a pie, dentro del agua, entre rápidos, lagunas, pedregales y arbustos, durante casi todo el día. Pero lo hicieron “con gusto deseando llegar cuanto antes al famoso lago Viedma, donde nos dicen nace el Santa Cruz”. En el valle, solamente había rodados, arena y una enorme cantidad de erráticos traídos “por los hielos”.

Pasaron el bote por el centro del cauce y debieron fondearlo en un matorral casi sumergido pues no pudieron llegar a tierra firme debido a los guadales. No habían comido en todo el día y pese a que Isidoro les gritó desde la costa que había cazado un avestruz no pudieron ir a buscarlo pese a las tentativas que hicieron. Las conservas que llevaban a bordo, las guardaron por si algún día se hacían necesarias ante la falta de caza. Superado el cansancio inicial, recobraron el ánimo y algunas canciones alegres les recordaron “la patria y las diversiones que en estos momentos contentan la amistad lejana”. Era la víspera de carnaval. Pasaron la noche “entre las bancadas del bote o entre los arbustos, encogidos como aves de rapiña”.

El domingo 11 de febrero, Moreno (1879, p. 295-296) recordó que en Buenos Aires sus amigos festeja-

ban con alegría el primer día de carnaval y escribió: “Honda impresión hubiera causado entre los chiquillos que admiran el Corso, la vista de estos cinco Neptunos estrafalarios que no juegan con las aguas, sino que luchan contra ellas en el centro del Santa Cruz”.

Habían dejado atrás “las huellas de las canoas de Fitz Roy” y seguían “las del guigue de Feilberg”, quien “no tuvo que luchar con esta gran inundación” [inundación probablemente debida a una elevación de las aguas del lago, originada al igual que en la actualidad, en la “rotura” del glaciar que luego se llamó “Perito Moreno”].

La vuelta del Santa Cruz, que aparentemente se prolongaba en un bajo, los confundió, hasta que atracaron en la margen sur del río y, desde lo alto, distinguieron al río que a pocos cientos de metros descendía desde el oeste, encajonado entre barrancas muy próximas, de donde dedujeron que el gran bajo era solamente un cauce abandonado.

La vuelta era una enorme S bordeada, a veces de barrancas escarpadas y otras, de pantanos, donde la tripulación demostró una resistencia tenaz. No obstante, en 16 horas consecutivas de trabajos, solamente lograron avanzar 400 metros. Luego de los cuales entraron en la “llanura misteriosa” (...) “próxima al lago que debe estar ocultado por las grandes humaredas producidas por incendios de bosques andinos”. El humo tampoco les permitía ver, al sudoeste, la Cordillera, para orientarse con sus montañas.

Pasaron la noche dentro del bote, en la margen sur del río, cansados, mojados y sin ropas para cambiarse pues durante el día el agua había entrado varias veces en el bote, lo que significó además la pérdida de algunas provisiones.

Arroyo del Bote

El 12 de febrero, siguieron avanzando y, a mediodía, concluyeron la vuelta. Acamparon en la margen norte del río en donde descendía casi recto desde el oeste.

Moreno observó que, en medio del gran bajo, cauce de un gran río antiguo que debió ser menos profundo que el Santa Cruz y debió estar alimentado por las aguas y nieves provenientes de las montañas terciarias y basálticas que se elevaban hacia el sur a alturas de más de 900 m, corría un arroyo angosto muy correntoso. Moreno (1879, p. 296) bautizó a ese

arroyo como “Arroyo del bote” como recuerdo de la embarcación que tripulaban.

Como durante dos días solamente habían comido algunas galletas y dos cajas de sardinas “con fariña frita en grasa de avestruz”, Isidoro salió a buscar algún guanaco, pero, para alarma de todos, no encontró ninguno y un avestruz, por mejor que fuese, solo alcanzaba para un día. Debían por consiguiente buscar mejores alimentos para las seis personas que componían la expedición. Por otro lado, los caballos estaban en un estado deplorable.

Descargaron el bote y pusieron las provisiones al sol para secarlas. Comprobaron entonces que habían perdido la tercera parte de los alimentos que necesitaban para completar el viaje.

Moreno recorrió a pie las inmediaciones. La llanura alta estaba llena de piedras, había más arbustos que pastos y el campo era ondulado. En las cumbres de algunos cerros había enormes piedras. Moreno realizó varias “observaciones termométricas para averiguar por medio del grado de ebullición del agua la altura sobre el nivel del mar”. Obtuvo un promedio de 120 m, valor que concordaba bastante bien con el registrado por Fitz Roy para las inmediaciones. Moreno (1879, p. 297) notó que, si se comparaban estos valores con otros que había tomado a lo largo del recorrido del río, resultaba que el descenso de este no era uniforme y que había puntos con mayor y menor diferencia de nivel. Esto concordaba con las variaciones que se observaban en la velocidad de la corriente. Por otro lado, Moreno concluyó que la altura registrada no apoyaba la opinión de Darwin de que el Santa Cruz correría por el cauce de un antiguo estrecho que, como el actual Magallanes, unía el Atlántico y el Pacífico.

Lago Argentino

El martes 13 de febrero, siguieron avanzando. El río corría por un cauce relativamente angosto con barrancas bastante elevadas y en parte a pique. La corriente disminuía de velocidad aguas arriba, hasta tener 6,5 km, lo que les permitió avanzar a remo y con el bichero. Solo había pequeñas vueltas. Pararon luego de recorrer unos 9,5 km. El río tenía 150-170 m de ancho y estaba limitado por barrancas de 10-20 m.

Acamparon en un lugar plano con pasto suficiente para la caballada, en cuyos bordes había trozos de madera de los bosques que podían servir para

arreglar las carpas, pues probablemente habría una tempestad.

Luego de que el campamento quedó arreglado, Moreno (1879, p. 298) montó a caballo y siguió al oeste “en busca del lago”, que estimaba debía hallarse próximo “a juzgar por el aspecto de las montañas”. El valle estaba limitado, a ambos lados, por mesetas escalonadas que llegaban hasta cerca de mil metros. Al NO distinguió un claro que le hizo presumir la presencia de un río y, más al oeste, seguían montañas rugosas hasta “Castle Hill”. En el fondo, al oeste, cerros algo más bajos se anteponian a la cordillera. Al SO se observaban mesetas semejantes a las del norte. En el centro, envuelto en el humo de los incendios, “un gran bajo, denuncia el lago”. Al ENE, en dirección a “Castle Hill” Moreno encontró “morrenas formadas por acumulaciones de rocas erráticas” y consideró que este era el punto en el cual Fitz Roy “en su última excursión a pie” hizo una observación de altura y denominó “Llanura del misterio” a la zona de más al oeste, “que en la estación de nieblas se desarrollaba desconocida frente a él”.

Moreno miró al oeste y reflexionó que “gracias al compatriota que me precedió” vio una región menos misteriosa que el marino inglés, imaginó las tristes reflexiones que harían y el disgusto que sentirían “los infatigables exploradores de 1834” al verse obligados a suspender la marcha. Le impresionó también pensar la corta distancia que había entre el lugar donde Fitz Roy y Darwin almorzaron y el lago.

Moreno continuó en dirección oeste y, aunque el terreno mejoró, siguió siendo pedregoso y presentando numerosos erráticos de gran tamaño. Las cuevas de tucos disminuyeron en cantidad, no vio incienso, la mata negra desapareció casi completamente y había abundantes calafates. Las colinas glaciales que formaban el valle del río Santa Cruz se volvieron más próximas entre sí y descendían gradualmente hasta un gran bajo lleno de médanos “semejantes a los que ocupan las orillas del Atlántico en la provincia de Buenos Aires”. Sus flancos eran desnudos o tenían matorrales de calafate con abundantes frutos, que Moreno comió por considerarla “excelente y en extremo agradable”. Al respecto, señaló que era el alimento de los nativos cuando iban hasta la cordillera para cortar palos para sus toldos y les faltaba la carne.

A su paso Moreno (1879, p. 300) cruzó tropas de guanacos, bandadas de avestruces y de rojos pechos colorados. También coleccionó insectos, entre ellos “*un curioso*” coleóptero y observó un zorro gris que a veces se veía en las inmediaciones de la isla Pavón.

Moreno notó que el aire era más fresco y oyó el ruido “*halagador en extremo*” de “*olas que baten contra rocas*”. Finalmente cruzó un médano y encontró “*el grandioso lago que ostenta toda su grandeza hacia el oeste*”. Escribió Moreno: “*Es un espectáculo impagable y comprendo que no merece siguiera mención lo que hemos trabajado para presenciarlo; todo lo olvido ante él*”.

Moreno (1879, p. 301) penetró a caballo en el agua y se mojó todo lo que pudo con la “*pueril satisfacción de un deseo largo tiempo arraigado*”. Luego siguió la costa medanosa y halló las nacientes del Santa Cruz. En la entrada del lago, encontró sobre un médano un remo clavado “*que conserva en su extremo restos de una bandera. Es el pabellón argentino que dejó flameando el subteniente Feilberg, en el punto más lejano que él alcanzó en su exploración*”. Atada al remo, recogió una botella que contenía “*el documento que demuestra la feliz realización de la primera expedición nacional llevada a este punto*”.

Al regresar, sobre la barranca, a más de 60 m sobre el río, en una pequeña rinconada que forma una vuelta, encontró dos erráticos enormes: el más grande, roto en varios pedazos, el mayor de los cuales tenía una altura de 5 m.

A la tarde, Moreno llegó de regreso al campamento trayendo la buena nueva que fue recibida con alegría. Isidoro había cazado un avestruz, que llenaron de piedras y asaron.

El 14 de febrero, continuaron la marcha, que se hizo difícil porque la corriente había aumentado y encontraron barrancas a pique. La vuelta, en la que Moreno había observado los enormes erráticos, les dificultó el paso por estar casi inundada y por ser tan pronunciada que hacía parecer que el río provenía del este. A las doce, lograron cruzarla y, a una milla al oeste, se detuvieron para tratar de cazar unos guanacos que estaban en la margen sur.

A las cuatro de la tarde, mientras hacían grandes esfuerzos para cruzar un rápido, Moreno y quienes tiraban de la cuerda divisaron el lago. Se adelantaron hasta un remanso, donde dejaron amarrado el bote al cuidado de los marineros. Moreno, Moyano y Es-

trella siguieron caminando en busca del punto por donde debían entrar al lago. El camino se presentaba dificultoso debido a la presencia de grandes rocas, arbustos y cactus. Pero nada importó cuando tenían ante ellos lo que tanto ambicionaran. Para que la alegría fuese completa, encontraron, bajo un calafate, algunos cuchillos de piedra. Escribió Moreno (1879, p. 303-304): “*El antiguo patagón también tuvo la suerte de admirar este majestuoso panorama; sus cacerías han tenido lugar en él*”.

Moreno observó que las corrientes del lago se unían en el punto en que este desaguaba en el río y cortaban un banco sumergido, sobre el cual se elevaban algunos erráticos que eran batidos por las olas, formando un canal de poco ancho. Pese a que allí el agua corría veloz, aprovecharon el lugar para cruzar al norte, poniendo la proa hacia la corriente y con un gran balanceo. Con buena suerte entraron en un remanso que los llevó hacia el lago y, casi sin necesidad de usar los remos, lograron poner en tierra a Moyano, Estrella, los dos marineros y Moreno hicieron entrar el bote en el lago “*doblando la punta que forma la entrada norte*”, que Moreno bautizó con el nombre de Feilberg.

Se hallaban a 200 m del lugar que sirvió de campamento a Feilberg, quien llegó hasta él arrastrando su bote por tierra. Moreno y sus compañeros no pudieron hacer lo mismo pues la creciente del lago había aumentado tanto las aguas que no habían dejado playa entre el río y las barrancas. Para doblar la punta, Estrella tomó el timón y Patricio iba en la proa usando el bichero para impedir que la embarcación golpease contra las rocas. Francisco y Moreno se encargaron de la sirga, y se ataron a la cuerda para servir, de ser necesario, de *ancla* contra las rocas de la orilla. Después de dos horas de trabajo, en las que –según Moreno– se dieron más golpes que los que recibieron en todo el transcurso del viaje, consiguieron “*doblar la punta, descansar un momento, beber el agua del lago y varar el bote al pie del médano donde Feilberg elevó la bandera*”. Escribió Moreno: “*¡Un mes de viaje nos costó poder contemplar sus restos!*”.

Recién entonces tuvieron tiempo “*para gozar de este grandioso panorama*”. Moyano, Isidoro y Abelardo habían llegado. “*La tropilla baja gozosa a beber en las aguas del lago, mientras los perros ladran a las olas y a los pequeños palos que ellas arrastran. Los*

tripulantes, dentro del agua, rodean la ballenera para sacarla fuera” (Moreno, 1879, p. 304-305). Todos están impresionados y gozan del espectáculo.

Moreno destapó una de las dos botellas de coñac que traían y dio una ración a cada hombre, y, según él, “*todos sin consultárnoslo, brindamos por la patria lejana cuyo recuerdo nos ha dado ánimo para llegar hasta aquí y que nos lo continuará dando hasta el fin de la expedición*”.

Por el resto de la tarde, siguió el festín, regado por el agua del lago: “*piche, avestruz, guanaco, fariña frita y, como postre, dulce de leche, con un buen jarro de café y dos galletas por hombre*”. La misma mata de calafate que cobijó a Feilberg les proporcionó abrigo para pasar la noche.

El jueves 15 de febrero de 1877, Moreno (1879, p. 306-307) se despertó feliz y en ese, su primer amanecer ante el enorme lago, dijo, en una de sus más bellas oraciones patrias: “*¡Qué espléndidos mirajes se reflejan en mi mente al mirar desde mi arenoso lecho estas aguas verdosas que han arrullado mi sueño!*” (...). “*Los vientos de la noche han calmado, el lago está tranquilo. Los destellos del gran incendio oscilan en las montañas del sur. El fondo de la Llanura misteriosa de Fitz-Roy, para nosotros lago grandioso, permanece soñoliento, envuelto en la bruma que anuncia el día. Sobre él, en las alturas, los eternos y mágicos espejos de hielo que coronan los picos que rasgan altivos el velo de las nieblas, reflejan ya, en medio de sus colores, el naciente sol de nuestra bandera. ¡Mar interno, hijo del manto patrio que cubre la Cordillera en la inmensa soledad, la naturaleza que te hizo no te dio nombre; la voluntad humana desde hoy te llamará Lago Argentino! ¡Que mi bautismo te sea propicio; que no olvides quien te lo dio el día que el hombre reemplaza al puma y al guanaco, nuestros actuales vecinos! ¡Cuando en tus orillas se conviertan en cimientos de ciudades los trozos erráticos que tus antiguos hielos abandonaron en ellas; cuando las velas de los buques se reflejen en tus aguas, como hoy lo hacen los gigantes témpanos y dentro de un rato la vela de mi bote; cuando el silbido del vapor reemplaza al grito del cóndor que hoy nos cree fácil presa; recuerda los humildes soldados que en este momento pronuncian el nombre de la patria bautizándote con tus propias aguas!*”.

En esa época, se creía que el río Santa Cruz se originaba en el lago que hoy conocemos como lago

Viedma, pues hasta él se había llegado Antonio de Biedma, en 1786, desde Puerto San Julián. Claramente el bautismo de Moreno, que implicó una forma de posesión (cf. Bandieri, p. 117), plenamente justificada considerando los avances chilenos en la región, indicaba que había llegado a la conclusión de que el río Santa Cruz se originaba en otro lago, distinto del Viedma. Es probable que a ello hayan contribuido las observaciones que realizó durante el resto del día y que se mencionan más abajo y cuyo ordenamiento cronológico, en relación con el bautismo del lago, no haya sido el que hizo en su libro.

Luego de levantarse, descargaron el bote y organizaron las provisiones que quedarían en tierra, bajo el cuidado de Isidoro y Abelardo, mientras Moreno se internaba en el lago con el bote. Levantaron la capa que les quedaba (la otra estaba totalmente destrozada) al lado del matorral y colocaron en ella todo lo que tenían “*de más precioso*”: la fariña, el azúcar y la yerba, el baúl de libros de Moreno y las colecciones. En el bote, acomodaron algunas conservas, provisiones para quince días y dos guanacos charqueados; realizaron las reparaciones indispensables, sobre todo en el timón que se hizo pedazos durante el trayecto por el río Santa Cruz. Almorzaron antes de embarcarse, pero el tiempo se descompuso y el viento aumentó, por lo que debieron retirar el bote de las aguas y vararlo en la playa.

Emplearon el resto del día en explorar el desagüe del Santa Cruz y la margen norte, donde una quebrada hacía sospechar la presencia de un río. Según Moreno (1879, P. 307-309) a 800 m del desagüe del lago, este no se distinguía, ni la relativa poca velocidad de las aguas hacía sospechar su proximidad. Sin embargo, cuando llegaron a él, los erráticos que estorbaban su paso hacían rugir las aguas. Debido a la inundación, el ancho era allí de aproximadamente 250 m. A ambos lados había médanos, mayores en el norte, con numerosos erráticos. Había calafates y la mayor parte de las plantas patagónicas, aunque a Moreno muchas plantas le resultaron desconocidas. No observaron bosques, pero la presencia de troncos y fragmentos de ramas indicaban su existencia hacia el poniente.

“*El río Santa Cruz no nace inmediatamente de la gran cuenca del lago; lo precede una pequeña ensenada con recodos tranquilos, abrigados por médanos y*

lujosos matorrales, donde los botes que lleguen a ese punto en momentos de malos tiempos que no permitan pasar por sobre las piedras de la entrada, pueden anclar o sujetarse a la costa sin temor alguno”. Después de esta ensenada, se abría el lago, de manera tal que la entrada al río no tenía reparo, y quedaba expuesta a los vientos del NO y SSO, de forma tal que el acceso con una embarcación solamente se podía hacer con buen tiempo. Sobre la base de sus observaciones Moreno infirió que en tiempos cuaternarios, el lago debió ser mucho mayor, constituyendo sus costas las mesetas de 90 m de altura que sobresalían de la llanura baja.

Recorrió a caballo la pequeña extensión ubicada al norte del paradero. Había médanos elevados, algunos de 10 m, y el paisaje era parecido al de las inmediaciones de la Bahía San Blas. Había calafates y “matorro blanco”. Luego los médanos desaparecían y se observaban colinas de origen glacial. Allí concluía el lago. Pasando una corriente que venía del norte divisó, desde una colina, hacia el oeste, una planicie inundada, luego una ensenada profunda que se internaba hacia el norte, posteriormente, una lengua de tierra que avanzaba hacia el sur y, más lejos, mesetas y montañas que bordeaban el lago hacia el oeste, en forma recta con alguna inclinación hacia el sur.

Moreno (1879, p. 310) observó que la corriente que venía del norte era un río que desembocaba, formando un delta, en un enorme bañado ubicado en su frente. Dos brazos parecían ser los principales. Moreno concluyó que este río “es el que Viedma vio salir del lago que lleva su nombre y que los indios que lo acompañaban le dijeron era el Santa Cruz”.

Moreno galopó más al norte y comprobó que este río tenía mayor velocidad de descenso que el Santa Cruz. Moreno (1879, p. 310-311) notó que “el aspecto geológico de la meseta inmediata, que cae casi a plomo sobre dicho río que corre encajonado, sin valle, es distinto al de las mesetas que dominan el Santa Cruz: se elevan gradualmente hasta una altura de más o menos 1.500 pies [450 m] y en su límite superior, bajo el manto glacial, se ve una capa verde-amarillenta en estratificación poco visible” (...) “Este río no corre directamente del norte y forma una vuelta al salir del cajón de las mesetas con un desagüe ancho”.

En este recorrido, Moreno no vio ningún guanaco ni avestruz, solo dos zorros grises que los pe-

rrros no pudieron cazar. Sin embargo, los rastros de guanacos y avestruces eran comunes y había muchos restos de osamentas de guanacos entre los médanos, al abrigo de grandes matas.

El viernes 16 de febrero, amaneció tranquilo con el lago en calma. Se embarcaron, pero se levantaron vientos que los obligaron a desembarcar y a sirgar el bote desde la costa, por unos tres kilómetros, hasta que se colocaron en una posición mediante la cual podían aprovechar el viento del OSO para cruzar “a la orilla del NO frente al río que baja del norte”.

El viento arreciaba y el bote fue cubierto por una ola que lo tumbó y varó sobre un banco y lo llenó de agua. Francisco y Moreno estaban completamente mojados, pero insistieron en su empeño. El bote tenía “malas condiciones maríneas”, era pesado, por lo que no se levantaba con facilidad al cruzar las olas, y era angosto (8,65 de eslora y 1,65 de manga), por lo que se tumbaba con facilidad. En los virajes, cuando el viento les era contrario, tenían que emplear los dos remos pues la vela resultaba inútil. Debieron trabajar continuamente desagotando el agua que entraba y amenazaba con hundir el bote. Las provisiones se habían mojado. Los golpes de la marejada en la popa sacaron el timón de su lugar y Estrella debió arreglarlo. Recién a medio día, llegaron, a fuerza de remar, a una caleta angosta y profunda (7-8 m) protegida contra todos los vientos, en la cual desembarcaron.

Escribió Moreno (1879, p. 312): “He satisfecho una de mis más grandes aspiraciones, es decir, navegar en el lago y pisar tierra virgen de planta humana; ni salvajes ni civilizados han impreso sus plantas en la fina arena de esta playa, pues no creo que los antiguos patagones fueran navegadores. Es un nuevo misterio develado; estas matas que tenemos delante causan mayor impresión a mi alma que la que sintiera delante de las grandes ciudades del mundo”. La bandera, que los amigos de Moreno le entregaron en Buenos Aires al iniciar el viaje, fue izada en el mástil. Otra más pequeña se colocó, en la punta de un remo, en el campamento que se armó en la costa. Pusieron a secar las ropas y mantas y Estrella se hizo cargo del desembarco de los víveres averiados.

Moreno y Moyano salieron hacia el norte (Moreno, 1879, p. 314-316), donde observaron las mismas plantas y médanos que en el este, aunque los rastros de pumas y los huesos de guanacos eran más

frecuentes. Había lomas de 60 m, formadas por trozos de erráticos de “*rocas antiguas*”, pero no se veían erráticos de basalto, lo cual demostraba “*que las capas de lava no llegan hasta este punto*”.

Caminando hacia el norte, llegaron hasta el “*nuevo río, frente a la meseta elevada del este*”, el cual debido a su gran pendiente impediría ascender a la sirga con la embarcación.

Entrada la noche, regresaron al paradero, donde habían encendido grandes fogatas para señalarles el camino y para que quienes quedaron en el almacén de las provisiones supieran que habían cruzado el lago y ubicaran el lugar donde habían acampado. Comieron un puchero de fariña y festejaron el acontecimiento “*con un trago de Hesperidina*”, último licor que quedaba en el bote.

El 17 de febrero, hubo mal tiempo y el viento no era favorable para que se hicieran a la vela pues el lago estaba encrespado. Decidieron quedarse en el lugar y aprovecharon para secar al sol las provisiones que no se habían echado a perder.

Moreno pasó el día sobre una colina terciaria cubierta de depósitos glaciales, que dominaba parte del lago y el río del norte, y desde donde veía, enfrente, a Isidoro que buscaba guanacos. Desde allí pudo orientarse y tomar direcciones para hacer un croquis de la región.

Hacia el SO vio, en la margen sur del lago, un promontorio elevado, que según el estado del cielo, cambiaba de blanco amarillento a negruzco, que se aproximaba al agua y parecía ser un contrafuerte de las mesetas elevadas que, en esa margen, formaban, en línea casi recta, una serie de escalones en dirección EO. En la orilla norte, observó la ensenada donde estaba amarrado el bote, la faja de tierra donde estaba el campamento y luego, una bahía larga. Siguiendo al oeste, había una llanura, cuya costa tomaba dirección NO hasta casi unirse a la meseta alta. Desde allí, un brazo del lago se internaba y formaba una bahía casi circular con murallas altas al norte y oeste. El río del norte tenía su margen oriental más elevada, mientras que la occidental estaba formada por una hilera de colinas que precedían una meseta inclinada con su cumbre cubierta de pasto amarillento. Más al oeste, seguían mesetas más elevadas hasta *Castle Hill*. Al pie de esta, había una montaña más baja y puntiaguda que Moreno consideró era la

que Fitz Roy denominó *Hobler Hill*, aunque aclaró que su posición geográfica no concordaba totalmente con la que el marino inglés le asignó en el mapa.

Moreno notó que, durante el día, el viento había virado al sur y luego al SO, al igual que el día anterior. Mencionó la presencia de pequeños coleópteros negros. Otros semejantes a ellos, pero de mayor tamaño, habían desaparecido gradualmente desde *Basalt Glen*.

El 18 de febrero a mediodía, comenzó un viento favorable, abandonaron el campamento y se hicieron a la vela hacia el fondo del lago. Comenzaron a ver témpanos, cuyos colores variaban con la luz y, sobre uno de ellos, observaron una roca negra, que “*nos muestra como han sido depositados los grandes trozos erráticos que hay en la costa*”.

Moreno (1879, p. 317-320) estimó que los lagos de los Andes, al igual que los alpinos, debían tener grandes profundidades, pero no tenía elementos suficientes como para realizar sondeos continuos. A corta distancia del paradero, había medido entre 5 y 24 m y, a 3200 m de la costa, la línea de sonda de 36 m no había encontrado fondo. En una posición que Moreno estimó correspondía al canal que, con dirección NO, se hallaba frente a *Castle Hill* y por el cual “*bajan los hielos*”, enfrentaron vientos muy violentos que los obligaron a retroceder y buscar un lugar de desembarco en la margen sur. El viento y las corrientes los arrojaron en una playa rodeada de rocas, el bote se llenó de agua y perdieron otra parte de las provisiones. Lograron salvar el bote haciéndolo rodar, sobre ramas de árboles, hasta la mitad de la barranca y se encontraron a poca distancia del promontorio que Moreno había divisado desde la otra orilla del lago.

Punta Walichu

El 19 de febrero, hubo mal tiempo con aguas agitadas que imposibilitaron la navegación. Moreno (1879, p. 320-323) caminó hasta el promontorio y en las barrancas verticales que caían sobre el lago encontró “*signos trazados por mano de hombre*” que consideró similares, aunque más humildes y menos complicados, a los que Humboldt halló en medio de selvas, al lado de las cataratas de Orinoco, reveladores de “*hombres más perfectos moralmente que el tehuelche, que no tiene otra idea del dibujo que las in-*

formas rayas y puntos que traza al reverso de sus quillangos”. Moreno había oído hablar de la existencia de figuras similares en la Patagonia Septentrional, en las inmediaciones del río Negro, en las sierras de San Antonio y en los alrededores de Mackinchau. Shaihueque se las había señalado “repetidas veces en una sierra situada frente a sus toldos, en Caleufú (...)”, diciendo que allí “se encontraban guaridas de walichus con paredes pintadas”, pero nunca lo llevó a verlas ni quiso que fuera hasta ellas. También se las mencionaron en la falda del Quetropillán, pero tampoco lo dejaron llegar. En su opinión, todas estas figuras indicaban “la presencia indudable en este extenso territorio, en tiempos remotos, de una raza extinguida hoy y que quizás precedió a los indígenas actuales”.

Según sus observaciones, estas inscripciones se extendían a lo largo de la pared del promontorio en

grupos aislados, cada uno de los cuales representaba una combinación de distintas figuras. A ambos extremos del tramo de barranca, había sucesiones prolongadas dobles de puntos rojos que se unían en un extremo y que eran semejantes a las que se conocían en el territorio del Colorado, en Arizona y Nuevo México. También eran idénticas las estampas rojas de manos, al igual que ciertas combinaciones de puntos y líneas, figuras de animales hechas con puntos rojos y figuras de humanos trazadas toscamente.

En su opinión, los mismos signos se encontraban en todo el Nuevo Mundo desde las islas de Vancouver cerca del círculo boreal hasta lago Argentino, en las paredes abruptas y verticales de “punta Walichu”, nombre que Moreno dio a ese promontorio. Todas parecían “haber sido trabajadas por individuos si no



Momia hallada por Moreno en Punta Walichu, lago Argentino el 19/2/1877, izquierda: dibujo de Moreno (1879, p. 336-337); derecha: original en el Museo La Plata.

de la nueva raza al menos de igual cultura”. Según Moreno el descubrimiento de lago Argentino deberá aguardar, para que sea descifrado, “*la aparición de algún Champollion americano*”.

Al pie de una de las barrancas, cavó un pequeño montón de tierra de aspecto artificial y encontró huesos de guanacos “*muy antiguos*” mezclados con cuchillos, rascadores y una hachuela de piedra, que atribuyó a quienes pintaron los signos. Más al oeste, halló una pequeña cueva de paredes pintadas de ocho metros de ancho por tres de profundidad y con una altura de 2,5 m cerca de la entrada, pero que disminuía hasta 20 cm hacia atrás. Mientras copiaba las figuras, el brasileño cavó con la pala y el pico hasta que tocó un objeto que lo impresionó, y huyó abandonando la tarea. Moreno siguió y logró extraer un cuerpo humano, bastante bien conservado, que fue enterrado envuelto en cueros de avestruz y cubierto con pasto y tierra. También recogió dos cuchillos de piedra y una punta de flecha.

El cuerpo estaba pintado de rojo y su posición “*es análoga a la de las momias del Perú y a la que las tribus pampeanas sepultan a sus muertos*”, salvo por el hecho de que estaba vuelta hacia el punto más oscuro de la cueva. La pierna derecha estaba replegada sobre el cuerpo y, aunque el fémur izquierdo y gran parte de ese lado habían desaparecido comidos por algún carnívoro, la pierna de ese lado debió, según Moreno (1879, p. 324-326), haber tenido la misma posición, con los pies tocándose. El brazo izquierdo estaba doblado, con la mano cubriendo la cara, que estaba vuelta hacia abajo y, entre él y el cuerpo, había una pluma negra pintada. El brazo derecho estaba colocado verticalmente entre ambas piernas y la mano crispada “*parece que araña la tierra*”. El cabello estaba cortado “*casi a la raíz*”. Esto y la pintura roja llevó a Moreno a pensar que el cuerpo quizás perteneciera a un fueguino de los que vivían en el continente en el tiempo que Francisco Sarmiento de Gamboa llegó al Estrecho de Magallanes (1580), quien mencionó mujeres con el pelo cortado y el cuerpo pintado de rojo, aunque la momia hallada por Moreno correspondía a un hombre de estatura elevada. Moreno mencionó que otros viejos navegantes encontraron huesos humanos en las costas patagónicas del Pacífico y que los antiguos habitantes del archipiélago de Chonos, que probablemente

pertenecían a la misma raza que los mencionados por Sarmiento de Gamboa, enterraban a los muertos de igual manera. Por otro lado, los tehuelches le habían contado que, según sus abuelos, esa región fue habitada en otros tiempos por los fueguinos.

Según Moreno, la momia, por la forma del cráneo, no pertenecía a los tehuelches. Y aunque estaba deformada artificialmente, tenía más semejanza con la de los antiguos patagones que con la de los actuales. Para Moreno, había una analogía con la raza que él había denominado “*caribica antigua*”, a la que pertenecían “*los cráneos macrocéfalos deformados*”, que se encontraban desde EE.UU. hasta lago Argentino.

Más al oeste, el agua les impidió seguir, por lo que subieron al cerro y bajaron nuevamente a la playa. En otra caverna, encontró un trozo de árbol cubierto de rayas rojas, blancas y amarillas “*que sin duda ha sido dejado allí por los antiguos indígenas*” y que atribuyó a un objeto respetado. Las marcas de manos diferían de las anteriores. Aquellas eran manos izquierdas que habían sido apoyadas sobre la roca y contorneadas con color, mientras que estas correspondían, al parecer, a manos que luego de haber sido frotadas con pintura fueron estampadas en la roca.

Siguió la barranca, seguido por Moyano, y al sujetarse en unas ramas, estas se desprendieron. Cayó “*más de 30 pies [9 m] hacia el abismo*”, pero logró sujetarse y quedó colgando al borde del precipicio que tenía casi treinta metros. Retrocedieron y llegaron al paradero, donde la tripulación se hallaba alarmada, a las 10 de la noche. Comieron algo de fariña y arroz, pues por un descuido de Patricio, una ola les había llevado el charque que se estaba secando sobre el bote.

El 20 de febrero por la mañana, Moreno (1879, p. 327) hizo una excursión “*a los matorrales inmediatos a los elevados cerros terciarios que dominan la ondulada llanura sobre la cual nos encontramos*”. Recogió una punta de flecha y un huevo de avestruz que aumentó el almuerzo del grupo.

Según Moreno, para preparar los huevos: “*se les hace un pequeño agujero de una pulgada de diámetro en un extremo y, después de sacarles una parte de la clara, se los coloca entre la ceniza, cuidando de revolver su contenido y mantenerlos verticales; así, a fuego lento, se asan sin que la cáscara se quiebre*”. El contenido se dividió entre los cinco y ayudó a la fariña con porotos que había preparado Patricio.

Moreno continuó con la exploración de la cueva de punta *Walichu*, pero solo encontró un cuchillo de piedra. Pasando el promontorio, se extendía una llanura cubierta de médanos. Al oeste de la punta, había una bahía casi circular, mayor que la observada al norte del lago, en la cual había millares de pájaros (bandurrias, flamencos, gansos, patos, gallaretas). En la entrada, había una isla, peñón terciario, con miles de gaviotas. En la “*bahía descarga sus aguas un pequeño torrente que desciende, fertilizando retazos de este desierto, desde una estrecha garganta que se ve sombría al sur, entre las grietas de inmensos murallo- nes terciarios casi a pique, de más de 1.000 pies [300 m] de altura, que muestran sus fajas verde-azuladas y amarillentas inclinadas por el levantamiento*”. El torrente descendía desde el SSE (Moreno, 1879, p. 328) [la descripción corresponde al sitio en el cual se encuentra actualmente la localidad de *El Calafate* y al arroyo del mismo nombre].

Hacia el SO, observó blancas cumbres y “*sobre las mesetas se ven elevadas torres negras formadas por el basalto, alzando sus astilladas cúpulas a 3000 pies [c. 900 m] sobre el nivel del mar*”.

El 22 de febrero, siguió el temporal y Moreno volvió a subir a *Punta Walichu* para observar el lago y sus témpanos. Desde temprano, distinguió humo al noreste, “*al pie del Cerro Inclinado*”, anunciando la llegada de los nativos que venían a buscar los víveres que había prometido entregarles en esos parajes. Más tarde, observó grandes hogueras en el lugar donde había dejado a Isidoro, señal convenida para indicar la llegada de los tehuelches. Les contestó encendiendo fuego en un cerrito vecino. (Moreno, 1879, p. 329).

A la tarde, decidió lanzarse nuevamente al lago y tratar de alcanzar la margen norte, antes de que llegase la noche. Pero sobrevino la calma que precede a la tempestad, que comenzó a las siete de la tarde. La vela mayor no resistió y solo dejaron el foque. A medianoche estaban en el centro del lago a merced de las olas “*mojados completamente y extenuados por el trabajo de desagotar el bote cada vez que una oleada choca contra sus costados*”. A las dos de la mañana, creyeron distinguir tierra y Moreno (1879, p. 330) creyó que estaban cerca de la desembocadura del río del norte, pero una veloz correntada los arrastró, al parecer, hacia la naciente del Santa Cruz. Pusieron proa a la

costa y en la rompiente, el bote se tumbó. Se lanzaron al lago y llegaron a tierra mientras el bote era arrojado a la playa al pie de los médanos. Con mucho esfuerzo, consiguieron salvar la embarcación, pero habían perdido el timón y el palo pintado y una gran parte de las colecciones y los víveres estaban inutilizados, aunque la momia se había preservado. Debido al peso del bote no lograron sacarlo más afuera.

Recordaría Moyano (Moyano, 1887, p. 92), años después: “Difícil me será explicar el placer con que volví a ver este lago, que no visitaba desde que en 1877; lo recorrimos en una buena extensión con D. Francisco P. Moreno, usando el bote con que habíamos remontado el río desde su desembocadura. Cada cerro, cada lengua de tierra, tenía para mí un recuerdo más o menos grato y dediqué algunos minutos a la punta ‘Gualicho’, en cuyas inmediaciones permanecimos varios días detenidos por un temporal, hasta que por último, locos de hambre, resolvimos embarcarnos y jugar el todo por el todo, teniendo la fortuna de poder embicar en la costa del Este, donde casi nos ahogamos, perdiendo Moreno sus colecciones, entre cuyos objetos recuerdo un famoso tronco pintado por los indios, cuya falta le desesperaba y que, a los dos días, tuvimos la suerte de encontrar entre las resacas de la playa”.

Moreno (1879, p. 331-332) y Moyano siguieron por la costa en busca del campamento de Isidoro y lo encontraron a 500 m. La gente dormida se alarmó y los perros los atacaron. “*María, Bera, su mujer y la madre, la coqueta Loshá, que son las recién llegadas en busca de las provisiones prometidas, lloran prorrumpiendo en alaridos*”. Le echaron en cara su tentativa sacrilega contra el “*agua que hierve*” de Shehuen y dijeron que el temporal era un castigo del *Agschem*. Isidoro tomó el caballo y fue hasta el bote a prestar auxilio a quienes habían quedado allí, pero no consiguió nada. Finalmente dejaron el rescate del bote para cuando el tiempo mejorase y se acostaron sobre la arena en las mantas mojadas.

El 23 de febrero, las montañas del Sur y el “*Castle Hill*” aparecieron nevados, producto de la tormenta de la noche. Siguió el viento fuerte, pero a la tarde cambió al oeste y disminuyó en intensidad, mientras se sucedían los chubascos.

Descargaron el bote y, sobre troncos, lo arrastraron a un lugar seguro. Moreno enterró la momia para que

no la viesen los nativos. Hizo lo mismo con el tronco pintado que había recuperado de la costa y al cual el agua le había borrado la casi totalidad de las figuras.

Los tehuelches reclamaron las provisiones prometidas sin considerar las pérdidas sufridas. Moreno (1879, p. 333) les había prometido dos bolsas de yerba y otro tanto de azúcar y fariña, tomando como medida la bolsa de 2,3 libras que le servía para repartir las provisiones semanales. Pero los indígenas tenían sus propias medidas. Uno trajo un cuero de chulengo cosido y pretendió que se lo llenase de azúcar; otro trajo una “*especie de árgana*” para la fariña, otro una colección de bolsas de cueros salvajes para la yerba, y el cuarto (Bera) pidió una cantidad igual a la suma de las otras tres raciones. Si Moreno no cumplía era porque era un mal cristiano. Finalmente se calmaron y se conformaron con lo que Moreno les daba, que era el doble de lo pensado. Para compensarlos, también les dio unas galletas.

Luego reinó la alegría en el campamento, Moreno (1879, p. 334-335) tocó música en un pequeño órgano que les había regalado a los tehuelches y estos se pusieron contentos. Moreno no pudo menos que comentar en forma jocosa el entusiasmo de los expedicionarios al “*joír la Fille de Mme. Angot frente a los témpanos!*”.

Moreno les dio un poco de aguardiente, pero la madre de Losha no se contentaba con lo que le daban y quería más. Le ofrecía riquezas a Moreno y finalmente pretendió cederle en matrimonio a la novia de Juan. Por su parte, la fueguina Astélche “*repelente en extremo*” decidió abandonar a su esposo Bera y quería quedarse con ellos que tenían aguardiente. Según Moreno, el espectáculo de las viejas borrachas era repugnante. “*(...) saltando borrachas alrededor del brasileño que, en el paroxismo del terror, se ve rodeado por estas mujeres de caras pintadas de negro y de melenas desgreñadas*”. Es que la madre de Losha quería comprar al brasileño pues lo consideraba apropiado para llevar los toldos y ofrecía tres yeguas a cambio. Según Moreno “*El infeliz cree posible la venta*” y lloraba para que no lo esclavizasen.

Exploración hacia el norte del lago Argentino

El 24 de febrero, al amanecer, Moreno (1879, p. 335-336) despidió a los tehuelches, con el pedido de que hicieran fuegos en los cerros para mostrar el ca-

mino a seguir hacia la toldería. El lugar donde se encontraban lo llamaban Carr, y algunas veces daban ese nombre al lago.

El bote quedó a cargo de Francisco Gomes, a quien se le ordenó quedarse en ese punto, con provisiones para 15 días.

Con la tropilla adelante, cruzaron el valle del Santa Cruz y observaron “*que la gran morrena antigua*” se halla separada de la meseta alta por el cauce de un río seco que “*fue sin duda el reemplazante de uno de los brazos del gran ventisquero prehistórico*”.

Ascendieron a la meseta, “*que podría llamársela sierra pues se presenta muy ondulada*”, por una pendiente pronunciada, con sedimentos glaciales que, en parte, se hallaban sobre rocas con fósiles terciarios. Siguieron por la meseta hasta que encontraron una quebrada profunda con un tortuoso fondo, en cuyas laderas se observaban capas terciarias en las cuales había rojos manchones que denotaban “*depósitos de los ocre*” que los indios usaban para pintarse la cara y los quillangos.

El lugar estaba encajonado entre cerros elevados (750 a 900 m sobre el n.m.) formados por capas basálticas y por formaciones parecidas a las “*malas Tierras*” de los EE.UU. Se trataba de un cañadón, aunque sus paredes no eran verticales y “*probablemente en sus entrañas petrificadas guarda inmensas riquezas paleontológicas*”.

Costearon la ladera de la quebrada, lo que hacía dificultoso el trayecto que debían cruzar, descendiendo o ascendiendo, los derrames de los cerros. El basalto dominaba la parte más elevada y se presentaba en capas más o menos horizontales y, en algunos casos, inclinadas, con alturas mayores a 900 m, de forma pronunciada como en el caso del Cerro Inclinado que, en vista del SO, presentaba un borde con forma de pico. Estas capas que dominaban los cerros tenían por lo menos 100 m de espesor y solo se observaban como relictos en las cumbres altas y no se hallaban todas al mismo nivel.

Ninguno de los cañadones tenía agua. Pero al anochecer distinguieron manchas verdes en un cerro elevado: eran los manantiales que les habían indicado los tehuelches. Treparon largo rato y finalmente acamparon alrededor de uno de ellos. Allí los arbustos eran frondosos: colas de zorros espesos y mullidos, algunas alverjillas ya sin flores. Las plantas

sirvieron de abrigo contra la helada que congeló el pozo. Se contentaron con un café amargo “y solo el señor Moyano, que hace su primer viaje terrestre, es auxiliado con un puñado de fariña”.

El domingo 25 de febrero hubo una bella madrugada, aunque luego granizó. A mediodía, llegaron a unos toldos situados a unos 50 kilómetros al norte del río Santa Cruz. El valle era hondo y abrigado, con buenos pastos y manantiales y la toldería estaba dominada por un manto de basalto que reposaba sobre una capa terciaria “de cascajo pequeño”.

Los tehuelches habían encontrado una tropilla de 40 caballos salvajes, restos de las tropas de caballos que en siglos pasados vagaban por las pampas de Buenos Aires y que vivían en la zona desde que ellos recordaban. Según Moreno (1879, p. 338) caballos salvajes no habían sido vistos sobre el Atlántico, al sur del río Santa Cruz y siempre estaban en la región cordillerana, especialmente al sur del lago Argentino “en las regiones que domina el monte Stokes”, donde los tehuelches iban en verano a cazarlos. Estos también le habían mencionado la presencia de caballos salvajes al oeste de San Julián y en las nacientes del río Chubut y entre ellos predominaban los oscuros, zainos y colorados.

María había llegado a la madrugada y había anunciado la visita de Moreno, que era esperada con interés. El gigante Collohue, montado en un caballo que apenas se veía bajo un “enormes quillango de quince cueros de revés amarillo y rojo” lo recibió en la cima de una colina, mientras tocaba en el órgano que Moreno les regaló y que entusiasmaba a la “chusma”, que gritaba, las cuadrillas de “*Orphée aux enfers*”. Collohue se cansó de oír música francesa y lanzó alaridos de gozo al ver una botella de aguardiente. A pesar de los regalos, que también incluían unas mantas coloridas que Estrella sacudió, les fue difícil conseguir nuevos caballos para continuar la marcha. Después de ruegos y promesas, consiguieron uno. Tampoco pudieron conseguir carne, pese a que los habían recibido con un excelente asado de bagual.

Moreno (1879, p. 339) decidió parar allí para tratar de convencerlos de que le diesen los tres caballos que necesitaba, además de algunas mantas de pieles. Consiguió cambiar algunas mantas rojas por cinco quillangos. Para convencerlos apeló a dos litros del alcohol para las colecciones que llevaba consigo en una damajuana. La premisa era tentarlos. Así agregó

a la damajuana dos litros de agua y le dio licor “bautizado” a Collohue, quien era el que más caballos tenía. Pronto la bebida ejerció una “influencia benéfica” y Moreno, convertido por obligación en comerciante, obtuvo lo que necesitaba. Cochingan no bebía, pero los demás, que si lo hacían, lo estrujaban y le daban puñetazos de amistad, mientras Collohue lo abrazaba llamándolo “padre”.

Así Moreno (1879, p. 340-342) consiguió alquilar dos caballos y un petiso, carne para un día más y cinco quillangos. Collohue aceptó darle un potrillo a cambio de la damajuana, que solamente contenía cuatro litros de agua.

María, enternecida por una pequeña cantidad de alcohol, le contó a Moreno las aventuras y desventuras de su perro. Según Moreno estas eran interminables pues “no hay nada más valiente ni bello”. La música del órgano completaba la fiesta.

Moreno (1879, p. 342) resumió una serie de observaciones sobre las características antropométricas de los tehuelches y sobre las voces indígenas, que esperaba ampliar en el segundo volumen de su libro “*Viaje a la Patagonia Austral*” (publicado en 1879), y en un diccionario tehuelche, ahonekense o tsoneka que pensaba publicar, cosa que nunca se concretó.

Moreno registró la estatura de cuatro tehuelches verdaderos: Gennayo (1,818 m), Collohue (1,902 m), Kaikokelteish (1,82 m) y Bera (1,88 m), lo que le dio un promedio de 1,855 m, con una variación individual menor a 10 cm. Luego hizo lo mismo con otros doce nativos que consideró eran mezcla (con araucano, pampa, fueguino), con un promedio de 1,701 m, y con una variación entre 1,602 m y 1,802 m, o sea del doble de la que se observaba entre los tehuelches verdaderos. Sobre esta base, Moreno concluyó que las medidas dadas por d’Orbigny, con un promedio de 1,73 m, correspondían, en su mayoría, a indios pampas.

Moreno también incluyó observaciones sobre nueve mujeres, las que tenían una estatura media de 1,60 m, con una máxima de 1,663 y una mínima de 1,529 (solamente vio una mujer, que no se dejó medir, con una estatura mayor a 1,75).

Según Moreno, la diferencia entre las medias de hombres y mujeres, no era notable (si se tomaban en cuenta las nueve mujeres y los doce hombres, pero sí lo era con respecto a los cuatro tehuelches).

Según Moreno (1879, p. 344) era tradicional la escasez de mujeres entre los tehuelches de otros tiempos, hecho que habría ocasionado los raptos de fueguinas a las tribus de las orillas del Skyring Water, Otway Water y península de Brunswick.

Moreno (1879, p. 344-345) también hizo observaciones sobre la relación entre el tamaño del pie y la estatura y concluyó que, si el término “patagones” refería a pies grandes, ello no era cierto pues, si se comparaba el tamaño del pie de los cuatro tehuelches (promedio: 0,278) con los que indicaba P. *Topinard* (1830-1911, alumno de Broca) en la página 357 de su “Manual de Antropología”, los mismos tenían el pie más chico que los de las razas observadas.

Según Moreno la presencia de los tehuelches en esta región era relativamente nueva y en lo que hace a la dolicocefalia vs. braquicefalia y si no fuera por la deformación artificial de la cabeza, se hallarían más próximos a la primera. Los cuatro tehuelches tenían un índice cefálico de 81,56 (el más alto tenía un índice de 78), mientras que los otros doce tenían uno de 85,2. O sea que los primeros eran sub-braquicéfalos y los segundos braquicéfalos verdaderos.

Sobre la base de estas observaciones y de las realizadas en cementerios prehistóricos, Moreno concluyó que hubo razas mucho más antiguas con índices cefálicos dolicocefalos y que había habido otras braquicéfalas que han vivido en Patagonia en épocas diferentes.

Según Moreno, el idioma era una lengua hablada y no escrita y si se comparaban las voces publicadas por diferentes viajeros (Pigafetta, Falkner, Viedma, Fitz Roy, Musters) y las que él mismo había registrado, se observaban grandes diferencias. Ello lo atribuyó a la costumbre que tenían los patagones de cambiar el nombre de las cosas cuando moría uno de ellos que hubiera usado alguna de ellas como nombre propio. “Entre los indios, los nombres de las cosas mueren cuando mueren quien las ha usado; traen desgracia y deben ser olvidados”. Por eso al mencionarles Moreno denominaciones tomadas de Fitz Roy o Musters, ellos le aclaraban “así se decía antes”.

El 26 de febrero, los patagones decidieron mudar de campamento debido a las exigencias de la caza, y Moreno se despidió de sus “buenos amigos” para emprender marcha hacia el norte. Su comitiva aumentó con la presencia de Chesco, o sea Juan Caballero,

quien debía servirle de guía “para llegar a los otros lagos” (Moreno, 1879, p. 354).

Las mesetas no variaron su conformación, aunque no todas presentaban basaltos en su cima. Atravesaron anchos cañadones que fueron lechos de ríos, ahora secos y, en las quebradas, los arbustos tenían mejor aspecto debido a la humedad andina.

En las alturas, se observaba la negrura de la verbenácea, que “sirve a los indios de pila eléctrica para su primitivo telégrafo”. Chesco la aprovechó y el camino fue siendo señalado por columnas de humo, que eran contestadas desde el SE por otros nativos. Escribió Moreno (1879, p. 355): “Es un consuelo para el viajero, que siente dominado su ánimo por la soledad y el triste aspecto del paisaje al atravesar las mesetas patagónicas, ver el horizonte empañado por el humo que denuncia la presencia de hombres: el país está habitado, hay seres humanos que lo frecuentan, no se siente solo, aun cuando esos humos se distinguen algunas veces tan lejanos y tan tenués que indican una distancia de varias decenas de leguas entre quienes los han encendido y quien los divide”.

Después de caminar unos 30 km por la altura y por secas cañadas, llegaron a un cerro basáltico inclinado, desde donde distinguieron, hacia el este, el valle del Shehuen (sol, en tehuelche), donde el mes anterior habían encontrado a los indios de Conchingan.

Moreno observó gran cantidad de guanacos y avestruces. Algunos le parecieron distintos de la *Rhea americana* y de la *Rhea darwini* y mencionó que, según los indios, había otra más pequeña del mismo color que la primera. A la distancia, Moreno calculó su tamaño - adultos según Chesco - en 2/3 del de *Rhea darwini*.

A la tarde, acamparon a orillas del Shehuen, “que corre angosto y encajonado por una quebrada oscura”. El arroyo descendía del oeste y en este punto corría hacia el noreste “con un sinnúmero de vueltas”. A su alrededor había mesetas terciarias cubiertas de rodados “y entre ellas abundantes bajos” (...) “Las capas sedimentarias parecen haber sufrido una violenta conmoción; unas están levantadas de oeste a este e inclinadas; otras a la inversa; pero las últimas son menos numerosas y sus líneas de inclinación no son tan pronunciadas; otras tienen arqueadas sus cumbres formando una bonita sucesión de curvas” (Moreno, 1879, p. 355-358).

Al pie del cerro de basalto, Moreno observó pequeños troncos de árboles petrificados y fragmentos de una ostra, más pequeña que la *Ostrea patagonica*, que no había observado en la costa. Este hallazgo lo llevó a reflexionar sobre los acontecimientos geológicos que se sucedieron desde el Terciario a la actualidad. Al este del paradero, distinguió dos mesetas basálticas, una más baja que la otra, hecho que atribuyó a una dislocación.

Cerro Kochai [Kachaike], Laguna Tar y Lago San Martín

El 27 de febrero, siguieron hacia el oeste por el valle, observando hacia el norte dos escalones de mesetas de más de 600 m. Chesko boleó un avestruz que aumentó algo la reducida despensa, que solo contaba con un asado de potro y una caja de conservas.

El camino era recto, pero a corta distancia del paradero, el valle cambiaba de dirección, pues descendía desde el NO. “*El arroyo Shehuen penetra en él a unos siete kilómetros, aproximadamente, del punto donde dormimos anoche y aparece por el centro de una cadena de colinas*” (Moreno, 1879, p. 358). En el valle, se veía el lecho de río antiguo con muchos manantiales y algunas pequeñas lagunas con aves acuáticas. La región era bastante feraz hasta el punto donde almorzaron, situado antes de llegar a un bañado “*que ocupa casi todo el valle, hacia el oeste*”. En el horizonte, divisaron verdaderas montañas: cerros rojizos imponentes y poderosos mantos de basalto, elevados a casi 800 m.

Debido a una ráfaga de lluvia y viento, se refugiaron en un bosquecillo de maitenes, que Moreno no había visto en esta zona, pero sí en Nahuel Huapi: “*la triste raquílica vegetación de las mesetas cesa para dar lugar a la poderosa aunque sombría vegetación de la región antártica*”. En ese punto confluían “*tres mesetas elevadas, con basalto en las cumbres*” y con “*trozos erráticos (...) numerosos en la más baja*” (Moreno, 1879, p. 359-360).

Al pie de las colinas, hacia el oeste, había campos verdes con hilos de agua. “*Es el paradero tehuelche denominado tar-aiken, abandonado hace unos días por los indios del Shehuen. Al sur está limitado por mesetas y al norte hay un gran bañado o laguna llamada Tar (sucia) que se extiende hasta el pie de un cerro eruptivo, llamado Kochait (pájaro), menos ele-*

vado que las mesetas que lo bordean al norte”. Aunque en estas se distinguen cerros de la misma roca “*que parece ha perforado la capa terciaria*”.

El campamento indio estaba desierto. Cruzaron con cuidado un bañado de 6 km de largo. Hacia el ONO encontraron dos lagunas de menores dimensiones bordeadas de lomas amarillentas, entre las cuales pasaban arroyos de aguas limpias, pequeños y poco profundos. Luego ascendieron una hilera de lomadas y después de galopar un largo rato, divisaron, desde una de las colinas, “*un gran lago y en el fondo elevadas montañas agrestes*”.

Acamparon a orillas del lago, donde los indios tuvieran su paradero, que llamaban *Kellt-Aiken*. Tendieron los recados a orillas de un manantial y asaron el avestruz. Moreno (1879, p. 361) pensó que eran los primeros *cristianos* que lo visitaban y buscó el nombre con que bautizarlo.

Al respecto escribió: “*La civilización no lo conoce aún y es necesario buscarle un nombre que le sirva de égida de progreso, que atraiga la vida argentina para que el lienzo azul y blanco flamee entre el bullicio, como hoy lo hace agitado por el aire del crepúsculo silencioso. Llamémosle lago San Martín, pues sus aguas bañan la maciza base de los Andes, único pedestal digno de soportar la figura heroica del gran guerrero*” (...) “*Así, cumpliendo mi deseo, pago tributo a la memoria de quien, encarnando la libertad, escaló los Andes que tengo enfrente; así la geografía, secundando a la historia, ayudará a perpetuarla*”.

Limitando el lago al oeste, Moreno observó una “*cadena de montañas eruptivas, de elegantes contornos, que corre del NE al SO*”, cuya mayor altura no excedía los 1200 m y como Chesko no conocía que tuviese ningún nombre, Moreno la denominó “*montes General Lavalle, en recuerdo del fogoso cooperador de la gran obra del general San Martín*”.

El 28 de febrero, Moreno, sobre la base de sus observaciones, calculó que el lago medía 19 km en dirección N-S y 16, en sentido E-O. El paradero estaba a 49° 12' S y al E estaba el cerro Cochait, eruptivo; al norte, había sierras elevadas de 900 a 1200 m, precedidas por lomadas terciarias pardo-amarillentas por entre las cuales corría un río caudaloso que desagaba en el lago “*según opinión de los indios*” [correspondería al actual río de los Fósiles]. Al NO del paradero, los Montes Lavalle estaban precedidos por cerros de

menor elevación, con hondas quebradas con torrentes. Estos montes estaban limitados al sur por un canal “*que comunica con otro lago que está situado hacia el NO, al poniente de las montañas citadas, pero al naciente de los Andes*” [Se trata de diferentes brazos del mismo lago San Martín]. Y al final del gran canal, se alzaban varios macizos de montañas con picos eruptivos y torreones sedimentarios. Al sudeste del paradero, había “*varios cerros eruptivos y distintas capas de rocas volcánicas*” que servían de “*gradas al cono del Pana*” (intrusivo volcánico; Paana = humo, en tehuelche; Moreno 1879, p. 371).

A media tarde, levantaron campamento y caminaron un corto trecho hacia el sur. Acamparon a orillas de un torrente “*que baja del macizo del Pana*” en cuyo desagüe, en el lago Moreno, recogió carbón de piedra que consideró “*superior a la lignita considerada terciaria de Punta Arenas*” y algunos moluscos fósiles que consideró “*cretáceos*” (opinión compartida por Agassiz) y que le hicieron suponer una edad similar a la de Punta Arenas para el manto carbonífero. “*Este yacimiento carbonífero, que ocultan las quebradas, evoca una vegetación opulenta que cubrió a principios de la época terciaria o fines de la secundaria el occidente de la Patagonia oriental desde el cabo Froward, y quizás desde la Tierra del Fuego, hasta las fuentes del Neuquén...*” (Moreno, 1879, p. 363).

Moreno consideró que el paraje que habían elegido para campamento era el más fértil que había encontrado en este viaje. Entre las plantas más comunes, se encontraba una euforbia herbácea, abundaban las oxalis, algunas anémonas, acaenas y calceolarias, las adesmias eran mayores que en otros lugares. La verónica no era rara y la alverjilla común. Había pocos ejemplares de maitenes. Entre las aves, abundaban la loica pechirroja, el chorlito, el negrito, el chingolo, el cabecita negra. Había cóndores en los cerros y en las matas cercanas al campamento había águilas, cernícalos y caranchos. Moreno (1879, p. 364-365) también recogió algunos insectos de por lo menos nueve géneros diferentes.

En el campamento, casi no quedaban alimentos. Había una lata de conserva y una libra de fariña. Tenían hambre, pero Moreno no quería tocar estas provisiones pues debían visitar todavía el lago Viedma. Moyano, Estrella y Chesko comieron un alón de avestruz que había quedado del día anterior, mien-

tras Moreno se alejó del campamento y observó los alrededores.

El 1 de marzo, a las 9 de la mañana, abandonaron el paradero, caminaron 16 kilómetros al este por el camino hecho anteriormente y pararon a almorzar frutas de calafate y un poco de fariña seca a orillas de la laguna Tar. Estaban tristes por el hambre y por la necesidad de abandonar el lago San Martín sin haberlo podido explorar detenidamente.

Desde la laguna Tar, cambiaron de rumbo y se dirigieron al sur, costeando un arroyo que descendía de esa dirección por tres kilómetros, apareciendo de entre angostos cajones formados por barrancas de “*cascajo rodado*”. Cruzaron el arroyo y continuaron unos 9-10 km, pasando unas lomadas y llegaron a un paradero abandonado a orillas del Shehuen, “*este último arroyo desciende también del sur, pero a tres millas al norte de este paradero se dirige al este para vaciarse en el río Chico y luego en el Atlántico*” (Moreno, 1879, p. 366). Aquí corría por el centro de un valle bastante fértil, limitado por mesetas terciarias, las más elevadas coronadas de basalto.

Los caballos estaban en mal estado por lo que no pudieron correr avestruces. Hacía dos días que no comían. A Moreno (1879, p. 366) “*le resultó desagradable en extremo negar esta tarde alimento al señor Moyano, mi buen compañero, que hace su primera campaña al Interior y me dice sentirse mal, pero es imposible socorrerlo porque en igual caso nos encontramos todos*”. Moreno pensó en sacrificar uno de los caballos, pero finalmente no lo hizo pues todos estaban en malas condiciones y los ascensos y descensos serían insoportables para el animal que tuviera que llevar dos personas. Finalmente, se pondrían a quedar a pie y sin recursos.

Lago Viedma y Cerro Fitz Roy

El 2 de marzo, salieron temprano y recorrieron unos 13 km al SSO por parte de un hermoso valle y por mesetas basálticas. Ascendieron algunos cerros “*cruzando capas de tenues nubes*” y llegaron a un cerro bastante elevado del cual se desploman algunos trozos de lavas. Vieron “*la gran ladera del sur y en el bajo extremo este el extenso lago Viedma*”. Según Chesko le informó a Moreno (1879, p. 367), parte del camino que habían seguido era el que, según *Kaikokelteish*, había recorrido Viedma en 1782.



Cerro Fitz Roy, bautizado por Moreno el 2 de marzo de 1877. Vista actual.

El espectáculo del lago era desolador, pues el día era tempestuoso y había un incendio en la ladera por donde descendían. Hacia el sur pudieron observar las áridas mesetas que formaban parte del macizo que separaba los lagos Argentino y Viedma. El lago Viedma estaba envuelto en brumas, al igual que la cordillera al oeste.

Llegaron a orillas del lago por entre lomadas cubiertas de erráticos. En una quebrada, encontraron un avestruz joven cojeando, y al poco tiempo lo estaban asando y comiendo.

Moreno deseaba continuar al NO *“siguiendo el trayecto de Viedma, para tratar de rodear el lago”*, pero los caballos no estaban en condiciones y debieron dirigirse al SSE para reconocer ese sector hasta

su desagüe, que Moreno (1879, p. 368) concluyó se producía por el mismo río que Viedma asumió era el Santa Cruz, pero que en realidad era el que desembocaba en la margen NE del lago Argentino.

Los Andes al ONO estaban cubiertos de nubes y *“el volcán, del cual tanto me han hablado los indios, se distingue vagamente”*.

La tormenta avanzó con rapidez, el cielo se oscureció y buscaron reparo en los erráticos de la costa. Pero el temporal duro poco, se despejó y el sol alumbró *“una inmensa sabana plateada, situada al SO”* del punto en el que se encontraban y Moreno pudo reconocer *“el gran ventisquero que vio Viedma”*.

Por la tarde, luego de haber galopado algunas horas por tierras áridas, rodearon la costa del lago

que estaba circundada por médanos, encontraron el río por el cual desaguaba el lago y acamparon a alguna distancia de él y a unos metros del lago, al lado de una pequeña laguna “*producida por la inundación*”. No había ningún lugar fértil, pero Chesko le informó que “*cerca de las montañas hay arboledas y abundantes pastizales*”.

Por la “*falta de recursos*”, Moreno (1879, p. 368-370) no pudo explorar personalmente el lago Viedma, pero consideró que era más grande que el lago Argentino. Hacia el este, observó varias ensenadas, entre ellas la que les servía de campamento. Pasando el desagué, había una sucesión de cerros bajos que se internaban en el lago y que al oeste formaban un “*abra prolongada, luego se adelantan otros cerros con varias ensenadas entre ellos, hasta el gran ventisquero que parece tener, en su punto norte, otra bahía cuyo fondo está ocultado por un cerro pequeño que se ve adelante*”. Al NO observó “*otra gran abra*”, en la que, según Chesko le informó, desaguaba un río caudaloso “*que puede ser el que comunica el lago situado al oeste del San Martín, con este. Varios macizos montañosos preceden en esa dirección a los picos nevados de los Andes*” [actual río de las Vueltas, sin conexión con el lago San Martín]. Al NO del abra, se veían las mesetas cubiertas de basalto que se prolongaban hacia el ESE, que cruzaron por la mañana. En el fondo oeste solo distinguieron una pequeña cadena de cerros pues sobre ellos “*unas nubes plumizas*” ocultaban la cordillera. Pero “*en un momento se hace un claro entre los vapores agolpados*” y vieron “*el negro cono del volcán y una ligera columna de humo que se eleva de su cráter*”. [La interpretación errónea del cerro Fitz Roy como un volcán se basó probablemente en información de los nativos, a lo que en muchos casos se sumó la escasa visibilidad, incrementada por la distancia].

Según Moreno (1879, p. 370-371), los tehuelches le habían “*mencionado varias veces y con terror supersticioso, esta ‘montaña humeante’. Es el Chalten que vomita humo y cenizas y que hace temblar la tierra; sirve de morada a infinidad de poderosos espíritus*”. Moreno observó que era negro, no tenía nieve y era la montaña más elevada de las que se veían en las inmediaciones y calculó su altura en 2100 m. También observó que en su costado oeste había un pico más agudo del mismo color. Según

Moreno, Viedma en su diario citó esta montaña al decir “*que hay dos piedras como torres que los indios llaman Chaltel, pero no dice que sea un volcán*”. Moreno mencionó que se consideraba que los volcanes activos de América del Sur se hallaban todos situados más al norte y que el más austral está situado en 44° 20' S, “*exceptuando el que creyó ver Hall en Tierra del Fuego, 55° 3'*”. Mencionó que, de acuerdo con “*las indicaciones de los indios*”, había volcanes entre 44° y 51° S, aunque “*ninguno de ellos arroja lava en fusión, ni rocas incandescentes; solo emiten vapores y cenizas, y esto no constantemente, sino con intermitencias prolongadas*”.

Moreno señaló la presencia de basaltos entre 40° y 52° S, desde el río Limay al Estrecho de Magallanes, como testimonio de un vulcanismo pasado que “*concluyó hace tiempo de derramarse en la Patagonia*”. Los comparó por su extensión con “*los mantos de conglomerados que contienen cenizas y productos eruptivos vitrificados, obsidiana y piedra pómez*” (...) “*que llegan hasta cerca del Atlántico*”. También mencionó que el monte Pana, según los nativos, hasta no hace mucho tiempo, arrojaba humo, lo cual explicaba su nombre: *Paán* (humo).

Finalmente, Moreno (1879, p. 371-372) señaló que “*como este volcán activo no ha sido mencionado por los navegantes ni viajeros, y como el nombre de Chalten que le dan los indios lo aplican también a otras montañas*”, él se permitió llamarlo “*volcán Fitz-Roy, como una muestra de la gratitud que los argentinos debemos a la memoria del sabio y enérgico almirante inglés que dio a conocer a la ciencia geográfica, prestando, al mismo tiempo, inmensos servicios al comercio, las costas de la América austral*”, y cuyos “*minuciosos y magníficos trabajos siempre serán admirados*”.

Moreno atacado por una leona. Río Leona

El 3 de marzo, al amanecer, luego de una noche con chubascos, pudieron ver cubiertos de nieve los cerros basálticos que habían atravesado el día anterior y observaron “*el volcán Fitz-Roy, dorado por el sol*”.

Moreno (1879, p. 372-373) se dirigió al río, para dejar en su orilla una botella que contenía la prueba de su visita al lugar y, al pasar cerca de un matorral, fue atacado por una leona. La leona se arrojó sobre sus espaldas, tratando de agarrarse con sus uñas, mientras intentaba morderle el cuello. Moreno cayó

al suelo. No llevaba armas, solo tenía “la brújula prismática en su estuche y una pinzas para tomar insectos”. Sin embargo, consiguió levantarse “arrollar el poncho y remolinear velozmente la brújula a manera de boleadora”.

El puma trató varias veces de llegar a él. Le rompió el poncho y le desgarró las ropas, arañándole el pecho y las piernas. Moreno atribuyó el ataque a que el animal, confundido por el color de su ropa y poncho, lo había tomado por un guanaco. Moreno que no había sido herido gravemente consiguió llegar hasta el paradero y el puma se ocultó entre las matas de las inmediaciones, hasta que consiguieron darle muerte.

Así “*El río que Viedma creyó era el Santa Cruz* (...) [y que une los lagos Viedma y Argentino] *recibe por este suceso, que poco ha faltado para ser trágico, el nombre de río Leona*”.

Según Musters (1871, p. 104) los pumas “son muy tímidos, huyen invariablemente de un jinete y, de día al menos, de un hombre a pie”, aunque “los indios aseguran que el puma ataca a un hombre solo y a pie”.

El desagüe del río se ubicaba, según la medición astronómica efectuada sobre un bloque errático, a 49° 48' S y era denominado *Orr-Aiken*, mientras que sobre las orillas del lago Viedma hacia el NO se ubicaban los otros dos paraderos indígenas, *Kaperr-Aiken* y *K'char-Aiken*. El río tenía en ese punto 200 metros de ancho, la margen este era llana y en la oeste había una línea de médanos. Almorzaron en la margen este y luego retrocedieron para buscar a Isidoro.

Siguieron hacia el este “*por el pie del cerro Cheul*” y llegaron “*a través de un abra bastante extensa, cortada de cuando en cuando por colinas cubiertas de grandes piedras erráticas y capas de lava*”, al paradero de Isidoro. Este estaba instalado en la falda de un cerro al lado de unos manantiales “*donde los caballos se han repuesto algo de las fatigas de la ascensión del Santa Cruz*”.

El 4 de marzo se levantaron temprano y se dirigieron al lago Argentino por el mismo camino por el que vinieron, “*hasta llegar a las inmediaciones del cerro Inclinado*”. Luego subieron la meseta hacia el oeste para “*conocer la pampa alta*”. Luego de galopar algún tiempo se presentó un “*panorama grandioso*”. “*Los cerros basálticos se destacan de la pampa verde-amarillenta*” por donde caminaban. “*En el fondo,*

en el bajo, el gran lago Argentino está matizado de blancos témpanos”.

Llegaron al campamento en el cual Abelardo y los dos marineros habían limpiado el bote y arreglado “*las escasas provisiones*” que quedaban.

“*Patricio se ha asustado más de una vez con los pumas y tiembla de temor al ver la sangre*” que mancha la ropa de Moreno y que, “*con la herida de la cara, le prueban la verdad de lo que ha contado Estrella*”. “*¡El señor Moreno ha sido atacado por un león! No hay tranquilidad posible en estas regiones y es necesario volver a la isla*” (Moreno, 1879, p. 374).

El 5 de marzo, el tiempo fue muy malo, con chubascos y en la cordillera hubo un temporal de nieve. Fue imposible salir del paradero.

El 6 de marzo, Moreno salió “a tomar algunas direcciones” desde los cerros próximos al río Leona. Desde la altura, divisó el Fitz-Roy y el gran bajo donde se hallaba el lago Viedma. El señor Moyano, que había salido a cazar, mató un guanaco, que dividieron y cargaron sobre sus caballos. Comenzó a llover y llegaron al paradero, totalmente mojados, a las 9 de la noche, guiados por las hogueras que Isidoro y Estrella había encendido.

El 7 de marzo siguió lloviendo y el temporal agitó las aguas del lago. Moreno comprendió que había llegado la época del mal tiempo y concluyó que no era conveniente intentar navegar hacia el oeste, por lo cual decidió que el reconocimiento de esa zona lo haría a caballo hasta donde pudiera, y que luego regresarían a la isla Pavón.

Como el 8 de marzo el tiempo había mejorado, decidieron trasladar por tierra hasta la punta Feilberg las colecciones y objetos más delicados, y no exponerlos a las eventuales averías que el bote pudiera sufrir al pasar el desagüe correntoso del lago en el río Santa Cruz.

El 9 de marzo (viernes), observaciones termométricas “*por medio del punto de ebullición del agua*” dieron a Moreno una altura de 125 m s.n.m. para el punto en el que se encontraban. La temperatura del agua del lago era de 9° a 11° C. Durante esos días los vientos habían sido del SO y NO y la temperatura media a la sombra había sido de 12° C.

El 10 de marzo, el lago amaneció en calma y la temperatura ambiente era más alta que el día anterior (4° C a las 6 a.m.). A las 10 a.m., con viento favorable,

echaron el bote al agua y, arrastrados por la corriente, se dirigieron a la rinconada situada al este de punta Feilberg. Allí clavaron un poste al que ataron una botella en la que colocaron un documento que mencionaba su paso por el lugar y una bolsa de cuero llena de sal para que la aprovecharan los nativos. Luego pusieron proa al este y comenzaron el descenso del río en busca de un punto apropiado para cruzar la caballada a la orilla opuesta. Pocos minutos después encontraron una playa y cruzaron los caballos. Fondearon el bote “*en una pequeña abra tranquila, formada por la inundación*”. Allí instalaron el campamento mientras Moreno (1879, p. 375) se dirigía al oeste.

Exploración de la margen sur del lago Argentino. Monte Félix Frías, cerro de Mayo, Monte Buenos Aires, Monte Avellaneda

El domingo 11 de marzo, luego de un buen almuerzo, Moreno, Moyano e Isidoro se dirigieron hacia el oeste a caballo (Moreno, 1879, p. 376-377).

El trecho hasta punta *Walichu*, cubierto de erráticos, se componía de lomadas, entre las que había lagunitas y por las que corrían tres arroyos pequeños. Uno de ellos provenía de un bajo situado al ESE y de entre dos mesetas que precedían a las mesetas basálticas de 975 m que se elevaban, a los lejos, hacia el sur. Una de las mesetas, de poca elevación e inclinada [actual cerro Calafate], ubicada frente a punta *Walichu*, estaba orientada en sentido OSO hacia la cordillera; la otra era más elevada y se orientaba hacia el SO.

A partir de punta *Walichu*, donde reaparecían los médanos, el terreno era mejor. Hallaron un arroyo [actual arroyo Calafate] que provenía del sur y bañaba el pie de la montaña inclinada, en cuyos alrededores el pasto era excelente y abundante, con grandes calafates y una gran cantidad de patos, avutardas, cisnes, gansos, gallaretas y ardeas. Este lugar se hallaba frente a la bahía *Redonda*. Pasado el arroyo, subieron varias colinas cortadas por pequeños valles, secos, que llegaban a la bahía *Redonda*. Luego de estas colinas, descendieron a un bajo y dejaron a la izquierda cumbres con estratos inclinados al ESE, “*formadas por productos eruptivos*”, donde hay “*fértiles manantiales*”.

Hicieron campamento a orillas del lago, entre unos médanos cubiertos de matorrales de calafate.

A la noche llovió y hubo viento. La temperatura era de 2° – 3° C.

El 12 de marzo, continuaron hacia el oeste y encontraron muchas huellas de caballos y un pequeño río [actual río Centinela] cerca del cual vieron “*un camino de ‘Chinas’*”, indicio de que nativos del sur habían estado allí hacía pocos días y que, según Moreno, habrían originado el incendio de los bosques que vieron al llegar al lago. Bodearon unos barrancos que formaban un semicírculo en torno a un bajo en el cual desagua el río.

Bordearon un cerro bastante elevado, aislado, “*de formación arcillo-esquistosa*”, cuya base bañaba el lago. Moreno (1879, p. 378) lo denominó “*monte Félix Frías*” “*en honor a mi venerable amigo el esclarecido patriota que defiende con tanto ardor la causa de los argentinos contra las temerarias pretensiones chilenas*”. El camino por sus faldas era incómodo y peligroso, debido a que los *tucu-tucos* habían “*revuelto los terrenos sueltos*” (...) “*tanto que Moyano cae tres veces del caballo*”.

Pasado este tramo, de unos cinco kilómetros, llegaron a un bajo con abundantes pastizales, y continuaron hacia el NO hasta una hilera de colinas bajas de origen glacial. Allí vieron que no había paso, pues el lago se hacía más angosto y se dividía en dos brazos, en dirección SO y NO, separados por una península compuesta por altas montañas.

Se dirigieron entonces hacia el oeste, bordeando las sierras. Encontraron varias lagunas pequeñas y algunos *Fagus* y finalmente, gran cantidad de guadales, tucu-tucales, matas de calafate y árboles secos. A las 5 de la tarde el camino se volvió imposible e hicieron campamento frente a uno de los canales del lago. Al oeste, Moreno (1879, p. 380) observó un cerro al que denominó “*cerro de Mayo*”.

Años después, recordaría Moyano (1887, p. 95): “(...) Cualquiera que lea el bien escrito libro que publicó el Sr. Francisco P. Moreno sobre nuestro viaje a los lagos en 1876 y 1877, podrá ver las penurias que nos costó recorrer esta misma falda del monte ‘Mayo’ (...) a causa de que el suelo, horadado por los tucutucos, nos presentaba (...) inconvenientes (...)”.

Hicieron campamento (“*wigwam*”) protegidos por un frondoso calafate y las ramas de las hayas y los ponchos les sirvieron de techo. Se alimentaron con media lata de “*pâté*”, un puñado de fariña y otro

de café y algo de yerba “*inseparable compañera de Isidoro*”. El pichón de cisne había “*desaparecido de los tientos del recado del señor Moyano, quien se había encargado de la conducción de este trofeo inapreciable. Entre las ramas del camino o quizás en una de las varias caídas del caballo (...)*”. “*Igual cosa ha sucedido con el mate y la bombilla*”. Felizmente se había salvado un tarro que alguna vez tuvo dulce de leche “*hoy convertido en olla y pava*”. En el hirvieron agua y colocaron la fariña y el paté, logrando un “*guiso desconocido en la terminología culinaria*”. Isidoro estaba triste porque faltaba el mate y “*cada uno reflexiona buscando la manera*” de obtener lo necesario para prepararlo. Le cupo a Moreno “*el honor de fabricar ambos aparatos indispensables*”. Moreno (1879, p. 380-381) vació el pate sobre un pañuelo y con la lata obtuvo el mate. Luego su “*inventiva, hija de la necesidad ayudada por el deseo*” obtuvo la bombilla a partir de “*un hueso de avestruz que pasa a servir de tubo, y un pedazo de lata de la tapa de la caja, envuelto toscamente en una de las puntas del hueso, se convierte en colador de la yerba*”.

El martes 13 de marzo, Moreno y Moyano dejaron el campamento y siguieron a pie hacia el oeste. Sobre la costa del lago había un prado rodeado por bosquillos de canelos cubierto de flores rojas, limitado por un bosque pequeño y tupido (1 m de distancia entre cada árbol) de unos 150 ejemplares de cedros de cinco metros de altura y 20 cm de diámetro.

Trataron de alcanzar, costeano el lago, una punta rocosa que se divisaba en el fondo. Cruzaron 18 torrentes pequeños que se desprendían de las cumbres “*de los montes*”, que llamó Buenos Aires. Siguieron adelante “*apartando las barbas vegetales (...) rojizo-amarillentas arrolladas que colgaban de los inmensos coigües (...) y de las hayas de oscuras y plegadas hojas (...)*. En estos árboles se albergaban algunas orquídeas (...) y la parásita *Cyttaria anaranjada, alimento del salvaje (...)*”. Allí habitaban loros bullangueros y pájaros carpinteros.

Llegaron hasta la punta, donde un precipicio caía en un canal con témpanos, ramificación del lago Argentino, que impidió seguir adelante y, más allá del cual, se hallaba el macizo de la cordillera. Retrocedieron algunos metros hasta un pequeño claro.

A la derecha, tenían la falda de los montes *Buenos Aires*, al pie del brazo de lago que precede a los

Andes; al norte, el monte *Avellaneda*, que Moreno nombró “*en honor del presidente de la República*”.

Moreno (1879, p. 382-383) resolvió no seguir adelante. Se hallaban a 150 m sobre el lago, a 7° 45' al suroeste de la cumbre del Monte *Avellaneda* y a 43° al suroeste de la punta de los *Ciervos*. El paisaje era “*grandioso*”, las montañas del NO tenían hielo en sus cimas y, en la base, inmensos bosques. Entre los bosques y la nieve, se veían “*vistasas capas de arcilla esquistosa, sinuosas y onduladas caprichosamente*”.

Allí alcanzó el punto más occidental, en su recorrido, sobre la margen sur del lago Argentino y llegó a ver los témpanos del ventisquero que algún día llevaría su nombre.

A la tarde emprendieron el regreso, “*después de dejar como signo de nuestro paso, clavada sobre un enorme fragmento de roca, testigo mudo de la poderosa erosión de los hielos, y rodeada por verdes helechos y rojas fucsias, la bandera patria que nos ha acompañado durante toda la expedición y cuyos colores copian ahora la alfombra blanca de nieve recién caída y el celeste del hielo eterno que cubre desde la cumbre el inaccesible pico Mayo. Esos colores que se han reflejado en las aguas de los lagos Argentino, Viedma y San Martín y que han sido más de una vez saludados por el alarido del gigante patagón, lo son hoy por las salvas atronadoras que producen los aludes al desprenderse de los ventisqueros vecinos. El calor del límpido sol que los alumbraba arranca témpanos inmensos que truenan como cañones de gran calibre, frente al punto donde nos encontramos*” (Moreno, 1879, p. 383).

Al regresar por la costa sur del lago, “*paramos en la orilla del riacho (...) que desciende del sur, con fuerte pendiente, bañando el pie de un cerro eruptivo que he llamado Moyano en honor de mi compañero de viaje*” (Moreno, 1879, p. 385).

En el camino al paradero, cazaron una pareja de huemules. A las 10 de la noche, llegaron al Real, donde Isidoro había encendido hogueras para señalar la posición del campamento. Moreno (1879, p. 383) llegó “*todo dolorido, con la ropa hecha pedazos por haber servido de guía, como más baquiano*”.

El 14 de marzo, nevó casi toda la noche. Durante la mañana, repararon las ropas y arreglaron el herbario y, al mediodía, salieron hacia el sur, por el valle situado entre los cerros *Buenos Aires* y el monte *Frías* (Moreno, 1879, p. 384). El camino era bueno, pero a

dos millas encontraron colinas glaciales. Observaron que en la ladera este del cerro Buenos Aires corría un torrente “que nace entre dos cumbres en una sombría quebrada”. Pensaron que había otro lago hacia el sur, pero comprobaron que se trataba de una bahía, prolongación del lago Argentino, que se comunicaba con este por el canal de los témpanos [actual Brazo Rico]. La bahía estaba limitada hacia el sur por una serranía, cubierta parcialmente por bosques, y en el agua, se observaban varios témpanos. Hacia el SO había “una gran abra en la cordillera”. Hacia el norte de ella, “*inmensos cerros nevados con ventisqueros que se extienden casi hasta el agua, son los que producen los témpanos*” [hoy glaciar Moreno].

El 15 de marzo amaneció con cielo claro, pero luego comenzó un temporal. Ensilillaron y se dirigieron al este. Pasaron por punta *Walichu* y, a la tarde, llegaron al campamento sobre el río Santa Cruz.

El viernes 16 de marzo, durante la mañana, embarcaron todas las colecciones y, a mediodía, abandonaron la región de los lagos. Se dirigieron al Arroyo del Bote, para esperar a Moyano e Isidoro que llevaban la caballada por el sur. Luego emprendieron el descenso por el centro del río, donde la velocidad de la corriente se veía incrementada por el viento del oeste. En la vuelta dominada por erráticos, corrieron peligro de zozobrar, por “*las olas que levanta el viento con la corriente encontrada*”. El bote no obedecía al remo que les servía de timón, ni a los dos remos que sobre las bandas manejaban Francisco y Patricio. Un pie de agua llenó el bote. El caudal del Santa Cruz había aumentado casi un metro en un día y los puntos por donde pasaron sirgando a pie se hallaban inundados. Llegaron al Arroyo del Bote. El paradero del 13 de febrero estaba bajo agua. Moreno midió una profundidad del río de 10 m. Ataron el bote en la costa este de la Vuelta del Carnaval, e hicieron campamento dentro del valle del arroyo donde Isidoro se había detenido con la tropilla.

Cenaron todos juntos, previo a la separación del día siguiente, pues parte del grupo regresaría con la caballada por tierra y lo demás lo harían por el río. En el bote solo quedaba un trozo de guanaco y solamente disponían de tres tiros de Remington, seis de revólver y algunos de escopeta. Patricio quedó con Isidoro para ayudarlo con la caballada. Los demás pasaron la noche junto al bote, bajo la lluvia (Moreno, 1879, p. 390).

Regreso por el río Santa Cruz

El sábado 17 de marzo, antes del amanecer, apareció llorando Patricio, que no había podido dormir, pues creyó que si lo hubiera hecho, Chesko, a quien consideraba antropófago, los hubiese matado a él y a Isidoro. Le pidió a Moreno que lo llevase en el bote y este apiadado mandó a Abelardo en su reemplazo.

Después de cazar una garza, se lanzaron al río y “*en menos de cinco minutos*” desanduvieron el camino que al llegar habían realizado en tres días. Marcharon a 15 -20 km por hora.

Pasaron con suerte los remolinos de los Tres Cerros y se detuvieron a dormir en la orilla sur, en las inmediaciones de la Fortaleza, donde había un gran remanso que les permitió detener la marcha. En los alrededores, Moreno (1879, p. 390-391) recogió 20 cuchillos y rascadores de piedra. La temperatura era de 3-4° C.

El domingo 18 de marzo, siguió descendiendo velozmente y pararon en el punto donde Moreno había descubierto fósiles. Con un pico extrajo “*gran parte del cráneo del gran paquidermo*”, varios restos de otros animales, que consideró pertenecían “*a la capa superior del terciario inmediato a la formación glacial*” y a 15 m por debajo de la superficie de la meseta, obtuvieron varios fragmentos de gliptodontes, notoungulados y otros vertebrados.

Pasaron el cerro Tres de Febrero por entre las islas de la margen derecha. Llegaron a avanzar a una velocidad de hasta 25 km por hora. El campamento de la quebrada basáltica estaba cubierto por el agua, solo distinguieron la parte superior del *cairn* con el que marcaron su paso. Eligieron un pequeño rincón frente a la meseta para pasar la noche. Aquí Moreno también recogió un fragmento de coraza de gliptodonte.

El 19 de marzo, a las 5 de la mañana, siguieron viaje. El paradero de *Chickerook-aiken* estaba inundado y el río alcanzaba los 500 m de ancho. A las once embicaron en el lugar en donde durmieran el primer día de marcha. Hicieron grandes fogatas para anunciar la llegada a los residentes de la isla Pavón (Moreno, 1879, p. 392).

Regreso a la isla Pavón

Siguieron viaje. Pasaron el Rincón de los Machos y distinguieron “*el techo de la población de la isla y su chimenea que humea*”. En seguida llegaron al islote

situado antes de Pavón, “donde guindos y membrillos que ha plantado Piedrabuena reemplazan la pobre vegetación del valle”. El bote entró “en el ancho canal frente a la isla”. Con las velas desplegadas avanzaron a casi 20 km por hora.

En la margen del río, había varios toldos tehuelches, cuyos habitantes se alarmaron ante el disparo del rifle con el que los navegantes anunciaron su presencia. Los hombres se aproximaron a la orilla y las mujeres observaron “frente a las pintarrajeadas tiendas de pieles”, mientras los perros aullaban. El bote dio vuelta a la pequeña isla y navegó frente a los toldos, mientras “un clamoreo salvaje” contestó los saludos de alegría de Moreno (1879, p. 393-394) y sus hombres. Los nativos montaron sus potros en pelo y prorrumpieron en alaridos. Chesko les contestó desde el bote, sacudiendo en el aire su quillango y descubriendo su cuerpo bronceado: “¡Un indio en un bote descendiendo el Santa Cruz!”.

Pasaron frente a un grupo de muchachas que se hallaban sobre una barranca palmoreando y vieron llegar al gigante Collohue que saludó a Moreno a los gritos: ¡Coomaut! (Comandante).

¡En veintitrés horas y media habían recorrido el mismo camino que al subir por el río habían hecho en un mes!

En la isla Pavón no había novedades. Los indios que acampaban frente a ella eran los de Conchingan y los del cacique Gumerto. Los últimos habían venido desde las inmediaciones del Nahuel Huapi a conocer la región.

Moreno los visitó por la tarde, llevándoles aguardiente. Gumerto se manifestó contento de conocerlo y, como pariente de Shaihueque, dijo haber oído hablar de la visita de Moreno al campamento del Rey de las Manzanas.

La mayor parte de los pocos indios que lo acompañaban eran “de sangre pampa” y “entre las mujeres jóvenes hay algunas muy bien parecidas”. Moreno (1879, p. 394) contentó a las indias con “sartas de cuentas y mantas”, los hombres se emborracharon con aguardiente y la noche pasó “entre llantos y alaridos”. Moreno observó que Chesko “contento con la presencia de la hermosa Losha y luego melancólico con la bebida” no participó de la alegría. El indio enamorado tocó el *Coollá*, instrumento tehuelche en forma de primitivo violín cuyas cerdas roza con un hueso hueco de cóndor, al tiempo que balbu-

ceaba una especie de canto compuesto de frases incoherentes.

El 20 de marzo, Moreno (1879, p. 395-396) descansó bajo techo, soñando con las posibilidades futuras de la región explorada: agricultura, ganadería, industrias basadas en el carbonato de sodio, minería de carbón, silvicultura, líneas de vapor recorriendo ríos, lagos y canales, paraderos tehuelches convertidos en ciudades argentinas.

Con respecto a la visión que obtuvo de su viaje, escribió Moreno (1879, p. 446-447): “La exploración (...) en las nacientes del Santa Cruz (...) me ha revelado extensos territorios desconocidos que pueden ser aprovechados por sus propietarios, los argentinos. En ellos la colonización tiene ancho campo donde extender su benéfica influencia. El valle del Shehuen (...) espera los ganados que han de fructificar esa tierra hoy improductiva. Algunos parajes en él pueden utilizarse con ventaja para la agricultura. Las quebradas del oeste, donde los pastos hacen ostentación de hermosura (...) pueden alimentar miles de animales vacunos. Los ricos depósitos de carbonato de sodio atraerán la industria, las minas de carbón (...) harán que el silbido del vapor (...) se mezcle con el del hacha y del martillo que aprovechen los bosques (...) y que los buques a vapor, que llegan hoy a la Bahía del Santa Cruz, vayan a buscar a través de cerca de doscientas leguas de ríos, lagos y canales, el combustible precioso. Veo no muy lejano el día en que la hélice alborote las aguas de los lagos Argentino, Viedma y San Martín, y los de aún más al norte (...). El lago Argentino con sus bosques y los valles hermosos que lo rodean ofrecen al hombre elementos para la vida lucrativa. Los paraderos tehuelches pueden convertirse en ciudades argentinas. Las maderas del monte Buenos Aires, del monte Avellaneda y del monte Félix Frías, lo mismo que los campos hermosos que hay en esas inmediaciones, en manos de una población trabajadora, proporcionarán ganados para alimentar miles de hombres; esa población andina (...) contribuirá con las maderas necesarias a la construcción de las futuras colonias argentinas del litoral patagónico (...). Donde hoy no hay más que soledad y desamparo (...) veremos colonias permanentes y florecientes, y la hoy poco visitada bahía Santa Cruz ha de ser el punto más frecuentado de los mares del sur. Ese día (...) serán una hermosa realidad las palabras del Dr. Tejedor: ‘Si porvenir marítimo ha

de tener un día la República Argentina, él está en la Patagonia”.

Entre el 21 de marzo y el 5 de abril, durante su estadía en la zona, Moreno (1879, p. 396) se ocupó de arreglar las colecciones, hacer otras nuevas y reconstruir “la Capitanía Argentina” en la bahía Santa Cruz, que estaba abandonada, sin piso, techo, ventanas y puertas.

Después de cinco meses de iniciado su viaje, Moreno había esperado que el Capitán Piedrabuena hubiera traído noticias de Buenos Aires, pero como este no había regresado, decidió dirigirse por tierra a Punta Arenas para tomar el vapor del Estrecho.

Observaciones entre Santa Cruz y Punta Arenas. Regreso a Buenos Aires (6 al 12 de abril de 1877)

El 6 de abril, Moreno (1879, p. 396) dejó en la isla Pavón al teniente Moyano con los dos marineros, el muchacho y el bote, se despidió del señor Dufour, a quien debía “*mil atenciones*” y se dirigió hacia el sur con Isidoro y Estrella.

Se proponía “*revisar detenidamente*” toda la zona situada al sur del río Santa Cruz, objetivo que no pudo cumplir en su totalidad. Llevaban escasas provisiones, carne para un día, dos cajas de paté de foie gras y algunas tortas que les había regalado la tehuelche Rosa, mujer de Manuel Coronel “*otro buen gaucho patriota*”. Los caballos estaban en mal estado y el de los perros era tan malo que solo uno, “*el bravo Perilla*” lo pudo acompañar.

Las observaciones de Moreno (1879, p. 397-400) le permitirían tener “*una idea sobre el territorio comprendido entre Punta Bandera y Punta Arenas*”.

Al respecto, observó en primer lugar que la sequedad del clima de la Patagonia, desfavorable para su colonización, comenzaba en Bahía Blanca, “*donde llueve menos que en Buenos Aires*” (...) “*aumenta gradualmente en Río Negro y Chubut*” y alcanzaba su máximo entre 47° y 48° S. En Santa Cruz, donde disminuía la distancia entre la cordillera y el mar, las lluvias, aunque breves, volvían a ser más frecuentes.

La fertilidad del valle del Shehuen contrastaba con la aridez de las mesetas circundantes y al sur de 50° S la región era fertilizada por las lluvias, que eran casi diarias en el oeste. Al sur de los lagos había praderas extensas de pastos tiernos y trébol, que cubrían los depósitos glaciales, que estaban limitadas

hacia el sur por una planicie de lava, con algunos volcanes extinguidos que, desde el pie de los Andes, cubrían una extensión de 150 km hacia el este. De ella nacía el río Gallegos [y el río Coig], que desagüaba en el Atlántico.

Desde las nacientes del río Gallegos hacia el sur, había colinas suaves y onduladas que comenzaban en mesetas y disminuían en altura hacia el sur. Al oeste, en las llanuras de Diana [donde hoy día se halla Puerto Natales, y sobre el borde de los canales, había bosques de ñires, matizados con canelos.

Más al sur se encontraba la laguna Blanca, a pocos kilómetros del seno Skyring, rodeada por excelentes campos en los que vivía la tribu del cacique Papon durante largas temporadas del año, estadias que alternaban con las que hacían en los valles del Coy Inlet y del río Gallegos. En las inmediaciones de esta zona, el gobierno chileno tenía haciendas en un punto denominado Vaquería del Norte y en el cual, cuando pasó Moreno, algunos chilenos habían construido una casilla de madera.

Más al sur, había excelentes mantos carboníferos que se extendían hasta el Estrecho, zona en la cual había algunas poblaciones, i.e. Palomares, etc., “*en una llanura que algún día alimentará los ganados de la futura provincia argentina de Magallanes*”, llanura que limitaba al oeste con el seno Otway y con las mesetas de la península Brunswick.

Entre la parte norte de esta región y la costa del Atlántico, se extendía, a lo largo del río Santa Cruz, una meseta elevada, formando escalones hacia el río, de 900, 450, 350 y 270 metros, y otros más pequeños. Todo era árido, aunque mejoraba hacia el océano.

El valle profundo del Santa Cruz, al igual que el Coy Inlet y el río Gallegos no tenían extensiones fértiles importantes. Sobre el lado sur del Santa Cruz, subiendo al primer escalón de la meseta, se llegaba a la altura de 100 m, donde se observaba “*una llanura sin desigualdades insensibles*” con mejores pastos que todos los que se observaban desde el Chubut hasta esta región, con pequeñas lagunas, unas dulces y otras saladas, con cloruro de sodio, “*que el capitán Piedrabuena extraía de cuando en cuando*”.

Más al sur se extendían las “*colonias del León*”, que comenzaban en el mar y se elevaban desde 216 m s.n.m., hasta la cuarta meseta con una altura de 260 a 300 m. La principal altura era el Monte León, a cuyo

pie se hallaba la isla del mismo nombre “*testigo del apresamiento violento de la Jeanne Amélie*”. Los pastos eran duros pero excelentes y aunque el agua era escasa, Moreno pensó que sería posible encontrarla mediante pozos que atravesasen la capa de rodados de 9-18 m.

Esta meseta alta, que Moreno (1879, p. 399-400) cruzó en toda su extensión, se extendía desde el Santa Cruz hasta Gugory Renge (?Gregory Range), donde terminaba en un acantilado sobre el Estrecho. La subió desde un poco más al NE de *Chikerook-aiken*, y le recordó la “*pampa sin límites del sur de Buenos Aires*”. Solo al SO se veían “*azuladas y tenues las lejanas mesetas cercanas a la Cordillera*”. Una de las lagunas saladas, *Las Perdices*, tenía en sus bordes ojos de agua y era un lugar ideal para ubicar “*una población que sirviera para facilitar la comunicación con el Estrecho*”.

Avanzando hacia el sur, había algunos cañadones, se volvía a subir la meseta cruzando una quebrada transversal, se pasaban los Tres Chorrillos, “*manantiales de agua dulce que se pierden en una laguna salada en cuyos alrededores viven a veces los indios*”. Así, pasando por lomadas suaves y lagunas, se llegaba a “*Coy Inlet, punto extremo al que alcanzan las salinas verdaderas*”. Según Moreno era un lugar pintoresco “*hoya de un río antiguo o quizás de un estrecho marino, que cruza de este a oeste*”, con un cauce tortuoso, seco en esa época. En un ancho de 10 km, tenía campos buenos para el pastoreo, que los indígenas usaban en un lugar llamado *Uajen aiken*.

Los campos mejoraban entre Coy Inlet y Río Gallegos, localidad esta última donde se hallaba el paradero principal de los nativos, especialmente en *Guerr-aiken*, donde los encontró en medio de una “gran borrachera”.

Escribió Moreno (1879, p. 400-401): “*Esos parajes son de gran porvenir, y es lástima que el tehuelche, antes de una sobriedad extrema, se extinga rápidamente a causa del alcohol que los cristianos le venden*” (...)

Moreno observó que el río Gallegos tenía una velocidad media de seis a ocho km por hora y nacía en las mesetas volcánicas cerca de la cordillera, en dos brazos que en seguida se juntaban, y consideró que su valle podía ser usado para la agricultura y la ganadería. En ambas orillas había capas de lava, que cubrían las mesetas hacia el sur, y se extendían hasta cerca del cabo Vírgenes con elevaciones que “*son pequeños volcanes extinguidos, submarinos en un tiem-*

po, independientes del sistema andino” cuya mayor altura era de 300 m s.n.m. La región tenía una altura media de 260 m, medida “*por medio del punto de ebullición del agua*”. Moreno (1879, p. 401-402) concluyó que las capas de lava se habían inclinado con “*el levantamiento de las mesetas terciarias*” de forma tal que algunas de ellas se elevaban 45-60 m sobre el nivel medio del terreno “*en formas caprichosas como el monte Aymon, Los frailes, Las orejas del asno, El volcán, Los bonetes, etc.*”. Esta formación volcánica, entre el Estrecho y Gallegos, se orientaba hacia el ONO, “*y aunque algunos pretenden que esa lava forma una ramificación de la Cordillera de los Andes, esto es una puerilidad que no merece atención*”.

Según Moreno la “*región comprendida entre el Gallegos y las barrancas de San Gregorio*” había sido modelada por el hielo y “*el camino serpentea por sinuosidades caprichosas, unas veces en bajos ocupados por lagunas y manantiales formando valles preciosos, que son otros tantos paraderos indígenas; otras, en elevaciones que, cubiertas de pasto, dejan ver a intervalos grandes piedras erráticas*”.

Moreno (1879, p. 402-403) llegó al borde de la meseta. A la izquierda, observó la Punta San Gregorio; a la derecha, la línea de montañas nevadas de occidente; al frente, el bajo que terminaba en el Estrecho y en la “*elevada*” Península de Brunswick.

El bajo consistía de una “*campana ondulada y verde más aún que las pampas de Buenos Aires*” con bosques de calafate, algunas lagunas dulces y saladas y arroyos. Seguía hacia el sur, bordeando por el este una serie de colinas bajas de origen glacial, cruzaba el arroyo Dinamarquera, que desagua en el Estrecho. El pasto era muy alto y ocultaba manantiales, entre ellos el *Pozo de la reina*, denominado así por los tehuelches debido a que en él se cayó la india a la que llaman “*la reina Victoria*”.

Siguió hasta “*Cabeza del mar, canal marítimo que se interna desde Peckett Harbour formando una angostura que concluye más adentro en el bonito lago Salado que casi toca a Otway Water*”. Al oeste del canal, comenzaba la zona boscosa y se veían grupos de ñires y coigües, que daban a ese lugar el nombre de *Los Robles*. La llanura fértil, coloreada por los frutos de la *Chawra* y de la *Mutilla* se extendía hasta el Cabo Negro, surcada por arroyos que, desde la península, bajaban al Estrecho.

Moreno observó que la zona mostraba claramente evidencias de la acción glacial, con erráticos de hasta 1000 metros cúbicos. Según Moreno el período glacial había seguido a una serie de cambios producidos desde el comienzo del Terciario, cuya sucesión incluía la emersión de tierras del eoceno, con vertebrados continentales, seguía con una inmersión y una nueva emersión testificada por árboles petrificados, animales como notoungulados y otros mamíferos, mientras en el mar había diferentes tipos de organismos, entre ellos la *Ostrea patagonica*. Estos niveles volvieron a ser cubiertos por las aguas, hasta 240 m de profundidad, y sobre ellos se depositaron basaltos de hasta 120 m de espesor. Posteriormente, el hielo de las glaciaciones produjo depósitos de hasta 76 m de espesor. Finalmente “*por un movimiento lento*”, originado en la desaparición de los glaciares, la Patagonia se levantó hasta 900 m sobre el nivel del mar. Según Moreno (1879, p. 404-405) este levantamiento continuaba y se observaba en las costas, desde Buenos Aires. Esto era avalado por sus observaciones de “*lagunas saladas con conchas actuales y vivas todavía*” que en el Estrecho se elevaban a alturas de más de 30 m.

La zona del Cabo Negro, desde la que se dominaba la isla Isabel, podía ser poblada y estaba rodeada de bosques y campos con pasto donde se alimentaba ganado de una estancia chilena.

Desde allí, Moreno siguió por la costa por unos 16 km, observando hacia el sur, a lo lejos, los montes Sarmiento y Darwin. Punta Arenas se hallaba a 24 km de Cabo Negro y para llegar a ella había que atravesar el arroyo Tres Puentes “*en cuyos bordes se levanta un aserradero a vapor*”. Pasando Tres Puentes había una hermosa llanura con “*los pocos animales que tiene la colonia*”. Esta se encontraba sobre la falda de la meseta separada de esta llanura por el río Oro.

La península Brunswick estaba cubierta por una importante vegetación en la que pululaban “*millares de loros bullangueros*”, “*el suelo es muy fértil y en parte está poblado por chilenos y suizos de los que hay una pequeña colonia en Agua Fresca, al sur de Punta Arenas*”. Otras poblaciones se encontraban en el río de los Ciervos.

Según Moreno (1879, p. 405-406) había un contraste importante en el clima de la región occidental y el de la oriental. Al oeste de los Andes, la región

es “*una de las más inhospitalarias del mundo*”, con lluvias y tempestades continuas y con ventisqueros que se extendían hasta el mar. Al oriente, en cambio, entre el río Santa Cruz y el Cabo de Hornos, el clima podía compararse con el de las islas de la Gran Bretaña desde el Canal de la Mancha hasta el norte de Escocia. En la meseta alta, el clima era seco, con escasas lluvias, abundante rocío nocturno, nieve invernal en cantidad regular y con un verano y otoño muy agradables, aunque con algunos días de mucho calor.

Sobre el Estrecho, había más lluvias, los vientos eran variables, aunque predominaban los polares, en enero, febrero y marzo el clima era seco y los vientos variaban del oeste al sudoeste; la nieve comenzaba a caer en abril y en invierno, la temperatura media en Punta Arenas era de 3°; en septiembre y octubre los temporales eran más frecuentes y en noviembre y diciembre, el clima volvía a ser seco. Moreno observó que este clima permitía una variada producción vegetal: la papa, que él mismo plantó en Santa Cruz, “*da de 30 a 50 por uno*”, el trigo podía cosecharse en Santa Cruz y en el valle del río Chico, pero no en Punta Arenas donde, en cambio, se desarrollaba la avena, la cebada y el centeno, Moreno vio algunas legumbres de enormes proporciones, e.g. lechuga, zanahoria, rábanos, nabos, coliflor, coles, remolacha y apio.

La isla grande de Tierra del Fuego era más fría que la margen norte del Estrecho. Tenía una temperatura similar a la de Malvinas y en ella “*las ovejas dan magníficos resultados y hoy son su principal producto*”. A solo 96 km al norte del Cabo de Hornos, “*en la misión inglesa de Oostrovia*”, se criaban bien las vacas y se cosechaban algunas legumbres y el clima no debía ser tan crudo considerando que los *O'onas*, los *Elisalá'as*, los *Yameshkunas*, los *Tekéénicas* y los *Aliquekeelips*, indios fueguinos, vivían casi desnudos y se encontraban loros y picaflores, y Darwin había notado que “*se sienten a veces grandes calores*”.

El 12 de abril, después de siete días de travesía, llegaron a Punta Arenas, donde Moreno (1879, p. 397) dedicó “*algunos días*” a recorrer las inmediaciones y finalmente, el 14 de abril, Moreno (1879, p. 407) redactó y envió una comunicación al Ministro de Relaciones Exteriores, Bernardo de Irigoyen, (véase Comunicaciones de Moreno al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. D. Bernardo de Irigoyen, Río Santa Cruz, 26 de diciembre de 1876; Punta

Arenas, 14 de abril de 1877. Memoria de RR. EE., 1877, T. III), cumpliendo “con el grato deber de dar cuenta al Gobierno de la Nación que la Llanura del misterio, del almirante Fitz-Roy, había sido explorada, y que las planicies que los marinos ingleses llamaron del Desengaño albergan hermosos lagos donde pronto navegarán las naves argentinas”.

Años después, en 1896, Moreno (1898, p. 208) escribiría con respecto a la región recorrida en 1877: “(...) encontrando también nuevas tierras, ríos y lagos navegables, bosques inmensos, en las nacientes del Santa Cruz y cruzando los feraces terrenos entre ese río y Punta Arenas, ¡cómo se ensanchaba mi espíritu ante tales muestras de riquezas y mi anhelo porque su aprovechamiento engrandeciera cuanto antes la República!”.

Estas observaciones le sirvieron también para enriquecer sus ideas con respecto al tema de los límites con Chile, tal como ha quedado documentado en la carta que el 17 de mayo de 1899 le envió desde Londres al Presidente Roca (en Ratto de Sambucetti, 2009, p. 93), donde escribió: “fui al sur, visité la región magallánica, que ninguno de nuestros compatriotas había visto hasta entonces y me di cuenta de lo que era allí la Cordillera de los Andes, del valor de las tierras vecinas al Estrecho y de la línea divisoria más conveniente, lo que sugerí al Sr. Frías, a pesar que nuestro gobierno de entonces (1876-77) consideraba que era mejor callar, pues el Estrecho de Magallanes y sus adyacencias sería chileno por los acuerdos en trámite”.

Tema este abordado posteriormente con mayor precisión, en dos oportunidades, por el mismo Moreno.

Primero en 1903 (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 112-113), donde dejó en claro que, en este recorrido, pudo convencerse “de visu” “(...) que la Cordillera se dirigía efectivamente de norte a sur hacia el oeste de la península de Brunswick (y por lo tanto de Punta Arenas); que no existía ningún ramal que terminara en el Cabo Vírgenes, como lo pretendía el señor Barros Arana y que el istmo que une la península con el continente, en vez de consis-

tir en una cadena de montañas, como lo indicaban muchas cartas geográficas, apenas se levanta sobre el nivel del mar”.

Y después, poco antes de morir (Moreno, 1918-1919, p. 33-34), cuando escribió: “En 1876, debí recorrer las tierras comprendidas entre el lago que llamé ‘San Martín’ y Punta Arenas para ver con mis propios ojos si realmente existía, como me lo sostenía el Ministro plenipotenciario en Buenos Aires, señor Barros Arana, una bifurcación de la Cordillera de los Andes, que desprendiéndose de la gran masa longitudinal terminaba en el Cabo Vírgenes, en la desembocadura oriental del Estrecho de Magallanes, hecho físico que de existir, daría todo este estrecho a Chile, en el caso de que se resolviera que la Cordillera de los Andes fuera el límite internacional. Entonces, con ese examen personal había podido probar el error en que incurría el señor Barros Arana, quien poco después de firmado el tratado de 1881, en cuyas gestiones tanto intervino, y durante las cuales propuso el límite en la línea de separación de las aguas continentales, suprimió de su ‘Geografía Física’ las frases que caracterizaban el límite tradicional, en la Cordillera de los Andes, la altura, la abruptez, la nieve de las cumbres cortadas por estrechos desfiladeros, recordé igualmente otras conversaciones con el mismo eminente chileno, cuando lo visité en Santiago a fines de 1884 llevado por el deseo de tener una impresión de cómo tanto él, como otro hombre de alto valor, Don Benjamín Vicuña Mackenna, interpretaban el tratado de 1881, cuya ejecución práctica procuraba en esos momentos el Gobierno Argentino”.

En Punta Arenas, Moreno (1879, p. 406) abordó el vapor inglés Galicia con destino a Montevideo y el 8 de mayo de 1877, Moreno desembarcó en Buenos Aires, cuando no había cumplido aún 25 años de edad.

Al año siguiente, el 1 de diciembre de 1878, el Comodoro Py, al mando de una flotilla compuesta por el monitor *Los Andes*, la cañonera *Uruguay* y la bombardera *Constitución*, tomó posesión definitiva de la región, fundó Puerto Santa Cruz e izó la bandera nacional en el cerro Misioneros.

Capítulo 8

CREACIÓN DEL MUSEO ANTROPOLÓGICO Y ARQUEOLÓGICO DE BUENOS AIRES Y REDACCIÓN DEL LIBRO “VIAJE A LA PATAGONIA AUSTRAL”, 1877

Moreno no descansó y en forma inmediata donó al Gobierno de la provincia de Buenos Aires su museo personal, el cual se incorporó al patrimonio público el 17 de octubre de 1877 con el nombre de *Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires*.

En abril de 1877, había llegado a la quinta de los Moreno, en Caseros, una berlina que llevaba al Ministro de Gobierno de la Provincia, Dr. Vicente G. Quesada y a su hijo Ernesto, quien era en ese momento Director de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires la que, en 1880, pasaría a ser Biblioteca Nacional.

En esta visita, el Ministro Quesada valoró las colecciones del Museo Moreno y le sugirió que las donase al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

En el relato de su hijo Ernesto Quesada (1923, p. 9-16; Bertomeu, 1949, p. 286, 298, 313; Riccardi, 2019, p. 451): “Acompañé a mi padre (...) en la visita que a principios de abril de 1877 hizo a la vieja quinta de la familia Moreno (...) en la cual, el entonces joven aficionado Francisco P., había reunido

las colecciones de cráneos recogidos un año antes, durante su ruidoso y audaz viaje a la Patagonia, del cual los diarios habían publicado reseñas novelescas (...). La colección se encontraba tras siete llaves, en un pequeño galpón, que tenía una división en una de sus extremidades: allí Moreno había instalado su alcoba y vivía como un anacoreta —a pesar de haber alcanzado hacía poco su mayoría—, entregado a clasificar lo recogido (...).

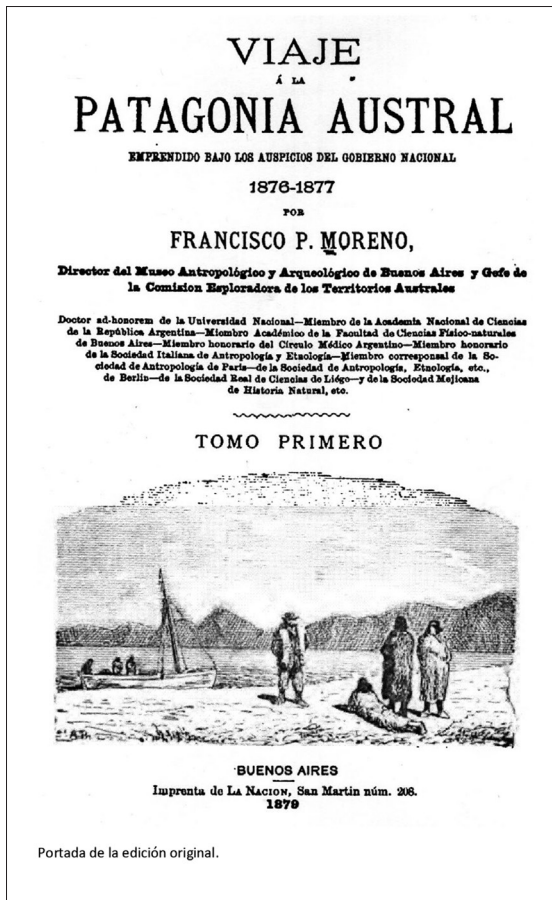
Mi padre sugirió la idea de donar a la provincia dichas colecciones, y prometió que, en cambio, el Gobierno solicitaría de la legislatura la creación de un museo, nombrándolo director perpetuo (...). Moreno hizo enseguida la propuesta, liberal y graciosamente, de acuerdo con lo convenido. (...) deseoso mi padre de que el museo se abriera al público (...) lo más pronto posible, (...) y convino con Moreno en que este propusiera (...) la constitución de una ‘sociedad protectora del museo antropológico y arqueológico de Buenos Aires’ (...). Todavía más: mi padre indicó a Moreno —cuya preparación

universitaria era deficiente, dado su carácter típico de autodidacta, si bien de vocación científica decidida— que debía hacer un viaje de estudio a Europa (...). Esto lo verificó en 1879, y al año siguiente (...) se trasladó a París (...). Moreno trazó un plan metódico para asistir a una serie de cursos, todos ellos fundamentales”.

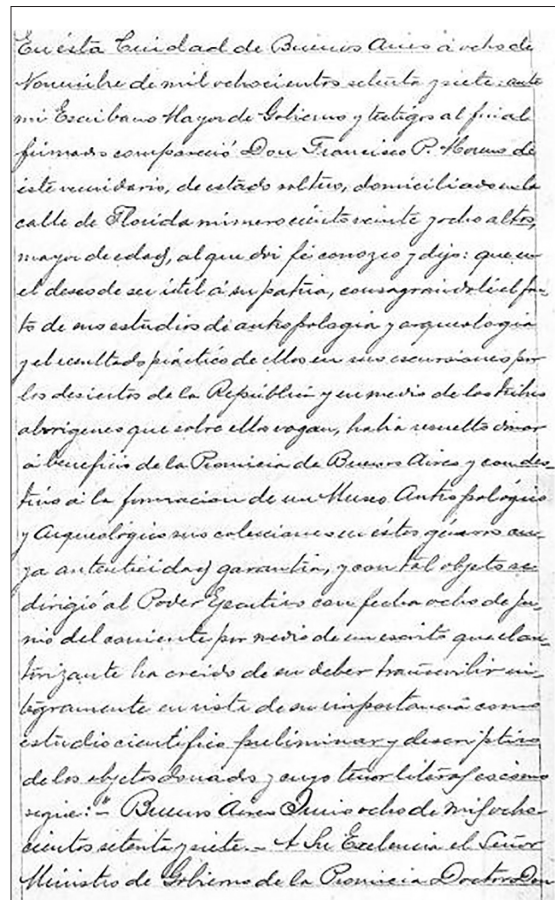
Como resultado, en mayo del mismo año, en la Memoria presentada a las Honorables Cámaras Legislativas, al abrir el período de 1877, el Ministro Quesada dejó sentada la “conveniencia de la creación de un Museo de antigüedades americanas para guardar en él las curiosidades arqueológicas y antropológicas que se descubran en nuestros territorios, todavía inexplorados, vestigios de un pasado perdido y cuyas reliquias clasificadas científicamente, servirían para la solución de complicados problemas” (...) “cuya base podría ser el Museo formado por el Sr. Francisco P. Moreno”, pues “lo que ha hecho el interés individual a favor de la ciencia podría hacerlo con más amplitud la autoridad” (Moreno, 1888; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 96, 108).

Escibió Moreno (1890c, p. 28-56) “Acepté inmediatamente esta idea, que se adelantaba a la mía, nacida al coleccionar tantas piezas de valor que creía no debieran permanecer en manos de un particular, pues

Escibió Moreno (1890c, p. 28-56) “Acepté inmediatamente esta idea, que se adelantaba a la mía, nacida al coleccionar tantas piezas de valor que creía no debieran permanecer en manos de un particular, pues



Portada original del libro de Moreno, 1879, Viaje a la Patagonia Austral.



Escritura de la donación del Museo Arqueológico y Antropológico de Buenos Aires, 8/11/1877. UNLP, Expediente 847, 1908.

las consideraba como una de las bases para rehacer la historia perdida del país y por lo tanto propiedad de este, e hice con vivo placer donación de todo lo que presentaba un trabajo incesante y muchas veces peligroso, emprendido desde la niñez. De esta donación resultó la fundación del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, hecha por la ley del 13 de noviembre de 1877 (...)”.

Moreno concretó su donación y a ello siguió el Mensaje del Ministro a la Legislatura y el 17 de octubre de 1877 se sancionó la ley, por la cual la Provincia de Buenos Aires aceptó la donación de *“las colecciones Antropológicas y Arqueológicas del Museo de Francisco P. Moreno, las cuales permanecerán por ahora en el lugar en que se encuentran, bajo la denominación de Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires”* (Bertomeu, 1949 p. 176, 286-287).

Las colecciones constaban, según lo dicho por Moreno (1888; 1890; cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 108) se trataba de *“una serie de cuatrocientos cráneos de indígenas de antiguas razas, varias de ellas ya extinguidas muchísimo tiempo antes de la Conquista y todos anteriores a esta; un centenar de cráneos actuales de indios que habitan la República; una serie importante de otras partes del esqueleto humano, indispensables para el estudio de las antiguas razas; miles de objetos de piedra trabajados por esos hombres y recogidos en las antiguas necrópolis patagónicas y en los paraderos prehistóricos de esta Provincia; una serie de antigüedades de los antiguos calchaquites que había recogido personalmente en la Provincia de Catamarca en 1876 y algunas en Santiago del Estero, obtenidas en la misma época; gran número de armas y objetos de uso doméstico de las tribus patagónicas actuales recogidas de la misma manera y por último una serie paleontológica, que contenía piezas de valor, reunidas en esta Provincia y algunas de singular importancia que tuve la suerte de descubrir antes de hacer donación de ellas, en las márgenes del río Santa Cruz”*.

El 13 de noviembre se sancionó el decreto reglamentario por el cual se lo designó a Moreno Director y único empleado del museo. Se dispuso asimismo que las colecciones se conservaran *“por ahora y con arreglo a las condiciones de la donación, en el edificio propiedad de la familia del donante”*.

Como no se disponía de fondos para mantener los gastos, se constituyó la *“Sociedad Protectora del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires”* por iniciativa del Ministro de Gobierno de la Provincia, Don Vicente G. Quesada y de Moreno. Esta sociedad tenía como finalidad fomentar las colecciones y la biblioteca, por medio de donaciones y adquisiciones, costeadando la publicación de sus anales y haciendo frente a los gastos de instalación y mantenimiento (Bertomeu, 1949, p. 176, p. 287). Ligados a esa Sociedad, se hallaban hombres como los doctores Vicente Fidel López y Carlos D'Amico, más tarde Gobernador de la Provincia, y el General Bartolomé Mitre, quien abrió la lista de donantes con cinco vasos del Perú. El museo contaba con apenas 14 estantes.

Moreno preparó un álbum fotográfico que fue enviado a la Exposición Universal de París de 1878, donde causó asombro según un informe de Moreno (30/4/80).

En la ocasión de la apertura, Moreno publicó un folleto, donde según Lynch Arribálzaga (1878, p. 287): *“(...) el autor se nos muestra no solo bien penetrado de las cuestiones trascendentales que agitan y dividen al mundo científico moderno, (...) también literato de estilo brillante y galano (...)”*. Y agregaba *“(...) El señor Moreno resiste la teoría del transformismo; sin embargo será lógico, y será darwinista”*.

Con respecto al origen de este museo escribió Moreno (1879, p. 30): *“Fruto de mis tareas ha sido la colección que he formado y que he tenido la honra de donar a mi patria para fundar el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, del cual soy director y a cuyo desarrollo destinaré todos los años de mi vida. Ese establecimiento contendrá algún día la historia de los primeros pobladores de nuestro suelo, consignada en sus obras, asistida por sus mortales despojos. Allí sus descendientes podrán estudiar sus progresos”*.

El Museo Antropológico y Arqueológico y el Teatro Colón, visita comentada de D.F. Sarmiento

El 15 de julio de 1882, Moreno dio una conferencia en la Sociedad Científica Argentina sobre la fauna terciaria de Patagonia, *“resto de un antiguo continente hoy sumergido”*. Allí señaló que la Provincia tenía dos museos, el Museo Público y el Museo

Antropológico y Arqueológico y que “*a nosotros nos toca, como director del segundo, hacer que nuestro público sepa lo que guarda el salón alto del edificio anexo al Teatro Colón*” (Ygobone, 1953, p. 237).

El Museo Antropológico y Arqueológico había permanecido, después de su creación en 1877, por “alrededor de cuatro años más” (o sea hasta 1881), en el edificio de la Quinta Moreno y cuando llegó “el momento en que el espacio faltaba” fue trasladado “a la parte alta de un edificio contiguo al viejo ‘Teatro Colón’, situado en lo que se llamó ‘el Hueco de las Ánimas’, en la calle Reconquista entre Rivadavia y Bartolomé Mitre, donde hoy se levanta la casa Matriz del Banco de la Nación Argentina” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 97). El museo se habría instalado allí el 1 de agosto de 1878 gracias a los fondos reunidos por “Sociedad Protectora del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires” (Bertomeu, 1949, p. 176, 287).

Dada la fecha de la conferencia de Moreno mencionada más arriba, es evidente que este museo permaneció en Buenos Aires hasta después de la fundación de la ciudad de La Plata.

Allí, en Buenos Aires, fue visitado por D.F. Sarmiento (1899, 135-145), quien dejó una vívida impresión de su recorrido: “La Humana Comedia. Dante había (...) cerrado el período de las cruzadas (...) describiendo en su Divina Comedia, las alucinaciones y terrores del cristiano. La Divina Comedia ilustrada por Doré encierra la fantástica paleontología espiritual. En su Infierno están las grandezas y miserias de la historia (...) La paleontología empero de la creación animal, deja en horrores de mundos evocados, pequeños y ociosos las creaciones de la fantasía humana, pobre de tipos para idealizar lo inconmensurable, lo odioso, lo irresistible (...). La paleontología es pues la *Ilíada* de la creación, en las edades heroicas de la tierra (...). Bástenos aquel exordio para subir con la imaginación al cuarto piso del Teatro Colón, por setenta bien contados peldaños de una escala, verdadera expiación del delito de llevar con honor y sin desmayar, más años de lo que tolera una generación que no ha perdido los apetitos del fueguino, del Negrito, y aun del cristiano con brujas y brujos, de quemar o comerse a los ancianos de la tribu (...). Con estas reflexiones, los poetas modernos que no alinean palabras en ver-

so, sino objetos naturales en series que dan causas, penetran en el osario antropológico. Panteón pampeano, patagónico, fueguino; vasta Necrópolis de las generaciones que habitaron estas llanuras, y aquellas nevadas montañas y desgarramientos de escombros, y piltrafas de mundos en que termina nuestro continente (...). El centro del espacioso edificio lo ocupan esqueletos de mastodontes colosales que hacen ademán de caminar con las patas traseras que solo les quedan; cabezas de elefantes que anduvieron extraviados, colas de gliptodontes que no fueron de aquí a otros países, cráneos que nadie reclama (...). Añádase a estos restos de otros mundos, de otras épocas, de otros seres y de otras razas humanas (...).”

“La Humana Comedia según Moreno: Después de haber leído los títulos que cada Infierno o estante lleva para indicar las razas humanas que poblaron la tierra (...) el joven Moreno toma de entre los objetos exhumados al lado de alguna calavera (...) un objeto brillante que enseña, levantándolo entre el pulgar y el índice. ¿Es un carbunco, un rubí enorme? No: es obra humana, un esmalte de vidrio de cuatro colores fundidos, una cuenta en fin que no es (...) de las fábricas de Murano en Venecia, sino de fabricación egipcia del segundo imperio faraónico (...). Encontróse esta cuenta en las Conchitas; hánse encontrado fragmentos de otras en Patagonia (...). Un objeto de arte nos puede servir para restaurar una época entera, una civilización, un mundo; y estas cuentas (...) desenterradas en los territorios pampeano y patagónico, va a darnos el mismo resultado. (...) En el Museo, el señor Moreno muestra al lado de los cráneos originales adquiridos en Europa, los numerosos cráneos de Esquimales, de Mounds, de Yucatecos, con sus caracteres distintivos, encontrados en Patagonia, adonde han venido a morir grupos de sus razas respectivas (...) ¡Qué historia la que cuentan estas calaveras! Cada grupo representa una época humana (...). Hay quien cree que la alfarería es anterior en América a la de Europa. ¡Qué bárbaros eran aquellos europeos! ¡Vivían en cavernas espantando a las hienas, mientras que ya nosotros hacíamos puchero de guanaco! (...). Dejemos a un lado (...) los cráneos petrificados y arrancados a la roca viva por el martillo y pico del joven Moreno en persona, pues él da esta garantía de autenticidad de todos los objetos del Museo (...).

Levanta al efecto un mapa de la Patagonia y de la Pampa, en que están marcados, como en otros tiempos las batallas, por dos espadas cruzadas, el punto donde recogí tales cráneos, huesos fósiles (...)."

"Tales son los datos que pudimos recoger de la boca del joven estudioso, que tantos viajes ha hecho a través de nuestros inhospitalarios desiertos, a veces a sus propias expensas, cayendo prisionero de los indios y salvándolo sus papeles, aprovechando la creencia del machi o sacerdote de que era un gran brujo, o bien en sus excursiones, batiéndose en retirada con una puma hambrienta (...). Las revelaciones someras que hacemos (...) sobre el Museo Antropológico, y los trabajos y teoría del señor Moreno, nos hacen creer que en este ramo de las ciencias modernas en la antropología, como en la paleontología, la República Argentina puede contar con intérpretes de la altura de Burmeister y Darwin, con Moreno, Ameghino y otros, apoyando los asertos (...) de los gigantescos animales de la pampa y la colección antropológica del señor Moreno, la cual viene lentamente reproduciendo en planchas para ilustrar la obra (...)."

Moreno Doctor Honoris Causa de la Universidad de Córdoba

En reconocimiento a lo realizado y al renombre que ello le produjo, el 25 de noviembre de 1878, el Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Córdoba, bajo la presidencia del Decano Dr. Oscar Doering, y con la asistencia de los catedráticos Doctores Hendrik N. Wayenbergh, Luis Brackebusch, Adolfo Doering, Jorge Hieronymus y Francisco Latzina, aprobó por unanimidad la designación de Moreno como "Doctor Honoris Causa de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de la Universidad Nacional de Córdoba" (Hünicken, 1986, p. 151; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 50), en una época en la que muchos títulos no se habían llegado a conceder aún por razones políticas o ideológicas.

Decía la resolución correspondiente: "por sus propios méritos (...)" "La universidad de Córdoba desea premiar a F.P. Moreno con la más alta distinción académica para dar más brillo al acto de la primera colación de grados de su Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (...).

La designación fue comunicada el 2 de diciembre por nota de Doering a Moreno, quien el 13 de diciembre agradeció la honrosa distinción, lamentando no haber podido asistir.

Redacción de la obra "Viaje a la Patagonia Austral"

En 1878 y en el año siguiente, Moreno se dedicó a redactar su libro "*Un viaje a la Patagonia Austral*", que aparecería en 1879, y a cuya redacción contribuyeron, según testimonios del mismo Moreno, sus amigos Ernestina Guerrico y Miguel Cané.

Así, en el mismo mes de junio de ese año, Moreno al enviar a Miguel Cané una copia del libro, le escribió, agradeciéndole que lo hubiera impulsado y ayudado a escribirlo, en los siguientes términos: "*Miguel: Aquellas dos notas dirigidas al gobierno desde Santa Cruz y Punta Arenas, tan áridas que le hicieron desesperar a usted del sentimiento natural de quien las enviaba, se han convertido ya en un volumen de 400 páginas; al ofrecerlas deseo que usted olvide la primera impresión.*"

'Pancho, estudie, escriba sin temor lo que piense y publique', dijo usted ahora dos años a mi regreso del lago Argentino. He tratado de hacerlo y lo he conseguido, y al dar a la circulación lo que es resultado de su consejo, le agradezco éste con toda mi alma. Más de un rato aburrido ha pasado usted ayudándome o corrigiendo mis pruebas, pero creo que ello tiene compensación para usted cuando ve que un individuo sin corazón lo ha adquirido, gracias al amistoso contacto de quien lo tiene bien ganado. No se puede imaginar, Miguel, la impresión que me causó cuando usted me dijo al leer la nota de Punta Arenas: 'he desesperado de usted. He creído que no tiene corazón, pues la naturaleza no lo entusiasma'. Gracias a usted mismo hoy estoy seguro que usted ha cambiado de opinión. Siempre su amigo F.P. Moreno" (en Ricardo Sáenz Hayes, *Miguel Cané y su tiempo* de pp. 143-144) (Bustillo, 1968, p. 257-258).

De la misma manera, en la dedicatoria que el 29 de junio de 1879 hizo Moreno de un ejemplar de este libro "a Ernestina Guerrico, luego señora de Carballo", decía Moreno (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 48-49): "A mi buena amiga Ernestina le ofrezco este libro como recuerdo de los agradables días pasados en el 'oratorio'. Más de una vez estas pobres páginas han sido escritas en medio de cariñosas aten-

ciones. El Lago 'San Martín' y el Lago 'Viedma' los he descripto allí y si al recorrer Ud. esa parte de este libro encuentra menos aridez en mi estilo, que en el resto, crea que es debido al medio en que fueron producidas por mi rudo espíritu. Si yo en vez de haberlo escrito en momentos en que duran aún las agradables impresiones que acompañan a quien tiene la suerte de tener buenas amigas entre las cuales cuento con ustedes, lo hubiera hecho en el aislamiento en que viví un tiempo, la lectura de él hubiera sido tentativa temeraria. Así pues, si algo bueno tiene ese viaje, lo debo al modo como he vivido últimamente. Tengo mucho que agradecer en ese sentido a la familia de Guerrico".

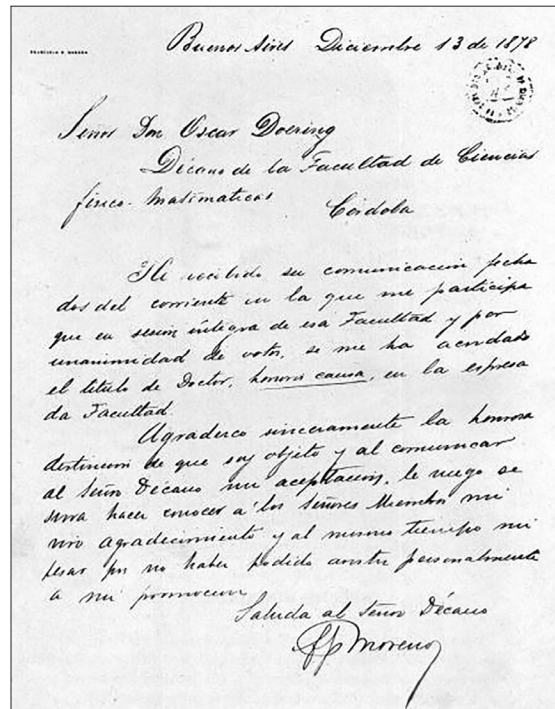
Al mismo tiempo, según Moreno (1903a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 113) entre 1878 y 1879, participó "en las discusiones que tuvieron lugar en distintas ocasiones en el Ministerio de Relaciones Exteriores (siendo ministros los doctores Elizalde y Montes de Oca), durante las conferencias de hombres de ciencia que reunieron dichos ministros para procurarse elementos de juicio, necesarios en la discusión del tratado de límites pendiente con los ministros plenipotenciarios de Chile. Escribí, además, en la prensa diaria, ilustrando los derechos argentinos a las regiones australes, y publiqué en 1878 y 1879 mis 'Apuntes sobre las Tierras Australes' y el 'Viaje a la Patagonia septentrional', en las que se trató por primera vez geográficamente, la cuestión de límites".

Una de las reuniones de 1879 fue mencionada específicamente por Moreno en una carta, desde Londres, al Presidente Roca (en Ratto de Sambucetti, 2009, p. 93) del 17 de mayo de 1899, durante la cual Montes de Oca reunió a varias personas en su despacho para reunir datos e impresiones sobre la línea de límites con Chile, tema en el cual "el único que conocía la Cordillera aunque en parte era yo (...)" y que, ante su propuesta de "(...) mencionar solo la cresta de la Cordillera porque serían favorecidos con puertos en el Pacífico, nadie lo tuvo en cuenta, [porque] era demasiado joven y prevaleció la opinión de hombres maduros que la conocían como Burmeister, pero solo en Copiapó y de lejos en Uspallata".

El 31 de mayo de 1879 salió a la venta su obra titulada "Viaje a la Patagonia Austral", partes del cual ya habían sido dadas a conocer por Moreno (en Moreno 1942, p. 93) cuando todavía se hallaba en prensa en la "Tipografía a Vapor", San Martín 208, al

tiempo que sugería la necesidad de explorar la cordillera de los Andes y zonas adyacentes con el objeto de dar a las discusiones de límites con Chile una base geográfica exacta.

En la introducción de este libro escribió Moreno (1879, p. vii-viii): "La pintura de la naturaleza patagónica, unas veces terriblemente árida, otras lujosa hasta recordar el trópico, pero imponente siempre, tanto en sus habitantes como en sus áridas mesetas, en sus mantos volcánicos inmensos, en sus elevadas montañas nevadas, en sus volcanes, en sus lagos, en sus ríos, en sus torrentes, en sus bosques, necesita, para ser fiel, la pluma de Humboldt o de Darwin. Simple admirador de esas tierras nuestras, poco visitadas, solo aspiro a que con esta narración mis compatriotas puedan formarse una idea de lo que encierra esa gran



Nota de Moreno del 13/12/1878 agradeciendo su designación como Dr. Honoris Causa de la Universidad de Córdoba (de Hünicken, 1986, p. 157).

porción de la patria (...) concurro a la obra común con esta relación, y como es indudable que la lectura de viajes aumenta el número de viajeros, desearía que ella contribuyera a que algunos de mis compatriotas visiten las regiones que describo. No deben arredrarles las fatigas de un viaje que proporciona las indescriptibles emociones que suscita el espectáculo de lo desconocido y los impulso a llevarlo a cabo, haciendo votos para que los colores patrios que dejé solitarios en el punto más lejano que alcancé durante mi viaje, sean llevados más adelante por otros argentinos, en provecho de la patria y de la ciencia”.

Por la misma época Moreno participó de las actividades de una Asociación llamada *Academia Argentina*, que “después de sus primeros fulgores comenzaba a declinar (...). Sin embargo (...) produjo uno de sus últimos actos públicos, especie de suprema llamada de una luz próxima a extinguirse (...) la conferencia literaria que tuvo lugar el 9 de julio de 1879, en los salones del Colegio Nacional (...)”, en la cual “(...) Eduardo Ladislao Holmberg (...) dio lectura a un hermoso Símbolo que produjo sensación en el auditorio (...). Holmberg pertenecía al grupo de Atanasio Quiroga, miembro también de la Academia, químico estimable (...); de Ameghino, cuyos trabajos eruditos y concienzudos han merecido efusivos elogios de pro-

fesores eminentes; de Lynch Arribálzaga, Francisco P. Moreno, explorador intrépido y coleccionista de nota (...)” (García Merou, 263, 303).

El 18 de septiembre se aprobó (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 48) en el Congreso la Ley 976 por la cual se autorizaba al Poder Ejecutivo a suscribir 500 ejemplares de la obra “*Viaje a la Patagonia Austral*” (Art. 1) y 250 ejemplares de la obra “*Viaje al país de los tehuelches y exploración de la Patagonia Austral*” por Ramón Lista (Art. 2). En el Art. 3 se detallaba la distribución que debía hacerse de ambas obras (Bibliotecas de las Universidades de Buenos Aires y Córdoba y de los Colegios Nacionales, Bibliotecas del Congreso y Nacional y populares, Bibliotecas de Montevideo, Santiago de Chile, Chuquisaca, Lima, Méjico, Caracas, Quito, Bogotá, Washington, Madrid, Burdeos, Berlín, Dresden, Múnich, Viena, Milán, Florencia, Bolonia y sociedades geográficas de las mismas naciones).

De esta manera, se le reconoció a la obra “*cierto valor como elemento ilustrativo de lo que eran las regiones del sur*” (Moreno, 1942, p. 95). Moreno creyó que ese reconocimiento contribuiría a eliminar en parte las dificultades que se le presentaban en la organización de su nueva expedición a la Patagonia, pero ello no ocurrió de la manera prevista por él.

Capítulo 9

EL TEMA ABORIGEN A PARTIR DE LAS DÉCADAS DE 1870 Y 1880

Tal como se vio en un capítulo anterior, la derrota de Calfulcurá en la batalla de San Carlos, el 8 de marzo de 1872 y su posterior fallecimiento el 3 de junio de 1873, completó el fin del predominio aborigen en la región de la pampa y dio lugar a una serie de sucesos que culminaría con la campaña de 1879-1880 al río Negro, llevada a cabo por el General Julio A. Roca.

De esta manera, el viaje de Moreno de 1879-1880 se realizaría en un contexto muy diferente al existente durante su expedición de 1875-1876.

Gobierno de Avellaneda. Zanja de Alsina. Última invasión y repliegue aborigen. Expediciones punitivas de Alsina. Muerte de Alsina (1874-1877)

Durante el gobierno de Avellaneda, que asumió el 12 de octubre de 1874, se comenzó a tomar en cuenta el problema de la soberanía nacional sobre los territorios patagónicos y el hecho de que la frontera con los aborígenes comprometía no sólo la organización nacional sino la propia definición de la nación civil (Mases, 2010, p. 47).

Adolfo Alsina, como Ministro de Guerra y Marina del Presidente Avellaneda, se opuso a considerar la cuestión de fronteras como una simple ofensiva militar y propuso la paulatina incorporación de los aborígenes a la sociedad. La idea rectora era avanzar para poblar y no para destruirlos.

De esta manera, proyectó construir una zanja a lo largo de la frontera, la cual debía unir el Fuerte Argentino (hoy Tornquist) en el sur de Bahía Blanca

con Italo (o *Vutá loó* = gran médano, en araucano) en el sur de Córdoba. La zanja debía tener 610 kilómetros de extensión, (con una profundidad a de tres metros, en la base podía medir de medio a tres metros de ancho y en la superficie estaba limitada por un parapeto de dos metros de altura y cuatro de base formado por la tierra extraída) y comprendía 109 fuertes dispuestos cada 5 kilómetros. Se comenzó a construir, bajo la dirección del ingeniero francés A. Ebélot, amigo de Moreno, en octubre de 1876, en la zona de Guaminí, y fue bautizada “*muralla china cabeza abajo*”.

Esta zanja no solamente había que considerarla como una barrera, sino también como un espacio de interacción para la inserción del aborigen (cf. Blengino, 2005, p. 53). En definitiva, se trataba de una idea según la cual la frontera era concebida “*no como límite o separación sino como un espacio social, como un área de interrelación entre dos sociedades distintas, área en la que se operaban procesos económicos, sociales, políticos y culturales específicos*” (Mandrini, en Zeballos, 2002, p. 30). De acuerdo con esta idea, el avance gradual hacia el río Negro se haría mediante el establecimiento de líneas defensivas que se irían adelantando a medida que detrás de ellas se consolidase la colonización que se propugnaba.

Esta estrategia fue muy criticada por la prensa y por los militares, Roca entre ellos y especialmente por los opositores al autonomismo (alsinismo) bonaerense que lideraba Alsina. Aunque lo que estaba en juego era cómo se configurarían las relaciones

con la “otra” sociedad (cf. Blengino, 2005, p. 41, 48). En definitiva, no era lo mismo evaluar la eficacia defensiva de la zanja que evaluar los valores morales que orientaron su construcción.

La zanja tenía como objetivo impedir el paso hacia el oeste de los animales robados al oriente de ella y su eficacia se comprobó tras el gran malón de principios de 1877 que asoló los partidos de 9 de Julio, Bragado, Lincoln, etc. Diría el Comandante Prado (1907, p. 55) que los aborígenes “*encontraron (...) un obstáculo para sus correrías. No les impedía en absoluto, entrar y salir por donde quisieran; pero cuando llevaban arreo vacuno tenían que abrir portillos perdiendo en la operación algunas horas, que las tropas aprovechaban para (...) alcanzarlos*”. Por otra parte, la zanja respondió a la idea de Alsina de que se debía proteger la vida de los soldados no exponiéndola a sacrificios inútiles. La línea de frontera pasaba entonces por Puan, Carhué, Guaminí, Trenque Lauquen (Laguna Redonda en araucano) e Italo.

En definitiva, el avance de la frontera permitió ganar 56.000 km², crear cinco nuevos pueblos, extender la red telegráfica y abrir nuevos caminos (Durán, en Zeballos 2004, p. 51). Dado que las tierras que ocupaban Juan José Catriel y los suyos cerca de Azul eran apropiadas para el desarrollo agrícola y debido a que este no las explotaba, se intentó negociar su traslado a otras tierras cercanas a Olavarría. El acuerdo se firmó el 1 de septiembre de 1875 (cf. Sarramone, 1993, p. 245-246), de manera tal que la tribu de Juan J. Catriel fue convertida en Guardia Nacional, a pesar del descontento del cacique. Namuncurá por su parte, no logró llegar a un acuerdo con el representante del gobierno, el teniente Coronel Daniel Cerri (1841-1914), pues este sostenía que Namuncurá no tenía derecho a los campos ya que su padre Calfucurá era chileno.

Esto llevó a Namuncurá a que, en 1875, mientras manifestaba propósitos de paz, enviase emisarios a las tolderías de Pincén, Catriel, Mariano Rosas y Manuel Baigorria Guala o Huala, alias Baigorrita (c. 1837-1855) (cacique ranquel, hijo del cacique ranquel Pichun y de Rita Castro, una cristiana cautiva originaria de San Luis, cuyo nombre se debió a que su padrino de bautismo fue M. Baigorria) y a jefes araucanos y pehuenches para preparar una gran invasión que disuadiera al gobierno de Avellaneda de apoderarse de tierras que consideraba propias.

Por su lado, el descontento de Juan José Catriel daría lugar, el 27 de diciembre de 1875, a la sublevación de su tribu dentro de la línea de frontera, la cual comenzó cuando el Mayor Jurado, enviado a la Blanca Grande para ver cuál era la actitud de Catriel, fue asesinado a una legua de Azul. Al mismo tiempo fue asaltada a seis leguas de Azul la mensajería que regresaba de Bahía Blanca y fue muerto, junto a seis pasajeros, el mayoral Calderón (Sarramone, 1993, p. 252), el mismo que en el mes de septiembre, cuando Moreno se dirigía al sur, lo había prevenido sobre el peligro que corría.

A esta sublevación se sumaron las tribus de Namuncurá y Pincén. Diferentes autores hacen variar el total de atacantes entre 3500 y 5000. El frente de la invasión, llamada “*invasión grande*”, se extendió desde noviembre de 1875 hasta diciembre de 1876, fue la mayor después de la que encabezó Calfucurá en marzo de 1872, abarcó desde Tres Arroyos hasta fuerte Alvear y fueron atacadas Tandil, Azul y Tapalqué. La zona de Tandil fue la más afectada con 400 vecinos muertos, 500 cautivos y 300.000 animales robados.

Probablemente a este ganado robado se debieron las 120 sendas que observó Moreno (1942, p. 44) en febrero de 1876 en el valle del río Limay y que atribuyera a los arreos llevados a Chile por mujeres nativas, en momentos que, según su relato, en Salinas Grandes se proyectaba una gran invasión. Poco después, en el mismo recorrido, pero en el paradero de Chichinal (próximo a la actual ciudad de General Roca) encontró Moreno un grupo de aborígenes descansando, ante los cuales se hizo pasar como un comprador de ganado chileno y por ellos se enteró de la muerte del Mayor Jurado, quien en septiembre de 1874 “*me había despedido en el Azul temeroso por mi vida*”, a lo cual Moreno había respondido “*¿Quién sabe a quién de los dos matan primero?*”.

Entre enero y marzo de 1876, las fuerzas del ejército, comandadas entre otros por los coroneles Conrado Villegas (1841-1884), Lorenzo Wintter (1842-1915) y Nicolás Levalle (1840-1902), derrotaron a los indios en varios encuentros, dos de ellos de importancia, el primero de ellos en la laguna *La Tigra* al sur de Olavarría, el 1 de enero de 1876 y el segundo en la laguna de *Parahuil* o *Paragüil*, cerca de la actual localidad de Laprida, el 18 de marzo de 1876, del último de los cuales escapó herido Catriel.

La última derrota marcó el principio del ocaso de Namuncurá y para Stieben (en Sarramone, p. 261) “la tumba del dominio indígena en la parte austral de América”. En abril de 1876, Levalle ocupó Carhué donde fundó un fuerte que con el tiempo se convertiría en la localidad de Adolfo Alsina,

Pese a ello, a lo largo de 1876, se registraron al menos dieciocho malones, tres de ellos de relativa importancia. Entre agosto y diciembre de 1876, hubo algunos comandados por Namuncurá, Catriel, Rumay y Pincén que afectaron Olavarría, Carhué, y la zona de Junín, en octubre Namuncurá llegó has-

ta Bragado y en diciembre Pincén lo hizo por el sudoeste de Junín hasta el río Salado.

Al mismo tiempo, se produjo un avance de la línea de frontera hacia el sur con la construcción de nuevos fortines, de manera tal que, en conjunto, estos estaban dispuestos cada quince a veinte kilómetros. Así se afianzó la línea de frontera sobre las localidades de Trenque Lauquen, Guaminí y Puan, y para principios de 1877 se había fundado una población en Carhué. De esta manera se incorporó a la ocupación agrícola una zona de 3000 leguas cuadradas. Dijo Alsina en una proclama a las tropas “La



Fortín 1ra División (Cipoletti), 1874.



Soldados de línea en Puan.

misión que el Gobierno os ha confiado es grande: asegurar la riqueza privada, que constituye al mismo tiempo la riqueza pública (...) [y] (...) abrir ancho campo al desarrollo de la única industria nacional con que hoy contamos (...)”.

De allí en más, cinco grandes divisiones, la del Sur o Carhué (al mando del coronel N. Levalle), la Costa Sur o de Puan (al mando del teniente coronel S. Maldonado), la Oeste o de Guaminí (al mando del teniente coronel M. Freyre), la Norte de Trenque Lauquen (al mando del coronel C. Villegas) y la del Sur de Santa Fe y Córdoba, o de Italo (al mando del coronel L. Nelson) controlaron la frontera. Las fuerzas del Gobierno Nacional sumaban 7530 efectivos.

Como consecuencia, para 1877, Namuncurá y sus aliados se replegaron al interior de la pampa y la dispersión y debilidad de las diferentes parcialidades aborígenes no les permitía emprender acciones de importancia. La situación de las tribus era difícil porque no les era posible obtener alimentos y finalmente se entregaban sin condiciones en las guarniciones militares (Sarasola, 2005, p. 251). Para esta época se había comenzado a invertir la situación y no solamente los aborígenes invadían, sino que las fuerzas del gobierno los invadían a ellos.

Namuncurá se replegó a la laguna Chillihue con 2300 lanceros y 7500 aborígenes de chusma y Juan J. Catriel a Guatrache con 760 lanceros y 3000 de chusma [ambas localidades en la actual provincia de La Pampa y al sur de la actual ciudad de Santa Rosa, la primera a la altura de Carhué y la segunda, de Puan y Pigüé]. El tío de Namuncurá, el chileno Reu-



Mujeres en campaña.

qué-Curá, comandaba 2200 lanceros y una chusma de 6000 personas. Así las tribus de Namuncurá, Catriel, y Reuqué-Curá contaban con algo más de 5000 indios de lanza que debían buscar alimentos para 16.500 indios de chusma. Pincén, por su parte, con 1500 hombres, actuaba por su cuenta, desde su toldería en Toay, inmediatamente al oeste de la actual ciudad de Santa Rosa.

Los ranqueles, que en su momento habían sido aliados circunstanciales de Calfucurá, con sus tolderías principales en Leuvuco, Poitaigüe y El Cuero en el norte de la actual provincia de La Pampa, en proximidades de la actual ciudad de Victorica, no reunían más de 600 lanceros, sumados los de Mariano (Leuvuco), Ramón Cabral o Platero (1830-1900) (Catriel, al sur de laguna La Verde, sur de San Luis) y Baigorrita (Nahuel-Mapú y Poitaigüe, 30 km al sur de Leuvuco) y se hallaban en paz cuidando de no relacionarse con Namuncurá. El 18 de agosto de 1877 murió de viruela en su toldería el cacique Mariano Rosas y fue reemplazado por su hermano Epumer (Dos zorros), aunque de manera inmediata Ramón Cabral y 400 miembros de su tribu se sometieron ante el Coronel Eduardo Racedo (1843-1918) y fueron ubicados en una nueva colonia en proximidades del río Quinto, en el sur de Córdoba.

Ante la actitud hostil de Namuncurá y de Pincén el ministro Alsina modificó su estrategia de limitarse a ocupar espacios e inició expediciones punitivas. Dos columnas, una desde Carhué y otra desde Trenque Lauquen avanzaron sobre las tolderías de ambos caciques, atacaron la de Pincén y lograron neutralizar como fuerza combatiente a la tribu de Catriel.

El 29 de diciembre de 1877, con 48 años de edad, murió Adolfo Alsina.

Roca y el avance al río Negro

El 3 de enero de 1878, luego de la muerte de Alsina, fue designado, en su reemplazo como ministro de Guerra y Marina, el General J.A. Roca.

Su plan era dar cumplimiento a la Ley 215 el 13 de agosto de 1867 por la cual el Ejército Nacional debía ocupar la ribera del río Neuquén desde su nacimiento en los Andes hasta su confluencia con el río Negro, y expulsar las tribus hostiles más allá de los ríos Negro y Neuquén, dado que era evidente que no estaban dispuestas a someterse pacíficamen-

te por más que se les ofrecieran tierras, animales y útiles de labranza.

A esto se sumaba la situación planteada por las pretensiones de Chile sobre la Patagonia, agravadas a raíz del apresamiento por la armada de ese país de la goleta norteamericana *Devonshire* y del barco francés *Jeanne Amélie* cuando hacían trabajos en Santa Cruz con autorización argentina.

La construcción de la zanja proyectada por Alsina, que había alcanzado 374 kilómetros, entre Carhue y la laguna de Montes, fue abandonada.

Roca había calculado que la población aborigen en toda esa región era de unas 20.000 personas, de las cuales solamente 1800 a 2000 eran guerreros. Esas tribus ocupaban lugares determinados y precisos, de manera tal que “la Pampa está muy lejos de hallarse cubierta de tribus”.

La campaña de Roca en cumplimiento de la Ley 215 sería financiada, de acuerdo con la Ley N° 947 del 5 de octubre de 1878, mediante suscripción pública imputándose el gasto al producido de las tierras a ser ocupadas. A medida que se avanzara en la expansión de la frontera y se tomara posesión de las nuevas tierras, comenzaría la demarcación de mensuras en lotes de cuatro leguas cuadradas (10.000 has.). Se reservarían terrenos para el asentamiento

de nuevos pueblos, y se producirían los primeros antecedentes de reservas para el establecimiento de aborígenes. La adjudicación de superficies mayores (30.000 has) fue aprobada por decreto del 8 de enero de 1879, con el objeto de alentar la suscripción de los grandes capitales, así las tierras elegidas podrían ser ocupadas inmediatamente sin esperar los planos de mensura, tal como lo disponían los artículos 8° y 9° de la ley.

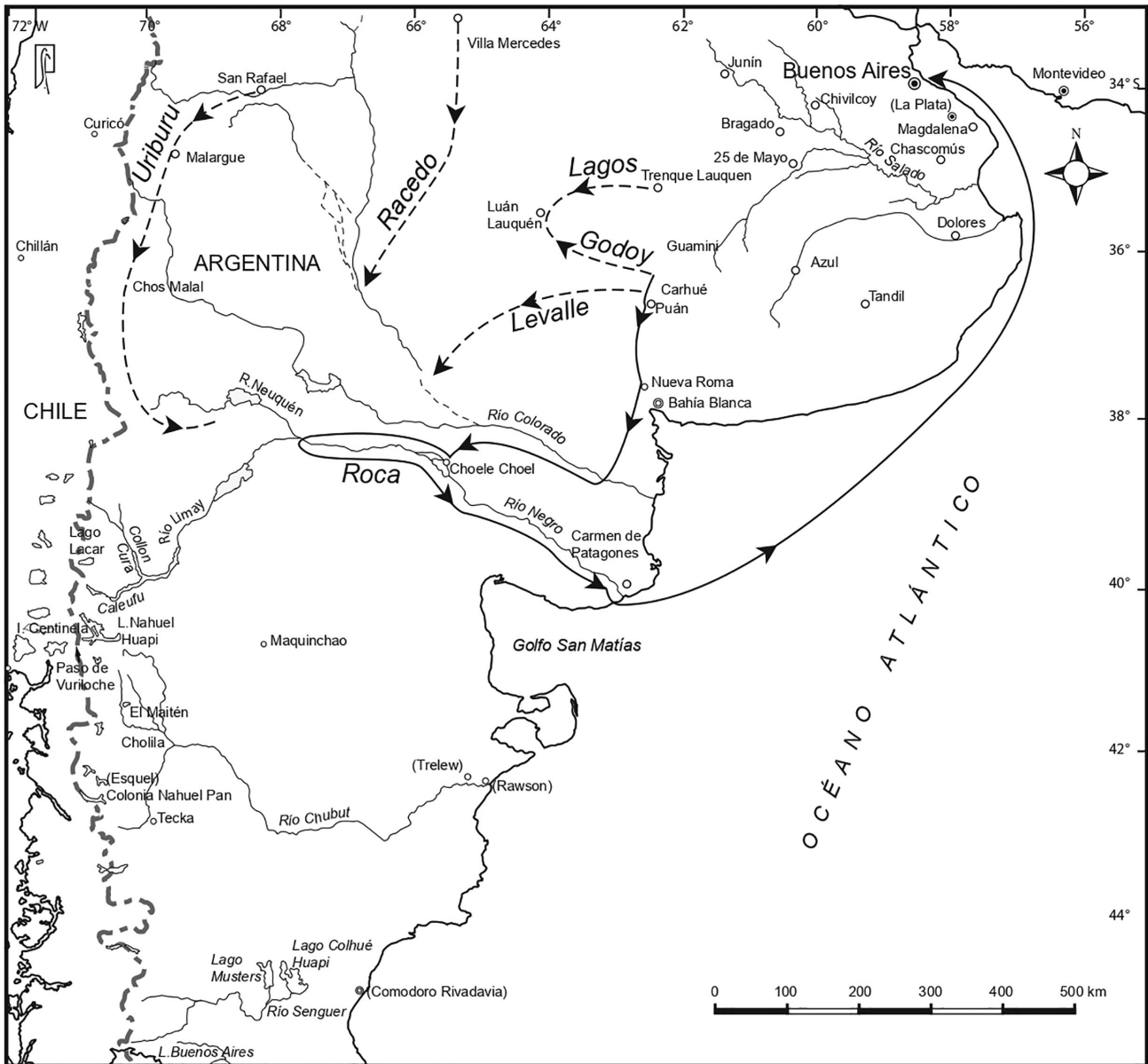
Durante la suscripción pública hubo prácticamente que mendigar para lograr vender tierras a precios ínfimos, tierras que multiplicarían varias veces sus valores (cf. Prado 2007, p. 138). Esto benefició la especulación y fue posible adquirir a precios muy bajos, sin ningún control eficiente, tierras aptas para la agricultura y la ganadería (Bonatti & Valdez, 2015, p. 209).

Campaña preliminar de Roca, “malones invertidos”. Derrotas de Namuncurá, rendición de Catriel y captura de Pincén

Entre mayo y diciembre de 1878, Roca realizó una campaña preliminar durante la cual se hicieron una serie de 23 operaciones a lo largo de la frontera entre Bahía Blanca y Mendoza, con fuerzas de gran



Ejército en marcha, incluyendo mujeres y niños (abajo del centro a la izquierda).



Campaña de J.A. Roca al norte de la Patagonia (16/4/1879 – 8/7/1879), desplazamiento de las columnas principales.

movilidad, en lo que se llamaron “malones invertidos” (cf. Prado, 1907, p. 100) que condujeron, entre otros sucesos, a la derrota de Namuncurá en *Lihué Calel* (cuerpo fuerte), a la entrega de Juan J. Catriel en noviembre con 150 lanceros y 400 de chusma,

al apresamiento de Pincén el 5 de noviembre y de Epumer, el 12 de diciembre. Como resultado, se pusieron fuera de combate 398 lanceros y se hicieron 3668 prisioneros (Zeballos, 2002, p. 293). Muchos otros aborígenes murieron por la viruela.

La tribu de Catriel fue reubicada, dependiendo de Linares, a tres leguas de Patagones sobre la margen norte del río Negro. Catriel fue liberado en 1886 y moriría pacíficamente el 16 de noviembre de 1910 en Olavarría, trabajando como cuidador de ovejas (Bonatti & Valdez, 2015, p. 84-86; Sarasola, 2014, p. 404; Durán en Zeballos, 2004, p. 455-456). Epumer Rosas y Vicente Pincen fueron liberados después de estar prisioneros en la isla Martín García, el primero se radicó en Bragado donde murió y el segundo al parecer también se estableció en la provincia de Buenos Aires y habría muerto cerca de Junín (cf. Bonatti & Valdez, 2015, p. 105, 215; Sarasola, 2014, p. 404; Durán en Zeballos, 2004, p. 480-482).

Luego de su captura, Pincén fue llevado a Buenos Aires y, el 13 de diciembre de 1878, se le tomaron una serie de fotografías en la casa de fotografía de Pozzo ubicada en la calle de la Victoria (actual Hipólito Yrigoyen) y San José.

Según registró la crónica del diario *La Nación* “entre los espectadores se hallaba el señor don Francisco P. Moreno” quien se encontraba “en condiciones de poder entablar envidiables diálogos con Pincen, y así lo hizo, llenándose este de satisfacción, que se reflejaba vivamente en su fisonomía, al encontrar a un cristiano que hablaba su lengua, que conocía las comarcas en que había nacido y vivido (...) accedió a hacerse retratar tal como era, cuando vivía libre (...) El señor Moreno había llevado del Museo Antropológico, del que es director, todos los objetos necesarios para este fin, entre ellos una lanza que perteneció a un capitanejo del mismo Pincen (...) Cuando el indio vio la lanza, experimentó una emoción tan viva, que sus ojos relampagueaban y se agitaba fuertemente su pecho. En el acto se quitó el poncho y las dos camisetas que llevaba, quedando así únicamente con el pequeño chiripá. Se ciñó la frente con una vincha, tomó unas boleadoras que le dio el señor Moreno y comenzó a arreglarlas a su estilo para convertirlas en arma de combate, tal cual ellos las usaban para sus ataques y sus defensas. Largo rato demoró en esta operación hasta que los nudos quedaron hechos a su entero gusto. Enseguida tomó la lanza; la blandió repetidas veces, mirándola con cariño por haber pertenecido a un valiente, como lo dijo él mismo, y contestando a una invitación del señor Moreno, para que se hiciera retratar como un hueichave [guerrero], dijo: ‘Que me pongan como entro en la pelea’”.

Esta fotografía sería mencionada por Moreno, como se verá más abajo, a fines de enero de 1880 cuando estuvo en Calefú como prisionero de Shaihueque.

A un año de la muerte de Alsina, las fuerzas de Namuncurá y Baigorrita estaban fuertemente debilitadas pues habían perdido a sus mejores guerreros. Las bajas de los aborígenes alcanzaban a 398 muertos y 3.668 prisioneros. Namuncurá huyó hacia el oeste a la región dominada por Reuquecura, próxima al límite con Chile. Al terminar 1878, no había en toda la región de la pampa una sola tribu con capacidad para intentar un malón. Todo ello implicaba que habría poca resistencia al avance definitivo al río Negro programado por Roca en cumplimiento de la Ley 215 de 1867.

Para este momento la presencia de aborígenes dedicados al malón en función de comerciar con Chile se había convertido en un anacronismo, estaban fuera del tiempo, y, en consecuencia, instalados en un espacio-tiempo que ya no les pertenecía (cf. Blengino, 2005, p. 93).

Campaña de Roca al río Negro

Para principios de 1879, las fuerzas de Roca compuestas por 6000 hombres bien armados entre los que se contaban 820 indios amigos –como tropas auxiliares- incorporadas a las fuerzas del ejército- estaban listas para avanzar hacia el río Negro, en lo que ha sido calificado como un gran movimiento táctico, pues para enfrentarlos solamente había 2000 indios de lanza.

Esto llevó a Saldías (1968, 1, p. 300-301; editorial del diario *El Nacional*, del 17 de julio de 1879) a señalar que a Roca se debía “en mucha parte el descubrimiento de una verdad que ocultaban los mirajes de la Pampa: ¡no había tales indios! No son Roca, ni Alsina, ni Gainza, los que los han destruido. Es la acción lenta que han venido ejerciendo un siglo de lucha, la propia vida salvaje y la falta de medios de subsistir. No había tales indios; y hoy (...) da vergüenza pensar en que se haya necesitado un poderoso establecimiento militar, y a veces ocho mil hombres, para acabar con dos mil lanzas que nunca reunirán los salvajes”.

La mayor dificultad que encontraron las tropas fue la epidemia de viruela que las diezmo y que también causó importantes pérdidas entre los aborígenes. Según Sarasola (2005, p. 270) “las epidemias

completaron la tarea llevada a cabo por las fuerzas nacionales”. El Comandante Prado (1907, p. 121) consideró que la campaña había sido un “paseo militar” gracias a la forma en que había sido programada y ejecutada.

El avance de las fuerzas nacionales incluyó personal médico, asistencia espiritual, corresponsales de periódicos y la participación de científicos de la Academia Nacional de Ciencias, tales como el botánico P.G. Lorente y el zoólogo y geólogo A. Doering. En la expedición M.J. Olascoaga reunió materiales que darían lugar al “Estudio topográfico de la pampa y el río Negro”.

El avance estuvo compuesto por cinco columnas. La primera, con Roca y C. Villegas a la cabeza, con 1435 hombres y dos escuadrones de 500 indios, se desplazó desde Carhué hacia el sur para dirigirse a Choele Choel y avanzar hacia el oeste por el río Negro. La segunda, al mando de N. Levalle, con 450 soldados e incluyendo un escuadrón de 125 indios, salió de Carhué el 1 de mayo y se dirigió hacia el oeste hasta el río Chadileuvu. La tercera, al mando de E. Racedo, con 1352 soldados y un escuadrón de ranqueles, salió de Villa Mercedes hacia Leuvuco y las márgenes del Salado. La cuarta, al mando de N. Uriburu (1838-1895) salió de San Rafael, Mendoza el 21 de abril y avanzó hacia la zona entre los ríos Barrancas, Colorado y Neuquén, estableciendo a principios de mayo de 1879 un fuerte (Fuerte Cuarta División) en el lugar donde luego se ubicaría la población de Chos Malal, fundada el 4 de agosto de 1887 por Manuel J. Olascoaga, y alcanzando el 19 de abril el río Agrio y, tal como se había previsto, la confluencia de los ríos Neuquén y Limay luego de algunas escaramuzas en Malbarco y de eliminar a Baigorrita y 1000 ranqueles y hacer 1000 prisioneros. La quinta, al mando de H. Lagos, salió de Trenque Lauquen hacia el oeste el 2 de mayo hasta la región al norte de Salinas Grandes.

Las columnas 1 y 4 constituyeron los brazos de una tenaza sobre el río Negro que encerró a los aborígenes en una bolsa, impidiéndoles escapar hacia la cordillera, mientras las demás columnas avanzaron de manera limitada constituyendo, por el norte, el cierre del cerco y rastrillando toda la zona intermedia.

La primera división comandada por Roca, secundado por C. Villegas, partió de Carhué el 29 de

abril. El orden del día del 26 de abril finalizaba rindiendo honor a la memoria del doctor Alsina, cuyo nombre se dio al lugar por el que se cruzó el río Colorado. En el río Negro se encontró con la expedición fluvial de M. Guerrico que había remontado ese río en el vapor Triunfo y había llegado a Choele Choel el 23 de mayo. Posteriormente alcanzaría la confluencia de los ríos Negro y Limay. Esta “ocupación pacífica” significó para los aborígenes la pérdida de un centro importante para el paso de los arrees de ganado robado de la provincia de Buenos Aires (Sarasola, 2005, p. 257).

Las tropas festejaron el 25 de Mayo de 1879 en Choele Choel, luego siguieron hasta la confluencia de los ríos Neuquén y Limay, donde se ordenó la construcción de un fuerte que se denominó 1ª División. Roca logró su objetivo en menos de un mes y medio y regresó a Choele Choel, el 11 de junio. El 19 de ese mes, le escribió a Sayhueque pidiéndole que los jefes que le respondían asistiesen a una conferencia a la que habían sido citados. Luego Roca siguió a Carmen de Patagones y de allí se trasladó por barco a Buenos Aires donde desembarcó el 8 de julio.

La expedición duró dos meses y veinte días y con ella se estableció el dominio del país en 37.000 km².

Como resultado de diferentes escaramuzas, murió el cacique Baigorrita el 16 de julio de 1879 y los caciques Epumer, Pincen, Juan J. y Marcelino Catriel y Cachul fueron tomados prisioneros. Las bajas de indios de pelea alcanzaron a 1313 muertos y 1271 prisioneros y se capturaron además 10.513 indios de chusma y se recuperaron 500 cautivos. Muchos de los muertos se debieron a una grave epidemia de viruela que también afectó a los soldados.

Es de notar que la cantidad de aborígenes muertos fue aproximadamente la mitad de los producidos en la Campaña de Rosas de 1833.

En esta campaña, Roca contó con dos factores a su favor que resultaron fundamentales: el fusil y el telégrafo, a medida que avanzaba hacia tender los hilos del telégrafo, medio de comunicación implementado por Alsina para poner en contacto cada comandancia y fuerte principal. (Raone, 1969, p. 198-199).

“A partir de las leyes sancionadas entre 1878 y 1885, en los territorios de La Pampa, Neuquén y Río Negro fueron repartidas 4.750.000 hectáreas entre (...) 545 propietarios”, comparadas con las

16.470.000 repartidas entre 782 propietarios en la época de Rosas (Bonatti & Valdez, 2015, p. 204-208, 211).

En enero de 1880, fue apresado el cacique José Feliciano Purrán, de la parcialidad Pehuenche (cf. Duran, en Zeballos, 2004, p. 482-484), súbdito de Sayhueque, asentado entre los ríos Barrancas y Neuquén y por el oeste hasta Lonquimay (s/ Fuentealba, p. 269)-, que en 1872 había firmado un tratado de amistad con el intendente de la provincia chilena de Arauco (Bonatti & Valdez, 2015, p. 125) y en 1873 reconocía al Gobierno de Chile (Navarro, 1909, p. 292) – aunque en 1868 recibía racionamiento de Buenos Aires (Bonatti & Valdez, 2015, p. 125)-.

Este cacique fue atraído con engaños a una reunión en la que fue capturado por el mayor Manuel Ruibal quien hizo matar a traición a sus veinticinco acompañantes (Bonatti & Valdez, 2015, p. 128-129), en un hecho condenado por los mismos militares (cf. Durán, en Zeballos, 2004, p. 122-123). Purrán fue trasladado a Mendoza y a Buenos Aires y en 1888 fue liberado y regresó de Chos Malal y de allí fue a Chile donde pasó sus últimos años (Bonatti & Valdez, 2015, p. 130).

En el sector argentino próximo a la frontera con Chile quedaron las tribus de Reuque-Cura, compuesta por 700 lanceros y la de Sayhueque, por 900. Namuncurá se había refugiado en Cautín, territorio chileno, aunque posteriormente debió regresar debido a las dificultades de subsistencia que enfrentó.

La sucesión presidencial de Avellaneda dio lugar a un enfrentamiento entre el candidato de Buenos Aires C. Tejedor y J.A. Roca. El enfrentamiento concluyó con la intervención de la Provincia de Buenos Aires y la federalización de la ciudad de Buenos Aires. Este enfrentamiento dejó nuevamente desguarnecida la frontera hecho que dio lugar a algunos malones en Mendoza y Neuquén.

Campañas posteriores (1881-1885). Rendición de Namuncurá, Inacayal y Sayhueque

Con la campaña de Roca de 1879-1880, se ocupó la región hasta el río Negro. Las campañas posteriores, Campaña del Nahuel Huapi de 1881 y Campaña a los Andes de la Patagonia, de 1882-1883, ambas al mando de C. Villegas, lograron que para fines de enero de 1885 se extendiera el control de la Nación

hacia el sur y se hiciera realidad la incorporación de la Patagonia a la Nación. Por ello el monumento de homenaje existente en Choele Choel, sobre la margen norte del río Negro, fue dedicado a quienes “Incorporaron la Patagonia a la actividad de la Nación”.

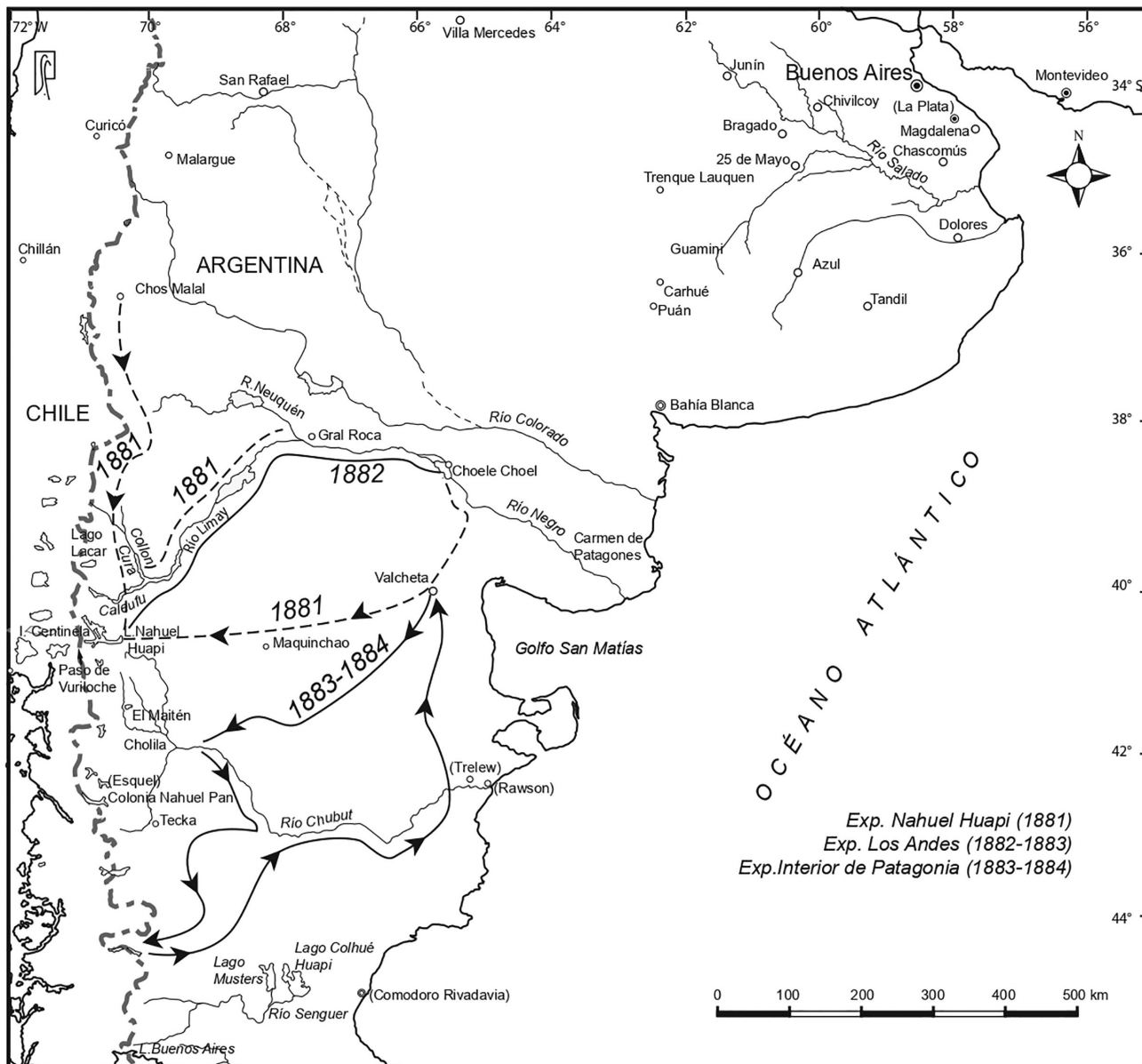
En marzo de 1881, comenzó la denominada Campaña del Nahuel Huapi o de los Andes y el general Villegas, al frente de tres divisiones con 1700 hombres, avanzó hacia Nahuel Huapi, a donde llegó el 5 de abril de 1881. A resultas de esta campaña, para 1882, se había eliminado a 364 lanceros y se habían hecho 1721 prisioneros y, para 1883, se habían construido tres fuertes y 13 fortines entre el lago Nahuel Huapi y Ñorquin. En 1885, la embarcación Modesta Victoria, el mando del teniente Edurado O'Connor llegó al lago Nahuel Huapi.

La tribu de Orkeke en Santa Cruz, que siempre había convivido pacíficamente con los colonos blancos y había colaborado con los expedicionarios y con los colonos de Chubut, fue objeto de un trato injustificado.

En 1883, Orkeke junto con 17 hombres y 37 mujeres y niños, por orden de L. Wintter fue tomado prisionero y trasladado desde Puerto Deseado a Buenos Aires en el vapor Villarino y se lo despojó de sus pertenencias pese a las protestas de Moreno, Lista y Moyano. No obstante, Orkeke fue recibido con honores, se lo llevó al teatro y paseó en carruaje de librea (Mases, 2010, p. 198; Bandieri, 2005, p. 152). Luego se dijo que estaba en Buenos Aires como “invitado” y que se lo devolvería al sur, pero murió en Buenos Aires de una enfermedad del sistema respiratorio y su cadáver se conservó en el Museo de La Plata. (Balmaceda, 1964; Hosne, 2005, p. 183-184; Mases, 2010, p. 139-142). Según Bandieri (2005, p. 152), el esqueleto habría sido “posteriormente exhibido en el Museo de La Plata”, aunque no existen evidencias ni mayores precisiones al respecto.

Namuncurá y Reuque-Cura cruzaron al occidente de los Andes por un paso próximo al lago Aluminé y a principios de 1883 se hallaban en Llama, Chile, donde se alegó que habían sido perseguidos por soldados argentinos dentro de territorio chileno (Navarro, 1909, p. 369), llevando incluso a enfrentamientos entre las fuerzas de ambos países (Navarro, 1909, p. 376). Esto dio lugar a protestas de los oficiales chilenos (Navarro, 1909, p. 369-370, 373) ante

Las fronteras de Francisco P. Moreno



Campañas posteriores: expedición al Nahuel Huapi (1881), expedición los Andes (1882-1883) y expedición al interior de la Patagonia (1883-1884).

los argentinos, las que fueron contestadas por C. Villegas (Navarro, 1909, p. 370-372). Reuque-Cura se sometió posteriormente a las autoridades chilenas (Navarro, 1909, p. 367) aunque según Curruhuinca-Roux (p. 99) lo hizo ante Rufino Ortega (1847-

1917) el 30 de abril de 1883 (cf. Delrío, 2005, p. 71; Bonatti & Valdez 2015, p. 134).

El 11 de diciembre de 1883, Ñancucho fue derrotado frente el volcán Lanín, pasó a Chile por el paso de Carirriñe, próximo al lago Huechulafquen

(lago del extremo o lago del límite), y murió en Maquehua de un ataque de disentería.

Una campaña similar realizada en Chile país que, en 1881, concluida la Guerra del Pacífico, había retomado el avance hacia el sur, completó el cierre de los pasos cordilleranos en el límite entre Argentina y Chile (Navarro 1909, p. 365).

Inacayal y Sayhueque se desplazaron al sur hacia Chubut, aunque subsistieron algunos focos y enfrentamientos, durante 1882 y 1883, debidos a Namuncurá y Reuque Cura.

El 22 de febrero de 1883, Inacayal fue derrotado por las fuerzas del Teniente Coronel N. Palacios en el valle de Appeleg.

Tras un parlamento final de 400 hombres, en diciembre de 1883, en el sur del Chubut, en el cual participaron Sayhueque, Inacayal y Foyel (Vezub, 2009, p. 293) los últimos enfrentamientos tuvieron como protagonistas al Teniente Coronel L. de Roa contra Inacayal en el Río Senguer el 1 de enero de 1884, y al Teniente Coronel Vicente Lasciar y el Teniente Insay contra Inacayal y Foyel en el río Genoa el 18 de octubre de 1884. Fueron de poca importancia pues la capacidad de lucha de los aborígenes era escasa y debían limitarse a ocultarse y desplazarse continuamente. Su resistencia se veía progresivamente desgastada a medida que distintos caciques y capitanejos se entregaban y pasaban a revistar en condición de “baqueanos” del ejército.

Como resultado, el 19 de marzo de 1884 se entregó Namuncurá en Ñorquín junto con 137 indios de lanza y 185 de chusma. Sayhueque, Inacayal y Foyel se entregaron el 1 de enero de 1885 en Junín de los Andes, junto con 600-700 indios de pelea y 2500 de chusma. Todos fueron trasladados a Buenos Aires, pero posteriormente pudieron establecerse en diferentes lugares de la Patagonia.

La entrega del Cacique Sayhueque constituyó el final del dominio “aborigen” en la Patagonia. Antes o poco después, depusieron armas todos los demás caciques. El General Vintter, comandante de las divisiones de Río Negro y Neuquén, fue notificado por el jefe de las fuerzas destacadas al sur del territorio: Coronel Vicente Lasciar, en una carta del 9 de septiembre. Allí informó que se habían presentado los Caciques Inacayal, Foyel y Chiquichano, acompañados de varios capitanejos y 76 indios de lanza. Vin-

ter dispuso entonces que la mitad del contingente volviese a los toldos, y que el Cacique Chiquichano activase “la presentación de las tribus que se encuentran asentadas a siete días de marcha de donde actualmente se encuentra acampado el Comandante Lasciar, dándole de plazo para ello hasta mediados de noviembre próximo habiendo hecho quedar en rehenes para cumplimiento de su promesa a los caciques Inacayal y Foyel” (Maggiori, 2003, p. 26).

Sayhueque estuvo en Buenos Aires entre el 22 de febrero y el 1 de abril de 1885, oportunidad en la que pudo visitar a su compadre Moreno en su casa de la calle Florida y fue recibido en dos oportunidades por el Presidente Roca. Luego volvió a la Patagonia, llegó a Carmen de Patagones y a Chichinales, donde se encontraba su tribu, y allí quedó a la espera de las tierras que le habían prometido. En 1888 se contabilizaban en el lugar 355 personas entre “mocetones, mujeres y viejos” (Vezub, 2009, p. 297). Pese a las gestiones de Moreno, la entrega de las tierras prometidas se demoró años, como se verá más abajo.

Luego de la entrega de Sayhueque, uno de sus capitanejos, el cacique Francisco Nahuelpan inició un largo desplazamiento hacia el sur en compañía de su gente. Entre 1889 y 1892, los Nahuelpan se instalaron en el paraje ubicado a unos 15 kilómetros de la localidad de Esquel, en Chubut y así nació la Comunidad Indígena Nahuelpan, que con el tiempo llegó a tener más de trescientas personas. Nahuelpan colaboró como baqueano de Moreno en el problema limítrofe con Chile, específicamente en el reconocimiento de las zonas aledañas a Esquel, Trevelin, Lago Puelo y Cholila, en la actual provincia de Chubut. Su aporte fue de gran ayuda en los trabajos que sirvieron para sustentar la posición argentina en el diferendo con Chile.

Concluida la campaña militar, la política aplicada a la cuestión aborigen no fue clara “sino que prevaleció la aparición espasmódica de medidas leyes y decretos orientados a resolver casos específicos y puntuales” por más que se quiera buscar una “lógica” detrás de todos ellos (Delrío, 2005, p. 17) y se considere que existió la ejecución de un plan sistemático (Sarasola, 2005, p. 257).

La mayor parte de los caciques y aborígenes tomados prisioneros pudieron volver a la Patagonia. De todos ellos solamente Inacayal eligió no volver

a su tierra y prefirió permanecer en el Museo de La Plata hasta su muerte y, gracias a que Moreno preservó sus restos, estos pudieron muchos años después volver a descansar entre sus descendientes en las tierras en las que vivió.

Es posible que, como ha mencionado Hosne (2005, p. 182), para proteger a algunos de estos aborígenes que le eran conocidos y como paso previo a su liberación, Moreno haya pedido llevarlos al Museo de La Plata con la excusa de “estudiarlos” con fines científicos. Esto sería convalidado por la autorización pedida por Moreno (1887) para que en el Museo se conservasen los restos de algunos de ellos para efectuar estudios antropológicos.

Además de Inacayal, en el Museo de La Plata, se conservaron para la posteridad los restos identificados, entre otros, de Chipitruz, Calfucurá y Mariano Rosas, además de otros no identificados.

Todos los que no fueron conservados en el museo no dejaron rastros de ningún tipo, e.g. Yan-



F.P. Moreno en 1880 (tomado de Moreno, E.V., 1942, entre p. 90 y 91).

quetruz, Ignacio (aparentemente enterrado en Los Toldos donde hay un busto y una placa s/ Valko, p. 295-296) y Justo Coliqueo, Manuel Grande, Raninqueo, Ramón Cabral, Juan J. Catriel, Nahuel Payún, Epumer Rosas, Baigorrita, Purrán, Ñancucho, Reuque Cura, Manuel Namuncurá, Foyel, Sayhueque.

Destino de los aborígenes y la entrega de tierras

Luego de la entrega de los aborígenes se planteó el destino que se daría a los mismos, sin que existiera “un plan sensato y preconcebido” al respecto (Valko, 2010, p. 245). Para 1886, había ocho mil aborígenes que dependían del Estado (Mases, 2010, p. 200) y su destino dio lugar a prolongadas discusiones, mayormente en relación con dos posturas diferentes: la “distribución” de los mismos en las fuerzas armadas o en destinos alejados de la frontera, o su asentamiento en colonias agrícola-ganaderas, exclusivas a compartidas con otros colonos (Mases, 2010, p. 61 y siguientes, y 175).

Entre 1885 y 1888, hubo al respecto extensos debates en el Congreso. Las colonias terminaron siendo vistas, en función de la expansión rural, como una forma eficaz de avanzar la frontera mediante el paso de una economía ganadera a una agrícola y, en lo referente a la conformación del Estado Nacional, como una manera de establecer su autoridad en la casi totalidad de la geografía nacional.

Los habitantes nativos (incluyendo a los aborígenes) eran, en el marco de la integración nacional, un muro de contención ante el avance de la inmigración europea y la potencial disgregación que representaba su diversidad cultural (cf. Mases, 2010, p. 218-221), i.e. el denominado “cosmopolitismo” al que haría referencia Moreno repetidamente en los últimos años de su vida.

Hubo científicos, como Lehmann Nietzsche, Ameghino y Ambrosetti (Mases, 2010, p. 231) que consideraron que la política a seguir debía consistir en la creación de reservas o la cesión de tierras. Moreno por su parte no tuvo una posición definida al respecto, favoreciendo tanto la inserción individual como la creación de colonias, aunque hasta el fin de su vida consideró que las tierras habían sido mal distribuidas y que uno de los resultados fue que los aborígenes resultaron perjudicados.

Entre 1880 y 1916, se crearon una serie de colonias pastoriles y agrícola-pastoriles, a través de 51 decretos o leyes (Delrío, 2005, p. 158-159).

Como ya se mencionó, por decreto 11.215 del Presidente Avellaneda, refrendado por Roca, el 14 de febrero de 1879 (s/ Serramone, p. 275) se fundaron sobre el río Negro, con los aborígenes de la tribu de Catriel, las colonias “General Conesa” y “San Martín”.

En la Colonia General Conesa llegaron a vivir 800 personas, pero careció de una adecuada planificación, por una crecida del río Negro, debió ser desplazada y sus pobladores se dispersaron en una extensa zona (Bonatti & Valdez, 2015, p. 184). Entre 1900 y 1902, los indígenas dispersos se radicaron en la Colonia Catriel (véase más abajo) que daría lugar al pueblo del mismo nombre (Bonatti & Valdez, 2015, p. 184-188) (Serramone, 1993, p. 283).

En 1879, Moreno (1942, p. 107-108) criticaba la falta de una política definida al respecto: *“Poco más adelante llegué a Conesa, una población de avance. Allí se cometía, por centésima vez el error de aglomerar en los centros nacientes, donde la agricultura era más necesaria que la ganadería, las indiadadas que se sometían. En vez de hacer reservas de indios, como se ha hecho en Estados Unidos, se les dejaba asentar donde mejor les parecía, sin procurar en lo más mínimo, convertirlos en hombres útiles para el trabajo de la tierra. Los vi allí, sentados al sol, las mujeres despiojaban a los hombres, los cuales fumaban con deleite durante la operación. Habían regresado de las boleadas y como el Gobierno les pasaba ración de carne, de azúcar, yerba y otras dulzuras de la civilización, sin enseñarles nada, asegurada la subsistencia esperaban su destino sin mayores preocupaciones”*.

El 2 de octubre de 1884, se sancionó la Ley 1501, llamada Ley del Hogar, por la cual se disponía entregar tierras, de un tamaño máximo de 625 ha, a aborígenes y gauchos de escasos recursos.

Por otro lado, la ley 1532 del 16 de octubre de 1884 que determinaba la organización de los territorios nacionales ubicados fuera de las 14 provincias originales, especificó que cada Gobernador “procurará el establecimiento en las secciones de su dependencia de las tribus indígenas que morasen en el territorio de la gobernación, creando con autorización del Poder Ejecutivo, las misiones que sean necesarias para traerlos gradualmente a la vida civilizada”.

Estos territorios fueron establecidos sin tomar en cuenta sus características y sobre bases geográficas poco conocidas y estudiadas. Por ello, Moreno, el 10 de junio de 1913, propondría (véase más abajo), otra división sobre la base de sus conocimientos de las particularidades del terreno.

El proceso de entrega de tierras había sido dado por terminado el 28 de febrero de 1889, fecha a partir de la cual las provincias o el Ministerio del Interior comenzaron a aplicar la Ley de Hogar. Este fue el antecedente y el origen de las “Reservas Indígenas”.

El 30 de diciembre de 1902, el Congreso Nacional sancionó la Ley de Tierras, número 4167 que en su artículo 17 determinaba que “el Poder Ejecutivo fomentará la reducción de las tribus indígenas procurando su establecimiento por medio de misiones y suministrándoles tierras y elementos de trabajo”, al tiempo que preveía que debían reservarse “regiones que resulten apropiadas para la fundación de pueblos y el establecimiento de colonias agrícolas y pastoriles”.

Toda esta legislación dio lugar a la creación de varias “reservas o colonias aborígenes” en la Patagonia, como por ejemplo las de Cushamen, Nahuelpan, San Martín, Catriel, Valcheta, Sarmiento y Ñorquinco (Bonatti & Valdez, 2015, p. 174-175).

En 1893, se autorizó el Jefe de Policía del Chubut a definir y establecer un sitio para una colonia de acuerdo con la Ley de Hogar del 2 de octubre de 1884. La tierra otorgada debía dividirse en lotes de 650 ha que debían ser entregados a los aborígenes (Maggiori, 2003, p. 14). Y el 4 de noviembre de 1895, por un decreto del P.E. Nacional, se destinaron 125.000 hectáreas a la Colonia General San Martín.

Moreno en 1897, sobre la base de la Ley del Hogar, propuso el establecimiento de una serie de colonias pastoriles, las que podrían acoger tanto a nativos como a extranjeros. Así le escribió a Octavio Pico: *“Le envío los datos necesarios para fundar las nuevas colonias pastoriles de acuerdo con la Ley del Hogar. No he podido remitírselas esta mañana por no haber terminado a tiempo los croquis que indican las seis ubicaciones. Si el Doctor Bermejo alcanza a firmar este decreto (...) habrá prestado un gran servicio al país y esto se lo tendrá en cuenta. Si se demora este decreto, puede llegar pronto el momento en que será imposible el establecimiento de estas colonias que son*

las que llevarán la población a las tierras útiles de la Patagonia (...).

Reglamentando la Ley del Hogar, de modo que pueda adquirir lotes en las colonias que autoriza, toda persona que se resuelva a poblarlas con su familia, sea ciudadano argentino o no, comprometiéndose a solicitar carta de ciudadanía cuando no la tenga, una vez que llene las condiciones que la ley exige para obtenerla, y no pudiendo recibir mientras tanto el título de la propiedad que solicita, para lo cual podrá dársele un plazo de tres años a contar desde el día en que ocupe la tierra, no tengo la menor duda de que las nuevas colonias se poblarán inmediatamente. Así prosperarán aquellas tierras tan valiosas, hoy desiertas.

Colonia Maipú: Esta colonia sería fundada en el territorio del Neuquén. Departamento de Junín de los Andes, en terrenos fiscales comprendidos dentro de los límites siguientes: al oeste la cordillera de los Andes, al norte el lago Lolog y arroyo Quilquihue, al este la propiedad particular que exista y al sud, la serie de lagos que alimentan el río Caleufú.

Colonia Nahuel Huapi: esta colonia ocuparía los terrenos fiscales útiles situados al occidente de la cordillera de los Andes, en las inmediaciones del lago, que comprendan un área igual a la que destina la ley para esta clase de colonias, al oeste, norte y sur del lago (...) las islas del lago no se concederán y quedarán como de propiedad de la Nación.

Colonia Mayo: Esta colonia se fundará en los terrenos útiles fiscales situados al oriente de la cordillera de los Andes, limitada al norte por la serranía que domina el cerro Katupelot, al sud por la meseta que domina por ese lado el valle del río Mayo y del oriente las tierras bajas de Coyet.

Colonia Blanca: El terreno en que se fundará esta colonia tendrá por límite oeste la cordillera de los Andes, por el norte la meseta que separa el valle del río de la laguna Blanca, por el sud la meseta que separa esta del lago Buenos Aires, por el oriente el lago Guenguel.

Colonia Lago Buenos Aires: Se establecerá en los terrenos útiles del valle que se extiende a oriente del lago Buenos Aires, entre las dos mesetas que lo limitan por el norte y el sud, siguiendo la dirección de este valle, hasta completar el área necesaria.

Colonia Coluhuapi: Se establecerá en el valle situado al oriente de la meseta que limita en sus proximidades con el lago Musters, teniendo como límite

Norte este lago, la tierra que separa este lago Coluhuapi y el desagüe de este en el río Chico del Chubut y Oriental y Sud, el borde de la meseta que limita en esas direcciones el bajo de los lagos, es decir, su anti-cuenca.

Los colonos que deseen poblar (...) solicitarán la tierra ante la autoridad nacional que designe el ministerio: en Junín de los Andes, los que deseen a hacerlo en las colonias de Mayo, Blanca y Coluhuapi: en el Chubut y los que deseen lotes en la Colonia Lago Buenos Aires, los solicitarán de la Gobernación de Santa Cruz, pudiendo solicitarlos todos igualmente en Buenos Aires”.

Así, ante una serie de reclamos, el 19 de junio de 1899, el Presidente Roca y el Ministro de Agricultura Emilio Frers, de acuerdo con la Ley del Hogar del 2 de octubre de 1884 y el decreto reglamentario de 7 de marzo de 1885, fundaron dos colonias pastoriles en el territorio de Río Negro, una en las nacientes del río Valcheta y la otra en el departamento de General Roca, de 125.000 hectáreas cada una. La primera se llamó “Valcheta” y la segunda “Catriel” en el departamento General Roca, sobre el río Colorado, ambas en la actual provincia de Río Negro.

En la historia de estas colonias y reservas hubo una serie de casos específicos, tales como los de Namuncurá, Sayhueque, Foyel, y Nahuelpan.

Namuncurá, luego de su rendición, fue llevado a Buenos Aires, donde fue recibido por el presidente, fue llevado al teatro (Mases, 2010, p. 198) y en marzo de 1885, se había establecido en Chimpay a orillas del río Negro. Posteriormente hizo gestiones en Buenos Aires en 1886, 1894 y 1897. Por decreto No. 3092 del 27 de agosto de 1894 se le otorgaron ocho leguas de campo en Chimpay, – tres para él y el resto para distribuir proporcionalmente entre el resto de la tribu sobre la margen derecha del río Negro. (cf. Mases, 2010, p. 235-236). En 1900 se trasladó a la colonia San Ignacio, a orillas del río Aluminé, donde falleció el 31 de julio de 1908, a los 97 años (Durán, en Zeballos, 2004, p. 475-477).

Foyel se estableció en el oeste de Chubut, pero fue luego desalojado del valle de Tecka (Sarasola, 2014, p. 406). La preocupación de Moreno por su amigo se vio reflejada cuando el 19 de marzo de 1896, al llegar a la región de Tecka, su encuentro con Foyel le produjo las siguientes reflexiones: “(...) poco

después llegó el viejo cacique Foyel, mi huésped en el museo durante varios años, que ha preferido volver a las boleadas de guanacos y avestruces (...). Foyel me espera para acompañarme (...). Me es agradable volver a ver a estos indígenas después de tantos años y encontrarlos asimilándose, aunque lentamente, con la civilización. Creo que, si fuera posible prohibir la venta de aguardiente a esos pobres indios, los estancieros tendrían peones de primer orden en los descendientes de las tribus que fueron dueñas de aquellas tierras y que hoy vagan sin patria (...), ya se le ha advertido que debe desalojar el valle, pues lo ha adquirido un 'señor' de Buenos Aires" (Moreno, F. P., 1898: a: 283).

En el caso de Sayhueque, el 30 de octubre de 1895, el Presidente Roca firmó una resolución (Expediente No. 1381, letra M) "mandando entregar unas tierras al cacique Sayhueque", i.e. "En vista de lo solicitado por el Doctor Francisco P. Moreno, en representación del cacique Sayhueque" se resuelve: "1° El gobernador del territorio de Chubut pondrá en posesión al cacique Sayhueque y su tribu, de la mitad Este del lote 11, mitad Este del 12, mitad Este del 20, mitad Oeste del 19 y todo el lote 21 de la fracción A, sección II de dicho territorio. 2° Solicítense oportunamente al Honorable Congreso la autorización necesaria para otorgar en propiedad dichos terrenos al cacique Shaihueque y su tribu" (cf. Mases, 2010, p. 236). Aunque recién el 7 de septiembre de 1898 el Poder Ejecutivo envió a la Cámara de Diputados un proyecto de ley para conceder en propiedad las parcelas otorgadas por Roca "Debajo de Fofocahuel". La Ley 3814 fue sancionada el 26 de septiembre de 1898, por la cual se otorgaban "doce leguas kilométricas" a Sayhueque y su tribu (cuatro para Sayhueque y las restantes para distribuir proporcionalmente entre las familias de la tribu. Las tierras estaban ubicadas en el valle del Genua (cf. Curruhuinca-Roux, 1986, p. 138). Allí en Genua falleció Sayhueque el 8 de septiembre de 1903 (Sarasola, 2014, p. 406).

El 5 de julio de 1899, el Gobierno Nacional autorizó al cacique Miguel Ñancuche Nahuelquir y su tribu, que fueran parciales de los "manzaneros" de Sayhueque, originarios de la zona del volcán Lanín y radicados con estos en Chichinales (cf. Finkelstein, 2005, p. 58-59, 64), a formar bajo el nombre de Cushman una colonia pastoril regida por la ley 1501,

Ley del Hogar, de octubre de 1884, disponiendo para ello de una fracción de 125.000 hectáreas, dividida en 200 lotes de 635 hectáreas cada uno, en el límite noroeste de la provincia de Chubut. En conjunto, las tierras eran suficientes para el mantenimiento de la comunidad (cf. Finkelstein, 2005, p. 66-71). Los trámites fueron avalados por algunos representantes del Estado y de la Iglesia, entre ellos Francisco P. Moreno, Clemente Onelli y los sacerdotes salesianos Melanesio y Vaccina (Mases, 2010, p. 237; véase también Onelli, en Delrío, 2005, p. 140).



Monumento a los que incorporaron la Patagonia a la actividad de la Nación, Choele-Choele.

En la zona del río Santa Cruz el 11 de enero de 1898 se creó la reserva Camusu Aike (Mases 2010, p. 236-237). Con respecto a esta región, decía Moreno (Moreno, 1898: a: p. 304) el 2 de abril de 1896: *“Acampamos a la noche a orillas del Arroyo Guenguel (...) inmediato a su salida a la gran llanura (...) en la que se reúne al río Mayo (...). Los indios del cacique Kankel (...) andaban boleando en las vecindades, y temprano, al día siguiente, pasamos por frente a la toldería establecida en el pintoresco valle del Chalia, a corta distancia de la Laguna Blanca”*.

Para Nahuelpan, por su parte, como reconocimiento a su aporte a los trabajos de Moreno, el Presidente José Figueroa Alcorta firmó, el 3 de julio de 1908, el decreto número 5047, por el cual se destinaba a “Don Francisco Nahuelpan y su tribu la superficie de 19.088 hectáreas en el denominado Boquete Nahuelpan, a las puertas del pueblo de Esquel” (cf. Mases, 2010, p. 238). Catorce años después, en 1922, a través de otro decreto, el presidente Hipólito Yrigoyen le cedió a la tribu otras 2500 hectáreas de tierras linderas de excelente calidad para el pastoreo de ganado ovino (Bonatti & Valdez, 2015, p. 179-180). Las tierras de Nahuel Pan habrían sido expropiadas en 1938 (Bertomeu, 1949, p. 97 al pie).

En 1917, Nahuelquir apoyado por Onelli reclamaba al ministro Honorio Pueyrredón la adjudicación de lotes para amparar a una nueva generación.

En el mismo año, el 30 de abril, Moreno denunciaba a los acaparadores de tierras que, aprovechándose de las deficiencias de las leyes, se habían favorecido *“por la ignorancia, la desidia y la despreocupación de los encargados de aplicar las leyes, y aun por la criminal complicidad de algunos de ellos”*. Y en otro escrito sostenía que *“El gobierno central no disponía de datos ni de mapas con que fundar sus resoluciones relacionadas con el suelo, sus recursos naturales y su explotación”* (Delrío, 2005, p. 196).

La entrega de tierras y la formación de colonias acentuó aún más el proceso de aculturación de los aborígenes, el cual tendió a completarse con la aplicación de la Ley 1420, con la que se trató de uniformar tradiciones, historia y lengua a partir de contenidos comunes que fijaba el Consejo Nacional de Educación cuyo objetivo era nivelar las “desigualdades” de quienes debían convertirse en ciudadanos de la nación argentina. Todo lo cual sirvió para comple-

tar el proceso de homogeneización, condición primaria para la formación del ser nacional y objetivo prioritario en la construcción de la nación (Mases, 2010, p. 246, 249).

Con la justicia se impuso la igualdad ante la ley, el matrimonio civil, el ejercicio de la patria potestad, se obligó a aceptar lo que las leyes determinaban (Mases, 2010, p. 250) y se tendió a completar el proceso de homogeneización cultural, de ciudadanía y de integración social y laboral (Mases, 2010, p., 276).

Visto de esta manera, los aborígenes constituyeron una etapa inicial en la emergencia de la nación y finalmente una marginalidad, víctimas del devenir histórico (cf. Bandieri, p. 14-15).

Hasta 1870, la relación con los aborígenes se había desarrollado de un contexto mayor vinculado al propio devenir de la sociedad y el Estado en la Argentina y a que se hacía inconcebible que pudiera existir dentro del territorio de la nación otra soberanía extraña al propio Estado. (Mases, 2010, 270-271).

La ausencia de límites geográficos y políticos consolidados, junto a la existencia de un espacio sobre el que la soberanía nacional era puramente nominal hacían que el problema de la frontera comprometiera la organización nacional y la definición del país como una nación. La expansión de la frontera interna estuvo así relacionada con la identidad nacional pues comprometía la organización territorial, social y económica (Blengino, 2005, p. 30).

Pese a ello, no hubo por parte de los gobiernos una política unívoca respecto de los aborígenes y las diferentes soluciones ensayadas respondieron a las necesidades del momento (Mases, 2010, p. 269). La política seguida por los gobiernos de turno fue mayormente determinada por la improvisación y la coyuntura política y social. (Mases, 2010, p. 279).

De cómo se resolviese el conflicto de la frontera dependía no solo la supervivencia de los aborígenes, sino también la organización y el sucesivo poblamiento de los territorios incorporados (Blengino, 2005, p. 39).

Paralelamente, el desarrollo de un estado centralizado a partir de la década de 1870 en el norte de la Patagonia continuó la progresiva verticalización, iniciada en tiempos de Rosas, de las relaciones con los aborígenes de los sucesivos gobiernos nacionales/provinciales.

En este contexto, “uno de los efectos más claros (...) parece haber sido (...) el proceso de concentración del poder y jerarquización de las jefaturas”, hecho favorecido por la actitud de las autoridades, que reconocían a los caciques como jefes de determinados territorios y/o parcialidades, y a través de los cuales implementaban las entregas de los elementos acordados en los tratados.

La obediencia aborígen al cacique se organizó a su vez a través del reparto de raciones, sujetos al control de autoridades, comerciantes, e intermediarios mediadores (cf. Vezub, 2009, p. 220-221),

Así, de esta manera, se pasó, debido a la acción estatal, a jefaturas verticales cuya progresiva subordinación a las autoridades argentinas, facilitó la concentración del poder (Vezub, 2009, p. 231). Por otro lado, se tendió a concentrar el poder de un cacique (i.e. Sayhueque) mediante una alianza de caciques pampas y tehuelches para contrapesar a Calfucurá y esta concentración de poder facilitó la sujeción de los jefes menores a la política nacional (Vezub, 2009, p. 279).

Adicionalmente, como en la montonera, un universo de pastores y pequeños comerciantes se alineó detrás del cacique que repartía beneficios (Vezub, 2009, p. 222-223)

Esto significó, en el caso de Sayhueque, su subordinación al comandante de Patagones, en función del sistema de raciones y relaciones comerciales, vía su sobrino indio-mestizo Miguel Linares, en su toldería-estancia del valle inferior del río Negro, Este jugaría luego un papel relevante en la rendición de la tribu de Catriel y en la persecución de Sayhueque e Inacayal por parte de las tropas de Lino de Roca (Vezub, 2009, p. 172-179).

La identificación de Sayhueque con el Estado argentino hizo prácticamente imposible cualquier entendimiento con Namuncurá, que mantenía una actitud ambivalente con respecto a los gobiernos de Chile y Argentina, para la conformación de un frente común. (Vezub, 2009, p. 270-271).

De esta manera la preeminencia de poderosas jefaturas contribuyó a la consolidación de la cultura araucana, pero al mismo tiempo tuvo mucho que ver con su desaparición, la derrota y con la desintegración cultural de las comunidades libres (Sarasola, 2005, p. 265).

Como contraste, las tribus tehuelches de Casimiro y Orkeke todavía presentaban, en gran medida, la

segmentación original, con una distancia mínima de bienes y prestigio entre los caciques y sus seguidores y uniones de parentesco o voluntarias ajenas a cuestiones de conveniencia política o económica (Vezub, 2009, p. 228-229).

Según Bandieri (2005, p. 147) “la desintegración social y cultural de los grupos indígenas habría derivado finalmente en su incorporación a la sociedad blanca en términos absolutamente marginales”.

Los aborígenes en la visión de Moreno

Con la finalización de la Campaña del Desierto, se comenzó a generar la idea de que Moreno fue un enconado enemigo de los indígenas. Sin embargo, su participación se produjo como conclusión de un proceso histórico en el que hubo muchos otros protagonistas, algunos de ellos con actuaciones más controvertidas.

En este panorama de luces y sombras, corresponde recordar, como lo ha hecho Rato de Sambucetti (2009, p. 40) que “en el Archivo de Clemente Onelli, gran defensor de los indígenas y en especial del cacique tehuelche Manuel Ñancuche Nahuelquir, una colaboración suya sobre la ‘Colonia Agrícola y Pastorial Cushamen’ (...) recuerda que aquel cacique, amigo también de Moreno, quedó un mes y medio en Buenos Aires como huésped del Estado, y el Presidente Roca dio un decreto concediendo cien leguas de campo al cacique y su tribu (...) (y) “en el momento de la despedida le regaló varias banderas argentinas para que las hiciese flamear en su colonia; así lo prometió el cacique y Roca le regaló su fotografía con la dedicatoria siguiente: ‘Al cacique N.N. Nahuelquir. Su amigo, Julio A. Roca.’

Moreno entabló relaciones con los aborígenes a los 23 años de edad, momento a partir del cual pudo conocerlos y apreciarlos en su ámbito natural, para llegar posteriormente a intimar con muchos de ellos. Finalmente fue testigo del trato injusto que se le dio, circunstancias en las que, dentro de sus posibilidades, trató de ayudarlos.

En las exploraciones realizadas en este período de su vida, tomó contacto con numerosos grupos de aborígenes y se constituyó en el último relator de sus vidas, antes de la incorporación formal de la Patagonia a la nación.

En este tema, al igual que en el relacionado con la educación, se refleja cabalmente la actitud humana y sensible que lo caracterizó a lo largo de su vida, cualidades que, al margen de su amor a la tierra y a la sociedad en la que había nacido, le dan proyección universal. Moreno siempre consideró que los aborígenes deberían haber sido incorporados en forma pacífica a la vida del país, en la cual su participación podría haber sido de mucha utilidad.

Este viaje intelectual y de sentimientos a través de su vida se reflejó en sus escritos y de alguna manera muestra paralelismos con lo que le sucedió a otros de sus contemporáneos. Tal el caso extremo de Lista, quien a los 23 años, por más que reconoció que los tehuelches eran “muy hospitalarios, de carácter dulce, cariñosos y serviciales” evidenció una visión más bien despectiva (Lista, 2005, p. 47-48, 81) y a los 38, cuando ya convivía con ellos y estaba casado con una tehuelche de la que tenía una hija, manifestó su tristeza por la poca protección que se les había dado y por su destino (Lista, 2006).

Sobre el mismo tema, decía Moreno: “(...) es lástima que el tehuelche, antes de una sobriedad extrema, se extinga rápidamente a causa del alcohol que los cristianos le venden. Así, esos indios, incapaces para la vida civilizada, no sacan resultado de ellos, convirtiendo en campos de labranza los que ahora son testigos de espantosas carnicerías. Se cree vulgarmente que para la población de Patagonia es necesaria la extinción del indio (...). El día que el tehuelche, así como las demás tribus de la pampa, conozcan nuestra civilización antes que nuestros vicios y sean tratados como nuestros semejantes, los tendremos trabajando en las estancias (...) haciendo el mismo servicio que nuestros gauchos” (Moreno, F. P., 1879, p. 453. a: 400-401).

Las apreciaciones de Moreno sobre la extinción o desaparición de aborígenes estuvieron referidas fundamentalmente a sus costumbres o modo de vida y no respondieron en modo alguno a una visión de tipo “positivista” según la cual ello sucedería “ante la fuerza insostenible de la civilización” (Mases, 2010, p. 94) o a una distinción entre razas superiores e inferiores (cf. Sarasola, 2004, p. 254). Moreno simplemente se limitó a registrar un fenómeno de aculturación, de los tantos que han ocurrido en la historia de la humanidad. Ello no implicó sostener

superioridades relativas entre seres humanos ni la inevitabilidad de hechos a desarrollarse.

En épocas relativamente recientes se han ocupado de estos temas historiadores y etnógrafos, quienes desde una perspectiva constructivista de las ciencias sociales, han calificado y caracterizado anacrónicamente acciones y escritos de Moreno atribuyendo los mismos a paradigmas originados en esas ciencias. En algunos casos, llevando incluso estos a interpretaciones políticas y económicas historicistas que han ido más allá de las definiciones usuales de esas mismas ciencias. Así se ha criticado la creencia en el progreso de la ciencia y de la humanidad sobre la base de la educación y de la observación de hechos concretos.

Tampoco corresponde y resulta carente de fundamentos atribuir a Moreno una posición reduccionista basada en la idea de que las ciencias de la naturaleza son el modelo de la cientificidad, ni una intención de biologizar lo social, o haber hecho una lectura biológica de lo social.

En numerosos escritos, Moreno expresó claramente su visión integradora del aborigen a la Argentina. En tal sentido no corresponde malinterpretar el relato que hizo de su despedida de Ñancucheuque, quien le habría dicho “que él era Argentino y que no permitiría que los indios invadieran mientras él conservase la vida. Lo que pasó allí, y que no es aquí lugar para referirlo, me hace abrigar la convicción de la buena voluntad que tiene este excelente indio para con los Argentinos”.

Ello no implicó su exclusión como integrante de la misma nación, o proyecto de nación (cf. Delrío, 2005, p. 56) pues la frase fue dirigida por Moreno a sus colegas porteños de la Sociedad Científica Argentina, con el propósito de que se comprendiese que Ñancucheo, al definirse como argentino, se diferenció de otros aborígenes que se consideraban chilenos y de esa manera puso en evidencia su buena voluntad hacia los argentinos en general.

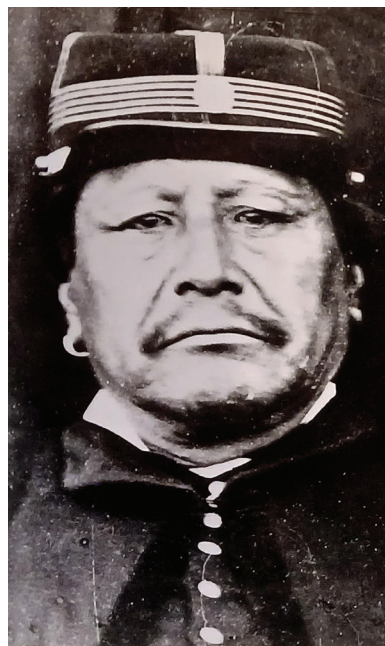
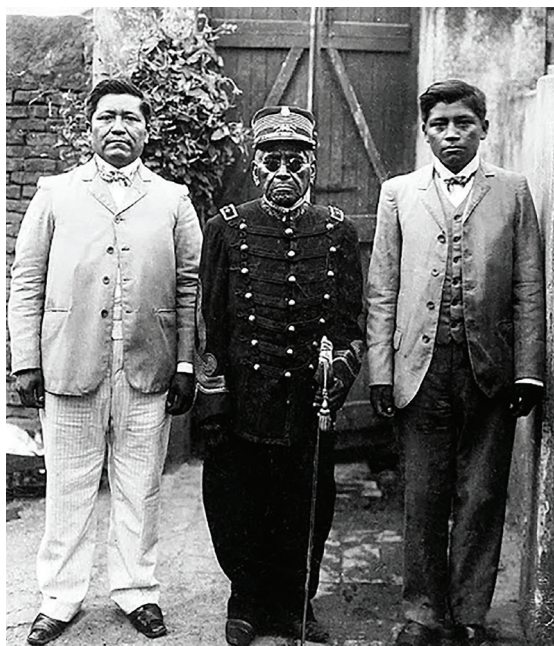
De las experiencias vividas en Calefú a fines de 1875 y principios de 1876, ya se formó Moreno una clara idea sobre determinadas virtudes de esos aborígenes. Así escribió: “En los centros civilizados generalmente no se conocen (o no se quieren admitir) los instintos generosos del indio. Yo, que he vivido con ellos, sé que el viajero no necesita armas mientras

habite el humilde toldo. No será atacado, a no ser en las borracheras, y si llega el caso raro de ser ofendido, lo será siempre después de haber sido juzgado. Si lleva intenciones sanas, nada sufrirá; testigo yo mismo, que he sido juzgado varias veces por delaciones que me hacían aparecer como hostil a mis huéspedes, y que obtuve siempre la razón, en contra de los mismos indios. Antes de preguntársele quién es y qué desea, será alimentado y no se le interrogará hasta que su apetito se haya saciado. El indio puro no es el malvado que asola las fronteras muchas veces impulsado por terceros que se llaman cristianos. Su mayor deseo es aprender todo lo que, compatible con su carácter, pueda enseñarle el europeo, y si con su familia llega a conseguir algunas comodidades, no vuelve jamás a su vida nómada” (Moreno, 1879: 9. a: 33-34).

Más aun, Moreno (12942, p. 103-104) contrastó claramente algunos comportamientos disímiles de aborígenes y blancos. Decía al respecto: “*Más de una vez, en mis empeños de traerlos a mayores intimidaciones con nosotros, se me ha opuesto este argumento:*

‘Por qué el cristiano no atiende al indio como atiende a los suyos, ¿por qué los desprecia? Los cristianos se quejan de que los indios cautivemos mujeres y niños, pero no los matamos como hacen ellos con los nuestros. La filosofía indígena respecto a las relaciones entre los ‘dueños de los campos’ y los usurpadores, los blancos, les impone la venganza, pero esta no se realiza con tanto horror por parte de ellos como por parte nuestra. El indio es tradicionalista, recuerda en sus ‘parlamentos’ los fusilamientos en masa de sus ascendientes, realizados por las fuerzas del tirano Rosas, y tiene muy presente las que se realizaron casi a diario durante la Campaña del Desierto en los últimos veinte años. ¡Lástima grande que la patria haya perdido así a miles de sus hijos, útil elemento de trabajo, cuando se le ha sabido dirigir! Aun hoy, los pocos que quedan considerados sin preconcepto, muestran con sus procedimientos que más bien son buenos que malos’.

Moreno consideraba que, con otras políticas, los aborígenes se hubieran integrado pacíficamente a la vida nacional. Así escribió: “*Estas predisposicio-*



Manuel Namuncurá (1811-1908) con hijos Julián y Ceferino.

Las fronteras de Francisco P. Moreno

nes amistosas de los indios me hacían deducir lo fácil que hubiera sido formar una comisión de indígenas buenos, bien relacionados en las tolderías andinas, con cuyo consejo, estos se hubieran sometido a la autoridad nacional. Se prefirió a ese temperamento, que no dejé de aconsejar desde 1875, el argumento del Remington, y de ahí la destrucción de muchos miles de vidas útiles” (...). “Tengo la seguridad de que bien pudo evitarse en esa ocasión el sacrificio de miles de vidas, por supuesto muchas más de ‘indios’ que de ‘cristianos’.

(...) El presente es el libro de la verdad y diré que mucho me felicito que sean pocos los que con buena pluma han referido lo que fue nuestra guerra fronte-

riza, durante medio siglo. Esta pobreza de cronistas deja en el olvido hechos meritorios, pero, felizmente pasa por alto no pocos contrarios a la civilización cristiana. A estos últimos no se les puede disculpar con la barbarie del nómada acosado por la ignorancia y las tentaciones extrañas, ni por razones de represalia, pues cayeron víctimas del rifle y del sable cien veces más guerreros indios de aquellos y ‘chusma’ que soldados y pobladores por la lanza y las boleadoras. Y, sobre todo, a la mano se tenían los medios de someter pacíficamente a los que se resistían al despojo por medio de la sangre. Nadie ignora que con mucha frecuencia era el mismo traficante de la frontera quien alentaba en el indio su inclinación al robo para aprovechar su



Cipriano Catriel (1837-1874), izquierda, y General Ignacio Rivas (1827-1880), derecha.

producto, sin importarle el incendio y la matanza que lo acompañaba” (Moreno, 1942, p. 99-100).

(...) “Esta aún por escribirse la verdadera historia, desprovista de pasión y cálculo, que establezca lo que haya de cierto respecto a las luchas contra el titulado salvaje, luchas que (...) tuvieron episodios heroicos dignos de recordación por el pueblo, pero durante esa lucha se realizaron matanzas inútiles de seres que creyéndose dueños de la tierra, la defendían de la civilización invasora. Es verdad que muchas de las poblaciones y estancias fronterizas fueron asoladas por el salvaje, pero, en cambio, ¡Cuántos de estos fueron los ancianos, las mujeres y los niños que cayeron en las sorpresas de las tolderías realizadas por las tropas, en los degüellos, fusilamientos y atroces estaqueadas, víctimas de la soldadesca que obedecía e interpretaba, bien o mal, la orden o el gesto de un superior!” (Moreno, 1942, p. 106; Ygobone, 145-147).

Moreno no pudo más que lamentar la situación de sus amigos aborígenes sujetos a un trato que él consideró no merecían.

En primer lugar, en lo relacionado con el aniquilamiento de muchos de ellos: “En la dura guerra a los indígenas se cometieron no pocas injusticias y con el conocimiento que tengo de lo que pasó entonces, declaro que no hubo razón alguna para el aniquilamiento de las indiadadas que habitaban el sud del lago Nahuel Huapi” (Moreno, 1898, p. 103).

Y finalmente, luego de derrotados, gestionó la liberación de muchos de los que fueron tomados prisioneros por las fuerzas expedicionarias del general Julio Argentino Roca, luego de visitarlos en los cuarteles del 8 de línea, en Palermo.

“Por fin ha llegado el testigo que dirá ‘No somos indios malos’. Y no lo son, y ellos saben que me consta (...). No se conforman con que se los tenga de esa manera; no son prisioneros de pelea; no han robado nunca y se han presentado (...). Cuesta trabajo hacerles comprender que no hay peligro para ellos (...) están casi todos mis buenos amigos de la cordillera; los que me dieron de comer y auxiliaron a mi bravo compañero el ingeniero Bovio, durante su penosa enfermedad y me facilitaron medios para explorar la margen sur de Nahuel Huapi (...). Entre estos no hay uno solo que haya maltratado a un blanco, y si lo han hecho habrá sido en la dura lucha por la existencia, en legítimo combate (...). Creen los pobres indios que algo valgo;

si así fuera pondría todo mi valimento para que se los recondujera a las tierras australes donde hoy podrían servir como plantas de futuras ciudades (...).

(...) Ninguno de los jefes de Caleufú ha teñido sus manos en sangre de cautivo indefenso, ni ninguno de ellos ha asesinado en las fronteras. Si pelearon y cayeron en lucha, fue defendiendo su suelo. (...) Por lo que a mí toca, diré que jamás libre o prisionero, Shaihueque permitió que se me tocara, habiendo bastado mi declaración de que no lo consentiría, y que por más agria y destemplada que haya sido a veces la discusión en el Consejo, por más feroces que fueran las amenazas de los guerreros, siempre se respetó la persona del hombre blanco, a quien creían jefe como ellos. Si sufrí, fue debido al medio moral en que me encontraba y no culpo al cacique que me diera hospitalidad un día en su toldo. Shaihueque en 1880 fue un leal enemigo, y juzgo al indio puro con el criterio del indio. Defendía su patria. Era dueño de su tierra por derecho divino. Hoy mi pronóstico se cumple y llega a la civilización; esta debe recibirlo. Sus hijos serán argentinos útiles, y ¿quién sabe si mi ahijado Francisco Quilliqueque dé a su padre en las juntas del trabajo, el mismo contento que allá lejos le hubiera proporcionado al lucir en los torneos de guerra? ¡Bien venido sea, compadre!” (en Moreno Terrero de Benites, 1988, 84-85).

En primer lugar Moreno, logró que los indios de Inacayal y Foyel, presos en Palermo, fuesen instalados en el Tigre y posteriormente que pudiesen ir a vivir al Museo de La Plata.

El 2 de octubre de 1886 Moreno (1942, p. 207) envió una carta desde La Plata al Sr. Dr. Don Marcelino Vargas, informando que salen para el Tigre “Foyel y su lenguaraz” y le anuncia que ha obtenido del Sr. Ministro de la Guerra “que permita que ese Cacique y sus familias comprendiendo sus hermanos y lenguaraces, en total quince personas, vengán a vivir conmigo a este Museo, mientras no se los envíe a sus campos”. Moreno expresaba su temor de que renunciando el Ministro, su “amigo personal el Dr. Pellegrini”, venga un reemplazante que no conozca y que entonces no pueda hacer nada “por los pobres indios que tanto quiero”. Por eso envía un empleado del Museo y dinero para que los ayude. Pero le pide su intervención para que les avise que obedezcan al empleado del Museo. Además manifiesta que poste-

riormente tratará de *“aliviar la suerte de los buenos indios que quedan en el Tigre”*.

Con igual fecha, Moreno (1942, p. 208) le escribió al Sr. Dr. Antonio Muratorio, Jefe de los Talleres del Tigre, adjuntando un telegrama que había recibido del Ministro de la Guerra, Dr. C. Pellegrini, referido *“a la entrega de los Caciques Inacayal y Foyel con sus hermanos, su mujer e hijos – es decir Inacayal, un hermano, su mujer y 3 o 4 hijos, Foyel, su hermano, su mujer e hijos y el lenguaraz que los acompaña- en todo 15 personas entre grandes y chicos”*. Señalaba además que *“hace mucho tiempo”* había obtenido igual resolución del Sr. General Victorica, pero que le habían informado que los indios no estaban más en Buenos Aires porque se los había enviado a sus campos, razón por la cual no había hecho más nada para ubicarlos. Pero ahora deseaba que fuesen al Museo *“para pagarles de esta manera, la humanitaria conducta que tuvieron conmigo, cuando los visité en la cordillera en 1880”*. Para que no hubiese inconvenientes envió como portador de la carta al empleado del Museo, Sr. Telémaco Arvelli.

Según el naturalista francés Emile Beaufils (en Ten Kate, 1905, p. 40), los días de estos aborígenes en el museo transcurrían, para los varones, fumando y tomando mate mientras que las mujeres tejían ponchos y matras con los materiales que les proveían. Las prendas las vendían a muy bajo precio en la ciudad y con lo recaudado *“compraban bebidas alcohólicas de las cuales los hombres estaban muy ávidos”*. Su integración fue muy difícil *“a pesar de todos los esfuerzos que hizo el perito Moreno (...) ni la bondad, ni las atenciones y ni siquiera la educación que les brindaban y el atractivo de una remuneración pudieron vencer su apatía”* (cf. Mases, p. 143-144).

De los quince indios que fueron al Museo, uno de ellos llamado Juan Coñuel, ranquel, fue hasta su muerte portero del Museo y fue uno de los que contribuyó a costear el monumento a Moreno realizado por el escultor Alberto Lagos para la rotonda central del Museo, inaugurado el 19 de noviembre de 1923 (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 104-105; Hosne, 2005, p. 184).

Inacayal permaneció en el Museo hasta su muerte y habría servido de modelo al escultor de Pol para varias obras (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 104; Hosne, 2005, p. 184). Shaihueque y Foyel regre-

saron a la Patagonia, el primero a Caleufú y el segundo a Tecka (Bertomeu, 1949, p. 318).

Posteriormente Moreno hizo gestiones para que se les otorgasen tierras. Así nacieron las colonias de Shaihueque y Nahuel Pan en el oeste del Chubut y por eso, días antes de su muerte, los descendientes de Shaihueque todavía recurrían a Moreno para que los ayudase en circunstancias en que gente inescrupulosa intentaba despojarlos de sus tierras. En sus ideas sobre la ubicación de los aborígenes en colonias, Moreno coincidía de alguna manera con Antonio Onetto, con quien compartiera hechos relacionados con su expedición de 1879-1880 al norte de la Patagonia. Onetto ya había propuesto, a principios de 1875, la instalación de una colonia de tehuelches a orillas del río Chubut, y entre 1880 y 1884, en colaboración con los salesianos, intentó crear una en la bahía de San Sebastián e instaló otra colonia en la desembocadura del río Deseado (cf. Mases, p. 97-99).

Se ha alegado la existencia en Moreno de posiciones contradictorias, favoreciendo por un lado las acciones tomadas por el Estado Nacional y por el otro evidenciando sentimientos paternalistas con respecto a los aborígenes. Tal interpretación no responde a la realidad. Moreno fue un crítico permanente de las políticas del Estado Nacional en la Patagonia y su defensa de los aborígenes se basó en una comprensión de sus cualidades, especialmente como potenciales ciudadanos de la nación argentina.

Los soldados

En una época en que las acciones llevadas a cabo en la frontera interna por los militares son incluidas en críticas generalizadas y sin mayores precisiones, especialmente sobre el contexto histórico y las individualidades involucradas, resulta de importancia incorporar en esta historia algunos testimonios de Moreno y de algunos de sus contemporáneos.

Escribió Moreno (1898, p. 228, 234) al respecto: *“Siempre el ejército nacional ha sido el eje sobre el que ha girado nuestra prosperidad. Sus servicios en las fronteras no se cuentan generalmente entre sus más gloriosos timbres, pero merecerían serlo. ¡Cuánta abnegación, cuánto sacrificio oscuro! Los que nunca se alejaron de los grandes centros, los que no conocieron al soldado de la frontera en su puesto, no pueden comprender el respeto que les profesamos los que los vimos*

en aquellas tremendas soledades, acechados siempre por la muerte, después del martirio, y listos siempre para afrontarla sin el consuelo de dejar el recuerdo de su sacrificio. ¡Cuántas reminiscencias me trajo aquel grupo de veteranos tostados! ¿Cuándo nuestros escritores militares contarán al pueblo la historia del viejo fortín más humilde, que habla más alto sobre el cumplimiento del deber que muchas batallas de las que nos orgullecemos? Los veteranos de las fronteras son para mí los verdaderos descendientes de los veteranos de la independencia". "Los pequeños lagos de Nompehuen y Ñorquincó llenan el centro y las ruinas del fortín avanzado, evocan pasados trances. Allí flameó la bandera querida, en el avance duro de nuestros soldados, cumpliendo el deber sagrado de defender a la patria, sin más preocupación que esta. Allí están las tumbas de los lanceados por el salvaje, en sus luchas de cien contra uno. ¡Pobre milico! Tu sacrificio anónimo no ha dado un resultado y ya ha sido olvidado (...)"

Diría años después (Moreno, 1942, p. 17, 22; Bertomeu, 1949, p. 193, 263): *"El recuerdo de aquellos soldados (...) más de uno condenado por la justicia al servicio de las armas, como su despreocupación ante los peligros y sacrificios de esa durísima vida (...) listos para volver en el acto al peligro, si así lo exigía el servicio (...). En nuestro soldado de línea de esas condiciones, no fue común la desertión, aun cuando el peligro continuo del servicio hubiera sido siempre causa atenuante de ella. También tenían honor en cumplir con su deber (...). Qué fieles eran aquellos hombres cuyas fechorías, si ellas eran la causa de su 'destino', fueron luego más que compensadas con tanta hombría, tanto afecto, tanta gloria. Tema es este que me devora cuando vuelvo al pasado y miro aquellos veteranos que ya no tendremos; aquella tan bien calificada 'carne de cañón' y que fue también carne de lanza, de boleadora y de facón" (...)* "Aquellas tierras desoladas, sin más población que los míseros fortines de Mercedes, sobre el río y las de los 1er y 2do pozos en la meseta del sur, en los que tuve ocasión de darme cuenta de la dureza de la vida que en esos parajes llevaban nuestros jóvenes oficiales y sus soldados, desprovistos de todo, expuestos a perder su vida todos los días cumpliendo con el deber, sin murmurar ante los peligros en que los colocaba la despreocupación del Gobierno".

La miseria en que se vivía y el sentido del deber que se esperaba fueron claramente expresados en

una proclama del coronel Nicolás Levalle a las tropas: "Camaradas de la división del sur: No tenemos yerba. Ni tabaco. Ni ropa. Ni recursos. Ni esperanza de recibirlos. Estamos en la última miseria; pero tenemos deberes que cumplir y los cumpliremos." (cf. Raone, 1969, 1, p. 72).

La forma de vida en estos fortines de frontera quedó tristemente reflejada en relatos como el siguiente: "Imagínense ustedes un reducto de tierra, de una cuadra de superficie, flanqueado por chozas de juncos, algo más grandes que tiendas, y más pequeñas que los ranchos más exiguos, dejando en el medio un sitio cuadrado en cuyo centro está el pozo, e inundado de criaturas que chillan, de perros que retozan, de avestruces, de ratas de agua domesticadas que allá se llaman nutrias, de mulitas, de peludos que trotan y cavan la tierra, de harapos que secan en cuerdas, de fogones de estiércol en los que canturrea la pava del mate y se asa el alimento al aire libre; figúrense ustedes en torno la pampa desierta, chata y amenazante, que el centinela apostado en una torrecilla de césped, interroga día y noche, y tendrán el cuadro a la vez pintoresco y monótono en medio del cual transcurría la vida (...)" (Ebelot, en Raone, 1969,1, p. 64).

Decía otro testigo de esa época sobre los soldados y su suerte: "Aquella pobre gente no dormía, no descansaba, no comía; carecía de ropa y de calzado; en la botica no se encontraban medicamentos, y en cambio, a la menor palabra de protesta, al menor gesto de cansancio, funcionaban las estacas, llovían las palizas, y los consejos de guerra verbales dictaban la muerte." (...) "¡Pobres y buenos milicos! Habían conquistado veinte mil leguas de territorio, y más tarde, cuando esa inmensa riqueza hubo pasado a las manos del especulador que la adquirió sin mayor esfuerzo ni trabajo, muchos de ellos no hallaron —siquiera en el estercolero del hospital- rincón mezquino en que exhalar el último aliento de una vida de heroísmo, de abnegación y de verdadero patriotismo. Al verse después despilfarrada, en muchos casos, la tierra pública, marchanteada en concesiones fabulosas (...) daban ganas de maldecir la gloriosa conquista (...), pero así es el mundo 'los tontos amasan la torta y los vivos se la comen'" (Prado, 1907; red. 2007, p. 46, 125-126).

Estas desventuras del soldado fueron también relacionadas por José Hernández en el Martín Fierro: "Siem-

pre cubiertos de harapos/ Siempre desnudos y pobres/
Nunca le pagan un cobre/ Ni le dejan jamás un trapo.”
(...) Y andábamos de mugrientos/ Que el mirarnos
daba horror/ Les juro que era un dolor/ Ver a esos
hombres, por Cristo!/ En mi perra vida he visto/ Una
miseria mayor./ Yo no tenía camisa/ Ni cosa que se pa-
rezca;/ Mis trapos solo para yesca/ Me podían servir al
fin.../ No hay plaga como un fortín/ Para que el hom-
bre padezca (...)/ Aquello no era servicio/ Ni defender
la frontera./ Aquello era ratonera/ En que solo gana el
juerte./ Era jugar a la suerte/ Con una taba culera.”

Pero la contribución de los “*milicos*” no se limitó a la lucha. “La labor era continua, incesante. Cuando no se hacían ejercicios, se hacían cuarteles. Los jefes de cuerpo tenían bien clasificada, según sus aptitudes, la tropa a sus órdenes. Albañiles, carpinteros, zapateros, etc., etc., y aquellos veteranos de la frontera, pioneros del desierto, avanzadas de la civilización, eran constructores de cuarteles, de casas, de puentes y caminos, sin dejar de sembrar y plantar para que otros cosechasen y aprovecharan de la buena siembra. Con el rifle, con el arado, con la pala y más que todo con la decidida fuerza de voluntad, todos trabajaban para la patria” (...) Y quedaron formados cien fortines, que más tarde se convirtieron en pueblos florecientes, el centro de comarcas riquísimas, de progreso agrícola y pastoril (...)” (Fotheringham, 1999, p. 205-206, 209).

Pero no era solo el soldado el que debía sobre llevar esta vida. A su lado, generalmente había una familia, hecho que finalmente daba lugar al nacimiento de verdaderos poblados. Muchos de ellos hoy convertidos en ciudades: “El servicio de fronteras era permanente, y exigía así el instituto social del soldado como su comodidad y bienestar la asistencia de la familia, por lo que, generalmente, los hombres casados de la guarnición construían a inmediaciones de cada fuerte su rancho o casa habitación, en que se radicaban definitivamente. La acumulación de pobladores y consiguientes necesidades de subsistencia atraían al comercio; y así nacían con el correr del tiempo y por sedimentación se transformaban en pueblos, que muy raro es el actual cuyo origen no arranque del antiguo y olvidado ‘fortín’” (Raone, 1969, 1, p. 92-93).

“Hoy en aquellos lugares donde tanto hemos sufrido, se levantan ciudades prósperas y ricas; el trigo

crece en la pampa exuberante de vicio, abonada con la sangre de tantos pobres milicos y, en cambio, los hijos de estos no tendrán, acaso, un rincón donde refugiarse, ni un pedazo de pan con que alimentarse allí mismo, en ese antiguo desierto que sus mayores conquistaron y que otros más felices, o más vivos, supieron aprovechar” (Prado, 1907, p. 47).

A fines de 1885, el Congreso dictó la Ley 1628 de Premios Militares que fue sancionada el 5 de septiembre de 1885, premiando con tierras públicas a los jefes, oficiales y tropa partícipes de la expedición al río Negro.

De acuerdo con esta ley, el Poder Ejecutivo ubicaría, donde lo considerase conveniente, secciones de 20 kilómetros cuadrados para su distribución. Cada jefe de frontera recibiría 8000 hectáreas. Cada jefe de batallón o regimiento, cinco mil hectáreas. Los sargentos mayores de batallón o regimiento, y los jefes que revistaban en las planas mayores de fronteras, cuatro mil hectáreas. Los capitanes y ayudantes mayores de regimiento o batallón, dos mil quinientas hectáreas. Los tenientes primero y segundos de batallón o regimiento, dos mil hectáreas. Los subtenientes, alférez, abanderados, portaestandarte, y todo oficial que revistara en las planas mayores de frontera, mil quinientas hectáreas. El personal de tropa recibiría 100 hectáreas, racionamiento junto a su familia por un año, diez animales de labor y cría, un arado y demás instrumentos de agricultura.

Los lotes no podrían ser vendidos hasta pasados tres años de la fecha de concesión. Lo cual no impidió que el personal de tropa, e incluso los oficiales, vendiesen las propiedades por falta de recursos e intención de trabajarlas y estas fueron presa de los especuladores. “La mayoría de los certificados otorgados a los militares, sobre todo a los de menor rango, fueron vendidos a terceras personas a muy bajo precio. Las tierras, entonces, quedaron en manos de los especuladores o de las grandes compañías ganaderas y profundizaron la creación de latifundios” (Bonatti & Valdez, 2015, p. 211).

No obstante, tales hechos han caído en el olvido o han sido tergiversados. No por nada, pocos años después escribió Prado (1907, p. 97) al respecto: “Dentro de un siglo –siguiendo como vamos- nuestros bisnietos (...) verán lo que fue el desierto cuajado de ciudades, sembrado de villas, desbordante de

riquezas, y si bien conocerán al dedillo los detalles de la rendición de Granada ignorarán supinamente que Lavalle, Junín, Trenque Lauquen, Carhué, etc., valen para nuestra historia militar –como recuerdo de heroísmo, como tradición de gloria- más, muchísimo más, que Troya con su Príamo y Grecia con su Aquiles. Como empresa militar, como hazaña del genio, como rasgo de la audacia de un hombre, está fuera de duda que la expedición de Alejandro al Asia no tiene parangón en la historia. Pero como campaña cruenta, arriesgada, penosa, permítasenos pedir un lugar no despreciable para la expedición al río Negro. No se la juzgará digna de que un Homero la cante e inmortalice, pero no se le niegue el derecho de vivir en la memoria del ejército, ya que parece borrada de la imaginación del pueblo.”

Al respecto escribió Fotheringham (1999, p. 192) expresando su deseo que Río Cuarto, la ciudad que eligió para vivir, algún día “levante un monumento en homenaje a tanto sacrificio, como recuerdo a tantos miles que han muerto en el desierto para consolidar las instituciones, garantir las vidas y la propiedad y contribuir al inmenso progreso actual de la Nación” pues “hasta hoy yacen sus huesos olvidados fertilizando, quizá, los campos de los que literalmente se enriquecieron a sus costillas”.

Las mujeres de los soldados

Un lugar aparte merecen las mujeres que participaron de esta historia olvidada: “La mujer del soldado (...) fue aquella criolla (...) que desde nuestra independencia ... acompañó resueltamente, con constancia sin igual a los batallones y regimientos en todas las emergencias de esta lucha (...) Voluntariamente salían de su aldea o villa o pueblo para iniciarse en una vida que les era enteramente desconocida (...) Mujer que jamás dejó oír su voz ni buscó una sombra propicia para rehusar o excluirse bajo el pretexto de la debilidad del sexo, de acompañar al soldado en sus marchas, en los cambios de campamentos, en las campañas inhospitalarias, en las acciones de guerra, y de una manera importantísima, en las fronteras y fortines. En las marchas (...) seguían a retaguardia de los batallones conduciendo sobre sus espaldas abultados atados y soportando lo peor de la polvareda (...) lo hacían a caballo, (...) con uno o dos hijos ceñidos a la cintura y todo un

cargamento de pilchas, maletas, chifles, cacerolas, pavas, etc., etc. Supo tener en todas las circunstancias la fortaleza de carácter y el ánimo (...) resistiendo indefectiblemente y sin quedarse (...) las durezas de las fatigas de esas jornadas demoledoras, que comúnmente alcanzaban a diez, veinte, treinta y más leguas. A esa mujer de clase tan humilde y de espíritu tan superior para afrontar los sufrimientos, jamás, ni en las situaciones más precarias, se les sorprendía abatidas, pensando o sumidas en reflexiones desagradables (...) Fueron mujeres que (...) no han rehuido jamás su intervención en los momentos críticos y apurados, que han sido contempladoras del sacrificio de guarniciones enteras y caído varias veces cautivas, que han contribuido a vencer y poner en fuga al enemigo que no tuvieron ayes de dolor ni dejaron traslucir sus sufrimientos, que han derramado su propia sangre y muchas veces con desprendimiento de sus vidas y con valor definido y único, han arrancado las armas y municiones a los heridos o muertos, para reemplazarlos y aliviar las situaciones difíciles (...)”.

“(...) Había mujeres de todas las provincias argentinas, viejas y jóvenes (...) unas casadas por la iglesia y otras detrás de la puerta. Sus viviendas, un rancho con un cuero de puerta, por todo racionamiento recibían una libra y media de carne y alguna onza de arroz, lo que unido a la parte de su marido, cuando estaba presente en el campamento, les permitía mantenerse durante el día, ayudándose con mate amargo (...)” (Ramayon, en Raone, 1969, p. 95-97).

“(...) obligadas a marchar de noche o de día largas distancias con sus hijos al anca de una mala cabalgadura, cubiertas de polvo, con sed, con hambre y con frío; pobres mujeres, tenían forzosamente que subordinarse a las mismas circunstancias de la tropa, so pena de perecer perdidas en la soledad del desierto (...)” (Pechman, en Raone, 1969, p. 97).

“(...) Eran todas, la alegría del campamento y el señuelo que contenía en gran parte las desertiones. Sin esas mujeres, la existencia hubiera sido imposible. Acaso las pobres impedían el desbande de los cuerpos” (Prado, en Raone, 1969, p. 102).

“(...) Desde el color negro al del indio, desde el ébano al bronce, sin que faltasen rubias tostadas por el sol inexorable, todos los pigmentos en aquellas abnegadas curadoras de heridos, inspiradores de vi-

dalas y cielitos, sembradoras de pichigotones, muestrario vigoroso de todas las cruas raciales” (Camino en Raone, 1969, p. 106).

“Mujeres de aventura, sin duda, pero mujeres de sufrimiento, con cariño profundo aunque primitivo y un poco salvaje por su compañero, cariño encarnado en la solidaridad del destino común. Bravas, capaces de tomar el remington o manejar el facón cuando las circunstancias lo exigen, pero también de cuidar como la mujer samaritana el cuerpo afebrado de quien anda acollarado con ella (...)” (Prado en Raone, p. 106).

“Eran de todas las razas y de todas las estirpes, pero el fortín las hizo de una, amalgamando todas sus bondades y tapando sus defectos. No ostentaron títulos nobiliarios, ni presentaron arrugados pergaminos de ascendencia principesca. Sus cunas eran sencillas, pero detentaban algo más de valía que todo lo que pudieron traer de tales prosapias: el título habilitante de esa escuela que se llamó frontera, donde en largos años de penoso estudio llegaban al bachillerato del amor, del sacrificio, del patriotismo, de la fortaleza y de todas las virtudes que se acrisolan en el fuego del infortunio y de la guerra” (Raone, 1969, p. 112).

“Una de esas heroicas mujeres fue doña Carmen Funes de Campos, mendocina, y más vulgarmente conocida como ‘La Pasto Verde’, que sentó reales en la histórica aguada de Plaza Huincul, donde le sorprendió la muerte en el año 1917” (C. Guevara Laval, en Raone, 1969, p. 110). A ella le dedicó Marcelo Berbel una zamba, “La Pasto Verde”, que cantaron Los Fronterizos” y Jorge Cafrune (en Raone, 1969, p. 109).

Hacia un proyecto de país: del siglo XIX al XXI

La vida de Moreno coincidió con una época de cambios profundos en la cual, con visiones diversas, en muchos casos, contrapuestas y enfrentamientos internos y externos de todo tipo, se fue conformando un proyecto de país. Proyecto que en el siglo siguiente se vería desafiado por la pervivencia de resabios, que no se pudieron superar, transformados y validados en ideas, teorías y hechos aparentemente novedosos, pero inscriptos en lineamientos filosóficos y metodológicos de larga data en la historia de la humanidad.

Del caos inicial a la consolidación del Estado

La caída de Rosas luego de la batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852, dio lugar a una generación de intelectuales y hombres de estado que comenzó a diseñar la nación que se desarrollaría en las siguientes décadas: Esteban Echeverría, Fidel López, José Mármol, Juan Bautista Alberdi, Nicolás Avellaneda, B. Mitre y Domingo F. Sarmiento, entre otros que, en conjunto, serían reconocidos en la historia como la “Generación del 37”.

Los integrantes de esta generación imaginaron diferentes proyectos de nación, lejos de cualquier visión simplificadora sobre el mundo de las ideas políticas de la organización nacional (Roy Hora, en Halperin Donghi, 2005, p. 18). El resultado fue un período de progreso, que se incrementó rápidamente con la creación de universidades y organismos científicos, la construcción de ferrocarriles, la expansión del telégrafo y el fomento de la inmigración europea, todo lo cual transformaría el país en las últimas décadas del siglo XIX.

Este progreso se hizo extensivo a toda la sociedad, incluidos los aborígenes, y fue una consecuencia ineludible de los cambios políticos, sociales y económicos de la propia sociedad y no el resultado de la adopción de algún modelo foráneo. El reconocimiento al progreso que se vivía fue simplemente la aceptación de una realidad concreta y no el reflejo de concepciones filosóficas o ideológicas que posteriormente se han tratado de introducir anacrónicamente.

En lo que hace a la cuestión territorial, no se adoptaron modelos externos (cf. Sarasola, 2005, p. 239) sino que ella “se desarrolló como una política coherente del Estado, pues se debía unificar la Nación de norte a sur y conectar Cuyo con el Atlántico. Con esta lógica se hacía imprescindible hacer pie en el espacio patagónico sujeto desde siempre a litigios de pertenencia con Chile, para lo cual se requirió allí la presencia formal del gobierno y de las instituciones científicas del país para que estudiaran sus características y potencialidades” (Carman, en Lista, 2005, p. 7).

Desde la mitad del siglo XIX “el Estado encontró sus principales aliados entre los sectores propietarios que conformaban los mayores beneficiarios del proyecto liberal” (...) sin embargo “su desarrollo

institucional y la complejidad de las alianzas que había forjado le permitieron mantener un elevado grado de autonomía respecto de los grupos a los que servía más directamente, pero a los que no reconocía como sus mandantes” (Roy Hora, en Halperin Donghi, 2005, p. 25-26). Como tal, el Estado se comenzó a perfilar como un sistema de dominación estable que podía asegurar orden y progreso, pero no necesariamente al servicio de los sectores económicos y productivos.

Así, entre 1868 y 1880, se produjo un cambio importante en la sociedad argentina. Tras superar la guerra de la Triple Alianza, la derrota de los caudillos del interior, los enfrentamientos entre Buenos Aires y las provincias, los desacuerdos entre las oligarquías provinciales y los grupos financieros y terratenientes de Buenos Aires (Vezub, 2009, p. 80), todo lo cual había dificultado la integración política del país, se comenzó a conformar un fuerte Estado centralizado.

Por ello “la creación de un Estado central constituyó el proceso político más relevante de esa etapa” (Roy Hora, en Halperin Donghi (p. 20-21). Este Estado “terminó de consolidarse tras la derrota de la

disidencia porteña en la guerra civil de 1880” y “su construcción fue un proceso que no puede reducirse a una lógica clasista” (...) “ni a una racionalidad eminentemente burocrática” ni al “contexto internacional, signado por la expansión del capitalismo, aun cuando facilitó su consolidación”.

Así se produjo la crisis y resurrección de ese poderoso Estado que, transformado de provincial en nacional, se convertiría en el protagonista privilegiado de la acción política del paso del siglo XIX al XX, aun cuando estaba lejos el momento en el que iba a ampliar su base social al abrirse más plenamente a la inspiración democrática, el Estado central ya ocupaba el lugar de actor preponderante de la política argentina. Y ese lugar, por cierto, no lo abandonarían en todo el siglo XX.

En este Estado, los grupos gobernantes tendrían la capacidad de actuar “con relativa independencia de los intereses predominantes en la sociedad civil” (Roy Hora, en Halperin Donghi, 2005, p. 24-25). De esta manera, los grupos social y económicamente dominantes reconocerían al Estado como su principal interlocutor en la disputa por el poder y, a la vez, como un actor externo a ellos.

Capítulo 10

SEGUNDO VIAJE DE MORENO AL NAHUEL HUAPI (1879-1880)

Antecedentes del segundo viaje de Moreno al Nahuel Huapi

El 13 de marzo de 1879, el gobierno, por decreto del Presidente Avellaneda, designó a Moreno jefe de la *Comisión Exploradora de las Tierras Australes*, integrada además por el ingeniero Carlos de Cassafousth y señor Antonio Oneto (Moreno, 1942, p. 187; Betomeu, 1949, p. 267; Ygobone, p. 135), para “*practicar una exploración en los territorios bañados por el océano Atlántico*” (en Moreno, 1942, p. 93).

Se disponía además que la Comisión embarcaría en el *Vigilante* y partiría de Río Negro, “*tocando varios puntos de la costa, entre ellos el Chubut, la Bahía de San Jorge, la Isla de los Leones, el Puerto Deseado, San Julián y Santa Cruz, Río Gallegos (...)*” y seguiría “*costeando la Tierra del Fuego hasta el Cabo de Hornos*”. Visitaría la “*Misión inglesa en el Canal de Beagle y todas las islas que baña el Atlántico en aquella costa, principalmente la Isla de los Estados*”. De regreso “*tocaría Santa Cruz y si las condiciones del río (...) lo permite (...)*” ascendería “*hasta los Lagos Argentino, Viedma y San Martín (...) para estudiar con mayor detención aquellas comarcas, regresando luego el ‘Vigilante’ para Buenos Aires, mientras el Jefe de la expedición*” iría “*por tierra, costeando los Andes, al Carmen de Patagones*”. Se emprendería, asimismo, la localización de los yacimientos de nitrato y finalmente debían estudiarse las condiciones de la población de las tierras al sur del río Negro hasta el cabo de Hornos” (Moreno, 1942, p. 94). En definitiva, el rele-

vamiento abarcaría toda la Patagonia propiamente dicha y Tierra del Fuego (Ygobone, 1954, p. 137).

La designación fue comunicada a Moreno el 19 de marzo por nota del Ministro S.M. Laspiur (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 52) adjuntando una copia autorizada del decreto del 13 de marzo por el cual el Presidente “*manda practicar una exploración a los territorios del Sud, bañados por el Océano Atlántico y le designa a Ud. para dirigir aquella importante operación*”.

Se le decía además que el Presidente esperaba “*que no se negara Ud. a desempeñar la comisión que se le confiere, agregando así un nuevo servicio a los que tiene ya prestados al país en este género de estudios*” y se le informaba que en la misma fecha se estaba pidiendo por nota al Gobierno de la Provincia que le concediese licencia, “*para aceptar el nombramiento, desatendiendo temporalmente sus tareas como Director del Museo Antropológico*”.

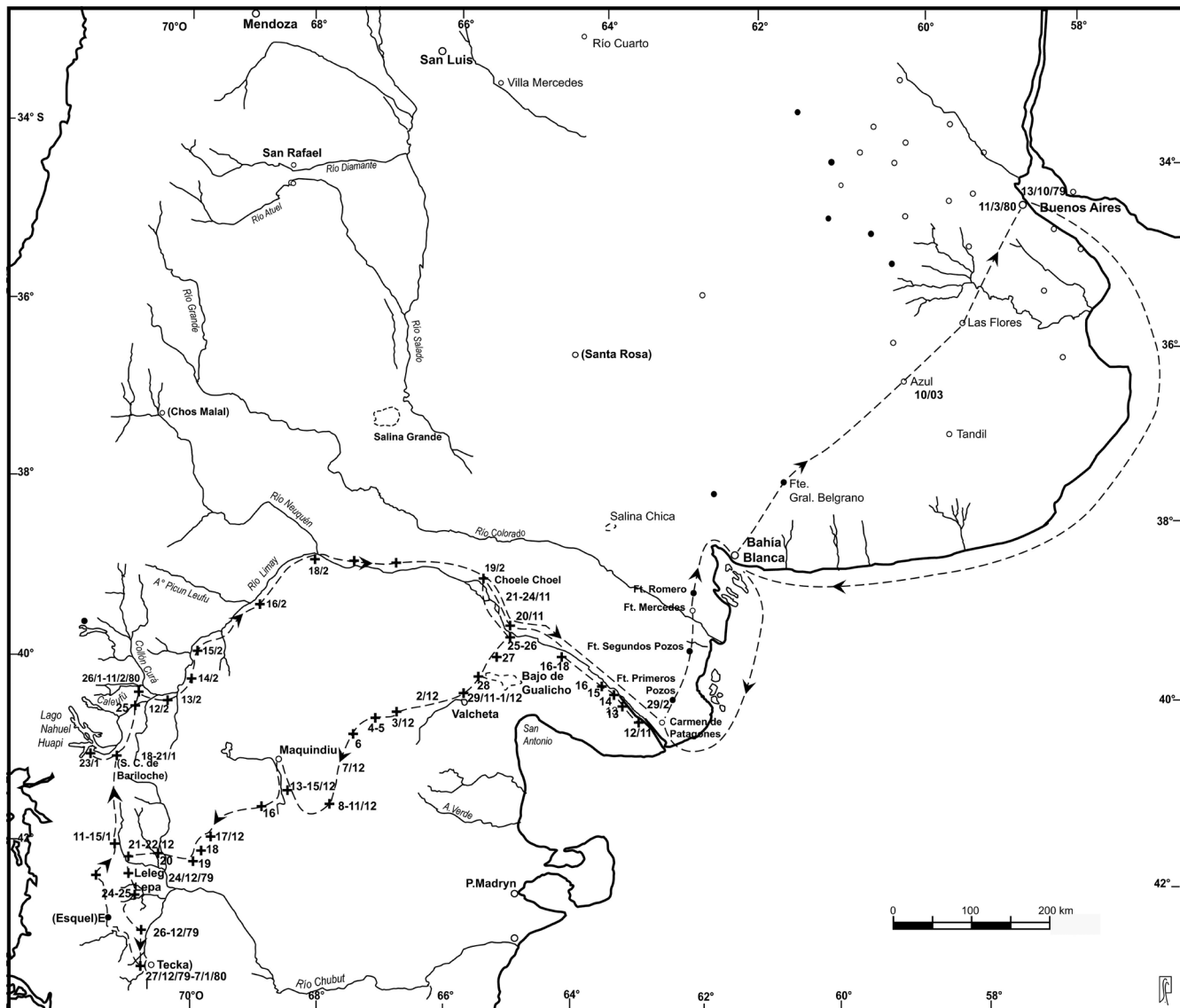
Solamente después de que se le concedió la licencia aceptó Moreno (Moreno, 1942, p. 93) el 1 de abril, el nombramiento “*pidiendo por única compensación de su trabajo el derecho de incorporar al Museo Antropológico de la Provincia los objetos que colecciona en la exploración, pertenecientes a los ramos científicos para cuya cultura se había fundado aquel establecimiento*”.

El 2 de abril, Moreno, por nota al Ministro, propuso al señor don Jorge Inchaumendieta como fotógrafo de la expedición y al señor Francisco B. Es-

Las fronteras de Francisco P. Moreno

trella “*practico del Río de la Plata*”, como “*encargado de la gente*” para lo cual era necesario “*un hombre de entera confianza*”, todo lo que Estrella había demostrado “*acompañando al que suscribe, durante la exploración a las nacientes del Santa Cruz*” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 52-53). La nota incluía una lista de elementos y un presupuesto.

El Gobierno nacional accedió y, por nota del 15 de abril, firmada por Avellaneda y Laspiur, dio las gracias a Moreno “*por el patriótico desinterés con que se prestaba a desempeñar las difíciles tareas que aquella comisión le impondría*” (Moreno, 1942, p. 94; Ygobone, 1954, p. 136; Moreno Terrero de Benites, 1988).



Segunda expedición de Moreno al Nahuel Huapi (13/10/1879 – 11/3/1880)

Mientras tanto, el 18 de abril comenzó la “*Campaña del Desierto*”. El general Julio A. Roca, ministro de guerra, salió de Azul con la primera división del ejército. Secundado por el Coronel Conrado Vilegas (véase más abajo).

Para agosto de 1879, Moreno estaba dedicado de lleno a preparar la expedición. Esto fue claramente puesto de manifiesto en la carta que, el 11 de agosto de 1879, le envió Manuel Cruzado, desde Patagones (Moreno, 1942, p. 89-91), donde le comunicaba que había hecho arreglos para que lo acompañasen, el hijo de Inacayal (Vtrac) y Gavino, a los cuales había conocido Moreno en la casa de Cruzado. En esos arreglos, figuraban 100 vacas prometidas a Gavino, a cuya familia se entregaría, durante su ausencia, una cantidad mensual de yerba, azúcar, arroz y galleta. El hijo de Inacayal y Gavino acompañarían a Moreno hasta donde él dijese, pero no se comprometían a pasar a Chile sin el permiso de los caciques Seihueque y Naucucheo.

Vtrac se encontraba en Patagones reclamando las raciones anuales de su padre, según tratado hecho por su abuelo (Huincabal), ya que les debían las raciones del año anterior (300 vacas) y los animales de este año, más los víveres y ropa. Le habían pedido a Cruzado que le escribiese a Moreno para que este los ayudase, de manera tal que Inacayal estuviese más contento con el gobierno y tuviese mejor disposición para ayudar a Moreno.

Cruzado también le informaba a Moreno que el hijo de Inacayal, al regreso del viaje que haría con Moreno, se radicaría, mediante un tratado con el gobierno, como colono con la gente que lo acompañase, sobre la margen sur del río Negro, en las cercanías de Patagones, para dedicarse a la agricultura, Cruzado le había prometido a Utrac que en un mes tendrían contestación de Moreno.

Preparativos

Según Moreno (1942, p. 94) ni bien se puso a organizar la expedición, de manera inmediata, también comenzaron las dificultades, originadas en las actitudes de subalternos “*que con tanta frecuencia entre nosotros*” contrarían las resoluciones de sus superiores. Así los recursos asignados a la comisión fueron reducidos y no se ajustaron a lo proyectado

por el Presidente Avellaneda y sus ministros Laspiur y Montes de Oca.

Moreno había solicitado un buque de la armada apropiado para tal misión, pero ello hizo que aumentaran las dificultades. Primero se adujo que no había un buque disponible de tales características, pero poco después se le asignó la cañonera Paraná, con la condición de que toda la expedición estuviese a las órdenes del comandante de la nave, a quien se le darían instrucciones especiales pues la expedición sería científico-militar con un programa tal, que Moreno comprendió que la parte correspondiente a la comisión sería un fracaso.

Finalmente, Moreno (1942, p. 94-95; Bertomeu, 1949) debió “*transar*” con la embarcación que le



Moreno en 1882. Archivo General de la Nación, Departamento Documentos Fotográficos o AR_AGN_DDF/Consulta_INV: 317926_A.

asignaron, el aviso a vapor *Vigilante* de 100 toneladas y cinco pies de calado, sin quilla, que hasta esa fecha había estado destinado al servicio fluvial de la armada y que era “completamente inadecuado” para “la expedición que tendría como teatro de acción la extensa región comprendida desde el puerto de Buenos Aires hasta las peligrosas tierras del Cabo de Hornos”.

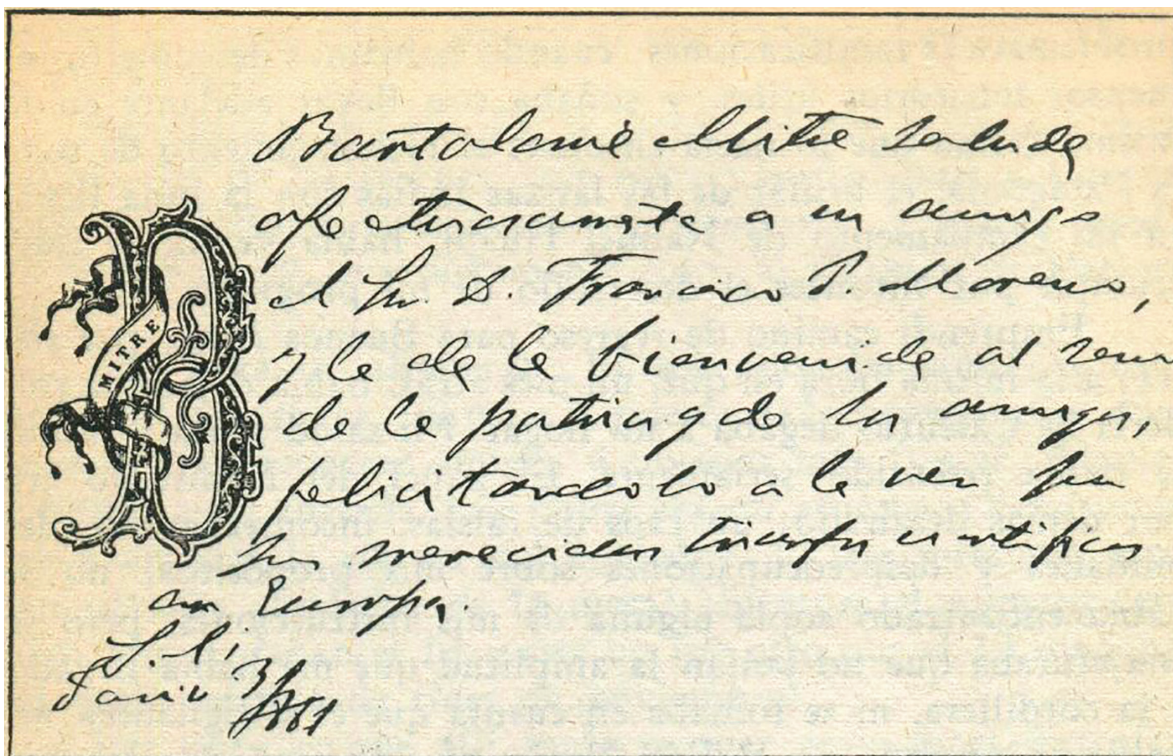
Muchos años después, escribiría Moreno (1942, p. 94, 98; Ygobone, 1954, p. 138-139) “La enorme ignorancia de quienes tenían en sus manos los elementos que pueda requerir una expedición de tanta trascendencia respecto a las condiciones del mar, de las costas y del interior de las tierras que se hubiesen de explorar, obligaban a esa resolución. ¡Cuánta indiferencia por la vida ajena! Guardo en mi archivo las pruebas de lo que dejo dicho. Acepté sin embargo, el ‘*Vigilante*’, buque, que al decir de un alto jefe de la armada, sería mi ataúd a poco de salir del puerto”.

Moreno sin embargo conseguiría que en la proa del barco se hiciera un lomo de ballena de hierro, con lo cual se logró mayor espacio para la tripulación y se redujo el peligro para la navegación por los mares del sur.

La Nación del 30 de septiembre de 1879 informó que Cassafousth y Oneto habían sido reemplazados por el ingeniero Francisco Bovio, el perito agrónomo Jacinto Gallegos y el fotógrafo Jorge Inchaurreandieta (cf. Bertomeu, 1949, p. 268, nota al pie).

Planificación e inicio del viaje

En octubre de 1879, Moreno (1942, p. 95; Ygobone, 1954, p. 139-140; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 54) inició el viaje, con escasos elementos “pero con abundantes instrucciones, la mayoría de ellas imposibles de cumplir”. “No disponíamos ni de carbón ni víveres para llegar a Tierra del Fuego, y era indis-



Saludo de B. Mitre a Moreno a su regreso de Europa el 3 de junio de 1881 (en E.V. Moreno, 1942, p. 176).

pensable conocer bien al 'Vigilante' y su conducta en el mar-costero, antes de aventurarlo en las inhospitalarias regiones del Sur, donde no había punto de socorro".

Antes de partir, el 13 de octubre, Julio A. Roca le hizo llegar una nota a Moreno (1942, p. 185) por la que le pedía entregase una carta al señor Crespo en Patagones y le solicitaba visitase al Coronel Barros y su señora y, le deseaba, como "*affmo. Amigo, que lo seguirá con interés en sus científicas y arriesgadas excursiones*", un "*viaje feliz, de gran provecho para su patria y de fama para su nombre*".

Según Moreno (1942, p. 97, 187) la primera parte de su plan para la comisión era explorar las tierras vecinas al Atlántico entre los ríos Negro y Chubut (y hasta los Andes), mientras que el *Vigilante* recorrería durante dos meses "*la costa entre el Río Negro y la Península Valdez*".

Al respecto, escribió Moreno (1942, p. 97, 187) el 5 de enero de 1880, en un informe al ministro Zorrilla: "*La oficialidad del Vigilante y algún miembro de mi comisión, examinaría las costas y estudiaría detenidamente el 'Puerto San Antonio', para tener la seguridad de que sus condiciones lo indicaban como futuro puerto de una comunicación entre el Atlántico y las provincias chilenas del Sur, lo cual contribuiría a la población argentina de las tierras intermedias y del triángulo del Limay y Neuquén (...). (...) dispuse que el Vigilante recorriera la costa entre el río Negro y la Península Valdés en busca de los mejores puertos y tratando de hacer pozos donde el agua potable corriente faltara, como ser en San Antonio y San José, puntos que una vez bien conocidos, considero de mucha importancia para la colonización y que servirán de puertos de embarque para los productos del extenso territorio del Chubut*".

Por su parte, Moreno (1942, p. 98, 187) con el ingeniero Francisco Bovio se prepararon para iniciar una exploración hacia el oeste patagónico. Los acompañarían el indio Utrac, hijo del cacique Inacayal y nieto de Huinacabal, quien había vivido con él en Buenos Aires (Moreno, 1942, p. 131; Luna, 2001, p. 73), además de Gavino, indio que había conocido en su anterior viaje, como baqueanos e intérpretes indígenas. También habría participado del viaje, como precio de su libertad, un indio valdiviano que se hallaba preso por sospecha de homicidio y lo acompañaba como precio de su libertad.

De esta manera, Moreno se apartaba de lo dispuesto en el decreto del PE, según el cual la comisión debe concentrar sus trabajos en la región de la costa, pero Moreno (1942, p. 187) se justificaría en su informe del 5 de enero de 1880, diciendo que la "*región bañada por el Atlántico (...) no podría ser utilizada con provecho mientras las tierras que forman el territorio del Chubut permanecieran desconocidas*".

El ministro Zorrilla no estuvo de acuerdo con estas decisiones, pues según mencionó Moreno en un telegrama a su padre del 6 de marzo de 1880 (Moreno Terrero de Benites, 1942, p. 89) el Ministro del Interior le había enviado un telegrama el 27 de noviembre diciéndole que lo que había programado era "inútil".

Moreno le escribió a Roca, primero, antes de la partida de Patagones, haciéndole saber que iría hasta Choele-Choel, y posteriormente desde Guardia Mitre. Roca le respondió, el 4 de noviembre, ni bien recibió la segunda misiva, la que le había "*producido un verdadero júbilo*", por el hecho de que Moreno había comprobado la navegabilidad del río Negro en un tramo que, pese a presentar dificultades, estas habían sido superadas con la mayor facilidad. Roca consideraba que no encontraría obstáculos hasta el río Limay y planteó la posibilidad de remontar ese río, pese a la dificultad que representaba la falta de carbón. Imaginaba también "*el recibimiento que le habrá hecho el Gefe de la línea militar del Río Negro al valiente Gefe de la exploración científica de la Patagonia*". Con respecto al *Vigilante* destacaba que no temía nada debido a que estaba en manos expertas y se lamentaba por "*haber encargado buques tan chicos a Inglaterra para la navegación del Río Negro*" cuando podrían haber tenido la capacidad del *Vigilante*, aunque con menos calado (Moreno, 1942, p. 185-186; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 54-55).

Moreno (1942, p. 97, 187), luego de remontar 400 kilómetros por el río Negro, debió desistir de su propósito debido a que la embarcación era inadecuada y en Choele Choel dispuso que el barco volviese a la costa y así se lo comunicó telegráficamente al ministro Zorrilla.

El 3 de noviembre, llegó a El Carmen y, pese a los rumores del enojo del ministro Zorrilla dispuso que el *Vigilante*, al mando del Teniente Cándido Eyroa, recorriera las costas del golfo de San Matías, levan-

tase la carta del puerto de San Antonio e hiciera perforaciones en busca de agua potable.

El 11 de noviembre de 1879, salieron de El Carmen, con buena caballada, incluyendo 25 caballos cargueros, con víveres y regalos y una tropilla de yeguas destinadas a la alimentación, y se dirigieron hacia el sur siguiendo las huellas de Musters y rehaciendo el camino que Moreno hiciera en 1875 (Moreno, 1942, p. 98, 187; Bertomeu, 1949; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 55).

Río Negro

Al iniciar su viaje, Moreno (1942, p. 99) comprobó que, con respecto a la primera visita realizada seis años antes, la frontera había avanzado desde Bahía Blanca y Carhué hasta Choele-Choel, gracias a que Roca había hecho suyo el plan de Rosas y Sarmiento, aunque este último había querido llevar, *“junto con las armas de la guerra”* (...) *“las armas de la paz y de la ciencia”*.

Años después, en 1896 (Moreno, 1898, p. 209), diría: *“Mucho había adelantado el Río Negro en el tiempo que mediaba entre mi primer viaje a sus nacientes y el nuevo que emprendía; la línea de fronteras entre la civilización y la barbarie, había avanzado y los campamentos se encontraban ya en Choelechoel y en Chinchinal, y en puntos que visité, desiertos antes, se iniciaban ya pueblos laboriosos”*.

Según Moreno (1942, p. 99-100) los nativos eran muchos menos de lo que parecía por sus incursiones, en lugares muy distantes, para las que no faltaron cómplices *“civilizados”* involucrados en sucios negocios de frontera, y no podían oponer gran resistencia. De forma que consideraba que bien pudo evitarse el sacrificio de miles de vidas y las *“matanzas inútiles de seres que creyéndose dueños de la tierra, la defendían de la civilización invasora”*. Se ocupó también de destacar, junto a hechos meritorios en la lucha fronteriza, la existencia de otros *“contrarios a la civilización cristiana”* y que estos últimos no se podían disculpar con la excusa de la barbarie del indio, especialmente pues eran los mismos traficantes quienes, para provecho propio, alentaban al robo por parte del indio sin importarles los incendios y matanzas que lo acompañaban.

Moreno (1942, p. 102) encontró a los mismos pobladores que en el viaje anterior, a los que calificó de verdaderos *“pioneer”*, más atrevidos y confiados

que el *“squatter”* norteamericano o australiano, pues este tenía alguna seguridad de que la ley le facilitaría la forma de ser dueño de las tierras que cultivaba. En cambio aquí, el que muchas veces había dado su sangre y la de los suyos, y había visto incendiado su rancho y robado su ganado, tenía suerte si lograba quedarse como *“poblador”* de una tierra que era comprada por otro con la obligación de poblarla y que, violando la ley, la poblaba de esa manera.

Desde Patagones hicieron solamente cuatro leguas debido a la lluvia y al mal camino a causa de la inundación, por lo que pasaron la noche en las inmediaciones de San Javier (Moreno, 1942, p. 188), una toldería, *“donde la holgazanería y las costumbres incultas aumentaban con el contacto del blanco”*. Según Moreno (1942, p. 102) estas tolderías de frontera con el tiempo se convirtieron en refugio de mestizos decadentes y de malhechores y atribuyó muchos de los enfrentamientos entre aborígenes y blancos al hecho de que se atribuyeran unos a otros las acciones inhumanas de las que eran objeto por parte de los mestizos.

El 14 de noviembre llegaron con mal tiempo a Guardia Mitre, en cuyas inmediaciones había una extensa llanura con grandes posibilidades agrícolas, en la que había acampado una caravana de indios mapuches o manzaneros. Moreno fue recibido en los toldos del cacique Sinchel, uno de los pocos sobrevivientes de la raza pampa o gennaken, quien había conocido a Musters y se consideraba su amigo (1942, p. 104, 188; Bertomeu, 1949; Ygobone, 1954, p. 142; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 55). Moreno lo había conocido seis años antes, en todo su poderío, y ahora vivía casi en la miseria. Los aborígenes, cuando conocieron el proyecto de Moreno de llegar a la cordillera, le advirtieron que no le convenía seguir el viaje.

El 15 de noviembre durmieron en Angostura y encontraron chasques de Shaihueque, quienes les dieron buenas informaciones sobre la tranquilidad del territorio que tenían por delante (Moreno, 1942, p. 188).

El 16 de noviembre, acamparon al oeste de la 2da. Angostura, después de haber visitado al indio pampa Gavino García, sobrino de Inacayal, gennaken por parte de madre y mapuche por la del padre, quien aceptó acompañarlos (Moreno, 1942, p. 106, 188; Ygobone, 1954, p. 155).

En el mismo día llegaron a la población de Serafín García, ubicada en Lonco Huaca o Cabeza de Buey. Allí Francisco Hernández, también sobrino de Inacayal, resolvió, en forma espontánea, acompañarlo.

Según Moreno (1942, p. 106) poco tiempo antes de su llegada, Hernández había apuñalado a una de sus dos mujeres por “*incómoda*”, aunque luego, arrepentido, había mandado a buscar un médico a Patagones, hecho que motivó la protesta de la segunda mujer que sostuvo que, por el mismo costo, podía comprar otras dos más útiles y hermosas. Hernández había acompañado cinco años antes al geólogo Jorge Claraz, amigo de Moreno, cuando cruzó desde Río Negro al Chubut.

Las noticias que llegaban de las tolderías eran alarmantes, por lo que Moreno (1942, p. 188) mandó un chasque a buscar más armamentos a Viedma.

Entre el 17 y el 18 de noviembre, se encontraron con un campamento de mapuches que, según dijeron, venían a comerciar desde las montañas del Neuquén, aunque las lanzas clavadas en fila y la numerosa guardia en la caballada, que parecía más de pelea que de viaje, les pareció sospechosa (Moreno, 1942, p. 107).

Al llegar a la última población cristiana, de unos emprendedores vascos, encontraron otra partida de indios andinos que ni Gavino ni Hernández conocían. Eran indígenas chilenos, borogas, que raramente llegaban al Río Negro y dijeron ser pacíficos, aunque informaron que las tribus de la cordillera se estaban sublevando.

Allí supieron del asesinato, en las inmediaciones de Chichinal, de nueve conductores de una tropa de carretas con víveres para los campamentos militares del Río Negro. De esto concluyó Moreno (1942, p. 107; Bertomeu, 1949, p. 193) que se preparaba un malón a las poblaciones del valle y decidió, en consecuencia, ir a Choele Choel donde estaba el grueso del ejército al mando del coronel Villegas para dar aviso.

El 19 de noviembre, Moreno (1942, p. 107, 188) cruzó el río frente a la Guardia Conesa en dirección a Choele Choel, al tiempo que dejó a Bovio a cargo de la expedición, para que la condujese hasta la bajada de Cashtru (Castro).

El 20 de noviembre, Moreno (1942, p. 188) durmió en el Fortín “Negro Muerto”, donde fue recibido por el Teniente Napoleón Narecondo y el 21 a la

tarde, llegó al campamento del coronel Villegas en Choele Choel, donde permaneció hasta el 24. Villegas concordó con Moreno en la creencia de que, en el grupo armado que había encontrado entre el 17 y 18 de noviembre, se hallaban los asesinos de los troperos muertos en las inmediaciones de Chichinal.

Entre el 24 y el 25 de noviembre, Moreno (1942, p. 108) retrocedió hacia el Este, acompañado por una partida de soldados, y a la tarde del 25, llegó a Castro donde lo aguardaban Bovio con Gavino. A la misma hora, llegó Hernández y el chasque enviado a Viedma. La comitiva, que en un principio era de seis hombres, contaba ahora con dieciséis, once de ellos, armados. El punto fijado para internarse hacia el suroeste se hallaba situado en la long. O 65° 37' 39” (Moreno, 1942, p. 189).

Hacia el interior: Valcheta

El 27 de noviembre de 1879, al anochecer, marcharon, alumbrados por la luna, en dirección OSO y a las 12 y media de la noche, acamparon sobre la meseta a alguna distancia de Kala-gueta, donde encontraron agua en una laguna usualmente seca en esa época.

El 28 de noviembre marcharon todo el día, cruzando el bajo del Walichu, “*quebrada honda, triste, sin agua, sembrada de arbustos espinosos, muy incómodos y de médanos*” y a la noche, acamparon sobre la meseta sur del bajo, sin haber encontrado agua. Según Moreno (1942, p. 108-109, 189) los indios gennakenes lo llaman Ayaguay-huag y los de habla araucana Epehuen-geyu. La meseta se hacía más pedregosa hacia el sur, cubierta en partes por cantos rodados de regular tamaño, y con pequeñas lagunas de cloruro de sodio, con pastos y árboles, lo cual demostraba que el agua dulce se hallaba a poca profundidad. Años después, Moreno escribiría que esa región fue estudiada al proyectarse la derivación de un canal desde el río Negro hasta San Antonio.

Aparentemente, en esta misma fecha, un tal Héctor Álvarez le envió un telegrama al comandante del Vigilante diciendo que le comunicase “a Moreno que se deje de explorar el Carmen y vaya donde lo ha mandado el Gobierno. De lo contrario va a pasar por un cobarde y un farsante, etc.” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 88-89).

El 29 de noviembre, al alba, continuaron hacia el SO y después de descender varias lomadas, pe-

netraron en el bajo de Valcheta, donde se hallaba el lago del mismo nombre, con una orientación similar que el de Walichu. A mediodía, acamparon a las orillas de un arroyuelo, en la entrada de una quebrada angosta, formada por rocas granitoides, en cuyas proximidades encontraron troncos silicificados de hasta un metro de diámetro y moluscos marinos del terciario inferior. Al pie de las lomas de la meseta que separa el bajo del Walichu del de Valcheta, en el principio de este último, observó una salina rica en sal común, a cuyo costado se hallaba el camino “*que pasando por Nahuel-geyu cruza Huincul-Mapu y llega al OSO de Balcheta sobre el río Limay*” (Moreno, 1942, p. 189). Según Moreno (1942, p. 109) esta senda india iba del Limay “*por Huincul Mapu, es decir el campo de las lomas, al gran bajo de Mackinchau y que llegando al de Valcheta trepaba luego la meseta para llegar a Castro, en el río Negro o, acercándose al mar por el camino del Chanco, en la proximidad del Carmen de Patagones, camino que fue seguido por Musters con los tehuelches, en 1871*”.

Al punto de confluencia de las sendas de Castro y del Chanco en dirección al río Negro, los gennakenes lo llamaban Yazuepash-Malash y allí también confluían las sendas de Agualla y Pajalla que usaban los tehuelches y gennakenes entre el río Negro y el Chubut (Moreno, 1942, p. 110).

Moreno (1942, p. 110, 189-190) señaló que la confluencia en ese punto de todos los senderos se debía a que era el único con agua buena y pasto abundante y, en su opinión, estaba destinado a ser el punto estratégico económico más próximo a San Antonio (que se ubicaba a 100 km). Se quedó dos días, hasta el 1 de diciembre, para estudiarlo, hacer colecciones e inspeccionar varias tumbas o caires indios.

Según Moreno (1942, p. 110) sobre la base de estas observaciones y los estudios realizados por el Vigilante en San Antonio, logró posteriormente que el gobierno reservara las tierras inmediatas al puerto y que el Congreso resolviera más tarde la construcción del ferrocarril entre San Antonio y Valdivia, que debería unir el Atlántico con el Pacífico.

El 2 de diciembre dejaron el arroyo y continuaron al OSO por una quebrada ancha con arena y salitre y llegaron a Yaquepajetran, arroyo salado de curso S-N que corría sobre rocas plutónicas e iba a

unirse con las aguas del Nahuel-geyu en el bajo de Valcheta (Moreno, 1942, p. 190).

El 3 de diciembre, llegaron a Treneta, un lugar lleno de manantiales y rodeado de lomas y cerros bajos y el 4 de diciembre, continuaron hacia el O, pasaron tres serranías basálticas muy pedregosas separadas por tres bajos de 150 m de profundidad, donde estaban los paraderos indios Yem-neu, Iquen-alept y Famuelen. Pararon en el último, que era el más extenso, con aguadas permanentes y abundantes pastos. Permanecieron todo el 5 de diciembre, debido al mal tiempo y para que descansasen los caballos. En el trayecto, observaron, hacia el sur, los altos cerros volcánicos de la sierra de San Antonio, al NO una línea de montañas por sobre el nivel general de las mesetas, que conformaba la región de “Huincul-Mapu” (Tierra de las altas colinas, en mapuche).

El 6 de diciembre siguieron hacia el oeste, con tiempo frío y lluvioso, por la subida de Jagagtoo, por bajos rodeados de lavas, a más de 1000 m de altura, con abundantes pastos y poca agua. Pasaron por Yaguepateck y Yaguipagetran y descendieron a un valle extenso: en el sur, con basalto negro y al norte, con cerros terciarios. Finalmente acamparon en K'gicha. (Moreno, 1942, p. 111, 190).

El 7 de diciembre dejaron al norte el camino por el que había pasado Musters, cruzaron buenos campos con suaves lomadas y a mediodía llegaron a Yagagton (Jagagtoo), donde una elevada meseta basáltica de 160 m de altura limitaba el valle. A la tarde subieron a ella y la recorrieron con dificultad debido a que era muy pedregosa. Observaron una laguna permanente en una quebrada honda, de 20 metros de profundidad, con paredes basálticas casi perpendiculares y al NO y S sierras elevadas, algunas con nieve.

El 8 de diciembre ascendieron a un cráter volcánico ubicado al SE, de 12 m por 60 de diámetro, con una altura de aprox. 220 m sobre el valle de Yagagton. Siguieron hacia el S por sobre lavas, dejaron al N otro cerro volcánico y bajaron por quebradas basálticas y lomas terciarias, para llegar al llano de Yamnagoo. Acamparon en el paradero de Sheile o “manantiales de Sheela” (sheela = junco) muy frecuentado por los nativos, ubicado a 41°46' y 68°26'15”, en un llano extenso de más de 1000 m cuadrados, con buenos campos y abundante agua,

limitado al SE y SO por las sierras de Ap'pa y Dalagüepu. Entre ambas pasaban los indígenas que iban al Chubut, trayecto en el que, según los indígenas, había buenos campos con abundante agua, y se hallaba la planicie de Guichakell, donde vivía la tribu del cacique Chiquichano. Al oeste, este y norte había murallas de basalto de 100-150 m de altura (Moreno, 1942, 112-113, 191-192).

Cerca del lugar en que acamparon encontraron varios caballos sacrificados, que los guías reconocieron como pertenecientes a un viejo médico hechicero que había muerto recientemente, cuya tumba hallaron, en una meseta vecina, a cuyo lado había una caña con el corazón de una yegua sacrificada, para ahuyentar la muerte de la región. En las proximidades, entre vestigios de otros toldos, hallaron caballos ahorcados recientemente, en un todo de acuerdo con una tradición indígena, según la cual, cuando se sacrificaban los caballos de los muertos, a algunos se los ahogaba sin sacarles la sangre, para que pudiesen servir de nuevo a sus dueños en su vida futura.

Moreno envió dos chasques hacia el S y el NO, en busca de campamentos habitados y mientras esperaban su regreso se dedicaron a cazar guanacos. Antes de hacerlo pidieron permiso "*al dueño de la región*" que, según los guías, era una anciana, representada por una gran roca. Esta estaba cubierta por objetos (ramas, pedazos de ponchos), dejados como tributo y por el miedo supersticioso a no lograr cazar nada, a los que se agregaron las ofrendas de Moreno y sus acompañantes.

La caza se desarrolló (Moreno, 1942, p. 114-115) en la orilla de una laguna salada alimentada por un manantial de agua dulce, única fuente de agua (fuera de la del campamento) en una gran extensión, a la que iban los guanacos para beber del manantial. Este, sobre el margen de la laguna, estaba precedido por unas lomadas, detrás de las cuales se ubicaban los cazadores para sorprender al galope de sus caballos a las tropillas de guanacos sedientos. Cerca de la colina, frente a la laguna, los indios habían colocado fragmentos de lavas formando paredes de 50 cm de altura, en semicírculos abiertos hacia el E, sobre las que habían amontonado cráneos, huesos largos y vertebras de animales muertos. Estos restos, en especial las cabezas, que el indio apreciaba mucho,

eran una prueba del agradecimiento al buen espíritu por haberles facilitado la caza.

Según Moreno (1942, p. 115) la alegría producida por los resultados de la cacería y los festines que la siguieron terminaron ante presagios agoreros: los dos correos regresaron sin encontrar indígenas, el tiempo se hizo lluvioso, un hombre se cayó, a otro se la mancó un caballo, un indígena soñó que una serpiente se había introducido en su cuerpo (lo que interpretó como que su mujer lo engañaba) y, más grave aún, otro sintió que se le sacudía un ojo. Esto se sumó a los comentarios generales previos a la partida de Río Negro, de que el viaje tendría un mal fin, y al hecho de que se aproximaban a una zona a veces recorrida por araucanos enemigos.

El 11 de diciembre siguieron viaje hacia el SSO, cruzaron una región volcánica con basalto, tufas traquíticas y terrenos terciarios, atravesaron una colina a cuyo pie había una laguna con muchos pájaros. Observaron tropas de caballos en medio de las cuales resaltaba una gran manada de yeguas blancas, algunas vacas y ovejas, indicio de la proximidad de un campamento indio y, en un valle estrecho, con manantiales y rodeado de murallones volcánicos, encontraron unos toldos. El lugar se denominaba Yaguel-caguay (casa de los Loros) y estaba ubicado a 41° 51' S y 70° 16' O de París y a 992 m s.n.m. Según Moreno (1942, p. 116-117, 192) más elevado que la región andina del oeste, pues él había medido 723 m en el Nahuel Huapi.

Con la llegada del grupo, se alborotaron los indígenas y salieron a recibirlos, preguntando si eran amigos. Eran unos cuarenta, semidesnudos e, intérprete por medio, informaron que estaban en la casa del cacique Puitchualao, jefe de los gennaken, raza que Moreno deseaba conocer desde hacía varios años y que consideraba próxima a su extinción.

Moreno (1942, p. 118-119) instaló su carpa cerca de las ocho que formaban el poblado. Las viejas los rodearon y comenzaron un canto poco armonioso. Pese a estar a 100 metros del toldo de Puitchualao, Moreno le envió un emisario para anunciarle que irían a saludarlo y Moreno y el Ingeniero Bovio fueron recibidos.

Puitchualao era un hombre de unos 60 años de cara cuadrada cubierta de arrugas que sujetaba su larga cabellera con una vincha araucana y estaba cubierto por un quillango. Les dio la mano y les

presentó a su hermano mayor, el “Capitán Chivo” que, según les dijo, era universalmente conocido. Prosiguió con un largo discurso en lengua pampa, y les manifestó que nunca había soñado recibirlos en su toldo y que ese acontecimiento lo llenaba de alegría. Moreno le contestó diciendo que las hazañas de los pampas habían llegado hasta los blancos y que la visita tenía como motivo el deseo de conocerlos y, en prueba de amistad, les ofreció una damajuana de aguardiente “aguado” para festejar el día en que se habían conocido.

Puitichualao le agradeció y dijo que la desgracia había llegado a su casa pues dos hombres y dos mujeres habían muerto, pero que había desaparecido con la presencia de los visitantes. Luego tomó dos lanzas, las plantó en el suelo y las regó con aguardiente pidiendo al Buen Espíritu la protección para los hombres blancos. Toda la tribu reunida y los visitantes hicieron lo mismo pidiendo que la caza fuera abundante. Siguió una borrachera general.

Moreno (1942, p. 120-124) observó algunas costumbres de los gennaken, concluyendo que eran muy primitivos con respecto a otros aborígenes y que parecían hallarse en vías de extinción. Al día siguiente, al dejar a los gennaken, lo hicieron “*casi convencidos de que éramos los últimos viajeros que veían a los gennakenes llevando su vida nómada*”. Reflexionó Moreno (1942, p. 125) con un dejo de tristeza “(...) *¿Quién dentro de algunos años, al visitar aquellos parajes, podrá imaginarse que allí se extinguió una raza, y que las piedras quebradas sobre el suelo, son todo el material que queda de aquella vida doméstica principiada en la penumbra de la edad geológica pasada y que concluye sin haber variado nada de ella?*”.

El 13 de diciembre, bien temprano, siguieron viaje hacia el oeste (Moreno, 1942, p. 192), por valles rodeados de cerros, a veces estrechos, a veces anchos y con lagunas, uno de los cuales conducía a la colonia Chubut. Cruzaron serranías de cerca de 1000 m s.n.m. y bajaron a una fértil pradera.

Después de cruzar una serranía, acamparon en Yamerua Yamgue-gchaul (“donde hay vizcacha de sierra”, en gennaken), al pie de un cerro traquítico aislado. Hacia el norte, había mesetas y hacia el SO, una serranía paralela a la anterior y, entre las dos, algunos conos volcánicos y bloques erráticos (Moreno, 1942, p. 126).

Maquinchao

El 14 de diciembre siguieron por una garganta estrecha pero fértil sobre una capa volcánica de 18 m de espesor, con muchas pequeñas cavernas o “abrigos” (la más grande de 8 m de frente, 30 m de profundidad y 12 a 15 m de altura en la entrada) excavados en el contacto entre basaltos y areniscas terciarias, las que alguna vez estuvieron habitadas. El lugar era conocido como Yaulonuka-tage (donde se cortan raíces) (Moreno, 1942, p. 126-128, 192), donde se hallaba el Paradero de Maickt, al pie de una serranía granítica, la de mayor altura encontrada hasta ese momento.

Moreno dejó gente en una de ellas haciendo excavaciones mientras él se dirigía a los llanos de Mackn (Mackinchau o Maquinchao), donde había campos magníficos regados por un arroyo, nacido en Yalumpelagon, con una extensión de más de 145 km, aunque había otros arroyos y lagunas. La zona había sido visitada anteriormente por Musters y en 1917-1918 pasaría ser “*propiedad de la Compañía Inglesa de Tierras del Sud, vendida por el gobierno de la Nación sin haber tenido en cuenta el menor estudio sobre su valor económico y estratégico*” (Moreno, 1942, p. 127).

Al regresar, comprobó que las excavaciones habían dado buenos resultados y el 15 de diciembre continuaron explorando las cavernas, con lo que obtuvieron una buena colección de restos humanos, algunas armas, y pudieron copiar las figuras pintadas en las rocas (cf. Bertolutti Flebus, 1995, p. 88). Estas exploraciones fueron hechas manteniendo a los indígenas alejados del lugar (Moreno, 1942, p. 129), pues según sus antepasados, allí vivían espíritus maléficos cuya poderosa respiración causaba grandes vientos en las gargantas basálticas.

Mientras tanto, llegaron dos indígenas de la tribu del cacique Kual que confirmaron en parte las noticias dadas por Puitichualao, de que los Picunches estaban alarmados y pasando necesidades, pues el avance de las fronteras hasta el Río Negro hacía sentir la falta del ganado que antes obtenían con facilidad debido a los malones que asolaban las provincias de Buenos Aires, Córdoba y San Luis (Moreno, 1942, p. 129, 192-193).

Según Moreno (1942, p. 130) las serranías eruptivas, con altas cimas que tienen nieve permanente, constituían la cadena llamada Talagulpa, y parecían

orientarse en dirección NO-SE aunque, según los guías, más al sur se inclinaban hacia el ESE.

El 16 de diciembre dejaron el paradero de Maickt y se internaron en las montañas, con abundantes pastos, manantiales y arroyos y durmieron cerca de otra caverna de los antiguos habitantes (Moreno, 1942, p. 193).

El 17 de diciembre, ascendieron un cerro de aprox. 1200 m s.n.m., cerca del cual había otras montañas más elevadas, luego de lo cual descendieron y acamparon en Calgadept (42° 10' 51" S, 70° 32' 16" O), en el pie occidental de la cadena de Talagulpa (Moreno, 1942, p. 130). Nevó todo el día.

Allí Moreno vio verdaderas morenas que descendían del E y S de una serranía que cerraba el valle por ese lado y a cuyo pie sur nacía un arroyo que pasaba por la gran llanura que habitaron las tribus del cacique Chiquichano y desaguaba en el Chubut.

El 18 de diciembre siguieron la marcha, pasaron valles magníficos rodeados de cerros y divisaron los Andes y el 19 a la noche, acamparon cerca de un manantial que exhalaba algunos vapores sulfurosos, a corta distancia al SO de una laguna pequeña donde los indios se aprovisionaban de cloruro de sodio (Moreno, 1942, p. 130, 193).

En la cuenca superior del río Chubut

El 20 de diciembre, desde Calgadept, fueron descendiendo de nivel y después de recorrer un valle muy pastoso y de cruzar quebradas y un valle dominado por mesetas terciarias, cruzaron una formación antigua compuesta por rocas micáceas-arcillosas y llegaron al primer afluente nororiental del río Chubut, en un paradero indio destruido por las inundaciones, pero con sauces que les proporcionaron sombra en un día caluroso. A la tarde, lo vadearon y cruzaron una meseta que se extendía hacia el NNO, hasta las inmediaciones del Nahuel Huapi. Hicieron noche en el segundo afluente del río Chubut, que corría por un valle más angosto y más fértil que el primero.

El 21 de diciembre, vadearon el río y siguieron por un abra pastoso, bordeado de lomadas elevadas, hasta llegar, por la tarde, al bello valle de Queluya por donde corría, entre molles, el principal de los tres afluentes del norte del río Chubut (Moreno, 1942, p. 193-194). Las montañas ubicadas inmediatamente al oeste se extendían hacia el sur, estaban

cubiertas de nieve y Moreno (1942, p. 196) las denominó "*Monte Rivadavia*". Escribió al respecto: "(...) *el porvenir del extenso territorio del Chubut está asegurado. Las ricas regiones del interior compensarán los pocos recursos, conocida su costa oceánica. A la cadena montañosa de cumbres ahora nevadas (...), que voy a continuar a explorar ahora, en cuyas faldas y valles se elevarán algún día ciudades populosas la he denominado 'Monte Rivadavia'. Ese nombre que honrarán todos los argentinos servirá de guía al emigrante futuro*" (Moreno, 1942, p. 196).

El 22 de diciembre, habían acampado a orillas de ese verdadero río, en un valle fértil, dominado al NO por montañas abruptas y al SO por otras con sus faldas cubiertas de bosques, de forma tal que en el centro al oeste había un abra a través de la cual se veía, a lo lejos, la cordillera de los Andes. Según le explicaron los guías a Moreno (1942, p. 132, 194), por esta abra las aguas corrían al oeste atravesando las montañas nevadas después de formar lagunas, y en esa región habían vivido los indios chululos o chululakennes, exterminados por los mapuches. Moreno envió chasques al N y al S en busca de aborígenes y permanecieron en el lugar pues los caballos estaban cansados. El tiempo era frío y lluvioso.

El 23 de diciembre, Moreno (1942, p. 194) subió a la sierra inmediata hasta los 400 m y durante el día regresaron los chasques, informando que Inacayal y Foyel estaban acampados más al sur, a unos días de distancia y que Shaihueque había enviado una partida a Mackinchau con el objeto de apresar a Moreno.

Según los chasques, Inacayal y Foyel tenían su campamento a tres días de viaje hacia el sur y Moreno decidió ir a su encuentro, lo que no fue del agrado de Gavino y Hernández, pues el primero había perdido un hijo en las inmediaciones y además, en la noche anterior, estando dormido, se le movió un ojo, lo que indicaba para él una desgracia inmediata; el segundo había sido atacado, en sueños, por un toro bagual, lo que indicaba una muerte próxima.

El 24 de diciembre, cruzaron el río y siguieron hacia el sur por el faldeo este de las sierras Silbig, y en Leleg encontraron los primeros toldos. Desde allí anunciaron a Inacayal y Foyel su llegada. Finalmente acamparon en Leppa, junto a unos toldos, "*para celebrar por tercera vez la Navidad en la Patagonia*", después de 1875 y 1876 (Moreno, 1942, p. 132, 194).

Luego de descansar todo el día el 25, el 26 de diciembre siguieron hacia el sur por lomadas cubiertas de detritos, cruzando cuatro arroyos afluentes del Chubut. En el camino encontraron un indio, enviado por Inacayal para avisarle a Moreno que lo esperaba en Tecka.

A mediodía acamparon en el Paradero Esquel, en un pequeño bosque de hayas para hacer observaciones astronómicas y, a las dos de la tarde, siguieron viaje hacia el sur y observaron hacia el oeste un abra pastosa que se internaba hacia los Andes [actual boquete de Nahuel Pan], donde cinco años más tarde, el Coronel Fontana fundaría la Colonia 16 de Octubre.

Escribiría Moreno el 5 de enero de 1880 (Moreno, 1942, p. 195; Ygobone, 1954, p. 154): “*Es uno de los más lindos parajes que he visto en la Patagonia (...) los campos se extienden en las lomas hasta largas distancias, y los bosques que ocupan las rocas de la cadena oeste destacan una avanzada hasta la planicie ondulada y en las orillas de la laguna la frutilla crece con lujosa fuerza (...). Una ciudad argentina ha de reemplazar algún día el paradero del indio nómada*”.

Avanzaron hacia el ESE y al anochecer llegaron a la margen izquierda del río Tecka, que corría al SO hasta desaguar en el Chubut (Moreno, 1942, p. 194-195).

Esquel y Tecka

Años después, en 1896, escribiría Moreno (1898, p. 209): “*Llegué en ese viaje hasta las hermosas praderas que están al Occidente del Tecka, en el grado 43, próximas al punto donde siete años después se fundaría la colonia ‘16 de Octubre’*”. Ignoraba Moreno que en Esquel nacería algún día (el 27 de julio de 1941) una bisnieta suya: María Elvira Benites Moreno de Ortiz, hija de Adela Moreno (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 60).

Allí pudo Moreno (1942, p. 133) observar una característica de la divisoria de aguas continentales que discutiría años después en relación con el problema limítrofe con Chile. Observó entonces: “*(...) aguas que nacen al oriente del pie andino y cruzan toda la cordillera para perderse entre las del océano Pacífico, fenómeno fisiográfico que me preocupaba desde tiempo atrás por estar relacionado con las continuas pretensiones de Chile, de llevar el límite internacional por la línea divisoria de las hoyas hidrográficas*

dependientes de los dos océanos”. Por tal motivo, en los meses siguientes, le pediría a Bernardo de Irigoyen que, en el tratado que se tramitaba con Chile, “*se dejara constancia que el límite de la Cordillera sería la cresta o el cordón central, evitando mencionar la división de aguas*” (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 93).

El 27 de diciembre siguieron el valle angosto, cruzaron varios arroyos y a mediodía, llegaron a Caskell, paradero que los indígenas habían abandonado el día anterior para dirigirse a Tecka a recibir a Moreno. Allí esperaron la llegada de los cargueros, resguardados del sol bajo un bosque de molles. Cuando iban a continuar la marcha, llegaron cinco nativos encabezados por el hijo de Inacayal, Utrac, y le pidieron que la recepción se hiciese al día siguiente. Consecuentemente hicieron noche junto a un arroyo a 1000 m de los toldos (Moreno, 1942, p. 133, 195).

La toldería de Inacayal y Foyel se encontraba ubicada a 43°31' 35" Lat. S y 72° 2' O, según un telegrama enviado por Moreno desde ese lugar el 1 de enero de 1880 (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 88).

El 28 de diciembre a la madrugada, Inacayal le hizo avisar que la recepción estaba lista. Moreno y su grupo, en total 14 hombres, portando la bandera avanzaron y se encontraron con 130 indígenas formados frente a los toldos, armados con lanzas, escopetas, carabinas, sables y facones.

Según Moreno (1942, p. 133), la bandera que él le había regalado a Utrac unos años antes, flameaba en el toldo de Inacayal. El hecho de que la bandera estuviese izada en esta zona fue comunicado al Presidente de la Nación, tal como lo publicó el Diario *La Nación* en su edición del 4 de febrero de 1880. Decía Moreno: “*Con sumo placer comunico a V. E. que desde el 28 de diciembre la bandera nacional está izada en el punto frente a los Andes, en el centro de la Patagonia. Hemos cruzado tierras casi desconocidas del todo y puedo asegurarle que el misterio que las ha envuelto hasta ahora, ocultaba un extenso territorio fértil, en vez de la región árida que creíamos. Miles de leguas aguardan a la civilización en los valles quebrados (...) lo mismo que en las faldas y valles de la cadena que precede a los Andes (...). Esa cadena que me permito llamar ‘Montes Rivadavia’ dominará en el porvenir nuevas ciudades argentinas. Las tierras son fertilísimas (...) los bosques inmensos, los ríos y lagos permanentes, las lomas y sierras de menor elevación,*

abundantes en pastos para el ganado (...) estas tierras formarán una rica provincia”.

Según Moreno (1942, p. 133), Inacayal y Foyel “*hombres de verdadera inteligencia*” comprendieron que su llegada “*era prenda de paz y bienestar*” y, en consecuencia, tras la llegada se realizaron las “*corridas de la alegría*”, y los indígenas en sus caballos dieron las tres vueltas en torno al peñi-huinca Moreno, o “*hermano cristiano*” y sus hombres. Luego Moreno despachó un chasque a 50 m de los caciques y capitanes para anunciar que se iba a acercarse para darles su mano derecha.

Siguieron, el rechazo del Walichu para que no perturbase la paz, los apretones de mano y el “*parlamento*” o consejo. Luego de los apretones de mano, Inacayal le dio la bienvenida y le regaló un poncho: “*Mucho honor es para nosotros el que ustedes vengan desde tan lejos a visitarnos, pero seguramente tal viaje tiene también otros fines y he querido reunir toda la gente para que oiga a mi amigo*”. Luego habló Moreno (1942, p. 195-196): “*Inacayal sabe que su hijo Utrac es mi amigo, es como un hermano, desde tiempo atrás, y debe saber también que le he prometido visitarlo en su casa como él lo ha hecho en la mía, lo que cumplo en este momento. Además, mi gobierno me ha encargado que visite a los caciques que viven al sur de la gran laguna [“Nahuel Huapi”], pues quiere darse cuenta de sus necesidades. Nada malo me propongo con mi visita, pues por el contrario, la bandera nacional sobre los toldos y guardada por las lanzas valientes, es prueba de que los paisanos son tan dueños del suelo como nosotros de los campos de donde venimos; todos somos argentinos y todos tenemos el mismo gobierno en Buenos Aires*”.

Como advirtió que no había convencido al cacique pehuenche “Patria” y al gennaken Puilchicaya, que se consideraban dueños del lugar y creían que existía un motivo secreto en el viaje de Moreno, le dijo a Utrac: “*Algunos de Uds. han estado en nuestras casas y han sido bien atendidos y seguramente no se han olvidado en qué dirección está el gobierno. Vamos a ver, Utrac, ¿dónde está mi casa?*”. Utrac señaló el rumbo nordeste, detalle importante que, con unos regalos adicionales, convenció a los indígenas (Moreno, 1942, p. 134-135; Bertomeu, 1949, p. 210).

Moreno puso su campamento a unos 25 m del toldo de Inacayal y este y Foyel lo visitaron. Moreno

les tradujo algunas partes del libro de Musters, donde se refería a ellos, con lo que se quedaron encantados y le hicieron preguntas sobre las estrellas que se observaban desde allí.

El 29 de diciembre, Moreno (1942, p. 135, 137) fue al toldo de Inacayal, junto con Utrac, Hernández y Gavino. Los indígenas ya estaban enterados del asesinato de los troperos y de la inquietud que existía entre los mapuches, y de que cuatro de los indígenas pertenecientes a la partida de 68 hombres (en Moreno, 1898, p. 267) que había hecho detener el coronel Villegas habían logrado escapar y llegar a los toldos de Shaihueque llevando la alarma. Moreno les pidió baqueanos para llegar al Nahuel Huapi y regresar a Tecka.

Los indígenas consideraban peligroso este viaje, tanto para él como para los indígenas amigos, por lo que finalmente resolvieron llamar a un consejo de ancianos. Utrac era partidario de ayudar a Moreno, pero Foyel pidió tres o cuatro días para ponerse de acuerdo con Inacayal.

El 30 de diciembre, Inacayal (Moreno, 1942, p. 136) le avisó que estaba listo el Consejo. Las discusiones las dirigía Puilchicaya, que se llamaba a sí mismo “Gobierno Nacional”, que tenía malas relaciones con los mapuches, era un ocupante permanente de la región y consideraba visitantes a los demás caciques tehuelches y gennakenes. Por eso, Inacayal y Foyel, que vivían más al norte, estaban acampados allí de manera temporal, debido a la mayor disponibilidad de caza.

Los consejeros estaban en contra del viaje, pero finalmente asintieron y dispusieron que Utrac acompañase a Moreno.

Hacia el Nahuel Huapi

El 1 de enero de 1880, Moreno envió un telegrama (sin destino aclarado) (Archivo Gral. de la Nación, Legajo 1 de F.P. Moreno, Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 88) diciendo que iba hacia el norte con caballos prestados por los indios “*a explorar la entrada de Nahuel Huapi, la falda de los Andes por sus bosques y pasos*”. Anunciaba también que a fines de marzo regresaría para seguir hacia el sur.

El 5 de enero, Moreno (1942, p. 178-179, 196-197) redactó un informe para el Ministro Benjamín Zorrilla, en borrador, escrito en lápiz sobre su dic-

cionario, que envió a El Carmen con un chasque, según el cual, debido al mal estado de los caballos, se quedaría un mes y medio en el lugar, tiempo durante el cual continuaría con las exploraciones. Pensaba, en 3-4 días, dirigirse, con caballos prestados, hasta el lago Nahuel Huapi para explorar sus márgenes sur y este, aunque no cruzaría el río Limay debido a la mala predisposición de los Manzaneros, que habían sido mal aconsejados por Namuncurá. Luego, a fin de enero, regresaría a Tecka o Esquel faldeando los Andes. A continuación y con la mitad de la gente, si es que conseguía más caballos, se dirigiría hacia el oeste y posteriormente regresaría a Tecka. Luego se dirigiría hacia sur, hasta el río Senguel o Senguer, y siguiendo sus márgenes, llegaría al Chubut. Desde allí volvería a Patagones por la costa, con el auxilio del Vigilante, confiando en llegar a Río Negro para el 15 o 30 de marzo e iniciar la exploración de Santa Cruz. Recomendaba la actuación del Ing. Francisco Bovio y pedía autorización para premiar con dinero a sus dos baqueanos, D. Hernández y Gavino García.

A esta altura, en ciertos ámbitos del gobierno nacional existía una evidente molestia por las acciones adoptadas por Moreno. Al respecto, el diario *La Nación*, en la página 1 de su edición del 11 de enero de 1880 informaba, bajo el título "La exploración de las costas australes": "El Gobierno Nacional dictará mañana o pasado un decreto importante relativo a la Comisión Exploradora de las Costas Australes de la República. Hallándose el naturalista Moreno ocupado en explorar diversos puntos interiores de la Patagonia, y siendo urgente que aquella comisión llegue cuanto antes a las Costas del Sud, donde la Nación tiene intereses que necesita conocer bien y vigilar, el gobierno ha resuelto reemplazar al Sr. Moreno en la presidencia de dicha comisión. Parece que el mismo Dr. Moreno había significado el deseo de ser relevado, para poder contraer todo su tiempo a otro género de investigaciones. Aún no ha sido designado el reemplazante (...) Son candidatos [Lista, Oneto] "(...) Inmediatamente que el Gobierno haga el nombramiento, el designado partirá de esta ciudad en la cañonera Paraná para tomar el vapor Vigilante (...) que ha sido dejado por el Dr. Moreno en el Puerto de 'San Antonio'. El naturalista Moreno debe hallarse actualmente en las inmediaciones de las tierras que ocupa la tribu del cacique 'Inacayal', cerca de 'Las

Manzanas' y a poca distancia del Limay. Acompaña al Dr. Moreno el Ingeniero Bovio, que hacía parte de la expedición exploradora".

Posteriormente, el 23 de enero, el Ministro Benjamín Zorrilla envió a Oneto, Comisario de la Colonia de Chubut desde 1876, una serie de instrucciones para la "Comisión Exploradora de las Costas Australes" (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 90). Oneto debía trasladarse "sin pérdida de tiempo al Golfo de San Matías, donde se encontraba el vapor aviso 'Vigilante' y comunicar al Comandante de este que por Resolución Superior se había dispuesto que la exploración de las Costas Australes continuase bajo su dirección". En seguida debía ir a la 'Colonia Chubut', desde donde debía dar cuenta al Gobierno de lo ocurrido hasta entonces, y elevar un inventario de las existencias que hubiere encontrado a bordo en víveres, instrumentos y otros enseres, como así mismo "una relación sucinta de las operaciones del buque desde su salida de Buenos Aires". Los gastos y eventuales que pudiesen producirse en el curso de la expedición debían ser atendidos, por acuerdo de todos, con los fondos entregados en dinero efectivo a Moreno. De esta manera, la Comisión Exploradora quedaba compuesta por "Gefe D. Antonio Oneto, Ingeniero hidrógrafo D. Francisco Bovio, Perito Agrónomo y reconocedor de los huanos Don Adrián Gallegos, Fotógrafo D. José Inchaumendieta". Se aclaraba que en caso de que no se encontrase a bordo el Ingeniero Bovio, debía continuar desempeñando las funciones de aquel un oficial de la armada designado por el Jefe de la Comisión. Finalmente se dejaba en claro que si Moreno llegaba al vapor "Vigilante" antes de partir este hacia el Sud, y estuviera dispuesto a cumplir esas instrucciones, quedaría al mando de la Comisión, y Antonio Oneto continuaría con el carácter de miembro de la misma.

De acuerdo con estas disposiciones, el 11 de febrero el Ministro B. Zorrilla le envió un telegrama al Subteniente Eyroa, a cargo del "Vigilante" con la siguiente orden: "Se pondrá usted a las órdenes del Señor Onetto nombrado Gefe de la comisión exploradora" (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 88).

Mientras Moreno estuvo en el oeste patagónico, la tripulación del *Vigilante* se había dedicado a buscar agua dulce en San Antonio y habían hecho, al norte

de Punta Villarino, dos pozos de poca profundidad que solo dieron agua salada (Bertomeu, 1949, p. 267).

Oneto llegó a San Antonio el 1 de febrero, se hizo cargo del *Vigilante* y en tres días llegó a Patagones para esperar a Moreno, pero el 20 de marzo el Poder Ejecutivo dictó un decreto por el que, sobre la base del argumento de que la navegación en esa época era peligrosa, ordenaba que el *Vigilante* regresase y fuera entregado al Ministerio de Guerra bajo prolijo inventario (Bertomeu, 1949, p. 268-269).

Mientras tanto, Moreno (1942, p. 136) siguió sus exploraciones en el oeste del Chubut y Río Negro. Entre el 5 y el 7 de enero visitó los toldos de Puilchicaya (o Pichicaia) y exploró los valles inmediatos a los que consideró aptos para radicar una colonia agrícola-ganadera. Años después, al recorrer Moreno en 1896 (1898, p. 283, 286) esta misma zona, recordaría que, en 1880 “cuando mi visita al cacique *Pichicaia*”, había llegado más al sur de Tecka, hasta donde “una protuberancia volcánica cuyas lavas cubren las areniscas y conglomerados del Tecka superior, enangosta el valle por algunos centenares de metros, en forma de pintoresco “cañón”.

El 8 de enero, siguió viaje, dejando el equipaje, colecciones y cuatro hombres (Moreno, 1942, p. 137; Ygobone, 1954, p. 154). En Kashkell comenzaron a trepar las serranías del oeste con el propósito de encontrar un camino para llegar al Nahuel Huapi por la región pre-cordillerana de los montes que había bautizado como Rivadavia, y luego regresar a Tecka por el valle longitudinal, cuya existencia suponía, entre la cordillera y la precordillera.

En la laguna llamada Suenca Pana, vio el primer arroyo que se dirigía hacia el oeste y cruzaba cerros con nieves perpetuas y que, convertido en río, desagaba en el Pacífico. Los indios le informaron a Moreno que, más al norte, en ese valle, corría otro río de N a S, que luego se dirigía al oeste cruzando las montañas. Aquí Moreno (1942, p. 137) destacó posteriormente el hecho de que la cordillera de los Andes estuviese “cortada por el río *Bio-Bio*, el desagüe del lago *Lácar*, los ríos *Aisén*, *Huemules* y además por otros tres, tenía para mi importancia excepcional, desde que tal hecho, rara vez señalado en la hidrografía de otros países, no se tomaba en cuenta en la redacción de las diversas proposiciones de la línea divisoria con Chile, tanto por parte de sus negociadores como por los

nuestros. Ante el concepto de la división de aguas en cadenas montañosas imaginadas por juristas eminentes en cuanto a las cosas de los hombres, pero ignorantes de las de la naturaleza que pretenden interpretar sin estudiarlas ¡quién me había de decir entonces, que andando el tiempo tendría que luchar sin descanso, durante años y años, contra el criterio que querían imponer algunos con su vana insuficiencia!”.

Llegó a Esquel, donde el cacique o capitanejo mapuche Huircao le advirtió que Shaihueque había enviado gente en su busca. Como el Ingeniero Bovio no estaba bien de salud debido a una vieja dolencia, la mala alimentación y las marchas forzadas, Moreno (1942, p. 138) lo envió de vuelta a Tecka con la mitad de la gente, mientras que él siguió hacia el norte con Utrac.

El 11 de enero pasaron el paradero de Quelujagiro y entraron en tierras desconocidas, los antiguos pagos de Chululakenes, al oeste de las cuales, los indios le informaron que existía un gran lago cuyo desagüe también cortaba la cordillera [actual región de Cholila]. Allí cerca pararon en Caguel Huincul (colina atravesada), mamelón volcánico, donde estaba acampada la familia de Utrac y donde permanecieron hasta el 16. Desde este lugar, visualizó hacia el oeste una hondonada, que atribuyó al lago Puelo, aunque en realidad correspondía al Epuyén, error que reconocería al visitar el mismo lugar posteriormente en 1896 (Moreno, 1898, p. 274).

Gavino le contó, junto a un fogón, que en la zona había envenenadoras y le aseguró haber perdido un hijo, víctima de ellas, en ese mismo lugar, por lo que le aconsejó no comer nada que le ofreciesen las mujeres. Moreno (1942, p. 138) y Hernández no le hicieron caso.

Cuando una jovencita, a la que Moreno le había hecho unos regalos, le insistió en que no comiese unas frutillas, se las cedió luego de probarlas, interpretando que ella las quería. Al sentir los primeros síntomas de envenenamiento, Moreno tomó láudano, mientras que Hernández recurrió a una “*machi-hechicera, médica del lugar*” que cantaba alrededor del paciente haciendo ruidos con unas piedrecillas dentro de una vejiga, pero el estado de Hernández se agravó.

Utrac le contó entonces a Moreno (1942, p. 139) que había sido envenenado por una mujer que tenía

en ese lugar, la que había sido informada de que tenía otras dos, en Río Negro y en el Nahuel Huapi, y que adquiriría otra en Patagones, motivo por el cual quería impedir que Utrac siguiese viaje.

Moreno (1942, p. 149) continuó viaje hacia el norte, el 16 de enero, acompañado por Utrac, Gavino, los marinos del *Vigilante* Juan González (Melgarejo), Antonio Van Titter y el policía de Viedma, Celestino Morón, pero debió dejar a Hernández en el toldo de uno de sus parientes, donde murió un mes después (Moreno, 1942, p. 205; Berteau, 1949, p. 275; Ygobone, 1954, p. 155).

Años después, el 12 de abril de 1896, recordaría Moreno (1898, p. 272) al pasar por el abra de Apichig, que se halla al noreste de Caguel Huincul, que “*en esa abra acampé en Enero de 1880 y allí quedé enfermo mi buen guía, el pobre indio Hernández, que murió en los toldos inmediatos víctima de su confianza en la médica de la tribu*”. Aunque para ese entonces todo había cambiado, pues en la primera oportunidad “*bello motivo para un Jacques, era el rebaño de limpias ovejas pampas que vi entonces, próximo a los toldos*”, mientras que en 1896, Moreno (1898, p. 272) registraría con tristeza: “*el bosquecillo de ese triste campamento había sido quemado y las tolderías desaparecido con sus habitantes, esparcidos a los cuatro vientos: ¡pobres indios que jamás hicieron mal a nadie y que no cometieron más crimen que el de nacer indios!*”.

En el Nahuel Huapi

El 17 de enero pasaron la toldería del capitanejo hostil Royil (Moreno, 1942, p. 140), en la que, para suerte de ellos, estaban todos borrachos. Allí los encontró un enviado de Shaihueque, con una carta escrita por Loncochino, como “*Secretario de mi Superior Gobierno Don Valentín Shayhueque*”. Sobre la misma, Moreno (1942, p. 199-200; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 64) anotó que se la entregaron en el Nahuel Huapi.

La carta, fechada en Caleufú, el 15 de enero de 1880, llevaba el encabezamiento “*Gobernación Indígena de las Manzanas*” y estaba dirigida a D. Francisco P. Moreno y “*mis dos sobrinos Dn Francisco Hernández y Dn Gavino N.*”. Allí decía que, sabiendo que Moreno se dirigía a esa gobernación, hacía un mes que había dispuesto que Loncochino con 35 hombres – aunque Moreno en su

nota sobre la carta decía que eran 60 y posteriormente (Moreno, 1942, p. 142) que eran 75- lo recibieran de acuerdo con la estima que le tenía, tipo de recibimiento que desmentía las noticias recibidas por Moreno de que Sayhueque había enviado a Mackinchau gente para matarlos. Sostenía que esas noticias eran falsas, que esa gente había sido enviada para escoltarlo y protegerlo y que, desde que tuvieron la dicha de conocerse y estrecharse la mano le había tenido aprecio y consideración, le había prometido fidelidad y, por todo ello, se había hecho su compadre, todo lo cual ratificaba y ratificaría.

A continuación le informaba que el ahijado de Moreno, hijo de Shaihueque, Francisco Guilliqueque, estaba bien, muy grande y gaucho. Luego los invitaba (Moreno, 1942, p. 140) a que llegasen hasta la gobernación para conversar personalmente y para que él pudiese alegrarse con la presencia de ellos. A continuación, decía que le habían informado que se creía que las tribus que mandaba habían asaltado carretas de la guarnición de Choele Choele, pero que él sabía que ese crimen lo habían cometido indígenas del norte que se habían trasladado por el río Limay, pasando por el costado a sus tribus para no aparecer como responsables de lo hecho. Por todo lo cual estaba muy disgustado por el hecho de que se considerase a su Gobernación responsable del crimen, aunque como él cumplía religiosamente con sus promesas no creía que el Gobierno Nacional y sus funcionarios creyesen lo que los picunches decían en su contra (Moreno, 1942, p. 199-200).

Moreno (1942, p. 140) resolvió seguir viaje porque no quería retroceder sin haber conocido la topografía de los alrededores del Nahuel Huapi y “*la región del famoso paso de Bariloche*”, pensando que “*a la falsía opondría la astucia*”.

Según Moreno (1898, p. 258) en 1876 sólo había alcanzado la margen norte del lago y ahora quería conocerlo “*en sus complicadas riberas del sud y del oeste*”.

La noche del 17 al 18 de enero de 1880, la pasaron “*en la garganta frente al Cerro Tupuán*” (Bertomeu, 1949, p. 275), y el 18, a la mañana, bajaron la ladera y al pie de la misma encontraron “*un pequeño campamento indio, ocupado por algunos araucanos y valdivianos. Estaban estos precisamente entregados a una de esas borracheras tan comunes en las faldas de*

los Andes, cuando, en la primavera, el derrite de las nieves permite el paso a los aucaches comerciantes del asqueroso aguardiente de Tolten. Esa noche habían llegado dos de estos, con cuatro barriles destinados a la compra de caballos en las tolderías de Inacayal, barriles que habían sido confiscados por un capitanejo de Shaihueque” (Moreno, 1898, p. 259).

Siguieron viaje después de unos minutos en dirección noroeste, atravesaron un torrencioso río y llegaron al lago Nahuel Huapi, “frente al sitio en que acampé en la orilla opuesta, en 1876”. Allí encontró algunas chozas y acampó.

Las chozas eran de unos indios valdivianos, a los que Inacayal “propietario, según él, de las regiones del lago”, había dado permiso para que se establecieran para labrar “dando así los primeros pasos en la vía del progreso tan poco hollada por el indio”. “Los nuevos pobladores habían levantado ese plantel modesto de una futura ciudad argentina, donde encontré plantíos de maíz, cebada ya espigada y varias legumbres”. Allí, en la explanada, levantó Moreno (1898, p. 260) “la bandera argentina, que reflejaba por segunda vez sus colores en las aguas y en los hielos andinos”, e instaló el campamento y armó el teodolito ya que “el instrumento les inspiraba respeto, pues lo consideraban arma poderosa”. Además, su “ejército de cinco hombres se turnaba de centinela en la altura, rémington al hombro, pues nos encontrábamos a día y medio de camino de las tolderías de Shaihueque”.

En este mismo día (Moreno, 1898, p. 263) observó que en “el fondo sudoeste, están las bellas montañas de cumbre aguda como una cuchilla inmensa, cubierta de hielos eternos, a las que he dado el nombre de Vicente López, el inmortal autor de la canción nacional argentina”. Al respecto le escribió a Lucio López unas líneas en las que “le decía que había dado el nombre de su abuelo, una de nuestras glorias patrias, al cerro nevado que dominaba mi campamento en el lago” (Moreno, 1942, p. 150). Allí también aclaró que Tequel-Malal se encontraba en realidad en la margen noreste del lago. En una nota publicada por el diario *La Nación* del 7 de diciembre de 2003 se ubica esta localidad en el este del lago Nahuel Huapi, a 15 km de Bariloche, donde estaban las tres cavernas del viejo volcán Cerro Leones de 987 m de altura, que los antiguos tehuelches llamaron Tequel-Malal hasta que Moreno lo rebautizó. En el

lugar, Moreno descubrió el sitio arqueológico que los aborígenes habían abandonado como morada y solamente era un cementerio con cuerpos momificados “dispuestos uno sobre otro”. Las cuevas fueron usadas, como taller (la más pequeña), otro sector oficiaba de cocina y otra había sido un dormitorio colectivo y luego fue usada como cementerio. Todos los objetos y esqueletos hallados habrían sido trasladados por Moreno al Museo de La Plata.

El 20 de enero, Moreno (1898, p. 261-262) fue hacia el noreste, hasta la salida del río Limay. Observó la llanura que cruza el Ñirehau y subió a las rocas que se hallaban al este, donde descubrió “*algunas cavernas que habían servido de habitaciones humanas*” y halló un cráneo humano. A los pies del cerro “*se desarrollan las tres bahías que preceden la salida del Limay*”. En 1896 diría que “*allí probablemente fue donde el general Villegas hizo flamear el pabellón nacional dos años después*” (Moreno, 1898, p. 262).

El 22 de enero la actitud cada vez más amenazadora de los indígenas lo hizo levantar el campamento por más que hubiera querido quedarse más tiempo para hacer un relevamiento más completo del lago (Moreno, 1898, p. 264). Empezó la marcha hacia el oeste, bordeando el lago, pues quería recorrer toda la orilla sud y llegar a Tecka por entre la cordillera “*burlando así a los mapuches*”. Midió un diámetro de 8 metros en el tronco del *Notofagus* que años después dominaría la población de San Carlos, y el llamaría “*el venerable del lago*”.

El 23 de enero, Moreno (1942, p. 141; 1898, p. 267; Bertomeu, 1949, p. 33, 221; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 67) descubrió “*(...) un nuevo lago, al que allí mismos bauticé con el venerado nombre del Dr. Juan María Gutiérrez*” diciendo: “*Cuando yo era niño, el anciano que llevaba ese nombre me encantaba con sus descripciones magistrales de la naturaleza americana, que tan bien sentía y de la que él era una de las más bellas y más fecundas emanaciones; más tarde su amistad me fue preciosa y sus palabras de aliento nunca me faltaron; tributo fue de admiración y gratitud dar su nombre a ese lago tranquilo y bello como su espíritu: el Lago Gutiérrez, bautizado así en memoria del venerable y nunca olvidado Rector de la Universidad de Buenos Aires, filósofo, literato, poeta, sabio, figura desde ese día en la carta del mundo*”.

Según Moreno (1898, p. 264) después de pasar la noche bajo un gran ciprés, al borde de un torrente, siguieron viaje y encontraron un sendero indígena “entre el bosque y las montañas”; llegaron a un arroyo que descendía del sud-sudoeste a cuyo lado había un campo sembrado de trigo “*propiedad del araucano chileno Colomilla, limitado por tierras cubiertas de turba que, estando inundadas, así como parte del bosque, nos cerraron el paso imposibilitando del todo la marcha al oeste*”.

Acamparon a orillas del arroyo frente a la península San Pedro. Moreno dejó al grupo y con un acompañante avanzó hacia el sudoeste siguiendo el torrente. Llegó a un lago escondido en el cual encontró signos de arreglos hechos por el hombre, piedras arregladas y palos trabajados con hacha y barreno. Los atribuyó a los misioneros jesuitas que “*comunicaban por allí con Chile*”.

Escribió Moreno: “*No me cabe duda que ese día encontré el famoso ‘Paso de Bariloche’*”. Según Moreno (1898, p. 265-266) “*El camino jesuita costeaba ese lago (que no mencionan, sin embargo, las antiguas crónicas, las que no contienen sino insignificantes detalles sobre el paisaje), ascendía una montaña baja, y descendía al poniente de los Andes al Lago Calbutue probablemente, que ha examinado el capitán Vidal Garmaz, quien indica al oriente de dicho lago, una gran abra por donde afirma que pasara dicho camino. Así un chileno y un argentino hemos señalado los extremos del antiguo camino, que reconstruido, comunicará los dos países, estableciendo relaciones comerciales importantísimas. Para mí, una de mis grandes compensaciones en mi vida de viajero ha sido aquel descubrimiento, al pensar en las trascendentales ventajas que podrá reportar cuando la civilización explore detenidamente aquellas regiones*”.

Dejó al caballo y siguió a pie por la orilla del lago, pero el bosque le impidió el paso después de varias horas de andar (a las cinco de la tarde). “*Desde ese punto, a doscientos cincuenta metros sobre el pequeño lago, no divisamos montañas al oeste; el lago continuaba en esa dirección, sin que pudiéramos ver su extremo, y sus orillas continuaban formadas por elevadas colinas que precedían grandes montañas. No son, pues, las rocas ni las nieves lo que impide el paso al territorio chileno, sino los bosques que el hacha puede derribar. Retrocedí con sentimiento, prometiéndome*

regresar al siguiente día con toda la gente, para pasar por allí al seno de Reloncavi y ser los primeros en abrir la comunicación internacional deseada”.

En 1896 Moreno (1898, p. 209) volvió “(...) a visitar el lago Nahuel-Huapi, reconociendo su margen Sud, hasta los fjörds del Occidente (...)”. Pero no volvió a mencionar el “pequeño lago” que se extendía hacia el oeste [Podría tratarse del Brazo Tristeza del mismo lago Nahuel Huapi, aunque en los mapas actuales se hace casi imposible ubicarlo sobre la base de tan breve descripción].

Moreno apresado y llevado a Calefú

El 26 de enero, al aproximarse al Nahuel Huapi, buscando “*la aguja del añoso ciprés*” Moreno previó la posibilidad de que los nativos intentasen detenerlo, pero consideró que si estos le cerraban el paso hacia el sur podría escapar por el “*paso de Bariloche*” que “*tenía por delante*” (Moreno, 1942, p. 141; Moreno, 1898, p. 267; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 67-68).

Allí mismo aparecieron los indígenas y lo escoltaron hasta el ciprés, donde ya estaban los cinco hombres que lo acompañaban, que no habían podido defenderse de los mapuches que los habían tomado prisioneros, capitaneados por Chuaiman, hijo del cacique Molfinqueupu (pedernal sangriento) y hermano del jefe de un grupo que el coronel Villegas había apresado en el Río Negro.

Según Moreno informó, en una nota del 26 de enero, dirigida al Ministro Zorrilla, había caído en “*un lazo hábilmente tendido por los indios*” (Diario *La Nación* del 29 de febrero de 1880; cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 92).

En el relato de Paul Groussac (1920, p. 272-274): “De mañana, en la deliciosa frescura de este clima montaños, cuyo verano se parece al otoño nuestro, recorro la población naciente, sin interés ni carácter: un centenar de casas de madera, algunas tiendas y barracas, dos o tres oficinas nacionales, en comunicación telegráfica con la capital del territorio (...). Es todo o, por lo menos, ello sería todo para mí, si las ‘autoridades’, celosas de las glorias locales, no me llevaran procesionalmente hasta la colina que domina la espléndida cuenca lacustre, donde se alza, protegida por una cadena fijada a cuatro postes, la reliquia histórica de la población. Esta es nada menos que el gigantesco ciprés a cuyo tronco (según una

leyenda que el héroe, si no la inventó, vio arraigarse sin displicencia) el explorador Francisco P. Moreno, que llena con su nombre y airosa figura este su conchado pericial, quedó atado no sé cuántas horas, por los indios de Shaihueque, esperando, como Chactas, el último suplicio, en el centro de una ronda infernal que le entonaba su canción de muerte!!! Se cree, sin embargo, no ser todo fantasía en el trágico lance. Aunque Moreno, en ninguno de sus relatos patagónicos explica categóricamente la cupresina aventura, no parece dudoso que pasó bajo el árbol fatídico su 'noche triste', debiendo, al día siguiente, acudir a la cita del mencionado cacique, que tenía su toldería unas diez leguas al norte, en los Manzanos".

Sin embargo, el ciprés al que fue llevado Moreno no es el mismo que se encontraba en la actual localidad de Bariloche y que él denominó "el venerable del lago" sino que era uno ubicado más al oeste, en Playa Bonita.

Al respecto, la escritora Ada M. Elflein [primera mujer que fue designada miembro de la Academia Nacional de Periodismo] sobre la base de lo que le relató el mismo Moreno, escribió "(...) En una de las calles altas se levanta el símbolo de Bariloche, 'el venerable del lago', como le llama en sus recuerdos de exploración el doctor Moreno. Es un enorme ciprés, a cuya sombra acamparon generaciones de salvajes ha tiempo extinguidas, y donde una leyenda tenaz como el árbol mismo, quiere que los indios hayan prendido y atado al doctor Moreno, en tiempos del poderoso Shaihueque. El hecho sucedió realmente en el lugar llamado hoy Playa Bonita, a algunos kilómetros al Oeste de Bariloche; pero los colonos han vinculado el patriarca sobreviviente de la selva, robusto y perenne, con el nombre del argentino que exploró y estudió aquellas comarcas. Cuidan el ciprés como una reliquia, y como grato presente obsequian al forastero con una ramita del árbol histórico" (Elflein, 1917, p.127-129).

Moreno atribuyó (en Moreno Terrero de Benites, p. 68) el que no les hubieran hecho daño al hecho de que los acompañaban Utrac, hijo de Inacayal, que se consideraba su "hermano", y de Gavino, que era pariente lejano de Shaihueque.

En realidad, los indígenas no se habían presentado como enemigos, sino que querían, con la persuasión de sus lanzas, llevar a Moreno a Caleufú

para que, desde allí, pidiera al Gobierno Nacional la libertad de los indios hechos prisioneros por el coronel Villegas.

En la partida también estaba Loncochino "el mestizo valdiviano más taimado y traidor que haya cruzado los Andes" (Moreno, 1942, p. 142; Bertomeu, 1949, p. 227, 236).

Moreno (1942, p. 142; Bertomeu, 1949, p. 236; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 68) convenció a los indígenas de que debía reunir a toda su comisión, para lo cual tenía que enviar una orden a Bovio a fin de que todos se reuniesen en los toldos de Caleufú. Con tal fin le permitieron enviar tres emisarios con una orden escrita, aunque verbalmente envió otro mensaje, diciendo que debían permanecer en Tecka y esperar el desarrollo de los acontecimientos. Así logró advertir a Bovio sobre lo que sucedía, salvar las colecciones que envió con los mensajeros y liberar a tres hombres.

Al tomar rumbo a los toldos de Caleufú, lo acompañaban el entrerriano José Melgarejo, el belga Antonio Van Titter, además de Utrac y Gavino. A los dos días de marcha, llegaron al punto donde Musters cruzó el Limay y en las inmediaciones del lugar donde naufragó Cox (Moreno, 1942, p. 143).

Mientras tanto, Moreno iba planificando la huida, que solamente resultaba factible por agua, para lo cual le sirvió el recuerdo del diario de viaje de Villarino. Fingió estar débil y con fuertes dolores en las piernas y que no le gustaba el agua. De esta manera, prestó especial atención a la forma en que se construyó la balsa para cruzar el Limay en lugar de meterse en el agua y aferrarse a la balsa sobre la que iban los aperos y las pilchas, Moreno (1942, p. 143; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 68) pidió que lo dejaran echarse sobre ellos, ante las risas de los indígenas.

Tardaron tres horas en llegar al valle del Caleufú y según Moreno (1942, p. 144; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 69) antes de llegar a la toldería, descansaron un momento detrás de una pequeña loma, mientras aguardaban el aviso de que podían "acercarse", circunstancia que aprovechó para esconder entre las piedras dos cajas de sardinas y una de "pate de foie gras", el barómetro y otros instrumentos "que podían alarmar a los recelosos indios".

En Caleufú había más indígenas, los que insultaron a Utrac y Gavino por la ayuda que habían dado

a Moreno y manifestaron su envidia por el éxito de la campaña, de Chuaiman, especialmente por haber participado muchos de ellos de las partidas que lo habían buscado sin éxito. Los indios bebieron sangre caliente de yeguas recién degolladas, en medio de gritos estridentes de guerra y venganza.

Años después escribiría Moreno (1898, p. 209): “(...) llegué por segunda vez a las tolderías de Shaihueque, en mucho peores condiciones que cuatro años antes, y pude ser testigo de los últimos días de existencia de las tribus nómades y salvajes (...)”.

Después de aguardar y recibir el golpe de algún hueso arrojado por los parientes de los indios que tenía presos el coronel Villegas, Loncochino le avisó que podía entrar al toldo.

Antes de hacerlo, Moreno recomendó a sus compañeros que no ofreciesen resistencia, aunque les quitasen las armas y el equipaje, que no mostrasen alarma y que no dejaran que les tocasen nada de “*los harapos que les servían de trajes*”, pues los indios respetaban el valor personal.

Moreno (1942, p. 145) entró al toldo de Shaihueque con actitud desafiante.

Shaihueque estaba recostado en un colchón de pieles que le servía de trono y cama, ubicada delante de los “*establos*” de sus cinco mujeres. Se levantó y le tendió la mano, que Moreno no tomó.

“*Amigo, compadre ¿no dando la mano derecha?*”, dijo Shaihueque indignado ante la actitud desafiante del prisionero que se negó a estrechar su mano.

“*No, compadre*”, respondió Moreno sin inmutarse y manteniéndole la mirada con firmeza”.

“*La fiera sonrisa de su cara de león altivo expresó viva contrariedad, que se tradujo en un grito destemplado: ¡Loncochino!*”

Al instante irrumpieron en el toldo del cacique su secretario, y los caciques y capitanejos, entre los primeros Puelmanque (Cóndor del Este), Molfin-Queupu y Chacayal, este último decidido enemigo de Moreno. Tras ellos un centenar de indígenas de menor cuantía.

El cuadro era como para helar la sangre del más bravo guerrero. Junto a Shaihueque, sus prisioneros; frente a ellos, en semicírculo, sentados sobre el suelo del gran toldo, “*esos hombres medio desnudos, pintarrajados las caras y el pecho, con largas melenas y erizadas algunas plumas de halcón, moviéndose ner-*

viosamente, respirando sangre, colgando las hondas y boleadoras del cinto, y que hacían hoyitos en la tierra con sus largos facones (...) en gran parte parientes de los prisioneros de Río Negro” (Moreno, 1942, p. 145; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 69).

Moreno se mantuvo impasible. Vestía el uniforme de sargento mayor, bajo la chaquetilla, en el pecho, ocultaba la bandera argentina y, en la espalda, “*bajo la camiseta*” colgando de un tiento sujeto al cuello, un revólver.

Se trataba del mismo revólver que conservaría su hijo Eduardo V. Moreno, actualmente depositado en el Museo de Parques Nacionales en San Carlos de Bariloche, en el que había escrito con una aguja la siguiente inscripción, poco legible: “*Las Flores, Azul, Roldán, Indio Rico, Bahía Blanca, Punta Alta, Nueva Roma, Salinas, Río Colorado, Patagones, Bahía San Blas, Aguada de los Loros, Guardia General Mitre, Bajada de Balcheta, Isla Choele Choele, Chichinal, Cheynal geyu, río Limay, Chaleun geyu, Choica geyu, Fuen geyu, Ranquil, Trimnao, Collón Curá, Caleufú, Nahuel Huapi, F.P. Moreno 1875. Chilchiuma. Quem quim Luen, Chimehuin. Octubre 4-80. Pilcan. Pungei Lien. Quelen geyu. Buenos Aires*”.

Así el “*Toro Moreno*” o “*Valiente Moreno*”, como le decían los indios, enfrentó en ásperos diálogos a Shaihueque y sus capitanejos (cf. Moreno, 1942, p. 146-148; Bertomeu, 1949, p. 239-242; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 70-71).

Reunido de esta forma el Parlamento del Superior Gobierno de las Manzanas, con Loncochino, el platero valdiviano Flandes y el indio chileno Cochi-Miguel actuando como intérpretes, y sentado frente a Moreno, y Utrac y Gavino a ambos lados de Moreno, Shaihueque se dirigió nuevamente a su prisionero:

Amigo, compadre.

Moreno no le respondió. Shaihueque hablaba en araucano y Moreno pidió a Loncochino que tradujese. Este lo hizo:

Miren como el “*huesa-huinca*” (cristiano feo, abyecto) calla. No puede hablar de miedo. Tiemblan sus dientes.

Moreno, sin inmutarse, le contestó:

¿Desde cuándo se le trata al cristiano como a un perro? Antes de hacerlo hablar se le da de comer.

Moreno se atenía a las reglas de etiqueta mapuche. La “buena Fia, mi comadre, la salvadora del viajero *Musters*”, le trajo un plato de hígado crudo de yegua, polvoreado con sal y ají.

Moreno comió sin hablar y cuando terminó comenzó el parlamento. Moreno le dijo a Shaihueque, a través de Loncochino:

Dígale al compadre que puede hablar.

Shaihueque le dijo:

¿Por qué el cristiano no ha mandado chasques avisando que caminaba por tierra de mapuches? ¿Por qué anda escondiendo la casa lejos de las casas? ¿Acaso tiene mal corazón y busca el daño para los dueños de los campos? ¿Por qué anda haciendo brujerías en la gran laguna? (Esto último en referencia a un perro que Moreno había encontrado en el bosque cuando llegó al Nahuel Huapi y que los indios creían había hecho nacer del lago), ¡Conteste por qué! ¡Si no habla será un perro!

Los únicos perros que hay aquí son sus indios –le contestó Moreno–, *son perros que menean la cola antes de ladrar. ¿Por qué me manda llamar como amigo y me trata de enemigo? Nadie se ha acercado al llegar, en cambio se me ha insultado. ¡Si yo lo hubiera sospechado no vengo!*

Chacayal ofendido gritó:

Arrastrándome como serpiente hubiera alcanzado al ‘hueza huinca’ [cristiano feo]. Chacayal no teme al F’ta Trancan –Tralcan [Gran trueno, en referencia al teodolito de Moreno, que para unos indios era un cañón capaz de matar cien indios de un tiro. Para otros la huinca lo usaba para comunicarse con el sol en sus brujerías].

Dígale, Loncochino, a mi compadre –prosiguió Moreno– *que lo que pretende que haga no lo conseguirá. Quiere que escriba al gobierno para que “suelte” a sus indios. ¿Acaso me consta que sean inocentes? ¿Acaso yo mando al gobierno? ¿Acaso este va a creerme desde que le escribo preso, porque tendría que decirle la verdad y vería que los mapuches no son ya sus amigos? ¿Quiere que yo quede aquí hasta que vuelvan todos los prisioneros? Será para siempre, puesto que no pienso escribir. Me dice mi compadre que yo valgo mucho en mi tierra. ¿Quién se lo ha dicho? ¿Qué le importa al gobierno que no vuelva más! Tienen miles de hombres para reemplazarme y en cambio ustedes aquí son pocos y muchos los indios presos. Sean enemigos*

de todos los cristianos que estos pronto acabaran con Uds. Más blanquean en el campo los huesos indios que los nuestros. Si alguna vez salgo de aquí, los he de ver a todos presos en Buenos Aires como yo estoy ahora (...) ¡Allí, los espera Pincen!

¿Recuerda mi compadre la lanza que con el caballo “tapayu” me regaló cuando éramos amigos? Con ella está retratado el toro Pincen, como lo llaman aquí, y su retrato sirve de ‘collon’ [máscara] para asustar a los muchachos [esta fotografía está en el Museo de Parques Nacionales en San Carlos de Bariloche]

¿Recuerda mi compadre la camisa de siete cueros de Cisnal que el bravo Chocorí, su padre, tiró cuando llevándolo en brazos disparó de los cristianos en Río Negro? ¿La recuerda? Pues bien, la tengo yo en mi casa, es blanca, con rayas coloradas. ¿No es cierto? En cambio, ¿qué tiene el mapuche que le haya quitado al cristiano? Nada más que mis regalos de amigo. Mande Shaihueque a Chacayal que salga afuera y que traiga los rifles de mis hombres; bajo mi corona esta la carabina; se la regalo. ¡Tome todo, vea, pues, si su compadre tiene miedo en el corazón y si le tiemblan los dientes!

Se paró y habló Chacayal:

Muy malo es el cristiano, cuando así habla aquí solo; en su campo ni siquiera nos miraría.

Siguieron varias horas de discusión, en las que los indígenas exageraban sus fuerzas y, como admiradores del coraje, intercalaban expresiones tales como:

Muy toro F’vinte [Muy valiente (coronel Lorenzo) Wintter]. ¡Muy toro!

¡Muy toro F’viyega! [Muy valiente (coronel Conrado) Villegas]. ¡Muy toro or’g-tega! [Muy valiente (coronel Rufino) Ortega] ¡Toro también!

Luego que se pusieron de acuerdo en que también los cristianos eran valientes, Moreno accedió a escribir al coronel Wintter para que liberara a los indios prisioneros.

Terminado el parlamento Shaihueque insistió en que Moreno viviese en un toldo, pero Moreno (1942, p. 149) se fingió enfermo y pensando que le sería más fácil escapar de una carpa le pidió prestada la que le había regalado en su viaje anterior.

Melgarejo y van Titter ayudaron a Utrac y Gavino a armarla a solo 4 metros del toldo de Shaihueque, con la puerta mirando al este, de forma tal

que ningún toldo se interpusiese en esa dirección. Allí durmieron los cinco con Cochi-Miguel y un indio fiel a Utrac cruzados delante de la entrada y sin guardias, pues parecía ridículo que intentasen escapar a pie.

Moreno trató de convencer a Utrac para que un indígena fuese a Teca, con el pretexto de pedirle al Ingeniero Obvio que fuese a Choel Choel e influyera en Villegas para liberar a los indígenas presos. Pero Moreno le escribió una carta en francés a medianoche, bajo la manta y a oscuras, contándole lo que sucedía, ordenándole alejarse en 15 días, tiempo en el cual Moreno trataría de escapar.

El 27 de enero, salió un indígena a mediodía llevando la carta en la vincha, de manera tal que el plazo fijado por Moreno (1942, p. 150) tenía vencimiento el 10 de febrero. Moreno durmió y continuó enfermo todo el día.

El 28 de enero, Loncochino le exigió a Moreno las cartas para el gobierno y este le pidió papel y tinta. Ese día y el siguiente (29 de enero) Moreno redactó las cartas. Shaihueque y Loncochino lo interrumpían a cada momento, pretendiendo que escribiese extensamente para demostrar la inocencia de los indios.

Entre ellas estaba la que había escrito a Lucio López diciendo que había bautizado con el nombre de su abuelo el cerro nevado que dominaba su campamento junto al lago Nahuel Huapi (Moreno, 1942, p. 150). Loncochino leyó las cartas en alta voz dentro del toldo e hizo tachar la mención a las “glorias patrias”, que hacía Moreno en referencia a López en su carta a Lucio López, pues al haber sido educado en una misión chilena el “gloria patri” le resultaba sospechoso (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 72)

Moreno también le escribió al coronel Winter, dos cartas iguales en francés. Una se la dio a Antonio, que la escondió en el cuello de su chaquetilla y otra a Melgarejo que la escondió en los bastos de paja de su recado. Allí pedía a Winter que no hiciese caso de las cartas oficiales que había enviado, que no liberase a los indígenas, que detuviese a los chasques y que lo dejase librado a su propia suerte.

Moreno convenció a los indígenas de que, si los chasques llegaban solos al fuerte podían correr peligro, por más que llevasen un salvoconducto firmado por él, por lo cual era conveniente que fuesen

acompañados. Así, el 30 de enero, día de salida de los chasques, Moreno logró que a uno de ellos los reemplazase Antonio van Titter. De esta forma, quedaron en los toldos de Caleufú, Moreno, Melgarejo y Gavino (Moreno, 1942, p. 151).

Camaruco de Quem-quem-treu. Condena a muerte de Moreno

Mientras tanto, según Moreno (1942, p. 151-152), llegaron malas noticias: la división del Coronel Ortega se aprestaba a iniciar una invasión, un chasque anunció que los indios morirían como pareció corroborarlo en la misma tarde el cometa de febrero de 1880.

Shaihueque resolvió entonces reunir a la Junta de Guerra de Quem-quem-treu. Al día siguiente, al dirigirse al lugar de la reunión encontraron un indio que se había escapado de Río Negro y contó el fusilamiento de otros dos que habían intentado huir con él.

Según Moreno (1942, p. 152, 202), el 3 a la madrugada, bajaron al llano y cuando el sol iluminó el Quetropillán (volcán Lanín) todos los guerreros estaban reunidos para el “Ancatrahum”. Se contó a la indiada, que resultó ser de 800 hombres, aunque Moreno sólo vio 480 y se hizo un simulacro de ataque a la frontera, donde los cristianos estaban representados por matas de pasto que los indios levantaban del suelo con sus lanzas.

A la voz del “Feta Lonco” (gran jefe) Shaihueque se reunió la Junta de Guerra de los capitanes para juzgar a Moreno. Este se defendió de las acusaciones, pero los indios se irritaron más con la llegada de dos chasques de Namuncurá que venían a pedir ayuda para oponerse al Coronel Ortega.

Hasta el antiguo amigo de Moreno, Ñancucheuque (o Ñancucheu), que no había concurrido por estar disgustado con Shaihueque debido a que un indio de su tribu había matado en borrachera a su yerno, mandó a preguntar por qué lo mantenían vivo.

Decidieron ocupar todos los caminos vecinos a la frontera y estar listos para el combate y, para aumentar el número de guerreros, resolvieron que todos los padres debían dar sus hijas a quien las pidiera, fuera pobre o rico.

Moreno logró que regresasen por la costa del río y observó todos los detalles de la costa del Collón Cura para preparar su huida.

Según Moreno (1942, p. 155) Shaihueque había mandado a buscar a Chile tres hechiceros notables para que dirigieran las rogativas al gran F'ta Huentru (el Gran Hombre) Anteu (Sol), que eran necesarias cuando el indio temía desgracias. Dos de ellos no vinieron temiendo encontrarse con un brujo (Moreno) con más fuerza. El tercero llegó mientras se hacía el parlamento de Quem-quem-treu. Eligió como escenario de sus invocaciones un matorral de manzanos junto al río y esperó hasta el 4 de febrero cuando con la bolsa de tripa llena de piedras mágicas, el tambor (rali) y los palillos, comenzó su trabajo durante la noche.

El 5 de febrero, al amanecer, el hechicero anunció: “*los cristianos invaden*”. Informado Shaihueque, este envió a Loncochino a despertar a Moreno, quien afirmó que el “machi” se había equivocado y aconsejó darle más elementos para su consulta. Con un nuevo rali y otros palillos el oráculo modificó la versión. El ejército avanzaría, pero contra los toldos de Namuncurá. Todo quedó tranquilo hasta mediodía, cuando se supo que un chasque se había ahogado en el Collón Cura, hasta donde, se decía, lo habían perseguido los cristianos. A la tarde llegaron algunas familias fugitivas con informaciones alarmantes pero contradictorias. La situación de Moreno se hacía más difícil y dio lugar a una ceremonia más importante: el Camarucun.

Así, el 6 de febrero, al rayar el alba comenzó la “Rogativa”, en el mismo lugar que en 1876, entre los toldos y el Collón Cura, por donde pasaba la senda de la leña, elegida para la fuga.

Moreno fingió estar muy enfermo y fue llevado de los brazos por Gavino y Melgarejo. Descansó en un molle y allí escondió las 3 latas que Gavino había recuperado del escondite anterior. Shaihuque presidió la ceremonia, lo rodeaban Chacayal, Loncochino, Yancamil, Quinchahuala y una serie de caciques y capitanejos. Más al poniente, el resto de la indiada, montada y a pie, y el resto de la chusma ancianos, mujeres y niños.

La ceremonia comenzó con el desfile de las víctimas, dos caballos, uno era alazán y lo habían pintado con rayas azules, simbolizaba la guerra, el coraje del indio; el otro era blanco, listado de rojo, representaba la paz, el buen corazón del indio. Montados sobre ellos, dos muchachos que llevaban

en ancas a una chinita, ataviados todos con vistosos trajes, adornados con sortijas y cascabeles (Berto-meu, 1949, p. 248).

En el espacio libre que quedaba, se habían colocado las cinco cañas sagradas que delimitaban el área del sacrificio. Entre ellas se hallaba Shaihueque. A su alrededor galopaban los indios. Terminada la marcha invocatoria desmontaron y degollaron los dos caballos. Siguió la danza y gritería, regadas con alcohol. Tres días y tres noches duraría el camarucun.

El 7 de febrero, siguió el “Camarucun” y Moreno (1942, p. 156-157) asistió a caballo, aunque el 8 de febrero, Shaihueque no le permitió moverse de la carpa. Moreno supuso que algo muy grave había ocurrido y a la noche se enteró por Gavino de que el “machi” había hablado con sus “walichus” y que estos, luego de muchas idas y venidas a Choele Choel, donde habían conversado con Villegas y Winter, contaron que muchos de los cautivos habían muerto y que los demás no regresarían a los toldos porque Moreno había escrito a escondidas que no los liberasen.

Esta información era fácil de presumir para el hechicero compatriota de Loncochino quien había supuesto que Antonio había llevado algún mensaje secreto. Poco después, un escapado de Choele Choel confirmó la muerte de los indígenas. Siguió una larga discusión sobre la suerte final de Moreno. El hechicero consideraba necesaria su muerte, arrancándole el corazón a orillas del agua, pero Shaihueque se opuso, pues su padre, Chocorí, al morir, le ordenó no manchar sus manos con sangre de cristiano pues “ropas cristianas lo envolvieron al nacer”. Además, Moreno era su compadre. Era mejor aguardar el regreso del chasque, mientras se sacrificaba un número doble de animales. De acuerdo con el telegrama de Moreno (1942, p. 202) a su padre, sería esta la ocasión en que fue condenado por el adivino a ser abierto vivo para ofrecer su corazón a Dios.

Moreno, como bien lo señaló su amigo Obelo, quizás por pudor y por estar más preocupado por la suerte de sus acompañantes, no dio mayor información, pero al respecto Ebélot hizo una descripción más detallada.

Según Ebélot (1961, p. 46; Blengino, 2005, p. 96-97), los aborígenes usaban en sus festejos los corazones todavía palpitantes que arrancaban a las yeguas como “pomitos” para embadurnarse unos a otros las

caras con sangre caliente, pero el festejo era mucho mayor si estrujaban “un corazón arrancado vivo del pecho de un cristiano”.

Según Ebélot (1961, p. 46; Blengino, 2005, p. 97): “mi valiente amigo D. Francisco Moreno, el sabio explorador de la Patagonia, (...) fue reservado para este objeto. Lo guardaban expresamente hasta el momento de los próximos regocijos públicos. Una de las personas que instaban con mayor ahínco para tener la satisfacción de usar el horrible pomito era la hija del cacique (...). Moreno en toda ocasión se ha resistido enérgicamente a confesarlo, y tendrá para ello motivos que respeto. Felizmente consiguió evadirse”.

Huida de Calefú

Durante la noche, dos indígenas armados con cuchillos se aproximaron a la tienda, pero se alejaron ni bien Moreno y sus acompañantes se levantaron. La situación se volvía insostenible.

El 9 de febrero, al amanecer, Moreno mandó a Gavino a que le pidiese un caballo a Shaihueque para asistir al sacrificio “villatun”. No hubo respuesta, hasta que aparecieron Shaihueque y Chacayal a caballo, borrachos, gritando insultos. Moreno los contuvo y le preguntó por qué no le habían mandado el caballo. Shaihueque se detuvo y le dijo que había perdido la tropilla, quiso apearse, pero se cayó frente a la puerta de la carpa. Chacayal continuó gritando pero nadie lo escuchó. Las mujeres tendieron mantas alrededor de la carpa y los indios comenzaron a beber. Moreno y Melgarejo se parapetaron en la tienda y se salvaron, pese a una puñalada que rasgó el poncho de Moreno (1942, p. 158). Utrac y Gabino se emborrachaban en otros toldos y, según Moreno, en telegrama a su padre, en este día hubo una gran borrachera en la que se salvaron de ser asesinados.

El 10 de febrero amaneció con indios borrachos tirados por todos lados, mujeres llorando, y heridos que pedían venganza a los gritos. A la tarde, los indígenas volvieron a vigilar los valles y la toldería quedó desierta. Moreno consideró que el momento era favorable para huir, aunque era importante hacerlo sin que lo notasen Utrac, Cochi-Miguel, y Rauque, el guardián que los vigilaba.

Moreno tenía un frasco con hidrato de cloral y bromuro de potasio, preparados para su viaje por el Dr. Pirovano. Como a Utrac le gustaba emborra-

charse y estaba triste porque no había más bebida, Moreno le dijo que tomase “michipulcu” (bebida hecha de una especie de pimienta fermentada). Como Utrac le contestó que era una bebida muy liviana, Moreno le dijo que en caliente no lo era y se ofreció a prepararla. Puso una caldera en el fuego con mitad de agua y mitad de semilla, sin gusto a cloral.

Para evitar la desconfianza, tomó un poco y los tres indios se tomaron todo el contenido de la caldera. Llegó la noche y todo era calma fuera de los toldos. Solamente se oía el canto monótono del adivino y los aullidos de las viejas que en el toldo de Shaihueque curaban a Cachul de la enfermedad contraída después de la orgía.

En su carpa, Moreno, Melgarejo y Gavino fingían dormir. Utrac, Cochi-Miguel y Rauque roncaban cloralizados en la entrada.

El plan era que Moreno (1942, p. 159-160) saldría primero hacia el molle por el pedregal suelto del Ya-la-ley-cura, río seco donde no dejaría rastros, para recoger el revólver y las cajas de comida, luego lo haría Gavino y finalmente Melgarejo quien debía robar un lazo de un caballo que pastaba en el lugar. Una vez juntos se dirigirían al río a recoger palos para armar la balsa.

Al caer la noche, Moreno salió siguiendo el camino de la leña, llegó al molle donde había escondido un revólver y las latas de conserva. Mientras aguardaba, revisó las dieciocho balas de que disponía. Pasaron tres horas sin novedades, hasta que llegó Melgarejo informando que Gavino no quería venir pues suponía que el hechicero, que había sabido lo que Moreno había escrito a Wintter, seguramente sabría por dónde se habían escapado. Moreno resolvió volver, enterró las cajas de comida y conservó el revólver. Utrac seguía durmiendo y Gavino estaba callado.

El 11 de febrero, a la mañana, Moreno permaneció acostado, pues como se había mojado las botas durante la salida nocturna los indios podían sospechar. Allí recibió la visita de Shaihueque que estaba interesado por su estado. Como se había acabado el cloral y consideraba necesario, para huir, alejar a Utrac y convencer a Gavino, le sugirió a Shaihueque que sería conveniente que Utrac volviese a los toldos de Inacayal a buscar al resto de sus acompañantes y a 50 indios como protección contra Namuncurá, de forma tal que, cuando los indios prisioneros fuesen

liberados por Wintter, él pudiera regresar a Río Negro con todo su grupo. Shaihueque y Utrac estuvieron de acuerdo.

Luego convenció a Gavino de que no debía creer en los poderes del hechicero, pues no había adivinado que la noche anterior habían tratado de escapar y que lo harían la noche entrante. Convencido Gavino, Moreno le ordenó que fuera a ver a Shaihueque y le dijera que él también quería irse, pero que alcanzaría a Utrac al día siguiente pues no podía abandonar a Moreno mientras siguiera tan enfermo, y que al despedirse en otros toldos, dijera lo mismo y que por no tener caballos le pidiera dos a Utrac. Como sus botas seguían mojadas, Moreno (1942, p.161) mandó a pedir a Loncochino el único libro de su biblioteca: “Vida de Santa Genoveva”, para que no desconfiase.

Vieron con alegría, debido al hambre que tenían, que carneaban una yegua para pagarle al brujo y lograron que Fia les diese algunas tripas. El “machi” se alejó a caballo con el resto de la carne, mientras Gavino se regocijaba de que no hubiese adivinado la fuga que preparaban.

Utrac se marchó con un caballo adicional y Moreno decidió que Gavino lo acompañase un trecho y llevase los caballos a pastar en la orilla del Collón Cura, cerca del vado que usaba Shaihueque cuando boleaba avestruces en la opuesta sierra de Moncol. Regresaría al caer la tarde y buscaría palos cerca del Collón Cura lo suficientemente gruesos como para armar una balsa, dos cabestros escondidos en el toldo servirían para ensamblarla. Gavino, al llegar a los toldos, dijo haber perdido un caballo y ató el otro cerca de la carpa. De esta manera, parecería que Utrac había llevado dos caballos adicionales, lo que haría que los indios pensasen que Moreno y Melgarejo habían huido con él.

Mientras tanto, Moreno fue con Shaihueque a jugar “choeca” (especie de hockey que jugaban los araucanos) y Melgarejo se quedó en la carpa durmiendo y cuidando el lazo que había robado y que, junto con el de Gavino, serviría para atar los palos de la balsa. Rauque (conocido asesino que sería fusilado en ese mismo lugar por las fuerzas del Coronel Ortega) fue alejado alarmado por Moreno sobre la tos que lo aquejaba.

Moreno (1942, p. 161-162) en mangas de camisa, con el revólver Smith Wesson colgado en la

espalda, debajo de la camisa y parado, pues el dolor de piernas no le permitía sentarse, pasó tres horas junto a Shaihueque, que estaba recostado en el suelo, mirando el juego.

Al anochecer, Moreno volvió a la carpa y encontró a Gavino con todo preparado para la fuga y con el caballo atado en un palo. Moreno le pidió a Shaihueque un poco de carne y este la hizo traer; la hizo asada y se quedó a comerla. Hablaron de la boleada programada para el día siguiente y luego se despidieron “*hasta el día de mañana... ¡cinco años después!*” (Moreno, 1942, p. 163).

Ni bien se quedaron solos, se pusieron de acuerdo sobre la huida: primero saldría Gavino, quien, si lo descubrían, diría que iba a un toldo cercano y si no aguardaría en el molle. Luego seguirían Moreno y finalmente, después de contar hasta cien, lo haría Melgarejo, de forma tal, que si los indios sentían ruido y se acercaban a la carpa Melgarejo diría que Gavino había salido y que Moreno dormía, para lo cual el teodolito debajo de las mantas representaba un cuerpo acostado.

Gavino salió de la carpa con el recado para ensillar el caballo, pero regresó diciendo que el caballo se asustaba y no dejaba que se le acercase. Esto obligó a Moreno a salir a llevar el caballo para lo cual se colocó el poncho para parecerse a una china [de allí a la referencia a “mi manta de china” que acompañó por muchos años al poncho conservado en el Museo de La Plata] y encaró al caballo. Este se espantó, lo cual alarmó a los perros. Un indio se asomó a la puerta del gran toldo, pero volvió a entrar y los perros callaron y volvieron junto al fuego.

Moreno y Gavino permanecieron cinco minutos tirados en el suelo, ensillaron y encajados se dirigieron al molle. Melgarejo los alcanzó, sacaron de la arena las tres cajas de comida. Moreno hizo que Melgarejo montase en ancas de Gavino y él ató tres piedras en el borde del poncho que sostenía con una mano para que arrastrase por detrás borrando las huellas y con la otra se agarró de la cola del caballo.

Este poncho fue donado en 1923 por la familia de Moreno con la expresa condición de que fuese conservado en la Sala del Fundador del Museo de La Plata, o fuese devuelto a los donantes. Tenía la siguiente leyenda escrita por Moreno: “*Poncho que me regaló en Tecka Inacayal, lo usé continuamente*

durante mi corto cautiverio en Caleufú para taparme el pecho donde guardaba la bandera y la espalda en la que llevaba colgado el revólver. Algunos de los tajos del poncho fueron cuchilladas durante las últimas borracheras de los indios. Lo usé en forma de manta 'de china' en el momento de escaparme en la noche del 12 de febrero de 1880 y poniéndole en sus extremos piedras puede borrar mis rastros en el corto arenal". Posteriormente, un poco antes de 2020, fue regalado a un grupo de aborígenes por las autoridades del Museo de La Plata, sin tomar en consideración la voluntad de los donantes originales y que se trataba de un regalo hecho a Moreno.

Es de destacar aquí la significación que tenía para los aborígenes obsequiar un poncho, tal como lo ha señalado Sarasola (2014, p. 58-62) a propósito del poncho que le regalaran los aborígenes mapuches o pehuenches al General San Martín. De acuerdo con ello, los ponchos de los caciques eran confeccionados específicamente para ellos, con una simbología que expresaba el carácter, atributos y linaje del portador, por lo cual su obsequio constituía una especial deferencia para quien lo recibía.

Moreno y sus acompañantes siguieron la senda de la leña, cruzaron el campo del camaruco y llegaron a los médanos próximos al río, donde era imposible borrar el rastro. Al mismo tiempo comenzó una gran gritería en los toldos, donde los indios habían descubierto la fuga, aunque no el rumbo.

Moreno, se subió a una piedra errática ubicada donde comenzaba la arena, borró sus rastros previos y mandó a Gavino y Melgarejo, a caballo, al sitio donde estaban los palos, para que armasen la balsa - aunque según su propio relato (Moreno, 1942, p. 202), en telegrama a su padre luego de la huida, la balsa fue construida durante dos noches - y volviesen a buscarlo. A las 10.30 regresó Gavino, con la noticia de que habían armado una balsa con nueve palos de sauce. En diez minutos se reunieron con Melgarejo y soltaron el caballo. Este se dirigiría hacia el sur siguiendo a Utrac, en busca de la querencia y sus huellas serían las únicas registradas (Moreno, 1942, p. 164-165).

En balsa por el Collón Curá y el Limay

Moreno y sus compañeros hicieron flotar la balsa en el Collón Cura y el "Adiós Caleufú" se ahogó en el

ruido del agua. Seis meses más tarde, el Coronel Álvaro Barros recibiría una carta de Loncochino quejándose de que Moreno hubiera dejado los toldos sin despedirse (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 84).

En este punto, "en la margen derecha del río Caleufú", "a 500 metros del arroyo Alicura, en la estancia homónima de los establecimientos ganaderos 'Gente grande'" se inauguró, el 25 de abril de 1953, un monolito recordatorio de esta evasión (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 93-94).

A las dos horas de navegar, sintieron gritos desde el oeste, donde se hallaban unos toldos de avanzada, a los cuales evidentemente había llegado la noticia de la fuga.

La balsa se encajó entre las rocas, Gavino y Melgarejo se desnudaron y trataron de trepar por las rocas y escaparse a pie. Moreno (1942, p. 166) que llevaba bastante peso (el revólver, el tirador con cuarenta cartuchos, la bandera, los diarios de viaje, el sebo y las tres cajas) y no quería perder sus pertenencias, logró destrabar la balsa, no sin que las piedras lastimasen sus piernas.

Moreno (1898, p. 247) visitaría nuevamente este lugar el 3 de marzo de 1896, en ocasión del reconocimiento llevado a cabo por el Museo de La Plata entre San Rafael y Lago Buenos Aires. Entonces "como una compensación" Moreno rehizo "*de día el camino que llevé en la noche del 11 de febrero de 1880, cuando con mis fieles servidores el soldado José Melgarejo y el indio Gavino, fugamos de la toldería, y pude ver a la luz el primer rápido lateral donde tuvimos el primer fracaso con nuestra tosca balsa*". Moreno (1942, p. 16) tuvo palabras elogiosas sobre la fidelidad de Melgarejo en estas circunstancias.

El 12 de febrero, a las dos de la mañana, distinguieron el Limay. Moreno tenía fuertes dolores en la espalda y en la cintura, debidos al esfuerzo realizado. Melgarejo debió sostenerlo para que no cayese al agua. Antes del amanecer, atracaron en una isla dominada por cerros a pique, por lo que no había peligro y encendieron fuego. Allí, Moreno (1942, p. 166-167) puso a secar sus papeles y algunos se quemaron. Escondieron la balsa y pusieron también las ropas a secar. Almorzaron y comieron el sebo.

Al caer la tarde, salieron de su escondite a buscar palos para rehacer la balsa. Consiguieron reforzarla con cuatro más y otros más delgados para dirigirla

y siguieron viaje pensando que avanzarían rápidamente, pero se encontraron con barrancas de lavas que formaban cornisas por estar apoyadas sobre sedimentos blandos. Cuando salían de los tramos rocosos, el agua pasaba por tierras bajas con árboles y quedaban atrapados por estos.

El 13 de febrero, vararon en la playa de una isla resguardada, donde descansaron hasta las tres de la tarde, reparados detrás de un tronco y secando las ropas al sol. Luego, siguieron viaje por el río, que tenía menos escollos, aunque los remansos, en uno de los cuales perdieron dos horas, y la poca profundidad, los obligó, algunas veces, a remolcar la balsa a pie, descalzos, sobre las piedras. A la noche, pararon sobre la margen derecha, en un pajonal y se alimentaron con una caja de sardinas (Moreno, 1942, p. 167-168).

El 14 de febrero, encontraron el río más despejado y avanzaron mucho. Hallaron desierto el paso de "Pirquin-Puramue", por donde cruzaba el camino que iba a Valcheta. Solamente encontraron cuatro balsas y pisadas frescas que les hizo pensar que los indígenas ya los buscaban por ese lugar. El río se estrechaba y era muy pintoresco, con recodos más pronunciados, en uno de los cuales se dio vuelta la balsa. Comieron la última lata de sardinas y durmieron en la arena de una playa.

El 15 de febrero a mediodía, llegaron al punto "donde el camino del río Negro abandona el Limay para internarse en las montañas". Allí esperaban saber si Antonio había entregado el aviso de Moreno al coronel Vintter y si había regresado el "chasque". Buscaron rastros y solamente encontraron los de dos animales montados y siguieron sin saber qué había sucedido. Navegaron todo el día, desde el alba al anochecer.

La noche del 15 al 16, fue desesperante. No comieron y no pudieron secarse por temor a que la luz del fuego los descubriese. Solamente les quedaba la lata de "pate de fois gras". Vieron un perro flaco que no se animó a acercarse y ayunaron (Moreno, 1942, p. 168).

El 16 de febrero, esperaban pasar por Manzanageyu, donde había un gran árbol que debía tener frutos pero, al llegar, la correntada no les permitió parar. Distinguieron una densa humareda, río abajo, en el horizonte. Gavino y Melgarejo le pidieron que usase los fósforos que guardaba en un papel imper-

meable "de esos que cubren los sinapismos de 'Rigollot'" pero Moreno no lo hizo pues supuso que podía tratarse de una partida de indígenas. Pasaron por las bellas gargantas rojas que encantaron a Villarino. Al anochecer, llegaron al sitio donde se había originado la humareda y, luego de esconder la balsa en el cauce seco del Picun-Leufu (Río del Norte), encontraron catorce rastros frescos de los indios que habían dejado el lugar pocas horas antes. Festejaron comiendo la lata de paté.

El 17 de febrero fue un día triste, con mucho cansancio y hambre. Solo pudieron comer algunas raíces de juncos, pues solamente disponían de agua. Pasaron la noche tirados en la playa, sin hablar, con pocas esperanzas (Moreno, 1942, p. 169).

El 18 de febrero, al amanecer, siguieron viaje, pero para el mediodía no tenían más fuerzas para manejar la balsa y la abandonaron a las 4 de la tarde. Moreno que conocía la zona trató de convencer a Gavino y Melgarejo, que no la conocían, de que el bajo que se veía casi al naciente era el río Negro. Hicieron ojotas con el cuero del recado de Gavino y siguieron viaje a pie.

Dieron con la senda india. "Era el desfile de los tres hambrientos", adelante Moreno, media cuadra más atrás, Melgarejo y luego, Gavino. A veces se caían y, cuando encontraban algún pozo con agua podrida, tomaban hasta saciarse. En uno de esos pozos, Moreno (1942, p. 169-170) quedó inconsciente por un largo rato. La brisa de la tarde les dio aliento y se enfrentaron al espolón del cerro que forma el ángulo NO de la Patagonia.

Moreno prendió fuego al campo para llamar la atención de los soldados que suponía se hallaban en el valle cercano. Continuaron la marcha hasta el anochecer y llegaron a un arroyo que fluía desde el oeste: uno de los brazos del Neuquén "que allí se vacía con el Limay, en el río Negro". Se detuvieron, pues Gavino y Melgarejo no podían caminar más. Pasaron la noche entre las espinas. Los acompañantes de Moreno "no dormían, parecían muertos". Moreno (1942, p. 170) pensaba: "morir estando tan cerca, después de todo lo que he pasado, cuando el lago ya no es un misterio, cuando he relevado miles de leguas fértiles que se creían desiertas, cuando acabo de demostrar con el descenso en balsa que el río es navegable y que los saltos que se decía tener y que yo había negado, no existían".

El 19 de febrero ni bien amaneció, Moreno llamó a sus compañeros para mostrarles el curso del Neuquén que fluía desde el oeste. En silencio siguieron caminando. Observaron rastros antiguos de ruedas, que indicaban que estaban en la confluencia de los ríos, por donde cruzara con su carro el Coronel Guerrico.

Ascendieron una loma “*que termina el camino y a cuyo pie corre el Neuquén*”, por donde Moreno había pasado en 1876. Hacia el norte, en el valle, Moreno distinguió un bulto oscuro que le era desconocido. Con un poco más de claridad vieron que en ese punto se levantaba una polvareda. Moreno sacó su bandera, la ató a una rama e hizo que Gavino la flamease en lo alto de la loma, al tiempo que disparaba su revólver. Catorce tiros. Vieron que entre el polvo la gente corría en todas direcciones y vieron avanzar una partida de veteranos. Estos desmontaron en la orilla opuesta y uno entro al agua y gritó: *¿Quien Vive?, Moreno, escapado de los toldos*, fue la respuesta. (Moreno, 1942, p. 171).

Moreno pidió que algunos soldados cruzasen a nado para ayudarlos, pues no tenían fuerzas. Luego, desnudos, agarrados de la cola de los caballos llegaron a la otra orilla.

El oficial del fortín, Teniente (luego Capitán) Crouseilles (asesinado por los indios en Lonquimay; su muerte, el 6 de enero de 1882, en Pulmari, –próximo a la divisoria con Chile– fue relatada por Prado, 2005, p. 145-146) lo recibió dentro del agua, y el viejo Teniente Batalla le ofreció una cigarro ni bien pisó tierra. Moreno, que no fumaba, le pidió una galleta.

De Confluencia a Patagones

Al entrar al Fortín Primera División en la confluencia de Limay y el Neuquén (Moreno, 1942, p. 202) llegaban también dos indígenas, de los prisioneros tomados por Vintter, enviados por este para ordenarle al cacique Shaihueque que liberase a Moreno, pues de lo contrario iría a buscarlo. Ya no era necesario. Los mismos caballos de esos indígenas los usaría Moreno para llegar al fuerte Roca.

Moreno tomó caldo de yegua y comió doce galletas. El fortín debía ser abandonado esa misma tarde, pues había orden de replegarse a Choele-Choel. De haber llegado unas horas más tarde, Moreno y sus acompañantes habrían muerto, tal como lo pensó el mismo Moreno (1942, p. 171)

Inmediatamente, Moreno siguió al galope hacia el fuerte Roca, a donde llegó al anochecer. El primer hombre que encontró fue Antonio Van Twitter, quien corrió a avisarle a Winter, quien lo ayudó a bajar del caballo frente a su casa.

Los indígenas prisioneros estaban allí y al principio creyeron que Shaihueque había liberado a Moreno, pero cuando Winter los hizo desfilar delante de Moreno y vieron el estado de sus piernas, perdieron toda esperanza de volver a ver los toldos.

Un chasque salió ese mismo día hacia Bahía Blanca, con un mensaje firmado por Lorenzo Winter (Moreno, 1942, p. 201, p. 172) llevando la noticia de que Moreno había llegado a ese punto “*escapado de las tolderías con siete días de viaje en balsa*”.

Este mensaje fue retransmitido desde Bahía Blanca por telégrafo militar el 25 de febrero de 1880 al Inspector General de Armas, Gral. Luis María Campos, en Buenos Aires, quien se lo envió “*con mucho placer*” al padre de Moreno (Francisco Facundo Moreno). El 1 de marzo su padre le envió una carta en la que le decía que había recibido por intermedio del Gral. Campos la copia del telegrama de Winter anunciando la escapada (Moreno, 1942, p. 203).

Escribiría Paul Groussac (1920, p. 272-274) sobre la huida de Moreno de Caleufú: “(...) allá fue el borrascoso y aguardentoso parlamento, en que nuestro arrestado explorador, con tal intrepidez hizo frente a sus contendores, que, dejándolos tendidos en la más pampeana borrachera, pudo luego despedirse de ellos a la francesa (como dicen los españoles) y, sin la menor inquietud, ganar el campamento del general Villegas. ¡Excelente Pancho! (...) Como otros autodidactos argentinos de su generación, Moreno ha sido, ante todo, un pionero de la ciencia, que valía mucho menos por sus trabajos propios que por sus iniciativas. (...) quedará siempre vinculado su nombre a la fundación del Museo de La Plata que, con sus preciosas colecciones y publicaciones, significa un timbre de honor para la Argentina y una contribución valiosísima llevada al monumento de la ciencia universal”.

El 20 de febrero, en Chinchinal, mientras viajaba hacia Choele-Choel, Moreno (1942, p. 173) se enteró que Bovio, tras recibir la carta llevada por el indio de Utrac, había llegado hasta ese punto para pedir auxilio y salvar a Moreno.

Moreno le pregunto por el Vigilante, con la idea de volver a Buenos Aires para informar sobre las investigaciones realizadas en la región andina, importantes con respecto al límite que se discutía con Chile, y al mismo tiempo hacer que Bovio continuara con los trabajos en la costa del Atlántico. Bobio le informó que el Gobierno parecía estar descontento con lo realizado por Moreno y el Teniente Coronel Fernández Oro, que los hospedaba en su rancho, le dijo que había sido destituido.

Al preguntar las razones, le dijeron que era por no haber cumplido con su deber, pues no había seguido las instrucciones que le habían dado. Para Moreno las instrucciones eran las que tenía en su equipaje, salvado por Obvio, en cuyo cumplimiento había expuesto la vida, y la acusación era por instrucciones que no existían, que disponían que se ocupase de evitar robos de guano en la costa Patagónica.

Esta confusión se debía, según Moreno (1942, p. 173-174), a que *“empleados subalternos del Ministerio habían originado confusión en el ánimo de sus superiores presentándoles, como si fueran las destinadas a mí, las instrucciones que se dieron al comandante Laserre, jefe de la ‘Uruguay’”*.

El mismo 20 de febrero, informó al Ministro de Guerra Carlos Pellegrini y al del Interior Benjamín Zorrilla de su captura por los indios, huida y llegada al Fortín Primera División. Decía al primero: *“Comunico a V.E. que el 11 del corriente durante la noche me evadí de las tolderías de Shaihueque, en Caleufú, acompañado de mi asistente y el baqueano que estaban cautivos conmigo. Hemos descendido en una balsa el Colla-Curá y el Limay hasta cuatro leguas antes de llegar al Neuquén, donde por cansancio y hambre abandonamos el río continuando a pie hasta el Fortín Primera División (...) Salvo las molestias del viaje y pequeñas pérdidas, ningún accidente desagradable tengo que lamentar (...)”*. Y al Ministro del Interior, Dr. Benjamín Zorrilla *“Como V.E. sabe el fin de mi expedición a ‘Nahuel Huapi’ ha sido casi desgraciado. Después de haber cruzado desde Tecka la región más hermosa que conozco en la República, y de haber explorado la margen sur del lago, desde el nacimiento del Limay hasta la cordillera, caí en un lazo hábilmente tendido por los indios el 23 pasado. Condenado a ser sacrificado, pude fugarme el 11 del corriente a la noche, acompañado de mis dos compañeros de cauti-*

verio, descendiendo desde el Colla-Curá y el Limay en una balsa. Ayer temprano, extenuados de cansancio y hambre, llegamos al fortín Primera División. Todos los instrumentos y diarios de viaje, menos el teodolito, se han salvado. Mañana continúo para Patagones (...)” (del diario La Nación, 29 de febrero de 1880, p. 1).

Desde Choele Choel, el 20 de febrero, Moreno (1942, p. 202), envió un telegrama a su padre donde le contaba a grandes rasgos su huida de Caleufú, en los siguientes términos: *“Nunca he hecho exploración más hermosa pero tampoco más desgraciada. Mi informe al Gobierno desde Tecka es pálido al lado de la espléndida región inmediata a Nahuel Huapi al Sur. No caí prisionero en pelea; fui engañado hábilmente y el deseo de continuar el reconocimiento de cierta parte del territorio me hizo caer en el lazo tendido por Shaihueque. Juzgado primeramente en la Junta de Guerra de ‘Quem-quen-treu’ el tres del corriente y condenado después por el adivino a ser abierto vivo, para ofrecer mi corazón a Dios, pude fugar con mis compañeros el 11 a la noche después de habernos librado de ser asesinados el 9 en la gran orgía. En la balsa que construimos durante dos noches (...) en el Collón-curá, descendimos ese río y el Limay durante seis noches y seis días por entre saltos y remolinos, hasta el diez y ocho a las cuatro de la tarde en que abandonamos la balsa salvadora por no traer ya fuerzas para dirigirla; extenuados de cansancio y hambre, caminamos a pie hasta ayer temprano, en que fuimos auxiliados por la guardia del fortín 1ra. División. He salvado la bandera, mi diario y algunos instrumentos excepto el teodolito que no pude traer por su gran peso. Estoy algo maltratado en las piernas por el penoso camino a pie, descalzo, el calor y las lastimaduras causadas por las ramas y piedras, pero mañana continúo a Patagones desde donde pasaré inmediatamente a Buenos Aires a informar al Gobierno sobre esta parte de mi exploración y sobre los sucesos que se desarrollan en la región habitada por los indios sublevados (...)”* (Moreno, 1942, 202).

En esa increíble huida, Moreno, junto con su vida y la de sus compañeros, salvó su diario y la bandera argentina. La misma bandera que hoy descansa en la Sala Moreno del Museo de La Plata, donde se guardó hasta fines de la década de 1990 con una escueta leyenda que decía: *“1879-1880. Bandera usada durante la exploración a la falda andina. Flameó*

en Valcheta, Tecka, en el Divortium Aquarum donde se fundó después la Colonia 16 de Octubre, Nahuel Huapi, Lago Gutiérrez. Primera que se izara en esas regiones y la salvé guardándola en el pecho durante mi cautiverio en Calefú y en la escapada. F.P. Moreno” (Registro del autor; Bertomeu, 1949, p. 239; Ygobone, 1954, p. 168).

Moreno (1942, p. 174) apresuró su regreso a Buenos Aires. “De la carreta en que viajé, tan maltratado iba de las piernas, que entre Choel-Choel y Conesa, pasé al caballo, y continuamente febricente, a galope tendido, llegué el 29, completamente solo, al Carmen de Patagones”. Dadas la distancia a cubrir Moreno debió haber salido de Choel Choel el 25 o 26 de febrero. O sea que permaneció allí cinco o seis días.

De Patagones a Buenos Aires

En la proveeduría recogió noticias contradictorias pues no estaba claro si había sido o no destituido. Según Moreno (1942, p. 174-175) el Ministro Zorrilla no atinaba a resolver la situación creada por el olvido o desaparición de las verdaderas instrucciones. Aparentemente se podía hacer cargo nuevamente de la Dirección de la Comisión Exploradora, si se sujetaba a tales instrucciones, lo que según Moreno nunca había dejado de hacer. Según Moreno, el desarrollo de su programa, con el *Vigilante* en la costa y él explorando la región hacia el oeste, había sido interrumpido por los indígenas en Nahuel Huapi.

El 1 de marzo, su padre la mandó una carta en la que le decía que había visto publicados los telegramas de Moreno a los Ministros de Guerra y de Relaciones Exteriores “*haciéndoles saber que te ponías en camino para Patagones desde donde te trasladabas a Buenos Aires para dar cuenta*” (Moreno, 1942, p. 203).

El 6 de marzo, Moreno envió a su padre cuatro telegramas de seis renglones cada uno (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 88-89), referidos al problema de su destitución como jefe de la Comisión Exploradora.

Estos telegramas constituyeron un todo, probablemente dividido debido al medio por el cual fueron transmitidos. En el primero le informaba a su padre que saldría para Buenos Aires el lunes 8, que el 10 estaría en Azul y el 11 llegaría a Buenos Aires y que deseaba que sus hermanos Josué y Eduardo lo “*alcancen en el tren*”. Decía “*no haber entregado*

el *Vigilante*” y que tampoco se oponía a su salida, que no tenía “*una sola nota oficial desde que salí de Buenos Aires, pero telegrama a Onetto fecha 11 lo dan Gefe de la comisión*”, y le transmite la primera parte (la segunda sigue en el segundo telegrama) al comandante del *Vigilante*, fechado el 28 de noviembre, de un tal Héctor Álvarez, en el cual, como ya se mencionó decía que le dijese a Moreno “que se deje de explorar el Carmen y vaya donde lo ha mandado el Gobierno. De lo contrario va a pasar por un cobarde y un farsante, etc.”.

Moreno sostenía que “*no creo haberme apartado del decreto o de las indicaciones que tengo de los departamentos de Agricultura y Colonización a que se refiere y que creo no se ha publicado. Mi corto cautiverio fue el resultado de mi reconocimiento indispensable en el paso de ‘Bariloche’ donde he encontrado vestigios de la comunicación que tenían los misioneros con Chile. Mi internación está ligada con nuestra cuestión internacional (...)*”. En el tercer telegrama de la misma fecha agregó que: “*Cualquier otro en mi lugar hubiera hecho lo que yo pues de lo contrario hubiera faltado a su deber de argentino*” y que había previsto su cautiverio en los toldos. Mencionó también que los telegramas enviados desde Calefú no eran para Buenos Aires y que lo fueron, por error (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 89). Sobre esta base y considerando el telegrama que envió desde Calefú el 1 de enero, parecería que Moreno no hubiese querido que se supiese en Buenos Aires que se dirigía a Nahuel Huapi y los motivos que para ello tenía.

En su cuarto telegrama del 6 de marzo, mencionaba la carta en francés que le envió al Coronel Wintter desde Calefú en la que le pedía que no liberase a ningún indígena, que se escaparía en una balsa, que de los indígenas presos solo había uno libre y que su propia liberación no le costó nada al gobierno. Señalaba además que las indias pedían protección a Chile, estaban muy pobres y sufrían hambre y que Namuncurá y los Picunches no tenían caballos. Le pidió que le mostrase ese telegrama a Lucio López y que le dijese que publicase lo que creyese conveniente.

Al relatar estos hechos, el Comandante Prado (1907, p. 131-132) consideró que Moreno estuvo cerca de hallar la muerte. Al respecto escribió: “Sa-

yhueque (...) reclamaba la libertad de sus mocetones, amenazando por represalia, cobrarse en la cabeza y en la sangre del doctor Francisco P. Moreno que tenía prisionero. Villegas no era hombre de ceder; el indio no lo era de aflojar, y si el doctor Moreno no hubiese tenido la fortuna de fugar, hubiera pagado con su vida las consecuencias de un atentado al que, en vano, se le ha querido buscar atenuación”.

El miércoles 10 de marzo de 1880, el diario *La Nación* informaba “mañana debe llegar a esta ciudad el valiente explorador don Francisco Moreno. Los amigos y muchas otras personas que saben apreciar los méritos de este distinguido compatriota y los servicios importantes por él prestados al país y a las ciencias, exponiendo continuamente su vida y sometándose voluntariamente a las mayores privaciones, se preparan a recibirlo con las atenciones de que lo hacen merecedor sus altos títulos al aprecio público” (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 92)

Según el diario *La Nación*, Moreno llegaría el jueves 11 de marzo, a las 7 de la tarde, por el ferrocarril Sud “a la estación central de Paseo de Julio”.

“El arribo se produjo finalmente a las nueve y media de noche y una verdadera multitud le rindió el más cálido homenaje que pueda concebirse, como muestra del reconocimiento a la singular empresa, que el ilustre viajero llevó a cabo en la región Patagónica” (...) “ha sido preciso confesar que las escenas vividas anoche en la Estación Central (...) superan en mucho a lo que fundamentalmente se esperaba (...)” (*La Nación*, 12 de marzo de 1880, p. 1; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 92).

Según Bertomeu (1949, p. 269) lo bajaron en una camilla pues sus piernas estaban llagadas y la fiebre lo había debilitado y una multitud lo aguardaba, entre la que se habría hallado María Ana Varela, entonces una niña, quien cinco años más tarde se convertiría en su esposa.

Según su nieta, Adela Moreno Terrero de Benites (1988, p. 93), la presencia de María Ana Varela es parte de una leyenda, según la cual “se encontraba por casualidad, una niña que junto con su padre había ido a despedir a un pariente que viajaba a Córdoba, quien se impresionó al ver descender del tren en esas condiciones”. Escribió Adela: (...) “no hay tal cosa, la relación de la familia Moreno con la de Varela a la cual pertenecía esta niña, se remontaba a

la época del exilio de Francisco Facundo Moreno en Montevideo donde residía Florencio Varela abuelo de María Ana Varela”.

Un mes después de haber dejado Calefú, Moreno (1942, p.175) llegaba a su hogar, con su salud física y moral seriamente resentida.

Casi en coincidencia con esta campaña de Moreno, las fuerzas expedicionarias del General Julio A. Roca se desplegaron a lo largo del río Negro.

Terminaron así las exploraciones que, independientemente de las contribuciones que realizaron otras personas del entorno social, familiar y circunstancial, pudieron concretarse gracias a la iniciativa y el esfuerzo individual de Moreno. Para comprender cabalmente el temple y el coraje que fueron necesarios para realizarlas, hay que ubicarse en las desconocidas, agrestes y peligrosas inmensidades de la Patagonia de esa época, lo cual no resulta fácil para quienes analizan los hechos desde los centros urbanos y las circunstancias de la actualidad, y explica que haya quienes erróneamente consideren que se ha exagerado su significación.

Como se ha visto en parte y se verá más adelante en mayor detalle, las observaciones geográficas realizadas por Moreno resultaron de importancia para que se pudiera encarar el problema limítrofe planteado con Chile.

Cabe señalar por otro lado que, en los relatos de estas exploraciones, las observaciones científicas de índole geológica, antropológica, zoológica y botánica suelen ser mayormente anecdóticas o confirmatorias de conclusiones de otros naturalistas, tales como d'Orbigny, Darwin, Bravard, Burmeister, Agassiz y Strobel (Moreno, 1879a), las que en casi su totalidad han sido superadas por el natural avance del conocimiento.

Moreno (1879a), entre otras observaciones, describió aspectos de la “formación geológica que d'Orbigny llamó “Terciaria Patagónica” y de los rodados que la cubren; se ocupó de las características y origen de las salinas de la Patagonia, a las que comparó con las de otras regiones del país; registró los diferentes tipos de unidades litológicas en los trayectos que recorrió; descubrió yacimientos de vertebrados fósiles terciarios en el valle del río Santa Cruz; apuntó la presencia de invertebrados cretácicos y de plantas del terciario inferior en la

Las fronteras de Francisco P. Moreno

región de los lagos San Martín y Viedma, mencionó la disposición estructural de las capas sedimentarias representadas en el valle superior del río Shehuen, la naturaleza eruptiva del cerro Kachaiké, en lago San Martín, y del que denominó “Moyano”, en lago Argentino, y puso de relieve las similitudes de la

Patagonia con otros continentes australes (Moreno, 1882; cf. Riccardi, 2008: 111-112).

De esta manera, Moreno, en palabras de Mitre “explorando lo desconocido ensanchó el campo de la ciencia, afirmando la soberanía nacional” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 115; Hosne, 2005, p. 128).

Capítulo 11

RENUNCIA, LICENCIA Y VIAJE A EUROPA (1879-1881)

Moreno renuncia como Jefe de la Comisión Exploradora de las Tierras Australes

Luego del regreso de Moreno de la Patagonia, en marzo de 1880, su situación ante el Ministerio era poco clara: “*un caos de falsías, inconsecuencias, debilidades y despreocupaciones*” sobre los propósitos de su expedición. No se había encontrado copia de las instrucciones, pero se suponía que no tenían la amplitud que lo había llevado a la cordillera, tampoco se reconocía que el *Vigilante* no había encontrado en el río Negro ni el carbón ni los víveres necesarios “*para alcanzar las latitudes en que dejaría, en opinión de muchos, su casco y su contenido en vidas*”.

Diría Moreno casi veinte años después: “(...) nombrado jefe de esa expedición, se me dio como buque el vaporcito *Vigilante* del servicio de la Rada! Y en el Ministerio (...) se guardó copia de mis instrucciones, las que, ignorándolas el ministro (...) hizo sufrir a Moreno (...) más de lo que se hace sufrir a un hombre que sirve sin recibir emolumentos. En esa expedición llegué nuevamente a los Andes atravesando toda la Patagonia a la altura de los grados 41 y 43. ¡Fui el primero en ver que las aguas continentales en algunos casos cruzaban, hacia el oeste, la cordillera y que si no se interpretaba bien el futuro tratado de límites con Chile en el que estaba empeñado nuestro Gobierno nos expondríamos a perder la mejor parte (...) de la Patagonia! Sufrí mucho en ese viaje. En momentos en que después de haber costeadado por 100 leguas de sur a norte la falda andina y reconocido por el lado sud, el lago Nahuel Huapi, penetraba por allí al centro de la

Cordillera, para resolver el importantísimo punto del divortia aquarum andino fui hecho prisionero por los indios de Shaihueque. Llevado a Caleufú, pasé allí días duros por demás, terminados por una fuga feliz, en la que durante nueve días flotamos, un indio, mi asistente y yo, en las aguas del Limay. ¡Al llegar a Choelechoel supe que el ministro, que no conocía las instrucciones que yo llevaba, y que ignoraba que cumpliendo con mi deber casi había perdido la vida, había desaprobado mi conducta!” (Moreno, 1894b, p. 1-11).

Pese a ello, para Moreno (1918-1919, p. 75) su viaje había sido un éxito, en especial en relación con aspectos vinculados con el límite con Chile: “Yo había cruzado un año antes [en 1880] toda la Patagonia, y visto por segunda vez en varios puntos, que la división de aguas continentales (...) se producía al oriente de la Cordillera, hecho cuya gravedad no había podido hacer reconocer por los hombres de estado argentinos, me di cuenta de que revelando (...) la topografía, desconocida hasta ese momento, de la región central de la Patagonia que había cruzado, podía concurrir a crear nuevas dificultades en el trazado del límite, que en ese momento acababa de convenirse en la Cordillera de los Andes. Si Chile pretendiera considerarse en los Andes la cadena central de montañas que yo había descubierto, lo que era bien posible, ‘el divortium aquarum de los Andes’ a que se refería el tratado de ese año, sería sinónimo de *divortium aquarum continental* y en ese caso quedaría en Chile toda la mejor parte del territorio patagónico. Esa cadena de montañas nada tenía que ver con los Andes, y

consideré prudente silenciar su existencia, sacrificando el plano construido durante mi viaje (...). Ese plano inédito en los momentos de mis gestiones periciales (...) lo usaría para establecer por medio de mis ayudantes, la completa independencia de esas montañas, de la Cordillera de los Andes y al mismo tiempo para demostrar la facilidad de poblar el centro patagónico y con ello acercar la zona andina al Atlántico.

El Presidente de la República lo aplaudía, mientras que el Ministro lo cuestionaba. Por ello, según Moreno, debió ayudar a Zorrilla a salir del paso, después de “poner en claro la corrección de mis procedimientos” y justificó su renuncia, sin entrar en pormenores, en su estado de salud, confirmado por el examen médico de los doctores Rawson, B. Herrera Vegas, Pirovano, Carlos Lanús “por no nombrar más que a los muertos” (Moreno, 1942, p. 175).

Moreno presentó cuatro certificados médicos (fechados entre el 7 y el 12 de abril de 1880) donde estos médicos, independientemente, certificaron el estado de salud que justificaba su renuncia y su aceptación.

En los certificados expedidos en el mes de abril, por Carlos Lanús - Juan N. Acuña y por I. Pirovano, se decía que Moreno padecía desde “hace algún tiempo” o “dos años” de anemia cerebral, la cual se había visto agravada o reagravada por la vida agitada o por los trastornos físicos y morales que había sufrido en sus últimos viajes. Pirovano agregaba que presentaba signos iniciales de una ataxia locomotriz.

También para Rawson, Moreno presentaba un cuadro de síntomas característicos de una ataxia locomotriz incipiente, cuyas causas se hallaban en las tareas a las que Moreno había estado entregado desde hacía muchos años y al hecho que había comenzado en ellas a una edad prematura para esos esfuerzos. Señalaba que “una sola de sus excursiones de exploración, la de 1877, en Santa Cruz, presenta reunidos todos los elementos etiológicos” que consideraba factores determinantes de las perturbaciones fisiológicas y anatómicas de los centros nerviosos, y que en efecto fue en esa época que comenzaron a observarse los síntomas que “llegan ahora a la altura que se encuentran”.

Se juzgaba conveniente para su restablecimiento que se apartase completamente de sus ocupaciones habituales y dejase de lado toda actividad física e in-

telectual y realizase, un largo viaje por mar a otro clima, templado, tal como se aconsejaba para este tipo de afecciones. Herrera Vega llegaba incluso a sugerir que el viaje fuera a lugares “donde pueda contar con la asistencia de médicos competentes”.

Según Moreno Terrero de Benites (1988, p. 93) curar las dolencias del viaje “le costó varios meses de reposo en cama” “y quedó tan debilitado que su cuñada María Vivot de Moreno, casada con su (...) hermano Josué, me contó, que entre ella y Juanita Moreno de Sole, la hermana mayor, lo tenían que ayudar a caminar hasta que se fortaleció”.

Por resolución del Presidente Avellaneda y del Ministro del Interior, Benjamín Zorrilla, el 30 de abril, se aceptó la renuncia de Moreno. Aceptación que le fue comunicada el 4 de mayo en los siguientes términos: “Vista la renuncia que antecede y teniendo en consideración que la grave dolencia que aqueja al Señor Don Francisco P. Moreno ha sido contraída en los duros sufrimientos de la última excursión a la Patagonia, según los certificados médicos presentados a este Ministerio y que queda por consiguiente imposibilitado para continuar la expedición que le confió el Gobierno de la Nación, teniendo en vista además los documentos presentados por el Señor Moreno en los que consta que los objetos dados a su viaje han sido diversos, figurando entre ellos el reconocimiento del suelo, pastos, bosques y montañas de la Patagonia, según se expresa en las instrucciones del Departamento de Agricultura y Comisaría de Inmigración se resuelve: Aceptar la renuncia que hace el Señor Moreno y darle las gracias por los servicios prestados, debiendo insertarse su informe preliminar en la Memoria de este Ministerio, Avellaneda - B. Zorrilla.” (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 93).

Licencia de Moreno en el Museo

El 17 de abril de 1880, Moreno pidió licencia en su cargo de Director del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires en una nota dirigida al Gobernador de la Provincia Doctor Carlos Tejedor en los siguientes términos: “(...) *el estado de mi salud, agravado durante mi última expedición me pone según consejo de los médicos en el caso de realizar un viaje, alejándome de mis ocupaciones actuales. El Gobierno de la Provincia me acordó licencia última-*

mente para hacer mi expedición a los territorios del Sur y el plazo de esa licencia no se ha extinguido aún, ni se extinguirá hasta Enero de 1881. Mi salud no me permite continuar por ahora esa expedición y vengo en consecuencia a solicitar del Gobierno que se me permita hacer uso de esa licencia para trasladarme a Europa por el tiempo que ella indica. Los certificados de los Doctores en Medicina Don Ignacio Pirovano, Dn. Guillermo Rawson, Dn. Rafael Herrera Vegas, Dn. Carlos Lanús y Dn. Juan N. Acuña, que acompañan instruirán a V.E. de la verdad en que se funda mi solicitud y como por otra parte V.E. sabe que el Museo que dirijo es aún poco conocido en Europa y requiere el complemento del concurso científico del Viejo Mundo he creído que a la vez que podría obtener el resta-

blecimiento de mi salud puedo ocupar, de una manera útil, mi tiempo, poniéndome al corriente de los últimos progresos de la Ciencia, visitando las colecciones más notables y tratando personalmente a los grandes representantes del movimiento científico con quienes mantengo relación. Creo también, que en el caso que la licencia se me conceda el Gobierno podría darme una Comisión que me habilite para lograr el objeto de mi viaje y que me haré un honor en desempeñar. Esperando que el Gobierno quiera tomar en consideración esta solicitud, solo me resta ofrecer a V.E. los sentimientos de mi más alta consideración”.

La licencia fue concedida por resolución del Gobernador Tejedor del 21 de abril de 1880: “Vista la solicitud que precede el Poder Ejecutivo resuelve:



Moreno con la familia de su futura esposa. De izquierda a derecha, sentados, abajo: Justa Varela de Láinez, Mariana Varela, F.P. Moreno; 2da fila: Anabella Cané de Láinez, Rufino Varela y Pepa Wright de Varela. Parados: Bernabé Láinez y (?), Río Ceballos, 1882. Archivo General de la Nación, Departamento Documentos Fotográficos o AR_AGN_DDF/Consulta_INV: 317927_A.

dar el permiso que solicita para ausentarse a Europa con licencia hasta el fin del presente año, debiendo ser entendido que su licencia es con Comisión del Gobierno para hacer los estudios que crea convenientes al adelanto del establecimiento que tiene bajo su dirección”.

Mientras todo esto sucedía, en el país se había desatado una crisis institucional, en relación con la sucesión presidencial, que enfrentó al Presidente Avellaneda con el Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Carlos Tejedor.

El enfrentamiento culminaría con la intervención a la provincia y la federalización de la ciudad de Buenos Aires en el mes de septiembre, y la asunción de Roca como Presidente en octubre de 1880, bajo el lema “Paz y Administración”.

Viaje a Europa, mayo de 1880 a mayo de 1881

Luego de concluido, con su renuncia, el penoso episodio con el Ministerio, en el mes de mayo de 1880, Moreno viajó a Europa “*en busca de nuevas fuerzas físicas y morales para continuar mi marcha hacia la realización de mi ideal*”. (Bertomeu, 1949 p. 272; Moreno, 1942, p. 175; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 113).

Llegó a París y se inscribió (de incógnito según Bertomeu, 1949, p. 278) en varios cursos en la Universidad. Alcanzó a asistir al curso de Antropología que dictaba Paul Broca, quien fallecería el 9 de julio de ese año y en cuyas exequias estuvo presente (Bertomeu, 1949, p. 283). Su compañero inseparable en París fue Ernesto Quesada, hijo del Ministro de Gobierno de la Pcia. de Buenos Aires, que seguía cursos de Derecho.

Posteriormente Moreno pidió desde París una extensión el 26 de octubre de 1880 en los siguientes términos: “*Con fecha 22 de abril del año corriente el Gobierno de la Provincia se sirvió otorgarme por escrito y a pedido mío una licencia hasta el 31 de Diciembre próximo con el fin de restablecer mi salud en Europa y aprovechar con mi viaje la ocasión de practicar estudios e investigaciones sobre todo lo que se relaciona con el establecimiento científico que dirijo. Durante el tiempo de mi permanencia en Europa he tenido la suerte de entablar relaciones sumamente provechosas para dicho establecimiento con el Museo Británico, la colección de Christy, el Colegio Real*

de Cirujanos de Londres, la Sociedad de Geografía y el Instituto Antropológico de la Gran Bretaña, con el Museo de París y (...) del Jardín de Plantas, la Sociedad e Instituto Antropológico de París, con la Sociedad de Geografía y el Museo Etnográfico de París, con los Museos de Lieja, de Nancy, de Reims, de Toulouse, de Lyon, de Estocolmo y de Roma, establecimientos con los cuales he dejado establecidas las más cordiales relaciones de canje. Pero para observar de cerca la marcha de estas instituciones necesitaría disponer de tres o cuatro meses más que me pondrían en condiciones de obtener un desenvolvimiento utilísimo para nuestro museo. La importancia de los materiales con que la Republica Argentina puede contribuir al conocimiento de la evolución física y social del hombre no es desconocida en Europa, pero los elementos de comparación tan necesarios en esta clase de estudios nos faltan y considero deber obtenerlos aquí, estas son las causas por las cuales me permito solicitar dicha licencia (...)”.

Este pedido fue aprobado el 15 de diciembre de 1880, al tiempo que se lo autorizó para que entrase en arreglos con el Gobierno Francés para el canje de publicaciones científicas (Archivo de la Provincia de Buenos Aires, Leg. 5, Exp. 323/0).

Así el viaje de Moreno no se limitó a París, sino que se extendió a instituciones de Lieja, Sevres, Lyon, Nancy, Reims, Toulouse, e incluso Estocolmo, Roma, Gran Bretaña y Suiza, país este último en el que visitó a G. Claraz en su casa de Lugano (Bertomeu, 1949, p. 281; Ygobone, 1954, p. 192; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 95).

En Gran Bretaña, Moreno visitó el Museo Británico de Historia Natural en South Kensington, el Royal College of Surgeons, la Sociedad Real de Geografía y la Abadía de Westminster. También recorrió y visitó los barrios comerciales, la City, la Bolsa y el Banco de Inglaterra. Fue recibido, entre otros, por el Profesor H.W. Flower “*quien sería Director del Museo Británico de Historia Natural*”, en 1884, y por el entonces Secretario de la Real Academia de Geografía, Clements R. Markham.

Recordaría posteriormente (Moreno, 1942) que entre las lápidas y monumentos de la Abadía de Westminster, que guarda las cenizas de hombres preclaros, se emocionó ante la losa que cubría los restos de David Livingstone. Allí

reflexionó sobre el personaje y atribuyó al hombre civilizado la responsabilidad de haber mantenido y hasta exacerbado, la hostilidad a la civilización por parte de quienes en ese momento pertenecían a culturas relativamente primitivas. En tal sentido, pensó en los indígenas de la Patagonia, a los que se había abandonado, y cuya reacción entendía, pues se les había negado hasta el derecho a vivir.

En conexión con estos hechos escribió: *“una piedad, un cariño instintivo se había producido en mí, para los oscuros y los humildes, desposeídos de todo cariño por la civilización, y ese sentimiento se exaltó en mí al recorrer Londres, los tristemente barrios de White Chapel, cáncer latente en el fuerte organismo de la más grande y rica capital del mundo. Esas impresiones perduraron hasta el presente, arraigando el sentimiento que me lleva a procurar el alivio del semejante desamparado y que a la larga se ha convertido en una de mis constantes preocupaciones”*.

El 6 de abril de 1881 (Bertolutti Flebus, 1995, p. 89) la Sociedad Geográfica de París lo designó Miembro y Socio Corresponsal y el 18 de mayo del mismo año le otorgó un premio. Diría el diario La Nación, en su edición del 23 de mayo de 1881: *“Nuestro distinguido compatriota, el Doctor Francisco P. Moreno ha sido objeto por parte de la Sociedad Geográfica de París de una altísima distinción. En la sesión celebrada el 18 del mes pasado, la mencionada Sociedad, la primera del mundo en su género, acordó al Doctor Moreno una medalla de oro por sus importantes y atrevidas exploraciones.”* (Moreno Terrero de Benites, 95).

Al respecto diría Moreno en 1894: *“El mal estado de mi salud, muy comprometida por las penurias del viaje, se agravó y traté de recuperarla en Europa. Pasé allí un año estudiando sus museos y haciendo personal la relación que por correspondencia mantenía con algunos sabios que me alentaban en mis trabajos. Las atenciones allí recibidas compensaron los malos tratos que me había producido el querer servir a mi patria, no en el bufete, sino donde mi acción podía ser eficiente. La sociedad geográfica de París me premió con una de sus medallas de oro y mayor recompensa recibí al obtener que los sabios a quienes hice conocer mi plan de trabajos que desarrollaba a pesar de tanta desidia por parte de quienes debían ayudarlos, emitie-*

ran opinión favorable, aun cuando pusieran en duda su pronta realización” (Moreno, 1894b, p. 1-11).

Según Moreno (1942; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 113; Rato de Sambuccetti, 2009, p. 54, 68) regresó de Europa en mayo de 1881, con su salud restablecida y *“estimulado por el convencimiento de que los estudiosos del viejo mundo apreciaban mis esfuerzos y que los trabajos hasta entonces realizados tenían algún valor”*.

Regreso a la Argentina

Ni bien llegado a la Argentina, Moreno (1942, p. 176) recibió un saludo de B. Mitre el 3 de junio de 1881 en los siguientes términos: *“Bartolomé Mitre saluda afectuosamente a su amigo el señor Francisco P. Moreno y le da la bienvenida al seno de la patria y de los amigos, felicitándolo a la vez por los merecidos triunfos científicos en Europa”*.

De manera inmediata recibió *“el encargo del doctor Irigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores, de hacer un mapa de la Patagonia y de escribir una memoria sobre el tratado de límites con Chile, que debía discutirse en el Congreso”*, memoria que fue leída en ese ámbito (Luna, 2001, p. 99).

Mientras tanto, el 1 de abril de 1881 una división del ejército de mil quinientos hombres, al mando del General Villegas, había llegado al Nahuel Huapi (Moreno, 1942, p. 205). Este hecho fue mencionado por Moreno en una nota al diario La Nación, remarcando que nadie parecía acordarse de que esos soldados habían seguido las huellas dejadas por Moreno y su asistente Manuel Silva el 22 de enero de 1876 y por otros seis (véase más abajo) en 1880.

La nota en cuestión formó parte de tres cartas enviadas por Moreno desde Córdoba, el 14 de enero de 1883, a Bartolomé Mitre para ser publicadas en el Diario La Nación (Moreno, 1942, p. 176, 204-206). Allí hacía un detalle completo de su relevamiento del Nahuel Huapi y alrededores y explicaba que el informe que presentó al Ministerio al regresar del viaje se hallaba oculto desde 1880 y que nadie parecía interesarse en la importancia de la región descubierta. Escribió Moreno: *“(…) Tres años han transcurrido desde mi última visita al gran lago. En ese tiempo una División del ejército, fuerte de mil quinientos hombres, al mando del General Villegas, plantó allí sus carpas. El 10 de abril de 1881, quince meses después de mi visita,*

los colosos andinos repetían las vibraciones del bronce de los cañones, los soldados argentinos saludaban la bandera de la Patria (...). Nadie recordó sin embargo, que aquellos soldados habían marchado sobre las huellas de otros compatriotas y que esos mismos colores que saludaban, se reflejaron antes en las aguas del gran lago (...) llevados por dos argentinos en 1876, y por seis en 1880, que vestíamos el uniforme de ese ejército y éramos los primeros hombres blancos que desde el Atlántico llegaron hasta las altas Cordilleras, para revelar sus riquezas e indicar con la brújula el camino que más tarde seguirían las armas argentinas. Los documentos oficiales han consignado (...) los nombres de los jefes, oficiales y soldados que hicieron aquella hermosa campaña. ¿Por qué no he de consignar yo

el de mi asistente Manuel Silva que llegara conmigo al lago (20-23 de enero 1876) y los de José Malgarejo (soldado del 6° de Infantería), Francisco Domínguez (del 1° de Caballería), Ceferino Morón (policiano de Biedma) y los marineros del Vigilante, Antonio Van Titler y Juan González, mis compañeros de 1880 (...). Encuentro una explicación a ese olvido, y creo que si el parte oficial de mi distinguido amigo el general Villegas no hace mención de nuestros nombres, ha sido porque ignoraba (...) el carácter oficial que revestía mi último viaje y en mucho, lo atribuyo (...) al silencio que ha cubierto mi extenso informe pasado al Ministro del Interior en Mayo de 1880, informe que a pesar de tener decreto de 'publíquese' no ha sido aún publicado, cubriéndolo el mismo espeso velo que la Administra-



María Ana (Marianita/Menena) Varela, Río Ceballos, 1882. Archivo General de la Nación, Departamento Documentos Fotográficos o AR_AGN_DDF/Consulta_INV: 317928_A.

ción anterior echó sobre mi misión oficial a las tierras australes (...)". (Periódico La Nación, 18 de enero de 1883, 1; Moreno, E.V., 1942, 204-205).

Diría Villegas al respecto, en carta a Moreno de enero de 1883: "¿Hay quien pueda dudar que Ud. ha estado dos veces en Nahuel Huapi? (...). No lo creo (...). Le aseguro que sus exploraciones no las hubiera yo hecho aunque hubiera tenido a mi lado al buen mentor que me salvara de los peligros. Recuerdo su último viaje y que al abrazarle en el campamento de Choele-Choel, le dije: 'Adiós amigo, ya no vuelve'. Felizmente me engañé y sus amigos han tenido el placer de volverlo a abrazar y yo la dicha de echar con Ud. un párrafo sobre aquellas hermosas regiones" (Moreno, E.V., 1942, 206; Bertomeu, 1949, p. 276).

Moreno y el tratado de límites con Chile de 1881

El 23 de julio de 1881, siendo Presidente Julio A. Roca y Ministro de Relaciones Exteriores Bernardo de Irigoyen, se firmó el Tratado de límites entre Argentina y Chile, que dio base a las acciones de peritaje que llevaría a cabo Moreno en la década siguiente. Por Chile lo hizo Francisco de Borja Echeverría y en él se establecía que la línea fronteriza pasaría por "las cumbres más elevadas de esa cordillera" y "por entre las vertientes que se desprenden a un lado y otro". Se establecía además que las dificultades que pudieran producirse por ciertos valles formados por la división de la cordillera y en que no sea clara la divisoria de aguas, se resolverían amistosamente por dos peritos, nombrados uno por cada parte, y, de no ponerse de acuerdo, se nombraría un tercer perito (Bertomeu, 1949, p. 340, 343; Luna, 2001, p. 96).

El primer artículo resultaba confuso por la mención que se hacía, por un lado a las altas cumbres y por otro a la divisoria de aguas, lo cual daría lugar a que posteriormente los argentinos enfatizarían lo primero y los chilenos lo segundo.

"En sucesivos artículos se estableció la divisoria en la parte austral al norte del Estrecho de Magallanes, desde Punta Dungeness a Monte Dinero y de allí al Oeste hasta Monte Aymond, línea que se prolongaría hasta la intersección del meridiano 70 con el paralelo 52° siguiendo este hasta el *divortium aquarum* de los Andes. Respecto a la Tierra del Fuego, se disponía dividirla por una línea que,

partiendo de Cabo Espíritu Santo, se prolongara en coincidencia con el meridiano 68° 34' hasta tocar el Canal de Beagle, quedando para Chile la parte occidental y para Argentina la oriental. Con relación a las islas, pertenecerían a la Argentina la isla de los Estados y los islotes inmediatos al Este, y las islas en el Atlántico al oriente de T. del Fuego y al oriente de la Patagonia, y a Chile las islas al sur del Canal de Beagle hasta Cabo de Hornos y las situadas al occidente de Tierra del Fuego. Se neutralizaba el Estrecho de Magallanes y se aseguraba su libre navegación para todas las naciones" (Ratto de Sambuccetti, 2009, p. 43).

Chile reconoció el derecho argentino a la Patagonia y aceptó como límite divisorio de Norte a Sur la Cordillera de los Andes, hasta el grado 52 de Latitud Sud. Por su parte la Argentina cedió a Chile la mitad de Tierra del Fuego con sus islas adyacentes y ambas costas del Estrecho de Magallanes.

El entendimiento se debió a un ofrecimiento de mediación de los Estados Unidos de América que fue aceptado por la Argentina y por Chile y dio lugar a la intervención de los Ministros Plenipotenciarios de Estados Unidos en Argentina y Chile, dos primos hermanos, Tomás O. Osborn y Tomás A. Osborn (Bertomeu, 1949, p. 343; Ygobone, 1954, p. 267; Luna, 2001, p. 96).

El tema fue tratado en el Congreso, con la intervención de Bernardo de Irigoyen, el 31 de agosto y 1 y 2 de septiembre de 1881. Moreno asistió a los debates y la memoria que le había pedido Irigoyen fue leída por este durante las sesiones (Moreno, 1903 a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 113). En ellas, Moreno exponía sus criterios sobre el problema de límites, que luego sostuvo como Perito argentino. Según relató Moreno, en carta al Presidente Roca del 15 de mayo de 1899 desde Londres (en Ratto de Sambuccetti, 2009, p. 93), su informe hacía referencia al extremo sur, en las inmediaciones del paralelo 52, donde el límite de la Cordillera daba a la Argentina acceso al Pacífico, aunque sus indicaciones al respecto no se tomaron en cuenta.

El tratado fue promulgado como Ley el 11 de Octubre de 1881. No obstante Chile, representado por Barros Arana, siguió sosteniendo que el límite debía fijarse donde se producía la divisoria de las aguas continentales, mientras la Argentina sostenía

que la divisoria de las aguas debía tomarse con respecto a las Altas Cumbres (Bertomeu, 1949, p. 345-346; Luna, 2001, p. 96-98). De acuerdo con estas posiciones, la Argentina pretendía una salida al Pacífico (Puerto Natales) y Chile reclamaba la mayoría de los lagos cordilleranos.

Moreno continúa con sus estudios antropológicos

Luego de su regreso de Europa, Moreno retomó sus actividades en el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires y en la Sociedad Científica Argentina, dando continuidad a sus intereses antropológicos.

Así el 2 de septiembre de 1881 dio una conferencia en la Sociedad Científica Argentina, en la cual trató de demostrar el estado avanzado de las culturas indígenas locales, llegando incluso a afirmar que *“la industria metalúrgica que le ha dado al hombre su poder actual, bien puede haber tenido su primer desarrollo en estos países llamados bárbaros hasta hace pocos años”*. Sostuvo también que *“el empleo del cobre principió en América, introduciéndose de aquí al Asia”* (...) *“y que las más grandes emigraciones o conquistas que se han realizado por hombres en los tiempos ante-históricos han tenido por teatro el Nuevo Mundo. Por todo lo cual concluía que “la antropología y la arqueología de Sud América, bien estudiada, es quizás hoy, el estudio de más interés que se presenta para los que investigan la historia del desenvolvimiento de las civilizaciones y sus relaciones sobre el globo”* (Bertomeu, 1949, p. 281; Ygobone, 1954, p. 234).

En una segunda conferencia, el 15 de julio de 1882, Moreno se ocupó de la fauna de mamíferos terciarios de la Patagonia y sostuvo que la región austral había sido un centro de dispersión de una fauna diferente y contemporánea de las de la misma edad existentes en Europa y América del Norte (Ygobone, 1954, p. 237).

Entre 1882 y 1883 se registraron varios testimonios importantes sobre las investigaciones emprendidas por Moreno, especialmente en el campo de la Antropología.

Así Holmberg (1882, p. 91, 106-107, 112-113) efectuó varias consideraciones sobre Moreno y sus actividades e ideas, con posterioridad a su regreso de Francia. Escribió Holmberg: *“(...) la antro-*

logía, en América, no es ciencia que se aprende en los libros. Si fuera antropólogo, no lo sería para demostrar que tenía buena memoria (...) haría como Moreno, que ha ido a buscar las razas de América en sus cementerios o en sus toldos, lo cual no se hace con aspiraciones, ni con frases (...). *“(...) Moreno es hoy un furioso transformista (...). “Moreno, a su vuelta de Francia, tenía (...) ideas, que no eran seguramente las que había llevado” (...). “La palabra castellana *sabio* se expresa en francés de dos maneras: *savant* y *sage* (...). (...) “Cierta día escribe Burmeister ‘Les savants (...) Moreno, Zeballos, Lista’ y sin fijarnos en que Burmeister entiende que *savant* es simplemente el que se ocupa de estudios científicos, traducimos literal y perfectamente *savants* por sabios y Moreno, Zeballos y Lista ya son sabios. En vano protestan; en vano la modestia y la justicia les obligan a rechazar esa traducción: ya no hay remedio! Invoco el testimonio de los tres. Si una traducción mata una actividad intelectual, los tres *savants* estarían durmiendo sobre los laureles de la palabra y no dedicarían su tiempo, como lo dedican, al estudio y al trabajo, único medio de saber algo (...).”*

Decía por su parte Sarmiento, el 1 de febrero de 1883, sobre las actividades de Moreno: *“Nuestro antropologista Moreno ha emprendido una grande exploración, hacia las provincias, para verificar ciertos hechos, monumentos, vestigios prehistóricos y precolombinos de que hay muestras en el Museo Antropológico de Buenos Aires. Es este uno de los más adelantados del mundo; y en antropología americana, único”* (Sarmiento, 1900a, 141-142).

Posteriormente, el 12 de septiembre de 1883, expresaría Sarmiento, con respecto a *“La Sociedad Antropológica Argentina. El estudio sobre el hombre americano por Francisco Moreno”*: *“El primer trabajo de esta asociación circula impreso, bajo el título que encabeza estas líneas y cuya lectura recomendamos. Esta exposición del pensamiento que ha dado existencia a la Sociedad Antropológica, tiene su verificación práctica en el Museo del mismo nombre (...). El señor Moreno ha sido el primero en consagrarse al estudio de la Antropología (...). Es fortuna que la República Argentina tenga hoy un representante en el consejo de las naciones, que escudriñan su propio suelo para encontrar rastros de*

los orígenes humanos, y de los primeros ensayos de artes e industrias (...).”

(...) Tales son los resultados que puede dar para los estudios (...) el contingente que suministre la Sociedad Antropológica Argentina, a cuya cabeza está el señor Moreno. Baste saber, para satisfacción de sus compatriotas y recompensa merecida de tan laboriosos trabajos, que ya el nombre del señor Moreno está en Europa revestido de autoridad, que sus asertos son tenidos en cuenta, y que las sociedades que cultivan estos estudios, y los estudiosos que se distinguen en ellos, se dirigen a él y le comunican sus propias observaciones (...)” (Sarmiento, 1900g. 378-381).

Exploraciones en el noroeste: 1882 - 1884

Entre 1882 y 1884 Moreno hizo exploraciones en el centro-oeste de la Argentina. Según su propio relato, Moreno (1903a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 113) en 1882 emprendió “*un viaje de exploración a las regiones andinas de las provincias de Cuyo, visitando algunos lugares de la Cordillera donde el trazado del límite determinado por el tratado de 1881 podía dar lugar a dificultades*”. Regresó a Buenos Aires en abril de 1884.

Diría en 1894, como ya se vio en parte: “*La naturaleza, si bien no me ha dotado de algunas de las facultades que hacen completos a los hombres, me ha dado una que considero entre las más necesarias en la vida: la de ser persistente en el desarrollo de los propósitos que considero útiles, y volví a Buenos Aires decidido a dar nuevo impulso a mis investigaciones y a hacer grande y servicial la institución que dirigía. Diecisiete meses empleé en estudiar parte del interior, y recorrí con algún detenimiento los Andes de San Juan y Mendoza y a ello se debe haber podido corregir errores geográficos peligrosos. El museo antropológico se enriqueció grandemente con las colecciones formadas en ese viaje y su local fue pequeño para contenerlas.*” (Moreno 1984b, p. 1-11).

Para sus recorridos por San Juan, Mendoza y Catamarca pidió a sus amigas Ernestina Guerrico, luego Señora de Carballo, Lucrecia Guerrico de Ramos Mejía y Anatilde Guerrico de González Segura, le confeccionaran una bandera (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 98-99). Al respecto escribió Moreno: “*Muchachas: Hace noches vimos ‘El Banquero’, ¿recuerdan a un soldado herido que ostentaba orgu-*

lloso un pedazo de bandera?. Rieron ustedes, el marco era ridículo.

Deseo que no suceda esto cuando reciban el género que les envió. ‘Vaya una tontera del pobre Pancho’ a decir de alguna de ustedes al recibirlo; ‘llevar bandera cuando nadie la lleva e insistir que seamos nosotras quienes la hagamos’ (...).

La bandera que cosieron para el viaje anterior fue destinada para el ‘Vigilante’. Por desgracia el guapo vaporcito no pudo llegar donde yo pensaba y aquella no llenó sino las primeras líneas de su foja de servicios. La muestra que les envió le tocó por su tamaño el viaje por tierra; es ya veterana. Como ustedes lo verán, esta descolorida, manchada y rota (...). No se imaginarán ustedes los entusiasmos y desfallecimientos que ha presenciado esta tela al desflectarse frente a los Andes en Nahuel Huapi, al sentirse escondida en el pecho, las amenazas del indio, al empaparse en las aguas del Limay durante la fuga; cuanto aliento han dado esos colores a los que la llevaban.

Voy a emprender ahora otro viaje. No sé dónde concluirá, ni cuándo. Viviré mal (...). Buscaré lenitivos en la vista de los colores patrios flameando sobre el reducido campamento en las tardes, a la hora del descanso, cuando el viajero busca en los goces intelectuales que trae el recuerdo y la visión mental, la compensación de las fatigas (...). ¿Quieren proporcionármelo hoy? Cosan las que quieran esas tres telas; al hacerlo, encarnen en el trabajo el deseo que la suerte ayude a quien va a llevarlas. Que las tres juntas formen mi estrella.(...).

Alguien ha dicho que jamás Ángel de la Guarda tuvo una existencia más accidentada que el que me acompaña. (...).

Las genialidades y las rarezas del patrón van a obligarlo a pensar más. ¡Que se embrome! Como yo no lo conozco, hoy lo asimilo a mi bandera. Veré en ella algo más que tela, que sufra, que se destruya, que vuelva hecha girones. ¿No es verdad que eso no importa mientras que el aprecio y la amistad de las que la ha unido no se destruya?(...).

Ya en viaje, desde Córdoba, le escribió a Mitre y le envió material para La Nación (Ygobone, 1954, p. 240, 383; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 108). Allí recogió abundante material antropológico anterior a la conquista y restos fósiles de diferentes formaciones.

En el contexto de este mismo viaje, el 7 de septiembre de 1882, le escribió a su amigo, residente

en Salta, M. Zorreguieta: “(...) *el Norte me atrae desde hace mucho tiempo, ¡hoy puedo realizar mi sueño de muchacho de llegar a Tiahuanaco! Usted sabe que D’Orbigny, Castelman, Igmes y Wienen han estudiado las antigüedades peruanas y bolivianas, partiendo del Pacífico del Norte y teniendo como punto último el sur, el lago Titicaca y Tiahuanaco. Atribuyo a esto, el que no hayan dado aún con el secreto que ocultan esas ruinas. Mi teoría (...) me hace tomar el camino contrario, para mí la civilización que construyó aquel monumento radicaba en el sur y no en el norte, a pesar de haber tenido probablemente su origen allí. He de seguir sus huellas en esos parajes como las he seguido en Patagonia (...)*” (en Ibarguren & Agüero, 1999, p. 10).

Moreno sobre J. Crevaux

En la misma carta hacía referencia al explorador francés Jules Crevaux, asesinado junto con sus acompañantes, por indios tobas, el 27 de abril de 1882 en el curso superior del río Pilcomayo. En el escrito de Moreno quedó registrada su identificación con la actividad y el destino del explorador francés: “*Esperaba (...) los dos cajones que dejara (...) nuestro malogrado amigo Crevaux. Ya los tengo (...) los he colocado en sitio preferente en el museo (...). En mi (...) artículo sobre nuestro amigo (...) enuncié la idea de (...) grabar una placa a los Mártires del Pilcomayo (...). Proponía traer de las inmediaciones de Montevideo, un monolito granítico (que en 1874 estudiara el explorador) y colocarlo tal cual lo había modelado la naturaleza, en el Cementerio de B. Aires, grabando en uno de sus costados el nombre de quien se quería honrar (...). Me trasladé a (...) Montevideo y elegí la roca (...). He tratado de conseguir, del Pilcomayo, algunas enredaderas para cubrir la gran piedra y hacerla más significativa (...)*” (en Ibarguren & Agüero, 1999, p. 9-10).

Visita a la familia Varela en Río Ceballos.

María Ana Varela

En 1882 también fue a Río Ceballos, en Córdoba, donde visitó a la familia de Rufino Varela, con quien lo unía una gran amistad, como continuación de la que habían mantenido sus padres, Florencio Varela y Francisco Facundo Moreno, durante el exilio de ambos en Montevideo. Testimonio de esta visita son varias fotografías, en una de las cuales se ve a Moreno “quien tenía a la sazón 30 años, ya con una calvicie incipiente sentado en el suelo al lado de esa chicuela de 13 años”, María Ana (Menena), la hija menor del matrimonio, con la cual se casaría tres años después.

Según Moreno (1895, Rev. Museo La Plata 7, p. 16) “*en 1883 examiné en las inmediaciones del Paramillo de Uspallata depósitos vegetales rheticos que habían sufrido modificaciones por la influencia del volcanismo próximo*” y obtuvo una rica colección para el Museo. El 2 de julio regresó de Mendoza, según lo anunció el diario La Nación del 6 de julio de ese año (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 99).

Estos viajes de Moreno al oeste del país continuarían durante el año siguiente. Así el 13 de marzo de 1884, Moreno desde Calingasta, San Juan, le envió un telegrama a D. Rocha, Gobernador de la Provincia, informando que había conseguido material importante para el “Museo de la Provincia”, que seguía para la cumbre de la cordillera y que en la primera semana de abril estaría de regreso.

Mientras tanto el 15 de marzo de 1883 la Academia de Francia lo designó Oficial de la Academia y le otorgó las Palmas Académicas, cuyo uso le fue autorizado por la Ley 1445 de agosto de 1884. Previamente, el 14 de julio de 1882, Moreno había sido nombrado Oficial de la Academia de Instrucción Pública y Bellas Artes. (Bertoluti Flebus, 1995, p. 89-90).

Capítulo 12

FUNDACIÓN DEL MUSEO LA PLATA

Fundación de la ciudad de La Plata

La federalización de la ciudad de Buenos Aires efectuada en 1880, que la convirtió en capital definitiva de la República, llevó finalmente a la fundación de la ciudad de La Plata el 19 de noviembre de 1882, al traslado a ella de todas las instituciones provinciales y dio lugar a una gran obra de Moreno, el Museo de La Plata, comenzada en 1884. Para ese año la ciudad de La Plata ya tenía 10.500 habitantes y Buenos Aires contaba con 400.000, la mitad de los cuales eran extranjeros. El total de habitantes del país alcanzaba a tres millones, mientras seguían llegando multitudes de inmigrantes.

En esos años, y a escasos cinco de la invención del teléfono por Bell, se instalaron en el país los primeros veinte aparatos telefónicos. Se creó el Consejo Nacional de Educación, se realizó en Buenos Aires el Primer Congreso Pedagógico de América que sirvió de base a la ley 1420 de Educación Común, comenzó a funcionar el primer frigorífico, se contrató - pese a la oposición de los lancheros -la construcción del puerto de Buenos Aires y el Intendente de Buenos Aires, Torcuato de Alvear, ordenó derribar la Recova Vieja, con lo que la Plaza de Mayo comenzó a tener su aspecto actual. La red ferroviaria alcanzaba casi 6.000 kilómetros.

Ocho años después de la fundación de La Plata, escribiría Moreno al respecto: “*La historia de La Plata, a pesar de los pocos años transcurridos, es tan compleja, dado su origen y el medio político y social en que se ha desenvuelto en esta ciudad, que escri-*

birla será tarea del futuro, cuando hayan adquirido formas bien definidas los factores tan variados por los que siguen muy de cerca la evolución de la Capital de la provincia, o actúan directamente en ella. Son tan inmediatos los hechos (...) que creo hay conveniencia en aguardar días más tranquilos para hacer esta historia, cuando el tiempo haga desaparecer lo que no es estable (...).

Con recogimiento vimos asentar la primera piedra de La Plata y no olvidaremos aquel bello y glorioso espectáculo. Estas tierras estriadas por los surcos del arado, cubiertas de líneas de banderas indicando las calles y el sitio de los monumentos que empezarian a levantarse al siguiente día, si hicieron sonreír a más de un incrédulo, no pocos tuvieron ante ellas la visión clara del porvenir grande; sin embargo, no es temerario afirmar que ninguno alcanzó a la concepción de la grandiosa realidad tan próxima. Cuando evocamos ese día, ante el espectáculo presente, sentimos la imposibilidad de abarcar en tan corto espacio de tiempo, esfuerzo como el llevado a cabo por los elementos sociales, políticos y económicos puestos en acción en este caso, pero la tranquilidad respecto al porvenir se impone, sin pretender imaginarlo (...)”. (Moreno, 1890d: h: 1, 3, 8; cf. Riccardi, 2019, p. 148).

Antecedentes de la fundación del Museo de La Plata

Al fundarse la nueva capital de la Provincia de Buenos Aires se consideró la posibilidad del traslado del Museo Público de Buenos Aires a la nueva ciudad, e incluso la transformación de ese estable-

cimiento en Museo Nacional, pero como se verá, se planteó en el primer caso la inconveniencia en hacerlo pues se hubiera puesto en peligro la seguridad de las colecciones y en el segundo surgió la oposición inicial de Burmeister a convertirlo en un organismo nacional.

Moreno logró, por sugerencia de J.A. Roca, que en 1883 se incluyera en el presupuesto nacional una partida para crear un nuevo establecimiento nacional, para el que serviría de base el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, que sería cedido a la Nación. Esta última iniciativa tampoco prosperó y, finalmente, se creó un nuevo museo provincial en La Plata, al que inmediatamente se incorporó el Museo Antropológico y Arqueológico.

Al respecto recordaría Moreno, en carta al Presidente Roca, desde Londres, fechada el 17 de mayo de 1899 (Rato de Sambucetti, 2009, p. 101-102): "(...)

En 1882 quiso Ud. ayudarme (...) el Dr. Burmeister no quería que el Museo de Buenos Aires se convirtiera en Museo Nacional, y por indicación de Ud. obtuve que el Congreso en el Presupuesto de 1883, incluyera una partida para crear el nuevo establecimiento, del que sería base el Museo antropológico que tenía a mi cargo, cedido al efecto gratuitamente por la Provincia a la Nación. Se me abría un vasto horizonte, pues iba a poder realizar mi sueño dorado, el de formar en mi país un establecimiento en que se estudiara su suelo, igual a las grandes instituciones de Inglaterra y E. Unidos. Estaba resuelto mi nombramiento y el decreto redactado, cuando el Ministro Dr. Pizarro renunció y entró a reemplazarlo el Dr. Wilde quien se opuso a firmarlo. Recuerdo que (...) lo fui a ver a Ud. pues no deseaba perder tiempo. Ud. me manifestó que sentía la oposición del Dr. Wilde, pero que no pudiendo tratar a un Ministro como a un sargento, fueron sus



Inauguración del MLP, 19 de noviembre de 1888. Desde la derecha, en 7, 8 y 13 lugar; F.P. Moreno, C. d'Amico y F. Ameghino.

palabras, no era posible llevar adelante el proyecto y me aconsejó que cambiara el programa de mi vida, pues trabajos como los que había emprendido no tendrían nunca compensación para mí, en mi país. Más de una vez he lamentado no haber seguido su consejo, pues a haber aplicado mi actividad a otros rumbos quizás no hubiera penado tanto en la vida, tendría una posición desahogada y más consideraciones que las que se tienen conmigo hoy. Creo conocer a mi país. Nada espero de él. Al servirlo no me he preocupado nunca de que me lo reconozca algún día. Lo he hecho como deber filial. Pero, si no espero nada, si salimos bien algún día de esta cuestión tan sencilla y que la han complicado los que hoy desearían verme extraño a ella, mi nombre será olvidado y otros recogerán laureles, pero si por desgracia, los errores cometidos nos causan prejuicios la víctima será el Perito Moreno, por más que se defienda”. (Moreno, F.P., 1899).

En el proyecto fracasado por la oposición de Wilde, de crear un museo nacional, al margen del museo provincial que sería trasladado bajo la dirección de Burmeister a la nueva ciudad, habría participado también F. Ameghino (cf. Mantegari, 2003, p. 159). Años después, en 1889, Moreno intercedería a través de su suegro para posibilitar que Burmeister pudiese ampliar el espacio ocupado por el Museo Nacional (cf. Mantegari, 2003, p. 174).

Por otro lado, en 1882 Moreno fue designado por el Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Dr. Dardo Rocha, miembro de una comisión encargada de la construcción de edificios públicos, entre ellos el del futuro Museo. En el plano fundacional del 19 de mayo de 1882 se asignó al Museo una ubicación privilegiada en su eje central [donde luego se construyó el Teatro Argentino]. Esto fue modificado a propuesta de Moreno para llevar el Museo a su lugar actual porque “*permite disponer de un amplio espacio para la creación de un jardín botánico y zoológico*”, en un todo de acuerdo con la visión de Moreno expuesta más abajo.

El 30 de enero de 1884 por decreto del Presidente Roca, refrendado por el Ministro Eduardo Wilde, se designó una comisión integrada por Bartolomé Mitre Andrés Lamas y Amancio Alcorta encargada de convenir con el gobierno de la Provincia de Buenos Aires la nacionalización del Museo Público y la entrega al gobierno nacional, de la biblioteca públi-

ca, del Archivo General y de todos los documentos y objetos históricos pertenecientes a la Nación que existiesen en reparticiones provinciales (Biraben, 1968, p. 35). Con ello se interpretaba “el permanente empeño de Germán Burmeister de establecer en forma expresa y terminante, ese carácter de institución nacional del Museo Público, concorde, por otra parte, con el espíritu impreso por su fundador al denominarlo ‘Museo del País’”. Por ello uno de los considerandos del decreto decía “Que el Museo Público de Buenos Aires, además de ser una parte integrante de esta ciudad, como los monumentos públicos que le son propios, guarda un crecido número de objetos que perpetúan la memoria de hechos, cosas y personas genuinamente nacionales, lo mismo que diversas colecciones científicas reunidas en todo el territorio de la República, debiendo y conviniendo, por lo tanto, ser nacionalizado y conservado en esta ciudad, no solo por las razones expresadas, sino porque su remoción ocasionaría graves perjuicios al mismo establecimiento en particular y al estudio de la ciencia en general”.

En el mes de abril se instalaron las autoridades provinciales en La Plata (Bertomeu, 1949, p. 288) y “la mayor parte de las reparticiones públicas costeadas por el tesoro provincial. Exceptuándose las que por su índole especial convenía a los intereses generales, que no fuera removidas de la Capital de la República, y una de estas, como se verá, fue el Museo Público de Buenos Aires (...). No era posible trasladar sus valiosísimas colecciones paleontológicas a la nueva Capital de la Provincia, sin correr gran riesgo de perderlas.” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 107).

En el mes de mayo (Moreno en “Breve reseña de los progresos del Museo ‘La Plata’ durante el segundo semestre de 1888”, Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 108-109) Moreno que había regresado de su viaje por el norte del país, recibió el encargo, del recién electo Gobernador Carlos D’Amico, de proyectar un museo que reemplazase, a la brevedad posible, al Museo Público de Buenos Aires que iba a federalizarse en breve (Ygobone, 1954, p. 240).

En julio de 1884, se trasladaron a La Plata las colecciones del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires “a un local provisorio, mientras se decidía la fundación del que debía reemplazar al

cedido a la Nación”. Se ubicaron en varios locales provisorios, entre ellos el que actualmente ocupa la Universidad, en ese entonces Banco Hipotecario (Bertomeu, 1949, p. 288-9; Ygobone, 1954, p. 239).

El 4 de septiembre de 1884, se transfirió el Museo Público a la Nación (Bertomeu, 1949, p. 289; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 109).

Mientras tanto, el 24 de mayo de ese mismo año la Sociedad Arqueológica de Chile había designado a Moreno Miembro Correspondiente (Bertolutti Flebus, 1995, p. 90).

La concepción de Moreno sobre el museo

La formación de un museo constituyó para Moreno, desde su infancia, un programa al que quiso dedicar su vida. Consecuentemente, a lo largo de esta hubo una clara evolución en su concepción, desde la original, prácticamente infantil, hasta la visión general que intentó en llevar a cabo con el Museo de La Plata, al que procuró convertir en una “Smithsonian Institution” del hemisferio sur, para lo cual desarrolló en pocos años, un centro científico de primer orden, con sus propias publicaciones e investigadores, que fue reconocido internacionalmente.

Lamentablemente, como lo explicó el mismo Moreno, esa visión se vio progresivamente limitada. Así las dimensiones que él había previsto para el edificio original se vieron reducidas por razones presupuestarias de manera tal que a los pocos años ya no había lugar para nuevas colecciones. Probablemente por razones similares, la propuesta de ampliación que presentó en 1894 no tuvo lugar. De esta manera, su idea de convertir el Museo de La Plata en un equivalente de la Smithsonian Institution no llegó a materializarse y finalmente quedó trunca cuando en 1905 se transfirió el museo a la Universidad Nacional de La Plata, dentro de la cual pasó a ser un museo de Ciencias Naturales, cuyas instalaciones fueron usadas para la docencia universitaria, en un principio, de Química y Farmacia. Todo esto llevó al alejamiento de Moreno del MLP y al abandono del proyecto al que había pensado consagrar su existencia.

Sus primeros pasos en esta iniciativa tuvieron su origen, como ya se vio, en unas pocas piedras recogidas en los paseos de Palermo, a las que se agregaron casi inmediatamente fragmentos de gliptodontes, insectos, arcos y flechas de los indios del Chaco y un

“ídolo de una pagoda china”. A ellos siguieron toda clase de materiales representativos, en las palabras de Moreno, de “*la historia del suelo de la República Argentina y la de sus habitantes*”.

En su idea, la heterogeneidad de estos materiales dejaría de existir en la medida en que estuvieran debidamente ordenados, en un ordenamiento que él mismo había remarcado en un cruce de los Andes. Pues allí pudo, con lo que encontraba a su paso, inspirarse para determinar el objetivo del Museo de La Plata:

“Un día llegó el que suscribe a la cumbre de los Andes, estudiando el suelo y recordando las hazañas de los argentinos que cruzaron tales alturas con el santo anhelo de libertar al Perú y a Chile (...). Pensando en lo que encontraba a su paso, reconstruía el pasado. Las duras rocas primitivas le indicaron allí las primeras etapas de la formación del suelo que pisaba; más adelante, vestigios fósiles le revelaron la vida pasada. Cuando sobre el mismo filo de esa cumbre, halló troncos de árboles convertidos en piedra, y a pocos pasos de ellos, cubierto el suelo de restos de vida marina, evocó, primero, el antiguo paisaje, la orilla bordeada por las bellas araucarias y las tranquilas aguas surcadas por las elegantes amonitas, y luego, el paisaje destruido, convertido en árida montaña, cubierta hoy de hielo eterno. Al ascender a la montaña había encontrado en el muro de una caverna el contorno de un Gliptodon, toscamente bosquejado por el hombre primitivo, y descendiendo por la honda y áspera garganta, halló ruinas dejadas por el hombre congregado ya en aldeas y habitando viviendas de gruesas murallas de piedra labrada. Todo el inmenso pasado había desfilado en un corto espacio de tiempo y de distancia, desde el génesis del suelo hasta la era de la libertad sudamericana.

Estas reflexiones y otras, resultado de excursiones en medios diferentes, iniciadas en 1873 y terminadas en 1884, hicieron nacer el plan que debía desarrollar el Museo de La Plata, fundado al regreso del último de esos viajes.

El plan adoptado para los trabajos del museo abarca diferentes temas:

Estudio desde el punto de vista geológico y geográfico, de la parte de la corteza terrestre que hoy forma el continente sudamericano. Aparición y desarrollo de la vida sobre esta parte del planeta, a través de las edades geológicas y de las vicisitudes del suelo. Causas de la desaparición y modificación de las floras y

de las faunas. Relaciones de estas floras y faunas con las de otras regiones continentales e insulares. Aparición del hombre en este suelo. Su historia primitiva. Sociedades que nacen y mueren en él, que inmigran y emigran. Conquista por los europeos. Modificación del hombre y del suelo por la influencia de la mezcla de las razas y del progreso de los conocimientos. Constitución de las naciones libres actuales. Sus elementos de desarrollo y su puesto en la colectividad humana.

No se oculta al que suscribe, que programa tan vasto entraña grandes dificultades y que han de transcurrir largos años antes de conseguir su realización, pero lo ha considerado indispensable (...). El ideal que persigue consiste en que esta América tenga algún día una institución análoga al Smithsonian Institution de Washington (...).

Así la creación del Museo de La Plata respondió a una visión totalizadora del ser humano, por eso tomó como modelo a la *Smithsonian Institution*, abarcando desde las ciencias naturales a las sociales y para que sirviera también “al conocimiento de la geografía física del país y de las riquezas de su suelo” (Moreno, 1903a; en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 114).

Alcance sudamericano del museo como centro museológico

Más aún: “(...) La acción del Museo de La Plata no se circunscribirá a la República Argentina. El continente sudamericano tiene (...) límites definidos geográficos y biológicos, pero dentro de los elementos políticos de cada una de las naciones que actúan en él (...). La geología y la distribución biológica no coinciden con los límites políticos, y de aquí la necesidad de abarcar mayores horizontes para la investigación, reconociendo que, si bien esta amplitud dificulta (...) la tarea a que se consagra el museo, es ella la que forma la armonía del plan adoptado.

No todo lo que constituye la historia física y moral de Sud-América, puede concentrarse hoy en el museo; materiales valiosísimos se encuentran en otros establecimientos públicos de la república (...) en manos de inteligentes coleccionistas, sobre todo los que se refieren a la historia escrita. En tiempo más o menos próximo, deberán estos últimos materiales incorporarse a los primeros, quizás a este museo, el que, mientras tanto llega ese día, se esforzará por hacerlos

conocer, al mismo tiempo que los propios, contando desde ya con la importante colaboración de muchos de sus dueños (...)” (Moreno, 1890-1891a).

Como se ha visto más arriba, en sus primeras expediciones exploradoras, el énfasis en la colección de restos y vestigios de los primitivos habitantes del territorio argentino y la donación de estos a la provincia de Buenos Aires en 1877 dio origen al Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires. Pero la idea de Moreno, que abarcaba toda la historia física y biológica de esta región de América “desde los tiempos más remotos hasta el día” recién pudo comenzar a concretarse cuando se creó en 1884 el Museo La Plata, al que se agregó unos días después el Museo Antropológico y Arqueológico.

Objetivo educativo

El plan de Moreno para ese nuevo museo era “desarrollar, allí, el cuadro más completo posible de la naturaleza, según lo entiende la ciencia moderna (...) para que los alumnos de “los cientos de colegios de la provincia (...) visiten el Observatorio Astronómico, cuyo personal (...) tendrá placer en ayudarlos a que penetren los portentosos fenómenos del mundo sideral, y luego pasen al museo donde, sin olvidar aquellos globos que solo muestran que existen en sus luces, sus formas, sus movimientos, pero que las leyes de la analogía ayudan a comprender, examinen el que habitan en el museo; verán el mundo vivo, visible entre los oponentes torbellinos de la lógica evolución orgánica desde los tiempos más lejanos hasta ahora (...)” (1885c: 9-10).

Así, en la idea original del Museo, sustentada por Moreno, influyeron: una concepción de la evolución global, desde lo cósmico a lo intelectual, una visión de su finalidad educativa popular y un análisis meditado de lo observado, en los principales museos de la época durante su viaje a Europa de 1880-1881. La influencia de William H. Flower quedó plasmada en la transcripción de un discurso de este en el primer tomo de la Revista del Museo de La Plata que sería publicado en 1890.

De esta manera, el 17 de septiembre de 1884 se fundó, por decreto del Gobernador C. D'Amico, el Museo La Plata (MLP) en reemplazo del Museo Público de Buenos Aires [hoy museo B. Rivadavia], que había sido cedido a la Nación, aprobando los pla-

nos del arquitecto Enrique Aberg, presentados por la *Comisión Administrativa del edificio para Museo, Biblioteca y Archivo*, a ser construido en el parque de la ciudad de La Plata (Boletín Oficial de la Provincia de Buenos Aires, 1884, 721; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 100).

Dos días después, el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires fue incorporado al nuevo museo (Riccardi, 1977). De esta manera el Museo de La Plata nació, no como una continuidad del Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, tal como ha sido erróneamente difundido a partir de 1977 (cf. Barba, 1977), sino como una institución nueva que respondía a una concepción museística mucho más vasta (Riccardi, 1977, 1992).

Moreno, que tenía entonces 32 años, fue designado director de la nueva institución. Según Moreno (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 109) “(...) el Exmo. Gobierno decretó con fecha 17 del mismo mes (...) la fundación” del Museo de La Plata; y por otro decreto de igual fecha, “la construcción de un edificio adecuado a ese objeto. El Museo Antropológico y Arqueológico sería la base de ese nuevo Museo, y se me honró con su dirección por el mismo decreto de su creación”.

Sin embargo, todo indica, contrariamente a lo señalado por Moreno, que solamente existió el decreto por el cual se aprobaron los planos y se dio nombre al “nuevo establecimiento”, siendo de remarcar que el nombre original fue “Museo La Plata” (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 104).

Nótese que en este decreto solamente se aprobó la construcción del museo propiamente dicho, quedando fuera del mismo los edificios de la Biblioteca y del Archivo General que formaban parte de proyecto original diseñado por Moreno y los arquitectos.

“Las colecciones del Museo Antropológico debían servirle de base y así la provincia pudo tener desde el primer momento, sin recargar con mayores gastos su presupuesto, bastantes elementos para que el nuevo establecimiento pudiera reemplazar el cedido tan patrióticamente a la nación y principiado a llenar el útil propósito que se había tenido al crearlo (Moreno, 1885: c, p. 7-13).

El 19 de septiembre se dictó un decreto (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 100-101) por el cual se incorporaba el Museo Antropológico y Arqueológi-

co al Museo La Plata, se dejaba la Biblioteca como dependencia del mismo y se designaba Director a Moreno. Se establecían además los cargos (8) con los que contaría inicialmente la institución.

Concepción general

Con respecto a la concepción de esta obra, decía Moreno: “*Dadas las circunstancias en que este museo nace, la provincia de Buenos Aires podrá tener sin grandes desembolsos un establecimiento tipo que no solo preste servicios al desarrollo intelectual (...) que, dado el plan adoptado, favorecerá la explotación de las riquezas del país, muchas de ellas apenas conocidas por falta de un centro donde, reunidas, puedan ser examinadas con comodidad y sin gastos*”. Y continuaba “*El citado plan es muy vasto, pero el Gobierno se propone dotar al museo de La Plata de los elementos que necesite para llevarlo a cabo, completando el programa de enseñanza que reúne, en una misma idea, colegios, escuelas normales, biblioteca, observatorio astronómico y museo. (...) Los mayores goces intelectuales que elevan el espíritu del hombre y dan fuerzas propias a los pueblos, son los que se desprenden del estudio de la naturaleza y de las aplicaciones de sus elementos al bien de la colectividad*” (...).

Y proseguía: (...) “*Pero no será este servicio el único que rinda; aparte de las especulaciones filosóficas, que tanto contribuyen a la elevación del espíritu, útil enseñanza encontrará quien en esas galerías busque (...) elementos para la industria y el comercio, representados por las riquezas naturales que (...) ofrecen las diferentes divisiones de la historia natural del país. Al examinar el curioso la constitución geológica del suelo, hallará las piedras de construcción, las útiles arcillas, las muestras del suelo, los minerales; el herbario le dirá cuáles son nuestras principales maderas, las plantas textiles, las forrajeras, las alimenticias, las tintoreras y las medicinales; y la fauna, al par que presente el cuadro de la vida animal tan variada, indicará al espíritu utilitario mil aplicaciones de fácil obtenimiento y buen rinde (...)*

“*(...) Un museo de historia natural general, que incluya la historia de las manifestaciones morales de los pueblos que precedieron la era social presente, debe ser el gran libro en que esté desarrollada la verdadera historia de la naturaleza, libro que no puede estudiarse con éxito, cuando le faltan capítulos indispensables*

o cuando los que lo forman están tan mal distribuidos, que su lectura produce un caos en quien espera encontrar clara la maravillosa armonía que en todos sus actos manifiestan las fuerzas naturales (...).

El edificio

“(...) El nuevo edificio es un tipo nuevo en su clase; su plano responde a la grandiosa teoría de la evolución universal y en sus salas se desarrollarán, de acuerdo con esa teoría, todas las formas de la vida nacidas paulatinamente de las combinaciones de las fuerzas naturales, desde los tiempos lejanos que pueda investigar el hombre, hasta el presente. Así en una visita al museo se podrá pasar, algún día, revista a todo lo que ha vivido y vive sobre esta parte del globo; único modo posible de comprender en corto tiempo la majestuosa armonía biológica que permite que, sin soluciones de continuidad sensible, se conozcan desde los primeros seres de sencillez imponderable, hasta la organización humana; el visitante verá allí su árbol genealógico completo. El aro de la vida física que representa la serie de salones longitudinales del museo está completado con salones transversales destinados a conservar los vestigios de la evolución moral sudamericana a través de los tiempos (...)” (Moreno, 1886c, p. 282-330).

Moreno buscaba con las exhibiciones del museo ejemplificar no solo la evolución de la naturaleza de acuerdo con las últimas teorías científicas, sino también las posibilidades que las riquezas naturales ofrecen al espíritu práctico y emprendedor. En sus palabras, el museo *“indicará al espíritu práctico que en aquellos salones busque provecho, mientras descansa, mil aplicaciones de fácil acceso y buen rendimiento, y verá allí reunida la base de la riqueza del país”* (Moreno, 1885c: 13).

Así, solo veinticinco años después de la publicación de *El origen de las especies*, de Darwin, la disposición del óvalo del museo respondía, en el decir de Moreno, *“a la (...) evolución universal”* (...). *“Por ello —sostenía con orgullo— el Museo La Plata será el primero que se instale de acuerdo con las teorías biológicas evolutivas, habiéndose adelantado en esto (...) a los deseos emitidos en el viejo mundo por sabios de nota, los que se sorprenderán cuando sepan que, en una ciudad de fundación tan reciente, que aún no figura en las cartas geográficas, se ha fundado un establecimiento igual al que deseaban un año des-*

pués, como última expresión de la ciencia” (Moreno, 1886c: 288, 292-293).

Y cuando el museo estuviera terminado y su existencia fuera conocida en los centros científicos del mundo, *“el nombre de ‘La Plata’ será pronunciado con respeto y cariño por todos los que piensan que la prosperidad de un pueblo depende ante todo del grado de instrucción intelectual de sus hijos”* (Moreno, 1886b, p. 233-264).

He aquí expresado el sentido y alcance que él dio al objetivo de difusión del conocimiento del MLP. Ese sentido era eminentemente popular y con ello se pretendía llegar a todos los seres humanos, sin distinciones de ninguna especie. No es de extrañar que el discurso de inauguración de algunas de las salas del museo, el 20 de julio de 1885, estuviera a cargo de Domingo Faustino Sarmiento, quien siempre apoyó las actividades de Moreno.

Este objetivo educativo estaba basado en la evolución del conocimiento físico y moral de la población y resultaba, en su concepción fundamental para el progreso del país, i.e. *“El progreso del país no consiste en que lo gobierne Juan, Pedro o Diego; depende del mayor conocimiento del medio físico en que se desenvuelve la nación, en el de los resultados de la elaboración étnica de sus componentes, como del grado de cultura de estos; y a investigar ese medio, a hacer conocer el mecanismo de la formación de sus pueblos y los fenómenos que intervienen para esa formación, deben contribuir las instituciones científicas (...)”*. (Moreno, 1894b, p.1).

Donación de su biblioteca

El 13 de octubre de 1884, Moreno donó al Museo su Biblioteca. Según Moreno (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 109) su *“biblioteca particular compuesta de dos mil volúmenes, en gran parte de obras americanas antiguas y de ciencias físico-naturales, para que sirviera de plantel a la que se formase para el servicio del establecimiento”*.

El texto de esta donación dirigido al Gobernador Carlos d'Amico decía: *“Cuando en el año 1877 el Exmo. Gobierno de la Provincia consideró conveniente la fundación de un Museo consagrado a la historia del hombre en América, doné con ese objeto las colecciones que, particularmente, había reunido con igual propósito. Esas colecciones fueron la base del Museo*

Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, las que habiendo hecho cesión la Provincia en favor de la Nación, de su Museo Público, han pasado a ser plantel del nuevo "Museo La Plata", cuya dirección me ha hecho V.E. el honor de confiarme. Como dependencia de éste Museo figura la Nueva Biblioteca de la Provincia, habiéndose hecho igual cesión de la de Buenos Aires lo que me da motivo para dirigirme a V.E. poniendo en su conocimiento que en esta fecha dono a la Provincia, para que sirva de base a esa biblioteca y a la del Museo, los libros que forman mi biblioteca particular (...) pues agregando a" las colecciones que ya había donado "mis libros completo el plan personal que me tracé el día que comprendí que era posible realizar mis aspiraciones de niño cuando hace veinte años recogía los primeros objetos para mi Museo particular y que hoy sirven de base al Museo de la Provincia. Esta biblioteca (,,)podrá dividirse de la manera que más convenga al Superior Gobierno, si es que resuelve más adelante formar dos establecimientos distintos y solo me permito expresar el deseo de que llegado ese caso las obras de historia americana que son bastante numerosas y raras queden en el Museo, pues en el plan de organización de este figura la biblioteca americana que ilustrara la historia del Continente desde el descubrimiento, con lo que se completará nuestra historia biológica en todas sus manifestaciones y en todas las épocas (...)" (APBA, Archivo de la Provincia de Buenos Aires, Leg. 12, Exp. 1119/0).

Esta donación fue aceptada el 14 de octubre por nota del Ministro Nicolás Achaval, expresando que el Gobernador se hallaba "complacido de ver el principio de la Biblioteca recién creada con el concurso (...) de esos valiosos libros, en su mayor parte americanos y de ciencias (...) ;contribuyendo a que La Plata pueda contar en breve con un poderoso concurso de luz para sus habitantes y la Provincia con un establecimiento que la honre!" (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 101).

Construcción del edificio

La planificación y construcción del edificio fue el resultado de una estrecha colaboración de Moreno, como responsable de la idea general del proyecto, y de los arquitectos encargados de su realización.

Los arquitectos fueron Henrik Gustaf Adam Aberg (1841-1922), sueco, y Carl Ludwig Wilhelm

Heynemann (1858-1930), alemán. Aberg se había radicado en el país en 1869 y en 1874 fue incorporado a la Oficina de Ingenieros Nacionales. Entre otras obras había proyectado el Mausoleo del General San Martín en la Catedral de Buenos Aires, la ampliación de la Casa Rosada en el primer gobierno de J.A. Roca y la construcción del edificio de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba, que en 1884 se hallaba en su etapa final. Estos hechos y la pertenencia de Aberg, a partir de octubre de 1875, a la Sociedad Científica Argentina de la cual era miembro Moreno, indican que seguramente era bien conocido por este y que todo ello influyó en su selección para llevar a cabo el diseño y construcción del edificio del Museo.

Aberg, luego de recibir el encargo de esta obra, se asoció el 30 de julio de 1884, con Heynemann, que había sido su asistente en el Departamento de Ingenieros Civiles y que debió hacerse cargo de la finalización de la obra después de que Aberg dejara el país en julio de 1885.

Por ley del 18 de octubre de 1882 se había aprobado la provisión de fondos. El presupuesto para el Museo, Biblioteca y Archivo solo era superado por el destinado a la catedral y al Hospital General.

En octubre de 1884, comenzaron a abrirse los cimientos del edificio, pero la obra se paralizó casi inmediatamente debido a que el Gobierno Nacional no había pagado la deuda que tenía con la provincia por cederle el Museo Público y la Biblioteca. Así, por razones presupuestarias, debió suspenderse la construcción de otros dos edificios, del proyecto original, que debían contener los talleres, laboratorios, gabinetes de estudio, biblioteca y vivienda del director. Estas dependencias debieron ser acomodadas "provisoriamente" en el subsuelo y en la parte alta del edificio en construcción. Aunque los dos cuerpos restantes jamás se construirían.

Para continuar la construcción, Moreno debió recurrir a su propio dinero, obtenido de la venta de terrenos y chacras de su propiedad (Bertomeu, 1949, p. 295; Ygobone, 1954, p. 242; Hosne, 2005, p. 132).

Escribiría años después Moreno (1894b, p. 10-11): "Tenía yo un terreno en esta ciudad, en el ángulo formado por las calles 12 y 50. Lo vendí, y el maestro mayor D. Federico Cabrera recibió su valor como adelanto para empezar los cimientos de este edificio. Al

terminar la administración del Dr. D'Amico, sucedió la misma cosa. Vendí al Dr. D. Julián Barraquero una chacra y una quinta, y su importe fue aplicado a satisfacer deudas de la edificación del mismo establecimiento, e igual cosa hice después con otra chacra para el mismo objeto”.

A principios de 1885 el personal del Museo constaba de siete personas, además del Director: un Naturalista Viajero, 1 oficial 1er preparador y su ayudante, 1 cazador ayudante, 1 escribiente, 1 portero y 1 ayudante de servicio.

En 1886, mientras Moreno se encontraba dedicado a la construcción e instalación del Museo de La Plata, Juárez Celman reemplazó a Roca como Presidente del país. El mismo año se estableció la conexión telefónica entre La Plata y Buenos Aires y se realizó la primera exposición internacional de ganadería.

Magnitud y desarrollo del Museo en sus años iniciales

Planta general

La construcción fue proyectada en un óvalo de 135 metros de largo por 70 de fondo, cuya mayor extensión fue dedicada al anillo biológico que terminaba con el hombre. También se incluía la historia de la cultura, para mostrar la evolución moral de la humanidad. La biblioteca era un elemento fundamental que, como ya se vio, se inició con la donación hecha por Moreno de la suya personal. La sección de bellas artes fue prevista como complemento para llenar la función didáctica del Museo.

La arquitectura era de líneas clásicas griegas: en el frente, con esbeltas columnas corintias y la fachada posterior de estilo jónico.

Talleres

El Museo debía contar también con: herrería, carpintería, taxidermia y modelaje, imprenta, litografía y fototipia. Todo debía hacerse allí. Como anexos al Museo se previó un Jardín Zoológico y Botánico.

Según descripción de Moreno (en “Breve reseña de los progresos del Museo ‘La Plata’ durante el segundo semestre de 1888”, en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 109) “*El aro prolongado que representa el anillo biológico que principia en el misterio y termina con el hombre, tiene una superficie de tres mil*

metros cuadrados, divididos en trece extensas salas comunicadas entre sí por grandes aberturas. La parte central destinada al hombre en su evolución física y moral ante-colombiana, dispone de dos mil metros, la biblioteca de trescientos y lo mismo la sección de Bellas Artes actuales. Las dependencias inmediatas a las galerías miden ochocientos metros; los talleres, laboratorios y depósitos situados en la superficie del suelo, bajo las galerías principales tienen tres mil quinientos metros cuadrados.”

Ornamentación

Los cielorrasos, pisos y frisos de las galerías fueron ornamentados con motivos arcaicos de origen americano con figuras y adornos de las culturas aimara, inca, maya y azteca. La rotonda central fue decorada con grandes frescos con motivos representativos de costumbres y episodios de la vida de los indígenas pampas y patagones, paisajes americanos de épocas geológicas pasadas y de animales extinguidos del cuaternario. Estas obras fueron realizadas por artistas contratados por Moreno, entre los que se hallaban: el argentino Augusto Ballerini (1857-1907), el español Antonio del Nido (? - 1911), los italianos Reinaldo Giudici (1853-1921), y Luis de Servi (1863-1945) y el suizo Adolfo Methfessel (1836-1909). En la década de 1920, las pinturas originales fueron cubiertas por otras (cf. Carden, 2009). Es posible que entre las primeras hayan sido respetadas las de artistas como E. Coutaret (1863-1949), J. Bouchet (1852-1919) y J. Speroni (1875-1971) y que las segundas sean las firmadas por J. Jorgensen (1893-1975) y F. Vecchioli (1892-1945).

Exterior

El exterior fue definido por el mismo Moreno: “*(...) el estilo arquitectónico sin ser único y puro, es sin embargo adecuado al objeto, lo mismo que la decoración a la que he tratado de dar un carácter americano arcaico que no desdice con las líneas griegas (...)*” (Moreno, 1890, p. 40). El frente fue adornado con obras del escultor veneciano Víctor de Pol (1865-1925). A ambos lados de la amplia escalinata de granito del acceso, dos estatuas de esmilodontes, en el frontón triangular sostenido por seis columnas de capitel corintio una representación alegórica de la ciencia –personificada por una figura femenina-

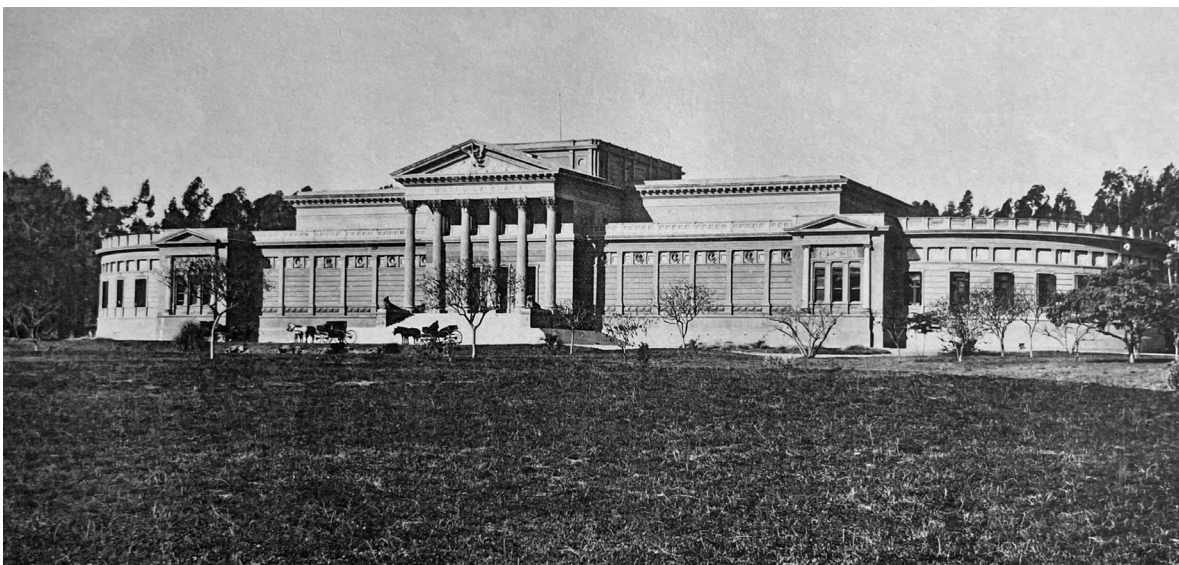
que retira el manto de la ignorancia que cubre el globo terrestre con un fondo con estrellas de primera magnitud, y en la parte superior de los muros laterales, con una serie de doce hornacinas, con bustos de maestros de la ciencia y de la filosofía (Aristóteles, Azara, Blumenbach, de Perthes, Bravard, Broca, Buffon, Cuvier, Darwin, d'Orbigny, Humboldt, Lamarck, Linneo, Winckelmann), comenzando con Aristóteles, maestro de maestros y terminando con Burmeister, primer mentor de Moreno. Además, se mencionó a Lucrecio, Descartes y Owen. Finalmente en las doce hornacinas se colocaron, de acuerdo a lo que se observa actualmente; desde el centro hacia afuera, en el lado izquierdo del frente del edificio a: Humboldt, Azara, Darwin, d'Orbigny, Brocca y Bravard y en el costado izquierdo a: Cuvier, Linneo, Blumenbach, Winckelmann, Lamarck y de Perthes.

Entorno

Alrededor del edificio, Moreno hizo esparcir piedras multicolores, con la idea de suscitar en los niños las mismas inquietudes que le produjeran a él las recogidas durante su infancia en los paseos de Palermo: “Recordando lo que fue núcleo de este Museo, he rodeado sus calles exteriores de piedrecillas de colores, como las que reuní en mi infancia (...)”.

(Moreno, 1890; Bertomeu, 1949, p. 294-295). Decía al respecto Moreno: “Con cuanto placer miro ahora aquellas piedrecillas que aún conservo, y mucho es mi gozo cuando veo a mis hijitos buscando en el pedregullo de colores que he hecho esparcir frente a este establecimiento, ágatas y cornalinas para formar ‘Museo’. Y no son ellos los únicos que las recogen; alegría ver grupos de otros pequeñuelos, escarbando el suelo y llenar tantos bolsillos que a pesar de representar muchas toneladas esas piedrecillas, va disminuyendo visiblemente su cantidad, la que pasa a alimentar el espíritu de los nóveles coleccionistas en útil forma. El anhelo de aprender es de grandes y de pequeños, variando solo la escala en que lo consiguen y no son pocos los que en todas las edades piensan cuán felices serían comprendiendo todo lo que ven. Pobre de aquel que no se afana en este sentido; ¡bien hueca es su existencia!” (Moreno, 1893, p. 29).

En uno de sus escritos sobre la creación del Museo de la Plata decía Moreno (1890) con respecto a su proyecto y su magnitud: “He sido tratado de megalómano porque he pensado dotar a mi provincia natal de un gran museo dedicando mi vida a conseguirlo. Es cierto que he pensado grande (...) como una institución ideal, pero quien conozca la rápida marcha adelante de este país y las sorpresas que sus mismos hijos



Museo de La Plata, 1890 (Revista del MLP 1890, vol.1).

hemos experimentado al notar sus grandes progresos (...) debiéndolos en mucha parte a los favorabilísimos medios físicos en que nos desenvolvemos, no se sorprenderá de la tentativa mía, y aún más, puede que la considere realizable como yo lo creo (...).

Mezcla de lo nuevo y lo viejo en el museo

“Sin ideas preconcebidas (...) tomando de las viejas instituciones lo que he creído bueno, y haciendo a un lado lo que por añejo cae de su peso, pienso que no he perdido el tiempo y que el Museo de La Plata puede considerarse como ya nacido. Lo que se necesita ahora es darle fuerzas para crecer (...) y si la labor actual continúa del mismo modo como hasta el presente (...) espero poder decir en breve tiempo que el primitivo plan se ha realizado y que Sudamérica cuenta con algo que se aproximará en cierta manera a la gran institución Smithsonian del norte. La situación geográfica de la República Argentina nos facilita la tarea. Las condiciones de su extenso suelo (...) favorecen la reunión de materiales paleontológicos de un valor científico verdaderamente grandioso, y harán que el establecimiento que se consagra a reunirlos sea un centro indispensable de investigación. Toda persona que se dedique a escudriñar el pasado austral, forzosamente deberá examinar sus colecciones, y los que inquietan la vida humana precolombina harán igual cosa. Sin el conocimiento paleontológico y antropológico de lo que es hoy la República Argentina, no es posible trazar, ni siguiera a grandes rasgos, el pasado de América porque esto solo puede hacerse examinando las riquezas acumuladas en el museo (...).

Los museos “bazares”

“El deseo del lucro ha hecho que sean artículo de comercio los objetos que debieran ser de propiedad pública, y conozco grandes colecciones que con este fin se han formado y que se han vendido o se trata de vender en países extraños. Es (la considero obligación) la reunión de esos objetos, antes de que vayan a esas manos (...) que han de servir de base a nuestra historia. Además, es necesario tener en cuenta que debiendo ser el Museo de La Plata, un ‘museo de exposición’, al mismo tiempo que un establecimiento de estudio (...), la reunión de los materiales necesarios es más difícil, porque el número de estos (...) debe ser mucho mayor (...) para hacer estudios bien basados (...) y de aquí la

conveniencia de reunir materiales de todo género (...) y de buscar los que atraigan más la atención (...). La primera impresión, si esta no se impone por brillantes colores o bellas formas, es pálida y muchas veces se abandona; solo el contraste la excita, atrae la reflexión que resulta del por qué ese objeto sin vista se considera de mayor aprecio que los que tienen mucha (...) y poco a poco, lentamente, la luz se hace en su espíritu, y (...) le revela fenómenos no soñados, que alimentan la fantasía humana, madre de todos los conocimientos. Para atraer esa curiosidad, son necesarios, en un principio, los museos ‘bazares’(...).

Los primeros objetos del Museo. Imitación de los “tradescant”

El origen de este Museo de La Plata fue, entre otros objetos de análoga importancia: una imitación de ídolo chinesco en barro cocido, algunas piedrecillas de brillantes colores, algunas ‘semillas petrificadas’ que eran moldes interiores de moluscos terciarios, y un conglomerado conchífero que recibí y que tuve entonces por ‘mano de tigre petrificada’. Estas piezas, después de cerca de un cuarto de siglo, son interpretadas en su verdadero valor y ocupan su sitio en nuestras galerías, despojadas de su primitivo significado (...). Probablemente sin esa imitación ignorada de los Tradescant [coleccionistas ingleses de los siglos 16 y 17 cuyas colecciones se conservan en el Museo Ashmolean de la Universidad de Oxford], de un muchacho de catorce años, no existiría el Museo de La Plata (...). Así como es (...) he notado el progreso gradual de los concurrentes y el interés que empiezan a tener nuestros compatriotas por este establecimiento. Los que saben son siempre los menos, y hay que pensar en los que no saben. Es cierto (...) que un museo no es un sitio de recreo, sino uno de educación (...).

La heterogeneidad de elementos no existe cuando estos están debidamente colocados donde deben estar, y basta solo hacerlo para que se conviertan en útiles los objetos que fueron meros artículos de curiosidad. La impresión que el visitante común poco instruido recibe de estos objetos (...) transmitida luego a sus amigos, incita a estos a verlos (...) y de comentario en comentario van despojando a las primeras impresiones de los falsos atavíos que hayan podido vestir y nace así el interés consciente por el museo (...). Para el pueblo inculto se ha convertido el museo en un sitio ameno de

reunión; respetuoso, observa lo que contiene (...) y olvida la taberna que quizá lo lleva al crimen. (...). Así, lentamente, con lo que aprenden los ojos, se cultiva el espíritu del pueblo, y esta es una de las tareas más benéficas de los establecimientos de esta clase (...).

Cooperación con otras instituciones de La Plata

Ha de llegar el momento en que, con la cooperación del Observatorio Astronómico que se levanta en las inmediaciones del museo (...) con la de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, vecina también, como lo es igualmente la Escuela de Artes y Oficios, (establecimientos, estos dos últimos, que darán la prueba del alto grado a que han llegado entre nosotros la ganadería, la agricultura y la industria), recibirá la provincia de Buenos Aires aplauso merecido por haber reunido en el parque de su capital toda la historia de la labor humana para enseñanza de sus hijos, al lado de todo lo que la ha precedido en esta escena, desde las primeras formas vitales (...) que el hombre ha descubierto entre las viejas rocas al querer trazar su árbol genealógico (...).

Desgraciadamente, cuando concebí este establecimiento no pude darle las proporciones que debió tener, habiendo sido consideradas como exageradas aún las actuales, lo que impide que pueda ser tomado como un tipo perfecto de museo. No dudo de que llegará bien pronto el día en que la importancia de sus colecciones hará necesaria su modificación ensanchando sus galerías y completando mi plan. Recién entonces podrá prestar los servicios de un museo en el amplio sentido de esta palabra (...).

"(...) La situación del museo, en el parque de esta ciudad del que es uno de sus principales ornamentos, le permite disponer de amplio espacio para la creación de un jardín botánico y zoológico, todo lo que una vez realizado, proporcionará en unión con el Observatorio Astronómico, la Facultad de Agronomía y Veterinaria, y la Escuela de Artes y Oficios, cuyas instalaciones se terminan en el mismo parque, aire balsámico a los pulmones de los habitantes de La Plata y no poca luz útil a sus espíritus (...).

Proyección futura del Museo

Un esqueleto humano termina en el último salón, el encadenamiento biológico que principia con los organismos problemáticos. Ahora, lo estrecho del local, exige que reunamos el pasado y el presente, pero ha de llegar

el día en que el mismo encadenamiento se exponga con solo las faunas perdidas, en las que actuaron también nuestros antepasados humanos (...). El edificio actual será ocupado entonces solo por los seres perdidos; las colecciones de estudio estarán separadas, en alas inmediatas y la vida presente se desarrollará en otras, con mayor amplitud, lo que permitirá el más fácil estudio (...).

Corona el edificio un salón de bellas artes (...) representando al mismo tiempo el estado actual de la cultura humana (...).

Bajo las galerías que acabo de describir a grandes rasgos, están situados los talleres del museo. Sin ellos no se hubiera podido realizar tanto trabajo como el llevado a cabo en el corto tiempo que media entre setiembre de 1884 y la fecha. Tan luego como se terminaba la edificación de una sala, se establecía un taller bajo ella. Así la preparación de las colecciones se hacía al mismo tiempo que se construía el edificio. ¿Cómo armar una coraza de glyptodonte, o el esqueleto de una ballena, en herrerías lejanas, donde no era posible transportar las piezas? ¿Para qué recargar el costo de las armazones y pedestales, con la ganancia indispensable del constructor sobre el jornal que paga al obrero, y el alquiler del taller que ocupa?

Procediendo como lo hemos hecho, ha habido ahorro y mayor labor. Hemos podido armar grandes piezas en la décima parte del tiempo que se hubiera necesitado, haciéndolo en otras condiciones (...). Nos atrevemos a decir que raro será el establecimiento que cuente con iguales elementos en algunas de esas instalaciones; faltan otras, sin embargo, que se harán en breve. (...).

El plan adoptado para la distribución de sus colecciones no ha podido desarrollarse aún (...). Solo cuando pueda darse mayor amplitud al edificio, ya pequeño, ocuparán su verdadero puesto esos materiales, para ayudar con su cotejo, no solo los estudios comparativos, sino también para enseñar al habitante de estas regiones, cuyos medios no le permitan atravesar los mares para ver los grandes museos europeos y norteamericanos, lo que constituye la vida sobre el globo. Hasta que no llegue ese día, no será posible instalar esos laboratorios de investigación, que estarán situados bajo o inmediatos a las nuevas salas, las que deben comprender: la zoología y botánica austral, la anatomía comparada, el hombre americano indígena, en sus diversas manifestaciones y las secciones de geología, botánica, zoología y an-

tropología general, las que solo contendrán formas típicas, siendo vana pretensión la de querer formar aquí, un museo universal (...).

Las publicaciones del Museo

“El Museo de La Plata, no podría prestar los servicios que debe sin un taller propio de publicaciones. Este ya está instalado y puede responder, en sus varias secciones, a las necesidades del establecimiento. En él, se imprime esta Revista, como también los Anales del museo (...). Podremos, de este modo, hacer aquí, con facilidad nuestros catálogos (...) y no dependeremos nunca de establecimientos industriales, los que, no teniendo consumo, no pueden costear un personal competente para la clase de publicaciones que necesita el museo. Además, como este debe tener una biblioteca americana, contando ya con una base seria, podrá reimprimir las obras, raras y que convenga divulgar, y publicará documentos inéditos de verdadera importancia (...). Va creciendo el número de los que, en la República, estudian las cosas pasadas de América, y como la cantidad de libros que tratan estas materias y que se hallan en el comercio es limitada, adquieren estos un valor demasiado elevado para poder ser adquiridos por la mayoría. Su reimpresión fácil y barata, por este museo, hará que el número de estudiosos aumente (...).” (Moreno, 1890c, p. 28-56).

Para comprender la significación de la obra realizada, hay que recordar que la ciudad de La Plata solo existía en los planos, de manera tal que el edificio del MLP fue construido en el medio de una pampa prácticamente desierta. En ese contexto, el tamaño y la magnificencia de la construcción hablan por sí solos del espíritu de grandeza y fe en el futuro que animó la obra.

Pero el asombro no termina allí cuando se considera que, con los medios existentes en aquel entonces y simultáneamente con la construcción de la mayor parte de los edificios públicos de la ciudad de La Plata, la obra, a la que Moreno contribuyó con dinero propio, fue terminada y abierta al público con todas sus colecciones montadas cuatro años más tarde, el 19 de noviembre de 1888, en ocasión del sexto aniversario de la fundación de la ciudad.

Es importante además recordar que el personal del museo, que varió en esos años entre ocho y quin-

ce personas, fue el que efectuó todos los trabajos de instalación de las exhibiciones, cumpliendo una tarea realmente destacable. Por ello decía Moreno: “(...) se ha trabajado incesantemente (...) y el personal (...) ha sido asiduo en sus obligaciones, no habiéndose sujetado a las horas oficiales de oficina. Generalmente ha trabajado todo él, de sol a sol y durante meses hasta cerca de media noche, sin más remuneraciones extraordinarias que el alimento. En el museo se han construido todos los aparatos para todas las piezas paleontológicas y de Anatomía Comparada, aparatos que no son inferiores a los usados en los grandes museos europeos” (Moreno, 1886b, p. 260).

Al hacer en 1893 un balance de lo realizado escribió Moreno en una clara identificación con su obra: “El Museo de La Plata es la resultante de los esfuerzos que balanceo hoy, y las páginas que siguen son, puede decirse, su historia, historia tan íntimamente ligada a la de mi vida, que no me es posible separarlas; sin ella, creo que nada quedaría en mi haber, y discúlpeme por esto, la forma en que lo expongo, tan personal (...)” Y, así, aprovechando ocasión tan oportuna como es la de revistar mi acción durante un cuarto de siglo, cumplo dos deberes: uno para conmigo mismo, el de mi balance, y otro para con el público que necesita saber, y tiene derecho a ello, cuál es en definitiva la acción del establecimiento que dirijo en la colectividad argentina (...)” (Moreno, F. P. 1893: 10-11).

Moreno no tuvo reparos incluso en limpiar los pisos, en sus palabras: “(...) el director, que aquí reemplaza al conservador, ha limpiado los pisos en más de una ocasión, buscando al mismo tiempo los medios de llevar adelante su empresa, próxima a naufragar” (Moreno, 1890a, p. 28-56).

El enorme esfuerzo realizado y la fe que tuvo Moreno en la obra que desarrolló fue claramente expresada por él en las siguientes palabras: “En verdad, grande fue mi fe. ¡Cuánto desgaste de fuerzas físicas, morales y económicas en aquellos años!; y me pregunto cómo pude resistir durante años esas dieciocho a veinte horas de trabajo continuo, en medio de los sinsabores que tal empuje de la obra acompañaba: construcciones, expediciones enviadas al norte y al sur, a Misiones como a la Tierra del Fuego y procura de los medios para sostener esas actividades (...).

¿Cómo obtener tanto con tan poco? Solo la fe en lo que ordena mi religión, nacida con mi ideal, pudo

hacer lo que hice entonces. Durante mis continuos insomnios, consecuencia de una insolación sufrida diez años antes, al sirgar el bote en las heladas aguas del río Santa Cruz, insomnios que atenuaba circulando por las silenciosas salas del museo, surgía siempre la evocación del futuro argentino, la grandeza de mi patria, sus servicios esperados, todo a lo que yo debía contribuir con mi ideal, encontrándome en la edad en que la reflexión no aminora fuerzas y sí las libres ambiciones egoístas, sin advertir en esa penumbra el límite de mi propia resistencia (...) (Moreno, en Márquez Miranda, 1952, p. 535-536).

La contribución personal de Moreno al Museo

En un balance de lo actuado escribió Moreno en 1894: (...) *gracias a mi crédito personal, el museo no sufrió necesidades. Las exploraciones progresaron; el edificio se terminó lo mismo que su mueblaje; y si es cierto que, si se hicieran cuentas, que no quiero saber, puede resultar que durante mi dirección he debido emplear y perder sumas que importaran por lo menos 2/3 partes de los sueldos que he recibido, lo que podría comprobarse estudiando las cuentas que existen en Contaduría General; esto lo he hecho con el deseo de dotar a mi país de una institución que algún día será apreciada, habiéndose ya principiado a reconocer su utilidad, lo que me compensa ampliamente esos sacrificios. Hoy, tengo pendientes cuentas pagadas por mí por cerca de treinta mil pesos y que no pueden ser pagadas por el presupuesto (...).*

Por mi parte he hecho lo que he podido para llegar hasta hoy. He donado mis colecciones y mi biblioteca; he sacrificado mis pocos recursos personales, y pende ante el Congreso un pedido que he hecho de tierras que me corresponde por la ley que premia a los que hicieron las campañas contra los indios, premio que creo me corresponde (...) habiendo visitado las regiones andinas mucho antes que se hicieran esas campañas, exponiendo mi vida y sin haber recibido sueldo de la nación. En el mismo pedido dono de antemano al museo las tierras que se me concedan, para iniciar con ellas su fondo propio.

Solo siento una cosa: no ser rico, como esos grandes yankees que emplean su fortuna en crear museos, observatorios, universidades, devolviendo a la patria, parte de lo que esta les ha dado.

¿Qué más recompensa que pensar que un día llegará en que esos esfuerzos serán benéficos para la colectividad nacional a la que uno pertenece? Desgraciadamente nunca seré rico, pero trataré siempre de reemplazar el dinero que no puedo dar a mi obra, sirviéndola con tenacidad y energía.

Mucho he sufrido (...) pero los desencantos pasan cuando hay voluntad para alejarlos y queda la satisfacción del resultado obtenido y el ánimo retemplado en el agua amarga de los dolores pasados, que no son pocos y que no serán los últimos, seguramente (...) (Moreno, 1894b, p. 10-11).

Trascendencia institucional

Por la misma época, en una síntesis de lo realizado decía Moreno:

"(...) Puedo decir sin temor de ser desmentido que el Museo de La Plata es hoy la más importante institución científica de Sudamérica. Su organización ha sido citada como ejemplo en Europa. El museo ha hecho adelantar el conocimiento del suelo argentino, más que ninguna otra institución nacional, sus empleados han reconocido desiertos y poblados desde el Cabo de Hornos hasta Jujuy, desde Misiones hasta las cumbres andinas, sin detenerse jamás ante los hombres, los animales y las inclemencias del suelo y del aire. El museo ha hecho adelantar la geografía nacional en los últimos años, a tal punto que el establecimiento es consultado diariamente en todo cuanto se relaciona con esa ciencia. Ha estudiado en detalle muchos miles de leguas sobre las que no se tenía el menor dato, y más de una vez ha contribuido eficazmente a evitar no pocos errores de grande trascendencia para nuestra nacionalidad.

Las colecciones son consultadas por hombres de ciencia que vienen a él expresamente desde lejanos países, y manteniendo relaciones científicas estrechas con las más importantes instituciones del mundo, es el mejor elemento de propaganda que los argentinos tenemos para hacer conocer lo que es la cultura argentina y los esfuerzos que hace para ponerse a la cabeza del movimiento intelectual en Sudamérica.

Con la reorganización que se propone hoy, la acción del museo será aún mayor. Libre de atenciones que absorben el tiempo de su dirección por la lucha incruenta por la existencia del establecimiento, este desenvolverá su plan de enseñanza, y con los cursos

públicos que proyecta dictar su personal, podemos esperar que La Plata será mirada bajo una nueva faz. Esta acción puede hacer que a la larga esta capital sea una ciudad de estudiosos.

Para llegar a hacer esto, los sacrificios han sido grandes.

¡Basta saber que hoy el presupuesto de la institución (...) no solo no costea un solo empleado técnico, a no ser el director, sino que la suma asignada para gastos generales, hay veces que no alcanza para cubrir los gastos de flete de las colecciones que entran!

El museo gasta demás del presupuesto, hoy, cerca de 3000 pesos mensuales solo en empleados técnicos y viajeros, y su director tiene que buscar esos recursos fuera del erario provincial. Pero no es posible que esto dure; esta suma puede ser cubierta por el producto del Boletín Judicial y por eso lo ha colocado la comisión entre sus recursos.

Se dice que el taller de publicaciones podrá costear todos esos gastos. Esto es un error por hoy. No se le puede exigir a ese taller que arroje desde ya tales beneficios al año, que costee no solo ese personal extraordinario sino también las exploraciones que en el suelo de la provincia es necesario practicar para que se conozcan y aprovechen sus riquezas, y la publicación costosa de su Revista y Anales, verdaderos monumentos tipográficos que son envidiados por las grandes naciones y que sin embargo no costarán un centavo a la provincia (...).

Alguien dirá que el museo recibe una subvención nacional, pero esta subvención tiene un destino: el de levantar planos del territorio argentino en sus regiones poco conocidas y no puede destinarse su importe a abonar los gastos generales de la institución (...). Los beneficios que reporta esta ya están especificados en líneas generales; agregaré solo que nunca serán gastos estériles los que se apliquen a honrar la provincia, a aumentar su renombre de cultura, a divulgar los conocimientos útiles entre sus habitantes, en un centro donde la enseñanza satisfará a los más exigentes, y a hacer conocer el suelo de nuestro vasto territorio, en el que si aparentemente hay escasez de riquezas naturales, la investigación científica puede revelar nuevas y valiosas. (...).

El Museo de La Plata busca cierta independencia, para que la ayuda popular le llegue, y pueda ser algún día algo como esas instituciones norteamericanas, tan grandiosas como benéficas (...).

No siempre es posible comprender desde el primer momento, la necesidad de la extensión de un plan de trabajos tal como el que se ha trazado la dirección del Museo de La Plata, y más bien puede inclinarse uno a considerarlo, llevado por la primera impresión, como demasiado vastos; pero si en un principio parece así, a medida que uno se penetra de la idea que lo preside y que parece abarcar demasiado horizonte alejándose de un resultado inmediato, se encuentra con que esa amplitud es necesaria para que el plan dé el resultado buscado.

Uno de los naturalistas de mayor nota (...) ha dicho que el Museo de La Plata, 'hará célebre para siempre el nombre de esta capital en todo el mundo científico'. Esto se ha conseguido a costa de grandes y continuos esfuerzos, y no es posible que hoy por falta de los recursos que necesita detenga su progreso nuestro museo y decaiga cuando ha llegado a tan grande y honrosa altura. Los museos que no adelantan retroceden, porque cesan de ir adelante en la corriente de los conocimientos humanos siempre progresivos. (...).

Se ha dicho que el museo ha dejado de ser provincial. Su esfera de acción se extiende a la república entera y ya salva sus fronteras, abarcando todo el continente sudamericano. Aspira a ser aquí, en este extremo austral, lo que es la famosa Institución Smithsonian de Washington, la primera en su género en el mundo y a la que tanto debe el progreso científico moderno. Todo esto redundará en gloria para la provincia de Buenos Aires, lo que no hay que olvidar. Hoy en La Plata, lo que atrae al hombre culto, es el museo, y el extranjero que lo visita no puede dejar de pensar en la alta cultura del pueblo que sostiene tal institución (...).

Aquí en La Plata el estudioso podrá entregarse libremente a sus investigaciones, lejos del bullicio de la capital. La suma de trabajos sería mayor. El museo, el observatorio, la Facultad de Agronomía, pueden servir de poderoso núcleo para un poderoso centro de estudios. El museo puede proporcionar los elementos para el estudio de sus ciencias naturales, y por lo tanto para el mejor aprovechamiento de nuestro suelo. Con la aplicación a la industria, de los resultados científicos que obtenga, se desarrollará esta y engrandecerá nuestra patria (...). El museo también se propone iniciar la enseñanza de las ciencias naturales, dictando su personal cursos públicos (...). No habrá necesidad de textos. El estudiante encontrará la naturaleza tal como es; no

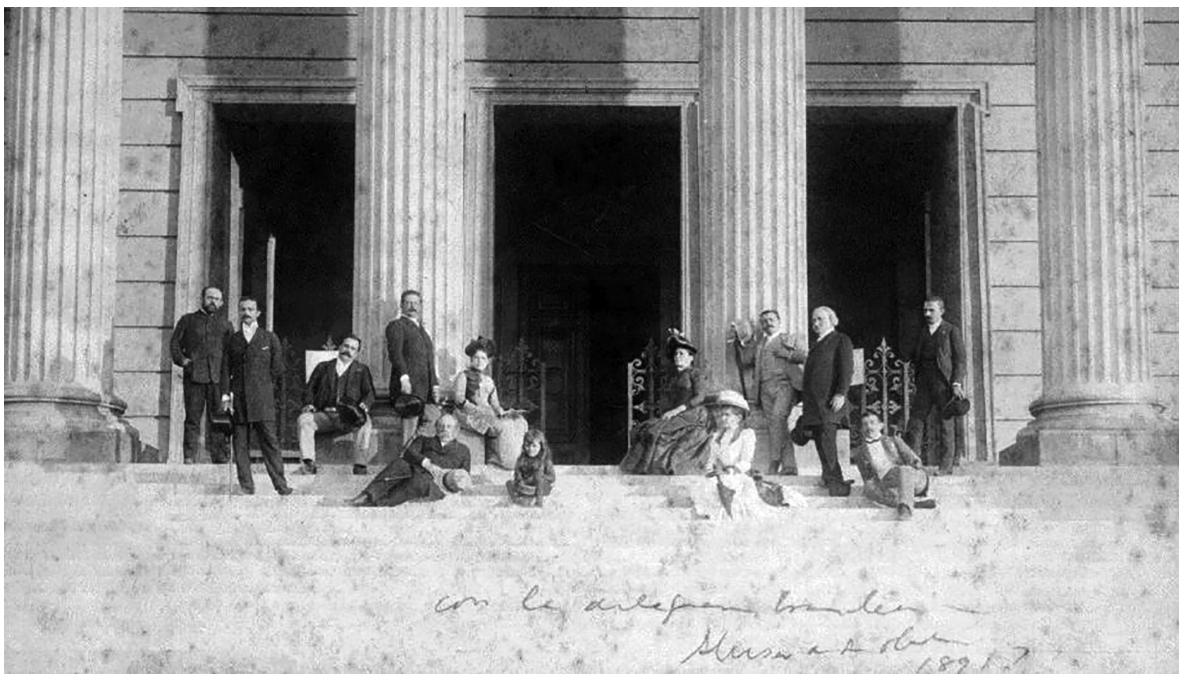
tendrá, como sucede desgraciadamente con frecuencia, que atenerse a ideas personales de sus maestros. Pedirá al museo el material científico, y con este leerá en la naturaleza; y con su propio criterio, desligado de ideas preconcebidas, hará las deducciones que el libre examen le dicte (...) (Moreno, 1894b, p. 1-11).

En la creación de esta institución se materializó y alcanzó su máxima expresión la concepción científica y educativa de Moreno. Es preciso mencionar, en primer lugar, que el Museo de La Plata fue concebido y desarrollado en la segunda mitad del siglo XIX, época que se caracterizó por innumerables descubrimientos científicos, que produjeron importantes transformaciones económicas y sociales. Es en esta época que se introdujo a nivel mundial la iluminación eléctrica y se inventaron la dinamita, el teléfono, el motor de combustión interna, el fonógrafo, la refrigeración y la fotografía; se descubrió la radioactividad y se realizaron las primeras comunicaciones inalámbricas (cf. Riccardi, 1995). No es de extrañar

entonces que la ciencia fuera sinónimo de progreso y bienestar y que la comunidad científica tuviera carácter internacional. La idea de “ciencia” estaba así ligada a la del progreso de la sociedad humana. Por ello, decía Moreno (1886c: 331), citando a Playfair “*los descubrimientos abstractos de la ciencia son los fundamentos de la civilización moderna*”.

Limitaciones interpretativas

Muchos identifican a Moreno con el Museo, y otros lo identifican con el problema limítrofe con Chile, esto último claramente expresado en la unión recurrente de su nombre con el calificativo de “perito”. Ambas interpretaciones responden a una visión fragmentada de la vida de Moreno. En realidad, Moreno fue actor principal de ambos sucesos históricos, los cuales hallan unidad en una vida dedicada a su país y a la sociedad. Identificar al Museo con Moreno o interpretarlo como una prolongación de su biografía, o de su accionar en la cuestión de lími-



F.P. Moreno en la entrada del MLP con una delegación del Brasil, 1891. Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno, San Carlos de Bariloche.

tes con Chile, e incluso llegar a proponer que tales interpretaciones fueron fomentadas deliberadamente por el mismo Moreno, responde a una falsa interpretación de los hechos. En ningún caso fue así. En los relatos de su vida Moreno simplemente hizo, en escritos dispersos, una reseña de lo que le tocó vivir y, de hecho, dos de los más importantes (*Por un Ideal, Apuntes para una hoja de servicios*) nunca los publicó y se conocieron muchos años después de su muerte.

Resulta también falso interpretar que, en tales relatos, Moreno obvió deliberadamente la participación de otros numerosos actores en los proyectos que él dirigió. Tales nombres figuran en la historia y la participación de ellos resulta obvia para quienquiera entienda cómo se construyen instituciones de cualquier naturaleza. Es obvio que la actividad científica o coleccionista es la resultante de acciones colectivas o de redes, tanto en la Argentina como en otros países del mundo, y este hecho no necesita ser puesto en evidencia por teóricos de las últimas décadas y puede ser descubierto por quienquiera examine adecuadamente la historia, aunque sus protagonistas no lo expliciten.

El Museo de La Plata es un exponente de la visión y empuje de un hombre y de una generación. Por eso al encontrar hoy día el busto de Moreno en la rotonda central de este edificio resulta apropiado recordar lo que él mismo escribió, el 17 de noviembre de 1888, al Dr. Manuel B. Gonnet: *“En el Museo de La Plata las galerías no terminan, se encuentran en la gran rotonda central —allí nace y concluye la vida—. El visitante después de recorrer a través de sus salas la inmensidad de los tiempos pasados, (y) de haber visto desarrollarse lentamente las formas vitales, en la lucha sin tregua aparecer y hundirse generaciones humanas (...) que sin embargo preparan la llegada de las sociedades actuales, necesita sintetizar el recuerdo de los mundos y de los seres que acaba de evocar, y creo que (...) debería ocupar el centro de la rotonda la estatua de alguna de nuestras glorias, cuya grande obra encarna el paso del pasado al presente y nos sirva de ejemplo para el porvenir”* (Moreno, 1888: 569).

El Smithsonian austral

Como se ha visto, el Museo de La Plata estaba destinado (Moreno, 1890a) *“a reunir, estudiar y di-*

vulgar materiales para la historia física y moral del continente sudamericano” y el plan adoptado abarcaba diferentes temas. Por ello, el museo, que se pretendía fuese el equivalente austral de la *Smithsonian Institution*, se constituyó en parte y representante en esta región de América de la comunidad científica internacional (cf. Riccardi, 1992, p. 5).

Aquí resulta oportuno recordar que la *Smithsonian Institution* tuvo su origen en el legado de un graduado en artes, con intereses en química analítica: James Smithson, nacido en Francia, educado en Inglaterra y fallecido en Italia, quien sin haber pisado jamás el continente americano dejó su fortuna al Gobierno de los Estados Unidos para que se fundara en Washington un establecimiento dedicado al avance y difusión del conocimiento entre los hombres. Luego de un prolongado debate, se decidió iniciar el proyecto del actual complejo museístico científico-cultural de la *Smithsonian Institution*. En el camino quedaron otras propuestas, entre ellas la creación de una universidad. El objetivo internacional de esta institución ha quedado fielmente expresado en su lema oficial: *Per orbem* (Langley, 1897: 23).

Por ello, según Moreno, el Museo La Plata estaba dirigido a *“una clase de hombres que no tiene ni el tiempo, ni las ocasiones, ni los medios de estudiar a fondo ninguna rama de la ciencia, pero que tiene un interés general por sus progresos y que desea algún conocimiento del mundo que lo rodea (...)”*. De esta manera, afirmaba, *“se cultiva el espíritu del pueblo”*, ya que *“los que saben son siempre los menos y hay que pensar en los que no saben”*.

La *Smithsonian Institution* es más antigua que el Museo de La Plata, pero cuando este fue creado tenían prácticamente iguales dimensiones. En la actualidad, aquella es de una dimensión mucho mayor y el Museo de La Plata quedó reducido al núcleo central de la concepción de Moreno, al haber sido convertido en un museo de ciencias naturales (Riccardi, 2015).

El Jardín Botánico y el Zoológico

Pero los planes de Moreno no se agotaban en el Museo y sus exhibiciones, pues todo esto se complementaría *“(...) creando alrededor del monumento que guarda las reliquias del pasado y del presente, el jardín botánico en que se cultive la flora argentina, la exótica*

que sea útil propagar y la sección de zoología viva. Así se pondría al alcance de la observación diaria, todos los organismos cuyo estudio tenga aplicación más o menos importante en las distintas ramas de la investigación humana, para lo cual se presta admirablemente el sitio en que se ha construido el museo (...).

Dichos parajes tienen todas las condiciones del suelo y climáticas, para que puedan cultivarse casi todos los vegetales argentinos y los exóticos que convenga hacer entrar a formar parte de nuestra flora útil.

Nuestro país por su situación geográfica prolongada a través de [varios] grados de latitud, por su orografía particular que comprende desde las bajas planicies hasta las montañas más altas, tiene en sus territorios fisonomías vegetales tan distintas, desde las palmeras y helechos arborescentes del trópico hasta las fuschias cuyas flores enrojecen al caer, las blancas nieves de los ventisqueros del sur, y los solemnes cipreses que rodean los lagos patagónicos, que un jardín botánico que se formaría solo de vegetales de la flora argentina, sería, además de su utilidad, el mejor ornamento de La Plata.

El jardín zoológico también tendría elementos propios dignos de interés para el nacional y el extranjero y conservaría muchos seres que la civilización va extinguiendo y otros cuyo estudio es necesario para aclarar muchos puntos oscuros de la genealogía animal.

(...) Podría plantearse un jardín botánico del tipo inglés, pintoresco, aprovechando los accidentes y las condiciones del suelo y los bosques actuales colocando en macizos separados, las distintas formaciones fitogeográficas argentinas, de manera que puedan tenerse reunidos los principales vegetales de cada provincia, siempre que esta distribución no afecte el bello paisaje del conjunto. En dichos macizos y en sitios adecuados, se establecerían las secciones zoológicas utilizándose con ese objeto el arroyuelo y el lago para los animales y plantas que tengan costumbres acuáticas.

En los terrenos inmediatos al observatorio puede establecerse el jardín de aclimatación y propagación, donde, al mismo tiempo que se cultiven las plantas útiles y de adorno de la república, se aclimataría todo vegetal extranjero útil a la industria y agradable a la vista y el espíritu. Esta sección proveería de árboles y plantas de adorno a los parques y jardines de la pro-

vincia (...) estas (...) secciones (...) propenderán también a que el amor por las cosas de la naturaleza se generalice, elevando así las condiciones intelectuales de la provincia". (Moreno, 1886a, p. 186-197).

D.F. Sarmiento y los eucaliptus próximos al Museo

El interés de Moreno por engalanar los alrededores del Museo con árboles y plantas de adorno fue apreciado por D.F. Sarmiento, muy probablemente durante su asistencia a la inauguración parcial de 1885. Ello ha quedado evidenciado en la nota que envió a Moreno en la que hizo una serie de consideraciones sobre los eucaliptus del bosque.

Decía al respecto Sarmiento (1900d, p. 366-369): "Prometí a Vd. algunos apuntes sobre lo que (...) proponía e indiqué a Vd. hacer para aclarar el bosque de eucaliptus de la ciudad de La Plata (...) Los eucaliptus debieron ser plantados de diez en diez (...) metros para que un día alcancen su altura cien metros el palo liso sin la copa. Rameando desde abajo es bellissimo y solemne (...). De aquí que desaconseje el cortar una línea y dejar otra, pues así se extirpan árboles favorecidos de desarrollo y se dejan en la conservada varejones envejecidos (...). Donde solo hay tres líneas o cuatro, como yendo al museo, deben descabezarse las dos de afuera, para que den sombra a las avenidas y la central se eleve con desembarazo y más sol (...). Esto es lo más hacedero que se me ocurre hacer con un cordel y un hacha, sin gastar dinero. (...) Ojalá pudiera injertarse el eucalipto y embellecer el parque de La Plata, haciéndolo el museo del árbol que rompió la monotonía de la Pampa (...)"

La Comisión de Estudios Antropológicos

En el mismo año se interesó también en proponer (Sarmiento, 1900f, p. 213-215), como Presidente del Ateneo de Buenos Aires, la creación de una "(...) Comisión de Estudios Antropológicos o el nombre que convenga darles a los que se refieren al hombre primitivo en América, por ser este un ramo nuevo de la investigación histórica y proporcionar a nuestra juventud estudiosa teatro vastísimo para concurrir al trabajo de reconstrucción de las primeras páginas de la historia humana (...) el señor Moreno ha enriquecido el Museo Antropológico (...) con documentos preciosos y sería fácil reunir a todos los obreros en ese campo casi virgen de exploración (...)"

Crecimiento de las colecciones

Para 1889 el Museo había recibido una serie de donaciones originales que se agregaron a las de Moreno, entre ellas las de: Estanislao S. Zeballos, camarada de los años juveniles, que donó sus colecciones antropológicas (100 cráneos de indios antiguos y modernos y gran cantidad de objetos de piedra, metal y cerámica); Ramón Lista piezas arqueológicas; Lafone y Quevedo, restos de indios calchaquíes y objetos de cerámica enterrados junto a ellos; Guillermo Udaondo, un notable ejemplar de cráneo de indio prehistórico; Alfredo Meabe, más de 1000 ejemplares de 233 especies de moluscos. Otros donantes son: Dr. Eduardo Peña, Enrique García Merou, Rufino Varela, Pedro Costa, Dardo Rocha, Mariano Espina, Tomas Kincaid.

El Museo se convirtió en una institución de elevada jerarquía que despertaba la admiración de nacionales y extranjeros, en muchos casos haciendo comparaciones con establecimientos similares de otros países, de las cuales el Museo de La Plata salía bien ponderado. Uno de ellos, el eminente naturalista norteamericano, H. Ward, en 1890, afirmó: "(...) este es estrictamente un Museo Argentino: y es este distintivo característico lo que hace que esta colección tenga especial interés (...), como que también constituye su principal importancia (...). Es de sentirse que, en nuestro museo nacional de Washington, no se haya adoptado este plan, que nos habría dado un museo verdadero y distintivamente nacional (...). El departamento paleontológico (...) constituye su principal gloria (...) en ninguno de los museos públicos o privados de los Estados Unidos hoy, ni en museo alguno de las capitales de Europa (...) existen colecciones tan numerosas de grandes fósiles armados (...) de mamíferos (...). Tan sorprendido estuve de cuanto vi en él, que me había entregado a saborear las delicias de fantásticas visiones. Solo después de repetidas veces pude convencerme de que todo aquello era en efecto una realidad (...) colecciones que en gran parte (...) han sido donadas al museo por su fundador y director, pues fueron el fruto de viajes emprendidos por él a sus propias expensas (...). (...) su valiosa Biblioteca científica, de miles de volúmenes fue también donada por él a este establecimiento" (Ward, 1890, p. 148-151; Hosne, 2005, p. 18-19, 134).

La idea de Moreno de un museo dedicado a las riquezas del país se mantuvo a través de su vida. To-

avía en 1912 ante el armado de un dinosaurio traído del Hemisferio Norte se preguntaba por el armado de fósiles locales. Escribió entonces (en Ludueña, p. 79-83): "*En este momento se está armando en el Museo de La Plata el calco del esqueleto de un enorme dinosaurio norteamericano, donación del filántropo Carnegie* [referencia al esqueleto de Diplodocus que se encuentra en las exhibiciones actuales], *calco que los grandes museos europeos ya poseen por donaciones iguales, y, sin embargo, olvidamos que con muy poco dinero nuestros museos podrían ostentar ejemplares originales de animales de análogas proporciones, que antes vivieron en nuestro suelo, como lo atestiguan restos conservados en el mismo museo, procedentes de diversos puntos de Patagonia*" [idea de Moreno que jamás fue materializada].

Interregno personal. El casamiento de Moreno

El 23 de abril de 1885 en una carta dirigida a Manuel Guerrico, padre de sus amigas Ernestina, Lucrecia y Anatilde, Moreno le informaba haberse comprometido con Marianita Varela.

Escribió Moreno: "*Mi querido don Manuel: La carta de Lucrecia que llevaba la noticia de mi compromiso con Marianita Varela le ha de haber dicho que después de mi padre y hermanos han sido ustedes los primeros en conocer mi dicha (...). Perdóneme si no le he escrito antes. Lucrecia lo habrá hecho y yo, aturdido aún con todo el buen porvenir que me espera, no he tenido ocasión de hacerlo antes. Mi familia está contentísima, hoy la han visitado a Marianita y la han juzgado como lo había hecho yo, esto completa mi felicidad (...)*" (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 106).

El 14 de junio de 1885 (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 106) Moreno se casó en la iglesia de San Telmo con María Ana Varela, quien jugaría "un rol preponderante en su vida y su obra, alentándolo con su fibra de verdadera patricia en los momentos más difíciles de la lucha, que siempre debió sostener contra la incomprensión y la calumnia" (Bertomeu, 1949, p. 269).

En el relato de Adela Moreno Terrero de Benites (1988, p. 106-107, 124), nieta de Moreno: se casaron "(...) el 14 de junio de 1885. La ceremonia se realiza en la casa de la familia Varela y estuvo a cargo del Canónigo O'Gorman hermano de Camila O'Gorman. Cuenta la crónica familiar que la novia

llevó sus magníficas trenzas sueltas entretejidas con azahares, debe de haber sido una belleza, tengo entendido que era muy bonita, además de inteligente y simpática y poseía un señorío muy especial a pesar de sus pocos años”.

Una prueba de lo que era ella para él, la tenemos en un detalle de la chimenea de lo que es hoy la Sala Moreno en el Museo y que en un principio fue el salón de la casa del Director. Según la nieta de Moreno “presenta la misma, una decoración muy especial y que fue siempre una incógnita (...). Lo que llamaríamos el hogar, está rodeado por mayólicas con flores de lis y salamandras, al empezar la campana que es de madera, tiene tallada en el frente un águila y el resto se compone de canastillos de flores y a los costados mantos reales, todo también tallado y coronado con un escudo de la casa de Borbón. Todas estas alegorías pertenecen a las casas de Borbón y Aragón y hay un poema que en una cuartilla dice así: ‘Los Varela muy nombrados / tienen por fama y blasón / ser parientes muy llegados / de los reyes de Aragón’ (...) con lo cual queda probado que esta decoración responde a una fineza de él hacia la abuela pues ella era Varela” (...).

Me contaba mi madre, que todos los 1° de junio, Abuelo se ponía una corbata que Abuela le había tejido, e iba al cementerio; que no la olvidó es evidente, en uno de sus posteriores viajes a Europa, hace pintar en París, un cuadro de ella, sacado de una fotografía en que estaba con mi padre, mirándolo y en el Museo Francisco P. Moreno, de Bariloche, donde hoy día está, no se explicaban el porqué de la posición un tanto inclinada de ella”.

Según Rato de Sambucetti (2009, p. 55) el matrimonio tuvo siete hijos de los cuales solo tres llegaron a adultos. En 1886 nació Francisco Rufino, en 1888 Juana María, en 1890 Eduardo Vicente, en 1893 Florencio German, los que al morir la madre en 1897 tenían 11, 9, 7 y 4 años (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 123).

Entre otros testimonios de la preocupación de Moreno por su esposa, se halla la carta que, en febrero de 1890, le escribió a su suegro Rufino Varela, para decirle que su esposa Menena –que esperaba un hijo- estaba en mal estado, muy nerviosa y que había tenido un accidente - al parecer se habría herido arreglando la biblioteca -, mencionaba allí que “Arce y la partera dicen que necesita mucho cuidado”

y que había días en que guardaba cama, y parecía tener problemas con los riñones. Moreno deseaba que el hijo que esperaba fuese otra hija que, decía, sería “tan potro como la ‘Nena’”, refiriéndose a Juana María. Pedía que Justa, la hermana mayor de Menena, los visitase, pues “Menena está (...) nerviosa por el silencio de ustedes (...)” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 109-110). El 5 de abril de 1890 nació en el Museo Eduardo Vicente Moreno (Yayo).

Inauguración del Museo

El 20 de julio de 1885 se habilitaron algunas secciones del Museo. El acto de inauguración contó con la presencia de D. F. Sarmiento. Este en la ocasión pronunció un discurso, en el cual hizo referencia a los descubrimientos científicos hechos en América por numerosos viajeros, que hacían de la Paleontología el “prólogo de la creación animal” e inscribían a la Antropología “en la primera página de la historia humana”. Todo lo cual resaltaba la importancia del Museo que se proponía “recoger, antes que desaparezcan los documentos de tan singulares y extraños acontecimientos” y cuya “necesaria consecuencia” era “que de hoy en más los argentinos y los americanos están llamados a tomar parte muy principal en el desenvolvimiento de las ciencias modernas, que ligan la creación animal a las razas humanas, a la topografía e historia de nuestro país (...)” (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 105).

Ameghino se incorpora al Museo

A mediados de 1886, Florentino Ameghino se hizo cargo del puesto de Secretario-Subdirector del Museo de La Plata y se instaló en La Plata. Moreno compró en \$ 16.000 su colección paleontológica y designó Naturalista Viajero a Carlos Ameghino.

Florentino Ameghino fue designado además académico de la Facultad de Ciencias Físico Matemáticas y Vicedecano académico de Agronomía y Veterinaria. (En Márquez Miranda, 1957; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 111). En 1884 F. Ameghino había sido designado miembro del Consejo Superior de la Universidad Nacional de Córdoba e incorporado a la Academia Nacional de Ciencias, de la que fue miembro de la Comisión Directiva. Como no tenía alumnos y carecía de muebles le había es-

crito a Moreno, quien le ofreció el cargo de Secretario-Subdirector del Museo de La Plata, a resultas de lo cual Ameghino renunció a su puesto en Córdoba. Ameghino permanecería en el Museo hasta fines de 1887, cuando desinteligencias con Moreno, relacionadas con el catálogo de la colección que había vendido al museo, produjeron su alejamiento (cf. Mantegari, 2003, p. 178).

Finalización de la construcción del Museo

El 22 de abril de 1887 se concluyó otra etapa de las obras, aunque el crecimiento de las colecciones hizo necesario modificar el proyecto original del edificio, convirtiendo, mediante techados, dos patios internos rectangulares en salas adicionales.

No obstante, las dificultades económicas produjeron. El 30 de junio de 1888 Moreno puso en conocimiento del Ministro de Obras Públicas de la Provincia, Manuel B. Gonnet que el presupuesto del Museo resultaba insuficiente, por lo que muchas erogaciones las debía cubrir con su dinero personal. Según Bertomeu (1949, p. 311), Moreno no solamente costó gastos de la edificación del Museo, sino que pagó una colección paleontológica reunida en la formación pampeana lacustre de Arrecifes, Carmen y San Antonio de Areco y Mercedes, que sus propietarios destinaban a la Exposición Universal de 1889 y que pudo así retener en el país. Adquirió también una importante colección de más de cuatro mil piezas reunidas en el Uruguay y costó los sueldos de empleados y los gastos de las expediciones iniciales.

Finalmente, el edificio fue terminado y abierto al público, con todas sus colecciones montadas, el 19 de noviembre de 1888, en ocasión del sexto aniversario de la fundación de La Plata. Para ese entonces, el personal total, además del Director, ascendía a 14 personas. Moreno siguió batallando, sin resultados, hasta principios de la década de 1890, para completar las construcciones originales y lograr una ampliación.

A partir de 1888, el Museo de La Plata desarrolló una serie de actividades exploratorias, mayormente centradas en la Patagonia y en la provincia de Buenos Aires. Las expediciones llevadas a cabo tuvieron como objetivo principal la exploración geográfica y la colección de materiales geológicos, biológicos y antropológicos destinados, al igual que el programa de adquisiciones y canjes que se

implementó, a enriquecer las colecciones y exhibiciones (Riccardi, 2008, p. 112).

Tal como lo destacó Hosne (2005, p. 19) “la originalidad de Moreno fue la creación de la Sección Exploraciones, que incorporó más como una concepción de estadista que como naturalista”. El programa que se trazó el Museo incluía, además del estrictamente científico, el de conocer el territorio argentino.

En 1888, año de la inauguración del Museo, comenzó una crisis económica que culminó con la revolución de 1890, en la que tuvo participación preponderante la Unión Cívica, nacida el año anterior en la asamblea del Jardín Florida. La revolución fracasó, pero Juárez Celman fue reemplazado por el Vicepresidente, Carlos Pellegrini, quien en dos años de gobierno logró superar la crisis.

El 16 de diciembre de 1888 moría Francisco Facundo Moreno, luego de una postración de varios años (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 109), a quien se le debe haber incentivado y apoyado los intereses de su hijo, para bien del país y de la sociedad.

En 1889 Moreno se trasladó al Museo con su esposa y sus hijos, Juana María y Francisco Rufino (Panchito). (Rato de Sambucetti, 2009, p. 55). Allí nació en 1890 su tercer hijo, Eduardo Vicente. En el primer piso se hallaba la casa de Moreno. En lo que era el salón (hoy Sala Moreno) estaba la chimenea cuya decoración rendía homenaje, como se mencionó más arriba, al origen de su esposa. El dormitorio de Moreno y su esposa era la actual Dirección, y otras habitaciones del sector noreste la ocupaban sus hijos. Estas posteriormente y hasta fines de la década de 1990 fueron ocupadas por dependencias de la División Entomología – sector posteriormente modificado substancialmente a fines de la década de 1990, para fines administrativos, no obstante haber sido declarado el edificio monumento histórico nacional.

Primeras exploraciones del Museo de La Plata

En 1887 Moreno (1903a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 114) envió “*al sur la primera expedición del Museo de La Plata*” en el convencimiento de que “(...) se prestaba poca atención al estudio geográfico de la región andino patagónica, indispensable como investigación previa, para que el Gobierno de la Nación resolviera la forma de llevar

a la práctica la demarcación material del límite convenido en 1881”.

En conocimiento de que expediciones chilenas realizaban estudios en el Palena, Moreno pidió al ministro Quirno Costa caballos y yeguas para hacer una expedición a las nacientes del Aysén. Como se le dijo que era mejor no hacerla, pues produciría recelos de Chile, Moreno se procuró otros recursos (Luna, 2001, p. 99) y envió una comisión que confirmó sus ideas y lo convenció de que “*los ríos que desaguan en el Pacífico cortaban totalmente la Cordillera, teniendo algunos sus fuentes en plena llanura*” al oriente de la cordillera (carta a Roca del 15 de mayo de 1899; en Rato de Sambucetti, 2009, p. 93).

Moreno disponía, en ese entonces, como Director del Museo de La Plata “*(...) de otros medios (...) con colaboradores más o menos activos*” que le facilitaban el estudio de los territorios patagónicos, “*(...) Así, nuevas exploraciones en el río Santa Cruz adelantaron nuestros conocimientos sobre la geografía, geología y la biología de esos territorios y permitieron reunir preciosos datos sobre el Territorio del Chubut hasta el Lago Buenos Aires; eran preliminares de exploraciones más amplias y detalladas que se emprenderían a su tiempo*” (Moreno, 1898, p. 210).

Entre 1888 y 1889, la sección Exploraciones Nacionales del museo efectuó varias expediciones para coleccionar materiales en los yacimientos fosilíferos descubiertos por Moreno en 1877 en el río Santa Cruz y efectuar reconocimientos y colecciones en la Isla de los Estados, Tierra del Fuego y Chubut Central (Moreno, 1890c).

Solicitud de Moreno para obtener más fondos para el Museo

La falta de recursos siguió aquejando al Museo y llevó a Moreno a solicitar a la Cámara de Diputados de la Nación, con fecha 2 de septiembre de 1889, una compensación personal por servicios prestados, con el fin de destinarla a la realización de las campañas del Museo de La Plata. Decía Moreno: “*Es muy nuevo el establecimiento (...) sus recursos son aún escasos, para que pueda realizarse con ellos todo el plan que me he propuesto, y es para llevarle adelante con más facilidades, que pienso que el Museo de La Plata debe tener, como otros establecimientos análogos de Norte-América, recursos propios. Deseoso de que esto*

se realice pronto, he tenido el honor de dirigirme al Exmo. Congreso de la Nación, pidiendo la compensación, que creo me corresponde por trabajos ejecutados en las regiones australes, antes de que el ejército nacional las dominara, trabajos que llevé a cabo gratuitamente, impulsado solo por el deseo de ser útil a mi país; y he donado para fondo del Museo de la Provincia de Buenos Aires, la compensación que se me asigne. Al iniciar así la vida independiente, de cierto modo, de esta institución, tengo la convicción de que esta llegará a ser grande en no lejano tiempo, y que contribuiría, con los servicios que preste, al engrandecimiento intelectual de la República Argentina, lo que será honroso para esta provincia (...).

Varias leyes de la nación han premiado exploraciones y campañas militares en los territorios nacionales concediendo medallas y tierras públicas.

El que suscribe ha realizado algunas de las primeras en las regiones australes, llevado solo por el deseo de contribuir en la medida de sus fuerzas al mejor conocimiento del suelo argentino, y es esta aspiración la que le hace hoy ocurrir ante V. H. solicitando se le incluya en el número de los que han merecido tales premios (...).

He dedicado mi vida al estudio de la historia física y moral de los territorios que hoy forman parte de la república, y he empleado en investigarlas dos tercios de mi existencia. Con los elementos que he reunido, ha podido fundarse el Museo de la Provincia de Buenos Aires, que dirijo, y para llevar adelante esta institución, he emprendido la exploración, puedo decir metódica, de nuestro suelo, reuniendo los vestigios que han dejado los tiempos geológicos y los materiales que las edades presentes suministran para el estudio del medio en que evoluciona la nación. Empleo en esta tarea todas mis fuerzas, pero ella exige cada día nuevos recursos; y ansiando realizar a la brevedad posible mi pensamiento conocido ya, de que el Museo de La Plata (...) tenga algún día vida propia, he creído llegado el momento de iniciar la creación de un fondo para atender las exploraciones que el museo practica (...). La base de ese fondo, como lo han sido mis colecciones y biblioteca, la del museo, sería la compensación de los trabajos que he llevado a cabo en tiempos rudos, sin haber recibido de la nación ningún emolumento, cuando los he emprendido por su orden, y es con ese objeto que la solicito ahora de V. H., haciendo dona-

ción de ella, desde ya, al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, para que la aplique en su oportunidad a formar el capital del museo, en las condiciones que se determinarán” (Moreno, 1890e, i, p. 157-159).

Imprenta del Museo de La Plata – Publicaciones. Revista, Anales.

En 1890 se iniciaron las publicaciones del MLP, las que fueron impresas en talleres creados al efecto con dinero del propio Moreno (cf. Riccardi, 1988).

La imprenta fue instalada para la publicación de los *Anales* y la *Revista*, que serían los órganos de divulgación de los trabajos de la institución. Ambos se editarían en el Museo, pues las imprentas comerciales carecían de una demanda que les permitiera contar con personal especializado. A lo largo de los años en que Moreno fue Director, totalizaron cerca de 50 volúmenes “conformando una verdadera enciclopedia de las ciencias naturales de América” (Luna, 2001, p. 92).

En el primer número de la Revista del Museo de La Plata, se transcribieron los documentos oficiales de creación del Museo y el discurso del Profesor William H. Flower, Director del Departamento de Historia Natural del Museo Británico, al inaugurar el 11 de septiembre de 1889, en Newcastle, la Asamblea de la Asociación Británica para el adelanto de las Ciencias.

Los primeros trabajos (cf. Riccardi, 2008, p.113), incluidos en los *Anales* y la *Revista*, comprendieron contribuciones del primer encargado de la sección Paleontología, Alcides Mercerat, y de Mercerat y Moreno, sobre los mamíferos fósiles coleccionados por Moreno en 1874-1875 y 1876-1877 en el Terciario de Chubut y Santa Cruz. Mercerat, junto con Moreno, también publicó un catálogo bilingüe (castellano-francés) de pájaros fósiles. Por su parte, Moreno dio a conocer estudios sobre vertebrados, especialmente cetáceos fósiles, del Terciario de Chubut y Santa Cruz. Moreno y Lafone Quevedo publicaron, respectivamente, contribuciones sobre aspectos arqueológicos del noroeste de la Argentina y sobre lingüística.

Los Anales constituyeron la publicación de mayor jerarquía, de gran formato y de carácter eminentemente didáctico, bajo el epígrafe “Materiales para el conocimiento físico y moral del continente americano” (Bertomeu, 1949, p. 300-301).

Decía Moreno (1890) al respecto “*Por más empeño que haya puesto el que suscribe para desarrollar el plan que se trazó al proyectar esta institución, y por más ayuda que haya recibido (...) las múltiples facetas de ese plan, quizá demasiado vasto (...) le han impedido emprender hasta ahora las publicaciones oficiales del museo, en una forma permanente. (...) no existiendo en esta Capital, tan nueva aún, establecimientos industriales en los que pudieran emprenderse trabajos de reproducción gráfica de objetos, como los que corresponden a publicaciones de esta clase, me ha sido indispensable instalar talleres propios, en los que se hicieran ellos.*”

Alcance del Museo más allá de las Ciencias Naturales

Esta Revista, lo mismo que las demás publicaciones del museo, no se concretará a dar a conocer el contenido de nuestras colecciones. La índole de esta institución abraza un campo más vasto. La historia física y moral pasada y presente de este continente, en su acepción más amplia, no puede encerrarse toda ella en colecciones públicas, y conviene agregar a los recursos que estas proporcionen para el estudio, la documentación numerosa y el comentario de hombres de sano criterio que la poseen en ricos archivos. Entre nosotros los hay y nos han ofrecido generosamente su valiosa cooperación (...).

He solicitado la colaboración asidua de nuestros estudiosos de buena voluntad, para hacer de estas publicaciones un centro de investigación digno de ser consultado por todos los hombres de ciencia del Universo (...).

Aún más; para el estudio del período Colonial y el de la Independencia, los archivos públicos y particulares tienen un vasto material inédito, y pienso que entran estas investigaciones en el armónico plan del museo (...).

La forma que se dará a estas publicaciones permitirá imprimir todo lo que entre en este plan, a pesar de lo heterogéneo de las materias que abarca; y con la única restricción de la discusión personal, que no debe admitirse bajo ningún concepto, las ponemos desde ya a disposición de todos los que deseen insertar en ellas el resultado de sus estudios, debiendo ser cada autor responsable de las ideas que emita. (...).

Con todo esto, el Museo de la Provincia de Buenos Aires llenará su programa, sirviendo a nacionales y extranjeros en bien de las ciencias y de su progreso que

tanto debe contribuir a que estas regiones americanas sean grandes en el futuro.

(...) Las reuniones científicas internacionales, que tantos servicios prestan en el otro hemisferio, acercando a los hombres consagrados a la investigación de lo útil al cuerpo y al espíritu, han de extenderse hasta esta pobre América, tan denigrada, y abrigo la convicción de que La Plata ha de ser una de las primeras ciudades que las albergue. Este museo cooperará a ello con sus vastas colecciones, que abarcan mucha parte del pasado y presente austral americano” (Moreno, 1890a, p. III-VI.)

El progreso de la institución le permitía, en palabras de Moreno (1890b, p. xii-xiv), publicar “(...) sus Anales y su Revista, que (...) salen de nuestros talleres propios, donde se han ejecutado todos los trabajos de impresión y dibujo del texto y láminas, lo que se continuará haciendo en lo sucesivo (...) (Solicitud para iniciarlas, del 10 de marzo de 1890, dirigida al ministro de Obras Públicas de la Pcia. de Buenos Aires, M. B. Gonnet).

Proseguía Moreno (1891a, p. 1) “Con los Anales y la Revista, el Museo de La Plata llevará al gabinete del naturalista, por más distante que se encuentre de esta ciudad, los materiales que necesite para sus investigaciones, llenando así nosotros nuestro programa, que consiste en servir al mayor número, en beneficio de la mayor instrucción del hombre”.

Alcance previsto para los Anales

En el caso de los Anales las secciones temáticas previstas fueron: (...) “Geografía, Geología y Mineralogía, Matemáticas, Física y Química; Biología, Paleontología, Botánica, Zoología; Anatomía y Fisiología, Antropología, Etnología, Arqueología; Lingüística, Historia, Bellas Artes, Industria (...)”. Abarcarían “(...) todos los temas de investigación relacionados con este continente, desde los que se refieren a la construcción de su suelo hasta los que estudien la vida política, económica y social de los pueblos que lo habitan (...)”, “(...) aparecerán siempre en lengua española, pero cuando la índole de los trabajos lo haga necesario o cuando los autores lo deseen se imprimirán, además, en francés o en el idioma que hayan sido escritos (...). Las publicaciones están abiertas a todos los hombres de estudio del Universo (...)” (Moreno, 1890-1891a).

Gestiones de Moreno para lograr colaboraciones de personalidades

Moreno se ocupó personalmente de gestionar la publicación de trabajos de personalidades ajenas al mismo Museo. Así el 14 de abril de 1892 le escribió a Bartolomé Mitre en los siguientes términos: “Fui ayer a Buenos Aires con la intención de entregarle personalmente el segundo volumen de la revista del museo (...).

Confieso a usted que mi visita era interesada. Quería recoger el manuscrito de su bibliografía sección de lenguas, que tuvo usted la bondad de ofrecerme y que deseo publicar en el tercer tomo, cuya impresión he empezado, y, además, pedirle algún trabajo para el segundo tomo de Anales, que también está en prensa, para que llegue a tiempo de la exposición histórica americana de Madrid. Si mucho valor tiene para mí la colaboración de usted, en este caso sería mayor aún. En julio próximo festejaré mis bodas de plata en el museo; (...) quiero premiarme dándome la satisfacción de publicar para entonces el segundo tomo de Anales, obra que muchos creen no poder llevar adelante dada su magnitud.

Usted tiene mucho inédito y sobre variados temas, de manera, que, con poco trabajo de revisión si lo considera necesario, podría darme el placer que busco. Este tiene también otro fin, demostrar que la perseverancia, en cualquier forma que se practique entre nosotros, tiene su compensación honesta. Sabe usted que he iniciado una vasta empresa, que yo no he de ver terminada, y que quiero, con mi ejemplo, que no tiene más mérito que la constancia, encontrar quien la lleve adelante cuando yo falte. (...) El museo y sus publicaciones son un hecho, pero necesario me es inculcarlo en la masa, demostrar con la colaboración valiosa de usted y de otros hombres de estudio, que mi programa es serio y merece la ayuda de todos. Sin ella mi trabajo quedaría incompleto (...) (Moreno Terrero de Benites, 1988, p- 114-115; Hosne, 2005, p. 19-20).

Calidad de las publicaciones

La calidad de las publicaciones produjo comentarios adversos sobre el “lujo” que representaban con respecto a la mala situación económica de muchos. Uno de esos comentarios se debió muy probablemente a Avé-Lallement, tal como ha quedado registrado en las cartas que le dirigió Moreno el 17 de diciembre de 1891 y el 20 de marzo de 1892, aclarando

el origen de la financiación y el destino de los fondos que se obtenían para publicar.

Escribió Moreno: “Algo irónica es su sorpresa, Sr. D. Germán, al ver el lujo de nuestras publicaciones en medio de tanta hambre y miseria. No quiero que Ud. conserve una mala impresión. Esa obra no le cuesta un centavo al erario público. Por una serie de combinaciones (...) en la lucha en que estoy empeñado, la de sentar en mi patria la base de una institución que preste servicios, a las ciencias físiconaturales y que no le pese a su escuálido tesoro y he llegado a fuerza de trabajar y penar a darle recursos propios a este museo. Ahora no le cuestan nada sus publicaciones ni las exploraciones, ¡lo que no sabe el público, que cree que estoy fundiendo el erario! Solo ha pagado los sueldos y gastos internos de los laboratorios (...). Todos los demás gastos los soportaré yo, pagándolos con los beneficios que me da el taller de publicaciones anexo a este establecimiento, taller que alimenta ya más de 150 bocas. El Gobierno me permite entrar en las licitaciones, no hace distinción alguna, y en vez de guardar los beneficios que me producen los trabajos, como haría una empresa particular, los aplico a los fines de la institución a que he consagrado mi vida. Aún no se ha hecho público esto, porque no quiero hacer ruido. He preparado estos talleres durante cuatro años luchando con todo género de dificultades y hoy la gente entendida lo considera como el mejor que existe en el país. ¿No cree Ud. que es un verdadero milagro, el que una repartición pública, sin ventas afectadas al efecto, se costee?” (...). “las publicaciones del museo (...) no cuestan nada a la provincia, y como Ud. comprenderá, no nacido rico, debo buscarme los medios honrados de costear su impresión. Las ganancias que en otros establecimientos van a poder de los accionistas, en el museo se invierten en su propio beneficio” (en Ferrari, 1998, p. 456-458).

Propuesta de exposición por el Cuarto Centenario del Descubrimiento de América

En este mismo año 1890, Moreno propuso al Museo de La Plata como base de una “Exposición retrospectiva argentina” con motivo de la proximidad del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. El proyecto fue presentado el 25 de mayo de 1890 al Ing. Francisco Seguí, ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, y publicado en

el primer volumen de los Anales Museo La Plata, p. 156). Decía Moreno:

“(...) Desde hace diez años vengo pensando en una ‘Exposición retrospectiva argentina’ y creo llegado el momento de llevarla a cabo. De aquí a tres años solemniza toda la América el cuarto centenario del desembarque de Colón, y nosotros los platenses celebraremos también, el décimo aniversario de la fundación de esta ciudad que hemos visto nacer y crecer.

Se habla de organizar para esa fecha una exposición internacional en Buenos Aires, en cuya sección nacional mostremos los argentinos las múltiples fuentes de riqueza que disponemos (...).

La Plata, la última capital fundada, pudiera ser el asiento de la “Exposición retrospectiva”, en la cual recorreríamos (...) la larga serie de hechos físicos y sociales que han concurrido a la elaboración de lo que en esa fecha será nuestro país (...).

La ‘Exposición retrospectiva’ de La Plata (...) tendría un interés más general, pues reuniríamos en ella la historia completa de nuestro suelo a partir de las épocas más remotas. No solo reharíamos nuestra historia en su acepción más amplia, sino que también contribuiríamos al conocimiento de la historia de la Tierra en uno de cuyos pedazos más favorecidos hemos formado patria. Desde hoy podemos contar con numerosos materiales para este fin. Con los objetos acumulados en los museos de la república, reconstruiríamos los tiempos anteriores a la conquista española, y muchos coleccionistas distinguidos conservan verdaderos tesoros que ilustrarán las edades siguientes. Con estos elementos por base, no veo grandes dificultades para convertir en hecho este pensamiento (...). Llevándolo a cabo, la ciudad más antigua (recuerdo la Buenos Aires de Pedro de Mendoza) y la más moderna de la república, conmemorando hechos extremos de la historia humana sudamericana de cuatro siglos, nos mostrarían: la primera, el presente y grandioso porvenir, y la segunda el lento y prodigioso pasado; una, los elementos con que contamos para seguir adelante, y otra, los que han desaparecido después de actuar en la larga lucha por la existencia desde lo ignorado hasta el día, para hacer que seamos lo que somos. El Museo de La Plata será la base de tal exposición (...).

¡Qué lapso (...) enorme podrá recorrer la imaginación si es que realizamos tal exposición retrospectiva! (...). Miraremos mentalmente lo que ha sido a

través de las edades el territorio argentino de hoy. (...) Representaremos el espectáculo de los inmensos paisajes tantas veces alterados y retocados por las mismas fuerzas que los crearon (...) hasta hoy (...) Resucitaremos con el pensamiento, ayudado con sus vestigios, los organismos que actuaron en esas escenas perdidas (...). Asistiremos a la aparición y desaparición de los menos favorecidos (...) y así de etapa en etapa biológica, nos encontraremos frente a nuestro semejante (...). Ascendiendo en la evolución social, reconstruiríamos la vida física y moral de los pueblos civilizados cuyas ruinas históricas están esparcidas por todo el territorio argentino (...). Nos asombraremos ante las pruebas evidentes de las relaciones internacionales que existieron entre estas y otras naciones geográficamente muy distantes (...) y nos acercaremos así al descubrimiento de América por Colón. La tarea entonces será más fácil, pues a los huesos, las armas de piedra y metal, los trabajos de tierra cocida y la tradición oral, agregaremos la palabra escrita, y ayudados por añejas crónicas, reharemos la epopeya de la conquista austral, iniciándola con la reconstrucción de la primera Buenos Aires para la cual no faltan documentos. Veremos el duro y lento ascender de los pueblos (...) hasta que adultos, con fuerzas propias, se desligan de la lejana metrópoli. Asistiremos a la lucha por la libertad y festejaremos su triunfo (...) hasta que se declara la Ciudad de Buenos Aires cabeza de la nación y se funda La Plata estableciéndose así, sobre sólidas bases, la nacionalidad argentina.

Este rápido bosquejo te mostrará la magnitud de la obra cuya idea te someto. Para realizarla sería necesario que nos ocupásemos en ella algunos hombres trabajadores y de buena voluntad, los que no faltan felizmente en la República. Quizá fuera también conveniente extender la exposición a todo el continente austral, pero esto será materia de discusión una vez que tengamos resuelto lo bosquejado (...).

He iniciado también la impresión de los 'Materiales para la historia física y moral del continente sudamericano desde los tiempos más remotos', en la cual publicaré no solo lo que contenga el museo, sino todo documento, sea original o reproducción de inéditos o raros, para lo cual cuento con los recursos del arte moderno que he reunido ya en este establecimiento. Estos materiales pueden servirnos mucho.

Busco hoy quien quiera encargarse de un 'Buenos Aires retrospectivo'. Andan desparramados interesantísimos documentos (...), y con ellos se podría restaurar la vida de la que es hoy capital de la república, desde el momento en que la fundó Pedro de Mendoza, hasta 1880, es decir tres siglos de existencia continua (...). Convendría intentar reconstrucciones semejantes para las demás ciudades argentinas, y para esto hay tiempo en los tres años que aún faltan para la época fijada. Córdoba sería la primera de ellas (...).

La población de la república crece en proporciones desconocidas en ningún otro país; la riqueza pública aumenta y el empleo que de ella hace la colectividad, permite asegurar que en 1892 seremos la primera nación de Sudamérica, y creo que los que llevemos a feliz término en Buenos Aires y La Plata las respectivas exposiciones, podríamos invitar, con perfecta tranquilidad del buen éxito, a los hombres de estudio de todas las ramas del saber, a que se asocien a nuestro regocijo (...).

Esos hombres estudiarán el pasado en la exposición de La Plata, el presente, en la de Buenos Aires, y en los medios mismos en que se producen, encontrarán los elementos con que contamos para llevar adelante nuestro progreso, sino también los que las naciones lejanas pueden pedirnos en cambio de los suyos.

Creo que todo este plan, bien pensado y tratado con calma, daría grandes resultados y nos engrandeceríamos a los ojos de propios y extraños (...) y si crees este proyecto realizable dímelo y nos pondremos a la obra, seguros de que la faena será recompensada por el recuerdo de que servimos a la patria'. (Moreno, 1890f: 152-155).

El 11 de junio de 1889 le contestó el Ing. Seguí: "(...) el desarrollo que me presentas tiene todo el aliciente de un plan completo para bien de la ciencia, y por y para gloria de nuestro país. (...) Acepto el sitio: el Museo de La Plata -tu obra- que representa la realización en América de lo que todavía sueñan los sabios de Europa, (...). Tienes pues, mi voto afirmativo en tu propósito y mi concurso que, si poco vale, no tiene límite en su sinceridad. Busquemos los auxiliares de buena voluntad y manos a la obra, y que los que no hayan creído (...) se encuentren obligados a exclamar, como Lyell, al visitar en Francia los testimonios evidentes de la existencia del hombre antes del diluvio cuaternario, que había puesto en duda desde la presidencia de

la Sociedad Geológica de Londres: *Vini, vidi, rictus fui*” (Anales del Museo de La Plata, I, 156; Bertomeu, 1949, p. 299; Ygobone, 1954, p. 390).

Apoyo Nacional al Museo de La Plata - 1893

En 1892 había asumido la presidencia Luis Sáenz Peña, como producto de un acuerdo político entre Mitre y Roca. Sáenz Peña debió enfrentar graves situaciones políticas, entre ellas la revolución que en 1893 encabezaron Alem e Yrigoyen. En ese mismo año Argentina y Chile firmaron el Protocolo por el cual se estableció otra de las tesis sobre las cuales tendría que trabajar Moreno, según la cual Chile no podía pretender punto alguno hacia el Atlántico y Argentina no podía hacerlo hacia el Pacífico.

En 1893 el Gobierno Nacional comenzó a efectuar aportes económicos a las tareas que desarrollaba el Museo de La Plata bajo la dirección de Moreno. Así entre 1893 y 1895, pese a la crisis política en la que se encontraba el gobierno de Sáenz Peña, las expediciones del Museo de La Plata estudiaron la región cordillerana limítrofe con Chile. Por esos años se inauguraba en La Plata el primer servicio de tranvías eléctricos del país.

Diría Moreno años después (1898, p. 210): *“El año 1893 el Gobierno de la Nación decidió prestar su cooperación a fin de que los trabajos que el Museo hacía para estudiar el suelo argentino, se realizaran con mayores facilidades, lo que daría naturalmente mayores resultados. Con ese año se inició pues una nueva era para ese establecimiento; las aspiraciones de sus colaboradores habían sido apreciadas y estos se entregaron con más ahínco que nunca a realizar el amplio programa que condensa sus esfuerzos por el progreso intelectual y moral de la Nación. Así, los que formamos su personal, hemos recorrido del año 1893 al 1895, desde las heladas regiones de la Puna, en nuestra línea divisoria con Bolivia, hasta el Departamento de San Rafael en la Provincia de Mendoza, estudiando la geografía, la geología y la mineralogía, etc., en las altas cumbres y en los vastos llanos y revelando por vez primera la fisonomía exacta de la orografía andina en tan vasta extensión, hasta entonces casi completamente desconocida, lamentando que antes no se hayan realizado tales estudios para haber evitado no pocos trastornos en el trazado de las fronteras internacionales.(...)”*

“(...) Obtenida la cooperación del Ministerio de Relaciones Exteriores y por su indicación, empecé los reconocimientos geográficos y geológicos de la región andina en toda la extensión del límite, por las provincias de Catamarca y Salta comprendiendo la Puna de Atacama hasta Zapalieri. Era indispensable hacer conocer antes que todo la dirección general de las cadenas andinas y localizar entre ellas la verdadera Cordillera de los Andes, dentro de la cual estaba la línea de los tratados para proyectar esta. La mala colocación del hito del Portezuelo de San Francisco (a la que me había opuesto antes de que se llevara a cabo) era la prueba más desgraciada de los peligros que había para los intereses argentinos, en que se hiciera la demarcación de los límites con Chile sin el conocimiento previo de la Cordillera, por lo menos en vastas zonas, ya que no era posible demorar los trabajos hasta tener una investigación geográfico-geológica de toda ella (Moreno, 1903a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 115).

Viaje de Moreno a la Puna y reflexiones sobre el país y su futuro

Como se verá más abajo, entre diciembre de 1892 y abril de 1893, Moreno visitó la Puna en toda su extensión, desde el límite con Bolivia, y examinó el hito del Paso de San Francisco, informando sobre los resultados de ese estudio al Ministerio de Relaciones Exteriores.

El cambio que esto le significó a Moreno quedó reflejado en estas palabras: *“Hace pocos meses que notando fundados los consejos de los médicos, tuve que hacer un paréntesis a mi encierro de nueve años dentro de este Museo (...). Mi energía decaía, y con ella la confianza en el éxito; y feliz de poder readquirirla (...) me desprendí momentáneamente de la abrumadora lucha diaria de La Plata, y salí a trepar montañas. Viajé por altas cimas y por profundos valles, por medio de solemnes panoramas, en región que es argentina y donde sin embargo aún no ha flameado el lienzo augusto que tiene los colores de aquel purísimo cielo y de esas nieves immaculadas. En las largas marchas, necesariamente muy largas, dado el fin que me proponía al hacerlas y que no es este momento de exponer, tuve tiempo de recorrer mi pasado. En aquellas alturas (...) pude ver lo que no había visto hasta entonces con claridad: el camino*

recorrido sin cejar desde la niñez hacia un fin que se acercaba. Imposible es mirar atrás cuando la voluntad se ejerce en perpetua tensión hacia adelante, marchando con la firme resolución de no reconocer obstáculos ante un propósito que se considera útil; estado del espíritu que no reconoce ayer sino mañana (...)”.

Reposando en tan altos paisajes, pude ver nítida la feliz evolución de la idea esbozada en mi infancia, gracias a que un buen padre no contrarió mis tendencias naturales. Comprendí la magnitud de los esfuerzos realizados, y tuve entonces entera confianza en la revista de mis fuerzas y en el deber cumplido. Y en aquel teatro solitario (...) me prometí escribir al regreso al hogar y al trabajo las sensaciones de mi pasado, para alentarme en el presente y para continuar (...) la lucha diaria, que deseo duradera, para ir adelante en mi empeño, hasta que mis hijos crezcan” (Moreno, 1893, p. 12-14).

Para ese entonces Moreno (1893, p. 94-98) estaba desencantado con el reparto de la tierra pública: Al respecto escribió: “(...) me decía a veces ante aquellas tierras aún desconocidas para los argentinos civilizados, cuánta dejadez hay en quienes tienen en la mano los elementos para incorporar estos territorios a la civilización, también reaccionaba mi espíritu, pesimista cuando se ocupa de iniciativas oficiales (...) qué desesperación se apodera del que apartando la máscara de la mentada ‘grandeza nacional’, velo dorado que cubre la pobre patria al que cualquier desprecupado arranca un girón, ve el descarnado porvenir que nos espera si no reaccionamos de la atonía que consume al elemento criollo, dominado por el cosmopolitismo que nos absorbe y que no detenemos por pereza en nuestra misma decadencia. Mi pesimismo estaba en la verdad; doce años han transcurrido desde que el cacique Ñancucho fue muerto defendiendo el suelo en que nació, desde que, con medios violentos, innecesarios, quedó destruida una raza viril, utilizable, y desde esa fecha apenas tenemos uno que otro dato geográfico nuevo como resultado del paso de las columnas militares expedicionarias a Nahuel Huapi. La geografía de aquellos territorios está aún por hacerse, pero ya tienen propietario. Concesiones dadas a granel; cientos de leguas a veces en poder de un solo afortunado. ‘Para qué sirven aquellas tierras’ es la frase consagrada que en no pocas ocasiones hemos oído a no pocos de los que tienen en sus manos la fortuna

de la patria. Busque el lector un mapa de aquel territorio y con asombro verá que la región de Nahuel Huapi, (...) está dividida entre dos propietarios por una simple concesión y a vil precio. Nuestros gobiernos han distribuido aquellas tierras sin criterio alguno, y lo han hecho con la conciencia de que los planos empleados para ubicar las concesiones tenían quizás menos exactitud que los de los paisajes lunares usados por los colonos selenitas en algunas novelas científicas. Sin embargo, no se ocultará al menos avisado el grande interés nacional que hay en que aquel inmenso triángulo formado por los ríos Limay y el Neuquén y los Andes, sea conocido en todos sus detalles; pero, también grande es entre nosotros la desidia por todo aquello que no representa un beneficio inmediato en dinero. ¡Hay tanta distancia entre el rápido producido de un ‘pase’ en la Bolsa y el lento aprovechamiento del suelo patrio! Desgraciadamente para el común de la población argentina de hoy, mayor interés despierta la animosidad entre Pedro y Diego, la lucha por el predominio de las personalidades y de las que no lo son, que el conocimiento del suelo en que se desarrolla esa lucha (...)”.

Plan de ampliación del Museo

En 1893, Moreno propuso a las autoridades de la provincia de Buenos Aires una ampliación del edificio del museo, donde señaló que el proyecto original había sido reducido y que las construcciones ya no resultaban suficientes para el crecimiento institucional. Posteriormente en 1894, presentó un proyecto de reorganización tendiente a suplantar la dirección unipersonal que ejercía por la de una Comisión Administradora y a lograr la autarquía financiera del museo.

Decía Moreno en su presentación al ministro de Obras Públicas de la provincia de Buenos Aires, Dr. Pastor Lacasa, el 27 de junio de 1893: “Cuando en 1884 se trató de dar a este museo edificio propio, bosquejé un plano en el que se consultaban las necesidades de un establecimiento que debía conservar (...).

Necesariamente el edificio (...) para contener tan vastas y variadas colecciones (...) tendría que tener muy grandes proporciones y no era posible pedir entonces a la provincia los recursos para satisfacer los gastos de su construcción (...) por lo que no convenía iniciar esa construcción (...) desde el primer momen-

to, resolví adoptar un sistema de distribución que permitiera ensanchar algún día su planta primitiva, sin alterar la armonía natural de su conjunto. Por esa razón me concreté a proponer la construcción actual, para lo cual y teniendo en vista (...) ensanches futuros, obtuve que el edificio del museo en vez de ser levantado en la manzana que se destinaba en el plano de la ciudad, que es la que hoy ocupa el Teatro Argentino, se construyera en el parque donde podría extender sus construcciones, una vez llegado el caso.

El edificio cuyo plan presenté (...) y cuyos cimientos se abrieron en setiembre de 1884, fue sin embargo considerado demasiado vasto, y esta consideración y la falta de recursos (...) obligaron a reducir sus proporciones (...). Se suspendió la construcción del cuerpo que debía contener los talleres, laboratorios, gabinetes de estudio, biblioteca, y habitación del director; los primeros ocuparían provisoriamente el subsuelo de la parte que se edificará; la biblioteca, las piezas destinadas a secretaría y el departamento del director el lugar de una de las salas altas.

No era posible suprimir este departamento; es indispensable que el director de un establecimiento como este tenga en él su domicilio. La vida de un hombre apenas bastará para iniciar y empezar a desarrollar el vasto plan de esta institución, y para quien dirija estos trabajos no debe haber lo que se llama generalmente 'horas de oficina' (...).

Pero esas construcciones iniciadas en 1884 (...) pronto fueron estrechas para las colecciones que crecían sin cesar (...) tanto que fue necesario proceder en 1887 a ampliar el edificio, levantando nuevos salones en los patios y en la parte central alta; y estas construcciones hoy ya no son suficientes, tal es el desarrollo rapidísimo de esta institución (...).

Es necesario aumentar el número de salas e instalar cuanto antes laboratorios dotados de los elementos necesarios, y gabinetes donde el estudioso pueda dedicarse a sus tareas, sin ser molestado por el público que visita las colecciones. Respondiendo a la invitación que he hecho a naturalistas de nota para que vengan a La Plata a cooperar (...) al fin que se propone este museo, anuncian varios su próxima llegada y debo preocuparme de proporcionarles las comodidades necesarias para que no queden defraudadas sus esperanzas de poder entregarse tranquilos al trabajo inmediatamente después de llegado (...).

Mientras la República Argentina no costee permanentemente un cuerpo completo de especialistas que den a conocer en todos sus detalles su suelo, sin miras de lucro, trataré en forma que mis fuerzas permitan, como director del Museo de La Plata, de atenuar esta falta, haciendo que además de los naturalistas permanentes que nuestros recursos permitan costear, vengan otros a ayudarlos temporariamente en sus tareas, sujetándose a nuestro reglamento, que obliga a todo empleado a imprimir primeramente en las publicaciones del museo los resultados de sus investigaciones, para lo cual, su anexo, el taller de impresiones, les da facilidades desconocidas en los otros museos del mundo.

(...).

No se me oculta que el momento no es oportuno para que el erario provincial sufrague los gastos de nuevas construcciones en este museo y no lo solicito; felizmente este puede emprenderlas con los recursos de su anexo, el taller de publicaciones, y en otras formas que no afecten el presupuesto de la administración, solo solicito autorización para emprenderlas, empezando por las más necesarias, las que comprenden: laboratorios y gabinetes de estudio (...).

El plano que acompaño indica las construcciones que proyecto por ahora. Son dos cuerpos: uno en cada extremo del edificio actual, en su frente SE (...).

Cuando los ensanches tomen tal extensión que ocupen todo ese vasto espacio, recién entonces se podrá iniciar la construcción de un gran semicírculo, entre los cuerpos laterales del frente principal y otros cuerpos y no es exceso de previsión el calcular desde ya la extensión que abarcarán esos ensanches (...).

Hay muchos objetos que no es posible guardar dentro de las salas por su gran tamaño y los que podrían distribuirse en forma conveniente en el jardín que rodea al museo. No sería difícil reunir en él, presentadas en forma atrayente y útil, muchas de nuestras riquezas minerales. La instalación de un aquarium, donde el público examine (...) la interesante fauna de nuestros ríos y mares sería de muy poco costo, estando el museo en condiciones de emprenderla bajo la dirección de persona competente. Mi intención es formar también un macizo, en el que pueda el habitante de la llanura darse cuenta de lo que es una mina, para lo cual he dado los pasos necesarios para obtener cortes exactos, con los materiales auténticos de varias minas de la república (...). (UNLP; Expte. M 223, año 1919).

Organización inicial y proyecto y posterior reorganización del Museo

Entre 1890 y 1895, las tareas de exploración del Museo de La Plata prosiguieron en diferentes partes del sur y oeste del país, pero adquirieron mayor dimensión cuando en 1893 el Gobierno nacional comenzó a apoyar económicamente sus estudios (Moreno, 1898, p. 210).

Para esta época, Moreno se había ido rodeando de un conjunto de destacados técnicos y científicos (cf. Riccardi, 1989:17). La labor de especialistas argentinos, como los antropólogos Samuel Lafone Quevedo y Juan Bautista Ambrosetti y los naturalistas viajeros Carlos Burmeister, Clemente Onelli y Santiago Pozzi, fue ampliada con la participación de especialistas extranjeros.

De Rusia llegó el botánico Nicolás Alboff; de Holanda, el antropólogo Ten Kate; de Alemania, el ingeniero Gunardo Lange, los geólogos Rodolfo Hauthal, Juan Valentín y Walther Schiller, el antropólogo y filólogo Lehmann Nitsche y el entomólogo Carlos Bruch; de Inglaterra, el zoólogo y paleontólogo Ricardo Lydekker; de Suiza, los geólogos y paleontólogos Santiago Roth, Alcides Mercerat, Carlos Burckhardt y L. Wehrli, y el dibujante y arqueólogo Adolfo Methfessel; de Francia, el ingeniero Enrique Delachaux y el zoólogo Fernando Lahille; de Italia, el botánico Carlos Spegazzini.

Todos estos técnicos y especialistas, bajo las órdenes de Moreno, participaron en la exploración de diferentes regiones del país, en especial de la región cordillerana desde Mendoza hasta el seno de la Última Esperanza, ampliando las fronteras científicas del país y contribuyendo con sus colecciones a enriquecer el Museo de La Plata.

De esta forma, el museo inició una nueva etapa y los trabajos comenzaron a orientarse hacia actividades de significación en la resolución del diferendo limítrofe con Chile (Riccardi, 1989, p. 18). Aquí resulta importante remarcar que todas estas tareas continuaron respondiendo a la iniciativa y planificación de Moreno, en pos de los objetivos que él mismo estableció.

El 10 de mayo de 1894 Moreno presentó una nota al ministro de Obras Públicas de la provincia de Buenos Aires, Emilio Frers, en la que incluía un proyecto de reorganización y financiamiento del Museo de La Plata. Decía Moreno:

“Las difíciles circunstancias económicas por que atraviesa la provincia de Buenos Aires, y la conveniencia que hay en ensanchar la esfera de acción del Museo de La Plata, que dirijo, para que pueda prestar todos los servicios que su actual desarrollo le permite me inducen a someter a la consideración de V. S. un proyecto de organización de este establecimiento en el que he consultado los intereses de la provincia y los de la ciencia (...). Este proyecto tiende a facilitar su marcha, ahorrándole al mismo tiempo al erario de la provincia las sumas que destina a su sostenimiento el presupuesto de la administración.

He visto nacer y crecer este museo y al dedicarle todas mis fuerzas, en la convicción de que tenía a mi cargo una obra útil (...). Desde entonces el erario provincial costó su mantenimiento y su progreso, hasta que también llegó momento en que los recursos asignados no bastaron para cubrir todos los gastos del establecimiento cuya importancia aumentaba rápidamente, y debí buscar nuevas fuentes donde obtenerlos y entre estas el apoyo de la nación, la que ha honrado al museo subvencionando los estudios geográficos y geológicos de territorios poco conocidos aún, cuya exploración había ya iniciado con sus propios recursos en mucha parte.

Esta necesaria intervención de los elementos nacionales en el desenvolvimiento del museo que a medida que progresa, requiere mayores gastos para atender sus exigencias siempre crecientes por los nuevos servicios que presta, debía inevitablemente producirse lo que también obliga a reorganizar el establecimiento bajo un programa que ensanchando su campo de acción, conciliando los intereses provinciales y nacionales, le asegure vida propia y lo libre para siempre de contingencias adversas como las presentes, que no solo pueden llegar a dificultar su marcha sino también a inutilizar esfuerzos que representan sumas cuantiosas.

Esta creencia de que el Museo de La Plata para dar todos los resultados que de él deben esperarse, tenga cierta autonomía en su administración, no es de este último tiempo. La abrigo desde largo tiempo atrás. En 1889 solicité del H. Congreso el premio de tierras acordado a los que expedicionaron en los territorios australes, haciendo donación de las que se me concedieran para aumentar los recursos, que a este establecimiento le dieran algún día vida inde-

pendiente, considerando indispensable este para que el museo se convierta en centro de estudios, donde siguiendo en parte el plan adoptado en Washington para aplicar la donación de Smithson, prestara en este extremo austral servicios análogos a los de la grandiosa Institución Norteamericana. Y creo posible llevar a la práctica hoy este pensamiento en estos momentos difíciles en que el Museo de La Plata puede ser de utilidad inmediata, dentro de su programa, si consigue obtener la autorización que persigo la que le dará mayor facilidad para aprovechar sus fuerzas distribuidas sobre todo el territorio de la República. Este establecimiento no se concreta a reunir colecciones de historia natural; su personal se ocupa desde muchos años atrás del estudio en detalle de la geografía y de la geología del territorio argentino y de sus recursos naturales para aumentar los elementos de su engrandecimiento económico y social (...).

Trabajos estos que son una demostración del programa vastísimo que asigné al museo, programa que he desenvuelto gracias a circunstancias favorabilísimas, pero que hoy, asegurados ya sus variados resortes, y definidos los prolegómenos de la institución buscada, requiere otros esfuerzos conjuntos para aprovecharla y producir los resultados que deben desprenderse de su aplicación. Si era necesario, indispensable, que fuera un hombre solo el que trazara las grandes líneas de esta obra, para su misma unidad (...) es necesario e indispensable también reducir ya a formas concretas esas líneas, lo que exige variadas facultades que no caben en un solo cerebro por lo que será llegado el momento de asociar a esta empresa otros hombres de buena voluntad (...). Algunos de esos hombres me acompañan ya en la tarea, pero siendo necesario fijar sus contribuciones y deberes y definir su posición en el establecimiento en el porvenir (...) se hace también necesaria en este caso la reorganización, cuyo proyecto elevo al señor ministro.

Reorganización del Museo de La Plata

He trazado este proyecto bajo la base de una Comisión Administradora del establecimiento, inspirándome en el ejemplo de otras instituciones científicas de primer orden. Esta comisión deberá no solo asesorar a la dirección, sino que intervendrá en ella, fiscalizará su marcha y contribuirá con su saber e influencia a que el Museo de La Plata sea lo que está destinado a

ser, para lo que se requiere aunar mayor número de voluntades y de esfuerzos.

Y aquí debo manifestar (...) que al solicitar esta reorganización me lleva también una consideración personal. Confieso que no me es posible continuar sopor-tando solo toda la labor que exige la magnitud del plan que sigue este museo, cuyo progreso no puede detenerse porque ello acarrearía su ruina. Además, este establecimiento no es aún comprendido por la generalidad; no se le conoce en lo que es ni en lo que vale, y no dispongo de tiempo para exponer en detalle sus propósitos, ni de suficiente representación para imponer su bondad. Y esto es una de mis principales preocupaciones; temo desaparecer sin que el establecimiento que dirijo alcance la vida independiente que le deseo y que entonces la obra a que he consagrado mi existencia fracase por no ser suficientemente conocida.

La manera de dar vida propia al museo, sin recurrir a sacrificios por parte del erario provincial, sería que este establecimiento, por medio de su Comisión Administradora, pudiera aplicar a su sostenimiento: 1.º Los beneficios que le reporta la explotación de los talleres de impresiones anexos al establecimiento (...). 2.º Los beneficios que resultarán de la publicación del Boletín Judicial de la Provincia, que se haría por sus talleres. 3.º De la aplicación a sus fines de las subvenciones y donaciones oficiales y particulares, y legados, que obtuviese de estos; y 4.º La venta de moldes y fac-símiles de objetos y de colecciones escolares que se formarían con piezas que ya estuvieran suficientemente representadas en las galerías; y 5.º Otros recursos legales que pudiese arbitrar.

Aceptada esta forma podría desde ya suprimirse la partida que le asigna al museo el presupuesto de la administración, la que representa una economía bastante importante. Tengo la firme convicción de que con la reorganización que propongo, la situación actual del museo mejoraría notablemente, pues los recursos que se obtengan por los medios indicados han de aumentar a medida que los servicios de la institución sean apreciados (...). De este modo la provincia de Buenos Aires, sin mayores erogaciones, favorecería al engrandecimiento de la nación, difundiendo el conocimiento del suelo de la república y el de los elementos de prosperidad que contiene (...).

El Estado debe ver en la ciencia uno de los elementos de fuerza y prosperidad, ha dicho un gran príncipe,

y antes que este Washington, en su memorable proclama de adiós, aconsejaba a sus compatriotas que desarrollaran 'como una cosa de importancia capital, las instituciones que tiendan a la difusión de la ciencia'. Mucho debe la prosperidad de Estados Unidos a la Institución Smithsonianiana. Las más grandes universidades, museos y observatorios de esa nación han tenido origen en esfuerzos particulares que escucharon aquellas sabias palabras (...). No creo que por el momento el Museo de La Plata alcance a igualarse con la más modesta de esas instituciones, pero sí que llevando adelante su reorganización de manera que modificaciones paulatinas exigidas por su progreso, no alteren su plan general, tendremos en La Plata, una institución digna hermana de la de Washington, esperanza que he manifestado a personas competentes con quienes he consultado lo que dejo expuesto y que es compartida por estas. Mucho podría extenderme (...) sobre la influencia que una institución como la que puede desarrollarse dentro del plan de este museo ejercerá sobre el desenvolvimiento económico social de la patria, pero me basta volver a recordar el hermoso ejemplo que he citado, ejemplo que es una prueba de la practicabilidad de la reorganización que propongo y de los beneficios que puede reportar la provincia con ella. (...).

El Museo de La Plata está destinado: A difundir con la mayor amplitud el conocimiento del suelo argentino y de sus habitantes, y (...) con este objeto practicará exploraciones geográficas y geológicas, investigaciones biológicas y etnológicas, sociológicas e históricas, a partir de los tiempos remotos hasta nuestros días: hará estudios sobre las riquezas naturales y sus aplicaciones a la industria, y alentará por medio de publicaciones todo cuanto pueda aumentar la intelectualidad argentina para lo cual promoverá concursos para resolver cuestiones científicas, dictará conferencias y cursos gratuitos en sus galerías, organizará excursiones públicas anuales dirigidas por personas competentes, y subvencionará a las que emprendan investigaciones útiles, cuando no cuenten con recursos para sus trabajos” (Moreno, 1894a, p. 55-66).

Significación del programa de exploraciones del Museo de La Plata a partir de 1893

Entre 1893 y 1895 el personal del museo recorrió amplias regiones del país, especialmente desde la Puna (...) hasta Mendoza, realizando estudios geográficos y geológicos. Esto llevó a que estos últimos

se realizaran de manera más organizada y continua, en comparación con los que se focalizaron en temas antropológicos, zoológicos y botánicos, y que estos estuvieran mayormente circunscriptos a intereses y acciones individuales, en una práctica que, después de 1905, con el alejamiento de Moreno, se generalizaría a toda la institución.

En 1894, por orden de Moreno, Hauthal colaboró en el examen topográfico y geológico de los departamentos de San Carlos, San Rafael y Villa Beltrán en Mendoza. El objetivo era reconocer “depósitos carboníferos y filones metalíferos” y hacer un “estudio geográfico y estadístico de la misma región”.

En el prefacio a las instrucciones a una Comisión Geológica del Museo de La Plata, en agosto de 1895, decía Moreno “El Museo de La Plata (...) no omitirá esfuerzo, llenando uno de sus fines y una de sus obligaciones, para propender a que las investigaciones sobre la existencia de carbón de piedra en condiciones explotables en la República Argentina se lleven a efecto con actividad, y consecuente con este propósito hemos dedicado preferente atención a los depósitos señalados en el sur de la provincia de Mendoza.

En el año ppdo. decidimos enviar una nueva expedición al departamento de San Rafael, para que estudiara no solo los yacimientos del precioso combustible, sino también las condiciones físicas de aquellas regiones. Era necesario conocer el medio en que se ha hecho el descubrimiento que tanto interés ha despertado en la república, y los recursos que ofrece, para que esa nueva riqueza fuera aprovechada ampliamente. No creemos que el combustible rafaelino pueda ser transportado con ventaja al litoral, y había alta conveniencia en conocer si en el sur de la provincia de Mendoza se pueden desenvolver centros de industria suficientemente importantes para que tuviera aplicación en ella la nueva riqueza señalada (...).

La ganadería, la agricultura, y la minería con el carbón, el petróleo, el hierro, el cobre, la plata, los ricos mármoles, y otras riquezas naturales son hermosa y sólida base de poderosas industrias, todo lo que hace que a aquellas regiones se les pueda contar entre las más valiosas de la República, y, en el futuro, como uno de los principales centros de actividad humana en la inmensa falda andina, al Norte del Neuquén.

La región oriental de los Andes, aparentemente pobre, empieza a revelar lo que esconde bajo esa apa-

riencia. Los descubrimientos de minerales se suceden día a día, y se señalan depósitos de carbón desde San Rafael hasta Nahuel Huapi. (...) ¡Cuán grande sería la satisfacción de los que trabajamos en este museo si nos fuera dado demostrar el valor de esta y de las demás riquezas que aún guardan aquellos territorios (...).

Hoy se puede decir que es indudable que la República cuenta con este inestimable e indispensable factor de progreso, y solo se requiere estudio detenido para poderlo aprovechar con ventaja. Para este trabajo, que debe emprenderse sistemáticamente, es indispensable la cooperación de los poderes públicos. ¡El día que una docena de geólogos activos investiguen nuestro suelo, cuánta riqueza aumentará el caudal de la Nación!". (Moreno, F. P., 1896a: 15-16).

Todas estas exploraciones se inscribían dentro del "(...) programa que se ha trazado este museo de hacer conocer todo el territorio argentino en sus múltiples fases: en primer lugar, como poder económico, y, en las regiones que limitan con otras naciones, todo lo que pueda contribuir a mantener la integridad del territorio argentino (...) el museo contribuirá a relevar una zona descuidada hasta ahora, y que puede convertirse en una de las más importantes de la república. Debemos tener presente que hasta que no se establezca un perfecto equilibrio en los elementos de producción y población en todo el vasto territorio de la república, esta no adquirirá la fuerza económica y política que debe tener en un futuro más o menos inmediato (...). La república no puede quedar estacionaria, ni contentarse con su fama de rica, fama más o menos bien merecida. Los que siguen el desenvolvimiento de las naciones sudamericanas, observan que no poca parte del progreso de la Argentina es ficticio. Sienten que solo se mueve en ella lo que está inmediato a los puertos, que pueden considerarse como pedazos de Europa, y que, con raras excepciones se abandona el interior, desequilibrándose el país cada vez más, como nación (...) y dificultando la cohesión social y política. No se forman centros de consumo inmediatos a los centros de producción; todo tiende al litoral y así la población permanece casi estacionaria donde no llega el inmigrante, al que no ofrece aliciente alguno la vista triste de las regiones interiores. La falta de medios fáciles de transporte y de comunicación frecuente y barata, con los centros poblados, causa desgano por el trabajo sin rinde rápido, y no se apro-

vechan las riquezas naturales que abundan doquiera se las busque. Todo esto obliga al estudio minucioso de la región que va a ser explorada (...). Se recomienda a los expedicionarios que al realizar sus investigaciones tengan siempre presentes estos propósitos que guían al museo al disponer el estudio de los territorios andinos. Este estudio (...) será de gran provecho, y la iniciativa de este establecimiento será bien juzgada por todos los que se interesan en el progreso del país" (Moreno, 1898a, p. 214-215).

Proyección del Museo de La Plata al estudio de la biología de las aguas continentales y marinas.

Pero los planes de Moreno para el Museo de La Plata no se limitaban a la exploración de la Patagonia o de la región cordillerana. La proyección que pretendió darle al Museo se extendió a las aguas continentales y marinas que consideró propias de su área de influencia.

Así entre septiembre y octubre de 1894 presentó dos propuestas para el cultivo de mejillones y pesquerías.



F.P. Moreno, c. 1890.

Estudios para el desarrollo de la pesca

El 27 de septiembre de 1894 le escribió al Ministro del Interior Manuel Quintana: “El establecimiento que tengo el honor de dirigir (...) ha iniciado ya investigaciones sobre la fauna de agua dulce y salada, desde el punto de vista biológico y también como elemento de riqueza nacional; y los resultados ya obtenidos, son tan favorables, que hay conveniencia nacional en dar mayor impulso a estos estudios. Comprendiéndolo así, el Museo de La Plata trata de extender sus trabajos, hacia la mejor forma de aprovechar esa riqueza aún inexplorada (...) que los lagos, ríos y mares de la república, ofrecen para la alimentación y la industria (...). El aprovechamiento de la fauna oceánica (...) llevará población a las costas australes argentinas, hoy casi desiertas, facilitando (...) formar con poco costo lo que aún no tenemos: el hombre de mar (...). Pero (...) nuestros elementos para proseguir estas investigaciones son escasos, y deben aprovechar las ocasiones favorables que se nos presentan, y una de estas es la que motiva esta solicitud.

Los periódicos han dado cuenta de que el transporte nacional Azopardo debe emprender viaje a Bahía Blanca y me permito solicitar de S. E. quiera obtener del señor ministro de Marina, permiso para que el señor D. Fernando Lahille, zoólogo de la Sección de Expediciones Nacionales de este establecimiento (...) a quien he confiado el estudio de todo lo que se relaciona con la pesca, pueda embarcarse con dos ayudantes, a bordo de ese buque para practicar algunos trabajos de dragaje y pesca, durante la navegación y en el Puerto de Bahía Blanca. Estas investigaciones (...) podrían aprovecharse para la ley reglamentaria de la pesca en nuestras costas, para la cual es indispensable estudiar previamente el régimen de vida de los animales (...). La ignorancia de las condiciones de vida y sobre todo de la reproducción de las especies, sean mamíferos, peces, crustáceos o moluscos, etc. producirá graves perjuicios para la nueva industria que se inicia.

Hay puntos de nuestras costas que pueden ser explotados desde ya, por pescadores entre la Magdalena y Punta Piedras en esta provincia (...) para establecer parques de mejillones, moluscos que pueden producir a los dos años de instalado el parque (...) el valor de la instalación. Mar del Plata, donde el Museo de La Plata trata de establecer un laboratorio marítimo

(...), puede convertirse con pocos gastos en un centro de pesquerías de primer orden. Las lagunas saladas de la costa de la provincia (...) y las ensenadas entre el río Colorado y el río Negro (...) serán poblados por pescadores cuyos productos consumirán los que se dedican a utilizar esas tierras, que solo necesitan un poco de atención para convertirse en productoras (...). En la Bahía de San Matías está el (...) puerto de San Antonio, uno de los mejores de la costa oriental de Sudamérica, abandonado hoy y que estudiado como merece, será sin duda alguna, la salida de todos los productos de los territorios del Río Negro y de gran parte de los del Neuquén y Chubut. Hoy los buques de 12 pies de calado tienen dificultades para entrar a Río Negro; en San Antonio pueden fondear los más grandes de nuestra armada (...).

El aprovechamiento de la pesca, de nuestras dilatadas costas, convertirá a la república en nación marítima, como lo son todas las grandes naciones. Esta industria emplearía gran número de hombres (...).

Este museo posee los aparatos necesarios para iniciar estos trabajos entre nosotros y si esta solicitud obtuviera despacho favorable el viaje del Azopardo, podría ser punto de partida de un nuevo servicio científico nacional (...).”

Desarrollo de parques de mejillones

Y el 2 de octubre de 1894 se dirigió al ministro de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires, Emilio Frers, en los siguientes términos: “En abril último (...) comisioné al encargado de los estudios zoológicos (...) de este establecimiento, para el estudio de la (...) costa de la provincia (...) especialmente en lo que se relacionara con la piscicultura, suponiendo que (...) podría desarrollarse fácilmente esta industria que tiene tanto porvenir en este país y que, sin embargo, es tan poco practicada, y (...) como había tenido ocasión de examinar interesantes depósitos de conchillas, unos que tenían los mismos caracteres de los que tanto abundan entre La Plata y Buenos Aires (...). Agregué a las instrucciones para el viaje (...) el examen de esos depósitos (...). En esos días se hablaba de la conveniencia de levantar islas artificiales en el Río de la Plata, y era conveniente saber si (...) podían suministrar rocas para esas islas, abaratando su crecido costo. El corto viaje (...) dio los resultados esperados (...) pudo (...) encontrar que no solo había (...) puntos favorables

para la instalación de parques de mejillones, en los que podrían aclimatarse y desarrollarse las (...) especies (...) que serían alimento precioso y barato para todas las clases sociales, sino que existen los bancos conchíferos buscados y eran de tal importancia que podían considerarse como una verdadera fuente de riqueza (...). Se ha aprovechado también esta ocasión (...) para examinar detenidamente los diferentes puntos de esa costa, donde pueden instalarse con mayores ventajas los parques de mejillones (...). Además (...) hay algunos peces cuya presencia en la desembocadura del Río de la Plata es indicio favorable de que en sus proximidades puede desarrollarse una pesquería en grande escala (...)" (Ministerio de RR. EE., AH 0002, Exp. 13).

Primer laboratorio marino

Debido a estas iniciativas de Moreno, el 31 de diciembre de 1897, se decidió la instalación del primer laboratorio marino de Sudamérica, en Punta Mogotes, provincia de Buenos Aires y se compraron dos embarcaciones, una bautizada d'Orbigny y la otra Juana María, en honor a la hija de Moreno, "quien ha sido el primero en el país en darse cuenta de la importancia capital de un laboratorio marítimo y quien tanto luchó para obtener esta creación, factor de adelanto para la provincia de Buenos Aires y de progreso para la explotación de una de las riquezas nacionales" (en Anales de la Sociedad Científica Argentina, 1907-1908, vol. 64, p. 292, fig. 2).

Capítulo 13

MORENO Y EL CONFLICTO DE LOS LÍMITES CON CHILE, 1870-1896

Primeras observaciones, 1876-1879.

Desde sus primeras exploraciones a la Patagonia, Moreno percibió que esa región no era adecuadamente valorada por la sociedad y los gobiernos argentinos, y que existía la posibilidad de que fuese ocupada por otros países. De allí en más se dedicó a explorarla en detalle, primero con recursos propios y luego mediante los trabajos que promovió desde el Museo de La Plata, institución a la que involucró en su estudio. Un importante producto de tales trabajos fue la publicación (Moreno, 1898a) de los resultados de la expedición de 1896 entre San Rafael, Mendoza, y lago Buenos Aires, Santa Cruz, que bajo su dirección efectuó el personal del Museo.

En 1879 Moreno ya había destacado la importancia que tenían los estudios geográficos para un cabal conocimiento de la región patagónica en relación con los problemas limítrofes: “Nuestra cuestión con Chile (...) aumenta el interés que tienen para nosotros los territorios que he recorrido en mi último viaje. Discutimos hace tiempo las tierras australes sin conocerlas; hablamos de límites en la cordillera, punto de separación de las aguas, y aún no sabemos qué dirección siguen ni dónde concluye y si puede servir de límite natural o no en las regiones inmediatas al estrecho de Magallanes. En estos últimos años el interés particular ha esparcido noticias llenas de contradicciones que abogan, unas por la fertilidad y las inmensas riquezas que encierran esos pretendidos páramos inhabitables, y otras en que se pintan con los colores más sombríos, como para hacer abandonar toda idea

de utilizarlos. Hácese necesario, pues, que sepamos con seguridad con qué elementos puede contribuir la Patagonia a la prosperidad de la república y esto solo se puede conseguir conociendo su geografía y sus productos naturales. Hay que estudiar allí las condiciones geológicas y climáticas, su geografía, sus producciones y las ventajas que puede ofrecer para su colonización; todo por medio de investigaciones serias y minuciosas” (Moreno, 1879a, p. 26).

Ya en 1876 uno de los motivos centrales de su expedición al río Santa Cruz se relacionó con el problema limítrofe. Al respecto escribió Moreno:

“Ese viaje tenía por objetivo, además del reconocimiento del río Santa Cruz, averiguar la verdadera situación de la Cordillera de los Andes. En ese entonces, argentinos y chilenos nos disputábamos, alegando cada uno mejores derechos, las tierras magallánicas situadas al oriente de los Andes y esa excursión robusteció, en mi opinión, nuestro derecho a esas tierras tan feraces y tan llenas de promesas” (Moreno, 1898a, p. 209).

“A mediados de 1876 solicité elementos del Ministerio de Relaciones Exteriores para emprender esa exploración. Me interesaba vivamente la cuestión andina; el saber dónde se encontraba la cordillera, y cuál era la línea divisoria con Chile (...) era necesario dilucidar de una vez esa incógnita. La tardanza en conocer la posición exacta de la Cordillera, y, sobre todo, su terminación en las proximidades del Estrecho de Magallanes, exponían a los argentinos a perder aquellas regiones. Había asistido a varias reuniones de personas que se creía podían tener algún conocimiento

de ese interesante punto geográfico, y con dolor había visto la ignorancia total sobre este y otros puntos, y las dificultades con que tropezaría nuestro Gobierno para resolver la cuestión de límites. Desgraciadamente, poco se ha adelantado desde entonces, y me temo que más daño nos hagan nuestros geógrafos de gabinete que la diplomacia del vecino interesado. Obtuve un bote y tres marineros. Visité embarcado en la goleta de mi buen amigo, el después coronel Luis Piedrabuena, la colonia del Chubut y Puerto Deseado, y en diciembre de ese año desembarqué en Santa Cruz. Ascendí todo el gran río, remolcando el bote durante un mes y allí adquirí la enfermedad que todavía me hace sufrir, pues durante la mitad de ese remolque debí tirar la cuerda del bote metido hasta la cintura dentro del agua glacial. Estudié el río; navegué el lago Argentino, al que di ese nombre; descubrí el que lleva el nombre de 'San Martín' y visité el famoso lago Viedma. Adelanté así la geografía argentina; vi la gran línea andina al oeste, descubrí los yacimientos fosilíferos que llaman hoy tanto la atención de los paleontólogos, y crucé desde Santa Cruz hasta Punta Arenas para darme cuenta de lo que era aquella región tan poco conocida. Me convencí entonces de que la cordillera andina que debía separarnos de Chile se alejaba hacia el oeste y que las cartas geográficas contenían errores gravísimos para los argentinos. Según la constitución chilena, Chile no tenía derecho a Punta Arenas, puesto que la península de Brunswick en que se encuentra está situada al oriente de los Andes; el Estrecho de Magallanes debía ser argentino.”

“No comprendo cómo una vez demostrado que la República Argentina tenía puertos sobre el Pacífico, puesto que las aguas del abra de la Última Esperanza, las de Otway y las de Skyring Water estaban situadas al oriente de los Andes, no se hiciera entonces constar esa existencia en el tratado de límites, o se hiciera este teniendo en cuenta esos accidentes geográficos, evitándose el que hoy nos vemos obligados a ceder a Chile sin compensación, lo que entonces pudo dársele en cambio de alguna concesión favorable a nosotros. La lonja de tierra que se daría a Chile sobre las aguas citadas bien valía una lonja de tierra sobre el estrecho que hemos perdido totalmente.” (Moreno, 1894b, p. 1-11).

“Después de un corto viaje de estudio (...) obtuve en julio de 1876, que el Ministerio de Relaciones Exteriores me facilitara los reducidísimos recursos indispensa-

bles para resolver el problema de la verdadera situación geográfica de la Cordillera de los Andes, en el extremo sur del continente, y, con ello, el grado de veracidad que tuviera la aserción que me había hecho el señor ministro de Chile, don Diego Barros Arana, de que la Cordillera, en vez de terminar al oeste de la península de Brunswick, como yo lo suponía, extendía sus ramales hasta el Cabo Vírgenes, en la boca oriental del Estrecho de Magallanes, de manera que todo el estrecho quedaba comprendido dentro o al oeste de la Cordillera, y, por lo tanto era chileno en toda su extensión.

En esta excursión (...) pude convencerme 'de visu' de que la Cordillera se dirigía efectivamente de norte a sur hacia el oeste de la península de Brunswick (y por lo tanto de Punta Arenas); que no existía ningún ramal que terminara en el cabo Vírgenes, como lo pretendía el señor Barros Arana y que el istmo que une la península con el continente, en vez de consistir en una cadena de montañas, como lo indicaban muchas cartas geográficas, apenas se levanta sobre el nivel del mar” (Moreno, 1903a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 112-113).

Las observaciones de Moreno sobre el límite con Chile fueron ampliadas durante su viaje a la cordillera de 1879. A resultados del mismo comprobó (Moreno, 1942, p. 137-138) “(...) que efectivamente la cordillera de los Andes estaba cortada por el río Bío-Bío, el desagüe del lago Lácar, los ríos Aisén, Huemules y además por otros tres, tenía para mí una importancia excepcional, desde que tal hecho, rara vez señalado en la hidrografía de otros países, no se tomaba en cuenta en la redacción de las diversas proposiciones de la línea divisoria con Chile, tanto por parte de sus negociadores como por los nuestros. Ante el concepto de división de aguas en cadenas montañosas imaginadas por juristas eminentes en cuanto a las cosas de los hombres, pero ignorantes de las de la naturaleza que pretenden interpretar sin estudiarlas. ¡Quién me había de decir entonces, que andando el tiempo tendría que luchar sin descanso, durante años y años, contra el criterio que querían imponer algunos con su vana insuficiencia!”.

En lo referente a la región ubicada entre lo que hoy en día son Esquel y Junín de los Andes, escribió (1903a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 113): “A mediados de 1879 (...) llegué hasta el punto donde se levanta hoy la Colonia 16 de Octubre; recorrí de sur

a norte hasta el lago Nahuel Huapi, descubriendo el lago Gutiérrez; alcancé hasta el lago Huechu-Lafquen, en el territorio del Neuquén; sufrí penalidades (...), pero los resultados geográficos y económicos de ese viaje fueron grandes, desde que descubrí una región fértil, extensa y observé personalmente el fenómeno de la presencia del *divortium aquarum continental*, al oriente de la cordillera, hecho que puse entonces en conocimiento del Gobierno de la Nación”.

Y en lo que hace a la región específica ubicada al este de Esquel: “En estas pampas (...) encontramos nuevamente el *divortium aquarum interoceánico*, siempre producido por la misma causa ya mencionada: la acción glacial. Aquí también las aguas que descendían de la cordillera hacia el Atlántico se han visto obligadas a torcer hacia el Pacífico, obstruidos sus canales naturales por las morenas extensísimas que cubren hoy la región. El gran ventisquero del oeste, abriéndose paso entre las abras de los cerros que preceden la primera cadena longitudinal paralela al cordón central andino, cubrió con sus morenas todo el valle (...), rellenando esa hoya hasta encontrarse con otros ramales del ventisquero perdido del Tecka. (...) Los montículos glaciales aumentan de altura hacia el sud (...). Después de haber cruzado más de veinte kilómetros por una llanura apenas ondulada, en la que sin observaciones de precisión no será posible determinar desde donde corren las aguas al Pacífico y desde donde al Atlántico, llanura donde inútilmente se buscará nada que pueda considerarse como dorso andino divisorio de las aguas; se desciende la morena frontal en la gran abra llamada abra de Esquel (...).

Si una creciente anormal, que puede producirse en cualquier invierno, aumentara las aguas del llano de Esquel, seguramente el *divortium aquarum interoceánico* se alejaría al oriente de donde está ahora, y ya no sería formado por los cerros de Esquel ni por el llano; la meseta oriental pasaría a ser (...) ‘el encadenamiento de la cordillera que divide las aguas’ en una estación del año, mientras en otra se encontraría el tal ‘encadenamiento’ en el llano” (Moreno, 1918-1919, p. 45-46).

No es de extrañar entonces que el tema fuese uno de los objetivos de la primera expedición del Museo de La Plata, en sus palabras: “En 1887, creyendo que se prestaba poca atención al estudio geográfico de la región andino-patagónica, indispensable como investigación previa, para que el Gobierno de la Nación re-

solciera la forma de llevar a la práctica la demarcación material del límite convenido en 1881, envié al sur la primera expedición del Museo de La Plata” (Moreno, 1903; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 114).

Primer ofrecimiento de las funciones de Perito argentino, 1888

Designación de Octavio Pico como Perito

El 20 de agosto de 1888, bajo la Presidencia de Juárez Celman y siendo Ministro de Relaciones Exteriores Quirno Costa, se firmó la convención suplementaria del Tratado de 1881, por la que se estableció que los peritos de la Argentina y de Chile, que debían ser designados en el término de dos meses, procederían a fijar sobre el terreno la línea fronteriza (Ygobone, 1954, p. 275)-

Quirno Costa le ofreció el cargo a Moreno el 26 de septiembre de 1888, así lo registró él mismo “A fines de 1888, fui llamado por el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Quirno Costa para ofrecerme el honroso cargo de Perito Argentino, ofrecimiento que decliné por no considerarme con expectabilidad suficientemente aproximada a la del personaje chileno que debía ser mi colega, requisito indispensable desde que los peritos tendrían que afrontar tareas de tan alta trascendencia y de tan grandes responsabilidades, pero ofrecí mi cooperación sin límites a la persona que se eligiera para tratar con el señor Barros Arana” (Moreno, 1903a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 114; Luna, 2001, p. 99).

En realidad Moreno entendió que la designación de Barros Arana por parte de Chile implicaba que no se quería el estudio del terreno ni una demarcación hecha por peritos y que, en ese caso y en razón del enfoque que seguramente suponía tendrían las discusiones, era mejor para los intereses argentinos que el Perito fuera alguien de la talla de Mitre, Irigoyen, Vicente Fidel López o Eduardo Costa, bajo cuya dirección él no tendría inconvenientes en practicar los estudios sobre el terreno que fuesen necesarios (carta a Roca del 15 de mayo de 1899; en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 93).

Como ninguno de los nombrados pudo aceptar “por razones personales” Moreno sugirió al ministro de Relaciones Exteriores Norberto Quirno Costa que el “Ingeniero Octavio Pico, (...) podría desempeñar el cargo en muchas mejores condiciones que yo,

dada su situación social, agregada a su competencia y experiencia en el mayor trato de hombres por su actuación como ingeniero geógrafo, Presidente del Departamento de Ingenieros de la Provincia y hábil periodista. El señor Pico fue consultado y de acuerdo con su contestación favorable fue nombrado el 15 de Junio de 1889" (Moreno, 1918-19, p. 10). El nombramiento del señor Pico como Perito fue confirmado por un decreto de fecha 11 de marzo de 1890. Aunque Moreno disienta con Pico *"en la interpretación de los Tratados: en la ingerencia extraña, perjudicial a las atribuciones de los peritos y en la aceptación de un punto de partida en la demarcación sin estudios previos, oponiéndome al de San Francisco"*.

Inmediatamente los peritos se reunieron en Concepción para cambiar credenciales y convenir



María Ana Varela de Moreno y sus hijos Francisco R. (izq.), Juana María (der.), Eduardo V. (sentado adelante) y Florencio, c. 1894.

las bases de los trabajos futuros. Pero, como había previsto Moreno, el representante de Chile no quería entrar en el terreno de la delimitación geográfica y prefería llegar a una interpretación jurídica de la terminología del tratado (Bertomeu, 1949, p. 347-348). Barros Arana pretendía además que en el terreno se investigase solamente la línea divisoria de las hoyas hidrográficas tributarias del Atlántico y del Pacífico, en contraposición a lo que sostenía Moreno de que el límite debía pasar por las cumbres más elevadas de la cordillera, al margen de los valles transversales intermedios (Ygobone, 1954, p. 277).

Según Moreno (carta a Roca del 17 de mayo de 1899; en Ratto de Samuccetti, 2009, p. 94) después de recomendar el nombramiento de Pico, ayudó a este en sus preparativos. Así fue que, probablemente a instancias de Moreno, Octavio Pico solicitó viajar a Europa para hacer construir y comprar el instrumental científico necesario para el trabajo a realizar, todo lo cual fue autorizado por un decreto del Poder Ejecutivo del 29 de octubre de 1889.

El 3 de abril de 1892, murió en Santiago de Chile el Perito Octavio Pico (Moreno, 1918-1919, p. 11-12), quien, según Moreno *"(...) murió disgustado conmigo, influenciado por los que decían que yo pretendía imitar en cierta manera a los Dux de Venecia -estos se casaban con el Adriático- yo pretendía hacer lo mismo con la Cordillera y la Patagonia"* (carta a Roca del 17 de mayo de 1899; en Ratto de Sambucetti, 2009, p. 94).

Designación de Valentín Virasoro como Perito, 1892

El 9 de abril Valentín Virasoro fue designado Perito y el 18 de abril se colocó el 1er hito limítrofe en el Paso San Francisco (Moreno, 1918-1919, p. 12, Ygobone, 1954, p. 279). Posteriormente, el 5 de julio de 1893, Virasoro renunció para asumir como Ministro de RR.EE. y defender en el Congreso el Protocolo que había firmado el 1 de mayo de ese mismo año y el Dr. Quirno Costa fue nombrado Perito (Moreno, 1918-1919, p. 13).

Ni bien Virasoro se hizo cargo, Moreno le informó que el hito en cuestión estaba fuera de la Cordillera de los Andes.

Moreno sabía por Gunardo Lange que había realizado planos de la zona a pedido del gobernador de Catamarca, que el paso de San Francisco estaba fue-

ra de la Cordillera de los Andes. Sobre tal base, Moreno se opuso al hito del mismo nombre, y le envió a Pico los planos y finalmente terminó distanciando de este (Ygobone, 1954, p. 282; Ratto de Sambucetti, 2009, p. 55, 94, 141; Labor Parlamentaria, p. 18).

A raíz de lo cual Virasoro informó que el hito estaba mal colocado y atribuyó erróneamente al Sr. Dellepiane, firmante del acta de erección del hito, “el descubrimiento del error” (Rato de Sambucetti, 2009, p. 94).

En el transcurso de 1892 las relaciones con Chile se resintieron y se llegó al borde del conflicto armado (Luna, 2001, p. 99-100), y Moreno se enroló como “soldado voluntario en el batallón 2 de la Guardia Nacional” (Bertoluti Flebus, 1995, p. 93). (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 116).

Exploraciones de Moreno en el noroeste, 1893

Según Moreno (1918-1919, p. 14-15), mientras en Santiago el perito señor Virasoro se ocupaba en conferencias con su colega y luego en asesorar al embajador argentino, para llegar al protocolo de 1° de mayo de 1893, “(...) decidí ir al terreno de la demarcación. (...) El presidente de la República y su ministro de Relaciones Exteriores Dr. D. Tomas S. Anchorena habían hecho un llamamiento a los hombres de buena voluntad que tuvieran alguna competencia sobre los asuntos en trámite con Chile y me comprendieron en su número. Acudí al llamado sin aspirar a cargo oficial alguno ni en busca de remuneración personal de ningún género pues mi única aspiración era ser útil a mi país según mis fuerzas. (Nota al señor Anchorena, fecha: diciembre 5 de 1892) Mis servicios fueron aceptados y partí al Norte en mi carácter de Director del Museo de La Plata”.

En su expedición, realizada con fondos de una subvención nacional al Museo de La Plata. Moreno exploró las provincias de La Rioja, Catamarca y Salta, recorrió la Puna de Atacama desde Juncalito a San Francisco, estudio que consideró indispensable para determinar la dirección de las cadenas de montañas.

En vísperas de su partida, vio a Virasoro en el despacho de Anchorena, quien había proyectado una visita al paso de San Francisco, pero al ser nombrado perito desistió por el llamado de Barros Arana. Moreno consideró que era un error ir a Santiago sin visitar primero San Francisco, pero no le hicie-

ron caso. Dijo Moreno “*siempre la misma impresión errada con que he luchado hasta ahora y lucharé quién sabe hasta cuándo*”.

En palabras de Moreno. “*Para darme cuenta personal de la conformación geográfica de la región donde se había colocado el primer hito, debía conocer la que ocupaba Chile, al Norte de ese punto en esos momentos, pero que, por el tratado con Bolivia, aún pendiente de sanción legislativa, sería definitivamente argentina, la recorrí desde Catamarca, llegué hasta el Cerro de Zapaleri, extremo Oeste de la línea del Pacto de Tregua boliviano-chileno de 1884 y por ese tratado, un punto del límite argentino-boliviano. Crucé y recrucé así la “Cordillera Real” que baja de Bolivia y constituye en nuestro territorio las cadenas de Cachi y de Famatina y, por entre la verdadera Cordillera de los Andes, bajé luego al Nor-Oeste del portezuelo de San Francisco, recogiendo impresiones personales que me habilitarían para sostener, con la verdad de los hechos geográficos, la mala colocación del hito e informar sobre los posibles perjuicios que recibiría la República Argentina si se continuaba discutiendo a oscuras nuestro límite con Chile y no se aclarara el tratado argentino-boliviano en trámite. Realizado mi propósito telegrafíe desde Tinogasta al doctor Anchorena pidiéndole que demorara hasta mi llegada el canje de este tratado, (que ya se había hecho el 10 de Marzo), y que no tomara resolución definitiva alguna sobre las gestiones que se hacían en Chile con motivo de las nuevas dificultades periciales surgidas en Santiago de Chile, mientras me entrevistara con él.*”

Moreno regresó de su viaje cuando se estaba cerrando el trámite del protocolo del 1 de mayo de 1893. Su opinión era contraria al mismo, con excepción de lo que se relacionaba con el encadenamiento principal al que se refiere el tratado de 1881. Le dijo a Anchorena que ese tratado más oscurecía que aclaraba el de 1881, realizó una serie de observaciones críticas y ofreció desinteresadamente sus servicios.

“*De regreso en esta capital, el 22 de Abril, informé inmediatamente sobre los resultados de mi viaje al doctor Anchorena, quien me hizo el honor de confiarme las muchas contrariedades que le ocasionaban algunos puntos del convenio que se tramitaba en Santiago, sobre todo en los relacionados en el extremo Sur de la Cordillera y con el corte de los ríos que la cruzaban. Como tantas veces había ya sucedido, nuestros*

representantes en Santiago no se daban cuenta de las ulterioridades que tendría forzosamente cualquiera estipulación que propusiera, o aceptara el señor Barros Arana sin discutirla y aclararla. Eran candorosos en extremo al pensar que el perito chileno cejaría en su idea de la división de las aguas continentales”, la que había abandonado “al aceptar en ese extremo Sur patagónico una línea artificial, como la pactada en 1881 en la Tierra del Fuego. Con alguna insistencia se hubiera conseguido no ya del señor Barros Arana, pero de su gobierno, (...) una línea a una distancia similar a la del “límite internacional fueguino y las aguas atlánticas a la altura de la Bahía de San Sebastián, línea que dejaría a Chile una zona de cinco o seis kilómetros al oriente de las aguas del Pacífico (...)”.

Firma del Protocolo del 1 de mayo de 1893

El 1 de mayo de 1893 el Canciller y plenipotenciario ad-hoc Isidoro Errázuriz por Chile y el enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario Norberto Quirno Costa, por la Argentina, firmaron un Protocolo adicional al tratado de 1881 en el que se establecía “que Chile no puede pretender punto alguno hacia el Atlántico, como la República Argentina no puede pretenderlo hacia el Pacífico” (Bertomeu, 1949, p. 348-349; Rato de Sambuccetti, 2009, p. 50).

El Presidente de Chile dijo a la Argentina en un despacho telegráfico: “El protocolo complementario al Tratado de 1881 hará inalterables las cordiales y estrechas relaciones entre Chile y la República Argentina”. El canciller Errázuriz dijo por su parte que: “Hoy ha quedado ajustado un pacto que vincula con anillos de hierro las buenas relaciones entre argentinos y chilenos” (Bertomeu, 1949, p. 349-350).

Moreno (1918-1919, p. 8) comentó sobre este Protocolo: “(...) Si por este tratado [de 1881] la ‘Cordillera de los Andes’ era el límite general entre los dos países el señor Barros Arana, que había hasta el día de su firma aceptado siempre que ‘la línea culminante de los Andes, en donde desaparecen los árboles y los arbustos, y en cuyas cumbres más altas nunca se derriten las nieves (...) constituye siempre una barrera entre Chile y la República Argentina, que solo se interrumpe por estrechos y majestuosos

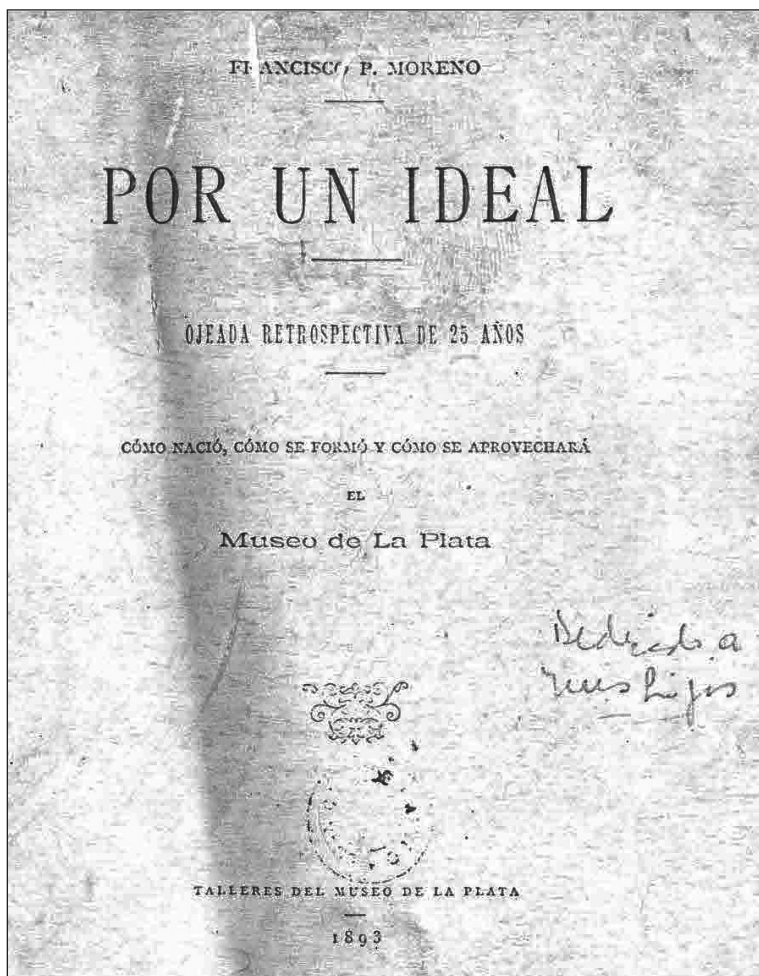
desfiladeros’, como perito interpretaba totalmente diferente el límite convenido en aquella línea culminante y lo establecía en la línea divisoria de las aguas continentales estuviera esta donde estuviera, con lo que inició la larga serie de dificultades que más de una vez pusieron en grave peligro las relaciones entre los dos países. Estas dificultades seguramente se hubieran reducido en mucho o totalmente si el Gobierno argentino hubiera dispuesto que su perito estudiara personalmente el terreno de la demarcación (...)”.

“(...) Un perito geógrafo demarcador es un hombre de acción y no de sillón, como en ese caso lo fue el nuestro. La obra de la naturaleza andina indicadora del (...) límite natural internacional no fue tomada en cuenta para nada, ignorándola no se procuró conocerla y se prefirió compararla con las condiciones geográficas de otras cadenas de montañas; se hizo gala de erudición libresca, con el resultado que ese documento [se refiere al Protocolo del 1 de mayo de 1893, aclaratorio del Tratado de 1881] considerado entonces salvador”, fue calificado “poco después” como ‘ambiguo’, ‘poco claro’ por geógrafos e internacionalistas de nota y agregaré yo, en extremo perjudicial para los derechos argentinos (...)”.

“(...) Se ha dicho que el protocolo resolvió todos los puntos que fueron motivo de divergencia entre los peritos (...) pero la verdad es que no resolvió ninguno. (...) (Moreno, 1918-1919, p. 15, 16-17, 29).

Según Holdich (1904, p. 53) el Protocolo repetía lo establecido en el Tratado de 1881 y, en el sentido técnico estricto del término, ni la cordillera principal ni la divisoria continental del agua podían ser considerados como un principio fijo e inalienable de la frontera. Posición esta que evidentemente sustentó las recomendaciones que dieron lugar al fallo arbitral.

A principios de 1894 decía Moreno (1918-1919, p. 20) sobre el conflicto limítrofe: “Canjeado entre los dos países el protocolo de 1° de Mayo, el doctor Quirno Costa asumió por decreto del 5 de Diciembre de 1893, el cargo de perito. Se consideró conveniente que nuestro representante diplomático en Chile, lo fuera también el técnico, para salvar nuevas dificultades que ya se preveían dada la resistencia que



Carátula del libro inédito “Por un ideal”, con dedicatoria manuscrita de Moreno.
Archivo Administración de Parques Nacionales.

había opuesto el señor Barros Arana a la consignación de varias de las cláusulas contenidas en dicho protocolo.

Este disponía un nuevo estudio del terreno donde se había colocado el 15 de abril de 1892 el primer hito ‘punto de partida de la demarcación de límites en la Cordillera de los Andes’ ‘para comprobar o rectificar aquella operación’, y qué, en caso de encontrarse en error, se trasladaría el hito al punto donde debía ser colocado según los términos del tratado de

1881. Para dar cumplimiento a esta disposición el 1° de enero de 1894 los peritos impartieron instrucciones a sus ayudantes, y éstos procedieron a cumplirlas, pero desgraciadamente la enfermedad del ayudante argentino señor Vicente G. Montes, adquirida en las vecindades del punto a estudiarse, hizo que no pudiera dar entero cumplimiento a su misión y que de las investigaciones realizadas por él y sus auxiliares no resultara bien clara la demostración de que efectivamente se había cometido un error con la

colocación del primer hito, ni la indicación, contradictoria, entre ayudante y auxiliares, sobre el punto a que debía ser trasladado.

Mientras se efectuaban esos trabajos no estuve inactivo. Convencido de que poco se había adelantado con el protocolo en el que tanto se confiaba y al que le faltaba lo esencial: una disposición sobre el estudio previo del terreno, amplí las investigaciones del personal del Museo de La Plata sobre la geografía y geología de las regiones andinas, a la espera de que llegara lo que tenía que llegar irremediablemente, mi intervención más directa en la operación del deslinde impuesta por aquellas vaguedades y ambigüedades que señaló el señor Pico en el tratado de 1881, y que se repetían y aún se aumentaban con las interpretaciones a que se prestaban algunas cláusulas del protocolo de 1893, vaguedades y ambigüedades que no se resolverían nunca con los procedimientos aceptados para las operaciones dispuestas desde 1892”.

Protocolo del 1 de mayo de 1893. Discrepancias con Virasoro

El señor Virasoro, al referir su última entrevista con el doctor Anchorena, el 20 de Abril dice: “Dije también que esa cláusula de reconocimiento (2° del protocolo) a favor de Chile de la margen de los canales al oriente de la Cordillera Sarmiento, bajo la apariencia de una concesión argentina, significaba por parte del perito chileno el abandono de su antigua teoría del *divortium aquarum* entre las cuencas del Pacífico y del Atlántico, que anteriormente había sostenido como base de la demarcación a efectuarse”.

Para Moreno esta conclusión constituyó un error por parte de Virasoro, pues al aceptar esa supuesta “concesión argentina”, Barros Arana se atenia a su plan. Como el “*divortium aquarum continental (...) se encuentra al oriente de los canales (...) con esa*” supuesta concesión “*¡sostendría su línea en esa región con mayores probabilidades de éxito!*”. De esa manera Barros Arana logró “*que no se fijara un límite artificial, una línea general a determinada distancia del agua de los canales*”, y que sostuviera “*en sus conferencias con (...) Virasoro que en vez de esa línea convendría fijar puntos geográficos naturales, para aceptar luego el artículo segundo del proto-*

colo, aprobado, que” dejaba “*sin solucionar la línea en esa región (...)*”.

Según Moreno, “El doctor Anchorena no sólo estuvo desconforme con esta parte del proyecto de protocolo, sino con varias otras a las que faltaba la claridad necesaria y renunció su ministerio antes de prestar aprobación a un convenio que permitía tantas y tan distintas interpretaciones”. En opinión de Moreno “el artículo citado ha sido después la causa principal de la pérdida de una magnífica región que la naturaleza hizo argentina.”

En el relato de Moreno “Las instrucciones que diera el Ministro Anchorena al perito Virasoro disponían que ‘al proceder a la línea de demarcación de Norte a Sur, por las altas cumbres de los Andes tendrá especial cuidado de determinar cuál es la principal Cordillera de los Andes, y fijado cuál sea esta, determinar el punto de partida en dirección al Sur’. Desgraciadamente, a pesar de haberse manifestado el señor Virasoro repetidas veces” que estaba convencido que era indispensable un “*estudio previo del terreno, implícitamente se sometió, al fin, a la opinión del señor Barros Arana, quien en la conferencia del 25 de Enero de 1892 le había dicho ‘que no consideraba procedente ni autorizado por el tratado de 1881, o la convención de 1881, el levantamiento de planos previos’. El perito argentino no rebatió tan asombrosa enormidad como la de pretender demarcar una frontera sin conocer el terreno en que tal operación se realizará*”. Pese a que “*había contestado al perito chileno en esa conferencia que ‘sin el conocimiento del terreno no podría indicar a los ayudantes reglas para la demarcación, porque no sabiendo (los peritos) como se presentan en realidad los hechos en la Cordillera carecerían de base para establecerlos previamente’ no insistió ‘ante el Ministro Argentino Dr. Quirno Costa sobre la imprescindible necesidad de disponer esos estudios. Como el señor Virasoro sólo conocía de la Cordillera el camino de Uspallata, que recorre hoy el ferrocarril trasandino, no pudo darse cuenta de las particularidades de los Andes y buscó el conocimiento geográfico que le faltaba en los libros; comparó hechos más o menos bien conocidos, que encontró mencionados en estos, conjuró otros, confundió la letra con el espíritu del tratado de 1881, no tomando en cuenta las vaguedades y ambigüedades de éste, que había*

observado ya en 1889 su predecesor, el señor Pico, aceptando que altas cumbres y *divortium aquarum* del continente eran sinónimos y que en la región en que se presentara esa coincidencia era posible que no fuera necesario un estudio previo en que fundar la demarcación”.

Según Moreno el protocolo giraba “alrededor de lo que se había dado en llamar ‘reglas fijas e invariables de demarcación’, reglas que (...) sus autores creyeron” haber “encontrado en las oscuridades de una mala dialéctica, prefiriendo ésta a la luz de la ciencia geográfica. Que el perito procedía a oscuras lo dice este párrafo de la carta que escribiera [Virasoro] desde Santiago al Presidente de la República doctor Luis Sáenz Peña el 14 de Abril de 1893: ‘En mi opinión no podemos excusar la regla de la línea divisoria de las aguas en la parte en que la Cordillera es mediterránea, es decir, en donde está separada de la costa, así como no podríamos aceptarla en absoluto, sino encerrada en la cadena de cimas más encumbradas en toda la parte donde ella es ribereña y se recuesta al mar (...)’ y, antes en la conferencia pericial del 13 de Abril, al contestar al señor Barros Arana su argumentación contraria a una línea divisoria que pasando sobre la de las altas cumbres, cortara los ríos que encontrara atravesando la Cordillera nevada, le había dicho ‘que sin pretender establecer en absoluto reglas sobre’ accidentes que no le eran conocidos “se podía casi asegurar” que “era en general aceptable la idea de que la parte en la Cordillera de los Andes que es mediterránea, o sea hasta el paralelo 41, lo más probable es que la línea de demarcación ceñida estrictamente a los términos del tratado, siga la línea divisoria de aguas entre las cuencas principales del continente, porque es casi seguro que en esa zona el espinazo principal de los Andes sea a la vez el determinante de la línea divisoria de las aguas entre esas dos cuencas, teniendo a la vez sobre sí la línea anticlinal o de separación de las vertientes de la Cordillera.

Pero una vez que ésta, recostándose al Pacífico se hace marítima o ribereña, no será extraño que, como todas las cadenas de montañas de igual disposición, presente su dorso principal fracturado por corrientes de aguas, que, naciendo en la parte oriental de su cadena principal, sea en las altas

planicies patagónicas o en los cordones secundarios, corten la cordillera y desemboquen en el Pacífico. Es claro que entonces tendríamos dos hechos naturales semejantes, pero de distinto orden: tendríamos *divortium aquarum* continental o entre cuencas principales en los orígenes de esos ríos y *divortium aquarum* peculiar de la Cordillera de los Andes, que estaría en la línea de separación de sus vertientes, o sea sobre su espinazo principal, siendo evidentemente el último el determinado por el tratado. Si tal cosa sucede es claro que la demarcación deberá seguir la última y entonces cortará seguramente los ríos que corren de una parte a otra del cordón principal de los Andes.”

Con esta manera de pensar [Virasoro], aceptaba que la división de las aguas continentales, había sido un hecho previsto en el tratado de 1881 al decir: ‘El límite entre la República Argentina y Chile es de Norte a Sur hasta el paralelo 52 de latitud Sur. La Cordillera de los Andes y la línea fronteriza correrá por las cumbres más elevadas de dichas Cordilleras que dividen las aguas y pasará por entre las vertientes que se desprenden a un lado y otro’ mientras que al mismo tiempo reconocía que desde el paralelo 41 al sur, es decir ‘donde la Cordillera es marítima, debía buscarse un *divortium aquarum* peculiar de la Cordillera de los Andes’. Ante estas manifestaciones, uno se explica [escribió Moreno, 1918-1919] los fundamentos del fallo arbitral de 1902, que ha dejado en poder de Chile tierras que tenían gran valor para la República Argentina y que les hubieran pertenecido a no haberse cometido errores sin número en los convenios hasta 1893 inclusive que agravaron las confusiones del tratado de 1881. El resultado del examen de estos errores explica el fallo del 20 de Noviembre de 1902 que no concuerda con las condiciones que debe reunir un límite como el que entendíamos los argentinos en la Cordillera de los Andes, el límite natural tradicional admitido por el mismo perito chileno antes de la firma del tratado de 1881 (...).

Proseguía Moreno: “Si me he detenido tanto en la actuación del perito señor Virasoro lo ha sido porque es geógrafo, que como tal debió haber procedido y porque fueron tantas las dificultades que se me presentaron en la tramitación de la solución alcanzada el 20 de Noviembre de 1902, la que debió haber sido

otra, o haber sido otros los procederes de los argentinos que aceptaron el protocolo de 1893 y pretendieron luego basarse en éste para sostener lo insostenible: la opinión de los hombres contraria a los dictados de la naturaleza.

En 'El Mercurio' de Santiago de Chile, del 14 de Agosto de 1916, el último perito chileno Ingeniero don Alejandro Bertrand, quien tan principal intervención tuvo en la demarcación del límite, desde el día en que fuera nombrado perito el señor Barros Arana, al ocuparse de un estudio del Coronel Sir Tomas H. Holdich, miembro del Tribunal Arbitral, sobre los problemas geográficos de los trazados de fronteras dijo; ¿Cómo explicar que, constando en publicaciones oficiales que los ríos Valdivia, Puelo y Aysén procedían del oriente, de cordones que contenían 'cumbres más elevadas', de los Andes, se estipulara en ese tratado que la "línea fronteriza correrá en esa extensión", es decir, desde su extremo norte hasta el grado 52° por la cumbre más elevada de dicha cordillera que dividan aguas, redacción por lo menos ambigua, y que en todo caso presupone configuración contraria a los hechos geográficos y averiguados?"

En opinión de Moreno "Entre 1890 y 1896 nada se hizo para estudiar previamente el terreno; los peritos argentinos, si bien lo propusieron varias veces, no insistieron ante la resistencia a aceptarlo por el señor Barros Arana quien, asesorado por el señor Bertrand conocedor de varios puntos de la zona andina en la que la división continental de las aguas de produce lejos al oriente de la Cordillera, sabía que de haberse conocido más estos hechos (...) hubiera peligrado aún ante los hombres de gobierno chilenos, la aplicación de su teoría a la línea limítrofe" (Moreno, 1918-1919, p. 16-19).

Libro inconcluso de memorias de Moreno: "Por un ideal", 1893

Mientras tanto, el 26 de julio de 1893, Moreno había completado el prefacio del libro que estaba redactando *Por un Ideal*, en el cual relataba todo lo actuado hasta ese año. Según su nieta Adela (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 12), "Lo estaba imprimiendo en la imprenta que ya tenía el museo (...). Ya estaban listos los cuadernillos y se los lleva a Abuela para que los viera y ella lee la dedicatoria: 'A mis hijos' y parece que le dolió el no haber sido incluida en

la misma, lo cierto es que Abuelo resuelve quemar todo, y así lo hace (...). Solo se salvaron tres pliegos (Bertomeu, 1949). En la primera página (portada) en forma manuscrita estaba escrito "Dedicado a mis hijos" y en el final de la última página (p. 112) "Estos siete pliegos fueron los únicos impresos".

En este año debe haber nacido el cuarto hijo de Moreno, Florencio, que al morir la madre en 1897, tenía 4 años (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 123).

Estudios del Museo de La Plata en San Juan y La Rioja, 1894

A principios de 1894 la cancillería le pidió a Moreno que colaborara en el estudio de la región comprendida desde San Juan al norte de La Rioja (Bertomeu, 1949, p. 351; Ygobone, 1954, p. 282).

Según Moreno (1903a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 115-116) "*En 1894, dirigí el estudio geográfico y geológico de la región andina al oeste de San Rafael, en la provincia de Mendoza, donde debía emprenderse la demarcación material del límite. Durante ese año, escribí varios extensos informes geográficos para el perito argentino doctor Quirno Costa, a su pedido, sobre la región del Paso de San Francisco*".

El 9 de marzo del mismo año Moreno (Rev. Museo La Plata, 7, p. 17-21) dio instrucciones escritas a Lange, Wolf y Hauthal (estas instrucciones las repitió en la memoria de la expedición a la cordillera realizada entre enero y mayo de 1896, Tomo 8, p. 216-217) para que explorasen el sur de la provincia de Mendoza para el reconocimiento "*de los depósitos carboníferos y filones metalíferos*" y para que hicieran un "*estudio geográfico y estadístico de la misma región, bajo el punto de vista de la población, y de los elementos que puedan proporcionar a la riqueza nacional, sus caminos y los accidentes del terreno cuyo conocimiento convenga a los intereses de la Nación*".

Moreno se planteaba, ante el eventual hallazgo de yacimientos de carbón, que la situación de esa región alejada de los "*principales centros industriales*" disminuía la probabilidad de una explotación inmediata, razón por la cual debía buscarse el modo de que esa riqueza llegase a esos centros de otra manera, usándolo en otras industrias que pudieran desarrollarse en proximidad de las minas. Por ello resultaba importante "*tomar nota de todos los elementos que puedan facilitar el más rápido progreso de*

esa región extensa, aislada del resto de la República y proporcionarle recursos de aprovechamiento inmediato para que la población afluya allí cuanto antes”.

Hito del Paso San Francisco. Valle de los Patos, 1894

El 4 de julio de 1894 “(...) el doctor Quirno Costa” le pasó a Moreno “en consulta, el informe del teniente de navío D. Vicente E. Montes sobre los resultados a que había llegado en su misión a la región de San Francisco (Moreno, 1918-1919, p. 21). Para Quirno Costa “no cabía duda que el primer hito no había sido colocado en el encadenamiento principal de la Cordillera y que debía removerse; creía además que el señor Barros Arana trataría de sostener lo contrario, y que si no se aceptaba dicho hito los argentinos perderíamos el valle de los Patos y otros”. Por ello Quirno Costa solicitó la opinión de Moreno dado que “conocía personalmente ambas regiones.

Moreno contestó de manera inmediata: “El desgraciado error del doctor Zeballos va a dar mucho trabajo. El mojón de San Francisco según mi modo de ver, está más ligado de lo que parece a primera vista, con todo el trazado de límites ‘andino’, y debemos encarar esta cuestión con mucho tiento (...).

La resolución de usted de iniciar los trabajos desde Tiriguirinca hacia el Sur debe haber desorientado al perito chileno y si usted consigue que sea esa dirección la que sigan las comisiones este año, dándonos tiempo a las del Museo para terminar el examen de la región entre Tupungato y Los Patos, trabajo durísimo pero que se hará, tendremos elementos para defender el famoso valle. En 1884, preocupado con esta seria cuestión lo visité y no creo que los chilenos tengan probabilidades de éxito en sus pretensiones a ese paraje.

Esta cuestión de Los Patos hay que tomarla desde mucho más al Norte y lamento que las dificultades con que tropecé a fines del año pasado para obtener recursos, no me permitieran disponer de tiempo para ir a los puntos que considero entre los más importantes de los Andes, para nuestra delimitación: la Cordillera riojana; hay que tomar allí la punta del hilo roto en la altiplanicie catamarqueña”.

En su contestación a la consulta de Quirno Costa decía Moreno (1918-1919, p. 21-26): “No ignora Ud., que siempre he considerado mal colocado el hito de San Francisco. En 1890 hice presente al Perito señor Pico que sería cometer una grave error tomar el Por-

tezuelo de ese nombre como punto de partida para la delimitación: primero porque ese Paso no está situado en el encadenamiento principal andino y segundo porque la colocación del primer mojón, allí, dificultaría no sólo la delimitación con Chile de la región que ocupaba entonces Bolivia, desviándose desde un principio la demarcación, de la línea de los Andes, y favoreciendo esa desviación las pretensiones chilenas, difícil sería seguir luego esa línea hacia el Sur, en el sentido que conviene a la República Argentina, sentido que coincide con la línea natural (...).

“El estudio del encadenamiento principal no ofrecerá dificultad seria alguna (...) sólo es cuestión de trabajo (...). Hay que iniciar el estudio de la morfología y de la constitución de ese encadenamiento, sin soluciones de continuidad, porque desgraciadamente no hay aún en nuestro país número suficiente de operadores aptos que puedan distinguir, sin peligro de incurrir en errores, el encadenamiento principal si se lleva el trabajo por distintos puntos de la Cordillera (...)

“Los tropiezos que presentará la demarcación por los peritos sin planos detallados, serán grandes, y las demoras que ocasionen las interrupciones en el trabajo y la rectificación de datos superficiales harán mucho más costoso éste que si se emprendiera desde un principio en la forma que indico.”

“(...) El valle de los Patos es argentino sin duda alguna, porque está situado al Oriente de la alta cumbre donde nacen las vertientes y las aguas que lo riegan, pero las aguas de los ríos que en plena Patagonia van al Pacífico, no serán chilenas si se aplica en su verdadero sentido la letra del Tratado. Allí la Cordillera se fractura, las mayores erosiones la han destruido en parte cortando su cordón probablemente por antiguas grietas transversales, y las aguas de grandes lagos lacustres que existieron en otro tiempo en esa especie de serie de valles longitudinales de hoy, han concluido por abrirse camino a través de la montaña para vaciarse en el Pacífico. Las condiciones climáticas de Patagonia al Oriente de los Andes, modificadas por el levantamiento andino, unidas a los fenómenos volcánicos y de levantamiento que han tenido lugar en esos territorios, disminuyeron los desagües hacia el Atlántico, obligándolos a cambiar de rumbo y a dirigirse al opuesto. Sucede allí lo que, en el valle central de Chile, en donde ríos, que, descendiendo de los Andes, vaciaban sus aguas en los antiguos lagos situados entre esa

Cordillera y la de la Costa, se abrieron paso luego a través de ésta y llegan hoy al Pacífico”.

“(…) Esas cadenas longitudinales del Oeste del continente Sud-Americano se prolongan por vasta extensión en el territorio argentino. La cadena andina por excelencia llega a la Tierra del Fuego, o termina en sus proximidades (...) y el Oriental, al [que] llamaremos Central Boliviano, de menos longitud, pero de mayor anchura, se divide en cordones separados, formando, los más occidentales, las principales cadenas Catamarqueñas que concluyen en Famatina o probablemente en Pie de Palo, en la Provincia de San Juan, mientras las orientales forman parte de las cadenas Catamarqueñas orientales y las sierras de Córdoba y de San Luis”.

“(…) Honda impresión produce el aspecto (...) de la región del N.O. de la República cuyo conocimiento es indispensable para la delimitación con Chile y Bolivia y que he cruzado de N. a S. y de E. a O.”

“(…) Sus volcanes, que se cuentan por centenares, de varias épocas, de variadas alturas, que unos apenas alcanzan algunas decenas de metros de altura y otros tienen sus cráteres cubiertos por la nieve eterna a cerca de 3.000 metros sobre la altiplanicie, levantada ésta de 3.500 a 4.500 metros sobre el nivel del mar, son los que han transformado aquella región alterando el antiguo relieve de los cordones cristalinos andinos; pero cuando se la estudia resulta que responden a antiguas fracturas transversales y oblicuas, y que generalmente ocupan, los más elevados, los flancos de los cordones, hasta cubrir algunos de ellos los filos con sus lavas. Esto sucede sobre todo en el encadenamiento principal de los Andes, desde las fronteras del Perú hasta la Provincia de La Rioja, donde la actividad volcánica ha sido mayor que en ninguna otra parte de este continente; y son esos conos elevadísimos los que dan el gran relieve a la cadena, la que no puede confundirse así, de ninguna manera con la Central que es la de Bolivia. La línea longitudinal eruptiva la denuncia en toda su extensión, y las series de conos que se dirigen hacia el Este, uniendo aparentemente los dos cordones, no pueden tomarse nunca como cadenas. Entre estos conos figura al Norte el de Sapaleri, que nos sirve de mojón divisorio con Bolivia según el último Tratado, y que presenta en su alto cráter extinguido un torreón de lava basáltica que convierte al volcán en un verdadero mojón natural, y entre muchos otros el

del Rincón, los dobles de Tultul, los de Mojones frente a Antofagasta de la Sierra, el volcán colosal de Antofalla, los de Agua Dulce, el Peinado (...) y también los volcanes de Negro Muerto hasta el Juncalito; el San Francisco y su gemelo el Incahuasi, los comprendidos entre este y las majestuosas moles de las Tres Cruces en el encadenamiento principal; todos cerros eruptivos relativamente modernos que no pueden tomarse en cuenta a pesar de su grande altura, en la obra paciente de trazar la línea de demarcación con Chile.”

“Esas no son las altas cumbres que dividen las aguas. Ninguna de las que he nombrado se encuentra en el encadenamiento principal andino, encadenamiento bien definido en el Oeste, considerado tal por los eminentes geógrafos chilenos Bertrand y San Román, y que es el único que debe ocupar la atención de las comisiones demarcadoras.”

“(…) No hay peligro que perdamos el Valle de los Patos si encontramos al Norte el encadenamiento principal de los Andes, y si se sigue este en toda su extensión, pero no digo lo mismo si se aceptara la línea sostenida por Chile la de San Francisco- Granadas o la que indica el plano N° 3 San Francisco- Sapaleri, del informe que voy a estudiar en seguida. No debemos suponer por un momento que Chile acceda a tener como límite la cadena Potro- Azufre- Cerro Bravo, pero debemos tener presente que el trazado sobre el encadenamiento principal es el que más nos favorece, aun cuando para seguirlo tengamos que abandonar la línea que los mapas generales indican como la límite. La división de las aguas allí es franca, y no debemos suponer por un instante que geógrafos de conciencia puedan fallar en contra nuestra, dado el caso de tener que someter a arbitraje algunos de los puntos a delimitarse. Pero insistiré, Sr. Perito, en que para triunfar en nuestros rectos propósitos debe la República Argentina proceder a un estudio serio de la topografía y geología andina (...). Este estudio, y el avance de la población argentina en el Sur, poblando las faldas andinas en el Chubut y Santa Cruz, lo que es fácil, si se acepta el proyecto de puertos francos al Sur del grado 45, sobre todo, y, si se funda una colonia como puesto de tránsito en los terrenos de cultivo y de pastoreo al Sur del lago Musters, a corta distancia del golfo de San Jorge, no aseguraría la posesión del Río Palena y otros, en su parte oriental andina. Así procedió Chile para obtener Punta Arenas.”

“Veamos ahora cómo encara el Sr. Montes, jefe de la Sub- Comisión Argentina de estudios, la cuestión ‘encadenamiento principal’, a propósito del cambio del mojón de San Francisco”.

“Según opinión del Sr. Montes el mojón debe colocarse (...) al O. de la Laguna Verde y a 21 kilómetros próximamente del lugar en que ahora está, pero los señores Dousset y Almada creen que debe llevarse al portezuelo de Santa Rosa, al O. de la laguna de Maricunga, en el cordón que va del Azufre de Copiapó al Cerro Bravo, a 97 kil. aproximadamente al O. de donde está hoy colocado”.

“Dice el Sr. Montes que desde el cerro de Famatina (concordando en esto con la opinión del Dr. Burmeister) corre una montaña perfectamente definida, que sigue meridiano 68 Greenwich desde los 28° 47' S de más de 4.000 metros de altura, hasta la latitud 26° 45' “donde se une con la planicie atacameña por el Cerro del Negro Muerto y el cordón que este lanza al Occidente (que viene a formar el borde Sud de esa altiplanicie), continuando su encadenamiento principal al Norte por el Peinado y Cuero de Purulla, formando a un solo cuerpo su altiplanicie con la grande atacameña de la Cordillera de los Andes y extendiéndose al Oriente para recibir (...) el Cordón de Fiambalá.”

“Considero un error el decir que la Sierra que va del Negro Muerto al Falso Azufre sea una ramificación de la Sierra del Famatina. La cadena del Negro Muerto no es una ramificación, hablando geológicamente. El Cerro Falso Azufre es un cerro volcánico; como lo es el Peinado, y no pertenece a la cadena cristalina del Famatina, la que tampoco forma un solo cuerpo con la altiplanicie atacameña. Esa cadena sigue al Norte probablemente con pequeñas alternativas en su elevación general hasta Bolivia, teniendo a sus dos lados una serie de grandes y profundas hondonadas, que la separan, las del Oeste, de las altas mesetas que preceden a la verdadera Cordillera de los Andes”.

“(...) Los cerros volcánicos que forman la pretendida cadena desde el Bordo Negro (...) hasta Negro Muerto, en contacto allí con la cadena verdadera longitudinal, lo mismo que las otras series de la misma formación que se encuentran en la parte del encadenamiento comprendida entre Tres Quebradas y Tres Cruces al Oriente, responden también a enormes grietas oblicuas, divergentes desde su punto de partida en la región de San Francisco y sus inmediaciones. En

esta no ha cesado del todo la actividad solfatárica, y en la falda N.E. de Incahuasi se notan erupciones de lavas mucho más modernas que las que formaron el gran cerro.”

“(...) El Sr. Montes supone que el cordón que cree arranca de El Potro “separándose de la dirección general de la cordillera, desviándose al N.E. para tomar después al Norte, parece unirse con el cordón de Azufre en los cerros de Doña Inés y Cerro Bravo” y agrega que “si esta es la verdad debemos colocar el mojón en el Portezuelo de Barrancas Blancas, al Oeste de Laguna Verde.”

“Esto es un error. El cordón que supone (...) el Sr. Montes, de acuerdo en parte con el señor San Román, quien agrega y no hay que olvidarlo, que ese cordón por su origen, su composición geológica y sus caracteres orográficos no corresponde a la real cordillera andina (es decir, el encadenamiento principal), no lleva la dirección que le asigna, ni tiene ese punto de partida y de término.”

“Desde El Potro no se dirige ningún cordón al Bonete, ni ese cordón se une con los cerros de Doña Inés y Cerro Bravo; entre aquel y estos están las hoyas de Pedernales e Infeles.”

“(...) Siento disentir con el distinguido oficial, en el punto de colocación del mojón definitivo. Los datos que poseo, dicen que el cordón Azufre. Cerro Bravo, donde está el Paso de Santa Rosa, no es el encadenamiento principal, siendo sólo fragmentos del cordón que se dirige desde el Centro del Norte del Chile actual hacia el Sur, comprendiendo los cerros nombrados, y pienso que debemos tratar de verificar esto antes de sostener la colocación del hito en ese paso para no caer en pretensión igual a la de los geógrafos chilenos sobre el límite internacional en San Francisco- Granadas. El exigir la línea Argentina en Cerro Bravo, creo que sería justificar la exigencia chilena que consideramos injustificable.”

“(...) El tratado y el protocolo dicen que es la Cordillera de los Andes nos separa de Chile, en “su encadenamiento principal”, y ese encadenamiento, si bien es confuso a primera vista en Tres Cruces, no lo es de ninguna manera al Norte y al Sud de este punto.”

“(...) Ya he dicho (...) que no se puede resolver esta delicadísima cuestión del encadenamiento principal con los escasos datos que tiene hoy el Gobierno Argentino; y no trepido en asegurar que el plano que

acompaña el informe no es bastante completo para decidir cuál es la línea de ese encadenamiento. Sólo se ha hecho un ligero examen, digo ligero, relativamente, porque operaciones como estas, exigen un levantamiento detallado que requiere mucho más tiempo que el que han podido disponer los oficiales argentinos.”

“Mi opinión es que la línea verdadera al Norte, es la de Gallina- Tres Quebradas, (previo estudio de este apunto, el que se puede hacer rápidamente) Tres Cruces, Juncalito, Azufre, Lullaillaco, Lincancancaur, línea que nos permite defender toda la de las altas cumbres que dividen las aguas en el encadenamiento principal hasta el grado 52.”

“El protocolo no dice que el estudio de la región de San Francisco se hará en (...) pocos días. Los señores oficiales que han hecho los estudios que usted me ha comunicado, saben que no es posible hacer un estudio completo como lo necesita la operación de delimitar, en el tiempo que han dispuesto este año, y que ni ellos ni los chilenos pueden tener la seguridad absoluta del punto exacto en que se debe colocar el hito, según el Tratado. Por lo tanto, el señor Barros Arana no puede dar por terminados los trabajos de la Comisión de estudios en ese punto”.

Según Moreno “el doctor Quirno Costa tomó en cuenta” sus “indicaciones, al contradecir opiniones de su colega cuando, dos veces más, trataron de la mala o buena colocación del mojón en el portezuelo de San Francisco.”

Moreno (1918-1919, p. 26) entró de lleno a actuar reservadamente en los trámites de la demarcación para lo cual contó con la confianza del perito argentino, todo lo cual daría lugar a otra nota el 29 de septiembre de 1894.

Moreno (en carta a Roca del 17 de mayo de 1899; Rato de Sambucetti, 2009, p. 94-95) a pedido de Quirno Costa, perito ya, expuso en julio de 1894 los resultados de su excursión a la Puna y “proyecté un estudio detenido de la región andina comprendida entre Rioja, San Juan y San Francisco, para secundar los trabajos de la comisión que debía continuar sus investigaciones relativas al hito de San Francisco, expedición que se hizo a principios de 1895” con resultados opuestos a los de la Comisión del Norte, que no había visitado la región e “incurría en graves errores que el Sr. Barros Arana no ha sabido aprovechar”.

El 26 de septiembre de 1894, en nota al presidente Luis Sáenz Peña, escribió (Moreno, 1894d) sobre la cuestión de límites con Chile: “(...) *Lamento con toda mi alma, que mi modesta posición social y mi alejamiento del medio en que se agitan y se comentan estas cuestiones internacionales (...) no me permiten encontrarme dentro de las personas llamadas a resolverlas; y como dije a Vd. (...) sufro al ver los escasos elementos de juicio de que dispone el Gobierno de la Nación para dilucidar el problema andino y que sean tan pobres y contradictorios.(...).* Días llegarán en que el rechazo de la pretensión chilena sobre el mojón de San Francisco y el de la proposición del Señor Barros Arana para iniciar trabajos de demarcación en el grado 41, una vez conocidos estos hechos, sea aplaudido por todos los buenos argentinos (...). La resistencia de Vd. a aceptar como definitivo el mojón de San Francisco es el principio de la reivindicación de la zona comprendida entre ese punto y Zapaleri, la que mide cuatro mil leguas cuadradas; y su rechazo de empezar la demarcación en el grado 41, evita, por ahora, serios conflictos entre las concesiones chileno-argentinas (...). ¡Qué extensa es la línea a demarcar! Mide cerca de cuatrocientas leguas, ¡y qué pocos son los argentinos que están dispuestos a las penurias de ese trabajo! También ¡cuán peligrosa es esa demarcación si no se hace con la mayor cautela! Demarcar nuestros límites en los Andes, es tan serio como caminar sobre las crestas nevadas en la obscuridad. Un pequeño desvío y caemos al abismo de las indecisiones en aquel caos de crestas y hondonadas. Chile nos lleva una gran ventaja. Conoce el terreno y nosotros no. Dispone de hombres avezados a la montaña, al vértigo, y nosotros apenas tendremos una media docena entre nuestra juventud instruida. Debemos pues tratar de que esta ventaja desaparezca, poniendo el mayor empeño en que los Andes sean más conocidos fomentando su estudio (...).

El 29 de septiembre de 1894 Moreno (1918-1919, p. 26) le escribió a Quirno Costa para hacerle conocer su punto de vista con respecto a los problemas existentes en la región ubicada a c. 41 S: “*Me dicen que usted debe emprender viaje dentro de pocos días para Santiago, y como al mismo tiempo sé que muy probablemente la comisión argentina que debía trabajar por el grado 52, se dirigirá al 41, según recientes convenios con Chile, creo de mi deber darle los siguientes datos que pueden ser útiles:*

Cuando en 1880 crucé desde Tecka hasta Nahuel-Huapí, me detuve, enfermo, algunos días en los toldos de Kakel- Huincul a orillas del principal afluente Norte y Oeste del Chubut. El paisaje me interesó vivamente. Había allí un gran lago ondulado por las morenas glaciales, que se dirige de Oeste a Este hasta el pie de los cerros de Queluja- getre, por cuyo pie occidental corre el río. Mi estado físico no me permitía moverme en ese momento hacia el Oeste, lo que me prometía hacer una vez examinado Nahuel- Huapí, y pregunté a los indios que era lo que había en aquel fondo cubierto de nieblas. Me contestaron que una laguna de la que salía un río que la desaguaba por el poniente. Las montañas inmediatas a la toldería, al oeste, limitaban el bajo por el Norte y había otras montañas, más lejanas, en la misma dirección, que cesaban también allí, y en el fondo, como un telón detrás del bajo nieblosa, se distinguían de cuando en cuando cerros nevados. Supongo que el río mencionado es el Puelo y la laguna el lago Puelo, si esto es así, tendremos allí una de las primeras dificultades. Digo primeras, porque creo que hay otros casos parecidos entre ese punto y Nahuel Huapí, donde el cordón principal andino no es muy franco.

El lago Puelo, (si es el que yo creo), está situado al mismo pie de un cordón occidental (puesto que se ven en su fondo Oeste cerros nevados), pero teniendo al Norte y al Sur otras montañas nevadas y también montañas al N.E. y S.E., lo que puede motivar serias discusiones con los vecinos. Éstos dirán que esas no son aguas continentales como las del Aisén, etc., sino que se trata de aguas andinas y que la división de las aguas está allí, puesto que hay montañas al N.S. y N.E. y S.E. los chilenos al proponer el estudio de esa región saben bien lo que hacen; buscan un [símil] a San Francisco. Recuerde Ud. que en este último punto hay también un valle o bajo transversal y, ¡pobres de nosotros si llegamos a cometer el mismo error en ese punto!

Como en no pocos casos tendremos que resolver la demarcación en puntos oscuros, según lo hecho en otros más o menos análogos, y como en esa región del grado 41 al 42 la primera impresión puede serles favorable, las consecuencias para nosotros serían perjudiciales”.

Don Diego Barros Arana sabía lo que hacía al comisionar al Doctor Steffen para estudiar la región andina de Nahuel- Huapí.

Si usted quiere despejar más esta cuestión del Sur, trate de que los trabajos no empiecen en el grado 41°,

sino en el 39° para aclarar el punto de Lonquimay, y si este es caso de “partes de Ríos” o si los Andes corren al Oriente, para resolver con ello la cuestión del fuerte Maipo. Entre el 40° y 40° 30’ parece que el cordón vuelve a presentarse franco y más entre 40° 30’ y 41°, pero en el grado 41° se complica y allí van a empezar de nuevo las dificultades.

Requiere esa región estudio muy prolijo, topográfico de detalle, y geológico, para tener un arranque exacto hacia el Sur.

Digo todo esto, por si es indispensable cambiar el itinerario de las comisiones ya fijado, es decir, el del grado 52. Mejor sería dejar el 41 para más adelante (...).”

Al respecto remarcó posteriormente Moreno (1918-1919, p. 27-28): “Con lo que antecede se dará cuenta el lector que mi acción reservada abarcaba ya toda la extensión del límite con Chile”.

Según Moreno (1918-1919, p. 28), el 29 de septiembre, Barros Arana rebatió las opiniones y afirmaciones del señor Montes y Quirno Costa quiso su opinión sobre los fundamentos del perito chileno, cosa que hizo Moreno en una nota del 29 de octubre.

Escribió allí Moreno: “La colocación del hito del Paso de San Francisco (...) de acuerdo con la proposición del Perito Argentino, Sr. D. Octavio Pico, es una demostración más de los errores que se cometen siempre que sin suficientes datos previos se procede a plantear cuestión tan delicada como es la de fijar un punto de partida en la demarcación de dos países, cuyas fronteras deben ser las montañas menos conocidas y más elevadas del globo. El señor Pico y el Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Zeballos, procedieron sin duda con precipitación al resolver no sólo la colocación del primer hito en aquel punto, sino al decir que ese Paso cruza los Andes entre Catamarca y Atacama (Pico). Sin embargo, esos errores aprovechados a sabiendas por los chilenos, no pueden tener ninguna consecuencia desfavorable para nosotros en la demarcación de nuestros límites con Chile.

Un error de concepto y luego de hecho no da derechos.

Dice el Sr. Barros Arana que los estudios hechos sobre el terreno han venido a confirmar superabundantemente la razón que en abril de 1892 tuvieron los peritos argentino y chileno para declarar que el Paso de San Francisco es un punto de la frontera que separa a Chile de la Argentina”, y cita en su apoyo la colo-

cación del primer hito en ese punto por la comisión mixta, según acta del 15 de abril de 1892.

Los datos y plano de la Sub-Comisión Argentina no confirman de manera alguna lo que dice el señor Barros Arana. Esos datos son muy limitados, pues apenas encierran ideas generales, sin un solo estudio de detalle, encontrándose el mapa en iguales condiciones porque la lamentable enfermedad del señor Sub-Comisario redujo los estudios que debían hacerse en aquella región, pudiéndose sólo situar algunos cerros elevados, cuyo aspecto general le permitió asegurar que allí no había cadena, y que el encadenamiento principal de los Andes no está en San Francisco, puesto que este cerro, aunque aislado, más bien podría referirse a los sistemas montañosos del centro de Bolivia.

La declaración del señor Barros Arana, de que entiende por 'encadenamiento principal de los Andes, la cadena no interrumpida de cumbres que dividen las aguas, y que forman la separación de las hoyas o regiones hidrográficas tributarias del Atlántico por el Oriente y el Pacífico por el Occidente', es difícil de interpretar de acuerdo con el Protocolo. El encadenamiento andino, tiene, se sabe, sus soluciones de continuidad en el Sur. No hay allí una cadena no interrumpida de cumbres, y esas cumbres y esa cadena no forman en esas latitudes la separación de hoyas o regiones hidrográficas tributarias del Atlántico y del Pacífico. Es bien sabido que aguas que nacen en la línea oriental de aguas del encadenamiento principal, descienden al Pacífico, lo que está previsto por el Protocolo en su artículo primero, al decir que la demarcación podrá cortar ríos y partes de ríos. Hay en esos párrafos una apreciación de concepto que conviene aclarar cuanto antes. Se ve en ellos una tendencia marcada a la división de las aguas continentales (y no exclusivamente andinas), lo que desvirtuaría el Tratado de límites y el Protocolo, 'modificando pactos existentes', sin que en esa parte se funde el señor Perito chileno 'en las sanas nociones de geografía y en el derecho internacional'. El señor Barros Arana dice que 'el principio que encierra su declaración, es el único que puede llevarnos a un resultado práctico, evitando las mil dificultades de detalle que sin una regla tan segura como esa, deberían suscitarse a cada paso'.

La falta de estudios de detalle y del conocimiento personal de terreno, es la que ha motivado todas las divergencias entre los señores Peritos, y es seguro que

continuarán produciéndose si no se cambia el sistema adoptado hasta hoy. ¿Qué nación en el mundo ha demarcado sus fronteras sin estudios de detalle, cuando sus límites no se basan sobre una línea astronómica o convencional? No se ha dado a esta demarcación la importancia que tiene, y según mi modo de ver, con esto no se interpreta bien el Protocolo. Este dice que los Peritos señalarán en las instrucciones que diesen a los ingenieros ayudantes, 'los hechos de carácter geográfico que sea útil recoger, siempre que ello no interrumpa ni retarde la demarcación de límites', y estos hechos de carácter geográfico comprenden los detalles de lo que es geográfico, es decir, orográfico y geognóstico, utilísimos en regiones montañosas tan complicadas como son las que servirían de frontera a los dos países. Esas observaciones no interrumpirán nunca la demarcación, como sucederá si se lleva ésta a galope, sin regla fija de trabajos; 'demarcar' como se procede hoy, no es demarcar.

La opinión del Perito argentino, no es la misma del Perito chileno. No encuentra correcta la ubicación del hito, y siendo su deber pronunciarse respecto de la exactitud de los trabajos que han practicado las Sub-Comisiones a sus órdenes, (acta de 26 de Marzo del año corriente), tiene el derecho de ordenar, por su parte, nuevos estudios hasta formarse una opinión sobre el punto donde debe colocarse a su entender ese hito. Los estudios han sido limitadísimos y no deben considerarse de ninguna manera suficientes para solucionar esta cuestión 'ya sea por acuerdo de los Peritos, ya por la decisión de un árbitro, conforme al Tratado, si el acuerdo no pudiera procurarse', como lo dice el señor Perito de Chile. Ningún árbitro podrá resolver cuestión tan poco estudiada, ni puede haber convenio entre los Peritos, cuando uno de ellos no tiene los elementos de juicio que necesita para opinar sobre el punto a demarcarse en el encadenamiento principal, aun cuando los tenga para saber que el hito actual está mal colocado. Lo procedente es continuar los estudios, teniendo para ello en cuenta que el encadenamiento donde se fije el primer hito, será el que deba seguirse en toda su extensión, y que ese encadenamiento no está situado donde lo indica el señor Perito chileno, el que tiene en este caso opinión contraria a la de los primeros geógrafos de su país que han estudiado la cuestión sobre el terreno mismo." (Moreno, 1918-1919, p. 28-29).

Además, señalaba Moreno (1918-1919, p. 29-30): *“El señor Barros Arana no aceptó la proposición que le hiciera el doctor Quirno Costa de un nuevo reconocimiento conjunto de la región del Norte, pero nuestro perito con el derecho de su cargo lo dispuso inmediatamente. Al fin se había impuesto lo lógico; la convicción de que eran indispensables los estudios previos, geográficos y geológicos, ‘de carácter detallado’ de los Andes palabras estas últimas del señor Virasoro, estudios que tantas veces consideró éste necesarios, pero en los que no insistió bastante durante su desempeño como perito.*

En momentos en que el perito señor Virasoro, como tal emprendía viaje a Chile en los primeros días de enero de 1893, me permití señalarle la conveniencia de elegir para su viaje a Chile el camino de Tinogasta a Copiapó. Allí observaría la mala colocación del mojón de San Francisco con lo que podría sostener con la fuerza del examen personal del terreno las próximas conferencias en Santiago. Su contestación fue que no podía cambiar de itinerario porque se había comprometido con el Ministro de Chile señor Adolfo Guerrico para hacer juntos el viaje por Uspallata. Si el señor Virasoro me hubiera escuchado en esa ocasión, no dudo de que habría evitado muchas de las dificultades con que tropezaron luego él y el doctor Quirno Costa.

La negativa del perito chileno de continuar estudiando conjuntamente la región de San Francisco obligaba a un esfuerzo mayor por parte del perito argentino para presentar a los gobiernos y al árbitro en último caso elementos suficientes de juicio con que resolver la primera dificultad en la demarcación, y volví a ofrecer mi cooperación para ese fin, como lo deseaba el perito argentino y tanto interés tuvieron para el perito mis observaciones con respecto al informe del señor Montes que poco tiempo después, antes de partir nuevamente para Santiago, quiso que le formulara un plan de trabajos más extensos, que, independientes de los oficiales de la demarcación, facilitarían el mayor conocimiento de la región del Norte, tan complicada en su orografía y tan dura de recorrer por su altura e inclemencia.”

Sobre la base de lo expuesto precedentemente el 30 de septiembre Moreno le dio su opinión a Quirno Costa: *“Conoce usted mi modo de pensar respecto a la importancia del encadenamiento principal y no extrañará que quiera definirlo con toda la exactitud posible, para el mejor resultado de ulteriores opera-*

ciones. Para realizar esto se requiere disponer de recursos que permitan operar con rapidez y comodidad. Se trata de estudiar una zona vastísima, llena de dificultades por la altura e inclemencia del tiempo que ya conozco prácticamente, y no podría volver a ella, en las mismas condiciones penosas del año pasado, no por lo que pudiera sufrir yo, sino por los hombres que me acompañarían. Aunque son hombres habituados a estos trabajos, pero piden alguna comodidad, dado el duro medio en que deben hacerlos.

Un levantamiento geológico y topográfico requiere conocimientos y esfuerzos mayores que los que necesitan las operaciones determinadas por el Protocolo. Hay que salvar todas las dificultades del terreno, andar más en las cumbres que en los valles y levantar en detalle el territorio que debe estudiarse. Las operaciones geodésicas que son las que principalmente hacen las sub-comisiones demarcadoras son mucho más cómodas. Yo no me comprometería nunca a hacer una exploración como la que desea el Gobierno, sin tener la convicción de que dará los resultados que se buscan y para esto necesito los elementos necesarios.

Mire usted el mapa y observará que para resolver con exactitud cuál es el encadenamiento principal habrá que recorrer un territorio que mide cuatro mil leguas cuadradas, que habrá que cruzar muchas veces trasversalmente y que deberemos recorrer en toda su extensión longitudinal, es decir, seis grados dentro de lo más duro de la Cordillera”. (Moreno, 1918-1919, p. 30-31).

Plan de estudios del Museo de La Plata sobre el límite con Chile

Por otro lado, Moreno el 3 de noviembre de 1894 entregó al doctor Quirno Costa *“a su pedido un plan de estudios topográficos y geológicos de la región andina en la extensión del límite con Chile comprendida entre los paralelos 23 y 52, extensión que dividiría en dos secciones 23- 28 y 28- 52.”*

“Si bien este plan de trabajos fue aprobado por el Gobierno el 22 de diciembre de 1894, el 8 de noviembre el señor Presidente de la República me autorizó para prepararme a llevarlo a la práctica”. (Moreno, 1918-1919, p. 31).

La nota de Moreno al Perito N. Quirno Costa del 3 de noviembre de 1894, con el Plan para que el Museo de La Plata iniciara estudios relacionados con el problema limítrofe decía: *“De acuerdo con sus*

indicaciones y como resultado de nuestras conversaciones sobre la mejor manera de llevar a cabo, en la región andina, estudios topográficos y geológicos de detalle, para determinar con exactitud la situación del encadenamiento principal de la cordillera que han de servir de límite entre Chile y esta República, paso a manifestarle el plan de trabajos que seguiría este museo, en caso de que le fuera confiada su ejecución (...). He expuesto, en rasgos generales, lo que entiendo por encadenamiento principal y su situación geográfica con respecto a las demás montañas del NO argentino; y he hecho también presente, el serio peligro que hay en iniciar en esa región la demarcación sin que sea precedida por un serio estudio (...). Hasta ahora, si bien podemos asegurar que el hito de San Francisco está mal colocado, no poseemos documentación suficiente para determinar con exactitud el verdadero punto de la frontera (...). Se hace indispensable establecer definitivamente, por medio de la orografía y de la topografía, cuál es la cadena que debe considerarse 'encadenamiento principal de los Andes' para seguirla en el sud en toda su extensión (...). El programa sería explorar detenidamente los Andes, en (...) toda la extensión de la frontera. Esta exploración debería dividirse en dos secciones: 1.º Entre el grado 23 y el 28; 2.do Entre el 28 y el 52. Por ahora (...) considero conveniente empezar las operaciones desde el extremo NO de la Provincia de San Juan, para continuarla hacia el norte hasta Atacama (...) un error allí puede traer consecuencias funestas para la demarcación al sud (...). La Comisión Exploradora deberá ponerse en marcha inmediatamente para iniciar trabajos preliminares al NO de San Juan y La Rioja (...)" (Moreno, 1894d).

A resultas de este ofrecimiento Moreno recibió el "encargo del Ministerio de Relaciones Exteriores de continuar los estudios geográficos y geológicos al sur de la Puna de Atacama, comprendiendo parte de las provincias de San Juan, Rioja y Catamarca, lo que efectué hasta mayo de 1895, informando extensamente a mi regreso sobre los resultados alcanzados".

Mientras tanto, el 17 de noviembre de 1894, Moreno fue designado Socio Corresponsal Honorario de la Sociedad Geográfica de Lima (Bertolutti Flebus, 2004, p. 93).

Para solventar los gastos de los trabajos que el Ministerio de Relaciones Exteriores le encomenda-

ra a Moreno, el 22 de diciembre de 1894, el ministro E. Costa remitió a Moreno una comunicación sobre la asignación al Museo de La Plata de fondos de la Comisión de Límites, en un todo de acuerdo con una resolución del Presidente L. Sáenz Peña: "En vista de lo manifestado por el Director del Museo de La Plata, Don Francisco P. Moreno y de lo aconsejado por el Perito de Límites con Chile. El Presidente de la República. Resuelve: Que de los fondos destinados a la Comisión de Límites con Chile pueda invertirse hasta la cantidad de treinta mil pesos moneda nacional (30.000\$ m/n) en los estudios geológicos a que se refieren las comunicaciones precedentes, debiendo entregarse dicha suma al expresado Sr. Moreno a medida que lo solicite y dando cuenta de la inversión de los fondos al Ministerio de Relaciones Exteriores" (Archivo de Cancillería, Ministerio de RR. EE. AH-0020).

Moreno por su parte seguiría insistiendo en la necesidad de que especialistas capacitados hicieran estudios geográficos, tal como lo expresaba en 1895 en carta a O. Magnasco: "Ud. no le da a la geografía ni a los naturalistas la importancia que tienen en esta cuestión. Todo lo que pasa, resulta de la falta de datos. Ud. lo reconoce en todas partes. Creo poder demostrar el derecho argentino, basado en la orografía y en la geología, con toda claridad, que hasta los chilenos lo reconocerán" (Ygobone, 1954, p. 292).

El embajador Quirno Costa actúa como perito

Mientras tanto, el 5 de diciembre de 1894 el embajador argentino en Chile doctor Quirno Costa reemplazó a Virasoro como Perito, desempeñándose simultáneamente en los dos cargos hasta el 21 de julio de 1896 (Moreno, 1918-1919, p. 13, 20).

Por otro lado, como corolario de la situación política existente renunció el presidente Luis Sáenz Peña. Su renuncia fue aceptada por la Asamblea Legislativa el 22 de enero de 1895 y, como consecuencia, asumió el vicepresidente José Evaristo Uriburu. Para ese entonces, la población del país llegaba a 4 millones de habitantes, de los cuales 700.000 mil – más de la mitad extranjeros – vivían en Buenos Aires. Continuaban las confrontaciones políticas, se suicidaba Leandro Alem y se batían a duelo dos antiguos correligionarios, Lisandro de la Torre e Hipólito Yrigoyen.

Viaje de Moreno relacionado con el Mojón de San Francisco, principios de 1895

Moreno, por su parte, focalizado en el tema que lo preocupaba y en el viaje que había autorizado el Poder Ejecutivo a fines de 1894 (véase más arriba) publicó en "La Nación" del 3, 4 y 5 de febrero de 1895 un extenso estudio titulado "Límites Argentino-Chilenos según el tratado de 1881 y el protocolo de 1893. El Mojón de San Francisco", en el que, dejando a salvo posibles contradicciones debidas a falta de más información el momento de escribir el artículo, en el que (...) *al mismo tiempo que informaba al pueblo argentino de lo que se sabía de las regiones andinas, sobre todo de su parte Norte y de los problemas que habría que resolver para decidir la línea definitiva de fronteras, aconsejaba la línea que aproximaría más que distanciaría a los dos pueblos. En ese estudio, basado en el conocimiento del terreno, abogué por la traslación del mojón al portezuelo del pie del gran cerro 'Tres Cruces', al que consideré (...) parte del 'encadenamiento principal de los Andes' aceptado por el protocolo de 1893 como conteniendo la línea divisoria.*" (Moreno, 1918-1919, p. 31).

En los primeros meses de 1895, Moreno efectuó el viaje de estudio mencionado. Con respecto al cual escribió (Moreno, 1918-1919, p. 31): *"La tarea fue dura por demás. Sin descanso estudiamos toda la región montañosa cruzando en nuestros trabajos alturas hasta de 6400 metros y soportando temperaturas menores de 25 grados bajo 0, pero con el informe y los planos y fotografías la mayor parte panorámicas, que elevé al Ministerio de Relaciones Exteriores, el 15 de Agosto 1895, (...) el perito argentino quedó habilitado para presentar a su colega la prueba evidente de que el cordón de Tres Cruces [es] parte del encadenamiento principal de los Andes y que sus condiciones físicas responden a la línea divisoria convenida por el tratado de 1881 y protocolo de 1893"*.

En este viaje pudo también Moreno coleccionar aves en Catamarca, que casi inmediatamente fueron estudiadas por Koslowsky (1895).

Según Moreno (1918-1919, p. 31-32) cuando presentó su informe "El señor Montes elevó a su vez el suyo al perito doctor Quirno Costa en la misma fecha, el que me fue pasado para que diera mi opinión sobre él. El patriotismo, la buena voluntad

no bastan para trabajos como los que debía ejecutar la comisión oficial argentina que no estaba preparada para tal obra. Su jefe, enfermo, a pesar de su empeño, debió detenerse a veinte leguas antes de llegar al paso de San Francisco y sus ayudantes, por más empeños que pusieron, no pudieron hacer todo cuanto se proponían. Lo cierto es que en ese informe noté tales deficiencias, tales inexactitudes de observación, que consideré que callarlas sería cometer una grave falta y refuté al informe y plano del señor Montes, (11 páginas folio mayor- 20 de noviembre de 1895). Fui tan convincente que su mismo autor reconoció su error en la mayor parte de sus observaciones objetadas".

Acta de los peritos del 23 de octubre de 1895

El 23 de octubre de 1895 se levantó un acta de los peritos (Moreno, 1918-1919, p. 32-33) por la que Barros Arana tomó nota de las observaciones de Moreno que le comunicara Quirno Costa. Según Moreno: *"La verdad iba abriéndose camino. El mismo señor Barros Arana tomó por fin nota de las observaciones que le comunicara el perito argentino y consideró prudente manifestarse dispuesto a un reconocimiento por su parte que antes no había considerado necesario, (...) y expresó por primera vez la esperanza de poder llegar a una solución amistosa y directa que consultara los intereses de uno y otro país del conflicto pendiente. Esta solución sería la traslación del hito del portezuelo de San Francisco al portezuelo de Tres Cruces, punto señalado por mí desde el primer momento, como el que respondía a los términos del tratado de 1881 y del protocolo de 1893". "Para llegar a esta solución directa se cambiaron varias proposiciones entre los peritos y los Gobiernos, en los principios del año 1896, pero no llegó a resolverse nada al respecto, una vez que se produjo el convenio de 17 de Abril de ese año, por el que se extendían las operaciones del deslinde hasta el paralelo 23 y se entregaba al Arbitraje del Gobierno de S.M. Británica las divergencias que pudieran surgir entre los peritos al demarcar en la Cordillera de los Andes, y que los gobiernos interesados no consiguieron resolver. Ese convenio, prudente en su segunda parte, no fue bien meditado en cuanto a la primera. Nuestro gobierno olvidó al hacerlo que por el tratado argentino-boliviano del 12 de Noviembre*

de 1891, nuestro límite con Bolivia, por el occidente sería 'la línea que une las cumbres más elevadas de la Cordillera de los Andes desde el extremo Norte del límite de la República Argentina con la de Chile hasta la intersección con el grado veintitrés', reconociendo así a Bolivia territorio al Oeste de la Cordillera al Sur del grado 23. Nunca me lo he explicado por qué se consideró en el convenio de 1896 chilena esa extensión, que en el de 1891 se había reconocido como boliviana, hecho que daría lugar más tarde a la prescindencia de Bolivia cuando se trató de aplicar el primero al terreno.

Hasta ese momento había conseguido dos de los propósitos que buscaba: el reconocimiento de la imprescindible necesidad de hacer estudios previos del terreno antes de demarcar y el de que el cordón de Tres Cruces se aceptara por nuestro perito como el que respondía a las condiciones del límite en el 'encadenamiento principal de los Andes'; pero otro y muy principal reclamaba aun mayor atención. Si trasladado el mojón del cerro San Francisco al de Tres Cruces, la demarcación no ofrecería serias dificultades hasta el paralelo 38 no sucedería lo mismo desde ese paralelo hasta el 52. De toda esa extensión muy pocos conocimientos geográficos se tenían y en ella las ideas sostenidas por el señor Barros Arana encontrarían vasto campo de discusiones y complicarían grandemente el trazado de la frontera dentro del espíritu del tratado de 1881 y del protocolo de 1893. Allí la división de las aguas continentales, la de las que se vacían en el Pacífico y las que se dirigen al Atlántico, se produce, como yo lo había observado personalmente en varios puntos, al oriente y lejos de la Cordillera de los Andes y por lo tanto más lejos de las grandes líneas orográficas, de 'el encadenamiento principal de los Andes', y el perito chileno sostendría el límite sobre esa línea, sin preocuparse de la letra y del espíritu de esa convención, pues para él esa y no otra era la línea pactada en todo el largo del límite. Felizmente fui consultado nuevamente, tanto por el P.E. como por el perito, y esta vez sobre la continuación en el Sur de los estudios iniciados al Norte y el 24 de Noviembre de 1895 informé cómo podrían realizarse en corto tiempo esos estudios, cuya urgencia crecía con la continua proposición del perito chileno de demarcar al Sur del paralelo 39. Aceptado mi plan, me preparé a llevarlo a la prácti-

ca, pero como el señor Barros Arana procuraba que surgieran otras divergencias para llevarlas cuanto antes al arbitraje convenido en el tratado de 1881, para lo cual se tramitaba un nuevo convenio, (que fue el de 17 de Abril de 1896), el P.E. de la Nación, me honró una vez más, al expresarme su deseo de conocer desde ya cual debería ser en mi concepto la línea divisoria estipulada con Chile entre el grado 23 y el 41, deseo que satisface inmediatamente (...) y 2° porque su conocimiento amplía el de mi acción silenciosa y sin desvíos desde los primeros tiempos de mis preocupaciones sobre la manera de definir nuestras dificultades de fronteras con Chile, y 3° porque esa nota motivaría meses después mi nombramiento de perito y con éste la libre aplicación de mis ideas respecto a la mejor forma de poner término a esas dificultades".



María Ana Varela de Moreno (1869-1897), c. 1894.

Capítulo 14

EXPEDICIÓN DEL MUSEO DE LA PLATA, DE SAN RAFAEL A LAGO BUENOS AIRES, 1896

Antecedentes

En la primera mitad de 1896 Moreno, al frente de un grupo de geólogos y geógrafos del Museo de La Plata, efectuó una expedición entre San Rafael en la provincia de Mendoza y lago Buenos Aires, en el territorio de Santa Cruz, cuyos resultados fueron incluidos en la publicación “Apuntes preliminares sobre una excursión a los Territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz, hecha por las Secciones Topográfica y Geológica, bajo la dirección de Francisco P. Moreno, Director del Museo”, editada en la Imprenta del Museo de La Plata y publicado en su Revista (Moreno, 1898; Bertomeu, 1949, p. 351).

Según Moreno (1898, p. 210-213): “A fines de 1895 decidí volver al Sud y recorrer las regiones que pude visitar y aquellas donde no me fue posible alcanzar entre 1875 y 1880. Consideraba necesario, debo decir indispensable, ese viaje, para completar el reconocimiento preliminar de la región occidental de la República, y me era agradable dirigir en persona los trabajos que ejecutarían mis abnegados colaboradores, pues en esa excursión me proponía apreciar las modificaciones que el transcurso de veinte años había producido en las regiones del Sud. En esos veinte años, había desaparecido el indio indómito; ya no existían fuertes ni fortines que se opusieran a sus depredaciones, y donde se levantaba antes la toldería, donde había sufrido y soñado para olvidar penurias, se alzaban pueblos; los alaridos de las juntas de guerra y los parlamentos habían callado para siempre, y los ganados que pacían en esas praderas fértiles no eran

ganados robados, sino que formaban núcleos de los rebaños prodigiosos del próximo provenir; deseaba ver todo eso y darme cuenta si lo obtenido era (...) bastante; (...) comparar el pasado con el presente y apreciar si el progreso soñado existía en realidad o estaba retardado y por qué causas (...)”.

“Mi programa comprendía el reconocimiento geográfico y geológico, dentro de lo posible y en el perentorio plazo de cinco meses, de la zona inmediata a los Andes y de la parte oriental de estos comprendida entre San Rafael en la Provincia de Mendoza y el Lago Buenos Aires en el territorio de Santa Cruz (Moreno, 1898, p. 212).

Decía Moreno (1898, p. 202-204): “Es necesario que reaccionemos cuanto antes los argentinos sobre nuestro abandono del aprovechamiento fructífero del suelo de la república y de las riquezas naturales que encierra. Siente pena el que piensa sobre este abandono; y si bien de cuando en cuando iniciativas aisladas tienden a producir reacción benéfica, estos esfuerzos no están protegidos por el conveniente conocimiento del medio a que se dirigen, y entonces, o escollan contra obstáculos que los anulan, o dan resultados, si no contraproducentes al fin que se busca, apenas insuficientes para que produzcan los beneficios que de ellos se esperan. Nos falta siempre (...) el completo conocimiento de la geografía, geología y meteorología, de la fauna y de la flora, y los que nos empeñamos en que este conocimiento se tenga cuanto antes y luchamos por conseguirlo contra la indiferencia pública y los intereses de algunos, para los que la ignorancia produce



Expedición de Moreno entre San Rafael y Lago Buenos Aires. Trayecto entre San Rafael y lago Tromen.

fácil ganancia, aun cuando sea en detrimento de la colectividad nacional, no debemos cejar en ese empeño, pues estamos convencidos de que la República Argentina no alcanzará el puesto a que tiene derecho en el concierto de las naciones, mientras la riqueza nacional no esté afirmada sobre bases mucho más sólidas que las actuales.

Triste es decir la verdad de lo que pasa con las regiones que describiré (...). La especulación, principalmente en los territorios australes, crea un valor ficticio a las tierras, que tiene en general por base la audacia o la ignorancia, sin que produzca un céntimo al tesoro nacional; y esa especulación (...) es mantenida por la ignorancia de esa tierra por parte de los que tienen el poder de hacerla valer y entregarla a quien la pueda explotar (...).

La indiferencia nacional ante la necesidad de conocer nuestro suelo, podría explicar no pocos de los fenómenos que se oponen a que ya seamos la gran nación que debíamos ser, atentas las favorabilísimas condiciones del medio físico (...) y motivo de asombro es entre hombres de pensamiento que han llegado al país, o que han inquirido datos sobre su suelo, el abandono que gobiernos y pueblo hacen de las investigaciones (...) primordiales para engrandecerse sobre sólidos (...) cimientos.

Cuando llegan tiempos difíciles, las lamentaciones y recriminaciones aparecen entre nosotros, se lanzan juicios temerarios, se tantea en las oscuridades de lo que se ignora, y en vez de ir adelante con paso firme, confiados en la decisión que da el pleno conocimiento del origen y fundamento de las dificultades, que en estas condiciones nunca son insalvables (...), nos contentamos con la cómoda esperanza de días mejores, [pero] también debe ser cuestión de honra nacional darle a este suelo todo su valor, con lo que se evita que llegue el caso de tener que defender su integridad. (...) Cuántas veces los que nos hemos preocupado de este abandono en momentos en que se discutían nuestras fronteras con los vecinos, sea el Paraguay, el Brasil, Bolivia o Chile, hemos escuchado palabras como estas: ¿Por qué empeñarnos en defender territorios tan lejanos, tan poco conocidos, tan estériles (sin darse la pena de saber si lo son en realidad), cuando tenemos tanta tierra aún tan poco aprovechada?. Pretendidas razones originadas principalmente por la molición egoísta, que priman sobre el derecho y la justicia, que

no se detiene a examinar si es deber nuestro o no defender esas tierras, porque son nuestras, y sin preocuparse aquellos que tales vulgaridades dicen, de que cometen con ellas delito contra la honra de la patria.

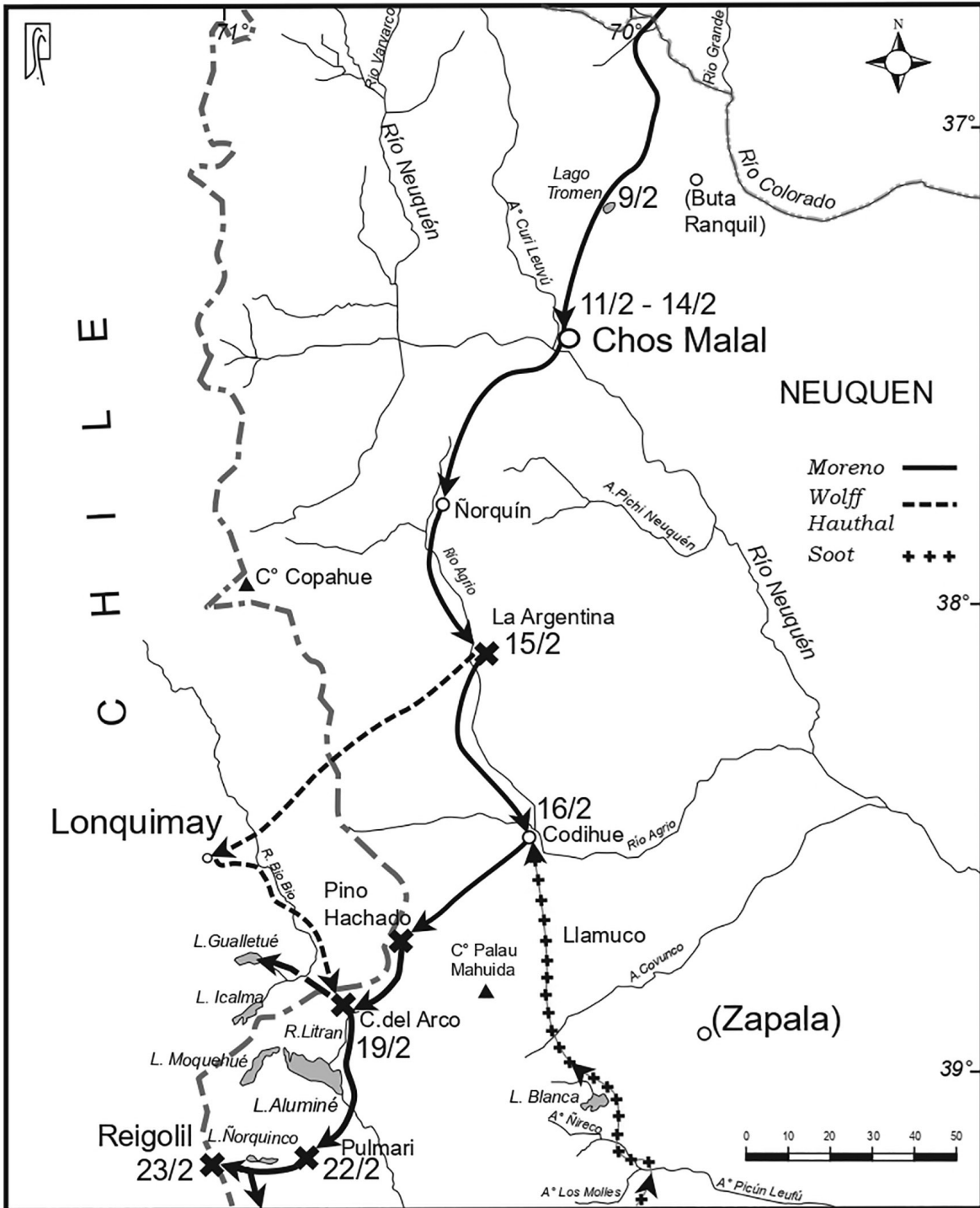
Es preciso repetirlo (...): los argentinos jamás hemos pretendido extender los límites de la república más allá de lo que teníamos cuando nos dimos el título de nación independiente; por el contrario, los hemos disminuido, a veces para formar otras naciones, y otras por cesiones que quizás no tuvieron completa justificación, o por laudos arbitrales cuyas razones no son tal vez extrañas a la desidia ya apuntada. Pero lo que tenemos debemos conservarlo, y aun cuando felizmente no creo que en el porvenir se produzcan inconvenientes con las naciones con las que aún no tenemos fronteras completamente definidas, ni que estos inconvenientes puedan resultar de injustas pretensiones nuestras, como las investigaciones que motivan este escrito se refieren a los territorios vecinos o que comprenden estos límites aún no definidos, he considerado más que nunca oportuna su divulgación en este momento, pues con ella el pueblo argentino podrá darse mejor cuenta de la operación de deslinde que se practica.

Con el conocimiento de la geografía física de las regiones andinas y sus inmediatas, han de corregirse errores generales, muchos tomados como grandes verdades en la concepción de las líneas fronterizas, y no dudo de que estas publicaciones, al disipar tales errores, revelando la verdad de los hechos, facilitarán en mucho la tarea de los que deben trazar esas líneas, controlados como estarán por todos los que se interesan en que las cuestiones pendientes con Chile y con Bolivia terminen cuanto antes, con la aplicación de la verdad que revela la ciencia, y de la justicia que emana de la verdad.

Repito que no creo sobrevengan más dificultades internacionales por las cuestiones pendientes sobre fronteras, pero, en todo caso las dificultades se alejan con el conocimiento (...) del terreno por donde deben trazarse esas fronteras de acuerdo con los tratados vigentes (...).

Plan de la expedición

Para llevar a cabo esta tarea Moreno distribuyó a sus colaboradores y les encomendó el estudio de tres grandes regiones: una ubicada entre San Rafael,



Expedición de Moreno entre San Rafael y Lago Buenos Aires. Trayecto entre lago Tromen y Reigolil / Pulmari.

en Mendoza, y Chos Malal, en el norte del Neuquén; otra entre los ríos Negro, Limay y Collón Cura, y el Nahuel Huapi; la tercera entre el lago Gutiérrez y el lago Buenos Aires, en Santa Cruz.

En sus palabras la distribución fue la siguiente: (...) los ingenieros topógrafos Enrique Wolff y Carlos Zwiilmeyer y el geólogo Rodolfo Hauthal, acompañados del dibujante paisajista Carlos Sackmann y del cazador del Museo Matías Ferrua, reconocerían la región entre San Rafael y Chosmalal, en forma de simple itinerario y desde ese punto donde se reunirían conmigo, procederían según las instrucciones que les daría sobre el terreno.

Los ingenieros topógrafos Adolfo Schiörbeck y Eimar Soot, el geólogo Santiago Roth y el ayudante Juan M. Bernichan, se dirigirían por el Río Negro y el Limay hasta Collon-Curá; desde allí los señores Soot y Roth se internarían por el Río Caleufú, y reconocerían sus afluentes a la espera de nuevas instrucciones; el señor Schiorbeck se dirigiría a Nahuel Huapi con el señor Bernichan, quien quedaría allí encargado de la estación meteorológica, mientras que el primero se internaría por el Lago Gutiérrez hasta donde le fuera posible y reconocería las serranías vecinas.

Los ingenieros topógrafos Gunardo Lange, Teodoro Arneberg, Juan Waag, Juan Kastrupp, Emilio Frey y Ludovico Von Platten, el ingeniero de minas Joanny Moreteau y el naturalista viajero Julio Koslowsky, reconocerían, siguiendo las instrucciones dadas, la región comprendida entre el Sud del Lago Gutiérrez y el Lago Buenos Aires.

Así el señor Frey debía explorar las tierras de Cholila y los valles y serranías situados al Norte y Noroeste del Lago Puelo y al Oeste del principal afluente Norte del Chubut, desde las nacientes del río Manso, punto que exploraría el señor Schiorbeck. El señor Lange debía explorar la red de lagos entre los de Cholila y el Fetá-Leufú, hasta donde éste recibe las aguas del Río Corintos, en el valle 16 de Octubre. El señor Waag reconocería la región del Río Corcovado, o Carrenleufú, hasta donde fuera posible dentro de la parte explorada por los señores Steffen y Fischer. El señor Kastrupp topografiaría la región al Oriente del Lago General Paz, y el valle del Genua; y el señor Von Platten los valles regados por el Río de las Vacas y por el Río Pico, internándose luego hasta donde le fuera posible en la región montañosa.

El señor Arneberg, acompañado del señor Koslowsky, exploraría los lagos Fontana y La Plata, y luego la región entre el Río Senguerr y el Lago Buenos Aires, hasta los primeros cerros nevados que cruzan los afluentes del Aysén en su descenso hacia el Pacífico. El señor Moreteau tendría a su cargo el estudio geológico del Valle 16 de Octubre y de las montañas vecinas”.

En una breve síntesis de esta expedición escribiría unos años después Moreno (1903a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 116): “(...) Esta vez debía estudiar la falda oriental andina, entre Mendoza y el Lago Buenos Aires, al frente de un grupo elegido de topógrafos y geólogos del Museo de La Plata. Alcancé hasta dicho lago, visitando entre otros puntos, el Bio-Bio, Aluminé, Reigolil, Huechu-Laufquen, Lácar, Nahuel Huapi, Maiten, Cholila, 16 de Octubre, lago General Paz, Fontana, Aysén y el río Fénix, cuyo fácil desvío, para demostrar la inconsistencia de las teorías del perito chileno, pude apreciar. Al regreso crucé a Chile por Nahuel Huapi y visité en Santiago al señor Barros Arana, a quien amistosamente referí los principales resultados de mi viaje, los errores de apreciación geográfica en que él incurría al pretender que el encadenamiento principal de los Andes coincidía con el divortium continental, y no le oculté mi decisión de volver el río Fénix a su antiguo curso, como una demostración práctica de estos errores (...)”.

(...) Principié la preparación del libro (...) que contendría el resultado de las observaciones del viaje, y una vez más, la prueba evidente de que no habría demarcación posible sin el estudio previo del terreno, desde que este era completamente contrario a las ideas que de él se había formado el perito chileno, idea que había inspirado la teoría del divortium aquarum continental, y también a la idea corriente argentina del límite con Chile contenida en los tratados de 1881 y 1893, hechos ambos sin el conocimiento de la geografía andina”.

Estando en Bariloche Moreno cruzó a Chile por el Paso de Pérez Rosales y llegó a Santiago de Chile. Se entrevistó con Barros Arana y otros hombres de gobierno y les planteó que el problema principal era el escaso conocimiento de la geografía de ambos lados de los Andes. Las conclusiones servirían de base al proyecto que el Ministro de Obras Públicas, Ezequiel Ramos Mejía, presentaría años más tarde al Congreso (Bertomeu, 1949, p. 352-353).

Según Moreno: *“Todo este competente personal, perteneciente a las secciones topográfica y geológica del Museo de La Plata, se puso en marcha a principios de Enero del año 1896, desde sus puntos de partida, no habiendo podido hacerlo antes por las dificultades que se presentan siempre desgraciadamente entre nosotros cuando los elementos de que debe disponerse no dependen directamente de quien dirige esta clase de investigaciones, y sí de trámites administrativos engorrosos y lentos”*, mientras que él se dirigió a San Rafael en Mendoza y desde allí cubrió a caballo el trayecto hasta el lago Buenos Aires en Santa Cruz, encontrando a su paso a las distintas comisiones. De esta manera, podría *“tener una impresión personal del conjunto de los resultados y poder con ella darme cuenta luego de sus detalles”* (1898, p. 213). Las conclusiones de esta expedición múltiple, que finalizó en junio de 1896, fueron reseñadas por él y publicadas en 1898, e incluyeron las instrucciones que dio a sus colaboradores y lo realizado por ellos.

Los informes de los diferentes colaboradores de Moreno fueron también incluidos al final de esa publicación y son incorporados más abajo en los lugares más apropiados dentro de la descripción general del viaje que realizó Moreno.

Moreno (1898, p. 334) reseñó los trabajos de todos ellos *“dejando para más tarde los del señor Roth, realizados con excelentes resultados, entre Roca y Nahuel Huapi, y los del señor Moreteau que había estudiado la geología de la región inmediata al Valle 16 de Octubre, entre la caverna del Cerro Situación y la Laguna Cronómetro”*.

El informe del geólogo Rodolfo Hauthal mereció un tratamiento diferente y fue fragmentado, en razón, según Moreno (1898, p. 338) de que el mismo abarcaba *“diferentes temas que son difíciles de extractar rápidamente”*. La mayor parte (...) de índole geológica y referidas al volcán Lanín, el Huechu-Lafquen y los lagos Lolog y Lácar.

Esta expedición de seis meses sirvió para el reconocimiento de un área de 170.000 km² entre San Rafael y lago Buenos Aires, con vistas a elaborar un plano en escala 1:400.000.

Producto de esta misma expedición fue la propuesta de Moreno para que se construyera una red de líneas ferroviarias que uniera el Atlántico con la cordillera, la cual serviría de fundamento al proyec-

to que años después presentaría al Congreso de la Nación, el Dr. Ezequiel Ramos Mejía, y que Moreno defendería desde su banca de diputado.

Reseña de la expedición

Moreno, de San Rafael a Calefú

De San Rafael a Malargüe. A fines de enero de 1895 Moreno se hallaba en San Rafael, región que ya había hecho estudiar topográfica y geológicamente en 1894 por Gunardo Lange, Enrique Wolff y Rodolfo Hauthal. De allí, luego de haber encontrado a Hauthal y Zwilmeyer, iniciaron el recorrido hacia el sur con destino, en primer lugar, al sitio donde hoy se encuentra la localidad de Malargüe.

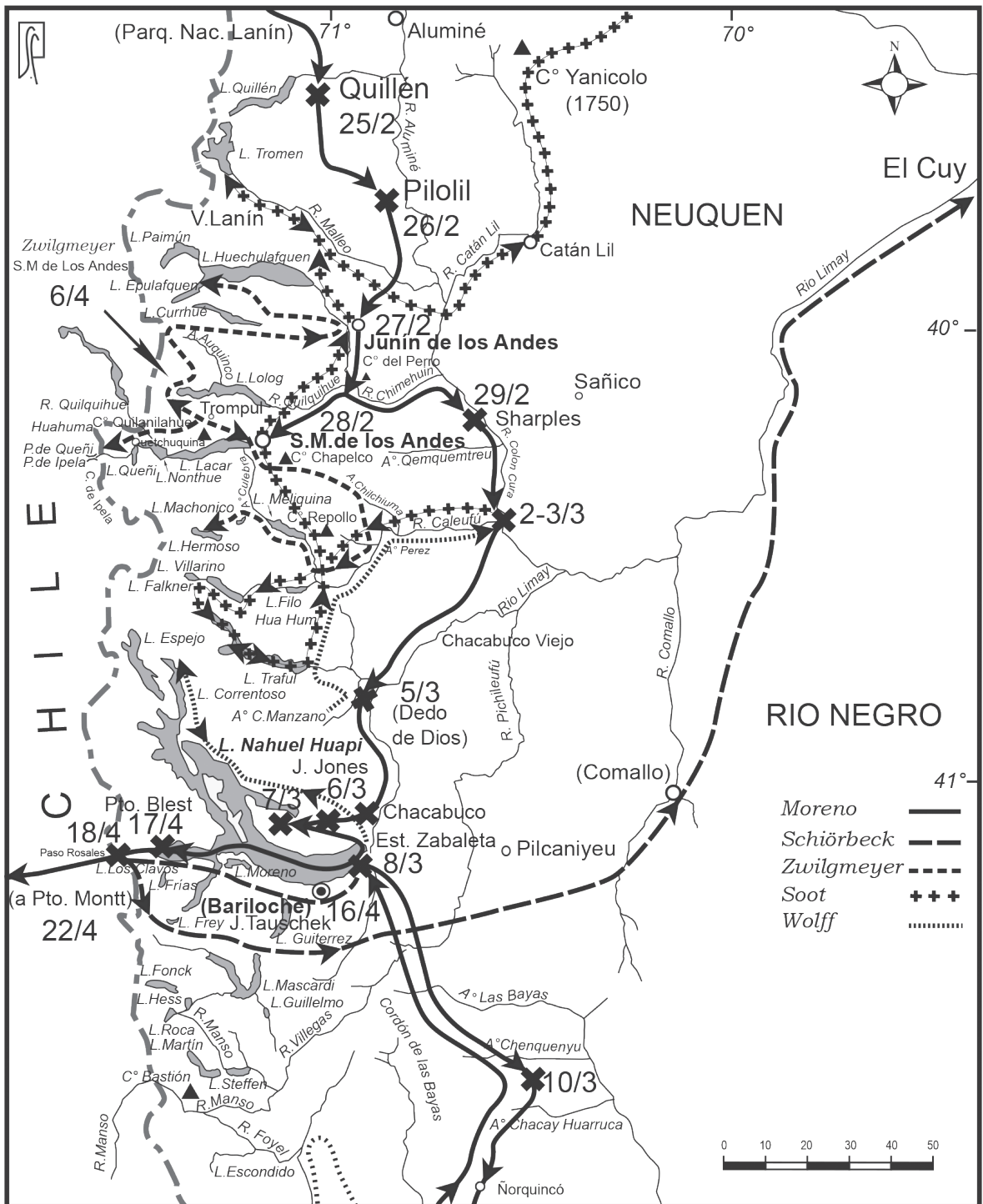
En su visión San Rafael sería *“(...) pronto cruzado por ferrocarriles y formará en próximo tiempo uno de los centros más activos de producción y bienestar del interior de la República (...). El enorme caudal de los ríos Diamante y Atuel y sus afluentes pueden regar centenares de miles de hectáreas, y la composición de esas tierras permite esperar crecida compensación para aquellos que le entreguen su energía y su confianza (...)* (Moreno, F. P., 1898: 216-218).

En su relato Moreno describió en breves y exactos trazos la geografía y composición geológica de la región entre San Rafael y Cañada Colorada (Malargüe), destacando incluso particularidades como el cañón de Atuel en Pituil. Imaginó (1898, p. 217) que no pasaría *“(...) mucho tiempo sin que un ferrocarril cruce los Andes siguiendo el abra por donde corre el Río Salado”* (...) *“El ferro-carril Tinguiririca- San Rafael no puede tardar mucho tiempo en ser construido, y su prolongación hacia Buenos Aires y Bahía Blanca, por empalmes con los ferro-carriles que ya avanzan en esa dirección, será, a no dudarlo, el camino interoceánico de mayor tráfico por la baratura de sus fletes”*.

En Cañada Colorada, Moreno y sus acompañantes se encontraron con el Ing. Wolff y desde allí hicieron algunas excursiones hacia el oeste: Moreno reprodujo observaciones geológicas de Hauthal, que abarcaban la región hasta la laguna Llancanelo y las faldas del Nevado (Moreno, 1898, p. 218).

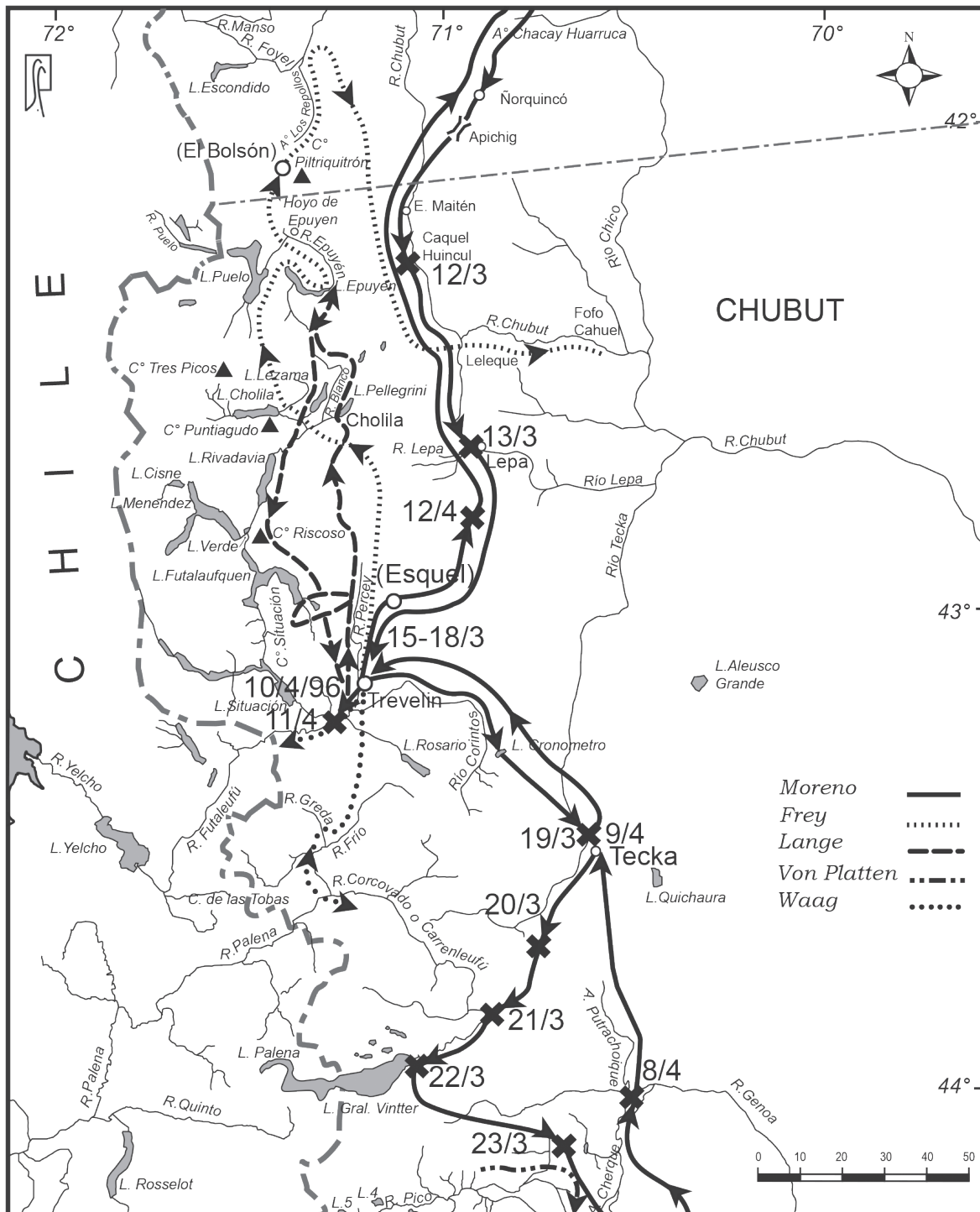
El 5 de febrero de 1895 Moreno y sus acompañantes salieron de Cañada Colorada y pasaron por la *“antigua población de Malargüe (...)* cuyos muros y puertas conservan rastros de los ataques que sufrió de parte de los indígenas. Se conserva vivo el recuerdo

Expedición del Museo de La Plata, de San Rafael a Lago Buenos Aires, 1896



Expedición de Moreno entre San Rafael y Lago Buenos Aires. Trayecto entre Reigolil y Ñorquincó.

Las fronteras de Francisco P. Moreno



Expedición de Moreno entre San Rafael and Lago Buenos Aires. Trayecto entre Ñorquincó and Lago Gral. Winter.

de doce mujeres quemadas por los salvajes dentro de una pieza" (p. 218).

En su trayecto hacia el sur pasaron el arroyo de Loncoche y Moreno corroboró las observaciones de Hauthal con respecto al progresivo desplazamiento hacia el este de los afloramientos del mesozoico marino.

El 6 de febrero cruzaron el Portezuelo de Loncoche (2030 m) (Moreno 1898, p. 219), divisoria de aguas entre el sur y el norte y hacia el sur encontraron el Arroyo del "Agua Votada". Llegaron al Río Grande y como no lo pudieron cruzar debido al caudal de agua lo costearon por su margen izquierda. Observaron que a unos 25 km en dirección sud-sudeste el valle se estrechaba entre "*mantos extensísimos de escorias negras que descienden de los cráteres que se ven en línea longitudinal al oriente y que domina algo más al este el colosal volcán moderno, el Payen*". Según Moreno (p. 220-221) no había visto "(...) *en toda la República paisaje con un carácter más acentuado de volcanismo moderno que aquel*", al que comparó con las lavas negras de Antofagasta de la Sierra que no le habían impresionado tanto. Moreno describió el encajonamiento del río en el lugar [igual al actual] donde se había tendido un puente.

El 7 de febrero cruzaron el puente y treparon por una empinada falda de rocas sedimentarias (al parecer del cretácico) hasta alcanzar 1970 m. Cruzaron dos arroyos afluentes del río Grande y acamparon a orillas del río Covunco (1600 m).

El 8 de febrero siguieron hacia el río Barrancas (p. 222), cuyo "*valle abrigado, está cultivado; el trigo y la viña se producen bien*". Para ello cruzaron varios portezuelos entre 1500 y 1600 m y el río, en cuya confluencia con el Grande nacía el Colorado. Ascendieron "*a altos lomajes con prados naturales, como Ranquicó (1170 m)*" y llegaron al puesto de don Benjamín Cuello (1390 m) donde acamparon.

El 9 de febrero continuaron hacia el sur y cruzaron "*Butacó, grieta entre las rocas neovolcánicas (1890 m) por donde corre un arroyo caudaloso*" y bajaron "*hacia el majestuoso Tromen, el volcán apagado más hermoso y más imponente de la región*". Cruzaron un extenso escorial y llegaron a la laguna situada al pie occidental del Tromen (Moreno, 1898, p. 222-223). En el trayecto hacia Chosmalal observaron sembrados de triguales y verduras. A la tarde llegaron a Chosmalal "*antiguo fuerte Cuarta División, y hoy*

capital del Territorio del Neuquén", en la confluencia del Neuquén y el "Curileo" [Curileuvu], donde ya se encontraban "*acampados los señores Hauthal y Zwilgmeyer*".

En opinión de Moreno, Chosmalal tenía, por su situación, un gran porvenir, aunque en ese momento la vida de los colonos estaba en peligro fuera del centro urbano, debido a los bandoleros que pasaban de Chile perseguidos por la justicia.

Moreno visitó en las inmediaciones de Chosmalal "*algunos puestos donde antiguos pobladores chilenos cultivaban la tierra desde cuarenta años atrás. El indio los dejó trabajar en paz y el blanco, cuando arrojó al indio, no los molestó. Largas historias pueden referir esos hombres que han formado allí familias numerosas, testigos como han sido del poderío de los caciques, de sus malones y de sus orgías, de su decadencia y desaparición, no ante la civilización, que ya la tenían en las mismas condiciones que el actual habitante de esas campañas (...). El viejo fortín que se conserva en parte sobre un peñasco dominando los dos ríos, ¡cuántas tragedias esconde en sus fosos!*" (Moreno 1898, p. 224).

Aquí, probablemente, comenzó Moreno a evidenciar su preocupación por el reparto de la tierra pública por parte del gobierno. Al respecto escribió: "*Lástima grande es que la forma imprudente en que se ha distribuido la tierra pública no obligue a la colonización inmediata. Las concesiones de grandes áreas serán siempre un desprestigio para el Gobierno argentino y una rémora para el progreso del país. Si la distribución de la tierra pública se hubiera hecho en los territorios del sud con el conocimiento previo de esos terrenos, su población actual sería cincuenta veces mayor, y ese territorio una provincia argentina rica y populosa. Pero con estancias de treinta y dos leguas, que solo requieren un hombre por legua para el cuidado de las haciendas, me temo que no prospere rápidamente esa admirable región (...). Chosmalal progresa, pero lentamente. La distancia y la falta de caminos carreteros no son los principales obstáculos; estos son los que produce la falta de una buena ley de tierras que permita al colono trabajar en lo suyo desde el primer momento que lo ocupa, obstáculo con que se tropieza en todos nuestros pueblos nacientes del sudoeste: pertenece el suelo a un afortunado particular que no siempre lo posee con buen título, cuando*

este no ha sido arrancado al Fisco por sorpresa o por indiferencia de los que tienen el deber de vigilar por el cumplimiento de las leyes que rigen su enajenación, o es del Fisco, y este no se preocupa como debiera, de arraigar al poblador dándole o vendiéndole el pedazo que pueda cultivar” (Moreno, 1898, p. 223, 226).

Moreno permaneció tres días en Chosmalal, pero no pudo visitar, al oeste, el valle de Chacay Melehue, que si fue examinado por Hauthal, y que era la quebrada “*más poblada y fértil de toda la región*” (p. 224).

De Chos Malal a Ñorquín. El 15 de febrero, luego de “*hacer cruzar el equipaje*” el río Neuquén, siguieron viaje a la madrugada, en dirección a Ñorquín. Recorrieron “*un camino carretero perfectamente trazado*”, obra del teniente coronel Franklyn Rawson, Gobernador del Territorio, al que según Moreno se debía también el que se estaba construyendo entre Chosmalal y Pichachen. Al respecto escribió Moreno: “*¡Si nos fuera dado emplear en caminos en la República solo el precio del más pequeño de los acorazados de la escuadra argentina cuánto provecho resultaría para regiones tan ricas y tan descuidadas!*” (Moreno, 1898, p. 225).

Siguiendo hacia el sur, Moreno (1898, p. 226) pudo tener una visión de los cambios sufridos por los aborígenes: “*El camino serpentea entre pastos tupidos y pasa al costado de un alegre puesto, donde vemos enredaderas cubriendo el quincho de las paredes y las fajas del techo de los pintorescos ranchos; flores rojas de malvas avivan el paisaje y un arroyuelo, manantial que brinca entre pajas y berros, culebrea entre los corrales enclenques de vacas, cabras y cerdos. Varias mujeres diligentes lavan ropas, cantando, y algunos hombres echados en el suelo, duermen. Las primeras plantaron indudablemente las flores y las enredaderas; los segundos heredaron el rancho y los corrales de algún viejo capitanejo que reunió allí las haciendas que le tocaron en el reparto del malón. Si el indio poco se ha modificado con la destrucción del aduar, sus mujeres en cambio han progresado; parece que hoy son más mujeres, ya ríen*”.

Al llegar a Ñorquín se enteró de que el General Godoy estaba por llegar para buscar un lugar “*para establecer el cuartel general de la división del Neuquén*”.

Esto le ocasionó “*tristes reflexiones*” (...) “*cuadras de edificios en ruinas, hermosos cuarteles sin puertas,*

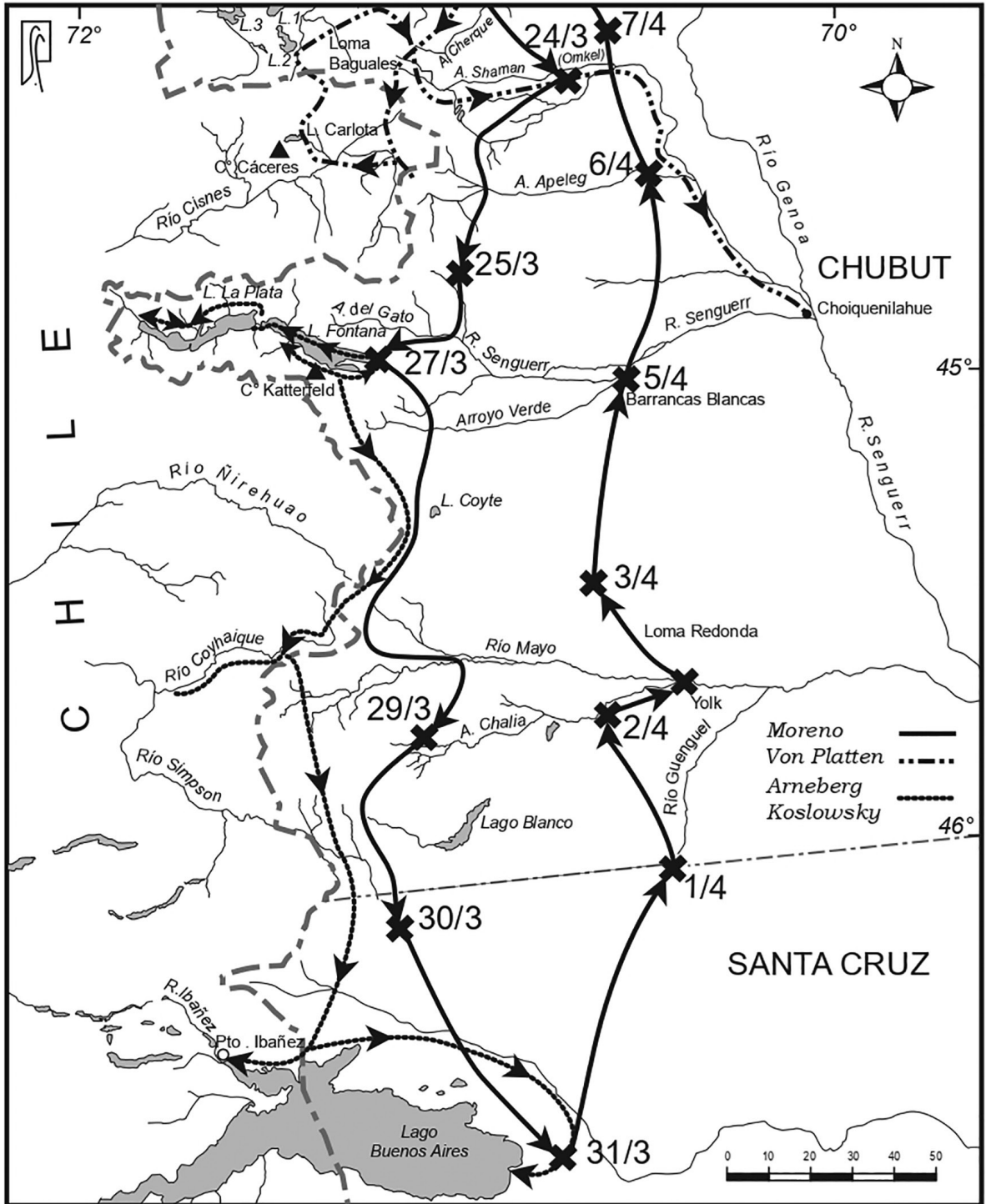
vestigios de un poderoso campamento que no debió dejar de serlo, pero, siempre el mismo defecto nacional por todas partes: la desidia y la ignorancia del valor de la tierra en perjuicio del tesoro común. Cientos de miles de pesos han debido costar aquellas construcciones que son ruinas y nada más, cuando pudieron ser plantel seguro de un gran centro de producción, dadas las condiciones del suelo, la bondad de los terrenos inmediatos y la proximidad de Chile a donde conducen fáciles caminos (...) y las próximas fuentes termales de Copahue tendrían fama universal. Allí se habría agrupado todo el refinamiento de la civilización moderna, tal es el pintoresco y grandioso medio en el que brotan y surgen las aguas milagrosas cuya fama atrae ya a chilenos y argentinos; pero también, las termas son ya propiedad particular por concesión nacional.

(...) *para establecer el cuartel general de la división del Neuquén, de acuerdo con el plan de distribución de las fuerzas militares de la Nación (...) esta ya no posee una legua de tierra útil en aquellos parajes. ¡El soldado que dio su sangre para liberar del salvaje esta hermosa región, debe pagar arrendamiento por el sitio en que tiende su recado! (...) [en] el sitio destinado a la colonia agrícola y pastoril ‘Sargento Cabral’, que se destina a premiar al soldado que quiera hacerse labrador o pastor una vez que los años y los servicios lo obliguen a dejar el servicio de la patria. Allí no hay un metro cuadrado aprovechable y ni para las cabras; en cambio, todo lo bueno que rodea a la ‘Colonia’ tiene dueño. ¡Vaya un premio el que se destina al soldado cumplidor!*

Producen náuseas tales hechos. ¿Por qué los que tales zonas indicaron para colonizar no se fijaron en las hermosísimas praderas y lomajes (...) inmediatos?” (Moreno, 1898, p. 226-227, 233).

De Ñorquín a Pino Hachado. Moreno y sus acompañantes cruzaron el río Agrio y llegaron a la Estancia “*La Argentina*”, “*de reciente creación*”, donde pasaron la noche, y “*Necesitando para mis propósitos tener una idea de las serranías del Oeste, dispuse que los señores Wolff y Hauthal se dirigieran desde ‘La Argentina’ hacia ese rumbo y la cruzaran hasta encontrar el camino del río Bio-Bio, el que seguirían para reunirse conmigo en el Arco*”.

Moreno describió las características topográficas y geológicas de la serranía ubicada al oeste del río



Expedición de Moreno entre San Rafael y Lago Buenos Aires. Trayecto entre Lago Gral. Winter y lago Buenos Aires.

Agrio que, según observó, se prolongaba hacia el norte por el Durazno y Campana Mahuida.

El 16 de febrero siguieron viaje y llegaron a la Estancia de Dalmiro Alsina donde encontraron al General Godoy que estaba esperando al primer cuerpo de la división militar que debía llegar en esos días.

Moreno envió la tropa hacia Calefú, donde debía encontrar a Roth y Soot y el 18 de febrero, en compañía de Zwilmeyer, se dirigió hacia el oeste para visitar la cuenca del Aluminé. Cruzaron el río Aichol, afluente del Agrio, cuyo valle estaba plantado con trigo y a medida que avanzaban al oeste comenzaron a observar los primeros pehuenes. Entraron a la quebrada de Pino Hachado donde había una comisaría y un aserradero que proporcionaba madera a las estancias vecinas y postes para el telégrafo que se tendía entre General Roca y Chosmalal.

De Pino Hachado a Lonquimay. El 19 de febrero siguieron el valle del río Aichol *“hasta encontrar la cima del cordón que separa las aguas que van al oriente, de las que descienden al sud y sudoeste para alimentar el Aluminé”*. Descendieron por la quebrada del arroyo Litrán que desembocaba en el río Arco, primer afluente norte del Aluminé. Cerca de sus fuentes, al pie del cerro Batea, estaba la Comisaría del Arco, punto en el que Moreno había decidido reunirse con Wolff y Hauthal.

Como no estaban, decidió esperarlos mientras recorría las inmediaciones. Un kilómetro al norte de este punto, se encontraban las fuentes de los ríos Bio-bio, hacia el Pacífico y del Aluminé, hacia el Atlántico. Moreno observó que esta divisoria de aguas nada tenía que ver con las altas cumbres de los nevados andinos que se divisaban *“a lo lejos, en el occidente”*.

Moreno descendió hacia el oeste hasta el lago Guayetue. El río Bio-Bio poco después de salir del lago y antes de dirigirse hacia el norte, recibía las aguas del lago Icalma, situado entre el lago Guayetue y el lago Aluminé. En opinión de Moreno los tres lagos eran remanentes de un gran lago que ocupaba toda la depresión, el cual fue rellenado por tobas, originadas en erupciones, las que fueron en parte destruidas por las glaciaciones.

Según Moreno (1898, p. 230), *“El actual valle bajo mide más de veinte kilómetros de este a oeste y la*

población empieza a afluir allí formada por los emigrantes chilenos que se alejan del territorio alarmados por los ruidos de guerra que esparcen otros de esa misma nacionalidad, que adquieren así a vil precio las cementeras que abandonan los crédulos en esa guerra tan imposible como pregonada”.

A la tarde llegaron Wolff y Hauthal a la comisaría del Arco. Estos habían penetrado por la quebrada del arroyo Pailahue y pasando por la meseta y sus escoriales se habían dirigido al oeste atravesando el arroyo Manzano y costeano las lomas inmediatas al arroyo Butahuao habían subido por la quebrada de Yumu-yumu hasta alcanzar la cumbre de la sierra. Al oeste, el arroyo Rahue confluía en el Bio-Bio, en la cabecera del valle de Lonquimay *“la joya de los valles andinos”*.

“En ese valle están las ruinas de los fortines chilenos Lonquimay y Liucura, y los habitantes cuentan, con más o menos exactitud, encuentros sangrientos que se produjeron entre soldados argentinos y chilenos durante nuestra campaña contra los indígenas, considerando cada avanzada que el terreno en que operaban pertenecía, una a Chile, otra a la Argentina. Esta incertidumbre no ha desaparecido aún, y no desaparecerá mientras los trabajos de la delimitación de fronteras no lleguen allí. No basta que unos y otros digamos: esto es nuestro, porque sí. Estas razones no son razones.”

De Lonquimay a Aluminé. Se dirigieron hacia el sur dividiendo las tareas. Hachado y Wolff siguieron por el valle bajo del Aluminé hasta el valle del Chimehuin, mientras Moreno y Zwilmeyer examinaban la región que precedía la línea de montañas del oeste.

El río Aluminé recibía las aguas del arroyo Litrán y corría hacia el sudeste. Al oriente, sobre la meseta, se hallaban los cerros que formaban la cadena de *“Catalin”* (Catan-Lil). Destacó Moreno: *“En esa falda abrupta de la ribera izquierda del Aluminé, es donde está ubicada la futura ‘Colonia Sargento Cabral’, ubicación que es una sangrienta burla a la buena fe de la Nación. ¡Vaya un premio el que se destina al soldado cumplidor! Producen náuseas tales hechos”*.

En la tarde del 22 de febrero pararon en la Vega de Pulmari *“verdadera tierra de promisión”*. Según Moreno (1898, p. 233-234) *“Esa región (...) y sus al-*

rededores es una de las más hermosas que he visto en mi vida, y bien aprovechada por la nación sería, a no dudarlo, en breve tiempo un centro de actividad si la colonización se hiciera con elementos que correspondan al suelo.

Pero, para esto es indispensable rehacer nuestras leyes de colonización, que si bien pudieron tener su aplicación cuando se creía que el territorio argentino fiscal tenía el tipo general de la pampa —el llano— hoy que felizmente se sabe que tenemos territorios tan variados en su constitución física que permitirán la variedad en las industrias, que constituirán nuestra mayor riqueza, es necesario estimular el aprovechamiento racional de la tierra y sus recursos naturales”.

El 23 y 24 de febrero se dirigieron al oeste para conocer las vegas de Ñorquincó *“en cuyas inmediaciones se ha dado principio a la demarcación de la frontera con Chile”.*

Años después (Moreno, 1918-1919, p. 54) dirá: *“Acampamos en el mismo punto donde tuvo campamento la subcomisión argentina demarcadora en el año pasado, y al día siguiente alcancé hasta el Valle de Reigolil, donde está el puesto indígena de Curanemo (...); visité el mojón (1060 m) en el origen de los arroyuelos que forman el divortium aquarum continental, al que se llega insensiblemente, pues la pendiente del terreno no alcanza a cinco por mil desde el Aluminé” (...)* *“La quebrada es continua entre el llano occidental y el Aluminé y difícilmente pueda considerarse aquello como el dorso andino, sin mayores investigaciones. Ese camino de Reigolil, se hace a todo galope, bajo galerías de cañas y de frutales, y es uno de los pocos que pueden ser tropeados durante el invierno hasta los pueblos del valle central de Chile. El poderoso macizo de Zolipulli que se prolonga al noroeste, cortado, por las aguas que bajan de la hondanada donde se ha erigido el mojón divisorio, parece ser continuación de los nevados que vi desde la morena del Lago Aluminé y desde el Lago Guayetue; y la impresión que recibí de esa excursión, es la de que será necesario un estudio muy detenido de la región para poder trazar con seguridad en ella o en sus vecindades la línea de fronteras, de acuerdo con la letra y el espíritu de los tratados que la disponen, y me convenzo una vez más de la imprescindible urgencia que hay en disponer el estudio general de la Cordillera de los Andes, antes de proceder a la marcación en detalle de la línea*

divisoria. El lector no extrañará que con frecuencia me refiera a nuestra cuestión pendiente de límites con Chile, si recuerda que es mi preocupación constante de veinticinco años atrás y que uno de los propósitos de mis viajes es el de extender mis conocimientos generales sobre los Andes”.

Moreno imaginaba que el ferrocarril que se construía hasta la confluencia de los ríos Limay y Neuquén llegaría a Temuco por el valle transversal de Reigolil.

Hacia Junín de los Andes. Dejaron al oeste la quebrada de Coloco en cuyo centro se había colocado un segundo hito, y pasaron por los lagos Rucachoroy y Quillén, buscando la 4ª sub-comisión argentina, a la que encuentran durante la mañana del 25 de febrero. Acamparon en la altiplanicie, en un lugar próximo a las nacientes del Pichileufú.

El 26 de febrero cruzaron el portezuelo de Huahuan (1500 m) y Moreno volvió así al lugar en el que estuvo en enero de 1876, junto a un manantial donde descansó con su *“buen compañero el capitanejo Nahuel-pan” (...)* *“Fusilado en 1882 en el llano de Maipú, en una de las horas negras de esa época de lucha, en las que no siempre se procedió con justicia”.* Según Moreno, en aquella visita había entendido a los indígenas que el Lanín se llamaba Quetrupillan (cerro truncado) y así lo publicó, pero posteriormente se había dado cuenta de su error, pues el Quetrupillan se hallaba más al oeste y no era visible desde ese punto.

El 27 de febrero siguieron por el *“pintoresco camino indígena que tantas veces recorriera en otro tiempo”* y alcanzaron la pampa de Malleco o río Malleu, *“donde al abrigo del promontorio andesítico de Pungechaf, acampaba en 1876 la toldería de Ñancucho”.* Observó ahora Moreno que *“De aquellos toldos apenas quedan las piedras tostadas de los fogones y huesos carbonizados”.*

Según Moreno (1898, p. 237-238) *“El antiguo camino indígena entre las tolderías de Caleufú (cacique Shaihueque), Collon-Cura (cacique Molfinqueupu) y Pungechaf o Malleco (cacique Ñancucho) (...)”* seguía las aguas del Arroyo Paliqú por la pampa de ese nombre y luego penetraba *“(…) en las quebradas que comunican con el valle profundo del Collón-Cura, atravesando así las serranías volcánicas del oriente del*

Chimehuin cuyos cerros más visibles son el Tantan y del de los Perros”.

Moreno hizo su recorrido algo más al oeste, “entre el Tantan y el cerro Trinque (1080 m), hasta caer al hermoso valle del Chimehuin”. Al mediodía llegaron a Junín de los Andes, donde permanecerían varios días.

Escribió Moreno (1898, p. 238, 245-247): “Conocí años atrás el hermoso valle (...) y por lo tanto sabía que hermoso centro de actividad podría llegar a ser (...) y no extrañé encontrarme con un núcleo de población de verdadera importancia. El pueblo cuenta con 500 habitantes y sus calles edificadas rodean las ruinas el fortín (...), pero lo de siempre, aquellos pobladores atrevidos, dignos de ser ayudados por la Nación, eran todos intrusos. Calculé esa tarde que el capital visible de las casas de negocio pasaba de 200.000 pesos; hay edificios que costaron 15.000 pesos; y todo esto depende de la buena o mala voluntad del propietario afortunado que ubicó allí una concesión de treinta y dos leguas, por una de esas inconcebibles resoluciones de nuestros hombres de estado que resultan siempre de la indiferencia de los más. ¿Por qué no habremos imitado en nuestro avance de fronteras a los soldados de la conquista que fundaron pueblos donde levantaron sus campamentos? Trozos de la tierra que los propietarios de Junín adquirieron por menos de un peso la hectárea, se han vendido ya a más de cuatrocientos pesos, según datos que me han sido comunicados con posterioridad a mi visita (...).

El valle del Caleufú será también un centro importante agrícola-ganadero, pues aquellas tierras pueden regarse fácilmente y el valle es bastante ancho para ser utilizado con provecho. Sus lomajes inmediatos son todos pastosos (...).

Toda la región que crucé (...) no presenta dificultad alguna para llevar por ella un camino de hierro, y lo que he visto (...) afirma más mi creencia de que el ferrocarril de más provecho y de más fácil ejecución, entre el Atlántico y el Pacífico, en la región del sud, será el de puerto San Antonio a Junín de los Andes y Valdivia.

Debo confesarlo, esperaba encontrar más progreso en estos parajes; pero cómo obtenerlo cuando la tierra entre Junín de los Andes y Caleufú tiene solo dos dueños, y la población no alcanza a un hombre por cada cien kilómetros”.

En Junín, Moreno se encontró con Wolff y Hauthal. Wolff había “*dado principio a determinar la posición astronómica de la plaza del pueblo, trabajo indispensable para las investigaciones que había dispuesto y que debían extenderse principalmente al sud del grado 40 de latitud*”.

El 28 de febrero se dirigió al lago Lácar desde donde seguiría hacia el sur (véase más abajo). Mientras tanto la región ubicada entre Aluminé y el lago Lácar fue explorada en detalle por C. Zwilgmeyer.

Exploración de la zona entre Aluminé y el lago Lácar, por Carlos Zwilgmeyer

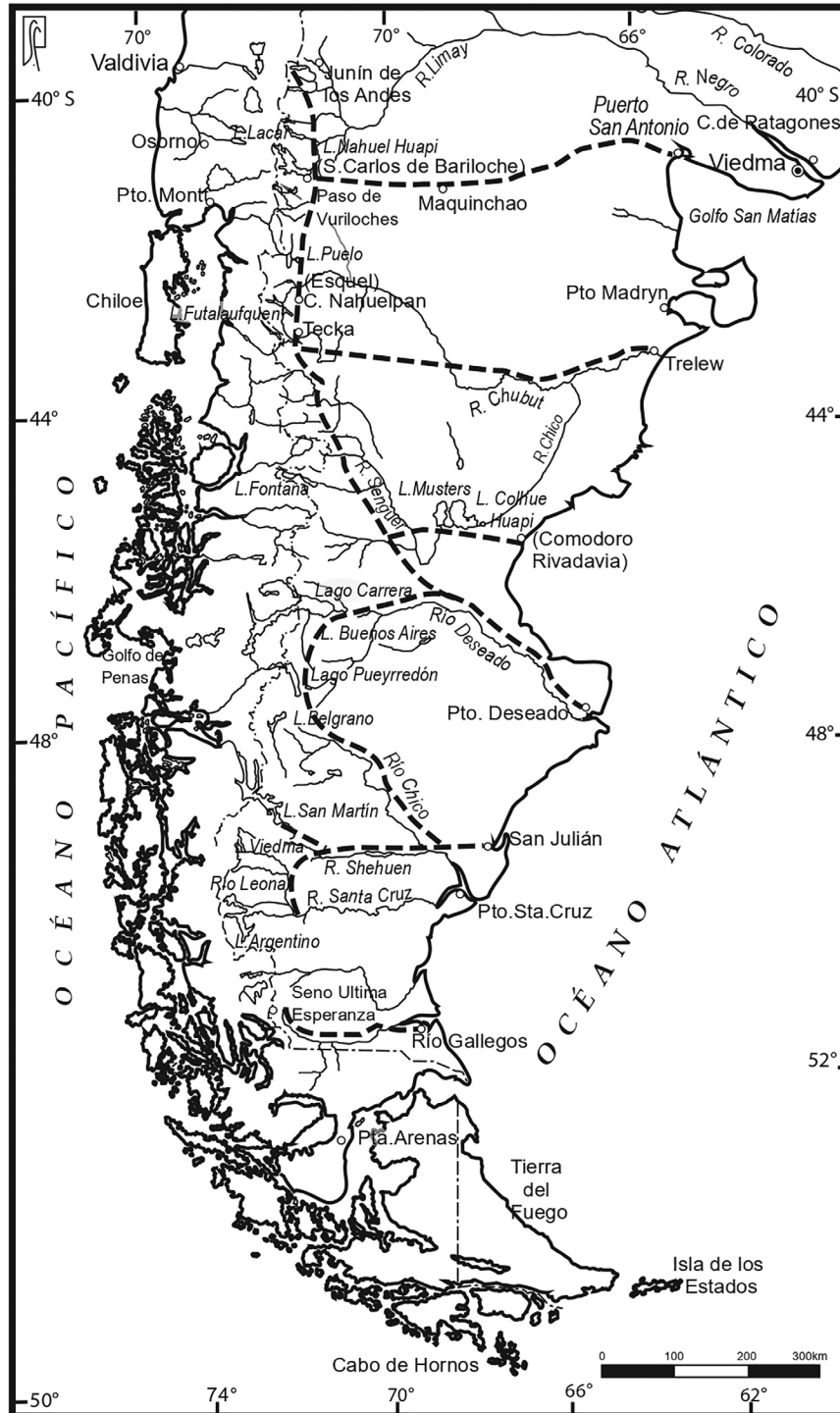
Carlos Zwilgmeyer desde el Lago Lácar se dirigió al cerro Chapelco, pasando por el Portezuelo de Pil-Pil (1150 m) del que nacía el arroyo Pil-Pil (o Pil Pi) que confluía en el Lácar. Cinco kilómetros al sudeste, cruzó el arroyo Chamanico [arroyo Culebra en los mapas actuales] cuyas aguas iban al Lago Metiquina que desaguaba por el río Calefú. Remontó el río Chilchiuma [Chuchiuma en los mapas actuales] hasta sus nacientes y desde un cerro cercano, prolongación del Chapelco, divisó Calefú, Collón Curá y Quemquemtreu.

Siguió por el Arroyo Manzano [arroyo Pérez en los mapas actuales] hasta el Calefú, remontó el río Metiquina (o Meliquina) y alcanzó el lago de ese nombre. Costeó su afluente [río Hermoso de los mapas actuales] hasta llegar al lago Machonico y desde un cerro inmediato – 2060 m- hizo un azimutal al cerro Pillán (Moreno, 1898, p. 336).

Subió (Moreno, 1898, p. 337) por un afluente [río Hermoso en la actualidad] del lago Machonico hasta un segundo lago [lago Hermoso en la actualidad], que trató de navegar en una balsa improvisada. No pudo hacerlo debido al viento, aunque alcanzó el extremo a través del bosque y comprobó que allí llegaba un arroyo [Comodon en los mapas actuales]. Observó al oeste un tercer lago, pero como supuso que era el Filohuehuen, que debía estudiar Soot, retrocedió a Maipú.

El 23 de marzo llegó a Maipú, desde donde “según sus instrucciones” debía estudiar la cadena de Ipela. Visitó Trompul, el lago Lácar, Camalalhue [Quilani-lahue], Quetchuquina, Huahuma, hasta llegar por el norte a Ipela.

Expedición del Museo de La Plata, de San Rafael a Lago Buenos Aires, 1896



Líneas ferroviarias Patagónicas proyectadas por Moreno.

Subió al portezuelo, reconoció la Laguna Neufielieu [en las cabeceras de un arroyo afluente norte del río Queñi]. Desde un cerro inmediato de 1970 m [sin nombre, pero ubicado al este de la laguna Queñi] tomó fotos de la Cordillera de Ipela. Ubicó el Portezuelo de Ipela a 1470 m [1428 m en los mapas actuales].

El 6 de abril emprendió el regreso a la laguna Lolog por una senda que atravesaba el cerro Trompul. Siguió viaje por el norte de la laguna y por un valle de rumbo NO llegó las nacientes del río Anquilco [Aunquinco en los mapas actuales].

Debido a la inclemencia del tiempo, regresó a Junín, desde donde hizo una excursión a la laguna Curhué (Currhue), entre Lolog y Huechu-lafquen.

En compañía de Wolf fue a reconocer la orilla sur del lago Huechu-Lafquen, observando su división en dos brazos hacia el oeste y siguiendo el brazo del oeste hasta el fondo. La divisoria de aguas la ubicó en cerros bajos y los cerros más altos, y los del sur del Huechu-Lafquen los ubicó a 15 km al este del fondo del lago y al oeste notó cerros nevados, entre los que creyó distinguir el Quetropillán (Moreno, 1898, p. 337-338). El 19 de junio, llegó a San Rafael.

Carlos Zwilmeyer determinó 42 latitudes y 67 alturas, 9 trigonométricas y el resto barométricas.

Moreno llega al lago Lácar. El 28 de febrero, Moreno y sus acompañantes, tras dejar atrás Junín de los Andes, se dirigieron al lago Lácar, orillando el Chimehuin. Cruzaron el arroyo Carhué que se originaba en un pequeño lago ubicado al oeste y llegaron al afluente, el río Quilquihue. A la tarde llegaron al valle de Maipú “y en su extremo al lago Lácar”. Cruzaron el Quilquihue en el punto donde proviene del oeste-noroeste y sobre la margen derecha ubicaron el *divortium auquarum* en unos desniveles producidos por unos depósitos de morena. Pasaron la planicie y descendieron al llano de Chapelco o Maipú (Moreno, 1898, p. 241). Pasaron el viejo Fortín Maipú, “hoy inútil, situado a orillas del arroyo Loncohuehum, Calbuco, o Huechuehum”, bajaron a la segunda depresión y llegaron a las “rancherías del cacique Curuhuinca”, a quien Moreno no había conocido en sus viajes de 1876 y 1880.

Moreno recordó que Shaihueque y Ñancucheuque le habían dicho que al pie de la Cordillera en el paso a Chile había caciques que cultivaban la tierra.

Uno de esos era Curuhuinca. Había trigales cercanos y además las mujeres tejían. Y “con todos los recursos de esa colmena humilde comercian con Junín de los Andes y con Valdivia”. La verdura que se consumía en Junín de los Andes provenía de las chacras de la gente de Curuhuinca, de las vegas de Trompul y de Pucara, inmediatas al lago Lácar que se hallaba a unos 200 m de los ranchos (Moreno, 1918-19, p. 59).

Moreno empleó la tarde en atender las visitas de los indios y en preparar las instrucciones “para las operaciones que debían realizar los señores Wolff, Zwilmeyer y Hauthal”.

Años después, recordaría Moreno (1918-1919, p. 54-55) con respecto al lugar por donde cruzó el Quilquihue: “Digno de atención es ese punto y me detengo en él algunas horas. El llano, como he dicho, es de origen glacial y lo considero formado exclusivamente por una morena secundaria en una de las extensiones de los ventisqueros que tuvieron su asiento en el Lago Lolog y en el Valle Maipú. Los avances y retiradas de los ventisqueros y su mayor o menor desarrollo por causas locales, han modificado muchas veces los depósitos que dejaron en esos movimientos, y los últimos de estos son los que han producido el fenómeno citado, si del camino que tomamos nos desviamos unos 300 metros al nacimiento, encontraríamos una pequeña depresión transversal, apenas sensible por el oeste, pero limitada al oriente por lomajes que forman una morena secundaria frontal. En el centro de esta depresión horizontal ocupada por un verde mallín, o manantiales, hay unos medianitos que ocupan apenas veinte metros cuadrados y cuya mayor elevación no alcanza a un metro. Elegimos con el señor Hauthal ese punto para nuestro objeto (800 m.), que era el de precisar el punto en que se produce la división de las aguas y vimos que bajo ese medianito se confunden; caminamos desde allí al Quilquihue y seguimos primero las aguas subterráneas, reveladas a medida que avanzábamos por la humedad progresiva del suelo hasta que brotan y luego corren a echarse al río, y en seguida hicimos la misma observación con las humedades opuestas. Hubiera sido necesario poseer niveles de precisión para conocer el desnivel exacto entre Río Quilquihue y las aguas que descienden hacia el Pacífico, pero desde ya puedo decir que creo que una cuadrilla de veinte peones podría, en veinticuatro horas, desviar el curso del Quilquihue y arrojar todas sus

aguas al llano de Maipú. Cuestión de remover un poco de barro y arena y nada más”.

El 29 de febrero a la mañana Moreno retrocedió para dirigirse al río Collón-Cura. Curuhuínca ya se había repuesto y le había provisto baqueanos y peones a los acompañantes de Moreno.

Entre el llano al norte de Chapelco y la orilla del lago Lácar, Moreno reconoció tres escalones que indicaban el cambio de nivel del lago. Trepó esa morena y por ella recorrió la margen derecha del río Quilquihue.

Desde la confluencia del Quilquihue y el Chimehuín “*el camino*” seguía al oriente por el valle moderno dejando al noreste “*el cerro volcánico del Perro*”. Moreno criticó las conclusiones de Fischer (dinamarqués al servicio de Chile) que decía que este cerro era parte de un cordón, contrafuerte de la cordillera, al tiempo que sostuvo que el cerro estaba aislado y que las cordonadas en las que se encontraba eran paralelas a la cordillera. En opinión de Moreno (1898, p. 244-245) “*Sostener que Junín de los Andes está dentro de la Cordillera, es lo mismo que sostener que Osorno está en el riñón de los Andes*”.

Sobre la base de lo que observaba Moreno (1898, p. 245) confirmó sus ideas de que “*el ferro-carril de más provecho y de más fácil ejecución, entre el Atlántico y el Pacífico, en la región del Sud*” debía ser “*el de Puerto San Antonio a Junín de los Andes y Valdivia*”.

Al anochecer, llegaron al Collon-Curá, a la estancia Ahlenfeld (Allenfeldt en el mapa), inmediata al río “*sobre el antiguo camino indígena*”, donde pasaron la noche.

Moreno de nuevo en Calefú - 1896

El 1 de marzo a la mañana, Moreno desde Collón Cura se dirigió a Calefú para encontrarse con Schiörbeck, Soot y Roth quienes allí lo esperaban. Allí también lo encontró Hauthal, quien siguió viaje al Filohuehuen observando en el camino grandes morenas, iguales a las que reconocería entre este río y el lago Metiquina (Moreno, 1898, p. 340).

Moreno (1898, p. 245) observó que “*el ancho valle del Collón-Cura esta hoy menos poblado que veinte años atrás, cuando las indiadas de Molfinqueupu tenían allí sus tolderías, pero es de esperarse que sus actuales dueños no dejarán en tal abandono tan hermoso pedazo de tierra*”. Comprobó que el “*For-*

tín Sharples estaba en ruinas, deshabitado, habiendo terminado su misión” y recordó a su “*pobre primo Anselmo Sharples, soldado por vocación, muerto cumpliendo con su deber*”.

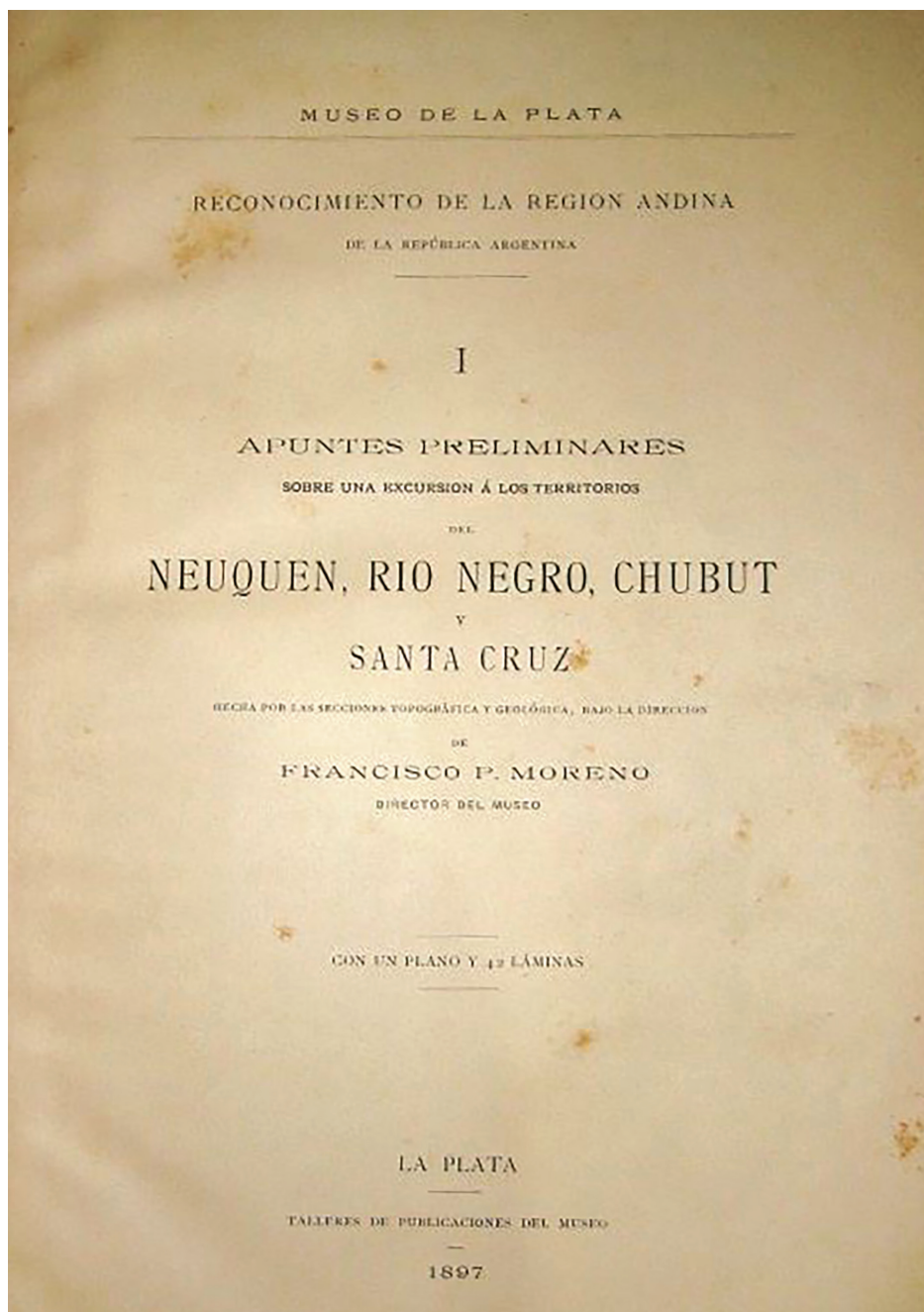
Moreno observó la alternancia de lavas y tobas “*que esconden una fauna interesantísima perdida, de las que el señor Roth reunió posteriormente buen número de representantes*”.

En las inmediaciones estaba “*(...) la piedra que ha dado nombre al paraje y este al río: Collón-Cura-‘Máscara de piedra’ que estaba rodeada, cuando mi retirada en 1876, por las tolderías de los hermanos Praillan y Llofquen y punto*” en el que casi termina su viaje “*al cruzar entre la indiada ebria y hostil*” (Moreno, 1898, p. 245). Según Moreno (1898, p. 256) la piedra en la opinión de Falkner “*tenía formas de mujer*” y él llegó “*hasta cincuenta metros de la piedra en cuestión; estaba rodeada por los toldos, y no solo pude examinarla, sino que debí a las buenas piernas de mi caballo el no ser asesinado allí el 4 de febrero de 1876*”.

Moreno (1898, p. 245-246) visitó “*el sitio de las Juntas de Guerra o Aucantrahum, ya terminadas para siempre. Dos veces me había encontrado en ellas, y en muy malas circunstancias la segunda vez. El gran círculo despejado de arbustos, trazado por las mil evoluciones de la táctica indígena, durante un siglo por lo menos en aquel lugar tradicional, empezaba ya a borrarse*”. Al respecto reflexionó: “*Han desaparecido ya casi todos los viejos caciques que me rodearon en aquella Junta, pues creo que solo sobrevive Shaihueque, a quien espero encontrar pronto, lejos de ‘sus campos’ y ‘ubicado’ en los lotes que he obtenido para él y sus tribus, inmediatos a Tecka, el ‘campo’ del buen cacique Inacayal ya fallecido. Quemquemtreu, que así se llama el paradero y arroyo inmediato a la meseta de las Juntas, será, a no dudarlo, asiento de pueblo una vez que se colonice el valle del Collón-Cura, y también estación de ferro-carril que ha de cruzar a Chile (...)*”.

Cruzó el Calefú “*en las inmediaciones de su confluencia con el Collon-Curá*” y poco después acampó “*en el mismo sitio donde tuve mi carpa en 1876 y 1880. Las tolderías de Shaihueque no habían dejado más rastros que cenizas de huesos y las ruedas de piedra y la tierra quemada de los fogones*”.

Pensaba Moreno (1898, p. 246): “*El valle del Calefú será también un centro importante agrícola-ganadero, pues aquellas tierras pueden regarse fácilmente*



Carátula del libro de Moreno (1898) “Reconocimiento de la región andina de la República Argentina. I, Apuntes preliminares sobre una excursión a los Territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz hechas por las secciones Topográfica y Geológica bajo la dirección de Francisco P. Moreno”.

te y el valle es bastante ancho para ser utilizado con provecho. Sus lomajes inmediatos son todos pastosos”.

Entre el 2 y el 3 de marzo Moreno organizó “las expediciones de los señores Wolff, Soot, Hauthal y Roth, que debían operar entre Junín de los Andes y Nahuel Huapi” (véase más abajo). “Como una compensación” Moreno (1898, p. 247) rehízo “de día el camino que llevé en la noche del 11 de febrero de 1880, cuando con mis fieles servidores el soldado José Malgarejo y el indio Gavino, fugamos de la toltería, y pude ver a la luz el primer rápido lateral donde tuvimos el primer fracaso con nuestra tosca balsa. Agradables evocaciones estas cuando la comparación del pasado con el presente arroja un saldo favorable para el país”.

El 4 de marzo pasaron por Yalaleicura “inmediata a la piedra misteriosa que tanto veneraban los indígenas, simple conglomerado desprendido de la falda de la meseta y que domina el profundo valle del arroyo de ese nombre”. Hicieron aparentemente el mismo recorrido, aunque en sentido inverso, que Moreno hizo en 1880 en su llegada a Caleufu y dejaron a la izquierda el camino que iba hasta la confluencia del Collon-Cura y el Limay “que será el que seguirán los ríeles” (Moreno, 1898, p. 247).

Desde allí luego seguirían viaje hacia el lago Nahuel Huapi (véase más abajo).

Exploración de la región entre Junín de los Andes y el Nahuel Huapi – Eimar Soot y Enrique Wolff

La región entre Junín de los Andes y el lago Nahuel Huapi fue explorada por Eimar Soot y Enrique Wolff, quienes comenzaron sus trabajos en la zona a principios de marzo de 1896.

E. Wolf siguió el valle del río Caleufú hasta la hoya del Traful (Moreno, 1898, p. 326), y reconoció el “arroyo Cuyé-Manzana” [Cuyin Manzano, en los mapas actuales]. Posteriormente llegaría al Nahuel Huapi y desde allí iría hacia el norte (véase más abajo).

Soot por su parte emprendió su viaje acompañado por Hauthal “desde el camino que sigue el Río Caleufú hasta un poco más al sud del Arroyo Quemquemtreu” (Moreno, 1898, p. 334).

En la confluencia del Caleufú con el arroyo Chilchiuma [Chuchiuma en los mapas actuales] subió a un cerro [correspondería al cerro Repollo de los mapas actuales] de 2000 m situado al sur de la cadena de Chapelco.

Siguiendo el río (Caleufú) encontró a doce kilómetros del “Lago Filohuehuen” [Filo-Hua-Hum en los mapas actuales] un lago “que no era conocido y al que se ha dado el nombre de Lago Falkner”. Como no pudo explorarlo por tierra construyó una balsa y con su ayuda pudo llegar hasta el fondo en el que desagüaba un arroyo de un kilómetro que nacía en otro lago “que ha recibido el nombre del piloto Villarino”.

Sobre el fin del lago Falkner observó una quebrada hacia el NO, en la cual se reunían probablemente las aguas de los lagos ubicados más al norte al oeste del lago Metiquina [Meliquina en los mapas actuales; en estos mapas, en esta quebrada, se halla un río que desemboca en el lago Villarino y hacia el norte hay otro arroyo que corre hacia el norte y forma parte del sistema hidrográfico del lago Lácar] (Moreno, 1898, p. 334-335). En este recorrido Hauthal observó que en el Lago Metiquina la roca dominante era el granito.

Por la quebrada del lago Traful, Soot se dirigió a ese lago y no pudiendo bordearlo por tierra construyó una balsa y junto con Hauthal navegó hasta su extremo, por el brazo norte, desde cuya orilla sud ascendieron un cerro de 800 m [por encima del nivel del lago, que correspondería al cerro Filo Negro en los mapas actuales]. Desde este cerro divisaron, hacia el sur, el Cerro Pantoja [Pantojo, al oeste del Nahuel Huapi], al oeste los cerros Cuervo, Puntiguado, etc., al norte el Cerro Pillan [Quetrupillan, en Chile a la altura del lago Huechulafquen]. De acuerdo con las rocas observadas en la zona del lago Traful, Hauthal llegó a la conclusión de que la región sufría “en épocas recientes la acción de grandes erupciones volcánicas” (Moreno, 1898, p. 341).

Usando la carpa como vela regresaron al río Traful observando que el lago estaba rodeado de alturas y bosques, cuyas maderas según Moreno (1898, p. 335)- podrían ser usadas en puntos poblados, aguas abajo. El lago caía en el río Traful en el que confluía desde el sudoeste el “Arroyo Cuye Manzana” [río Cuyin Manzano en los mapas actuales]. Posteriormente Soot volvió por Caleufú al “Valle de Maipú” [lago Lácar en los mapas actuales] y desde allí a Junín de los Andes “en marcha para el Lago Huechu-Lafquen”. Pasó por el cerro “de la Virgen” y por el Malleu [río Malleo en los mapas actuales], llegó a la laguna del Tromen y siete kilómetros al oeste encontró la na-

ciente de dos arroyos, uno que iba hacia esa laguna y el otro hacia el oeste.

El 13 de mayo llegó a la Estancia Ahlenfeld (o Al-enfeldt) en el Collón Curá [probablemente un poco más al sur de la cañada Mallín Grande]. Cruzó el Collón Curá y siguió hasta la bajada del río Catan Lil “*por la gran meseta, hasta el fortín del mismo nombre, meseta limitada al oeste por el Cerro Euquen, del cual nacen los arroyos Pilchumen y Piño, que desaguan en el Río Catalin*” (Moreno 1898, p. 335).

Desde el arroyo Piño remontó el “Catalin” hasta sus nacientes “*en el cerro Chiachil o Chaschuil, el que más al sud toma el nombre de Jacatan hasta su unión con el cerro Euquen que poco a poco se levanta hasta la confluencia del Aluminé con el Catalin, formando así una cadena de sud a norte entre los dos ríos, siendo el punto más culminante la cumbre del Chaschuil*” (Moreno, 1898, p. 336).

Hizo estación topográfica en el Cerro Janiculo [= Yanicolo] de 1863 de altura, al este del río Catan Lil, entró por las quebradas Lapa y Honda hasta el arroyo Picunleufú, lo cruzó al igual que el Ñireco, costeo la laguna Blanca “*y en dirección a Codihue acampó cerca del Arroyo Carreri que nace al lado norte del Chaschuil*”. Cruzó Llauco, dejando al oeste el Cerro Palomahuida (Palau Mahuida, 2635 m) “*continuación del Chaschuil al norte, para llegar a Codihue*” (en los mapas actuales figura una “Estancia Codihue” inmediatamente al NO de Las Lajas).

El 26 de junio, desde Codihue, Soot regresó a La Plata por el camino de Roca (Moreno, 1898, p. 336).

Eimar Soot determinó 45 latitudes y 67 alturas barométricas.

Moreno explora desde Collón Cura al Nahuel Huapi, por el Limay.

Mientras tanto, Moreno (1898, p. 248) y sus acompañantes, el 5 de marzo a mediodía, descendieron al valle del Limay, que en ese lugar tenía un ancho de tres kilómetros, pero que se enangostaba hacia el sur “*hasta formar las estrechuras que presentan los primeros rápidos*” (...) “*Allí la cadena aparentemente volcánica que teníamos al oeste cruza el río y cubre con sus lavas la meseta, una vez pasado Chacabuco Viejo, nombre del fortín que estuvo situado allí en el punto que antes se llamaba Tran Mazanageyu (630 m)*”. El fortín es ubicado en el

mapa en la margen norte del Arroyo Mala Vaca. La segunda angostura es ubicada en el texto luego de pasar el Pichi-Limay, con lo cual la primera angostura debe haber estado ubicada más al noreste de la desembocadura del Limay Chico en el Limay. Entre el Limay Chico y el Chacabuco Viejo estaban los rápidos en los que naufragó Cox.

Siguieron hasta la desembocadura del Traful en el Limay, más allá de la cual acamparon en proximidad del torreón de “*cuatro metros de base por cincuenta de alto*” [conocido actualmente como el Dedo de Dios].

El 6 de marzo continuaron por la orilla izquierda del Limay y descendieron al ancho y extenso valle, “*resto del lago Nahuel-Huapi que se retira*”. Según Moreno (1898, p. 249-250): “*este valle (...) debería estar ya completamente poblado. Sin embargo, solo vimos algunas yeguas ariscas y corrales y casas abandonadas cuando se retiraron las fuerzas nacionales. Creo que estas tierras son fiscales aún, por suerte, y obra patriótica haría el gobierno que dispusiera su colonización inmediata (...)*”.

Al anochecer llegaron a la estancia de Juan Jones, punto en el que “*(...) tenía en 1876 su toldería el cacique Inacayal, pero Shaihueque no consintió, cuando visité el lago en ese año, que me acercara a la toldería de Tequel-Malal, que así se llamaba entonces el paraje*”.

Aquí probablemente quedó Roth, con quien se uniría Wolf llegado desde Calefú, el 14 de marzo (Moreno, 1898, p.327).

El 7 de marzo Moreno buscó un lugar elevado sobre las morenas con el fin de observar y describir los alrededores. Según Moreno (1898, p. 251) los pobladores estaban alarmados por un “*grupo de salteadores chilenos*” que dos días antes habían asesinado a un vecino. Escribió Moreno: “*Esa tierra nuestra está completamente abandonada. Es imposible que la Gobernación del Neuquén pueda ejercer vigilancia en todo el territorio con el escaso personal de que dispone, y sería de desear que el Ministro de Guerra resolviera enviar un cuerpo de línea a Nahuel-Huapi, el que podría ser núcleo de una colonia militar útil*”. Para ello Moreno planteó la posibilidad de trasladar la colonia “Sargento Cabral”, ubicada en los escoriales de Catalin. Escribió Moreno (...) “*Felizmente, no todas las costas del Nahuel Huapi han sido tan malbaratadas y hay aún facilidad de hacer en ellas la co-*

lonia que sueño, en la que el colono gane la propiedad de su lote con la labor de sus manos (...).”

El 8 de marzo a la mañana temprano, cruzaron el Limay en el bote de Jones, frente a la estancia de Gabriel Zavaleta. Decía Moreno (1898, p. 251): “*El río corre entre la morena muy empinada y ese sería un excelente punto para hacer un puente*”.

Al mediodía llegaron al “*campamento Schiörbeck, a cargo del señor Bernichan y situado al pie de la barranca donde en 1880 tuve mi campamento, en la choza abandonada del indio valdiviano Guaito*”, donde vivía el colono José Tauschek “*cuyos cultivos y productos pastoriles tienen ya fama entre los colonos alemanes de Llanquihue*”, aunque no era dueño del terreno “*que ha hecho valer con sus esfuerzos (...) y está expuesto a ser desalojado, sin tener derecho a indemnización alguna por el dueño de la concesión*” (Moreno, 1898, p. 252).

Schiörbeck estaba desde unos días antes en la zona y había subido al cerro del Carmen [Villegas en los mapas actuales], desde donde vio el lago hasta la Isla Victoria, el Cerro Puntiagudo en Chile, y el Tronador “*que por su posición respecto del observador mostraba solamente dos de sus picos, midiendo el más alto 3400 metros, promedio de cuatro observaciones trigonométricas, es decir, casi 400 metros más que la altura calculada por los señores Fischer y Steffen [en el mapa 1:500.000 actual mide 3554 m]. El Cerro Puntiagudo mide, según el señor Schiörbeck, 2430 metros [en el mapa actual tiene 2490 m], o sea 130 metros menos de lo que indican los mismos señores*” (Moreno, 1898, p. 328).

“*Desde el Cerro del Carmen se alcanzaba a ver el lago hasta Puerto Blest, comprobando así la inexactitud del brazo dibujado en el mapa del señor Fischer. Por la extensa visual que dominaba, puedo comprobar también el error del rumbo dado por el señor Kruger (Expedición exploradora del Río Palena – Santiago 1895) al Cerro Tronador el que dice verse desde el desagüe del lago de oeste a norte. Noto dos depresiones del lago, de las cuales una es la de Puerto Blest y la otra está ocupada por un brazo, al sud [Brazo de la Tristeza de los mapas actuales]; la parte entre las dos depresiones es ocupada por una pequeña cadena en que el Cerro Capilla es el más elevado*”.

Schiörbeck, siguiendo instrucciones de Moreno, se había internado por el lago Gutiérrez. Había pasa-

do a la orilla norte del lago con mucha dificultad por lo denso del bosque. Allí se encontró rodeado de cerros orientados en sentido este-oeste, y al sur divisó una cadena, donde el cerro más notable fue llamado “La Ventana” que corría hacia el oeste, paralelo “*al macizo de la Torre de la Catedral, cuyo pie escarpado se baña en la costa noroeste del lago situado al oeste del Lago Gutiérrez, al que se ha dado el nombre de Lago Mascardi, en honor del misionero asesinado por los indios en 1672*” (Moreno, 1898, p. 329). Schiörbeck ascendió uno de los picos del Catedral. Y desde allí ubicó todos los cerros que circundaban el Nahuel Huapi al oeste, norte y este (Moreno, 1898, p. 329).

Moreno se dirigió en su búsqueda. Volvió “*a ver el venerable del lago, el centenario ciprés que había observado en 1880, próximo al arroyo Nierecó, en la falda de la morena y dominando a la población de San Carlos, construida últimamente por los hermanos Wiederholtz. (...) La casa de negocio de los señores Wiederholtz provee ya a las necesidades de una vasta zona y exporta los productos de esta a Puerto Montt, para lo cual dispone de embarcaciones (...). El comercio de lanas, cueros, cerda, papas, queso, manteca y otros productos menos importantes, permite despachar una embarcación quincenal a Puerto Blest, en el extremo oeste del lago, productos que son transportados en tres días a Puerto Montt, mientras que para llevarlos a Viedma se requeriría un mes y más. Mientras no se construya un ferrocarril entre el puerto de San Antonio y Junín de los Andes con un ramal hacia el gran lago, saldrán al Pacífico por Puerto Montt, vía Nahuel Huapi, todos los productos desde Caleufú al sud hasta el valle 16 de Octubre; en cambio, el día que ese ferrocarril exista y se prolongue de Junín de los Andes a Villarrica, la corriente comercial se invertirá, y la miel y cera de Llanquihue y los pasajeros para Europa del sud de Chile a partir de Concepción, se embarcarán en el puerto de San Antonio*” (Moreno, 1898, p. 249-253).

El 9 de marzo permanecieron en la zona, pero Moreno dio explicaciones sobre las actividades desarrolladas y se limitó a transcribir parte de un libro inédito en el que relataba lo hecho en 1880 en el mismo lugar. Si se aceptan las fechas dadas parecería que estuvo un mes sin que se sepa qué hizo en ese tiempo. [Considerando que más adelante dirá que regresó de lago Buenos Aires el 1 de abril, parece

evidente que aquí estuvo solamente un día y que en su relato de viaje subsiguiente Moreno comenzó a reemplazar “marzo” por “abril”].

Aquí Moreno introdujo una comparación de esta región con Suiza, no por un afán de europeizar a la Argentina sino para hacer comprensible la dimensión y significación mucho mayor de lo que observaba. Escribió Moreno (1898, p. 259-260; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 143-144): *“Patagonia es la digna rival de Suiza, por el magnífico escenario de su naturaleza. He visitado Suiza y sus grandes lagos, después de haber recorrido la Patagonia, y pienso que Suiza es una reducción habitada de la Patagonia Andina; ninguno de sus lagos puede rivalizar con la majestad imponente, inmensa, del lago Viedma; ninguno de sus ventisqueros, con el mar de hielo, semejante a un pedazo de costa groenlandesa, dominado por el (...) Fitz Roy. El lago Argentino es más salvaje, más indómito, que el de los Cuatro Cantones; tiene todo lo que este tiene, salvo la obra del hombre, pero en escala mayor, como mayor es su tamaño. Sus montañas son más elevadas y más pintorescas; sus bosques son vírgenes, mientras que en Suiza se ve el paso del hacha y del serrucho; sus ventisqueros reemplazan con escuadra de témpanos colosales, mágicos, que desfilan delante de las selvas en flor, las blancas embarcaciones o vapores que en Suiza conducen al turista. El lago San Martín, separado por los montes Lavalley de los canales andinos, no tiene parecido entre los que he visto más pequeños, como el de Brienz; los nevados de sus inmediaciones son tan imponentes como la Jungfrau. Nahuel Huapi tendría semejanza con el lago Lemán, si a este último se le agregara el de los Cuatro Cantones. El Monte Blanco tiene un hermano en el Tronador, gigante geográfico siempre airado y siempre rugiente”*.

El martes 9 de marzo Moreno continuó viaje hacia el sur, cruzó el Ñirehuau y se dirigió al sudeste, para cruzar el Pichileufu y luego el arroyo de las Bayas [que Moreno consideró erróneamente un afluente del anterior], dejando al oeste el cerro del mismo nombre. Descendió por una quebrada y acampó en Chenqueg-geyu *“al pie de la barranca sedimentaria terciaria (1150 m)”* (Moreno, 1898, p. 270). [Aunque según Moreno las colinas entre Las Bayas y Chenqueg-geyu formaban la divisoria de aguas entre los ríos Negro y Chubut, en los mapas actuales éste se

encuentra entre Las Bayas y el Pichi-Leufu, diferencia que se debería a que Moreno llamo Las Bayas a un pequeño afluente austral del Pichi-Leufu].

Exploración desde lago Gutiérrez a Pichileufú, Limay, Comallo, El Cuy, General Roca, por Alfonso Schiorbeck

Mientras tanto Schiorbeck volvió al lago Gutiérrez y cruzó *“en una chata el Lago Nahuel Huapi”*, desembarcando en Puerto Blest *“cuya posición geográfica dada por el señor Fischer rectificó (...)”*. Penetró en la cordillera y pasó por la “Laguna de los Clavos”. Pasó por la Laguna Frías y por el Boquete Pérez Rosales y llegó al Portezuelo llamado Cuesta de los Raulíes a 1290 m, divisoria de aguas. Al este corrían hacia la laguna de los Clavos que desagaba en el Nahuel Huapi y hacia el oeste se originaban los afluentes del Río Peulla. Según Moreno (1898, p. 329) había un fuerte declive hacia el oeste pues se bajaba a 320 m s.n.m. en Casa Pangué (Paugne en el mapa), inmediatamente al oeste de la Cuesta de Raulíes, dominada por el Cerro Pérez Rosales (2850 m) ubicado al sur [no figura en los mapas actuales, donde solo hay un cerro Vichadero].

El 3 de abril, siguiendo las instrucciones de Moreno se dirigió hacia el sur por *“los altos lomajes situados al poniente del camino general al Valle 16 de Octubre”*. Cruzó el Curruleufu [este último figura en el mapa de Moreno en el lugar en que actualmente se ubica el río Ñirihua]. *“Ascendió por el río hasta sus dos afluentes principales. Dice que recibe un afluente de un cerro ubicado al norte, del cual hacia el oeste nace el Río Manso [si es así no se trata el Ñirihua de los mapas actuales sino del Pichileufu, y el río que nace al oeste es el Villegas que fluye hacia el Manso. Que se trata del Pichileufu es corroborado porque al este de sus nacientes se ubica, tanto en los mapas actuales como en el de Moreno, el Cordón de las Bayas].”*

El 7 de mayo, debido a las tormentas de agua y nieve emprendió viaje de regreso a Roca *“siguiendo el camino (...) que de Nahuel-Huapi pasa por el Cañadón Cumayen [Comallo] y sube al de Pilcangeyu [Pilcaniyeu].”* Cruzó el portezuelo entre los dos cañadones, y siguiendo el primero hasta llegar, luego de cincuenta y cinco kilómetros de recorrido, al río Limay; atravesó varias otras depresiones entre ellas

la de Cuy y el 12 de junio, Schiorbeck llegó a Fuerte General Roca (Moreno, 1898, p. 330).

En su recorrido Alfonso Schiorbeck determinó 45 latitudes y 52 alturas, 16 trigonométricas, 2 trigonométricas y barométricas y el resto barométricas.

Desde Nahuel Huapi a Junín de los Andes y San Rafael – Enrique Wolff.

Wolff y Roth, que habían quedado en el Nahuel Huapi, entre el 16 y el 24 de marzo se dirigieron al Potrero Huber (llamado así por ser usado como invernada por un hacendado de ese nombre residente de Osorno), en el extremo NO del lago, donde ocupaba el valle situado entre la laguna Totoral y el lago Nahuel Huapi [“El Rincón” en los mapas actuales].

Entre el 25 y el 28 de marzo Wolff ascendió el Cerro Mirador *“espléndido punto de observaciones desde el cual se ven los cerros Lanín, Chapelcú, Tronador, Pantoja, Puntagudo, Volcán de Osorno, Volcán Puyuhue y Volcán Villarrica”* (Moreno, 1898, p. 327) y examinó la laguna Constanca *“cuyas aguas se vacían en el Lago Puyehue”*.

El 30 de marzo Wolff regresó al Potrero Huber y entre el 31 de marzo y el 5 de abril se dirigió al NE *“para estudiar el sistema del Lago Correntoso”* y llegó al lago Espejo, en el cual se vaciaba otro pequeño lago, el lago del Encanto.

El 6 de abril volvió al Potrero Huber *“después de una tarea muy dura, empeorada por la lluvia casi continua”* y luego regresó a la Estancia Jones *“embar-*



Colaboradores de Moreno en los estudios de la excursión a los Territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz hechas por las secciones Topográfica y Geológica del Museo de La Plata. De izquierda a derecha: Sentados: Enrique Wolff, Gunardo Lange, Teodoro Arneberg. Parados: Ludovico von Platten, Jean Moreteau, Juan Waag, Eimar Soot, Alfonso Schiörbeck, Emilio E. Frey, Carlos Zwilmeyer.

Archivo Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno, San Carlos de Bariloche. Archivo de Cancillería, Caja AH/0002

cado en la canoa del buen indígena Millaqueo” (Moreno, 1898, p. 327- 328).

Entre el 23 de abril y el 8 de mayo estuvo en Junín de los Andes y en el Lago Huechu-Lafquen, trabajando con Zwilmeyer y Soot “*entorpecido frecuentemente por las lluvias y nieves*” (Moreno, 1898, p. 328).

El 13 de mayo Wolff llegó a Quillén y se dirigió a Chos-Malal y a San Rafael “*por el oriente del Macizo del Nevado*”, localidad esta última a la que llegó el 15 de junio.

Enrique Wolff determinó 58 latitudes, 23 azimuts y 118 alturas, 22 trigonométricas y el resto, barométricas.

Moreno sigue hacia el sur. De Nahuel Huapi a Apichig

Mientras tanto Moreno y sus acompañantes, el miércoles 11 de marzo, pasaron Chenqueg-geyu y subieron a la meseta de 1430 m, cortada por cañadones orientados hacia el este y dominados al oeste por el cerro Quemado “*por cuyo pie, por quebradas abrigadas y fértiles, se baja al valle del Arroyo Chacay-hue-rucá (1200 m) que corre al este para unirse con el Chenqueg-geyu y más abajo con el Ftatemen*” (Moreno, 1898, p., p. 271) [En los mapas actuales ambos arroyos son afluentes del río Chico, que corre de norte a sur]. Pasaron el valle del arroyo Chacay-hue-rucá y subieron de nuevo a la meseta (1390 m) y llegaron a “*la prolongada hendidura longitudinal de Ftatemen (1060 m) en la que las barrancas, desnudadas en parte, prometen vasto campo de exploración a los paleontólogos*”.

El jueves 12 de marzo volvieron a trepar la meseta, dejando al este el valle del río y descendieron hacia el oeste al abra de Apichig. Moreno (1898, p. 272) recordó que “*en esa abra acampé en enero de 1880 y allí quedó enfermo mi buen guía, el pobre indio Hernández, que murió en los toldos inmediatos víctima de su confianza en la médica de la tribu (...) bello motivo (...) era el rebaño de limpias ovejas pampas que vi entonces, próximo a los toldos (...) [Para 1896] el bosquecillo de ese triste campamento había sido quemado y las tolderías desaparecido con sus habitantes, esparcidos a los cuatro vientos: ¡pobres indios que jamás hicieron mal a nadie y que no cometieron más crimen que el de nacer indios!*”.

Al anochecer acamparon “*inmediatos al sitio donde tuvo su toldería mi buen compañero Utrac, y donde Hernández y yo fuimos envenenados por una de las mujeres del primero. Por supuesto que ya no existe un solo toldo; solo un pobre rancho aloja algunos indios que cuidan las haciendas de la Compañía inglesa de tierras del sud*” (Moreno, 1898, p. 273). [El lugar, Caquel-Huincul figura en los mapas actuales como “Loma Guacha”].

Exploración de Esquel, Cholila y lago Puelo – Emilio Frey

Esta zona, ubicada al norte de la que exploraría Lange (véase más abajo), fue recorrida por Emilio Frey entre el 29 de febrero y fines de mayo. Frey debió explorar las tierras de Cholila y los valles y serranías situados al Norte y Noroeste del Lago Puelo y al Oeste del principal afluente Norte del Chubut, desde las nacientes del río Manso.

Frey se dirigió desde la Colonia 16 de Octubre hacia el norte por “*el camino general de Lelej cruzando luego al oeste en busca de los cerros de Cholila*”, hasta al punto donde se separan las aguas del Río Chubut de las del Fta-Leufú. Cruzó la confluencia de dos arroyos que nacen en los cerros de Cholila y llegó hasta el Fta-Leufu [Carrileufu de los mapas actuales], remontó su curso hacia el oeste y llegó al Lago Cholila (15 Km de largo por 3 de ancho), donde vio una cadena “*donde las apariencias la muestran ligada con el cerro Tres Picos y (...) el Punttiagudo*” (Moreno, 1898, p. 331). Luego llegó a un lago, “*el mayor de los cinco observados y cuyo eje principal es de norte a sud*” [correspondería al lago Puelo de los mapas actuales] y “*costeando los cerros de Cholila y elevándose siempre más, hasta donde esos cerros toman franca dirección al oeste, alcanzó el Arroyo Epuyén*”. Allí observó que el arroyo Epuyén “*tiene su origen en una sexta laguna de diez kilómetros de largo, alimentada por aguas que caen de los cerros de Cholila y de Pirque*” [correspondería al lago Epuyén].

Por lo impenetrable de los bosques no pudo recorrer las costas del lago Puelo y sólo pudo observarlas desde las alturas. Al sur observó el Cerro Tres Picos, separado de la cadena que se prolonga al norte por un río que viene del sud y entra en el lago Puelo [río Turbio de los mapas actuales]. La misma cadena está cortada más al norte por el río Puelo “des-

aguadero del lago del mismo nombre". El lago hacia el norte tiene dos entradas, entre las cuales se levanta la colima "Curamahuida" [Churumahuida en los mapas actuales]. En la entrada oriental desagüaba el Epuyén y en la occidental, otro arroyo que bajaba del norte [arroyo Azul en los mapas actuales]. Al norte observó el cerro "Pilquitrón" (...) "*continuación de la serranía que se prolonga desde Nahuel-Huapi; y del Pilquitrón al sud continúa una cadena hasta el cerro que enfrenta la Estancia Maitén*".

Siguió el valle hacia el norte entre las dos serranías "*en busca del Tronador, para ligarlo a su zona de observaciones*" (Moreno, 1898, p. 332). Subió a una loma que llamó de "Los Baguales" [en los mapas actuales no tiene nombre y se ubica al este del arroyo de Los Repollos y al sur del río Foyel]. Según Moreno al frente y a la izquierda, un poco más al norte, se observan "*los varios picos del Cerro Valverde*" [cerro Bastión de los mapas actuales]. Entre el Cerro Valverde y la cordillera nevada del oeste corría un río [correspondería al río Manso de los mapas actuales] que se forma con dos afluentes principales, uno que desciende entre el Cerro Pirámide [cerro Montura] y Loma de los Baguales "*costeando la cadena del Este*" [se trata del río Foyel] y el otro de mayores dimensiones [se trata del río Manso que desagua en el Pacífico] corre hacia el noroeste entre los cerros Pirámides [Montura] y Valverde [Bastión]. El río Foyel recibiría parte de sus aguas del Lago Escondido "*en cuyo fondo se levanta un cerro característico con dos picos*" [cerro Erizo de los mapas actuales]. El valle del río Manso era bastante ancho, pero con bosque espeso. Diez kilómetros más al norte [de loma de los Baguales] se hallaba "Corral de Foyel" [o El Foyel] "*donde el cacique de este nombre hacía antes sus famosas cacerías de vacas salvajes o 'baguales'*" (Moreno, 1898, p. 332-333).

Luego regresó "*a su campamento general*" y siguió para el paso de Maitén al norte del Pilquitrón por el curso del arroyo que baja de la sierra del Este [arroyo y sierra Serrucho de los mapas actuales]. A continuación, reconoció los nacimientos del río Chubut a 60 km de la Estancia Maitén y se dirigió hacia el sur por la pampa atravesando el promontorio de Caquel-Huincul [Loma Guacha de los mapas actuales] y volvió a la Estancia Lelej. De allí se dirigió hacia el "*Cerro Urahué en Fofocahuallo*" [Fofocahuel de los mapas actuales].

Luego Frey siguió hacia el norte hasta Nahuel Huapi "*por el camino occidental más corto*" y "*desde allí se dirigió lentamente a Machinchau y Roca, donde llegó el 10 de junio*".

En todo su recorrido, Frey determinó 16 latitudes (10 usando estrellas, y 6 con el Sol) y 32 alturas, 18 trigonométricas y el resto, barométricas.

Exploración de la región de Esquel – Cholila – lagos Rivadavia, Menéndez y Futalaufquen por G. Lange

Gunardo Lange, que dirigió todas las operaciones en Chubut, después de separarse de los exploradores de las otras zonas de la región, inició su propio viaje el 29 de febrero, con tres peones, cinco caballos, nueve mulas y cuatro cargas para los instrumentos, víveres y útiles de campamento.

Se dirigió hacia el norte hasta unos 10 km de la Comisaría de 16 de Octubre donde hizo noche en proximidad a unas lagunas pequeñas "*cuyas aguas parecen correr hacia el Fta-Leufu*" (Moreno, 1898, p. 312) [en los mapas actuales correspondería a la laguna Larga ubicada al SE del lago Futalaufquen y al oeste del río Percey].

Entre el 1 y el 4 de marzo reconoció la zona al oeste del río Percey, la falda este y norte de la sierra Situación y se dirigió al oeste y tras una marcha penosa llegó al lago Fta-Lauquen. El 5 de marzo regresó al río Percey y envió a Rufino Vera "*indio araucano que conocí como intérprete de Inacayal en 1880 y que está al servicio del Museo desde hace varios años*" (Moreno, 1898, p. 312) con la tropa por el camino de Esquel y Lelej para que lo esperara en el paradero indígena de Cholila.

Entre el 8 y 10 de marzo, se dirigió al norte por el valle del Río Percey y el 11, descendió al ancho valle de Cholila. El 12 de marzo llegó al valle de Cholila [seguramente por el río Blanco] y "*examinó el terreno comprendido entre la laguna que recibe aguas de los cerros del poniente de la serranía de Lelej; siguió al N.NO. Por el ancho valle de otro arroyo que baja en esa dirección y que al este domina la morena mientras que al oeste existe un lomaje bajo, que corre de norte a sud, separando la primera laguna de otra algo mayor*" (Moreno, 1898, p. 313) [en los mapas actuales la laguna Oriental correspondería al lago Carlos Pellegrini y la laguna Occidental el lago Lezama, el valle intermedio al río Blanco].

El 13 de marzo llegó a la “loma (780 m) que separa las aguas de Cholila de las del Valle de Epuyén, en el punto llamado Cabeza de Epuyén, y que de cuando en cuando es habitado por algunos indios. Allí encontró uno de los peones que acompañaban a Rufino Vera y estableció campamento para alivianar su equipaje en la marcha a pie” (Moreno, 1898, p. 313-314).

Según Moreno “tenía adelante el llano glacial que se extiende desde el río Maitén al oeste, punto interesantísimo para estudiar la división de las aguas continentales; allí las vertientes de los arroyos que forman el Arroyo Epuyén brotan de pequeñas inflexiones de la vieja morena, muy inmediatas al borde oeste del Río Maitén y es muy probable que llegará el día en que la erosión labre la separación actual glacial entre los dos cursos, y entonces el Maitén vaciará sus aguas en el Océano Pacífico, hecho que llevará el divortium aquarum interoceánico decenas de kilómetros al oriente de donde se encuentra actualmente” [de la comparación del mapa de Moreno con los mapas actuales 1:250.000 resulta que el río Maitén de Moreno desembocaba en el río Chubut y en los mapas actuales correspondería a los arroyos El Blanco o Maitén que se une al arroyo El Boquete que desemboca en el río Chubut; por su parte el arroyo Epuyén llevaba las aguas del lago Epuyén al lago Puelo, el cual a su vez desembocaba a través del río Puelo en el estuario de Reloncavi en el Océano Pacífico].

Según Moreno (1898, p. 314) “estos terrenos deben ser estudiados con detenimiento, pues es probable que puedan servir para una colonia pastoril, pero es dudoso que la agricultura tenga éxito, porque las morenas deben ser frías, abiertas como están hacia el oeste”.

El 16 de marzo retrocedió desde Cabeza de Epuyén al sudoeste cruzando un llano que dividía los sistemas hidrográficos de Epuyén y Cholila, alcanzó la segunda laguna indonominada [lago Lezama] “la que desagua por un pequeño arroyo, entonces seco, en el arroyo del Cañadón Largo, afluente septentrional del Fta. Leufú” [en el mapa de Moreno no se indica el cañadón Largo y el lago desagua por un río en el lago Rivadavia que luego comunica con el Fta-Leufu, igual conexión se observa en los mapas actuales donde el río que conecta con el lago Rivadavia es el Carrileufu].

El 17 de marzo llegó al Fta-Leufu (en Moreno, 1898, p. 314) donde encontró rastros del paso de Frey y pasó la noche a orillas del lago en el mismo

campamento donde había parado Frey. “Los indígenas llaman al río, en ese punto y cuyo ancho es allí de cincuenta metros, el Carrenleufu o río verde por el color de sus aguas, peculiar a los ríos que nacen de ventisqueros. Siguiendo los rastros del señor Frey hizo estación topográfica sobre una colina situada al este de la tercera laguna, a la que se ha dado en nuestro plano el nombre de Lago Cholila, y pudo alcanzar a dominar hacia el oeste a una distancia aproximada de treinta y cinco kilómetros, los nevados que parecen formar una cadena”. Del noroeste del lago Cholila “baja una quebrada ancha y prolongada por la que corre un río caudaloso; la del sudoeste, que también es larga, contiene en su fondo otro lago, cuyo misterio aclararán otros exploradores” (Moreno, 1898, p. 315) [la quebrada larga que llega al lago Cholila desde el sudoeste correspondería al río Tigre de los mapas actuales, en los que no aparece ningún lago que pueda ser identificado con el “Lago Misterioso”].

El 19 de marzo siguió hacia el sur por un valle muy ancho y el 20 llegó a una estrechura y “desde una alta loma pudo gozar de una vista hermosa al norte, sud y oeste: al norte la depresión longitudinal de Cholila y el Fta. Leufu serpenteando entre montes y bañados de color verde claro; al sud un lago largo en el que desemboca el río [sería el Rivadavia], y al oeste un valle ancho limitado por cerros sin asperezas que preceden el gran cordón nevado” (Moreno, 1898, p. 315). Siguen hacia el lago.

El 22 de marzo siguió con dos cargas livianas por un pequeño arroyo que desaguaba en el extremo norte del nuevo lago. Le fue imposible continuar con los animales pues las aguas del lago bañaban el pie de los cerros de faldas muy empinadas, y siguió a pie llevando víveres para diez días y los instrumentos indispensables, “carga que dividió con su peón”.

Entre el 23 y el 25 de marzo hizo una penosa marcha sobre el costado del lago, que medía aproximadamente 15 km “y al que he bautizado con el nombre del ilustre Rivadavia, que es el que tiene la cadena del este” (Moreno, 1898, p. 315), hasta llegar a un campo llano y pantanoso por “el que vuelve a correr el Fta-Leufu”. El río era tranquilo al principio pero luego se hacía correntoso pues había una diferencia de 200 m de altura con respecto al Valle 16 de Octubre. En la mitad de lago llegaba un gran río desde el oeste.

Entre el 26 y el 27 de marzo siguió hacia el sur por el este del río, cruzó dos arroyos que parecían ser brazos de un río que bajaba del este y subió a un cerro “áspero y alto” [cerro Riscoso en los mapas actuales] ubicado al sud y este. Al sud y oeste vio dos bellos lagos, uno orientado en sentido ONO-SSE que hacia el poniente se dividía en dos brazos, siendo el del sud más corto y al pie de los cuales había una isla boscosa [isla Grande en los mapas actuales]. “Al lago más pequeño se ha dado el nombre de *Laguna Chica* [en los mapas actuales laguna Verde] y al mayor el de *Lago Menéndez*, en honor del sacerdote explorador al que tanto debe la geografía patagónica” (Moreno, 1898, p. 316).

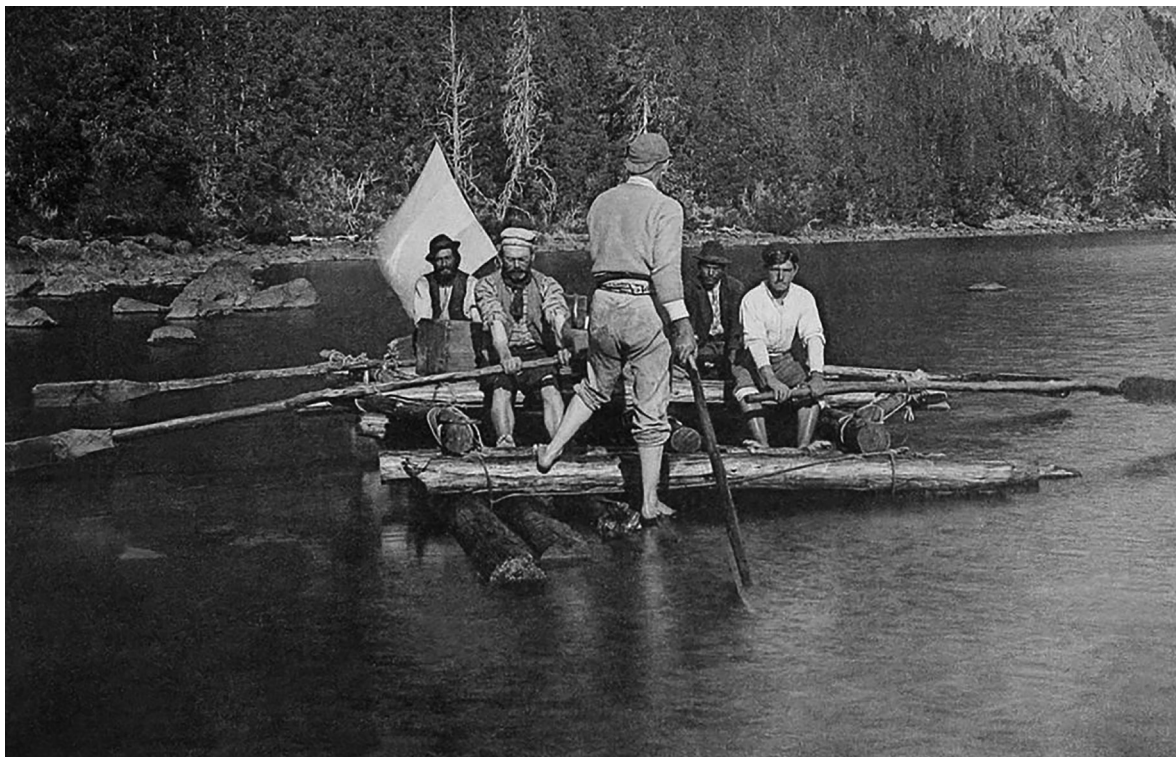
El 28 de marzo bajó del cerro por la falda occidental “dominando el Fta-Leufu que se dirige a va-

ciarse en el *Lago Fta.Laufquen*”, en el fondo oeste del Lago Menéndez distinguió ventisqueros. Subió de nuevo al filo y hacia el norte vio el Lago Rivadavia y al este una pequeña laguna [laguna Froilán en los mapas actuales]. Pasaron la noche en un valle profundo (?arroyo Calibuel de los mapas actuales).

El 29 de marzo trepó un portezuelo y siguió un pequeño arroyo [?río Nalcadero de los mapas actuales] hasta llegar con dificultad a orillas del lago Fta-Laufquen, donde observó que la línea de crecienta máxima estaba a cinco metros por encima del nivel actual del agua.

El 1 de abril llegó a la Comisaría de la Colonia.

El 4 de abril continuó el trabajo en el Fta-Leufu y el 6 de abril cruzó el río acompañado del colono Eduardo Jones.



Comisión MLP, 1896. Navegando el lago Trafal. Moreno F. 1898, pl. 34.

Entre el 6 y el 10 de abril, examinó el lago Situación [hoy englobado en el lago artificial Amutui Quimei, producto del embalse artificial de Futalefú] y los alrededores describiendo la hidrografía y orografía (Moreno, 1898, p. 317).

El 11 de abril regresó a la Comisaría de la Colonia, donde se encontró con Moreno.

Gunardo Lange determinó 23 latitudes (8 con el Sol y 15 con estrellas) y 70 alturas, 21 de ellas trigonométricas y las restantes, barométricas.

Exploración de la región del río Corcovado/ Carrenleufu por J. Waag

La zona ubicada al sur de la explorada por Lange fue recorrida por Juan Waag, entre el 1 de marzo y el 20 de abril. Debía reconocer la región del río Corcovado, o Carrenleufu, hasta donde le fuera posible dentro de la parte explorada por los exploradores chilenos Steffen y Fischer.

De acuerdo a sus instrucciones, Waag hizo campamento en la confluencia del río Corintos con el Fta-Leufú. Desde allí debía tratar de navegar este último río para averiguar si desagaba en el río Palena, o si bajaba directamente al golfo de Corcovado y para cada caso se estableció un plan alternativo.

Previo a su partida, Waag estableció una estación meteorológica “con instrumentos proporcionados por la Oficina Nacional de Córdoba”, la que fue confiada para las observaciones al Señor J.G. Pritchard “maestro de la escuela de la Colonia, quien continúa publicándolas, prestando así un servicio inapreciable por tratarse de un punto tan inmediato a los Andes patagónicos” (Moreno, 1898, p. 318).

Entre el 1 y el 6 de marzo Waag intentó subir por el río pero “el bote traído desde el Chubut había sufrido algunos desperfectos y su uso se hizo molesto y aun peligroso”, hasta que la presencia de una cascada de 3 m de altura y de grandes remolinos lo obligó a suspender la navegación y continuar a pie. Las observaciones realizadas, en una zona boscosa y topográficamente dificultosa, y su cotejo con las de Steffen llevó a Moreno a suponer que el río Fta-Leufu era un afluente del Palena, al igual que el Carrenleufu, y así lo representó en su mapa (aunque con punteado) [en realidad hoy se sabe que el Fta-Leufu baja directamente al golfo de Corcovado, en el Pacífico,

a través del lago y río Yelcho, mientras que los ríos Carrenleufu y Palena se hallan más al sur].

Entre el 7 y el 13 de marzo, Waag regresó a la colonia 16 de Octubre y del 14 al 17, recorrió el valle del río Frío hasta llegar al arroyo Arisco [Greda en los mapas actuales] por el que asciende tratando de llegar al Cordón de las Tobas pero en 23-24 de marzo, obligado por los temporales, debió regresar al campamento del río Frío. El 25 de marzo se dirigió al río Carrenleufu. Acampó en el puesto del colono Gerardo Steinkamp quien “*está establecido con su numerosa familia y algunas vacas, yeguas y ovejas*”.

Entre el 3 y el 13 de abril, realizó varios intentos de llegar al cordón de las Tobas, pero la nieve le dificultó los trabajos y debió regresar a la Comisaría 16 de Octubre.

Juan Waag determinó 44 latitudes.

Moreno sigue viaje de Apichig al lago General Paz [Wintter]

De Apichig a Esquel. Mientras tanto Moreno (1898, p. 273-274) el 13 de marzo subió a la colina volcánica (820 m) que se extendía longitudinalmente en el borde este del valle de Apichig e hizo una serie de observaciones sobre los accidentes geográficos que se observan en todas direcciones. Según Moreno, al poniente “*domina el río el macizo volcánico del sur de Apichig, limitado al sud por una abertura ancha que conduce al hermoso valle de Quelujaguetre, en la confluencia del Arroyo Lelej con el Río Maitén, y próximo al paradero de Cushamen, donde pernoctó el capitán Musters cuando su memorable viaje (...)*” [Aparentemente Moreno se confundió con respecto a la ubicación de Cushamen, pues la confluencia del Maitén –en los mapas actuales figura como Chubut- y el arroyo Leleque, en cuyas proximidades él lo ubica, se halla más al sur. Esto se debería a que el relevamiento topográfico realizado en 1896 estuvo concentrado en la zona ubicada más al oeste, sobre la región cordillerana limitrofe con Chile].

Al S-SO, más allá de la Cabeza de Epuyén Moreno vio “*(...) el prolongado bajo de la región de Cholila o Cholula, la tierra de los Chululakenes de la tradición; allí principia la serie de lagos que reconocerá el señor Lange y que alimentan el Fta-Leufú*”.

Moreno (1898, p. 275) señaló las diferencias entre las observaciones hechas por Fischer y Paul Stan-

ge (1861-1915) geógrafo alemán que realizó varias expediciones en el sur de Chile, y comparó la situación con la de los ríos Quilquihue y Chapelcú al noroeste del lago Lácar. Infirió que *“en Caquel-Huincul y Cholila ha existido también un enorme lago anterior a la gran extensión de los ventisqueros, y de ese lago son restos los actuales del sistema del Río Puelo y los del sistema del Río Fta-Leufú, oya común que se separó a medida que la erosión, el clima y quizás también los fenómenos volcánicos, produjeron los desagües del oeste que cruzan la Cordillera. En los primeros tiempos glaciales una calota de hielo cubría toda la región andina del oriente y los derrites de estos hielos corrían todos hacia el Atlántico. Así se explican los anchos valles y las capas de cantos rodados andinos que los cubren, valles por los cuales corren hoy los afluentes del Chubut”*.

Siguieron hacia el sur hasta el Valle del Lelej y cruzaron *“los lomajes de origen volcánico que separan el Valle de Lelej del Valle de Lepa”* (Moreno, 1898, p. 276), en el cual pasaron la noche a 740 m en el lugar en el que recibe las aguas del Arileufu *“arroyo más pequeño que baja del sud oeste”* [que en los mapas actuales correspondería casi con seguridad al arroyo de Las Maderas].

El sábado 14 de marzo siguieron hacia el sur y Moreno (1898, p. 277) reconoció varios arroyos. El primero viniendo desde el norte era el Mayulefú (en ese momento estaba seco), que corría hacia el sud y al cual se unía, en esa dirección, el Pichileufú, en el cual recogió algunos moluscos de agua dulce sobre la base de los cuales atribuyó una probable edad miocena a los sedimentos que los contenían [aunque en el mapa de Moreno sólo se ven las nacientes de todos estos ríos, en los mapas actuales el Mayulefú sería el “Mayoco” y el Pichileufú el “Montoso” y ambos confluyen en el Lepa].

Más al sur pasaron el *“encajonado vallecito del Temenhua o Tameñao”* [“Arroyo La Cancha” de los mapas actuales] y entraron en las *“pampas de Esguel”*.

En la mayor depresión existente en el occidente de una meseta coronada de lava Moreno observó tres lagunas, que interpretó como restos de *“un viejo lago perdido”*. Por otro lado *“Encontramos grandes cantidades de ganado, algunos miles de cabezas, pertenecientes a la Compañía inglesa citada, que bajaban de los llanos del oeste a buscar abrigo en las pra-*

deras inmediatas a la laguna, pero no vemos un solo hombre. Barata es la explotación de tales terrenos en esas condiciones, que no han de favorecer mucho la población industrial” (Moreno, 1898, p. 277).

Moreno (1898, p. 278-279) señaló que por estas pampas pasaba el *divortium aquarum* *“producido por la misma causa ya mencionada: la acción glacial”*. Y como consecuencia se ocupó de destacar: *“Si una creciente anormal, que puede producirse en cualquier invierno, aumentara las aguas del llano de Esguel, seguramente el divortium aquarum interoceánico se alejaría al oriente de donde está ahora, y ya no sería formado por los cerros de Esguel ni por el llano; la meseta oriental pasaría a ser, llegado ese caso, y si se aceptaran las teorías de los señores Steffen, Fischer y Stange, ‘el encadenamiento de la Cordillera que divide las aguas’ en una estación del año. Mientras en otra se encontraría el tal ‘encadenamiento’ en el llano”*.

Pasaron el abra y *“siguiendo al sud, acampamos próximos a los ranchos del capitanejo indígena Nahuelpan, en un hermosísimo prado; por allí crucé en 1880”* (Moreno, 1898, p. 279).

Con respecto al trabajo de los nuevos colonos y a la ocupación de la tierra escribió: *“Verdaderamente, aquella tierra es una maravilla de fertilidad y la elección que se hizo de ese punto para establecer la colonia no ha podido ser más acertada. Cuando regresé en 1880 de mi viaje a esas regiones e hice pública su fertilidad, nadie creyó en mis afirmaciones: la rutina decía que Patagonia era sinónimo de esterilidad, y váyase a fiar uno de entusiasmo de viajeros que dicen lo contrario. Pero las poblaciones de los colonos son el mejor justificativo de la bondad de la tierra y del fruto que da cuando se la trabaja con ahínco y perseverancia. Hay comodidad en aquellas cabañas humildes”* (Moreno, 1898, p. 279-280).

Llegaron a la chacra del señor Martin Underwood, Comisario de la Colonia 16 de Octubre, y allí Moreno se encontró con Juan Murray Thomas *“el más activo de los fundadores de la colonia del Chubut y el más entusiasta partidario de la colonización de la región andina, entusiasmo que contagió al comandante Fontana, y del que después de la memorable excursión en la que sirvió como guía esforzado, resultó la fundación de la colonia”* [en el mapa de Moreno la comisaría y 16 de Octubre son ubicados inmediatamente al este de donde hoy se encuentra Trevelin].

Entre el 15 al 18 de marzo, Moreno permaneció en el lugar buscando baqueano para poder seguir su viaje hasta el lago Buenos Aires y “en ampliar instrucciones para los topógrafos que trabajaban en sus respectivas secciones, habiendo cumplido todos fielmente mis disposiciones”.

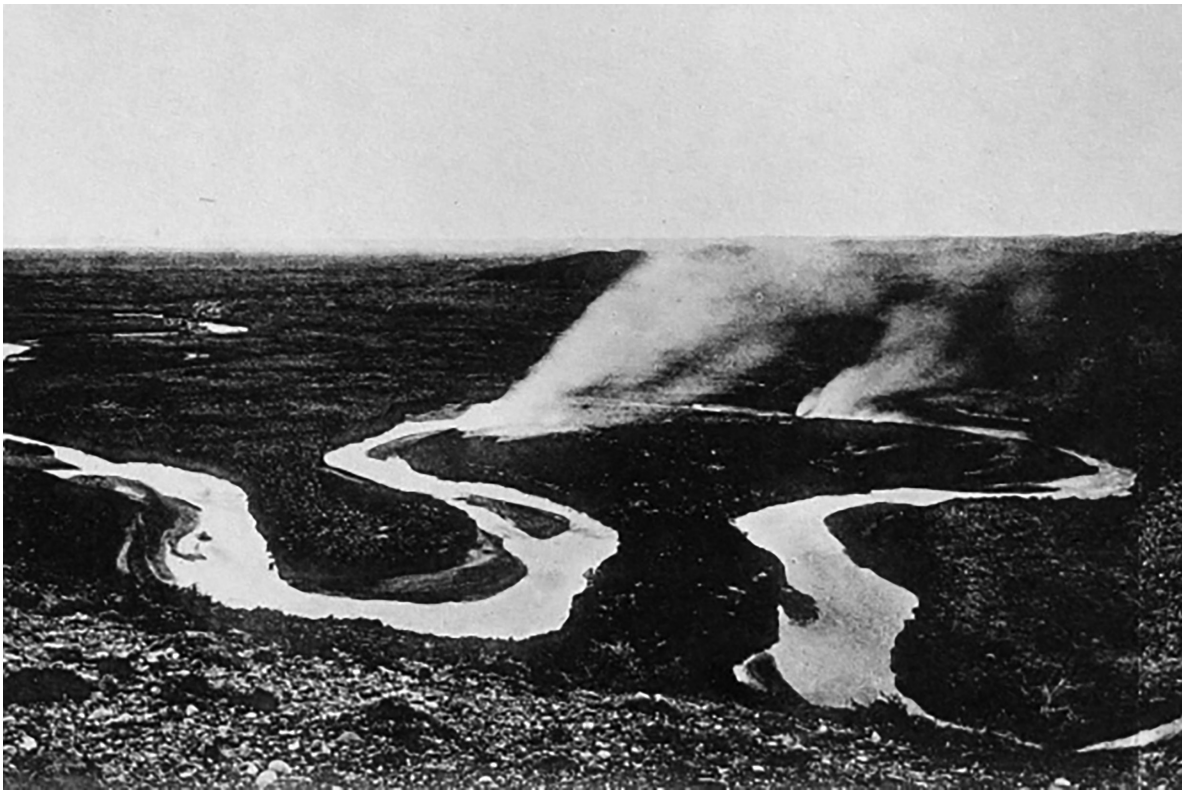
De Esquel a Tecka. El 18 de marzo Moreno dejó establecido el campamento central inmediato a la Comisaría, y se dirigió a Tecka acompañado por un colono que “conocía el territorio hasta las inmediaciones del Aysén” (Moreno, 1898, p. 282).

“El camino carretero asciende lomajes glaciales muy pastosos, que dominan el encajonado curso del Río Corintos y tuerce poco después hacia Sunicaparia [correspondería en la actualidad a las proximidades de la estancia Suñica cerca de la ruta 40], bañado fér-

til en cuyo borde se produce otra vez la división de las aguas continentales, en la morena lateral del brazo transversal del ventisquero antiguo de Esguel. Allí un simple montículo de piedras arrastradas, de cuatro metros de altura, y aún menos, separa en el llano las aguas que van al Tecka de las que caen al Corintos”.

A continuación descendieron al valle del Tecka y pasaron la noche “a la orilla del arroyo de Caskell o Caquel (cuestión de pronunciación)”.

El 19 de marzo siguieron hasta el valle del río Tecka, en cuya “casa de negocio” los esperaba el “cacique Sharmata y poco después llegó el viejo cacique Foyel, mi huésped en el Museo durante varios años, que ha preferido volver a las boleadas de guanacos y avestruces. Musters nos cuenta la habilidad de Foyel en las cacerías, y más de una vez, septuagenario ya,



Río Fénix, lago Buenos Aires, vista hacia el oeste (Moreno, 1898, pl. 21).

me ha proporcionado éste avestruces y guanacos con sus seguras boleadoras. Foyel me espera para acompañarme, lo que siente no poder hacer Sharmata (o Sacamata), jefe actual de la indiada y cuyo padre, mi viejo amigo Pichicaia, debe salirme al encuentro en las proximidades de Gennua”.

Con respecto a este encuentro, escribió Moreno (1898, p. 283): *“Me es agradable volver a ver a estos indígenas después de tantos años y encontrarlos asimilándose, aunque lentamente, con la civilización. Creo que, si fuera posible prohibir la venta de aguardiente a esos pobres indios, los estancieros tendrían peones de primer orden en los descendientes de las tribus que fueron dueñas de aquellas tierras y que hoy vagan sin patria. Musters encontró a algunos de ellos en Tecka, en 1871; yo viví en 1880 con Inacayal y Foyel, donde este tiene aún sus toldos, pero ya se le ha advertido que debe desalojar el valle, pues lo ha adquirido un ‘señor’ de Buenos Aires”.*

Moreno acampó a mediodía *“a algunos metros de los toldos, en el mismo punto en que lo hice en mi viaje anterior”.* Shaihueque no había llegado aún con su tribu, pero le había avisado que estaba cerca.

Moreno no pudo menos que hacer una serie de disquisiciones sobre las tierras que a su pedido le habían sido dadas a Shaihueque y sobre el tema, que lo preocuparía hasta el fin de sus días, i.e. la distribución de las tierras públicas. Escribió al respecto: *“Elegí los lotes [para Sayhueque] que el Gobierno de la Nación le destinaba provisoriamente (...) entre los lotes libres inmediatos al valle del Tecka pero, según informes que recibo, resulta que los lotes elegidos por el plano que se llama ‘oficial’, no corresponden de ninguna manera al terreno elegido y que en vez de estar próximo al río Tecka y comprender parte del valle, están situados sobre las sierras del oriente.* (Moreno, 1898, p. 284-285).

Hasta poco antes de la muerte de Moreno, recurrirían a él los descendientes del Cacique Valentín Shaihueque pidiendo ayuda para retener las tierras que por influencia de Moreno les había otorgado el gobierno nacional. Así el 20 de octubre de 1919 le enviaron una carta (Moreno, 1942, p. 225- 227; Riccardi, 2019, p. 438) pidiendo los ayudase por un problema que tenían con la usurpación, por parte de una compañía, de dos leguas de tierras. Lo hicieron reconociendo en Moreno *“la honorable*

personalidad patriota y desinteresado para proteger al débil”. Escribió la carta Mariano Saihueque, en nombre de su padre Truquel Saihueque *“que dijo no saber firmar”.* En la transcripción publicada se omitieron los nombres, de la persona a la que se arrendó el campo, los de la compañía a la que esa persona transfirió el arrendamiento y que mediante engaños se apoderó de la propiedad, y el de un abogado de Rawson, que habiéndose iniciado juicio ante el *“Juez Letrado del Territorio doctor Luis Navarro Carreaga”*, no se presentó en las actuaciones, por lo cual les embargaron el campo y lo pusieron en remate público. Tampoco figura el nombre de la persona que lo ocupaba en ese momento y a la que pedían se desalojase. Mencionaban además haber presentado una nota similar al Presidente de la Nación con fecha 6 de octubre.

De Tecka a Carrenleufú. El 20 de marzo de 1898, luego de obtener los peones indígenas que necesitaba y acompañado de Foyel, Moreno continuó ascendiendo el valle del Tecka. Observó como las *“Sierras de Gualjaina o Tecka oriental”* se prolongaban hacia el norte desde el abra que cruzaba el camino del Chubut a la Colonia 16 de Octubre, mientras que la Sierra de Quichaura se prolongaba hacia el sud. Según Moreno estas dos sierras correspondían a las del oriente de Chenqueg-geyu y eran una continuación orográfica de las sierras de Moncol situadas en el Ángulo del Collón Cura y el Limay.

“Una protuberancia volcánica cuyas lavas cubren las areniscas y conglomerados del Tecka superior, enangosta el valle por algunos centenares de metros, en forma de pintoresco ‘cañón’; y hasta ese punto alcancé en 1880, cuando mi visita al cacique Pichicaia” (Moreno, 1898, p. 286).

Luego el valle se ensanchaba por unos 10 kilómetros y hacia el norte estaba dominado por el *“cerro Eldwin (2000 m)”* [correspondería al cerro Cuche de los mapas actuales] (...) *“y el cerro de las Minas (1790 m)”*, zona en la que nacían el Tecka y algunos afluentes del río Carrenleufú.

Ascendieron hacia el SSO y luego descendieron a los cañadones que confluían en el río Gennua y encontraron *“una laguna que provee a los indígenas de excelente sal. Son cuatro estas lagunas, pero solo una es salada, la que mide unos dos kilómetros de diámetro”* [Tres Lagunas, en la actualidad].

Al sud de la salina, acamparon en una colina granítica que dividía las aguas que descendían al Genúa de las que descendían al Carrenleufú.

El 21 de marzo siguieron hacia el SSO, hasta llegar al extenso valle del Carrenleufú “*que cruza en zigzags inmensos el llano*”. Acamparon a sus orillas pues Moreno (1898, p. 287) deseaba hablar con el Kastrupp, del personal de la expedición, “*quien debía encontrarse en los alrededores, habiendo cruzado desde Colonia 16 de Octubre por sobre la morena divisoria entre los dos valles*”. Según Moreno el valle de este río era tan fértil como el valle 16 de Octubre y conocido por sus ricos aluviones auríferos. “*Solo se requiere energía, prudencia y constancia para aprovecharlo y hacer de esa región un centro industrial de primer orden*”.

Moreno cruzó y recruzó el tortuoso y caudaloso río hasta donde descendía por el oeste “*desde la hondonada donde brillan las aguas del Lago General Paz, hermosa rinconada y asiento indudable de una futura ciudad*” [este lago se llama en la actualidad General Vintter y en el lugar no existe ninguna ciudad]. El lago estaba dominado al sur y al norte por lomadas y Moreno (1898, p. 287) tenía el propósito de “*explorar la región montañosa del poniente, desconocida aún*”.

Exploración de la región entre el Carrenleufú y el lago Wintter/Paz.

El 22 de marzo a la mañana, llegaron al campamento de Kastrupp, en proximidad al lago, quien había explorado la región al sud de 16 de Octubre y relevado el curso del Carrenleufú hasta el Lago General Paz [Wintter].

Moreno (1898, p. 288) observó que al norte del lago había otros tres pequeños lagos, aunque mencionó que no había sido posible averiguar, por falta de embarcación su límite occidental y que consideraba que era posible que los arroyos que lo alimentaban tuviesen sus orígenes en “*el cordón central, al que parece pertenecer el gran nevado conocido por Monte Serrano*” [en los mapas actuales hay unas lagunas del Engaño y Berta Inferior y Berta Superior, los cerros en dirección NNO desde el centro del lago son el cerro Llano (1776 m), cerro del Salto (1820 m) y cerro de la Virgen (1902), este último sobre la frontera con Chile].

Moreno remarcó que no existía ningún “*cordón al oriente del río*” y que lo que Serrano y Steffen habían tomado por tal era la “*falda de la altiplanicie patagónica*”. Según Moreno a ello se debía el error de ambos de considerar que “*el río Carrenleufú o Palena tiene todos sus orígenes dentro de la Cordillera*”.

A medio día Moreno abandonó el campamento y se dirigió hacia el SE “*para cruzar la altiplanicie que separa la hoya del Carrenleufú de la del Río de las Vacas*”. [En los mapas actuales y en el de Moreno no existe el río de las Vacas. En el mapa de Moreno al sur del lago General Paz (Wintter) y el Carrenleufú hay una meseta glacial y al sur de esta, está el arroyo Pico].

Se perdieron en el bosque y “*mojados hasta los huesos*” llegaron a la “*llanura glacial que [Moreno] ansiaba conocer desde tantos años*”. Acampó con la perspectiva halagüeña de que al día siguiente “*confirmaría una vez más [su] opinión de la existencia, en tiempos anteriores al período glacial, de grandes depresiones continentales transversales, que comunicaban el Atlántico con el Pacífico y en cuyo relleno se ha formado el curioso divortium aquarum continental*” (Moreno, 1898, p. 289).

El 23 de marzo al mediodía, se reunieron con la tropa, que desde el Carrenleufú había tomado por otro camino.

Moreno hizo referencia a un escrito de Serrano Montaner (1895, Límites con la República Argentina) en el que decía “*No existe un solo tributario del Pacífico que tenga su origen al oriente de los Andes; ni hay tampoco uno solo tributario del Atlántico cuyas fuentes se encuentren al occidente de esta Cordillera. Puede suceder y sucede efectivamente, que hay ríos del Pacífico cuyas nacientes se encuentran en los cordones orientales de los Andes, pero siempre de esas cordilleras; así como hay ríos argentinos, tributarios del Atlántico, que nacen a tiro de cañón de las costas del Pacífico, pero sin salir tampoco de los límites de esas montañas. Podríamos señalar una a una las nacientes de todos los ríos argentinos o chilenos y no encontraríamos uno solo que salga de las reglas que dejamos establecidas*”.

Al respecto, escribió Moreno (1898, p. 289) “*Seguramente ha sido mal informado el distinguido marino chileno, cuyas exploraciones tengo entendido solo se refieren a las inmediaciones de los canales próximos al grado 52° de latitud y al reconocimiento de la mitad*

inferior del curso del Río Palena, y de partes de los ríos Corcovado y Reñihue, no habiendo por lo tanto alcanzado personalmente hasta las nacientes de ninguno de esos ríos. No dudo que si hubiera examinado los puntos que visité en mi viaje, no hubiera hecho esa afirmación que tanto ha contribuido a agriar las controversias en la agitada discusión pública de los límites entre la República Argentina y Chile.

No me doy cuenta de dónde ha tomado el dato de que: 'El Palena tiene su origen en un valle de la Cordillera limitado por el oriente por un cordón que no carece de cumbres nevadas y que se encuentra unido al resto de la Cordillera por varios cordones transversales', y que el caso del Palena y del Corcovado (nombre este que da erróneamente al Fta-Leufú, que es el principal afluente del Palena y no el Río Corcovado que desagua en el Océano Pacífico, al norte del Palena) [en la actualidad se sabe que el Fta-leufu no conecta con el río Palena –que Moreno marca en su mapa con guiones-, sino que lo hace con el lago Yelcho que pasa luego al río Yelcho, aunque sí hay, entre estos y el Palena, un río Corcovado limitado a territorio chileno] “es exactamente el mismo que el de los Patos o de San Juan en las vecindades del Aconcagua”. “Los hechos tales como se presentan en la naturaleza, son completamente contrarios a como los pinta el señor Serrano Montaner. La reproducción fotográfica (...) del paisaje inmediato a mi campamento, situado al oeste de las nacientes del Arroyo Pico, que es un afluente sud del Palena, cuya hoya hidrográfica comprende una buena zona de las llanuras patagónicas situadas al oriente del cordón central de los Andes, considerado tal por el señor Steffen, y de los cordones laterales, dice más contra la afirmación del señor Serrano que las descripciones que pueda hacer yo aquí a la ligera (...)” (Moreno, 1898, p. 289-290) [esto es correcto, pues el río Pico nace al este del encadenamiento principal de la cordillera y es un afluente del Palena a través de los lagos Verde y Rosselot y de este al río Claro].

Continuó Moreno (1898, p. 290): “En mi camino no hay nada que pueda tomarse por un cordón, por más que se pretenda ensanchar lateralmente la Cordillera de los Andes. Aquella vasta depresión transversal que se extiende entre las rocas eruptivas del poniente del Tecka y el macizo ancho que lo separa de la cuenca del Senguerr superior, estrechada al oriente por las

lomas que preceden los cerros del Río Gennua y cubierta por extensas morenas, entre las que la erosión ha formado cañadones profundos y valles pastosos abiertos, regados por un sinnúmero de arroyuelos que alimentan las fuentes del Arroyo Pico y del Río Frías, afluentes del Río Claro (y por lo tanto del Palena), y el Cherque, el Omckel y el Appeleg, afluentes del Gennua y del Senguerr (el que forma el brazo sud del río Chubut), está situada, fuera de toda duda, al oriente de la Cordillera de los Andes, lo que no podrá dejar de reconocer cualquier geógrafo que visite estos parajes. La Cordillera, precedida por serranías boscosas, se ve en el horizonte, vaga, con sus contornos solo definidos en sus altas crestas nevadas. La Loma de los Baguales (1334 m.) situada en el centro de la depresión al oeste de mi camino, domina las nacientes de los arroyos citados y es resto de la antigua meseta destruida en su casi totalidad por la erosión”.

Según Moreno (1898, p. 290) el 23 de marzo acamparon “al oeste de las nacientes del Río Pico”, y más abajo escribió “El campamento del 23, lo establecí en un bosquecillo de la morena inmediata, en un manantial que da agua a los dos océanos”.

El 24 de marzo, Moreno (1898, p. 291) observó que un depósito glacial con grandes trozos erráticos dividía las aguas del Cherque, de las que bajaban del río Frías.

Acamparon a orillas del Arroyo Omckel “en el paradero de Sháama (distinto del de Shamen)”, en un hermoso valle que se prolongaba por más de veinte kilómetros al este.

El 25 de marzo, pasaron la meseta desnuda del sur y durante la mañana cruzaron “otro valle pastoso y aprovechable a pesar del abra transversal que recibe los vientos fríos de la Cordillera por la recta quebrada del Río Frías. En la quebrada que desciende del sud del macizo ya citado y que reparte aguas al Appeleg, podría establecerse una colonia abrigada que aprovecharía los pintorescos y fértiles valles del macizo, cuyo límite oriental es el Cerro Payahuehuen”. Pasaron la noche del 25 dentro de la sierra, al pie del portezuelo que separaba las aguas del norte y del sur (1700 m) [se trata de la sierra de Payaniyeu y el cerro debió ser el Teta o el Pedrero].

En las inmediaciones del paradero, Moreno observó abundantes cantos rodados porfíricos y areniscas y cuarcitas apenas levantadas hacia el este. Las are-

niscas y esquistos estaban por debajo de las areniscas de las que contenían abundantes maderas fósiles.

El 26 de marzo, Moreno observó que en el portezuelo nacía un arroyo pintoresco que corría hacia al sud [arroyo Seco en los mapas actuales, afluente del arroyo del Gato]. Moreno (1898, p. 292) pronosticó que “*el valle del Arroyo del Gato, que recibe las aguas del centro del macizo, será asiento de una colonia próspera, si el Gobierno dispone su aprovechamiento con este objeto*”.

Ascendieron la serranía por una quebrada pastosa en cuya cima encontraron una laguna próxima al filo que dominaba el valle del Senguerr. Desde allí divisaron el lago Fontana “*y los nevados que limitan su hondonada por el oeste*”.

Descendieron por la morena lateral del Senguerr (de 150 m de altura) y cruzaron el río, que tenía 30 m de ancho y 70 cm de profundidad en ese punto. Moreno (1898, p. 292) recordó que en 1888 “*los empleados del Museo, señores Steinfeld y Botello*” penetraron por las orillas del lago “*hasta pernoctar en otro lago que parecía ser más extenso, que desaguaba en el Lago Fontana por un ancho canal, y al que se ha dado el nombre de La Plata*”.

Acamparon entre “*lomajes glaciales a algunos kilómetros al sud del valle, en un hermoso cañadón a la orilla de un bullicioso torrente que baja de la meseta del sud. La Pampa del Senguerr empieza a unos quince kilómetros al oriente*”.

El 27 de marzo a la mañana temprano, Moreno (1898, p. 293) se dirigió al lago. Allí encontró “*el carro de los expedicionarios y un bote destrozado, lo que me indicó que se habían internado hacia el oeste*”. Hizo señas y le contestaron y luego apareció uno de los hombres dejado por Arneberg para que lo esperaran. “*Habían transcurrido quince días desde que el señor Arneberg y el señor Koslowsky se internaron en un bote abandonado por los mineros, y era probable que hubieran alcanzado hasta el extremo del lago La Plata, cumpliendo las instrucciones que les había impartido*” (...) “*Satisfecho con lo que vi y oí, y ampliadas las instrucciones retrocedí sin pérdida de tiempo a mi campamento para continuar la marcha*”.

Mientras tanto Koslowsky, por orden de Moreno (1898, p. 309), recogió el meteorito y estudió los cerros del norte del Senguerr, y luego de que regresara Arneberg, ambos examinaron el curso del río

hasta los “*lagos Colhue y Musters*”. Luego Arneberg se dirigió al Atlántico con el objeto de buscar “*camino fácil para establecer comunicación barata y rápida entre Tilly Road en el Golfo de San Jorge y las feraces regiones andinas, hecho lo cual se embarcarían en el Chubut para Buenos Aires*”. Moreno recomendaba “*la creación de colonias en el valle extenso situado al sud de esos lagos, con las que se iniciaría la población metódica y segura de las colonias de los valles transversales inmediatos a los Andes*”. Al respecto escribió: “*No tengo la menor duda de que si se procede a esta colonización con prudencia, ella será un hecho en breve tiempo, y que en pocos años más contará la Nación con una nueva y rica provincia, sobre todo cuando un ferro-carril comunique las feraces regiones andinas con el Atlántico por Tilly Road u otro punto del Golfo San Jorge*”.

Exploración entre el río Genoa y el río Senguerr, por L. Von Platten

Von Platten, entre fines de febrero-principios de marzo y el 30 de abril, había recorrido los valles regados por el río de las Vacas y por el río Pico (Moreno, 1898, p. 323). Había explorado la divisoria de los ríos Cherque y Pico y se había dirigido hacia el sur hasta las cabeceras del Arroyo Omkel [Shaman en los mapas actuales] en la Loma de los Baguales, las que ascendió hacia el sud para pasar y pasar al río Frías [Cisnes, Chile, en los mapas actuales] que nacía en las mismas lomas (Moreno, 1898, p. 323).

Luego de atravesar el río Frías/Cisnes, había seguido hacia el sur hasta las nacientes del arroyo Apeleg, desde donde se había dirigido al oeste, hasta el Cerro Cáceres. Luego de seguir hacia el NO por una planicie, al sur de la cual se halla el arroyo Cáceres, continuó hacia el este, a un cerro de 1630 m desde donde divisó los tres lagos situados al sur del río Pico. Luego de encontrar una laguna [La Carlota en los mapas actuales] cerca de la falda norte del cerro Cáceres, se dirigió al E hacia los Baguales. Continuó hacia el norte y llegó a una laguna ubicada al sur del lago Pico [Lago Número 2 o Largo, en los mapas actuales].

Se dirigió hacia el NE hasta la Pampa de Temenhau y buscó “*en vano la laguna de Henno*”. Luego fue hacia el sur del Arroyo de Omckel, paso al oeste de “*la fértil pampa de Chirick hasta llegar a*

Omckelkaiken, donde las sierras se abren en un valle angosto que se ensancha después en Shama [Estancia Shaman de los mapas actuales] *hasta llegar a una angostura de arroyo*” (Moreno, 1898, p. 324). Las sierras tenían una altura de 1300-1400 m y en el sur picos muy característicos.

Siguió el arroyo Omkel, “*cruzó un extenso bañado que se extiende de sudeste a noroeste*” y comprobó que el curso seguía hacia el sur para unirse al Apeleg (Moreno, 1898, p. 325). El 30 de abril llegó a Choiquenilahue (confluencia con el río Senguerr), donde más tarde se le incorporó Arneberg.

Von Platten determinó 15 latitudes usando al Sol y 40 alturas barométricas.

Exploración de los lagos Fontana y La Plata por Arneberg y Koslowsky

Arneberg y Koslowsky habían llegado a Lago Fontana el 26 de febrero y el 27 habían tratado de navegarlo usando un bote llevado desde el Chubut, pero resultó demasiado pequeño para el oleaje del lago.

Reconocieron el desagüe al río Senguerr. Hicieron observaciones astronómicas y trigonométricas y emprendieron la marcha hacia el oeste por la margen sur. Encontraron trabajos mineros en una quebrada que bajaba del SO del cerro Katterfeld. Koslowsky recogió “*muestras de carbón e interesantes plantas fósiles y amonitas. Estos fósiles están bien conservados y pertenecen a la formación jurásica inferior, probablemente o a los liás* [en realidad correspondían al Cretácico]. *Ya ha sido observada esta formación en las regiones del Carrenleufú, en las montañas del oeste del valle y se le encuentra en el oeste del Lago Argentino*” (Moreno, 1898, p. 306).

Siguieron con dificultades hacia el oeste durante dos días. Treparon cerros y avistaron el lago La Plata, “*confirmando el descubrimiento de los señores Steinfeld y Botello*”. Retrocedieron al campamento general el 10 de marzo para intentar seguir la exploración por agua usando un bote construido y dejado allí por buscadores de oro.

El 16 de marzo se internaron, en el bote, Arneberg, Koslowsky y dos peones y avanzaron con dificultad hacia el oeste. El 21 de marzo llegan al desagüe del río que une los lagos Fontana y La Plata y ascendieron por él con dificultad. El 23 de marzo

recorrieron un tramo del lado sud, dejaron el bote y el 26 de marzo continuaron a pie por el lado norte, cruzaron un arroyo correntoso con “*vetas de mineral de hierro*”. El 29 de marzo, después de haber cruzado tres arroyos, alcanzaron el extremo del ángulo noroeste del lago, donde encontraron otro río. Determinaron que el lago La Plata medía unos 50 km y evaluaron que su extremo oeste debía estar “*muy próximo a la costa del Pacífico*” [se halla a c. 60 km]. Como no pudieron avanzar más por falta de comida y el mal tiempo, emprendieron el regreso. El 2 de abril llegaron al campamento y el 3 al puesto de Steinfeld, donde los esperaba Moreno.

El 5 de abril, Moreno (1898, p. 307) dispuso que Arneberg reconociera la región hacia el sud, que se internara “*lo más posible*” por el valle del Goichel, hacia el brazo transversal norte del Aysén; hiciera “*un levantamiento rápido de las nacientes de ese río, del Coihaike, del Mayo, del brazo sud del Aysén, el que pudiera ser el Río Huemules, cuyo curso superior era desconocido, y se internara lo más posible en el lago Buenos Aires, debiendo estudiar a su regreso el codo del Río Fénix en Parihaike*”. “*Programa vasto, pero que se realizó felizmente*”.

Arneberg examinó el Aysén y reconoció las nacientes del Coyhaique. Aquí Moreno (1898, p. 308) remarcó que “*es digno de observar que casi todas las fuentes de los ríos patagónicos que desaguan en el Pacífico, se dirigen primero al este para torcer luego violentamente hacia el oeste, como el Coihaike*”.

Según Moreno, Arneberg bajó por el curso del Coyhaique durante dos días y desde una altura pudo ver que recibía otro río desde el sur [río Simpson, en los mapas actuales] y torcía hacia el norte. El 19 de abril llegó “*al brazo austral del Aysén*” [en los mapas actuales el Aysén de Moreno se llama Ñireguao].

El 24 de abril, cruzó la meseta que separa la cuenca del lago Buenos Aires, más al oeste del lugar donde la cruzara Moreno, reconoció la bahía cerrada del norte del lago Buenos Aires y vio cortada su marcha por el río Ibáñez “*nombre de un minero de Chubut que había estado allí en el año anterior*” (Moreno, 1898, p. 308). El lago se internaba al OSO, pero no pudo ver su extremo. Retrocedió y recorrió el curso del río Fénix “*hasta su desembocadura en el lago y después de una ligera nivelación, pudo convencerse de*

que efectivamente el río corrió permanentemente en tiempos modernos hacia el oriente”.

En este recorrido, Teodoro Arneberg determinó 23 latitudes y 4 azimuts y 76 alturas, 13 trigonométricas y el resto, barométricas y según Moreno (1898, p. 307) sus observaciones fueron coincidentes con las suyas.

El 30 de abril de 1896 Arneberg se unió a von Platten que había explorado la región ubicada entre el valle del río Genoa y el río Senguerr.

Moreno sigue viaje de Alto río Senguerr a lago Buenos Aires

El 27 de marzo de 1896, a media tarde, Moreno y sus acompañantes ascendieron la loma que separaba el Senguerr del arroyo Verde y pasaron la noche en sus orillas. El arroyo Verde, según Moreno (1898, p. 294), nacía al pie sudeste del cerro Katterfeld (1800 m) desde donde descendía al sudoeste por una quebrada angosta.

El 28 de marzo, volvieron a las “llanuras onduladas de la Patagonia” y se encontraron con otra hondonada suave, similar a la del arroyo Pico, pero más abierta al naciente y occidente: “*Es el valle del Goichel, arroyo considerable que baja del Cerro Katterfeld, primero hacia el S-SE para torcer luego rápidamente al O-NO, hasta las montañas. Desde un promontorio volcánico que domina el valle por el norte, y en el que descubrí un antiguo cementerio indígena formado por una agrupación de montículos de piedra, de los que solo pude obtener un cráneo bien conservado y algunas puntas de flecha de piedra, se domina completamente la región, y recomiendo este belvedere a los que creen que el Aysén tiene sus fuentes dentro de la Cordillera de los Andes (...). Es solo la llanura extensa la que se tiene delante, apenas limitada al este por pequeños albardones glaciales, y en la que se ve aún el curso seco del río que en tiempo no lejano desaguaba las lagunas de Coyet, que aún existen muy reducidas en los llanos de oriente*” [el río Goichel corresponde al río Ñireguao Norte, afluente del Ñireguao y luego del Mañiguales que desagua finalmente en el río Aysén. Las lagunas de Coyet corresponden a la laguna Coyte].

Moreno (1898, p. 295) destacó que el valle de Goichel está apenas separado por un par de metros de altura “*de su mitad oriental del Coyet*”. Allí “*ha*

poblado un atrevido colono del Chubut, el señor Rickards, y sus haciendas prosperan admirablemente”.

A esta altura concluyó que la descripción hecha por Simpson de su exploración de Aysén en 1870 no se correspondía con las regiones por las que él había pasado.

Moreno (1898, p. 297-298) no llegó a las casas de la estancia, “*por el tiempo escaso*” y siguió hacia el sud, cruzó una loma cubierta de cascajo glacial y llegó a la hendidura por donde corría el Río Mayo, afluente del Senguerr, y donde nacía también “*separado por simples morenas, el Río Coihaike, afluente del Aysén*”. Moreno destacó que este era otro caso del *divortium aquarum* al este de los Andes.

Al respecto escribió Moreno (1898, p. 298): “*Si estos interesantes fenómenos hubieran sido examinados por los señores Serrano Montaner, San Román, Fischer, Stange y otros que han sostenido que ‘divortia aquarum continental’ es sinónimo de ‘divortia aquarum de la Cordillera de los Andes’, indudablemente no se hubieran producido las desinteligencias que deploramos los que conocemos de visu las regiones australes, y la discusión de la línea de fronteras no nos hubiera llevado a argentinos y chilenos hasta exponernos a olvidar que somos hermanos. Reducida a sus justas proporciones la tan agitada cuestión de límites, creo que la hubiéramos terminado ya satisfactoriamente para las dos naciones*”.

Según Moreno (1898, p. 298) él poseía datos exactos de la depresión del Río Mayo pues se los habían comunicado “*los señores Steinfeld y Botello, cuando en 1888 dispuse explorar la región entre el Lago Buenos Aires y el Lago Fontana*”. “*En la depresión transversal del Coihaike y del Mayo tienen origen estos dos ríos, alrededor de una insignificante elevación volcánica que ocupa el centro de un manantial en el cañadón común*”.

El 29 de marzo, siguieron el cauce del Mayo, examinaron la “*Casa de Piedra, caverna en la lava negra y rojiza*” y por las faldas volvieron a la meseta y marcharon penosamente por los bosques y pantanos en medio de un temporal. Acamparon temprano a orillas del arroyo Chalia (Moreno, 1898, p. 298-299).

El 30 de marzo, marcharon hacia el sudoeste y encontraron sobre la meseta una nueva depresión transversal, más ancha que la del río Mayo, que se extendía hacia occidente y por la cual corría en esa dirección “*un hilo de plata*”. En el lugar por el que

descendieron nacían dos arroyos, uno iba hacia al oeste y el otro al este. Otro caso de división de aguas continentales.

A poca distancia al este, estaba la Laguna Blanca (640 m s.n.m.), bautizada por Steinfeld. Moreno observó que la laguna tenía cerrado su desagüe hacia el este, pero que por el mismo debía correr agua, en primavera, hasta cerca del arroyo Chalia. Moreno observó otro arroyo que desaguaba en la laguna desde el oeste y uno que bajaba al poniente y que al igual que otro que nacía en la falda sud formaban los afluentes más orientales del Aysén.

En el llano glacial, lleno de erráticos de grandes dimensiones, entre esos arroyos, Moreno registró uno en una foto (Moreno, 1898, lám. 23) para demostrar “*la inconsistencia*” de las afirmaciones de Ameghino que había negado en sus publicaciones “*la presencia de fenómenos glaciales en los llanos y mesetas patagónicas*”, las “*que no tienen más base que su manía de decir negro cuando otros dicen blanco*” (Moreno, 1898, p. 299).

Pasaron la noche en uno de los afluentes del Guenguel y el 31 de marzo, observaron desde la meseta la gran depresión lacustre del lago Buenos Aires “*quizás la más grande de la Patagonia después de la del Lago Viedma*” (Moreno, 1898, p. 300). La meseta tenía paredes casi perpendiculares y les costó trabajo encontrar una bajada.

La meseta cae “*en un lago accesorio, hermosa dársena, en aquel mar dulce, se distinguían siluetas de árboles*”. La dársena está dominada por elevados cerros “*de cuyos ventisqueros nace el Río Fénix, que desciende inmediato al pie de la meseta, en la depresión entre las dos líneas principales de morenas (...)*” y que luego de dar más de mil vueltas, “*según los caprichos de los montículos moreniscosos, hacia el sudeste, vuelve violentamente al oeste, a desaguar en el lago después de un curso de más de cincuenta kilómetros entre las morenas, presentándose así otro caso, y el más interesante de división de aguas*”.

Según Moreno (1898, p. 300-301) el río que corría antes hacia el Atlántico “*ha sido interrumpido en su curso por uno de esos fenómenos comunes en los ríos que cruzan terrenos sueltos, principalmente glaciales*” (...) y un simple derrumbe de piedras sueltas, ha desviado gran parte de su curso, llevándolo al lago cuyo desagüe aún ignoro, mientras que al orien-

te corren aguas sólo durante las grandes crecientes en que rebalsa, produciéndose entonces una pequeña corriente creciente sobre el viejo cauce, hoy casi relleno, pero en el que “bastaría el esfuerzo de algunas horas de trabajo para que esas aguas volvieran a su dirección primitiva y corrieran todas hacia el Río Deseado (...)”.

“*Las cartas geográficas antiguas indican el río Deseado como un río caudaloso, y es probable que lo fuera en tiempos en que, explorado por los primeros descubridores, cuyas observaciones merecen, por lo general, más crédito del que se les presta. Visité en 1876 este río, o más bien su antiguo lecho, en el desagüe en el puerto de su nombre y solo encontré pequeños manantiales, fenómenos cuya explicación está en el que se observa en el río Fénix y en otros casos análogos*”.

“*Si hubiera dispuesto de tiempo, hubiera vuelto a ese cauce la antigua corriente, pues trabajos mayores ejecutan cada día los ‘tomeros’ en los ríos de San Juan, Mendoza, etc., para el riego de las fincas*”.

En alusión al lugar en el que hoy día se encuentra la localidad de Perito Moreno, escribió: “*Si la Nación decidiera crear en ese paraje una colonia, tengo la convicción de que no le costaría un centavo el llevar las aguas del Río Fénix y las del Río Deseado superior hasta el Atlántico, y los resultados prácticos de esta obra serían considerables, pues aprovechando ese hermoso puerto se establecería una fácil comunicación con la región andina tan fértil y, además, se convertiría aquella bahía, hoy solitaria, en apostadero de primer orden para la armada nacional*”.

En la depresión, al norte del lago, Moreno observó “*cinco líneas de morenas laterales*” y que los trozos de erráticos están compuestos principalmente por “*granitos, dioritas y pórfidos, rocas neo-volcánicas y calcáreos negros*”.

Regreso de Moreno hacia el Norte

El 1 de abril, Moreno (1898, p. 301) resolvió regresar al norte “*dejando para otra ocasión el examen de la región entre el Lago Buenos Aires y el Lago San Martín, para lo cual no disponía de tiempo ni de salud, molestado como me encontraba por una vieja dolencia*” [dolencia que no explica, pero que probablemente era la misma que lo aquejó en otras oportunidades a lo largo de su vida, relacionadas con lo sufrido durante el ascenso por el río Santa Cruz].

Según Moreno (1898, p. 302), al regresar, se proponía *“averiguar cómo se presentan las mesetas en su descenso gradual hacia el Atlántico, formando la gradería gigantesca que precede a la Cordillera de los Andes, que tanto admiró a Darwin y cuyo origen es aún un problema”*.

Según Moreno, al sur de los 48° S *“hasta las sierras que limitan por el sud la gran isla de la Tierra del Fuego”*, las mesetas llegan hasta el mar y están cruzadas solo por las depresiones transversales que contienen los grandes ríos y más al sud el Estrecho de Magallanes y *“el estrecho, cegado hoy, entre Bahía Inútil y Bahía San Sebastián”*. Señaló que la misma formación sedimentaria se extendía al sur del río Colorado hasta la depresión paralela al río Negro que desembocaba en el seno de San Antonio, aunque ya en Valcheta aparecían rocas eruptivas y hacia el OSO se levantaba, en el centro del territorio, un macizo montañoso bastante extenso, compuesto de rocas eruptivas antiguas y modernas, de una elevación máxima aproximada de 1700 metros, que precedía a la serranía que corría desde Collón-Cura hacia el SSE y se perdía en las proximidades de los lagos Colhuehuapi y Musters. Moreno señaló que no conocía esas montañas al sur de los 43° 30' por lo cual no le era posible decir si formaban una depresión entre las mesetas del este y del oeste o si había una pendiente general desde la Cordillera al Atlántico. Especulaba que no se trataba de *“líneas de levantamiento”* sino que la morfología se debía a una *“inmensa calota de hielo”* que cubrió toda la Patagonia. Sin la cual sería difícil explicar *“la presencia de rocas patagónicas en las formaciones costeras de la provincia de Buenos Aires, desde la desembocadura del Río salado al sud”*.

Según Moreno (1898, p. 303), *“las colosales manifestaciones de la erosión en Patagonia, necesitan ser estudiadas con todo detenimiento para poder distinguir las cadenas verdaderas, tectónicas, de las montañas modeladas por la acción de las aguas”*. Y seguía sosteniendo que los fenómenos que produjeron y producen *“la curiosa división de las aguas hacia el oeste y hacia el este”* tenían un valor orográfico insignificante tal como lo mostraba el albardón entre Chapelco y Quilquihue, el de Laguna Balanca y el del Río Fénix, que *“pueden desaparecer con el simple trabajo de pocas horas”*.

A la noche acamparon a orillas del arroyo Guenguel en un recodo inmediato a su salida a la gran llanura del oriente, en la que se reunía al río Mayo y sobre la que se levantaban pequeños restos de mesetas bajas. Acamparon a la noche a orillas del arroyo Guenguel (...) *inmediato a su salida a la gran llanura (...) en la que se reúne al río Mayo (...)*. Próximas al campamento aparecían lavas basálticas.

Los indios del cacique Kankel (...) andaban bolearando en las vecindades, y temprano, al día siguiente [2 de abril], pasamos por frente a la toldería establecida en el pintoresco valle del Chalia, a corta distancia de la Laguna Blanca, excelente región para una colonia pastoril, en la que podrían establecerse permanentemente los indígenas que la ocupan desde tiempos inmemoriales, sin temor de ser desalojados por los compradores de ‘Certificados de la Compañía del Río Negro’. La Nación tiene el deber de dar en propiedad tierra a esos indígenas” (Moreno, 1898, p. 304).

Esa noche acamparon en el arroyo Chalia en medio de una *“lluvia torrencial”*.

El 3 de abril siguieron hacia el norte por el valle del arroyo hasta su confluencia con el río Mayo, en el paradero de Yolk [según Rey Balmaceda, está algunos kilómetros aguas arriba]. Subieron a una meseta llana [sería la Pampa de la Loma Redonda actual] y llegaron hasta el paradero de A' Ash, *“al borde de una laguna que me recordó las del este de la Provincia de Buenos Aires, con sus totorales y falta de orillas definidas”* [sería la laguna El Mallín, donde ahora está la Est. Cañumil], que corresponde a la planicie de las *“lagunas Coyet”* [hoy día Coyte].

El 4 de abril, siguieron hacia el norte y al mediodía llegaron a una suave loma *“que es falda de la meseta general”* y allí encontraron *“tres toldos del capitanejo gennaken Maniquiquen”* (Moreno, 1898, p. 304-305).

“En proximidades de ese punto, llamado Capperr, se encontraba la famosa piedra de la que habla Musters y la que, considerándola un meteorito por otras referencias, tenía intención de visitar y recoger para el Museo. La encontramos a una distancia de unos veinte kilómetros de la toldería (...) Era en efecto un hermoso meteorito cuyo peso es de ciento catorce kilogramos”. Moreno lo dejó pues no podía llevarlo en una mula, pensando luego enviar en su busca uno de los carros del señor Arneberg (según Rey Balmaceda, en Musters, p. 179).

El 5 de abril cruzaron la meseta y llegaron a Barrancas Blancas en el valle del río Senguerr. Horas después se encontraron con los señores Arneberg y Koslowsky *“en el puesto de don Antonio Steinfeld, empleado del Museo de La Plata y actualmente ganadero del Senguerr”* (Moreno, 1898, p. 305).

El 6 de abril Moreno continuó viaje hacia el norte por un llano, dejando las serranías del macizo del Gato al oeste, y a la tarde, acampó en la orilla del arroyo Appeleg.

El 7 de abril siguió al norte por la pampa y al medio día cruzaron el arroyo Omkel, próximo al segundo paradero de Shama. Acamparon antes de la puesta del sol *“para recibir a algunos indios que se acercaron a saludarme en las orillas de la Salina de Tegg o Tequerr”* (Moreno, 1898, p. 309-310). *“Telacha y Tupushush, gennakenes puros, no querían reunirse con los demás indígenas pues decían descender de familias principales y me pidieron les obtuviera lotes en la nueva colonia que se establecerá en el Gennua”*.

El 9 de abril pasaron el filo (Cordón del Cherque) y en el valle del Cherque encontraron a Kastrupp *“que se ocupaba de topografiar la región”*, siguieron por el valle del río y alcanzaron el del Putrachoique, afluente norte del Gennua. Siguieron hacia el norte por el oriente del valle del Tecka, cruzaron el paradero indígena de Teppel, bajaron a la quebrada abrigada y pastosa de Aueyen *“para llegar al valle hermoso de Tecka, cuyo nombre lo toma de un pequeño promontorio volcánico que se levanta en su centro”* (...) *“Nos despedimos del buen Foyel frente a sus toldos, y entrada la noche conseguimos alcanzar la quebrada abrigada de Caquel”* (Moreno, 1898, p. 310).

El 10 de abril llegaron a la Comisaría de 16 de octubre *“a pesar del mal estado de nuestros animales”*.

El 11 de abril, Moreno (1898, p. 311) dispuso los siguientes itinerarios para el personal del Museo actuante en la zona: Lange debía dirigirse al Río Negro *“por Mackinchau y Balcheta”*; Waag al Río Negro *“por el sud del llano de Yannagó hasta las sierras de San Antonio, debiendo examinar la bahía de San Antonio”*; Von Platten debía volver al Chubut *“por Cherque en la sierra”* y Kastrupp a Chubut *“por Gennua”*;

Moreteau *“debía llevar los carros al Chubut y estudiar así con más tiempo el camino hasta el Atlántico”*.

Ese mismo día, Moreno hizo una excursión hasta el Río Fta-Leufu *“para conocer todo el Valle 16 de Oc-*

tubre”. En la descripción hecha por Moreno (1898, p. 311): *“El río sale en un violento recodo de la depresión situada al occidente de la cadena del Cerro Situación para penetrar en el valle oriental, retrocediendo luego al poniente para cruzar las montañas boscosas que forman cordón entre ese río y el Palena o Carrenleufu al occidente de los grandes nevados que muestran sus crestas, desde el valle”* y llegaba hasta el punto en el que se le incorporaba el Río Corintos.

Según Moreno (1898, p. 311) sería fácil *“abrir camino carretero a través del bosque hasta el valle Carrenleufú (Corcovado), con lo que se aceleraría su aprovechamiento. Bien merecen los colonos de 16 de Octubre toda la protección que pueda dispensarle la Nación. No creo que este haya desembolsado un centavo para formarla, pues hasta los gastos de la expedición de Fontana fueron cubiertos por ellos, según me lo refieren. Creo que bastaría destinar la suma de cinco mil pesos para facilitar inmensamente las comunicaciones en tan extenso valle longitudinal, y unir sus fracciones separadas hoy por la erosión de las morenas y por el bosque”*.

Al regresar al campamento tuvo *“el placer de encontrar al señor Lange quien acababa de regresar de su trabajo, con interesantes observaciones obtenidas a fuerza de duras fatigas”*.

Regreso de Moreno al Nahuel Huapi

El 12 de abril, una vez *“dispuesto el regreso de los diferentes expedicionarios de de la sección sud”* Moreno (1898, p. 326) resolvió emprender el regreso a Nahuel Huapi y esa noche acampó en Pichileufú.

Entre el 13 y el 15 de abril, tomó el camino de Fofocahuallo para cruzar por Ftatemen y continuó al poniente por los orígenes de los arroyos Chacaihueruca, Chenquegeyú y Río Curruleufú [este último figura en el mapa de Moreno en el lugar en que actualmente se ubica el río Ñirihuao].

El 16 de abril, Moreno (1898, p. 326) llegó a la chacra de Tauschek en el lago Nahuel Huapi. El 17 de abril, se le incorporó Wolff y le dio cuenta de los trabajos realizados.

Considerando necesaria su presencia en Buenos Aires *“y satisfecho con la manera como se efectuaban los reconocimientos que había confiado a mis infatigables colaboradores”* Moreno (1898, p. 333) decidió navegar el lago *“en la lancha de los señores Wieder-*

holtz” para dirigirse a Puerto Montt y desde allí a Buenos Aires.

Salió a la mañana temprano y llegó a Puerto Blest a las 10 de la noche. Escribió con respecto a Puerto Blest: “*será frecuentado en día próximo por el comercio, que aprovechará el nuevo camino entre Puerto Montt y Puerto San Antonio, y por los turistas que gozarán de los maravillosos y variados escenarios de esa región*”.

El 18 de abril, cruzó “*el fácil portezuelo que separa el lago del Valle del Peulla y llega a Chile. En ese valle, el señor Widerholtz ha construido depósitos para el más fácil tránsito de las mercaderías, en Casa Pangué, desde donde visita los ventisqueros del Tronador*”.

El 20 de abril, pasó la noche en la orilla del Lago de Todos los Santos y consiguió una embarcación para cruzar el lago, cosa que hizo al día siguiente. El 21 siguió viaje durante la noche con una lluvia torrencial “*por entre las lavas y cenizas del Osorno y del Calbuco*” hasta la costa del Lago Llanquihue.

El 22 de abril, llegó a Puerto Varas y desde allí se trasladó “*en cómodo carruaje*” a Puerto Montt, donde llegó a la medianoche.

Según Moreno (1903a; Moreno, 1918-1919, p. 34; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 116) una vez en Chile, a principios de mayo “*visité en Santiago al señor Barros Arana, a quien amistosamente referí los principales resultados de mi viaje, los errores de apreciación geográfica en que él incurría al pretender que el encadenamiento principal de los Andes coincidía con el divortium continental, y no le oculté mi decisión de volver el río Fénix a su antiguo curso, como una demostración práctica de estos errores*”.

Resultados generales de la expedición

Moreno (1898, p. 342-344) en su trabajo, hizo una reseña de los resultados generales de esta expedición, aunque aclaró que “*la síntesis de los trabajos efectuados por la Sección Exploraciones del Museo (...) tendrá lugar en la publicación de los informes parciales detallados de los diversos expedicionarios*”.

El reconocimiento abarcó la región ubicada entre los paralelos 36° y 46° 30' de latitud sud, al oeste del 70° 30' de long. oeste. Se recorrieron 7155 km a caballo, se determinaron 3 longitudes, 328 latitudes y 201 azimuts; se hicieron 360 estaciones con teodolito y 180 con brújula prismática; se realizaron

271 observaciones trigonométricas de altura, 1072 barométricas y se tomaron 960 clichés fotográficos y 6250 muestras de rocas y fósiles, además de un buen número de representantes de la fauna y flora patagónica y objetos antropológicos y se confeccionó el primer plano preliminar del lago Nahuel Huapi y del Valle 16 de Octubre.

Según Moreno (1898, p. 342-343) se corrigieron “*errores importantes en la mal conocida geografía de esas regiones*” y se estudió “*con detenimiento la orografía de la región inmediata a la Cordillera de los Andes y de parte de ésta*”. De resultados de tal estudio se modificaron “*casi completamente las ideas emitidas por los señores Serrano Montaner, Steffen, Fischer y Stange, en sus diversas publicaciones respecto a la topografía de esas regiones, y principalmente en el folleto publicado por el primero, con el título de Límites con la República Argentina (Santiago de Chile, 1895) y en la Memoria e Informe, relativo a la Expedición Exploradora del Río Palena. Diciembre 1893 a Marzo 1894 (Santiago de Chile 1895), que contiene los trabajos ejecutados por los segundos*”.

Se reconoció la región entre el río Limay y los lagos Lácar y Nahuel-Huapi, “*completamente desconocida antes de los geógrafos*” y que, en opinión de Moreno, sería, sin duda alguna, colonizada tan pronto como la Nación decidiera fraccionarla y entregarla al verdadero colono.

Para Moreno, los valles regados por los afluentes del Caleufú y que contienen los lagos Metiquina, Hermoso, Machonico, Filohuehuen, Falkner y Villarino, podrían “*ser aprovechados inmediatamente para colonias agrícolas y pastoriles que abarcarían desde el Lago Lolog hasta las serranías que separan la cuenca hidrográfica del Caleufú de la del Trafal*”, al igual que ésta, “*que contiene tantos valles abrigados y pastosos*”. Otro centro agrícola-ganadero de gran importancia era visualizado en los terrenos de la margen norte del lago Nahuel-Huapi y los de los lagos Correntoso, Espejo, Totoral, etc.

La expedición dio además como resultado el primer plano preliminar exacto del lago Nahuel-Huapi, “*muy distinto del figurado*” hasta ese entonces en los mapas. Se estudió también la zona ubicada al sur, hasta el río Palena, abarcando los fértiles valles del Manso, los afluentes del Puelo, el Maitén y la red de los lagos Cholila, Rivadavia, Menéndez, Fta-Lafquen

y Situación, “los que, o eran desconocidos, o no tenían colocación exacta en la geografía patagónica”.

Para Moreno se había además “comprobado que el Fta-Leufú es el mismo río que el Frío y por lo tanto afluente del Palena” [conclusión errónea, como ya se vio más arriba].

Dentro de los trabajos efectuados se “había levantado el plano general del Valle 16 de Octubre, estudiado el curso del Carrenleufú, desde el punto extremo alcanzado por los exploradores chilenos hasta sus fuentes en el Lago General Paz [Winter] y en las colinas y bajos del oriente, y demostrado que no existe allí cordón alguno de la Cordillera de los Andes” (Moreno, 1898, p. 343). Se habían estudiado con detenimiento las llanuras donde tienen origen los afluentes que desaguan en el Palena. Según Moreno había “verdaderas llanuras en las que se forma la división interoceánica de las aguas, a un centenar de kilómetros por lo menos, al oriente de la Cordillera de los Andes”.

También se habían explorado los lagos Fontana y La Plata, hasta las proximidades del Océano Pacífico, “en donde los limita el cordón andino propiamente dicho; las regiones donde nacen los afluentes del Aysén que desagua en el Pacífico y los afluentes del Senguerr, Mayo, Chalia y Guenguel, en condiciones semejantes a los afluentes” del río Palena (Moreno, 1898, p. 343-344). Remarcaba Moreno que con ello se confirmaba lo que siempre había sostenido, “que la división interoceánica de las aguas se produce en el extremo de este continente al oriente de la Cordillera de los Andes y que corrientes que antes desaguaban en el Atlántico, se vacían hoy en el Pacífico, y demostrado que aun hoy, hay épocas en que esas corrientes se dirigen a los dos rumbos, dependiendo este fenómeno de las crecientes primaverales”. Finalmente se había explorado el seno oriental del Lago Buenos Aires y el Río Fénix.

Muchos años después, al reseñar sus actividades como Perito, Moreno (1918-1919, p. 54-65) recordaría los puntos principales de las conclusiones de este viaje en todo lo relacionado con determinados accidentes geográficos que consideró de importancia para la resolución del diferendo limítrofe. Fundamentalmente los referidos a las regiones entre el río Bio Bio y el lago Aluminé, lago Lácar, lagos Epu-yén-Puelo, FutaLeufu-Palena, río Mayo-Coyhaique y río Fénix-lago Buenos Aires.

Con respecto a la primera zona escribió: “Así, recordé lo observado en las nacientes del Río Bio-Bio, encerradas entre la Cordillera de los Andes y un cordón que de ella se desprende con rumbo S.E. donde varias veces habían chocado fuerzas argentinas y chilenas, pues hasta ese momento se ignoraba a cuál de las dos soberanías pertenecía el valle superior de ese río y me había expresado así: ‘Esta incertidumbre no ha desaparecido aún, y no desaparecerá mientras los trabajos de la delimitación de fronteras no lleguen allí. No basta que unos y otros digamos esto es nuestro porque sí; estas razones no son razones, porque no están fundadas’”. Moreno destacó el pasaje insensible del *divortium aquarum* continental debido a que “la pendiente del terreno no alcanza a cinco por mil desde el Aluminé” (...) “La quebrada es continua entre el llano occidental y el Aluminé y difícilmente pueda considerarse aquello como el dorso andino, sin mayores investigaciones”, por lo que “será necesario un estudio muy detenido de la región para poder trazar con seguridad en ella o en sus vecindades la línea de fronteras, de acuerdo con la letra y el espíritu de los tratados que la disponen, y me convenzo una vez más de la imprescindible urgencia que hay en disponer el estudio general de la Cordillera de los Andes, antes de proceder a la marcación en detalle de la línea divisoria”.

En la región de lago Lácar, Moreno remarcó el escaso desnivel entre las lomadas existentes al sur del río Quilquihue, que lleva las aguas del lago Lollog al río Chimehuin y la cuenca del lago Lácar que, más al sur, desagua en el Pacífico. Escribió Moreno: “Cruzamos el Quilquihue en un punto en que desciende del oeste- noroeste y atravesado éste insensiblemente nos encontramos con que la llanura glacial, apenas elevada unos diez metros sobre el río, en su parte más alta forma un interesante ejemplo del tan sonado *divortium aquarum* continental” (...) “Digno de atención es ese punto y me detengo en él algunas horas. El llano, como he dicho, es de origen glacial y (...) los avances y retiradas de los ventisqueros y su mayor o menor desarrollo por causas locales, han modificado muchas veces los depósitos que dejaron en esos movimientos (...)”, y en “(...) una pequeña depresión transversal, apenas sensible por el oeste, pero limitada al oriente por lomajes que forman una morena secundaria frontal (...) hay unos medanitos que ocupan apenas veinte metros cuadrados y cuya mayor elevación no alcanza

a un metro. Elegimos con el señor Hauthal ese punto para nuestro objeto (800 m.), que era el de precisar el punto en que se produce la división de las aguas y vimos que bajo ese medanita se confunden; caminamos desde allí al Quilquihue y seguimos primero las aguas subterráneas, reveladas a medida que avanzábamos por la humedad progresiva del suelo hasta que brotan y luego corren a echarse al río, y en seguida hicimos la misma observación con las humedades opuestas. Hubiera sido necesario poseer niveles de precisión para conocer el desnivel exacto entre Río Quilquihue y las aguas que descienden hacia el Pacífico, pero desde ya puedo decir que creo que una cuadrilla de veinte peones podría, en veinticuatro horas, desviar el curso del Quiquihue y arrojar todas sus aguas al llano de Maipú [o Chapelco]. Cuestión de remover un poco de barro y arena y nada más”.

Otra región que señaló Moreno es la ubicada en al oeste de El Maitén-Cholila, norte de la provincia de Chubut. Allí al sur de Apichig “donde nace de una morena frontal secundaria (...) está el gran llano glacial que reemplaza al ventisquero desaparecido con los desperdicios andinos que dejó éste (...) Al oeste del llano morenisco (...) descienden las aguas al occidente y la hondonada que distinguí en 1880 a través de la angostura corresponde, no el Lago Puelo como supuse entonces, sino al Lago Epuyén que desagua en aquel” (...) “Aquí, (...) ha existido también un enorme lago, son restos los actuales del sistema del Río Puelo y los del sistema del Río Fta- Leufú, hoya común que se separó a medida que la erosión, el clima y quizás también los fenómenos volcánicos, produjeron los desagües del oeste que cruzan la Cordillera. En los primeros tiempos glaciales una calota de hielo cubría toda la región andina del oriente y los derrites de estos hielos corrían todos hacia el Atlántico. Así se explican los anchos valles y las capas de cantos rodados andinos que los cubren, valles por los cuales corren hoy los afluentes del Chubut. El llano está formado por los restos de una de las viejas morenas frontales de ese gran lago perdido.”

(...) “En estas pampas de Esquel encontramos nuevamente el *divortium aquarum* interoceánico, siempre producido por la misma causa ya mencionada: la acción glacial. Aquí también las aguas que descendían de la Cordillera hacia el Atlántico se han visto obligadas a torcer hacia el Pacífico, obstruidos sus canales natu-

rales por las morenas extensísimas que cubren hoy la región. El gran ventisquero del oeste, abriéndose paso entre las abras de los cerros que preceden la primera cadena longitudinal paralela al cordón central andino, cubrió con sus morenas todo el valle entre el norte de Apichig (...) rellenando esa hoya hasta encontrarse con otros ramales del ventisquero perdido del Tecka. (...). Los montículos glaciales aumentan de altura hacia el sud, (...) Después de haber cruzado más de veinte kilómetros por una llanura apenas ondulada, en la que sin observaciones de precisión no será posible determinar desde donde corren las aguas al Pacífico y desde donde al Atlántico, llanura donde inútilmente se buscará nada que pueda considerarse como dorso andino divisorio de las aguas”; “se desciende la morena frontal en la gran abra llamada abra de Esquel” (...) “y se llega a otro escalón del viejo lago perdido cuyo lecho ocupa al oeste y sudoeste la Colonia 16 de Octubre.”

(...) “Si una creciente anormal, que puede producirse en cualquier invierno, aumentara las aguas del llano de Esquel, seguramente el *divortium aquarum* interoceánico se alejaría al oriente de donde está ahora, y ya no sería formado por los cerros de Esquel ni por el llano; la meseta oriental pasaría a ser, llegado ese caso, y si se aceptaran las teorías de los señores Steffen, Fischer y Stange, ‘el encadenamiento de la Cordillera que divide las aguas’ en una estación del año, mientras en otra se encontraría el tal ‘encadenamiento’ en el llano.”

En el extremo sur de esta llanura, al oeste de Tecka, Moreno ubicó el *divortium aquarum* fuera de la zona cordillerana, entre las nacientes de los ríos Tecka y Genoa, afluentes respectivamente, de los ríos Chubut y Senguerr que desembocaban en el Atlántico y los ríos Corcovado o Carrenleufú, y Pico, afluentes del río Palena que desembocaban en el Pacífico y “cuya hoya hidrográfica comprende una buena zona de las llanuras patagónicas situadas al oriente del cordón central de los Andes”.

Más al sur todavía, reconoció “la profunda hendidura característica y antiguo lecho de enorme ventisquero, por donde corre el Río Mayo, afluente del Senguerr, y donde nace también, separado por simples morenas, el Río Coihhaike, afluente del Aysén. Entre sus morenas se produce nuevamente otro caso de *divortium aquarum* interoceánico al oriente de la Cordillera de los Andes”.

Escribió Moreno: “Poseía ya datos exactos sobre esta depresión del Río Mayo que me habían comunicado los señores Steinfeld y Botello, cuando en 1888 dispuse exploraran la región entre el Lago Buenos Aires y el Lago Fontana, y me es agradable reconocer aquí la exactitud de esas observaciones. En la depresión transversal del Coihake y del Mayo tienen origen estos dos ríos, alrededor de una insignificante elevación volcánica que ocupa el centro de un manantial en el cañadón común.”

(...) Si estos interesantes fenómenos hubieran sido examinados por los señores Serrano Montaner, San Román, Fischer, Stange, y otros que han sostenido que ‘divortium aquarum continental’ es sinónimo de ‘divortium aquarum de la Cordillera de los Andes’, indudablemente no se hubieran producido las desinteligencias que deploramos los que conocemos de visu las regiones australes, y la discusión de la línea de fronteras no nos hubiera llevado a argentinos y chilenos hasta exponernos a olvidar que somos hermanos. Reducida a sus justas proporciones la tan agitada cuestión de límites, creo que la hubiéramos terminado ya satisfactoriamente para las dos naciones.”

Finalmente se refirió Moreno al río Fénix y a la necesidad de estudiar con toda detención los fenómenos de esos ríos. En el caso del río Fénix consideró Moreno que “Si la Nación decidiera crear en ese paraje una colonia, tengo la convicción de que no le costaría un centavo el llevar las aguas del Río Fénix y las del Río Deseado superior hasta el Atlántico, y los resultados prácticos de esta obra serían considerables, pues aprovechado ese hermoso puerto se establecería una fácil comunicación con la región andina tan fértil y, además, se convertiría aquella bahía, hoy solitaria, en apostadero de primer orden para la armada nacional.”

Como conclusión de esta expedición señalaba Moreno: “Se ha estudiado la manera de aprovechar todas esas regiones indudablemente argentinas, para la colonización, para la cual se prestan admirablemente; tierras que pueden convertirse en centros productivos de primer orden y en poco tiempo, siempre que cese la actual forma de distribución de la tierra pública y se entregue ésta a los que puedan hacerla valer por el trabajo personal”.

Y en un informe a la Cancillería del 1 de agosto de 1898 escribió (en Bertomeu, 1945, p. 362): “Estos estudios no se han concretado a determinar la

topografía de la Cordillera de los Andes y sus límites laterales, que me era indispensable conocer en toda su extensión, para trazar en ella la línea divisoria de la frontera, como lo disponen los tratados que estoy encargado de cumplir por parte de la República Argentina. Con los recursos de investigación de que he dispuesto, se han conocido vastas zonas útiles en Patagonia, indisputablemente argentinas, sobre las que se tenían escasísimas noticias, se ha comprobado la facilidad de acceso navegando los ríos y lagos y encontrando caminos llanos, sin tropiezo de ningún género, ríos que podrán utilizarse inmediatamente para aprovechar, colonizándolos, tan valiosos campos y las riquezas forestales y mineras que contienen (...)”.

Para ello, y con el fin de completar las investigaciones, Moreno dio a conocer sus conclusiones sobre las mejores vías de comunicación entre los Andes y el Atlántico. En la visión de Moreno las mismas debían ser ferroviarias y partir de dos puntos principales.

Proyectos ferroviarios

Destacaba Moreno (1898, p. 344) “que al Puerto de San Antonio pueden penetrar buques de veintiún pies de calado, siendo de veintidós el menor fondo encontrado y esto en pequeños espacios, al sudeste de Punta Villarino, que no ofrecen dificultades al dragado siendo blando el fondo, con lo que podrían entrar buques de veinticinco pies y aún más”. El agua potable se obtendría “por medio de pozos de cuatro a cinco metros de profundidad y, si se habilitara el puerto, sería fácil traer por un canal la del Arroyo Balcheta, mientras no se construya otro desde el Río Negro”.

En opinión de Moreno, desde San Antonio deberían tenderse líneas férreas a Viedma, Choele-Choel, Nahuel Huapi, con un ramal desde Comallo a Valdivia, pasando por Junín de los Andes.

El ramal a Viedma, de 150 kilómetros, no sería de construcción costosa y transportaría al puerto los productos del Valle del Río Negro “con menos costo que cualquier otro que se construya”, especialmente considerando que “el Puerto de San Blas no tiene la seguridad del de San Antonio y que la barra del Río Negro no permite el paso de buques que calen más de doce pies, y esto sólo con buen tiempo”.

El ramal a Choelechoel, “por la margen sud del río Negro (170 kilómetros), con gran ventaja sobre el

ferrocarril existente entre Choele-Choel y Bahía Blanca, cuyo recorrido es de 500 kilómetros, acercaría los productos de este (...) valle y de las mesetas vecinas al mar (...)

El ramal a Nahuel Huapi (560 kilómetros), significaría una distancia entre Valdivia y San Antonio menor a la existente entre Valdivia y Santiago de Chile. “Esta línea también serviría a las colonias que se formen entre el Nahuel Huapi y el valle del Maitén. Los campos que atravesaría (...) permiten (...) la cría de ovejas y vacas, existiendo ya establecimientos ganaderos en todo el trayecto (...). El valle del Arroyo Balcheta tiene buenos pastos, puede ser regado en parte y en él se desarrollará un pueblo el día que lo cruce el ferrocarril (...). A medida que se interne al oeste el ferrocarril encontrará mejores campos (...)” y en la zona de Maquinchao, donde existía un camino carretero al Chubut, “sería fácil el transporte de productos hasta la línea”.

Moreno (1898, p. 345-346) destacaba que desde Maquinchao hasta Nahuel-Huapi los campos son aún mejores y que entre Nahuel Huapi y Junín de los Andes podían desarrollarse animales vacunos, yeguarizos y lanares y ya se cultivaba trigo, cebada, papas, cebollas, habas, etc. Y señalaba: “(...) los alrededores de Nahuel Huapi se prestan admirablemente para colonias agrícolas y ganaderas (...)” y que allí “viven ya algunos colonos alemanes que prefieren esos campos a los de Chile, habiendo emigrado de la Provincia de Valdivia para establecerse en el lago Argentino”. Y concluía: “No tengo la menor duda de que el día que se entregue a la colonización la tierra fiscal, comprendida entre el lago Lácar y el lago Buenos Aires, en una extensión de norte a sud de ochocientos kilómetros, se poblara rápidamente (...)”.

Moreno hacía referencia también a la explotación de la madera de cipreses y coihues, “árboles que predominan en la región boscosa, mientras que a los alerces sólo se les encuentra en los cajones, del oeste del lago [Nahuel Huapi], pero en cantidades que permiten explotación provechosa” y concluía que su exportación deberá hacerse por el ferrocarril de San Antonio.

El ramal ferroviario que debería unir Comallo con Valdivia, cruzaría el Limay “por una de sus angosturas al sud de Collon-Curá”, llegaría a “Junín de los Andes por los márgenes del Collon-Curá, hasta el

Arroyo Quemquemtreu y luego por las quebradas de la meseta, hasta el Valle del Chimehuín” (Moreno, 1898, p. 347-348).

Según Moreno “ese ramal serviría toda la región fértil del sud del Territorio del Neuquén” y “así toda la hoya del Calefú hasta los lagos de Metiquina y Fihlohuehuen y la hoya del Traful, el hermoso campo de Junín y el Valle de Maipú [Lago Lácar] se poblarían inmediatamente”. El ramal “continuaría de Junín a Chile, sea por las orillas del Lago Huechu-Lafquen o por el Malleco, por Trancura, Quetropillán y Villarrica, empalmando con el longitudinal de Santiago a Valdivia, en las inmediaciones de Villarrica, poniendo así en comunicación, todo el año, el Sud de Chile con el Atlántico”. Moreno destacaba que “este ferrocarril no exigirá grandes obras de arte, ni tendría túneles de alguna importancia, pues el paso más elevado no excede de mil metros” y serviría para llevar al Atlántico los productos de toda la región entre el Bio-Bio y el Maitén.

En opinión de Moreno “la línea de Nahuel-Huapi serviría también a las colonias que se formen entre dicho lago y el valle del Maitén. No sería posible, sin enormes gastos, prolongar un ferrocarril hasta el Pacífico por Nahuel Huapi, pero la navegación de este lago es cómoda y el gobierno chileno construye un camino (...) entre el lago de Todos los Santos y el boquete Pérez Rosales, inmediato a Nahuel Huapi (...). La navegación del lago Todos los Santos es fácil, y en su extremo occidental principia el camino (...) que llegará a Puerto Montt (...)”.

Ligada por ferrocarriles la parte andina de los territorios del Neuquén, Río Negro y del Chubut con el Puerto San Antonio, será este en el futuro lo que es hoy el puerto del Rosario para el norte de la República, y si a esto se agrega la fácil comunicación con la mitad de Chile (...) ofrecerá grandes ventajas al comercio internacional”. Señalaba además la ventaja de conexión entre el valle 16 de Octubre y Nahuel Huapi por camino carretero con respecto a la conexión con Rawson, donde “los carros desde 16 de Octubre emplean por lo menos dieciocho días de marcha (...) atravesando campos estériles en sus cuatro quintas partes”. Moreno destacaba también la ventaja de este trazado por sobre una posible conexión ferroviaria entre Nahuel-Huapi y Puerto Montt, en la que preferenciaba la vinculación mediante la navegación de los lagos Nahuel Huapi y Todos los Santos.

Finalmente destacaba que “la línea entre Buenos Aires y Santiago de Chile tiene 1424 kilómetros de extensión; la de San Antonio a Valdivia no excederá de 900”.

Moreno consideraba que “La única vía posible entre el Atlántico y la región andina, entre los grados 42 y 47, es la que tenga como punto de arranque, un puerto en el Golfo de San Jorge. Hay en este golfo varios puertos que requieren obras de poca importancia para que puedan ser verdaderos puertos comerciales, y si bien la rada de Tilly (Tilly Road) será la que exija más trabajos, en cambio su proximidad a la hondonada de los lagos Musters y Coluehuapi y a los valles fértiles que esta contiene, y las facilidades que presenta una quebrada transversal que conduce, casi, desde el Atlántico hasta el río Chico del Chubut, la indican como el punto más a propósito para cabecera del ferrocarril al valle 16 de Octubre. No hay en todo ese trayecto una sola dificultad: las únicas obras de arte de alguna importancia serían dos pequeños puentes sobre el río Senguerr; la pendiente es insignificante, y en ningún caso, en la línea principal y en los ramales que paso a indicar, se ven desniveles como los que hay en el ferrocarril Gran Oeste, entre Villa Mercedes y Mendoza.

La vía principal pasaría por el valle del río Chico y los valles de los lagos Coluehuapi y Musters; seguiría el Senguerr hasta la pampa de Choiquenilahue, y continuaría al norte, costeando el río Gennua hasta sus fuentes y podría llegar a 16 de Octubre, por el Carrenleufú y por el río Tecka y abra de Esquel, desde donde se podría llevar un ramal hasta el valle del Maitén.

(...) Desde las proximidades del lago Musters, y por el valle del río Mayo, podría arrancar un ramal al lago Buenos Aires y a los valles del Aysén superior, mientras que otro se desprendería de Choiquenilahue, por el valle del río Senguerr, hasta el lago Fontana (...).

Con la población de Patagonia habrá armonía en los elementos que constituyen la Nación, y por lo tanto grandeza para esta; y como para poblar esos territorios tan ricos como abandonados, hoy solo se requiere un poco de buena voluntad y de atención por parte de los poderes públicos, para divulgar las riquezas que encierran y las facilidades que hay para aprovecharlas, no dudo un momento de que esta aspiración de todos los argentinos se realizará en breve tiempo”. (Moreno, 1898, p. 344-350).

Significación del libro de Moreno de 1898 en el problema de límites con Chile

Años después diría Moreno (1918-1919, p. 33) con respecto al trabajo realizado en 1896 y al viaje a Chile que realizó a continuación: “Mi libro, ‘Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz’ contiene los resultados generales de mi última misión reservada y no necesito extenderme sobre ella (...) y las proyecciones que tendrían algunas de mis aseveraciones contentándome con decir que dieron por resultado inmediato el conocimiento por la República Argentina y por Chile de lo inconsistente que era la línea divisoria sostenida por el perito chileno, y la lógica de la que yo venía sosteniendo desde veinte años atrás (...).

Sin embargo, no creo deber pasar en silencio algo que se ignora y que se relaciona con mis procedimientos posteriores, que dieron lugar a no poca crítica de los dos lados de los Andes (...). Había partido de Mendoza y alcanzado hasta el lago Buenos Aires, visitado en el trayecto las nacientes del río Bio- Bio y los hitos colocados en Reigolil y Colocó, puntos difíciles de la demarcación (...); el lago Lácar, cruzando la línea divisoria de las aguas continentales, y observado luego esta misma línea entre los lagos Gutiérrez y Mascaró, en la región de Cholila, en el valle 16 de Octubre y en sus inmediaciones, en el lago Paz [Wintter], en las mesetas de su S.E. vuelta a encontrar siempre fuera de la ‘Cordillera de los Andes’, entre otros puntos, en las colinas y viejas calles de Coyet, Mayo, Laguna Blanca, Guengual y en el Río Fénix, nombre que se le dio porque pronto sería un río resucitado de una vida anterior.

El examen de todos estos hechos que tanto contradecía la errónea concepción (...) del perito señor Barros Arana. En 1876, debí recorrer las tierras comprendidas entre el lago que llamé ‘San Martín’ y Punta Arenas para ver con mis propios ojos si realmente existía, como me lo sostenía el Ministro plenipotenciario en Buenos Aires, señor Barros Arana, una bifurcación de la Cordillera de los Andes, que desprendiéndose de la gran masa longitudinal terminaba en el Cabo Vírgenes, en la desembocadura oriental del Estrecho de Magallanes, hecho físico que de existir, daría todo este estrecho a Chile, en el caso de que se resolviera que la Cordillera de los Andes fuera el límite internacional. Entonces, con ese examen personal había podido probar el error en que incurría el señor

Barros Arana, quien poco después de firmado el tratado de 1881, en cuyas gestiones tanto intervino, y durante las cuales propuso el límite en la línea de separación de las aguas continentales, suprimió de su 'Geografía Física' las frases que caracterizaban el límite tradicional, en la Cordillera de los Andes, la altura, la abruptez, la nieve de las cumbres cortadas por estrechos desfiladeros, recordé igualmente otras conversaciones con el mismo eminente chileno, cuando lo visité en Santiago a fines de 1884 llevado por el deseo de tener una impresión de cómo tanto él, como otro hombre de alto valor, Don Benjamín Vicuña Mackenna, interpretaban el tratado de 1881, cuya ejecución práctica procuraba en esos momentos el Gobierno Argentino. Ante esta revista del pasado, resolví dirigirme a Chile para conversar una vez más con el señor Barros Arana, ya perito chileno, y tratar de convencerlo, con los mismos argumentos de veinte años atrás, de su error, al pretender que la cumbre de la Cordillera de los Andes y la línea divisoria de las aguas continentales coincidían en toda la extensión del límite. Lo que él creía Cordillera yo lo había visto llano y para demostrarlo crucé por Nahuel- Huapi a Puerto Montt para llegar a principios de Mayo a Santiago”.

Con respecto a la entrevista que tuvo con Barros Arana a principios de mayo de 1896, escribió Moreno (1918-1919, p. 34): “El señor Barros Arana había hecho explorar buena parte de las regiones que yo había visitado y sus informes no coincidían con los míos. Para él la línea pactada en 1881 y confirmada en 1893, era la divisoria de las aguas continentales; esta era la ‘línea de cumbres más elevadas que dividen las aguas’, a que se refiere el tratado de 1881 y el ‘encadenamiento principal’ de los Andes del protocolo de 1893, y las investigaciones de sus enviados le demostraban que realmente existía una

línea de cumbres, aunque a veces de poca elevación que corre en la que separaban las aguas del Pacífico de las que corren al Atlántico. Llegué a decir al señor Barros Arana confiado en la relación amistosa que manteníamos desde 1876, que si no aceptaba lo que le decía y confiaba en una información completamente errónea, tan luego como llegara a Buenos Aires, adquiriría algunas palas y dentro de poco tiempo, abriría en algunos días una zanja, como cualquier pequeña acequia de Santiago o Mendoza, por lo que volverá a su viejo curso el río Fénix. Si en esos momentos corría hacia el Pacífico, pronto lo haría hacia el Atlántico, su desagüe lógico.

“Tomé el camino de Buenos Aires y al entrar en la Cordillera tuve ocasión de conversar con el ilustre chileno don Francisco Subercaseaux a quien tuve el placer de señalarle una posible solución de las dificultades con que se tropezaba para terminar nuestro pleito, solución que se me había ocurrido después de haber hablado con el perito chileno. Muy difícil sería que se entendieran los dos peritos, pero si algunos de los principales hombres de consejo, tanto chilenos como argentinos, cambiaran ideas, privadamente, sin carácter oficial alguno, sobre esas dificultades, con los elementos geográficos que se le pusiera a su disposición, quizás un buen entendido entre los dos países surgiría de ese examen, y opiniones que no dejarían de escuchar los peritos. Esta gestión no interrumpiría de ninguna manera los trabajos de estos, sería simplemente ilustrativa. Desde entonces tuve siempre el pensamiento fijo en esa forma de cooperar a resolver problemas que se agravaban cada vez más (...)” (Moreno, 1918-1919, p. 52-53).

Es evidente que el viaje de exploración realizado en 1896 sirvió para confirmar las ideas de Moreno con respecto a hechos geográficos de significación para establecer los límites con Chile.

Capítulo 15

MORENO EN LA COMISIÓN DE LÍMITES, 1896

La Oficina de Límites pasa a La Plata y Moreno asume su dirección

Las exploraciones y observaciones realizadas por la expedición que el Museo de La Plata efectuó en el oeste de la Patagonia a principios de 1896 hallaron continuidad natural en los trabajos de la Comisión de Límites, presidida por Moreno a partir de septiembre de ese año. De esta manera, su concepción integradora llegó a entrelazar las investigaciones del museo con la determinación del potencial económico del país y la afirmación de su soberanía territorial y política (cf. Riccardi, 1989: 18; 2008: 118).

Por disposición del Poder Ejecutivo Nacional y con el acuerdo del Gobierno de la provincia de Buenos Aires, la Oficina de Límites Internacionales dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores, fue reorganizada y se estableció en La Plata, al tiempo que Moreno fue designado su Director General. La oficina pasó a tener a su cargo no solo el estudio de las cuestiones geográficas relacionadas con las fronteras, sino también el levantamiento de planos de regiones desconocidas o poco conocidas de la República, y el estudio detallado de la constitución física de cada una de las provincias y territorios, bajo el punto de vista del aprovechamiento de sus productos naturales y de las condiciones útiles para el desarrollo de ganadería, agricultura e industrias.

Desde ese momento, Moreno orientó las actividades de la institución hacia la defensa directa de los intereses argentinos y efectuó, con la eficaz colabo-

ración del conjunto de técnicos del museo, una obra que hoy llena de asombro a quienquiera que haya recorrido la región cordillerana limítrofe entre la Argentina y Chile.

Para ello, las exploraciones e investigaciones se hicieron mediante un verdadero trabajo de equipo, con instrucciones precisas y la máxima celeridad posible en relación con los medios disponibles. Los trabajos de campaña fueron realizados de acuerdo a instrucciones escritas, redactadas por él mismo Moreno, quien, en la mayor parte de los casos, las supervisó personalmente en el terreno e introdujo las modificaciones necesarias para un mejor logro de los objetivos establecidos. Nada fue improvisado, se previeron itinerarios y tareas alternativas, y se sancionaron, tal como lo prueba la exoneración de Carlos Ameghino (véase Moreno 1890b, p. 60), las desobediencias a las instrucciones recibidas.

El material coleccionado en el campo fue estudiado en forma inmediata por el personal del museo o por especialistas de otras instituciones, y los resultados de los trabajos fueron dados a conocer mediante publicaciones en forma casi instantánea haciendo uso de órganos de difusión propios, o ajenos cuando no alcanzaban los de la propia institución.

Así, en apenas 20 años, una región virtualmente inexplorada de nuestro país, de cientos de miles de kilómetros cuadrados de extensión, fue relevada en toda su amplitud. El avance del conocimiento de esas vastas regiones, producido en ese lapso, puede

ser considerado como uno de los más espectaculares de la historia de las Ciencias Naturales en el país (Riccardi, 1989: 19; 2008: 122).

Los descubrimientos geográficos y los levantamientos topográficos, que en muchos casos no fueron superados hasta casi fines del siglo XX, posibilitaron el desarrollo inmediato del conocimiento geológico de toda la Patagonia.

Pese a sus prolongadas ausencias, Moreno fue secundado en el museo por fieles colaboradores entre los que se destacó el Secretario del museo, Rafael Cattani, quien se encargó de ordenar las actividades de la institución en un todo de acuerdo con las instrucciones que Moreno le hacía llegar, tal como lo atestiguan numerosas notas conservadas en el Archivo Histórico del Museo.

Esta acción conjunta de los científicos y técnicos, bajo la dirección de Moreno, ha sido claramente expuesta por este y por numerosos historiadores en diferentes escritos, y desmiente por completo que la historia institucional haya sido elaborada como una prolongación de la biografía del mismo Moreno, independientemente de las circunstancias y de otros protagonistas.

Como bien lo ha señalado Estanislao de Urza "la participación del Museo de La Plata al servicio de los intereses nacionales comprometidos ha demostrado así que los establecimientos de su género no son solo custodios de vidas extinguidas, sino también una escuela formativa de científicos, centinelas de la patria" (Urza, 1977).

No obstante, la importancia de Moreno en el origen y desarrollo del museo en esa época fue claramente registrada por Holdich (1904, p. 81-82): "Hay (...) una característica de particular interés acerca de La Plata, casi única en América del Sur. Aquí hay un museo que ilustra de manera muy notable la historia geológica y el valor económico de Argentina, especialmente de la parte del país que ha estado en disputa. Este museo fue prácticamente la creación de un emprendedor funcionario argentino, Dr. F. P. Moreno, que no solo es conocido como el experto dedicado a sostener el caso argentino por el límite, sino también como un distinguido sabio con una reputación que va mucho más allá de su propio país. El espléndido edificio público que contiene su museo, en el centro de la ciudad, ha sido el

hogar en un momento u otro de la mayoría de los más serios y emprendedores pobladores y viajeros del lejano sur. La búsqueda de la verdad científica no pocas veces ha culminado con esfuerzos de colonización que han sido más o menos exitosos; y el mundo científico en general está muy en deuda a la empresa de los funcionarios del museo por los descubrimientos paleontológicos de una naturaleza que a veces ha sido casi sorprendente. Caminando con el Dr. Moreno a lo largo de los corredores del museo, con efigies restauradas de gigantescos mamíferos, o entre hileras de esqueletos que parecían una guardia de honor, fue interesante observar la nota personal de interés humano (casi de simpatía) que existía entre el distinguido director del museo y algunos de sus descarnados sujetos".

Libro "Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios de Río Negro, Chubut y Santa Cruz"

Luego de su regreso a Buenos Aires en mayo de 1896 Moreno (1903a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 116) comenzó "la preparación del libro titulado 'Apuntes preliminares sobre el territorio del Sur' que contendría el resultado de las observaciones del viaje, y una vez más, la prueba evidente de que no habría demarcación posible sin el estudio previo del terreno, desde que este era completamente contrario a las ideas que de él se había formado el perito chileno, idea que había inspirado la teoría del *divortium aquarum* continental, y también a la idea corriente argentina del límite con Chile contenida en los tratados de 1881 y 1893, hechos ambos sin el conocimiento de la geografía andina."

En septiembre Moreno (1903; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 116) su libro titulado "Apuntes preliminares sobre el territorio del Sur" fue distribuido "*poco después de mi nombramiento como perito en Septiembre de 1896 y contribuyo eficazmente a colocar la cuestión de límites con Chile, en su verdadero terreno*".

Según Moreno (carta a Roca del 15 de mayo de 1899; en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 95-96) "*la aparición de este libro era indispensable para demostrar lo injustificado de las pretensiones chilenas y para que el país se diera cuenta de cuanto lo afectaban esas pretensiones*". No entro un centavo en su bolsillo por la obra y lo que se obtuvo por su venta se aplicó a

estudiar más el territorio austral. “Se ha dicho que fue impremeditada esa publicación y perjudicial, que es el libro más caro publicado porque obligó al país a armarse gastando millones, pero puedo decir que cuando me decidí a imprimirlo lo hice porque lo consideré indispensable, y si el Gobierno, como se trató en un momento, hubiera decidido su retiro de la circulación, hubiera renunciado indeclinablemente a mi cargo”.

En la “Introducción” de esta obra, escribió Moreno “cuidé establecer claramente que no era el perito argentino quien entregaba el libro al público, sino el Director del Museo de La Plata quien creía oportuno divulgar lo que había observado en las regiones del Sur, poco antes de ser honrado con la representación argentina en la demarcación de límites con Chile, y al referirme a la poca dedicación de mis compatriotas al estudio de nuestros territorios, dije, a sabiendas de las consecuencias que ello tendría, y también con la seguridad de que procedía bien al hacerlo, aun cuando se pudiera pensar lo contrario por algunos de mis futuros lectores que:

“Olvidamos que si es cuestión de honra nacional defender la integridad del suelo nativo, también debe ser cuestión de honra nacional darle a éste suelo todo su valor, con lo que se evita que llegue el caso de tener que defender su integridad. Los Estados Unidos, sin ejército permanente, sin armada que merezca este nombre frente a las otras naciones más pequeñas, van en camino de ser la primera nación del mundo por el conocimiento que sus hijos tienen del suelo nativo y de los recursos que les proporciona el trabajo. Este es el secreto del prodigioso crecimiento de la nación que pretendemos imitar. La energía, la actividad y la fuerza norteamericana tienen su origen en la comunión íntima del hombre con la tierra, que no le es ingrata cuando la ama y la riega con su sudor. Los Estados Unidos recogieron la herencia de Inglaterra y la agrandaron, en vez de despilfarrarla; pero nosotros, los que puerilmente pretendemos ser iguales en el Sud, no podemos decir otro tanto. Abandonados hemos sido con nuestra herencia, por no decir pródigos. Cuántas veces los que nos hemos preocupado de este abandono en momentos en que se discutían nuestras fronteras con los vecinos, sea el Paraguay, el Brasil, Bolivia, o Chile, hemos escuchado palabras como estas: “¿Por

qué empeñarnos en defender territorios tan lejanos, tan poco conocidos, tan estériles (sin darse la pena de saber si lo son en realidad), cuando tenemos tanta tierra aún tan poco aprovechada?” Pretendidas razones originadas principalmente por la molición egoísta, que priman sobre el derecho y la justicia, que no se detiene a examinar si es deber nuestro o no defender esas tierras, porque son nuestras, y sin preocuparse aquellos que tales vulgaridades dicen, de que cometen con ellas delito contra la honra de la patria.



Caricatura del Perito F.P. Moreno (por Manuel Mayol, Caras y Caretas, Nov. 1, 8/10/1898).

Es preciso repetirlo constantemente: los argentinos jamás hemos pretendido extender los límites de la República más allá de lo que teníamos cuando nos dimos el título de Nación Independiente; por el contrario, los hemos disminuído, a veces para formar otras naciones, y otras por cesiones que quizás no tuvieron completa justificación, o por laudos arbitrales cuyas razones no son tal vez extrañas a la desidia ya apuntada. Pero lo que tenemos debemos conservarlo, y aun cuando felizmente no creo que en el porvenir se produzcan inconvenientes con las naciones con las que aún no tenemos fronteras completamente definidas, ni que estos inconvenientes puedan resultar de injustas pretensiones nuestras, como las investigaciones que motivan este escrito se refieren a los territorios vecinos o que comprenden estos límites aún no definidos, he considerado más que nunca oportuno su divulgación en este momento, pues con ella el pueblo argentino podrá darse mejor cuenta de la operación de deslinde que se practica.

Con el conocimiento de la geografía física de las regiones andinas y sus inmediatas, han de corregirse errores generales, muchos tomados como grandes verdades en la concepción de las líneas fronterizas, y no dudo de que estas publicaciones, al disipar tales errores, revelando la verdad de los hechos, facilitaran en mucho la tarea de los que deben trazar esas líneas, controlados como estarán por todos los que se interesan en que las cuestiones pendientes con Chile y con Bolivia terminen cuanto antes, y de la justicia que emana de la verdad.

Repito que no creo sobrevengan más dificultades internacionales por las cuestiones pendientes sobre fronteras, pero, en todo caso, las dificultades se alejan con el conocimiento, por el mayor número, del terreno por donde deben trazarse esas fronteras de acuerdo con los tratados vigentes. Estas cuestiones deben tratarse a plena luz, y todos debemos desear que esta luz aclare lo más posible.”

Esta publicación contenía las últimas observaciones realizadas en la parte andina de los Territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y parte del de Santa Cruz, las que, en opinión de Moreno (1918-1919, p. 36-39):

“Son las que más interés tienen en este momento, en que la población empieza a extenderse en los territorios del Sud y conviene alentarla con la divulgación

de su geografía y de los recursos naturales que ofrece a la actividad de los nuevos colonos. Han transcurrido más de veinte años desde que, con el conocimiento personal del terreno, empecé a insistir en la importancia grande de esos territorios y en el hermoso porvenir que tienen como futuro asiento de nuevas y ricas provincias, y confieso que me es agradable hoy recordar mi insistencia de entonces para que se estudiaran esas tierras y fueran así aprovechadas cuanto antes. Siempre he pensado que la población de Patagonia duplicará nuestro valor como nación, equilibrándola en sus factores de progreso y, por lo tanto, haciéndola poderosa en porvenir no lejano”.

La importancia, según Moreno, de la divulgación del libro “en la República Argentina, y mucho más en Chile, tenía la seguridad de que, si bien en el momento de su aparición causaría fuerte impresión en los dos países, y animosidades contra mí en el segundo, era indispensable que fuera conocido cuanto antes, pues el meditado comentario de las observaciones que contenía, contribuiría mucho a corregir tantos errores como los que habían entorpecido el cumplimiento de los convenios de límites argentino-chilenos. Ese libro diría con entera verdad y franqueza el valor del conocimiento previo del terreno de la demarcación, y si la interpretación del ‘límite inmovible’ del tratado de 1881, que le daba el perito chileno y causa de tantas demoras y agitaciones, tenía base legal y científica alguna”.

Claramente, Moreno era consciente, como se verá más abajo, de la repercusión que podía tener esta publicación.

La cuestión de límites en la Puna.

Acuerdo Guerrero-Quirno Costa

El 17 de abril de 1896 se firmó el Acuerdo Guerrero-Quirno Costa, referido a las diferencias con Chile en la demarcación del límite en la Puna. En el artículo 2 de este acuerdo quedó sentado el principio del arbitraje, según el cual “Si ocurriesen divergencias entre los Peritos al fijar en la Cordillera de los Andes los hitos divisorios al sur del paralelo 26°52’45” y no pudieran allanarse amigablemente por acuerdo de ambos Gobiernos, quedarán sometidos al fallo del gobierno de Su Majestad Británica, a quien las partes contratantes designan, desde ahora, con el carácter de Arbitro, encargado de aplicar estrictamente en tales casos, las disposicio-

nes del Tratado y Protocolo mencionados, previo estudio del terreno, por una comisión que el árbitro designara” (Bertomeu, 1949, p. 351, Ygobone, 1954, p. 281). El Tratado y el Protocolo a los que se hacía referencia eran, respectivamente, los firmados en 1881 y 1893.

Previamente Chile había propuesto una reunión de plenipotenciarios en Buenos Aires a fin de estudiar y pronunciar “la resolución definitiva” acerca de todas las cuestiones en que hubiera disidencia entre los peritos. Pero como esa propuesta fue rechazada por la Argentina (Ygobone, 1954, p.279-280), ambos gobierno acordaron extender, con la participación de Bolivia, la demarcación de la frontera en la cordillera de los Andes, desde el paralelo 23 al 26 52’ 45’’, para lo que sería invitado a concurrir el gobierno de Bolivia y aceptar al sur del paralelo 26 el arbitraje británico para las divergencias que se produjeran (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 56, 141). Según Rato de Sambucetti el texto del artículo 2do. fue un triunfo de Moreno y sería “la base de su argumentación, su verdadera batalla entre argentinos y chilenos y su carta triunfal”.

Por el art. 3 se convenía que los peritos estudiarían la región vecina al paralelo 52°S, según el protocolo de 1893, y si no hubiera acuerdo iría también a arbitraje. Por el artículo 4 se disponía que 60 días después de asentadas las diferencias ambos gobiernos, juntos o separados, podrían acudir al árbitro. El artículo 5 estipulaba que el Hito de San Francisco (entre 26° y 27° S) no sería considerado como antecedente obligatorio para el deslinde y según el artículo 6 los peritos iniciarían sus trabajos la siguiente temporada, disponiendo las operaciones y estudios. Habría 60 días para pedir al árbitro su aceptación y se disponía que todos los gastos se pagarían a medias.

Según Rato de Sambucetti, 2009, p. 141) desde la independencia la Argentina, Bolivia y Chile se disputaron la región de la Puna de Atacama (desierto a 4000 m de altura habitado por unos mil indígenas, sin ríos que desaguaran en el Atlántico y el Pacífico). En 1889 Bolivia cedió a la Argentina a cambio de Tarija sus derechos sobre la Puna (Tratado Quirno Costa-Vaca Guzmán, cuya ratificación no se realizó hasta 1893. Chile que había ocupado la zona durante la guerra del Pacífico no reconoció la validez del tratado.

Moreno es designado Perito en la cuestión de límites con Chile

El 21 de septiembre de 1896 el doctor Quirno Costa fue designado Ministro del Interior y renunció a sus cargos de Ministro plenipotenciario en Santiago y de perito argentino, hecho que hizo que en la misma fecha Moreno fuese designado perito en su reemplazo. Decía el Decreto firmado por el Presidente Uriburu: “Hallándose vacante el puesto de perito para la demarcación de límites con la República de Chile, el Presidente de la República decreta: Nómbrase perito, para llenar la expresada vacante, al doctor don Francisco P. Moreno (Boletín Oficial de la República Argentina, 1, 948, 24 de septiembre de 1896).



Zona explorada por la Comisión de Límites, 1892-1898. Moreno 1900, p. 342.



Piedra arrojada a Moreno en Santiago de Chile, 1898. Sala Moreno, Museo La Plata.

Moreno se ocuparía de remarcar que previamente, *“durante los veinte y dos años transcurridos entre 1874 y 1896, no recibí compensación de ningún género, ni bajo ningún concepto, de parte de la Nación”*.

En ocasión de su designación Moreno no recibió instrucciones de ninguna clase y tanto el Presidente de la Republica como el Ministro de Relaciones Exteriores le manifestaron que las únicas instrucciones que tendría serían las cláusulas de los tratados que se le encargaba cumpliera. (Moreno, 1903a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 123).

Años después diría Moreno (1918-1919, p. 35): *“Las operaciones de la demarcación andina propiamente dicha, que se habían realizado se habían reducido a la colocación de unos pocos hitos en puntos en que coincidían las dos interpretaciones del tratado de 1881 y del protocolo de 1893 entre los paralelos 28° y 35° y a la de los hitos Reigolil y Colicó, cuya precipitada colocación hecha casi sin estudio del terreno, complicaba las operaciones futuras en el Sur, cuando el doctor Quirno Costa renunció sus cargos de Ministro plenipotenciario en Santiago y de perito argentino, hecho que hizo que el 21 de Septiembre de 1896 se me ofreciera naturalmente el segundo, el que acepté considerándome ya con las condiciones para desem-*

peñarlo, que no tenía cuando se me ofreció por primera vez en 1888 (...)”. Cabe recordar que en 1888 lo había rechazado por considerar que no tenía méritos suficientes como para actuar en el mismo nivel que Diego Barros Arana, perito por Chile.

Según Moreno (carta a Roca del 17 de mayo de 1899; en Rato de Sambucetti, 2009, p. 95) aceptó la designación como perito pues se creía en condiciones de desempeñar el cargo, pues era necesario alguien que conociera el terreno y sabía que *“desgraciadamente era el único que tenía ese conocimiento”* (...) *“conocía mejor que nadie las dificultades que se me iban a presentar dentro y fuera y la necesidad de tener toda la independencia, que requería puesto de tan grande responsabilidad”*. Su idea era evitar la interpretación de los tratados y llevar al Perito chileno a la demarcación del terreno, previo estudio de este. Uriburu estuvo de acuerdo y le dijo que *“el cargo era diplomático a la vez que técnico”*.

Moreno (1898, p., 201) escribió: *“honrado por el Gobierno de mi patria con el delicado cargo de Perito por parte de la Argentina, en la demarcación de límites con la Republica de Chile, para dar cumplimiento a las disposiciones del tratado firmado entre las dos naciones en 1881, he debido suspender por el momento las investigaciones que vengo practicando como particular primero y luego como Director del Museo de La Plata, desde hace casi veinte años en la Cordillera de los Andes, en sus regiones inmediatas y en las hasta ahora casi desconocidas tierras patagónicas. Mis nuevas funciones me permitirán indudablemente aumentar esas investigaciones, disponiendo con ellas de medios que no estuvieron a mi alcance y las completaran en cuanto a puntos que no he podido conocer antes, para formar un cuadro general, aproximado a la verdad, del territorio argentino en sus zonas indicadas; pero mientras llega el momento de coordinar tan variado material como es el reunido, considero conveniente, antes de consagrarme a los trabajos periciales, dar a conocer, aun cuando mas no sea en forma sucinta, siquiera una parte de los trabajos realizados por mi o por el excelente personal que me ha acompañado, en los reconocimientos hechos sobre el terreno durante tantos años”(...)* *“Las investigaciones de que deseo dar cuenta hoy se refieren al estudio preliminar del territorio argentino a partir del grado 23, en la Puna de Atacama, nuestro*

límite con Bolivia, de acuerdo con el tratado de 1893, hasta las inmediaciones de la ciudad de San Juan, comprendiendo la región montañosa de esa Provincia, la de La Rioja, la de Catamarca y la de Salta; y la región andina y sus vecindades en los Territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y parte del de Santa Cruz. Inicia la publicación de estas investigaciones por las segundas que son las que más interés tienen en este momento, en que la población empieza a extenderse en los territorios del Sud y conviene alentarla con la divulgación de su geografía y de los recursos naturales que ofrece a la actividad de los nuevos colonos". (Moreno, 1898, p. 205).

Acción de Moreno como perito argentino

Es evidente que las exploraciones iniciales de Moreno, a las que siguieron las que realizó desde el Museo de La Plata, determinaron que, merced a su conocimiento geográfico, fuese designado Perito en la cuestión de límites que la Argentina mantenía con Chile.

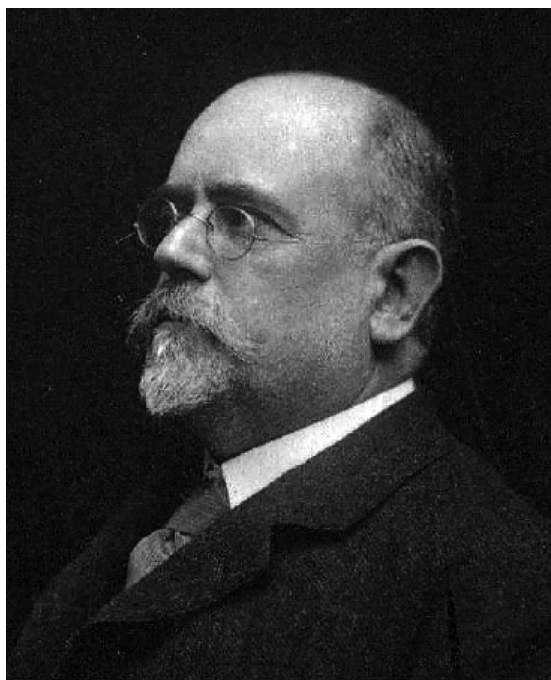
Como se verá, Moreno luchó permanentemente para que la resolución del diferendo entre los dos países se basase en estudios geográficos de detalle, y mantuvo una posición crítica con respecto a, los criterios de delimitación basados en la divisoria de aguas y sobre la redacción contradictoria que en tal sentido se había introducido en tratados previamente aceptados por el país. Sobre tales bases y mediante una ciclópea labor en el terreno y en Santiago de Chile y Londres, logró que se llegase a una solución que atendiera las posiciones tanto de la Argentina como de Chile.

Durante todos estos trabajos Moreno pudo comprobar que la divisoria de las aguas continentales, que se dirigían a los océanos Atlántico y Pacífico, en muchos lugares no coincidía con las altas cumbres de la Cordillera de los Andes y se hallaba al oriente de estas. Todo lo cual corroboraba la posición crítica de Moreno con respecto a introducir en la delimitación de la línea fronteriza, la divisoria de aguas como criterio adicional al de las cumbres más elevadas de la Cordillera de los Andes.

Todo ello constituía, en su opinión, una ambigüedad, que no dudaba en atribuir a la *"indiferencia habitual de nuestros políticos por las informaciones existentes de carácter técnico, sea mapas o estudios*

de otra clase; y segundo, la no menos habitual política de 'ignorancia sistemática' de aquellos, es decir, la prescindencia de datos cuya existencia conociese, por seguir la línea del 'menor esfuerzo', por el egoísmo de los detentores de un poder efímero que prefiere salir del paso mediante cualquier fórmula dejando a sus sucesores desembrollarse de las dificultades originadas por esta política" (Moreno, 1918-1919, p. 29). Por lo expuesto no es de extrañar la lucha que tuvo que llevar adelante Moreno con asesores legales de la representación argentina, tal como vera más adelante.

Luego de designado Perito en septiembre de 1896 Moreno se dedicó a estudiar el tema limítrofe en mayor detalle. Al respecto años después diría (Moreno, 1918-1919, p.37): *"Desde el día en que, en mi juventud, empecé a ocuparme de la cuestión de límites con Chile (...), había contradicho con fre-*



F.P. Moreno, c. 1899. Archivo General de la Nación, Departamento Documentos Fotográficos o AR_AGN_DDF/Consulta_INV: 194392_A

cuencia (...) la manera como se llevaba a la práctica el trazado de la línea divisoria por el Oeste y Sud, y repetidas veces se habían producido los conflictos que había previsto a medida que se procuraba aplicar (...) algunas oscuras disposiciones de los convenios de 1881 y 1893; a pesar de haberse propuesto (...) desde el primer momento, el estudio previo del terreno (...), se había cedido ante la negativa chilena, (...) y esta condescendencia había puesto en grave peligro la integridad del suelo nacional; y al tanto de lo que se había hecho desde 1890 (...) y sabedor de los errores causados por las indiferencias y las ignorancias en que no pocas de las personas que actuaban (...) no se me ocultaron las grandes responsabilidades que afrontaba al aceptar ese cargo en los momentos que lo hacía.

Solo, desde el primer día, en la prédica sobre la necesidad de cambiar de procedimientos que se seguían; solo me encontraba aún después de seis años en la misma lucha, que continuaría confiando en mis solas fuerzas y necesitaba que se reconociera (...) lo que el Presidente de la República y sus Ministros de Relaciones Exteriores reconocieron al decirme el primero (...) 'usted no debe considerarlo solamente técnico, (el cargo de perito), sino también como diplomático dada la necesidad que había de prever y evitar en lo posible dificultades en las operaciones del deslinde', y el segundo: 'que no tendría ninguna instrucción que darme, pues debía tener por guía en mis trabajos los tratados vigentes'.

Con esta libertad amplia para (...) que me permitiera tener subordinados competentes, disciplinados, activos, avezados a los duros medios físicos en que trabajarían no dudé un momento de que llegaría en corto tiempo a dar término satisfactorio al largo pleito con Chile.

Mi primera medida fue examinar todos los antecedentes oficiales que no conocía sobre las gestiones realizadas por mis antecesores señores Pico, Virasoro y Quirno Costa; las causas de las divergencias y dificultades que tuvieron con el señor Barros Arana y los medios que emplearon para procurar salvarlos y el valor de los elementos de juicio que les habían dado sus ayudantes (...) para justificar la colocación de hitos. Si bien (...) habían procedido en sus tareas de acuerdo con la cláusula cuarta de la convención de 1888, yo me proponía cumplir en lo posi-

ble con la tercera que estipula que los peritos deben ejecutar en el terreno la demarcación de las líneas indicadas en el tratado de 1881, digo en lo posible, porque no habiéndose trasladado nunca el perito de Chile al terreno, y no estando dispuesto a hacerlo en el futuro, yo debería prescindir de hacerlo a mi vez cuando las condiciones del terreno no exigieran mi presencia en él.

De ese examen resultó la conveniencia de reorganizar la comisión de límites, de acuerdo con mi plan y mis responsabilidades; (...) y una vez hecha esa reorganización, y enviado al terreno del trabajo las diferentes comisiones, me dirigí a Santiago donde llegué a fines de enero de 1897 para iniciar gestiones en pro de la modificación de los procedimientos anteriores. No sólo debía resolver la demarcación en la extensión donde surgirían divergencias (...), sino también en los tres grados de latitud que medían entre el paso de San Francisco y el cerro Zapalero, es decir, en la Puna, la que no estaba comprendida en el arbitraje, y debía proceder de tal manera que terminaran de una vez todas las incertidumbres que (...) iban distanciando cada día más a los dos países.

El tratado de 1881, señala el límite argentino-chileno en la Cordillera de los Andes y dispone que la línea divisoria 'correrá por las cumbres más elevadas que dividan las aguas y pasará por entre las vertientes que se desprenden a un lado y a otro'. Esta línea más o menos bien interpretada la habían sostenido los peritos argentinos dentro de la montaña nevada mientras que el perito chileno, seguro de que interpretando esa línea divisoria de las aguas, como la de las aguas que corren al Atlántico y al Pacífico, es decir 'la línea de separación de las aguas continentales', servía mucho más a su patria que con sus interpretaciones del límite antes de 1881, considerando que la verdadera frontera pactada, era una línea sin soluciones de continuidad corriera o no por la alta montaña (...). Por mi parte, con la observación personal del terreno sabía que ni una ni otra correspondía al espíritu de ese tratado. La alta cordillera, la del límite no era una gran cumbre natural continua, como un 'techo de dos aguas', pero dentro de ella era fácil encontrar una línea científica que respondiera a las conveniencias de los dos países, que los separara físicamente con claridad y seguridad mutua, mientras que la línea por la división de aguas continen-

tales no sólo estaba fuera del texto y del espíritu del trabajo, sino que, aceptada, daría lugar a un continuo conflicto entre los dos países (...).

Para obtener la línea concretada así, la primer parte de mi acción en Chile tendería a que su perito, y en caso necesario su gobierno, aceptara modificar los procederes y convenir en la utilidad de los estudios previos del terreno, reconociendo en los peritos facultad para dar a esos estudios la extensión que conceptuaran necesaria (...). Obtenido esto, haría yo excursiones a la Cordillera, a aquellos puntos donde surgirían pronto diferencias respecto a su elección como puntos de frontera y con esas visitas impondría poco a poco mi criterio, cuya sensatez no podría discutir el perito chileno, pues no habría en el mundo geógrafo demarcador que las considerara innecesarias.

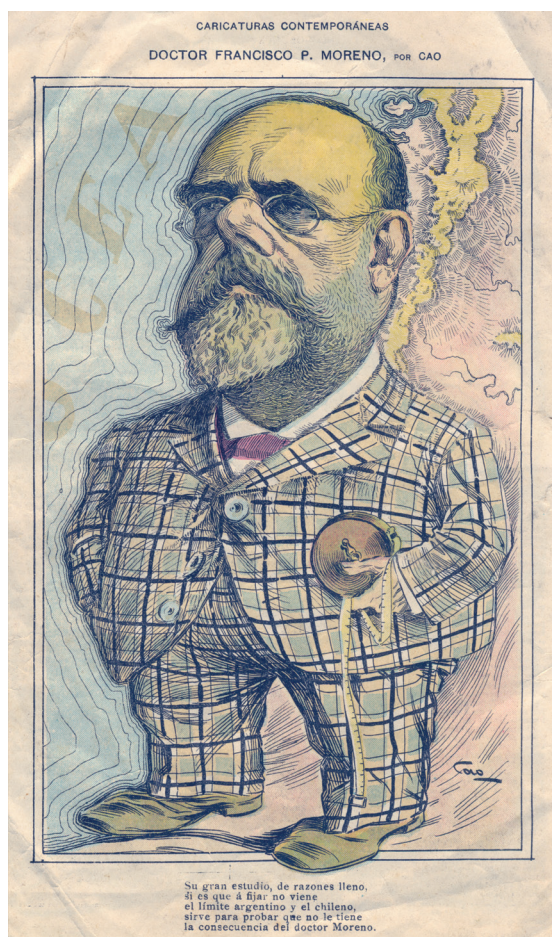
Así llegaría a obtener lo que había dicho en Buenos Aires al Ministro de R.E. Dr. Amancio Alcorta y al Ministro chileno D. Carlos Morla Vicuña, al primero años antes de ser nombrado perito, y al segundo repetidas veces en las conversaciones que tuvimos los tres antes de mi partida: que tanto en Chile como en la República Argentina se reconociera que lo fundamental en la tarea de los peritos era estudiar primeramente el terreno que contendría la línea del límite, y que con el resultado de esos estudios proyectáramos una línea general de fronteras que armonizara la letra y el espíritu de un tratado (...) vago y confuso dado el momento en que fue convenido.

Aceptada por ambos peritos esa línea general determinarían luego sus detalles de acuerdo con las conveniencias (---) de los dos países pero si a pesar de estos estudios que (...) darían la convicción de que la frontera argentina- chilena debería ser trazada sobre la línea longitudinal de la gran masa, alta, abrupta, nevada, a través de los 'profundos desfiladeros' a que se refiriera el señor Barros Arana antes de ser el perito de Chile, este insistiera en que 'altas cumbres de la Cordillera de los Andes que dividen las aguas', son sinónimo del divorcio de las aguas continentales, y (...) entonces (...) el árbitro que debía resolverlas, previo el estudio del terreno, se encontraría mejor habilitado para hacerlo con los elementos que las investigaciones argentinas y chilenas le proporcionarían.

Además, cuanto antes debía disipar la mala impresión que en los demarcadores de Chile habían hecho

los documentos que le había presentado mi antecesor doctor Quirno Costa (...). En Buenos Aires se me había criticado la reorganización que había hecho de la comisión de límites argentina, pero ¿a dónde hubiéramos llegado sino lo hubiera hecho? (...).

La reorganización del personal técnico y administrativo de la Comisión de Límites realizada por Moreno, en enero de 1897, luego de asumir sus funciones y antes de partir para Chile y comenzar sus conferencias con Barros Arana el perito chileno



Caricatura (por Cao), Caras y Caretas
No. 178 del 1/3/1902.

no, signifique que la comisión pasara a funcionar en La Plata.

Para ello se dispuso que: "Siendo necesario dar mayor amplitud a los trabajos de la Oficina de Límites Internacionales, en lo que se refiere a estos, de modo que pueda cooperar a los trabajos que se practican actualmente en las fronteras de la república, y habiendo el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, consultado al efecto, ofrecido los elementos de que dispone el Museo y el Observatorio Astronómico de La Plata, el Presidente de la República decreta: Art. 1.º Reorganizase la oficina de Límites Internacionales dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores, la que se establece en la ciudad de La Plata, encargándosele, del estudio de las cuestiones geográficas que

se relacionan con las fronteras de la república, para lo que deberá disponer la exploración geográfica y geológica del territorio argentino. Del levantamiento del plano de las regiones desconocidas, o poco conocidas, de la república que autorice el Ministerio de R. E. directamente o por indicación del director de la oficina. Estos trabajos deberán ejecutarse de manera que puedan servir de base para el plano general de la república que se emprenderá más adelante. Del estudio detallado de la constitución física de cada una de las provincias y territorios, bajo el punto de vista del aprovechamiento de sus productos naturales y de las condiciones que ofrezcan para el desarrollo de la ganadería, agricultura y demás industrias. Art. 2.º Nombrase Director General de la Oficina de Límites Internacionales al Dr. D. Francisco P. Moreno, quien propondrá al Gobierno para ser tomado en consideración, el plan de trabajo de la oficina y el personal necesario. Art. 3.º El Departamento de R. E. incluirá, en el proyecto de presupuesto, los sueldos que se acuerden a los exploradores que se resuelva nombrar para dicha oficina, así como sus gastos generales. Art. 4.º Las reparticiones administrativas y científicas de la Nación suministrarán al director los datos que les pida para los objetos de sus funciones. Art. 5.º En lo que se refiere a las regiones aptas para la ganadería y demás industrias, cuyo conocimiento pueda interesar en el exterior, el director podrá comunicarse directamente con los consulados de la República. (Nota sin fecha ni otros datos. Presumiblemente de fines de 1896. Archivo de Cancillería, Ministerio RR. EE. AH-0002, Exp. 13.)

Mientras tanto al aproximarse el fin de la presidencia de José E. Uruburu comenzaron una serie de tratativas políticas que se prolongarían durante todo el año 1897 y que llevarían finalmente al triunfo del binomio Julio A. Roca - Norberto Quirno Costa en las elecciones del 10 de abril de 1898. Todo ello en medio del agravamiento de las dificultades con Chile que pusieron los dos países al borde de la guerra.

Viaje de Moreno a Chile, 1897

A principios de 1897 Moreno se trasladó a Chile, a lomo de mula, acompañado por su esposa María Ana Varela de Moreno y sus hijos Florencio, Francisco, Eduardo y Juana María, donde tendría en ese año y el siguiente difíciles tratativas con el Perito chileno



Caricatura en el periódico El Diario del 1 de abril de 1902, p. 4.

Barros Arana (Bertomeu, 1949, p. 354-5). También lo acompañó Clemente Onelli, como Secretario de la Comisión. Al llegar a Santiago se alojaron provisoriamente en un hotel que, por la información publicada en el Diario La Ley al morir Ana Moreno, se habría tratado del Hotel Oddo.

El 5 de febrero de 1897, Moreno (1918-1919, p. 38) se entrevistó “en Santiago con el señor Barros Arana (...). Invocando largos años de amistad y nuestras conversaciones de 1876, 1884 y 1896, le hablé de la conveniencia de hacer esos estudios previos, que encuadraban en las facultades de los peritos, considerándolos como comprendidos en las operaciones de demarcación, lo que al fin convinimos con el acta del 17 de Febrero. Lo que no se había conseguido en cinco años quedó resuelto en dos o tres conversaciones (...)”.

Pero, el señor Barros Arana, con la muy grande ayuda de su asesor el ingeniero señor Alejandro Bertrand, (que era el verdadero perito chileno), continuo sosteniendo, cada vez que nos entrevistábamos oficialmente o conversábamos en la intimidad (...) la necesidad de aprobar la colocación de un buen número de hitos hecha en la temporada anterior en la que yo no había tenido intervención, [lo cual] yo no podía aceptarlo antes de haber visitado el terreno, primero porque tenía mis dudas sobre la buena ubicación de algunos de esos puntos de frontera, y segundo porque trasladándome a la Cordillera (...) esperaba llevarlo a convenir el estudio de la línea general basada en el conocimiento del terreno y no en las vaguedades de los tratados (...).

En esa reunión “(...) se aprobaron los hitos levantados por las comisiones y el 17, en la segunda conferencia, se pusieron de acuerdo con armar sub-comisiones que actuarían relevando el terreno [y] decidieron dejar para otro momento las disidencias” (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 56).

El 5 de marzo en su tercera conferencia, Moreno y Barros Arana pospusieron para más adelante la toma de decisiones y no volvieron a verse hasta abril pues durante el mes de marzo Moreno (1918-1919, p. 39) visitó “las comisiones argentinas [2 y 3] que trabajaban en la región del Planchón y del Maipo, para resolver las dudas apuntadas y con lo visto insistir en la ampliación de los estudios previos en toda la extensión de la demarcación”.

El 9 de abril, tal como Moreno (1918-1919, p. 39) lo había supuesto “se pretextó de que las comisiones argentinas demoraban por demás en sus trabajos, (lo que no era exacto) (...) el señor Barros Arana me insinuó el arbitraje inevitable sobre divergencias que seguramente tendríamos, una vez que esas comisiones dieran cuenta de su cometido”.

Moreno (1918-1919, p. 39) le contestó el 19 de abril “(...) rechazando cargos tan infundados, pues como perito argentino tenía tanto interés como el chileno en poner pronto término a la demarcación del límite entre nuestros dos países, lo que no se conseguiría si no conocíamos bien el terreno en que debíamos trazar la línea divisoria, conocimiento para el cual no excusaría tareas; apercibido de que en breve llegaría el término de la temporada de trabajos en la Cordillera (...)”.

Moreno intuyó que Barros Arana aprovecharía ese momento para tratar de obtener de Moreno una contestación definitiva sobre la aprobación del gran número de hitos que había propuesto “con lo que se producirían las divergencias que anhelaba para llevarlas al árbitro, no como divergencias de detalle, sino para obtener el sometimiento al arbitraje sobre principios de demarcación y sobre la interpretación de los términos del tratado de 1881 y protocolo de 1893 para así suspender todo estudio del terreno, el que no le sería favorable a su teoría del *divortium aquarum continental* (...)”.

Fue entonces cuando Moreno resolvió hablar directamente “con el señor Presidente de Chile, a quien el Dr. Piñero [1858-1938], Ministro Argentino en ese momento [en 1898 ocupaba el cargo de Embajador argentino en Chile], no había creído necesario presentarme, a pesar de haberlo hecho los ministros doctor Uriburu con el señor Pico y el doctor Quirno Costa con el señor Virasoro, tan luego como llegaron a Santiago.”

Moreno en Chile: relación con el Presidente Errázuriz

El señor Carlos Moria Vicuña, Ministro de R.E., conocía mis deseos de presentar mis respetos a D. Federico Errázuriz [1850-1901], quien no sólo lo había enviado a saludarme el día de mi llegada lo mismo que a su Ministro del Interior y a su edecán, me proporcionó esa entrevista, que tantas buenas consecuencias tendría en el porvenir.

El señor Errázuriz me había hecho saber indirectamente que hubiera deseado haberme invitado a su excursión a la Isla de Juan Fernández, durante la cual habiéramos podido conversar, convencido como estaba de mi gran deseo de que la cuestión de límites se resolviera cuanto antes dentro de las conveniencias bien entendidas de los dos países”.

La situación entre los dos países no era la mejor en esos momentos, tal como se vio reflejado en un hecho ocurrido en enero de 1897, estando Moreno en un carruaje en la calle, acompañado por su hijo Eduardo y Clemente Onelli, cuando fue apedreado. Según el relato de su nieta (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 117) la reacción de Onelli fue preguntarle a Moreno ‘¿Y el revólver, doctor?’. ‘Está en un baúl’, fue la respuesta y no solo eso, sino que recogió algunas piedras. Cuando llega a su alojamiento le dice a Abuela que había sido apedreado y ella le contestó: ‘A usted lo apedrean y a mí me llenan de flores’ (...). Una de esas piedras puede verse hoy en día en la Sala Moreno del Museo de La Plata con una inscripción que dice: “En una manifestación hostil de la que fue objeto el doctor Moreno en Santiago de Chile, cuando desempeñaba el cargo de Perito argentino, le fueron arrojados varios rodados, uno de los cuales, el que se conserva en esta vitrina, rompió algunos cristales del coche que ocupaba el doctor Moreno y fue a caer a sus pies”.

Pero Moreno, al igual que su señora, también recibió muestras de afecto, tal como lo demuestra un escrito de 1898, de Pastor Obligado sobre Emilia Herrera de Toro: “Tan noble dama que (...) les dispensa la más generosa hospitalidad a todos los argentinos que llegaron a Chile (...)”.

“Entre los héroes de su patria, adornando su salón, vimos los retratos de San Martín, Las Heras, Encalada, Balcarce, Necochea, Rodríguez Peña, Mitre, Sarmiento, López, Tejedor, Ocampo, Gutiérrez y otros ilustres argentinos”.

“Ella es quien aplacando con su valerosa y abnegada acción (...) en hostil manifestación contra el Perito argentino, cruzó tranquila y serena la estación, yendo a recibir en su carruaje al doctor Moreno, a quien luego en su enfermedad, transportó a su propia casa, atendiéndole con cuidados maternos”.

“Los argentinos que visitaron Chile, tienen escrito con letras de oro, en su libro de memorias, Emilia

Herrera de Toro, cuyo nombre legamos a la gratitud nacional. Ella es la primera que junta en estos momentos sus dos manos para aplaudir llena de entusiasmo la paz y concordia entre los hermanos de uno y otro lado de la Cordillera”. (Obligado, 1898, p. 149-152).

Una clara defensa de la gestión de Moreno en Chile fue hecha por el diario La Prensa en la pluma de E. Zeballos (1898, p. 167-168), quien escribió: “(...) Moreno reconoció desde sus primeros viajes, la urgencia de explorar las regiones limítrofes con Chile; y ha sido siempre el confidente o auxiliar de todos los jefes de la Cancillería argentina. Es un hombre de talento, de carácter firme, de iniciativa, perseverante e infatigable. (...) Ha servido desde 1874 a la diplomacia argentina con sus viajes y sus escritos. Hoy dirige la demarcación de límites con Chile y sus primeros actos han tenido la más alta resonancia internacional. Están pendientes y se marcha a Chile a continuarlos, en una atmósfera hostil a su persona. Lo acompaña el sentimiento y lo defiende el brazo armado del Pueblo Argentino. Pero seamos justos también con el adversario, pensando que no han de repetirse excesos indignos de su civilización y que nuestro perito será honrado por la cultura de la sociedad chilena”.

Entrevista de Moreno con el Presidente de Chile

El 23 de abril de 1897 Moreno se entrevistó con el Presidente Errázuriz. Según Moreno (1918-1919, p. 39): “concurrí a La Moneda. Como perito argentino, tenía el deber de procurar por todos los medios a mi alcance, que no se reprodujeran las dificultades que mis antecesores tuvieron con el señor Barros Arana y vencerlas si se presentaban y estaba seguro de que una vez que el Presidente de Chile me escuchara encontraría mayores facilidades para mi cometido, lo que ya me había adelantado tanto en Buenos Aires como en Santiago el señor Morla Vicuña.

Se me ha criticado que prescindiera del ministro argentino en Chile, para conversar con el Presidente; pero el doctor Piñero no había considerado hasta ese momento llegado el de presentarme al señor Errázuriz, y por otra parte se encontraba ausente de Santiago veraneando, y había premura en tener esa entrevista, desde que empezaba a cundir en el pueblo chileno la creencia de que yo le sería hostil por demás durante

mi acción como perito argentino. Además ¿no se me había dicho que al mismo tiempo que perito, debía ser diplomático?

No olvidaré aquella primera entrevista con el Presidente Errázuriz a la que más tarde seguirían otras con el resultado que en estas páginas revelaré después de más de veinte años cuando el hombre de estado, de miras tan claras, tan amante de su país, pero tan mal tratado entonces por los agitadores del pueblo ignorante, y hoy considerado como merecedor de que su memoria sea perpetuada en el bronce.

En el momento de iniciarla me dijo el señor Errázuriz que deseaba conversáramos con toda llaneza y franqueza (...) y agregó: 'para que usted se encuentre cómodo y no dude de mis sentimientos, le adelantaré que creo que no poca parte de las diferencias y dificultades que se han presentado en el trámite de las gestiones que hoy le están encomendadas a usted, resulta de cómo los hemos encarado en Chile', a lo que contesté, 'creo más, señor presidente, creo que también se deben al desconocimiento del terreno por quienes tanto chilenos como argentinos han tomado parte en esas gestiones'. Con estas impresiones mutuas entramos a conversar. A la pregunta del señor Errázuriz sobre cómo encaraba mi cometido como perito, le dije que como había pensado siempre desde que me preocupó esta cuestión de límites, y con la convicción de que si antes del tratado de 1881, cuando existía tanta ignorancia respecto a los caracteres de la cordillera (...) se hubiera dispuesto un estudio previo para definir mejor el límite tradicional (...) la operación de fijarlo no hubiera presentado tantos obstáculos (...). El plan que traía a Chile concordaba con esas ideas (...).

(...) El señor Errázuriz expresó el deseo de conocer cómo podría reducirse el tiempo de la demarcación dentro de las facultades de los peritos y a esa pregunta, que esperaba, contesté que, si el presidente de Chile me hacía el honor de creer en mi sinceridad y aceptar la sensatez de mis miras, nada sería más fácil. Podría estar seguro de que si resolviéramos (...) considerar como operaciones de demarcación los estudios que pudiéramos disponer para facilitar el trazado de la frontera (...) e hiciéramos el estudio previo de toda región en lo que previéramos dificultades entre nosotros, presentaría por mi parte (...) una línea general de toda la extensión de la cordillera (...).

Una vez discutida y aprobada esa línea la demarcación de detalle no ofrecería serias dificultades; y en caso de que surgieran (...) divergencias entre los peritos (...) ese estudio general facilitaría en mucho la misión del árbitro con lo que tendríamos en corto tiempo la línea divisoria que motivó el tratado de 1881. (...) Estos estudios no demandarían mayor suma de la que costaría el más insignificante torpedero de cualquiera de las dos escuadras (...).

Por mi parte, con esas indicaciones no hacía otra cosa que proceder como procedía cualquier encargado de fijar en el terreno una línea de frontera, más o menos bien planeada en tratados internacionales. Mis procedimientos serían esencialmente geográficos. Hasta ese momento las comisiones de límites, tanto chilenas como argentinas, tenían muy pocos mapas fehacientes (...) y para mí eran (...) por demás insuficientes para resolver no solo el límite general, sino también no pocos detalles (...). El señor Errázuriz aceptó mi manera de encarar mis trabajos (...).

Había dicho al señor presidente de Chile y a su ministro de RR. EE. que, si como lo aseguraba el perito chileno, el divorcio de las aguas continentales se producía dentro de la Cordillera de los Andes, lo que yo negaba suceda en una importante extensión, el señor Barros Arana debería probarlo, y yo dar las pruebas de lo contrario porque las divergencias que resultarán de opiniones tan contradictorias al 'fijar en la Cordillera de los Andes' los hitos divisorios, eran las únicas que se entregarían a la solución arbitral.

Había dicho repetidas veces (...) y repetílo en la entrevista con el señor Errázuriz: es indispensable hacer muy serias investigaciones para concretar esa línea general de fronteras (...). Si el *divortium aquarum* continental se produce dentro de la Cordillera de los Andes, el perito chileno deberá probarlo sin dejar lugar a dudas y si el perito argentino considera que ese *divortium aquarum* está situado fuera de la Cordillera, tendrá que hacer su demostración, porque las divergencias que surjan entre ellas darán lugar a consecuencias y a hechos bien diferentes, desde que yo entendía que si mi colega pretendía llevar la línea siguiendo un *divortium aquarum* situado fuera de la Cordillera de los Andes, yo no lo podría tomar en cuenta, porque estaría fuera de mis facultades (...).

El divortium aquarum continental no podría ser tomado en cuenta por los ayudantes demarcadores argentinos, en los casos en que no se produjera en la Cordillera de los Andes lo que sucedía en no pocos trechos, lo que podía asegurar con mi observación personal”

“El señor Errázuriz aceptó mi manera de encarar mis trabajos, cuya trascendencia me dijo que comprendía y dispuso en el acto que el señor Morla Vicuña se entrevistara cuanto antes con el señor Barros Arana y le impusiera de su deseo de que aceptara la proposición, que en el sentido expresado le haría ya en breve. El señor Presidente y su Ministro conocían ya la contestación que había dado el 19 a la nota del señor Barros Arana del 9 de ese mes y el señor Morla Vicuña me felicitó poco después por ella, pues contenía la esencia de lo que varias veces le había expresado en Buenos Aires y Santiago”. (Moreno, 1918-1919, p. 10-13, 19-21).

El alto concepto que Moreno tenía del Presidente Errázuriz fue ratificado por todas las acciones posteriores de ese gran presidente chileno, que llegó a decir en lo más delicado del conflicto: “(...) supongamos que el valor proverbial del soldado chileno nos traiga la victoria. Y... ¿después? ... quedará un odio inextinguible que imposibilitará toda convivencia porque vivirá alimentándose con la ilusión de la respalia” (Hosne, 2005, p. 146)

Al resumir estos hechos diría Moreno (1899h; carta a J. A. Roca del 17 de mayo de 1899): *“El día que se haga la historia (...) se sabrá que procedí como lo entendía, sin intervención ajena, como diplomático y a la vez como perito, abocándome al Sr. Presidente de Chile, en el que, cuando todos pensaban lo contrario, creí encontrar un hombre de criterio recto y sin los apasionamientos comunes. Hablé con él con la convicción profunda de que no de otra manera que la que yo proponía, podría llevarse adelante y terminarse en breve tiempo la demarcación de la frontera y obtuve lo que nos convenía (...) los Peritos procedían en ejercicio de sus atribuciones y lo mismo pudo hacerse en 1893. Considerare siempre como uno de los más acertados actos de mi cargo, ese convenio del 1 de mayo que invertía el procedimiento (...) seguido hasta entonces en la demarcación”.*

En el relato de Moreno (1918-1919, p. 41), *“El señor Morla Vicuña desempeñó en el acto el encargo*

que le diera el señor Errázuriz y el 26 de abril el señor Barros Arana por una nota de esa fecha, que contesté el mismo día, abría el camino para llegar al acta de 1° de Mayo de 1897, con la que quedó suspendida, puede decirse, la demarcación mixta en toda la extensión en que pudiera presentarse dificultades y obtuve facilidades para llevar a buen fin la línea general de fronteras, que debía preceder cualquier otra operación”.

Mientras tanto el 28 de abril Moreno se reunió con Barros Arana y “se ocuparon de la delimitación de la frontera desde Punta Dungeness hasta su intersección con el paralelo 52 de latitud sur, con el meridiano 70 de longitud oeste de Greenwich” (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 57)

No obstante Moreno en el curso del mes de abril de 1897 ofreció su renuncia como Perito, por considerar que el Ministerio de RR.EE. no lo secundaba (carta a J.A. Roca del 17 de mayo de 1899; en Rato de Sambucetti, 2009, p. 95).

Actas del 1 y del 6 de mayo de 1897

De acuerdo a lo convenido con el Presidente de Chile, el 1 de mayo de 1897 Moreno firmo un Acta en Santiago de Chile, en la cual se aceptaba el concepto orográfico de la frontera y se resolvía que los Peritos estudiaran la frontera en el terreno. Así, en palabras de Moreno, *“concretamos ideas tendientes a hacer la demarcación de la frontera entre los dos países, con entero conocimiento del terreno, dando así cumplimiento a los convenios internacionales que nos guían en nuestra honrosa tarea”* (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 57).

Los Peritos se reunieron el 6 de mayo y firmaron un acta complementaria a la del 28 de abril, donde, en vista de las desinteligenias producidas, se decidió que cada perito trazase su línea general de frontera entre los paralelos 26° 52' 45'' y 52° S, y la sometiese al arbitraje ya previsto.

El acta fue aprobada por el Embajador N. Piñero y por J.J. Latorre y el 11 de octubre de 1898, un día antes de asumir como Presidente Julio A. Roca, enviada por el presidente Uriburu al Gobierno de Gran Bretaña (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 57). El perito argentino sostuvo un límite orográfico, el cual, y debía primar en el caso de que no hubiese coincidencia con la divisoria de aguas, mientras que el perito chileno sostuvo que el límite era hidrográfico.

Diría años después Moreno (1918-1919, p. 41) al respecto: *“En la reunión del 1° de Mayo propuse, de acuerdo con lo convenido con el señor Errázuriz, que con el fin de apresurar los trabajos para que los peritos nos encontráramos en condiciones de resolver la línea de fronteras ‘antes del mes de Junio de 1896’, con el mayor número de comisiones y que en el caso de que ‘durante sus operaciones se suscitaran divergencias entre los ayudantes sobre la línea general divisoria, dichas divergencias no entorpecerían la continuación de los trabajos de reconocimiento y relevamiento del terreno hasta el término de los trabajos.*

Según Moreno le costó *“algún trabajo obtener lo que precede del señor Barros Arana. Su asesor el señor Bertrand”,* no estuvo de acuerdo con la propuesta de Moreno que, *“y aconsejole limitar el número de nuevas comisiones”* dado que no podía rechazarla ya que *“contaba con la buena voluntad del Presidente de Chile”.* Moreno insistió pues *“había estudiado bien las necesidades de la misión y, consideraba que sin el aumento propuesto no podríamos imponernos de las condiciones físicas generales de la Cordillera (...) mi colega quería prescindir del estudio de la Cordillera en la Puna de Atacama y al Sur del 41° (...).* Moreno sostuvo que *si Barros Arana (...) no creía conveniente esa ampliación de estudios”,* él lo haría usando sus *“facultades de perito mientras tanto continuaría demarcando como antes”.* Barros Arana *“podía estar seguro de que no discutiría con él la colocación de ningún hito, mientras no tuviera la seguridad de que al aceptarlo no dificultaba el trazado de la línea general, tal como yo lo entendía. Tenía completo derecho a proceder así; así lo había manifestado al señor Presidente Errázuriz y así lo había dicho a los hombres importantes de Chile con quienes había hablado. Estaba cansado de manifestar constantemente que deseaba llenar mi misión como la entendía, para que no volvieran las incertidumbres de los años pasados, y de su oposición sistemática a todo cuanto correspondía a los deberes de un perito (...).*

Al fin el señor Barros Arana aceptó lo que yo buscaba con mi posición. Si por su parte creía casi imposible cumplir con lo que yo quería, es decir, que ‘antes del mes de Junio de 1896’, es decir, en un solo año, debíamos presentarnos los peritos un proyec-

to de línea general de fronteras, pues su asesor, no creía conveniente que nos obligáramos a concluir operaciones tan difíciles y tan extensas sin tener de antemano la completa seguridad de disponer de todos los elementos necesarios, una pequeña modificación de mi propuesta que diera mayor latitud al término de los trabajos, salvaría ese inconveniente y la aceptaría. Quedó pues resuelto que los peritos nos halláramos ‘en aptitud de resolver sobre la línea general de la frontera al término de la temporada venidera de operaciones’. Acepté inmediatamente esta enmienda porque coincidía con lo que yo buscaba. Con esta resolución, tanto tiempo ansiado quedaban no sólo modificados totalmente los procedimientos que, seguidos por el señor Barros Arana y mis antecesores desde 1890, habían producido tantas dificultades y tantas demoras en la solución del viejo pleito, sino que, evitado todo motivo de divergencia hasta fines de Agosto o principios de Septiembre de 1898, tenía tiempo suficiente para cumplir lo que había prometido a mi Gobierno y al Presidente de Chile. Nadie dudaría entonces del empeño y de la sinceridad argentina, tantas veces puesta en duda del otro lado de los Andes y más desde que yo desempeñaba el cargo de perito argentino.”

Tanto el perito chileno como su asesor dudaban de que por mi parte se cumpliera con el compromiso contraído, como dijera el señor Morla Vicuña, decían en sus intimidades que lo que yo buscaba era ganar tiempo y evitar divergencias arbitrables y por lo tanto había gran urgencia en mostrar la sinceridad de mis actos, en aquellos días en que la sociedad chilena tantas muestras dio de su pena por mi duelo. A la duda del señor Bertrand debía oponer la prueba de la buena fe argentina. El señor Barros Arana, entendía que el acta de 1° de Mayo no impedía la continuación de la demarcación, lo que no estaba en mis atribuciones, considerándome obligado como lo había hecho con mis antecesores, a atender cuanta exigencia suya cada vez más envanecida por la anterior tolerancia argentina: pero en La Moneda se resolvió que los Gobiernos no tomarían intervención en ese convenio y que los peritos eran los indicados para satisfacer los anhelos de los Gobiernos. Igual cosa opinaron la mayoría de los dirigentes de los jefes de los partidos políticos chilenos, cuya consulta

Las fronteras de Francisco P. Moreno

me había permitido aconsejar al señor Errázuriz. No fueron atendidas las dudas del señor Barros Arana, abiertamente expresados ya al día siguiente de firmado el acta y predominó en las altas esferas oficiales la idea de que correspondía a los peritos buscar y discutir una línea general de fronteras antes de

Agosto 1898, para que en caso que no la acordara, trataran de resolverla los dos Gobiernos, con los elementos que le proporcionarán, dentro de los sesenta días fijados por el acuerdo de 17 de Abril de 1896. Pasado este término las diferencias periciales serían entregadas al árbitro.”

Capítulo 16

MUERTE DE MARÍA ANA VARELA MORENO EN SANTIAGO DE CHILE

A principios de 1897 Moreno se trasladó a Chile, a lomo de mula, acompañado por su esposa María Ana Varela de Moreno y sus hijos Florencio, Francisco, Eduardo y Juana María, donde tendría en ese año y el siguiente difíciles tratativas con el Perito chileno Barros Arana (Bertomeu, 1949, p. 354-5). También lo acompañó Clemente Onelli, como Secretario de la Comisión. Al llegar a Santiago se alojaron provisoriamente en un hotel que, por la información publicada en el Diario La Ley al morir Ana Moreno, se habría tratado del Hotel Oddo.

La salud de su esposa no parece haber sido buena desde mediados de la década de 1890, según lo atestigua una nota sin fecha de Moreno a su hermano Josué, escrita en esa época: “Hermano: ¡Casi he perdido a mi Menena anoche! Gracias a que estaba todo pronto la pobrecita vive, pero con una amenaza terrible. Está grave y no se puede perder tiempo. Averíguame inmediatamente quién es el mejor médico especialista en enfermedades del corazón y háblale para saber si vendrá al primer llamado. Ahora está más tranquila y dicen Lahille y Ten Kate que con grandes cuidados puede reaccionar y entonces no conviene alarmlarla (...). Ayer tuvo tres síncope (...). Esto es horroroso, hermano. Pancho” (Archivo de Cancillería, Ministerio de RR. EE., AH-0020).

En 1897, al poco tiempo de llegar a Santiago de Chile, la esposa de Moreno, María Ana Varela, contrajo fiebre tifoidea. Luego de unos días fue trasladada “a la casa de la calle del Estado, anexa a la oficina de límites” (Diario La Ley, edición del 3

de junio de 1897; en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 117) y el martes 1 de junio de 1897, a las 10 de la noche, después casi cincuenta días de enfermedad y cuando parecía recuperarse, falleció de un ataque cardíaco, de acuerdo con la certificación médica agregada al sucesorio de Moreno. Ya había sufrido la muerte de dos de sus hijos, Mariano a los dos años y José Francisco a los seis meses (Juárez, 2001). Tenía 29 años.

Escribiría Moreno (1918-1919, p. 42) veinte años después, poco antes de su propia muerte: “*Pasaba en esos momentos por muy dolorosos momentos íntimos, pero en misma acción cumpliendo con mi deber, encontré fuerzas para dominarlos. De la voz de la patria fluye siempre consuelo, lo irremediable se aprecia con firmeza ante el futuro de que ella nos habla, y ese fue mi caso. No perdí un momento. Mi esposa, mi confidente de tantas incertidumbres, de tantas dudas respecto al porvenir argentino, frente la tormenta andina, desaparecida para siempre de mi lado, me había hablado en sus últimos instantes de mi deber y de mis hijos que crecerían en ese futuro, y envolviendo el pasado con el presente y con el futuro no dudé un instante de que no habría obstáculos que me detuvieran antes de realizar lo que había hablado con ella, ya enferma, un mes antes del fallecimiento, en la misma tarde de la firma del acta del primero de Mayo de 1897.*”

Por disposición de Moreno el cuerpo fue embalsamado por los Dres. Petit y Aldunate Bascuñan para poder ser trasladado a Buenos Aires.

El padre de Ana María Varela trató de cruzar la cordillera pero lo detuvo “el último furioso temporal” (Diario El Día, 4/6/87; en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 119).

En Santiago se editó un opúsculo en el que escribieron, en verso y prosa, destacadas figuras de la sociedad chilena: Alberto Mackenna Subercaseaux, Victoria S. de Vicuña Mackenna, C. Morla Vicuña, Alfredo Irarrazábal (Bertomeu, 1949, p. 357; véase más abajo).

El 3 de junio se realizó un oficio religioso en la Catedral de Santiago, luego de lo cual el cuerpo fue depositado en la Capilla de la Caridad. Los funerales fueron dispuestos por el Ministerio de Relaciones Exteriores y el oficio religioso fue oficiado por el Arzobispo de Santiago y todo el cuerpo de canónigos” (Diario El Día, edición del 4 de junio de 1887; en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 120).

El lunes o martes siguiente el cuerpo fue trasladado a Valparaíso en el tren presidencial y embarcado para Buenos Aires en “el vapor del estrecho”, en compañía de Moreno y sus cuatro hijos. (Diario La Ley, edición del 3 de junio de 1897; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 118).

Luego de una travesía de veintidós días, los restos de la esposa de Moreno llegaron a Buenos Aires, donde fueron enterrados en la bóveda de Josué Moreno, en la Recoleta. Allí descansaron hasta que el 22 de enero de 1944, cuando fueron depositados, junto a los restos de Moreno, en la isla Centinela, en el lago Nahuel Huapi.

Sus hijos, Panchito de 11 años, Juana María de 9, Eduardo (Yayo) de 7 y Florencio de 4, quedaron con los abuelos maternos y luego en 1899 viajarían a Londres con Moreno.

Las crónicas de la prensa de Santiago de Chile reflejaron cabalmente la triste desaparición de la esposa de Moreno.

Dijo el Diario La Ley del 3 de junio de 1897: “Señora María Ana Varela de Moreno. Anteanoche en Santiago. No por en cierta manera esperada, ha sido menos sensible la desgracia que ayer ha contristado a la sociedad de Santiago, enlutando el respetable hogar del perito argentino, señor Francisco Moreno, con el lamentable fallecimiento de su distinguida esposa señora María Ana Varela.

Presas de una violenta fiebre tifoidea, la hermosa dama argentina sostuvo larga lucha con la mortal

enfermedad, atendida con la más delicada solicitud de nuestros mejores médicos. El mal avanzó progresivamente, pero empezó a declinar de violencia a fines de la pasada semana. Cuando ya empezaban a abrigarse lisonjeras esperanzas de mejoría, la muerte vino súbita y traidoramente.

El día lunes la señora de Moreno pareció sentirse reanimada. Su traslación desde el Hotel Oddo, donde pasó los primeros días de la enfermedad, a la casa de la calle Estado, anexa a la oficina de límites, donde falleció, se había hecho en perfectas condiciones de cuidado y los médicos, sin desconocer el estado de gravedad en que continuaba, confirmaron ese día los principios de una reacción favorable. Anteayer martes, sin embargo, el doctor Petit notó alteraciones del pulso y temió el ataque de alguna de las varias afecciones que son consecuencias de la fiebre tifoidea. Se aumentó la atención facultativa y los médicos decidieron pernoctar en previsión de cualquier accidente. La enferma continuó tranquila, conversando a ratos con las personas que la rodeaban y como a las diez de la noche pidió a la hermana de caridad que la atendía, una taza de leche. Empezó a tomarla, incorporada en su lecho y después del último sorbo ella misma la colocó sobre el velador. Este fue el último esfuerzo de su vida. Pareció escucharse un débil estertor y su cabeza cayó pesadamente sobre los almohadones. El doctor Petit corrió y tomó el pulso, que ya no tenía latidos, rápidamente aplicó varias inyecciones hipodérmicas, para el caso de un síncope pasajero, ensayó respiración artificial del cuerpo, pero todo inútilmente: la señora Varela de Moreno había dejado de existir, en una súbita paralización del corazón. El ataque del síncope cardíaco había sido tan repentino, que el señor Moreno (...) y varios caballeros que velaban en la pieza contigua, a pesar de acudir en el acto, llegaron cuando el desenlace final estaba producido.

Apenas divulgada la sensible noticia, en esa misma noche y la mañana de hoy la residencia del señor perito argentino ha sido visitada por lo más escogido de la sociedad de Santiago, por los representantes del Gobierno y autoridades, por los miembros del cuerpo diplomático, etc. que han ido a presentar su testimonio de condolencia, al cual LA LEY asocia el suyo, en respetuoso y sincero pésame por la desaparición de la noble señora, que asumía en nuestra

patria la representación de la belleza y la distinción argentina, que en ella se hermanaban armónicamente, para la perfecta supremacía del sexo.

En disposición del perito argentino, los restos de la extinta serán inhumados en suelo patrio y al efecto anoche se procedió al embalsamamiento del cadáver (...). Hoy en la mañana se celebrará en la iglesia Catedral un servicio religioso, después del cual el cadáver será depositado en la Capilla de la Caridad hasta el lunes o martes próximo que serán embarcados para Buenos Aires a bordo del vapor del estrecho. El señor Moreno con sus cuatro hijos, acompañarán durante la travesía el fúnebre depósito y hasta darle sepultura en tierra argentina. El Gobierno de Chile ha dispuesto que las autoridades presten todo el concurso de su parte para el cumplimiento de estos propósitos”, (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 117-118).

Por su parte el periódico El Día del 4 de junio de 1897 publicó la siguiente nota: “La Señora Ana María Varela de Moreno. Si alguna vez la prensa ha sido reflejo del sentimiento general; si alguna vez ha traducido el dolor de toda una sociedad es en estos momentos, al consagrar un homenaje doloroso a la memoria de la señora Ana María Varela de Moreno, la esposa del perito argentino fallecida en Santiago la noche del martes último.

La sociedad de Santiago había acogido en su seno a la ilustre dama, rodeándola desde el primer momento de las más afectuosas demostraciones. Su nombre se repetía en los salones entre frases de entusiasmo por su bondad y belleza. Nuestras familias se disputaban el honor de tratar a la que nos parecía fiel representante de la más exquisita cultura social argentina. Se formaba a su alrededor una tibia atmósfera de simpatía y admiración. Se supo un día que una fiebre la postraba en el lecho y desde entonces, durante cincuenta días de enfermedad penosa y tenacísima, hemos seguido con interés afectuoso el estado de la señora de Moreno y la sociedad de Santiago ha redoblado para ella y su esposo las pruebas de una simpatía cordial con que parecía esforzarse para amenguar la nostalgia de la patria, que debía abatirse sobre su espíritu en las crueles veladas del dolor. Su nombre era María Ana Varela de Moreno.

Aún nos parece mentira que haya podido espirar el último soplo de vida en aquella joven y hermosí-

sima señora, en cuyo rostro aparecían los destellos de un ingenio delicadísimo y refinado, y que pasaba por el mundo sembrando su camino de afectos, de simpatías, de bendiciones. ¡Acaso, acaso, entre el dolor de la enfermedad la imagen de la patria ausente se ha presentado muchas veces como un sueño de infinita, desoladora tristeza! Pero nosotros podemos decir al esposo que llora sobre las minas de su dicha, que es nuestro su dolor, que la sociedad de Santiago comparte su amarga desventura.

La señora Varela de Moreno se había conquistado todo el cariño de la sociedad; y su esposo, señor Francisco Moreno, es un hombre digno del más alto aprecio, y que en su cargo de Perito ha dado muestras de su sana intención; de su espíritu culto y sereno. Estas líneas, que lo repetimos son la expresión de un sentimiento social, serán el testimonio de los votos que hacemos al Altísimo por la eterna paz de la señora de Moreno y porque el consuelo de la cristiana resignación descienda sobre su hogar, sometido a tan ruda prueba.

La señora doña Ana María Varela de Moreno era hija del eminente escritor y financista don Rufino Varela y de la señora Josefa Wright de Varela y pertenece a una familia distinguida que ha dado a su país varios hombres notables, especialmente en el cultivo de las letras. El abuelo de la señora de Moreno, don Florencio Varela fue poeta y escritor, autor de obras literarias y políticas, gran carácter, luchador incansable contra la tiranía de Rosas. Cayó víctima del puñal homicida en 1848. Su hermano, Juan Cruz Varela, fue uno de los precursores del periodismo argentino.

Aludiendo a sus ardorosas poesías patrióticas, dijo un biógrafo que ‘su celebridad está vinculada para siempre a los recuerdos más caros de la gloria argentina’. Hermanos de don Rufino Varela, fueron don Héctor F. Varela, el escritor conocidísimo; el poeta don Juan; el periodista don Luis, autor de estudios constitucionales y algunos dramas; y el abogado don Mariano que desempeñó con brillo el Ministerio de Relaciones Exteriores bajo la presidencia de Sarmiento. Y el señor don Rufino Varela, padre de la lamentada señora de Moreno, es un financista ilustradísimo, antiguo ministro en la administración de Avellaneda y redactor de La Tribuna. La familia Varela es una familia de hombres de talento y de mujeres tan bellas como hábiles y virtuosas.

El padre de la señora de Moreno intentó, como se sabe, pasar la cordillera para venir al lado de su hija; pero lo detuvo al otro lado de la cumbre el último furioso temporal. Puede calcularse cuál será la desolación de esa familia y de toda la sociedad de Buenos Aires al saber la desgracia de anteanoche. Las habitaciones del señor Moreno han sido invadidas por personas de nuestra sociedad que acudían a llevar el testimonio de su condolencia al distinguido perito.

Los funerales de la señora de Moreno serán dispuestos por el Ministerio de Relaciones Exteriores que se han apresurado a tributar este homenaje al señor Moreno y a la memoria de su esposa. Enseñada serán transportados sus restos a Buenos Aires para lo cual el cadáver ha sido embalsamado. La Misa de cuerpo presente fue oficiada en la Catedral por el Señor Arzobispo de Santiago y todo el cuerpo de canónigos”. (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 118-119).

En el libro de su nieta Adela Moreno Terrero de Benites (1989, p. 117-122) se encuentran transcriptos escritos de un opúsculo publicado por el diario “La Mañana” titulado “ ‘Corona Fúnebre’ a la memoria de la Señora María Ana Varela de Moreno (Santiago de Chile – Imprenta Cervantes – Bandera 73- 1897”, con escritos de Victoria S. de Vicuña Mackenna, Josefina Martínez, “Una amiga” y C. Morla Vicuña.

Uno de estos escritos decía: “A la señora María Ana Varela de Moreno: Lúgubre y silenciosa ha amanecido / La capital de Chile; la campana / Llama en melancólico tañido; / Diríase, en tan pálida mañana, / Que participa el nebuloso cielo / De las tristezas de la vida humana / Vestida de crespón y negro velo / Pensativa la gente se encamina / Al enlutado templo, en hondo duelo. / Allí en su trono, al pie de ara divina, / Con báculo el pastor y mitra de oro / Aguarda el ataúd que se avecina; / Sale el Cabildo a recibirlo en coro, / y lo conduce al catafalco austero / Al triste son del órgano sonoro. / ¿Por quién llora angustiando un pueblo entero? / ¿Por un sabio estadista, un pastor santo, / Un artista genial, un gran guerrero? / ¡No! No le aflige nacional quebranto; / No son propias desgracias, es la ajena; / ¡La que a piedad le mueve y mueve a llanto! / ¡No puede ver morir madre chilena! / A una madre joven, argentina. / Entre hijos tiernos, sin profunda pena. / Era tan elegante, hermosa y fina, / Tales su agrado y su bondad, que es

duro / Verla sumirse en súbita ruina; Era en un cielo despejado y puro / Un astro de tan claros resplandores, / ¡Que exaspera su eclipse prematuro! / Como a la luz del sol abren las flores, / Iban a florecer bajo su influencia, / Para unir nuestras patrias, mil amores / Por qué agostaste ¡oh Dios! una existencia / ¿Qué tantos bienes producido habría? / Insondable, Señor, ¡tu Providencia! / Venturosa la vi llegar un día, / De recibirla me tocó la suerte, / Luego, la de sufrir con su agonía, / Y hoy ¡oh dolor! la de llorar su muerte! - C. Morla Vicuña, Santiago, viernes junio 4 de 1897”. (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 121-122).

La nota “Corona Fúnebre” expresaba: “Ella al llegar a nuestro suelo, sintió en breve tiempo, a su lado una corriente general de simpatía; todos los que tuvimos la suerte de conocerla la quisimos enseguida. Al partir, ultrajada por la muerte, ha hecho correr muchas lágrimas, y ha cortado con violencia, muchos lazos de sincero cariño. Su tumba, que en la afección es tan argentina como chilena, estará siempre cubierta con las flores más delicadas de ambos suelos; siempre habrán sobre su féretro dos manos amigas sosteniendo una corona de oliva, símbolo eterno de paz y de unión entre dos pueblos”. (En Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 120).

Al respecto escribió su nieta Adela (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 120):

“Sobre la urna que contiene las cenizas de Abuela que está en la isla Centinela en el lago Nahuel Huapi, hay una corona de flores cincelada en plata, que pusieron al partir, sobre su ataúd, las señoras de Chile, como una ofrenda”.

Cabe aquí señalar que, muy lamentablemente nada ha quedado de esta corona de flores, que, pese a lo aislado del lugar, ha sido objeto del bandalismo.

Finalmente otro argentino, Pastor Obligado, ha dejado un hermoso y valioso testimonio en su escrito “Ecos de ultratumba” (Obligado, 1898, p. 195-196), sobre las dotes excepcionales de esa joven que dio su vida a Moreno y a su país sin pedir nada a cambio:

“A la pálida luz de la luna de marzo, María Ana Varela de Moreno, fue la primera compatriota que encontramos en las riberas del Pacífico, y cuando ya al pie de los Andes nos despedíamos, el último eco de voz argentina que nos llegaba, era también el suyo, enviando sus adioses a la patria, a la familia y a los amigos (...).

Digan que volveremos pasado hayamos puesto el punto final a la tan zarandeada cuestión, de la que, con buena voluntad, se siguen allanando muchos puntos y comas. Confirman que los chilenos son buenos amigos, como ustedes lo han observado; que no habrá nunca guerra; porque las madres chilenas no la quieren; que el simple buen sentido va convenciendo a los pocos que la propalaban, y en fin, a mis bellas compatriotas, que vuelvan a veranear aquí, que al calor de corazones generosos toda nieve se derrite.

Y dio vuelta llorando, al encargar a una de las jóvenes viajeras, el último beso para su madre. Ya rodaba el tren, camino hacia la patria, cuando divisábamos rodar sobre su pálida mejilla, aquella lágrima, cristalización del más puro sentimiento. Así dejábamos llorando, a la que encontramos sonriendo.

Todavía en su última carta, donde cuenta cuán obligada le tenían las mil atenciones de aquella sociedad, agregaba: 'Con su franqueza y amabilidad, han conquistado las compatriotas que visitaron este año a Chile, a cuanto chileno conocieron, sirviendo así a la patria, pues dejan recuerdos imperecederos como los de la fiesta patriótica que la prensa denominó El abrazo de Maipú, uniéndose en fraternal abrazo chilenos y argentinos (...)'.
Y la recordábamos desde muy niñita en Londres, ya entrando cargada de premios y libros a Albemarle Hotel, (...) Picadilly. Luego observando al pasar la línea ecuatorial, y repitiendo al Capitán del vapor, en su primera lección de cosmografía, el por qué era la única noche que divisándose aún la estrella del norte, ya asomaban sobre el horizonte las constelaciones del sur, o más tarde, en el Museo de La Plata, traduciendo del inglés inscripciones que, como medallas pulidas por cariñosa mano, incrustaba en notas y comentarios el erudito Dr. Moreno en sus páginas.

La sociedad de Chile es tan amable, y lo ha sido tanto para la familia Moreno, asociándose Gobierno,

clero y pueblo a las honras de tan virtuosa dama; y lo fue con ella desde su llegada, que a pesar de la actividad proverbial del Perito argentino, a quien en un mismo día se le encontraba en la cumbre de los Andes, en Santiago, en Viña del Mar, y todavía rectificando cálculos durante el trayecto del ferrocarril, que sus obligaciones de oficio, no le dejaban tiempo para las atenciones sociales.

Y esa era la parte en que más ampliamente colaboraba su amable e ilustrada compañera. Sirvió a su patria en vida, y hasta con su muerte. La tumba de Florencio Varela, abierta en tierra extranjera, si tal podíamos entonces llamar a la Troya Oriental, fue altar de reconciliación entre orientales y argentinos.

El fallecimiento en Chile de su ilustre nieta viene a confirmar que todavía hay allí corazones que aman a los argentinos, y alrededor de su féretro más de un antagonismo acabó de disiparse, elevándose con el humo del incienso, unísonos sentimientos en la misma plegaria.

Bien puede decirse que hasta los muertos se levantaron a recordar que no en vano lucharon por una causa común (...).

Con abnegación que atrae la gratitud, 'han cuidado allí viajeros que se enfermaron al ir a saludar antiguos hogares que en época aciaga cobijaron argentinos. Ya cuando llega a fallecer allí un argentino, no muere en tierra extraña. El cariño le rodea, y al ir apagándose la mirada, si no divisa las cumbres argentinas, sí caras amigas, afligidas por alcanzarle el postrer consuelo'.

'Asegurad, Monseñor, que de hoy en más, un vínculo de dolor, de amor y de gratitud, liga Chile a los míos' —exclamaba desde aquí un padre conturbado. Al que contesta el piadoso Pastor de aquella Iglesia:

—Desde el cielo, su amada hija nos alcanzará bendiciones, y será cual Ángel de paz para estrechar más y más ambas repúblicas.

¡Dios la tenga en él!"

Capítulo 17

TRABAJOS SOBRE LÍMITES (1897-1898)

A principios de junio de 1897, a su regreso a Buenos Aires, Moreno (1918-1919, p. 43) se dispuso a cumplir con lo convenido con el gobierno de Chile, para lo cual consideró determinados criterios.

Decía al respecto Moreno (1918-1919, p. 43-44): *“Sabía de antemano que el señor Barros Arana no cumpliría (...) el compromiso aceptado de estudiar toda la zona cordillerana; pues insistiría siempre en que entendiéndolo que el “límite incommovible” a que se refiere el tratado de 1881, ‘el principio invariable para los procedimientos de los peritos’, y ‘la condición geográfica de la demarcación’, según el protocolo de 1893, son sinónimos de la línea de las aguas, es decir la de las aguas que corren hacia los dos océanos, no eran necesarios estudios tan detallados como los que yo entendía que se habían convenido por el acta del 1 de Mayo. Esta (...) escasez de estudios por parte de Chile, me obligaría a hacer un doble esfuerzo para subsanarla, pues los peritos si no tuviéramos elementos geográficos suficientes al discutir nuestro proyecto de línea general, faltarían elementos de juicio para que nuestros gobiernos resolvieran nuestras divergencias y el árbitro no tendría tampoco antecedentes suficientes que facilitarían el estudio previo, convenido, del terreno en que se habían producido esas divergencias.*

Inmediatamente me puse al trabajo de organización de los estudios convenidos. Tenía apenas poco más de un año por delante, pero la falta de tiempo la llenaría el mayor esfuerzo”.

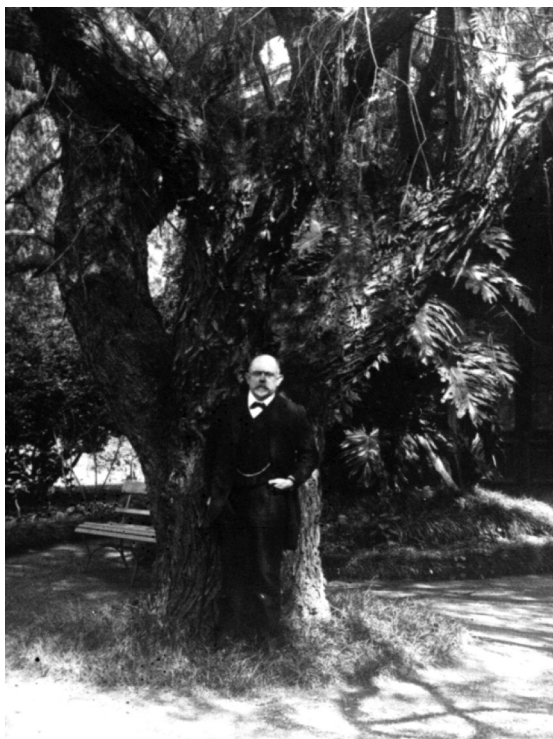
Entre junio y julio de 1897 Moreno trabajó de manera continua en los planos que llevaría a Santiago de Chile.

El 30 de julio Moreno presentó al ministro de R.E. su plan para cumplir con sus compromisos. El examen de tres mil kilómetros en la dirección N.S. de la Cordillera en el muy breve término pactado, exigía esfuerzos extraordinarios. Allí señaló que no había recibido instrucciones de ninguna clase del Presidente J.E. Uruburu y del Ministro de RR.EE. y que en el caso que llegara a ser inevitable someter a arbitraje las dificultades que indudablemente tendría con el señor Barros Arana para fijar el límite dentro de la cordillera *“trataría de demostrar (...) que la solución final de esta cuestión (...) estaría comprendida dentro del espíritu de los tratados y convenios internacionales”*, agregando que *“había positivo interés en evitar que de una u otra parte se pudiera decir que se habían hecho cesiones o transacciones y que de uno y otro lado se había llegado al resultado final haciendo sacrificios. Solamente así consideraría yo haber cumplido con mi deber como perito argentino”* (Moreno 1903a; en Moreno Terrero de Bernites, 1988, p. 123).

Decía además: *“Como perito de la República Argentina entendía que sólo dentro de la Cordillera de los Andes, podían producirse (...) divergencias sometibles al arbitraje pactado en el convenio de 17 de Abril de 1896 (...).*

Había dicho repetidas veces al señor Morla Vicuña, y repetído en la entrevista con el señor Errázuz-

riz: es indispensable hacer muy serias investigaciones para concretar esa línea general de fronteras, dadas las ideas que sobre esta línea tenía el señor Barros Arana. Si el divortium aquarum continental se produce dentro de la Cordillera de los Andes, el perito chileno deberá probarlo sin dejar lugar a dudas y si el perito argentino considera que ese divortium aquarum está situado fuera de la Cordillera, tendrá que hacer su demostración, porque las divergencias que surjan entre ellas darán lugar a consecuencias y a hechos bien diferentes, desde que yo entendía que si mi colega pretendía llevar la línea siguiendo un divortium aquarum situado fuera de la Cordillera de los Andes, yo no lo podría tomar en cuenta, porque estaría fuera de mis facultades, y por lo tanto tal hecho no daría lugar a di-



F.P. Moreno en la Quinta Moreno, delante del Aguaribay, c. 1898-1906. Archivo Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno, San Carlos de Bariloche.

vergencias entre peritos y por lo mismo no podría ser cuestión de arbitraje, desde que la base segunda del acuerdo de 17 de Abril de 1896 establece claramente cuáles son las divergencias que pueden eventualmente someterse al arbitraje de S.M. Británica.

El divortium aquarum continental no podría ser tomado en cuenta por los ayudantes demarcadores argentinos, en los casos en que no se produjera en la Cordillera de los Andes lo que sucedía en no pocos trechos, lo que podía asegurar con mi observación personal.

(...) Debíamos, pues, no ahorrar esfuerzos para producir (...) los hechos que han de servir de base a la línea divisoria, para la cual debía apoyarme en estudios que abarcarán el límite lateral de la Cordillera en el oriente y occidente sin ofrecer el menor punto vulnerable, pues el menor error, la más pequeña diferencia en el conocimiento del terreno y en la demostración de ese conocimiento, podría causar prejuicios muy graves a la demarcación, sea debilitando nuestros medios de prueba, sea dejando, al resolver de modo definitivo la cuestión de límites, dudas en el espíritu de uno y de otro pueblo de que no habían sido bien consultados sus derechos (...)”.

Una prueba de la capital importancia que tenían los estudios previos era la siguiente, cuando en mayo 1896 había visitado al señor Barros Arana en Santiago y referíle lo que acababa de observar sobre el divortium aquarum continental, me había contestado que se atenía a la información de sus exploradores que le decían lo contrario; pero una vez nombrado perito argentino, dispuse que una comisión nuestra se encontrara en aquellos parajes con la chilena que había enviado mi colega y sucedió lo que yo esperaba: los exploradores se encontraron en los lugares en que me interesaba se encontraran y los chilenos regresaron a Santiago convencidos de que los informes que yo había comunicado un año antes al señor Barros Arana eran exactos y que el divortium aquarum continental se encuentra en aquellos parajes fuera y lejos de la Cordillera de los Andes, en las llanuras patagónicas.

Agregué en mi nota: Sabemos que el tratado de 1881 fue firmado sin que se tuviera el conocimiento necesario del terreno y que las disquisiciones sin número a que ha dado lugar sobre su texto no han tenido desgraciadamente por base mayores conocimientos. Si la teoría del divortium aquarum continental es rechazada con razón por los argentinos, la interpretación

corriente argentina de la palabra 'las cumbres más elevadas que dividen las aguas' es resistida también con razón por Chile (...). He leído todo lo que han dicho mis antecesores en el puesto (...) y me he convencido que han partido de una concepción errada de lo que es la Cordillera de los Andes. Puedo decir que no existe en ella un cordón único que forme la línea general de altas cumbres, 'la línea anticlinal' divisoria de aguas sin solución de continuidad en toda la extensión del límite, y que no es aventurado agregar que el tratado de 1881 admite más de un cordón al decir 'dichas Cordilleras', porque esta es la verdad. Si bien en partes de los Andes hay sólo un gran cordón visible en toda su majestad, no es menos cierto que en otros existen dos y aún más, íntimamente ligados, formando la cadena central de los Andes. Esta es la que deberemos considerar como 'el encadenamiento principal de los Andes' para los efectos de los tratados, pero se han cometido tantos errores al querer amojonar la línea divisoria sin previo estudio que han surgido ya serias diferencias (aún no resueltas) por la ambigüedad de los documentos emanados de quienes debieron evitarlas, es decir de los peritos. Que varios cursos de aguas cortan esa cadena central llevando al Pacífico aguas que [fluyen] al oriente de ella, no hay duda alguna, y a estos cursos se refiere sin duda el artículo 1° del protocolo de 1893, con las palabras 'partes de ríos' pero también no hay duda de que es imposible encontrar la divisoria de las aguas en un cordón único, esa 'condición geográfica de la demarcación', el caballo de batalla del perito chileno, a los efectos del trazado del límite internacional, y es esto tan imposible que los mismos demarcadores argentinos han abandonado en sus operaciones la línea conjetural de altas cumbres, a pesar de querer seguirla. Además, el cordón andino, más elevado, más continuado en sus grandes masas, se encuentra, a partir de las inmediaciones del grado 35 en territorio que, en parte importante, la República Argentina nunca consideró suyo y que está desde tiempo inmemorial bajo la jurisdicción chilena, hecho que mucho dificultara la operación del deslinde, si el perito argentino sostuviera una línea divisoria que pase sobre esas 'altas cumbres'. El perito chileno nunca la aceptaría y las divergencias que resultarán serían resueltas por el árbitro en su favor.

Es pues tan indispensable como justo modificar la idea corriente de cumbres más elevadas de los An-

des en las operaciones del futuro. Hay alto interés por nuestra parte en demostrar con pruebas irrecusables que la línea divisoria debe ser trazada dentro de la cadena central de los Andes, en los cordones que la forman, donde coinciden más los hechos geográficos que definen la letra y el espíritu de los tratados. Debíamos buscar el límite tradicional, natural (...) que materialmente separe práctica y no idealmente los dos países.

Otra dificultad iba a presentárseme al resolver la línea general de fronteras. El acuerdo de 17 de Abril de 1896, disponía que las operaciones de demarcación entre la República Argentina y Chile, se extendieran desde el paralelo de 26° 52' 45" hasta el paralelo 23°, 'concurriendo a la operación de deslinde ambos gobiernos y el Gobierno de Bolivia', pero era el caso (...) que por el tratado argentino-boliviano de 1891, en esa extensión de la frontera reconocíamos a Bolivia territorio al Oeste de la Cordillera de los Andes. ¿Cómo conciliar estas cláusulas tan antagónicas, en los dos tratados? Cuando se firmó el acuerdo de 17 de Abril de 1896 con Chile, Bolivia consideraba como suyo, aunque ocupado por Chile, el territorio comprendido entre los grados 24 y 23, porque si bien existía el tratado de 18 de Mayo de 1895, entre Chile y Bolivia, llamado de transferencia de territorios, éste no tenía fuerza de ley, pues sólo el 30 de Abril se firmó el protocolo adicional de 9 de Diciembre de 1895, que (...) no había sido aprobado aún por el Congreso de Chile, ni se había dado cumplimiento al compromiso contraído en esos documentos, lo que era indispensable para que los territorios ocupados por Chile fueran definitivamente suyos.

O Chile, al aceptar la extensión a demarcar con la República Argentina hasta el grado 23, reconocía que la Puna era argentina desde que está situada al oriente de la Cordillera de los Andes, o se proponía sostener que la Cordillera de los Andes de los tratados, era la Cordillera Real de Bolivia, y en ese caso toda la Puna era chilena, por cesión de Bolivia. Estas dudas me habían hecho formular las instrucciones que habíamos impartido los peritos el 17 de Febrero de ese año para demarcar al Norte del paralelo 26° 52' 45" y hacer estudios preliminares como parte de las operaciones de demarcación de acuerdo con la base 1° del convenio de 17 de Abril de 1897, sin la concurrencia de los representantes de Bolivia, instrucciones de las que se deducía que no se trataba de operaciones en

territorio chileno, aun cuando Chile lo ocupara en ese momento.

Con lo expuesto (...) mis nuevas tareas iban a ser de muy grande responsabilidad para mí, dadas las vaguedades con que me había encontrado al hacerme cargo del peritaje, pero, ante los grandes intereses que se me habían confiado, todo el trabajo sería realizado, siempre que no faltaran los elementos que requería. Me proponía con ellos, y al final lo obtuve: 1° demostrar al perito chileno que no sería posible aceptar como línea de frontera la que pasa entre las 'vertientes' de los ríos que desaguan en el Atlántico y en el Pacífico, si esas vertientes no están en la Cordillera de los Andes. 2° Reconocida esta imposibilidad, por no estar aquella solución dentro de los tratados de límites, tratar de determinar la línea general de fronteras dentro de la Cordillera de los Andes, buscando para ello la aplicación de la letra del tratado de 1881, y del protocolo de 1893. 3° En el caso que no fuera posible concordar las opiniones de los dos peritos y su interpretación de los tratados, en cuanto a lo que debe entenderse por cumbres más elevadas o encadenamiento principal de los Andes, tratar de comprobar, con los estudios y planos, si sería posible trazar una línea divisoria por las cumbres de los Andes, tomando a ésta en toda su amplitud de la zona montañosa. 4° Reconocido, como indudablemente lo sería, que no era aceptable ni una ni otra cosa, ver si podía convenirse una línea que, siguiendo el espíritu del tratado de 1881, dentro de las cadenas centrales de los Andes, en su divisoria de aguas, cuando existía ésta, es decir el límite que la tradición ha señalado como argentino y chileno, lo que era la intención de ese tratado considerando el conocimiento que se tenía en aquella época de la Cordillera de los Andes y lo que consideraba entonces por línea de las altas cumbres. 5° para el caso que se presentaran divergencias entre los peritos, de las previstas por los convenios, tener listos todos los estudios y planos que pudieran justificar mi opinión, a fin de ilustrar la del gobierno argentino y habilitarle para sostener o desestimar las operaciones y juicios que hubiera yo realizado o sostenido como perito. 6° Reunir y tener listos, por si se sometía al arbitraje la solución definitiva de una divergencia, estudios serios, bien fundados, y si es posible, completos, que le demostraran que las divergencias que debía resolver en última instancia, resultaban de haberlas fundado

el Gobierno Argentino en el conocimiento del terreno con el honrado criterio de sus operadores. Debíamos mostrar al árbitro que conservamos en nuestros archivos suficientes elementos de juicio cuya exactitud podrían comprobar los técnicos que enviara al terreno el árbitro. 7° Y, por último, teniendo en cuenta el justo apasionamiento que en ambas naciones ha acompañado a esta cuestión de límites, tener medios que demostraran a la evidencia que la solución que se diera a esta cuestión, consultaba el derecho, la justicia, la equidad, y que estaba comprendida dentro del espíritu de los tratados y convenios internacionales (...)

Y empecé los preparativos para cumplir mi compromiso no sin alguna tristeza, puedo decirlo hoy. Ya se susurraba que los procedimientos eran unas veces precipitados, y otros agresivos; muy pocas personas se daban cuenta que la situación internacional exigía una firme voluntad a la que no estábamos los argentinos acostumbrados, mientras que otras, veían con displicencia el que yo tomara la línea recta, abandonando el palabreo y el papeleo. La naturaleza me había enseñado mucho más que los documentos escritos por el hombre, siempre habíamos errado cuando ella no había sido consultada.

Había dicho al Presidente de Chile, lo que sabía bien quien dirigía los destinos de mi patria 'Nada me apartará del camino que he decidido seguir, buscaré sin preocuparme de críticas, (...) para encontrar los verdaderos puntos de separación de las dos soberanías que al mismo tiempo favorezcan (...) sus respectivos intereses. Siempre miraré al futuro, despreocupándome del pasado.

Durante las discusiones de los diplomáticos y de los peritos se había olvidado la geografía y yo volveré a ella esta vez oficialmente. La geografía me dará la solución de problemas que cada día se complican más. El terreno será mi nuevo campo de actividades aun cuando no lo creyera así y traten de dificultar mi acción quienes siempre consideren posible prescindir de su conocimiento y resolver desde el cómodo sillón su adaptación de los hechos naturales a las interpretaciones que les ha estado dando un hombre de vuelo audaz, que conoció bien las modalidades de sus colegas argentinos'.

Había obtenido yo con el acta del 1° de Mayo que la cuestión con Chile entrara en una nueva fase, la del sentido común, que nunca había preocupado a los

hombres que por el lado argentino habían actuado en ella, y en primera línea. Esto para algunos de ellos había sido tan insólito que tan luego como conocieron mis propósitos pensaron en la conveniencia de obtener mi retiro del peritaje, para convertirme en el asesor militante de un ex perito que fue pasivo siempre mientras desempeñó ese cargo. La política, es decir, lo que se ha dado en llamar política de acercamiento con Chile, lo exigía así, la mía era la del alejamiento. ¡Me estaba mostrando ser enemigo de Chile! Dejar en Santiago al señor Barros Arana y alejarme para estudiar el terreno sobre el que debía planear la línea general de fronteras, en un brevísimo tiempo, sería según esos 'políticos' perjudicar los intereses argentinos. Existen pruebas de extraordinaria interpretación

de mi deber por parte de solemnes o avisados internacionalistas geógrafos de improvisados.

He dicho que el señor Barros Arana no había aceptado de muy buen grado mis propósitos concretados en el acta del 1° de Mayo de 1897. Aferrado a la 'condición geográfica de la demarcación', la de la división de las aguas, para él continentales, condición con la que si hubiera sido la única consignada en el protocolo de 1893 y aceptada (...), Chile hubiera más que duplicado el área útil de su territorio.

No sólo no consideraba necesario [un] mayor estudio del terreno y no lo dispondría tampoco en la extensión apropiada, sino que sabía que con éste se perjudicaría, (...) yo sabía que sus ayudantes no recibirían otras instrucciones que las de buscar y de-



Comisión de límites cruzando el río Foyel, 1902. Archivo Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno, San Carlos de Bariloche.

terminar la línea del divortium aquarum continental, la que para mi colega representaba en los tratados la cumbre general de la Cordillera y que, por lo tanto poco valor tendrían sus observaciones para la finalidad de los estudios argentinos- chilenos.

Esas deficiencias previstas, era indispensable que las salvaran mis colaboradores. A la ficción opondríamos la verdad. Siempre es difícil de hacer aceptar ésta, cuando hay mayor comodidad en aceptar la otra, y el esfuerzo a hacerse debería corresponder al fin buscado, fin que sería obtenido costara lo que costara.

Elegí para la obra mis viejos compañeros de trabajo en el Museo de La Plata, todos hombres de saber, fuertes, acostumbrados a desempeñar con éxito en cualquier medio en que se hallaran, hombres que si bien nacidos, los más, en tierras extrañas ya consideraban la nuestra como la propia, hombres de honor y de sacrificio que nunca se arredrarían ante las dificultades del clima, del suelo, de aprovisionamiento y que cumplirían con mis instrucciones en el brevísimo tiempo fijado en mi compromiso con el Presidente de Chile y por ende con el perito chileno.

Yo iría a encontrarlos en sus diversos campos de trabajo, de los dos lados de los Andes y con lo que ellos me dijeran y yo viera, disiparía las oscuridades tan

bien aprovechadas para sus intereses, hasta entonces, por el señor Barros Arana, para que nuestras dos patrias se vincularan cada vez más, mientras no llegue el día, que se presente en el porvenir, de que ambos formen una sola, como la lógica de los hechos naturales lo disponen, y lo entreveían no pocos chilenos y argentinos de largas visitas.

Mientras se proseguían los sencillos trabajos de estudio y de demarcación en el Norte, los ayudantes que debían operar en el Sur se concretarían a la exploración de la Cordillera, desde su pie oriental hasta las costas del Océano Pacífico, zona extensa y en parte extremadamente dura. La energía y la pericia de los hombres encargados de hacerla vencerían no poco de lo considerado inaccesible y al final de la temporada de trabajos dispondría yo de los elementos para apreciar en su verdadero significado la 'condición geográfica de la demarcación' que tanto interesaba conocer. Desde años atrás conocía la existencia de desagües en el Pacífico de ríos cuyas fuentes están al oriente de la Cordillera de los Andes y sólo la demostración exacta de las condiciones en que esa división de aguas se produce y en su conciliación sensata con la montaña abrupta, alta, más o menos impasable, estaba la línea del límite internacional.



F.P. Moreno (izq.) y Sir T. Holdich (der) en Huenchupán, abril de 1902.



Moreno saludando a un explorador a caballo en le Comisión de Límites. En el medio a la izquierda, con abrigo negro, Sir T. Holdich, 1902.

El señor Barros Arana enviaba en ese momento algunos de sus ayudantes a buscar el divortum aquarum continental, y algunos de los míos partieron a estudiar el mismo hecho y la montaña del límite tradicional, abundantes de elementos cuya provisión había previsto desde tiempo atrás y más de entusiasmo consciente ante la oportunidad que se les presentaba de servir al país nativo o al país que tan bien los había acogido en su seno, como lo manda el preámbulo de nuestra Constitución política y cuyos colores nacionales verían diariamente en los hielos eternos andinos. Grande es aun mi gozo al recordar aquellos hombres tan esforzados.

Poco más de un año para determinar con alguna precisión una línea general de frontera en la mayor extensión montañosa que separaba dos naciones era un plazo y una obra nunca soñada entre nosotros, pero la tranquilidad de Sud-América lo exigía, pues a continuar las incertidumbres pasadas, a haberse aumentado y llegado a la tan deseada exacerbación de los dos pueblos (por agitadores) el rompimiento de relaciones se hubiera producido y quizás la guerra al final y con ella un estallido continental, y con esas impresiones, una vez despachadas las comisiones que penetrarían en la Cordillera por el oriente, y embarca-

das en el pequeño transporte 'Azopardo' aquellas que yo desembarcaría en ciertos puntos de las costas occidentales, me dirigí a Punta Arenas, el 29 de Octubre".

"(...) no me preocupaban los juicios que, sobre mis procederes, sobre mis opiniones, como geógrafo, como argentino, como perito, se hicieran de los dos lados de los Andes. Fuerte en mi derecho para proceder como mejor lo entendiera dentro de mis facultades como perito-diplomático y convencido de que solo procediendo con la entereza de quien sostiene la verdad sabía que iba a afrontar no pocas molestias, no pocas dudas, pero que al final, la luz se haría y cumpliría con mi compromiso contraído (...). Nada de disimulos, de tapujos, de malabarismos, que pertenecían ya al pasado; la llana franqueza los reemplazaría, tras la tempestad vendría la calma, y el clarín de guerra que empezaba a retumbar en los Andes, pronto perdería su eco. Mi (...) acción (...) era lo que nos daría la solución de los problemas nacidos en el sillón".

"Sin duda alguna el pueblo, la Nación Argentina me acompañaba en mi empresa: algo le decía que yo la llevaba por buen camino, pero ¿si yo faltara?; si una enfermedad, un accidente de viaje me detuviera en mi acción, ¿quién la continuaría por el mismo sendero? Mucho aplauso, mucha simpatía, pero, solo había



Pampa del Senguerr, 31 de mayo de 1902. Moreno (centro izquierda) y T. Holdich (centro derecha).
Festejando los 50 años de Moreno.

Archivo Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno, San Carlos de Bariloche.



Moreno (der. de frente) y Sir T. Holdich (centro de espaldas) en la divisoria de aguas de El Miten-Cholila, 25 de abril de 1902.

emprendido la defensa de los intereses patrios con el arma que yo mismo había forjado, y solo me sentía para continuar una lucha cada día más recia y solo me encontraría en el momento del encuentro final. Vencería, en este en única forma que era posible vencer, la República Argentina iría al árbitro, llevándole las opiniones de su perito, concretos geográficos y no interpretaciones de tratados, pero, lo que veía apareciendo en los estrados de mi Gobierno, ¿me permitiría proceder entonces, con la misma libertad con que había procedido al buscar la verdad, el límite natural más sensato del mundo por torrentes y nevados?” (Moreno, 1918-1919, p. 25-32, 49, 53-54, 70-71).

Regreso de Moreno a Santiago de Chile. Agosto de 1897

En carta a su suegro del 4 de agosto, Moreno le informaba que en ese día había concluido con los planos y que al día siguiente se embarcaría para Santiago de Chile, a donde esperaba llegar el 16, para ponerse al habla con “los hombres principales antes de entrar a tratar el asunto”. Mencionaba que llevaba “*esperanzas fundadas de que no habrá tropiezos. Serán muy duros los hombres del Gobierno de ese país si no comprenden lo que llevo y toda la razón y el derecho que me asisten. ¡Son 180 planos!*”. Decía también que le dolía volver a separarse de sus hijos y del cementerio. La carta cerraba así: “*No puedo más, viejo. Estoy solo, la influenza hace estragos entre los empleados y tengo que hacerlo todo personalmente. Me acompaña a Santiago, Delachaux para trazar los planos definitivos, pero está en cama hoy.*” (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 123-124).

Exploración de Moreno por mar de la costa entre Última Esperanza y Puerto Montt

Como se ha expuesto más arriba, el 29 de octubre de 1897 Moreno se dirigió a Punta Arenas y entre noviembre y diciembre recorrió, por tierra y también por mar, en el transporte *Azopardo* y el aviso *Golondrina* la región que se extendía hacia el norte hasta Puerto Montt.

Moreno se encontró con el *Azopardo* y el *Golondrina* en el seno de la Última Esperanza el 21 de noviembre y “*para llegar a ese punto crucé las llanuras de Diana y comprobé que en esos parajes las cumbres más elevadas de la Cordillera de los Andes que divi-*

den las aguas’ lo que para mi colega era igual cosa que el divortium aquarum continental, estaban representadas por algunas piedras erráticas sueltas, entre extensos pantanos, arrastradas allí por los hielos de la época glacial. Ningún relieve de cierta importancia podía servir de límite, a una distancia prudencial de las aguas de los canales y sería necesario buscar allí una línea equivalente a la que frente a la Bahía San Sebastián, sobre el Atlántico, señala el límite argentino-chileno”.

La cueva del Mylodon

En relación con un hallazgo vinculado a la llamada “cueva del *Mylodon*”, escribió Moreno en un informe para la Sociedad Zoológica de Londres (en Willis, 2001, p. 115): “*En noviembre de 1897 visité aquella parte del territorio patagónico que está junto a la Cordillera de los Andes, entre los grados 51 y 52 de latitud y llegué hasta la caleta Consuelo (...) En ese lugar, colgando de un árbol, encontré un pedazo de piel seca que llamó mi atención de manera extraña, ya que no podía determinar a qué clase de mamífero podría haber pertenecido y, sobre todo, por el parecido de los pequeños huesos incrustados que contenía con los del milodonte pampeano.*”

En el mes de noviembre de 1898, el Ministro de RR.EE. de Chile, J.J. Latorre reiteró su acusación del mes de Junio (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 141) a la Argentina por la no resolución del conflicto de la Puna de Atacama, lo cual fue contestado por Alcorta y puso a los países al borde de la agresión.

Con respecto al recorrido en barco, entre el 27 de noviembre y el 14 de diciembre, por los canales entre Punta Arenas y Puerto Montt, escribió Moreno (1918-1919, p. 50-51): “*Navegando por entre los canales del Oeste, más o menos conocidos, el 27 de Noviembre penetramos en el estero Calen, al que ansiaba examinar, pues, es la mayor y más prolongada entrada del Pacífico, transversal en la región montañosa de la Patagonia.*”

Moreno hizo referencia y describió de manera general una serie de lugares registrados en el mapa del padre José García, quien visitó la zona en 1766, al tiempo que reprodujo la descripción hecha por Ramón Serrano en 1891 en el ‘Derrotero del estrecho de Magallanes, Tierra del Fuego y canales de la Patagonia’, desde las islas Baker a Puerto Montt. Sobre tal

base Moreno dio nombres a una serie de islas, ríos y canales, nombres que no han perdurado, i.e. estero y cerro Las Heras, canal Azopardo por el buque en el que navegó, Isla Hércules por el buque en que hiciera sus memorables campañas el almirante Guillermo Brown, tal como lo registró el mismo Moreno:

“Lástima es que se haya olvidado esa fructífera campaña de los dos pequeños buques argentinos, tan digna de recordarle. Algunos de aquellos guardas marinas y alférez, hoy capitanes de fragata o de navío han de recordar con placer los incidentes de esos días, como yo los recuerdo agradecido a sus empeños, pero han de lamentar las ingratitudes que han hecho borrar a los nombres venerados de Las Heras, de Azopardo, de la Hércules, que dimos a hechos geográficos desconocidos en ese momento, suplantados hoy por el de un ilustre desconocido y los otros por los de personas cuyos merecimientos no justifican tal olvido”.

Desde Puerto Montt volví al sur para dejar en la desembocadura de los ríos Palena y Bodadahue las comisiones que se internarían en la Cordillera por el Oeste, y después de enviar a mi infatigable compañero de tareas, desde 1888 y auxiliar en la demarcación, Clemente Onelli, con instrucciones para las comisiones que trabajaban al oriente de la Cordillera, y a realizar algo a que me referiré más adelante, partí a Santiago”.

El desvío del río Fénix

La misión reservada a Clemente Onelli se relaciona con el desvío del río Fénix, cuyos antecedentes se remontaban a la expedición de 1896 entre San Rafael y lago Buenos Aires y que fueran preanunciados en el relato de la mismas (Moreno, 1898).

Moreno (1918-1919, p. 52-67) recordó en consecuencia los aspectos principales incluidos en su libro sobre la expedición de 1896 entre San Rafael y lago Buenos Aires, y agregó al respecto; *“Este libro, que llegó a consolidarse en Buenos Aires como el más caro del mundo, diciéndose que había hecho gastar a la República Argentina sendos millones en buques, armamentos, etc., cuando por el contrario fue el primer factor de paz, desde que al fin abrió los ojos de los hombres dirigentes de Chile y les hizo dudar de la justicia de la teoría del señor Barros Arana mientras que mostró a los argentinos la justicia de sus derechos al límite tradicional con lo que se disipó la tormenta*

guerrera que amenazaba turbar la paz de Sud-América, tenía que ser mi mejor arma para destruir la dialéctica con que hasta ese momento el señor Barros Arana mantenía tan gravísima situación aprovechando de la ignorancia argentina.

Antes de dejar Buenos Aires había dispuesto su amplia distribución en Chile, tan luego como apareciera, de manera que cuando yo llegara a Santiago, encontrara en discusión mi actuación como perito. Me era necesaria esa discusión; no me preocupaban los juicios que sobre mis proceder, sobre mis opiniones, como geógrafo, como argentino, como perito, se hicieran de los dos lados de los Andes. Fuerte en mi derecho para proceder como mejor lo entendiera dentro de mis facultades como perito- diplomático y convencido de que sólo procediendo con la entereza de quien sostiene la verdad sabía que iba a afrontar no pocas molestias, no pocas dudas, pero que al final, la luz se haría y cumpliría con mi compromiso contraído el 1° de Mayo del año anterior.

Nada de disimulos, de tapujos, de malabarismos, que pertenecían ya al pasado; la llana franqueza los reemplazaría, tras la tempestad vendría la calma, y el clarín de guerra que empezaba a retumbar en los Andes, pronto perdería su eco. Mi libro encerraba acción, y ésta era lo que nos daría la solución de los problemas nacidos en el sillón. El primer perito señor Pico había dicho a su colega en 1890, fatigado de sus difusas argumentaciones: ‘operar no discutir’, pero hasta el momento de mi nombramiento sólo se habían discutido; con mi libro, toda ‘operación’, no admitiría más discusión que aquella que se apoyara sobre las operaciones en el terreno.

Desde que había tomado intervención casi oficial en los asuntos de la demarcación, había insistido de continuo con mi gobierno y sus peritos en que en los convenios se hicieran para cumplir con la disposición del tratado de 1881 sobre arbitraje, se estableciera que el árbitro debía tener a la vista para su fallo, elementos geográficos exactos, desde que habiéndose convenido que el límite era la Cordillera de los Andes, era esencial el previo conocimiento de ésta, para resolver cualquiera dificultad entre los peritos. Ninguna cuestión de límites puede resolverse razonablemente sin la geografía y no lo debían olvidar los diplomáticos en sus convenios.

Felizmente el ministro- perito, doctor Quirno Costa había podido obtener que la cláusula del convenio

de 17 de Abril de 1896 y las observaciones contenidas en mi libro serían valiosos antecedentes para el árbitro, en el caso desgraciado en que Chile obtuviera que los peritos no estudiaran el terreno, so pretexto de demoras y de perjudiciales incertidumbres, como lo procuraba el señor Barros Arana. Para éste, el triunfo estaba en la ignorancia del terreno, para mí en su mayor conocimiento.

Antes de ser perito, había repetido (...) cuán deleznable era la teoría del límite sobre la línea divisoria de las aguas continentales, y mi libro había anunciado que lo demostraría sobre el terreno mismo (...) para con ella reforzar mi argumentación como perito. Así al partir de Puerto Montt para Santiago, había entregado a mi auxiliar, señor Onelli, instrucciones para abrir la zanja, 'la acequia', en el río Fénix, de la que había hablado en mayo de 1896 al señor Barros Arana y en mi libro.

Al llegar, en el 'Azopardo' a Puerto Montt, había sabido que el señor Bertrand, asesor técnico del señor Barros Arana, emprendería en esos días un viaje a lo largo de la región andina del oriente, partiendo de Punta Arenas y decidí que cuando llegara al Río Fénix se encontrara que la experiencia tan anunciada se había realizado y con una palada había decapitado la titulada cumbre andina, de un tajo había cortado el nudo gordiano de la demarcación y con ello demostrado que el tal *divortium aquarum continental*, el límite inmovible del tratado según él, (pues sabía que era el señor Bertrand quien había sugerido al señor Barros Arana 'esa línea continua de cumbres que dividen las aguas'), era de una inconsistencia rayana en la frivolidad y que sólo con la ignorancia de los hechos reales se había podido poner en peligro la paz entre dos naciones.

El señor Bertrand podría informar a su jefe, a su gobierno, sobre la veracidad de mis aserciones y también, ante esos hechos físicos tan repetidos disponer su estudio en la extensión que correspondía al cumplimiento del compromiso del 1° de Mayo. Los peritos debíamos discutir en próximos meses, una línea general de fronteras, no principios de demarcación, ni interpretación de tratados sino hechos geográficos y mucho me temía que el perito chileno no se encontrara entonces en las condiciones de hacerlo, si no se le empujaba al trabajo convenido.

Si mi libro me preparaba malos ratos en Santiago, peores pasaría cuando el señor Bertrand informara de

que yo había hecho lo que había anunciado y con ello derrumbado una de las grandes ilusiones de Chile, nacida de la pertinaz ceguera geográfica de su perito. El asesor técnico chileno, el hombre mejor preparado de Chile en todo cuanto se relacionaba con sus fronteras, no podría menos de confesar que en no poca extensión de la que había recorrido, la división de las aguas continentales, no se encuentra dentro de 'la Cordillera de los Andes', y que por lo tanto nada tenía que ver los peritos con esa división, en los puntos que se apartara de la Cordillera de los Andes, el verdadero 'límite inmovible', el magnífico límite tan gráficamente descrito por su jefe en sus publicaciones anteriores a su nombramiento de perito. Este resultado bien valía las molestias que iba a experimentar yo en Santiago (...).

"(...) Mi libro, 'Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y (...)' dieron por resultado inmediato el conocimiento por la República Argentina y por Chile de lo inconsistente que era la línea divisoria sostenida por el perito chileno, y la lógica de la que yo venía sosteniendo desde veinte años atrás, confirmada por tan detallado examen de una vasta extensión andina hasta entonces poco conocida (...). Había partido de Mendoza y alcanzado hasta el lago Buenos Aires, visitado en el trayecto las nacientes del río Bío-Bío (...) el lago Lácar, cruzando la línea divisoria de las aguas continentales, y observado luego esta misma línea entre los lagos Gutiérrez y Mascardi, en la región de Cholila, en el valle 16 de Octubre y en sus inmediaciones, en el lago Paz [Wintter], en las mesetas de su SE vuelta a encontrar siempre fuera de la Cordillera de los Andes, entre otros puntos (...) en el río Fénix, nombre que se le dio porque pronto sería un río resucitado de una vida anterior (...).

Clemente Onelli (1998, p. 80-81), fiel ejecutor de esta y otras decisiones de Moreno, hecho reconocido por este al afirmar: "Onelli, mi hombre de todo momento; en él confié las empresas más difíciles y delicadas, tenía siempre la seguridad de que él las llevaría hasta el fin, y si me queda vida, pues debo dejar pasar un tiempo, algún día daré a conocer a los argentinos cuánto deben a la acción de este luchador". Moreno, 1924, p. 3; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 128-130).

Escribiría al respecto Onelli años después: "(...) en el año 1898, siguiendo instrucciones del perito

doctor Moreno, desviamos el curso de ese río que desagua en el lago Buenos Aires, haciéndolo correr como afluente del río Deseado. Quedé un rato contemplando la obra que los años y las inundaciones habían completado abriendo más caudaloso lecho: recordé los once días de trabajo febril con las manos llagadas por el uso de la pala; recordé que se debía terminar esa prueba de la teoría de Moreno para el día que pasase por allí el perito chileno (...)"

"Ahora el río entra tranquilo por ese canal y sus aguas se deslizan veloces como si siempre hubiesen hecho eso desde el principiar de los siglos. El día en que el Gobierno corrija un tanto la entrada del Fénix al río Deseado, la obra imaginada por Moreno dará también riego y vida a unos cuantos millones de hectáreas de campos resecos, coronando así a la obra de ese sabio infatigable que ha conseguido para su patria miles de leguas discutidas por el vecino, y bajo su impulso enérgico e incansable dirección, la geografía argentina, que estaba atrasada cincuenta años, se puso al día en poco tiempo, tanto que geógrafos como Reclús, Rabot, Lapparent y Gallois, declararon al conjunto del trabajo por él presentado al árbitro como el más bello ejemplo de la energía y actividad americanas" (cf. Onelli, 1998).

En el relato del encargado del arbitraje británico, Sir Thomas Holdich (1904, p. 384-385): "(...) No lejos (...) estaba una de las grandes curiosidades geográficas de Patagonia, una que tenía cierta relación con la disputa fronteriza, y al mismo tiempo ofrecía un problema geográfico que creo que es único. El gran lago Buenos Aires (el más grande de todos los (...) patagónicos) (...) absorbe las corrientes glaciales del norte y las vierte (...) a través de su extremo suroeste en el Baker, y a través de la depresión que sigue ese río, hasta el Pacífico. Uno de sus principales alimentadores es un imponente glaciar que se encuentra (...) inmediatamente al norte. Desde este glaciar fluye una corriente (...), pero no llega directamente al lago que está al sur. La conformación topográfica (...) y las morenas lo obligan a ir hacia el sudeste, donde aparentemente está destinado a no encontrar el lago (y donde en algún momento ciertamente no lo encontró), para seguir su camino (...) como un afluente del antiguo río Deseado, hacia el Atlántico. Debe haber sido, de hecho, no hace mucho tiempo, el principal afluente del Deseado, y el

cambio en su curso inducido por la reciente glaciación y la formación de morenas puede ser una de las razones por las cuales el Deseado es ahora un río del pasado. Debido a que este tributario glacial del lago Buenos Aires (llamado Fénix) cambia repentinamente su curso cuando está próximo al extremo oriental del lago, y en vez de precipitarse hacia el este hasta el Atlántico, hace una curva repentina muy aguda hacia el oeste, y ahora se vacía en el lago. Tan pequeñas e insignificantes fueron esas formaciones morénicas, que produjeron este notable cambio que el trabajo de unos pocos días de uno o dos trabajadores permitió al Dr. Moreno desplazar el río a su antiguo canal y restablecer su conexión atlántica. Esta acción ha producido una curiosa anomalía: el río aún divide su curso entre los dos sistemas (Atlántico y Pacífico), y fluye en parte hacia el lago, y en parte en un curso lento y lento hacia el este".

El mismo hecho fue interpretado de diferente manera por Lagos García en un artículo publicado en la página 3 de la edición del diario La Razón del 27 de octubre de 1924, bajo el título "El robo del río Fénix": "La turba, que calificaba de 'robo' los hechos producidos, se había equivocado en la imputación del autor. Este, en efecto, no había sido Pancho Moreno. Fue Clemente Onelli y únicamente él quien había pretendido 'robarse' el río Fénix, ideando, preparando y consumando el delito (...). El genial secretario de Moreno (...) ordenó (...) desviar las aguas del río Fénix hacia el Atlántico. La operación se realizó en pocas horas con un reducido número de hombres y una parte del caudal del río Fénix empezó entonces a correr hacia el río Deseado, abandonando su cauce milenario que conducía sus aguas al Pacífico. Así demostró Onelli la inconsistencia de la línea divisoria de las aguas (...). El tajo dado por Onelli a la suave loma (...) desviando las aguas del río Fénix, tuvo en el pleito de límites más importancia que muchos de los artículos de los tratados (...)"

El contenido de este artículo fue refutado por Eduardo V. Moreno (1924, p. 3) en otro titulado "Cómo procedió el perito Moreno a la desviación del río Fénix".

"He leído en La Razón de fecha 27 del corriente un artículo titulado 'El Robo del río Fénix', que hubiera dejado pasar en silencio si no tocara a fondo uno de los triunfos más importantes obtenidos por

mi padre Francisco P. Moreno durante su actuación como perito argentino en la cuestión de límites con Chile y sobre la cual tengo toda la documentación, más aún, las memorias escritas por él con el título 'Mi actuación como perito'. Estas memorias eran bien conocidas por su secretario en esa época, D. Clemente Onelli y hasta corregidas algunas pruebas, y más aún, hasta le fueron confiadas por testamento para que las publicara 'llegada la necesidad'.

Deseo aclarar el punto en homenaje a la memoria del propio Onelli, quien (...) tenía el culto de la amistad y le preocupaba constantemente la memoria de quien fuera su jefe, el doctor Francisco P. Moreno. En cambio, el autor de este artículo presenta a Onelli usurpando uno de los triunfos más importantes de su jefe (...). Esta versión es completamente inexacta como lo demuestran los documentos que tengo a la vista (...).

Estos párrafos dejan claramente demostrada la grave equivocación en que ha incurrido el señor Luis Lagos García, autor de 'El robo del río Fénix' quien ha tergiversado los hechos, acaso con el plausible propósito de honrar la memoria de don Clemente Onelli.

Mi padre fue recibido como él lo esperaba en Santiago, fue apedreado por el populacho (...). Las piedras auténticas que le fueron arrojadas hoy se conservan (...) en la sala del fundador en el Museo de La Plata. También es cierto que ese tajo dado al río Fénix cambió por completo la teoría sostenida por el perito chileno y fue un triunfo de la sostenida por el perito argentino (...) no hubo tal 'robo del río Fénix' sino 'la vuelta del río Fénix a su antiguo cauce' lográndose con ello facilitar que la República Argentina obtuviera 16.000 kilómetros cuadrados más de su territorio".

Moreno en Santiago de Chile en 1898

En enero de 1898 Moreno llegó a Santiago de Chile proveniente de Puerto Montt y luego de haber dado orden a Onelli de que desviara el curso del río Fénix, hecho este último con el cual, a su entender, había quemado sus naves, ya que hizo que fuera "hostilizado por la opinión de Chile y desairado por su Gobierno" aunque había previsto ese resultado al publicar su libro.

Según Moreno, su viaje al sur, había colocado al perito chileno en la situación desairada que merecía

"apoltronado sin cumplir con lo pactado, mientras que el Argentino procedía con entera sujeción a los convenios". Al mismo tiempo, "Se dio la noticia que se nombraría a Virasoro para que quedara en Santiago" mientras Moreno estudiaba el terreno, pero eso no fue aceptado por el Presidente Urriburu.

Barros Arana había querido, sin resultado, llevar a Moreno a discutir "si el límite era la división de las aguas o las altas cumbres", mientras Bertrand había emprendido un viaje de estudio para contrarrestar la mala impresión que, en algunos círculos de Santiago, había causado la afirmación categórica de Moreno "de que el terreno no decía lo que aseguraba el perito chileno, y que este no tenía elementos de juicio apropiados" (carta de Moreno a J.A. Roca del 17 de mayo de 1899; en Rato de Sambucetti, 2009, p. 96).

Años después escribiría Moreno (1918-1919, p. 67-71): "La situación política de Chile en ese momento aparecía favorable (...). La oposición al gobierno del señor Errázuriz aprovecharía de lo que llamaba debilidades ante los peligros que para la patria chilena encerraba la 'Argumentación científica del perito Moreno que con una franqueza que no se podía menos de reconocer oponía la doctrina argentina a la chilena'. Los viejos procedimientos tan dilatorios iban a cesar ante esa 'argumentación que para contradecirla requería el estudio de terreno tan descuidado por el perito chileno', quien sería a su vez atacado por sus contrarios políticos y universitarios poniéndolo así en transparencia ante sus casi ciegos admiradores.

Tal fue la situación que encontré al llegar a Santiago el 9 de Enero, en medio de agitaciones esperadas y (...) que deseaba, porque para que mi plan se realizara en su amplio alcance era necesario que la duda sobre el valor científico de la teoría del perito Barros Arana, surgiera entre las bullangas callejeras" contra "(...) las tan extraordinarias afirmaciones del perito Moreno".

En los primeros días hubo excitación popular contra el perito y silencio en las alturas y desentendimiento por parte de mi colega pero pronto de mi colega se impuso el buen sentido, como lo había previsto".

Evidentemente todo esto se originaba en el libro escrito por Moreno, quien, por nota fechada en Santiago de Chile el 10 de enero de 1898 le escribió al Ministro de RR.EE. doctor Alcorta: "Cuando resolví publicar el libro que tantas alarmas ha causado en este país, preveía que no sería bien recibido por la

generalidad de los que no conocen absolutamente los verdaderos términos de los tratados y el terreno en que deben aplicarse, pero también consideraba indispensable su aparición en esa forma para empezar a desvanecer errores que si duraran podrían producir muy serios conflictos en el momento de llegar a las soluciones definitivas. De la propaganda que aquí y en el exterior hacían los geógrafos al servicio de Chile en contra de lo que llaman pretensiones argentinas apoyándose para ello en hechos falsos, hubiera resultado al final dificultades mucho más graves que las que pudieran surgir de las discusiones de mis observaciones de viajero, tendientes a hacer luz sobre esos errores, dificultades que algunas personas buscan y que yo deseo evitar en beneficio de los países interesados en que esta delimitación de fronteras termine en breve.

Pero, no creí jamás que se produjeran explosiones como las que ya conoce V.E. y que revelan una vez más, la necesidad de proceder con la mayor energía en el desarrollo del plan que he adoptado y que es el único que en mi concepto puede llevarnos a soluciones equitativas. Por mi parte no doy importancia alguna a estas manifestaciones, inconscientes, de algunos, malsanas de otros, y que si tienen eco se debe a la ignorancia en que desgraciadamente se ha tenido a la mayoría sobre la cuestión que debatíamos Gobierno, Peritos y pueblo, y puedo decir a V.E. con satisfacción que todas las personas sensatas con quienes he hablado de mi libro, el que no conocían si no por los comentarios de los periódicos han reconocido mi buena fe, mi deseo de resolver todo los problemas que encierra esta vieja cuestión, dentro de mis facultades de perito y mi propósito inalterable de no ocultar nunca la verdad de los hechos, y mi deseo de que estos se averigüen por los encargados de resolver por parte de Chile la línea general de frontera.

He agregado que soy enemigo de las sorpresas, por más ventajas que ofrecerán algunas veces y con estas declaraciones francas la reacción empieza a producirse, y tengo la seguridad de que llegará momento en que se me hará completa justicia. Ya se pide a gritos el estudio de la Cordillera, donde tantos creen que se produce el *divortium aquarum* continental, y diarios hay que empiezan a aceptar que no he procedido tan mal como lo creyeran en un principio. Ayer encontré en la calle el señor Bulnes; me habló de mi libro y de sus ideas (...). Concluyó por declararme que si los he-

chos geográficos eran tales cuales los que señalaba yo, lo que, me confesaba no podía creer, no habría más remedio que aceptarlos y llevar la línea por la Cordillera de los Andes. Creo firmemente que la verdad se abrirá camino y como no he de escasear esfuerzos para exponerla, un día un momento de que llegaremos al resultado que buscamos los argentinos.”

“Es indudable que la vocinglería de la prensa que se ha ocupado de mi libro me ha criado mala atmósfera y que ha llegado hasta alarmar a los hombres de este gobierno, los que probablemente por temor a esa misma prensa, han sido desatentos conmigo. En momentos de mi llegada el Presidente de la República, acompañado de sus ministros, secretarios y edecanes, estaba en la estación del ferrocarril, pronto a salir para Valparaíso y sin embargo no recibí la menor atención oficial de práctica.

El señor Barros Arana no concurrió ni se hizo representar, sólo ayer envió a su secretario a saludarme muy a la ligera y a comunicarme el cambio de local de la comisión de límites y sólo vino esa mañana, después de haber visitado al ministro de R.E. y en su visita, muy corta, por cierto, contra su costumbre, me insinuó repetidas veces la necesidad de concluir cuanto antes los trabajos y la conveniencia de llevar inmediatamente al árbitro nuestras divergencias. Contesté detallándole la situación de los trabajos, los puntos donde se encuentran los numerosos exploradores argentinos y mi firme propósito de cumplir con el compromiso de 1° de mayo, esperando que él tendría iguales propósitos. Me manifestó que tenía noticias de haberse producido una desavenencia entre el ayudante 2° chileno y el ayudante 2° argentino de la 1° sub-comisión y que éste había manifestado que no estaba autorizado a resolver por sí sólo ningún punto que se relacionara con el trazado de la línea divisoria los que según él (señor Barros Arana) era un error del ingeniero argentino pues los ayudantes tenían autorización para proceder por si solos. Díjele que lo acordado era que los ayudantes segundos quedaban autorizados para desempeñar las funciones de ayudante jefes sólo en caso de enfermedad o de ausencia del terreno de la demarcación y que por otra parte no tenía el menor antecedente sobre el asunto.”

“Del resto de la conversación he creído deducir que el señor Barros Arana trata de que, a pesar de lo convenido en el compromiso del 1° de mayo, se pro-

duzcan desde ya divergencias entre ayudantes y luego entre peritos, lo que he de evitar.”

Lo referente a la indecisión y temores del Gobierno de Chile me fue confirmado poco después. Al día siguiente de mi llegada, había tenido lugar en La Moneda una reunión de notables, en la que se resolvió aconsejar al Gobierno que iniciara gestiones para que cuanto antes se sometieran al arbitraje las divergencias que ya existían entre ayudantes y peritos, considerando aún tales la demora en aceptar la solución de hitos propuesta algún tiempo atrás por los ayudantes chilenos. No convenía esperar a que la geografía, la acción, venciera al palabreo, al sillón, pero al fin la cordura se sobrepuso, en reserva se examinaron las afirmaciones de mi libro y empezó a abrirse camino la opinión de que esas afirmaciones debilitaban mucho y aún destruían la pretensión de llevar la línea por la división de las aguas continentales.

Mi excursión por el Sud y las medidas para cumplir mi compromiso del 1° de Mayo, fue comentada favorablemente y se dijo abiertamente que el perito argentino tenía muchas más probabilidades que el chileno para presentar su línea general en el término fijado lo que empujaría al Gobierno de Chile a buscar directamente el arbitraje, apercibido de que el señor Barros Arana se encontraría en situación difícil cuando se comprobara la exactitud de mis observaciones para lo cual había partido a Punta Arenas el señor Bertrand con el fin de dirigirse al Norte hasta el Bio-Bio y so pretexto de inspeccionar los trabajos de los ayudantes chilenos, observar en su camino cuanto yo había dicho en mi libro”.

Los comentarios eran claros: “El perito argentino ha prescindido de la diplomacia de disimulo, de pueriles engaños, ‘hasta ahora no se había concretado el litigio y debemos agradecer al señor Moreno que nos abre el camino de las soluciones definitivas, desde que ha sacado a la diplomacia de su país de la penumbra en que discretamente se hundía y ha puesto a la luz del sol todas sus pretensiones’. ‘Chile necesitaba de esta franqueza; con los términos claros y francos, con el carácter científico de su libro en el que a cada paso se revela el espíritu sereno y estudioso del señor Moreno éste ha prestado un verdadero servicio a los dos países’. ‘Es necesario que los dos gobiernos acuerden suspender todos los trabajos que hoy practican las sub-comisiones demarcado-

ras en regiones que no presenten ninguna dificultad y acerca de las cuales no ha habido ni puede haber discusiones y destinarlas a estudiar la demarcación donde se sabe desde ya que había dificultades”.

Diría Moreno: “*Es decir se aconsejaba hacer lo que yo estaba haciendo desde el día de mi nombramiento! Y mencionaba a continuación*”: “*El Chileno’ del 11 de enero, llegó a decir: ‘Nada más faltó de fundamento que los temores de una guerra próxima, porque precisamente la nitidez, la precisión matemática que ha adquirido el debate con la obra del señor perito Moreno, nos acercan a la solución y nos salvan de ese sistema de postergaciones que eran un verdadero peligro.*

Aclarando: “*Esto se dijo a raíz de un reportaje, que me hiciera al día siguiente a mi llegada uno de los redactores de ‘La Tarde’, periódico que me atacaba incesantemente, y que reproduzco despojado de las inexactitudes con que fue impreso, las que el mismo periódico reconoció luego como tales, al reproducir Palabras de Moreno:*

‘Completamente injusta me parece, nos dijo, después de algunos minutos de conversación, la campaña con que la prensa de este país me ha recibido. Se ha cambiado enteramente la intención de mi libro; se me ha atribuido móviles y se ha entrado a interpretar intenciones que han estado y están muy lejos de mi ánimo y de mi modo de apreciar los graves problemas que son hoy materia de vivas controversias en la prensa de ambos países. Se comprende fácilmente que no puede con seriedad contradecirse lo que yo he visto, sin tener conocimiento ninguno de ese lugar. Así sucede con muchos otros puntos de que yo he sido el único explorador. Yo soy el más empeñado en que se haga luz, plena luz, sobre estos puntos, pero exijo seriedad y altura de miras. Con el derecho de viajero observador que pide la comprobación de lo que ha escrito, he corregido errores de otros exploradores. Que se llegue hasta allá y se verá que mis afirmaciones están ajustadas a la más estricta verdad. Si he estado errado, seré el primero en reconocer mi error. Esto mismo lo he dicho a todas las personas con que he conversado estos días’.

Otro de los puntos de más controversia en estos días, agregó el Sr. Moreno, ha sido la cuestión arbitraje. Se ha hecho alrededor de esta palabra una verdadera montaña de comentarios relacionados con mi libro. Que se lea mi obra y se verá que ni siquiera ha-

blo yo una sola vez de esta seria cuestión. Como perito no tengo más que acatar la letra y el espíritu de los tratados. Son estos claros y terminantes y no dudo que una solución patriótica vendrá a disipar las nubes que pudieran aparecer y que no tienen razón de existir. Ha sido una gran sorpresa para mí la actitud de los diarios. No creí jamás encontrarme al volver a Chile con esta tempestad desencadenada contra un hombre que no ha hecho sino sacrificarse personalmente estudiando sobre el terreno esta difícil controversia, y deseando sólo hacer la más completa claridad alrededor de esta oscura cuestión para que pueda ella ser solucionada con conocimiento de causa y con altura. Creo que ese es el deseo de las corrientes sanas de opinión de ambos países. A mí se me hará justicia.

El mismo día hizo Moreno a un redactor de 'La Libertad Electoral' estas declaraciones: 'Yo he escrito en mi libro lo que he visto como viajero y como geógrafo. La línea de *divortium aquarum* no se encuentra en la Cordillera de los Andes, y el gobierno argentino puede y debe fundar colonias en las regiones inmediatas a los ríos Fénix y Senguerr. Cuando las comisiones chilenas estén de vuelta, dirán que lo que yo sostengo es cierto y si prueban lo contrario, no tendré ninguna dificultad para convencerme. Yo enuncio un hecho y creo probarlo. Eso es todo. En cuanto a la alarma producida por mi libro, no le veo causa. Los exploradores chilenos mandados por el gobierno, Sres. Steffen, Fischer, Serrano Montaner y otros, han dado también a la prensa sus opiniones'. 'Muy pronto tendré una conferencia con el Sr. Barros Arana para resolver algunos problemas. Según el acta firmada por los peritos el 1° de mayo de 1897, debemos tratar de convenir la línea general de fronteras una vez conocidos los trabajos de esta temporada, y es con este objeto que se practican actualmente los estudios en toda la extensión de la cordillera entre la Puna y el grado 52°.'

Según Moreno "Santiago se dividió entonces en dos campos: para los agitadores del enardecimiento del pueblo ignorante mi libro importaba 'una declaración de guerra'. '¡Iremos a la guerra, decían algunos periódicos, si el Gobierno no desautoriza el libro del perito Moreno', lo que no sucedería pues se me había hecho saber que leído nada se había encontrado en objetarle: más que convenía se difusión, aun cuando hubo un gran diario argentino que lo consideró 'inoportuno!'"

Moreno insistió en que se conociera su opinión de que el arbitraje debía centrarse en las dificultades que se produjeran, entre los peritos, dentro de la Cordillera de los Andes y no fuera ella. Pese a lo cual y más que dijera a quien aceptaba oírme que (...) no ocultaría jamás un hecho, aun cuando no favoreciera los intereses de mi país, el señor Gonzalo Bulnes y con él los señores Antonio Subercaseaux, Alfredo Galo Irrarazábal y otros, sobre todo 'La ley' inspirada por el círculo del señor Barros Arana alarmaban cada vez más el espíritu chileno diciéndoles que la República Argentina, por mi intermedio quería apoderarse de miles de leguas de territorio chileno; y tal fue esta prédica como el crédito de quienes la hacían, que aún hoy después de más de veinte años no es raro encontrar en el sur argentino chilenos ilustrados que pretenden que aquellas tierras les han sido arrebatadas a Chile!"

Clamaban (...) por el arbitraje amplio, nada de estudios andinos, nada de restricciones, el tratado de 1881 era sólo 'un pliego de papel'; Chile entendía que su límite con la Argentina era el *divortium aquarum* continental y el árbitro debía decidir en pro o en contra, para lo cual eran innecesarios mayores estudios del terreno. Si la Cordillera de los Andes, estaba al occidente de esa división de aguas, sería toda chilena. 'Si Chile pidiera el arbitraje sobre la plaza Victoria, los argentinos debían aceptarlo, pues esta enormidad está en los tratados', dijo uno de los señores Irrarazábal en 'La Tarde' y el señor Gonzalo Bulnes en el 'Ferrocarril' 'que si la Argentina apoya a su perito busca deliberadamente la puerta de un laberinto que no tiene otra salida que el campo de batalla'.

'La Libertad Electoral' había anunciado así mi llegada: 'Si hace años deseábamos que el perito permaneciera en su puesto, hoy anhelamos que cuanto antes recoja sus maletas y vuelva a patria. Así lo que quiere la voluntad popular, a la que causa profunda antipatía la llegada del doctor Moreno y a no haberlo impedido las autoridades oportunamente, se habrían hecho manifestaciones hostiles a su llegada'.

Pero según Moreno sus "reportajes, mis conversaciones amistosas, francas, trajeron una reacción inmediata; se atenuaron y días después se reconocían como sanos mis propósitos, diciéndose que 'había hecho bien en prescindir de la demarcación de puntos en que no se presentarían dificultades, y en emplear todos mis recursos para estudiar aquellos que pudieran dar lugar

a ellas y se inculpó al señor Barros Arana quien ‘con su descuido del terreno que había permitido fuera tan ventajosa la posición del perito argentino que conocía las regiones que había descrito en su libro’.

Pero si esas agitaciones se enclmaban, en ciertos ambientes volvieron pronto a recrudecer.

Moreno consideró que *“había de por medio, lo que en esta América llamamos política, es decir, intereses personales encontrados. Se insultaba al Presidente de Chile. Preparáronse meetings de protesta contra la apatía del Gobierno, que no exigía su retiro por el Gobierno Argentino, y Moreno supo de buena fuente “que esos agitadores tenían vinculaciones en Buenos Aires, donde se estaba hablando de la conveniencia del retiro del perito Moreno, ‘hombre por demás exigente y precipitado’ y de enviar a Santiago un ex perito, (quien como no había contribuido en nada útil a la solución del viejo pleito, sería sin duda persona grata para Chile). Según Moreno “para algunos había conveniencia personal en que volviera el caos de antes, desde que ‘a río revuelto ganancia de pescadores’ y había pescadores que creían segura una buena pesca de los dos lados de los Andes”.*

Aparentemente la idea *“dirigida desde Buenos Aires”* era que los obstáculos que *“para una solución satisfactoria”*, se debían a la presencia de Moreno en Santiago. Se suponía además *“que Moreno con su patriotismo probado no dejará de reconocer”* que no era el hombre apropiado para el trabajo y que cooperaría con los datos que obtuviera en el terreno, que se entendía era *“su verdadero campo de acción”*, con las nuevas gestiones de su antecesor, que *“conocía el ambiente santiaguino y podía alcanzar soluciones conciliadoras equitativas”*.

En la visión de Moreno, se quiso hacer con él, lo que años más tarde se pretendió hacer tal como se verá más abajo. La situación de Moreno era muy difícil y se pretendía condicionar su conducta. Se consideraba que Barros Arana *“era en ese momento la encarnación del alma de Chile”* y que Moreno *“no tenía la ductilidad necesaria para llegar a un acuerdo con él que, conciliando pareceres, llevaran las viejas discrepancias a un desenlace a aceptable para los dos países aunque nadie sabía ni indicaba cuál podía ser ese desenlace”*.

Según Moreno (|1918-1919, p. 71) ante todas estas circunstancias *“Me pregunté qué debo hacer y me*

contesté: a palabras vanas oídos sordos. El 22 de enero nos reunimos los peritos y aprobamos la colocación de un buen número de hitos, en puntos donde no había la menor dificultad en hacerlo. El 23 tuvo lugar una reunión en la que Moreno tuvo la satisfacción de no ser objeto de “ninguna palabra hostil” y “los socialistas”, que habían sido señalados como promotores de hostilidades “protestaron contra actos de esa clase con vibrantes proclamas una de las cuales empezaba así: ¡Compañeros! La actitud bélica de la burguesía, llamada chilena, en presencia de la supuesta ruptura de la paz con nuestros vecinos de la Argentina, obliga al Partido Socialista a protestar del meeting del domingo 23 y de los montes que le animan. La guerra es el crimen de los pueblos y la negación de los respetos de gente. El pueblo chileno gime hoy de hambre y de miseria y no quiere tomar el puñal del asesino para regar con sangre hermana el suelo americano”.

Según Moreno (1918-1919, p. 71-74) entre el 28 y el 29 de enero de 1898 *“Aprobados esos hitos, era innecesaria mi presencia en Santiago, mientras que era indispensable la continuación de mis estudios en el terreno, para cumplir con mi compromiso del 1° de mayo (...). En esos momentos llegaban a Buenos Aires los elementos que había pedido al extranjero”* para llevar a cabo los trabajos y luego de enviar instrucciones a los operadores en la Cordillera, *“para que evitaran toda ocasión de discusión con los ayudantes del señor Barros Arana, me despedí de éste en su casa, en San Bernardo el 28, manifestándole que volvía al terreno y partí en la tarde del día siguiente para Buenos Aires”*.

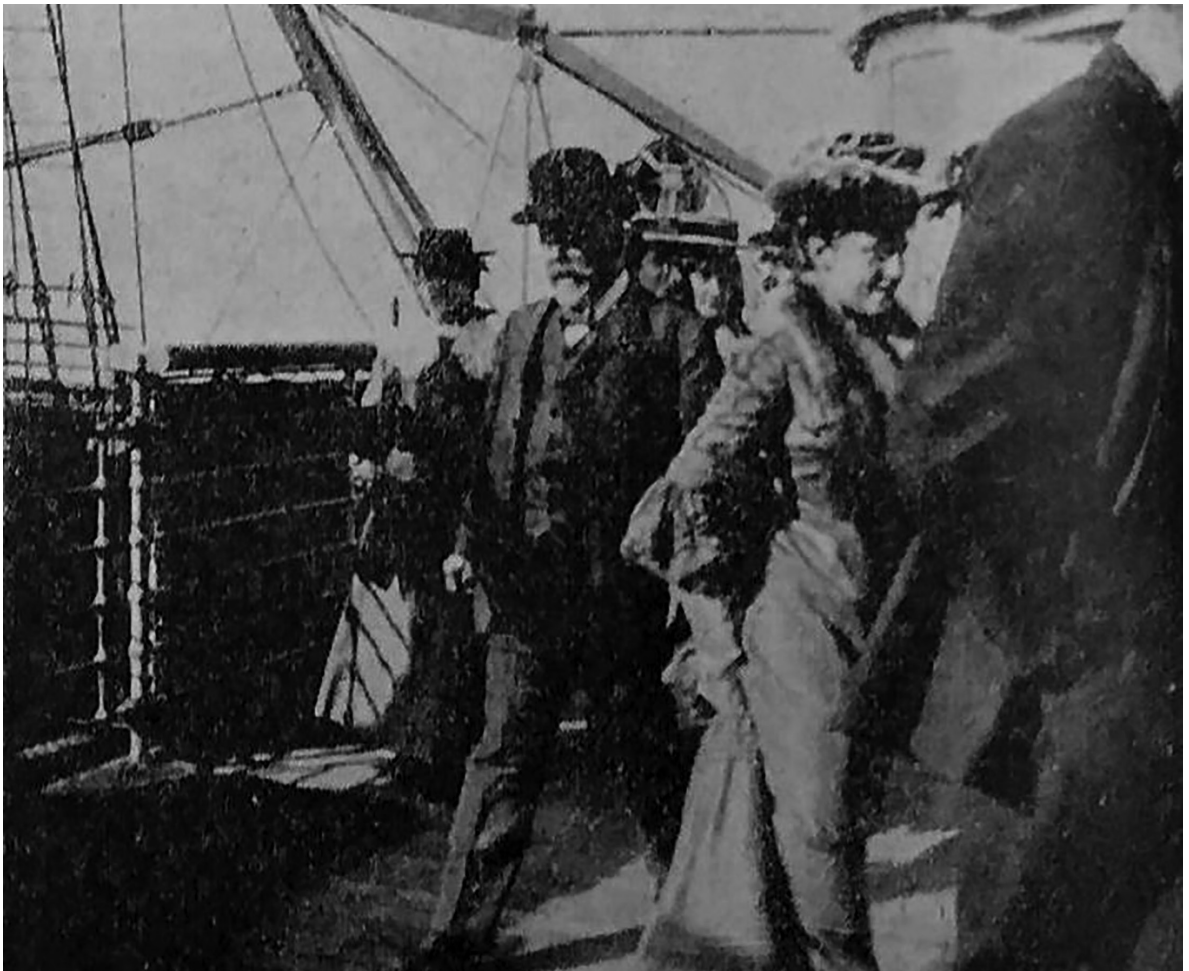
Comentó Moreno: *“Estela larga dejé en mi marcha. Curiosa es la colección de recortes de diarios chilenos que poseo con los inimaginables comentarios de ese viaje que transmitieron al pueblo chileno. ¡Lo menos que dijeron fue que mi regreso a Buenos Aires era motivado por el rompimiento de hostilidades entre los dos países! Yo fallaba a mi deber.*

¡Este me obligaba a permanecer inactivo en Santiago desde que esa ciudad era la sede de la Comisión de límites y la excitación popular, aprovechada por la oposición al gobierno, llegó a tal punto que el Ministro de R.E. de Chile, en la sesión secreta de la Cámara de Diputados que tuvo lugar esa misma noche, debió explicar el verdadero objeto de mi ausencia y manifestar que mis relaciones con el señor Barros Arana eran perfectamente cordiales!

Lo único que había en el fondo de estas agitaciones era que el Gobierno de Chile se daba perfecta cuenta de que su perito empecinado en su teoría del divortium aquarum continental, abandonaba voluntariamente el reconocimiento de los caracteres físicos de la Cordillera, con lo que pondría a Chile, sino en peligro en ridículo si llegaba el momento en que el árbitro debiera fallar sobre divergencias periciales, previo examen del terreno en que se hubieran producido. El árbitro en ese caso no tendría más

antecedentes topográficos que los que le facilitara la República Argentina y creía encontrar remedio a esa posibilidad, llevando al arbitraje divergencias aún no establecidas antes que el perito argentino completara sus investigaciones.

Moreno creía que se pretendía que él permaneciese en Santiago, “donde el perito Barros Arana, cualquier día plantearía divergencias que hicieran ineludible el arbitraje sobre doctrinas y no sobre hechos geográficos”.



Moreno (centro) en la salida del *Danube* para Europa, 5 de julio de 1902.
Caras y Caretas No. 197 del 12 de julio de 1902.

Moreno pensaba que Barros Arana pretendía finalizar con el litigio lo antes posible. Decía al respecto “Pero yo estaba preparado. ¿Cuántas veces, en nuestros primeros paseos por la alameda, escuchando sus amenísimas reminiscencias de Buenos Aires, sobre sus vinculaciones de familias de amistad, sobre su argentinismo no asomó la conveniencia de concluir cuantos antes la larga cuestión en que me había tocado intervenir? ¡El arbitraje en cualquier forma pero cuanto antes, cuestión de pocos meses, y la paz entre los dos países hermanos jamás se alteraría!

Como se mencionó más arriba, el 29 de enero, Moreno emprendió viaje a Buenos Aires, “en medio de tantas inquietudes y también entre las hostilidades de algún populacho, pero dejando en Santiago amistades creyentes en la sinceridad de mis actos. Volvería allí, una y dos veces, las dudas, las hostilidades resurgirían, pero siempre tendría de mi lado personas que me ayudarían a solucionar situaciones por más arduas que parecieran, cuando les pusiera delante la luz de la verdad. ¡Al fin, al fin, la verdad alumbrará la solución buscada desde más de cuarenta años!

Moreno cruzó la Cordillera “taloneando una vez más la mula” y como siempre que viajó en esa forma, “dando vuelo al pensar”. En su testimonio “en esa marcha recapacité el pasado y medité sobre el futuro. Sin duda alguna, el pueblo, la Nación Argentina me acompañaba en mi empresa: algo le decía que yo la llevaba por buen camino, pero, ¿sí yo faltara; si una enfermedad, un accidente de viaje me detuviera en mi acción, quién la continuaría por el mismo sendero? Mucho aplauso, mucha simpatía pero, solo había emprendido la defensa de los intereses patrios con el arma que yo mismo había forjado, y solo me sentía para continuar una lucha cada día más recia y solo me encontraría en el momento del encuentro final. ¿Vencería, en éste en la única forma que era posible vencer, la República Argentina iría al árbitro, llevándole las opiniones de su perito, concretos geográficos y no interpretaciones de tratados, pero, lo que veía apareciendo en los estrados de mi gobierno, me permitiría proceder entonces, con la misma libertad con que había procedido al buscar la verdad, el límite natural más sensato del mundo por torrentes y nevados?

Con estas preocupaciones llegó a Buenos Aires el 1° de febrero para “tomar el camino del sur y completar las investigaciones que requería el cumplimien-

to de [su] compromiso del 1° de mayo que encerraba problemas político- económicos que debía encarar callado, tan complicados aparecerían para resolverlos en tan corto tiempo, pero que me era indispensable abordar para que la solución final fuera la deseada y que había enunciada en mi nota de Julio de 1897 ya citada, una solución basada en los dictados de la naturaleza y no en los errores de los hombres irreflexivos. Sólo así sería decisiva y duradera”.

Escribiría años después Moreno (1918-1919, p. 75): “Entre aquella fecha [1 de febrero de 1898] y el día 11 preparé todo cuanto requería al último esfuerzo.

Se dudaba (...) que realizara lo que prometía, y veleidades, ecos del pasado, amenazaron nuevamente obstaculizar mi plan en el preciso momento en que iba a desarrollarlo en toda su amplitud”. Se decía: “Moreno no tiene condiciones para salir airoso en las próximas conferencias. Su vehemencia puede dificultar la serena discusión del grave problema que nos plantea el señor Barros Arana y con éste todo Chile”. ‘Conviene que persona tan preparada como él y de mayor equilibrio, vaya a Santiago; mientras tanto hará su viaje y nos traerá fotografías a carradas’.

Al respecto escribió Moreno (1918-1919, p. 72): “En los corrillos de la casa de gobierno se hablaba así y mucho más, pero el doctor Uriburu Presidente de la República pensaba de distinta manera y volvió a repetirme lo que me dijera el primer día. ‘Vaya usted tranquilo y esté seguro de que tiene plena libertad para proceder como perito con las amplias facultades que entiendo que corresponden a su cargo en circunstancias tan serias como las que estamos atravesando y que sin duda se agravarán cuando usted se encuentre nuevamente con el señor Barros Arana’. Dije en esa ocasión al doctor Uriburu lo que había escrito poco tiempo antes de su ministro de R.E. doctor Alcorta: ‘Los obstáculos que pueda vencer el hombre serán vencidos’ y agregué que el Presidente de la República podía estar seguro de que procediendo con las atribuciones que me había reconocido llevaría a término mi plan en forma tal que si los peritos y los gobiernos no alcanzaran a ponerse de acuerdo lo que mucho me temía, el árbitro nunca podría decir que el Gobierno Argentino no había puesto todo empeño en fundar sus derechos al límite histórico en la cumbre andina. El árbitro consultaría a sus geógrafos antes que a nadie por las cuestiones que se someterían a la decisión arbitral serían únicamente-

te geográficas. Mi país no se vería envuelto en nuevas dificultades por mi causa. Nada me desviaría de mis propósitos de que simples divergencias previstas en los convenios no podrían nunca ser causa de un rompimiento de relaciones entre los dos países”.

Nuevo viaje a la Patagonia de Moreno a principios de 1898. Santa Cruz y lago Argentino

Diría Moreno (1918-1919, p. 73, 76-77) “Con esa seguridad que me diera el doctor Uriburu partí el 11 de febrero bien pertrechado moral y materialmente, seguro de que mis activos ayudantes procederían de acuerdo con las instrucciones que les había enviado en previsión de lo que se tramaba en Santiago” (...) “urgía el que el gobierno argentino, fundara a su vez poblaciones en esas faldas y en la zona intermedia hasta el Atlántico. Ya desde 1888 había obtenido que algunos de mis buenos colaboradores en el Museo de La Plata, se establecieron en el centro y en la falda andina y en 1896, antes de ser nombrado perito, había propuesto a mi gobierno, durante el ministerio del Dr. Antonio Bermejo, que se poblara el puerto San Antonio, Rada Tilli (hoy Comodoro Rivadavia), la vega de Maipú, Nahuel- Huapi y el Río Mayo, Laguna Blanca, Lago Buenos Aires y lagos Musters y Coluhuapi, (hoy colonia Sarmiento). Si se había atendido mi indicación para algunos de esos, otros puntos como Río Mayo, Lago Buenos Aires y Laguna Blanca, fueron descuidados lo que nos hizo perder allí más tarde, excelentes tierras para importantes centros de industria argentina y uno de mis propósitos era obtener que se decretaran esas.

En mi excursión, que apenas debía durar tres meses, tendría que extender la trama de nuestras comunicaciones hasta los Andes, activar la población, iniciar telégrafos, caminos, buscar riquezas naturales que apresuraran la dependencia atlántica de la región andina, señalar la fuerza hidráulica necesaria para la industria argentina, e inaplicable por parte de Chile, apreciar la posibilidad de embalses en los lagos que servirían luego para el riego de las tierras andinas, todo en previsión de la creciente actividad chilena para ampliar el arbitraje en el que insistía cada vez más, aun cuando no se había concretado divergencia alguna entre peritos.

Si en tiempos en que se ignoraba el valor de los caracteres físicos andinos y su lógica pertenecía a Chi-

le o a la Argentina; si se había señalado la división de las aguas en la Cordillera de los Andes como el límite oeste de los territorios del sur y hasta el doctor Zeballos en 1886, había reconocido el límite en el divorcium aquarum continental al dar cuenta del viaje del comandante Fontana, diciendo: un levantamiento prolijo del terreno confirmó la existencia de un río anchuroso y cuyo curso de este a oeste revelaba que los viajeros hallaban tierras de Chile; si no pocos de nuestros historiadores y diplomáticos habían considerado como coincidentes altas cumbres y división continental de las aguas, me era de todo punto indispensable mostrar que el límite tradicional, era la maza andina, impuesta por la estrategia militar y económica reconociendo que al oeste de la loma nevada, está Chile y al este, la República Argentina y que aceptado ese concepto general del límite fácil sería avenir líneas periclasales dentro de recíprocas conveniencias, es decir un límite de verdadero interés vital para los dos países, precursor de mayores intimaciones. Las montañas no distancian sino que acercan a los pueblos limítrofes y esta verdad debía aplicarse en la Cordillera, en cambio llevar la línea por la división de las aguas en el llano sería la hostilidad internacional perpetua”.

Así con placer me embarqué en el “Villarino” para dilatar en las soledades del sur los horizontes de la patria, que dejaba nublados en la capital. Salidos el doce del Puerto de Buenos Aires, el 16 de Febrero desembarcamos en Puerto Madryn los elementos destinados a las comisiones exploradoras que trabajaban entre los lagos Nahuel- Huapi y Buenos Aires; el 20 entramos en la Bahía del Río Santa Cruz donde dejamos el Villarino el 26 para internarnos cuanto antes hacia el oeste, bien pertrechados y armada la lancha a vapor que debía servirme para penetrar en los lagos Argentino y Biedma, y en el San Martín, si, como en 1877 me lo dijeran allí los indios, se comunicaba por entre nevados con el Biedma”. Moreno, 1918-1919, p. 79.

Como siempre me ha sucedido cuando las ilusiones de mi acción me empujan, me adelanté solo ese día, y si bien fue dura la marcha a pie y peor la noche pasada bajo un espinoso calafate, aterido de frío, vestido como estaba de veranillo sin más abrigo que un casco de pita y medio periódico los que, durante largas horas, alternarían de posición entre la cabeza y los pies, haciendo cama con el cuerpo entre la arena y el pedregullo suelto a la manera de un perro veterano,

aquella soledad vino bien a mi espíritu. Así vuelve a presentármese transcurridos veinte largos años desde aquella noche, al mezclar la poesía del pasado en aquellos ambientes tan naturales, y la melancolía en el bullicio de la capital despreocupada con que el anciano, ante el recuerdo de lo tanto vivido, siente que se acerca el momento en que las visiones de los ideales que lo guiaron se nublaron del todo”.

Reflexiones entremezclando recuerdos y experiencias educativas con una visión idealista del futuro.

Así Moreno, acostado en el suelo bajo una mata de calafate, pasó revista de sus “sesenta y seis años”, desde “aquella noche donde moviendo espaldas y caderas (...) encontré en la madre tierra descanso para el cuerpo y altura para [el]espíritu”, hasta los más recientes “al cruzar una esquina próxima al Basural del sud de esta ciudad [Buenos Aires] algunas ralas matas de paja” y recordó “ocasiones viejas de cuarenta, treinta, veinte años, en las que, esperó el día, hambriento y con frío por fuera, ardiendo y saciado por dentro con la confianza en la realización de lo que por allí me llevaba”.

El sitio más reciente, “perdido entre los tugurios de la miseria metropolitana, que cruzaba casi a diario en [su] camino a uno de los centros de experiencias sociales”, donde “procuraba encontrar el medio de preparar tanto ser abandonado, vagabundo, para la vida de trabajo en aquellos desiertos tan prometedores”. Pues a su entender “sólo la población que se estableciera en suelos y climas propios para combatir la molicie de lujo y la miseria, en aquellos medios físicos tan favorables al esfuerzo propio, salvará la conciencia de la nacionalidad de la marea del cosmopolitismo inconsciente”.

El “recurso precioso, para desarrollar las potencialidades de esos desiertos”, estaba en “la preparación de hombres, que habiendo sufrido durante la niñez miserias físicas y morales, crecieron, educados en una escuela aprovechadora de todo cuanto para la generalidad pudiente es desperdicio”.

Tales ideales no carecían de base, pues “más de una vez había encontrado niños y adultos que viviendo en el abandono más completo”, e incluso en “la mayor criminalidad habían sido regenerados por una palabra, por un aliento de verdad”, y que

de esos “ambientes de decadencia moral, habían pasado a ser pioneros de avanzada”, para el “progreso nacional, mientras el ‘bien nacido’, el crecido en la holganza, se deslizaba hacia el atorantismo de levita, empujado por las vanidades del dinero debido al esfuerzo ajeno.

Y en la iniciación de esa escuela (...) a que dedicaba esos afanes (...) de mi ideal, en la que el niño vago (...) se preparaba a ser útil obrero, verdadero ciudadano, creador de hogar, no poca intervención tenían las evocaciones de aquellos hechos, (...) en que me había adaptado a las circunstancias, sin perder tiempo en buscar cómo adaptar éstas a mis conveniencias. A esas ralas matas de paja, entre el basural, asociaba (...) por el recuerdo, aquellos revolcaderos bajo las ramas espinosas, y sobre el pedregullo (...) curso invariable [de] la idea directriz de mi acción (...).

A aquellos lugares había ido en 1874, (...) allí en 1876, había vuelto para defender esa tierra para poder decir luego a mis cómodos conciudadanos cuánto peligrosaba la soberanía argentina; también allá, bajo mata semejante (...) hubo de terminar mi vida, cuando por arrastrar tanto el bote con que ascendiera el potente río y navegar el gran lago (...) sufrí tanto que aún me quedan vestigios de ese sufrimiento”.

¿Qué me llevaba allí? se preguntaba Moreno, y no veía diferencias a través del tiempo: Convencer con la prueba real al Ministro de Chile en Buenos Aires D. Diego Barros Arana que estaba en error al sostenerme que la Cordillera de los Andes se esparcía al oriente, opinión que no basaba en nada. ¿Qué me llevaba veintiún años después a los mismos sitios? Convencer a mi colega el perito chileno D. Diego Barros Arana que la Cordillera de los Andes no era lo que él opinaba, sin basarse en nada.

(...) De Santiago había partido menos de un mes antes entre comentarios a cual más extraordinario, escuchando voces de guerra, ¿Por qué? Porque, consecuente con mi viejo propósito, y en mi idealismo siempre optimista, buscaba en la acción la verdad, la que mi colega esperaba encontrar en su bufete, pero siempre fiel también a su patriótica ambición.

Él quería para Chile lo que le faltaba para ser la gran nación del Pacífico austral y yo quería que la Argentina no fuera despojada de lo que la naturaleza le había dado para ser la gran nación del Atlántico austral (...).

(...) ¡Cuánta responsabilidad llevaba conmigo! Dentro de los seis meses siguientes debía presentar y discutir en Santiago la línea general de fronteras, pero antes debía encontrarme con el señor Barros Arana, en los primeros días de Mayo, como lo había prometido, y sabía que ese encuentro se haría en condiciones en extremos desfavorables para mí (...). A mi colega no le quedaba otro arbitrio que evitar toda discusión geográfica (...).

Si al árbitro que debía decidir las inevitables divergencias que tendríamos los peritos, se le dieran los necesarios elementos de juicio, científicos y tiempo y tranquilidad para estudiar las conveniencias de una línea divisoria que consultara los intereses de los dos países en el presente y en el futuro, la República Argentina podría esperar tranquila el fallo, porque ningún trazador de fronteras, ningún verdadero geógrafo, disentiría de mi criterio y el límite argentino-chileno sería el preconizado por la Gran Bretaña.

“Es decir, ‘el más fácil de distinguir y el más difícil de cruzar’, aquel que, sin violencias, impidiera intromisiones de un país en las actividades del otro, aquel que aproximara sin buscar confundirlos a los dos países (...).

Los argentinos debíamos, pues, esforzarnos, con la mayor capacidad de razonamiento, en probar que no sólo el *divortium aquarum continental* no podía ser el límite argentino-chileno, sino que el límite debía fijarse dentro de la Cordillera de los Andes, en forma tal que ni en el momento del fallo, ni en lustros después, pudieran producirse choques de intereses político-económicos (...).

Desde el momento en que me había dedicado a cooperar a que la República Argentina, no fuera perjudicada al resolverse definitivamente su pleito con Chile, me había propuesto que durante mi acción en ese sentido nunca se pudiera decir, con algún fondo de verdad, que había buscado tomar a Chile lo que en mi conciencia era naturalmente suyo (...).

La comprensión del medio físico relacionada con las enseñanzas de la historia encaminaba mi espíritu una vez más a la gran unidad geográfica austral, a aquella que un día haga de Buenos Aires una segunda Nueva York y a Valparaíso un San Francisco (...), y a esa unidad debía consagrarme cada vez más, por más utópica que pareciera a los espíritus miopes, no con la esperanza de verla realizada, pero si con la satis-

facción de haber contribuido a que algún día sea una realidad ‘andando los lustros o los siglos’ como me lo escribiera un ilustre chileno, deplorablemente ya olvidado, quien fue inexorable defensor de los intereses de Chile, como yo creo ser mientras viva inexorable defensor de los intereses argentinos.

Mientras tanto, para acercarse o para distanciarse más los dos pueblos (...) los dos se armaban y se preparaban para el caso de un rompimiento, sobre cuyas posibilidades había no pocos interesados en hacer creer aquende y allende los Andes, y yo estaba contribuyendo a esos pesados sacrificios, a esas desconfianzas más o menos interesadas, con mi último libro, con mi ‘empecinamiento’ en no querer proceder como procedieron los otros peritos y, con mi resolución inquebrantable de hacer lo que había prometido hacer: la demostración práctica sobre el terreno de la inanidad de la doctrina del *divortium aquarum continental* (...).

La República Argentina, por primera vez durante los cincuenta años que ya duraba ‘la cuestión con Chile’, decidía apoyarse en la espada de la justicia para sostener sus derechos y encontraba dentro de sus capacidades económicas los recursos para forjarla. Si mi acción hacía necesaria esa contribución del pueblo, mi hermano Josué, cuya memoria quiero honrar al recordarlo, quedaba en Buenos Aires gestionando con su reconocida habilidad el empréstito interno que fue el generador y propagandista más entusiasta (...).

Mi hermano Josué fue mi confidente en Buenos Aires durante toda mi actuación, en Santiago, en Londres y no pocas veces mi consejero inapreciable, y cuando voy aproximándome a los días preliminares de aquellos en que se resolverá la paz o la guerra entre las dos naciones, cuyas conveniencias, una descuidaba y otra exageraba debo recordar la gran ayuda que me diera para no fracasar en empresa tan difícil como mal comprendida.

Mucho lamento tener tanta incapacidad para expresar por escrito mucho de lo que se ignora y se ignorará pero que sin embargo debiera ser conocido, sobre los problemas que debí tener en cuenta durante aquellos meses de preocupación constante precursores del día en que se entregaron al árbitro y a la Conferencia de Buenos Aires, la que venía preparando desde 1896 para alcanzar el resultado que tuvo, la solución de las divergencias de los peritos en la forma que yo las buscaba (...).” (Moreno, 1918-1919, p. 83-88).

Encuentro de la expedición de Hatcher de la Universidad de Princeton con Moreno

Fue en ese verano de 1897-1898, tal como lo dejó registrado Hatcher (1903, p. 189, 195), que en el campamento en el que estaba su asistente Colburn, en proximidades del lago Pueyrredón se había “disfrutado de la visita del Dr. Moreno quien, con un grupo de seis hombres y unos sesenta caballos, habían acampado con él por la noche; venían del Lago Argentino y se dirigían a Chubut trabajando para la Comisión Argentina de Límites”.

Al respecto escribió Hatcher: “Había conocido al Dr. Moreno en Santa Cruz y lamenté mucho no haber estado presente en el momento de su visita. De todos los sudamericanos sin dudas es él el que conoce con más exactitud la geografía de ese continente y tiene la ventaja de haberla ganado en gran medida por experiencia directa” (...). En relación con nuestro trabajo (...) se tornó absolutamente necesario nombrar algunos de los accidentes geográficos descubiertos, especialmente en mis notas de campo, pero en la medida de lo posible, intenté evitar cualquier descripción geográfica detallada de la región, ya que en esa oportunidad tomé conciencia de la ejecución veloz del trabajo geográfico infinitamente más preciso y detallado de la Comisión Argentina de Límites a cargo del Dr. Francisco P. Moreno a quien, más que a cualquier otra persona, debemos todo lo que se conoce hoy de la geografía interior del sur de Sudamérica (...). Me complace comprobar que mis expectativas ya han sido satisfechas en la magnífica serie de volúmenes en cuarto publicados por esa comisión. Por otra parte, no solo estoy complacido de ver que los pocos nombres que yo he propuesto han sido adoptados por el Dr. Moreno, sino que estoy convencido de que fue sabio abstenerme de entrar en el terreno del geógrafo profesional, que muy fácilmente hubiera redundado en una sinonimia confusa de nombres geográficos importantes (...). Desde nuestra primera visita, gracias al equipo vigoroso y capaz de la Comisión Argentina de Límites, bajo la dirección competente del Dr. Francisco P. Moreno, gran parte de esta región ha sido explorada por completo y se han trazado mapas admirables” (Hatcher, p. 189, 195, 236, 316).

Mientras tanto el 13 de marzo de 1898 la Geological Society of London lo había designado a Moreno Miembro Honorario Correspondiente (cf. Bertolutti Flebus, 1995, p. 94).

Nafragio de Frey

En la segunda quincena del mes de abril, en el curso de las exploraciones en la Patagonia, se produjo el naufragio de Frey (cf. Fiori y Vera, 2002, p. 152-155) en el río que hoy lleva su nombre, que desagua en el lago Futalaufquen. Viajaba en “dos chatitas” construidas semanas antes en Cholila, junto con su ayudante Domingo Duhagón, de Mercedes (Corrientes), un noruego, un italiano y ocho ayudantes chilenos. Según el relato, al llegar a unos rápidos, Frey que había seguido solo con uno de los botes y tres chilenos (dos a cargo de los remos y otro del timón) fue arrastrado por unos torbellinos y arrojado de la embarcación y milagrosamente pudo llegar a la orilla. Pero el bote fue arrastrado hasta una cascada y los tres chilenos murieron. Según Frey “Las familias de estos héroes anónimos que residían en Puerto Montt (Chile) fueron socorridas y generosamente indemnizadas por el gobierno argentino”. El hecho lo recuerda hoy un letrero en el lugar que dice: “Aquí naufragó el ingeniero Emilio E. Frey. Abril de 1898”.

El conflicto con Chile se agrava, 1897-1898

Entre 1897 y 1898 las dificultades con Chile por el problema fronterizo se habían agravado (cf. Bertomeu, 1949, p- 359) y las flotas de ambos países, al borde de la guerra, se habían concentrado, la argentina en el sur y la chilena en Talcahuano. La actitud beligerante en Chile era promovida por el general alemán E. Körner (1846-1920) y el diario “La Tarde”. Mitre pidió al país dejar de lado las luchas políticas, ante las elecciones presidenciales del 10 de abril de 1898, en las cuales triunfara la fórmula J.A. Roca – N. Quirno Costa (Hardoy, 1993, p. 96). A principios de mayo Moreno fue apedreado en Santiago de Chile (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 97).

Moreno seguía insistiendo en que el problema limítrofe debía ser estudiado en el terreno, tal como quedó reflejado en la nota que el 12 de mayo de 1898 le envió a Barros Arana: “Me ha de permitir V.S. que no tome en cuenta aquí esta manifestación de su criterio en cuanto a la línea divisoria (...) No puedo, pues, discutir interpretaciones de los tratados, lo que, por otra parte, sería reabrir un debate estéril que creo conveniente dar por terminado” (Bertomeu, 1949, p. 361).

Idéntica posición en favor de estudiar detenidamente la zona de litigio y de que el árbitro llegase

a un dictamen después de estudiar el terreno, fue defendida por Moreno el 14 de mayo de 1898 en la conferencia que se realizó en el despacho del Presidente de Chile, con la presencia del canciller de ese país y el plenipotenciario argentino (Bertomeu, 1949, p. 360-361). Según Moreno (carta a J.A. Roca del 17 de mayo de 1899; cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 97): “¿Por qué tuvo lugar la reunión de la Moneda (14 de mayo de 1898), seis días después de haber sido yo apedreado? El Gobierno Chileno aperci-bía de la desventajosa posición que tenía”.

Al mismo tiempo Moreno decidió no reunirse con Barros Arana hasta que este no cumpliera sus compromisos, y regresar a Buenos Aires. Pese a que en Chile se había desatado una reacción contra él y sus procedimientos, conociendo la opinión del Presidente Errázuriz entendió que debía volver para cumplir el compromiso del 1 de mayo de 1897, firmado de mala gana por B. Arana contra el consejo de Bertrand.

Moreno comunicó su regreso a Alcorta, por más que el Embajador Piñero quería que se quedara en Santiago. Moreno se planteó la posibilidad de renunciar, pues “o procedía como quería o dejaba su puesto”, pues su resolución irrevocable fue no regresar a Chile mientras el perito chileno no le diera satisfacción por su descortesía: “Era necesario desenmascararlo ante el Gobierno de Chile y el Sr. Errázuriz facilitaba la oportunidad, de lo que yo tenía conocimiento por el Sr. Dr. Carlos Walker Martínez” [1842-1904; Ministro de Interior de Errázuriz]. (Carta a J.A. Roca del 17 de mayo de 1899; cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 97).

Consecuentemente Moreno informó a Piñero que regresaría en agosto para tratar con Barros Arana la línea general de la frontera, pues para entonces tendría estudios suficientes. Moreno entendía que Barros Arana no tendría datos entre los 46° y 51° S y que esa región se evaluaría sobre la base de los planos argentinos. Moreno no aceptó regresar antes y puso a Barros Arana en la obligación de declarar: “(...) que contra lo aseverado por él mismo y por la prensa chilena que le era adicta y que me arrojaba lodo diariamente, que no tenía los estudios necesarios para llenar cumplidamente su cometido, debilitándolo así en la opinión de su gobierno”.

Además, se opuso a presentar al árbitro los planos e informe argentinos para que resolviera qué

línea debía aceptarse. “Dije que creía imprescindible el examen del terreno por el árbitro pues ya se había rechazado un fallo arbitral por no haberse fundado con entero conocimiento del asunto”. Dijo entonces que “Felizmente prevalecieron mis opiniones”.

En síntesis, Moreno consideraba que “los Peritos deben tener atribuciones propias tantas como son sus responsabilidades. No son empleados comunes que reciben órdenes” y creía que procediendo con firmeza se tendría un resultado satisfactorio, pues: “jamás creí que Chile se atreviera a un rompimiento que pudiera acarrear la guerra” (carta a Roca del 17 de mayo de 1899; en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 98).

Regreso de Moreno a Buenos Aires y nuevo viaje a Santiago de Chile, mayo-agosto de 1898

El 20 de mayo, a la llegada de Moreno a Buenos Aires concurren a su domicilio, para testimoniarse el aprecio por el trabajo que realizaba en defensa de la integridad territorial, figuras representativas de la política, la magistratura, banca y centros científicos. En la ocasión se le obsequió una medalla acuñada especialmente a fin de señalar tal acontecimiento, la cual es conservada en el Museo Municipal “Isaac Fernández Blanco” (Ygobone, 1954, p. 286).

El 1 de agosto de 1898 Moreno informó a la Cancillería que se hallaba listo para dirigirse a Santiago a cumplir con el compromiso pericial (Bertomeu, 1949, p. 362).

Escribió Moreno (carta a Roca del 17 de mayo de 1899; en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 98) al respecto: “Al embarcarme manifesté al Sr. Presidente y al Ministro de Relaciones Exteriores y a Ud. creo, que sería posible encarrilar las cosas con el Sr. Errázuriz y con el Sr. Walker Martínez a los que sugeriría la idea de consultar en cuanto se produjeran las primeras dificultades con los jefes de los partidos políticos, haciéndoles ver las responsabilidades en que incurrirían si no prestaran su concurso a soluciones justas dentro de los tratados (...)”.

Presentación de las líneas de los peritos en Santiago de Chile, 29 de agosto de 1898

En el mismo mes de agosto, más exactamente el día 10, la Academia Americana de Política y Ciencias Sociales de Filadelfia lo designó Miembro Extranjero.

El 29 de agosto de 1898 se realizó una reunión, en la Oficina Internacional de Límites de Santiago de Chile, con el objeto de que ambos peritos presentasen el proyecto general de las líneas de fronteras que cada uno de ellos había trazado, fundando al mismo tiempo los motivos que hubiesen tenido para hacer esa demarcación. (Ygobone, 1954, p. 285).

Ninguna de las dos líneas propuestas fue aceptada en su totalidad por los peritos. No obstante, se aceptaron 303 hitos en la frontera de 2200 kilómetros. Estos 303 hitos correspondían a la línea en la que existía una correspondencia entre “*las más altas cumbres que dividen aguas*” y al “*divorcio continental de las aguas*”. En el resto de la línea, donde no hubo acuerdo, la línea argentina continuaba por el encadenamiento principal de los Andes mientras que la chilena se separaba del cordón andino y se ubicaba entre las nacientes de los ríos que fluían, por un lado, al Atlántico y por el otro al Pacífico. (Ygobone, 1954 p. 287).

Dada la divergencia de criterios entre los dos peritos, el Presidente Errázuriz y el embajador argentino en Santiago, Dr. Norberto Piñero, convinieron en que toda futura reunión de los peritos se realizaría en el Palacio de la Moneda, con asistencia de este, de su Ministro de Relaciones Exteriores y del embajador argentino en Chile. Esta propuesta no fue aceptada por Barros Arana (Ygobone, 1954, p. 288).

Según relató Moreno (en carta a J.A. Roca del 17 de mayo de 1899; en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 98), Piñero había convenido con el contralmirante J.J. Latorre, Ministro de RR.EE. de Chile, que él firmaría el acta de acuerdo con lo que quería Barros Arana, es decir sin que en ella constara la situación de las dos líneas proyectadas con respecto a la Cordillera de los Andes. Cuando Moreno, que consideraba que la aclaración de este punto resultaba indispensable, se enteró de la actitud de Piñero, dejó sentado que él no firmaría y volvió a presentar su renuncia. A resultas de lo cual se puso en evidencia una contradicción importante dentro de la delegación argentina, entre el Ministerio de RR.EE. y el Perito.

Acta de acuerdo sobre el límite en el río Bio Bio, 3 de septiembre de 1898

No obstante, el 3 de septiembre se firmó un acta de acuerdo sobre el límite en el río Bio Bio. Por este

hecho se lo culpó a Moreno de haber procedido con precipitación, al no haber apoyado el cortar ese río con la línea limítrofe.

Según Moreno (carta a Roca del 17 de mayo de 1899; en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 98) él había consultado al Ministro Alcorta y a Piñero. Escribió Moreno: “*¿Con qué posibilidades de éxito podía contar al sostener el corte de ese río, cuando me encontraba con que el Dr. Quirno Costa, Ministro y Perito, no había protestado de las resoluciones del gobierno chileno, respecto a ventas y arrendamientos de tierras en el valle superior del Bio Bio y cuando veía que el Sr. Virasoro, ya en 1893, había opinado que al Norte del grado 42 no era posible rechazar la línea de división de las aguas porque coincidía con la de los Tratados? Tuve que proceder de acuerdo a los hechos consumados: es posible que a no existir estos, hubiéramos podido obtener otras ventajas, pero en la seguridad de que sería ineficaz tratar de deshacer errores ya consagrados; creí deber formarme criterio de línea conveniente, contando las probabilidades de obtenerla y la encontré al consignar mi opinión respecto del Bio Bio.* Moreno consideraba que si con su línea se hubiera cortado el río Bio-Bio se hubieran producido levantamientos en Chile y se habrían roto las relaciones entre los dos países y que el “*éxito final justificara esta previsión*”. Sabía, por un lado, que había hombres como el Presidente Errázuriz que querían soluciones pacíficas y por otro que subsistía el problema de la Cordillera al sur del paso San Francisco y también el de la Puna que se complicaba día a día y para el cual no tenía directivas, pese a sus pedidos. El 5 de septiembre hizo un telegrama al ministro Alcorta en tal sentido.

Por otra parte, trató el tema privadamente con el Presidente Errázuriz, pues creía en su buena fe y porque “*Era el Perito; tenía a mi cargo la demarcación de ella y debía procurar obtenerla sin dificultades*” (en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 99).

Pese a ello el Ministerio había apurado a Moreno “*ante las indicaciones de Piñero*” para que “*le entregara a éste la cuestión para que procediera como quería*”, de manera tal que en septiembre se firmaron actas en las que se podrían haber “*obtenido mejores resultados*”, y así “*el Gobierno chileno (...) obtuvo ventajas que no hubiera obtenido su perito*” (carta a J.A. Roca del 17 de mayo de 1899, en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 99).

23, LANSDOWNE CRESCENT,
NOTTING HILL.

(Agosto 11/1902)

Monday.

My dear Moreno

I have just heard

I have often said that whatever
the Argentine foot gains to
the west of the Continental
water divide will be entirely
due to you - no conceivably
will not

Yours sincerely
T. Holdich

Carta de Holdich a Moreno del 11 de agosto de 1902, fragmentos, tomado de Moreno E.V., 1942, p. 10.

Agravamiento del conflicto. Arreglo privado de los Presidentes Roca-Errázuriz

La situación entre los dos países era sin embargo complicada y el 19 de septiembre de 1898 el gobierno argentino publicó un vasto plan de movilización, al tiempo que el chileno hacía lo propio (Bertomeu, 1949, p. 359).

El 22 de septiembre Moreno insistió ante Barros Arana en “(...) *que por su parte no reanudaría las reuniones mientras no se declarara expresamente que el límite que debían trazar los Peritos, para cumplir lo que estaba mandado por los Tratados vigentes, tenían que buscarlo dentro de la Cordillera de los Andes, que es el límite incommovible que separa la República Argentina de la de Chile (...)*” (Ygobone, 1954, p. 289).

Según relato de enero de 1939 de Clemente Onelli (en Bertomeu, 1949, p. 360; Ygobone, 1954, p. 290), quien en ese entonces era Secretario General de la Comisión de Límites argentina: “El General Roca y el Presidente Errázuriz, por iniciativa de Moreno, pensaron dar un corte a la cuestión Punta de Atacama, previo un arreglo privado entre ellos. El Perito vino a Buenos Aires, yo quedé en Chile, encargado de descifrar los telegramas y poner en clave las contestaciones que me indicaba el Presidente Errázuriz. Todo eso era extraoficial y personal porque faltaban pocos días para que el General Roca se hiciera cargo de la presidencia y se deseaba inaugurar una época de tranquilidad entre los dos países, enviando el presidente chileno un telegrama de saludo al argentino, proponiendo al mismo tiempo un arreglo directo de la cuestión del norte. Así se hizo y se produjo poco tiempo más tarde la entrevista histórica de los dos presidentes en el estrecho de Magallanes, la que eliminó una de las causas de fastidios peligrosos de límites y esperándose el fallo inglés sobre el resto de las cuestiones”.

Paralelamente, estas gestiones prepararon la entrevista que a principios de 1899 se produciría entre los presidentes Roca y Errázuriz (Bertomeu, 1949, p. 360).

Pero los intereses de Moreno por los límites externos del país no se agotaron con la cuestión fronteriza con Chile. También se ocupó y opinó, como se verá más abajo, de los límites con Paraguay y Bolivia en el río Pilcomayo.

Como se corroborará más abajo, fue clara la intervención de Moreno en los acuerdos con el presi-

dente de Chile, Federico Errázuriz Echaurren, y en la entrevista que este tuvo con el Presidente Julio A. Roca en el Estrecho de Magallanes. Así como la alta opinión de Moreno sobre el presidente de Chile y su actitud totalmente positiva y fraternal hacia ese país.

Aprobación del arbitraje

En un acta del 1 de octubre firmada contra la opinión de Piñero (carta de Moreno a Roca del 17 de mayo de 1899; en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 99), el perito chileno reconoció “*que la línea en su parte aceptada se encontraba situada en la Cordillera de los Andes*”.

Para ese entonces Moreno había reunido documentación y hecho traducir a Carlos Olivera algunos antecedentes, al tiempo que, al volver a Buenos Aires, consultó al ministro Alcorta sobre la documentación que se debía presentar en Londres.

Pese a ello el Ministerio, en contra de la opinión de Moreno, confió al Dr. Lamarca la traducción de los tratados y actas, y se consultaron ingenieros y otros consultores, prescindiendo por completo de la Oficina de Límites, que era la que debía hacer el trabajo, tal como como lo había hecho la chilena. De la misma manera y sin que el Perito Argentino, i.e. Moreno, lo conociera, se pidió a Virasoro un informe especial sobre los acuerdos de 1881 y 1893.

Pese a ello, Moreno entregó a Lamarca los datos que necesitaba, evitando así que dijeran que él se consideraba el único competente en el tema. Con respecto a estos procedimientos y a su viaje a Londres en 1899, escribió Moreno a J.A. Roca el 17 de mayo de 1899: “(...) *Ud. sabe mi impresión de entonces sobre los procedimientos del Dr. Alcorta y mis dudas para aceptar venir a Londres*”.

Moreno sospechaba que se dejaría de lado la argumentación estrictamente geográfica y por ello entreveía nuevas dificultades personales. Pese a ello entendía que debía seguir adelante, porque era el único argentino que conocía el terreno en las partes de la divergencia de los peritos, aunque consideraba que “*se me daba un papel secundario, inhabilitándome para servir como lo entiendo los intereses de la nación, tan comprometidos por los que complicaron cuestión tan sencilla y que yo había defendido con tanto ahínco*”.

El 11 de octubre de 1898 “*el arbitraje ya previsto fue aprobado por N. Piñero y J.J. Latorre y el 11 de*

Frontera Argentino-Chilena



BREVE RÉPLICA
À LA MEMORIA CHILENA

PRESENTADA AL TRIBUNAL NOMBRADO POR EL GOBIERNO
DE SU MAJESTAD BRITÁNICA "PARA CONSIDERAR É
INFORMAR SOBRE LAS DIFERENCIAS SUSCITADAS
RESPECTO Á LA FRONTERA ENTRE LAS
REPÚBLICAS ARGENTINA Y CHILENA "

À FIN DE

AMPLIAR LOS FUNDAMENTOS DE LA DEMANDA ARGENTINA
SOBRE QUE EL LÍMITE SE TRACE EN LA CUMBRE
DE LA CORDILLERA DE LOS ANDES
DE ACUERDO CON LOS TRATADOS DE 1881 Y 1893

LONDRES

IMPRESA PARA EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA
POR WILLIAM CLOWES É HIJOS, LIMITED

GREAT WINDMILL STREET, W.

1902

Moreno 1902, Breve réplica a la Memoria Chilena. Carátula. Biblioteca Museo Las Plata.

octubre de 1898, un día antes de asumir su sucesor, Julio A. Roca” enviado por el presidente Uriburu al Gobierno de Su Majestad Británica (Rato de Sambuccetti, 2009, p. 57).

El reconocimiento a la actuación de Moreno en todos estos hechos se haya cabalmente expresado en la nota que el Presidente de Chile le dirigió el 4 de noviembre de 1898, donde le decía: “Agradezco las congratulaciones que usted me envió en su atento telegrama de ayer y las retribuyo con particular complacencia recordando que Ud. en vista de los inconvenientes que se presentaron para lograr la deseada solución pronta y amistosa en nuestra cuestión de límites, tuvo oportunidad de expresarme que se llegaría a un completo y satisfactorio acuerdo mediante el concurso de ciudadanos de reconocido prestigio delegados al efecto por ambos pueblos. Así cesarán, como Ud. me expresa, alejamientos que nunca debieron existir entre chilenos y argentinos. Cuente Ud. siempre con el afecto de su amigo. Federico Errázuriz” (Moreno, 1917h).

El 12 de octubre de 1898 Julio A. Roca inició su segundo mandato como Presidente, bajo el lema “paz y administración”, para lo cual se rodeó de hombres públicos muy representativos.

Durante su gobierno (cf. Luna, 2001, p. 111-113; Rato de Sambuccetti, 2009, p. 39), se dictó la ley de organización de los territorios nacionales, y con sentido geopolítico se poblaron zonas hasta entonces casi desiertas. Nacieron decenas de colonias agropecuarias, se introdujeron en el país los, primeros molinos de viento metálicos, la red ferroviaria alcanzó casi 20.000 kilómetros, se extendió la red telegráfica hasta Magallanes, se sancionó el Código del Trabajo, nació la doctrina Drago contraria al cobro compulsivo de la deuda externa de los países americanos, y se vio facilitado el comercio con la declaración de los puertos libres del Sur, promovió la organización de la justicia en sus distintos fueros, la reforma de los códigos respectivos y creación de otros, como el de minería, e impulso mejoras en la capital del país a través de un intendente progresista como lo fue Torcuato de Alvear. Se fundó la ciudad de Neuquén. Las guarniciones militares se multiplicaron y la población patagónica, en quince años, se triplicó. La gestión del ministro de Guerra Pablo Ricchieri modificó la estructura de las Fuerzas Armadas, con

la introducción del servicio militar obligatorio, suprimiendo las levas y el ‘enganche’; afianzó la frontera Norte con la exploración del Chaco y el avance allí del general Victorica. Otro aspecto central de la época fue la extensión de la educación popular, obligatoria, pública y gratuita, ya promovida en su primer gobierno con la creación del Consejo Nacional de Educación con la dirección de D.F. Sarmiento y la sanción de la Ley 1420, de Educación Común, en 1884. La audaz política orientada por el ministro de Instrucción Pública, Osvaldo Magnasco, promovió la enseñanza media.

Entrevista de los Presidentes Roca y Errázuriz-1899

Como ya se vio las gestiones de Moreno ante el Presidente de Chile, Errázuriz, dieron como resultado el encuentro que los presidentes de los dos países mantuvieron a principios de 1899 en el Estrecho de Magallanes, hecho que llevó a Moreno (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 73) a decir de esa reunión: “todo el mundo sabe que es obra mía, puede ser que algún día lo reconozcan allí”.

El Presidente J.A. Roca inició su viaje para este encuentro el 20 de enero.

Roca fue en tren a Bahía Blanca con paradas en Las Flores y Azul, acompañado por el Ministro de Marina, Martín Rivadavia (1852-1904) y el de RR.EE. que se unió más tarde a la comitiva. De allí fueron a Punta Alta, donde terminaba la vía férrea y embarcaron en el acorazado General Belgrano, recién incorporado a la armada argentina, junto con sus edecanes, el Coronel Artemio Gramajo (1838-1914) y el Mayor Reybaud y un corresponsal del diario *La Nación*. El resto de la prensa se embarcó en el crucero *Patria*.

El 23 de enero, Roca llegó a Puerto Madryn y de allí por tren fue a Trelew donde lo esperaba el gobernador de Chubut Carlos O’Donnell, para visitar Gaiman y Rawson. Luego regresó a Madryn y en el Golfo Nuevo se les unió la fragata Sarmiento, recién incorporada a la armada, en la que venía el Ministro de RR.EE. Amancio Alcorta. Posteriormente siguieron viaje hasta Rada Tilly, donde estaba por llegar el telégrafo. A fin de enero llegaron a Santa Cruz, donde Roca visitó algunas estancias y a Río Gallegos, y paró en la casa del gobernador. Continuaron por el

Canal de Beagle y Ushuaia, donde visitó la cárcel y la Estancia Harberton de los hijos de Thomas Bridges. Pasaron por los canales fueguinos hasta llegar, el 15 de febrero, a Punta Arenas, en el estrecho de Magallanes.

De esta manera los marinos argentinos hicieron alarde de su habilidad profesional, pues en lugar de llegar a Punta Arenas, desde el Atlántico, por el Estrecho de Magallanes, lo hicieron pasando por entre las islas ubicadas al oeste del Canal Beagle (Armando Braun, *Pequeña Historia Magallánica I*, pág. 187.

Emecé), donde se reunieron con la fragata *Sarmiento*, y el transporte *Villarino*, y varias naves chilenas, el crucero acorazado O'Higgins, los cruceros livianos Errázuriz y Zenteno y el transporte Angamos. El Presidente Errázuriz estaba acompañado por los ministros de RR.EE. Ventura Blanco Viel, el de Guerra y Marina, Carlos Concha Subercasseaux y el de Justicia e Instrucción Pública, Carlos Palacios Zapata, y por el ex Presidente Jorge Montt (Ygobone, 1954, p. 290; Rato de Sambuccetti, 2009, p. 74).



Llegada de Moreno (sentado a la der.) a Buenos Aires con T. Holdich (sentado a la izq.), 26 de diciembre de 1902. *Caras y Caretas* No. 222, del 3 de enero de 1903.

Una falúa de gala, que conducía al General Vergara y al Capitán de Navío Señoret, se desprendió del O'Higgins y se dirigió al Belgrano a llevar al Presidente Roca los saludos del Presidente Errázuriz. En seguida, el Presidente argentino se trasladó al O'Higgins, acompañado, entre otros, de los Ministros de Relaciones, señor Alcorta, y de Marina, Comodoro Rivadavia. Sobre la cubierta del barco chileno esperaban el Presidente Errázuriz y sus acompañantes, vestidos de etiqueta. Al pisar la nave los ilustres visitantes, ventiún cañonazos atronaron los aires y toda la tripulación prorrumpió en vivas a la Argentina.

El General Roca ascendió al crucero O'Higgins, con el telón de fondo de una salva de ventiún cañonazos, y se confundió en un abrazo con Errázuriz, luego de lo cual ambos presidentes mantuvieron a solas una conversación de veinte minutos. Luego de estar en el O'Higgins, Roca y sus acompañantes se retiraron y Errázuriz y su comitiva se trasladaron al Belgrano para retribuir la visita. Posteriormente los presidentes se trasladaron a Punta Arenas donde siguieron las conversaciones.

El 16 de febrero Errázuriz ofreció un banquete a Roca y al brindar, entre otros conceptos, dijo: "Este acto de cordialidad internacional es la consagración de los sentimientos afectuosos que han mantenido la paz entre Chile y Argentina noventa años. Es también la expresión fiel de nuestros deseos sinceros de mantenerla inalterable" (...) "la paz es un don de la Divina Providencia".

Roca por su parte, respondió: "Como revelación de los poderosos vínculos que nos estrecha y de los vehementes anhelos de paz que nos son comunes, exterioriza y expone ante el mundo entero este mismo acto que Chile y la Argentina tienen la conciencia clara de sus destinos paralelos y de su importantísima y doble misión: interior y externa" (...) "La paz es (...) un don de la Divina Providencia, pero también es un supremo deber moral y práctico para las naciones que tenemos el deber de gobernar" (Ygobone, 1954, p. 291; Fraga, 1999; Rato de Sambuccetti, 2009, p. 74).

En estas entrevistas se solucionó el problema de la Puna de Atacama y se preparó el terreno para la firma de los Pactos de Mayo de 1902 (Bertomeu, 1949, p. 360; Ygobone, 1954, p. 290-291; Rato de Sambuccetti, 2009, p. 74).

El sábado 18 de febrero de 1899, por la mañana, las flotas de las dos comitivas se separaron y la nave chilena Zenteno acompañó a las argentinas hasta Buenos Aires, al tiempo que la fragata Sarmiento escoltó a las chilenas hasta Valparaíso. Elogiosos conceptos sobre este encuentro fueron publicados en el diario La Nación, por Roberto J. Payo, quien participó en el viaje por invitación de Roca (Rato de Sambuccetti, 2009, p.74-75).

Este viaje le permitió al Presidente Roca corroborar la información que le había dado Moreno, tal como se reflejó en una carta que le envió el 28 de marzo de 1899 (en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 78), donde le escribió: "Durante el viaje a los territorios del sur, he tenido ocasión de comprobar las riquezas y fuentes de recursos con que aquellas cuentan, y de que Ud. me había dado extensos y minuciosos datos anteriormente".

Un año después, Moreno hizo una propuesta para inmortalizar el encuentro del 15 de febrero de 1899 entre los presidentes de Argentina, J. A. Roca, y de Chile, F. Errázuriz Echaurren, en el estrecho de Magallanes.

Escribió Moreno (carta al presidente J. A. Roca del 2 de junio de 1899; AGN, Archivo J. A. Roca, Leg. 1315; Moreno, 1942, p. 211-214; Bertomeu, 1949, p. 372-373; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 125-127): "*Acabo de estar con nuestro amigo De Martino. Lo encontré pintando la última tela de la epopeya de Trafalgar (...). He quedado verdaderamente impresionado con esa tela maravillosa y conversando con el eximio artista, hemos recordado la entrevista del estrecho. Yo creo que esa entrevista será verdaderamente histórica, encarna una gran reacción y el principio de una era que me parece necesario que se perpetúe. Si (...) me enviara fotografías de los buques argentinos y la colocación que tenían en el momento en que se encontraron los dos acorazados y sus acompañantes y algunos detalles que juzgara conveniente, De Martino haría un bosquejo. En vista de este bosquejo el Gobierno decidiría la ejecución de la tela. Si la idea le parece a Ud. aceptable, le pido quiera decírmelo (...). Por mi parte creo que es conveniente por muchas razones perpetuar en esa forma ese hecho, al que todavía no se le ha reconocido todo el alcance que tiene*".

Años después, durante la gestión de Ezequiel Bustillo (1968, p. 247) como Director de Parques Nacio-

nales, se proyectó reconstruir en el Museo Regional Francisco P. Moreno, a ser inaugurado en San Carlos de Bariloche, la *boiserie* de la cabina del comandante del crucero General Belgrano, que estaba por ser desmantelado, sin que ello se llegara a concretar.

El acuerdo sobre la Puna, 24 de marzo de 1899

Las gestiones de Moreno y sus argumentos terminaron por convencer al presidente chileno Erráz-

zuriz sobre la conveniencia de llegar a un acuerdo directo en la cuestión de la Puna de Atacama. William Buchanan, embajador norteamericano en la Argentina, ofició como árbitro definitivo, dividiendo la zona en siete partes y adjudicando cinco a la Argentina y dos a Chile el 24 de marzo de 1899. En la primavera de 1898 se suscribieron las actas para trazar la línea divisoria entre los paralelos 23° y 26° (Luna, 2001, p. 105).

Capítulo 18

GESTIONES SOBRE LÍMITES DE MORENO EN LONDRES

En diciembre de 1899, el Presidente J.A. Roca decidió enviar a Moreno a Londres, llevando documentos legalizados para ser entregados al embajador Florencio Domínguez, a quien le comunicó: “El señor Moreno se pondrá a las órdenes de SS y le dará todas las informaciones que fueran necesarias”.

Esto resultó, en un principio, del agrado de Domínguez por considerar que, como Moreno tenía un buen conocimiento de los problemas a ser tratados, podría atender las consultas del árbitro y de las comisiones que este nombrase (Rato de Sambuccetti, 2009, p. 66). Durante la ausencia de Moreno, fue designado Perito Interino el Ingeniero Zacarías Sánchez (1852-1949) (Bertomeu, 1949, p. 371).

La representatividad de Moreno en Londres con respecto a este tema era ampliamente reconocida, especialmente en la Patagonia. Testimonio de ello es una carta que el 9 de diciembre de 1898 le envió desde Rawson el colono galés John Murray Thomas. En ella le pedía ayuda en un problema sobre la venta o entrega de tierras en el valle 16 de Octubre a personas influyentes de Buenos Aires y le reconocía una indiscutible competencia en la defensa de los intereses argentinos en el conflicto con Chile. Escribió Thomas (en Fiori y Vera, 2002, p. 118-119): “Espero que el señor Moreno estará consistente con sus obras en lo pasado, defendiendo el derecho que se pretende pisar (...). Estimaría que Ud. haga algo en este sentido antes de su partida para la Gran Bretaña. Felicito en el alma que ha sido Ud. nombrado para atender allí en la cuestión de límites con Chile,

porque según mi opinión, ningún otro en nuestra República está en las condiciones de Ud. para poder llevar a una conclusión honorable para el país, el asunto en cuestión”.

Según Fiori y Vera (2002, p. 118) Thomas y Moreno mantuvieron en esa época una profusa correspondencia además de la excelente relación que mantuvo Moreno con los pobladores de la zona. Entre ellos se hallaba Martin Underwood a quien Moreno conoció en 1898 cuando estaba preparando los argumentos para presentar al Tribunal arbitral. La relación perduró hasta enero de 1919, año del fallecimiento de Moreno, cuando Underwood le pidió ayuda por problemas de inseguridad en la zona. Según Fiori y Vera (2002, p. 120), la amistad y admiración de Underwood por Moreno hizo que, a uno de sus hijos, nacido en 1905, lo llamara Francisco Moreno Underwood.

Moreno llegó a Londres el 15 de enero de 1899, donde los esperaban los tres hermanos Domínguez y Sergio García Uriburu. Uno de sus primeros recorridos lo hizo por Cecil Strand y Regent Street (Rato de Sambuccetti, 2009, p. 70). Se alojó en el Cecil Strand Hotel, construido en estilo renacentista entre 1890 y 1896, entre el “Thames Embankment” y “The Strand”, en el centro de Londres. Tenía más de 800 habitaciones y era el más grande de Europa.

El 16 de enero, visitó el Banco de Londres, la Legación, el British Museum y a la Familia Domínguez.

El 17 de enero, se dedicó a escribir un trabajo corto sobre un trozo de piel del Mylodon del Seno de

la Última Esperanza, que había traído con él. Dejó el trabajo en la Sociedad Zoológica, almorzó en la legación y a las 3 PM acompañó a Domínguez al *Foreign Office*, donde fueron recibidos por el Subsecretario de Relaciones Exteriores y Moreno pudo confirmar sus suposiciones de que el Gobierno Británico estaba a favor de “un arreglo directo”.

El 19 de enero, Moreno visitó la Sociedad Geográfica, donde escuchó críticas al hecho de que se habían aprobado actas y demarcaciones sin planos que las sustentasen. Fue bien recibido, lo invitaron a comidas y reuniones y a dar conferencias y llegó a la conclusión de que concordaban con sus opiniones sobre los aspectos geográficos del límite. Según informó al Presidente Roca en la misma fecha, comenzó a preparar dos conferencias, una sobre descubrimientos en la Cordillera de los Andes, relacionados con los derechos argentinos, y otra sobre la geología de la misma.

En los días siguientes, mientras esperaba instrucciones del gobierno, visitó a Thomas Holdich en la Real Sociedad Geográfica, fue a París a entrevistarse con Pellegrini, y tuvo oportunidad de ver la ópera *Carmen* de Bizet, e ir al cine y a un espectáculo con elefantes. También visitó las universidades de Cambridge y Oxford, al tiempo que trató de perfeccionar su inglés “*para las conferencias y discusiones científicas*”.

El 26 de enero, Moreno (en Rato de Sambucetti, 1988, p. 81) escribió a Roca y a Alcorta informando haber estado en París con Pellegrini y haber almorzado con el Secretario de la Sociedad de Geografía [Sir John Scott Keltie, Secretario de la Royal Geographic Society] “*quien concordó con la postura argentina*” y “*ante las pruebas, dijo que la razón estaba de su parte y que de la misma manera pensarían los miembros del tribunal*”.

Informó además haber sido nombrado miembro honorario de la Sociedad Real de Ciencias “*para lo que fue importante su cargo de Director del Museo de La Plata*”. Mencionó también: “*Pasé horas con el personal del Museo Británico, con los 22 cajones con objetos que traje, el interés de los naturalistas ha sido grande*” y añadía que se leería una memoria sobre los objetos que había llevado en una reunión oficial del Consejo y naturalistas del Museo; que había sido invitado a tomar el té en la Sociedad Real de Lon-

dres y que iría a su reunión mensual y que Pellegrini le había aconsejado consultar a Lapparent y le había dado una carta suya para Church, de la Sociedad Geográfica de Londres.

Por otra parte, señaló que quizás el Cuerpo Diplomático no estuviese satisfecho de que un enviado por el tema de los límites se ocupase de hacer trascender al Museo de La Plata, pero que eso también era parte de su trabajo.

Evidentemente Pellegrini, como se verá, tuvo una importante participación en todas estas tratativas. Así el 27 de febrero le escribiría a Roca (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 82) diciendo que, en su opinión, la comisión nombrada por la reina era muy recomendable y haciéndole saber que había escrito un artículo en inglés explicando la cuestión y defendiendo los derechos argentinos, el cual en lo geográfico fue corregido por Moreno y poco después insistiría en que este debía consultar a Lapparent, quien consideraba que el límite debía ser la cordillera y no el *divortium aquarum*.

Moreno y la educación de sus hijos en Londres

Moreno había viajado a Londres con sus cuatro hijos, Francisco (Panchito), Juana María, Eduardo (Yayo) y Florencio (Floro) (Rato de Sambucetti, 2009, p. 185-187). En un principio alquiló una casa cerca de Kensington Park, en 16 Kensington Palace Gardens, London W., para que los chicos pudieran jugar en los jardines. También recibió en Londres la visita de sus suegros, el matrimonio Varela, así como su hermana Juanita y su sobrina Josefina (Finita).

Sus hijos, Juana María y Florencio (Floro), necesitaban gobernantas, sobre todo Floro, que requería especiales cuidados, según el diagnóstico de médicos consultados en París, adonde llevó a sus hijos por pocos días a ver a sus abuelos maternos. Floro fallecería a los once años de edad, cuando su padre está demarcando la frontera con Holdich.

Moreno era muy exigente en cuestiones de estudio, sobre todo con Panchito, que era el que menos importancia daba al estudio. Quería que todos hablasen inglés en la casa para que pudiesen dominar el idioma. Cuando el trabajo lo absorbió demasiado, y los parientes que lo acompañaban regresaron a la Argentina, Moreno colocó a sus hijos mayores en el colegio Clayesmore, y a su hija, en una escuela cer-

cana. Florencio, el menor, que cumplió los 9 años en Londres, concurría a un kindergarten.

Moreno le comentaba a su hermano: *“No creas que busco aislar a mis hijos: lo que busco es educarlos como lo entiendo; fuertes de cuerpo y de espíritu, pero siempre dentro de los vínculos de la familia que son los que hacen agradable la vida”*.

“Clayesmore School” era una escuela independiente, fundada por Alexander Devine en 1896 en Enfield, Middlesex (parte del actual Londres) [en la actualidad y desde 1933 está ubicada en la villa de Iwerne Minster, Dorset]. Moreno pagaba término medio 30£ por período escolar, es decir 90£ al año, por cada uno de sus hijos, sin contar los extras.

Según la nieta de Moreno (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 125), su padre Eduardo Moreno contaba que el colegio era igual al que se muestra en la película *“Adiós Mister Chips”* (filmada en 1939).

Respecto a la hija, que cumpliría los doce años en Londres, a Moreno le preocupaba que no se criase pensando en superficialidades, por ello decía *“no quiero que se incline a la frivolidad (...)”*.

Al no tener personal argentino, Moreno contrató gobernantas inglesas. Como estas imponían sus gustos en comidas y rutina hogareña, todo se hacía difícil pues sus hijos, que se veían repentinamente trasplantados a un país extraño, debían lidiar con otras costumbres y un idioma nuevo. La situación se vio complicada pues, debido a algunos robos, se vio obligado a cambiar frecuentemente de personal. Contaba Moreno que una de las gobernantas, muy católica, no permitía que se comiera pescado y carne en una misma comida y tampoco que los proveedores, almacenero, panadero, carnicero, fueran protestantes, con lo que se complicaba el aprovisionamiento.

Sobre el colegio Clayesmore, Moreno le escribió al ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, O. Magnasco, el 14 de junio de 1900 (publicada por el periódico El Diario en su edición del 21 de julio de 1900; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 124-125), desde su residencia en 74 Portland Place, al tiempo que le enviaba, como complemento, un prospecto del colegio: *“Mis hijos están contentísimos allí y por mi parte solo deseo que mi país tenga algún día escuelas como estas que no son costosas como instalación ni como mantenimiento, Buenos Aires y*

otras ciudades tienen quintas amplias y chacras que podrían usarse para ese objeto. En Clayesmore solo hay 33 niños y (...) su simpático director, que está a su entera disposición para atender cualquier clase de datos que Ud. necesite, me dice que no considera que estas escuelas deban ser más extensas, pues es imposible conocer el carácter y las inclinaciones a un mayor número de niños. Se trata de educar y no de regimentar. Cuando entre nosotros, la iniciativa privada resuelva que la educación media y superior debe ser costeadada por los pudientes como sucede aquí, estos colegios se desarrollarán con éxito, pero mientras el Estado sea el Gran Protector y un hijo de A o de B, millonarios, se eduquen sin erogación, no saldremos del medio actual.” (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 124-125).

A Moreno le agradaba la educación inglesa porque consideraba que formaba hombres prácticos y de carácter, que tan necesarios eran en la Argentina.

Al respecto escribió: *“Mientras no sea reconocida por los padres la necesidad de reformar la educación, en el sentido de hacer de los hijos hombres prácticos, no adelantaremos nada con tener buenos profesores que se encontrarán atados por las influencias caseras (...)”*.

Qué diferencia con estas gentes. Aquí es todo práctico, cada uno busca su camino y da placer mirar a las criaturas, tan criaturas en sus placeres, pero tan hombres en sus deberes (...) patrocinando todo lo que importa prosperidad”. Como contraste señalaba que en la Argentina todo *“(...) salvo honrosas excepciones, seguirá siendo lujo, banquetes, bailes”* (en Rato de Sambuccetti, 1988, p. 185-187).

Por eso pensaba, a su regreso, dejar a sus hijos mayores en Londres para que desarrollen todo su potencial al infiltrarse en ellos lo que les faltaba: *“carácter y energía”*. Así Panchito quedaría en Londres bajo la tutela de Mr. Bradley, que combatía las inclinaciones perjudiciales de su carácter y esperaba hacer de él un buen discípulo.

Pero, toda su esperanza estaba puesta en “Yayo”, que en su opinión tenía condiciones excepcionales y de quien no dudaba que bien encaminado llegaría a ser un ingeniero de valer. De Floro decía que prometía más de lo que de él se esperaba y a Juana María la veía decidida a hacer su educación en Londres. De ella decía: *“práctica la chiquilina, buena, cariñosa, sencilla y sin otras pretensiones que las de estudiar”*.

Pero durante su estadía, la salud les ocasionó problemas: Juana María y Floro debieron ser operados de pólipos en los oídos y él tuvo problemas de hígado y de corazón, y en ocasiones estados febriles de hasta 40,5° de temperatura.

Pese a todo ello, Moreno le escribía a su hermano afirmando que no descansaría hasta terminar con la memoria que estaba preparando. Moreno estaba tan concentrado en su trabajo sobre los problemas limítrofes, y la memoria que redactaba, que solamente le interesaba todo lo relativo a la frontera, el laudo y los integrantes del tribunal y gente vinculada, a quienes quería convencer de sus teorías.

Todo lo demás pasaba a segundo plano, incluyendo el cuidado de su salud y el de sus propios hijos, a los que, según escribía, no podía acompañar todo lo que hubiera querido. Según ha hecho notar Rato de Sambucetti (2009, p. 189) en su correspondencia no existen referencias a la muerte de la reina Victoria, ocurrida el 22 de enero de 1901, ni a otros hechos importantes que en esa época preocupaban a Europa.

Actividades de Moreno en Londres en relación con el arbitraje.

Conflicto de competencias en la representación argentina

A principios de febrero de 1899, Moreno se enteró, por Onelli, de que el gobierno enviaría a Londres, como asesor legal, a Manuel Augusto (Maneco) Montes de Oca, hecho sobre el cual el embajador Domínguez no tenía información y que Moreno atribuyó a un manejo poco claro del Ministro Alcorta. Este hecho lo molestó, pues entendió que disminuía su representación ante el *Foreign Office*.

Estos hechos y otros detalles de la estadía de Moreno en Londres, con especial referencia a los problemas relacionados con el arbitraje, fueron claramente reflejados en las cartas que Moreno escribió, entre 1899 y 1902, a su hermano Josué (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 68 y siguientes) y en ellas fueron relatadas sus diferencias con el ministro Alcorta, sus relaciones conflictivas con el asesor legal, Montes de Oca, y el deterioro de sus vínculos con el embajador Domínguez, todo lo cual lo llevó a un virtual aislamiento. Cuando necesitaba ayuda, le escribía al presidente Roca quien lo apoyaba de manera incondicional.

Moreno (en carta a J.A. Roca del 17 de mayo de 1899; en Rato de Sambucetti, 2009, p. 100) había ido a Londres sin un mandato oficial definido “*completamente a oscuras de lo que pensaba el Gobierno*” y supo allí que había ido “*porque [Roca] lo había resuelto contra la opinión del Dr. Alcorta*”.

Moreno se molestó además ante el gasto de importantes sumas en traducciones, algunas de las cuales Moreno consideraba innecesarias, o por el traslado a Santiago de Chile de un funcionario para llevar copias del Protocolo de 1893, mientras que a él se le negaron pedidos para gastos por trabajos extraordinarios de empleados de la oficina de límites en Santiago como Delachaux, Onelli, García y Victorica.

A fines de febrero, Moreno fue a Bruselas para entrevistarse con su amigo Eliseo Reclus, importante geógrafo francés, miembro anarquista de la Primera Internacional, creador de la geografía social, y con innumerables trabajos sobre geografía humana y geografía económica, quien según Moreno se manifestó a favor de la línea argentina. Luego volvió a Londres y después fue a Escocia (Rato de Sambucetti, 2009, p. 82).

El 1 de marzo se llevó a cabo un congreso de notables argentino-chilenos, que finalizó en un fracaso (Ygobone, 1954, p. 292).

El 10 de marzo la Sociedad Geográfica Comercial de París le otorgó a Moreno la medalla Creveaux (Bertolutti Flebus, 1995, p. 95).

Vuelto de París, donde fue muy bien tratado en la Sorbona, alquiló dos habitaciones para poder trabajar tranquilo, alejado de la Legación, donde lo dejaban de lado, se reunían a puerta cerrada, y no lo recibían. En esa oficina trabajó febrilmente diez y más horas por día para terminar la memoria. Por otra parte, sufría de un insomnio pertinaz, aunque no bebía ni café ni vino, y no era raro que le escribiera a su hermano a altas horas de la noche.

El 30 de marzo, Moreno le volvió a escribir a Roca insistiendo en lo que le había escrito el 3 del mismo mes, en el sentido de que Chile no trataba de lograr el conocimiento geográfico, sino que intentaba discutir sobre papeles para así sacar ventajas. Remarcaba que Holdich y los miembros de la Sociedad Geográfica, a la que pertenecía, eran favorables a establecer el límite en la cresta de la cadena principal cortando los ríos que nacían al este de esta y que todos criticaban

el Protocolo de 1893 por establecer la línea divisoria de las aguas como una de las condiciones geográficas de la demarcación y consideraban que la pretensión chilena de llevar el límite fuera de la cordillera no era atendible pues “*el árbitro no puede tomar puntos que no estén mencionados en los tratados*”. Moreno insistía en que Chile no quería que la Comisión inglesa fuese al terreno. Reiteraba que “*tenemos ganada la cuestión y saldremos perfectamente bien, si no lo complicamos con nuevas discusiones de títulos (...)*”. Decía que el representante chileno Bertrand trataba de impresionar con la necesidad que tenía Chile de tener territorios cultivables, pero consideraba que los expertos ingleses eran sumamente competentes y que sería ridículo esperar impresionarlos.

Informó además sobre una reunión de *trustees* en el Museo Británico, presidida por el Príncipe de Gales, en la que se habló de las donaciones del Museo de La Plata y de la cooperación para un mejor conocimiento de la región austral. En la ocasión, Moreno les dijo que, si se hiciera una expedición al Polo Sur, Roca los auxiliaría como había ayudado a la expedición del navío *Bélgica*, y que algún buque argentino se estacionaría en las islas Shetland para socorrerlos en caso de necesidad.

Resaltó, además, que “*(...) no conviene al país hacer uso de vivezas ni de argucias de pleitista. Debemos tener lo que nos corresponde y nada más*”.

Durante el mes de abril, creció el descontento de Moreno, evidenciado en las cartas a su hermano del 7, 13 y 20 de ese mes (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 84-88), por los manejos que se estaba haciendo, por parte de los restantes representantes argentinos, manejos de los cuales él se consideraba excluido de liberadamente.

Moreno estaba también molesto por ser titulado de “consejero” pues él *se consideraba perito no consejero*, al tiempo que entendía que, si el gobierno por medio de los demás representantes se iba a ocupar de dirigir todo, el debería apartarse para no cargar “*con errores de otros*”.

A esto se sumó el hecho de que debió suponer que Montes de Oca traía instrucciones del gobierno, las que hasta ese momento el embajador Domínguez no tenía, por lo que para actuar debía consultar permanentemente a Buenos Aires, i.e. al ministro Amancio Alcorta (Rato de Sambucetti, 2009, p. 83).

Estos hechos le recordaron la situación que tuvo que vivir durante su estadía en Santiago de Chile, cuando –en su opinión– si entonces hubiera escuchado únicamente al embajador Piñero se hubiese producido un conflicto y posiblemente se hubiera llegado a la guerra, razón por la cual tuvo que actuar directamente. Esto le había valido, según le informó Onelli, que en Buenos Aires se considerase que se había tomado atribuciones que no tenía, pese a lo cual entendió que había hecho bien, tal como luego confirmaron los hechos posteriores.

En medio de una situación que consideraba negativa solo lo entusiasmó la decisión de la Sociedad de Geografía, “*la más alta autoridad geográfica del mundo*”, de publicar su mapa completo de la Argentina, el cual recibió opiniones favorables de hombres como Reclus y Sharp Hume. Este último, que le había sido presentado por Victorino de la Plaza, también consideraba, según decía, que no podía haber una frontera como la pretendida por Chile.

Otro hecho que le produjo enojo pues entraba en colisión con la tesis que venía defendiendo fue que “*(...) en el ejemplar del Censo*” que le enviaron “*publicación oficial y de primera importancia*” se afirmaba que “*el límite con Chile se encuentra en el divortium aquarum (sic acuarum) de la Cordillera de Los Andes*”. En su opinión eso produciría complicaciones y escribió al respecto: “*¡(...) si no encuentro el libro en el Consulado Argentino y lo examino, nadie lo hubiera observado! ¿Qué resulta ahora? ¡El Gobierno Argentino contra su Perito!*”.

Este error trascendió a la prensa y pese a que se adujo que la parte geográfica no fue redactada por Moreno, que como este se hallaba ausente, el error era responsabilidad de quienes lo reemplazaron. Para Moreno esto constituyó un hecho censurable por más que no tuviese fuerza de prueba pues no había sido publicado con el visto bueno del gobierno.

Moreno había entendido (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 84) que el embajador Domínguez entregaría los documentos debidamente traducidos y que él debía ir a contestar las preguntas que se hicieran, y que luego seguiría un estudio de la dos líneas propuestas y la inspección en el terreno. Sin embargo, como el gobierno inglés había pedido una exposición oral, parecía que la Argentina tendría que hacer un alegato, con lo cual se volvería a pleitear. En su visión,

todo ello fue el resultado de las gestiones del embajador chileno Gana, ayudado por el nombramiento de Montes de Oca como asesor legal argentino.

Por otra parte, Moreno se enteró de que, sin consultarlo, se había presentado una nota al *Foreign Office* a la que se adjuntó sin su aprobación, un folleto de la Comisión de Límites, redactado por Virasoro. A raíz de este hecho, Moreno elevó una protesta ante el Presidente Roca, pero este le contestó que no le diese importancia al hecho.

En definitiva, Moreno entendió que pese a que la cuestión geográfica ya estaba ganada, todo indicaba que se entraría en alegatos legales. Razón por la cual decidió renunciar.

Renuncia de Moreno como Perito

El 13 de abril de 1899, Moreno presentó la renuncia a su cargo al ministro Alcorta, por entender que este había tomado resoluciones que consideraba “*incompatibles con su decoro y contrarias a los procedimientos que según su entender debían dar por resultado la favorable decisión del árbitro*”. Por todo ello, “*desgraciadamente estoy convencido que no existe en V.E. la confianza que necesito para proceder con tranquilidad, viendo deprimir mis atribuciones y mi decoro*”.

El 17 de abril, cuando Roca se enteró de la renuncia de Moreno “al puesto confiado a su ilustración y patriotismo”, consideró que tal actitud se había debido a un “exceso de susceptibilidad” ante el libro de Virasoro, con el que, en su opinión, solamente se había tratado de ayudar en la cuestión. Así Roca le señaló a Moreno: “Creo que Ud. no puede en manera alguna encontrar en tal acto, ninguna causa para considerarse rozado siquiera, en la independencia y atribuciones inherentes a su misión”.

En opinión de Roca tampoco el haber aceptado el Gobierno hacer una exposición ante el árbitro, por invitación de este, constituía una razón “para que Ud. renuncie a su puesto de Perito, cuando Ud. mismo no quiso llevar ningún carácter ni mandato especial a Londres, como Ud. recordará”, y agregaba “No tiene pues motivo, para abandonar su puesto de combate frente al enemigo, porque semejante abandono no ha de ser bien apreciado por la opinión de su país”. Y firmaba: “Su afmo. amigo”.

Esta carta seguramente hizo cambiar de opinión a Moreno, de manera tal que, poco después al viajar

a París para entrevistarse con Pellegrini, quien le ratificó que todo estaba arreglado, y le mostró el texto del telegrama que recibió Domínguez en el que se le decía: “Comunique V.E. al Sr. Perito Francisco P. Moreno que el gobierno no puede aceptar su renuncia, desde que mantiene su esperanza en el desempeño de sus funciones como Perito”.

Esta misiva del Presidente Roca fue contestada por Moreno mediante una extensa carta del 17 de mayo de 1899, en la cual se explicaron muchos de los sucesos de esos días y las razones que lo motivaron. Escribió Moreno:

“Mi apreciado general y amigo: (...) a pesar de que a estas horas habrá conocido Ud. el texto de mi renuncia (...) mucho quiero que se desvanezca en su espíritu, la mala impresión que le ha dejado esa renuncia, la que veo no fue transmitida en sus términos. No se trata, general, de susceptibilidades mal entendidas, ni ha existido precipitación en mi resolución. Ud. sabe que no es esta la primera vez que la he manifestado (...). Ya en 1897 (...) la comuniqué al Dr. Alcorta, cuando me sentí deprimido mi carácter de perito por procedimientos del Ministerio, que no estaban de acuerdo con la altura del puesto que desempeño y con las responsabilidades que tiene, y creo que cualquier otro en mi caso hubiera procedido lo mismo. Es gran defecto nuestro, que nos ha perjudicado siempre impidiéndonos alcanzar ya la posición que nos corresponde, por nuestro suelo privilegiado, entre las naciones, que las camaraderías de familia, de colegio, de carrera, prevalezcan en general y coloquen en orden secundario el interés de la nación (...).

Creo que cuando existen sinceros propósitos para servir al país, para contribuir a hacerlo grande, hay que seguir la línea recta evitando inflexiones que aparten del buen camino y que puedan llevar a sendas opuestas. Desde 1873 me hallo entregado en cuerpo y alma a servir a mi país, principalmente en esta cuestión con Chile, sin preocuparme del juicio extraño, sin mirar otras conveniencias que las del bien común, sacrificando intereses personales hasta los más legítimos, fuerte en la honradez de mis propósitos, molesto a veces al ver el giro errado que los hombres de gobierno daban a algunos puntos de esa cuestión, pero procurando siempre encontrar la forma de contrarrestar los resultados de esos errores, en el momento en que pudieran encontrar eco mis opiniones. Mis decepcio-

nes empezaron temprano en este asunto. Cuando se discutía, se argumentaba en el vacío, y a nadie se le ocurría conocer el terreno disputado (...).

Ud. me dice, general, que con mi renuncia deserto de mi puesto frente al enemigo. Nunca tuvo más enemigos al frente el país, en los últimos treinta años, que los que tenía en el momento en que desarrollaba yo mi plan y jamás tuve flaquezas (...). En ese momento casi encarnaba la nación entera, y por más grandes que fueran las responsabilidades, las afronté directamente. Si llega el caso, que no deseo que llegue, de verme obligado a publicar algún día las dificultades con que he tropezado para llevar adelante mi plan, se verá que, si hubiera procedido en la forma en que se me indicaba, hubiéramos ido derecho a un descalabro (...).

Desde que no podía negarme a servir, me pareció mejor para el país y para mí, venir a Londres sin carácter ni mandato oficial, primero porque no veía cuál sería mi posición (...) y segundo porque en caso de que se produjeran hechos que afectaran mi decoro como perito, o se tomaran resoluciones contrarias a mis convicciones, podría dejar mi cargo sin ruido. Desgraciadamente mis temores, que usted consideraba infundados, se realizaron, vine a Londres completamente a oscuras de lo que pensaba el Gobierno y supe aquí, que había venido porque Ud. lo había resuelto contra la opinión del Dr. Alcorta, lo que explicaba ciertos actos que me habían sorprendido (...).

“Llegó aquí el Dr. Montes de Oca y se abrieron los cajones que le había entregado la oficina de límites (...) resultando contener el folleto del Dr. Virasoro, del que el Sr. Domínguez me envió un ejemplar. Del perito argentino que había trabajado sin cesar, sin pretensiones de ningún género, que creía que había cumplido con su deber y que merecía alguna consideración por parte del Ministerio, se prescindía completamente. Ni una sola comunicación en contestación a las suyas; ni la menor indicación sobre las ideas del Gobierno respecto a la cuestión sometida al árbitro; ni la menor consulta sobre sus opiniones. En suma, un ‘cero a la izquierda’, mientras no llegara el momento de ser ‘cabeza de turco’ (...).

Como no tenía posición oficial aquí la solución estaba indicada. Sin la confianza del Ministerio, que veía no tenía, no podía continuar siendo perito, pero como no deseaba perjudicar en lo más mínimo al país al renunciar a mi puesto, ofrecí al ministro argentino

mis servicios desinteresados, como particular, y proporcionarle, lo mismo que a su asesor letrado, los datos geográficos que yo tuviera, durante la tramitación del asunto ante el árbitro, para lo cual me quedaría en Londres mientras fuera necesario. Fundé mi renuncia en los actos del Ministerio que me mostraban que no contaba ya con su confianza y que no creía conveniente para nuestros intereses la forma de exposición que se proyectaba ante el árbitro. Estoy muy cerca de los que tienen aquí entre manos la resolución que nos dará el triunfo o la derrota, según nos desenvolvamos; conozco la impresión de duda que existe ante la ambigüedad de los tratados y los errores que contienen, dudas y errores que solo podríamos desvanecer con la discusión estrictamente geográfica, y como tengo las más grandes responsabilidades, tengo derecho a declinarlas cuando se resuelve proceder en forma contraria a mis convicciones. Vuelvo a repetir que no desertaba frente al enemigo, general. Sabe Ud. bien que no he eludido nunca sacrificios (...). He aguantado mil desaires oficiales. He servido sin el menor interés al Gobierno desde 1876 hasta 1896, sin haber tenido ni siquiera como única compensación, un simple acuse de recibo de trabajos que me costaban no pocas penurias y desvelos. Como perito, he aguantado, durante dos años, hechos que no creo los hubiera soportado otro y he callado creyendo serían pasajeros, pero habiéndose repetido cada vez con más frecuencia, he creído deber ponerles un término. No he querido elevar quejas deseando evitar a Ud. disgustos, y (...) estas líneas son completamente privadas, dirigidas solo al amigo (...).

“El telegrama del Dr. Alcorta al Sr. Domínguez no me satisfizo: dejaba las cosas como estaban e insistí en la renuncia. El Dr. Pellegrini impuesto por el Dr. Montes de Oca de lo que pasaba, me llamó a París y acudí inmediatamente. Le expuse el caso con la franqueza necesaria; la ambigüedad de mi posición; las dificultades con que tropezaba, la creencia que tenía de que no podía continuar como perito en tales condiciones, y mi impresión respecto al camino a seguir con el árbitro, completamente contraria a una exposición oral de la cuestión como la que iba a hacer Chile. El Dr. Pellegrini juzgó mi situación con su justo y claro criterio y como consecuencia de la conversación redactó los lineamientos generales de la contestación al tribunal y envió un telegrama al Dr. Alcorta respecto a mi renuncia. Si se aceptaba por el Gobierno los tér-

minos de dicha contestación y del telegrama, por mi parte no tendría inconveniente en continuar prestando servicios como perito mientras fueran atendidas mis indicaciones.

El Dr. Alcorta telegrafió de acuerdo al Sr. Domínguez y así permanezco en mi puesto. Antes de recibir esta Ud. habrá leído la exposición hecha, la que creo merecerá su aprobación. Se han considerado las divergencias y señalado la base de la discusión para en adelante en la forma que yo quería (...): 'El límite está en la Cordillera de los Andes. Para los dos países no había, cuando se tramitaba la negociación de 1881, ningún límite mejor que las crestas impracticables de la cordillera que constituían una frontera segura. Con el conocimiento geográfico que se tenía entonces de la cordillera, se consideraba que la división de las aguas era inseparable en ellas de su cresta y por esta razón se localizó el límite en la forma consignada en el artículo 1.º del tratado, a pesar de que se sabía en los dos países de que la cordillera estaba cortada por ríos, que tenían fuentes al oriente de ella'.

Contando el comité asesor con dos ingenieros militares, era ventajoso para nosotros decirles desde ya que los dos países buscaban una frontera segura. Mis actas de agosto y septiembre de 1898 contienen la definición exacta del límite pactado y tratan la cuestión de esta forma, evitando discutir interpretaciones del tratado que llevarían la confusión al espíritu del árbitro, mientras que los hechos geográficos son claros, el trazado de acuerdo con ellos de una frontera aconsejada por el buen sentido, facilísimo (...). La lectura de la exposición chilena ha justificado mis temores; es el memorial de B. Arana ampliado hábilmente para impresionar al tribunal y la contestación que le hemos dado nos habilita a rebatirla con éxito seguro en la parte principal, en cuanto a hechos geográficos (...). Nuestra exposición (...) nos habilita para ilustrar al tribunal sobre los (...) puntos siguientes: sin entrar por ahora en discusiones:

1. Qué se entendía por 'Cordillera de los Andes' entre 1875 y 1881, y cuál era el límite que fijó el tratado en vista de ese conocimiento. 2. Por qué se consignó en ese tratado que 'la línea fronteriza pasara por las vertientes que se desprenden a un lado y a otro' de las cumbres elevadas de dichas cordilleras que dividen las aguas 3. Exposición geográfica del terreno en que se han producido las divergencias entre los pe-

ritos (...).”En vista de la pobreza, en esa parte, de la argumentación de Chile, lo que indica que no tiene completa confianza en que le sea favorable el conocimiento del suelo”.

En esta larga carta que he creído necesaria, dejo expuesta a grandes rasgos, mi acción como particular y como perito en esta cuestión para mostrar a Ud. que al presentar mi renuncia el 13 del pasado he sido consecuente con propósitos manifestados muchas veces desde años atrás. La nación me tiene completamente a su servicio, siempre que pueda prestarlo con entera libertad de criterio, y no creo, General, que merezca crítica, el que me elimine cuando no me siento acompañado. No tengo pretensiones de ninguna especie ni envidias, ni pretendo ser el único preparado para el cargo que tengo. No hostilizo a nadie, pero tampoco debo dejar de precaverme cuando una debilidad mía puede acarrear responsabilidades por hechos a los que soy ajeno. Si el país tiene confianza en mi acción, trataré de merecerla cada vez más. No incurriré nunca en debilidades que pueden perjudicarlo. No soy susceptible en demasía, pero soy inflexible cuando me creo en el buen camino. Al expresarme con tan ruda franqueza, creo dar a Ud. una prueba de la honradez de mi carácter y de mi reconocimiento. Sé que he tenido su confianza desde tiempo atrás y que es ajeno a las dificultades apuntadas que motivaron mi resolución”. (Moreno, 1899h; AR Leg. 1315).

En esta carta quedaron claramente expresados muchas de los principios y creencias de Moreno. En primer lugar, su decidida actitud en favor de consensuar diferencias con Chile, un país del que se sentía amigo y que llegó a considerar como una unidad con el propio. Por otro lado, tal como lo señaló Rato de Sambucetti (2009, p. 92), Moreno pensaba que un defecto de los argentinos que los había perjudicado siempre, impidiéndoles alcanzar la posición que les correspondía entre las naciones, había sido permitir “que las camaraderías de familia, de colegio, de carreras prevalezcan en general y coloquen en orden secundario el interés de la Nación”.

Moreno se sintió dejado de lado por quienes, perteneciendo a su misma clase social -incluso Montes de Oca estaba emparentado con él-, privilegiaban las solidaridades y simpatías consolidadas en las aulas universitarias y en el ejercicio de sus profesiones.

A diferencia de ellos Moreno, por elección, nunca asumió ni en este ni en otros casos, la mirada ni las posiciones de la élite porteña, por más que su padre perteneciera a ella. Por el contrario, Moreno siempre tuvo una visión diferente, claramente evidenciada en su defensa de los desposeídos, de la niñez indefensa y de los aborígenes, que consideró debían ser integrados a la nación argentina.

Probablemente, como también lo ha señalado Rato de Sambucetti (2009, p. 92), se trataba de dos universos diferentes, difíciles de compatibilizar y de entenderse: el de Moreno, constituido por técnicos, científicos y aborígenes de todo el país, y una vida sacrificada y trashumante.

Curiosamente ello hizo que fuera criticado por no responder a los intereses de los grupos dirigentes de su época, constituidos por gente de su misma clase social, y que años después lo fuera por su supuesta pertenencia a esa misma clase.

La presentación al tribunal arbitral

La presentación argentina fue coordinada por Pellegrini (Rato de Sambucetti, 2009, p. 86, 88), mediador entre Moreno por un lado y Montes de Oca y Domínguez por otro.

Montes de Oca, como asesor letrado, confiaba en la letra de los tratados y desconfiaba de la redacción que Moreno pudiera efectuar. Este por su parte trataba de llevar la discusión a la geografía del terreno.

Pellegrini, como Roca, respaldaba a Moreno, pero comprendía que la parte legal, por los antecedentes de los tratados, también era importante. Finalmente informó que el embajador “Domínguez concurrirá al juicio con ambos y leerá una breve exposición, sosteniendo como base fundamental del tratado la cordillera, pidiendo proceder en consecuencia, previa inspección del terreno a fin de rechazar un límite en línea fuera de cordillera, debiendo discutirse detalles después de la inspección. Presentará al Tribunal al Perito y Asesor y los pondrá a disposición para informar al Tribunal”.

En ese acto se entregó la documentación convenida, dejando al gobierno de Su Majestad Británica en completa libertad para formar su juicio, al que se agradeció por haber aceptado hacerse cargo del arbitraje.

La presentación argentina narraba la historia del conflicto a partir de la presencia de Chile en el

Estrecho de Magallanes y se sostenía que el límite debía ubicarse en la Cordillera de los Andes. Se historiaba que, en 1881, Chile reconocía el límite de la Cordillera y que la Argentina había entregado parte de Tierra del Fuego y el Estrecho, que se había declarado neutral.

Se explicaba, por redacción de Moreno, que en 1881 se creía que las más altas cumbres de la cordillera concordaban con la divisoria de aguas, hecho que, según comprobación posterior, no ocurre en toda su extensión. No obstante, la línea propuesta por el perito argentino respondía a “*los propósitos y objetivos*” originales, mientras que la línea propuesta por el perito chileno abarcaba regiones que, “*siendo continuación no interrumpida del territorio argentino, al oriente de la línea de las nieves y los hielos, presenta graves dificultades de acceso desde occidente*”, con zonas “*totalmente cerradas por los hielos y los torrentes*”. En definitiva, la Argentina consideraba “*que todo lo que sea sacar la frontera de la Cordillera de los Andes es abiertamente violatorio de los tratados*”.

Se explicaba que por esto la Argentina fundó fuertes, campos de labranza y aduanas en el lago Lácar, al este de los Andes, aunque sus aguas corrían al Pacífico, hechos que Chile consintió sin protesta desde 1883 a 1898. También se mencionaba que en 1893 Chile ocupó el Valle de los Patos, llevando su línea divisoria por una cadena cortada por el mismo río.

En definitiva, se ratificaba que: “*La República Argentina sostiene que la divisoria de aguas del Tratado es la de la cresta principal de los Andes, que es la más elevada, la más continuada, con dirección general más uniforme, y sus laderas cubren mayor cantidad de agua, línea que puede cortar los ríos que con sus fuentes en ramales laterales o en las pampas patagónicas, atraviesan la cordillera para dirigirse a occidente. El límite no puede abandonar la cadena principal, para seguir los caprichosos serpenteos del divorcio continental*”.

Se citaba el artículo 2 del Protocolo de 1893, en el que se disponía que la República Argentina mantenía su dominio y soberanía sobre el territorio que se extendía al oriente del encadenamiento principal de la Cordillera de los Andes hasta el Atlántico, así como Chile conservaba el territorio occidental hasta las costas del Pacífico.

Se señalaba que si bien el Perito chileno creía que el encadenamiento principal constituía una línea no interrumpida que separaba las hoyas hidrográficas tributarias del Atlántico y el Pacífico, el argentino consideraba que la geografía mostraba que no existía una línea no interrumpida de cumbres que dividían los ríos que se dirigían al Atlántico y al Pacífico.

Dado que se había otorgado preeminencia a los hechos geográficos, en el Protocolo del 17 de abril de 1896 se había dispuesto el arbitraje de Su Majestad Británica, “*previo estudio del terreno*” y que el 28 de septiembre de 1898 hicieron constar los puntos en que había coincidencia y aquellos en los que se planteaban discrepancias. De acuerdo con ello, el perito argentino sostenía que la línea chilena en una parte no quedaba en el encadenamiento principal, sino en cadenas laterales y en otra parte estaba fuera de la Cordillera, mientras que el perito chileno decía, a su vez, que su línea estaba toda en el encadenamiento principal de la Cordillera.

Se insistió en el hecho de que las diferencias estaban en la valoración de un hecho geográfico, que debía ser previo a cualquier otra consideración.

El Embajador de Chile en Londres, Andrés Gana, consideró que era mejor una exposición escrita, con lo que Moreno estuvo de acuerdo. Los argentinos dieron opción a Chile para comenzar.

Primera sesión del Tribunal Arbitral, 8 – 11 de mayo de 1899

Entre el 8 y el 11 de mayo de 1899 se llevó a cabo una sesión del Tribunal Arbitral y comparecieron por primera vez los representantes de Chile: Domingo Gana (embajador plenipotenciario), Alejandro Bertrand (perito) y Víctor Eastman (secretario), a la que posteriormente se agregaron, en octubre, Hans Steffen y en abril de 1900, el diplomático Máximo Lira, y de Argentina: Florencio Domínguez (embajador plenipotenciario), F.P. Moreno (perito), Manuel A. Montes de Oca (representante legal) y V.J. Domínguez (secretario).

La estadía de Steffen en Londres no habría sido placentera. Según su propio relato (cf. Fiori y Vera, 2002, p. 105): “Encontré en la misma sociedad (Geográfica) una atmósfera de desconfianza y casi podría decirse, cierta hostilidad contra hombres y cosas que tenían relación con Chile. No se debe olvidar que el

Presidente de ella Sir Clement Markham era el mismo que en sus publicaciones sobre la llamada “guerra del salitre” entre Chile y Perú fue el defensor del Perú y quien criticó los excesos chilenos al ocupar el país enemigo con duras palabras ante todo el mundo (...). Era de suponer que la actividad anti-chilena de Moreno no encontraría de esta parte una resistencia muy notable”. Según Steffen (en Fiori y Vera, 2002, p. 72) la tensión existente en Londres entre las delegaciones de los dos países “tuvo su origen en la propaganda más y más amarga, y ajena a toda consideración, que precedió, y que Moreno y sus agentes, preferentemente en Londres, pero también en París e indirectamente también en Alemania, desarrollaron contra todo lo chileno”.

Las exposiciones al Tribunal se hicieron en el siguiente orden (Fiori y Vera, 2002, p. 72): 1, Exposición preliminar de Chile; 2, Réplica de Argentina; 3, Exposición de Argentina; 4, Exposición de Chile; 5, Breve réplica de Argentina; 6, Algunas observaciones de Chile.

Bertrand hizo una exposición sobre la base de un texto de Barros Arana y fragmentos de algunos documentos traducidos por Víctor Eastman al inglés. Insistió en la justicia de su causa y el apoyarse para su defensa “en los tratados vigentes y en los principios del derecho internacional y de la ciencia geográfica”. Sostuvo que había una intensa campaña periodística en su contra y se quejó de una intensa campaña desarrollada por Moreno en todos los medios geográficos de Londres para defender su tesis y desprestigiar la chilena.

Después de la larga memoria preparada por Chile, hubo una breve respuesta por Argentina, en la que Domínguez, en una exposición de media hora de duración, presentó al Perito y al asesor legal, a quienes puso a disposición del Tribunal, dejó para más adelante rebatir las apreciaciones chilenas a las que consideró en abierta contradicción con los convenios y rechazó y sostuvo que “toda explicación de detalle era prematura, como lo era toda cuestión de principios, mientras el árbitro no hubiera estudiado primeramente el terreno” (Rato de Sambuccetti, 2009, p. 90).

El 6 de mayo el representante chileno Domingo Gana informó a su gobierno que su colega argentino F. Domínguez le había comentado que el Tribunal

debía limitarse a examinar el material y tratados existentes y designar una comisión para el estudio en el terreno y que por lo tanto la delegación argentina, el 11 de mayo, no presentaría ninguna memoria especial, sino que solamente recordaría los tratados y convenios sobre los cuales se basaba su gobierno (Fiori y Vera, 2002, p. 70).

Según Steffen (1936, p. 242-252) "(...) el Tribunal Arbitral (...) se constituyó alrededor de febrero de 1899 (...) el 8, 9 y 11 de mayo se celebraron tres sesiones en el Foreign Office, en las cuales se leyeron una larga memoria preparada por Chile, y la contestación muy corta de la Argentina (...). Las explicaciones de la delegación argentina (...) eran bastante pobres y no respondieron en ninguna forma a la enorme obra de información geográfica que Moreno había acumulado desde 1896 (...). Dentro del seno de la delegación argentina, deben haber existido (...) diferencias de opinión acerca de la táctica más conveniente de procedimiento (...)".

Steffen (Fiori y Vera, 2002, p. 70) atribuyó esto a la posible existencia de diferencias de criterio dentro de la delegación argentina, dado que:

Según Steffen (1936, p. 242-253) "Después de las sesiones de 8 al 11 de mayo, Moreno parece que impuso su propósito de presentar por parte de la Argentina un material muy superior al chileno, tanto por su volumen como por su presentación exterior, para el estudio de la cuestión de límites, sobre todo en sus relaciones geográficas, agregando valiosos mapas y proyecciones (...). La acentuación más fuerte de los elementos geográficos en los problemas de límites, que se obtuvo especialmente por Moreno (...) dio oportunidad a los representantes argentinos para desarrollar en Londres, con todos los medios disponibles, una propaganda sumamente eficaz en pro de los intereses de su país (...)". "Según se decía, llegó a esa resolución por influjo de la intervención personal del ministro de relaciones exteriores, Amancio Alcorta, quien en aquel momento residía en Londres".

Es probable sin embargo que la estrategia de Moreno basada en el énfasis en los hechos geográficos haya sido más apropiada que la desarrollada por Barros Arana, basada en el análisis de los tratados y dejando de lado evidencias geográficas que estaban en su conocimiento. Así se desprende de manifes-

taciones posteriores de Alejandro Bertrand (par de Moreno ante el Tribunal Arbitral de 1902), fechadas en París el 15 de junio de 1916 y publicadas en el diario El Mercurio del 14 de agosto de 1916 (en Fiore y Vera, 2002, p. 125) quien escribió: "La existencia misma de (...) documentos probatorios de que el gobierno de Chile conocía, o debía conocer, la verdadera configuración orográfica e hidrográfica de la Patagonia occidental, cuando se firmó el tratado de límites, fue explotada hábilmente por el competente, cuanto diligente y patriota perito argentino, doctor Moreno, en la redacción de su exposición ante el tribunal arbitral de Londres; como lo fue también la reserva en que el gobierno de Chile había mantenido el informe y los planos de la región del Lácar del capitán Fernández Vial en 1886. Los que se tomen el trabajo de hojear el 'Alegato Chileno', en esa cuestión podrán darse cuenta de cuánto se dificultó por esto la defensa de Chile, para los que estábamos encargados de formularla. Prueba concluyente, si fuera necesaria, de que la política de ignorancia sistemática, en cualquier forma que se ejerza repercute en contra de los que la originan".

Conferencia de Moreno en la Royal Geographical Society, 29 de mayo de 1899.

El 29 de mayo de 1899, en la Sociedad Geográfica, Moreno expuso fotografías y dio una conferencia, que fue leída por el mayor Darwin, hijo de Carlos y hombre de ciencia (Fiori y Vera, 2002, p. 95). Se expusieron 65 proyecciones y al llegar al río Fénix se suspendió la exhibición con una vista de la Cordillera que domina el lago Buenos Aires (en Fiori y Vera, 2002, p. 117). En la ocasión también dio una conferencia el Dr. J.W. Gregory. Estuvieron presentes el perito chileno Bertrand y muchos argentinos, como Guerrero, el Dr. Abel Pardo, Torromé, Uriburu, los Domínguez y Montes de Oca, a quien Moreno hizo invitar a la comida que siguió al acto.

Según le contó Moreno en carta a su hermano Josué: "*El panorama del Nahuel Huapi que tú conoces, fue de un efecto maravilloso (...), la última figura que fue de indígenas la mostré al terminar la parte técnica*".

La conferencia, publicada en *The Geographical Journal* (edición de septiembre-octubre de 1899), de importante extensión, fue presentada por el presi-

dente de la Real Sociedad de Geografía quien destacó la presencia del “gran geógrafo y geólogo Don Francisco Moreno, quien nos habla de sus descubrimientos, ilustrados con gran número de mapas y fotografías”.

Moreno cerró la conferencia diciendo “*La ciencia ganará con estas investigaciones, la industria y el comercio verán allí sus frutos, y por qué no decirlo, también mi país, que está hoy día ocupado en enmendar errores del pasado, se beneficiará también, cuando hombres imparciales, acostumbrados a la observación y a expresar sus opiniones sobre la naturaleza del suelo, y lo que puede esperarse obtener de él, convenientemente explotado. Me parece que las investigaciones realizados de esta manera redundarán en resultados prácticos, en todo sentido de la palabra*”.

Hubo un diálogo posterior a la conferencia, en el cual Domínguez, que habló primero, agradeció y tuvo una larga intervención en la que no mencionó a Moreno.

Siguió el Dr. Woodward que agradeció a Moreno los objetos traídos y aseguró que quienes visitaron el Museo de La Plata, Lydekker, Arthur Smith, Oldfield Thomas y otros, incluyéndose, eran testigos del enorme trabajo allí realizado y del que se podía juzgar realizando un análisis geológico de la conferencia escuchada. A continuación, el Dr. Gregory destacó: 1) la posible conexión de la Patagonia con la Antártida; 2) las posibles relaciones de la fauna y la flora patagónica con las de Australia y El Cabo y 3) la posible inestabilidad geológica de la Patagonia, que parecía haber causado cambios en tiempos recientes.

Al finalizar, el Presidente de la Sociedad agradeció a Moreno su valioso trabajo y expresó que no dudaba del futuro de la región descrita. Manifestó además que la ciencia tenía una deuda de gratitud con Moreno por la creación del Museo de La Plata, por su dedicada labor de tantos años y por las hermosas vistas que les había mostrado.

Comentó al respecto la historiadora Rato de Sambucetti (2009, p. 109): “Como podemos apreciar, todos los grandes geógrafos ingleses le dieron su espaldarazo, menos el representante diplomático de su país que se limitó a agradecer a Inglaterra por haberlo auspiciado. Sus palabras (...) me convencieron de que, cuando Moreno habla de la malque-

rencia que existía a su respecto, no lo dice por ser quisquilloso e intransigente”.

Steffen, por su parte, en su obra “Recuerdos del Tribunal Arbitral, 1936” escribió: “El perito Moreno supo atraerse simpatías, como era de esperar, en el centro de la actividad geográfica de Londres, es decir, en la Real Sociedad Geográfica –de la que Holdich era Vicepresidente –, inmediatamente después de su llegada a la capital británica. De acuerdo con su prestigio de explorador y director del Museo de La Plata, fue saludado solemnemente en la sesión de la Sociedad celebrada el 29 de mayo de 1899, y recibido cariñosamente por su presidente, Sir Clemente R. Markham, como rara vez ocurre tratándose de no ingleses que hablaban allá de sus viajes y exploraciones”. Según Steffen, Moreno exhibió “un cierto número de espléndidas proyecciones tomadas por sus ingenieros y funcionarios”. En la conferencia, Moreno puso énfasis en su propuesta para que la Sociedad Geográfica, el Museo Británico y otras prestigiosas instituciones científicas de Londres, junto con la Argentina, emprendieran investigaciones sistemáticas sobre numerosos problemas científicos que restaban resolver por entonces en la Patagonia y a los que Moreno se encargó de subrayar ante su auditorio.

Según Steffen, la estrategia de Moreno despertó en la Sociedad Geográfica cierta animosidad respecto de Chile. “El interés hacia la Argentina, hacia los servicios destacados de su Perito y finalmente hacia la cuestión de límites que tenía que sostener contra un mal vecino, se despertó. Chile, aun cuando no siempre se decía abiertamente, ante los ojos del público inglés, hizo el papel de peleador y perturbador de la paz”. Escribió Steffen “Era muy cómodo para Moreno inventar ciertos términos, para facilitar la comprensión de esta materia complicada, palabras que fueron repetidas por todos aquellos que no tenían tiempo o ganas de ocuparse más detenidamente de la materia. Por este motivo, Moreno sugirió a la gente la opinión de que estas querellas fronterizas eran un asunto netamente geográfico, en el cual importaba encontrar, para la limitación de los estados, una línea de cumbres o altas cadenas, convenientes para los dos países, que corresponde como *main chain* a las estipulaciones del tratado de límites. No se habló ni una sola palabra de que ya se había fijado expresamente, en los tratados, el princi-

pio de demarcación geográfica, del *divortium aquarum*, ni de que, cuando se hizo cuestión de él, fue tratado como una locura del Perito Chileno, Barros Arana, al cual se atenía, como el que esto describe, con toda razón” (Steffen, 1936, p. 242-252; Fiore y Vera, 2002, p. 124).

Con respecto a esta misma conferencia, escribió Moreno (1942, p. 212-214; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 125-127) al Presidente Roca el 2 de junio, al informarle detalles de la misma: *“Necesitamos hacer conocer el país en todo sentido. No tenemos aún el puesto que nos corresponde como nación americana y es un deber nuestro tratar de conseguirlo” (...)* *“Nos faltan elementos de comparación y no los buscamos. Hablamos de aridez, de desiertos, de dificultades para las comunicaciones, etc., etc., y no averiguamos si países que tenían regiones de peores condiciones, las han modificado radicalmente engrandeciéndose con ello” (...)*. *“Creo no ser visionario al profetizar una población nutrida en las provincias del interior, pobres hoy de agua, el día en que aprovechemos las torrenciales de estación y obtengamos que se exploten sus minas riquísimas. En cuanto a los territorios patagónicos, allí pueden hacerse maravillas”.*

También destacó que en el final de esta conferencia propuso que las Sociedades Científicas de Inglaterra enviasen hombres de estudio para investigar algunos de los problemas mencionados en ella. Y señaló que consideraba que esto sería beneficioso para los proyectos de la administración de Roca. Recordaba que el Gobierno había ayudado eficazmente expediciones científicas, pero que ninguna había tenido la importancia de la que él proponía y con la que Roca seguramente cooperaría con elementos tales como *“facilidades de transporte y recomendaciones eficaces para que no tengan dificultades esos hombres abnegados”.* En una nota al pie, le informó a Roca que la Sociedad Real le acababa de pedir que exponga *“las fotografías grandes que den mejor idea de lo que es la Patagonia”* en la reunión pública anual del 2 de junio, para lo cual podría disponer de c. 500 pies cuadrados.

El 1 de junio telegrafió a Roca a Confluencia y recordó haber cruzado desde Flores, cabeza de ferrocarril, hasta Nahuel Huapi. En relación con estos recuerdos de estos *“(…) lugares que (...) eran un desierto (...)”* y que han sido abiertos a la civilización,

Moreno planteaba *“aprovechar los años que faltan para el primer centenario y pensar entonces éste con la grandeza que merece”* (Rato de Sambuccetti, 2009, p. 110 a 112). Moreno estaba seguro de que sus condiciones naturales colocaban a esa zona entre las privilegiadas de la Tierra, por lo cual *“si sabemos hacerla conocer y aprovecharla formando al mismo tiempo la raza fuerte que le corresponde sustentar, los que lleguen hasta esa fecha podrán decir que han aprovechado bien la vida”.*

Moreno consideraba que Roca tenía *“(…) la visión de ese porvenir (...)”* y aunque *“tropiezos no faltarán dado la composición de nuestro medio actual; dura tarea (...) tendría (...) para corregir defectos arraigados, para hacer comprender el valor de las intenciones, la practicabilidad de reformas sociales y políticas, para agrupar hombres que tengan igualdad de propósitos e ideales (...)”.* Entendía Moreno que a Roca lo acompañaban *“(…) en el Gobierno algunas activas energías (...) lo que es escasísimo entre nosotros (...)”* y que por ello el porvenir le era *“risueño, por más que muchas veces, necesidades de oposición, acentúen el pesimismo enfermizo de que padecen no pocos de nuestros compatriotas”.*

El 2 de junio, Moreno se trasladó en el vapor Clyde a Oporto y Lisboa, con el objeto de buscar a su hermana, hijos y sobrinos que llegaban en el Danube. Antes de partir habló con Pellegrini, quien regresaba al país el 15 de julio, y le mostró los planos y fotografías del trabajo que estaba realizando para presentar al Tribunal Arbitral. Pellegrini le expresó su satisfacción y aprobación por la solución que proponía (Rato de Sambuccetti, 2009, p. 109, 185).

Similitudes con la cuestión de límites en Alaska

El 5 de junio, en ocasión de la comida anual de la Sociedad Real de Geografía, Moreno (en carta a J.A. Roca del 8 de junio de 1899; Moreno, 1899; AGN, Archivo J. A. Roca, Leg. 1315) tuvo la *“oportunidad de hablar con el embajador norteamericano (...) sobre la cuestión de Alaska y la nuestra, lo mismo que con el Honorable Sir Brodrick, y la impresión que me han dejado esas conversaciones es que ya que la cuestión de la frontera en Alaska se resolverá por ‘mutuas concesiones’ en la nuestra se procurará obtener el asentimiento de los dos gobiernos para terminarla en la misma forma. Ud. conoce mi opinión sobre el límite*

probable y por si llega el caso que preveo preparo los datos que formarán nuestra exposición geográfica en tal forma que no debemos tener temor de un fracaso. Conozco opiniones muy favorables de algunas personas bien colocadas y no creo que las modificarán (...).

Mucho le ruego que disponga que me envíen ejemplares de todo lo que se publique sobre administración, educación, justicia, obras públicas y colonias. Me piden datos constantemente [y] sería agradable difundir lo que se hace en la República. Ud. sabe que no tengo ambiciones de ningún género y en la seguridad de que Ud. lo cree así, es que lo molesto, no llamándome al hacerlo otro propósito que el de contribuir a que nuestro país sea más conocido y apreciado”.

El 21 de junio en el contexto de la reunión pública anual de la Real Sociedad de Geografía, Moreno expuso, en un espacio de c. 46 metros cuadrados, fotografías de la Patagonia con el objeto de ilustrar sus características (Moreno, 1942, p. 214).

Redacción de la memoria de la Argentina

Para su trabajo sobre los límites y para difundir el país, Moreno pidió reiteradamente información al Ministerio de RR.EE., pero no solamente no la recibía, sino que después la encontraba incorporada en los borradores de los textos preparados por el asesor legal Montes de Oca. Todo ello lo llevó a sospechar de manejos poco claros de este último. (Rato de Sambucetti, 2009, p. 109)

En esta tarea de difusión, Moreno llegó incluso a adquirir y regalar varios ejemplares de la obra de Ch. Wiener publicada en 1899, titulada “La République Argentine”, además de divulgar noticias favorables a la Argentina. Comentaba también la noticia del cambio de armamentos por ferrocarriles que fue recibida favorablemente en todos los círculos, al igual que el aprovechamiento de los territorios del sur y las obras de irrigación proyectadas en el interior de la República.

Para fines de julio, Moreno (Rato de Sambucetti, 2009, p. 109) expresaba su indignación por el hecho de que Steffen se atribuía ciertos descubrimientos geográficos, razón por la cual trató de publicar una nota en la Argentina, haciendo uso de los buenos oficios de Emilio Mitre y de Clemente Onelli. Tanto en esta ocasión, como en otras, Moreno recurriría a Onelli para difundir en la Argentina

información que consideraba útil para sus gestiones sobre los límites.

Moreno pidió tiempo adicional al tribunal arbitral, a fin de poder elaborar una exposición más detallada y se le concedió; la exposición fue planeada para agosto, pero, como hasta octubre habría receso, se dejó para este último mes. Pero en octubre no se pudo hacer debido a la guerra en Transvaal y la movilización de tropas en las que uno de los jurados, el Mayor Ardagh, estaba involucrado.

Durante la segunda mitad del año, Moreno continuó trabajando intensamente en la memoria que debía presentar y lidiando con los problemas que tenía con los restantes representantes del país en Londres, especialmente con el asesor legal Montes de Oca.

En cartas a su hermano Josué en el mes de agosto (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 112-114) Moreno dejó en claro la desconfianza que sentía hacia el asesor legal, especialmente luego de leer un telegrama publicado en el diario *La Prensa* de Buenos Aires, y ampliado por *Tribuna*, sobre la existencia de desacuerdos entre ambos.

Moreno pensaba que Montes de Oca había aceptado su plan de acción, pero cambió de parecer por la publicación de este artículo, que consideró de su autoría y cuya difusión atribuyó al “entourage” de Alcorta. De esta manera, Montes de Oca seguía promoviendo alegatos propios de abogados, que en la opinión de Moreno eran los que habían complicado todos los casos de límites en el mundo, y creía que aislando a Moreno lograría sus propósitos. El problema que se le presentaba, en opinión de Moreno era, por un lado, que el embajador Domínguez no estaba dispuesto a aceptar responsabilidades de ninguna especie, por mínimas que fuesen, y por otro que Moreno no se apartaba del camino que creía conveniente. Por ello debió cambiar de táctica y hacer ver que las diferencias se debían al “carácter imposible” de Moreno.

Moreno siguió adelante y escribió: “*Yo espero el juicio final y cuento con que algún día se me hará justicia (...). Yo trabajo todo el día sin cesar, tengo toda la carga, y no sólo debo ocuparme de mi parte sino también de la de Maneco*”.

Moreno se sentía hostigado pero no podía dejar que “*cargue otro con el fardo porque se pondría todo en peligro*” y trabajaba a tiempo completo. Ya había

redactado los antecedentes y estaba preparando los datos del terreno al tiempo que esperaba los que le debían enviar las comisiones. Pero algunos miembros de las mismas, despedidos por economía, pese a su opinión en contrario, le habían informado que les resultaba imposible enviarle los datos que esperaba.

A esta altura, Moreno estaba agotado por sus diez horas de trabajo diarias, revisando multitud de documentos diferentes, miles de fotografías mal distribuidas, impresiones, etc., y al transmitir a su hermano su agotamiento, escribió: “*¡Estoy solo, completamente solo, para todo esto!*”. Pero estaba seguro de lo que hacía y no encontraba ni un solo documento que lo contradijese. Por ello, sacando fuerzas de flaqueza decía: “*Yo no aflojaré*”.

Divergencias de Moreno con Montes de Oca

La situación continuó de la misma manera en los meses siguientes. Moreno siguió con su idea de que Montes de Oca había venido a tomar su lugar, todo lo cual era confirmado por publicaciones hechas en Buenos Aires donde era atacado, al igual que lo era el gobierno británico. Moreno consideraba vergonzoso que los intereses argentinos fueran puestos en juego de manera equivocada en situaciones de ese tipo. Consecuente con su apreciación de que la presentación argentina iba a incluir alegatos e interpretaciones de tratados de tipo jurídico sobre la base de “El Tratado de 1881 [que] se hizo sin criterio geográfico ni hidrográfico”, y que si se dijera con honradez toda la verdad “cambiarían las cosas” aceptó que la memoria argentina fuese dividida en dos partes, donde él se ocuparía de la parte geográfica. Y pese a que no recibió toda la información que necesitaba, los datos que incluía eran fidedignos y comprobables.

Escribió Moreno al respecto: “*quiero que la mía sea contundente, la de Maneco [Montes de Oca] es pura palabrería, algo literario*”. Quería en definitiva que se distinguiesen las dos partes y que no le achacasen páginas que calificaba de escolares, por más que estuviesen dirigidas a maestros eminentes.

Continuó redactando con entusiasmo, pero volvió a chocar con Montes de Oca, quien quería hacer resaltar lo hecho por Quirno Costa y Virasoro, todo lo cual él consideraba desfavorable para su propósito. Por otro lado, creía que lo correcto era desligar al gobierno chileno de sus propios errores para que por

fin la paz se pudiera alcanzar. Llevaba escritas casi 800 hojas, y le escribía a su hermano: “*Ya verás la tarea que me he tomado. Creo que nunca se ha escrito nada más convincente*” (...). “*Estoy deshecho. Esto no es vida y no creo poder mandar mucho más. En cuanto a lo de Maneco no sé cómo quedará*”.

Para fines de octubre, un nuevo disgusto le hizo presentar otra vez su renuncia (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 114-115). Se había enterado de lo que consideró, “*una nueva canallada de Alcorta*”. En la Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores no se mencionaba su intervención en la exposición ante el árbitro. Por ello le escribió a su hermano para pedirle que Onelli hiciese publicar en *El Diario* una noticia, como recibida por algún viajero, diciendo que, puesto que se prescindía de él, consideraba que estaba de más en Londres y dejaba su puesto. Todo esto mostraba que Moreno no exageraba las cosas; la animadversión hacia él y el propósito de apartarlo de la causa eran una constante del Ministerio. Moreno por su parte pensaba que detrás de todo esto había cuestiones políticas, pues se había enterado que se promovía la futura candidatura de Alcorta-Virasoro al terminar Roca su mandato.

Moreno fue a la Legación y planteó que “*el no hacer constar que acudió al Tribunal como perito, mostraba que no estaban de acuerdo con sus ideas*”; que éstas no concordaban con las de Montes de Oca y que él no estaba dispuesto a que otros intervinieran en lo que era de su incumbencia. De esta manera, el embajador Domínguez se enfrentó a un problema.

Como consecuencia, Montes de Oca manifestó a Alcorta que la omisión se debía a un error, y éste admitió que el mismo sería salvado en la próxima Memoria. Alcorta envió incluso un cablegrama reconociendo el error en la Memoria y manifestando que en ningún momento se había querido ofender a Moreno.

Por otro lado, Moreno ante la publicación de la obra de L.V. Varela “*La república Argentina y Chile. Historia de la demarcación de sus fronteras desde 1843 hasta 1899*”, en cuyo segundo tomo su actuación era presentada de manera poco favorable, le pidió a su hermano Josué que hiciese publicar en *El Diario*, que por otro conducto se sabía que él estaba concluyendo un libro sobre la historia de la demarcación de límites con Chile y sobre todo en lo

referente a su actuación, en el que se darían datos que el país debía conocer, y en el que se rectificarian los errores del libro de Varela. Escribió Moreno: “Se me dice hombre de mal carácter, absorbente. ¡Ya verá el buen público lo que hay en el fondo de todo esto!”.

Relación de Moreno con el embajador Domínguez

Moreno además le escribió (cf, Rato de Sambuccetti, 2009, p. 115) al embajador Domínguez para hacerle saber que se reservaba el derecho de publicar más adelante sobre su participación en la cuestión de límites con Chile, porque veía por éste y otros antecedentes que no se le reconocía valor a su actuación. Planteaba asimismo que, mientras no se corrigiese el párrafo de la memoria de Relaciones Exteriores en el que no se consignaban sus gestiones, él suspendía su intervención en esta cuestión. Para el caso de que no se aceptase la corrección, le pedía elevase su renuncia indeclinable al cargo que venía desempeñando hasta ese momento.

Moreno también le envió a Domínguez uno de los capítulos de la Memoria solicitada por el Tribunal de Arbitraje y le pidió se lo devolviese con las observaciones que considerase pertinentes.

Domínguez le contestó amablemente el mismo día señalando que leería su trabajo cuando estuviese completo. Moreno a su vez le contestó inmediatamente diciendo que no podía esperar a que leyese toda la Memoria y que, como representante argentino, podía tener observaciones que hacerle, las que él atendería, dando las explicaciones necesarias.

En tal sentido le escribió Moreno: “No conozco las instrucciones que Ud. pudiera haber recibido sobre este asunto y por mi parte no tengo la menor indicación sobre el pensamiento de nuestro Gobierno”, por lo cual se atendería estrictamente a su criterio como perito. Se quejaba además por la falta de indicaciones claras: “Estoy completamente a oscuras, puedo haber interpretado en mi trabajo las ideas del Gobierno, como puedo haberlas equivocado y necesito la franca opinión de Ud. a este respecto, si es que está habilitado para darla. Tengo la convicción profunda de que procediendo como hasta ahora, con la independencia inherente a mi cargo, en esta cuestión saldremos bien, pero no quiero ser obstáculo para que otras ideas, que pueden existir hagan camino. No tengo la pretensión

de ser infalible” (...). “Conocidas estas ideas, y si me convenzo de que estoy en un error, lo reconoceré inmediatamente, pero si, por acaso, no las considero convenientes a nuestros intereses, no compartiré las responsabilidades en que incurren los que las sostengan. Así he procedido desde el día en que fui nombrado perito y así procederé hasta el momento en que deje de serlo”.

Ante una nueva contestación de Domínguez, reiterando que no tenía instrucciones, Moreno (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 116-117) le contestó el mismo día: “No sabemos cómo vamos a presentarnos al Tribunal. Nadie tiene instrucciones y si hay dificultades Ud. deberá pedir las. El Tribunal no ha pedido antecedentes al Perito Argentino ni al Asesor Legal, sino al Representante Argentino. Quedamos convenidos en mayo que todo se haría a través de la Legación. Si a Vd. le ha dicho el Gobierno Argentino que no tiene representación ante el Árbitro, ¿quién la tiene? No tengo inconveniente en servir como Perito, si es Vd. el representante argentino, pero si el Gobierno decidiera que no lo fuera es necesario que se resuelva cuanto antes quién representa a la Nación en este cargo”.

Ante esta situación, el 3 de noviembre, Montes de Oca le escribió a Moreno (en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 117) proponiendo que Moreno fuese el autor único de la Memoria que se preparaba; que él le enviaría lo que había escrito para que Moreno lo usara o no, según creyese conveniente. Montes de Oca señalaba además que le parecía bien que Domínguez se excluyese, puesto que no debía tener opinión personal sobre el tema ya que estaba el para aconsejarlo, por ser “el responsable exclusivo de todo cuanto la Legación ha hecho y hace en materia de límites”, aunque Moreno hubiese sido autor, iniciador o colaborador en algún trabajo. Le decía además que esperaría a que Moreno redactase su Memoria, porque no podría hacer su dictamen sobre capítulos sueltos, y él le enviaría su parte para que Moreno, si lo creía oportuno, la usara.

Tal como Rato de Sambuccetti (2009, p. 117) ha interpretado aquí se manifestaban claramente las intenciones del asesor legal, de conducir él las negociaciones con un criterio jurídico, por más que Moreno lo considerase perjudicial.

Por su parte Moreno el mismo 3 de noviembre le confirmó a Montes de Oca (en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 117-118) estar trabajando en la redacción de

la Memoria, la que constaría de dos partes: la primera, con la demarcación y comentarios, que él redactaría pues correspondía a sus trabajos; y la segunda contestando al memorial chileno.

Escribió Moreno: *“Creo que no me aparto de las ideas del Gobierno Argentino”* pues este le ha dicho al gobierno inglés que somete a su arbitraje sólo las diferencias surgidas entre peritos, *“y de esas divergencias soy yo el único responsable. Si las ideas de nuestro Gobierno no fueran las mías no me encontraría en Londres, porque (...) jamás he defendido lo que no me ha parecido justo”*. *“Desde que el Gobierno Argentino aceptó mi línea aceptó las razones en que la fundé”*.

Tal como lo comentó Rato de Sambucetti (2009, p. 118) Montes de Oca pretendió asumir la responsabilidad de la cuestión de límites y que Moreno quedase subordinado a él, cosa que Moreno no aceptó.

El 4 de noviembre Moreno insistió en su posición en nota a Montes de Oca (AGN, Archivo Amancio Alcorta, N.º 727, N.º 10; Rato de Sambucetti, 2009, p. 118-120), que ratificó ante el embajador Domínguez:

“Amistosamente, [decía a “Mi querido Maneco”] charlaremos sobre estos asuntos de límites, pero no modificaré nunca el plan que me tracé, cuando se me propuso y acepté el puesto que desempeñé, plan que fue aceptado por el Sr. Uriburu y que se reduce a proceder como lo dicte mi ciencia y mi conciencia, responsabilizándome de todo cuánto resulte de la aplicación de este procedimiento, en una palabra, un verdadero Perito. La situación actual es ésta. Nadie tiene instrucciones. El Ministro insiste en que no tiene representación. Vd. su asesor legal tampoco las tiene, pero dice que es el único responsable de lo que ha hecho y haga la Legación, en la cuestión de límites y considera de su atribución el juzgar mis opiniones como perito responsable de la línea que propuso al Perito Chileno y que el Gobierno Argentino sostiene ante el árbitro.

Me parece inútil y peligroso que continuemos discutiendo en esta forma y quiero poner término por mi parte a esta situación, que se está repitiendo desde seis meses atrás. Oficialmente no reconozco en el asesor legal competencia para juzgar mis opiniones como perito responsable de la línea en la que sostengo las ideas contenidas en las actas de agosto y septiembre que encierran el pensamiento argentino, manifestadas posteriormente de acuerdo con los documentos en la primera exposición al árbitro”.

Moreno aclaró que en cuanto al término “encadenamiento principal” no se sujetó a la etimología de la palabra, sino al sentido geográfico del Tratado de 1881 y Protocolo de 1893, y lo mismo en cuanto a vertientes y partes de ríos. Moreno tenía un criterio distinto al de Quirno Costa y Virasoro, y no tomó en cuenta el trazado del hito de San Francisco a Santa Rosa, porque a su entender perjudicaba los intereses argentinos.

“(…) Sostener el encadenamiento principal como cordón único, sería contrariar la verdad geográfica y no sostendré tal cosa, primero porque es una herejía geográfica y segundo porque no contribuiré nunca a que se empleen procedimientos perjudiciales por demás al diferendo limítrofe (...).

Si el Gobierno argentino hoy, por intermedio de Vd. cree que he procedido mal, que venga otro y salve esa dificultad. Si el Dr. Quirno Costa entendió como Vd. lo dice esas palabras, las adaptó mal al aprobar los hitos. Lamentaré siempre no haber insistido en mi renuncia de abril. Hubiera venido el Sr. Virasoro y hubiera quedado todo arreglado como parece quererlo hoy el Ministerio. Es necesario aclarar cuanto antes esta situación. Vine a Londres sin cargo alguno. Se había convenido no hacer declaración alguna y pedir solo que el Gobierno Inglés enviara al terreno la Comisión Técnica. Mi presencia aquí no tenía más objeto que hacer propaganda geográfica y proporcionar a la Comisión Técnica, antecedentes geográficos que pediría seguramente antes de ir al terreno (...).

Mi acción como perito debo darla como lo entiendo, sin apartarnos de los tratados, por supuesto, porque sólo dentro de ellos tengo acción (...).

Con esa independencia que debe desprenderse de mi cargo, tengo la convicción profunda de que saldremos bien, y que, en el peor de los casos, la frontera será la que indiqué al Gral. Roca y al Dr. Alcorta, cuando salí de Buenos Aires y que estos aprobaron. Acerté con la línea que indiqué en la Puna y acertaré con esta, porque mi opinión está basada en el conocimiento del terreno y en los bien entendidos intereses de las dos partes.

En cuanto a los peritos anteriores nadie los censuró oficialmente. Pero cuando el actual ha enderezado los entuertos pasados gracias a su firmeza de carácter (a la que algunos dan calificativos que no le hieren), a este se le ponen tropiezos de todo género, pero lo mis-

mo que hizo en 1897, 1898 y abril y octubre de 1899 lo volverá a repetir sea cuales sean las circunstancias porque estas se producen, por hechos a los que es por completo ajeno.

O tengo plena confianza y facultades o no las tengo, porque desde el primer día se me dijo que procediera como mejor lo entendiera. Entonces tenía la confianza del Gobierno argentino. Ahora por antecedentes que Ud. conoce, creo que no la tengo”.

Moreno sostenía (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 120) que, si no conseguía esa independencia, dejaría el cargo y que lo que había preparado le serviría al nuevo representante argentino, que podría sostener los derechos argentinos fácilmente, si es que Domínguez insistía en no tener facultades para ello. Desconfiaba de la actitud del embajador que, según destacó, constituía el único caso en cincuenta años en que un diplomático temía ser desautorizado.

El mismo día, Montes de Oca le contestó a Moreno (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 120-121) diciendo que no era posible que se desligase de su responsabilidad y que, desde su llegada a Londres, había tratado de allanarle el camino, evitando todo motivo de molestia.

Volvió sobre las ideas de Moreno acerca del encadenamiento principal, que son dos cordones y Moreno elegía el que separaba mayor cantidad de agua, e insistía en que, según los Protocolos y explicaciones de Quirno y Virasoro, el encadenamiento está formado por un cordón principal, el más alto entre los que dividen aguas, que quizás eso no esté de acuerdo con los accidentes del terreno, pero él cree que son las ideas del Gobierno. Así no sería extraño que discreparan, pero pese a ello él no quería que por esa circunstancia Moreno se desligase. Por ello consideraba que tenían tiempo para ponerse de acuerdo, que Moreno ya conocía su trabajo, que había suprimido cuatro capítulos y las citas a pedido de Moreno, pero que él hacía hincapié en el sentido dado a vertientes y partes de ríos.

Pero ante la posibilidad de que Moreno tuviese otros desacuerdos o quisiera agregar o suprimir cosas, se preguntaba ¿cuál sería la solución? O harían una presentación en disidencia o el Memorial chileno quedaría sin respuesta y que nada de ello era admisible. Proponía finalmente que Moreno hiciera

toda la Memoria, y usase su trabajo, si lo creía aprovechable, para lo que hiciera falta.

Era evidente, como lo ha notado Rato de Sambuccetti (2009, p. 121) que Montes de Oca, ante el eventual apartamiento de Moreno, temió cargar con una responsabilidad demasiado grande para sus conocimientos geográficos. Todo ello en el contexto de una situación en la que el ministro Alcorta jugaba a dos puntas: por un lado con Montes de Oca y Domínguez, que eran gente de su confianza, y por el otro con Moreno, que le había sido impuesto por Roca.

Ante todas estas circunstancias, Moreno consideró que ni el Ministerio de RR.EE. ni sus representantes estaban de acuerdo ni geográfica ni políticamente con su interpretación del límite. Quirno Costa, Virasoro y Montes de Oca querían -según le escribió a su hermano- una cordillera a su paladar y que la naturaleza se amoldase a ello. Pero ante estas circunstancias, Moreno concluyó: “*Yo que desvié un río, no tengo fuerzas para modelar los Andes como se quiere. ¡Que venga otro Miguel Ángel!*”.

En definitiva, pese al cablegrama de Alcorta reconociendo el error en la Memoria y que en ello no había habido ninguna intencionalidad, Moreno, que estaba pendiente de las informaciones de los periódicos de Buenos Aires, pensaba que tal actitud se debía a la intervención del Presidente Roca y seguía creyendo en la existencia de arreglos políticos que buscaban su eliminación, probablemente vinculados a la anunciada llegada de Alcorta a Londres.

Durante el mes de diciembre, Moreno y Montes de Oca intercambiaron ideas sobre el tema y convinieron en adaptar el texto de la presentación a las ideas de Moreno (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 123-124).

Moreno quedó convencido de que Montes de Oca y quienes lo apoyaban habían cedido porque vieron que él tenía el apoyo del Presidente Roca y, aunque las relaciones subsiguientes fueran aparentemente cordiales, las diferencias subsistieron.

La posición de Montes de Oca fue claramente expresada en una carta al Ministro Alcorta del 19 de diciembre de 1899, en la que trataba de explicar las desavenencias existentes.

En primer lugar, sostenía que su forma de apreciar la cuestión era la misma de Alcorta, Pellegrini, Zeballos, Quirno Costa, Virasoro, Lamarca, Luis Va-

rela, Quesada y Magnasco, que hablaban siempre de una cadena principal, porque siempre debía existir una, con lo cual, sin decirlo, colocaba a Moreno en la mayor soledad en la defensa de sus ideas.

Moreno en cambio, según Montes de Oca, sostenía que había dos cordones que corrían más o menos paralelos y se entrelazaban de trecho en trecho, y que en algunas regiones el número de cadenas podía ser de 7 u 8, y que la división de aguas no era la condición geográfica de la demarcación, aunque sí era el elemento que debía tenerse en cuenta para decidir cuál de los cordones debía elegirse en cada trecho como encadenamiento principal, y en todo caso eligió los que no estaban cortados por ríos, y si lo estaban, los que tuviesen la menor cantidad. Por ello, según explicaba Montes de Oca, Moreno decía que la configuración del terreno no permitía una pauta a la que debía sujetar su juicio el perito y consideraba que el estudio de la letra de los tratados era peligroso, porque remitía al *divortium acquareum* de los Andes.

Montes de Oca ratificaba que de esta manera no era posible apoyarse en las ideas de los tratadistas internacionales, que decían que los declives o vertientes que miran hacia un país le pertenecían en propiedad. Por eso se quejaba de que Moreno prescindía de los tratados, cuya letra podía haber sido equivocada, pero cuyo objetivo primordial había sido claro.

Según Montes de Oca a Moreno, que gozaba en Londres de una excelente reputación como geógrafo, le correspondía defender la línea que había proyectado, y que solo él podía defender en detalle por su conocimiento del terreno. Cargaba en definitiva con toda la responsabilidad y era el único que aseguraba el éxito de la defensa de la posición argentina. Por otro lado, al haberse visto reforzada la delegación chilena con la presencia de Steffen, sólo Moreno podría contrarrestar su acción. Finalmente, la eventual separación de Moreno produciría ruido, alarma, desconcierto y comentarios desagradables.

En definitiva, Montes de Oca trató de justificar su posición y ofreció apartarse amigablemente, en el caso de que el Gobierno lo considerara conveniente, pues creía que Moreno debía permanecer y sus ideas debían tener preferencia sobre las suyas. No hacía sin embargo mención alguna a su pretensión de quedar a cargo de la negociación en el caso de que el embajador Domínguez se excluyera.

Como lo ha destacado Rato de Sambucetti (2009, p. 125) por más que a Moreno le escatimasen reconocimiento, sabían que era su línea la que estaba en discusión, y que sólo él podía defenderla.

La posición de Moreno, en disidencia con Montes de Oca, en favor de los argumentos geográficos por sobre los jurídicos, fue en parte expresada en la carta que le escribió a Pellegrini el 3 de enero de 1900 (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 191-192).

Allí manifestó Moreno que nunca se había hecho ilusiones respecto a la confianza del Gobierno en sus aptitudes, y, como era el único que había estudiado la cuestión límites, no habían tenido más remedio que echar mano de él cuando se vieron en apuros. Por ello había tomado la designación sin ilusiones, pues sabía que su misión iba a ser más difícil en Buenos Aires que en Santiago de Chile.

Suponía que habrían mostrado a Pellegrini los primeros pliegos que él había redactado, y que firmó Montes de Oca una vez que se dio cuenta de que el plan que había desarrollado Moreno era el más conveniente para el país. Escribió Moreno: *“No me entrometí con el plan de Montes de Oca por muchas razones, la primera porque lo consideré errado desde el primer momento como se lo manifesté”*.

Moreno dejó en claro que nada tuvo que ver en la discusión sobre derecho internacional, que era la que lo empantanaba todo; él se basaba en la exposición geográfica, y presentaba disidencias y se contradecía con el escrito de Montes de Oca.

Remarco al respecto *“El mío es el resultado de 25 años de investigaciones y conocimiento del suelo”* (...) *“Pero para obtener esto, cuánta bulla, cuántos cargos, cuánta intriga, y cuántos malos juicios sobre él: intrigante, inepto, absorbente perito Moreno y cuántas medidas de rigor y amplias facultades para separar de su puesto a un hombre que no quería quedar, puesto que no inspiraba confianza. Reconozco que tengo carácter propio, que lo revelo en todas mis acciones sin ambages, y debe creer, que, si permanezco aún en mi puesto, es porque se me ha reconocido al fin, mi rectitud y buen juicio en la cuestión de Londres”*. Recordó además lo que dijera Pellegrini: *“La soberanía argentina, al oriente de la cumbre de la Cordillera no se discute”*, al tiempo que le aseguraba que todos los últimos problemas tuvieron su origen en su defensa de esa línea contra los que la

ponían en peligro (M. RR. EE., Archivo F. P. Moreno, Caja 001).

Moreno por otra parte siguió insistiendo en otros aspectos que consideraba importantes en relación con el tema limítrofe y que fundamentalmente estaban relacionados con la ocupación pacífica de las tierras ubicadas al este de la línea en la que él consideraba debía fijarse la frontera.

Así el 17 de enero de 1900 le envió un Memorando a Alcorta (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 125-127), titulado “*Estudios de irrigación. Anexo a la Memoria del Ministerio de Obras Públicas*”, en el cual explicaba qué se entendía por Cordillera de los Andes en Neuquén y se ocupaba del tema de los poblamientos, caminos, etc. en la región.

Describió “(...) *los altos cordones que se extienden al oeste de Chosmalal, Ñorquin, Colihue y Junín de los Andes y como bifurcación de la Cordillera, a los efectos del tratado de 1881 y protocolo de 1893, el alto cordón que se aparta del volcán Copahue, hacia el SSE cerrando por el oriente la del Bio-Bio, bifurcación que termina al sud del paso de Pino Hachado*”, todo lo cual situaba la Cordillera al occidente de Junín de los Andes y al Este de Osorno.

Reiteraba la conveniencia de afirmar oficialmente, que el gobierno argentino pretendía emplear los ferrocarriles que había comprado en Alemania para conectar la falda oriental de la Cordillera con el Atlántico, llevando las vías por las depresiones o valles transversales de la Patagonia hasta el lago Lácar, Nahuel Huapi, 16 de Octubre, Alto Palena, o Río Pico, Aysén y Lago Buenos Aires, Belgrano y Maravilla.

Moreno señalaba que los chilenos querían demostrar que era más fácil el acceso a todos estos valles desde Chile y Moreno lo rebatía de antemano. Avertaba en especial sobre avances en zonas cordilleranas: “*Chile ha ordenado la construcción de algunos caminos principalmente a los valles ‘Nuevo’ [actualmente El Bolsón] y ‘16 de Octubre’ [hecho que le había informado Onelli en una carta del 17 de abril de 1901; en Fiori y Vera, 2002, p. 18]; además en la salida del Seno de la Última Esperanza, existen ya galpones en los que los estancieros del Lago Maravilla depositan las lanas y productos que recogen los vapores alemanes que navegan por los canales de Smith. Tanto en Londres como en Berlín se han hecho varias publicaciones sobre el empeño de Chile en facilitar la comunicación entre los*

territorios situados al occidente del ‘water divide’ y las costas del Pacífico, siendo el principal esfuerzo en ese sentido el camino que con cien hombres trabaja el señor Oscar de Fischer entre el seno de Reloncavi y el Valle Nuevo en las proximidades del Nahuel Huapi”.

Moreno, antes de su salida de Buenos Aires, había manifestado al Presidente Roca y al Ministro Alcorta que no sería difícil que, como solución de esta cuestión limítrofe, el árbitro le diera a Chile una parte del Valle Nuevo [El Bolsón], algún pedazo de la región montañosa del sur y el norte del Palena y las inmediaciones del Seno de la Última Esperanza, incluyendo el Lago Maravilla y que él debería defender esos puntos ante el Tribunal. Pero enfatizaba, con muy buen criterio: “*Si se estudian los procedimientos ingleses en las cuestiones de límites, se observará la principal importancia que dan a las facilidades de acceso a las regiones que disputan, como sucede en el Canadá y ha sucedido en Guayanas*”.

Steffen haría valer sus exploraciones y Moreno creía que la Argentina debía adelantarse insinuando como propósito la construcción de un ferrocarril desde Fuerte San Antonio a Nahuel Huapi con ramal a Junín de los Andes y Lácar y otro al Valle Nuevo por la depresión longitudinal de los lagos Mascardi y Guillermo, que se ligaría con el que terminaría en Cholila o 16 de Octubre, que sería otro ferrocarril. Este partiría del Golfo de San Jorge y llegaría a 16 de octubre, por el valle del Carreleufú, y del que se desprendería un ramal al río Manso y llanos de Aysén, prolongándose por los valles del lago Buenos Aires y Pueyrredón. También hablaba de un tercer ferrocarril desde Santa Cruz al lago Belgrano y río Mayer y un cuarto desde Gallegos, por el valle hasta el lago Maravillas y llanos del río Vizcachas.

Moreno calculaba el impacto que las facilidades de comunicación podrían tener en el fallo, y concordaban con sus afirmaciones sobre la facilidad de acceso a esas regiones desde el Atlántico, y el interés que en ello tenía el gobierno argentino. Además, estaba convencido de que esos ferrocarriles se harían.

Pedía además que se instalase un resguardo aduanero en Nahuel Huapi, desde donde se vigilarían los movimientos de las comisiones chilenas que construían caminos en la cordillera, pues los habitantes del Valle Nuevo eran chilenos, por más que tenían autorización argentina para estar allí.

Moreno creía que los chilenos tratarían de justificar su pretensión en favor del criterio del *divortium acquarum* por la mayor facilidad de acceso a la región desde el Pacífico, que era lo único que podrían aducir en el arbitraje, aunque él creía que el acceso era más fácil y más lógico desde el Atlántico.

El tema de los caminos chilenos había sido planteado por Moreno antes de su viaje a Londres, pero el gobierno no había hecho nada al respecto, hasta que fue demasiado tarde. Los caminos construidos por Chile fueron considerados por uno de los consejeros del árbitro como la mayor contribución chilena a la solución del conflicto.

Viaje del Ministro Alcorta a Londres.

Intervención en la designación de la

Representación de la Argentina. Enero de 1900

Los entredichos en el seno de la representación argentina ante el tribunal arbitral llevaron al Presidente Roca a enviar a Europa al Ministro de RR.EE., A. Alcorta para buscar una solución (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 128).

Alcorta viajó primero a París, donde se entrevistó con Moreno y desde allí se trasladó a Londres, a donde llegó el 13 de enero de 1900 (Rato de Sambucetti, 2009, p. 177). Allí estudió los planos y la segunda parte de la Memoria, y tomó decisiones para solucionar los conflictos existentes.

Como se verá más abajo, en una carta que envió al Presidente Roca, dispuso que el Embajador Domínguez fuese el único representante argentino en todo lo referente a la Memoria y a los incidentes que se pudieran producir. También resolvió que la Memoria fuese impresa totalmente, antes de su regreso, para llevarla a conocimiento de Roca y que tanto Moreno como Montes de Oca, sobre todo el primero, podían resguardar lo que ellos entendían de su responsabilidad, guardando sus originales, pero sin poner obstáculos a las resoluciones del embajador Domínguez, quien, de ser necesario, pediría la aprobación de Alcorta.

Visión de Alcorta sobre las desintelencias entre Moreno y Montes de Oca y sobre la solución adoptada

Entre el 22 y el 25 de enero, Alcorta le informó al Presidente Roca: “El acuerdo es completo entre todos

y no habrá dificultades para el futuro, pues habiendo desaparecido las cuestiones de amor propio, aquellas no pueden presentarse. Mi opinión sobre todo lo sucedido y que tantos malos ratos nos ha hecho pasar es la siguiente: 1.º Que Moreno con su carácter impresionable y guiado por los cuentos que llegaban a su conocimiento veía que todos eran enemigos que buscaban desautorizarlo, que él debía discutir la cuestión como si se tratara de una cuestión de peritos, olvidando que no era tal ante el árbitro, que no conocía ni podía conocer otro litigante que el Gobierno argentino, que no podía recibir observaciones sobre lo que él pensaba o sobre lo que indicaba como medio de defensa, lo que era un error que partía de la falsa interpretación de creerse investido de un cargo que no tenía, que con los antecedentes que había reunido y que en su casi totalidad habían sido costeados por el Gobierno, él se bastaba para redactar la memoria, lo que era también un error, pues no conocía la cuestión legal y su manera de escribir y su deseo de relatar todo lo que le había sucedido como perito, hubiera producido confusiones y hubiera aumentado su extensión en perjuicio de los intereses que debían defenderse.

2.º Que las cuestiones del encadenamiento principal habían nacido de parte de Moreno por la situación de su espíritu que quería separarse de lo que Virasoro y Quirno Costa habían dicho, estableciendo una explicación que si variaba en las palabras, no podía variar en el fondo como lo creíamos en Buenos Aires, y de parte de Montes de Oca por el empleo de palabras que carecían de importancia y cuyo cambio no alteraba en manera alguna la concepción que él tenía sobre lo que era el encadenamiento principal.

Como se ve, nada de todo esto valía la pena de tanta bulla, de modo que discutiendo con espíritu elevado todo lo sucedido pude llegar a convencer a Moreno como a Montes de Oca que no tenían razón, llegando ambos a concordar sus opiniones y resolverse a proseguir la memoria sin divergencias, sosteniendo la letra y el espíritu de los tratados y demostrando que la línea defendida por el perito y por el Gobierno desde que la hizo suya al establecer la divergencia con el Gobierno de Chile y traer la discusión ante el árbitro, no se apartaba ni de esa letra, ni de ese espíritu” (...).

“Los tratados han dicho que la Cordillera de los Andes es el límite hasta el grado 52º de longitud austral y por ello se determina qué se entiende por tal

cordillera, que no son las cadenas de occidente, ni las menores ni aisladas al oriente.

Ubicada, diremos, allí la Cordillera de los Andes de una manera clara y evidente, es necesario determinar la línea fronteriza que debe pasar por las cumbres más altas que dividan aguas y como esa cordillera no se compone de una sola cadena sino varias o más importantes, se busca para aquella determinación, las que reúnen esos caracteres, y unidas de una manera ideal en parte, formar la línea única, el único cordón que viene a constituir el encadenamiento principal o sea la línea que ha fijado y fija el punto de separación de las dos soberanías, la propiedad de los Estados a que se refiere el tratado de 1893”.

Y se preguntaba Alcorta: «¿Cuál es la dificultad? ¿Cuál es el conflicto entre la letra y el espíritu de los tratados y el hecho que se descubre en el terreno?» El macizo o reunión de cadenas más elevadas no es el encadenamiento principal, porque no es la Cordillera de los Andes: el encadenamiento principal es la línea fronteriza que se forma de varias cadenas que reúnen las condiciones de los tratados”.

Y volvía a preguntarse: «¿Es esto un cordón único, un cordón uniforme de N. a S? No lo es, en tanto existen varios cordones, pero una vez que estos varios cordones se unen, queda establecida una línea que es única fronteriza y esa línea única es el encadenamiento principal” (...).

Y añadía: “No sé si me explico con claridad, pero para mí es evidente. Así lo han comprendido Moreno y Montes de Oca, llegando a esta conclusión: que la letra y el espíritu de los tratados está de acuerdo con el terreno y que palabra más o menos, tanto uno como otro, así como Virasoro, Quirno Costa y Pellegrini, todos los gobiernos y entre ellos el suyo, no se han separado en sus conclusiones de lo que hoy debe sostenerse como tales ante el árbitro”.

Y agregaba: “(...) Acabo de tener una conferencia con Moreno. Está convenido todo lo que debe hacer: preparará planos y una memoria explicativa, para lo que necesita algunos días (...)” (AGN, Archivo J. A. Roca, Leg. 1319).

Visión de Moreno sobre las intenciones de Alcorta y la solución adoptada

Moreno por su parte tuvo una visión completamente distinta de lo conversado con y resuelto por

Alcorta. En carta a su hermano Josué, del 24 de enero, Moreno escribió (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 182): “*Se hará todo como yo quiero. Tengo amplia libertad de acción. Montes de Oca se ha extralimitado, Domínguez es muy tímido*”. Había prometido a Alcorta “*que no publicaré nada mientras no se concluya este asunto ante el árbitro, es lo único que puedo prometer*”.

Expresaba plena confianza en su trabajo, que, “*convencerá hasta a los ciegos*”.

El Asesor Legal, lo seguía incomodando “*aun cuando acabo de derrotarlo otra vez*”. Estaba tratando de concretar la traducción española de la Memoria, que Montes de Oca quería demorar aun cuando Alcorta había dado su visto bueno.

Como bien lo ha señalado Rato de Sambucetti (2009, p. 182) Moreno se engañaba. Ignoraba las críticas de Alcorta, y había quedado impactado con él y se sentía eufórico, porque creía que había aceptado todos sus puntos de vista.

Ignoraba además que Alcorta (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 177) había disminuido la actuación y la importancia de las opiniones de Moreno, había puesto todo el tema en manos de la representación diplomática y le enrostraba a Moreno que los datos que él solicitara para realizar su tarea habían sido pagados por el gobierno argentino. Como bien señaló Rato de Sambucetti esto tampoco era totalmente cierto, puesto que el Perito había construido la línea que estaba defendiendo en Londres con datos obtenidos por él en sus viajes de exploración y con los técnicos que había reunido en el Museo de La Plata, dependiente del gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

Moreno por su parte, en carta al Presidente Roca del 31 de enero de 1900 (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 180-181), seguía defendiendo su posición confiando en que llegaría el día en el que se pudiese hablar de su participación, no para su vanagloria sino “*para desvirtuar inculpaciones que me afectan*”. Allí mencionaba que Alcorta le había explicado que los disgustos que el Gobierno decía tener con él se debían a sus reiteradas renunciaciones y a los momentos elegidos para presentarlas. No obstante Moreno aseguraba que, si no hubiera procedido así, se hubieran producido más dificultades con Chile, y mencionaba que Alcorta, cuando vio lo hecho, dijo no tener que

hacer observaciones a sus proceder, ni a la forma en que se defendía y encontró juiciosa su actuación. Sin embargo *“en algunos círculos de Buenos Aires se me trata de intrigante y absorbente, cuando critico la publicación de algunas páginas de carácter oficial”*.

En carta a Pellegrini del 31 de enero de 1900 (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 128) reiteraba que como perito había propuesto una línea en Santiago de Chile y que como perito se había propuesto defenderla en Londres. Que la línea la había estudiado antes de proponerla y que Alcorta lo sabía. *“¿Qué culpa tenía yo de que Montes de Oca sostenía en su Memoria un criterio distinto al mío y que por lo tanto mi trabajo presentara a cada instante contradicciones con el suyo? Había escrito el mío con el resultado de 25 años de investigaciones y con el conocimiento del terreno. Montes de Oca había hecho el suyo con las ideas corrientes de los que no tenían de montaña más conocimiento que el cerro de Montevideo, o el paso cómodo de Uspallata!”*. Si permanecía en su puesto era *“porque se le ha reconocido al fin su rectitud y buen juicio en su gestión en Londres, donde vino a defender su línea contra los que la ponían en peligro”*.

Resta señalar, visto lo expresado por Alcorta en su carta al Presidente Roca citada más arriba, que estas consideraciones de Moreno podían aplicarse también a Alcorta. Pues su afirmación de que *“El macizo o reunión de cadenas más elevadas no es el encadenamiento principal, porque no es la Cordillera de los Andes: el encadenamiento principal es la línea fronteriza que se forma de varias cadenas que reúnen las condiciones de los tratados”* mostraba en una poco clara redacción que su conocimiento de las evidencias geográficas en lo que hace a la relación del encadenamiento principal de la cordillera o línea de “altas cumbres” con la divisoria de aguas, punto central en la posición sostenida por Moreno, era deficiente.

Quienquiera haya pasado por la superficie llana que separa los lagos Gutiérrez y Mascardi al sur de San Carlos de Bariloche habrá visto uno de los ejemplos, registrados por Moreno, de una divisoria de aguas que no coincide con ningún encadenamiento principal o línea de altas cumbres de la cordillera de los Andes.

Por eso insistía Moreno en la importancia de las evidencias basadas en el conocimiento geográfico.

Esto fue indirectamente expresado en su carta a Alcorta del 24 de enero de 1900 (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 192) donde expresó su preocupación por la presencia de Steffen en la Legación chilena, pues consideraba que era superior a Bertrand ya que conocía el terreno *“y si nos descuidamos ha de darnos trabajo”*.

Los problemas continúan con el doble juego del Ministro Alcorta

Mientras tanto los problemas dentro de la representación continuaron, lo cual era corroborado por los dichos contradictorios de los involucrados.

El 2 de febrero Alcorta le escribió al Presidente Roca desde París (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 181) sobre la confección de la Memoria. Según él: *“La memoria da mucho trabajo, porque la revisación de todo lo que se hace está a cargo de Domínguez y Montes de Oca: las redacciones de Moreno son difíciles, no sólo hay que corregir sino también verificar las citas, concordarlas y poner de lado todo lo que estrictamente no hace a la cuestión, aunque pueda hacer a la persona del Perito, que el Gobierno no siempre debe tener en cuenta y que poco puede interesar al árbitro. La parte explicativa dará problemas que podrán ser salvados por Domínguez, haciendo uso de su autoridad o por el Gobierno”*.

“Espero de un momento a otro que Moreno me remita un buen plano en que se indiquen los posibles arreglos con Chile, tal como Ud. lo desea; que trataré de darme cuenta de ellos hasta donde sea posible, pues Vd. sabe que Moreno es algo confuso y está preocupado más de su figuración y de cargos posibles en el futuro de lo que interesa a la cuestión misma”.

En esas líneas se acusaba a Moreno de querer hacer resaltar su labor e intereses personales con prescindencia de otros objetivos (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 181).

Por su parte, en el mismo mes, Moreno escribió a su hermano Josué (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 182-183) *“Resulta que soy un intrigante de marca mayor y que en el concepto del gobierno el hombre para el puesto es Virasoro”*. Moreno creía que Montes de Oca quería apropiarse de sus escritos para su propio trabajo y que lo calificaba de atolondrado, nervioso, y así lo divulgaba. Situación ante la cual

Moreno decidió no dar más información fuera de la entrega que hacía de su trabajo a medida que la imprenta lo requería.

Pese a todos estos contratiempos Moreno recibió el estímulo y apoyo de hombres destacados. Así Mitre, en carta del 24 de febrero de 1900, le expresó (en Moreno, 1924, p. 3): “En el litigio memorable de nuestros límites con Chile a usted corresponde la tarea de la iniciativa en las exploraciones sobre el terreno y el haber establecido su teoría trazándoles en el mapa y sosteniendo nuestros derechos ante la ciencia, ante el país, ante Chile y ante el árbitro desde el principio al fin. Esa es gloria suya que nadie puede desconocerle”.

Reunión de la Sociedad Geográfica de Londres. Mayo de 1900

En el mes de marzo de 1900 tuvo lugar una reunión de la Sociedad Geográfica en Londres, de tres horas de duración, a la que asistieron el secretario de la misma, Dr. Keltie, el coronel Church, miembro del Consejo de esa Sociedad y Moreno y Steffen.

En dicha reunión, se compararon (carta de Moreno a Alcorta del 19 de marzo; cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 183) los mapas argentinos y chilenos al Sur del paralelo de 41°S. Se observó que los primeros contenían cinco lagos al SO del Nahuel Huapi y los chilenos, sólo dos, y que en el mapa chileno faltaba un cordón nevado al Sur del Tronador.

Al respecto Steffen manifestó no haber estado en la región y que según los informes que había recibido el cordón nevado no existía. Moreno mostró las fotos del cordón y lagos, lo que demostró que sus datos eran exactos, aunque él mismo reconoció que, si bien los mapas argentinos eran más completos, los chilenos tenían mayores observaciones en el occidente, en la región del Puelo, Futaleufú, Cisnes, Aysén y un trecho del río Las Heras.

Al compararse el río Manso y el Valle Nuevo, Moreno observó que en el mapa chileno había, en el llano de Cholila, un cordón que no existía. Steffen lo admitió y culpó al dibujante por el error. También pudo mostrar la mala representación del río Bodahahue, y demostró errores al oriente de las lagunas de Esquel, y en la región entre 16 de Octubre y el río Senguer.

Según Rato de Sambucetti (2009, p. 183-184) Moreno, con ingenuidad, comunicaba sus triunfos a

Alcorta, quien a su vez creía que él sólo buscaba consolidar su situación personal y que no le interesaba la causa en debate, que tomaba la cuestión como un tema exclusivo de los peritos y se creía investido de un cargo que no tenía. Además, le decía al Presidente que la tarea del perito no podía separarse de los tratados, como si Moreno lo ignorase y por más que Moreno supiera que esos tratados existían, y tratase de hacer comprender al mundo geográfico londinense que habían sido firmados sin conocimiento del terreno en que debían aplicarse.

Alcorta sin duda tenía poco respeto por Moreno, sus conocimientos y su actuación. No sólo no lo apoyaba, como Moreno creía, sino que delegaba todo en Domínguez, que podía apelar a él, en caso de que surgiera alguna dificultad. Y no dejaba de recordar que era el Ministerio el que sufragaba los gastos de los expertos en el terreno, que Moreno pedía. No obstante, cuando Chile proponía un arreglo, no lo designaba a Domínguez ni a Montes de Oca, sino a Moreno, para que se ocupase del tema.

En la reunión de la Real Sociedad Geográfica, Moreno y Steffen dieron sendas conferencias. Moreno habló sobre sus investigaciones en Patagonia, como Director del Museo de la Plata; Steffen lo hizo (en Fiori y Vera, 2002, p. 105-106), usando sus exploraciones personales, sobre “La Cordillera patagónica y sus principales ríos entre la latitud meridional de 41 y 48”. Se presentaron además los trabajos de las subcomisiones de límites. Como la Sociedad de Geografía no aceptaba trabajos sin mirarlos ampliamente, hizo comparar mapas y planos entregados por los conferenciantes y, dado que presentaban diferencias, el Consejo quiso saber la causa de ello y se interesó por las razones.

Según la costumbre de la Real Sociedad Geográfica, las exposiciones fueron puestas a consideración de uno de sus críticos, nombrado de antemano, quien pronunciaba un discurso con posterioridad a las mismas, expresando su aprobación o no al estudio presentado. Esta responsabilidad recayó sobre el coronel G.E. Church, vicepresidente de la Sociedad y reconocido por sus labores en Brasil y participación en la construcción de los ferrocarriles argentinos, según puntualizó el propio Steffen, quien además acotó: “Como amigo íntimo de Moreno, era su consejero y en parte colaborador en la redacción de la obra argentina sobre la cuestión de límites”.

Tras pronunciar su conferencia, Steffen fue sorprendido por el discurso de Church: “Criticó mis ilustraciones en forma maligna y burlona refiriéndose precisamente a las partes de la conferencia que tuvieron mayor importancia, en forma que provocó entre el auditorio la impresión que yo presentaba un aspecto completamente falso del macizo de la cordillera patagónica y su red fluvial”.

Steffen recibió sin embargo el apoyo del Presidente y una disculpa del Secretario. Según Fiori y Vera (2002, p. 106) esto fue efímero pues la delegación argentina, al parecer por iniciativa de Moreno, habría difundido las expresiones del coronel Church a los diarios de Buenos Aires y Santiago de Chile.

El cansancio por el esfuerzo realizado llevó a Moreno a hacerse examinar por un médico en París, el cual (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 186) le indicó que debía tomarse un descanso prolongado en forma inmediata. En estas circunstancias, coincidió en París con los padres de su fallecida esposa, quienes habían viajado por un problema de salud de su suegra. Esto hizo posible que los hijos de Moreno pasaran una temporada con sus abuelos.

Pese a su cansancio, Moreno siguió plenamente activo y el 29 de marzo de 1900 le escribió a Alcorta, que esperaba nuevos datos para mejorar sus mapas e insistió en el tema de los caminos. Presentó también una exposición fotográfica de la Patagonia en el Club Alpino de París.

Moreno manifiesta su apoyo a las expediciones exploratorias británicas a la Antártida

En este mes de marzo, Moreno se entrevistó con Clements Markham (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 184), Presidente de la Royal Geographical Society, para comunicarle que había hablado con el Ministro de RR.EE. A. Alcorta sobre la expedición antártica que se llevaría a cabo en 1901-1904 (Expedición Discovery). Le aseguró que el canciller había aceptado, en nombre del Gobierno Argentino, cooperar para el éxito de la expedición y le dio una carta de Alcorta, la que podría considerarse como “la aceptación oficial de la propuesta”. También le aconsejó, para hacer más efectiva la cooperación, comunicarse con los representantes diplomáticos argentinos en Londres y Berlín.

Markham fue quien eligió para comandar la nave que iría a la Antártida a Robert Falcon Scott, que

llevaría como su segundo a Albert Armitage y en tercer lugar a Ernest Shackleton. Con Scott y el marino noruego Boerjekvoing, almorzaría Moreno en los días previos a su partida para la Antártida el 28 de junio de 1901. El marino noruego que entre 1899 y 1900 comandó la expedición “Southern Cross” a la Antártida, había mostrado, según Moreno, gran interés en que las estaciones argentinas en South Shetland pudieran auxiliar a los expedicionarios.

Correspondencia de Moreno relacionada con el arbitraje, abril – mayo de 1900

El 15 de abril, en carta a Alcorta (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 189-191) Moreno volvió a reclamar por la representatividad que se le reconocía: “Creo que no es necesario rebajar el carácter que invisto en Londres. Como Perito estoy a las órdenes del Ministro Argentino a quien jamás he querido sobreponerme, como a Ud. le consta. Como Perito y no como asesor técnico, he redactado la mayor parte de la memoria que el señor Domínguez ha aceptado, en la parte entregada, sin más modificación que el cambio de lugar de párrafos y correcciones de estilo del que no puedo ser responsable, dada la deficiencia de mi conocimiento del idioma inglés”.

Relató también el banquete anual en la Sociedad de Geografía, en el que se evidenció la distinción de la que era objeto y donde el Hon. G. Brodrick, encargado del brindis, se expresó en altos términos sobre la cooperación generosa de la Argentina a la expedición antártica. Moreno también hizo notar que el sitio de privilegio le estaba destinado al embajador de la Argentina “honor que desgraciadamente no aprovechó Domínguez por haberse excusado a última hora (...)”.

Moreno se quejó de que en el proyecto enviado por el perito interino Z. Sánchez no se citaba el acta de octubre de 1898, en la que se acordaba el arbitraje que tanto le había costado firmar al perito chileno Barros Arana, que se hacía abstracción del término “*encadenamiento principal*” y se resucitaba la mención a las altas cumbres que dividen aguas, “*frase ambigua y origen de toda la cuestión*”. Todo lo cual, entendía Moreno, sería eventualmente usado por el representante chileno M. Lira.

Moreno mencionaba haber estado hablando largo rato con Sir John Ardagh (1840-1907) y Sir Thomas Holdich. Suponía que éste probablemente

estaría a cargo del estudio del terreno en relación con el arbitraje.

Mencionaba haber terminado la redacción de la parte correspondiente al paralelo 52° y que trabajaba en las secciones transversales de la cordillera: “No pierdo momento, pero no puedo acortar más, pues es necesario llevar al Tribunal la amplia prueba de nuestro derecho y en forma tal que resalte en cada página del libro”.

Se explayó además sobre la expedición antártica del *Bélgica* (1897-1899) al mando de A. de Gêrlache (pero finalizada bajo el de F. Scott y R. Amudsen), y recomendaba al geólogo polaco H. Arctowski, miembro de esa expedición, que conocía aquellos parajes. Moreno ya pensaba que sería importante que la Marina de la Argentina tomara parte de un trabajo científico de esa magnitud, del cual podría participar el geólogo R. Hauthal del Museo de La Plata.

El 2 de mayo, en carta a Alcorta, Moreno (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 189) relataba su polémica con Steffen sobre la orografía andina y seguía insistiendo en el carácter equivocado que se le daba de asesor técnico de la legación, que no correspondía al carácter que investía.

Moreno siempre mostró su susceptibilidad con respecto a sus funciones y prerrogativas, como perito, ante el Tribunal Arbitral, diferentes de las del asesor o consejero letrado, M. Montes de Oca.

Así el 21 de mayo de 1900, en una carta al ministro de Justicia e Instrucción Pública, O. Magasco escribió Moreno (Kanner, 1947, p. 55-57; Bertomeu, 1949, p. 373-374): “El tribunal manifestó (...) el deseo de tener desde ya el mayor número de antecedentes y para satisfacer este deseo, me puse al trabajo, siguiendo un plan que conocía de tiempo atrás el Gobierno argentino. El Consejero emprendió otro, aunque con criterio distinto del mío, lo que trajo las primeras dificultades. No había instrucciones de ninguna clase del Gobierno que guiaran nuestros procedimientos, pero me insinuó el consejero que se consideraba como encargado de redactar la Memoria que debía presentar al tribunal, pues no podía ser otro el objeto de su venida a Londres. Así, quedaba reducida mi acción a proporcionarle al asesor legal los datos geográficos que había reunido, con los que rellenaría él su trabajo y creí no deber aceptar esa situación. No tengo pretensiones personales ni sufro

de emulación, pero tengo en cambio 25 años de preocupaciones constantes sobre la cuestión de límites con Chile. Como perito argentino propuse al perito chileno una línea de fronteras, de cuya discusión han resultado las divergencias geográficas que son el último objeto del arbitraje estipulado entre Argentina y Chile y aceptado por el Gobierno inglés; tengo un criterio personal sobre el límite, criterio formado con el conocimiento también personal de la cordillera y de los antecedentes que fijan como límite su cumbre y consideré que debía tener independencia para presentar a la legación argentina la exposición de ese criterio, que era el que había tenido al proyectar y defender mi línea en Santiago (...). Si como perito apliqué allí los tratados en nombre de la Nación Argentina, como perito podía defenderlos en Londres (...). Jamás en mis trabajos me ha guiado otro propósito que el de servir a mi país y en ellos he procedido siempre con la energía que dan las convicciones. A esa energía puede habersele dado otro nombre, pero está próximo el día en que podré disipar las dudas que existen respecto de mis proceder (...).

Somos locos los que tenemos carácter propio: todo se ha aclarado al fin (...) tengo la convicción profunda de que marchó derecho y de que saldremos bien al final y esto es lo principal. Lo demás es secundario. Lo único que no acepto son tutores (...).

Primera entrega a Chile de la presentación de la Argentina, mayo de 1900

A fines de mayo de 1900, fue entregada a Chile la primera parte impresa de la nueva presentación argentina, la segunda lo sería en agosto. El resto del material con mapas y explicaciones complementarias fue entregado al tribunal entre el 17 de diciembre de 1900 y el 20 de abril de 1901 (Fiori y Vera, 2002, p. 72).

El 20 de junio, Moreno seguía trabajando en la redacción de la memoria y le adelantaba a Alcorta (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 192) algunas partes y el Resumen, “corto, concreto y eficaz, el que espero agrada allá”. Mencionaba que los chilenos estaban buscando, en Alemania y Francia, testimonios escritos sobre lo que debía entenderse por “altas cumbres que dividen aguas”. Insistía en que no debía aceptarse ningún “compromiso” basado “en un concepto erróneo de los caracteres físicos del terreno”.

Le pedía a Alcorta que Domínguez le entregase ejemplares de la Memoria para hacerlos llegar a los principales geógrafos, con lo que resultaba evidente que no tenía diálogo con este último. También informaba sobre su reunión con el Teniente Scott, en relación con la expedición antártica que este preparaba en la que había mostrado interés en recibir apoyo de la estación argentina en la South Shetland.

En el mes de julio de 1900 Moreno viajó a Edimburgo para controlar la terminación de los mapas que allí se estaban confeccionando. En el mismo mes era nombrado miembro honorario del Instituto Antropológico de Inglaterra y correspondiente de la Sociedad Geográfica de Berlín (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 184).

Discusiones relacionadas con los escritos de Moreno

La redacción de los escritos de Moreno para la memoria argentina se vio demorada pues eran continuamente revisados, tratando de alterar párrafos y términos, debido, en opinión de Moreno, a que se quería imponer el libro de Luis V. Varela. A todo ello se oponía Moreno, debido a los cambios de sentido que algunos de ellos implicaban, porque otros perjudicaban los intereses del país y finalmente por los recargos que ocasionaban en los gastos de imprenta.

Montes de Oca por su parte también se quejaba por las dilaciones (carta a Alcorta del 1 de julio; cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 192-193), aunque creía que la memoria, que él llamaba “la obra de la Catedral” pronto estaría terminada. En su caso atribuía la culpa de los retrasos a Moreno pues, en su opinión, lo que redactaba debía ser “alterado totalmente, para darle forma inteligible”, razón por la cual los chilenos se veían favorecidos y así “(...) gracias al admirable tino del Sr. Perito, nuestros contrarios, que tuvieron la primera palabra, tendrán también la última”.

Al mismo tiempo aconsejaba “proceder como si tuviéramos el enemigo ad portas” y adquirir barcos, en concordancia con la idea de Alcorta de “tener a mano nuestro garrote”, ya que solo “Con decisión podíamos despreocuparnos de la bullanguería trasandina”.

En cartas a Alcorta del 1 de julio y del 1 de octubre, Montes de Oca se lamentaba de que Virasoro no estuviera en lugar de Moreno, del cual se quejaba: “Nuestras relaciones son difíciles, a pesar de estar

dispuesto a sufrir todas sus impertinencias (...) los extremos a que ha llegado ese buen hombre, ungido sabio por su propio bombo (...) reputaciones cocinadas en las trastiendas de los diarios”.

“Si hubiera estado [Virasoro] en lugar del Sr. perito, todo hubiese marchado sobre carriles y nos hubiéramos evitado la situación de inferioridad, en que, por lo que hace al procedimiento, nos hallamos ahora (...). Pero Moreno es quién es, y dudo mucho que aceptara a Virasoro, de quien se declara enemigo. Los dos técnicos chilenos se entienden porque son simples mortales, pero nuestro hombre de ciencia ha bajado a las regiones de la inmortalidad y queda, por lo tanto, fuera del alcance de los que pisan el planeta”.

Montes de Oca pensaba, por momentos, que la presencia de Moreno ya no era necesaria pues el Tribunal estaba en receso, se esperaba la réplica chilena y el único trabajo que quedaba era la confección de los mapas, a cargo del ayudante de la Comisión de Límites, para lo cual llegarían unos datos de Buenos Aires y atribuía a Moreno el considerarse padre exclusivo de todo el trabajo. Pensaba que la designación de Virasoro solamente dependía de la eventual renuncia de Moreno, aunque se preguntaba si tal renuncia no sería un inconveniente y reconocía que “El temor a ella me ha impelido a soportarle todas sus impertinencias” (AGN, Archivo Amancio Alcorta, 738-740; Rato de Sambucetti, 2009, p. 193-194).

Rato de Sambucetti (2009, p. 194) ha hecho notar la inquina que muestran las palabras de Montes de Oca y ha atribuido a sus comentarios parte de la animadversión que Alcorta y Domínguez le demostraban a Moreno.

El 9 de agosto de 1900 Montes de Oca envió la Memoria al Ministro Alcorta (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 193-194), pidiendo fuese mantenida en el mayor secreto, para evitar que fuesen conocidas algunas ideas de Moreno, sobre todo en lo relativo a los tratados, que a su entender pondrían la línea propuesta en serio peligro. Aunque agregaba que a él no le importaría “que se conociesen los extremos a que ha llegado ese buen hombre, ungido sabio por su propio bombo” y se refería con desdén a su propuesta altivez.

Es probable, como lo ha señalado Rato de Sambucetti (2009, p. 193) que sus palabras respondie-

ran a un profundo resentimiento y hasta quizá envidia, pues él, un joven brillante abogado, se veía desplazado por alguien que, sin haber transitado por las aulas universitarias, tenía el reconocimiento del mundo científico. Incluso hacía referencia a que Moreno siempre le decía a Alcorta, que no era asesor técnico.

Insistió además Montes de Oca en la necesidad de comprar acorazados, pues harían que la Argentina no estuviese mirando a Chile y fuese a remolque de ese país: “Nosotros nos armamos y nos desarmamos cuando Chile quiere, pues es Chile quien elige las oportunidades y nos obliga a sacrificios estemos o no estemos preparados para afrontarlos” (...). “Ya somos bastante grandes para pensar por nosotros mismos y hacer lo que nos cuadra”. Esta posición, aparentemente belicista, la reiteraría en carta a Pellegrini del 8 de noviembre de 1900 (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 196),

Mientras tanto Moreno, en carta a su hermano del 26-27 de septiembre de 1900, a sabiendas de las críticas a su carácter que recibía siguió adelante pues: “Solo con estos defectos he podido servir al país. Si hubiera sido amable, condescendiente, en qué apuros nos habiésemos metido”.

Esto era corroborado por Montes de Oca, en carta a Pellegrini del 31 de octubre, donde manifestaba (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 195) que Moreno parecía inmutable ante las críticas y seguía adelante con su trabajo sin preocuparse por otra cosa. Reclamaba poner al día los mapas con los nuevos datos enviados por las comisiones exploradoras y amenazaba con no poner su firma en la Memoria hasta que no se hicieran todas las enmiendas que proponía. Los chilenos por su parte pedían que se completara la Memoria, y para ello el Tribunal quería apurar los trámites y que se presentaran los mapas a medida que estuvieran listos, pues, cuanto más se demoraran, más tardarían los chilenos en contestar.

Por otro lado, informaba que la llegada a Buenos Aires el 24 de octubre de 1900 del Presidente de Brasil, N. F. de Campos Salles (1841-1913), devolviendo la visita hecha por el Presidente Roca a Río de Janeiro el 8 de agosto de 1899, había conmocionado a los chilenos y a la prensa británica, especialmente cuando se hablaba de una alianza argentino-boliviana, pactada en 1891.

Virasoro se incorpora a la delegación argentina. Entrega al tribunal arbitral del resto del material de la presentación argentina, 17 de diciembre de 1900 – 20 de abril de 1901

El 18 y 22 de noviembre de 1900, Montes de Oca informó a Alcorta (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 196) que aparentemente Moreno permanecería en Londres como perito argentino con licencia, y que no había protestado por el nombramiento de Virasoro como miembro de la delegación. Montes de Oca decía no creerle y pensaba que en cualquier momento produciría un alboroto, por lo cual aconsejaba a Alcorta deslindar bien las responsabilidades de cada uno, ya que como sus ideas no concordaban, temía un choque entre ellos.

En la misma fecha el embajador Domínguez informó a Moreno (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 196) que Alcorta, para terminar con la disputa por el significado de algunos términos, había aclarado por telegrama, que “vertiente” se puso en los documentos en el sentido de “costado o lado de montañas”.

Moreno por su parte, en cartas del 29 de noviembre y 26 de diciembre a su hermano Josué (cf. Rato e Sambuccetti, 2009, p. 196), le informaba que pese al nombramiento de Virasoro, había decidido no renunciar, al tiempo que sostenía que siempre creyó que no le iban a dejar terminar su gestión y que lo echarían a la calle al volver.

Moreno fue a París y se entrevistó con varias personalidades argentinas, entre ellas Tornquist, quien le dijo que el árbitro resolvería en junio sobre la base de la interpretación de los tratados de 1881 y el Protocolo de 1893. Ante esta noticia, Moreno manifestó que él evitaría “tamaño crimen, pues el Árbitro deberá tener en cuenta la naturaleza v el límite natural que buscan todas las naciones”.

Entre el 17 de diciembre y el 20 de abril de 1901, se entregó al tribunal arbitral el resto del material (mapas y explicaciones complementarias) de la nueva presentación argentina, cuya primera parte había sido entregada a fines de mayo y en agosto de 1900 (Fiori y Vera, 2002, p. 72).

Nuevos focos de conflictos con Chile, 1900 - 1901

Entre el mes de septiembre de 1900 y fines de año 1901 se produjeron una serie de hechos en los que uniformados argentinos y chilenos avanzaron

sobre zonas en litigio dando origen a una serie de protestas e intercambios de denuncias por parte de ambos países. A esto se sumó la movilización de tropas y compra de barcos y pertrechos militares ante la posibilidad de un conflicto armado.

Al finalizar el primer trimestre de 1901 (cf. Fiori y Vera, 2002, p. 73), Chile realizó esfuerzos para lograr el acceso a los valles cordilleranos desde el Pacífico. Para ello se construyeron las siguientes rutas: 1) Camino de Cochamó, 60 kilómetros en territorio indiscutiblemente chileno y 35 kilómetros en zona litigiosa, con aproximadamente 836 metros de puentes y puentecitos; 2) Camino de Yelcho en parte fluvial, lacustre y terrestre, con 22 casas, dos en terreno litigioso; 3) Camino del Aysén, 65 kilómetros en zona debatida, con 10 puentecitos y 20 casitas; 4) Camino de Baker. Desde puerto San Carlos 140 kilómetros, 3 kilómetros en terreno litigioso, un pequeño túnel de 12 metros y un puente de 33 metros y 15 casas en territorio chileno y 20 puentecitos y 13 casas en territorio disputado; 5) Camino del Río Pascua con un puente de 30 metros y 30 puentecitos, albañales y una casita en sección debatida. Todos no pasaban de un ancho superior a 3 metros. Por su parte el Gobernador Fontana, con autorización de Bs. As., había llevado colonos al valle 16 de Octubre, donde, con la asistencia del agrimensor Llwyd ap Iwan se habían despejado 50 leguas cuadradas y el 1 de febrero de 1888 se fundó oficialmente la colonia. Al mismo tiempo, Chile, el 4 de enero de 1887, había resuelto fundar la colonia de Palena, unos pocos kilómetros al sudoeste del valle 16 de Octubre y en febrero de 1889 formalizó un contrato con la Compañía Sudamericana de Vapores para hacer viajes mensuales entre Millipulli y Palena, con escala en Chiloé.

Ya en abril de 1900, el Embajador de Chile en Buenos Aires, Carlos Concha Subercaseaux, había informado a su gobierno sobre el aparente deseo del gobierno argentino de intervenir en la cuestión de Tacna y Arica y en agosto de 1900 hubo en Buenos Aires desfiles a favor del Perú, mientras periódicos como “La Nación” y “La Tribuna” expresaban sus simpatías por Perú y Bolivia en el conflicto con Chile.

Aparentemente el Presidente Roca habría favorecido esta posición por influencia del Ministro A. Alcorta, posición que modificaría después del falle-

cimiento de este. En oposición se habían expresado Mitre y Pellegrini.

Escribió Mitre en la edición de *La Nación* del 9 de abril de 1902: “La República Argentina daría un triste espectáculo si, al día siguiente de resuelto su pleito secular, saliese defendiendo un pleito ajeno para fundar en él su derecho a vivir en perpetuo malestar y alarma, a arruinarse en armamentos y cegar sus fuentes de progreso, sacrificándolo todo en aras de una misión interventora que ni la historia, ni la geografía, ni los intereses económicos, ni el ejemplo de las grandes naciones de la tierra le señalan. Argentina no es parte en las cuestiones del Pacífico, ni tiene nada que hacer en ellas mientras su propia seguridad ahora y después, no se vea amagada”.

En carta a Domínguez (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 212-213) del 23 de mayo, Moreno hizo referencia a una nota del perito interino Sánchez e informes de Frey, Moreteau y Onelli sobre caminos construidos por Chile. Según Moreno estas construcciones obedecían a dos propósitos: por un lado, fortalecer los argumentos de Chile frente a Buenos Aires y, por el otro, atraer al Pacífico el comercio de la región oriental andina desde el sur de Nahuel Huapi hasta la Colonia 16 de Octubre. Al respecto denunciaba a la empresa de Carlos Morla Vicuña, que comercializaba ganado argentino embarcado en Reloncar, y recomendaba contra esto intensificar las vías de comunicación entre el Atlántico y la región cordillerana.

Consideraba además que como los caminos chilenos no serían borrados y no podía negarse su importancia como argumento, los argentinos en Londres debían disponer de datos sobre: 1, trabajos en la costa atlántica para habilitar puertos; 2, localización e importancia de las poblaciones situadas en la costa y proximidades; 3, estudios sobre el telégrafo a Río Gallegos desde Río Negro; 4, mensuras en los alrededores del lago Musters y entre el río Deseado en Santa Cruz y la Cordillera; 5, estudios topográficos sobre Chos Malal, Nahuel Huapi, ríos Neuquén y Limay, y Cordillera; 6, estudios en el río Santa Cruz; 7, distribución de la población de Río Gallegos.

Sostenía también que era de importancia que el Gobierno Nacional hiciera abrir caminos desde San Antonio a Nahuel Huapi, y desde el Golfo de San Jorge a Colonia 16 de octubre, río Aysén y lagos Bue-

nos Aires y Pueyrredón, así como de Santa Cruz a los lagos San Martín y Belgrano.

Entre el 1 y el 27 de agosto Moreno le escribió a su hermano Josué (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 218) expresando su alarma por los propósitos bélicos de Chile. Al respecto destacaba que gastaban dinero en mejorar la escuadra y no se ocupaban del ejército, todo lo cual lo hacía suponer que el objetivo era obtener una rápida definición de la cuestión de límites, y evitar un fallo desfavorable originado en la divulgación de procedimientos incorrectos. Le pedía que contactase a algún influyente para que viese al Presidente Roca y le advirtiese, pues Chile podía llegar rápidamente al Bio-Bio, al Lácar y al Nahuel Huapi. Su hermano Josué se comprometió a tratar de hablar con Manuel Láinez sobre los peligros de los que su hermano le advertía.

El 30 de agosto en carta a Josué (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 206 y 208) Moreno mostraba su decepción ante la circulación del libro de Luis V. Varela, donde decía que Moreno había regalado a Chile el Bio-Bio y donde Alcorta y Virasoro eran calificados de águilas diplomáticas.

Al respecto Moreno expresó que Alcorta no era ningún águila, ya que volaba al ras y no iba a sacar al país de las dificultades. Él ya estaba enterado de los problemas en el Bio-Bio y creía que eran los más graves que se habían presentado hasta ese momento, tal como lo había previsto en carta al perito interino Sánchez. Consideraba que al firmar Portela el acta de acuerdo con Chile se había procedido con un criterio contrario al que él sostenía y que la única forma de salvar la dificultad era la renuncia de Sánchez con cualquier pretexto. Ya que si se llevaba el tema al arbitraje se crearían complicaciones. Entendía además que como Alcorta había prescindido de él y había dado instrucciones directas a Sánchez, era él quien debía resolver el caso.

En septiembre de 1900, los chilenos elevaron quejas por la presencia de pequeños destacamentos de 3 - 30 soldados del ejército argentino, en los alrededores del lago Perihuaico [o Pirehueico, ubicado entre el lago Lácar y los lagos chilenos Panginpulli y Riñihue] (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 200).

La denuncia de Chile fue presentada por el embajador Concha y contestada por el ministro de RR.EE. de la Argentina, A. Alcorta. Éste sostuvo haber inte-

rrogado al gobernador de Neuquén y al jefe militar de las fuerzas de la zona y de ello había resultado que el movimiento de las comisiones militares se había hecho persiguiendo bandoleros que atacaban las poblaciones orientales, pero que, luego de eliminar el pasaje de bandoleros, el gobernador del territorio había retirado todo destacamento militar de la zona de Huahum. Alcorta también hizo notar que desde 1881 y 1893 las autoridades civiles de Neuquén, ejercitando su jurisdicción, habían dado permiso para ocupar terrenos y levantar poblaciones, y que habían dispuesto la presencia de policía civil en garantía de esos pobladores, y que hasta 1898 nadie lo había creído violatorio de los tratados ni de menciones de demarcación y arbitraje.

Por su parte el embajador argentino en Chile Epifanio Portela, presentó reclamos ante el ministro de RR.EE. de Chile, Eliodoro Yáñez, por los caminos construidos por Chile en el territorio en disputa (Hosne, 2005, p. 146-147). Yáñez explicó que tales sendas no tenían otro objeto que facilitar las exploraciones necesarias para la defensa en el juicio arbitral a cargo del Reino Unido.

Los chilenos denunciaron también en noviembre de 1900 la presencia argentina en la zona de Cerro Palique [ubicado próximo al límite internacional, en el oeste de la provincia de Santa Cruz, al noreste de las localidades chilenas de lago Toro y Torres del Paine]. Según el comisario chileno de Última Esperanza, Chile consideraba que había estado en posesión de ese territorio y no lo creía comprendido dentro de las zonas en litigio. Por su parte, el gobernador de Magallanes había hecho arrancar hitos colocados en 1896, llevándolos a Punta Arenas.

A causa de esta situación, Alcorta ordenó que el destacamento argentino pasara de Palique a Río Gallegos. No obstante, en el mes de noviembre, aumentaron los problemas, pues el gobernador de Santa Cruz, informó que el gobierno de Magallanes había establecido una comisaría en Cerro Palique, casi sobre el límite aceptado por Chile y al este de la zona en que los argentinos habían estado establecidos desde 1898.

Argentina por su parte se quejó de las concesiones chilenas en la zona de Magallanes, las que, hasta que se sustanciara el diferendo, serían siempre a título precario. Esto ya había sido planteado al

embajador chileno Putron, y no había sido resuelto por el fallecimiento de éste, y ahora se solicitó la no repetición de dichos hechos, a raíz de lo cual el nuevo embajador de Chile, Concha, se comprometió a nombre de su gobierno a no otorgar concesiones de tierras entre los 50° y 52° S.

Las reclamaciones del comisario chileno de Última Esperanza se volvieron continuas, a lo que el comisario argentino de Cerro Palique, respondió que estaba allí por orden superior, y que desde que estaban allí no había habido reclamos del Embajador Concha. Por todo lo cual el Embajador argentino ante Chile, Portela pidió que le dijeran si Palique estaba dentro del territorio argentino, a lo cual se le contestó que estaba en territorio en litigio.

En prevención de actos de soberanía chilena en Última Esperanza, el gobierno argentino envió dos acorazados a Ushuaia, y en Chile se temió un avance argentino hacia Punta Arenas.

Entre el 22 y el 29 de diciembre de 1900, Alcorta y Concha firmaron las actas de un acuerdo (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 200-201), por las que se disponía que se debían respetar los compromisos establecidos, no realizar actos que desvirtuasen el arbitraje, ni produjeran agitaciones en ambos países, contribuyendo a la solución arbitral en el menor tiempo posible. Ambos gobiernos darían orden a sus respectivas policías de retirarse de las regiones en discusión. Se entendía asimismo que las sendas construidas por Chile solamente servían al propósito de estudiar esos parajes y que sólo en ese concepto habían sido autorizadas.

El 12 de julio de 1901 falleció en Chile el Presidente Errázuriz y en la segunda mitad del año aumentó el belicismo chileno (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 205). El 18 de septiembre asumió su sucesor, German Riesco (1854-1916).

Inmediatamente después de firmadas las actas de diciembre de 1900, había surgido un nuevo problema porque la redacción hacía referencia de manera imprecisa a “algunas regiones”, expresión que podía aludir a zonas que estaban fuera del problema planteado.

El tema fue resuelto por la intervención directa del presidente Riesco, con notas agregadas en las que se aclaraba que las palabras “algunas regiones” hacían referencia a “los territorios en que no existían instaladas policías antes del 22 de septiembre de 1898”.

De todas maneras, la construcción de caminos continuó, tal como quedó registrado en una comunicación de Onelli al perito interino Zacarías Sánchez (en Fiori y De Vera, 2002, p. 18) el 17 de abril de 1902, donde informaba tales hechos al oeste del Bolsón y de los lagos Fontana y La Plata.

Ambos países comenzaron a prepararse para la guerra y el servicio militar obligatorio fue el corolario de la necesidad de procurarse soldados. En el mes de diciembre se supo que Chile había comprado un crucero, el “Chacabuco”, y tres destroyers y el gobierno argentino, en cumplimiento de la ley de servicio militar, llamó a las filas las clases de 1879 y 1880. Mientras tanto los diarios de Buenos Aires informaban la incorporación al ejército de más de 17.000 conscriptos.

A fines de octubre se conoció un informe del perito chileno Martínez que, según Alcorta, era la prueba evidente de los hechos en los que se basaba la reclamación argentina, y confirmaba la violación de las obligaciones que contrajeron respecto al juicio arbitral.

Escribió el ministro Alcorta al embajador Portela el 10 de octubre de 1901: “Las razones que alegan son inadmisibles y VE debe exigir, antes de entrar a discutir cualquier solución y para evitar la repetición de hechos semejantes en el futuro, 1° que se desapruében los hechos producidos en la parte del límite comprendido entre las dos líneas de los peritos y 2° que se suspenda todo trabajo en ese territorio dándose al efecto las órdenes necesarias. Si no se accediera a estas indicaciones o no se llegara a conclusiones equivalentes, manifestará VE que dará cuenta a su Gobierno y que espera instrucciones”.

Comenzaron una serie de conferencias entre el embajador Portela por Argentina y el ministro de RR.EE. Eliodoro Yáñez por Chile. Portela no tenía mucho margen de maniobra pues obedecía las rígidas instrucciones de Alcorta, por las que toda proposición chilena debía ser sometida a su gobierno, y que él no debía actuar sin instrucciones. Lo mismo sucedía con la delegación en Londres.

De allí siguió una serie de conferencias en las que Portela no obtuvo resultados, porque Yáñez, el ministro chileno, sostenía que no tenía instrucciones para tocar la cuestión de los caminos, que eran simples sendas inocentes usadas por las comisiones

exploradoras argentinas y chilenas. También decía desconocer las declaraciones del perito Martínez, que ellas serían desautorizadas y que no se aprobaría nada fuera de lo que estuviera relacionado con el nuevo estudio de la comisión inglesa. En lo referente a construcciones, sostenía que eran casillas para los trabajadores y que eso se solucionaría con un acta para acordar sobre los caminos de estudio.

Alcorta le advirtió a Portela que, si no lograba la suspensión de todo trabajo, y que: “si no puede llegar a un arreglo que satisfaga nuestras legítimas exigencias, VE manifestará que da por concluida su intervención, dejando a salvo la actitud que tomará este gobierno en la emergencia producida”.

Ante esta situación, el ministro chileno Yáñez pidió tiempo para constatar la naturaleza de los trabajos realizados. Portela creía que sólo quería ganar tiempo y envió a Alcorta un suelto de un periódico que creía había sido redactado por el mismo Yáñez, en el que se veía claramente que no querían dar satisfacciones y preservar los avances realizados.

El 23 de noviembre, Portela le informó a Alcorta (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 227-228) sobre las interminables dilaciones, en las que no obtenía sino evasivas. De allí en más pasó a conferenciar directamente con el presidente Riesco, que le mostró comunicaciones de Magallanes sobre policías argentinos en campos de chilenos.

Finalmente Yáñez propuso el 23 de noviembre: 1° Que las comisiones de límites podrán continuar abriendo caminos para practicar reconocimientos sujetos a delimitación y estudio de las líneas propuestas por los peritos; 2° Sólo se permitirá para tráfico de cabalgaduras y construcciones indispensables para ese objeto, para los trabajadores y conservación de víveres; 3° Antes de comenzar un nuevo trabajo se dará aviso al otro gobierno, indicando el recorrido de la senda; 4° Que los integrantes de las comisiones trabajen en lugares distintos para evitar conflictos; 5° Que la policía territorial para delimitación se hará en conjunto por ambos gobiernos, instalando pequeños destacamentos de policía para mantener el orden.

El 24 de noviembre Portela fue a ver a Yáñez, pero este se había ausentado y le escribió a Alcorta (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 228-229), en referencia a la propuesta de Yáñez: «una, diez, veinte,

cient, quinientas veces he rechazado a nombre de mi gobierno esa fórmula bajo todo concepto”. Portela se había indignado por “la conducta de este ministro de Relaciones Exteriores”.

Las negociaciones de Portela con Yáñez habían fracasado pues ambos sostenían posturas distintas para tratar los dos problemas suscitados: los destacamentos policiales y los caminos que llevaban al Lácar. Los chilenos querían involucrarlos en una misma cláusula, pero los argentinos no, puesto que los primeros eran un problema subsistente desde antes de 1898, pero los caminos eran recientes, y además había trascendido, debido al perito Gral. Martínez, que serían útiles para la colonización del territorio.

Pasado el tiempo sin definiciones, Portela estuvo a punto de marcharse, según las instrucciones recibidas, puesto que Yáñez pretendía la policía conjunta en la zona del Lácar ocupada desde antiguo por la Argentina, el retiro de la policía argentina y no la chilena de la Última Esperanza, y el arbitraje para las disidencias. Ni Roca ni Alcorta estaban de acuerdo en un nuevo arbitraje y dispusieron que, si no se arreglaba la cuestión directamente, se presentaría al árbitro una reclamación en contra de Chile.

El diario “*La Prensa*” del 20 de diciembre publicó un plano en el que todo el Seno de la Última Esperanza, hoy chileno, aparecía como argentino. En un discurso Estanislao Zeballos, exministro de Relaciones Exteriores había adoptado un tono abiertamente belicista, al igual que el periódico “*La Tribuna*”. En Buenos Aires sin embargo, Bartolomé Mitre, Carlos Pellegrini, José E. Urriburu, Norberto Quimo Costa y otros, tenían una posición conciliadora, al igual que los periódicos “*La Nación*” y “*El País*”.

Para el 19 de diciembre (Rato de Sambucetti, 2009, p. 229-230) Chile contrarrestaba la ofensiva con la acusación de que la Argentina propiciaba una invasión al seno de la Última Esperanza, por la aparición allí de fuerzas del ejército argentino y policías, la Argentina se defendía de la acusación, haciendo ver que el traspaso de la zona a delimitar se había producido en persecución de delincuentes, que desde el occidente de la Cordillera azotaban a las poblaciones argentinas.

El diario “*El Porvenir*” del 19 de diciembre y los periódicos de ambos lados de los Andes, criticaban la actitud de los gobiernos en sus disidencias. En

Chile decían que el gobierno argentino, luego de que se aprobase su pretensión sobre los caminos chilenos, se negaría a dar explicaciones sobre los avances en el seno de la Última Esperanza y sostenían el derecho de Chile a avanzar allí.

El gobierno chileno llamó a una serie de notables chilenos a una reunión en la que estos opinaron que, como el país había hecho actos de soberanía en la región, tenía la obligación de defender esos colonos con destacamentos policiales o guarniciones militares y, si la Argentina decía que existían iguales concesiones, entonces podrían lograrse iguales derechos de vigilancia.

Sobre tales bases se redactó un acuerdo que Portela firmó sin leerlo, con lo que no advirtió cláusulas ventajosas para Chile introducidas por el canciller de ese país, Adolfo Ibáñez. Argentina protestó y como no tuvo contestación dispuso el retiro del embajador y comenzó a preparar tropas para una guerra. Roca dijo “Hacemos una paz honrosa o la guerra como es debido”. En la víspera de la Navidad de 1901 Roca tenía a su firma el decreto de movilización, que implicaba una declaración de guerra. Al día siguiente el embajador chileno entregó un comunicado en el que se reconocía un error de copia en el tratado que habían firmado Portela e Ibáñez.

La situación se veía agravada por las relaciones entre los representantes de ambos países. Las que existían entre el ministro chileno Yáñez y el embajador argentino Portela no tenían la cordialidad existente entre las del embajador chileno Carlos Concha Subercaseaux y el ministro de Relaciones Exteriores argentino, Amancio Alcorta.

A todo esto, cabe preguntarse qué pensaba Moreno sobre este tema. Ello se encuentra expresado en una carta del 20 de diciembre de 1901 de Agustín de Vedia al Presidente Roca (Rato de Sambucetti, 2009, p. 226-227), según dichos de su hermano Josué: “Cree Francisco P. que todos los esfuerzos de Chile ante Gran Bretaña se dirigen a demostrar la dependencia en que puede estar el Pacífico de la región Patagónica, de allí los caminos. Se presume que en presencia de un país rico en territorio y de otro pobre, que ha agotado sus riquezas minerales y que necesitará tierra para abrirse a otras fuentes de producción, el gobierno británico, se inclinará a favorecer al último, siempre que hubiera constancia

de este fenómeno: el abandono casi completo de la Patagonia por los argentinos. Por eso Moreno preguntó qué hace el Gobierno Argentino para tomar posesión del resto de la Patagonia, fundar poblaciones, extender ferrocarriles y telégrafos, desarrollar una acción enérgica y acreditar su voluntad de convertirla en rico patrimonio y defenderla por los medios más activos y fecundos”.

El 24 de diciembre de 1901, cuando el embajador Portela ya decidía su partida de Santiago después de no poder ponerse de acuerdo, al ir a despedirse del presidente Riesco, éste decidió la conciliación adoptando el *statu quo* de 1898, según la fórmula propuesta por Argentina. Inmediatamente se fijó el día 25 para firmar las actas consensuadas y el mismo 25 de diciembre, Portela comunicó por telegrama que acababa de firmar las actas, que remitía, cuyo texto expresaba:

“El señor Ministro expuso esos trabajos ejecutados en ejercicio del derecho de las Comisiones de Límites de abrir sendas para explorar el terreno, sujetos a la delimitación y estudio de las líneas proyectadas por los peritos, pero habiendo afirmado el Sr. Ministro de Relaciones Argentino que según informaciones que tiene su Gobierno, puede estimarse que tales trabajos son extraños a aquellos propósitos, el Ministro de Relaciones Exteriores, deseoso de ajustarse estrictamente a los pactos vigentes, declaró que la intención de su gobierno era estudiar esos parajes y que sólo en este concepto autorizaba los trabajos mencionados, no reconociendo acto alguno que importe ocupación de los terrenos en que debe trazarse por el árbitro la línea divisoria de ambos países, con lo cual se dio por terminado el incidente. Los señores ministros convinieron además, a fin de consultar la voluntad de ambos gobiernos de mantener relaciones cordiales que son la esperanza de uno y otro país, en seguir la negociación con el objeto de reglamentar el derecho de las comisiones de límites sobre la ejecución de los nuevos trabajos que puedan creer conveniente iniciar; debiendo someterse al fallo de su Majestad Británica como incidencias del juicio arbitral pendiente, las dificultades que ocurriesen a fin de que sean resueltas breve y sumariamente, en fe de la cual, los infrascritos firmaron la presente acta de doble ejemplar en Santiago, el 25-12-1902. Epifanio Portela y Eliodoro Yáñez. Reunidos en el M. de Relaciones Exteriores de Chile, el

enviado extraordinario o Ministro Plenipotenciario de la República Argentina, el Dr. Epifanio Portela y el Ministro del ramo D. Eliodoro Yáñez, con motivo de los incidentes producidos en el territorio del Seno de la Última Esperanza, comprendido dentro de las dos líneas de los peritos, después de un cambio de ideas y animados siempre de los propósitos de llegar a soluciones amistosas, convinieron en lo siguiente: mantener la situación en que se encontraban los dos países el 22 de setiembre de 1898, fecha en la cual se resolvió someter a la decisión del Gobierno de Su Majestad Británica las divergencias de los peritos y de los gobiernos y hasta tanto esta sea dictada, en consecuencia los respectivos gobiernos darán orden inmediata para que se retiren de la región mencionada tanto la policía argentina como la chilena, con lo cual se dio por terminado el incidente.

Los señores ministros convinieron además, a fin de que se consulte la voluntad de ambos gobiernos, de mantener las relaciones cordiales que son la aspiración de uno y otro país, en seguir las negociaciones con el objeto de reglamentar el servicio de policía que sea necesario establecer en algunas de las regiones del territorio comprendido entre las líneas de ambos peritos, debiendo someterse al fallo de SMB como incidentes del juicio arbitral pendiente, las diferencias que ocurrieren a fin de que sean resueltas breve y sumariamente. En fe de lo cual los infrascritos firmaron la presente acta en doble ejemplar en Santiago, a 25 de diciembre de 1901. Epifanio Portela-Eliodoro Yáñez.

Por acuerdo con este acto hemos convenido no dar publicidad a estas actas hasta el próximo viernes, lo que me permite ponerla en conocimiento de VE. Me es grato participarle que he recibido personalmente las cordiales felicitaciones del cuerpo diplomático por la feliz solución”.

Conflicto con Chile: diferencias no resueltas y preparativos de guerra

El 26 de diciembre el embajador Portela envió un telegrama explicativo (Rato de Sambuccetti, 2009, p. 231-233), pidiendo autorización para “protestar contra la inclusión en el acta de la reglamentación de policía”, pues no respondía a lo convenido tal como se había comprobado al confrontar las actas el Secretario de la Legación y el Subsecretario

del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Alcorta le respondió en la misma fecha de manera afirmativa y pidiendo se hiciera “en la forma más reservada posible” y que si no se hacía que le avisase inmediatamente.

Entre el 26 y el 28 de diciembre se produjeron una serie de intercambios en los cuales se evidenciaron diferencias tanto en las versiones de quienes participaron del acuerdo y sus secretarios como en las posibles soluciones.

Aparentemente mucha responsabilidad le cupo a un empleado del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina al transcribir escritos y al embajador Portela por firmar el acta sin leerla detenidamente.

Portela regresó al país siendo criticado por incompetencia en el ejercicio de sus funciones. Por su parte Roca y Alcorta consideraron que esto equivalía casi a una declaración de guerra. En Buenos Aires hubo manifestaciones públicas y Roca debió salir al balcón de su residencia para tranquilizar a la gente: “tendréis una paz honrosa o la guerra”.

Finalmente, la resolución del conflicto se debería, como se verá más abajo, a la intervención directa de los presidentes de los dos países, Riesco y Roca y pasó por retrotraer la situación al estado existente en 1898, eliminando todas las ocupaciones posteriores a esa fecha.

Contexto institucional en 1901

En el curso de 1901, se produjo el distanciamiento entre Roca y Pellegrini. Como consecuencia de esta ruptura, el Partido Autonomista Nacional se dividió en dos grupos irreconciliables y antagónicos: los que seguían a Pellegrini, cuya fuerza estaba en la Capital y en la Provincia de Bs. As., bajo el nombre de “Partido Autonomista” y los que seguían a Roca, con influencia en el interior del país, con la denominación de “Partido Nacional”. Mitre se retiró debido a su avanzada edad y su hijo y heredero político, Emilio, organizó el Partido Republicano, opositor a Roca. En la Pcia. de Buenos Aires, Marcelino Ugarte, de importante actuación en el PAN, que había sido Ministro de Hacienda del gobernador Bernardo de Irigoyen reunió a su alrededor “una coalición de cívicos y radicales moderados y de elementos autonomistas, que unificó bajo su exclusiva dirección”, con la denominación de “Partidos Unidos”. Así fue elegi-

do gobernador para el período 1902-1906 (Hardoy, 1993 p. 103-104).

Posición y actividad de Moreno en 1901

La cuestión de límites

Moreno mientras tanto había comenzado el año 1901 con optimismo según quedó registrado en las cartas a su hermano Josué del 2, 3, 9, 24 y 30 de enero de 1901; Rato de Sambuccetti, 2009, p. 206).

Moreno había hablado con Virasoro a la llegada de este a Londres, quien en muchos casos le dio la razón y le transmitió lo dicho por Alcorta, en el sentido de que sería escuchado y sus directivas respetadas, pues era su línea la que se discutía. No obstante, a Moreno le extrañó la falta de entusiasmo de Virasoro en tomar conocimiento de los detalles de la cuestión geográfica.

Moreno estaba convencido de que el mundo científico concordaba con la posición de la Argentina, pero muy preocupado por el acta firmada por Portela. En esos días de enero, previo paso para llevar a sus hijos a París con los abuelos, conferenció con Domínguez y Virasoro. Les planteó que no trataba de entorpecer la labor del gobierno y que evitaría crear dificultades, pero que, si estaban de acuerdo con su plan, debían escucharlo.

La respuesta fue un mazazo para Moreno, pues le respondieron que hasta ese entonces el gobierno había coincidido con él, pero que era posible que se decidiese modificar los planes. Moreno entendió que se modificaría lo que él siempre había sostenido de que “*lo que está fuera de la cordillera no está en litigio*”, pues se consideró en litigio la región del cerro Palique.

Moreno seguía insistiendo que el árbitro debía resolver “*si la línea chilena está dentro de la cordillera, pues si no lo está no hay arbitraje en esa parte*”. Lo alarmaba que el Gobierno hubiera reconocido como sujetas a litigio zonas que estaban fuera de la Cordillera y que las mismas hubieran sido incluidas en las actas firmadas en diciembre (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 201), cuando el arbitraje debía estar limitado a aquellas zonas ubicadas en la Cordillera de los Andes en las que no hubiera habido acuerdo entre los dos países: Decía Moreno “*(...) mientras no resulte de la investigación que antecede en el terreno que esas regiones están dentro de la Cordillera, no hay arbitraje*

sobre ellas. Nunca reconocimos litigiosa esa zona. ¡Por el protocolo se reconoce serlo sin embargo!”.

Con respecto al tema del límite en el lago Perihuaico, Moreno trató el tema en carta a Josué del 24 de febrero y del 1, 10, 15 y 24 de marzo (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 207, 209-210). Allí sostuvo la imposibilidad de seguir “*la cadena que corta el Perihuaico*” (...) “*al oriente del encadenamiento principal que aceptó Quirno Costa. ¡Yo no podía cortar mi lago en esas condiciones porque hubiera tenido que cortar el Huicheu-Lafquen, porque el cerro Lauri [actual cerro del Chivo] es más alto y se encuentra en las mismas condiciones que el Chapelco, al SE del Lácar! Y no te digo nada del macizo oriental al N. del Nahuel Huapi. ¡Y en el Lago La Plata y en el Buenos Aires, Pueyrredón, Belgrano, San Martín, etc. etc.! La cordillera no es lo que quieren que sea Q.C. [Quirno Costa], Virasoro, Sánchez o Montes de Oca, y dentro de ésta he buscado las condiciones necesarias para una línea lógica, defendible dentro de los tratados. Querer subordinar a un detalle local toda la línea no solo es una macana, sino que hubiera sido un grave error*”.

En el transcurso de 1901, mientras en Buenos Aires y Santiago de Chile, se desarrollaban hechos que casi terminan en un enfrentamiento armado. Moreno en Londres proseguía con sus actividades, relacionadas fundamentalmente con el tema limítrofe, pero abarcando otros aspectos, como se detalla a continuación.

Según el Informe de la Comisión de Límites en la Memoria de RR.EE. de 1901 (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 199) durante este año se continuó con la colocación de hitos y siguieron los problemas, porque el perito chileno no firmó las actas correspondientes por no haber estado presente. Esto ocasionó que se dejara constancia de la situación, y quedaron sin colocar siete hitos, debido a divergencias entre los comisionados.

Moreno y el Teniente Balvé

Según Moreno, en carta de Moreno a su hermano Josué del 20 de marzo de 1901 (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 309), a principios de ese año, en el banquete anual de la Real Sociedad de Geografía, logró que el Tte. Balvé, que había desarrollado actividades en la isla de los Estados por iniciativa de

Clements Markham, presidente de la sociedad, fuera situado a su lado. Oportunidad en la que le presentó personalidades científicas que se habían ofrecido a ayudarlo.

Este sería uno de los marinos que al volver a la Argentina hablaría bien de Moreno, que tanto se había ocupado de ellos. Balvé incluso le hizo notar a Moreno que había un grupo que propiciaba su futura candidatura presidencial, lo cual él rechazó enérgicamente y calificó de “*disparate*”. Y añadió que él “*no tenía ni condiciones ni aspiraciones y que los que me manifestaban buena voluntad, me perjudicaban*”.

Moreno y el hallazgo de petróleo en Comodoro Rivadavia

Durante 1901, según le recordaba Juan Plate a Moreno en una carta del 7 de julio de 1914 (cf. Rato de Sambuccetti, 2009 p. 29-30), al regresar Plate de sus estancias Nueva Lubeca y La Emma en Chubut, recibió el apoyo de Moreno para solicitar al gobierno la fundación de un pueblo en Rada Tilly y el tendido de una línea telegráfica, todo lo cual les fue concedido. Escribió Plate: “Así me acuerdo como si fuera hoy, que cuando le expliqué que sería de suma importancia que el pueblo naciente tuviera buena agua cercana a su disposición y que a nosotros nos parecía que debía encontrarse esta agua bajo tierra desde que en muchas faldas de la colina se perdían los ojos de agua y vertientes en terrenos guadaluosos –me acuerdo, digo, que cuando le expliqué esta nuestra idea y nuestro deseo, Ud. se puso a reír y me dijo: ‘*Señor mío, agua potable no van a encontrar, esto se lo puedo decir casi con seguridad, pero debajo de estos campos -y para averiguar esto es necesario que se hagan perforaciones- así que soliciten nomas la perforadora que yo les voy a ayudar en sus gestiones*’ “. Agregó Plate que la perforadora llegó en 1903 y en 1907 se encontró petróleo.

Entrega al tribunal arbitral de la parte final de la evidencia argentina, 20 de abril de 1901

En el mes de abril (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 210) Moreno fue a buscar planos a Edimburgo, en los que, a su pedido, no se habían hecho modificaciones en la zona del lago Lácar. En este viaje coincidió con Virasoro, aunque no tomaron contacto.

Por otra parte, arregló con la Sociedad Geográfica la publicación de un nuevo artículo, con un mapa, sobre orografía y geología andinas. Fue invitado a dar conferencias en Edimburgo y en Glasgow y trató sobre la cuestión geográfica nuevamente con Pellegrini, B. Villanueva, Uriburu y Benigno Ocampo.

Moreno se quejaba de que no le enviaban los datos necesarios desde el terreno y estaba muy ocupado pues el gobierno inglés, a instancias de los chilenos, reclamaba los planos que faltaban y trataba de evitar que el tema se convirtiera en una cuestión legal.

Para el 20 de abril de 1901, se completó la entrega de la parte final (mapas y explicaciones complementarias) de la nueva presentación argentina al tribunal (la primera parte había sido entregada a fines de mayo de 1900 y la segunda en agosto). La Argentina completó sus mapas en julio de 1901 y a fin de ese año incluyeron aún dos nuevos mapas.

La Memoria finalmente se presentó y fue criticada por los chilenos (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 211) que la llamaron “monumento literario y tinterrillesco” y sus delegados comentaron que el Tribunal les había manifestado, el 6 de octubre, que prefería un trabajo claro y conciso, y había mirado con desagrado “ese mar de páginas y de repeticiones que nunca se acaba”.

Sin embargo, el volumen de la memoria argentina no superaba el de la propia delegación chilena, la cual constaba de una exposición (tomos I y II), entregada en febrero de 1902, el portafolio de mapas, y dos volúmenes de apéndices documentales (tomo IV), entregados el 4 de abril y el 12 de mayo de 1902.

Moreno en Bélgica

Entre el 10 y el 20 de abril, Moreno, una vez liberado del control de los últimos mapas (Rato de Sambuccetti, 2009, p. 211-212), se trasladó a Bélgica. En el consulado argentino en Amberes encontró el libro de Varela, un folleto de Virasoro y un artículo de Montes de Oca, en buen número, pero no había ningún ejemplar de “*The Argentine Evidence*” presentada al Tribunal Arbitral.

Moreno se tomó unas pequeñas vacaciones y recorrió museos, donde vio Rubens que lo emo-

cionaron, fue al Jardín Zoológico y a la Sociedad Zoológica, y visitó a Eliseo Reclus. Este lo recibió en familia y Moreno quedó impresionado por su pobreza, la alegría de todos y la honestidad de miras del patriarca socialista: “¡El hombre practica lo que predica! No tiene dudas de mi corrección con Chile”. Almorzó con Belisano Montero, cónsul argentino, y fueron a ver a Juan Carlos Belgrano y luego al Profesor Doufont, con quien mantenía correspondencia desde 1872. Aun en vacaciones siguió escribiendo y corrigiendo y pidiendo trabajos que necesitaba.

Preparativos para una institución educativa

El 26 de abril de 1901 su hermano Josué le escribió a Moreno (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 212) y le pidió hacer averiguaciones sobre *L'École de Rochas* y sus estatutos y, de ser posible, conseguir también los de alguna institución educativa de Inglaterra, para que pudieran implementar una similar en Buenos Aires. Le escribió: “Algo de grande, de bueno y de provecho tenemos que hacer Pancho, en la quinta Moreno”. Evidencia clara de un proyecto compartido por los hermanos que, años después, comenzaría Moreno en ese lugar, con las Escuelas Patrias.

Entre el 20 de mayo y el 27 de junio, los hermanos intercambiaron cartas sobre una supuesta composición trucada de vistas fotográficas presentadas por Moreno en la exposición de la Sociedad Geográfica (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 214). Para Moreno, que no había falsificado nada todo eso era “una canallada”. Según Onelli los infundios de fotografías trucadas partían de Virasoro, quien consideraba que Moreno tenía posiciones equivocadas. Esta verdadera guerra de trascendidos estaba a la orden del día.

Por la misma época apareció un libro impreso por la librería Alain Ford, que imprimía los mapas chilenos, incluyendo algunos en los que la línea propuesta por Chile aparecía como frontera definitiva (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 214-215).

Conferencias de Moreno en París, Bruselas, Glasgow y Liverpool

Moreno dio una conferencia en París, que fue leída por Mr. Rabot y tuvo mucho éxito, por lo que

Moreno esperaba que los argentinos presentes hubiesen quedado contentos, pese al vacío oficial del que era objeto.

Moreno hizo propaganda en París y Bruselas sobre la posición argentina en el conflicto limítrofe. Quiso también ir a Alemania, que era el cuartel general del perito chileno H. Steffen, pero se dispuso que la propaganda fuera hecha por Mansilla, representante diplomático en Berlín, pese a que este decía que no estaba capacitado y que debía ir Moreno. Pero aparentemente no se quiso que Moreno les hiciera sombra a Virasoro y Montes de Oca.

El 30 de mayo Moreno le escribió al embajador Domínguez (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 215-216) pidiéndole le ratificase el alcance que le daba a una serie de comunicaciones en las que el Ministro Alcorta aparecía dejando en manos de la Legación hacer los trabajos y planos necesarios, con la intervención de dos nuevos asesores. Estos serían los únicos con intervención en todo cuanto se relacionase con la defensa de la línea argentina en la cuestión de límites, y no debían mantener más relaciones con Moreno que las que tuvieran por objeto hacerle consultas.

Para el 5 de junio mientras Moreno se quejaba de que Alcorta no respondía sus reclamos sobre datos pedidos, Alcorta le escribió a Montes de Oca (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 215) para decirle que Moreno estaba equivocado, ya que le había enviado todo lo pedido y aun lo no pedido.

Pese a que se lo seguía discriminando, Moreno en septiembre dio dos nuevas conferencias, en la Asociación Británica para el Adelanto de la Ciencia, en Glasgow, y en la Sociedad Geográfica de Liverpool.

El funcionamiento del Museo de La Plata en ausencia de Moreno

Mientras Moreno desarrollaba todas estas actividades relacionadas con la cuestión de límites con Chile. Siguió igualmente ocupándose del funcionamiento del Museo de La Plata, a través de un contacto epistolar continuo con el secretario del Museo, R. Catani. Entre otros testimonios, al margen de la correspondencia existente en los archivos del Museo, se halla el de W.B. Scott, editor de los “Reports” de la

Universidad de Princeton, quien visitó el Museo en la primavera de 1901.

Este mencionó específicamente en los “*Reports*” que “el Dr. Francisco P. Moreno, Director del Museo de La Plata, en aquel momento en Londres como miembro de la Comisión Argentina de Límites, puso el museo y todos sus recursos a total disposición del visitante que, viviendo en el edificio por varios meses, disfrutó de su hospitalidad en el sentido más literal de la palabra. El Secretario del Museo, R. Catani, y los Curadores, Dr. Santiago Roth, Profesor R. Hauthal, Dr. R. Lehmann-Nitsche y Carlos Bruch, lo asistieron incansablemente, y a todos y cada uno de ellos les debo mi agradecimiento más cordial por las innumerables veces que nos prestaron su amable ayuda”.

El apoyo a Moreno de los hermanos Lively en el lago San Martín

En la primavera de 1901 Moreno habría estado en la región de Última Esperanza, según testimonio de uno de los tres hermanos ingleses, de apellido Lively, que Moreno invitó a trasladarse desde Tres Pasos, donde residían, a la región del lago San Martín, con el objeto de poblarla para la Argentina. Allí no había residentes y Moreno les prometió la propiedad de las tierras (Hosne, 2005, p. 152-154). Los Lively arrearon su hacienda a través de 700 kilómetros y se establecieron en el extremo sur del lago San Martín. Los servicios de los hermanos fueron requeridos al año siguiente por los capitanes Robertson y Thompson, ayudantes del encargado del arbitraje británico, Sir T.H. Holdich, para el reconocimiento de la zona y colaboraron en el relevamiento desde lago Argentino y Cerro Frías hasta el lago Belgrano.

Escribió al respecto J. Lively en 1936: “En el año 1901 estaba establecido con mis hermanos (...) en el paraje denominado Tres Pasos (...), Última Esperanza, (...) Magallanes, (...) Chile. En la primavera de ese año llegó a nuestra casa el doctor Francisco P. Moreno, representante de la República Argentina ante la Comisión de los Límites y de arbitraje entre Argentina y Chile. (...) El doctor Moreno (...) había recorrido y explorado la entonces despoblada y disputada región del lago San Martín, nos explicó su gran preocupación sobre lo que sería el fallo (...).

Con respecto a aquella región (...) cuyas aguas tenían sus salidas al Pacífico”.

“Entonces mis hermanos y yo explicamos al Dr. Moreno que posiblemente estaríamos dispuestos a colonizar los campos del lago San Martín, siempre que pudiéramos conseguir su firme garantía, como representante del Gobierno argentino, de que nuestros títulos a los terrenos efectivamente ocupados serían respetados por su Gobierno”.

“El doctor Moreno nos hizo entonces la proposición siguiente: Que nos trasladáramos lo más pronto posible con todas nuestras haciendas, lanar y yeguariza, al lago San Martín para ocupar y colonizar en el nombre de la República Argentina la costa sud de ese lago (...) y empeñó su palabra (...) que, si los terrenos ocupados por nosotros resultaran ser territorio argentino por el fallo del señor árbitro, nuestros títulos a esos terrenos siempre serían respetados por el Gobierno argentino y no seríamos molestados nunca mientras que fueran ocupados por mí o por mis hermanos. El doctor Moreno me entregó una bandera argentina para ser enarbolada en el lago San Martín antes de la llegada del señor árbitro”.

“Conformes con estas garantías del Dr. Moreno, vendimos todos nuestros intereses en Tres Pasos, y para hacer más efectiva nuestra ocupación de los campos del lago San Martín, hicimos el viaje de más de 500 millas con toda nuestra hacienda, y poblamos los campos del lado sud de dicho lago en el nombre de la República Argentina, terrenos que, 42 años más tarde, son la residencia de mis hermanos (...).”

“El día 22 de marzo de 1902 fui agregado a la Comisión de Límites como guía y baqueano de los capitanes Robertson y Thompson del Cuerpo Real de Ingenieros a cuyo cargo, bajo las órdenes del señor árbitro Sir Thomas Holdich, quedó el reconocimiento de la región del lago San Martín”.

“Siendo yo veterano de la guerra sudafricana (...) en los años 1899-1900 (...) y contando entre mis tenientes a Mr. Winston Churchill, hoy primer ministro de la Gran Bretaña, supe ganar la confianza de los oficiales británicos, y los capitanes Roberts y Thompson me explicaron lo delicada que era la situación de la República Argentina con respecto a las regiones de los lagos San Martín y Tar ante el arbi-

traje, debido (...) al hecho de que esos lagos tuvieran sus desagüados al Océano Pacífico, y al abandono completo de la región por la República Argentina (...). Después de las exploraciones hechas por el doctor Francisco P. Moreno (...).”

“Insistí siempre que nuestra población debía considerarse como una población argentina y que, si fuera posible, queríamos quedar dentro de territorio argentino (...).”

“Ese año (1902) el tratado entre Argentina y Chile [Tratado General de Arbitraje entre Chile y Argentina] se firmó en Londres y se fijaron los límites entre ambos países y nuestra población en el lago San Martín quedó adentro de territorio argentino. El año siguiente volvió otra vez a la Patagonia la Comisión de los Límites para marcar la frontera, levantando los hitos fronterizos (...).”

“Una vez cumplida nuestra misión, acompañé al Capitán Crossthwaite a Buenos Aires, donde nos reunimos con los demás miembros de la comisión, entre ellos el doctor Francisco P. Moreno, Sir Thomas Holdich, D. Clemente Onelli, (...) en el Hotel Londres de la Plaza de Mayo, (...) y días más tarde tuve el honor de ser presentado a S. E. el Presidente de la República Argentina, General Julio A. Roca, en la Casa Rosada”.

“Al presentarme a S. E., el doctor Francisco Moreno explicó cómo habíamos poblado la región del lago San Martín en nombre de la Argentina, y de las garantías que nos había dado entonces. El General Roca confirmó esas garantías verbalmente y me aseguró que, mientras fueran ocupados por mí o por mis hermanos, nuestros títulos a esos terrenos serían respetados”.

“Luego S. E. en nombre de su patria expresó su agradecimiento a todos nosotros, miembros de la Comisión de los Límites, por nuestros esfuerzos en pro de la paz argentino-chilena (...).”

“En el año 1918 estuve en Buenos Aires por una temporada y (...) visité al Dr. Francisco Moreno quien, otra vez más, tuvo la bondad de repetir las garantías dadas a nosotros 17 años atrás, y me decía que iba a explicar todas las circunstancias del caso al Dr. Maza, entonces Interventor en la Oficina de Tierras” (cf. Cramer, 2006, p. 294-295).

Este poblador de la región del lago San Martín ha dejado además un testimonio vívido de Moreno:

“El doctor Francisco Moreno, el gran explorador y representante argentino ante la Comisión de Límites en 1902. Lo que Piedra Buena hizo en el mar, el doctor Moreno lo hizo en tierra, y entre los dos y a pulso conservaron viva por años la soberanía argentina sobre Patagonia. El nombre de soltera de la madre del Dr. Moreno era Thwaites, hija de uno de los oficiales británicos que se rindieron durante las infortunadas Invasiones Inglesas a Buenos Aires, en los años 1806 y 1807. Así que era casi un caballero inglés. J. Lively”.

“(...) Aunque teníamos noticias de él, cuando lo conocimos [a Moreno] nos pareció un poco extraño para la región (...) un hombre mayor ya, de cuerpo más bien menudo cubierto por un poncho oscuro y liviano. Con aquellos anteojitos no tenía el tipo, y se veía que no era un paisano, aunque se movía por el campo de un modo fácil y natural; pero a poco de tratarlo inspiraba confianza, una confianza que no se nos había hecho sentir desde los funcionarios argentinos o chilenos con los que tratábamos (...).”

“Andaba solo (...) y hablaba un inglés muy bueno, claro, si era una lengua materna (...) después se vino directamente a casa (...) y nos comentó como al pasar, como si en realidad no tuviera mucha importancia, que él nos podía conseguir tierras en el San Martín, dudamos bastante (...) se creería Rey, acaso (...) por casa solo el Rey habría podido otorgar tierras de esa manera (...).”

“Yo no me imaginaba entonces que iba a ser mi jefe, y que hasta mis últimos años conservaría el orgullo de haber trabajado a sus órdenes. J. Lively” (en Crámer, 2005, p. 87, 99, 293).

Uno de los hermanos visitó incluso a Moreno en Buenos Aires, pocos meses antes de su muerte, visita que registró de la siguiente manera: “En la última conversación que tuve con el perito Moreno, en julio de 1919, este se quejaba de que toda la toponimia del lago San Martín procediera de la comisión chilena. Le expliqué entonces que por lo menos no era tal el caso para los ríos Pan, Diablo y Elena, que se conocían entonces con esos nombres, dados por mis hermanos, los primeros pobladores de la zona”.

“Don Francisco prometió hacer lo posible para conservarlos en los mapas argentinos, me mostró un

plano del lago San Martín del que solo existían cinco copias (...) y añadió que cuando había estado en Londres para la firma final del tratado, pidió en vano la impresión de 150 ejemplares (...); no había fondos al efecto (...).

“El doctor Moreno (...) había sido el descubridor del lago San Martín en 1877, y por más que no volviera allí con las comisiones de límites de 1901-1903, recordaba en 1919 precisamente todos los riachos como si los hubiera visto el día antes”. (H. Lively; en Crámer, 2005, 365).

Más sobre la cuestión de límites. Viaje de Moreno a Glasgow. Entrevistas con Plaza y Wilde, septiembre – octubre de 1901

Entre septiembre y octubre de 1901 Moreno viajó a Glasgow y poco después se entrevistó con Plaza y Wilde. Le llegaron planos y fotografías y envió a Domínguez con copia a Sánchez, agregados y cambios a la Memoria.

Había recibido comunicaciones en las que se decía que Chile ejercía soberanía absoluta en la zona de Última Esperanza y no creía que la Argentina fuese a aceptar la situación. Moreno estaba indignado y consideraba que todo era culpa de Alcorta, que dejó que Chile avanzara en el Sur.

El 19 de octubre Domínguez le escribió a Alcorta (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 216) para informarle que Virasoro y Montes de Oca creían indispensable la presentación de estudios para completar el conocimiento de la Cordillera y la línea argentina, encomendados a Frey y otros topógrafos, con precisión de ríos y orografía de la zona. También solicitaba un estudio y planchetas de la línea divisoria al sur del lago Buenos Aires. Moreno pedía el envío de planos con equidistancias de 20 metros que Greiner debía levantar en la región sur del lago Posadas, por el macizo de Cerro Colorado y al Norte hasta 10 millas inglesas al oriente del *divortium aquarum* sobre el arroyo Blancas, y que Hauthal y Ross hicieran estudios geológicos.

El 28 de octubre Moreno fue designado Miembro Correspondiente de la Sociedad Belga de Geografía y el 14 de diciembre Socio Honorario de la Liverpool Geographical Society (Bertolutti Flebus, 1995, p. 96).

La Memoria o Evidencia presentada por la Argentina al Tribunal Arbitral, 6 de noviembre de 1901

Finalmente el 6 de noviembre de 1901 se presentó al Tribunal Arbitral la memoria argentina, la que en sus partes principales redactadas por Moreno (1902a, p. vi-xiv, 1053-1056 sostenía:

“En 1881 se convino solemnemente el límite, y desde entonces, la frontera consagrada por la voluntad soberana de los dos países se mantiene con el carácter de fijeza y permanencia estipulado en el ajuste de esa fecha, cuyo art. 6 dice así: ‘Los Gobiernos de la República Argentina y de Chile ejercerán pleno dominio y a perpetuidad sobre los territorios que respectivamente les pertenecen según el presente arreglo. Toda cuestión que por desgracia surgiere entre ambos países, ya sea con motivo de esta transacción, ya sea de cualquier otra causa, será sometida al fallo de una potencia amiga, quedando en todo caso como límite incommovible entre las dos repúblicas el que se expresa en el presente arreglo’. Este límite de norte a sur, hasta el paralelo 52° lat. S., está constituido por la Cordillera de los Andes, sobre cuya cumbre superior la naturaleza y la historia, la ciencia geográfica y las consideraciones políticas han señalado de consuno la línea fronteriza.

Todos los tratados, todos los documentos, todos los antecedentes públicos y privados emanados de ambos países designan la misma frontera (...). Pero, al señalarla en el terreno, podían suscitarse diferencias entre los funcionarios encargados del trazado, y esas posibles diferencias, solo ellas, fueron sometidas al Gobierno de Su Majestad Británica por el Acuerdo de 1896. ‘Si ocurriesen divergencias entre los Peritos,’ dispone su art. 2, ‘al fijar en la Cordillera de los Andes los hitos divisorios al sur del paralelo veintiséis grados, cincuenta y dos minutos y cuarenta y cinco segundos, y no pudieran allanarse amigablemente por acuerdo de ambos Gobiernos, quedarán sometidas al fallo del Gobierno de Su Majestad Británica, a quien las partes contratantes designan, desde ahora, con el carácter de árbitro encargado de aplicar estrictamente, en tales casos, las disposiciones del tratado y protocolo mencionados, previo el estudio del terreno, por una comisión que el árbitro designará’

Las diferencias entre los Peritos, por consiguiente, solo podían producirse dentro de la Cordillera ; fue-

ra de ella no podía haber territorios disputados, ni límites debatidos; fuera de ella, los territorios se hallan definitivamente sujetos a la soberanía argentina o chilena, y la soberanía no se discute ni se somete a arbitraje.

Si la línea del Perito Chileno no se encuentra en su totalidad dentro de la Cordillera—y el Perito Argentino afirma que no se encuentra toda dentro de ella—no puede ser tomada en consideración ni como antecedente ni como dato, siquiera. Se la ha sometido a arbitraje porque el Gobierno de Chile, de acuerdo con la declaración de su Perito, ha manifestado en el acta de septiembre 22 de 1898 que está íntegramente situada en la Cordillera de los Andes, como lo ordenan los tratados y en la forma que ellos establecen; pero, si se prueba el error de este aserto, la línea debe desecharse, sin más examen: no hay consideraciones que primen sobre las estipulaciones categóricas de los convenios (...).

(...) La obra de la diplomacia ha terminado; pertenece al pasado; solo la obra de los Peritos está aún en pie. Los tratados han dispuesto que el límite corra por el encadenamiento principal de la Cordillera de los Andes, o, en otros términos, por las cumbres más elevadas de dicha Cordillera que dividan las aguas. No es posible eludir esta regla, porque no es posible desconocer los tratados. Para terminar el litigio, únicamente queda por determinar cuál de las líneas propuestas por los Peritos es la que armoniza con estas estipulaciones. El Gobierno de Su Majestad Británica resolverá las divergencias periciales sobre este particular (...).

(...) De acuerdo con esta interpretación la obra de los Peritos se reduciría a buscar, en el terreno, la línea que divide las aguas del continente sud-americano. El lugar en que nace un río debe hallarse forzosa y necesariamente, para responder a las exigencias de los tratados, en la Cordillera de los Andes, y, además, en las cumbres más elevadas que dividen las aguas.

El Perito de la República Argentina, al proyectar el límite, hizo constar, por su parte, en el acta de septiembre 1° de 1898:

1. 'Que la línea general que propone a su colega está toda comprendida en la Cordillera de los Andes.'

2. 'Que en toda su extensión pasa por entre las vertientes que se desprenden a uno y otro lado del encadenamiento principal.'

3. 'Que considera que este encadenamiento principal está constituido por la arista predominante de la cadena principal y central de los Andes, considerada tal por los primeros geógrafos del mundo.'

4. 'Que esta cadena principal es la más elevada, la más continua, con dirección general más uniforme y sus laderas vierten mayor caudal de aguas, reuniendo por lo tanto las condiciones requeridas por el Tratado de 23 de julio de 1881 y por el Protocolo de 1° de mayo de 1893, para constituir con la línea de vertientes de su cresta la línea general de la frontera, entre la República Argentina y la República de Chile.'

De acuerdo con esta interpretación, la labor de los Peritos debía comenzar por buscar, en la Cordillera de los Andes, su eje ideal. Una vez determinado el encadenamiento principal, la frontera debía trazarse en su filo o línea de intersección de sus laderas.

La República Argentina toma en cuenta la cadena divisoria considerada siempre como tal, y no los picos, más o menos elevados, que a menudo solitarios y desprendidos de ella, se alzan a uno u otro costado, ni tampoco los cordones laterales, independientes de la Cordillera. Chile sostiene que la línea fronteriza jamás puede cortar ríos, sea cual sea el punto donde nazcan, dentro o fuera de la Cordillera. La República Argentina sostiene que pueden pertenecerle y le pertenecen 'partes de ríos'; que el límite que corre por la cumbre de la Cordillera de los Andes corta necesariamente todas las corrientes que tienen su origen fuera de la cadena principal, en cordones secundarios o en la región plana de las pampas, y que, en su curso hacia el oeste, se abren paso por entre los desfiladeros y boquetes de las montañas.

En una gran extensión de la frontera, el filo culminante del encadenamiento principal de los Andes, la línea divisoria de sus propias aguas, coincide con el divorcio continental. En esa extensión no hay ríos que, nacidos fuera de la cadena, la crucen de parte a parte. Los Peritos no tuvieron aquí diferencias substanciales, como tampoco las tuvieron en los casos de bifurcación de la Cordillera, previstos por los tratados.

En otras secciones, por el contrario, la cadena principal presenta boquetes por donde pasan corrientes que toman su origen en colinas aisladas, en cordones laterales y aun en las mismas llanuras pata-

gónicas. Cuando esto ocurre, el Perito Chileno abandona la cadena principal, descendiendo, por sus faldas, a los valles y planicies para llevar su línea por las cabeceras de los ríos y por sus caprichosas tortuosidades; el Perito Argentino, por su parte, siguiendo, en la cresta de la cadena principal, la línea divisoria de sus aguas, continúa la misma línea, en la misma cadena, después de cruzar los boquetes. El Perito Chileno adopta, como norma única, la del divorcio continental: cuando la línea que lo señala está en la cadena principal, sigue la cadena principal, pero cuando está en cordones secundarios, sigue los cordones secundarios, como va a las colinas más bajas, a las suaves ondulaciones de las llanuras, y hasta a los pantanos si en esas colinas, en esas ondulaciones o en esos pantanos ocurre el divorcio continental; el Perito Argentino toma en consideración, ante todo y sobre todo, la Cordillera de los Andes; busca su encadenamiento principal y proyecta la frontera por el divorcio que le es propio.

Ambos Peritos se han referido a la división de las aguas, pero en forma diferente; para el Chileno esa división de aguas es la del continente sudamericano, sea que el fenómeno se produzca o no dentro de la Cordillera de los Andes; para el Argentino, la división de aguas no es sino el detalle final que le sirve, como regla secundaria, para designar, dentro del encadenamiento principal de la Cordillera de los Andes, el límite topográfico entre los dos países.

Esta diferencia en sus puntos de vista respectivos, explica las divergencias suscitadas entre los Peritos al proponer los hitos divisorios, sobre cuya proyectada colocación, correcta o incorrecta, se pronunciará el fallo del Gobierno de Su Majestad Británica, después que la comisión técnica convenida haya realizado el estudio del terreno (...)

(...) Si se examina con este criterio la cuestión de límites entre la República Argentina y Chile, se hallará que sus antecedentes todos conducen a las siguientes reglas:

1. La muralla de la Cordillera de los Andes constituye la frontera natural y convencional entre los dos países, desde el extremo norte hasta las proximidades del paralelo 52° lat. S.

2. Dentro de esta Cordillera la línea debe trazarse en una cadena y no por picos aislados.

3. La cadena que debe elegirse es la principal de todas, es decir, la más elevada, la más continuada, con

dirección general más uniforme y sus laderas vierten mayor caudal de aguas.

4. En la cadena principal, así circunscripta, la línea debe pasar por la divisoria de sus aguas, o sea, por la intersección de sus dos planos inclinados o vertientes.

5. La línea fronteriza debe cortar todas las corrientes que atraviesen la cadena principal. (...)

(...)

Los Gobiernos Argentino y Chileno han acudido al de su Majestad Británica para que decida sus diferencias, con sujeción a los tratados y convenios, y esta memoria indica el origen y razón de ser de esas diferencias. No derivan de una cuestión doctrinaria (...) son, por el contrario, exclusivamente geográficas. El límite entre los dos países es la Cordillera de los Andes, y (...) corre por la cresta nevada de la cadena.

La República Argentina sostiene:

1. Que su Perito se ha sujetado a ese límite inmovible al proyectar la línea divisoria.

2. Que la línea chilena, en las secciones que el Perito Argentino ha rechazado, no sigue el encadenamiento principal de los Andes, como debe seguirlo en conformidad a los tratados, y que, en muchas partes, se halla fuera de la Cordillera y fuera, por consiguiente, de la esfera del arbitraje.

3. Que el divorcio continental jamás ha sido estipulado como límite; que es extraño al arbitraje; que éste solo se refiere a diferencias sobre la ubicación geográfica de los hitos divisorios dentro de la Cordillera de los Andes, y que estas diferencias solo pueden ser resueltas después que los estudios del terreno, determinados en el art. 2 del Acuerdo de 17 de abril de 1896, hayan demostrado que son relativas a puntos situados dentro de la Cordillera de los Andes hasta las vecindades del paralelo 52° lat. S. o que estos puntos están comprendidos en los arts. 2 del Protocolo de 1893 y 3 del Acuerdo de 1896 (...).

(...)

La República Argentina confiadamente espera que, al resolverse las diferencias sometidas a arbitraje, se aceptarán los hitos (...) propuestos por su Perito, y se rechazarán los (...) propuestos por el Perito de Chile. Con esta solución, la frontera correrá en definitiva por la Cordillera de los Andes, cuyas cumbres nevadas, alzándose en el espacio, parecen hitos gigantescos colocados expresamente por la naturaleza para decir a cada pueblo: HASTA AQUÍ LLEGARÁS, DE AQUÍ NO PASARÁS."

Continuidad de la beligerancia entre Argentina y Chile en 1902

Los primeros meses de 1902 siguieron siendo complejos (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 239) y la guerra parecía inminente. Sin embargo el embajador argentino en Londres informó que una comisión de geógrafos inglesa iría a la Argentina para auxiliar el trabajo de las comisiones. En realidad, se decidió el envío de una comisión a explorar los terrenos en litigio con el fin de descomprimir la tensión existente entre los dos países.

Como continuidad de la situación de beligerancia, el 2 de enero de 1902 Montes de Oca le escribió a Alcorta (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 240-241) informando que en Londres se creía que Chile iba a ocupar toda la zona en litigio y que no sería posible llegar a una transacción. Se sabía que existían preparativos bélicos por parte de Chile, con la adquisición de: un crucero de 4200 toneladas que ya había salido de Newcastle, un destróyer de la casa Armstrong que estaba en dique seco, dos destroyers de la casa Laird Bros, dos transportes, el *Idazo* de 7200 toneladas y el *Manitoba* de 7000, envíos de carbón y de armas y municiones. Remarcaba además que esto correspondía solamente a lo adquirido en Inglaterra, y que no se sabía lo que podía proceder de los Estados Unidos y Alemania.

Como contraste planteaba la falta de adquisiciones por parte de la Argentina y sus dudas con respecto al protocolo firmado a fines del año anterior y consideraba que el Presidente Roca debía elegir entre una actitud beligerante hacia Chile, con el aplauso del pueblo o una actitud conciliadora que produciría animosidad general.

Luis Varela por su parte escribió a Alcorta el 4 de enero (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 234-235) mencionando que los preparativos bélicos se precipitaban, mientras la indignación pública iba en aumento. Planteaba que el Ministro Yáñez se había aprovechado de la buena fe del embajador Portela para que firmase un documento que no reflejaba lo que se había convenido. Por todo ello entendía que el gobierno argentino podía poner las cosas en su lugar, pues los pactos no habían sido aprobados por el gobierno por más que los hubiese firmado el embajador.

Remarcaba que el embajador de Chile, Concha, había prometido que el presidente Riesco haría una

aclaración las actas, pero que después de ocho días no lo había hecho. Por todo lo cual Varela creía que no se debía seguir recibiendo al embajador chileno y que debían devolverle el pasaporte, salvo que se cumpliera lo prometido, con lo cual el asunto debía darse por terminado.

Pese a los acuerdos firmados a principios de enero de 1902 entre la Argentina y Chile, los preparativos bélicos habían continuado. En Buenos Aires, los periódicos mencionaban alistamiento de tropas, compra de armamento, maniobras de desembarque, simulacros de ataques, ejercicios de tiro y demás. Los periódicos daban amplia cobertura a esos preparativos y la ciudadanía argentina vivía un clima belicista (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 251).

Mientras tanto, en enero de 1902, desde Londres, Montes de Oca informaba a Alcorta (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 242-244) que se habían recibido dos tomos de la memoria chilena, y que la legación argentina, esperaba informes de Moreno y de todos los que habían estado trabajando con Holdich y la comisión arbitral. Montes de Oca suponía, equivocadamente, que Moreno no volvería a Londres.

Montes de Oca pensaba que Holdich tenía la idea usar como línea fronteriza una barrera natural pues “su profesión militar lo inclina a los límites estratégicos y su larga actuación en la demarcación de los confines de la India tiene que haberle infiltrado convicciones de que requerimos una muralla arcifinia pues, (...) la preocupación constante y sistemática de Inglaterra ha sido la de trazar una valla a su imperio asiático, capaz de contener los posibles avances de la Rusia”.

No obstante, no creía “que en todos sus puntos se adopte la línea que defendemos, plagada de errores de todo género”. Consideraba también que habría una crisis con Chile, y que la máxima a emplear con Chile es “Piensa mal y acertarás”. Creía que cuando los dos grandes cruceros encargados por Chile saliesen de sus astilleros “Chile podrá imponer su ley para acentuar su preponderancia en Sud América”. Por ello también le preocupaba que los cruceros italianos comprados por la Argentina no estuvieran listos ese año cuando en seis meses los de los chilenos ya lo estarían. En su ánimo desconfiado y belicista consideraba que “nos creen apáticos y candorosos”, desconfiaba de los arreglos directos de Concha con

Quirno Costa, y estaba dispuesto a pedir que transfiriesen a la Argentina los derechos de uno de los acorazados que construían.

En su opinión “Chile que ha repudiado el arreglo, lo busca ahora por algún motivo o calcula que seremos más generosos que el Gobierno Inglés o desea quedarse con las manos libres para emprenderla con Bolivia y Perú, suprimiendo el pretexto de la injerencia argentina” y concluía que, si era lo primero, convenía que el árbitro decidiese, suprimiendo las dificultades del nuevo pacto y demarcación y, si era lo segundo, era político y Argentina debía exigir lisa y llanamente la aceptación de la frontera propuesta por Moreno. Informó además que Quirno Costa y Virasoro estaban contra la negociación.

En la misma tónica Alcorta le escribió al embajador Domínguez (Rato de Sambuccetti, 2009, p. 239) anunciando la visita de la comisión británica, hecho que había dado ánimo ya que entendía había grandes probabilidades de que le diesen la razón a la Argentina, lo cual sería un gran paso en la solución del conflicto. Sin embargo decía que pese a las actas firmadas con Chile había quedado en todos los espíritus el convencimiento de que la preparación militar debía completarse con urgencia y mencionaba los nuevos cruceros que se construirían en Italia.

El conflicto se desactiva

Todas estas especulaciones carecían de sentido desde que el 7 de enero el embajador de Chile en Buenos Aires, Carlos Concha Subercaseaux, había presentado una nota al Ministro de Relaciones Exteriores Amancio Alcorta (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 235-236) en la que manifestaba, por encargo de su gobierno, que la cláusula final del acta del 25-12-1901, en la parte referente a la reglamentación del servicio de policía, que sea necesario establecer en alguna de las regiones del territorio comprendido entre las líneas de los dos peritos se refería a los territorios en que no existían instalados

policías antes del 22-9-1898. El Ministro de Relaciones Exteriores de Chile manifestó estar “deseoso de ajustarse estrictamente a los pactos vigentes, declaró que la intención de su gobierno era estudiar esos parajes y que sólo en ese concepto autorizaba los trabajos mencionados, no reconociendo acto alguno que importe ocupación de los terrenos, en que debe trazarse por el árbitro, la línea divisoria de ambos países”. Ambos gobiernos convinieron en “seguir manteniendo relaciones cordiales en la mayor armonía y seguir las negociaciones que reglamenta el derecho de las comisiones de límites para la ejecución de nuevos trabajos que puedan creer conveniente iniciar, debiendo someterse al fallo de SMB como incidencias del juicio arbitral pendiente, las disidencias que ocurriesen a fin de que fueran resueltas breve y sumariamente”, con lo que se dio por terminado el incidente.

Con estas aclaraciones, Alcorta aprobó en nombre del gobierno argentino las actas respectivas, y así pareció quedar en claro la cordialidad de relaciones que ambos gobiernos estaban dispuestos a mantener. Al mismo tiempo el Embajador Portela paso a ser representante ante los gobiernos de España y Portugal, en reemplazo de Vicente Quesada, que pasó a ser representante ante los gobiernos de Alemania, Austria Hungría y Rusia, ante la renuncia de Lucio V. Mansilla, y el 13 de marzo de 1902 en Santiago de Chile se nombró embajador a José A. Terry. Como destacó Rato de Sambuccetti (2009, p. 248) esta designación fue una prueba más de la amplitud de miras del Presidente Roca, que no reparaba en nombrar a aquellos que no eran sus amigos, sino a los que creía más capaces para la tarea indicada, puesto que Terry había sido quien, desde su cátedra, más había combatido la ley de unificación de la deuda pública promovida por Roca.

Quedaba por definir la participación argentina en la comisión del tribunal arbitral que revisaría las líneas propuestas.

Capítulo 19

INSPECCIÓN ARBITRAL DE HOLDICH EN LA PATAGONIA - EL LAUDO ARBITRAL

La reina Victoria, ya en sus últimos días de vida, había recibido cuatro actas firmadas por los representantes de ambos países, en las que se consignaban los puntos de coincidencia y disidencia, y sobre esta base envió a sir Thomas Holdich a recorrer el territorio disputado a lo largo de tres meses (Luna. 2001, p. 106).

Como ayudantes de Holdich fueron designados los Capitanes R.S. Dickson, R.E. Thompson, R.E. Robertson y R.E. Crosthwait.

El 9 de enero, Montes de Oca le envió una carta a Alcorta (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 241) en la que le decía que los diplomáticos de la embajada en Londres decidieron que Domínguez viera a Holdich para tratar los siguientes temas: 1, si aceptaba que algún técnico de la legación lo acompañase al terreno; 2, entregarle copias de los últimos mapas; 3, consultarlo sobre el programa de las operaciones a desarrollar; 4, establecer los elementos que serían necesarios para la tarea.

Mencionaba además que Moreno se había presentado en la Legación, diciendo “*que había arreglado por sí y ante sí algunos puntos*”. Nos pareció sugería que marchara Zwilgmeyer acompañando a Holdich, pero entiendo que el Dr. Moreno es quien debe acompañar a la Comisión británica, ya que su carácter pericial le señala el terreno como campo único de acción”.

Pero el 10 de enero Moreno le envió una carta a Alcorta (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 244-246) en la que incluyó un cronograma tentativo de las

actividades de la comisión inglesa presidida por el Cnel. Holdich para principios de enero de 1902.

Dejó en claro además que él quería acompañarlo, pues siempre lo había considerado necesario; e indicaba que sería una excursión rápida, pues su principal objetivo sería verificar en el terreno el grado de exactitud de los mapas argentinos y chilenos sobre los puntos de disidencia, los cuales no eran tantos como podía suponerse.

Informaba además a Alcorta que Holdich le había hecho muchas preguntas sobre el valor económico del suelo para la agricultura, la existencia de madera y minerales conocidos o presumidos, con lo que resultaba evidente que la misión abarcaría otras consideraciones además de las geográficas.

Mencionaba los elementos que necesitaría y le informaba que el gobierno chileno ya había dispuesto los medios de conducirlo al sur para que llegase a Última Esperanza seis semanas luego de su partida de Southampton.

A continuación, hacía una serie de sugerencias: tender una línea telegráfica hacia Nahuel Huapi desde Neuquén o Junín de los Andes para la comunicación con Santiago y Buenos Aires, pues sería desfavorable la impresión resultante de tener que emplear el telégrafo chileno desde Puerto Montt, usando los caminos recientemente abiertos; facilitar la comunicación de todos los puntos en conflicto con el lado argentino; y la conveniencia en instalar correos en Vizcachas, lago Argentino, este del lago San Martín, lago Belgrano, Posadas y zona del río Fénix.

Calculaba que los ayudantes del coronel, su hijo el Tte. Holdich y el mayor Clausen (luego reemplazado por R. Crosthwait) no podrían estudiar más de 7 u 8 millas diarias, y para ello necesitarían dos meses de trabajo, el material necesario y personal adecuado que ya hubiera trabajado en la zona. Para esto último recomendaba, al Ing. Gunardo Lange (argentino naturalizado), que manejaba el idioma inglés y que conocía el terreno entre Nahuel Huapi y el río Sengerr, también Cholila, 16 de Octubre y el río Rico, y el Sr. Stegman, que también sabía inglés y conocía la región de 16 de Octubre, y a Frey para que esperase a Holdich en Nahuel Huapi.

Quería contar además con Santiago Roth (argentino naturalizado), geólogo del Museo de La Plata, que también conocía el terreno y podría hablar de la geología de las zona montañosa y de los depósitos sedimentarios en cadenas, mesetas y hondonadas de oriente y mostrar el *divortium acquarum*.

Proponía que en el valle del Aysén se contase, al pasar Holdich, con Moreteau, un ingeniero en minas que se encontraba en la estancia Richards, y podría ayudar en el recorrido por el pie de la Cordillera. También planteaba que se podría recurrir al Sr. Álvarez, que trabajaba en la zona entre el seno de la Última Esperanza y el lago San Martín y mencionaba la necesidad de que en este último hubiera alguien de la comisión de límites para poder utilizar la lancha allí existente.

Consideraba oportuno también que Hauthal que trabajaba en esos momentos entre los lagos Belgrano y San Martín, estuviese disponible en marzo para encontrarse con Holdich, que tenía interés en verlo. Solicitaba también que Greiner y Guglielmetti, cuyos trabajos habían impresionado a Holdich, ayudasen a la comisión inglesa.

Proponía la partida inmediata de Onelli con instrucciones precisas, quien podría encontrarse con Holdich en la estancia Koslowsky para ponerse a sus órdenes para su regreso a Buenos Aires vía colonia Sarmiento.

Detalles del viaje

Cerca de mediados de enero, también escribió Moreno a Domínguez sobre los detalles del viaje (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 246). En primer lugar informó que debido a demoras en los prepa-

rativos, la expedición había aplazado su salida y que partirían en barco el 31 de enero y que él trataría de volver a Londres a fines de julio. También informaba que Holdich y él irían a Río Gallegos y a Puerto Consuelo en Última Esperanza y que juntos llegarían al río Vizcachas, lugar desde el cual Holdich seguiría hacia el norte y él, hacia el sur y luego hasta Bahía Blanca y por ferrocarril a Confluencia y de allí, a caballo, hasta el lago Nahuel Huapi. Moreno se reuniría con Holdich al pie del Tronador, desde donde éste pasaría a Puerto Montt, visitando el estero Calen y el río Las Heras. Moreno, luego de la reunión con Holdich en el Tronador, seguiría hacia el lago Lácar.

Los capitanes Robertson y Dickson por su parte irían de Vizcachas al lago Argentino y de allí hasta San Martín de los Andes, luego marcharían al lago Belgrano, y seguirían su gira hasta reunirse con Holdich.

Entre el 16 y 22 de enero, Moreno le volvió a escribir a su hermano Josué (en SR, p. 246-247) enfatizando el cumplimiento de su propósito de acompañar a la misión inglesa, en uno de los casos a las dos de la mañana y rendido de cansancio, pues preparaba una conferencia que debía dar en la Sociedad de Geografía. En Chile, según su relato, estaban preocupados por su participación en el viaje pues pensaban que podría influir en Holdich. El creía, en cambio, que deberían pensar que este iba solamente a ver la región, y que él solamente podría servir de guía. De hecho, Chile trató de impedir el viaje de Moreno, para lo cual se quejó al *Foreign Office*, pero sin éxito.

Moreno contó a su hermano que había pedido permiso a Domínguez para ausentarse de Londres y que éste había trasladado el pedido al Ministro. Finalmente, la autorización llegó, aunque antes de su partida aparecieron unos documentos importantes para considerar, que debieron haber llegado con anterioridad. Moreno siempre desconfiado con la diplomacia, mencionaba que Holdich le decía que no era diplomático y que por eso ellos dos se llevarían bien.

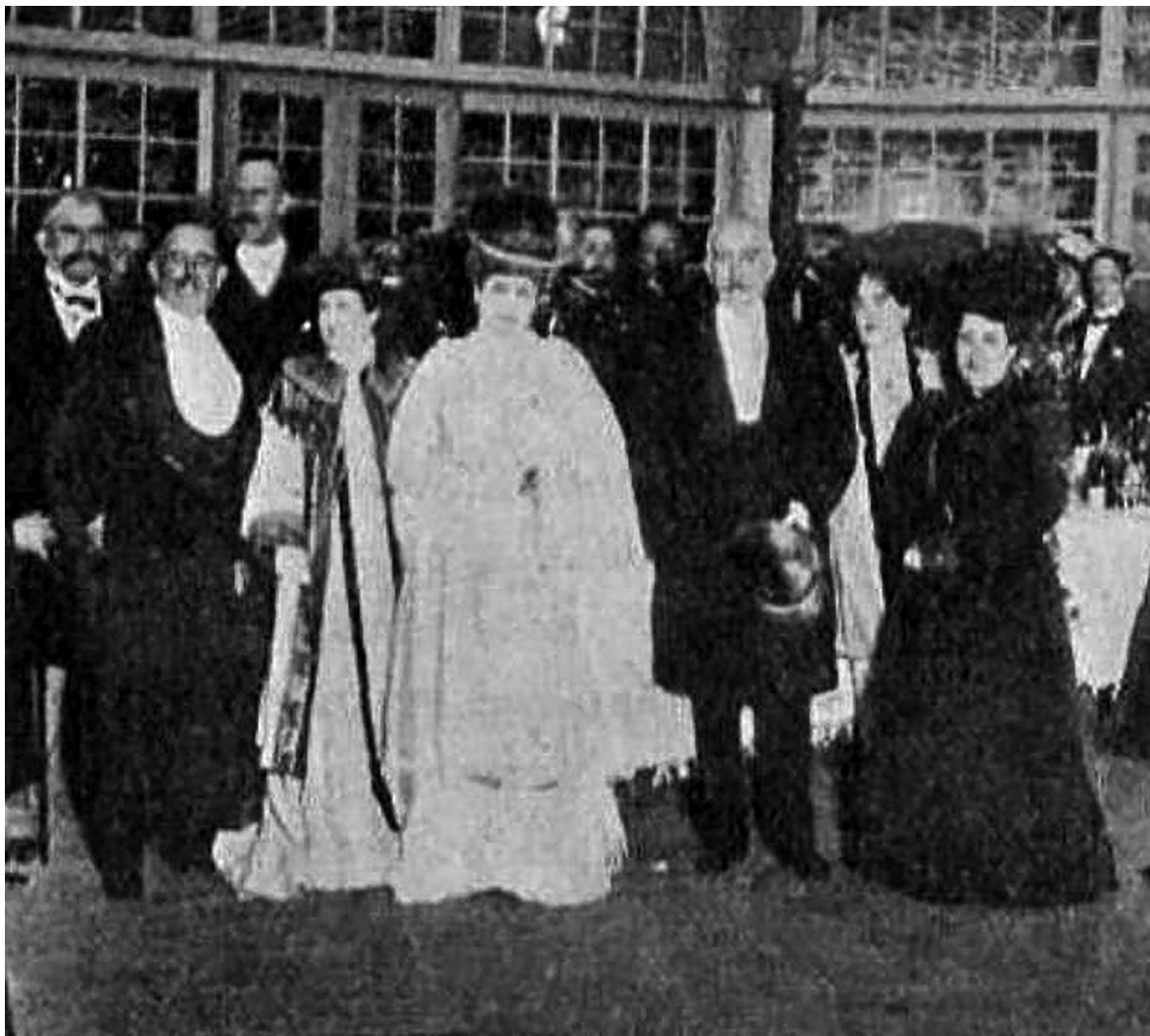
Comentarios de Montes de Oca

Montes de Oca había escrito a Alcorta del 9 de enero, apoyando la propuesta de que Moreno acompañase a Holdich. Escribió Montes de Oca: “Dejo a un lado mis opiniones personales a su respecto que

no han variado y creo que el puesto de Perito le señala su campo de acción, no en Londres, sino en la zona discutida”. El único mal que veía era que, en sus conversaciones con Holdich, “el Dr. Moreno se dejase arrastrar por su aversión a los tratados, pero espero, que siquiera por amor propio, proceda con la necesaria cautela”.

Aun así creía que Moreno trataba de no ir, ya que primero habría hablado, como posibles acompañantes, de Zwilmeyer y luego de Lange y Roth, y después había dicho que Holdich le aconsejaba quedarse en Londres para preparar la respuesta a Chile.

A continuación, Montes de Oca daba un esbozo de cómo debía prepararse el viaje, que en parte



Agasajo en Parque Lezama, 29 de diciembre de 1902. Moreno (izq.) y Holdich (der.)
Caras y Caretas No. 222. Del 3 de enero de 1903.

coincidía con el enviado por Moreno y reiteraba sus quejas de que éste “quiere aparecer como promotor de cuánto se hace y se piensa” y “me alarman las atribuciones que se confiere a sí mismo el Dr. Moreno y sobre lo que ya he tenido oportunidad de llamar su atención”. Creía que la forma de proceder de Moreno hacía que se estuviesen perdiendo elementos útiles para la defensa. Por otro lado, consideraba que lo que este aconsejaba, era lo mismo que ellos decían y que el telégrafo hasta Nahuel Huapi sería muy útil.

Pedía además que se diese orden a Moreno para no contraer compromisos de ningún tipo. Esto lo consideraba necesario porque “el señor Perito se considera dueño exclusivo de la cuestión límites, y soberano de la zona litigiosa (...) en virtud de las atribuciones de su cargo”. Y se quejaba de un folleto que Moreno había entregado al embajador Domínguez, en el cual historaba la cuestión límites. Decía que Domínguez y Virasoro lo criticaron y que él, aunque sólo vio unas pocas páginas, había observado la absoluta falta de método: “No se dice en qué consiste la cuestión y se suceden las opiniones, en forma de versículos sin orden ni concierto.”

Posición de Moreno

Por su parte, Moreno, al margen de todas estas críticas, se preguntaba con respecto a su participación en el viaje de la comisión británica: “¿Cómo voy, en qué carácter? No lo sé, sólo un telegrama en que me conceden licencia”. Aun así confiaba en que lo dejarían actuar de acuerdo a su plan, que enviaría al Presidente Roca por intermedio de un amigo. Moreno se sentía protagonista de jornadas históricas, pero al margen de la legación, pues esta había designado a Vicente Domínguez y su señora para acompañar a Holdich e introducirlo en la sociedad porteña, lo cual demoraría a este en Buenos Aires unos 5 o 6 días. En realidad, el envío de Vicente Domínguez habría respondido al propósito de vigilar a Moreno (Rato de Sambucetti, 2009, p. 242), seguramente con el acuerdo del Ministro Alcorta.

Moreno dejó Londres con sus hijos, como ya se mencionó, pero antes pasó por Belfast para retirar un mapa en relieve que había encargado y le pidió a su hermano Josué que al llegar pudieran ir unos

días al campo y verse y reunirse con su otro hermano Eduardo.

El 22 de enero de 1901 falleció la reina Victoria a la que sucedió su hijo mayor como Eduardo VII.

Holdich en la Argentina y en Chile

Moreno salió de Londres el 31 de enero de 1902, acompañado de su secretario, Clemente Onelli y con tres de sus hijos, Juana María, Eduardo y Florencio, pues el mayor (Panchito) se quedó en Londres estudiando pintura con De Martino (Bertomeu, 1949, p. 373-4; Ygobone, 1956, p. 293; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 127)

Junto con ellos también viajó a Buenos Aires, el Coronel Sir Thomas Hungerford Holdich, comisionado que representaba al Tribunal Arbitral.

El 22 de febrero, a bordo del buque inglés *Danube*, llegaron Holdich, Moreno y Domínguez al puerto de La Plata. Según Fioni y Vera (2002, p. 82) con Holdich venían sus colaboradores, los capitanes W.M. Thompson, C.L. Robertson, y B. Dixon y el subteniente Harold A. Holdich, hijo del comisionado y, en una fotografía tomada en la ocasión, además de Moreno y Holdich, también estaban los capitanes Thompson, Robertson, y Dixon y el teniente Harold Holdich, Luis Federico Terrero, Clemente Onelli y Miss Ingles, institutriz de Juana María. Además llegaron H. Steffen y Pedro Montt.

En nombre del ministro de Relaciones Exteriores, los recibió el Dr. Adolfo Orma y posteriormente tomaron un tren expreso hacia Buenos Aires, donde los esperaba el Embajador de Chile, C. Concha.

La comisión, con Moreno y sus ayudantes y los representantes chilenos, recorrerían la cordillera desde el lago Lácar hasta el seno de Última Esperanza, tarea que debía ser realizada en tres meses.

La región y la línea en disputa

La complejidad del tema se reflejaba en el hecho de que la línea proyectada por el árbitro chileno desde el Paso San Francisco en la Puna de Atacama hasta el paralelo 52, en el seno de Última Esperanza, comprendía 348 puntos, ubicados por Chile según el *divortium aquarum* continental, mientras que la del perito argentino proponía 306 puntos ajustados a la Cordillera. Sobre esos 348 puntos chilenos y 306

puntos argentinos debía expedirse el árbitro (Berto-
meu, 1949 p. 376).

El territorio afectado por la disputa limítrofe, con una superficie de más de 94.000 km² comprendía el Paso de San Francisco, en la Puna de Atacama, la cuenca superior del lago Lácar en Neuquén, los valles y montañas situados desde el Paso Pérez Rosales, situado en la base del cerro Tronador, hasta el lago San Martín en la provincia de Santa Cruz. De acuerdo con Chile, debían pertenecer a ese país rincones como los del lago Mascardi, el cerro Tronador, las gargantas del río Foyel, valles donde se encuentran hoy las localidades de El Bolsón o Lago Puelo y Cholila, con sus respectivos lagos, las planicies de El Maitén y las praderas y valles de Cholila; los encañados lagos Rivadavia, Menéndez, y Fatalaufquen (al que Chile denominaba Barros Arana), el valle 16 de Octubre y las depresiones del Corcovado y el Carrenleufú y el propio lago Vintter, entonces denominado General Paz (cf. Fiori y de Vera, 2002, p. 17).

Conformación de la comisión exploradora

En el local de la Comisión de Límites ya estaban ordenadas las provisiones y útiles que serían despachados a Río Gallegos y al Nahuel Huapi, para ser transportadas a donde el Cnel. Holdich indicase. El personal acompañante se componía de 3 ayudantes jefes, 4 ayudantes, 10 auxiliares de varias categorías y un geólogo, 150 peones y 3 mayordomos, y de unos empleados y peones adicionales contratados por Moreno. Los costos fueron cubiertos por el Tesoro Nacional.

Holdich en Buenos Aires

El coronel se hospedó con los Capitanes Robinson, Thompson, Dickson y el Tte. H.A. Holdich, en el Grand Hotel, y durante su estadía en Buenos Aires Ángel T. de Alvear puso a su disposición su automóvil. Steffen siguió viaje a Chile para informar a su gobierno y preparar su recibimiento y exploraciones (Fiori y Vera, 2002, p. 82).

El 25 de febrero Holdich visitó el Museo de la Plata, admirando sus colecciones (Rato de Sambucetti, 2009, p. 247) y el 26 de febrero fue a Campo de Mayo, donde fue recibido por Ricchieri, Garmendia y parte de la plana mayor. Allí conversó con un cons-

cripto de familia inglesa procedente de Arrecifes y elogió todo lo que vio.

Itinerario de Holdich. Santiago de Chile. Última Esperanza-Cerro Tronador

El 27 de febrero (cf. Fiori y de Vera, 2002, p. 83) Holdich salió para Chile a las 8:55 a.m. en el Tren del Pacífico.

Holdich con su comitiva salieron desde Retiro para Villa Mercedes y Mendoza, con destino final en Chile (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 248) en un tren con un coche especial, un salón comedor y dos vagones de primera clase. En Mendoza visitaron la bodega El Trapiche y luego siguieron hasta la última estación del ferrocarril, que era Punta de Vacas y de allí pasaron a Chile.

En la frontera los esperaban el General Vergara, jefe del Estado Mayor del Ejército de Chile, el Sr. Foster Racabarren, subsecretario del Ministerio de RR.EE. y uno de los edecanes del presidente. En Santiago lo recibieron el ministro de RR.EE. Eleodoro Yáñez, Jorge Montt y el Gral. Aristides Martínez, presidente de la Comisión de Límites (cf. Fiori y de Vera, 2002, p. 84).

En los primeros días de marzo (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 248) Holdich conferenció con el Presidente Riesco y diplomáticos chilenos, en la Moneda, se entrevistó con Barros Arana y fue visitado por el subsecretario argentino Blancas. Después fue a Valparaíso, donde visitó la Escuela Naval acompañado por el Almirante Jorge Montt, recorrió viñedos y el 5 de marzo se embarcó con Steffens en el crucero Zenteno rumbo a Magallanes, mientras el capitán Dickson seguía al hito de San Francisco. El perito chileno Martínez había presentado su renuncia y había sido reemplazado por Steffen. El gobierno de Chile había puesto a disposición de Holdich el transporte Magallanes y la escampavía Meteorito (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 248). Su itinerario incluía recorrer el seno de Última Esperanza, desde allí dirigirse a Puerto Montt y al Paso Pérez Rosales para encontrarse con Moreno (cf. Fiori y de Vera, 2002, p. 84).

Mientras tanto Moreno se trasladó a Bahía Blanca, donde se le incorporaron los capitanes Thompson y Robertson. En Madryn se les unió Onelli y luego

se dirigieron a Santa Cruz, donde fueron huéspedes del Gobernador McKinley en Río Gallegos, localidad desde la cual trabajaría Onelli.

Los principales objetivos que se lograrían con un examen geográfico de la zona en disputa determinaron la ruta adoptada. En primer lugar, Moreno consideró esencial que el examen se realizara con la mayor rapidez para asegurar su terminación antes de que los rigores del invierno patagónico los obligaran a suspender el trabajo en el terreno. Esto solo fue posible dada la existencia de mapas de las regiones por examinarse. Siempre que esos mapas estuvieran completos y fueran exactos y los peritos de ambos lados quedaran satisfechos de su exactitud y no presentaran argumentos posteriores sobre este punto, todo quedaría dispuesto para que el Tribunal comenzara de inmediato a estudiar o fijar un límite de compromiso basado en esos mapas. Si fueran insuficientes o inexactos, la investigación con seguridad se prolongaría (Fiori y Vera, 85).

Para facilitar las comunicaciones se había establecido una oficina de telégrafos en Bahía Laura, próxima a San Julián, pero no se había cumplido la promesa del gobierno a Moreno de terminar la línea desde Comodoro Rivadavia al lago Buenos Aires y al Lácar y Colonia 16 de Octubre.

De Río Gallegos, Moreno fue a Palique con los Capitanes Robertson y Thompson para encontrarse con Holdich y definir el programa de trabajos. Desde allí el Capitán Robertson se dirigió hacia el norte para explorar toda la región que se extendía hasta el lago Buenos Aires. Holdich por su parte se embarcó en Puerto Pratt el 18 de marzo en el pequeño vapor “Cóndor” (Holdich, 1904, p. 256).

Para el 25 de marzo Holdich ya había explorado el seno de la Última Esperanza, y recorrido con Moreno en el vaporcito Cóndor la península Muñoz, el estero Calén, el río Aisén. Después Holdich continuó solo hacia Punta Arenas y Puerto Montt.

Mientras tanto en Londres, seguía la “campaña” contra Moreno. Así el 31 de marzo Virasoro le escribió a Quirno Costa (en SR, 2009, p. 262) diciendo que él había pedido su traslado por no concordar con Moreno, ya que éste creía que era el único que conocía el asunto, no se amoldaba a su rol y pensaba que los demás perjudicaban “nuestro derecho” y agregaba: “Esta manía que lo domina por

completo, no podrá ser contenida ni con las más precisas instrucciones”.

Para el 7 de abril, Holdich, Steffen y el Teniente Holdich habían llegado a Puerto Montt, desde donde pasaron los Andes para llegar al pie del cerro Tronador y encontrarse con Moreno (Holdich (1904, p. 286).

Dickson, arribado a Valparaíso, fue al lago Lácar para encontrarse con la comisión inglesa, mientras Thompson recorría el valle del río Gallegos hasta el lago Maravilla.

El 10 de abril de 1902 Moreno y Holdich se encontraron en el Paso Pérez Rosales, al pie de la ladera norte del cerro Tronador, para luego dirigirse a Trevelin. Holdich venía de Puerto Montt y escribió al respecto: “Al llegar, casi caí en los brazos de mi viejo amigo, el distinguido geógrafo Dr. Moreno, quien al salir de Buenos Aires me había prometido esperarme aquí el 10 de abril y, como de costumbre, cumplía su palabra (...).

El encuentro fue en la laguna Frías, que Holdich encontró encantadora y describió con poéticas palabras. Dentro de lo anecdótico Holdich (1904, p. 296) recordó posteriormente que Moreno “con férvida lealtad” le dijo que no existía un lago más encantador, ante lo cual Holdich pensó en el Osorno y concluyó que las palmas las debía tener el lago de Todos los Santos.

Primera propuesta de Moreno sobre Parques Nacionales, 12 de abril de 1902

Desde aquí el 12 de abril Moreno le envió un telegrama a Roca, en el cual hizo el primer planteo sobre reservas de parques. Moreno pidió a Roca que suspendiese cualquier resolución sobre tierras y bosques de esos parajes hasta su regreso a principios de junio, por considerar que, tal como se lo dijera el día de su partida, era fácil hacer de esa región un centro de riqueza en menos de dos años. Mencionaba que esa opinión era compartida por Holdich y le pedía reserva al respecto. Mencionaba además que el 14 de abril continuarían por el interior de la cordillera hacia el valle 16 de Octubre

Moreno y Holdich en el NO de Chubut

Para cuando Holdich y Moreno llegaron a la zona, la colonia galesa de Rawson, Trelew y el valle superior del río Chubut enfrentaba graves proble-

mas debido a las inundaciones que habían ocasionado la pérdida de varias cosechas. Ante esta situación aparentemente se abrieron varias posibilidades que hubieran implicado el éxodo de todos los pobladores. Inglaterra ofrecía llevarlos a Canadá y darles tierras de manera gratuita en ese país (Rato de Sambucetti, 2009, p. 249-250). En una reunión de pobladores, realizada en Gaiman, se resolvió permanecer en el país y aceptar un ofrecimiento del gobierno para trasladarse a Choele-Choel, aunque finalmente se quedarían en Chubut.

El 27 de abril, la comisión de límites pasa por El Maitén, en viaje hacia la escuela de Río Corintos (Fiori y de Vera, 2002, p. 14). A la noche llegan a Cholila y paran en la casa de Butch Cassidy y Sundance Kid (ausentes en ese momento). Allí conocieron a Percy, un muchacho de la colonia galesa que los guiaría hasta la colonia.

El 29 de abril pasaron el “Lago Pléyades” [lagunas actualmente conocidas como “La Zeta” y “Caradog”] a c. 5 km de donde hoy en día se halla Esquel. Al caer la tarde instalaron su campamento en la Estancia La Florida ubicada en la margen del río Corintos, lugar desde donde, según relató Holdich (en Fiori y de Vera, 2002, p.23) los colonos enviaban el ganado más allá del Nahuel Huapi [quizás Junín de los Andes] hasta alcanzar en Chile el ferrocarril a Santiago de Chile, aunque los insumos usuales los recibían de la Colonia del Chubut.

En el ingreso a la granja, los colonos colocaron un arco con un gran cartel en el que se leía “*Wellcome*” y sobre él una bandera argentina. Según Holdich “se los veía bastante felices y todos se sienten argentinos en su afinidad” (Fiori y de Vera, 2002, p. 22).

El origen de la colonia galesa en la zona se había iniciado el 25 de noviembre de 1885, cuando L.J. Fontana llegó desde Rawson a la región donde actualmente se hallan Esquel y Trevelin. El valle fue bautizado “16 de Octubre” por Fontana, en alusión a la fecha de 1884 en la que el Congreso había sancionado la ley de creación de los territorios nacionales. Fontana realizó una segunda expedición en 1888 y las primeras familias galesas llegaron al lugar en el verano de 1888/89, conformando una comunidad que fue la primera organizada y sostenida por las autoridades argentinas en la región (Fiori y de Vera, 2002, p. 55-56).

En 1901 la colonia galesa en el valle 16 de Octubre contaba con una capilla, una escuela nacional, un juzgado de paz y un destacamento militar. Cerca de Trevelin, junto al río Corintos (el río era llamado de los Corintos por la abundancia de estos arbustos groselleros – *Ribes rubrum* - en sus orillas) se hallaba la escuela rural en la que se expresaría el sentir de la comunidad con respecto a su pertenencia a la Argentina o a Chile.

Asamblea en la escuela del río Corintos de la Colonia Galesa, 30 de abril de 1902

El 30 de abril cerca del mediodía, un asistente de Moreno llegó hasta donde estaban Moreno, Holdich y Steffens y les hizo saber que los pobladores los esperaban en la escuela.

Allí estaban el maestro Owen Williams y conocidos vecinos de la colonia. Entre ellos, Eduardo Humphreys, comisario designado por el gobierno del Territorio Nacional, John Daniel Evans (El Baqueano, que ocupaba la tierra en la que se hallaba la escuela), Thomas Dalar Evans, Antonio Miguens y Martin Underwood. Este último era el granjero más importante del valle y junto con su esposa Sara y sus hijos John y Lita habían llegado desde el valle inferior del Chubut en los primeros días de 1891. Underwood –que había sido designado alternativamente como comisario y Juez de Paz- tenía una estrecha amistad con Moreno, relación que mantuvieron hasta la muerte de éste en 1919 (Fiori y de Vera, 2002, p. 13, 23).

Según Holdich (en Fiori y de Vera, 2002, p. 29) “a las dos de la tarde nos trasladamos en un carro junto a todos los miembros de la Comisión y los hombres de la Colonia a la escuela situada a unas dos millas de aquí. Allí fuimos recibidos con un poema de bienvenida (...) canciones galesas y un discurso al cual respondí” (en Fiori y de Vera, 2002, p. 29).

Existen varias fotografías tomadas en el frente de la escuela. En una de ellas hay un grupo de más de cincuenta pobladores con algunos niños y en otra, tomada por el antropólogo Carlos Bruch, hay más de 30 niños con algunos adultos detrás (Fiori y de Vera, 2002, p. 26).

Una vez en el interior de la escuela la comisión se sentó en torno a una mesa para tomar té y tratar el tema que los había convocado. En una foto publi-

cada por el diario *La Nación* del 6 de junio de 1902 se observa que había un grupo de aproximadamente 15 personas, con Holdich en la cabecera y Moreno sentado a su derecha.

Los congregados eran en su mayoría galeses. Según lo describió Holdich “De los mayores, unos pueden haber jurado la nacionalidad, otros probablemente no, pero los jóvenes de la comunidad, aquellos nacidos en el país, los que estaban por debajo de los 37 años de edad, eran indudablemente argentinos” (Holdich en su libro “Los países del laudo del Rey”; cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 308).

La reunión duró desde la 1 a las 5 p.m. (Steffen, en Fiori y de Vera, 2002, p. 98) y según Holdich (Fiori y de Vera, 2002, p. 29) “por la noche cenamos patos y pollos en la granja Underwood”, quien en la ocasión habría comentado “que ricos son estos patos (...) argentinos” (Luna, 2001, p. 94), adelantando su pensamiento con respecto a la pertenencia de la región.

Martin Underwood redactó un acta que firmaron otros colonos – y que fue entregada a la comisión- en la que se pedía una rápida resolución del diferendo limítrofe y la entrega de los títulos de propiedad de las tierras. En concreto se decía que “si queremos hacer crecer nuestras granjas es necesario que el gobierno nos dé los títulos de estas tierras (...) y para eso imperioso que se termine esta discusión de los límites” (Fiori y de Vera, 2002, p. 24). Con respecto a este documento escribió Steffen a su gobierno el 1 de mayo: “(...) se daba la bienvenida al coronel Holdich y comitiva y se expresaba el deseo de una pronta resolución del litigio de límites. El gobierno argentino, se agregaba, no puede dar a la colonia el desarrollo deseable mientras la cuestión del deslinde no esté arreglada definitivamente”. Allí informó además su convencimiento de que Holdich había “hecho suyas las ideas del perito Moreno” (Fiori y de Vera, 2002, p. 30).

Según el diario *La Nación* del 10 de mayo de 1902 (en Fiori y de Vera, 2002, p. 36-37) “los colonos hicieron constar su agradecimiento al gobierno argentino por la ayuda que les había prestado, agregando que si esta no había sido mayor se debía a las condiciones anormales de la cuestión de límites, lo que les impedía también ampliar sus construcciones y dar mayor desarrollo a sus cultivos, como deseaban”. El *Buenos Aires Herald* del 15 de mayo decía

que Holdich les dijo “que sin dudas, el Tribunal de arbitraje tendría en cuenta sus intereses a la hora de dar su veredicto”.

Según Fiori y de Vera (2002, p. 98-103) siempre se planteó el interrogante de las razones por las que todos esos colonos se congregaron en ese lugar, interrogante que explicaron por la presencia entre los que esperaban de los ayudantes de Moreno, Stegman y Loof, de lo que se podía suponer “que el perito Moreno había enviado una avanzada a la Colonia 16 de Octubre para anunciar la llegada de Holdich y reunir a los colonos”. Además destacaron que el documento fue presentado y leído públicamente y “que llevaba la firma de los colonos más prestigiosos”.

En su interpretación este documento constituiría “acta” – evidencia el plebiscito que representa - conservada por la tradición colectiva. En la opinión de estos autores (Fiori y de Vera, 2002, p. 178) aunque no existió una votación formal “la expresión de la voluntad popular, aun sin la intervención de organismo o funcionario estatal alguno, es considerada plebiscito”.

Según Bertomeu (1949, p. 370) cuando el árbitro inglés les preguntó a los galeses “bajo qué soberanía entendían haber vivido en la Colonia 16 de Octubre, todos sin vacilar, respondieron que habían llegado y permanecido allí bajo la protección del gobierno argentino y a la sombra de su pabellón”.

Los ojos del delegado argentino, el Perito Francisco P. Moreno, “(...) se humedecieron, según recuerda la crónica, al realizarse el pronunciamiento” (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 127-128; tomado de *La Nación* del 22/11/1979).

Fiori y de Vera (2002, p. 138-151) por su parte, reunieron testimonios de descendientes, mayormente nietos, de los pobladores originales. Una de ellos, Ann Griffiths mencionó que su abuela habló con Holdich y que este le preguntó si ella quería estar en Chile o en la Argentina y que ella respondió que en la Argentina.

Por otro lado Holdich mantuvo frecuentes conversaciones con los pobladores que encontraba en su camino, tal como lo registró el diario *La Nación* del 30/11/1902: “Hay que notar que en los valles hay muchas poblaciones y en los llamados Valle Nuevo (actualmente El Bolsón) y valle Grande estas son exclusivamente chilenas, pero que le dijeron a Holdich

que siempre acataban los órdenes de las autoridades argentinas de la Colonia 16 de Octubre (Fiori y De Vera, 2002, p. 24).

En un informe al *Foreign Office* (reproducido en parte por Fiori y de Vera, 2002, p. 92) Holdich observó que “la mayoría de los asentados se sienten a sí mismos argentinos y cualquier pregunta sobre prioridad de asentamientos en estas zonas sería indudablemente respondida a favor de las pretensiones de Argentina”. “(...) Quedé profundamente impresionado por el fuerte sentimiento nacionalista que prevalece en toda la comunidad y que hallé expresado en sus canciones galesas e himnos de bienvenida pero con obvia lealtad por su gobierno adoptivo (Argentina) (...)”. “(...) No hay dudas que la Colonia es proclive a la Argentina”.

El 1 de mayo la comisión decidió quedarse un día más debido a los problemas de salud del ingeniero Aguirre. Tras desayunar Moreno le pidió a Holdich que lo acompañase al acceso a la granja donde había hecho grabar un bloque de granito con la inscripción “En honor de la visita del Cnel. Sir T.H. Holdich 1-05-02”. Holdich y Moreno fueron invitados a plantar unos árboles (según Holdich un manzano, dos robles y álamos), de los cuales, los robles, al parecer, todavía se conservan (Fiori y de Vera, 2002, p. 31).

El mismo día, Holdich le escribió al Secretario del Tribunal Arbitral, Mayor E.H. Hills, relatándole la situación general (en Fiori y de Vera, 2002, p. 89-91). Decía allí: “(...) una cosa es segura, no hay una cadena principal de la cordillera para apoyar un límite. Hay muchas cadenas que corren en muchas direcciones y las altas cumbres pueden estar en cualquier parte. Mire un buen mapa de la costa Oeste de la Patagonia, al sur de la isla de Chiloé, allí verá que la geografía de la Patagonia, de Nahuel Huapi a Última Esperanza, no es otra cosa sino cadenas montañosas de antiguos lechos de lagos. Todos, alguna vez, bajo el mar. Aquí no hay cordillera continua alguna; no la hay en la línea argentina ni en la chilena.”

También con igual fecha J. Steffen envió un detallado informe a sus superiores en Chile sobre el recorrido realizado desde Chile hasta el Valle 16 de Octubre. Esta carta, reproducida en su totalidad por Fiori y de Vera (2002, p. 95-98) constituye, tal como esos autores lo señalan, un valioso y excepcional testimonio histórico.

Allí expresó Steffen: “Es evidente que el señor delegado inglés – como lo hizo ya en Última Esperanza- atribuye mucha importancia a la ocupación de los terrenos disputados, pues se suele informar cuidadosamente sobre la nacionalidad de los colonos, sus títulos de propiedad, las construcciones de casas y trabajo de campo realizados por ellos, los mercados donde compran sus provisiones y venden sus productos, los caminos que usan en sus viajes, etc.”

“A indicación del Perito Sr. Moreno, el Coronel ordenó, en la tarde del 25, subir al cerro Coquel Huincul cerca de la estancia de Maitén, desde donde se ofrece una vista dominante sobre el trecho de la línea chilena comprendido entre los cordones de Maitén/Leleg, donde el divorcio se produce en lomajes suaves y terreno más o menos plano. De la conversación que tuvimos en este día como también en otras ocasiones, he ganado la convicción de que el coronel Holdich ha hecho suyas las ideas del perito argentino sobre la formación relativamente moderna del divortium en esta parte, que considera, como este, que la verdadera cordillera de los Andes queda al occidente de la serie de valles en litigio que estamos recorriendo”.

La comisión sigue hacia el sur

El 2 de mayo de 1902, la comisión salió del río Corintos y siguió viaje hacia el sur. Holdich (en Fiori y de Vera, 2002, p. 33) escribió en su libro y en su diario “Todo el valle es argentino. Un destacamento argentino vino a la Colonia el 7 de diciembre y desde entonces han permanecido allí” (...) “Todos son argentinos en sus afinidades”.

El 6 de mayo de 1902, falleció en forma inesperada el Ministro de RR.EE. de Argentina, A. Alcorta. Esto sumado a las renunciaciones, originadas en una crisis ministerial, del Ministro de RR.EE. de Chile E. Yáñez y del embajador de ese país en Buenos Aires C. Walker Martínez (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 251) significó un cambio importante en las tratativas entre ambos países en relación con la cuestión de límites. La gestión de los nuevos ministros, J.F. Vergara Donoso en Chile y J.A. Terry en la Argentina, daría como resultado la firma de los Pactos de Mayo el 28 de mayo de 1902.

El 12 de mayo de 1902, la comisión llegó a las cabeceras del río Senguer. En el relato de Holdich (1904, p. 371): “(...) llegamos al pequeño asenta-

miento de Steinfeld en el río Senguerr, uno de los varios originados en el Museo de La Plata, que se debían a los esfuerzos prácticos de su emprendedor director, Dr. Moreno, para establecer asentamientos en la Patagonia”.

A esa altura se les había sumado” (...) un grupo bastante considerable de topógrafos e ingenieros, que se habían unido (...) a medida que pasábamos por secciones sucesivas del territorio en disputa, dispuestos a dar la última información topográfica posible”.

A ellos agradeció Holdich con las siguientes palabras: “Quiero dar las gracias a todos estos señores, no sólo por la información que tan libremente facilitaron sobre una vasta zona de montañas y valles que era imposible que inspeccionara personalmente, sino también por la energía con la que hicieron accesibles y allanaron el camino a un reconocimiento que ha sido necesariamente extremadamente rápido. Se podría escribir un capítulo (uno muy instructivo) sobre las condiciones muy peculiares en las que se llevaron a cabo los estudios necesarios de esta región andina, y los cambios extraordinarios y expeditivos adoptados por estos topógrafos (bien entrenados en las escuelas continentales), para realizar el trabajo dentro de límites razonables de tiempo y recursos económicos”.

A partir de allí el grupo se dispersó y un número reducido continuó viaje hasta llegar a la estancia de Koslowski en el valle Huemules, en las fuentes de la cuenca del río Aysén. Koslowsky, luego de pasar el 15 de marzo por Colonia Sarmiento, había preparado allí por indicación de Moreno, alojamiento para los comisionados ingleses.

Fin de la visita de Holdich

El 14 de mayo Holdich dio por concluida su visita a la Patagonia (Fiori y de Vera, 2002, p. 91), reunió a sus ayudantes y emprendió el regreso.

El 7 de junio embarcaron en Rada Tilly (Comodoro Rivadavia, Holdich, 1904, p. 396), donde los esperaban el crucero Buenos Aires y el Transporte Guardia Nacional. Holdich embarcó en el crucero, que era uno de los mejores barcos de la armada. En conocimiento de que Holdich había quedado bien impresionado por la marina chilena, Moreno había pedido su envío y que la tripulación fuese toda argentina. De hecho

Holdich tuvo palabras elogiosas sobre el capitán y su excelente manejo de la lengua inglesa.

Los capitanes Robertson y Thompson y el resto de la comisión tuvieron menos suerte pues el bote que los transportó al Guardia Nacional se dio vuelta y fueron rescatados del mar con dificultad. Holdich remarcó la influencia que ello pudo haber tenido sobre la posterior enfermedad y muerte de Bulgarelli, uno de los mejores topógrafos de la comisión argentina.

En viaje a Buenos Aires, donde llegaron el 20 de junio pasaron por Madryn y Bahía Blanca. Desde esta última localidad visitaron Tandil y la estancia de Santamarina (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 252). Finalmente regresaron a Grand Hotel en Buenos Aires. El 4 de julio de 1902 Holdich y sus acompañantes Robertson, Dickson y Thompson y su hijo y Secretario de la Comisión, Tte. Holdich, se embarcaron en el *Danube* con destino a Londres. En el mismo barco lo hicieron Moreno y Virasoro.

Los Pactos de Mayo

El 28 de mayo de 1902 los cancilleres de Argentina y Chile, José Antonio Terry y José Francisco Vergara Donoso firmaron los “Pactos de Mayo”, donde se reafirmaba el Tratado de Límites de 1881, se renunciaba a las expansiones territoriales que tantos conflictos habían causado a lo largo de la frontera, y se comprometían ambos países a someter al arbitraje británico, las cuestiones sobre las que no se encontrasen acuerdos directos. (Maggiore, 2003, p. 52). Luego de sus ratificaciones parlamentarias los acuerdos fueron canjeados en Santiago de Chile en septiembre de 1902 (Fiori y de Vera, 2002, p. 163).

Como ya se mencionó, este resultado estuvo precedido por la desaparición de los ministros de RR.EE. de la Argentina, A. Alcorta por fallecimiento y de Chile, E. Yáñez por renuncia. Joaquín V González fue designado ministro interino luego del fallecimiento de Alcorta, y luego fue sucedido por Luis María Drago y por José A. Terry, aunque sería el propio Presidente Roca el que en este tema conduciría las relaciones exteriores de la Argentina.

Roca era pacifista, quizá porque sabía bien qué era la guerra, y así se alegró cuando por mediación del gobierno británico se entablaron negociaciones



Final del laudo arbitral con la firma del Rey Eduardo VII y el sello real.
Caras y Caretas No. 222 del 3 de enero de 1903.

en Santiago para limitación de armamentos. El inicio de las gestiones se debió a B. Mitre y a un editorial del diario *La Nación* contrario a la participación de la Argentina en la guerra del Pacífico, condición considerada prioritaria por el Presidente Riesco de Chile, todo lo cual dio origen a las acciones de Ernesto Tornquist. Este, entre otras iniciativas, hizo gestiones ante los banqueros Baring y Rothschild para que influyeran en la anulación de la construcción de vapores ordenada por Argentina y Chile. También intervinieron los embajadores británicos

en Argentina y Chile, W. Barrington y G. Lowther, con el apoyo del Presidente de Estados Unidos Teodoro Roosevelt. En un principio también había intervenido, Jorge Huneeus Gana, amigo personal del Presidente de Chile Riesco, pero sus esfuerzos no tuvieron éxito ante la posición de Alcorta.

Fueron trabajosos los acuerdos, pero, finalmente, la voluntad conciliadora de los presidentes Roca y Riesco logró que el 28 de mayo de 1902 los dos países firmaran los llamados Pactos de Mayo. Constaban de un Acta Preliminar, un Tratado General de

Arbitraje y una Convención sobre Limitación de los Armamentos Navales, y fueron firmados en Santiago de Chile por los cancilleres Terry y Vergara Donoso, de Argentina y Chile, respectivamente.

Ambos países declaraban su abstención respecto a las demás naciones de inmiscuirse en sus cuestiones internas y externas, declarando no tener propósitos expansionistas. Fórmula que respondió a la pretensión chilena de que la Argentina se declarase neutral con respecto a los conflictos chilenos en el Pacífico. La Argentina consideraba lo ya actuado como cosa juzgada, a condición de que no se hicieran nuevas conquistas, y Chile lo condicionaba “al cumplimiento de los tratados vigentes o que más tarde se celebren”.

El Tratado General de Arbitraje disponía en su artículo 1°- “Las Altas Partes Contratantes se obligan a someter a juicio arbitral todas las controversias que por cualquier causa surgieran entre ellas, en cuanto no afecten a los principios de la Constitución de uno y otro país y siempre que no puedan ser solucionadas mediante negociaciones directas”.

En los quince artículos que integraban el Tratado se estipulaba: la exclusión del arbitraje de las cuestiones ya arregladas entre las partes, y que sólo se aplicaría a las cuestiones referidas a la validez, interpretación y cumplimiento de las mismos; se ratificaba como árbitro al gobierno de Gran Bretaña, y, en caso de ruptura diplomática con una de las partes, se nombraba al Gobierno de la Confederación Suiza; se aclaraba que la sentencia arbitral, dictada de acuerdo con el Derecho Internacional, decidiría cada punto en litigio, con explicación de sus fundamentos; contendría un plazo de ejecución y sería inapelable; el recurso de revisión ante el mismo árbitro, estaría limitado a casos de falsedad o error, y debería hacerse antes de vencer el plazo de ejecución; se establecía que cada una de las partes pagaría sus gastos y la mitad de los gastos generales del árbitro, y, por fin, establecía que el plazo de vigor del tratado sería de diez años, contados a partir del canje de ratificaciones -que se haría en Santiago de Chile a seis meses de la fecha de la firma- y, si no fuera denunciado seis meses antes de su vencimiento, se daría por renovado por diez años, y así sucesivamente.

La Convención sobre Limitación de Armamentos Navales disponía en su artículo 1° que Argentina

y Chile desistían de adquirir los buques que tenían en construcción y de hacer nuevas adquisiciones y se comprometían a disminuir su escuadra de manera tal de lograr “una discreta equivalencia” entre las mismas, lo que se haría en el término de un año. En su 2° artículo los dos países se obligaban a no aumentar sus armamentos navales por el término de cinco años, y a que el que pretendiera aumentarlo debería dar aviso previo de dieciocho meses. Se prohibía además la venta de naves a potencias que tuvieran cuestiones con las partes y se disponía la postergación de la entrega del material en construcción por dos meses.

Un acta breve disponía solicitar al árbitro el nombramiento de una comisión que fijara en el terreno los hitos limítrofes “a fin de evitar cualquiera dificultad en la demarcación de la línea fronteriza entre ambos países”. Por otra parte también se convino que, si se suscitase alguna controversia con respecto a “la discreta equivalencia” de las escuadras, que no pudiera ser resuelta dentro del año por las cancillerías, la misma sería sometida a arbitraje.

Opinión de Moreno sobre el laudo

El beneplácito de Moreno, que siempre apostó por la paz, por el acuerdo logrado entre los dos países fue claramente expresado en el telegrama que le envió al Presidente Roca desde Punta Línea Cerro Negro, el 1 de junio de 1902: *“En el centro de Patagonia, entre la falda andina, en las tierras de la colonia Sarmiento y el mar, he tenido hoy 31 el placer de recibir el telegrama de V. E. de fecha 27, al mismo tiempo que otros con la transcripción de los artículos publicados por la Tribuna y La Nación sobre los últimos convenios con Chile, que tanto despejan el provenir con sus cláusulas oportunas. ¡Qué horizontes dilatan estas y qué propicio medio este es para observarlos! Las fuerzas que distraía la incertidumbre se duplicarán con la certeza que dará la paz. Hoy hemos cruzado vastos campos por excelente camino, trazado por los pioneros que valorizan esta región, sin poseer, sin embargo, una pulgada de tierra, pioneros que ayer festejaban con alegría el anuncio de la aplicación amplia de la ley del hogar, la que les permitirá ser dueños de lo que tantos trabajos y penurias les cuesta haber poblado. La Patagonia árida ha concluido la labor de las razas enérgicas, ha hecho olvidar la fábula.*

En este momento nos acompañan ingleses, galeses, suizos, austríacos, alemanes, holandeses, dinamarqueses, suecos, noruegos, franceses, italianos, rusos, irlandeses, escoceses, paraguayos, chilenos, además de muchos argentinos, todos hombres activos convencidos de que en estos titulados desiertos hay porvenir para el trabajador de empuje. Hasta los numerosos indígenas se modifican y piden escuelas aquí; próximo a esta carpa, ha acampado un grupo de tehuelches y pampas. Vienen desde la región del río Deseado y me piden obtenga para ellos un pedazo de tierra allí, donde antes era imposible la vida por falta de agua, y donde hoy el surco que abrí en el río Fénix, convertido en río fertiliza extensas praderas; aquel río Deseado, seco, hoy no da paso y muchos otros casos prácticos de tan fácil irrigación podrán contarse en breve tiempo en la Patagonia, convirtiéndola en un campo continuo de pastores desde Río Negro hasta el Estrecho y abriendo sobre el Atlántico puertos aún ignorados para la exportación de carne, que serán los mejores de la república. Los ferrocarriles transversales aproximarán las regiones andinas donde la agricultura puede desarrollarse dentro del programa sobre el que me habló V. E. últimamente, el que será posible realizar en breve tiempo, hoy, con el cambio feliz de que da cuenta el telégrafo. Indudablemente, dados los antecedentes, se discutirá en ambos lados de los Andes de quién es la victoria. Por mi parte, veo el triunfo del sentido común que redundará en beneficio de ambos países o de aquel que sepa aprovechar de su enseñanza. En este medio, lejos de impresiones reflejas, pensando en el pasado y concentrando nuestras condiciones geográficas y económicas, me es grato felicitar a V. E. por las soluciones alcanzadas y repetirle su amigo y S. S. Francisco P. Moreno.” (Diario Tribuna, 3 de junio de 1902, 1).

Otras opiniones sobre el laudo

En octubre de ese año el Arzobispo de Chile, Mariano, refiriéndose a los Pactos de Mayo “agradece a Dios y bendice a los que contribuyeron a la paz” (Rato de Sambucetti, 2009, p. 258)

Sin embargo, la mayor parte de la opinión pública en ambos países discrepó con estas posiciones (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 255). La oposición chilena habló de “inconstitucionalidad” de los tratados, y en la Argentina los diarios *La Prensa* y *El País* también se opusieron.

En *El País* del 30 de junio se reprodujeron las palabras que Indalecio Gómez pronunció en el Teatro Victoria, condenando la negociación y señalando que ya el arbitraje había sido un error puesto que los arbitrajes habían siempre perjudicado al país. Consideraba que eso implicaba una claudicación a la soberanía, ya que los hitos que deberían ser colocados por ingenieros de ambos países lo serían por el árbitro, en una nueva sumisión de soberanía. Criticaba el abandono de la cuestión del Pacífico pues la Argentina debía hacer primar los principios de la justicia y la libertad y consideraba que el desarme impuesto no era ni más ni menos que el derecho del vencedor ejercitado en beneficio de Chile. Concluía afirmando que esas negociaciones habían sido inspiradas por la decrepitud de quien mandaba los destinos del país.

Pellegrini contestó estas palabras mediante el envío de dos cartas, una abierta y otra privada. En la primera, luego de plantear su abierta oposición a su postura concluía que no tenía sentido una política americana en apoyo de los países del Pacífico, pues Perú y Bolivia, vencidos en la guerra, firmaron tratados y otorgaron a Chile una posesión provisoria que ya duraba 20 años y que este país quería hacer definitiva.

En su opinión los Pactos de Mayo representaban “el triunfo de la opinión conservadora del país” y consideraba positivo que el árbitro fuese el encargado de cumplir la sentencia pues suprimiría “toda zozobra o duda sobre su aplicación”

Creía Pellegrini que, por el tratado de arbitraje, Chile declaraba su respeto a la independencia e integridad de los demás estados y que no pretendía mayor expansión territorial de la que pudiera resultar de los tratados vigentes, lo cual aseguraba a Bolivia y Perú que los tratados definitivos con Chile no pudieran “ser materia de nuevas expansiones territoriales sin desmentir la parte primera de la declaración”.

Para finalizar consideraba que, “ante el triste cuadro de nuestra actualidad política”, el rayo salvador sólo provendrá de la paz, pues “sólo ella puede operar la reacción salvadora”, y hacer “que pueda nuestro pueblo concentrar todas sus energías en la obra fecunda de su regeneración política y económica”.

En su carta particular, Pellegrini le dio la razón a Gómez en lo referido a las limitaciones a nues-

tra soberanía, pero apuntó que todo tratado es una limitación, y puso como ejemplo los tratados de comercio, en los que la cláusula “de la Nación más favorecida”, limita la soberanía para acordar ventajosas recíprocas.

Ante la afirmación de Gómez, en el sentido de que la política de prescindencia nos habría dejado solos en América, Pellegrini sostuvo que, absorbidos por las cuestiones del Pacífico, nos habíamos olvidado del Atlántico, y que “la verdadera política americana” es la que tiende a vincular “la acción y el sentimiento de las tres Repúblicas: brasileña, argentina y chilena”, con el único y supremo anhelo de su engrandecimiento. Para ello era necesario ante todo dedicar todas las energías a la regeneración política y económica y que esto no sería jamás posible bajo las exigencias de la paz armada, que convertía a la Nación en un inmenso campamento, donde sólo se oían “ruido de armas y voces de mando”.

La Breve Réplica de la Argentina a la presentación de Chile

Luego del regreso de Holdich y Moreno a Londres, se realizó el 1 de agosto de 1902 la séptima sesión del Tribunal. Holdich hizo una exposición oral sobre la línea propuesta como solución. Asimismo, se informó al Foreign Office que el Tribunal estaba en posesión de toda la evidencia requerida y que podrían dictar sentencia tan pronto como los mapas necesarios estuvieran listos (cf. Fiori y de Vera, 2002, p. 72).

No obstante, el 11 de agosto el Coronel Holdich le manifestó por escrito a Moreno (Carta a La Prensa del 7/9/1919; cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 36) que después de haber visto el terreno aún se podía modificar el fallo “ya preparado a fines de 1901” tomando en cuenta la réplica argentina. Con respecto a la presentación de dicha réplica Moreno comentó que el gobierno argentino había considerado en su momento “que no era imprescindible”.

En cartas a su hermano Josué del 18 y 25 de septiembre, Moreno (Rato de Sambucetti, 2009, p. 261-262) menciona que estaba a punto de entregar la réplica, que denominó “segunda memoria”, a la memoria de Chile. Moreno había preparado esta réplica, mientras acompañaba la misión de Holdich en la Patagonia.

Al respecto le decía que Virasoro no la había visto y que el embajador Domínguez se había admirado de la concisión y claridad de la misma y de su contenido irrefutable. En reserva, le comunicaba además a Josué que Holdich le había telegrafiado a Ardagh, que estaba en África, los principales puntos, pues éste quería modificar la línea trazada por Holdich en detrimento de la posición argentina.

Le informaba además que comenzaría los preparativos para la demarcación, con la misión inglesa, con los mismos personajes y con Holdich a la cabeza aunque “sin el entusiasmo anterior”.

Sobre la manera de fijar el límite, señalaba que Holdich le había dicho que tendría en general mojones naturales, pero que no pudo averiguar más pues sería impropio de un miembro del Tribunal dar esa información.

Moreno volvió aquí a comparar el caso patagónico con el de Alaska, confirmado por geógrafos canadienses, pues entendía que a los ingleses les sería difícil admitir que no existía una cordillera en el sur argentino, pues ello implicaría la inexistencia de la Cascada Range, y se convalidaría la posición de Estados Unidos en la cuestión limítrofe con Canadá en el sureste de Alaska. [Moreno no sabía en ese entonces que el árbitro inglés no se basaría en argumentos geográficos y apoyaría, por razones geopolíticas, la posición de EE.UU. Igualmente el límite en Alaska quedó establecido en una posición intermedia entre las pretensiones de las partes].

Mencionaba además que Virasoro no había tenido más intervención en el trabajo de réplica que cotejar si una copia concordaba con el original y, en cuanto a Montes de Oca, que sentía pesar por no haber concordado con él.

En lo atinente a su situación personal le decía que le escribiría al Presidente Roca sobre su futuro, pues esperaba recibir como compensación por su dura vida lo necesario para educar a sus hijos en Europa y atender a su salud.

El 20 de septiembre de 1902, se presentó finalmente la Breve Réplica a la Memoria Chilena (Moreno, 1902b, p. 3-50; cf. Riccardi, 2019, p. 279-283), en la cual se resumía la tesis de Moreno (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 263-267). Fue acompañada de nuevas fotografías y los últimos mapas, además de documentos, opiniones, etc., que avalaban sus afirmaciones.

En su Réplica, Moreno comenzó por destacar que al enviar Gran Bretaña una comisión técnica encargada de examinar el terreno había atribuido “a la faz geográfica del debate, la importancia primaria que en realidad reviste”.

Remarcó que Gran Bretaña debía laudar no sólo los puntos de divergencia hasta el paralelo 52° de latitud sur, sino también la línea que dejaba a Chile las costas de los canales del Pacífico en las vecindades del paralelo citado, en caso de que la cordillera se internase en dichos canales, y decidir si las líneas proyectadas estaban o no en la Cordillera de los Andes.

Analizó el hecho de que el representante chileno desconfiaba de la importancia de la Cordillera de los Andes como asiento necesario e ineludible del límite al decir “el límite puede desviarse de la Cordillera” y “la cordillera no es primordial”. Y en tal sentido destacaba la incoherencia con respecto al hecho de que el propio Barros Arana en sus libros consideraba a la cordillera “como una barrera formidable entre Chile y las regiones orientales”.

Sobre la posesión de Tucumán y Cuyo por la Capitanía General de Chile, recordaba que la primera se independizó en 1563 y la segunda, con la creación del Virreinato del Río de la Plata, en 1776. Alegó Moreno que después de 1810: “Chile se satisfizo con el límite trazado por la Naturaleza, y con el territorio que constituía su patrimonio como heredero de España” y que el mismo fue aceptado por la Constitución (de O’Higgins) de 1822, y todas las posteriores, hasta la de 1843 de Manuel Prieto, y también por España cuando reconoció su independencia en 1846.

Historió luego los tratados: el de 1881, que fijó la Cordillera de los Andes como límite “incomovable entre los dos países”, lo cual que fue ratificado en 1893 cuando se declaró “la República Argentina conserva su dominio y soberanía sobre todo el territorio que se extiende al oriente del encadenamiento principal de los Andes, hasta las costas del Atlántico”.

De allí, concluyó Moreno, que las instrucciones a los peritos en 1894 fueran examinar la Cordillera para buscar el encadenamiento principal, que igualmente el Pacto del 20 de noviembre de ese año habilitaba la construcción de caminos carreteros hasta la divisoria de los Andes; que las nuevas subcomisiones en 1897 debían trabajar en la Cordillera de los Andes; y que el 1° octubre de 1898 se había aceptado

la colocación de ciertos hitos “que forman parte de la línea divisoria de la Cordillera de los Andes”, que fue aceptado el 22 de septiembre de ese año, cuando el representante de Chile declaró que “los puntos de divergencias entre las líneas, se encontraban situados dentro de la Cordillera de los Andes”.

Sostuvo Moreno que las manifestaciones divergentes posteriores eran “el resultado de una convicción errónea pero sincera”, pero que el gobierno argentino no podía aceptar que luego de todo lo enunciado se dijese que la Cordillera no era esencial y que el límite podía desviarse de ella.

En suma, no se había recurrido al arbitraje para saber si el límite era la Cordillera de los Andes, sino “para determinar los puntos de esa barrera geográfica, por donde debe correr la barrera política” en la sección en que no concordasen las propuestas de los peritos.

Con respecto a la divisoria de aguas, Moreno remarcó que los redactores del Tratado de 1881, al referirse a “altas cumbres que dividen aguas, lo hicieron según el conocimiento geográfico que se tenía en esa época”, pero no abandonaron su línea de separación (la Cordillera), aunque sabían que era cortada por ríos que desaguaban en el Pacífico.

Chile aceptaba el límite de la Cordillera en el norte y centro, pero buscaba traspasarlo más al sur. Luego de la fundación de Puerto Hambre, Chile comenzó su expansión, que se extendió al estrecho y luego, en diferentes momentos, sus pretensiones llegaron hasta el río Deseado, el paralelo 45° de lat. sur, el Diamante, el Río Negro, y la Patagonia toda, pero el término divorcio continental no fue mencionado en forma explícita.

Señaló Moreno que se decía que en el Sur existe un caos de cordones; aunque nadie que lo haya visto podía negar la línea de cumbres nevadas y la existencia de una gran depresión que las limita en su base y las separa de las serranías subsidiarias, en apoyo de lo cual citó la Geografía Física del perito chileno Barros Arana.

A continuación Moreno fue analizando los diferentes problemas existentes, el hito de San Francisco, que el propio asesor chileno Bertrand decía estaba al oriente del cordón andino, la cuestión del lago Lácar que comparó con el río Tennessee entre ese estado y Carolina del Norte, y la pretensión de incluir “en territorio chileno, zonas pobladas desde hace

largos años por la República Argentina, en virtud de sus derechos incontestables sobre la vertiente este de los Andes"; la región que va del paso Pérez Rosales al Fitz Roy, donde el propio asesor chileno Steffen, consideraba *"encadenamiento principal a la imponente cadena nevada central"*, por más que esté llena de profundas gargantas, y cortada por ríos; el río Aysén, cuya red de afluentes se extendía en la meseta oriental de los valles subandinos antes de atravesar la cordillera hacia el oeste; el caso del río Fénix, y la región vecina al paralelo 52°. Allí también citaba a Bertrand: *"el divortium aquarum de las corrientes que bajan a ambos océanos, se aparta con frecuencia del dorso fracturado y se traslada más al oriente, alcanzando a veces la región plana de las pampas."*

En defensa de su línea, terminaba diciendo que ella dejaba a la Argentina las tierras y las aguas que le pertenecían al este de las cumbres andinas y respetaba las regiones donde Chile podía exhibir algún título legal.

Se refirió al reciente fortalecimiento de los vínculos entre las dos naciones y al hecho de que en ambas surgió la idea simultánea de erigir monumentos históricos a los prohombres de la independencia, en la cumbre de la Cordillera *"cuyas nieves perpetuas indican a uno y otro, la esfera que la naturaleza ha trazado para su desarrollo respectivo"*.

En síntesis y como lo ha destacado Rato de Sambuccetti (2009, p. 266), esta Réplica constituyó un verdadero logro del perito, que pudo sintetizar aquellas cuestiones que, en la más extensa exposición de la Memoria argentina inicial, podían haberse perdido. No hubo sin duda interferencias, puesto que se consideraba que se trataba de un alegato inútil, y Moreno pudo trabajar tranquilo. Esta síntesis y el material que la acompañó fueron un hermoso broche a la labor Moreno como perito en la cuestión de límites con Chile.

En palabras de Holdich, ese alegato final conciso y documentado fue determinante para unir algunos criterios dispersos del jurado.

Repercusiones de la "Breve Réplica" de Moreno

El 30 de septiembre, Holdich escribió a Moreno felicitándolo por su informe final, del cual envió un extracto a Lord E. Macnaughten (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 263). Entre otros conceptos le ex-

presó: "De cualquier modo que sea Ud. nos ha dado un informe admirable, diré, como si se tratara de negocios que serán tomados en consideración con el mayor cuidado". Es de destacar que Moreno había sabido extraoficialmente al regresar a Londres que se había llegado a un dictamen que no era favorable a los intereses argentinos, por lo que recurrió a Holdich y logró que se "suspendiera la entrega de ese proyecto al *Foreign Office* y que recibiera el Tribunal la réplica a la Memoria chilena".

El 1 de octubre Moreno le escribió a Roca (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 262-263) informando que el Tribunal tenía *"nuestra contestación a la memoria chilena y dentro de pocos días tendremos el fallo tan anhelado"*, con lo que se habrían terminado sesenta años de pleitos, alargados *"por tanta intervención de abogados"* (...) *"Creo que el país quedará contento, pues tendremos buena frontera y los considerandos del fallo serán tales que no se podrá decir que éste es el resultado de una transacción de última hora. He creído mi deber resistir la idea de una transacción en la sentencia arbitral, porque hubiera traído comentarios perjudiciales y he podido obtener que el primer proyecto de fallo se modifique con ventajas para nosotros"*. Remarcaba, además, que la Breve Réplica le había producido una excelente impresión a Holdich, lo cual seguramente contribuiría al trazado definitivo del límite. Esto era ratificado por Virasoro en carta a Roca del 4 de octubre (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 267-268) en la que informaba que ya se había presentado toda la documentación con algunos mapas originales y otros en borradores para no retardar el laudo, y que este no se conocería hasta noviembre.

Moreno (cartas a su hermano Josué, del 1 y 2 de octubre; cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 267) pensaba que el laudo no respondería a la idea de un *"compromiso"*, sino que sería un fallo equitativo, basado en los convenios, buenos o malos, y en la obra de la naturaleza. Creía que, reconociendo su acción, no considerarían nada fuera de la cordillera, por más que considerasen como cordillera lo que para él no lo era. Esperaba además, no perder Paliq [de hecho no se perdió]. Decía también que Holdich, en el preámbulo del fallo culpaba a la oscuridad de los tratados, la contradicción existente entre su letra y la realidad geográfica, es decir, se convalidaba lo que él siempre había sostenido. Ya suponía que el fallo no

se ajustaría a la línea que él había propuesto, pero esperaba que contentaría al país. Estaba en contacto con “*The Times*” para que publicase un comentario sobre el fallo, en el que se explicasen extraoficialmente sus razones y no pudiesen criticarlo y por el contrario se viese que lo ganado era obra de él.

Según Moreno (en nota a Domínguez) existían diferencias entre los miembros del Tribunal, acerca de la forma en que debía presentarse la línea, puesto que Ardagh quería que se indicase en detalle dónde se colocarían los hitos, mientras que Holdich, según Moreno, pensaba que sólo debían expresarse los lineamientos generales de la frontera, dejando la demarcación, los detalles o sea los lugares en que los hitos serán colocados.

El 12 de octubre el Vicario Castrense, Monseñor M. Echagüe, decía sobre el gobierno de Roca: “Paz interna y externa, afianzamiento de las instituciones, respeto a la Constitución y las leyes, justicia recta y distributiva, administración correcta y progresista, son, sin duda entre otras ventajas conseguidas, la nota característica del segundo período, verdaderamente histórico, que ha de inmortalizar el nombre del Gral. Roca. Dios lo proteja y conserve.” (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 258).

El 11 de noviembre, en carta a su hermano Josué, Moreno expresaba su acuerdo con Roca en que, luego de tantos esfuerzos, debía seguir en la brecha hasta que los achaques de los años se lo prohibiesen. Consideraba que: “*Defendió su patria como buen soldado, sembró al mismo tiempo semilla fructífera* “ y creía que en esta cuestión nunca había procedido de manera injusta y que luego del fallo podría ser de gran utilidad para los trabajos futuros (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 268).

El 20 de noviembre, Moreno, a la espera del fallo que se daría al día siguiente, escribió a Roca y le planteó algunos problemas personales: “*Sabe usted que no tengo fortuna, me siento viejo, cansado de tanta lucha, y como no podré dejar a mis hijos ni propiedades ni dinero, quiero al menos darles lo que vale aún más: educación, carácter e intención. Mi vida agitada me ha impedido dedicarles antes la atención que les debo y hoy quiero ganar el tiempo perdido. En la edad en que están, toda demora les sería perjudicial y corro el albur. Si no me es dado llenar esta parte de mi programa, lo que sabré una vez en Buenos Aires*

cuando converse con usted, los haré regresar a mi lado allá, dado que no podré volver al de ellos, acá! “(cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 268-269).

El laudo arbitral

El 21 de noviembre de 1902 el rey Eduardo VII firmó el laudo que le sometió el Alto Tribunal presidido por Lord Macnaughten (Ygobone, 1954, p. 296).

El laudo se basó en el tratado de 1881 y el protocolo de 1893, según lo aconsejado por el Tribunal Arbitral, el cual tomó en cuenta (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 270-273):

1. El valor del terreno a dividir. 2. La ocupación existente. 3. Consideraciones estratégicas.

En lo referente a las diversas partes en litigio:

- a. La región del Paso de San Francisco. El límite lo formaría la línea divisoria de aguas, desde el hito ya erigido a la cumbre de la montaña llamada Tres Cruces.
- b. La cuenca del lago Lácar. Se atribuyó a la Argentina.
- c. La región desde el lago Nahuel Huapi hasta las inmediaciones del lago Viedma. Allí el límite pasaría por el monte Tronador y de allí hasta el río Palena. Para la Argentina quedaron los valles de Villegas, Nuevo, 16 de Octubre, Frío, Huemules y Corcovado, y para Chile, las cuencas interiores debajo de esos puntos.
- d. La región del río Encuentro. Desde el Palena al río Encuentro el límite seguiría la divisoria de aguas y en diversos puntos, ríos como el Aysén y lagos como Buenos Aires, Pueyrredón (o Cochrane) y San Martín, la parte occidental sería chilena y la oriental, argentina, comprendiendo la divisoria, picos como el San Lorenzo y el Fitz Roy. El límite seguiría hasta el paralelo 52° de latitud Sur, a partir del cual la frontera ya había sido establecida por mutuo acuerdo de los dos países.

El informe adjunto del tribunal era más exhaustivo e incluía mapas de los respectivos peritos, “so-

bre los cuales el límite que hemos decidido ha sido delineado por los miembros de un tribunal y aprobado por nosotros”.

El tribunal explicó que habían estudiado la letra de los tratados, protocolos y documentos, se habían reunido con los representantes diplomáticos de ambos países, escuchando y leyendo sus explicaciones, y habían estudiado sus mapas, planos y fotografías, agradeciendo finalmente a los representantes y peritos por el material, la información histórica y científica, y los relevamientos de una región desconocida.

Explicaban que, convencidos de la conveniencia de visitar los lugares de la controversia, designaron a Thomas Holdich y una comisión científica de exploración, ayudada por ambos gobiernos.

Se mencionaba que estos tenían tesis encontradas, pues la Argentina sostenía una tesis orográfica y Chile, una hidrográfica y que el diferendo se originaba por “haberse aceptado como coincidentes las líneas orográficas e hidrográficas en una sección tan vasta de fronteras” que había creado la esperanza de que “el mismo resultado se alcanzaría sin dificultad en la parte más meridional del continente”. Pero las exploraciones y los estudios realizados habían demostrado que la Cordillera de los Andes, entre los 41° y 52° sur, “no presenta las mismas continuidades de elevación y coincidencias de líneas orográfica e hidrográfica”, incluso a veces son “francamente irreconciliables, y ni siquiera se conforman con el espíritu de las convenciones que debemos interpretar”. De ello resultó “que los términos del tratado y protocolos son inaplicables a las condiciones geográficas del país a que se refieren” y son ambiguos y susceptibles de diversas y contrarias interpretaciones.

De allí que fue necesario determinar, dentro de los límites fijados por las pretensiones extremas de ambas partes, “la línea de límites precisa, que en nuestra opinión, interprete mejor la intención de los instrumentos diplomáticos sometidos a nuestra consideración”.

Firmaron el informe los miembros del Tribunal Asesor: E. Macnaughten, Lord de Apelación y miembro del Muy Honorable Consejo Privado de S.A., John Ardagh, Mayor General y miembro del Consejo de la Real Sociedad Geográfica, T. Hungerford Holdich, Coronel de Ingenieros Reales y Vicepresidente de la Real Sociedad Geográfica y E.H.

Hills, Mayor de Ingenieros Reales, Jefe de la Sección Topográfica de la División de Informes, Secretario del Tribunal Arbitral.

Conclusiones principales del laudo

En definitiva, se adjudicaron a Chile 54.225 km² y a la Argentina 39.915 km² de tierras de diferente calidad. El diario chileno “El Mercurio” (en Fiori y De Vera, 2002, p. 173) sintetizó la calidad, en esa época, en la cantidad de kilómetros cuadrados de “valles pastosos”, de los cuales a Chile le habrían quedado 3.179 km² y a la Argentina 8.044 km².

Fue evidente, tal como Rato de Sambucetti (2009, p. 274) lo ha destacado que la fórmula usada en el tratado de 1881 y en el protocolo de 1893 había sido adoptada en la creencia de que la cordillera y la divisoria de aguas coincidían, pero ese no era el caso. Como lo sintetizó el diario chileno “El Mercurio”, unos días antes del fallo: “el pacto del '81 es inaplicable en los valles patagónicos, porque supuso que los orígenes de los ríos estaban siempre en la Cordillera, lo que no ocurre en aquellos valles...” “Por otra parte (...) no existiendo en la cordillera peculiarísima del sur ningún cordón principal por donde pudiera correr” (...) “el árbitro se ha hallado en esta condición: sin posibilidad alguna de ceñirse con estricto rigor a los pactos que se contradicen entre sí y que son inaplicables en aquella parte del terreno antes desconocida; con la línea chilena que tomó la regla hidrográfica (...) y la línea argentina que adoptó la orográfica siendo que aquel tratado suponía que ambos principios coincidirían, es decir que los nacimientos de los ríos estarían en la cordillera”.

Así fueron otras las condiciones, aparte de las geográficas, las que debieron necesariamente influir en las decisiones del tribunal. Por ello dijo Holdich: “En general mis observaciones tienden a confirmar el testimonio de los peritos y llevan a la conclusión de que ambas líneas se apartan seriamente de las condiciones geográficas establecidas en los tratados y además que es imposible trazar una línea que cumpla con todas esas condiciones (...) una línea de transacción es la única razonable para el difícil problema del límite”.

De allí que el resultado fue una línea de transacción, que pudiera conformar a los dos países, resultado que se debió fundamentalmente a la lucha de

Moreno para imponer la necesidad de constatar en el terreno las dificultades existentes.

Este fallo de “transacción” estableció en definitiva una línea limítrofe que tomo en consideración la ocupación efectiva de las tierras y los alcances que sobre ellas tenían las acciones políticas de los gobiernos (cf. Fiori y de Vera, 2002, p. 167-177). Ello explica la acción desplegada por Moreno para establecer y estrechar vínculos con quienes ocupaban esas regiones, de lo cual dan cuenta, la prédica constante en favor de establecer nuevas colonias y vías de comunicación (caminos, ferrocarriles), y en concreto la importante correspondencia postal y telegráfica que mantuvo con los pobladores del Valle 16 de Octubre y los asentamientos que promovió más al sur. Ello explica lo afirmado por Holdich en carta a Moreno el 11 de agosto de 1902 (cf. Moreno, 1942, p. 10): “He afirmado a menudo que todo lo que obtenga el Gobierno argentino al oeste de la división de aguas continentales se deberá, exclusivamente, a usted”.

El 25 de noviembre, el fallo, que se había conocido extraoficialmente, fue comunicado oficialmente a los dos países (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 275). La prensa londinense lo consideró muy equitativo, aunque algunos reconocían que los territorios más ricos y fértiles quedaban en posesión de la Argentina. El *Morning Post* destacó el ímprobo trabajo de la Comisión, que debió estudiar cantidad de documentos antiquísimos y remontarse a la época colonial y señaló que los respectivos gobiernos debían agradecer a sus peritos Moreno y Bertrand “por la ardua labor realizada y los servicios que prestaron a sus países”.

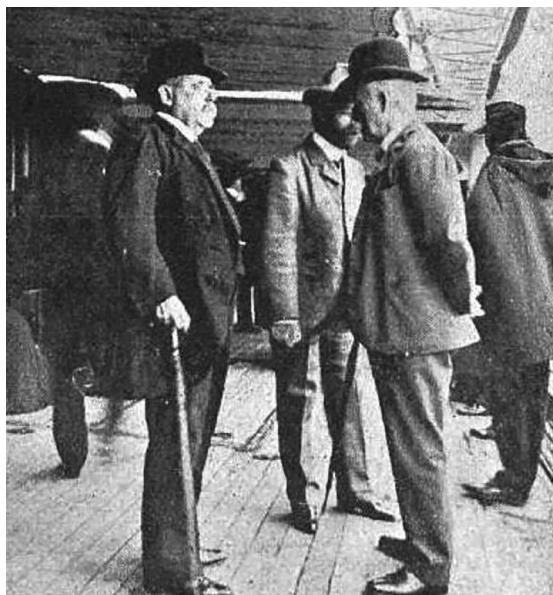
Opiniones diversas sobre el laudo

Sin embargo, el laudo fue objeto de críticas e interpretaciones diversas, tanto en Argentina como en Chile, que en algunos casos se han prolongado hasta épocas recientes (cf. Fiori y de Vera, 2002, p. 173-177).

En Chile una crítica extrema al fallo fue realizada por el perito chileno Barros Arana, que lo definió en las siguientes palabras: “el árbitro prescinde del tratado de 1881, se aparta de los derechos sustentados por los litigantes y falla con arreglo a una teoría caprichosa y anticientífica”. Se quejó del hecho de que el límite fijado, entre los paralelos 46° y 48°, cortaba los lagos Buenos Aires y Cochrane y que dejaba

en poder de los argentinos montañas de más de 1700 metros, aunque reconoció que el árbitro los favoreció en los terrenos de la Última Esperanza, donde la línea de Moreno pretendía quedar a una milla del océano, o sea, cerca del ambicionado puerto en el Pacífico. En conclusión: “Total, que hemos sido derrotados por los argentinos, que nunca habrían obtenido con ajuste al tratado de 1881, los territorios que el árbitro ha puesto en su poder”.

Otro de los involucrados en los trabajos limítrofes, Bertrand, tuvo el 24 de noviembre en Londres una opinión diferente: “el fallo favorece a Chile, puesto que más de la mitad del territorio disputado le queda reconocido”, aunque reconoció que eran terrenos de menor valor, pero hizo notar que Chile hizo prevalecer el principio de arbitraje, que Argentina sólo había aceptado luego de muchas negociaciones y dificultades (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 278). De similar manera el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, remarcó que, de los 90.000 km²



Partida de Holdich (der. a Londres, conversando con Moreno (izq.) a bordo del *Clyde*, 11 de abril de 1903. Caras y Caretas No 237 del 18 de abril de 1903.

en litigio, Argentina obtuvo 40.000 de magníficos terrenos y Chile 50.000 de pésima calidad, pero que el fallo debía ser acatado.

El Arzobispo M. Casanova dijo creer que el fallo no era favorable a Chile, pero consideró que era un fallo diplomático y que si Chile no había logrado sus expectativas era por la activa propaganda hecha en Europa por la Argentina, pero que el fallo afianzaba la paz. En la misma línea, el general Körner manifestó su pesar porque Chile no había ocupado más terrenos, ya que el árbitro tomó en cuenta la posesión para expedir el fallo. En tal sentido el diario *El Mercurio* del 22 de noviembre (cf. Rato de Sambucetti 2009, p. 274) dijo que lo más probable era que el árbitro “haya trazado una línea media de buen sentido y equidad, para resolver el problema sin herir a ninguna de las partes, ya que ninguna de ellas exhibía títulos muy claros”, pero señalaba que había un punto que podía incidir en contra de los chilenos y ese era la ocupación argentina, porque una familia con unas cuantas ovejas que se establece en territorio antes deshabitado le da la nacionalidad del país al que pertenece. “La ocupación da derecho”, añadía el periódico, y nadie lo sabía mejor que “el gobierno inglés cuyo vasto imperio está fundado y continúa creciendo sobre la base de que la ocupación es un título supremo”. Ese mismo diario el 27 de noviembre decía que “Chile acepta tranquilo el fallo que le arrebató un terreno que creyó suyo, pero que no ocupó jamás” y el diario *La Unión*, de igual fecha, sostuvo que el laudo no quiso ir al fondo de las dos teorías, sino repartir la zona en litigio para dejar contentos a ambos contendientes.

El corresponsal del *Times* en Valparaíso dijo que la mayoría del pueblo chileno consideraba injusto el fallo, aunque *El Heraldo* de la misma ciudad, el día 28 de noviembre, lo criticó por su ligereza, negando lo dicho y afirmando que la mayoría del pueblo chileno agradecía al árbitro por la sabiduría y la equidad con las que pudo resolver un fallo que tuvo a los dos países al borde de la guerra. Previamente, el 24 de noviembre, *El Heraldo* afirmaba que cada país había pretendido lo que más convenía a sus intereses y se había persuadido de que toda la razón estaba de su lado, pero que “nadie es buen juez en causa propia, y tanto uno como otro país debe manifestar plena confianza en el criterio imparcial del árbitro

y reconocer antes y después del fallo, que éste ha de ser la fiel expresión de la justicia “. Simultáneamente hubo entrevistas a personalidades del país trasandino. Una de ellas, la Sra. Emilia Herrera de Toro se felicitaba por la terminación de las ideas belicistas.

En la Argentina, Zeballos (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 276) desde *La Prensa*, el 1 de diciembre se manifestó en contra del laudo: “Chile queda con todo el Estrecho de Magallanes, siete décimos de Tierra del Fuego, todas las islas del Atlántico al sur de éste y acaso 4.000 leguas de Patagonia al oriente de las más altas cumbres de los Andes. La República Argentina no ha gastado 150 millones de pesos oro en sus departamentos militares y tal vez 2 millones de pesos oro en sus estudios científicos y de arbitraje para defender 3 millones de leguas patagónicas ¡Eso habría sido insensato!”. Afirmó además que Chile recibió la mitad de un territorio que antes había reconocido argentino y terminaba su acerba crítica diciendo: “La República Argentina, debilitada y abstraída por el desorden interno y por los intereses materiales, defendió su tesis sin carácter, sin unidad de acción y sin plan definido”.

Aunque el mismo periódico concluyó que la línea del árbitro no se subordinaba a ninguna teoría, y que era una línea salomónica que dividía casi en dos partes iguales el territorio litigioso.

Por su parte el periódico *El Diario*, del 24 de noviembre de 1902, decía: “(...) Se ha firmado la paz y ha triunfado la causa (...) del buen derecho, que fue siempre nuestro supremo ideal (...). La línea trazada por el imparcial y encumbrado tercero es ante la ciencia y la razón geográfica, la línea argentina, la línea Moreno, traída en ciertas partes algunas millas al este, por razones de equidad y alta política, pero esencialmente la misma, porque su base es invariablemente la teoría de la cordillera nevada, y en ningún caso la del divorcio de las aguas continentales, inventada (...) para invadir los valles del oriente cordillerano. La línea Moreno ha podido ir alguna vez más allá de la propia convicción del perito argentino, porque era una línea de alegato, donde es humano y prudente forzar la tesis, dentro de lo que tolere la verdad fundamental (...) su irrefragable asiento de verdad científica y de justicia legal ha quedado evidenciado meridianamente y esta es nuestra gran alegría, nuestra austera gloria (...). El tratado

de límites que ponía fin a la cuestión, firmado en 1881 (...) ha tardado 21 años en llegar a su completa solución, después de una sucesión de angustias, incertidumbres, despilfarros, desorganización civil y militar, encarecimiento de la vida, fomentando el malestar social (...). Estos veintiún años de vía crucis nacional, originados por esa habilidad diplomática, de vieja escuela, que consiste en eludir responsabilidades aplazando su resolución definitiva, bajo la cubierta de frases ambiguas (...) han retardado el desenvolvimiento de nuestra cultura política y el progreso material, echando sobre el país, en ciertos momentos, el peso de graves problemas de seguridad nacional, y la deuda abrumadora que agobia al contribuyente (...). En este momento en que se distribuyen las responsabilidades y los premios, la opinión pública concederá la que corresponda al autor del tratado de 1881, obra que felizmente cubre desde hoy como una lápida, el laudo arbitral, obtenido por la pericia y dedicación de Moreno (...).”

Y en referencia a la actuación de Moreno escribió: Así el periódico *El Diario* en su edición del 24 de noviembre de 1902 decía: “Al llegar al fin del largo pleito de límites (...) *El Diario* tiene la persuasión de realizar un acto de elevada justicia nacional, perfilando la figura del gran protagonista en esta (...) ardua odisea de la ciencia por la verdad. El perito argentino doctor Francisco P. Moreno, surge de la obra colosal, como su primer obrero, el más completo, el más vidente, el más obstinado, el más (...) laborioso y patriota. La magna campaña por la justicia y el derecho argentino deja (...) erguida esta talla (...) de formidable trabajador, siempre (...) consciente de la verdad (...) y empeñado (...) en la empresa de materializarla en el hecho geográfico (...) y llevarla (...) a los estrados de la ciencia universal, creando con toda esa vigorosa labor (...) la “Evidencia Argentina” (...) la obra más monumental que se haya podido presentar en un juicio internacional de esta naturaleza.

Es una vida ejemplar (...) la de este singular y valeroso espíritu de sabio y de patriota, y (...) de hombre de acción (...). Animoso, inquebrantable en su avasalladora firmeza, con una visión clara, neta, profunda, del porvenir argentino, (...) se puso con toda su alma a limpiar los caminos, a allanar los obstáculos, a despejar los horizontes, a tratar de que el país tomase posesión por medio de la ciencia

aplicada a la acción (...) de todas sus fuerzas vivas, (...) y que las usara con oportunidad y pericia. Ese fue su primer trabajo: conocer el país desconocido, (...) describiéndolo (...). Ahí halló Moreno su predestinación y empezó en el seno de la naturaleza su hermosa vida, (...) siempre al servicio del país, ya estudiando y diciendo con su insospechable autoridad las energías y las riquezas que guarda (...) ya sosteniendo y revelando (...) el derecho argentino de que desde hace veinte años es virtualmente el paladín (...). Hubo siquiera en eso, acierto al buscar un mantenedor para nuestro derecho. El hombre estaba ahí y se le puso en el puesto donde solo él podía salir avante con brillo y con éxito. Moreno ha hecho ahí su grande obra capital: ha producido el alegato decisivo, ha evidenciado el hecho geográfico (...) y el perito argentino (...) demostró, evidenció medianamente que el hecho geográfico corroboraba el derecho consagrado en los títulos originarios y en los protocolos del vetusto litigio. Eso le debe el país a Moreno, haber sacado el debate de los archivos diplomáticos para arrastrarlo al terreno, a la prueba del hecho geográfico, (...) y arribar a soluciones verdaderas, únicas que podrían ser sólidas y definitivas. Eso y la revelación de la Patagonia son las obras fundamentales del perito Moreno, que ha llenado una vida con trabajos capaces de haber agobiado hasta la vejez la energía de media docena de hombres animosos y bien dotados.

Son sus dos obras culminantes, pero están lejos de ser las únicas; más bien podría decirse que son la consagración y la clave de toda su acción de más de treinta años, (...) polarizada enérgicamente a rumbos precisos de verdad, de bien público, de servicio a la causa de la grandeza argentina en diversas esferas. La espontaneidad de su consagración, su desinterés (...), la difícil facilidad con que todo se allana a su paso, pareciendo que no le cuesta esfuerzo alguno realizar las más pesadas empresas, hacen que el país se vuelva pocas veces a observar a este gran servidor silencioso.

Moreno ha trabajado por la nación como trabaja un corazón sano en un cuerpo robusto, produciendo vida sin que su obra se advierta. Pero al fin se nota: después de la ardua campaña realizada, hemos ganado esta hermosa consagración de una personalidad de primera magnitud en nuestro país y de una notoriedad saliente en la ciencia universal, donde el

nombre de Francisco P. Moreno tiene una resonancia llena de prestigiosa simpatía (...).

El término de la trascendental campaña lo reintegra a la patria, consagrado como uno de los ciudadanos que más bien han sabido ganar el derecho al amor y el respeto de la nación argentina”.

El embajador argentino Domínguez consideraba a su vez que la solución dada por el árbitro era satisfactoria. Y en París el 27 de noviembre (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 275), el Vicepresidente Quirno Costa, quien conocía bien el tema por haber intervenido en las tratativas con Chile, se mostraba muy contento y enviaba un telegrama al perito Moreno en términos elogiosos. Posteriormente, el 5 de diciembre le escribió al Presidente Roca felicitándolo (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 280): “Los puntos ocupados por nosotros como San Martín, Colonia 16 de Octubre, Lácar, Palique mismo, que originaron violencia en Chile, nos han sido adjudicados, dándonos así la razón”, y en cuanto a San Francisco, “después de la línea trazada con la Puna por Buchanan, su importancia es menor”. Y añadía: “Además la calidad de las tierras que quedan a Argentina, es muy superior a las que se dan a Chile”. Le menciono además que había estado en un almuerzo con Montes de Oca, y que allí todas las opiniones eran que la Argentina había triunfado, no obstante el terreno que se le adjudicaba a Chile, que era de menor importancia.

Por su parte en Buenos Aires el periódico *El País*, consideró que se había actuado de acuerdo al tratado de 1881 y al protocolo de 1893 y acotó: “El fallo no nos favorece ni nos perjudica, pues da a cada uno lo que era suyo”. “El Árbitro rechazó ambas líneas y trazó otras que corren por el rumbo más recto posible por el centro de la Cordillera, siguiendo en parte las altas cumbres y en parte la divisoria de aguas, y apartándose de ambas, cuando la topografía de la región lo regía, para mantener la continuidad de la línea”.

Ejecución del fallo arbitral

Inmediatamente después de producido el fallo, Moreno siguió trabajando, sin descanso, para dar

conclusión al tema limítrofe, con la colocación de los hitos fronterizos.

Así ya el 23 de noviembre, le escribió a Domínguez (en SR, p. 269) informando que se reuniría con el perito chileno Bertrand para dar cumplimiento al fallo e informar al Ministerio de RR. EE. sobre el plan preliminar de operaciones y anunciar la partida de la comisión demarcadora para el 5 de diciembre de 1903. Informó también que en el portezuelo de San Francisco se colocaría el hito definitivo en reemplazo del provisorio y que la demarcación sería realizada por cuatro comisiones: 1ª, desde el lago Lácar hasta la Colonia 16 de Octubre; 2ª, desde dicha colonia al lago Buenos Aires; 3ª desde el lago Buenos Aires al lago Viedma; y 4ª, desde el monte Stokes hasta el paralelo 52° en la región de Última Esperanza.

Todas las comisiones debían incluir un representante de cada país y Moreno recomendó a los delegados argentinos. En la primera comisión, Emilio Frey; en la segunda, Gunardo Lange; en la tercera, Ulrico Greiner y en la cuarta, Carlos Zwilmeyer. Finalmente, la 1ra comisión quedó integrada por el Capitán Dickson, Emilio E. Frey, C. Bulgarilla y E. Soot; la segunda, por el Capitán Thompson, Juan Moreteau y A. Guglielmetti; la tercera, por el Capitán Robertson, Ludovico Von Platten, U. Greiner, L.E. Terrero y el Capitán John Hogberg; y la cuarta, por el Capitán Crosthwait y A. Stegman(n).

En cuanto a la región comprendida entre el portezuelo de San Francisco y el cerro Tres Cruces, en la Puna de Atacama, donde ya existía un acuerdo preliminar no se consideró necesaria la presencia de representantes del árbitro y la tarea se encomendó al Ingeniero Atanasio Iturbe, por la Argentina y al Ingeniero (P.) Contreras P., por Chile. (Ygobone, 1954, p. 297). Se había previsto la finalización de todos los trabajos para fines de marzo.

A continuación, Moreno informó en detalle los recorridos que harían las subcomisiones y la fecha en que deberían arribar a los distintos lugares, los hitos e hilos de hierro que cada subcomisión necesitaría, así como el trayecto que seguiría Holdich.

Capítulo 20

REGRESO DE MORENO DE LONDRES A BUENOS AIRES, 27 DE DICIEMBRE DE 1902

Bertrand, Moreno, su secretario O'Neill y Holdich con sus ayudantes, dejaron Londres y el 27 de diciembre llegaron a Buenos Aires (Bertomeu, 1949, p. 378). Con Moreno regresó su hijo mayor, que había estado estudiando pintura con De Martino.

Después de llegados Moreno y Holdich al puerto de La Plata, en el trayecto en tren a Buenos Aires, Moreno fue entrevistado por un periodista del “*Tribuna*”, periódico que publicó un vívido testimonio de la impresión de Moreno sobre el laudo.

“Nadie más habilitado que el Dr. Moreno para calcular sobre la importancia del laudo. Con el documento y los mapas, los profanos hemos tratado de arrancar el secreto de aquellas comarcas que nos entrega el fallo arbitral; al perito argentino le basta cerrar los ojos un poco para tener una visión exacta de las lejanas regiones”.

En opinión de Moreno, el laudo debía examinarse tomando en cuenta el potencial de las tierras involucradas, i.e. “*Los territorios que son definitivamente argentinos ahora, no son áridas soledades, donde el arado sería un instrumento inútil. La actividad tiene allí cómo desarrollarse engrandeciendo el territorio; hay fortunas que pueden, bajo la acción del trabajo, dar su lógico rendimiento de progreso para toda la república*”, y agregaba: “*Ahora nos falta una cosa y veremos cómo es cierto todo esto: aprovechar las ventajas; dar a esos territorios el valor que tienen, haciéndolos producir, pidiéndoles el rendimiento que nos deben dar, si el esfuerzo argentino cumple su misión*”.

En cuanto a los fundamentos del laudo, Moreno destacó que era el resultado de “*un estudio meditado, prolijo, hecho con una dedicación absoluta, recolectando datos y antecedentes, informes del terreno mismo en discusión, moviendo archivos, revolviendo los viejos pergaminos que estaban ya casi olvidados y que han servido para establecer derechos y recién cuando se ha tenido todo esto ordenado metódicamente, se ha entrado en el fondo de la cuestión*”.

“*Estos fallos internacionales deben considerarse de otra manera que un juicio cualquiera; hay muchas razones que dirigen el criterio de los árbitros, y no puede ser una estricta aplicación de leyes, ni más ni menos que si se tratara de un litigio ordinario. Había dos pueblos de por medio, dos pueblos grandes, fuertes, trabajadores y con unos formidables empujes de progreso, capaces de muchas grandezas y perfectamente conscientes de su porvenir (...). El árbitro ha debido tener en cuenta esto, cuando ha puesto el compás sobre el mapa americano, y ha trazado la línea divisoria*”.

El periodista dejó constancia del entusiasmo de Moreno por el resultado y destacó que valía la pena escucharlo cuando describía los territorios que se incorporaron a la jurisdicción argentina. Valles de asombrosa fertilidad, campos, bosques y montañas, pero no las áridas nevadas del macizo central, sino las que guardan riquezas explotables, las que ofrecen y cumplen cuando el trabajo llega a ellas (...).

En el diálogo final dijo Moreno

“—En fin, estas cosas no pueden decirse así, mientras se charla en el tren, hay que tratarlas con más deferencia, explicarlas enseñándolas. ¿Conoce Ud. el sur?

—No señor.

—Entonces (...) no va a darse cuenta de lo que es esa maravillosa región.

—Pero he leído...

—No; eso hay que verlo. Ninguna lectura conforma; nadie se ha aproximado a la verdad lo suficiente”.

El 28 de diciembre, Moreno fue recibido por el Presidente Roca (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 279).

Agasajo a Moreno en Parque Lezama

El 3 de enero de 1903, en la Plaza Lezama de Buenos Aires se dio un banquete en honor a Moreno en el que se reunió lo más representativo del mundo oficial y diplomático, tal como lo reflejo el diario *La Nación*, en su edición de ese día (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 279). Con esa reunión se manifestó el reconocimiento público a Moreno por los servicios prestados en favor del derecho argentino en la cuestión de límites.

El mismo diario diría al día siguiente: “Una comida al aire libre en el Parque Lezama, como la que se ofreció anoche al Dr. Moreno y a la que asistió sir Thomas Holdich y su comitiva, era verdaderamente lo que correspondía ofrecer a personas que van a desafiar durante meses los vendavales de la cordillera (...). En la mesa de cabecera, a la derecha del Dr. Moreno, sentáronse el Dr. Dardo Rocha, el senador Uriburu, el Sr. Pellerano, gerente del Banco de Comercio. A la izquierda el ministro Dr. Escalante, sir Thomas Holdich, el intendente D. Alberto Casares y Mr. Thurburn, gerente del Banco de Londres (...). ¿Puede dudar el Sr. Moreno que, junto con los presentes, adhirió a la fiesta de anoche todo argentino capaz de apreciar la labor ímproba y docta que el país debe a su perito en la cuestión que acaba de resolverse?”.

Dijo en la ocasión el árbitro inglés: “La demostración al perito argentino no podrá [podía] ser más justificada. El Dr. Moreno ha desplegado en la defensa del derecho de la República [Argentina] todas las facultades notables que posee: la actividad mental y física, sus vastos conocimientos científicos, la práctica de la cordillera, que conoce como pocos, un ardor y un patriotismo que le dan derecho a la gra-

titud de sus conciudadanos” (cf. Bertomeu, 1949, p. 362; Ygobone, 1954, p. 302).

Holdich y Moreno vuelven a la Patagonia

Entre el 6 y el 8 de enero (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 281) Holdich visitó Mar del Plata, paseó por varias calles, recorrió la rambla, alabó el aire de la zona, y se bañó en el mar con varios oficiales de su comitiva. Martínez de Hoz lo llevó a conocer su establecimiento de campo en Chapadmalal; también asistió al casino del Hotel Bristol, en el cual se hospedó hasta el día 8 en que partió hacia Tandil.

Tomó el tren expreso para Puerto Militar, en Bahía Blanca, se reunió con Moreno y el 11 de enero, se embarcaron en el crucero 9 de Julio hacia el sur (Holdich, 1904, p. 225).

Holdich tenía como destino el Seno de la Última Esperanza donde debía encontrar al perito Chileno Bertrand para comenzar allí la demarcación, mientras Moreno la incoaría en Santa Cruz.

El 13 de enero, Holdich y Moreno viajaron a la isla de los Estados, donde visitaron el observatorio de Año Nuevo creado por la Sociedad Geográfica de Londres, de la que Holdich era vicepresidente.

Entre el 20 y el 26 de enero (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 281), navegaron en el “Patria” los canales fueguinos. De Ushuaia salieron por las islas Bridges y navegó el Beagle, pasaron a una milla del Cabo de Hornos y fondearon en una rada cercana. Partieron de allí al día siguiente, tocando Slogget, Picton y Haberton, para llegar finalmente a Ushuaia. Luego salieron hasta Lapataia y Romanche; bajaron en el glaciar al pie del monte Darwin y recorrieron varias islas, entre ellas O’Brien y Magdalena, y visitaron los ventisqueros del Monte Sarmiento.

Por el Estrecho de Magallanes llegaron a Punta Arenas, donde Holdich se embarcó en el buque chileno Pinto, que lo llevó al seno de la Última Esperanza. Regresó luego de su tarea para partir en el buque Chacabuco a Valparaíso y Viña del Mar, donde saludaría al Presidente Riesco (cf. Holdich, 1904, p. 244). Moreno mientras tanto salió desde Punta Arenas hacia Buenos Aires en la nave 9 de Julio.

Los primeros hitos se colocaron en la zona de Última Esperanza (Rato de Sambucetti, 2009, p. 282) donde había estancias instaladas cuyos campos

abarcaban ambos lados de la frontera, hecho que debe haber dificultado la colocación de los hitos.

De hecho, hasta la década de 1960, según pudo comprobar este autor, había puestos sobre el lado argentino cuya comunicación telefónica y vial se hacía a Punta Arenas en Chile.

Colocación de los hitos

La colocación de los hitos requirió un enorme esfuerzo. Escribió Onelli: “La frontera esta allá arriba, en la cordillera nevada donde los desfiladeros se angostan, los arboles corpulentos se vuelven enanos, las malezas y las espinas detienen la marcha, el suelo destila agua como una esponja empapada, las mulas vuelven al bajo a descansar, ahora es el hombre el que carga en sus espaldas los trescientos kilos del hito de hierro desarmado, los instrumentos y los víveres, y machete en mano, abre camino hacia la cumbre”.

En la instalación del hito 62, al sur del lago San Martín, por la comisión a cargo del capitán R.E. Crosthwait, el geógrafo y agrimensor noruego contratado por Moreno, Teodoro Arneberg, fue atacado por un puma y salvado por el marino sueco John Hogberg quien mató al puma de un disparo.

En esa misión cruzaron con dificultad el canal Chacabuco, acamparon en el río Rosa y por no tener abrigo encendieron un fuego que ocasionó un incendio. Al ponerlos éste en peligro, decidieron regresar pese al viento y al fuerte oleaje, pero “la frágil embarcación tuvo en el capitán Hogberg a un temerario e insuperable timonel”. Cuando llegaron al campamento de Bahía de la Lancha, dijo Crosthwait: “Yo he viajado mucho, pero hoy he visto por primera vez algo como posiblemente solo lo hayan contemplado y experimentado los vikingos en sus famosos viajes. Nunca hubiera creído que esta embarcación de listones y lona podrida resistiría semejante temporal” (Madsen, en Hosne, 2005, p. 157).

En otros lugares la tarea fue tan dificultosa que los hitos fueron mal colocados. Uno de esos casos se produjo en el río Encuentro, hecho que años después daría lugar a un nuevo conflicto. En el relato del Capitán Dickson: “La región que atravesamos estaba cubierta de espesas maciegas y bambúes y es muy quebrada; tuvimos que cruzar dos veces el río Palena por vados bastante peligrosos. El que consideramos como río Encuentro resultó ser un arroyo (...). De todos modos, tanto el señor Soot, argentino, como

el señor Barrios, chileno, estaban completamente de acuerdo en que aquel era el lugar y nadie sospechó que no lo fuera (...) así que yo coloqué el hito en la orilla norte del Palena, frente a la junta con el supuesto río Encuentro”. Posteriormente se daría cuenta del error y ubicaron un “río Encuentro II”, aunque sin una total seguridad (en Fiori y de Vera, 2002, p. 159-161). Según Miguel Ángel Scenna el hito 16 debía colocarse en el Cerro de la Virgen, donde según Holdich nacía el río Encuentro, pero Frey descubrió que no era así y no podía servir de límite; lo denunció, pero no fue corregido. Frey fue relevado del cargo y así dicho hito quedó mal instalado.

Las desavenencias entre Argentina y Chile llevaron en 1955 a un conflicto de disputa sobre el denominado Valle de California. Finalmente, en la década de 1960, un nuevo arbitraje puso fin al conflicto y ubicó el valle en jurisdicción de Chile.

Sucesos personales dolorosos

Durante los trabajos, se produjeron sucesos personales dolorosos: Holdich se enteró al llegar a Buenos Aires del fallecimiento de un yerno y Moreno también supo, en medio de la labor de colocación de hitos, de la muerte de su hijo Floro, que había quedado en casa de la familia Onelli. El niño de nueve años, cuya salud era en extremo delicada, había fallecido el 26 de enero de 1903. Al recibir el telegrama con la noticia Moreno (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 133) prosiguió con la tarea que lo ocupaba y posteriormente se aisló con su dolor. En los primeros días de febrero viajó a Buenos Aires para ver a su familia y luego regresó al sur para continuar los trabajos.

En el mes de marzo, otro suceso trágico enlutó la expedición: la muerte de Camilo Bulgarelli, integrante del grupo de expertos que Moreno había llevado a la frontera. A él se debió el levantamiento topográfico de las cuencas de los ríos Mayer, Chico y Belgrano, y de la extensa región del río Fénix, el *divortium aquarum* continental al oriente del río Carrén-Leufú y el de las montañas y valles que rodean al lago Lácar, como la cordillera de Ipela.

Homenaje de Moreno a Bulgarelli y a todos los que trabajaron en la demarcación

El mismo Moreno (1903d, p. 1) escribió un texto en su honor, titulado “A la memoria de Bulgarelli. Un hombre de ciencias y de labor. Homenaje de su

jefe el perito Moreno. Perpetuando su recuerdo”. Haciéndolo extensivo a todos los que participaron en esa verdadera gesta. Escribió Moreno: “Cuando en 1896 se me confió el trazado de la frontera con Chile, lo primero que hice fue reunir los medios de ampliar a la mayor brevedad, el conocimiento que ya tenía de la fisiografía andina. La base de toda discusión con el perito chileno y de toda argumentación en caso de que se produjeran divergencias susceptibles de arbitraje, debía ser la concepción clara de la naturaleza del límite racional en la Cordillera de los Andes, pues la solución satisfactoria buscada desde tanto tiempo atrás en el litigio vecinal estaba solo en la verdad geográfica, tan descuidada y en la terminación de discusiones peligrosas por su misma esterilidad. Para divulgar esa verdad, ante propios y extraños llevé a las nuevas tareas a un grupo de hombres, que, si bien no habían nacido la mayor parte, en suelo argentino, reunían las condiciones de competencia, carácter y energía para realizar en corto tiempo el estudio de la región austral, principalmente, y hoy puede decirse que sin esos estudios la cuestión de límites estaría lejos de terminarse, si es que no se hubiera complicado aún más. Son sus resultados, los que han permitido al Gobierno británico resolver el litigio en condiciones tan satisfactorias. Son sobre los planos levantados por esos hombres que se ha trazado la línea de fronteras con Chile y es con ellos solamente y con la cooperación personal de sus autores, que la Comisión Demarcadora inglesa termina en este momento el amojonamiento de esa línea y con ella el litigio que ha durado sesenta años.

Tal obra ha exigido, por parte nuestra, duros sacrificios. Muchas vidas, ha costado y la más preciosa es la de uno de los más abnegados compañeros en el trabajo, la del ingeniero italiano Camilo Bulgarelli. No tengo la menor duda de que cuando el Tribunal Arbitral manifestó por intermedio del ministro británico en esta ciudad su agradecimiento por los trabajos que se han realizado por los ayudantes argentinos, en la región litigiosa, recordó entre los de primera fila los del ingeniero Bulgarelli. Si su competencia era grande, su amor al trabajo era mayor. A él le debe la república entre otros el levantamiento topográfico detallado de la cuenca superior de los ríos Mayer, Chico y Belgrano y de la extensa región del río Fénix, el de la región del *divortium aquarum* continental, al oriente del río Carren-Leufú, y el de las montañas y valles que rodean al lago Lácar,

como también el del cordón de Ipela, sobre cuya cumbre pasaba mi línea, todas regiones que pretendía Chile y que son argentinas hoy definitivamente.

En el año pasado Bulgarelli acompañó al capitán Dickson, de la Comisión técnica inglesa, durante el reconocimiento que este hizo de la región del Lácar, para facilitarle con su experiencia, el estudio de zona tan importante, y cuando poco después, Sir Thomas Holdich, quiso comprobar con su propia observación la exactitud del plano de las vecindades del río Carren-Leufú, Bulgarelli tuvo la singular satisfacción de escuchar de boca del miembro del Tribunal Arbitral, las felicitaciones de tan alta autoridad por la perfecta ejecución del trabajo.

Fui testigo de ese acto. Había asegurado a mi Gobierno que todo elemento de juicio que se entregara al árbitro por nuestra parte sería exacto y claro, y el reconocimiento de que lo eran en efecto por la Comisión Técnica inglesa, reconocimiento extendido luego a todos los demás planos de detalle y que es el que ha permitido resolver en tan breve tiempo la línea fronteriza definitiva, fue también íntimamente halagador para mí. Bulgarelli continuó el examen del terreno, con nosotros, y fue al embarcarse, en Comodoro Rivadavia, para regresar a esta capital, que, en un accidente desgraciado recibió el germen de la enfermedad que ha terminado con su vida.

Era entonces un hombre robusto, de salud perfecta, pero cuando últimamente regresé de Londres lo encontré extenuado. Su mal incurable avanzaba rápido, se daba cuenta de ello, pero, reconocía también que su presencia en el terreno de la demarcación era indispensable para colocar, en la zona del oeste del lago Lácar, los hitos definitivos en la temporada presente, como se había convenido, operación a la que debían concurrir los mismos topógrafos que habían ejecutado los planos que sirvieron al rey Eduardo VII para trazar la línea divisoria con Chile.

Así, aunque moribundo ya, emprendió viaje. Sus compañeros conocíamos su fin próximo, pero pensamos que el fin le llegaría en día de calma, una vez el deber cumplido, y así ha sucedido. Colocado el último hito en el cordón de Ipela, Bulgarelli descansa al pie del filo nevado andino, cuya evidencia tanto contribuyó a demostrar.

Creo que la geografía argentina debe perpetuar el recuerdo de este hombre, al que tantos servicios debe.

Me ha cabido la honra de dar nombres apropiados a no pocos accidentes del suelo argentino, y me parece que bien puedo agregar uno más a esa lista, llamando en el plano final de la demarcación Cerro Bulgarelli a la eminencia abrupta en cuya cumbre el delegado del árbitro estudió y aplaudió el trabajo topográfico de tan útil colaborador en la dura obra que lo ha muerto”.

Este relato constituyó, como bien lo señaló Rato de Sambuccetti (2009, p. 283), un “homenaje a tantos estudiosos y científicos calificados que llegaron desde Europa a nuestra tierra y no obtuvieron el reconocimiento merecido”.

Holdich felicitó especialmente a los jefes de las comisiones demarcadoras por su exitosa labor y Moreno (1918-1919, p. 78), en un homenaje inconcluso realizado antes de morir, escribió: *“Si la vida me da tiempo para terminar el libro que tengo entre manos, he de hacer debida justicia a mis compañeros de trabajo que en esos tiempos tan azarosos tanto hicieron por el bien de nuestro país, no pocas veces con grave peligro de vida y siempre con actividad que puedo llamar asombrosa; mientras que en la capital de la República, algunas de los que tenemos aún por grandes figuras nacionales, decían ‘¡por qué disputar un pedazo de tierra cuando tenemos tanta que poblar!’.* Aquellos hombres, que exponían su vida cada día, tenían, al cumplir con sus cometidos, siempre mayores alcances nacionales, que los comodones que presuponían los intereses generales a los suyos particulares”.

Regreso de Holdich a Gran Bretaña

A fines de marzo, Holdich y una parte de la comisión demarcadora llegaron a Buenos Aires desde Las Cuevas en un tren expreso enviado por el gobierno argentino. En la casa de gobierno, el delegado del árbitro fue agasajado con un banquete para despedirlo por su regreso a Inglaterra. El 5 de abril visitó Rosario y luego retornó a Buenos Aires.

Por la misma época, el 25 de marzo, en Buenos Aires, un selecto grupo de personalidades ofreció un banquete en honor de Manuel Augusto Montes de Oca, en agradecimiento por su brillante labor en la cuestión de límites argentino-chilenos.

El 11 de abril, Holdich dejó la Argentina en el navío *Clyde*. Fue despedido por el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores, Luis María Drago, el embajador chileno Concha Subercasaux, Moreno, Onelli,

Montes de Oca, etc. Entrevistado por *El Diario* dijo: “He visto muchos países y visitado muchas comarcas pero si hay alguna que tenga un porvenir tan grande, como seguro y próximo, es sin duda la República Argentina”. El 30 de junio de 1903, en un informe al Subsecretario de Estado de Gran Bretaña escribió Holdich: “No puedo expresar suficientemente mi reconocimiento al doctor F. P. Moreno por la energía y habilidad con que eligió los preparativos para la demarcación en regiones remotas y difíciles (...)” (Bertomeu, 1949, p. 380; Ygobone, 1954, p. 298).

Más aun, dijo también Holdich: “Moreno, enteramente argentino en sus convicciones e implacablemente activo en su defensa del lado argentino de la cuestión, fue, sin embargo, primer hombre de ciencia y nunca perdió tiempo en controvertir o poner en duda conclusiones que pudieran ser medianamente demostradas como exactas o aun equitativas” (en Márquez Miranda, p. 538).

Y el 11 de diciembre de 1903 le escribió a Moreno: “Mi estimado Moreno (...) ¡yo creo que usted se merece una estatua en un lugar muy conspicuo de Palermo, y espero la tenga! Aprecio que sus amigos y compatriotas pensarán preservar de algún modo, en el futuro, su nombre entre los benefactores del país (...). ¡Ud. tendría una calurosa bienvenida en Inglaterra...! (en Rato de Sambuccetti, 2009, p., 301-302” La relación que establecieron Moreno y Holdich se prolongó en el tiempo. Todavía en 1907 intercambiaban correspondencia, en muchos casos de índole familiar. Así el 2 de septiembre Holdich le escribió a Moreno (en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 302) en ocasión del compromiso de Juana María, que era amiga de su hija Joan, con el Sr. Gowland y felicitó también a Moreno por haberse acordado la medalla de la Real Sociedad de Geografía. Estaba pasando el verano en el valle del Thames y deseaba que Moreno y su hija pudieran reunirse con ellos allí, lugar que describía con entusiasmo: era un lugar hermoso, entre suaves colinas que llegaban al río, rodeadas de bosques que le recordaban los Andes. Manifestaba a Moreno su pesar por la recurrencia que sufría Moreno de la enfermedad que ya lo aquejaba cuando habían estado juntos, y que atribuía a su dura vida como explorador, pero que esperaba desapareciera con más descanso y una vida tranquila.

En otra carta del 10 de septiembre (de 1907?) Holdich (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 302-303) le expresó sus deseos de que llegase a ver a la Argentina y Chile unidos a Uruguay y Paraguay e hizo referencia a los preparativos de la Exposición del Centenario, en la que estaba seguro que participaría Moreno, aunque eso lo mantendría alejado de Inglaterra, quitándoles a ellos la oportunidad de verlo. Agradecía a Moreno por una distinción recibida de la Sociedad Argentina de Geografía; creía que Moreno había tenido algo que ver y le daba las gracias. Finalmente, invitó a Moreno y a su familia a la boda de su hija Jean, que se efectuaría en 1911.

Regreso de Moreno a Buenos Aires

Moreno por su parte, completada la demarcación y vuelto a Buenos Aires se estableció en la Quinta de Moreno en Parque de los Patricios, junto a sus tres hijos (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 133, 154).

El 20 de abril de 1903 (1903a; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 132-133) concluyó la redacción de sus “Apuntes para una foja de servicios” en los que hace una evaluación de la trascendencia de lo realizado en el tema de límites.

“Conociendo los hechos físicos de la Cordillera de los Andes, desde el día en que se firmó el tratado de 1881, hasta aquel en que terminó la demarcación con la aplicación en el terreno del fallo arbitral, he trabajado, sin pararme en tropiezos, para que los errores humanos no perjudicaran los derechos de la República basados en hechos naturales que no eran bien conocidos y porque eso no se había tenido en debida cuenta en los tratados y convenios hechos en un período de casi veinte años. Que mis opiniones y mis esfuerzos han sido justos en la defensa que he hecho de los intereses argentinos, lo ha confirmado la sentencia arbitral, dando razón a todo cuanto he sostenido respecto a la vaguedad de los tratados y convenios y a la forma de trabajos y defensa que adopté, en vista de esa deficiencia, para obtener la fijación de una línea divisoria de Chile, geográfica natural, que es la síntesis del espíritu de esos tratados y convenios.

Las declaraciones oficiales del Tribunal Arbitral y las particulares de sus miembros (...) dicen que solo procediendo como lo he hecho, ha sido posible asegurar la permanencia de la línea resuelta ‘sin dejar lugar para argumentos capciosos’ y han agregado ‘que

el límite adoptado posee una base indisputablemente científica, lo que se debe principalmente a la energía y habilidad del Perito argentino’. El Gobierno argentino conoce también la opinión escrita del miembro del Tribunal Arbitral, coronel sir Thomas Holdich, sobre el valor y el éxito de mis gestiones (...). El resultado final de los trabajos que he hecho personalmente o he dirigido, ha traído el rechazo de la mayor parte de la línea que el perito chileno sostenía amparado por la vaguedad de los convenios y la ignorancia de las condiciones del terreno. El límite en la división continental de las aguas hubiera traído a Chile lejos al este del pie oriental de los Andes y hubiera sido una línea ‘contra natura’ y fuente de perpetuas y graves dificultades. Las condiciones de las que ha resultado el fallo aseguran la tranquilidad futura. A este resultado se ha llegado en buena parte, porque, como se ha visto, para sostener el derecho argentino me apoyé siempre en la misma naturaleza, cuya obra era necesario hacer conocer con verdad, lo que empecé a poner en práctica al llevar a cabo en 1876, mi primera exploración de las tierras magallánicas con el objeto de resolver geográficamente uno de los primeros tropiezos que tanto debían prolongar la más grave cuestión internacional que haya tenido la República desde su origen.

Ecoss del Laudo. La amistad argentino-chilena

En el mes de mayo de 1903 llegaron a Buenos Aires en visita oficial dos naves de guerra de Chile, el “Blanco” y el “Chacabuco”, en las cuales una delegación, presidida por el Almirante Jorge Montt, presentaba a la República Argentina, en ocasión de sus fiestas patrias, el testimonio de una renovada amistad (Rato de Sambucetti, 2009, p. 284-286). Uno de los medios gráficos donde más trascendencia se dio a esta seguidilla de fiestas fue la revista “Caras y Caretas”, que sacó un suplemento especial dedicado a Chile. La ciudad mostraba sus mejores galas, preparada para impresionar bien a los visitantes.

“El día 21 se había inaugurado el monumento llamado “Las Nereidas”, de Lola Mora, y la misma Lola, días más tarde, agasajó al pintor chileno, Sr. Casanovas, junto a los afamados pintores Schiaffmo, Sívori, De la Cárcova, Arduino, De Pol, Núñez, Della Valle, Giúdice y otros. La seguidilla de banquetes y agasajos parecía interminable; se dieron banquetes a

autoridades, militares, marinos y diplomáticos en el Jockey Club, con carreras en el Hipódromo, recepción en Casa de Gobierno, en el Club Militar, en el pabellón de los lagos, en casa del general Campos, etc. Se había formado una Comisión de recepción y festejos, y gran parte de la delegación estuvo alojada en el lujoso Royal Hotel”.

“Se programó una visita al Arsenal de Guerra, una matinée a bordo del *Chacabuco*, una visita al buque escuela *Fragata Sarmiento* (...); se dio una función en el *Odeón* en honor de los delegados y otra en el *Apolo* para los soldados y marineros chilenos. El comercio de la ciudad, más aliviado de los negros presagios de una guerra, los agasajó en Prince George’s Hall y fueron llevados en excursión al Tigre y Campana y desde los estudiantes a los masones argentinos y chilenos confraternizaron”.

“El Dr. Concha Subercaseaux, embajador chileno en Buenos Aires, agasajó al presidente Roca y fueron oradores Ernesto Tornquist, Carlos Pellegrini, el propio ministro Concha y el Gral. chileno Vergara. El Embajador dijo sobre los tratados

“(…) es de esperar que aseguren para siempre la armonía de un continente compuesto de pueblos, que puedan esperarlo todo de la concordia, de la paz y de la libertad”.

“Ya planteaba futuras alianzas sudamericanas el ABC en marcha”.

“La amistosa situación de la Argentina y Chile, nuestra cordialidad con la común amiga, la República de los Estados Unidos del Brasil, y el concurso de las demás repúblicas americanas, aun cuando no estén escritas en tratados y protocolos (...) constituyen un programa que realizado, habrá de conducirnos a la prosperidad que todo hombre de bien anhela para su patria, y nos hará merecer, como en su discurso nos lo ha dicho con elocuente palabra el Sr. Tornquist, el respeto y la consideración de las naciones del viejo y del nuevo mundo”.

“Tampoco faltó la visita a Campo de Mayo, al Puerto Militar, y hasta se llevó al Gral. Vergara a un paseo en automóvil, una de las novedades más llamativas de ese siglo XX que recién despuntaba. Y demasiado pronto se llegó al triste momento de la despedida para los ayer contendientes y hoy amigos entrañables. ¡Esos fueron días gloriosos también para nuestra escultora Lola Mora, quien inaugu-

ró su grupo escultórico “Las Nereidas” y agasajó al arte chileno en un convite muy sonado al que asistió todo el mundo artístico de Buenos Aires!” (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 284-286).

Muy probablemente fue durante esta visita que el Presidente Roca visitó en Buenos Aires, junto con la delegación chilena, por idea de Ángela Oliveira César de Costa, cuñada de Eduardo Wilde, el Colegio Acordare, para ver la estatua al Cristo Redentor, obra del escultor Mateo Alonso realizada por iniciativa de Monseñor Marcelino Benavente. La idea de Ángela de instalarla en la cima de los Andes, fue aceptada y finalmente se concretó, y fue inaugurada el 13 de marzo de 1904 en el límite entre los dos países, en el Paso de Uspallata.

Críticas infundadas al Perito Moreno

La acción desarrollada por Moreno en la cuestión limítrofe con Chile no fue bien comprendida por muchos, especialmente en la Argentina. Esta incompreensión lo acompañó toda su vida e incluso hasta después de muerto.

No es de extrañar que el mismo Moreno se ocupase de refutar la supuesta “inquina contra Chile” que se le atribuyó. Así en carta 4 de noviembre de 1917 al director de Tierras y Colonias, Dr. I. Maza escribió (Moreno, 1917h): *“Mucho me preocupa la franca manifestación suya del jueves último, en esa su casa, de que la principal causa que impedía fuera más efectiva mi colaboración (...) era la creencia, general en cierto medio, de que mi ‘inquina contra Chile’ aprovecharía de las facilidades que pudiera darme esa colaboración para llevar el país a un estado de cosas, cuyas consecuencias crearían serias dificultades con ese vecino.*

(...) No es la primera vez que tales impresiones circulan desde que inicié mi acción por esos intereses, pero es la primera en la que debo defenderme de inculpaciones que van creciendo y que pueden, un día, cuando yo no sirva más, echar sombras sobre mi conducta en la vida y, al escribirle lo que sigue, autorizo a usted para que haga uso de ello cuando lo crea conveniente a los intereses que se le han confiado.

Mi deber, como me lo he dicho más de una vez, me manda hablarle con toda franqueza. Lo que he visto, leído y oído, la crudeza de ciertas confesiones me hace pensar en el muy posible fracaso del plan de usted si se

escuchan esas opiniones, si se usan solo tales elementos y si se tiene presente los acaparadores de tierras legales e ilegales desde el Canal de Beagle hasta el río Colorado (...).

Después con esas envidias más o menos silenciosas (...) me he dicho que (...), para vencerlas algún día, que ha de llegar cuando pueda dar a publicidad el libro en cuya redacción me ocupo, que contendrá mis 'Reminiscencias de cincuenta años de acción' (...).

Hay, sin duda, mucha ignorancia, pero hay más maldad al decirse padre de un rompimiento con Chile. No se me conoce o no se quiere conocerme, y aquí injerto otro recuerdo que no poca influencia ha tenido en mi vida. Ahora medio siglo, muy muchacho, escuché la comedia de Labiche *Le Voyage de Monsieur Perichon* y se me grabó en el cerebro la frase que sintetiza la vanidad, que produce la ignorancia del propio valer. Monsieur Perichon, al ser consultado como debía figurar en el cuadro que recordara la (...) fraguada hazaña de Chamounix contesta: 'Yo y el Monte Blanco'. Miles de Perichones hay entre nosotros, en todas las clases, en todas las alturas, pero yo, que no olvido ese dicho tan sugestivo, he procurado siempre no ponerme delante del Aconcagua; y hay más maldad por que sabiéndose que mi acción en beneficio del común ha sido, es y será eficiente mientras viva, se procura anularla desde que puede herir intereses personales de toda clase, propagándose envidias recalcitrantes, que se han de desenmascarar cuando aparezca ese libro bien documentado, por el que se verá que nunca busqué posiciones en que mis intereses personales pudieran sobreponerse a los más (...) generales.

Se verá que jamás creí antes en la guerra con Chile. En cambio, muchacho de 24 años, no temí en ponerme frente al ministro de Chile en esta capital, que lo era el Sr. Barros Arana, para rebatir con el 'sentido común' la 'razón del estado' y triunfar; que si el Dr. Bernardo de Irigoyen hubiera escuchado lo que me decía mi experiencia adquirida, no en los libros, sino en el terreno, el Tratado de 1881 no hubiera tenido los protocolos de 1893 y 1896 tan perjudiciales para el país, que si el Dr. Quirno Costa, al ofrecerme el cargo de perito en 1888, hubiera seguido mis consejos, y también el Sr. Pico, primer perito, no nos hubiéramos enredado en cuestiones que nos aproximaron tanto a la guerra, que pude evitar con mi firmeza y franqueza en Santiago de Chile ante el presidente de esa nación, con el acta del 1.º de mayo

de 1897 y mis conferencias privadas de septiembre de 1898, ignoradas aún por el público argentino, y que si esas mismas convicciones, fruto solo de la experiencia, no me hubieran dado fuerzas para defender en Londres, entre 1899 y 1902, los intereses generales del país contra los intereses particulares de no pocos de nuestros dirigentes, otro hubiera sido el resultado final de esa cuestión de casi sesenta años (...).

¡Buscar la guerra con Chile! (...) siempre he pensado como pensó mi amigo Carlos Morla Vicuña, ministro de R. E. de Chile, que andando los años los dos países serían uno, porque así los dispone la geografía, la historia y los intereses comunes; y también siempre he pensado que el medio de llegar a esta solución sería el de establecer una frontera que deslindara las conveniencias de los dos países, la que solo se podía fijar con el conocimiento del suelo y de sus recursos presentes y futuros, conocimientos que serían los que señalarían los rumbos de esas conveniencias.

¡A esto se llama buscar la guerra y tener inquina contra Chile! Admiro a este y lo temo porque sé cómo procede, cómo están orientados sus hombres y sé cómo procedemos nosotros y lo desorientados que estamos. (...) No son chocheces estas; si me siento enfermo a veces, lo es más moral que físicamente. Me abate no tener medios de servir más a mi país. Mis fuerzas físicas no son decaídas, 65 años no es el límite de los de un hombre de acción. (...) Hombres de la mitad, de la tercera parte de mi edad, no se han atrevido a afrontar las pretendidas fatigas que yo no pasé, cuando fui, solo, a honrar el Ejército de los Andes el día del centenario de Chacabuco, en febrero de este año. Pongo punto final a esta, abarcando con la visión mental todo el sur, lo que se conoce y lo que no se quiere conocer, veo el sol alumbrar esos territorios, si un pequeño soplo de cordura disipa las nubes que hoy van cubriéndolo (...).

No por nada llegó Moreno a considerar que "El 25 de mayo y el 18 de septiembre debieran ser considerados como fastos comunes a ambos países" (en Ygobone, 1954, p. 393).

Moreno sobre otros problemas limítrofes.

Importancia de la geografía

Los intereses de Moreno por los problemas limítrofes no se limitaron a la frontera argentino-chilena y lo acompañaron hasta el fin de sus días. Así el 1

de julio de 1918 entregó al Presidente de la Nación unos “Apuntes sobre Límites” (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 30-32), en los que, además de ocuparse de manera premonitoria del límite argentino-chileno en el Canal de Beagle, incluyó comentarios sobre el río Pilcomayo y los límites con Paraguay y Bolivia (Moreno, 1918d).

En sus *Apuntes* Moreno comenzó aclarando que “*toda cuestión de límites es geográfica y no puede ser explicada sin mapas*” y que “*abogados y diplomáticos solo confían en palabras para aclarar lo que un toco croquis haría evidente*”, razón por la cual al que plantea un examen geográfico “*se lo considera un entrometido, un ignorante de la trascendencia de la discusión diplomática*”.

A continuación, paso a sostener la idea inglesa de que “*la mejor frontera es la más difícil de cruzar y la más fácil de distinguir*” coincidiendo con los que dijera Holdich: “*las líneas de límites deben ser barreras, sino geográficas naturales, deben ser artificiales y tan fuertes como los recursos militares permitan hacerlas*”.

Destaco además que el límite andino resultante del arbitraje era en parte contrario al criterio científico, ya que “*así nuestra frontera desde el lago Buenos Aires al Pueyrredón, cierra completamente el paso a Chile, de tierras que le entregó el árbitro*” y Chile “*por un conflicto en el Junemeni debió mandar fuerzas armadas desde Punta Arenas a través de territorio argentino*”.

El Beagle

En lo referente al Beagle, Moreno, en sus “*Apuntes sobre Límites*” del 1 de julio de 1918, recordaba que una cláusula del Tratado de 1881 establecía una línea a partir del Cabo Espíritu Santo (52° 40' lat. S) coincidiendo con el meridiano 68° 34' O, hasta tocar el Beagle y que hasta 1893 se había entendido que a Argentina le correspondía el norte y a Chile el sur, por lo cual Quirno Costa había hecho colocar 23 hitos a lo largo de ese meridiano.

Aclaró Moreno que aunque los libros de Galois “*Los Andes de la Patagonia*” y “*La Frontera argentino-chilena*”, publicados en 1901 y 1903 incluyeron mapas, con el nombre de Moreno, que ubicaban como argentinas las islas Picton y Nueva, “*tal trazado lo dispuso la Legación Argentina en Londres contra mi opinión*”, lo que “*debió consentir para evitar más pro-*

blemas de los que ya había en defensa de los intereses argentinos, mal entendidos por nuestro gobierno y sus representantes”, y que Holdich mismo, en su libro “*Los países del Rey*” sostuvo que “*no había límites que arreglar en Tierra del Fuego*”, por lo cual en su mapa las islas Picton y Lennox figuraban como chilenas.

En la misma fecha y en relación con ese tema, Moreno envió una nota al Presidente pidiendo un arreglo amistoso con Chile. En un memorando de igual fecha a su amigo chileno Reginald Tower, quien lo había ayudado para llegar a un acuerdo en la cuestión de la Puna de Atacama, remarcaba que el Tratado de 1881 no permitía dudas al respecto. Pese a todo esto, en 1915 se solicitó el arbitraje de Jorge V de Inglaterra y se firmó un acuerdo que no fue ratificado. El diferendo se prolongaría hasta 1984 en que las islas fueron adjudicadas a Chile por mediación del Vaticano.

En sus “*Apuntes sobre Límites*” del 1 de julio de 1918 escribió Moreno (1918d): “*El tratado de 1881 dice en su artículo 3: ‘En la Tierra del Fuego se trazará una línea que partiendo del Cabo del Espíritu Santo en la latitud de cincuenta y dos grados y cuarenta minutos se prolongará hacia el sud coincidiendo con el meridiano occidental de Greenwich sesenta y ocho grados y treinta y cuatro minutos, hasta tocar el Canal Beagle. La Tierra del Fuego dividida de esta manera, será chilena en la parte occidental y argentina en la parte oriental. En cuanto a las islas, pertenecerán a la República Argentina la Isla de los Estados, los islotes próximamente inmediatos a esta y las demás islas que haya sobre el Atlántico al oriente de la Tierra del Fuego y costas orientales de Patagonia, y pertenecerán a Chile todas las islas al sur del Canal Beagle hasta el Cabo de Hornos y las que haya al occidente de la Tierra del Fuego’.*

En este artículo no poco oscuro, la línea argentino-chilena en la Tierra del Fuego, es decir en la Isla Grande (...) toca el Canal Beagle y da a Chile todas las islas situadas al sur del Canal de Beagle mientras que nada dispone sobre las islas del Canal Beagle; pero en 1884 el Gobierno argentino al ocupar la Bahía de Ushuaia y al fundar en su costa la primera población militar, dio a la palabra tocar la interpretación que seguramente quiso darle en el tratado de 1881. En 1886 pude obtener del Gobierno para mi amigo, el tan meritorio misionero anglicano Tomas Bridges, ya ciudadano argentino, quien había residido en Ushuaia

desde 1868 civilizando a los míseros indígenas de la región, una concesión de ocho leguas cuadradas sobre el Canal Beagle en las que podría quedar comprendida la Isla Gable y los islotes adyacentes. Esa concesión era no solo un nuevo acto de jurisdicción nacional en el Canal Beagle, sino que por ella se determinaba la línea general divisoria con Chile por la parte más regular y profunda de ese canal.

Esa concesión le fue escriturada al Sr. Bridges, previa mensura, que comprendió 'la Isla Gable y los islotes adyacentes', el 17 de noviembre de 1893. Habían transcurrido doce años desde el tratado de 1881, tiempo durante el cual el Gobierno argentino había hecho otros actos de jurisdicción en el Canal Beagle de los que Chile no reclamó, lo que da a entender que interpretaba esa parte del tratado como el Gobierno argentino, es decir que la línea divisoria sería la de las aguas profundas y regulares, es decir la línea media del Canal Beagle. No había allí límite a trazarse, el sentido común lo imponía, el norte del Canal para la Argentina, el sur para Chile.

Si Chile y la Argentina hubieran dado otra interpretación que esta al artículo 3 del tratado de 1881, lo hubieran discutido sus representantes al convenir el protocolo aclaratorio del 1.º de mayo de 1893 en el que solo se dice: '4.º La demarcación de la Tierra del Fuego comenzará simultáneamente con la de la Cordillera y partirá del punto denominado Cabo Espíritu Santo. Presentándose allí, a la vista, desde el mar, tres alturas o colinas de mediana elevación, se tomará por punto de partida la del centro o intermediaria, que es la más elevada y se colocará en la cumbre el primer hito de la línea demarcadora que debe seguir hacia el sur, en la dirección del meridiano'. Así se procedió y el 9 de octubre de 1895 los peritos Quirno Costa y Barros Arana aprobaron la colocación de los 25 hitos sobre el meridiano.

Por mi parte, como particular y luego como perito argentino, nunca dudé de que fuera este el límite en el extremo sur. La línea media de las aguas del Canal Beagle era la del tratado de 1881. La mención en este de la Isla de Los Estados e islotes inmediatos a esta indicaba que todas las islas al sur del Canal y al sur de la Tierra del Fuego, fragmentos del continente, son chilenas. En el mapa que acompaña el texto de la conferencia que di en la Sociedad Real de Geografía de Londres el 29 de mayo de 1899 señalé únicamente

las líneas norte-sur, y si en los mapas contenidos en el libro del Sr. L. Gallois "Los Andes de Patagonia", publicado en mayo de 1901 y en el artículo del mismo autor sobre 'La frontera Argentino-Chilena', enero de 1903, mapas que llevan mi nombre, la línea divisoria en ellos marcada comprende las islas Picton y Nueva en el territorio argentino, debo declarar que tal trazado lo dispuso la Legación Argentina en Londres contra mi opinión. Debí consentirlo para no aumentar las muchas dificultades con que tropecé durante todo el tiempo que permanecí allí para defender los intereses argentinos, no pocas veces mal entendidos por nuestro Gobierno y sus representantes.

Visité esos lugares en enero de 1903, como simple acompañante del representante del árbitro Sir Thomas Holdich, a quien tanto debe la Argentina, y tuve la misma impresión que él. Nada me dijo allí que podían surgir dificultades con Chile en esas regiones. Hablamos mucho de su geografía, pero no se nos ocurrió nunca que llegara día en que el Gobierno británico pudiera ser nuevamente solicitado para resolver divergencias de frontera en la Tierra del Fuego. El Coronel Holdich dice en el libro en que relata sus observaciones en la Argentina y en Chile: 'No había límite que arreglar en la Tierra del Fuego'.

Indudablemente será necesario determinar la línea media de las aguas en el Canal Beagle, en la parte del límite, pero esta simple operación no puede dar lugar a dificultades.

En el mapa que acompaña la edición de lujo del libro de Coronel Holdich, "Los países del fallo del Rey", el límite argentino-chileno en el Canal Beagle y al oriente de éste pasa entre la Tierra del Fuego y las islas Picton y Nueva, por lo que aparecen como chilenas, y aun cuando la pequeña escala no permite indicar la Isla Gable, puedo asegurar que al actual presidente de la Real Sociedad Geográfica de Londres, cuando vimos esa isla, no se le ocurrió que había sido mal donada por la Argentina al heroico misionero Tomas Bridges.

No atino a explicarme por qué el Gobierno argentino pretende hoy soberanía sobre las Islas Picton, Nueva, Lennox, etc., fundándose en los tratados vigentes, es decir en el de 1881 y en el Protocolo de 1893, cuando el primero de ellos lo invalida para tal pretensión y el segundo nada tiene que ver con la demarcación en el Canal Beagle. Insisto; la mención del

tratado de 1881, como excepción, de la Isla de los Estados le hará perder pleito tan malamente planteado. En mi entender lo que procede es que ambos países retiren de sus Cámaras de Diputados el protocolo del 28 de junio de 1915 y se pongan de acuerdo en el trazado de la línea media de las aguas dentro del Canal Beagle, es decir desde el extremo NO de la isla Picton, al oeste. No hay que olvidar que el derrotero de las costas argentinas, en su edición oficial de 1900, considera como chilenas las Islas Nueva, Lennox y Picton, y que el jefe de la subcomisión demarcadora argentina en 1894, hoy Contraalmirante Juan A. Martín, ha dicho: 'Creo que las dos islas Picton y Nueva, por tratado y por la naturaleza, pertenecen a Chile'.

Por qué no dar una nueva prueba de confraternidad chileno-argentina en el día de la inauguración del monumento que, en esta capital, la nación levanta el General O'Higgins para dar por no existente el último protocolo".

Límite argentino-paraguayo en el río Pilcomayo

Los "Apuntes sobre Límites" que Moreno presentara al Presidente Yrigoyen el 1 de julio de 1918 (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 30-32) incluían una serie de consideraciones sobre el límite argentino-paraguayo en el río Pilcomayo, en circunstancias en que el Paraguay no había finalizado el pleito limítrofe con Bolivia, que llevaría finalmente a la guerra del Chaco.

Escribió Moreno al respecto: "El laudo arbitral del presidente Hayes de 1878 fijó el límite argentino-paraguayo en el brazo principal del río Pilcomayo, brazo que, según el tratado de 1876, desemboca en el río Paraguay en 25° 20' de latitud sud según el mapa de Mouchez y de 25° 22' según el de Brayer. Solo 27 años después los dos gobiernos acuerdan nombrar una Comisión Pericial para que practicara estudios y levantamientos a fin de determinar cuál es el 'brazo o canal principal', elementos con los cuales decidirían el límite de acuerdo con el fallo del árbitro.

Los peritos iniciaron sus trabajos en octubre de 1905, y desde el primer momento, sea porque tenían instrucciones para ello, o porque creyeron estar facultados para proceder así, en vez de limitar su acción a la región a que hace referencia el tratado de 1876 descuidan el estudio necesario del Pilcomayo en su desemboque en el río Paraguay y convienen iniciar sus

trabajos, a ciento cincuenta kilómetros al oeste, en las Juntas de Fontanas, en territorio completamente desconocido en 1876 y 1878. Procede el perito argentino sin estudiar antecedentes por lo que prescinde de concesiones de tierras hechas por nuestro Gobierno seis años antes, a ambos lados del brazo sur del Pilcomayo intermedio.

La Comisión Pericial dio por terminada su tarea con su informe de 13 de marzo de 1909 (...) en el que resuelven, sin tener base segura alguna, que el brazo sur del Pilcomayo intermedio que no menciona el laudo arbitral es el que debe considerarse como el brazo principal determinado en este.

Este informe en el que felizmente no ha recaído resolución alguna de los gobiernos interesados, muestra, también, cuán necesario es el estudio detenido, científico, del río Pilcomayo desde el paralelo de 22° hasta su desembocadura en el río Paraguay. No hay que olvidar que el perito señor Krausse ha aceptado en el plano oficial que se trunque la concesión hecha por el Gobierno argentino a la misión franciscana, limitándola al norte por el brazo sur del Pilcomayo, cuando debió sostener que esa concesión comprendía veinte mil hectáreas al norte de dicho brazo, de acuerdo con el decreto de 12 de febrero de 1900.

Es bueno recordar que mientras los peritos se extralimitaban con autorización o no en sus operaciones en el estero Patiño, el Gobierno argentino, siendo ministro de Relaciones Exteriores el Dr. Zeballos, procuró que los gobiernos paraguayo y boliviano resolvieran solucionar su pleito de frontera, y que reunidos en esta capital (Buenos Aires) sus representaciones aceptaron el arbitraje propuesto por el Dr. Zeballos nombrándose árbitro al presidente de la República Argentina. Las cláusulas del pacto, mantenidas secretas, no llegaron a tratarse nunca porque el protocolo de 1907 no fue tomado en cuenta por el Congreso Boliviano, y tengo motivos para creer que eran por demás gravosas para Bolivia, pero el Paraguay ganó con ese acto diplomático, porque se reconoció de cierta manera un derecho a buena parte del río Pilcomayo como su límite con la República Argentina, límite que desde entonces aparece en los mapas paraguayos como convenido sobre el cauce del brazo sur, y prolongado al oeste sobre el único brazo del Pilcomayo Superior, tanto que el Gobierno de Paraguay no ha concedido a particulares toda la tierra comprendida entre los dos brazos, como

lo indica el 'Nuevo plano catastral del Chaco paraguayo' de acuerdo con los datos compilados (...).

Las observaciones sobre las condiciones de los dos 'brazos' o de 'dos afluentes', contenidas en los documentos y planos presentados por los peritos argentino y paraguayo no bastan para resolver hasta dónde se extenderá en esa región la soberanía argentina una vez decidido el pleito boliviano-paraguayo. Bolivia avanza con sus fortines sobre el río y se aproxima a la región de los esteros, y se me ocurre que si fuera posible convendría hacer avanzar uno de nuestros fortines, por ejemplo el Cabo 1.º Chaves, sobre la margen derecha del Pilcomayo, hasta las inmediaciones de la laguna del Chajá, (Colorada, Escalante o Parentina), o el de Lagadik hasta uno de los puntos señalados en el plano pericial en las proximidades de los Tenientes o Monte Impenetrable, de manera que ocupen tierra al norte del brazo sur, o entre los esteros del brazo norte y del Confuso, pues la ocupación argentina de esos lugares es necesaria para fijar en las aguas vagabundas del Pilcomayo central el límite internacional. Es indispensable que la laguna Chajá sea un punto de límite. Tengo el convencimiento de que Bolivia procurará que su línea divisoria con el Paraguay se establezca allí o en sus proximidades, no lejos de nuestro fortín Nuevo Pilcomayo y es de todo punto conveniente que queden definitivamente bajo nuestra soberanía las pocas tierras altas sobre el Pilcomayo y en los islotes del estero que alimenta el brazo norte del curso inferior. Según informes que tengo, las tierras de The Paraguay Land Cattle Company, situada al norte de dichos puntos y del río Despejado, son excelentes para ganadería y agricultura, e indudablemente el día en que puedan establecerse comunicaciones entre las poblaciones que se están formando en los dos lados de esa parte del río, con la línea férrea de Formosa-Embarcación, deberemos procurar que el asiento de los pueblos reúna condiciones de estabilidad y prosperidad.

¿Cuál ha sido el primer resultado de estas imprudencias argentinas? Que el Gobierno del Paraguay vendió todas las tierras comprendidas entre los dos brazos del río Pilcomayo intermedio lo que ha de dar lugar a serias dificultades cuando se resuelva el límite definitivo, desde que esas regiones no han sido suficientemente estudiadas y es conocida la continua variación de su drenaje.

Significación económica del tema para Formosa

Creo fácil y económica esa comunicación. Bastaría por ahora limpiar la parte de picada ya hecha al oeste del kilómetro 296 de la línea férrea, continuarla siguiendo la misma traza hasta un punto conveniente para desviarla hacia el NO hasta alcanzar el río Pilcomayo en Tronquitos. La apertura de esa picada no exigiría grandes sumas. En años anteriores los colonos que debían establecerse en Buena Ventura sobre ese río, ejecutaron a su costo una picada desde Fortín Victorica, situado sobre el Bermejo hasta dicho punto, y la que propongo no tendría mucha más extensión. Preparado para el tráfico de autos y camiones, y cruzando el Pilcomayo en Tronquitos, punto que entiendo es el único favorable para tender un puente, se llegaría al camino boliviano de la margen izquierda del río, por el que bajarían a Formosa los muchos y ricos productos de gran parte de Bolivia, beneficiándose así enormemente los dos países.

La explotación de grandes depósitos petrolíferos de la falda oriental de la región montañosa necesita con urgencia esa vía de comunicación con los centros poblados de la Argentina, Paraguay y Uruguay, y por esa picada correrá algún día el ferrocarril económico estratégico que unirá el norte boliviano con nuestro país.

Como todos los cuerpos organizados debe crecer la Argentina; de nuestra expansión depende nuestra vida en el provenir y es en previsión de los hechos a producirse fatalmente que he querido referirme a centros económicos futuros en la región regada por el río Pilcomayo, elementos que favorecerán el desarrollo del territorio de Formosa cuyo ferrocarril es médula espinal de un cuerpo que necesita conocerse y robustecerse en todos sus órganos. Aún no nos hemos dado cuenta de la importancia que el desarrollo firme de este territorio tiene para el porvenir de la nación. Entreveo que al crecimiento argentino por el norte han de oponerse naturales resistencias exteriores, y nuestra mayor aspiración, en ese rumbo, debe ser inculcar a propios y a extraños que nos es de necesidad ineludible la de encarar el futuro como lo encaran los países nuevos, aún en formación, sin los restos de sociedades ya definitivamente constituidas. En el futuro, nada podrá contrarrestar en el mundo los mandatos de la naturaleza, y el sentido común aconseja cooperar a que estos se cumplan para bien de todos. El Pilcomayo no será un obstáculo a esta irresistible expansión; la población

M 3531

949,413 8
UN PESO
-1-
PESO

4422

Buenos Aires, noviembre 6/1903.

92 171

S. E. el Señor Ministro de Agricultura
J. Wenceslas Lacalante

Señor Ministro: La ley no 4192,
que he visto promulgada en el Boletín
oficial de la Nación, del 22 de Agosto ul-
timo, me acuerda como recompensa
por servicios gratuitos prestados al país,
con autorización a mi nombramiento
de Perito Argentino en la demarcación
de límites con Chile una extensión de
campo fiscal en el Territorio del Negro
o al Sur del Río Negro.

Durante las ocurrencias que en aquellos
años hubo en el Sur, con los propósitos
que más tarde motivaron dicho nom-
bramiento, administ. lugares ocasionalmente
hemos y más de una vez enuncie la
convicción de que la Nación conserva
la propiedad de algunos para el mejor

adecuada al medio, en el territorio de Formosa, ha de hacer, a medida que actúe con decisión, que riachos, zanjones y esteros se transformen y sus aguas se aprovechen en la labor del hombre. Nunca será un río navegable: ni una sola gota debería llegar al río Paraguay para que esa labor sea verdaderamente productiva en las tierras fronterizas, sean bolivianas, paraguayas o argentinas mientras las fuerzas automáticas de la expansión, creadas por nuestra situación y condiciones geográficas privilegiadas, no confundan en una sola, tarde o temprano, las tres naciones.

En estos momentos el Paraguay y Bolivia procuran resolver la larga cuestión de límites. Mucho me temo que en la solución a que se llegue, la República Argentina salga perjudicada desde que deberá fijarse una línea en la región del Pilcomayo, sobre el que Bolivia ha avanzado con sus fortines hasta las inmediaciones del gran estero Patiño; y estando pendiente de acuerdo mutuo el límite argentino-paraguayo, podríase disponer un estudio amplio de esa región para que la solución del litigio boliviano-paraguayo no nos sorprenda”.

Capítulo 21

MORENO Y LA ANTÁRTIDA

Moreno y la expedición de Nordenskjöld

En diciembre de 1901 el Barón Otto C. Nordenskjöld inició desde Suecia una expedición a la Antártida, y a fines de ese mes pasó por Buenos Aires donde reaprovisionó el buque y por decisión del Ministerio de Marina de Argentina se incorporó a la expedición el alférez José María Sobral (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 134).

Moreno estuvo al tanto de todos los detalles de la expedición y siguió su desarrollo. De manera tal que el 6 de mayo de 1903, ante la falta de noticias de la expedición, publicó en el diario La Nación (Moreno, 1903c, p. 5; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 134-136) un artículo titulado “La Expedición Sueca al Polo Sur, en peligro. Necesidad de Socorrerla”, promoviendo la realización de una expedición de rescate.

Escribió entonces: “*El Antartic llegó a Ushuaia el 5 de marzo, proveyóse nuevamente con recursos argentinos, estudió varios puntos del canal Beagle, dirigióse luego a las Islas Malvinas, prosiguiendo su vasto programa de estudios, exploró parte del grupo South Georgia con gran fruto, regresando a fines de octubre al canal Beagle, para alistarse a la nueva campaña polar, y a principios de noviembre (...) se dirigió a la estación Snow Hill, donde calculaba llegar el 10 de agosto para buscar al Dr. Nordenskjöld y compañeros, aprovechar la temporada de verano para completar las investigaciones y terminar con ella la azarosa empresa tan proficua para la ciencia y tan ardua para los que la realizan. Pero no partió el Antartic, sin que su comandante el capitán Larsen y el doctor Anderson,*

el segundo jefe de la Comisión Científica, previeran el caso de muy posibles contratiempos para el buque y los invernadores de Snow Hill. Tengo a la vista las instrucciones que firmaron ambos con ese objeto (...). Si hasta el 30 de abril de 1903 no se reciben noticias (...) será necesario preparar a la mayor brevedad una expedición de socorro (...).

Hasta el día de hoy no se tienen noticias del regreso del Antartic. O ha naufragado o se encuentra cautivo entre los hielos australes. Es pues, urgente, cumplir con las instrucciones de Larsen y Anderson, y es deber nuestro hacerlo. Gobierno y pueblo deben aunar sus esfuerzos para organizar la expedición de socorro o para contribuir a que esta se organice en Suecia. Puedo adelantar que el presidente de la república ha ofrecido ya la cooperación del Gobierno. Sin duda alguna todos los expedicionarios en peligro confían en nosotros, sea en el Antartic o penando sobre las rocas o los bancos de hielo eterno. Si nos trasladamos entre ellos con la visión mental a la invernada pasada y a las ansiedades del momento, hemos de ver que el grupo sueco-noruego ha acompañado al teniente Sobral en su recuerdo de la patria el 25 de Mayo y el 9 de Julio, y que nuestros colores han sido iluminados por las auroras australes al mismo tiempo que los escandinavos, y hemos de ver también al teniente Sobral comunicando a sus compañeros su fe en el auxilio nacional en estos momentos de dura prueba.

No hay que buscar precedentes en las expediciones hechas en busca de Franklyn, perdido en los hielos boreales, en las que americanos y franceses tomaron

también parte, ni en el ejemplo del bravo francés Bellot, aplastado entre dos témpanos al tratar de encontrar los restos de la malograda expedición inglesa, sacrificio honrado con el obelisco de Greenwich; ni las que fueron en socorro de la Jeannette, de André, etc., ni hay para qué recordar ahora los servicios que el país debe al elemento escandinavo. La solidaridad humana nos señala nuestra obligación, y llenarla es cuestión de poco esfuerzo y de menos gastos. He hecho las averiguaciones necesarias a este respecto. Bastaría adquirir un buque ballenero pequeño, como lo es el Antarctic (...). Este gasto será ampliamente compensado, repito, con el objeto a que se destina y porque quedaría como propiedad de la nación el buque, utilísimo para estudios oceanográficos que tanto necesitamos (...) ¿Y por qué no prever el caso posible? Estaríamos preparados para ir en la primavera de 1904 en busca del Dr. Bruce, si el Scotia comparte la suerte temida del Antarctic. Nuestra situación geográfica,



Bruce W.S. (Exp. Scotia) y Moreno en Quinta Moreno. Diciembre de 1903.

además de los sentimientos de humanidad, nos impone también el deber de hacerlo.

Las expediciones antárticas suecas y escocesas son empresas puramente científicas. Ningunos intereses de lucro han llevado sus miembros a las pavorosas regiones australes; y esto hará que, tan luego como se divulgue el peligro en que realmente se encuentra la primera, y el posible de la segunda, se reúnan impresiones y voluntades oficiales y particulares para responder al pedido del capitán Larsen y del Dr. Anderson, al zarpar del canal Beagle con el Antarctic en busca del Dr. Nordenskjöld, del teniente Sobral y de sus compañeros. Quizá el mejor medio será constituir inmediatamente una comisión para coordinar el plan de trabajos conducentes a ese fin”.

El 7 de mayo *La Nación* (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 136), informaba sobre medidas del Gobierno para organizar una expedición de rescate. En una conferencia mantenida el 6 de mayo entre el ministro de marina y el presidente de la República, quedó resuelto preparar una expedición de auxilio para el «Antartic», en caso de no recibirse aviso de recalada en Ushuaia o las Malvinas, por el transporte Santa Cruz, que navegaba en el Sur o bien por vía de Punta Arenas.

Como en ese momento toda tentativa sería infructuosa a causa de estar cerrado el camino por los hielos, esa expedición saldría sólo en la primavera siguiente.

Por otra parte, el ministerio de marina estudiaría si para llevar los auxilios debía adquirirse un barco especial o utilizarse un buque de la armada. En este último caso, se evaluaba la posibilidad de usar la cañonera *Uruguay*, que ya había hecho un viaje precisamente al mismo punto a donde debía mandarse el socorro a la expedición sueca. El buque contaba con carbón sobrado para franquear ida y vuelta los 959 km que había entre el Cabo de Hornos y el punto en cuestión y era suficientemente fuerte en razón de que había sido construida para llevar cañones gruesos y soportar el disparo de esas piezas; aunque igualmente el casco sería reforzado convenientemente.

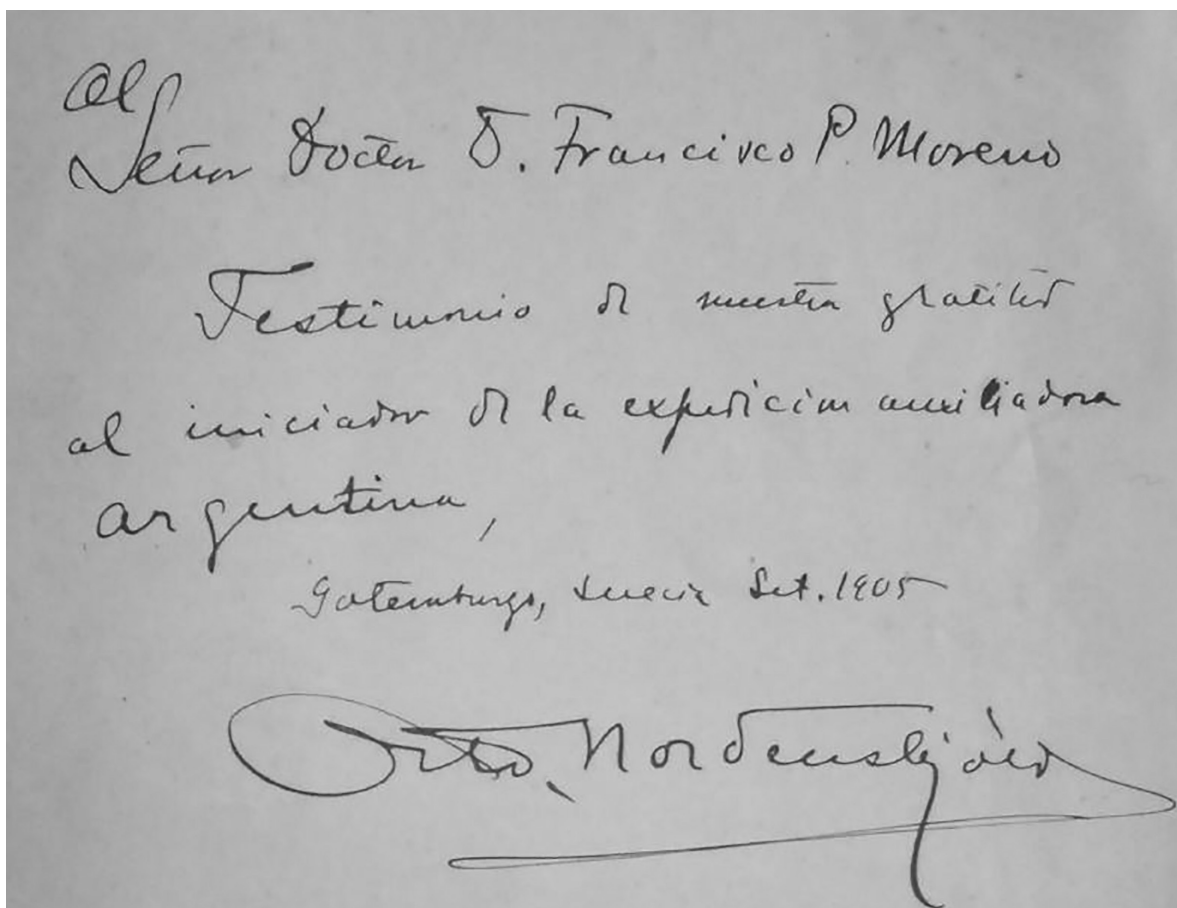
En una publicación alusiva al rescate se dijo: “(...) surge imperiosamente la obligación en que se encontraba nuestro país de organizar una expedición de auxilio (...). El Dr. Francisco P. Moreno publicó (...) una bien meditada carta haciendo resaltar la gloria que reflejaría sobre la Argentina si bajo sus

auspicios se obtuviera la salvación de los supuestos naufragos del Antarctic. La prensa toda aplaudió con calor tan generosa idea y el Gobierno de la república se encontró confortado por el apoyo de la opinión pública” (Anónimo, 1903, p. 8).

Se reacondicionó la *Uruguay* convirtiéndose prácticamente en un rompehielos y al mando de su comandante, el teniente de navío Julio Irizar, cumplió su cometido.

El 3 de diciembre de 1903 llegó a Buenos Aires la expedición que rescató a Nordenskjöld, siendo recibida por una multitud. (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 137).

El 9 de diciembre, en una conferencia dada por Nordenskjöld en el teatro Politeama, en Buenos Aires, al referirse al éxito de la expedición salvadora de la *Uruguay*, dijo “Que la expedición de que me ocupo ha sido científicamente bien preparada, lo garantiza el nombre del gran sabio Dr. Moreno, que ha sido uno de los primeros iniciadores de esa expedición, tan felizmente terminada” (Anónimo, 1903, p. 130). Escribiría posteriormente Nordenskjöld ((T. 2, p. 402-403; Rabassa, 2003, p. 43) sobre el auxilio promovido por Moreno, tras mencionar que Suecia había enviado una expedición –que llegaría con posterioridad a la organizada por la Argentina-: “(...)



Dedicatoria de O. Nordenskjöld a Moreno de la edición española de 1904 de su libro “Viaje al Polo Sur”, Sept. 1905.

El ilustre hombre de ciencia F. P. Moreno presentó en la Argentina un proyecto para que saliese de allí otra expedición (...). Primeramente, tuvieron idea de comprar en Noruega o Escocia uno de los barcos especiales para los mares de hielo, pero no encontrando, en época tan avanzada, ninguno aceptable, resolvieron preparar (...) la vieja cañonera *Uruguay*. Semejante barco (...) no era el más apropiado (...), pero nada de lo que podía conseguirse por dinero dejó de llevarse a cabo (...).”

El reconocimiento de Nordenskjöld a Moreno quedó claramente expresado en la dedicatoria que le hizo de un ejemplar de la versión española de su libro “Viaje al Polo Sur”, publicado en dos volúmenes en 1904, conservado en la biblioteca del Museo de La Plata: “Al señor Dr. D. Francisco P. Moreno. Testimonio de nuestra gratitud al iniciador de la expedición auxiliadora argentina. Gotenburgo, Suecia, Set. 1905. Otto Nordenskjöld.”

Y en carta a Moreno del 15 de octubre de 1905 (Archivo del Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno, S. C. de Bariloche), escribió Nordenskjöld en referencia al envío de su libro: “Estimado Dr. Moreno: apenas hace unos pocos días pude enviarle una copia de nuestro trabajo en español sobre la expedición. Usted entonces verá algunas otras novedades sobre nuestros resultados (...). Es a menudo algo difícil para mí conseguir copias del trabajo, pero haré arreglos para que una sea enviada al Museo de La Plata, recordando que usted tuvo la iniciativa para el rescate de la expedición (...). Usted sabe que yo siempre haré lo que pueda por usted aquí en Suecia.”

La expedición de W.S. Bruce en el *Scotia*

Pero la labor más fructífera para el reconocimiento antártico del país, en la que también participó Moreno, se relacionó con la expedición del científico escocés William Bruce.



Colocación de un hito en Nahuel Huapi, c. 1902. Archivo Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno, San Carlos de Bariloche.

Esta expedición salió de Troon, Escocia el 2 de noviembre de 1902 a bordo del “*Scotia*”. Llegó a las Malvinas el 6 de enero de 1903 y el 26 de enero se dirigió a la Antártida. Llegó a las Orcadas del sur y de allí siguió al mar de Weddell, hasta alcanzar los 70° 25’ S donde no pudieron continuar debido a la barrera de hielo. De allí regresaron a las Orcadas donde desembarcaron en la isla Laurie el 25 de marzo para pasar el invierno. Allí construyeron un refugio que denominaron “Omond House”, en honor de Robert Omond, director del Observatorio de Edinburgo y patrocinador de la expedición, en el cual instalaron un laboratorio meteorológico. El 23 de noviembre el *Scotia* se liberó de los hielos y se dirigió a las Malvinas llegando el 2 de diciembre y dejando en Osmond house un grupo de seis expedicionarios.

Una semana después se dirigieron a Buenos Aires donde Bruce mediante gestiones realizadas por el embajador Británico en Buenos Aires, W.H. Haggard, y con la aprobación del gobierno británico, trató de convencer a las autoridades de que se hicieran cargo de la estación meteorológica después de la partida de la expedición.

El presidente Roca, asesorado por el perito Moreno, con quien Bruce se había puesto en comunicación, y con el acuerdo del Jefe de la Antigua Oficina Meteorológica Argentina, Guantería G. Davis, aceptó por decreto del 2 de enero de 1904 la donación de las instalaciones ofrecida por el Sr. William S. Bruce y así se estableció en las mismas un observatorio meteorológico y magnético en las Islas Orcadas del Sur, donde operaría personal de la Oficina Meteorológica Nacional, adjudicándose a la armada los relevos. Allí se instaló además una oficina de correos con sello propio (La Prensa, 16/12/1940; cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 149).

El 20 de enero, Bruce llegó a un acuerdo por el cual tres científicos de la Argentina irían a Laurie a trabajar por un año. En la misma fecha (Revista de la Asociación Antártica Argentina, Año 7, No. 15, mayo de 1964; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 150), por resolución del Director de Correos y Telégrafos, Manuel García Fernández, se creó una estafeta en las Islas Orcadas y se designó a Hugo Acuña para atenderla en carácter ad honorem. Acuña recibió “sellos postales, una valija y un matasello

fechador especial con la leyenda “ORCADAS DEL SUR-DISTRITO 24° (RÍO GALLEGOS)”.

El 21 de enero partió el bergantín “*Scotia*” para las Orcadas. Según relató la nieta de Moreno, en un artículo del periódico *La Razón* del 30 de enero de 1955 (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 151) “Poco antes de zarpar el ‘*Scotia*’ (...) un funcionario de Correos y Telégrafos entregó a Hugo A. Acuña (...) un nombramiento de jefe de una estafeta postal a instalarse (...). El documento está fechado 20 de enero de 1904 y junto a él le entregaron a Acuña un matasellos y una bolsa para la correspondencia. Un mes más tarde la aterida mano del empleado de correo empuñó el matasellos y descendió firmemente sobre una estampilla con el escudo nacional el mapa de la república y estampó una leyenda que ahora es historia (...). La destinataria de la carta (...) era (...) la única hija mujer de Abuelo, mi tía Juana María Moreno (...). Nos contaba mi padre, que Abuelo consiguió en 24 horas el decreto de creación de la estafeta, el nombramiento del estafetero, los papeles y él mismo mandó a hacer el matasellos. No fue un empleado de correos, quien entregó todos los elementos nombrados al señor Acuña, sino que fue el propio Abuelo, a quien alguien haciendo una broma decía que llegó con todo y con tía Juana María cuando el buque ya soltaba amarras (...)”.

Según relato de Moneta (1948, p. 14-15; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 150-151) “(...) otro hecho notable señalaba el primer paso de la administración civil argentina en las regiones polares. Me refiero al establecimiento del primer correo antártico, el cual fue argentino. El doctor Francisco P. Moreno, destacado naturalista y geógrafo notable, doctor honoris causa en Ciencias Naturales, autorizado perito en la cuestión de límites con Chile, fue también el iniciador de una tenaz campaña para que la Argentina se hiciera presente en el Mar Antártico. A su animoso empeño y espíritu emprendedor se debe que realizara gestiones con el fin de que don Manuel García Fernández, director general de Correos y Telégrafos de la Nación, en 1904, designara al señor Hugo Acuña —miembro de la primera expedición argentina— como Jefe de Correos en las Orcadas del Sur. El señor Acuña fue provisto así de una valija postal con papelería perteneciente al correo nacional, y de un matasellos para inutilizar los

timbres postales argentinos que usaran los expedicionarios. No debe causar asombro que aquel correo funcionara en las Orcadas, pues los expedicionarios pudieron despachar diversas piezas postales por intermedio del buque *Scotia*, por lo cual cupo al correo argentino la instalación y mantenimiento de la primera y única oficina postal antártica permanente”.

Según el relato de la partida del *Scotia* hecho en su diario por el estafeta Hugo Acuña (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 152) “a las 6 p.m. y a los acordes de la cornamusa, tocada por un tripulante” cruzaron la esclusa norte del puerto de Buenos Aires. Los “acompañaron hasta la rada el Sr. Davis y el Dr. Moreno con su hija (...) Un momento antes de las 7 p.m. bajaron a la cámara a tomar una taza de té, subiendo enseguida a la cubierta donde se destapó el champagne brindando nuestros acompañantes por el feliz viaje y buen éxito de la misión. Eran las 7.45 p.m., cuando en medio de repetidos ‘hurra’, el Sr. Davis y el Dr. Moreno y familia abandonaban el ‘*Scotia*’, pasando al remolcador, que enseguida soltó los cabos y regresó al puerto”.

Según el diario “*La Prensa*” del 16 de diciembre de 1941 (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 152-153) formaron parte de la expedición “para el período 1904-1905”, Roberto C. Mossman, meteorólogo de la expedición escocesa, que había invernado allí el invierno anterior; Luciano H. Valette, naturalista de la expedición, Hugo A. Acuña como ayudante científico y E. Szmula, que prestaba servicios en el Observatorio de Córdoba. El cocinero de la expedición era William Smith, que había cumplido esas funciones con los escoceses. La *Prensa* señalaba que “Según manifestaciones del señor Acuña, esa designación fue gestionada por el doctor Francisco P. Moreno, que fue Director del Museo de La Plata y uno de los más entusiastas partidarios de que la Argentina se hiciera presente en la Antártida”.

El *Scotia* dejó Buenos Aires el 21 de enero y llegó a Laurie el 14 de febrero de 1904. El 22 de febrero se habilitó la estafeta postal y en una ceremonia sencilla pero emotiva se arrió la bandera escocesa y se izó la argentina y la estación fue rebautizada Base Orcadas convirtiéndose en la primera base argentina en la Antártida. De esta manera la Argentina pudo establecer la primera oficina postal en la Antártida y su presencia en la región. El primer sobre enviado

de la estafeta fue una carta dirigida a una sobrina de Moreno (*La Razón*, Domingo 30 de enero de 1955). Según la nieta de Moreno (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 151) la carta iba dirigida a Juana María Moreno, luego señora de Gowland, única hija mujer de Moreno.

Posteriormente la expedición continuó viaje hacia el mar de Weddell alcanzando los 74°01’S el 24 de marzo. Luego se dirigieron a Ciudad del Cabo y finalmente regresaron a Escocia a donde llegaron el 21 de julio de 1904.

Moreno siguió manteniendo correspondencia con W.S. Bruce, quien el 20 de octubre de 1905 le escribió (carta conservada en el Archivo del Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno, S. C. de Bariloche): “Mi estimado Dr. Moreno: Después de bastante tiempo le estoy enviando los libros que tuvo la amabilidad de prestarme a bordo del *Scotia* (...). Me pregunto si Ud. hizo tomar una fotografía del memorable South Orkney Cairn, cuya base fue colocada en circunstancias tan interesantes y placenteras. Si tiene, estaré deleitado de recibir una copia, especialmente, una con Ud. al lado. El pisapapeles de ónix que usted tuvo la amabilidad de enviarme a mi señora está en el escritorio de nuestra biblioteca, y a menudo me recuerda las hermosas horas que pasamos juntos”.

En 1903 Moreno también trabajó relación con J.M. Sobral, luego de visitarlo éste varias veces en la “Quinta Moreno” y, más tarde, en su domicilio de la calle Moreno. Escribió Sobral: “Moreno con sus comisiones de límites, prestó sobresalientes servicios al país, y se puede afirmar, sin temor de exagerar, que fue uno de los argentinos más eminentes de todas las épocas” (en Ygobone, 1954, p. 303).

En una carta del 26 de enero de 1905 (Archivo del Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno, S. C. de Bariloche) Sobral felicita a Moreno “por la resolución que sobre Vd. ha tomado la Sociedad Geográfica Sueca y le envió un afectuoso saludo” y el 11 de febrero de 1905 le escribió: “Estimado Dr., he recibido su carta por la que veo que estamos de acuerdo en todo, siendo esto una satisfacción para mí. Veo que Vd. me cree todavía miembro de la Armada; desde diciembre pasado estoy de baja. Pertenecía a la dotación del 9 de Julio, que está ahora en el sud; como estudiaba en la Facultad de Ciencias

Exactas, traté por todos los medios de pasar por un tiempo a alguna oficina de tierra, de manera que no yendo al sur quedaba habilitado para dar exámenes en marzo, pero no conseguí nada. Pedí tres meses de permiso sin goce de sueldo, con el mismo resultado. Viendo que además de esta mala voluntad y terquedad había una fuerte dosis de otras cosas,

pedí la baja y aquí me tiene ahora solo soy un modesto estudiante, pero con la esperanza de llegar más pronto a almirante por este nuevo camino. Mis críticas (La Moglie y Sellés-Martínez, 2020, YMCA 2, 8) no han sido más enérgicas y francas porque pueden creer que hablo despechado por haber salido de la Armada”.

Capítulo 22

MORENO Y LOS PARQUES NACIONALES

Ya en febrero de 1896 expresó Moreno un anticipo de las ideas que llevarían posteriormente a la creación de los parques y reservas naturales. Dijo entonces: “*Los fatigados en la vida caleidoscópica de Buenos Aires han de buscar en estos paisajes maravillosos infalibles calmantes, si nuestro Gobierno se preocupara de conservar estas ‘reservas’ para convertirlas en ‘sanatorios’ naturales, disponiendo la colonización de esa tierra fiscal en forma tal que no se destruyeran aquellos bosques tan hermosos*” (Moreno, 1898a, p. 235).

De alguna manera esta inquietud se expresó también en el pedido hecho por Moreno al Presidente Roca el 12 de abril de 1902 de postergar resoluciones sobre tierras y bosques en la región del Nahuel Huapi, al cual ya se ha hecho referencia, más arriba (Moreno, 1942, p. 214-215; Bertomeu, 1949, p. 392).

La donación de tierras por el Gobierno a Moreno

En junio de 1903 se presentó en la Cámara de Diputados un proyecto de Ley por el cual se premiaba la labor de Moreno otorgándole en propiedad 20 leguas de campo fiscal a ubicar por él mismo en los territorios de Neuquén o sur de Río Negro, además de cien mil pesos en títulos nacionales.

Según Moreno (1918-1919, p. 2) el proyecto “*fue discutido ampliamente en las sesiones de la H. Cámara del 18 de junio y del 3 de julio de 1903*” y fue presentado por los “*señores Pedro O. Luro, Alberto Capdevila, Francisco Seguí, Manuel Carlés, Emilio Guochon, Juan A. Martínez, Mariano de Vedia y Damián M. Torino*”.

El proyecto original decía: “Art. 1° Acuérdate al Dr. D. Francisco P. Moreno, ex - perito en la delimitación de fronteras con la República de Chile, como recompensa extraordinaria por los servicios y en mérito a que durante veintidós años ellos han sido de carácter gratuito:

1° La propiedad de veinte leguas de campos fiscales situados en el territorio del Neuquén o al Sur del Río Negro, en los lugares que el señor Moreno determine sin perjuicio de tercero.

2° La cantidad de cien mil pesos moneda nacional en fondos públicos de la Nación de cinco por ciento renta anual.

Art. 2° El poder ejecutivo dará cumplimiento a las disposiciones de esta ley, ordenando por cuenta del estado la mensura, división y escrituración de las tierras elegidas por el señor Moreno, así como la entrega por tesorería de los fondos públicos que se determinan en esta ley.”

El miembro informante, el Sr. Luro, destacó (Rato de Sambuccetti, 2009, p. 293-294) la labor patriótica del Dr. Moreno, los servicios que había prestado durante 29 años de exploraciones, recorriendo terrenos desconocidos y desiertos, descubriendo lagos que eran patrimonio del país, rectificando errores geográficos y afianzando los derechos argentinos en una zona que parecía comprometida por la oscuridad de los tratados y protocolos.

También destacó la donación de sus colecciones, que sirvieron de base a la creación del Museo de la Plata, y sus estudios de la Puna de Atacama, Mendo-

za, San Juan, La Rioja y Catamarca, haciendo notar que más que un geógrafo y un historiador fue “una voluntad firme como el granito, puesta al servicio de una convicción profunda y honrada”. Que no era importante saber si el fallo del árbitro había hecho lugar a todas las demostraciones de la evidencia argentina, pues el mérito de Moreno había sido su propaganda constante para que la interpretación de los tratados se hiciera de acuerdo con las condiciones físicas de la zona en litigio.

Pero que mientras él arriesgaba su vida, no había podido defender la vida de los suyos ya que, en los 23 años que pasaron desde que inició sus trabajos hasta ser designado como perito argentino, sus servicios fueron absolutamente gratuitos, pues las sumas que se le otorgaron lo fueron para cubrir los gastos de las expediciones, de los cuales había presentado comprobantes detallados.

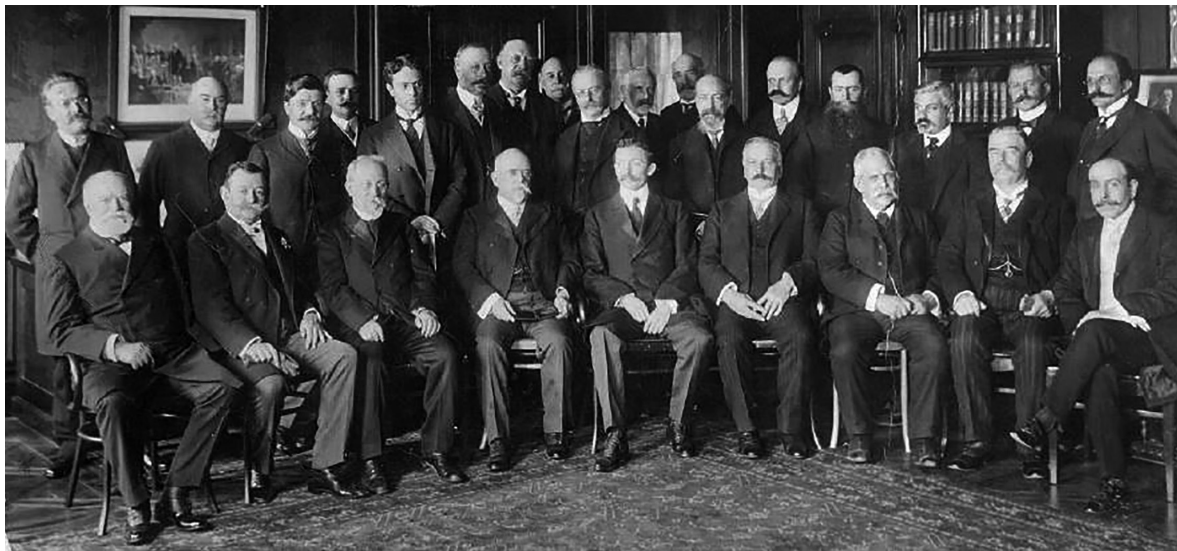
Hizo notar sin embargo que la labor de Moreno había “originado choques y divergencias, que sólo adquirirán su carácter preciso y definitivo cuando se los sustraiga del ambiente contemporáneo”.

En su apoyo Manuel Carlés dijo que las firmas que avalaban el proyecto eran “la expresión de los 5 millones de habitantes que tiene el país”.

Oposición de algunos diputados

Pero no todos los diputados estuvieron de acuerdo. Así el diputado Lacasa, pese a sostener que apreciaba mucho la labor de Moreno, no creía que esa clase de honores debiera otorgarse a alguien vivo, que aún estaba fuerte y vigoroso y que el gobierno debería hacerse cargo de la educación de sus hijos si no estaba en condiciones de legarles bienes materiales. Según lo ha destacado Hosne (2004, p. 165) ese mismo diputado había apoyado, sin oponerse, el otorgamiento de veinte leguas al General Roca.

El diputado Argerich por su parte consideró que había que consultar al Poder Ejecutivo y al Ministro de Relaciones Exteriores y que creía que había que recompensar no sólo el trabajo de Moreno, sino el de todos los que integraron la comisión en Londres. A esto último el diputado Carbó respondió que no



Homenaje a Moreno el 15 de octubre de 1907 con motivo de haber recibido la medalla Jorge IV la *Royal Geographical Society* de Londres, en el edificio de la calle Alsina del Museo Público de Buenos Aires, organizado por F. Ameghino. En la primera fila, sentados de izq. a derecha en tercer y cuarto lugar Florentino Ameghino y F.P. Moreno.

creía que entre ellos hubiera una figura que se hubiera destacado tanto como la de Moreno.

Pese al pedido de que la propuesta fuese tratada sobre tablas, se decidió pasarla a informe de las comisiones de agricultura y hacienda.

Despacho de la Comisión de Agricultura.

Su discusión

El 3 de julio se conoció en el Congreso el despacho de las Comisiones de Agricultura y Hacienda (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 139-140), por el cual se presentó otro proyecto en reemplazo del anterior. Por el mismo se le otorgaban a Moreno 25 leguas de campo fiscales en el territorio de Neuquén o al Sur del Río Negro “en los lugares que el señor Moreno pueda determinar sin perjuicios de terceros”.

La comisión informante propuso el siguiente texto:

“Artículo 1° Acuérdate al señor Francisco P. Moreno, experito en la delimitación de fronteras con la República de Chile, como recompensa extraordinaria por sus servicios y en mérito a que durante veintidós años ellos han sido de carácter gratuito.

La propiedad de veinticinco leguas de campos fiscales situados en el territorio del Neuquén o al Sur del Río Negro en los lugares que el señor Moreno pueda determinar sin perjuicio de terceros. Esta propiedad se le acuerda libre de toda reserva actual”.

El miembro informante, Diputado Enrique S. Pérez volvió a hacer el elogio de la obra de Moreno y resaltó entre otros conceptos que Moreno “consagró su vida entera al bien del país” y que había sido el artífice de la resolución de la cuestión en el aspecto científico, y que de ello había dado cuenta el Ministro de Relaciones Exteriores a nombre del Presidente de la República en el seno de las comisiones. Eso, además, había sido reconocido por toda la prensa tanto nacional como extranjera y que él pensaba que era justo que, en esos lagos y ríos que él reconoció por vez primera, tenga “un pedazo de tierra al que pueda llamar suyo y pueda cuidarlo en adelante y conservarlo para sus hijos”.

Con respecto a la modificación de la donación explicó que primero se había pensado en dinero para que pudiera poblar las 20 leguas, pero que con la modificación a 25 se consideraba que podría enajenar o gravar la cantidad adicional con ese fin.

El diputado Lacasa se opuso nuevamente restándole méritos a la acción de Moreno en la cuestión de límites y sosteniendo que quien ha servido a la patria “en la forma del perito Moreno, va a recibir todas las recompensas morales que le acuerda la gratitud de sus conciudadanos”, sosteniendo finalmente que votaría en contra y pediría que se redujese la cantidad de tierras a otorgar.

Recalcaba que la cuestión de límites había sido solucionada no por los argumentos de los peritos ni de los letrados, sino debido a la acción de la diplomacia, pues, luego de los pactos entre las dos naciones, el árbitro había actuado como componedor, pues la establecida “es una línea arbitraria que divide en dos partes la zona discutida”. Creía que Moreno debía ser colocado, al igual que “los otros distinguidos hombres públicos que han servido a la nación en este pleito”, como “el distinguido joven Dr. Montes de Oca”, “el eminente Dr. Irigoyen”, el Dr. Alcorta y los presidentes que han actuado en este asunto. Por ello consideraba que de darse una recompensa material a Moreno se cometería una injusticia con todos los demás.

La discusión se hizo más fuerte y Luro siguió sosteniendo su proyecto por considerar que “la acción del perito Moreno es única dentro del pleito de límites, como geógrafo, como historiador y como ciudadano” que “durante veintidós años recorrió esas soledades exponiendo su vida” y que fue su criterio inmovible el que llevó al árbitro “al terreno, para que, frente a sus constancias, frente a sus relieves, pudiera dar su fallo sin guiarse por el texto de los tratados”. Todo lo cual sería reconocido por la historia.

Carlos A. Aldao sostuvo, en contrario, que Moreno “con haber servido a la patria se ha honrado a sí mismo y está recompensado con creces”. Y Lacasa insistió en la no gratuidad de los servicios de Moreno, aunque tuvo que admitir que no se le habían pagado honorarios y que solamente consideraba que había que determinar lo que le había costado a la Nación.

El diputado Castellanos no se opuso a la recompensa y sostuvo que los que pensaban que había otras personas merecedoras de recompensas estaban en su derecho de presentar otras iniciativas. En tal sentido Pérez sostuvo que “los servicios de Moreno son tan excepcionales, que los beneficios de este proyecto no pueden extenderse a otras personas”.

Pese a ello el diputado Mujica sostuvo que lo que le pertenecía al país por derecho propio “no ha venido a parar a su soberanía por la acción particular de un hombre”.

El debate siguió con la intervención de otros diputados y, finalmente, para zanjar las dificultades, se suprimió la calificación de “experto en la delimitación de fronteras con la República de Chile”, adoptando la fórmula propuesta por el diputado Leguizamón: “Acuérdase al señor Francisco P. Moreno, como recompensa extraordinaria por sus servicios, la propiedad de veinticinco leguas de campos fiscales, situada en el territorio de Neuquén o al sur del Río Negro, en los lugares que el Sr. Moreno pueda determinar sin perjuicio de terceros”.

Según Moreno (1918-1919, p. 3-4) el proyecto aprobado por Diputados el 3 de julio de 1903 decía así: “Artículo 1º Acuérdase al Señor Francisco P. Moreno, como recompensa extraordinaria por sus servicios, la propiedad de veinticinco leguas de campos fiscales, situados en el territorio del Neuquén o al Sur del Río Negro, en los lugares que el señor Moreno pueda determinar sin perjuicio de terceros. Esta propiedad se le acuerda libre de toda reserva actual”.

Tratamiento por el Senado

Pasado al Senado este proyecto, la Comisión encargada de informarlo, compuesta por los señores Figueroa Alcorta y S. Macia, aconsejó su aprobación en la sesión del 11 de agosto el siguiente.

El miembro informante, senador Macia, entre otros conceptos, dijo: “Me parece, que, al informar a nombre de la comisión, puedo excusar numerosos detalles, tanto por la resonancia que este asunto ha tenido, como debía tener por su índole y por la persona de que se trata, cuanto porque los señores senadores conocen los trabajos a que se ha dedicado el señor Moreno en su larga y laboriosa vida.

Quiero indicar el criterio de la comisión al despatchar este asunto tal cual ha venido de la Cámara de Diputados.

Primero que nada, conviene dejarlo (a)sentado, por la confusión que en el público y aun en el mismo Congreso se ha hecho, cuáles son los servicios que se trata de compensar.

La Comisión ha separado por completo la actuación del perito. Entiende que esos servicios han

sido remunerados ya con los sueldos y erogaciones que la Nación ha hecho para costearlos o que deben ser comprendidos en otras leyes. Entiende que si se hubieran de remunerar especialmente había en ese caso otras personas acreedoras a esa recompensa. La Comisión deslinda, pues, todos los servicios del doctor Moreno, desde el año 96 en que fue nombrado perito y se refiere sola y simplemente a los veinte y tres años de servicios continuados que empiezan el año 73 en que el señor Moreno ha entregado o podido poner a disposición de la Nación una cantidad tal de estudios y trabajos personales de nociones geográficas, de trabajos etnográficos y antropológicos que han llegado después a ser, puede decirse, la noción más concreta y exacta de la parte más desconocida de la República”.

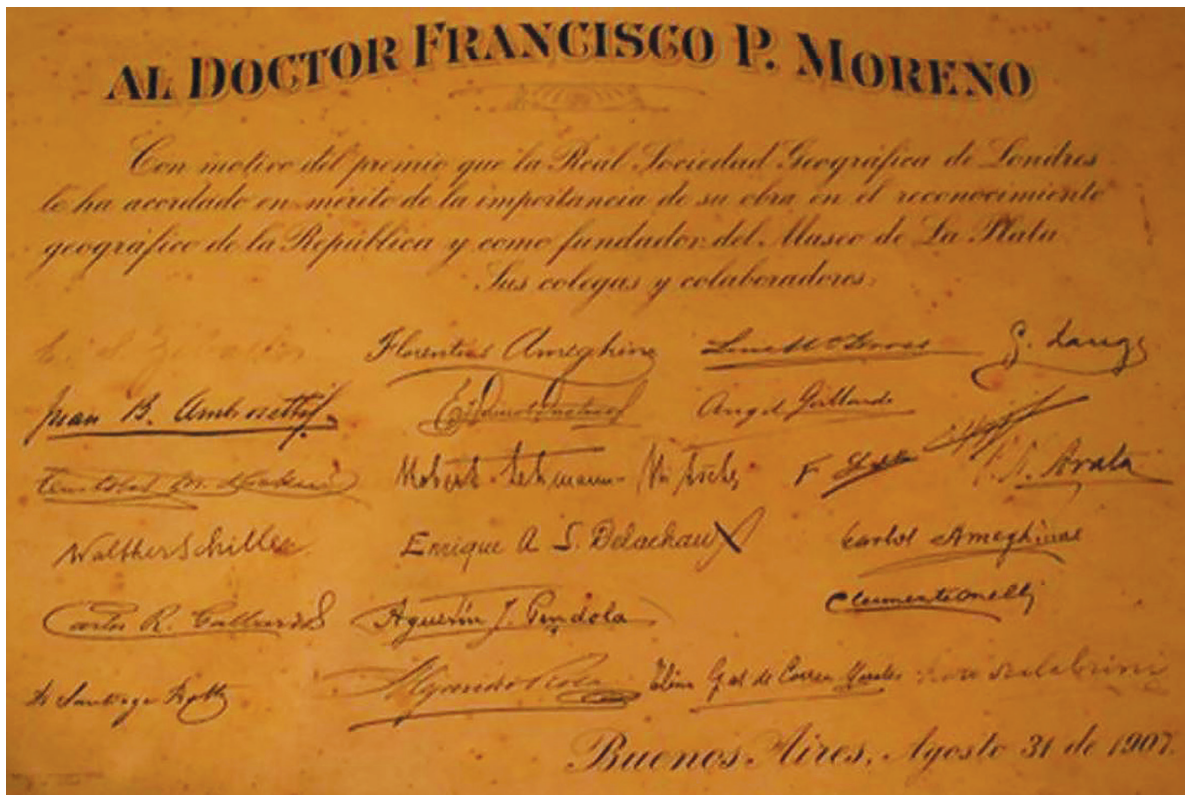
“¿Por qué la Comisión considera que esos servicios deben ser remunerados? En primer lugar, por la importancia que posteriormente esos estudios han llegado a adquirir; en segundo lugar, porque si durante esos veintitrés años el señor Moreno ha podido recibir de la Nación o de la Provincia de Buenos Aires las sumas necesarias para costear los gastos de estas expediciones, jamás ha recibido remuneración por esos trabajos, jamás ha recibido compensación de sus exploraciones científicas y penalidades que en esas excursiones ha sufrido.

“Es indudable, señor Presidente, que en todas las naciones del mundo muchos hombres de ciencia vienen acumulando tesoros preciosos de conocimiento, que llegan en la práctica a tener más o menos importancia, según el aprovechamiento a que se presten y las aplicaciones que puedan tener para el trabajo diario y según su utilidad inmediata y material, en relación, en una palabra, con los beneficios que la nación reporta. Pero, hay otros que en momentos determinados llegan a hacerse de esa utilidad tan conveniente y tan grande para la nación, que salen entonces, puede decirse, del dominio empírico de la ciencia, que, saliendo de ese terreno abstracto de los conocimientos, dejan de ser así un mero caudal acumulado para el progreso de esa ciencia y llegan a convertirse en verdaderos hechos prácticos, traducidos en beneficio para la nación, y en ese caso esta se considera siempre obligada a remunerarlos, a tomarlos en consideración, a estimularlos. Algo así ha sucedido con los trabajos del doctor Moreno.

Llegó un momento en que, por la situación política de la República Argentina y por sus relaciones con las naciones vecinas, los conocimientos geográficos de la región por él explorada tenían que desempeñar un papel importantísimo en la cuestión, y sin que la comisión le quite ningún mérito a otros exploradores que han recorrido las mismas regiones y han suministrado datos, toda la república unánimemente reconoce que los trabajos del perito Moreno, han sido los más amplios, los más completos, los que han llevado a la nación mayor caudal de datos y el conocimiento más exacto de sus dominios desconocidos. Correspondía, entonces, Señor Presidente, que estos trabajos fueran remunerados en proporción a los beneficios que la Nación recoja de ellos, porque jamás el doctor Moreno recibió nin-

gún beneficio personal, fuera de los científicos y de la gloria que estos estudios traen siempre para los que los practican. “s. Correspondía, entonces, señor Presidente, que estos trabajos fueran remunerados en proporción a los beneficios que la nación recoja de ellos, porque jamás el doctor Moreno recibió ningún beneficio personal, fuera de los científicos y de la gloria que estos estudios traen siempre para los que los practican.

“Consta de los informes de Contaduría que jamás se le suministraron sino los fondos necesarios e indispensables, muchas veces escasos, para hacer las exploraciones; consta también que todas esas sumas ha rendido cuenta prolija, sin que jamás haya dado a la más mínima observación; consta asimismo que muchas veces esas sumas han sido escasas y



Diploma entregado a Moreno el 15 de octubre de 1907 en el homenaje que organizó F. Ameghino en el Museo Público de Buenos Aires, con motivo de haber recibido la medalla Jorge IV la Royal Geographical Society de Londres.

que el doctor Moreno ha tenido que reemplazar con su peculio particular la escasez de los recursos que le suministraban, sea la Nación, sea la Provincia de Buenos Aires; consta también que jamás ha recibido, como he dicho antes, la más mínima remuneración por sus servicios.

La comisión cree justo que sean remunerados los servicios del doctor Moreno y que la forma en que aconseja hacerlo es la más prudente que se puede establecer, no se exige ningún desembolso inmediato de dinero, sino que se dispone de tierra pública, que poblada por emigrantes o por un ciudadano argentino que se ha hecho acreedor a esta distinción, siempre será poblada con beneficio para la nación. Se trata de tierras que no están afectadas bajo ningún concepto y sobre las cuales se proyecten distintos ulteriores, ni cuya ocupación pudiera perjudicar el pensamiento del Poder Ejecutivo en cuanto a colonización o en cualquier otro sentido, en una palabra, deja que el hombre que, puede decirse, descubrió para la ciencia y para la República Argentina esos territorios, disfrute de un pedazo de ellos, que pueda legar a sus herederos. La comisión, señor Presidente, no quiere dar más interioridades a este asunto; cree que entrar a enumerar prolijamente los méritos del doctor Moreno es entrar a un terreno en que, sin la más mínima voluntad de hacerlo, se establecerían comparaciones con otros que han actuado en el mismo sentido, comparación que la comisión no quiere hacer, se limita a considerar pura y exclusivamente, su obra, sin parangón de ninguna especie, y encuentra que la obra es tan amplia, que la obra es tan perfecta, que si puede ser más amplia y más perfecta, porque todo lo humano se puede ampliar y perfeccionar, en cambio, señor Presidente, es lo mejor que la República Argentina tiene y es lo más perfecto que en ella se ha hecho; es la noción geográfica más amplia recogida por un hijo de la República Argentina para ser puesta a disposición de su patria”.

En definitiva, la comisión integrada por Figueroa Alcorta y S. Maciá, volvió a considerar que todos los servicios prestados por Moreno como perito ya habían sido retribuidos. Entendieron que de no hacerlo así, habría otras personas que se considerarían acreedoras a una recompensa similar y que sí correspondía el reconocimiento de sus servicios no remunerados anteriores, a partir de 1873, pues cons-

taba en Contaduría que solamente se le habían suministrado para sus trabajos fondos indispensables y a veces escasos, de los que había dado cuenta de manera prolija y sin la menor observación, y donde constaba también “que jamás ha recibido, la más mínima remuneración por sus servicios”.

En el debate surgieron dos posturas: la de quienes querían premiar a Moreno por su trayectoria y su trabajo como perito en la cuestión fronteras y la de los que sólo lo estaban por la trayectoria y los trabajos extraordinarios. Finalmente se aceptó la última posición, ante la posibilidad de que otras personas que intervinieron en la tramitación de la cuestión limítrofe quisieran también ser recompensadas.

Las palabras de reconocimiento de Holdich hacia Moreno, citadas en la Cámara, por las tierras logradas al oriente de la cordillera, fueron rechazadas por imprudentes, ya que los derechos argentinos a la región se consideraron incuestionables. Como destacó Rato de Sambucetti (2009, p. 298) estos señores parecían ignorar, “que, en todo pleito, no sólo importa tener la razón, sino hacerla triunfar” y que para ello “la defensa del derecho, tan ardua, valiente y continuada como la de Moreno, añadió todos los ingredientes necesarios, geográficos, orográficos y poblacionales”.

Hubo nuevamente un intenso debate, y hubo quienes alegaron que tal recompensa empañaba los méritos de Moreno. Finalmente, se resolvió dejar claramente establecido que el premio era por la labor cumplida con anterioridad a su actuación como perito. Ello dio lugar a la Ley 4192 (cf. Bertomeu, 1949, p. 393) promulgada el 12 de agosto (R.N. 1903, T. 11, p. 789, Anales de Legislación Argentina, 1889-1919, p. 603; Moreno, 1918-1919, p. 86-89; Moreno, 1942, p. 221; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 138).

Aprobación de la ley y opinión de Moreno

El texto de la ley 4192 decía en su Artículo 1º: “Acuérdase al señor Francisco P. Moreno, como recompensa extraordinaria por sus servicios, la propiedad de veinte y cinco leguas de campos fiscales situados en el territorio del Neuquén, o al Sur del Río Negro en los lugares que el señor Moreno pueda determinar sin perjuicio de tercero. Esta propiedad se le acuerda, libre de toda reserva actual”. Artículo 2º Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Muchos años después escribió al respecto Moreno (1918-1919, p. 3, 5, 8): En la discusión “*manifiéstense dudas respecto a los servicios que se proponía recompensar. El proyecto se referirá a los prestados a la Nación durante toda mi vida activa, desde 1874 hasta 1896 como particular y entre fines 1896 y 1903 como perito argentino, y algunos diputados consideraron que los primeros representaban mi actuación principal por lo que no había recibido compensación de ningún género y que éstos eran los que debían ser compensados*” (...) “*Lo que antecede, no deja, pues, duda de que durante el tiempo que desempeñé el cargo de perito argentino, no recibí otra compensación por mis servicios que los sueldos regulares iguales a los de mis antecesores Pico, Quirno Costa y Virasoro y de que los que se recompensaban con la ley, eran sólo aquellos que había prestado gratuitamente entre 1874 y 1896*”. (...) “*De las discusiones habidas en la Cámara de Diputados, y del informe del senador Macia, se desprende que ambas Cámaras tenían en aquellos momentos muy poco conocimiento de mi acción como perito, desde que dieron mayor valer a la anterior a ese período. Por mi parte, pienso, por el contrario, porque si bien mis trabajos no remunerados durante veintidós años, habían sido considerados merecedores de serlo, los realizados como perito los superaron en mucho* (...)”.

La donación de Moreno: origen de los Parques Nacionales

El 6 de noviembre de 1903, Moreno ubicó parte de las tierras que el Congreso le había otorgado en agosto de ese año en uno de los puntos más hermosos de la cuenca del lago Nahuel Huapi, y las donó a la Nación, en carta dirigida al Ministro de Agricultura Wenceslao Escalante, bajo la condición de que fuesen reservadas como parque nacional. Ese día pasaría a ser el Día de los Parques Nacionales.

La nota de Moreno al ministro de Agricultura W. Escalante expresaba:

“*Señor ministro: La Ley N.º 4192, que he visto promulgada en el Boletín Oficial de la Nación del 2 de agosto último, me acuerda como recompensa por servicios prestados al país con anterioridad a mi nombramiento de perito argentino en la demarcación de límites con Chile, una extensión de campos fiscales en el territorio del Neuquén o al sur del río Negro. Du-*

rante las excursiones que en aquellos años hice en el sur con los propósitos que más tarde motivaron dicho nombramiento, admiré lugares excepcionalmente hermosos y más de una vez enuncié la conveniencia de que la nación conservara la propiedad de algunos para el mejor provecho de las generaciones presentes y de las venideras, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos y de otras naciones que poseen soberbios parques naturales. Hoy la ley citada me permite hacerme dueño de paisajes, que en días ya lejanos me hicieron entrever la grandeza futura de tierras entonces ignoradas que nos eran disputadas, pero que su conocimiento ha hecho argentinas para siempre y me es grato apresurarme a contribuir a la realización de ideales nacidos durante el desempeño de mis tareas en aquel medio y desarrollados con la enseñanza de su observación. Vengo por eso, por la presente, invocando los términos de la ley, a solicitar la ubicación de un área de tres leguas cuadradas, en la región situada en el límite de los territorios del Neuquén y Río Negro, en el extremo oeste del Fjord principal del lago Nahuel Huapi, con el fin de que sea conservado como parque natural y al efecto pido a V. E. que hecha esa ubicación, se sirva aceptar la donación que hago a favor del país de esa área, que comprende desde la laguna de los Cántaros inclusive, al norte, hasta el boquete Barros Arana al Sur, teniendo por límite occidental la línea fronteriza con Chile en los boquetes de los Raulíes y Pérez Rosales, y oriental las serranías al este de la Ensenada de Puerto Blest y de la Laguna Frías, y contiene la reunión más interesante de bellezas naturales que he observado en Patagonia.

Cada vez que he visitado esa región me he dicho que convertida en propiedad pública inalienable llegaría a ser pronto centro de grandes actividades intelectuales y sociales, y, por lo tanto, excelente instrumento de progreso humano. Los fenómenos fisiconaturales que allí se observan empiezan a atraer a los estudiosos, que se entregarían cómodos a sus investigaciones fructíferas y los maravillosos escenarios de los lagos y torrentes, de las selvas gigantes, de la abrupta montaña y del hielo eterno que se desarrollan en una situación geográfica trascendental desde que la cruza la vía más corta, Australia, Nueva Zelandia y la Europa, bañada por el Atlántico forman un conjunto único de circunstancias favorables a mi propósito presente en ese hermoso pedazo de tierra andina, donde el Monte

Tronador asocia en su cumbre a dos naciones, cuya unión, impuesta por la naturaleza, saludarán siempre las salvas del coloso. Chile posee tierras fiscales en la vecindad y quizá les diera este destino. Así, en aquella magnificencia tranquila podrían encontrar sano y adecuado panorama los habitantes de ambos lados de los Andes y contribuir, reunidos en comunidad de ideas durante el descanso y solaz, cada vez más necesarios en la vida activa del día, a resolver problemas que no llegaran a solucionar nunca los documentos diplomáticos, y los visitantes del mundo entero, entremezclando intereses y sentimientos en aquella en-crucijada internacional, beneficiarán más aún el progreso natural de la influencia que por sus condiciones geográficas corresponde a este extremo de América en el hemisferio austral.

Al hacer esta donación emito el deseo de que la fisonomía actual del perímetro que abarca no sea alterada y que no se hagan más obras que aquellas que faciliten comodidades para la vida del visitante culto, cuya presencia en esos lugares será siempre beneficiosa a las regiones incorporadas definitivamente a nuestra soberanía y cuyo rápido y meditado aprovechamiento debe contribuir tanto a la buena orientación de los destinos de la nacionalidad argentina". (Archivo Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno, San Carlos de Bariloche; Moreno, 1942, p. 221-223; Bertomeu, 1949, p. 394; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 140-141; Luna, 2001, p. 116; Hosne, 2004, p. 167-168.

La donación fue aceptada por el Presidente Roca el 1° de febrero de 1904 (Moreno, 1918-1919, p. 7; Moreno, 1942, p. 223; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 141-142) de "tres leguas de las que le fueron concedidas, para que se destinen a Parque Nacional". En el Art. 1 se especificaba "sin que en ella pueda hacerse concesión alguna a particulares".

De esta manera, el 6 de noviembre de 1903 la Argentina se convirtió en el tercer país del mundo, después de Estados Unidos y Canadá, en poseer un Parque Nacional (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 142). Según Hosne (2005, p. 165; también en Bustillo, 1968, p. 119; Luna, 2001, p. 114), el primer parque del mundo fue el de Yellowstone en EE.UU., fundado en 1872, al que habían seguido el de Banff en Canadá, creado en 1885 y el de Argentina, debido a Moreno, en 1903.

Cabe señalar que Moreno no mencionó ninguno de estos antecedentes y que resulta extemporáneo de considerar que su modelo fue el parque Yosemite de EE.UU. creado en 1890, y sobre tal base asumir (cf. Finkelstein & Novella, 2005, p. 97) y menos sugerir que ello habría implicado convalidar o promover hechos atribuidos a la historia de este último.

El tema ha sido objeto de comentarios en épocas más recientes. Así hay quienes (cf. López, 2003, p. 96-97; Finkelstein & Novella, 2005, p. 91, 96) han entendido que Moreno, como supuesto beneficiario de la alta política, fue recompensado magníficamente, y recibió inmensas tierras y sumas fabulosas, y/o ha vuelto a sostenerse la argumentación de que los servicios de Moreno no fueron gratuitos puesto que casi todos sus viajes fueron auspiciados y costeados por el gobierno nacional, el de la provincia de Buenos Aires o por la Sociedad Científica Argentina. En el primer caso no se han aportado otras evidencias que desmientan lo ya conocido, y en el segundo el criterio de asumir que los auspicios a los viajes representaron una recompensa pecuniaria personal, resulta de dudosa validez.

Antecedentes de las ideas de Moreno

La propuesta de Moreno relacionada con la creación de Parques Nacionales estuvo directamente vinculada a su visión del desarrollo del país.

Así entre 1899 y 1903 (cf. Riccardi, 2019, p. 162-164) siguió insistiendo en el brillante futuro que tendría la Argentina.

El 6 de septiembre de 1901, desde Londres, en carta al diario *La Nación*, escribió: "*Nadie duda aquí de nuestra potencia productora, ni de la feracidad prodigiosa de la extensa tierra argentina, (...) pero necesitamos (...) apearnos del pedestal (...) que nos hemos forjado en nuestra imaginación (...), reconcentrarnos, aquilatar nuestro haber político, económico y social con respecto a los demás países del globo y, al mismo tiempo, estudiar sus condiciones políticas, económicas y sociales, y deducir de la suma de estas investigaciones, cuál es la marcha a seguir en la lucha por el progreso, tarea tanto más ardua cuando se trata de una nación en formación. No nos envanezcamos de nuestro suelo y de sus producciones (...), observemos si esa riqueza no tiene rivales, y sacudiendo la vieja inercia rompamos la rutina y procuremos encontrar*

los medios de aprovechar más y mejor las ventajas del momento, sin perder de vista el provenir de lucha que nos espera. Digamos en alta voz y sin disfraz lo que somos, lo que ofrecemos a la colectividad humana (...). Mostremos de una vez que como nación las puertas están abiertas para todas las iniciativas que importen incorporarle fuerzas (...). País privilegiado como suelo, apenas es una nación en embrión por más que duela confesarlo y se diga lo contrario y, sin embargo, ¡qué fácil sería llegar a la cohesión de sus elementos para constituir la nación argentina, tal como debe ser, digna de su nombre, si usáramos provechosamente los poderosos recursos con que nos ha favorecido la pródiga naturaleza! (...) Debemos buscar el fundamento de nuestro progreso en el estudio y conocimiento y en su aprovechamiento bien meditado, sin lo cual la riqueza que obtengamos de este, no será nunca estable, desde que tanto la ganadería como la agricultura, nuestras principales fuentes de producción, encontraran como mayor enemigo en todas partes, la falta de ese conocimiento, sin el cual no pueden existir industrias permanentes y reproductivas en la escala y condiciones que los elementos modernos lo permiten y requieren. Tampoco las comunicaciones de hoy son lo que debieran ser (...). No conociendo científicamente los medios ambientes, la elección de los hombres que deben aprovecharlos será puramente casual (...). La reglamentación de la inmigración debe estar íntimamente ligada con ese conocimiento.

Si descuidamos estos antecedentes que son hoy la preocupación de las naciones prósperas, continuaremos edificando sobre arena, necesitando de continuo el puntal del capital extranjero que, si bien impulsa nuestro progreso material, demora el día de nuestra independencia definitiva. No debiéramos olvidar que solamente son grandes naciones aquellos países que pueden vivir de sus propias fuerzas (...). Del intercambio resulta la grandeza de un pueblo, y su principal fuerza reside en que ese intercambio nos sea favorable por la mayor demanda de nuestros productos.

Es necesario que nos preocupemos cuanto antes de hacer conocer bien nuestro país sin descuidar ninguno de sus resortes (...), organicemos una divulgación en forma práctica; busquemos mayor acceso a los círculos científicos, políticos, comerciales y sociales, y ofrezcamos en todas las manifestaciones de nuestros progresos y recursos, en un buen muestrario (...) ex-

pliquemos en qué consiste lo bueno y lo malo que se nos adjudique y los fundamentos en que se apoya la crítica, y al mismo tiempo que hagamos luz para los demás, hagámosla para nosotros mismos, obteniendo así preciosa enseñanza. (...) Tengamos también bien presente que en estos países prácticos (...), que todos tienen el mayor interés en que contribuyamos a la prosperidad universal (...). Observemos aquellas necesidades que podamos llenar y mostremos que estamos en aptitud de satisfacerlas, pero sin olvidar tampoco que la caridad bien entendida empieza por casa". (Moreno, F. P., 1901, p. 1).

Necesidad de lograr un equilibrio entre el desarrollo del litoral y el del interior del país

En carta de octubre de 1903, desde Humahuaca, al ministro E. Civit escribió Moreno, sobre el provenir del norte del país: "Mucho he recordado su admiración por los alrededores de la Mendieta y la he compartido y aún más cuando visité el ingenio La Esperanza y las vertientes de brea del Garrapatal y escuché detallar los recursos naturales verdaderamente prodigiosos que promete ese valle oriental al hombre que lo explote con inteligencia y energía (...).

Allá la minería prospera con la agricultura (esas industrias no pueden existir allí la una sin la otra) y como ya no es una simple suposición la riqueza minera de la región montañosa jujeña, no dudo que tendremos también aquí poblaciones prósperas (...). Los dos ferrocarriles que adelantan en esta provincia hacia el norte y noreste, no solo van a transformarla y sacarla de la pobreza actual para hacerla fuente de enorme riqueza material, sino que será elementos poderosos y prácticos para la expansión de la influencia natural, legítima y necesaria de la República Argentina en este continente, y creo que no debemos omitir sacrificios para llevarlos adelante (...). Si fuéramos conquistadores, estos dos ferrocarriles valdrían para nuestro predominio en el continente más que un ejército y una escuadra, pero contentémonos con llevar ahora los rieles a los centros de la riqueza minera y de la riqueza forestal y ganadera de Bolivia y dirigirlos hacia la cuenca del Plata y para evitar conflictos futuros si Bolivia continúa aislada como lo está hoy.

Siempre ha sido mi preocupación el desequilibrio que existe aún entre la producción del litoral y la de la región montañosa argentina; soy un convencido de

que, si no desaparece este desequilibrio o por lo menos si no disminuye fuertemente, no podremos llegar a ser una verdadera nación, ni llenar nuestro destino en el hemisferio sur. A la 'emigración' del elemento 'extranjero' tendremos que agregar pronto la 'emigración' de los habitantes de las provincias del oeste y noroeste hacia el litoral, y esto es un peligro para nuestro desarrollo.

No hay otro remedio a este mal (...) que acercar el interior al litoral, económica y socialmente, y para ello es necesario impulsar la explotación de las fuentes naturales de producción propias de cada zona y aumentar el número de trabajadores con hombres apropiados a las diversas condiciones (...).

Con el ferrocarril tendrán los dirigentes que mover inteligentemente esa 'mano de obra'. La minería y la agricultura, unidas, solucionarán el problema de la población e industria del interior proporcionando riquezas y producciones que faltarán siempre al litoral y, cuando se consiga desarrollarlas con las fáciles comunicaciones, tendremos recién la homogeneidad ansiada con la que habremos solucionado también problemas políticos y sociales cuyas dificultades detienen la marcha nacional adelante..." (Moreno, 1903b, p. 1267-1268).

Destino inmediato y significación de la donación de Moreno

La importancia de la donación con destino a un Parque Nacional no fue comprendida de inmediato. Por ello, poco antes de morir escribió Moreno (1918-1919, p. 6-7): *"Muchos viajeros se han extasiado desde entonces ante esos parajes, al cruzar los Andes entre Puerto Varas y Bariloche y su número aumenta continuamente con la atracción que ejercen y la divulgación de esta por parte de esos viajeros; pero hasta ahora ninguna medida oficial se ha tomado para facilitar los fines de mi donación. Así, miles de aquellos magníficos árboles han sido destruidos por el fuego o el hacha, y si no se pone remedio llegará día en que se cambie el aspecto de la vida de esas majestades"*.

La significación de la donación de Moreno, fue remarcada por su nieta Adela (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 143), al hacer mención a una conversación que tuvo con un miembro del Directorio de Parques Nacionales, en la que este le dijo que Moreno había donado esas leguas porque no valían nada. Escribió al respecto: "Comentando esa opi-

nión con la Señora Sara Abraham de Balerdi, gran colaboradora de Abuelo en las obras por él emprendidas en favor de la niñez desamparada, le relaté lo expresado por ese señor y su contestación fue la siguiente: '¡Qué disparate, hija!', en 1912 en una reunión de personalidades realizada en la Quinta, el Dr. Moreno dijo: '*les he dado una llave y no se han dado cuenta*'. Mucho no me aclaraba el panorama, pero con el tiempo tuve la respuesta, dentro de la donación se halla el paso Pérez Rosales, donde hoy día está la Aduana y la custodia de Gendarmería (...) que no se cierra en todo el año (...). La laguna que se encuentra dentro de la donación (...) fue bautizada por él con el nombre de Félix Frías, en homenaje a ese gran hombre que despertó en él cuando aún era niño, la inquietud de defender esas tierras maravillosas, por cierto, para la patria".

Ampliación del Parque: Parque Nacional del Sur

En enero de 1908, el presidente Figueroa Alcorta agregaría otras 43.000 hectáreas para ese mismo fin, y en 1916 se nombraría el primer cuidador de la reserva (Moreno, 1942, p. 223; véase más abajo).

Como se verá más abajo, en 1912, Moreno, como diputado, presentó un proyecto en el Congreso Nacional englobando la región en un parque de mayor dimensión, que denominó "Parque Nacional del Sur".

En 1922, se amplió la superficie del parque a 785.000 hectáreas y se lo denominó desde entonces Parque Nacional Nahuel Huapi. Este parque no hubiera alcanzado "el desarrollo que 30 años después llegaron a alcanzar, de no haber contado con la línea ferroviaria a Bariloche, en ese entonces inconclusa, que constituía una de las bases del plan Ramos Mejía" propuesto por el gobierno del Presidente Alcorta en 1906 (Bustillo, 1969, p. 12).

Destino del resto de las tierras otorgadas a Moreno

En lo que hace al resto de las tierras que le fueron concedidas, según Ygobone (1954, p. 357-358; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 156; Hosne, 2004, p. 20, 166) Moreno "se asegura que jamás pudo ubicar el resto de las leguas donadas. A este respecto podemos consignar que el Departamento de Tierras con sus excusas y pretextos siempre trató de dilatar el expediente iniciado, obstaculizando su trámite,

pues afectaba los intereses de los terratenientes acaaparadores. Se sabe que Moreno vendió las acciones y derechos por la suma de doscientos mil pesos, toda su fortuna en 1905, que destinó a las Escuelas Patrias de la 'quinta Moreno', dependiente de la Obra de la Patria, organización por él fundada y costeadas a expensas de su propio peculio”.

Pero en un escrito inédito, fue el mismo Moreno (1918-1919, p. 5-6) quien dejó en claro el tema cuando escribió: “¿Cuál fue el uso que hice de las tierras que se me donaron por esta ley? Durante su discusión, se dijo que más de una vez había hecho yo sacrificios pecuniarios cuando fueron insuficientes los recursos oficiales para costear las exploraciones y los estudios que necesitaba efectuar; esos sacrificios importaron subidas deudas y para cubrirlas dispuse de los recursos que me proporcionaba con ella. Vendí “derechos a ubicar” esas tierras, porque me encontré que todas las ubicaciones que indiqué perjudicaban siempre a terceros, o correspondían a tierras reservadas. Había resuelto no adquirir por ese medio ninguna al occidente de la división de aguas, desde que quien podía decirlo con toda seguridad, había manifestado que todas las tierras que en esa dirección habían sido declaradas de propiedad de la República Argentina, por el fallo arbitral, se debían exclusivamente a mis esfuerzos y en mi concepto esas tierras no debían ser enajenadas a particulares mientras no fueran bien estudiadas para resolver si convenía o no su colonización por el Estado.

En esas regiones pude haber ubicado las veinte y cinco leguas entre las tierras más fértiles del Sur, sin perjudicar a terceros y sin solicitar levantamientos de reserva y, si lo hubiera hecho, contaría hoy con los recursos que busco para continuar sirviendo mi viejo ideal, siempre extraño a mis intereses particulares.

Vendí, pues derechos a ubicar veintidós leguas por un precio equivalente a un modesto sueldo durante otros tantos años de trabajo, y doné al Estado los tres restantes con destino a un parque nacional, cumpliendo con esta donación una promesa que me hiciera el día que supe que el perito argentino, además de su sueldo mensual, recibiría una compensación extraordinaria al finalizar los trabajos. Si bien las tierras que se me habían donado no constituían esa ‘compensación extraordinaria’ al perito a la que me referiré enseguida, el hecho era que esa ley me proporcionaba el medio de obtener la creación de un parque nacio-

nal para el servicio de la generación presente y de las venideras, y ubicarlo donde este servicio abarcara las mayores proyecciones (...)”.

El Parque Argentino-Chileno

No contento con esta donación, Moreno, al año siguiente, el 18 de septiembre de 1904 (1942, p. 224-225), le escribió a su “distinguido amigo” el Ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización de Chile, A. Guerrero Vergara, dando cuenta de la donación que había hecho para un Parque Nacional en la Argentina y pidiéndole que Chile hiciera una reserva similar del otro lado del límite, al oeste del Nahuel Huapi y “al oriente del lago de Todos los Santos hasta la cumbre del Tronador y la línea limitrofe”, para conformar así un “Parque Argentino-Chileno”, en el entendimiento de “que la buena diplomacia es la que se hace al aire libre (...)” (Moreno, E. V., 1942: 225). En el decir de Moreno: “Así, en aquella magnificencia tranquila podrán encontrar sano y adecuado panorama los habitantes de ambos lados de los Andes y contribuir, reunidos en comunidad de ideas durante el descanso y solaz, cada vez más necesarios en la vida activa del día, a resolver problemas que no llegarán a solucionar nunca los documentos diplomáticos, y los visitantes del mundo entero, entremezclando intereses y sentimientos en aquella encrucijada internacional, beneficiarán más aún el progreso natural de la influencia que por sus condiciones geográficas corresponde a este extremo de la América en el hemisferio austral” (Moreno, 1942, p. 222). Esta iniciativa tuvo éxito y en Chile se creó un Parque Nacional limítrofe con el argentino (Moreno, 1942, p. 215).

Aquí es de destacar que en esta propuesta estaba implícito un concepto de frontera integrador (cf. Bandieri, p. 15, 67) “como verdaderos espacios sociales de gran dinamismo y alta complejidad” donde el límite político es visto como un artificio y se reivindica como zona de contacto entre dos países e históricamente como zona de tránsito de los aborígenes radicados a ambos lados de los Andes.

Más aun, la concepción de Moreno sobre los parques nacionales es, en un análisis más profundo, una concepción de tipo educativo, según la cual un parque nacional es visto como un medio educativo dirigido al común de la gente. Así como el objetivo del Museo de La Plata, que tomó como paradigma la

Smithsonian Institution, era la educación popular, un parque nacional también estaba dirigido a ello. O sea que, en un último análisis, a través de toda la actividad de Moreno, subyacen objetivos de tipo educativo.

El último viaje de Moreno a la Patagonia tuvo lugar en 1912, siete años antes de su muerte, cuando acompañó a Teodoro Roosevelt (1852-1919), por pedido especial de éste, a la región del Nahuel Huapi. En noviembre de 1919 quiso emprender un último viaje a esa zona “aun cuando deje los huesos allí”, pero no pudo concretar su deseo porque lo sorprendió la muerte antes de partir.

Otros proyectos de Moreno sobre parques nacionales

El Parque Nacional del Sur

El interés de Moreno por los parques nacionales no se agotó con la generosa donación de 1903. Así, en 1912, ya como Diputado Nacional, presentó dos proyectos simultáneos de creación de estos. En uno de ellos propuso la creación del “Parque Nacional del Sur”, por el cual el núcleo de su donación original en el oeste del lago Nahuel Huapi debía ser extendido al sur, norte y este de dicho lago, para facilitar “la utilización de esas tierras en beneficio de la colectividad nacional, sin modificar sustancialmente su actual fisonomía”. El proyecto comprendía también el “relevamiento, topográfico, hidrográfico, geológico y botánico de la zona”, se relacionaba con la construcción del ferrocarril de San Antonio al Nahuel Huapi y apuntaba a la creación de una ciudad industrial “en la boca del Limay” (cf. Ludueña 1995, p. 64-66; Riccardi, 2019, p. 304-305)

Este proyecto que complementó de alguna manera las propuestas que haría la *Comisión de Estudios Hidrológicos*, dirigida por Bailey Willis, sobre la base de los estudios realizados, con la colaboración desinteresada de Moreno, en el norte de la Patagonia entre 1910 y 1914.

Parques y Jardines Nacionales

El otro proyecto de “Parques y Jardines Nacionales”, presentado el 28 de septiembre de 1912, proponía expropiar tierras con destino a “*parques y jardines nacionales*”, en la región de Iguazú, en “*cada uno de los asentamientos de antiguas poblaciones jesuíticas*”

de Misiones, y “*en cada uno de los puntos de provincias y territorios (...) que caracterice los diferentes aspectos del suelo nacional*” y “*donde existan ruinas de las viejas culturas indígenas, o estén vinculadas a los grandes hechos de la historia nacional, o contengan monumentos naturales dignos de conservación*” (cf. Ludueña, 1995, p. 79-83; Riccardi, 2019, p. 305-308).

Luna (2001, p. 129) ha remarcado correctamente que “en su extensa fundamentación se refiere no solo a las riquezas naturales sino también a preservar los lugares históricos: ‘El pasaje de Belgrano, el campamento de San Martín en Mendoza, el campo de Caseros, el puente de Corrientes, los sitios donde se conservan los restos de fortines, que evocan la guerra contra el salvaje, cuando corrió tanta sangre de nuestros soldados, deben ser igualmente sitios de peregrinación nacional, altares de la religión de la patria. Sobre el Paraná conservemos el lugar donde Caboto sembró el primer grano de trigo. En San Francisco del Monte, Sarmiento, niño de catorce años, enseñó a leer y escribir; recordemos su amor por la naturaleza, creando allí un pequeño parque nacional’. El proyecto culminaba con un deseo: que el centenario de la batalla de San Lorenzo, a celebrarse en el verano siguiente, se efectuase “*en el parque nacional de San Lorenzo, frente al modesto campanario o a la sombra del pino histórico*”.

El proyecto tendía a “*conservar para nuestros hijos lo que los hará comprender la genealogía de la Nación, en ambientes de ensueños, de descanso y de instrucción*”. Pues “*hay que completar la enseñanza de la escuela con la observación directa de los hechos naturales; que el patriotismo marcha a la par del aprecio del ambiente físico nacional, sin el cual no puede comprenderse la historia ni fundarse anhelos colectivos*”. Se incluía además la creación de una “*Comisión de Parques, Jardines y Monumentos*” que podría “*servir de base para una gran asociación popular, que fomente el respeto, la admiración y el amor por la naturaleza y los grandes hechos de la República Argentina, que fortalezca así la nacionalidad y que la prepare a su desempeño en el futuro del continente (...)*”. (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 171-174).

Estas iniciativas de Moreno ponen de relieve algunos de sus aspectos menos conocidos: sus atributos de educador, de civilizador y su amor a la humanidad.

Difusión pública hecha por Moreno sobre el tema de parques y reservas

Pero su accionar se extendió incluso a la difusión pública de estos proyectos. Así, el 3 de octubre de 1912, publicó en *La Nación* un artículo sobre “reservas nacionales”. Dijo allí: “Veo con placer que *La Nación* aplaude algunas de las últimas iniciativas de la Comisión de Territorios Na-

cionales que presido. Tal divulgación contribuirá a convertirlas en hechos (...). Remarcaba además “la necesidad de substraer a la especulación extensiones de terreno para convertirlas en parques nacionales” mediante (...) proyectos que tienden a la conservación y buen aprovechamiento por todos de lo que aprovechan y destruyen unos pocos, en todo el suelo nacional”.

Capítulo 23

EL FIN DE UNA ÉPOCA

Contexto institucional. Moreno deja el Museo de La Plata

En 1904 al acercarse el fin de la presidencia de Roca, se propuso para reemplazarlo a Manuel Quintana. Roca que tenía preferencia por Avellaneda, le ofreció a este que fuese vicepresidente para que, eventualmente, llegara a reemplazar a Quintana (cf. Hardoy, 1993, p. 105-106).

El 10 de abril de 1904, con la abstención del radicalismo, Quintana fue elegido presidente y el 16 de mayo se convino en que el vicepresidente fuese el senador por Córdoba, José Figueroa Alcorta.

En el transcurso de 1904, se terminaron de colocar los hitos en la región fronteriza con Chile. “Entre 1896, cuando las comisiones argentinas y chilenas comenzaron las expediciones para relevar los desconocidos relieves de la Patagonia andina, y hasta 1904, cuando fueron colocados los últimos hitos de la frontera (...) gran cantidad de hombres encontraron la muerte o atravesaron las dificultades más extremas intentando llevar adelante sus trabajos”. “Las hazañas fueron realizadas por peones chilenos, criollos, galeses e inmigrantes de muchas otras naciones” (Fiori y De Vera, 2002, p. 152):

Fue en 1905, bajo la presidencia de Quintana y siendo Ministro de Justicia e Instrucción Pública Joaquín V. González, que el Museo de La Plata fue incorporado a la Universidad Nacional de La Plata y Moreno se alejó del mismo.

El 12 de marzo de 1906 murió Quintana y Figueroa Alcorta asumió la presidencia. En el mismo año

fallecieron Pellegrini, Mitre y Bernardo de Irigoyen y de los protagonistas de esa época, representantes de la llamada “generación del ochenta”, solo sobrevivió Roca. Así el “régimen”, como habían bautizado los radicales al sistema político imperante, quedó herido de muerte, y era “solo cuestión de oportunidad que la sentencia del destino” se cumpliera (Hardoy, 1993, p. 180, 230).

Roca que había vuelto de Europa en 1907 creyó que podía aspirar a un tercer mandato como Presidente, pero Figueroa Alcorta, que estaba dispuesto a acabar con el “roquismo”, llevó como candidato a Roque Sáenz Peña. A su impulso se formó la Unión Nacional que proclamó la candidatura de Roque Sáenz Peña, llevando a Victorino de la Plaza como candidato a vicepresidente.

La Unión Cívica Radical, encabezada por Hipólito Yrigoyen, luego de la muerte de Bernardo de Irigoyen, decidió abstenerse (Hardoy, 1993, p. 113-114).

Mientras tanto el 28 de febrero de 1904 Moreno fue designado Socio Correspondiente de la *Società Geografica Italiana* y el 26 de noviembre Socio Correspondiente de la Sociedad Científica de San Paulo, Brasil (Bertolutti Flebus, 1995, p. 97).

En 1906 Figueroa Alcorta “bajo la inspiración de su gran ministro Ramos Mejía, presentó al parlamento, el fundamental proyecto sobre fomento de los territorios nacionales” (...), el cual constituyó “el plan más racional y orgánico, presentado por gobierno alguno para acelerar la efectiva conquista de nuestra Patagonia”, que comprendía “ferrocarril-

les, riego, perforaciones, etc. Su expresión orgánica fue la ley 5.559, conocida como de fomento de los territorios nacionales” (Bustillo, 1968, p. 12, 75-76).

Moreno a cargo del mapa topográfico y geológico de la Provincia de Buenos Aires

En agosto de 1904 el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires (Moreno, 1908) considerando que el “Registro Gráfico” de las propiedades rurales era ya insuficiente para los servicios que el aumento de la población e industrias exigían y que era indispensable hacer cuanto antes estudios del suelo y del subsuelo para favorecer los intereses generales con la buena ubicación de la población, la mejora de la viabilidad y sus industrias y conocer los hechos que pudieran servir mejor, los actos fiscales relacionados con el impuesto territorial y con la explotación de la tierra, dispuso, que el Museo de La Plata procediera al levantamiento del Mapa Topográfico y Geológico de la Provincia.

Las tareas relacionadas con la confección de los mapas topográfico y geológico fueron iniciadas a mediados de 1905, pero al nacionalizarse el Museo de La Plata, fueron continuadas por la Oficina del Mapa Topográfico y Geológico de la Provincia, creada al efecto, y cuya dirección ejercería el mismo Moreno hasta 1910 (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 204).

Escribió Moreno (1908) *“La provincia de Buenos Aires (cuya extensión es mayor que la del reino de Italia) es ya, gracias a su ganadería y agricultura, un factor importante en la economía mundial. De treinta años a esta parte, se ha modificado completamente el aspecto de sus campos (...). Este progreso ha impuesto la necesidad del mayor conocimiento de las condiciones del suelo que se explota (...) y (...) hacer cuanto antes el estudio del suelo y del subsuelo para favorecer los intereses generales con la buena ubicación de su población (...) y de sus industrias (...). De ese modo, el mapa topográfico y geológico comprendería el estudio de la geografía física y económica de la provincia en su expresión más amplia, abarcando la investigación del relieve, de la hidrología superficial y subterránea, y de la constitución del suelo y subsuelo de más de trescientos mil kilómetros cuadrados, [de manera tal] que de esos estudios se pudiera deducir el valor de la riqueza pública y la conveniente dirección que deba*

darse a la población y a la división y explotación de la tierra (...)

“El reconocimiento preliminar del territorio provincial se imponía para proceder con seguridad en la determinación de la estructura topográfica y geológica del suelo provincial y para relacionar los fenómenos físicos y químicos que intervienen en su formación (...) [y] (...) para investigar el régimen de las aguas subterráneas y su origen (...). La explotación racional del territorio provincial requiere mucho mayor observación previsora de la que puede suponerse, sobre todo en lo que se relaciona con las aguas superficiales y subterráneas que debe buscarse sean aprovechadas sin desperdicios, lo que requiere un examen profundo de las condiciones de relieve y de permeabilidad del suelo, para que se tengan siempre presentes al disponer obras públicas, a fin de evitar los desastres a que puedan dar lugar obras poco estudiadas sobre el terreno y en sus proyecciones industriales. Los reconocimientos preliminares facilitan también los estudios definitivos y los abaratan con la adopción de métodos de investigación adecuados al terreno y a lo que se requiere de este (...)”.

Consecuentemente, por un decreto se ordenó no solamente que se hiciera el mapa, sino también que se estudiaran los problemas relacionados con la provisión de agua potable y con el mejor uso de las que corren sobre y bajo del suelo provincial, como igualmente la naturaleza de las tierras, y su aprovechamiento en armonía con los grandes valores industriales.

Según Moreno: *“Las necesidades urgentes que deben satisfacer obligaron a buscar un método de ejecución que, al satisfacerlas de modo rápido, encuadrara más tarde en las operaciones de una triangulación geodésica, que de otro modo hubiera requerido muy largo tiempo y crecidos gastos, antes de dar los resultados prácticos que se deseaban fueran inmediatos (...). Se procura que estos mapas topográficos reproduzcan con fidelidad los verdaderos caracteres de los rasgos naturales o artificiales del terreno, que sean exactos en su relieve, drenaje y cultivo, y que en ellos pueda ser fácilmente reconocido todo hecho que quepa dentro de la escala adoptada. Además, siendo la buena viabilidad principal factor de prosperidad, los trabajos tienden a indicar los buenos caminos vecinales que hagan accesible al riel el carro y el carruaje, y que establezcan*

la fácil y económica comunicación de los centros rurales con los urbanos, a fin de favorecer la mayor transacción comercial, la más fácil sociabilidad, la educación en la campaña y la creación de nuevos centros de comercio e industria en los puntos apropiados por sus condiciones naturales para la más fácil concentración y mejor distribución de la actividad del hombre. Se busca igualmente reproducir con toda claridad en estos mapas topográficos la distribución de las aguas superficiales (...).”

Organización de los trabajos del mapa topográfico-geológico de Buenos Aires

Para cumplir con estas disposiciones, Moreno, como Director del Museo dividió los trabajos en tres partes: 1) Reconocimiento físico-geográfico del territorio provincial y sus vecindades; 2) Construcción de mapas por partidos; 3) Estudio científico y económico del suelo de la Provincia.

Para fines de 1908, se habían completado los mapas topográficos de casi sesenta mil kilómetros cuadrados, cubriendo la mayor parte de los partidos del noroeste de la provincia y los de la parte sur, entre Patagones y Sierras Australes, y se habían obtenido más de 6500 muestras mediante perforaciones de entre uno y veinticinco metros de profundidad.

Escribió Moreno: “*En el archivo de la oficina se conservan todos los elementos para ampliar hasta diez veces la escala de estos planos generales, con lo que sus servicios serán mucho mayores, tanto que puede decirse con seguridad que, con estos planos, la provincia no necesitará hacer más levantamientos preliminares para obras como ferrocarriles, irrigación, caminos, canales, drenajes, etc. (...).*”

Estos mapas no solamente serán geológicos, sino también hidrológicos y agronómicos, porque dada la constitución fisicoquímica de la provincia y los fines utilitarios del trabajo ordenado por el Gobierno, las observaciones hechas en un sentido tendrán aplicación pronta en los otros (...).

Al mismo tiempo que se buscan por estos estudios los mejores medios para que se regularice y se impulse la producción agrícola y para que la tierra dé lo que debe dar, se trata de demostrar cómo puede obtenerse buena agua potable para los habitantes y para los ganados. Cuando el ganadero y el chacarero puedan conocer con alguna seguridad la cantidad de hume-

dad que necesitan para sus industrias y la manera de obtenerla, el aumento de la riqueza provincial será ilimitado desde que podrán diversificarse los cultivos y concentrar en pequeñas áreas, industrias que hoy requieren vastas extensiones para ser prósperas (...) y como no es prudente dejar transcurrir más tiempo sin velar por el uso de las aguas de la provincia, convendría preocuparse desde ya de reglamentarlo para impedir su derroche o la contaminación de las potables por las impotables (...).” (Moreno, 1908, p. 1-15.)

Años después resumió Moreno (Diario *La Prensa*, 25 de mayo de 1917, p. 4) el trabajo realizado, que comprendió el “(...) *levantamiento de ochenta mil kilómetros más o menos, sobre el terreno, en escalas entre uno a diez mil y uno a cincuenta mil, con cotas de nivel que varían entre cincuenta centímetros y veinticinco metros, las últimas en corta extensión, y la mayoría de un metro, que han servido y están sirviendo bien a todas las obras públicas y empresas particulares que los consultan autorizadas al efecto; trabajos todos que nunca merecieron la menor observación en la rendición de cuentas de sus gastos*”.

Comodoro Rivadavia y el descubrimiento del petróleo

En 1907 se descubrió el petróleo en Comodoro Rivadavia, cuyo hallazgo en esa zona había sido pronosticado por Moreno unos años antes (cf. Guevara Laval, 1959, p. 851-852; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 146-147).

El hecho fue remarcado por Juan Plate en una carta que escribió a Moreno del 7 de julio de 1914. Decía allí: “Muy estimado doctor: Como se desprende de la lectura de los diarios, no solamente toda la república está compenetrada de la importancia de los yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia, sino también parece que el Gobierno ha madurado un plan de explotación, me complazco como un acto de estricta justicia en presentarle mis más calurosas felicitaciones con tal motivo, pues ha sido su claro concepto de las necesidades de la Patagonia y su saber científico lo que ha llevado a la fundación de Comodoro Rivadavia primero y después al descubrimiento del petróleo.

Me encuentro habilitado para afirmar tal cosa, pues siguiendo sus indicaciones, yo en busca de la salida más corta al mar desde mi estancia situada

en la Cordillera, hice explorar ya en el año 1899, la entonces Rada Tilly hoy Comodoro Rivadavia y en febrero de 1901, del regreso del primer viaje a mi estancia, apoyado por Ud. solicitamos varios otros propietarios de campo y yo la fundación de un pueblo en Rada Tilly, lo que inmediatamente se nos fue concedido por el Gobierno. En todas las demás mejoras que solicitamos del Gobierno como telégrafo, etc., siempre contamos con su apoyo y buena voluntad. Así me acuerdo como si fuera hoy que, cuando le expliqué que sería de suma importancia que el pueblo naciente tuviera buena agua cercana a su disposición y que a nosotros nos parecía que debía encontrarse esta agua bajo tierra desde que en muchas faldas de la colina se perdían los ojos de agua y vertientes en terrenos guadalosos, me acuerdo, (...) que cuando le expliqué esta nuestra idea y nuestro deseo, Ud. se puso a reír y me dijo: ‘Señor mío, agua potable no van a encontrar, esto se lo puedo decir casi con seguridad, pero debajo de estos campos y para averiguar esto es necesario que se hagan perforaciones, así que soliciten nomás la perforadora que yo les voy a ayudar en sus gestiones.’

Y cumpliendo la promesa Ud. hizo lo propio para explicar nuestra solicitud; en octubre de 1903 llegó la ansiada perforadora a Comodoro Rivadavia y en diciembre de 1907 se encontró el petróleo.

Creando que posiblemente habrá olvidado un poco su intervención en estas gestiones, he querido puntualizarlas con la esperanza que su recuerdo por los, para nosotros sorprendentes resultados, sea cosa de justificada satisfacción para Ud.”

En 1908 se creó la Compañía Argentina de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales y el mismo año se filmó la primera película nacional: “El Fusilamiento de Dorrego”.

Nacionalización del Museo de La Plata. Renuncia de Moreno

El 19 de septiembre de 1905, por Ley No. 4699 se creó la Universidad Nacional de La Plata y en 1906 fue integrado a la misma el Museo de La Plata. Moreno, en desacuerdo (Bertomeu, 1949, p. 319, 401), renunció al cargo de director vitalicio del museo, pues fue consciente de que había concluido una etapa y se iniciaba otra. En carta al Dr. Ernesto Quesada, escribió: “*La dirección de un museo semejante exi-*

ge, tiránicamente, la dedicación exclusiva de la vida entera; así lo concebí y ejecuté hasta que el Gobierno reclamó mi colaboración patriótica en la cuestión de límites. Es cierto que he prestado en esto un servicio grande a mi patria, consagrándole cuanto en tal sentido pude idear y ejecutar, pero reconozco que eso me ha desviado de las tareas de aquella dirección y me he visto impedido de continuar vigilando el desenvolvimiento del museo (...). Y esa (...) continuidad en mi actuación ya no admite enmienda: debo cargar con sus consecuencias. Dejo en la instalación del museo, en las colecciones reunidas, en el personal organizado, en la Revista y en los Anales, la prueba de que mi paso no ha sido estéril, pero la exigente conciencia reclama mi eliminación, porque considero que debe reemplazarme quien esté resuelto a dedicarse por entero a la tarea (...); si me fuera dado a mí hacerlo todavía (...) ciertamente no abandonaría mi puesto de lucha. Y habría circunscripto cada vez más mi actuación a dirigir la labor conjunta del museo (...). A los especialistas debe dárseles la oportunidad de dedicarse a sus investigaciones con toda amplitud, pero fuera de la dirección de estos establecimientos (...), de ahí que, consecuente con esta convicción, haya preferido ser verdadero director antes que investigador especialista. Ahora bien: amo al museo como creación mía, por sobre todas las cosas y ambiciono que se convierta en una institución que atraiga y concentre la atención del mundo científico; le he dado ya lo mejor de mi vida, ahora deben venir otros y ampliar y completar la tarea” (Quesada, 1923, p. 9-16; Bertomeu, 1949, p. 321; Ygobone, 1953, p. 255-257; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 154-155; Hosne, 2005, p. 177, 179; Riccardi, 2019, p. 451).

Como lo señaló Bertomeu (1949, p. 319, 401), Moreno había sostenido siempre que el Museo debía ser un centro de investigación autónomo, con gran independencia de acción. Su perfil había sido definido claramente al proponerlo como un “*Smithsonian*” del hemisferio sur.

La orientación que se daría al Museo con su nacionalización, fue otra diferente. En palabras de Joaquín V. González, fundador de la Universidad Nacional de La Plata (en Hosne, 2004, p. 180): “el museo conservará los fines de su primitiva creación, pero convertirá sus secciones en enseñanzas universitarias de las respectivas materias, y comprenderá además a

la Escuela de Química y Farmacia. Todos los profesores constituirán, reunidos, el Consejo Académico común a todo el Instituto, que se dirigirá como una escuela superior de ciencias naturales, antropológicas y geográficas”. O sea que se produjo “una contraposición de criterios, de concepciones diferentes sobre las funciones que debe prestar un Museo”.

Por si existiera alguna duda escribió Moreno en 1917: “(...) con la publicación de estas líneas, quiebro el propósito de aguardar un tiempo más antes de referir mi acción, en mucha parte ignorada en bien de los intereses generales del país durante más de cincuenta años, es decir desde que senté en 1866 las bases de lo que debía ser el Museo de La Plata, cuyo programa, aplaudido dentro y fuera del país, fue detenido por el doctor González al fundar la Universidad de La Plata (...)” (Moreno, Diario *La Prensa*, 7/9/1917, p. 10).

De esta manera se alejó Moreno del museo. Los 20 años de su desempeño como director habían sido fundamentales para la proyección nacional e internacional de la institución. Esta, en los siguientes 40 años, sería dirigida por un total de cuatro directores, la mayor parte de los cuales trataron de mantener algunos de los objetivos establecidos por su fundador.

En 1949 el “Instituto del Museo y Escuela Superior de Ciencias Naturales” pasaría a ser Facultad y la institución comenzaría a adquirir las características de la actual Facultad de Ciencias Naturales y Museo. El museo, en definitiva, pasó a estar subordinado a una entidad universitaria, con un enfoque circunscripto a las “ciencias naturales”. De esta manera se produjo un desdibujamiento o modificación de los objetivos originales del Museo de La Plata, que quedó así sólidamente integrado a la realidad y al destino del país, y su historia ofrece al observador un importante testimonio del camino recorrido por la sociedad argentina (Riccardi, 1984).

Actividad científica de Moreno

Las actividades llevadas a cabo por Moreno, primero en la organización del Museo de La Plata y luego en la cuestión limítrofe con Chile, significaron la postergación de su desarrollo como investigador en los temas antropológicos y paleontológicos que le interesaban (Riccardi, 1989, p. 23).

Como lo ha señalado Bertomeu (1949) su afición de coleccionista no fue sino la exteriorización de una

sublime inquietud interior: sus ansias por conocer la raíz misma de las cosas. Por eso, a los 25 años, al discutir los avances científicos producidos en relación con el origen del hombre y las dificultades que había habido que vencer para lograrlos, sostuvo Moreno que “*la ciencia no podía dejar de abrirse camino y no tardó en establecer la comunidad de la familia humana, comprendiendo aun las especies más degradadas e inferiores que pueblan las maravillosas islas de Oceanía, Australia y parte de América, razas que la rutina ultramontana consideraba, no hace mucho tiempo, como no pertenecientes al género humano*”. Y agregaba “*desde entonces mi mayor anhelo fue contribuir con mi humilde concurso a esos adelantos*” (Moreno, 1879a: 29-30). Germán Burmeister y Paul Broca valoraron estos deseos y la capacidad de Moreno para lograrlos. El anhelo de Moreno había sido seguir sus pasos, pero no pudo ser.

Pese a ello Moreno realizó, solo o en coautoría, varias publicaciones de investigación. Esa obra no fue sin embargo un reflejo fiel de la capacidad intelectual y de trabajo de Moreno, y no puede ser comparada con la de científicos de nota de su época sin tomar en consideración la obra de Moreno en otros campos.

Por eso la contribución más importante de Moreno a la actividad científica se materializó en las posibilidades que, para las investigaciones de otros, abrió con su acción. Moreno se proyectó científicamente ampliando las fronteras geográficas de regiones desconocidas, organizando y fomentando la actividad de otros (Riccardi, 1987), creando publicaciones de nivel científico internacional y estableciendo un centro científico de excelencia. Su acción en tal sentido no solamente benefició las investigaciones de su época, sino que se ha proyectado en lo que el Museo de La Plata es hasta nuestros días (Riccardi, 1987; 1989: 23-24). Pues Moreno no entendió la actividad científica como un fin en sí mismo, sino como un medio más para el progreso de la humanidad.

Moreno y Ameghino

En este contexto, las comparaciones entre Moreno y Ameghino resultan ociosas. Al igual que lo es mencionar las discrepancias existentes entre ellos. El tema ha sido caricaturizado por pseudohistoriadores y pseudointelectuales que buscan en la historia antecedentes para justificar sus propios prejuicios e

ideologías, y por quienes tratan de promocionarse interpretando a su conveniencia las diferencias que existieron entre hombres eminentes de la historia, disminuyendo la obra de uno de ellos para hacer la apología de la de aquel con quien se identifican.

Como dijera Bertomeu (1949, p. 306) al referirse a Ameghino y Moreno, poco favor se haría a uno de ellos si se lo quisiera enaltecer empujando la memoria del otro, “los caminos de altura se reúnen en la cumbre, aunque antes se crucen”. Cada uno de ellos actuó a su manera y en su escenario, y las discrepancias que tuvieron no se debieron como algunos parecen creer a cuestiones científicas o ideológicas, sino a aspectos prácticos derivados de las diferencias existentes en los campos de acción y objetivos que ambos perseguían.

De hecho, hubo un evidente cambio en la apreciación de Ameghino sobre Moreno, a través del tiempo. Así el 28 de marzo de 1899, al contestar un cuestionario sobre algunos hombres de ciencia, escribió (Ameghino, 1935, p. 1032-1033): “La influencia de Burmeister en la naciente ciencia argentina ha sido desastrosa (...) no ha dejado discípulos, con excepción de un solo: Moreno, al cual no llegó a transmitirle su saber, pero en quien inculcó su mismo egoísmo. ¿(...) Moreno es un paleontólogo? Decididamente, no. Sus conocimientos se limitan a un ligero barniz. Por su egoísmo es un digno discípulo de Burmeister; y por su fatuidad, un émulo de Barnum. El día en que las ciencias naturales hayan alcanzado en nuestro país el grado de adelanto que hoy presentan en Europa y en los Estados Unidos de Norte América será juzgado severamente. En veinte años que hace tiene la dirección del Museo de Historia Natural de esta provincia, en el cual ha hecho invertir sumas fabulosas, él tampoco ha conseguido formar ni un solo naturalista argentino; ¡ni aun de última categoría!”.

Pero ya en 1904 en una dedicatoria a Moreno de un ejemplar de su Libro “*Recherches de Morphologie Phylogenetique sur les molaires supérieures des Ongules*”, escribió: “Al señor Dr. Francisco P. Moreno, Director del Museo de La Plata, en prueba de agradecimiento por los materiales de ese museo consultados para la redacción de esta obra. Obsequio del autor. Buenos Aires, marzo 31/904”.

Finalmente, el 15 de octubre de 1907 Ameghino organizó un homenaje a Moreno, con motivo de ha-

ber recibido la medalla Jorge IV la *Royal Geographical Society* de Londres, en el edificio de la calle Alsina del Museo Público de Buenos Aires, el mismo donde Moreno frecuentara a Burmeister. Participaron sus colegas y colaboradores, y en el pergamino que se le entregó están las firmas de Florentino y Carlos Ameghino, Estanislao S. Zeballos, Luis María Torres, Juan B. Ambrosetti, Ángel Gallardo, Clemente Onelli, R. Lehmann Nitsche, Enrique Herrero Ducloux, Gundero Lange, Elina G. A. de Correa Morales, Pedro Scalabrini, Santiago Roth, Walther Schiller y Fernando Lahille. El hecho fue registrado por la edición del Diario *La Nación* del 16 de octubre de 1907, con las siguientes palabras: “En el Museo Nacional celebró (...) una interesante y significativa ceremonia. El señor Ameghino había reunido en el vetusto salón de la Biblioteca a un reducido grupo de intelectuales y hombres de ciencia para ofrecer al doctor Francisco P. Moreno un pergamino, con motivo de la alta distinción de que lo ha hecho objeto la Real Sociedad Geográfica de Londres (...). El sobrio discurso del señor Ameghino y la concisa contestación del obsequiado demostraban cómo en los campos serenos de la ciencia hay unidad de ideas, justo reconocimiento de méritos y corazones bien templados que buscan el engrandecimiento y la gloria de la patria. Al responder el obsequio, propició el doctor Moreno la idea de preparar para el año 1910 los elementos que contribuyan a hacer conocer al mundo la historia del suelo, el desarrollo económico y político y la potencialidad del país” (cf. Ameghino, p. 1033-1036).

En la ocasión dijo Ameghino (1935, p. 1033-1036; Bertomeu, 1949, p. 305-306): “Treinta y tres años van transcurridos desde que publicasteis vuestros primeros trabajos sobre el hombre y el suelo de la Pampa, y desde entonces, persiguiendo un propósito bien definido, el conocimiento de nuestro suelo en el pasado y en el presente, para bien aprovecharlo en lo futuro, no habéis cesado en vuestra labor un solo instante. Habéis desplegado una actividad asombrosa y de vuestro paso quedan huellas profundas e imborrables. Dejáis un templo a la ciencia que ha alcanzado alto renombre, y ojalá sepan conservárselo los que os han sucedido. Vuestro nombre, ligado a un sinnúmero de iniciativas, queda también grabado en nuestros Andes desde la Puna de Jujuy hasta las regiones magallánicas, y en las cálidas lla-

nuras del centro de la república, como en las heladas mesetas de la Patagonia. La Real Sociedad de Geografía de Londres, reconociendo la importancia de vuestra intensa y profunda labor os ha premiado con la más alta recompensa que acuerda a aquellos que descuellan en el avance de las ciencias geográficas. Distinción que tanto honra a quien la recibe como a la patria y también a la ciencia argentina, que ya algo cuenta más allá de las fronteras, ha pasado entre nosotros poco menos que desapercibida. Un grupo de vuestros colegas y antiguos colaboradores ha querido salvar este olvido, ofreciéndoos una manifestación de aprecio en una forma sencilla, pero sincera, que os acompañe como un recuerdo de los intelectuales, que despreocupados del vertiginoso caleidoscopio político comercial que caracteriza el momento actual, reconocen y no olvidan los méritos de quien

ha consagrado su vida al más noble de los ideales. Es para mí un motivo de alta satisfacción poner en vuestras manos este recuerdo. Interpretando los sentimientos de los que firman, considérelolo un símbolo de concordia entre los que avanzamos paralelamente hacia el mismo norte, el engrandecimiento de la patria en el campo infinito pero fecundo de la ciencia, el que más enaltece la humanidad, y el que más contribuye a la mayor felicidad de los pueblos”.

Posteriormente, en 1909, Ameghino designó a Moreno y a Luis. M. Torres, Delegados del Museo Nacional al XVII Congreso de Americanistas que se realizó en Buenos Aires entre el 15 y el 23 de mayo de 1910 (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 111; Bertolutti Flebus, 1995, p. 99).

En el bienio 1910 - 1911 Moreno fue Presidente de la Sociedad Científica Argentina.

Capítulo 24

MORENO Y LOS MONUMENTOS AL EJÉRCITO DE LOS ANDES Y A FRAY LUIS BELTRÁN. LOS ALTARES DE LA RELIGIÓN DE LA PATRIA

Monumento al Ejército de los Andes

Antecedentes

El 16 de agosto de 1906 en una asamblea de la Comisión Nacional del Centenario y a propuesta de su Junta Ejecutiva, que integraba Moreno, se resolvió abrir un concurso, para artistas argentinos y extranjeros, con el fin de construir un Monumento de la Revolución de Mayo, que rememorase en bronce o en mármol esa epopeya, sus luchas culminantes y sus héroes. La propuesta fue aprobada por el Poder Ejecutivo Nacional el 19 de Marzo de 1907.

Al concurso se presentaron en total 74 proyectos, perteneciendo sus autores a 11 países de América y Europa, los cuales fueron expuestos en la Sociedad Rural Argentina en Palermo (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 187).

Entre los proyectos expuestos se hallaban dos de un joven uruguayo, Juan M. Ferrari, uno llamado "Tabaré" y otro "Ismael", los que llamaron la atención de Moreno.

El proyecto "Tabaré", representaba a la Libertad triunfante en la cumbre de los Andes, mostrando

sus cadenas rotas, seguida por un grupo de jinetes típicamente americanos, a los que los granaderos a caballo, llevando las banderas de la Revolución, les servían de guías.

En segundo proyecto, "Ismael", estaba compuesto por una sencilla base de piedra en forma de ara, donde se erguía un grupo alegórico ejecutado en bronce en el cual, según el autor, "el león ibérico forcejea para aterrar al Centauro Americano, mientras éste defendiéndose lo azota con un fragmento de su cadena rota". En el frente de la base, a cada lado, estaban las estatuas de San Martín, Belgrano, Moreno y Saavedra.

El monumento nunca se concretó, pero según relato de Eduardo Moreno (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 187-188), luego de la exposición comenzó a gestarse, por iniciativa de Moreno, la realización de un monumento para conmemorar el paso de los Andes por el General San Martín.

Moreno le habría dicho al escultor Ferrari que si vestía a todas las figuras de granaderos, se comprometía a que pudiese ejecutar un monumento

dedicado a los Granaderos a caballo y al Ejército de los Andes.

Según Eduardo Moreno “El conglomerado de pueblo, el gaucho, el indio, el soldado de aquel primer bosquejo, se transformó con pequeñas modificaciones en granaderos. El modelo en arcilla, existente en el Museo de la Patagonia y una copia fundida en bronce, dedicada por Ferrari, que adquirió posteriormente Jorge Castex”, y que se hallaría actualmente en el Instituto Sanmartiniano, darían testimonio de ello.



Moreno Diputado electo, marzo de 1910.
Archivo General de la Nación, Departamento
Documentos Fotográficos o AR_AGN_DDF/
Consulta_INV: 9-82857_A.

Así el monumento se originó en la conjunción de ambos proyectos, y diferentes detalles de la obra y de su confección y de las maquetas usadas, fueron expuestos por Moreno Terrero de Benites (1988, p. 188, 190-191).

El 19 de febrero de 1909, Moreno, por un decreto del Poder Ejecutivo, fue designado vocal de la Comisión del Centenario, constituida de acuerdo con lo dispuesto por la Ley 6286 —sancionada el 13 de febrero de 1909—, y presidida por el ministro del interior Marco Avellaneda. El artículo 18 de esa ley disponía “levantar en la ciudad de Mendoza un monumento al Ejército de los Andes”. Dentro de dicha comisión, Moreno integró las comisiones de Estatuas y Monumentos, y la de Publicaciones, Certámenes Literarios y Cuadros.

La Comisión de Estatuas y Monumentos contrató al escultor Juan M. Ferrari para realizar el Monumento al Ejército de los Andes en Mendoza, que debía ser concluido para 2014. En el contrato firmado por la comisión con el escultor, el 28 de mayo de 1910, se especificaban en detalle las características que debía tener el monumento y se obligaba al escultor a “colocar el monumento en la ciudad de Mendoza en el lugar que se le indique”.

Moreno recibiría el 15 de febrero de 1911 un Diploma con medalla de Oro por una exposición en la Exposición de Arte del Centenario (Bertolutti Flebus, 1995, p. 99)

La Obra de la Patria y su contribución al monumento

Entre 1911 y 1912, siguió Moreno trabajando en la Obra de la Patria, iniciativa a la cual vinculó a personalidades destacadas en el orden profesional e intelectual de Buenos Aires y La Plata, y con las que organizaba visitas periódicas a las provincias, usando para ello sus conocimientos e incluso sus propios recursos económicos.

El 11 de enero de 1912, la provincia de Mendoza emitió un decreto por el cual designó a Moreno en la Comisión Ejecutiva del Cerro de la Gloria. Se decía allí:

“Que se nombra al Dr. Francisco P. Moreno, vocal de la Comisión Nacional del Centenario, miembro de la Comisión Ejecutiva, para todos los trabajos relacionados con la erección del monumento; encar-

gado y enviado por el Gobierno de la Nación, según Ley N.º 6286, para conocer y opinar sobre el lugar donde debe levantarse la obra conmemorativa” (cf. Ygobone, 1954, p. 326-327).

Según Eduardo Moreno (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 188) a fines de 1912, Moreno fue designado Presidente de la Comisión Ejecutiva del Monumento al Ejército de los Andes, a raíz de lo cual tomó intervención directa en la ejecución de la obra.

Entre el 14 y el 18 de enero de 1913, se hizo en Mendoza una de las excursiones dirigida por Moreno, e integrada por numerosos grupos de profesionales, con el apoyo del Gobierno de la provincia y la Dirección General de Escuelas.

En la ocasión visitaron Cerro Pelado, en búsqueda del lugar adecuado para la instalación del monumento. Allí, en una cresta balcón, Moreno dio explicaciones sobre la significación del lugar, se cantó el himno, se labró un acta y se desplegó una bandera; la abanderada era la conocida escritora, representante del periódico La Prensa, Ada M. Elflein (1880-1919).

Moreno colaboró en la elaboración del proyecto, para lo cual viajó frecuentemente a Mendoza, en varias oportunidades, acompañado por el escultor Ferrari. Este consideraba que la fundición en bronce de las esculturas debía llevarse a cabo en Italia, debido a que en el país no existía el material suficiente. Pero Moreno sostuvo que para eso había cañones; realizó diferentes gestiones y consiguió el material y su fundición en el Arsenal de Guerra, el cual visitó repetidamente con Ferrari.

Según Eduardo Moreno (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 188) “solamente el día en que se encuentren reunidos en un museo los bosquejos y demás antecedentes (...) que permitan considerar la gestación de la obra, todos los argentinos adquirirán conciencia de los esfuerzos prodigados para llegar a la concreción de ese monumento, a la vez que captarán mejor el espíritu que lo anima”.

Diferentes aspectos relacionados con los antecedentes de esta obra han sido expuestos por Zobehida B. Ávila en su artículo “Mendoza tiene una deuda de gratitud con el doctor Francisco P. Moreno”.

Escribió allí: “En enero de 1913, llega [Moreno] a nuestra provincia, presidiendo un numeroso grupo de profesoras y técnicas en diversas especialidades y aquí se le anexa una comisión (...) y la que

estas líneas escribe (...). Esta delegación, misionera del espíritu, culmina con una gira al Cerro Pelado, la que resultó algo difícil y accidentada en aquellos tiempos. Quería, el Dr. Moreno, señalar a sus colaboradores una de las rutas del glorioso Ejército de los Andes. En ese memorable arribo al Cerro, que dejara recuerdos e impresiones imborrables, en el mismo Portillo se enarboló una hermosa bandera, con esos colores que parecían descendiendo del cielo y de las nieves eternas y, con la unción que genera el sentimiento en los momentos más solemnes, se entonó nuestro Himno Nacional (...). Y para ratificar con la fuerza documental, la trascendencia del acto, se levantó un acta (...) redactada por la secretaria de la comisión, la exquisita escritora Ada M. Elflein (...). Esta gira fue la iniciación de otras tantas que realiza el doctor Moreno para recoger antecedentes, observar costumbres, reconstruir escenas y toda la documentación ilustrativa necesaria para extractar, buscando la elocuencia de la verdad, el alma viviente de los hombres y hechos de la gesta libertadora, para volcarlos en el monumento al Ejército de los Andes, que se levantaría en Mendoza a breve plazo ¡Y qué versado y admirable director espiritual, para una obra de tal magnitud! En algunas de estas giras vino con el escultor Ferrari, el artista autor del monumento, al que oímos decir en alguna oportunidad: ‘Ah, cómo se agigantará la concepción, el movimiento, la vida del arte, con el empuje soberbio que le imprimirá el maestro; ¡aquí estará su corazón íntegro!’ ¡Y qué obsesión grandiosa la de Moreno, con ese sentir de predestinado para llevar la influencia de su pensamiento hasta el fondo mismo del monumento! Interviene en el proyecto y en todo el proceso de fundición de las diversas piezas con una perseverancia ininterrumpida y tesonera. La obra surge; Ferrari es el artista comprensivo y de clarísima concepción, que da vía libre al sueño del maestro, para que se vuelque con su versación indiscutida y su genio de patriota en una obra inmortal, como el argumento que la anima.

Luego se plantea el problema del lugar en que debe levantarse el monumento (...). Se piensa entonces que podría ser la Plaza Independencia y aquí, vuelve a hacerse sentir la autoridad del maestro con esas miras tan amplias en el sentimiento y triunfa su tesis. El monumento dice, debe levantarse en un

sitio más apartado de la capital, para que solo la veneración, como único motivo, sea la fuerza que anime a los visitantes, a los peregrinos de todas partes. Y después de detenidos estudios y observaciones, cambios de ideas, es que por su consejo se convierte el Cerro del Pilar, en el magnífico y significativo 'Cerro de la Gloria.' Y la videncia del maestro, todas sus profecías se cumplen, todos sus afanes se compensan. No de otra manera consiguió dar vida, movimiento, en la grandeza de los hechos, a todas las figuras que integran el monumento, orgullo del país y admiración de cuantos lo visitan. ¡La veneración llega siempre!"

"Con estas líneas y la seguridad de que mis conceptos serán sostenidos con la autoridad de algunas personas que (...) colaboraron en la obra de observación e investigación de Moreno (...) he querido dejar demostrada la verdad (...) que Mendoza está (...) en deuda de homenajes muy grande (...). Pero en mi espíritu queda un dejo, diría de decepción. ¡Cuánto tarda esta consagración, que es deuda, que es gratitud, que es admiración!" (Periódico Los Andes, 18 de diciembre de 1946, p. 12).

Según un relato algo posterior de Ávila: "En 1913, toca a Mendoza el turno de una de estas calificadas excursiones, dirigida por el Dr. Moreno e integrada por numeroso grupo de profesionales. Venían escritoras, médicas, pintoras, escultoras, enólogas y profesoras superiores, completando el cuadro, enviados especiales de las extinguidas revistas Caras y Caretas y Fray Mocho (...)."

"La última de las giras se dirigió al Cerro Pelado, promontorio situado en plena cordillera. El viaje se hizo en tres etapas y llevaba por finalidad la observación de uno de los desfiladeros que traspuso el Ejército Libertador. Este viaje, que se inició el 14 de enero, tuvo una duración de cuatro días, debido a inconvenientes del tiempo, lo que impidió el ascenso, a lomo de mula, a las crestas del cerro, punto terminal de este (...).

(...). En diversas oportunidades de estas giras, se (...) hicieron interpelaciones al gran maestro sobre el monumento al Ejército de los Andes, ya en preparación y (...) de aquí surgió su (...) honroso mandato, de que la comisión acompañante de Mendoza debía (...) colaborar en la complicadísima empresa del monumento (...)."

"De inmediato esbozó el plan y así se hicieron algunas investigaciones, visitas a lugares históricos, con la Srta. Elflein, venida de Buenos Aires al efecto, reconstrucción de cuadros, obtención de fotografías (...) trabajos que nos mantuvieron en permanente correspondencia con el maestro (...). Por otra parte, el Dr. Moreno viajó frecuentemente a Mendoza y en varias oportunidades, con el escultor Ferrari, presidiendo las reuniones que se celebraban (...)."

"¿Cómo no hemos de recordar entonces, algunas de las manifestaciones del artista (...)? El genial artista buscaba permanentemente, las directivas del ilustre historiador y así nos fue dado encontrarlos confundidos, en los talleres de fundición del Arsenal de Guerra que visitamos, dirigiendo, observando y recogiendo emociones de la obra, ya decidida y en preparación y hasta terminadas algunas de sus piezas (...)."

"La elección del modelo del monumento tuvo tres fases (...) el tercero está coronado en su cúspide por un grupo de gauchos a caballo, en esa actitud de valor y fiereza tan propia de su tradición y esta es la base que se toma para esbozar el propósito que el maestro persigue. Los gauchos se transforman, con algunas modificaciones, en granaderos, magnificando por supuesto, el volumen de la obra, ampliando los bajorrelieves y coronando este grupo superior con una figura simbólica, de fuerza potente y decisiva, para volcar al proyecto esa expresividad, ese hábito de vida que solo es patrimonio de valor indómito de lo que se siente hondo, de acendrado patriotismo. Secundan admirablemente en esta tarea del maestro y del artista, los numerosos apuntes de figuras históricas que les prepara el gran pintor Carlos Ripamonti, especializadas en motivos tradicionales (...). Cuando todos los lineamientos de la obra ya están definitivamente concretados, sostiene Ferrari que su fundición debe llevarse a cabo en Italia, ya que en el país no existe el material suficiente y es entonces que vuelven a exteriorizarse el empuje, el optimismo y ese concepto que animara siempre a Moreno de destruir obstáculos, para sostener que, si no había bronce, había cañones. Pone en movimiento a personalidades del país, confecciona listas al efecto y llega a conseguir, no solo la colaboración que necesita, sino también que se funda la obra en el Arsenal de Guerra. Luego se presentan dificultades para obtener y transportar los bloques de piedras para el

basamento, pero el Dr. Moreno ya tenía planeado su deseo de que la piedra fuera extraída de la cordillera, dentro de las rutas que siguió el Ejército Libertador” (Ávila, 1951, p. 251-256).

En definitiva, resulta claro que se debió a Moreno la concepción de la obra del Monumento al Ejército de los Andes, que eligió el lugar de emplazamiento, que hizo cambiar el nombre del cerro a “Cerro de la Gloria” (Bertomeu, 1949, p. 407-408).

En palabras de Moreno (en Márquez Miranda, 1952, p. 541): “Este monumento, que constituye mi sueño y mi obsesión, tendrá que ser el más hermoso de América y el que compendie en sí toda la gloria de nuestra tradición y muy especialmente de Mendoza, cuyo rol fuera tan fecundo en su patriotismo y en sus realidades”.

Finalmente, el monumento fue inaugurado el 12 de febrero de 1914, en el noventa aniversario de la batalla de Chacabuco. Según su hijo Eduardo, Moreno no pudo estar presente en la inauguración debido a compromisos relacionados con sus funciones como vicepresidente del Consejo Nacional de Educación, “pero le remitió una sentida carta al Gobernador Rufino Ortega, quien le respondió con otra en la que sintetiza de manera sobria y clara la actuación que le correspondió al Perito Moreno en el éxito de esta obra, una de las más significativas de América”.

Monumento a Fray Luis Beltrán

Pero las iniciativas de Moreno para rendir homenaje a los héroes de la independencia no terminarían allí.

Así en 1916 Moreno tuvo participación activa, en la iniciativa de la Sociedad Santa Cecilia de Mendoza, para la erección de un monumento en las Plaza Garay de Mendoza, a la memoria del Teniente Coronel y Fray Luis Beltrán (Bertomeu, 1949, p. 408; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 192).

El monumento a Fray Luis Beltrán fue “Otro de los encargos que se le hizo a Ferrari, a través de Francisco P. Moreno por iniciativa de la Sociedad Santa Cecilia”.

El 29 de marzo de 1916 Moreno, en su carácter de Presidente de la Comisión Nacional pro-Centenario del Ejército de los Andes, le escribió a la Presidenta de la Sociedad Santa Cecilia de Mendoza, Sra. Josefina Arenas de Raffo, solicitando información sobre los trabajos que se realizaban para concretar el monumento a Beltrán.

Decía allí Moreno: “Muy distinguida Señora: Sin noticias de Ud. respecto al asunto del monumento a Fray Luis Beltrán, me permito pedirle quiera decirme si la sociedad de su digna presidencia y la Pro-Patria, de Mendoza, han iniciado algunos trabajos en el sentido de conmemorar el Centenario del Ejército de los Andes, en los faustos de enero de 1917. Estoy tratando de organizar aquí, algo que responda a esa necesaria manifestación de la gratitud nacional, tan adormecida hoy, y mucho desearía saber lo que Mendoza se propone hacer para la gloriosa fecha” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 192).

Con relación a los trabajos realizados para este monumento existen varias constancias. Entre ellas: una carta del 5 de junio de 1916 del Ministerio de Guerra a Moreno sobre la fundición del monumento a Beltrán (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 195).

En otra nota posterior, del 16 de junio de 1916, el Director General del Material del Ejército le informó



Bailey Willis (1857-1949).

a Moreno que atendió al escultor Juan M. Ferrari, “respecto al trabajo que hará debida justicia al inteligente y benemérito padre Beltrán, que no trepidó en fundir hasta las campanas de su templo para transformarlas en cañones, los que manejados por otros, no menos patriotas y empeñados en la misma tarea, dieron, con la eficacia de sus fuegos, patria y libertad a muchos pueblos”, destacando además que Moreno era “el incansable hombre que vierte a diario el patriotismo en el espíritu de nuestro pueblo, que por la amalgama que ha hecho sin control de razas y por la apatía del espíritu nacional en que desgraciadamente hemos entrado, tanto lo necesitamos” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 196).

El 23 de junio de 1916, Moreno escribió, desde su domicilio de Catamarca 2001, a la Presidenta de

la Sociedad Santa Cecilia, Sra. Raffo, sobre el monumento a Fray Luis Beltrán (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 196; cf. Riccardi, 2019, p. 332) adjuntando una fotografía de la medalla que se acuñaría como recuerdo de la colocación de la piedra fundamental del monumento a Fray Luis Beltrán, y haciendo referencia a otros trámites que les darían “mayores facilidades para ayudar a la Sociedad Santa Cecilia en sus patrióticos esfuerzos”.

Por otra parte, el 9 de julio de 1916, en relación con el Monumento a Fray Luis Beltrán, Moreno recibió una carta, fechada el 5 de junio, por la cual de la Secretaría del Ministerio de Guerra, le comunicaban que resultaba posible fundir el monumento en el Arsenal Principal de Guerra (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 195).



Comisión de Estudios Hidrológicos, 1910. De izquierda a derecha:

1ra fila, sentados: W.B. Lewis, W. Graenbacher, C.W. Washburne; 2da fila: C.L. Nelson, E.E. Frey, B. Willis, O. Luginbuehl, W. Eschmann, 3ra fila: J.S. Mercer, J.R. Pemberton, W.D. Jones.

El 9 de julio de 1916, Moreno (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 196) escribió a la Presidenta de la Sociedad Santa Cecilia, y decía haber estado dos días antes en el estudio de Ferrari y haber visto el boceto definitivo, tanto de la figura de Beltrán como de los relieves. Señalaba también que se les habían dado mayores dimensiones y que resultaba un hermoso monumento. Adicionalmente le informaba que ya había bocetado dos medallones y dibujado otros dos.

Con respecto al sitio del emplazamiento del monumento, mencionaba que se había planeado colocarlo en el extremo de la alameda de San Martín frente al sitio de la Maestranza, encarnación del alma patriótica del fraile, soldado y que el significado del monumento perdería mucho si se eligiera otro sitio.

También decía que el dibujo del pedestal estaba proyectado pero no se terminaría hasta que se tuviese la dimensión del sitio y que tan pronto como se conociese, se le enviaría copia del dibujo para que pudiesen hacer el pedestal de granito, sencillo y sin grandes molduras que lo encarecerían y retardarían la construcción.

Mientras tanto el 15 de julio de 1916, Moreno solicitó autorización para aceptar el nombramiento de “Comendador de 2da clase de la Orden de San Olaf” otorgado por el Rey de Noruega.

Según la nieta de Moreno, Adela (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 197-198), el primer boceto al que se hace referencia en la carta del 9 de julio de 1916, estaba en la casa de Eduardo Moreno, era de yeso blanco y no alcanzaba al metro de altura. Al parecer, primeramente, Ferrari le había puesto a un lado un cañón, pues en ese entonces existía bastante antipatía por el clero, Moreno le sugirió al escultor que cambiase dicho cañón por un yunque y un martillo, pues contra “el fraile obrero”, nadie se iba a enseñar. Dicho boceto fue donado por Eduardo V. Moreno al Museo Histórico Nacional, en época en que era Director del mismo el Señor Federico Santa Coloma Brandsen, pariente y amigo de la familia, con quien había llegado a la conclusión de que en dicho museo no existía nada que recordara a esa gran figura histórica.

Lamentablemente, el 31 de octubre de 1916, Juan Manuel Ferrari, falleció repentinamente, a la edad

de 42 años. El escultor trabajó hasta sus últimos días para dejar listo el encargo que pudo concluir en arcilla. Tiempo después y gracias a la intervención de Moreno, la estatua fue fundida en bronce y trasladada a Mendoza. El 12 de febrero de 1917 fue inaugurada en la Plaza Garay de la Alameda (Diario Los Andes).

Moreno y los Altares de la religión de la Patria

El 14 de marzo de 1918, la Comisión Ejecutiva del Centenario del Ejército de los Andes, presidida por Moreno, presentó al Círculo Militar una iniciativa destinada a crear “El Altar de la Patria” (*La Nación*, p. 8; *La Prensa*, p. 7; cf. Riccardi, 2019, p. 337-339).

En su escrito dijo Moreno que: “*Durante sus trabajos para expresar la gratitud nacional por la acción del Ejército de los Andes, con motivo del centenario del paso de la cordillera y del triunfo de Chacabuco (...) esta comisión ha tenido más de una vez el pesar de sentir cuánto ha disminuido, tanto en los civiles como en los militares, el impulso patriótico que llevó a nuestros antecesores a realizar aquellos gloriosos hechos, y se ha convencido de que la principal causa de esta debilidad actual del espíritu nacional consiste en la ignorancia de nuestra verdadera historia y en la despreocupación de la tradición familiar.*”

El decaimiento del amor de patria en los nativos, a medida que crece el cosmopolitismo y con este la imposición de inclinaciones de raza, de tradiciones, de costumbres extrañas a nuestro ambiente nacional, se nos presentó en proporciones alarmantes al organizar las peregrinaciones a través de la cordillera, cuando nos propusimos dar a los excursionistas, que presu- míamos numerosos, ocasión de honrar al Ejército de los Andes en los sitios mismos en que ganó la gratitud de los pueblos que libertó.

Ante los horrores y heroísmos de la actual guerra europea, que avivan los sentimientos naturales en hombres nacidos en suelos assolados por ella, y que han formado sus hogares en el nuestro, las impresiones que recogen sus hijos argentinos, hacen que en estos se amortigüe el cariño por la patria nativa (...) porque no se les ha inculcado nuestra gloriosa tradición de heroísmos y sacrificios (...) desde que es desconocida en la casi totalidad de esos hogares trasplantados. Este grave estado de cosas debe cesar ante sus muy serios

peligros para el futuro de la nación, por lo que esta comisión (...) ha resuelto dirigirse al Círculo Militar, como a la asociación nacional que más puede contribuir a que la reacción que ansiamos llegue cuanto antes, para pedirle quiera tomar a su cargo la tarea, y proponerle un medio de iniciarla.

Este medio no requiere dinero alguno, pero su aplicación dará algo que vale mucho más que el dinero: (...) carácter fundado en el reconocimiento de nobles ejemplos. En el subsuelo del museo histórico de esta capital se guardan (...) varios haces de restos de banderas nacionales de guerra, cuyas polvorientas hilachas hablan a quien quiera escucharlas (...) de actos heroicos sin número realizados en defensa de esta patria (...) Algunas de esas banderas despedazadas conservan rastros de la sangre de los que (...) perdieron la vida abrazados a ellas, y ¿no le parece, señor presidente, que sería un acto de grandes consecuencias para la (...) fortaleza de la nación, el que, a semejanza de la ceremonia de la misa que oyen los conscriptos antes de su incorporación a banderas, reverencien estos en otra a la patria, en la que desfilarían frente a esos harapos gloriosos tan luego como vistan uniforme de soldado? La asociación del nombre de Dios (entidad, fuerza o materia) y de Patria, caracterizan al verdadero hombre de cualquier creencia o raza que sea, y se debe tenerla siempre presente porque el honor, la tranquilidad y la defensa nacional lo requieren: nada vale el arma si el hombre que la maneja no piensa en esa asociación que le dará fuerzas y criterio para cumplir con su deber, llegado el caso de una agresión externa al país donde ha formado o tiene su hogar.

La religión de la patria tiene altares, como los tiene la religión de Dios, y creemos que en ciertas ocasiones se podría levantar uno frente del mismo museo (que debería ser un templo de esta religión), altar formado por esos despojos a los que se agregarían los conservados en el Arsenal de Guerra y en manos de particulares, rodeando las banderas que ahora más de un siglo llevaron la libertad a Chile, a Bolivia y al Perú. Estas reliquias presentadas por los viejos veteranos, soldados, clases y oficiales, que tuvieron el honor de servir bajo ellas, que ostentan en sus pechos medallas ganadas en acción de guerra, ejercerán sin duda saludable influencia sobre los nuevos soldados y sobre los hombres de toda edad que la ley aún no ha llamado al servicio. Esta ceremonia contribuirá mucho a que el es-

píritu patriótico, hoy tan encalmado vuelva a ser el que fue, porque cada espectador, no importen sus años o la raza paterna, pensará en la sangre derramada por la libertad simbolizada en esas banderas y por la defensa del suelo nativo, y sentirá como sagrado e ineludible el cumplimiento de los deberes de la nacionalidad.

El próximo día del centenario de Maipo, el 5 de abril, cuando el general de los Andes dio libertad a Chile e inició la del Perú, podría ser el elegido para inaugurar estos actos. En esta fecha, en que se coronó la obra de la revolución de Mayo, de la Independencia y del Paso de los Andes, porque en ella se decidió la suerte de media América, tendría principio la sólida preparación popular tan necesaria para que la República Argentina continúe la obra iniciada en 1810, y con las obligaciones y los derechos que resultan de sus antecedentes y se mantenga siempre en primera línea cuando se trate de defender en toda circunstancia los intereses de las naciones que surgieron de sus esfuerzos”.

Propuesta de Moreno para un Altar de la Patria en Salta, dedicado a Güemes

El 29 de marzo de 1918 Moreno le escribió al Dr. C. Serrey, en Salta (Moreno, 1918c; cf. Riccardi, 2019, p. 339-340) sobre su propuesta de los Altares de la Patria y, en ese contexto, la posibilidad de proyectar un monumento a Güemes. Escribió entonces Moreno:

“Insisto en que, por hoy, la única manera práctica de revivir el sentimiento patrio que tanto contribuyó a los grandes hechos de nuestro pasado es la de poner al alcance de los jóvenes, de ambos sexos, las anécdotas que resultaron de ese sentimiento. Hay que sembrarlo de nuevo, pues hasta los árboles tiernos ya tienen el taladro cosmopolita, el que ha penetrado tan hondo que va matando la robusta savia nativa.

(...) ¿Qué se ha hecho para recordar el sitio donde murió Güemes? Ahora años traté de que en el Arsenal principal de Guerra se fundiera una placa para ser colocada allí, pero no recuerdo lo que resultó de mi empeño. Me estoy poniendo viejo y a veces me falta la memoria cuando más debiera tenerla.

No sé si usted está al cabo de mi propósito de que cada capital de provincia tenga altares de la religión de la patria. Cuando mi amigo de la infancia y entonces Presidente de la República, Dr. Roque Sáenz Peña, suprimió algunas fiestas cristianas le propuse aprove-

char ese mismo número de días, para crear fiestas de esa religión que tanto necesitamos. En Buenos Aires, en Tucumán, en Salta, en Mendoza, se reunirían en un día memorable un representante de cada escuela de la república, (aquel que según sus condiscípulos más lo honrara), y reunidos todos cumplirían con ese culto en esos altares.

Tales reuniones establecerían, más que con cualquier otro acto, la cohesión del espíritu nacional que requieren nuestros grandes destinos. ¡Cuánto hablan a la patria las sendas de los valles, quebradas y montañas salteñas! Ayúdenos a darles luz, aun cuando el sol de mayo hoy casi oculto por nubes venidas de afuera las ilumine todas juntas, bajo el cielo que cantó mi venerado amigo Juan María Gutiérrez. Recuerde us-

ted la síntesis del proyecto del monumento al General Güemes, de nuestro malogrado amigo Juan M. Ferrari: '¡La montaña de Salta se anima al grito de mayo y surge Güemes con sus gauchos!' Y Güemes no tiene monumento porque la vanidad, la influencia del cómodo club con sus malsanas indiferencias volteó la idea.

(...) ¿Consérvase en Salta alguna bandera nacional, que haya flameado en luchas contra el extranjero? (...) ¿Ha leído usted mi nota al Círculo Militar que han publicado La Nación y La Prensa del 14 del corriente? Esa ceremonia, que es piedra fundamental, va a ser llevada a la práctica en estos días, y si Salta tuviera la suerte de poseer una de esas banderas teñida con la sangre de sus hijos, fundamentalría también uno de sus altares de la patria".

Capítulo 25

ÚLTIMA VISITA DE MORENO, CON T. ROOSEVELT, AL NAHUEL HUAPI, 1912

En 1912 el Coronel Theodore Roosevelt, ex Presidente de los EE.UU., de viaje por América del Sur, solicitó a Moreno (cf. 1942, p. 215) que lo esperase “en Nahuel Huapi al regreso de su visita a Chile”. Fue en este encuentro, que se produjo en 1913, que Roosevelt puso de relieve la “gran importancia que tiene para una nación la política de parques nacionales; ya que él, propulsor de estos en Norte América, personalmente lo había palpado”.

Moreno no lo conocía, aunque habían tenido relación por correspondencia. Moreno le había enviado de regalo heces del *Myلودon* del Seno de Última Esperanza y Roosevelt le había agradecido en una carta según la cual “era el regalo de más precio que había recibido” (Moreno Terrero de Benites, 1988; Hosne, 2005, p. 208). Roosevelt que deseaba conocer los lagos cordilleranos le pidió a Moreno que lo acompañase hasta Chile para entrar luego a los lagos. Moreno posiblemente para evitar suspicacias políticas solo aceptó la última parte y lo esperó en el boquete Pérez Rosales (Bertomeu, 1949, p. 405; Ygobone, 1954, p. 339).

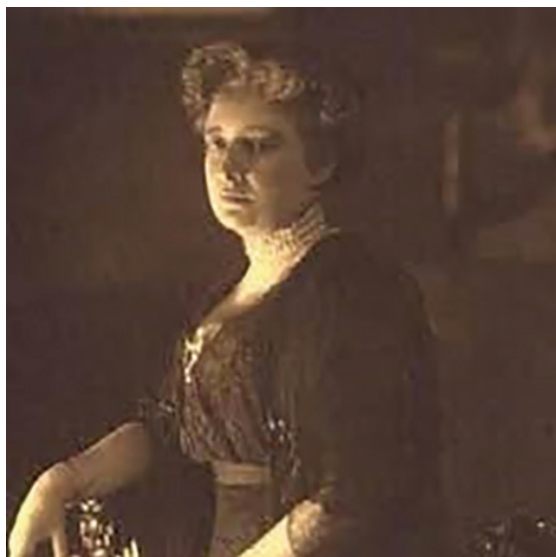
Moreno invitó a los aborígenes locales para saludar a Roosevelt, que acudieron cuando supieron que era Moreno quien quería saludarlos, y lo recibieron al grito de “Tapayo, Tapayo”, vocablo amistoso con el que lo denominaban. Roosevelt en el encuentro habría participado con un grito de los pieles rojas (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 175; Hosne, 2005, p. 209).

Moreno y Roosevelt hicieron el primer viaje en automóvil entre Bariloche y Neuquén, cruzaron ríos y arroyos sin puentes y al cruzar el Limay, Roosevelt fue el primero en saltar a la balsa. En Mencué, donde debían pasar la noche habían dispuesto una habitación sin baño para el visitante, pero este luego de participar del fogón pasó la noche a la intemperie junto al resto de los viajeros.

Roosevelt (1913, p. 26-28) dejó registradas sus impresiones de la siguiente manera: “Viajaba conmigo en el momento el doctor Francisco P. Moreno, de Buenos Aires. El doctor Moreno es en la actualidad un miembro de la Consejo Nacional de Educación de la Argentina, un hombre que ha trabajado en todos los sentidos para el beneficio de su país, quizás especialmente para el beneficio de los niños (...). También es un hombre de ciencia eminente, que ha realizado un trabajo admirable como geólogo y geógrafo (...). En relación con sus deberes como perito en la cuestión de límites, entre Chile y Argentina, trabajó durante años en la Patagonia. Fue él quien hizo el extraordinario descubrimiento en una cueva patagónica de fragmentos aún frescos de piel y otros restos del *Myلودon* (...) conocido como *Onohipidium* (...). Este descubrimiento mostró que algunos de los extraños representantes de la gigantesca fauna del Pleistoceno de América del Sur habían durado hasta unos pocos miles de años, hasta el momento en que el hombre, sustancialmente como lo encontraron los españoles, floreció en el continente. In-

cidentalmente, el descubrimiento tendió a mostrar que esta fauna había durado mucho más tarde en Sudamérica que en el caso de las faunas correspondientes en otras partes del mundo; y, por lo tanto, tendió a refutar las afirmaciones presentadas por el Dr. Ameghino para la edad extrema, geológicamente, de esta fauna, y para la extrema antigüedad del hombre en el continente americano (...).”

Dos años después extendería sus comentarios a la visita que durante su viaje había efectuado al Museo de La Plata. Roosevelt escribió, en carta a A. Hrdlička del 15 de febrero de 1915 (Theodore Roosevelt Center, Dickinson State University, Sagamore Hill National Historic Site): “(...) Mientras estuve en la Argentina, fui al Museo de La Plata. Todos allí no creían en los supuestos descubrimientos de hombres y protohombres muy antiguos en la Patagonia por parte de Ameghino. Pero el Dr. Moreno me dio un pequeño trozo de piel de *Mylodon* y otros restos que había encontrado con los restos de hombres (...) en una cueva en los Andes del sur (...) descubrimiento, que aparentemente muestra que los indios que usaron las bolas (...) como lo hacen los actuales patagones, fueron contemporáneos de la maravillosa fauna



Victoria Aguirre (1857 – 1928)

del Pleistoceno de América del Sur (...). El Dr. Moreno dijo que estos hallazgos eran ciertamente recientes, pero que no podía decir si de hace diez mil años o treinta mil, ya que no creía que pudiéramos traducir con exactitud el tiempo geológico moderno en años (...). Puse los especímenes que me dio en el Museo Americano de Historia Natural”.

Roosevelt le expresó a Moreno su reconocimiento en una carta que le escribió desde Asunción del Paraguay a los pocos días de su visita a la Argentina: “Mi estimado doctor: No solamente siento admiración y respeto por usted, sino que siento una genuina y afectiva consideración. Mucho de su carácter me recuerda a mi amado amigo Jacobo Riis, además de haber realizado usted una obra que solo escasísimo número de hombres de cada generación es capaz de llevar a cabo” (Ygobone, 1954, p. 342). Y la tarjeta manuscrita de Teodoro Roosevelt que acompaña su foto en la sala Moreno del Museo de La Plata, consta la siguiente inscripción, “Al Dr. Francisco P. Moreno con el afecto y la consideración de Theodore Roosevelt” (cf. Riccardi, 2019, p. 432).

Según Luna (2001, p. 126), el recorrido hecho por Moreno junto al expresidente le depararía algunas críticas, pues Roosevelt, de gestión progresista en lo interno, había impuesto en Centroamérica la política del “gran garrote” y provocado la separación de Panamá para construir el canal.

Como registro anecdótico de este encuentro ha quedado en dos caricaturas (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 175). En una de ellas Roosevelt está como una niña, con anteojos y bigote a la que Moreno, que viste delantal blanco, lleva de la mano (cf. Riccardi, 2019, p. 433).

Esta fue la última oportunidad en la que Moreno estuvo en la Patagonia, pues su intención de volver días antes de su muerte nunca se pudo materializar.

El 1 de abril de 1913 Moreno fue designado Socio Corresponsal del “Ateneo de Montevideo” y el 17 de junio Socio Correspondiente de la *American Geographical Society* (Bertolutti Flebus, 1995, p. 100).

Reconocimiento de la Sociedad Geográfica Americana

En octubre de 1909, la Sociedad Geográfica Americana, por medio del Embajador de EE.UU. hizo llegar a Moreno, en una ceremonia en la So-

ciudad Científica Argentina la “*Cullum Geographical Medal*” “por sus extraordinarias investigaciones geográficas”, premio que ese año compartió con Ernest Shackleton.

Según palabras del Presidente de esa sociedad, que fueron repetidas en la ocasión, fue por considerar a Moreno “el geógrafo más eminente de la Argentina”. Moreno agradeció y recordó en primer término a sus “*buenos colaboradores durante esa tarea*”. Dijo además: “(...) *el uso que empezamos a hacer del privilegiado medio en que nos desarrollamos y la facilidad con que este medio absorbe los hombres de todas las frezas y nacionalidades, que se identifican con él para formar la gran nación austral del porvenir, estudiada por los estadistas que buscan armonizar los intereses de las grandes naciones con los de la Argentina, desde que esta no tardará en figurar entre ellas*” (...) *la Argentina será muy probablemente en 1910 la contraparte sudamericana de los anales históricos y de las condiciones físicas de los Estados Unidos de América*”. Aprovechó también Moreno para mencionar la significación positiva de la presencia de una delegación de instituciones científicas de Estados Unidos en el Congreso Científico Internacional Americano que se realizaría en Buenos Aires con motivo del centenario de la independencia.

Propuesta de división de la Patagonia en territorios

Pese a su renuncia como diputado, Moreno no se desentendió de los temas que siempre lo habían preocupado, vinculados muchos de ellos a la distribución de la tierra en la Patagonia.

Es así que, mientras presentaba su renuncia como Diputado, respondía a una consulta del Ministro del Interior del 29 de abril de 1913 referida a la división de la Patagonia en territorios.

La consulta del Ministro Indalecio Gómez estaba concebida en los siguientes términos: “Mi distinguido amigo: Se dice que no hay sermón sin San Agustín y se piensa también que no se puede formar opinión sobre las cosas de los territorios sin oír al Perito Moreno. No se queje pues, si deferente a la autoridad de Ud. —legítimamente adquirida—, lo molesto pidiéndole su opinión por escrito acerca del proyecto de nueva división de los territorios del sur

que le adjunto. Agradeciéndole de antemano este servicio (...)”.

A lo que contestó Moreno el 10 de junio de 1913 (Moreno, F. P., 1913: 1-36; Riccardi, 2019, p. 190-197).

“*No crea (...) que la demora en satisfacer sus deseos de conocer mi opinión sobre la proyectada nueva división de los territorios del sud tenga por causa el olvido (...) quería dársela detallada, ilustrada y bien fundada en documentación geográfica (...)*.”

Para fijar los límites de una extensión de tierra poco o nada poblada, de manera que dentro de su periferia se pueda constituir más adelante un estado próspero se requiere, sobre todo, el conocimiento suficiente de sus condiciones fisiográficas y de los recursos naturales que ofrece para el desarrollo de las industrias y del comercio, factores principales de entidades económico-políticas (...).

Todos los argentinos estamos convencidos de que el porvenir de la nación es grande, entre el de los grandes de la Tierra (...). Nosotros podemos decir que la Argentina llegará a ser la primera nación del sur. Todo la prepara: tierra, clima, hombres, y ante sus potencialidades innegables los que vivimos en el presente tenemos la grave responsabilidad de los obstáculos que la ignorancia, la imprevisión, el despilfarro oponga al desenvolvimiento de esos factores, que, a su vez, deberán cuidar las generaciones venideras. Una ojeada al mapa de este continente da la visión de la expansión que impone la unidad geográfica austral, que prevalecerá gradual pero inevitable corrigiendo errores del pasado por lo tanto los que hemos mirado incesantemente ese mapa no debemos cerrar los ojos al futuro y tenerlo en cuenta, y aun hablar de él (...) cuando se trata de contribuir a asegurarlo. Si varias de las provincias argentinas no son elementos suficientemente ponderables de fuerza político-económica (...) por culpa de las condiciones fisiográficas de sus suelos (...) es mayor la necesidad de preparar las que surgirán (...) para que compensen (...) lo que de débil tienen aquellas. Los diez territorios cuentan con elementos más que suficientes para duplicar, si no más, la riqueza y fuerza nacional (...).

Cuando se realizó el avance de las fronteras sobre la Pampa, se penetraba en lo desconocido y cuando se consideró asegurada la tranquilidad del sur, (...) ese desconocimiento no fue obstáculo (...) para dividir tan vasta extensión de tierras en seis territorios, si se ex-

ceptúa la Tierra del Fuego, naturales por el este y obligados por el sur y oeste como que fueron resultados de decisiones (...) completamente arbitrarias (...) que no responden a ningún pensamiento de estadista”.

La Pampa: “Aunque el territorio de la Pampa está excluido del proyecto en cuestión conviene comentar en pocas palabras sus límites. (...) No dudo que, si se sometiera al estudio de algunos hombres de experiencia el problema del territorio de La Pampa, resolverían que para que ese territorio pueda llegar a formar una nueva provincia sus límites deben ser completamente modificados a expensas de los actuales y de los de la provincia de Buenos Aires, a la que se daría como compensación una zona al norte, proporcional a la que perdiera en el sud (...)”.

De un convenio, previo estudio detenido del valor económico del terreno, resultaría que probablemente el territorio de la Pampa, con Bahía Blanca por capital, tendría su límite oriental en el Atlántico, y el sud una línea intermedia entre el río Negro y el río Colorado, sobre la altiplanicie, coincidiendo en lo posible con la divisoria de las aguas de ese río y del río Negro, límites que le darían varios puertos importantes sobre el sur y todas las aguas del río Colorado al este del territorio del Neuquén y de la provincia de Mendoza (...)”.

Neuquén. (...) el límite del oeste es el internacional con Chile, (...) al norte (...) puede considerarse buen límite el de los ríos Barrancas y Colorado (...). Indudablemente la región llamada de ‘Los Lagos’ corresponde (...) a la zona de influencia del Nahuel Huapi, pero la (...) línea divisoria proyectada sobre el paralelo 40 no responde a ninguna conveniencia (...). Mi opinión es que deben suprimirse las grandes líneas rectas o sobre paralelos o meridianos cuando el terreno presente accidentes naturales que pueden utilizarse con el mismo objeto (...).

Existe allí un relieve natural que por su elevación y condiciones físicas sería (...) mucho más conveniente y aconsejo se estudie topográficamente esa región y se trace siguiendo la divisoria de aguas entre 1200 y 1400 metros o más de altura, dejando en el territorio de Los Lagos el punto llamado Bajada Colorada (...) la línea divisoria correría el este del Limay siguiendo esa divisoria de aguas, desde un punto que se aceptaría para límite oriental de acuerdo con la topografía del terreno, hasta un punto del valle del río Limay, próximo al norte de Bajada Colorada, donde seguiría la

línea sobre la altiplanicie pedregosa (...) hasta el punto donde el río Catalin [Catan Lil] que baja del norte tuerce al oeste. Continuaría por ese río hasta el arroyo Pilchen y subiría a las alturas entre la cuenca del Catalin [Catan Lil] y del río Aluminé cortando este en su vuelta al este, frente al cerro Pilolil para llegar sobre las alturas de Nahuel Mapu (1400-1700 m) hasta el Portezuelo de Ñihueraqui en el límite con Chile. Así quedaría en el territorio del Neuquén el lago Quillén y en el de Los Lagos el lago Tromen, deslindando dos regiones que pueden ser consideradas económica y políticamente distintas.

La línea proyectada para servir de límite este al territorio del Neuquén, creo que conviene modificarse llevándola más al oriente. (...) aconsejo sacar su punto de partida en la altiplanicie en las proximidades de (...) donde se separan las aguas que bajan hacia el S y SE al gran bajo de Maquinchao de las que corren hacia el Limay al norte y al río Negro. Desde ese punto la línea tomaría, siguiendo los accidentes topográficos más salientes en esa dirección hacia el NE hasta llegar al río Negro en la mayor estrechura de su valle entre Chichinal y Chelforo, desde donde alcanzaría el río Colorado, también por la mayor anchura de la meseta que se extiende entre los dos ríos. (...) Con este límite natural casi en su totalidad el territorio del Neuquén contendría los elementos necesarios para constituir más adelante una provincia en que su capital, que abarcará las márgenes del río en la confluencia, será el verdadero eje de su desarrollo, porque a ella convergerán las iniciativas de todos los rumbos, foco de intercambio de productos de la montaña y del valle, desde que las tierras irrigadas compensarán ampliamente las escaseces inclementes del oeste y del sudeste (...)”.

Río Negro. El Memorándum dice: La enorme extensión que tiene esta Gobernación, los deficientes medios de comunicación y la distancia que hay desde la Cordillera al Atlántico, imponen también una nueva división, que asigne al territorio una superficie y límites en armonía con las necesidades administrativas.

La región de Roca, Allen, Cipolletti, sobre el Río Negro, está próxima a la Capital del Neuquén, y muy lejos de Viedma, asiento de las autoridades de Río Negro. Es una comarca rica, con riego, donde se desarrollará en breve una población densa, y que, por lo tanto, compensará al Neuquén la pérdida de la parte sud actual, también de gran porvenir. La región de ‘El

Cuy', por razón de proximidad, depende igualmente del Neuquén.

En cuanto al departamento de Bariloche, de terreno accidentado (...) por razones de administración policial, responde a la jefatura fronteriza con asiento en Bariloche; está muy lejos de Viedma y es como si fuera un mundo aparte con relación al resto del territorio (...).

Quedaría esta gobernación también más en armonía con la necesidad de la acción administrativa fácil y rápida; tendría las cinco sextas partes del valle del río Negro, la región de Valcheta y la costa marítima, como regiones de porvenir; y el hinterland poco aprovechable (...).

He dicho cuáles podrían ser los límites del territorio de la Pampa por el Sur: el centro de la meseta que se extiende entre el río Negro y el río Colorado, y quiero agregar cuál podría ser la periferia del territorio del Río Negro, si tal límite fuera fijado. (...) Hasta ahora llegan a Bahía Blanca los productos de la zona del río Colorado y la mayor parte de los de los valles del Neuquén, Limay y Río Negro al oeste de Choelechoel, pero las conveniencias nacionales requieren la habilitación de los puertos hoy desiertos que existen y buenos al sur de Bahía Blanca, el de San Blas entre ellos que tendrá enorme valor en el futuro, dadas las facilidades que el terreno ofrece para hacer allí amplios y seguros diques. ¿Para qué cerrar los ojos ante la clara visión que se impone de la futura incorporación de la mitad del partido de Patagones al territorio o provincia del Río Negro?

Ni el río Colorado ni el río Negro son buenos límites. Sus valles deben pertenecer cada uno a una sola jurisdicción provincial; los ríos no separan; tienen el noble poder de unir, alimentar, y en el caso de estos, el aprovechamiento completo de sus aguas para el riego de sus valles bajo un mismo contralor agrandará los recursos nacionales, a la vez que responderá a las conveniencias provinciales. No desperdiciar una gota de agua argentina, no dejar que ninguna (...) llegue al océano debe ser un anhelo nacional (...).

El puerto de San Antonio ha de llegar a ser capital del territorio-provincia de Río Negro. Es felizmente puerto completamente nacional, sin el control de la explotación extranjera y la ingeniería hidráulica ha de aprovechar sin tener en vista el inmediato rendimiento comercial de su costo sus condiciones natu-

rales tan favorables para construir un gran puerto, con la ventaja que hay una reserva para desarrollos futuros en la existencia de una gran hondonada, en el inmediato bajo del Gualicho (...) cuyo piso según datos que me merecen crédito, se encuentra a treinta metros bajo el nivel del mar, fenómeno igual al mencionado inmediato a Bahía Blanca. Hoy el agua potable es escasa, pero ya sea de Balcheta o del Río Negro llegará al puerto y entonces este, el más aproximado a las grandes áreas de producción: valles del Río Negro, Neuquén, Limay y territorios del Neuquén y de Los Lagos, será quizás el mayor centro de actividad del continente al sur de Bahía Blanca, en contacto con toda la zona andina entre los 37° y 43° de latitud, y la vecina zona chilena quedaría más próxima por esta Vía a Europa cualesquiera otra existente o por habilitarse.

(...) El ferrocarril de San Antonio a la Cordillera debe ser el eje del territorio, su gran arteria, del que se desprenderán, sin duda ninguna, otras que la refuerzan y es teniendo en vista su desarrollo, que, proyecto los límites occidentales del territorio en el punto donde cambia el carácter físico, y donde se encuentran accidentes del terreno apropiado para señalarlos.

He indicado como extremo de límite SE del territorio del Neuquén, el punto donde se dividen las aguas que bajan al SE de las que corren al NE y NO (...) Siguiendo esa divisoria entre las cuencas del Limay y el Neuquén y la hoya de Maquinchao por tierras altas y pedregosas se llegaría por la mayor altura hasta la altiplanicie, continuación del faldeo del macizo volcánico que culmina en el Cerro Anecón Grande, faldeo-meseta que extendiéndose hacia el N y NE se pierde en las proximidades del paralelo 40 en cuya divisoria de agua he propuesto el límite sud del territorio del Neuquén y NNE de Los Lagos quedando así toda la vertiente del Mencué en este territorio (...).

La cadena del oeste puede ser límite del territorio con el de Los Lagos, hasta la angostura del río Chico de difícil acceso y por lo tanto excelente punto de frontera, mientras que las eminencias que se desprenden al sur del Anecón Grande hacia el SO y luego al este por el sud de Quetroquilé para formar la Sierra Nevada o de Talaguepa sería, con su continuación hacia el Atlántico, la línea divisoria entre el territorio del Río Negro y el del Chubut, línea que terminaría en Sierra Grande en la costa del Océano, o en las proximidades

de la Bahía San José, es decir, un límite casi coincidente con el proyectado sobre el paralelo 42 lat. sud, pero con la ventaja de ser límite natural. Amplio campo para desenvolverse tendría con estos límites el territorio del Río Negro, a pesar de la parte que le tome el de Los Lagos y el del Neuquén. Los productos de los valles andinos manufacturados con las industrias que la fuerza hidráulica facilitará transportados por la línea férrea tronco, el ramal a Chile y el que, partiendo de las inmediaciones de Maquinchao, llegará a la región de Esquel, sus campos de pastoreo, las cuatro quintas partes del valle irrigable del río de su nombre y el puerto de San Antonio serán elementos suficientes para transformar esa tierra en una provincia principal de considerable importancia comercial y política, desde que será tránsito obligado entre dos océanos”.

“Territorio de Los Lagos. (...) Empecemos por el norte. La línea que he señalado sobre la divisoria de aguas, al NE del Mengué en la altiplanicie central del Oriente, y los cerros que terminan en el paso de Añihueraqui, en la frontera argentino-chilena, no ofrece vecindades de importante provenir que pueden dar lugar a cuestiones jurisdiccionales(...) Anchos valles, pastosos y boscosos admiten industrias prósperas, no faltan pastos, ni agua, ni madera y los valles de sus arroyos y las faldas de sus montañas permiten el trazado fácil de vías de comunicación hacia el punto indicado para formar el núcleo, la fortaleza, la capital del nuevo territorio: la planicie de la boca del Limay. Allí soñé en enero de 1876 con la ciudad industrial que irremisiblemente sería levantada en ese punto y que hoy va a fundar el poderío de la nación y donde todas las actividades del nuevo territorio deberían confluír aun cuando la vía férrea, que necesariamente tendrá que desprenderse desde las nacientes del arroyo Cumallo para llegar, por este u otro valle vecino al río Limay, a Junín de los Andes y comunicará directamente la región chilena de Valdivia y Villa Rica con el Atlántico, será mucho más económica y provechosa para nuestros intereses que la proyectada por el ingeniero Sr. Bailey Willis a través del paso de Cajón Negro.

Con el límite norte indicado al ocuparme del límite sur del territorio del Neuquén y del oeste del territorio del Río Negro, el territorio de Los Lagos comprenderá la cuenca fértil del río Malleo, afluente del Collón-Cura por cuyo valle ha de cruzar algún día el ferrocarril entre Valdivia, por Villa Rica y Junín de los

Andes y la línea tronco de San Antonio-Nahuel Huapi y la hermosa región de los veinte lagos, que se extiende al norte del lago Nahuel Huapi, mitad montañosa y boscosa, mitad de valles y mesetas, abundante en pastos, maderas y ríos, es decir, la zona de regularización del caudal del río Limay.

El límite sur, dadas las singulares condiciones topográficas de la región al sur del gran lago, y la indiscutible conveniencia de dar al nuevo territorio los recursos naturales que requiere su futuro y situación geográfica, sería bastante irregular, formándolo una línea sobre la alta meseta volcánica, casi infranqueable en invierno que, desprendiéndose del faldeo sur del volcán Anecón Grande suba hacia el ONO hasta la cumbre del cordón general del Serrucho en la divisoria de las aguas que corren al río Limay y al río Chubut, dejando al este la parte superior de la cuenca de este, y bajaría al sur sobre la cresta divisoria de las aguas del arroyo Maiten de los que caen a Valle Nuevo. Cortando el río Epuyen en su angostura, seguirían los accidentes del terreno más aparentes para límite entre el cerro marcado con 1685 m y Pirque (1800 m) (...) pase entre los lagos Epuyen y Puelo, y continúe al SSO por la mayor altura hasta el límite con Chile por Tres Picos, Pico Alto y Cerro sin nombre (2450 m). Esta sección sur del nuevo territorio tendrá igualmente una extensa red de lagos y ríos cuyos valles son todos aprovechables para la agricultura mientras que en las faldas de las montañas existen bosques extensos, a pesar de los incendios que han devastado una parte de la región, tierras todas que dependen natural y económicamente de Nahuel Huapi, aun cuando en su extremo sur estén más próximos del territorio vecino al sud.

La extensión entre esta línea sud y Nahuel Huapi comprende solo la mitad aproximadamente de la que necesita el (...) territorio de Los Lagos. Propongo esta reducción porque creo que para el desarrollo de esas futuras provincias se requiere menos área. En un territorio extenso, poco poblado, la explotación desperdiciadora es mucho más fácil y desgraciadamente será difícil desarraigar pronto esa clase de explotación. En cambio, un territorio reducido, que cuenta con recursos naturales propios, puede ser desarrollado con mayor economía y rapidez, que es lo que necesita hacer la república en esas regiones tan distantes y en las que la clase de población que va

instalándose necesita una preocupación constante para evitar muy posibles conflictos. Creo que dentro del límite propuesto para el territorio de Los Lagos tienen en sus caracteres físicos y en sus recursos naturales lo necesario para su subsistencia económica y para contribuir a la sana política nacional”.

“Territorio de Esquel o Rivadavia, nombre que lleva una de sus cadenas de montañas (...). Las condiciones físicas y situación geográfica de la región comprendida dentro de los límites que propondré lo justifican. Esquel y Limay deben ser capitales de territorio y baluartes económico-políticos, fortaleciendo zonas diferentes y casi diría antagónicas. Esquel mirará siempre al este, hacia la del río Chubut o a Puerto Madryn, pues es la vía natural de comunicación seguida desde largos años, y el día en que las aguas del río sean empleadas en irrigar las tierras vecinas, el aislamiento actual del oeste y el tráfico aproximará los Andes al mar, como lo está haciendo el ferrocarril de San Antonio con el territorio de Los Lagos.

La situación de Esquel (...) está perfectamente indicada para ser el centro de actividades del nuevo territorio. Su comunicación con el norte y sud es cómoda por la extensa depresión longitudinal preandina, y su tráfico se continúa con el norte hasta el Atlántico, mientras que del lado de Chile se hacen esfuerzos para abrir caminos carreteros que aproximen los fértiles valles argentinos al Pacífico. Los límites que propongo para este territorio serán con el de Los Lagos, el ya indicado; con el territorio del Chubut, una línea que partiendo de la serranía que corre al SEE de Anecón Grande para formar la Sierra Nevada, siguiendo las mayores alturas que corresponden al cordón que más al sud recibe el nombre de Sierra de Olte, al sur del río Chubut, y cortando este río se prolongue al sur, siempre sobre las alturas de la Sierra hasta un punto al sur de Portezuelo Grande que ofrezca un buen extremo para dirigirse al oeste por la parte más árida entre la estancia Nueva Lubeca y Choiquenilahué en forma que no divida actuales propiedades. Llegaría por la meseta pedregosa al cerro Terquerquer y por el cordón este al límite con Chile. Así el nuevo territorio incluiría la colonia San Martín”.

“Territorio del Chubut. El memorándum dice que la gran distancia de su capital Rawson a la Cordillera hace poco menos que imposible el gobierno de este; calcula en días el tiempo para llegar hasta Tecka y en

vista de otras consideraciones que agrega propone su división, fundando en la parte de la Cordillera una provincia próspera. Esa provincia es la que una vez he propuesto dividir en dos reduciendo el territorio proyectado de Los Lagos y extendiendo hacia algo más al sud el de Esquel o Rivadavia. A pesar de la mayor reducción del área que importa esta nueva división quedaría al territorio del Chubut la vasta zona de riego de los ríos Chubut y Chico, además de excelentes campos entre las sierras y llanos del norte del río y los campos ya utilizados de Camarones y vecindades, y creo que limitando aún más el territorio por el sur, habría aún mayores conveniencias para la nación, desde que la colonia Sarmiento debe ser cabeza de un nuevo territorio dados sus recursos y situación casi intermedia entre la cordillera y el mar. Si se aceptara esta reducción del territorio del Chubut su límite sud sería una línea que partiera desde el vértice sud este del límite del Chubut y Rivadavia hacia el ESE y siguiendo las alturas más desamparadas hacia el mar, terminará en pico Salamanca”.

“Territorio Deseado o Sarmiento. (...) Siempre miré esta región como asiento futuro de una población importante, necesaria para el armazón nacional. Hoy llega allí el ferrocarril, cuya construcción que indiqué entonces (...) y el nombre que se le ha dado bien podría ser el del nuevo territorio. No dudo del porvenir (...) de la región de los Lagos Musters y Coluehuapi, nombre que le di en 1876. Este territorio tendrá por el norte los límites indicados con el del Chubut y el de Rivadavia, al oeste el límite con Chile y al sud una línea que partiendo de la costa Atlántica al sur de 48° 32' tome el cauce del Río Seco (...) y siguiendo por ese cauce, busque la divisoria de las aguas que pertenecen a la cuenca del lago Buenos Aires y de las que bajan a la cuenca del lago Pueyrredón. Dentro de estas líneas cabe una provincia de prosperidad asegurada por las condiciones del suelo, que admite variadas industrias, desde la minera hasta la forestal debo agregar que también a través de este territorio, podrán comunicarse con el Atlántico las poblaciones chilenas de la cuenca del río Aisén, y que el desarrollo de la actual colonia Sarmiento convertida en capital favorecerá la población de la región oeste Argentina que comprende también una parte de la cuenca citada. El límite sud en la zona andina, inclemente y áspera, será una excelente separación de dos jurisdicciones”.

Las fronteras de Francisco P. Moreno

“Territorio de Santa Cruz. La Dirección de territorios proyecta separar de este territorio una parte de su extensión norte bajando su actual límite hasta el paralelo 48 para constituir el territorio del Deseado o Sarmiento: No veo inconveniente en que se reduzca esa área, pero no aconsejo el paralelo 48. Mucho más conveniente es la línea divisoria que he indicado sobre el

cauce del río Seco. El Paralelo 48 (...) dejaría en el territorio del Deseado la mitad del lago Nansen y los lagos Burmeister, Azara, Belgrano y Pueyrredón, regiones fértiles cuya salida natural es el río Chico y los puertos de San Julián y Santa Cruz y las que quedarían separadas y distanciadas del centro poblado del territorio del Deseado si se aceptara como límite el paralelo”.

Capítulo 26

MORENO DIPUTADO NACIONAL, 1910-1913

Antecedentes

El contexto del país

En 1910, al llegar al centenario de la Revolución de Mayo, el país contaba con más de 6 millones de habitantes, de los cuales 1 millón eran italianos y 800.000 españoles. Buenos Aires tenía 1.400.000 habitantes y un 34 % de la población del país era analfabeta. Las líneas ferroviarias tenían una extensión de 27.000 kilómetros.

En ese año se inauguró el edificio del Teatro Colón y se realizó en el país el primer vuelo en un aparato con motor a explosión. Un peón del puerto de Buenos Aires ganaba entre un 50 % y un 100 % más que un obrero francés. Rubén Darío publicó su “Canto a la Argentina”.

En ese año asumió la presidencia Roque Sáenz Peña, quien llevó adelante, a través del Ministro Indalecio Gómez, la sanción de la Ley del Sufragio que lleva su nombre.

En 1914, murió Roque Sáenz Peña, quien fue reemplazado por el Vicepresidente Victorino de la Plaza, y comenzó la Primera Guerra Mundial, ante la cual Argentina declaró su neutralidad. En Santa Fe, bajo la dirección de Lisandro de la Torre, actuaba la “Liga del Sud” a la cual se vincularon algunos partidos y el 14 de diciembre de 1914 nació el Partido Demócrata Progresista (Hardoy, 1993, p. 119-121).

En 1916, Victorino de la Plaza entregó el gobierno a Hipólito Yrigoyen, primer Presidente elegido bajo la Ley Sáenz Peña, la cual fue sancionada por

un Gobierno Conservador e instituyó la democracia en la Argentina.

Hipólito Yrigoyen comenzó su gobierno con un indulto general, pero la Ley Sáenz Peña “fue desnaturalizada” pues hubo “24 intervenciones a 14 provincias, durante solo seis años”, lo cual puso en tela de juicio el respeto por el “federalismo y el sufragio universal” (cf. Bustillo, 1968, p. 29). La primera presidencia de Yrigoyen no dio los resultados que la opinión aguardaba esperanzada, como lo demostraron los déficit del presupuesto, los desórdenes de la administración, las graves dificultades económicas y las conmociones sociales que debió soportar el país (cf. Hardoy, 1993, p. 233-234; Sebreli, 2002, p. 108-138).

Durante su gestión se produjeron dos hechos importantes para la evolución política y social: la llamada ‘Reforma Universitaria’, que renueva los viejos claustros como consecuencia de la injerencia tumultuaria de los estudiantes en la designación de las autoridades y los profesores, y que también creó un ambiente propicio para la difusión de las ideas del marxismo en la juventud; y la ‘Semana Trágica’, como se designó a los acontecimientos que ensangrentaron la Capital Federal y otros lugares del interior a principios de 1919 (cf. Hardoy, 1993, p. 129-130; Sebreli, 2002, p. 136).

Una nueva era comenzaba, signada por ideologías historicistas que en las décadas siguientes llevarían a la muerte a millones de personas. En nuestro país el número de huelgas ascendería de 80 en 1917 a

367 en 1919, año en el que se produjeron los sucesos de la llamada Semana Trágica.

Moreno Diputado Nacional, 1910 - 1913

Mientras tanto Moreno había sido elegido Diputado Nacional, a propuesta de un grupo de vecinos sin distinciones políticas, cargo al que renunciaría en 1913 para desempeñarse en el Consejo Nacional de Educación, año ése en el que se inauguraría el primer subterráneo de América latina, entre Plaza de Mayo y Plaza Once.

El 11 de febrero de 1904, Moreno había recibido el ofrecimiento de sus convecinos de la parroquia o distrito de San Cristóbal para ser candidato a Diputado Nacional y el 15 de febrero contestó aceptando el ofrecimiento.

No obstante, por diferentes circunstancias, entre ellas la de ser aún Director del Museo de La Plata y estar organizando las Escuelas Patrias, Moreno recién sería elegido Diputado por el Distrito de la Capital Federal, Circunscripción Segunda, para el período que se inició en 1910 y el 5 de mayo de dicho año comenzó a asistir a las sesiones (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 169).

La propuesta de 1904 destacaba “a grandes rasgos de la vida activa y patriótica del Dr. Francisco P. Moreno” pues “Quien posee aún tantas energías y tiene tanto conocimiento de la nación, debe ir al Congreso Nacional a servir (...) a los intereses nacionales para mayor beneficio del país, y la Circunscripción Segunda ha de cosechar no poco de ese beneficio, con la colaboración que desde tan alto puesto le preste un vecino, que no solo conoce sus necesidades, sino que seguramente tiene la conciencia de que hará obra buena nacional, propendiendo el progreso rápido y estable del principal barrio industrial de la Capital”.

El ofrecimiento dirigido a Moreno decía: “El comité local de la segunda circunscripción electoral de la Capital (...) constituido (...) por un grupo de vecinos sin distinciones de opiniones políticas, miembros de todos los gremios del trabajo, que tienen fe profunda en el sólido porvenir de esta parroquia de San Cristóbal, (...) ha decidido (...) buscar entre los vecinos de la localidad uno que reúna las condiciones sobresalientes, indispensables para que la represente en la honorable Cámara de Diputados, y que al mis-

mo tiempo, por sus conocimientos pueda servir a los intereses generales de la Nación. Desea un hombre de estas condiciones, porque entiendo que cualquier beneficio que la parroquia reciba por las iniciativas de su delegado, redundarán en provecho de la colectividad argentina, mientras que cualquier adelanto nacional que se deba a su gestión, favorecerá a la misma parroquia. Y ese hombre cree haberlo encontrado en usted doctor Moreno, uno de nuestros más antiguos convecinos, cuya actuación como director del Museo de La Plata, dando a conocer la naturaleza del suelo argentino y la mejor manera de aprovechar sus riquezas para la industria, y como perito argentino en la demarcación de límites con Chite, defendiendo con tanto éxito durante treinta años la integridad del suelo patrio, ofrece garantías de todo orden para que los propósitos del vecindario de San Cristóbal Sud, (...) sean convertidos en beneficios (...) en breve tiempo (...)” (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 164-165; Ludueña, 1995, p. 26-28).

La gestión de Moreno como diputado le dio la posibilidad de materializar muchas de sus propuestas vinculadas a su visión sobre diferentes regiones del país, mayormente ubicadas en la Patagonia, sobre los recursos naturales allí existentes y sobre la forma más apropiada de hacer uso de ellas, aunque algunos temas quedaron fuera de su acción parlamentaria.

Ya en 1904 en su nota de aceptación a la postulación que se le ofreció para ser Diputado Nacional había ofrecido su visión sobre las acciones a llevar a cabo para el desarrollo de la Ciudad de Buenos Aires.

Escribió Moreno el 15 de febrero de 1904:

“(...) Pido a Ud. quiera interpretar mi agradecimiento por esta confianza en mis capacidades, y decirle al club que preside que acepto la candidatura que me ofrece (...). Creo que es deber de todo hombre que se estima no excusar su concurso cuando considera que favorecerá intereses de la colectividad a que pertenece cualquiera sea el esfuerzo que se le asigne en la labor común del engrandecimiento nacional, y siempre que ese esfuerzo esté dentro de sus aptitudes.

Lo que he hecho basta ahora con este fin dentro y fuera del país, y que usted tiene la bondad de recordar (...) me exime de exponer cuáles son mis móviles al aceptar esta candidatura. Bien lo ha dicho Ud. todo progreso en el ordenamiento nacional importa

un beneficio para nuestra localidad, como todo el que obtenga esta aprovechará a la colectividad nacional. Así, habiendo dedicado tantos años de mi vida a propender a que el argentino llegue a ser un gran pueblo (...) no haré otra cosa que continuar mis anteriores tareas, pero con mayores facilidades, dado el medio en que actuaré, si allí me lleva el voto popular.

Sin embargo (...) creo que es conveniente decir lo que a mi modo de ver nos conviene iniciar: ideas generales que probablemente han de ser también las de todos los vecinos interesados en el progreso de su hogar.

La ciudad de Buenos Aires como capital de la gran nación del futuro debe ser uno de los más fuertes instrumentos del sólido progreso que exige esa idea nacional. La vida argentina debe irradiar desde este gran foco de la civilización, hacia el dilatado horizonte del Atlántico y del Pacífico transponiendo las montañas (...) y las llanuras (...) y atraer hacia sí, los pueblos vecinos cuyas conveniencias generales (...) están orientados hacia esta metrópoli austral, situada a la salida del comercio interior de medio continente. Consciente de su (...) destino, debe darse cuenta de las grandes responsabilidades que trae aparejadas su futuro y procurar la armonía de un organismo económico, social y político, resolviendo temas complejos (...).

El medio ambiente en que se desenvuelve la Argentina hace que su capital sea una entidad económica peculiar. Dentro del perímetro de la Nación actual, si bien sus productos naturales no tienen las condiciones que necesita un país para ser verdaderamente manufacturero, son colosales sus posibilidades ganaderas y agrícolas, desde que su posición geográfica en este hemisferio, le permite producir el máximo cuando el hemisferio norte, que es el gran mercado consumidor, produce el mínimo, pudiendo así llegar un día a regular, en beneficio propio el sustento de medio mundo. Además, por razón de las mismas condiciones geográficas y de la densidad de la población y la cultura presente, los países vecinos no podrán durante largo tiempo, desarrollar en vasta escala industrias similares a las nuestras, por falta de ambiente económico, y Buenos Aires será durante ese tiempo el emporio principal, no solo de las más grandes transacciones en las materias primas citadas, (mientras Montevideo, Rosario y Bahía Blanca no adquieran el crecimiento que a su proximidad con los centros productores co-

rresponde naturalmente), sino que constituirá un vasto campo de experiencia de la industria local (...).

Pero nuestra ciudad no está aún coordinada para satisfacer las necesidades de tan grande acción. La clase de productos explotados hasta hoy en la República y la forma de las transacciones (...), ha producido la centralización del bienestar del país y con ella los grandes adelantos de la industria (...) el Puerto y las obras conexas han concentrado en ella la mayor parte de la actividad nacional; (...) y así se ha convertido en centro de la cultura social austral; pero reducida atención se ha dado aún a la distribución de la industria en relación al papel que la Capital del sur debe desempeñar en sus relaciones sudamericanas.

Los talleres, las fábricas que existen, se han levantado con frecuencia sin meditación suficiente (...), casi al acaso y sin preocupación del porvenir. Hasta las mismas grandes obras del puerto sufren de la falta de lógica económica, desde que la gran masa de la ciudad se antepone al puerto, entre la procedencia de los productos de embarque y la de desembarque (...) creando (...) serias dificultades y el encarecimiento del transporte, que tanto hay que tener en cuenta en la producción nacional. Tenemos grandes usinas colocadas donde su existencia tiene que ser necesariamente precaria, mientras la zona donde deberían lógicamente estar permanece abandonada. Sin embargo, la geografía del distrito federal señala el destino de cada una de sus secciones, destino que constituiría la armonía que corresponde buscar entre el trabajo, el comercio y el placer.

Las playas bajas del norte, hacen poco apropiada (...) la implantación de grandes industrias que exigen transporte económico, y hay que destinar esa sección a población pudiente y a los grandes parques (...) la central corresponde por sus condiciones de densidad al comercio, mientras que la del sud, baja, casi al nivel del Río de la Plata, limitada por el Riachuelo, un pequeño Támesis del futuro, está admirablemente dispuesta para ser el Buenos Aires industrial. Nada se opone a que los grandes buques lleguen un día al pie de la barranca que bordea por el norte (...) esa gran bahía cegada. ¡Cuántas veces en los últimos cuarenta años he observado el vasto bañado cubierto por las aguas!; ¡y cuántas veces me he dicho que esas inundaciones destructoras podrían cambiarse en provechosas, empleando (...) excava-

doras en esa tierra blanda para construir (...) la red de canales (...) que le darían la vida que merecen (...)! Cuando muchacho, recorrí más de una vez el pie de las barrancas (...) y hoy me pregunto por qué los hombres que han tenido bajo su dirección los intereses de la comuna (...), no se han preocupado asiduamente de utilizar las indicaciones de la naturaleza, en el terreno y distribuir hasta esas barrancas las aguas que bajan del Riachuelo, mezclándolas en canales con las del Río de la Plata (...) así será fácil construir dársenas de cabotaje en las escotaduras del pie de esas barrancas (...). Sendos millones se han votado últimamente para obras menos útiles, en el Congreso Nacional, mientras que la gran obra de la transformación de este barrio aguarda aún. (...).

Indudablemente, la canalización de los terrenos bajos del sur, que son la mayor parte de esta parroquia, y las obras complementarias necesarias (...) y la fácil comunicación con el resto de la Capital, radicando las grandes industrias, solucionará más de un problema económico y social. La canalización realizada ya hasta Puente Alsina y la concesión a una empresa particular para construir un canal desde los Nuevos Mataderos, son un empuje que no hay que detener, y es indispensable que nuestro vecindario se una en una sola preocupación: la de atraer hacia esta localidad las grandes fábricas y con ellas al industrial (...), y sus pequeñas industrias familiares, que son las de arraigo para el obrero que quiere formar hogar suprimiendo el conventillo.

Hemos sufrido más de treinta años las pestilencias y demás incomodidades de la quema de basuras, y creo que tenemos derecho a aprovechar de sus residuos para levantar el suelo que sería drenado por canales. Así también los barrios de La Quema y de Las Ranas, mal afamados, se transformarán y surgirán sobre sus barreales infectos, fábricas y escuelas prácticas, con lo que el medio actual cambiará. Es sabido que donde el trabajo y la escuela reinan, la cárcel se cierra. ¡Y, entonces cuánto movimiento, cuánto cambio! Las grandes curtiembres, las grandes fundiciones y herrerías, las fábricas de útiles para la agricultura, los telares, etc. Y con ellas las vastas construcciones y las avenidas, a los costados las casas de los obreros, cómodas alrededor de las escuelas industriales y de la biblioteca práctica, atrayéndolos hacia la vida del hogar, desconocida hoy para ellos (...).

Es necesario insistir en que Buenos Aires no será la gran capital que debe ser mientras que no cuente con el progreso industrial de sus bañados del sud. La capital debe tener en la calle Rivadavia su Sena, su Támesis. Al norte el comercio y el placer, al sud el trabajo (...).

Con estas ideas y con el propósito de empeñarme en que ellas se realicen algún día, acepto la candidatura ofrecida. El fomento de la parroquia, en la forma que corresponde, debe ser a mi entender la base del programa de cualquiera de las candidaturas que muevan a su vecindario. El Club Social se ha constituido principalmente para procurar ese fomento, y adhiriéndome a su programa, haciendo a un lado intereses de candidato, aconsejo a ustedes que procuren agrupar alrededor del núcleo ya existente, el mayor número de vecinos y constituyan un centro permanente en local apropiado, donde reunidos discutamos desde ya los intereses de la parroquia, tanto industriales como educacionales y edilicios, y con decisión nos empeñaremos en ser escuchados y en obtener lo que en proporción a nuestro valer nos corresponde en las mejoras que se lleven a cabo en esta ciudad” (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 165; Ludueña, 1995, 29-33).

Proyectos de leyes de Moreno

Aspectos generales

Los temas que abarcaría Moreno en su gestión cubrían desde la mejor manera de dividir la Patagonia en territorios o provincias hasta la creación de Estaciones Experimentales Agrícolas y colonias agrícolas y pastoriles con participación de aborígenes y de colonos de origen europeo. Sus propuestas incluyeron el fomento de los territorios patagónicos mediante la construcción de caminos y el tendido de líneas férreas.

Un tema recurrente en sus escritos fue su preocupación por el reparto de la tierra pública, preocupación que expresaría hasta el fin de sus días, y su abierta oposición a la existencia de latifundios manejados desde las grandes ciudades. Moreno consideraba que la distribución de tierras debía ser precedida por estudios que favoreciesen su mejor uso, para lo cual propuso la creación de un Servicio Científico Nacional. Un aspecto a destacar fue su propuesta para el desarrollo urbano de la ciudad de Buenos Aires en la cual se evidencio, una vez más, lo acertado de su visión.

Todos estos temas fueron incluidos en los once proyectos de ley que presentó entre el 5 de mayo de 1910 y marzo de 1913 (cf. Ygobone, 1954, p. 397). Moreno presidió además la Comisión de Territorios Nacionales, y en esa función recorrió el Chaco y Formosa.

Proyectos de ferrocarriles

Moreno trabajó intensamente en un proyecto de ley que presentó el 21 de septiembre de 1910 (cf. Riccardi, 2019, p. 169-174), ampliando la Ley 5.559 por lo cual en ella se comprenderían los siguientes ferrocarriles: a) Desde Puerto Gallegos hasta el límite oeste con Chile, a lo largo de 230 km, con un ramal de 70 km desde Río Turbio hasta el Río Vizcachas; b) Desde el Puerto San Julián hasta a confluencia de los ríos Chico y Shehuen, en Corpen, con un total de 150 km, y desde allí otro ramal de 250 km por el valle del río Chalina al lago San Martín, con un desprendimiento de 60 km a los lagos Viedma y Argentino. Otro ramal de 250 km desde Carpen al lago Belgrano, con un empalme a 220 km con la línea de Puerto Deseado a lago Buenos Aires; c) Desde Rawson o Bahía Cracker, sobre el Atlántico por el río Chubut, con 340 km, hasta Paso de Indios y de este punto a lo largo 160 km, hasta Tecka para empalmar con el ferrocarril en construcción entre Puerto Deseado y el lago Nahuel Huapi; d) Desde un punto al oeste de Valvunieu, en el ferrocarril en construcción entre Puerto San Antonio y el lago Nahuel Huapi, con llegada al límite con Chile, pasando por Junín de los Andes.

Para ello debían practicarse estudios topográficos y geológicos con vistas a la mejor aplicación de la tierra. Incluía también 200 km de vías hasta San Martín de los Andes y de allí a la frontera con Chile.

Para cada caso se mencionaban posibilidades de significación económica y se destacaba la importancia para el desarrollo de los puertos atlánticos y las conexiones con puertos chilenos en el Pacífico.

La línea de San Antonio a Nahuel Huapi hasta el límite con Chile, pasando por Junín de los Andes se consideraba "(...) indispensable, en todo sentido, para la armonía del desarrollo del país. No solo abrirá el comercio fácil de esos territorios, hoy tan aislado a pesar de su importancia político-económica y llevará la clase de población apropiada a la variada industria que allí puede plantearse, sino que será también obra

de gran trascendencia internacional por medio de su unión con el ferrocarril longitudinal de Chile".

Todo basado en la idea de que "Si se estudian las vías transoceánicas, entre la Australia oriental y la Nueva Zelandia y la Europa Occidental, se observara que la más corta es la de Valdivia-San Antonio, por cuya comunicación el correo y el pasajero podrían ganar cuarenta y ocho horas sobre las ya conocidas; y si se tiene en cuenta la semejanza de las industrias principales de los australianos y los neozelandeses con las nuestras y la atracción que ya ejerce la República en aquellos hombres, como la clase de hombres que está desarrollando el sur de Chile, se evidenciará la alta conveniencia que existe en intimar nuestro contacto con esos países. Así el puerto de San Antonio, en el Atlántico, y Junín de los Andes, en la Cordillera, serán factores inapreciables en el desenvolvimiento de la Nación y para su posición en el mundo".

Por otro lado "Las tierras que cruzan estas líneas son en gran parte feraces. Admite la ganadería y la agricultura y los bosques de la falda andina y la fuerza hidráulica que dará el agua abundante en esa falda aumentarán su valor industrial (...). Así "Los cuatro ferrocarriles [que] se autorizan por este proyecto son indispensables para el desarrollo armónico de la Nación y darán a su costa Atlántica el valor político-económico que debe tener para que la República Argentina alcance cuanto antes en el hemisferio sur la grandeza que su situación geográfica y sus condiciones físicas le destinan" (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, 37-44. 169; Ludueña, 1995, p. 37-44; Riccardi, 2019, p. 169-174).

Casi todos estos proyectos no se concretaron. Solamente se completaría en su totalidad, en 1934, el trazado de San Antonio al lago Nahuel Huapi (cf. Hosne, 2005, p. 21, 187).

Proyecto de preservación de las colecciones y biblioteca de Florentino Ameghino

El 23 de agosto de 1911, Moreno presentó un proyecto de ley para que se autorizase al Poder Ejecutivo a adquirir a los herederos de Florentino Ameghino sus colecciones paleontológicas y antropológicas, biblioteca y manuscritos con destino al Museo Nacional.

Tal como lo señaló su nieta Adela (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 170), esto representó una

evidencia más de la superación de las diferencias que ambos habían tenido en el Museo de La Plata a fines de la década de 1880.

Escribió Moreno en su propuesta: “(...) no debe demorarse (...) la adquisición (...) de cuanto sirvió a su noble actividad para aumentar los conocimientos humanos, en las armas que cultivara con tanto amor y talento: sus colecciones privadas, su biblioteca y sus manuscritos. Contentarnos con su monumento y consentir que se extraigan del país esas colecciones será causa de serios perjuicios a la Nación” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 170).

En la fundamentación de su proyecto, Moreno señaló que había reunido “durante cuarenta años enorme caudal de conocimientos y de objetos sobre el pasado de este extremo de América” y que “sus observaciones (...) las expuso en centenares de publicaciones, algunas de gran volumen, sobre las que se han emitido muchos juicios y opiniones (...)” y que su labor “para ser juzgada con seguridad de criterio requerirá el estudio detenido de esos trabajos científicos y será indispensable el conocimiento de los datos y objetos que le sirvieron para fundarlos (...)” y que tal “estudio será el que determinará, a la vez que el valor de su obra colosal, todo su merecimiento de la gratitud nacional materializada en el mármol o en el bronce (...)” “Pero lo que no debe demorarse un momento es la adquisición por el Estado de todo cuanto sirvió a esa noble actividad para aumentar los conocimientos humanos, en las armas que cultivara con tanto amor y talento: sus colecciones privadas, su biblioteca y sus manuscritos”.

Como destino de tales bienes Moreno planteó una vez más la necesidad de “crear una gran institución científica, que, adaptando a sus caracteres físicos, económicos y políticos de la región el plan seguido en los Estados Unidos por su servicio geológico, su institución Smithsonian y su Museo Nacional de Washington, facilite el conocimiento del dominio nacional a propios y extraños, haga converger en Buenos Aires los elementos que lo extiendan de las otras naciones sudamericanas y establezcan el intercambio científico”.

Entendía Moreno que era “propicio el momento para iniciar un movimiento activo en este sentido” ya que “Dentro de cinco años celebraremos el centenario de la independencia nacional; y si en 1910 nuestras exposiciones internacionales y nacionales han mos-

trado cuánto ha adelantado la nación en un siglo, y cuánto de la industria nacional y extranjera puede aprovecharse para su desarrollo, podríamos presentar, en 1916, a la observación de nativos y extranjeros, lo que casi no se tuvo presente en 1910; el retrospecto de nuestro suelo y de nuestra historia a través de los tiempos, el relieve de la tierra y las condiciones de las aguas, las riquezas naturales en sus propios ambientes y en sus variadas aplicaciones, todos los elementos de fuerza nacional, todo cuanto revele la seguridad del provenir argentino, lo mismo que el derecho de esta nación a ser considerada como una de las privilegiadas del globo, con los deberes que este privilegio comporta.

(...) Para ese centro de investigaciones, que tanto puede influir en nuestros destinos son indispensables las colecciones del doctor Ameghino [y] su biblioteca, (...). Muchos años, mucha suerte y mucho dinero se necesitaría para rehacer estas colecciones y biblioteca. A que tal cosa no suceda, a que las colecciones, libros y manuscritos, la obra toda del doctor Ameghino, queden en esta capital, en el museo nacional y sirvan en este a todos los estudiosos del mundo (...) tiende el proyecto de ley que dejo fundado” (Ludueña, 1995, p. 45-47; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 170-171).

Cabe destacar que en la fundamentación de su proyecto Moreno remarcó el hecho de que todavía consideraba que se hallaba pendiente la creación en la Argentina de un símil de la *Smithsonian Institution* de Estados Unidos, con lo cual implícitamente emitió un juicio negativo con respecto a los cambios que se hicieron a su plan original del Museo de La Plata.

Proyecto de creación de un Servicio Científico Nacional

El 25 de septiembre de 1912 Moreno presentó a la Cámara de Diputados cinco proyectos de ley, entre los cuales se hallaba el de un Servicio Científico Nacional, para realizar el relevamiento topográfico, hidrográfico, geológico y biológico de la Argentina y para hacer las investigaciones necesarias para el completo conocimiento de sus recursos naturales, y divulgarlo por medio de publicaciones adecuadas. (Proyecto de Ley, septiembre 25 de 1912. Año 1912, tomo II, pág. 973; Riccardi, 2019, p. 174-182).

El Servicio Científico comprendería una sección geográfica encargada de los relevamientos topográficos e hidrográficos, una sección geológica encargada del mapa geológico, de la clasificación de las tierras, del examen de los recursos minerales incluyendo los suelos superficiales, las aguas y aquellos estudios científicos técnicos que correspondan a estas investigaciones y una sección biológica encargada del estudio de la fauna y flora actual argentina y de su aprovechamiento.

El Servicio Científico Nacional se ubicaría “en las construcciones del arsenal militar de la capital que se extienden sobre la calle Pozos entre las de Garay y Brasil”.

En su fundamentación Moreno destacó el hecho de que “La Ley 3.727, que organiza los ministerios nacionales, no contiene ninguna disposición categórica sobre cuál de ellos tendrá a su cargo el estudio científico, sistemático del suelo nacional”, y que tampoco había “leyes que rijan, bajo un plan metódico, el aprovechamiento de los recursos naturales, por lo cual se esterilizan esfuerzos y se pierde tiempo y dinero en reparticiones inarticuladas, diseminadas en diferentes ministerios, las que no cuentan con elementos suficientes para ser útiles, o son a veces contradictorias y perjudiciales, por lo tanto, con su existencia”.

A continuación, la fundamentación incluía un extenso informe sobre lo hecho y sobre lo que faltaba realizar para un mejor conocimiento del territorio nacional y sus recursos, pues “(...) No se pueden hacer obras locales sin estudios generales del terreno. Prescindir de ello es derrochar dinero y hacer peligrar la vida de la población que debe utilizarlas (...)”. Tampoco “(...) será posible establecer comunicaciones económicas ni dividir, ni vender la tierra pública con provecho sin esa investigación previa”.

En este contexto se mencionaba el resultado positivo “del primer estudio científico del suelo confiado a la comisión que dirige el ingeniero geólogo Bailey Willis, que tiene por teatro de acción las tierras que debe atravesar el ferrocarril de San Antonio a Nahuel Huapi y las que se extienden a San Martín de los Andes y la Colonia 16 de Octubre”.

Moreno remarcó que “el conocimiento científico de una nación demuestra a propios y extraños la extensión, el carácter, la grandeza del país, y desvela su futuro, y el Servicio Científico Nacional argentino con

la base del mapa topográfico, geológico y biológico y los trabajos de la Oficina Meteorológica Argentina serán de una poderosa fuerza nacional de más eficacia ante el mundo que los ejércitos y las escuadras, pues unos y otros perderán mucho de su eficacia si no disponen de sus informaciones”.

Acotó además que “(...) nuestro país, como nación nueva es derrochador; la fácil adquisición de la riqueza ha traído la despreocupación por su futuro y es necesario que una institución como la que proyectamos nos advierta cada día de que la reacción debe producirse en cada uno de los resortes de nuestra actividad económica de la que debe resultar nuestra buena política y sociabilidad.

Nuestro destino es crecer, y las generaciones actuales, al explotar sus recursos naturales, el suelo, el agua, no deben esquilmarlos, ni agotarlos; es indispensable que sus tierras no se empobrezcan, que sus aguas no disminuyan, que sus bosques no desaparezcan, que su destrucción no cambie nuestros mansos ríos en terribles torrentes, para que ese destino no varíe, para que nuestros anhelos de grandeza nacional no sean inconsistentes ilusiones.

Hoy la ignorancia y la despreocupación talan nuestras tierras y nuestros bosques, se empeña en arrojar nuestras aguas al mar, nos hace criminales. Ya sabemos que la evaporación del agua en gran extensión del territorio argentino es mayor que la lluvia que cae en ella, y sin embargo nos empeñamos en facilitar su drenaje hacia el mar. ¡Un verdadero crimen! Sabemos también que nuestros bosques desaparecen, unos por el hachazo inconsciente que obedece órdenes de avaros despreocupados de todo cuanto sea interés nacional, otros por el incendio, que quizás causa mayores perjuicios.

En definitiva si “(...) usamos científicamente nuestro fértil suelo, mejoramos lo que hoy es árido, conservamos el agua, regamos y no arrojamos una sola gota al océano, y cuidamos nuestras selvas, habremos los hombres de hoy preparado y acelerado el gran futuro nacional” pues “las condiciones económicas, políticas y sociales de una nación dependen, más que de la raza de los hombres que la habitan, de los caracteres físico-geográficos de su territorio y de su influencia sobre el hombre y en la acción de este, que los aprovecha y los modifica con sabiduría” (cf. Ludueña, 1995, p. 49-60; Riccardi, 2019, p. 174-182).

Proyecto para establecer una colonia agrícola en el río Pilcomayo, Formosa

El 25 de septiembre de 1912 Moreno presentó un proyecto de ley proponiendo la expropiación de aproximadamente veinticinco leguas de tierra en la margen derecha de los ríos Pilcomayo y Paraguay en el límite de Formosa con el Paraguay, previo relevamiento topográfico y estudio del suelo, para asiento de una colonia agrícola. Dentro de esa extensión se reservarían diez mil hectáreas para construir una ciudad, con lotes que no excederían veinticinco hectáreas. La tierra restante se dividiría en lotes de cincuenta a doscientas hectáreas, de acuerdo con las condiciones del suelo para ser vendidos a familias de colonos al precio del valor de la expropiación.

En la fundamentación Moreno puso de relieve el hecho de que la tierra fiscal había sido vendida sin tener en cuenta las necesidades de crear centros urbanos y de reservar tierra fiscal con ese destino, todo ello debido al escaso o nulo conocimiento de las condiciones de la tierra pública al tiempo de la venta.

El proyecto era considerado de previsión, pues las tierras del ángulo formado por los ríos Pilcomayo y Paraguay nunca debieron haber sido enajenadas en la forma en que fueron. Se remarcaba que se debería haber previsto antes de la venta, lo cual “desgraciadamente no han tenido en cuenta, con mucha frecuencia, nuestros hombres de gobierno, origen y causa de no pocos trastornos en el desenvolvimiento nacional”.

Moreno señalaba además que *“Las tierras de los territorios del norte son probablemente las más fértiles de la República. Bien estudiadas y aprovechadas, desarrollarán una riqueza portentosa (...) y (...) serán en un próximo futuro, activos centros de exportación e internación, y en todos ellos, la nación debe poseer terrenos suficientes para que el progreso general beneficie la colectividad y no se irregularice por intereses de unos pocos.”*

En definitiva, se apuntaba a promover *“(…) que se vaya estableciendo el convencimiento en el pueblo de la necesaria armonía de intereses particulares y nacionales”* (cf. Ludueña, 1995, 61-63; Riccardi, 2019, p. 183-184).

Proyecto de ley de creación de Estaciones Experimentales Agrícolas, precursoras del INTA

El 25 de septiembre de 1912 Moreno también presentó un proyecto de ley sobre Estaciones Experimentales Agrícolas (Riccardi, 2019, p. 184-190).

El proyecto proponía el establecimiento en cada territorio nacional de una institución denominada Estación Experimental Agrícola dependiente del Ministerio de Agricultura de la Nación, y bajo la dirección y control de la Dirección de Estaciones Experimentales y Viveros. Estas instituciones deberían llevar a cabo investigaciones científicas y de aplicación, en un todo de acuerdo con un programa confeccionado por la oficina central, basado en las necesidades de la región donde cada estación o vivero esté instalado.

En cierta medida este proyecto constituyó un anticipo del INTA (Instituto Nacional Técnico Agropecuario), que se crearía finalmente en 1956.

Los temas a cubrir incluían: a) Ensayar y aclimatar nuevas variedades de cereales y otras plantas de agricultura forrajeras y pastos, hortalizas, frutales, arbustos y árboles; como también comparar y mejorar las que ya son conocidas en el país; b) Hacer experimentos sobre las plantas cultivadas en la región para determinar las prácticas más recomendables en cuanto a la cantidad a sembrar por hectárea, la profundidad de la siembra, la distancia entre las líneas, la técnica de las labores y carpidas, etc.; c) Hacer experimentos sobre rotaciones convenientes a una agricultura más intensiva, en la cual se tendría en vista la utilización más completa de la tierra, la producción de cosechas al mínimo de costo y la conservación de la fertilidad; d) Análisis de abonos naturales y artificiales y experimentos para comprobar su valor con las diferentes plantas; e) Examinar la composición y la comestibilidad de los pastos, forrajes y alimentos concentrados para los animales; f) Estudiar prácticas sobre la alimentación de los animales domésticos para la producción más económica de carne, leche, huevos, etc.; g) Investigar sobre el valor relativo de las diferentes razas de animales domésticos, especialmente los cerdos y aves de corral, y sobre los métodos más económicos en su explotación, desde el punto de vista del chacarero; h) Observar remedios recomendables para prevenir y curar las enfermedades y parásitos de las plantas y animales.

Se preveía también que lo obtenido por la venta de los productos de cada una de ellas volviese al presupuesto de las mismas.

En su fundamentación el proyecto trataba de deslindar las reparticiones de enseñanza de las de

investigación y hacia una evaluación del rendimiento o productividad local por hectárea con la de otros países. Para que la comparación fuese atendible se tomó como modelo la producción de Canadá, ya que, aunque “*Las condiciones naturales de la Argentina son mucho más favorables que las del Canadá para la agricultura y ganadería, esto no constituye una garantía de superioridad para el porvenir*”.

Se mostraba al respecto “*(...) que la cosecha total del trigo en el Canadá, apenas superior hace tres años a la mitad de la cosecha argentina, ha llegado a sobrepasarla, porque aquí se continúa confiando únicamente en la naturaleza y en la suerte. Pero no solo los rendimientos medios por hectárea son mayores en el Canadá, sino que van aumentando en vez de disminuir. Por otra parte, la extensión de trigo sembrada aumenta más rápidamente que en la Argentina. De 1908 a 1909 la expansión de los campos de trigo en la Argentina fue de 303.600 hectáreas; en el Canadá fue de 461.320 hectáreas (...)*”.

“Resumiendo, diremos lo que es más importante, porque no se trata de disertar sobre las condiciones de los dos países, sino sobre su producción, para sacar de todo esto una conclusión práctica y un proyecto de ley. En el año 1911, la superficie cultivada en la Argentina fue de 24.000.000 de hectáreas, y el valor aproximado de la cosecha de 1.816.000.000 de pesos moneda nacional (datos impresos y distribuidos por la División de Publicaciones del Ministerio de Agricultura). En el Canadá, las cifras arrojadas por la estadística del Ministerio de Agricultura de Ottawa son de 13.295.148 hectáreas, o sea 32.853.000 acres, para la superficie cultivada, y de 1.329.433.000 pesos moneda nacional (565.712.000 dólares) para el valor de la cosecha. Luego, el valor de la producción por hectárea en la Argentina es actualmente de pesos 75,66 moneda nacional, y en el Canadá de pesos 99,99 curso legal”.

Esto llevó a Moreno a preguntar “¿Por qué el Canadá con sus enormes desventajas de clima, produce más que la Argentina, por unidad cultivada y por unidad de capital invertido en la explotación? ¿A qué se debe el progreso que hemos delineado anteriormente?”

Según la fundamentación ello se debería “A su sistema de colonización, el cual ha tenido por efecto atraer una inmigración de primer orden; a la organización de su agricultura, que consiste en una clase

rural compuesta de propietarios organizados en sociedades agrícolas que ya cuentan más de 100.000 socios; a la ayuda eficaz del gobierno por medio del crédito agrícola y de las estaciones experimentales”.

A continuación, se planteaba que “para obtener un aumento de la producción por hectárea, habría cuatro modos: 1.º Mejorando la fertilidad del suelo. 2.º Mejorando los métodos culturales. 3.º Combatiendo a los yuyos, las enfermedades y los insectos dañinos. 4.º Haciendo uso de semilla seleccionada especialmente por sus cualidades de alto rendimiento”.

Y dado que “todo esto es del resorte de las estaciones experimentales” se concluía que “La enseñanza agrícola, al instruir a los jóvenes que atienden sus escuelas sobre los principios y prácticas de la ciencia agrícola, prepara una generación de agricultores progresistas”. Y que “Las leyes de colonización que faciliten al colono la adquisición de la tierra que cultiva formarán la base de nuestra verdadera civilización, porque los núcleos de colonos propietarios formarán centros permanentes de agricultura en constante progreso, con sólidas instalaciones, con rotaciones científicas en los cultivos, y verán nacer industrias agrícolas, escuelas y otras instituciones que no son posibles con la agricultura nómada. El crédito agrícola, que facilite al colono sin tierra propia los medios para vivir, comprar semillas, animales e instrumentos, sembrar y trabajar sus tierras y luego levantar y transportar sus cosechas, hará posible un progreso inmediato”.

En definitiva “Escuelas de agricultura, leyes de colonización, crédito agrícola, son tres medios indirectos, pero de gran eficacia para mejorar la producción agrícola. El medio directo de mejorar la producción es el medio eficaz de fomentar la agricultura, es la investigación y la difusión extensa de sus enseñanzas mediante la fundación de estaciones experimentales. La institución en la cual se practican investigaciones originales, donde un cierto número de especialistas estudian el problema que el agricultor no puede resolver, donde hombres prácticos producen científica y económicamente cosechas que el agricultor no puede producir del mismo modo por falta de conocimientos; la institución donde se ensayan metódicamente los instrumentos que ofrece el comercio para decidir de un modo seguro y no arbitrario sobre el valor de cada uno para las condiciones de la región; la institución que estudia los yuyos, enfermedades e insectos

tos, tanto en el campo como en el laboratorio, que observa a estas plagas en medio de las cementeras y no en la oficina y que aconseja con autoridad y demuestra los medios de combatirlos; la institución que efectúa ese maravilloso trabajo que se llama 'cría de plantas', por el cual un especialista escoge, entre las plantas de maíz, trigo, lino, etc., individuos excepcionales, mide rigurosamente sus cualidades y las de su prole, y mediante la selección pura o la cruce seguida por la selección obtiene razas de plantas de pedigrée, que constituyen para la región una mina de oro de crecimiento continuo; la institución que distribuye semilla de primer orden, que ensaya variedades de plantas diversas y decide sobre las que más convienen a las condiciones del ambiente, que ensaya variedades de frutales y forestales, injerta y distribuye los árboles más útiles, que selecciona cerdos y aves de corral y los vende al chacarero al precio más acomodado posible, para que este último pueda disponer de animales precoces y que, además, le enseña a cuidarlos, alimentarlos y explotarlos; la institución, por fin, que recibe en sus laboratorios, jardines de ensayo y viveros a jóvenes agrónomos sin experiencia, del mismo modo que el hospital de clínicas recibe a los médicos recién diplomados, para que no desacrediten su profesión y que aprendan a trabajar; la institución por excelencia para el fomento de la agricultura, la que en los otros países ha tenido la mayor influencia sobre el desarrollo de la industria del suelo y que tendrá que tener en la Argentina la misma utilidad, se llama 'Estación Experimental'".

"Estas instituciones no han logrado implantarse en el país hasta hoy a causa de la poca estabilidad de las administraciones, y porque no ha habido en el Ministerio de Agricultura un criterio uniforme. Cada ministro, en vez de continuar la obra de su antecesor, ha querido reformarla por completo (...).

"En lo que se refiere a estaciones experimentales, se han cometido muchos errores. Para citar uno de los más comunes, se ha confundido la investigación con la enseñanza, cuando son estas dos cosas bien distintas y que exigen profesionales de naturaleza y de idiosincrasia muy distintas; y a causa de esta confusión en la esencia misma de la cuestión, se ha encargado a los profesores de escuelas de agricultura hacer investigaciones, y se ha dado el nombre de estaciones experimentales a los laboratorios o a

los jardines de estos profesores, los cuales, generalmente sin suficientes recursos, y teniendo que dictar cátedras y que hacer demostraciones a los alumnos, no han podido ocuparse en lo más mínimo de hacer investigaciones; se ha exigido de ellos que publiquen resultados, y de allí viene en parte el descrédito de las escuelas de agricultura".

"(...) Un agricultor no puede saber y un técnico nunca está en condición de calcular con exactitud y sin riesgo de equivocarse el valor de una planta para condiciones nuevas de clima y suelo.

La experimentación, únicamente, puede resolver el problema; por consiguiente, sin la ayuda de las estaciones experimentales, nunca sabremos qué variedades son las que convienen más a cada región, y antes que estas instituciones hayan fallado al respecto, se debe aconsejar a los agricultores de no comprar nunca una semilla desconocida antes de haberla sembrado a título y ensayo sobre una extensión de una o dos hectáreas, según clase.

(...) Vemos, pues, que los beneficios futuros que se reportarán de la introducción y venta de semillas, como el ensayo y aclimatación de plantas y árboles, dependerán de las estaciones experimentales, y particularmente de la buena organización de los viveros y del orden con el cual serán descriptas, catalogadas y controladas todas las semillas y plantas que se introducen; tenemos probablemente la garantía del éxito en la contratación de un técnico de renombre (...)

"(...) Como conclusión, vemos que todos estos interesantes problemas de nuestra agricultura están en íntima relación con las estaciones experimentales y los viveros, y que, sin expertos, sin especialistas, sin recursos y sin una organización permanente, a nada se llegará. A estas conclusiones hemos llegado, con la ayuda de personas preparadas en estas materias, al tratar de obtener el mayor rendimiento posible del suelo nacional, del que la mitad es asiento de los diez territorios nacionales, rendimiento que solo se conseguirá con la ayuda de la semilla experimental.

Resumiendo: los fines de este proyecto son los siguientes: 1.º Demostrar la conveniencia de métodos culturales y sistemas mixtos de explotación perfeccionados. 2.º Adquirir y difundir entre los agricultores conocimientos útiles y prácticos. 3.º

Producir, propagar y difundir las mejores razas de semillas, plantas y animales. 4.º Dar a los agró-

nomos recién diplomados en las escuelas y facultades del país la ocasión de adquirir práctica de campo y de laboratorio en ramos especiales de investigación. 5.º Llevar a cabo ensayos y experimentos en cooperación con agricultores de la región. 6.º Fomentar y efectuar por todos los medios a su alcance la investigación y la experimentación sobre los principios y las aplicaciones de la ciencia agrícola” (cf. Ludueña, 1995, p. 67-78).

Moreno, Bailey Willis y el desarrollo del norte de la Patagonia, 1910 - 1913

En 1910 llegó a la Argentina Bailey Willis, quien como geólogo acompañaba al antropólogo Ales Hrdlicka “para investigar las pruebas relacionadas con la antigüedad del hombre que habían sido descubiertas en América del Sur (Willis, 1947 p. 49).

Como delegado del Servicio Geológico de los EEUU participó de un congreso científico que se desarrolló en Buenos Aires, luego de recorrer varias provincias con Hrdlicka. El Ministro de Obras Públicas, Ezequiel Ramos Mexía, se había enfrentado con problemas en la búsqueda de agua y pidió al embajador de EEUU, Charles Sherrill para que le recomendase a algún geólogo de su país que pudiera ayudar. Este lo presentó a Ramos Mexía quien le pidió organizara una revisión topográfica y geológica en la Patagonia.

Bailey Willis formó la llamada Comisión de Estudios Hidrológicos que haría estudios en el norte de la Patagonia y con la cual colaboraría desinteresadamente Moreno entre 1910 y 1914.

Los estudios de la comisión incluyeron desde la provisión de agua a San Antonio Oeste hasta el trazado del ferrocarril a San Carlos de Bariloche y la planificación del futuro de la región inmediatamente al este del lago Nahuel Huapi. El resultado fue la publicación de un importante estudio que nunca recibió la atención que merecía.

Bailey Willis expresó repetidas veces su aprecio por la ayuda que recibió de Moreno y dejó meridianamente clara la opinión que tenía de él.

En el relato de Willis (1947, p. 56): “Ramos Mexía dictó los términos para un contrato muy liberal; demasiado, sin dudas, ante los ojos de su secretario. Debía ser hecho de inmediato para que yo pudiera firmarlo antes de partir en barco hacia los Estados Unidos (...). Los días pasaban. El se-

cretario estaba muy ocupado. Los contratos deben hacerse en formularios legales y ser redactados con cuidado para evitar cualquier contingencia. ‘Mañana por la mañana’, una frase muy española y difícil de comprender, pensé. Por fin, cuando no quedaban más de veinticuatro horas para mi partida, el secretario puso delante de mí tres copias de un documento voluminoso, en castellano, y expresó en un inglés sencillo que todo lo que debía hacer era firmar y listo. Se lo veía un poco nervioso. Para mí era un momento muy serio. Esa firma me quitaría la libertad de acción durante los próximos tres años y estaba asumiendo responsabilidades importantes. Con un conocimiento muy inadecuado del idioma, miré por encima las frases en español. Parecían correctas, excepto un párrafo relacionado con el pago de gastos. Esa cuestión simple estaba expresada en una jerga complicada que mezclaba afirmaciones, negaciones y subjuntivos y me dejó dudando. Doblé los papeles y, pidiendo disculpas al secretario por mi conocimiento insuficiente del lenguaje, dije que lo vería más tarde. Fui directo a lo del doctor Francisco Moreno, un geógrafo argentino en quien había encontrado un colega más que comprensivo, y le pregunté qué significaba todo. ¿Se suponía que yo iba a pagar los gastos de las inspecciones propuestas, como parecía indicar el párrafo, o la responsabilidad sería asumida por el Gobierno? ‘Usted paga —respondió—, si firma.’ ‘Pero eso es imposible.’ ‘Sin dudas. Deberá faltar al contrato y dejar el país. ¿Cree que los burócratas lo quieren acá?’

Hicimos copiar el contrato entero, por triplicado, con el párrafo cambiado para que cumpliera con lo dictado por el ministro, y se lo devolví al secretario. ‘Señor —le dije, adiestrado por Moreno—, parece que aquí hubo un malentendido. ¿Podría preguntarle al ministro, por favor, cuál copia quiere que firme?’. ‘Ah, señor —contestó con un aplomo perfecto—, sabemos muy bien que Su Excelencia quiere que cumplamos sus deseos.’ Acababa de ganar el primer round” (Willis, 1947, p. 56).

Así se creó la Comisión de Estudios Hidrológicos absolutamente independiente y sujeta solo a las órdenes del Ministro (Willis, 1947, p. 56).

Ramos Mexía contó en todo momento con el apoyo del entonces Diputado Nacional F.P. Moreno,

especialmente en lo referente a los ferrocarriles patagónicos, tema sobre el cual Moreno había dado a conocer varios proyectos. Prueba de ello es que el Ing. Emilio Frey, que tan estrechamente colaborara con Moreno, fue designado Asistente Jefe de la Comisión de Bailey Willis.

Tal vez por ello Bertomeu (1949, p. 273) atribuyó la contratación de Bailey Willis y Frey y el plan de Ramos Mexía a la inspiración de Moreno.

En enero de 1911 Bailey Willis y sus acompañantes fueron por barco, primero a Londres y luego a Buenos Aires. En Londres armaron los equipos que necesitarían en la Argentina. Zarparon de Southampton y en Buenos Aires los recibió Emilio Frey “funcionario de contacto y segundo al mando de la Comisión. Era un ingeniero argentino que, junto a Moreno, había participado en la exploración de la frontera una década atrás, de orígenes suizos, era constante, sincero y juicioso. Por sobre todo, era intensamente leal a los ideales de Moreno y sentía una fuerte simpatía por nuestros propósitos. Sus servicios fueron invaluable” (Willis, 1947, p. 65).

El objetivo inmediato era hallar agua para el Puerto San Antonio, que era usado para salida de la lana de las estancias y que en ese entonces tenía 5000 – 6000 habitantes. Desde allí Ramos Mejía había comenzado a tender vías férreas con la idea de llegar al Nahuel Huapi.

Lewis y Nelson vinieron con el equipo en barco. Pemberton y Washburne fueron en tren a Neuquén y desde allí avanzaron hacia el este en un recorrido de reconocimiento. Bailey Willis y Jones fueron hasta Río Colorado en tren y desde allí con hombres y animales cruzaron a caballo (240 km) a San Antonio.

Entre enero y junio Bailey Willis y su equipo trabajaron entre San Antonio y Valcheta, entre los cuales se habían tendido vías de ferrocarril para llegar hasta el agua. El campamento fue armado cerca del río Valcheta. El equipo incluía dos vascos, un peón alemán experto en cálculos, otro alemán que actuaba como jefe de provisiones, un cocinero francés, un mestizo de turco e indio. Se hablaban diferentes idiomas.

Mientras tanto Moreno y Walter Davies, director norteamericano de la Oficina Meteorológica le habían informado a Willis que el futuro de Ramos Mexía dependía del éxito que él tuviese. Este ya ha-

bía comprobado que no había agua y pensaba que la única posibilidad estaba en la fuente del río Valcheta, debajo de las rocas volcánicas de Somuncura (según estudio de Washbourne), las que podían endicarse en la laguna Chanquin (según estudio de Lewis) y por un bajo existente entre Valcheta y San Antonio ser llevadas hasta esta última población. El proyecto fue expuesto a Ramos Mexía a fines de marzo.

Bailey Willis recibió mucha ayuda del Ing. Guido Jacobacci, a cargo de la construcción del ferrocarril. Pasaron los meses siguientes haciendo los planos del proyecto y los terminaron en septiembre. Bailey Willis se los llevó a Ramos Mejía, quien los entregó al Director de Irrigación. Todos estos planos desaparecieron cuando un subordinado los llevó a su casa y esta se incendió. Según Bailey Willis los burócratas ignoraban que los originales de los planos estaban en Valcheta.

Para Bailey Willis, el puerto de San Antonio alcanzaría importancia cuando el ferrocarril se extendiese hasta el Pacífico y el canal de acceso fuese mejorado con dragados, diques y el uso de las mareas para lo cual él ya “había esbozado planes” (Willis, 1947, p. 77).

El 10 de octubre de 1911 Ramos Mexía elevó al Parlamento el proyecto elaborado por B. Willis (Hosne, 2005, p. 197).

En 1913 Bailey Willy redactó una propuesta fijando una serie de condiciones para colonizar la “Provincia Cordillerana”, entre los 38° y 44° S, que consideraba apta para sostener 3.000.000 de habitantes. Los estudios incluyeron además una evaluación de las posibles vinculaciones del sistema ferroviario de San Antonio y la construcción de una ciudad industrial inmediatamente al este del lago Nahuel Huapi y el desarrollo de un Parque Nacional entre Junín de los Andes y Esquel.

En 1913, B. Willis viajó a EE.UU. para suscribir el contrato de impresión de la edición en castellano de “El Norte de la Patagonia”. Regresó en octubre y se encontró con que Ramos Mexía se había visto obligado a renunciar y había sido reemplazado por Carlos Meyer Pellegrini. Este siguió apoyando el proyecto, le renovó el contrato por seis meses más y le asignó los fondos para la edición del segundo tomo del informe. Pero Meyer Pellegrini fue reemplazado por otro funcionario. Sáenz Peña, gravemente enfermo, delegó la presidencia y asumió Vic-

torino de la Plaza, quien designó ministro a Miguel Moyano, ex Director de los ferrocarriles británicos, contrario al proyecto y a la Comisión, quien decidió interrumpir los estudios.

Willis, con el apoyo de Moreno, trató de proseguir, pero Moyano acusó a Willis de malversación de fondos y lo amenazó con la cárcel, pues no había llegado el tomo impreso en Nueva York. Al llegar los libros, Moyano debió desistir de la acusación. Moreno convenció a Alejandro Carbo, Ministro de Hacienda, de la importancia del proyecto y este decidió la publicación del segundo tomo, pero Moyano logró que Victorino de la Plaza la desautorizase. Moreno y Willis, con el apoyo de Ramos Mejía, insistieron con el tema a través de Isidoro Ruiz Moreno, Director de Territorios Nacionales, organismo dependiente del Ministerio del Interior. Se hizo un contrato para la publicación del segundo tomo y Willis viajó a Nueva York con todos los textos y planos, pero no llegó a concretarse porque V. de la Plaza en enero de 1915, se negó a firmar el decreto de autorización. Dijo Bailey Willis: “No entiendo esto. En un país donde todo está por hacerse” (cf. Hosne, 2005, p. 206).

En 1937 el titular de Parques Nacionales Ezequiel Bustillo, gestionó la cesión de los originales del tomo 2 y Bailey Willis, de 80 años de edad, envió un único ejemplar con una parte manuscrita y otra mecanografiada en castellano e inglés, con una dedicatoria de su puño y letra: “A la República Argentina, homenaje de Bailey Willis en recuerdo al gran patriota el Ministro de Obras Públicas Dr. Ezequiel Ramos Mexía”.

Este segundo tomo recién sería publicado en forma digital 100 años después (Willis, 2017).

En 1941 B. Willis donó al Museo de la Patagonia “Perito Francisco P. Moreno” los originales de la Historia de la Comisión de Estudios Hidrológicos del Ministerio de Obras Públicas 1911-1914” (cf. Bustillo, 1988, p. 247), la que fue publicada en 1943 por la Dirección de Parques Nacionales. Sus experiencias en los cuatro años que estuvo en la Argentina fueron relatadas en su libro “Un Yanqui en la Patagonia”, cuya edición original en inglés fue publicada en 1947.

Escribió allí sobre Moreno: “Francisco P. Moreno, se convirtió (...) en mi colega inspirador y en un cálido amigo (...) fue una figura única en los anales de la Argentina (...) era un personaje excepcional. En general se puede decir que demasiadas veces la ambición personal desvía a los científicos potenciales del camino de las investigaciones auténticas (...) pero él era un altruista y su objetivo era conocer la verdad (...). Él comprendió las posibilidades latentes de la Patagonia para asentamientos y desarrollos valiosos, y su visión fue la del científico práctico. Se dio cuenta de lo necesario que era obtener información exacta acerca de los recursos (...), pero sus ideales se vieron frustrados por la indiferencia de los intereses comerciales y políticos de la clase dirigente argentina, centrados en la ciudad (...). La voz de Moreno era la de un profeta en la selva. Nadie lo escuchó. (...) Recuerdo con afecto y placer las horas que pasamos discutiendo acerca de los altiplanos y las montañas que él había conocido y que yo debería explorar, y trazando planes para los colonos futuros que desarrollarían los recursos de la Patagonia” (Willis, 1949).

Capítulo 27

CONTRIBUCIONES DE MORENO A LA EDUCACIÓN

Moreno y las “Escuelas Patrias”

La trascendencia científica del Museo de La Plata sirvió al objetivo final de la institución, pues en la concepción de Moreno los emprendimientos científicos adquieren significación en función de su proyección educativa y social.

Así, citando a Washington, señalaba: “*desarrollad como una cosa de importancia capital las instituciones que tienden a la difusión de la ciencia. Un Gobierno debe ser la expresión de la opinión pública y así es necesario que la opinión pública sea ilustrada*” (Moreno, 1885c, p. 9-10).

En síntesis, la ciencia era concebida como una empresa de la comunidad científica internacional dedicada a lograr el avance del conocimiento, con el objetivo final del mejoramiento intelectual, político, social y económico de toda la humanidad.

Por ello, según Moreno, la concepción del Museo de La Plata respondía a lo que había expresado William Flower, director del departamento de Historia Natural del Museo Británico, al decir (Flower, 1890: 12) que la investigación está a cargo del “estudiante instruido y al corriente de los elementos de la ciencia”, pero que “hay otra clase de hombres, mucho más numerosos, para quienes los museos son o deberían ser un poderoso medio de adquirir conocimientos”.

En la concepción de Moreno (cf. Riccardi, 1992, p. 6) la ciencia, entendida como avance del saber, no se agotaba en el servicio que podía prestar a la comunidad científica internacional o a los estadistas que debían ocuparse de asegurar la convivencia pa-

cífica y el desarrollo civilizado de los pueblos. Para un hombre como él era imperativo que el conocimiento fuese difundido, y era evidente que para Moreno un museo constituía el mejor instrumento para tal fin. En esta visión el museo tenía la doble función de contribuir al avance del conocimiento científico y a su difusión.

En 1906, al incorporarse el Museo a la recién creada Universidad Nacional de La Plata, las investigaciones científicas del museo se proyectaron en forma directa a los más altos niveles de la enseñanza, por más que se dejara de lado la concepción fundacional, de alcance mucho más amplio (cf. Riccardi, 1992, p. 7).

Tras alejarse del museo en 1905, Moreno pasó a vivir en forma permanente en la quinta que había sido de su padre, a la que había llamado “Edén de San Cristóbal” (cf. Fasano, 2002, p. 197), en el sur de la ciudad de Buenos Aires. Allí el quintero italiano Vincenzo luchaba contra los chicos de los alrededores que entraban a comer frutas.

La Quinta Moreno en el siglo XIX se hallaba ubicada en el barrio de San Cristóbal, el cual comprendía en su parte sur los llamados barrios “de las Ranas” y “de las latas” y la “quema de basura”. Posteriormente en 1902 la porción sur de San Cristóbal pasó a formar el barrio de Parque Patricios y la quinta quedó dentro de este último.

Las características (de esta parte) del Barrio de San Cristóbal en 1910 fueron descriptas por el periodista y escritor francés Jules Huret (1864-1915), quien visi-

tó Buenos Aires durante el centenario por invitación de Manuel Güiraldes, Intendente de Buenos Aires, y relató sus experiencias en los dos tomos de “*De Buenos Aires au Gran Chaco*”, publicados en 1910-1911. Según Huret (en Fondenbrider, 2001, p. 214) “el barrio de San Cristóbal, llamado el barrio de las Ranas, es un vestigio (...) del Buenos Aires de antaño. Allí, en medio de una triste llanura, se refugian los miserables refractarios a la asistencia pública, los libertarios que prefieren la miseria y la independencia a la solicitud oficial o burguesa. (...) La arquitectura de sus viviendas puede jactarse de originalidad: ‘el estilo lata de petróleo’. No se ven allí más que casas construidas con hojalata, cuyas paredes, tejados, puertas y co-

lumnas resplandecen al sol. El trust del *Standard Oil*, presidido por Mister Rockefeller, ha proporcionado casi todos los materiales. Algunos de esos arquitectos tan sui generis, han llegado a hacer obras maestras muy singulares. (...) Estos palacios y casuchas están habitados por algunas negras, mestizos, europeos e indígenas. Se ve toda aquella población (...) sentados a las puertas de sus casuchas tomando el mate (...). Alrededor de ellos se levantan las montañas de inmundicias o basuras que los carros van a vaciar allí incesantemente. Esas inmundicias se queman al aire libre. Un fuego perpetuo arde bajo aquellos detritus y, poco a poco, los seca y los consume. (...) Al lado de las inmundicias que arden, combustibles, hay objetos



Cerro de la Gloria, Mendoza.

que no lo son: montañas de hojalata, resortes, muelles, marcos de camas de hierro, marmitas, vasijas de metal, tapaderas, cacerolas, etcétera.”

En 1906 Moreno abrió los portones de la quinta para que los chicos de la “quemá” pudiesen comer de los frutales allí existentes. Y luego, viendo la desnutrición que los aquejaba comenzó a darles comida, luego desocupó las cocheras habilitó una gran cocina en la que se llegaron a servir diariamente un plato de sopa a alrededor de doscientos niños. Después agregó un aula, a la que bautizó “Escuela Patria”. Así nacieron las Escuelitas Patrias (Bertomeu, 1949, p. 401; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 156).

Decía Moreno: “*si el estado obliga al niño a concurrir a la escuela, el niño tiene derecho a que el Estado lo alimente cuando sus padres no están en condiciones de hacerlo. Alimentar a todo niño que sufra de hambre es, sin duda, un deber ineludible de la Nación, pues si no ha alcanzado la edad escolar, requiere ser alimentado para que la alcance*” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 184).

Según C. Onelli (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 207) “los primeros niños asilados por él en la Quinta, descalzos y semidesnudos (...) iban armados de sus hondas elásticas y sus municiones para cazar pajaritos (...). Moreno no dijo nada, colgó de un árbol una bolsita indicando que allí debían reunir las migas de sus desayunos y de sus almuerzos para darles a los pájaros; y así lo hacía todas las mañanas, a los pocos días sin ninguna prohibición, tan sólo por la lógica infantil, los niños comprendieron que no debían matarse animalitos, de cuya alimentación ellos mismos cuidaban”.

El 24 de septiembre de 1906, Moreno había entrado en contacto con el Patronato de la Infancia (PADELAI) y casi inmediatamente pasó a integrar la Comisión Directiva, bajo la presidencia del Sr. Luis Ortiz Basualdo (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 157). A resultas de esta vinculación las Escuelas Patrias fueron incorporadas al Patronato de la Infancia (cf. Ygobone, 1954, p. 319).

A partir de este mismo año y hasta 1910, Moreno integró además la comisión encargada de los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo (Bertolutti Flebus, 1995, p. 98).

Las Escuelas Patrias fueron aumentando y en 1907 “ya eran tres bajo la dirección del Padre Patri-

cio Walsh”, sacerdote Pasionista. Funcionaban en las calles Inclán 1139, Brasil 2669 y Catamarca 1892, o sea muy próximas a la Quinta Moreno. (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 157, 158).

El proyecto fue financiado con la venta de las 22 leguas cuadradas que le restaban a Moreno, luego de la donación con destino a un Parque Nacional de tres, de las veinticinco que le fueron concedidas por el Gobierno (cf. Fasano, 2002, p. 196).

Victoria Aguirre (1857-1928), Moreno y las Escuelas Patrias

Fue “(...) en esa época que [Moreno] conoce a una señorita de gran fortuna y a la vez una gran filántropa (...) Victoria Aguirre (...) y es así como la Obra de la Patria toma cuerpo con la compra de una casa al lado de una escuelita que dirigía la señorita Sara Abraham. La casa (...) pasa convertirse en un verdadero refugio para paliar situaciones angustiosas (...). Y junto con estas obras nace otra de gran contenido social, las Cantinas Maternales, lugar donde mujeres que trabajaban y tenían bebidos de pocos meses podían dejarlos”. Moreno “contrató ‘amas de leche’, para que amamantaran a esas criaturas (...)”. Moreno fue así quien fundó “los primeros comedores escolares y guarderías gratuitas, de que se tengan noticias en el país (...) que (...) costeara de su peculio (...)” (Moreno Terrero de Benites, 1988; cf. Riccardi, 2029, p. 423). En los años siguientes allí también se servirían almuerzos para adultos, e incluso la esposa del hijo de Moreno, Eduardo, y madre de Adela (Moreno Terrero de Benites, 1988) cocinaba para ellos.

Victoria Aguirre fue una filántropa que en esos años compartió con Moreno una desinteresada generosidad en ayudar a las instituciones y a la sociedad y contribuyó con su dinero y su tiempo a ayudar al funcionamiento de las Escuelas Patrias y al Patronato de la Infancia, además de sostener asilos e instituciones religiosas, culturales y deportivas, y de efectuar contribuciones económicas al Museo de La Plata.

También se ocupó, al igual que Moreno, de la promoción inicial de los parques naturales. Así el 10 de septiembre de 1901 había hecho una importante donación destinada a concretar el camino entre las cataratas y el puerto en el río Iguazú. Desde entonces el 10 de septiembre se consideró la fecha de funda-

ción de esa localidad, que fue llamada Puerto Aguirre hasta 1943, año en que se cambió el nombre por el de Puerto Iguazú.

La forma en que Moreno mostró a Victoria Aguirre las necesidades de la infancia que debían ser atendidas fue relatada, sin hacer nombres, por C. Onelli en el homenaje que se le hizo a Moreno en 1919, al cumplirse un mes de su fallecimiento, homenaje al cual evidentemente ella asistió. Dijo Onelli: “Cuando tuvo el honor de conocer a una dama cuyas obras generosas ya se infiltraban por sus barrios, la llevó orgulloso, triunfante, al más bello de los paseos que él podía concebir: la ‘Quema de la Basura’. ¿Originalidades, excentricidades, dirán ustedes? No: hay aquí alguien que me escucha, y que tanto lo secundó en sus fines, que sabe cuánta sencillez de alma, cuánto amor verdadero ponía en esas excursiones”.

Esta amiga de Moreno quiso, un año después de su muerte, que una escuela primaria de la zona en que habían trabajado llevara el nombre de Moreno, pero como el Consejo Nacional de Educación sostuvo que las escuelas fiscales que no tenían edificio propio no podían tener nombres especiales, sugirió que se consiguiese un terreno en el cual se construiría un nuevo edificio; Victoria Aguirre donó el terreno y contribuyó económicamente a la realización de la obra. Hizo también ejecutar un busto de Moreno, por el escultor J. Lagos, para que fuera puesto en esa escuela, que entonces estaba ubicada en Vieytes 1022 o Universidad 1073 (actualmente Escuela 28, Distrito Escolar 4, en la calle Aarón J.J. Feijoo 1073). La piedra fundamental fue colocada al cumplirse un año de la muerte de Moreno, el 22 de noviembre de 1920, y esa escuela, ubicada en el Barrio de Barracas lleva desde entonces el nombre Francisco Pascasio Moreno (cf. Ygobone, 1954, p. 332-338).

Moreno en el Patronato de la Infancia. Incorporación de las Escuelas Patrias

Según datos sobre la acción de Moreno existentes en el patronato de la infancia, obtenidos (cf. Moreno de Terrero Benites, 1988, p. 158), de los libros de actas de la entidad (actualmente en la calle Mansilla 2588), el 10 de octubre de 1906 Moreno asistió a una reunión de su Comisión Directiva. Durante la misma el Presidente y los vocales señores García Merou y Armesto y Francisco P. Moreno informaron

“sobre la indicación formulada por el señor Armesto de gestionar un edificio que existía en el local de los Antiguos Corrales del Abasto, hoy Parque de los Patrios, para establecer una sala-cuna”.

En el acta del 17 de octubre quedó registrado que el Sr. Armesto, el Dr. Moreno y los Sres. Nicasio García y Alejandro Moreno se trasladaron al local mencionado para estudiar la conveniencia de establecer en él una sala-cuna.

La participación de Moreno como miembro de la Comisión Directiva fue convalidada el 24 de octubre de 1906, para el período que terminaba el 30 de abril de 1908 y el 31 de octubre de 1906, Moreno fue incorporado como miembro de la Subcomisión a cargo de establecer una nueva sala-cuna en los Antiguos Corrales de Abasto.

A instancias de Moreno el Presidente del Patronato de la Infancia, Ortiz Basualdo, y el Secretario Meyer Arana, visitaron a fines de 1906 los barrios de “las ranas” y de “la quema de basuras”. A raíz de lo cual, en la reunión de la Comisión Directiva del 16 de enero de 1907, se pidió a Moreno un informe sobre la ayuda que se podría prestar a las criaturas de esas zonas.

El 30 de enero se leyó un extenso informe de Moreno y el señor Meyer Arana, sobre dicho problema, donde entre otras cosas se analizó cuánto se podía hacer, ya sea extendiendo la acción del Patronato de la Infancia no solo a la distribución de alimentos, sino también a subvencionar fondas donde se expendieran comidas a precios accesibles para los pobladores de esa zona, como asimismo anexar a dicha Institución las tres Escuelas Patrias que ya estaban en funcionamiento.

El proyecto, aprobado por unanimidad, fue el nacimiento de las famosas Escuelas Patrias del Patronato de la Infancia (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 158-159) teniendo por base la primera fundación hecha por Moreno. Decía el mismo (cf. Luna, 2001, p. 121): “Artículo 1.º Con la base de las tres Escuelas Patrias (...) el Patronato de la Infancia resuelve organizar dos escuelas de varones, una de mujeres y un asilo de ambos sexos para criaturas de tres a siete años. Art. 2.º Las escuelas y asilos se desarrollarán bajo la acción de una Comisión Administradora compuesta de cinco miembros de la Comisión del Patronato de la Infancia y cinco vecinos del barrio

sudoeste (...). Art. 3.º La Comisión Administradora será presidida por el presidente del Patronato o uno de los vicepresidentes designado al efecto (...). Art. 5.º En las mismas escuelas se admitirán niños de siete a catorce años, los que podrán concurrir a sus locales desde las seis de la mañana a las seis de la tarde. Al asilo externo para ambos sexos tendrán entrada los niños menores de 7 años y podrán permanecer en él de 6 a. m. a 6 p. m. En las escuelas y en el asilo se dará a los niños un alimento apropiado en las horas que determine la Comisión Administradora. Art. 6.º Tanto las escuelas como el asilo serán gratuitos y destinados exclusivamente para los niños cuyos padres o encargados acrediten no contar con los recursos suficientes para costearles educación y alimento durante las horas que permanezcan en ellos (...). Art. 12.º Cuando los fondos acumulados en esta cuenta especial lo permitan, se aumentará el número de escuelas y asilos en el sudoeste, y la Comisión Directiva del Patronato podrá formar nuevas comisiones administradoras que tengan a su cargo las que se instalen en otras secciones (...). Art. 13.º Nómbrase director inmediato de las tres escuelas y del asilo creados por esta resolución al Rvdo. Padre Patricio Walsh. Esta resolución tiene vigencia desde el primero de marzo en curso” (cf. Luna, 2001, p. 121).

El 12 de febrero de 1907, en una reunión de la Comisión Directiva del Patronato de la Infancia, el Presidente dio cuenta de que acompañado por Moreno y el Padre Walsh había entrevistado al Dr. Estanislao Zevallos, Ministro de Justicia, para reclamar por la falta del pago de la subvención acordada por el Gobierno a las “Escuelas Patrias”. A resultas de esa entrevista la suma adeudada fue cancelada.

También informó el Presidente que, junto con el Sr. Acosta y Moreno, habían entrevistado al Presidente del Consejo Nacional de Educación, Dr. José Ma. Ramos Mejía, a fin de solicitarle que dicha repartición proveyera al Patronato de la Infancia de todos los maestros necesarios para atender sus distintos establecimientos, obteniendo la promesa de que dicha solicitud sería atendida con preferencia.

En la sesión del 20 de marzo de 1907, se procedió a designar a Francisco P. Moreno, Juan Gironde, Alberto Bosch, Félix Armesto y José Antonio Lagos como miembros de la “Comisión Administradora de las Escuelas Patrias”, de acuerdo con el Art 2º de la

resolución de carácter general de la fecha del mismo mes en curso, y el 30 de abril, el Presidente del Patronato, en la reunión realizada en la sala de sesiones de la Comisión Administrativa de las Escuelas Patrias, con la presencia de sus miembros, propuso fuesen elegidos el Dr. Francisco P. Moreno como vicepresidente y el Sr. Ricardo Dowdall como secretario.

En la reunión del 15 de mayo, Moreno propuso que se solicitase al Ministerio de Instrucción Pública la cantidad de 200 bancos para estos establecimientos, propuesta que fue aprobada.

Las Escuelas Patrias fueron tomando incremento y el día 26 de junio de 1907, Moreno informó, en nombre de la Comisión Administradora, que se había inaugurado en esa fecha una escuela para niños pobres en la Avenida Alcorta, pleno barrio de la ‘Quema de basuras’. En la misma reunión se autorizó a la Comisión Administradora a invertir dinero en las reparaciones, compras de útiles y muebles para el edificio central destinado a asilo en el Parque de los Patricios, y en las refacciones que fuera menester hacer en el edificio contiguo al anterior que había sido cedido por la Municipalidad con destino a un externado de niños pobres en el barrio de la “Quema de la basura”.

El 9 de julio fue inaugurada la Escuela Patria N°11 en el edificio del Parque de los Patricios, siendo invitados los miembros de la C. D. y de la C. Auxiliar de Damas y una delegación de la Escuela de Artes y Oficios con su Banda de música. La escuela, con un asilo-cuna se instaló en un edificio cedido por la Municipalidad, cuya refacción había sido efectuada en pocos días y a bajo costo. En una reunión posterior de la Comisión Directiva el Sr. Castex, informó haber asistido a dicha ceremonia, en la cual varios miembros de la C. D., entre ellos Moreno, habían repartido víveres y ropas a los niños menesterosos del sudoeste, que en crecido número se habían reunido en la ocasión.

El 7 de agosto de 1907, Moreno informó que a las Escuelas Patrias asistían novecientos ochenta y cinco niños del barrio donde estaban instaladas.

En el mes de septiembre de ese mismo año, dichos establecimiento fueron visitados por el profesor de la Universidad de Columbia de los Estados Unidos, W.R. Shepherd (1871-1934), quien elogió la organización y funcionamiento de los mismos.

En esa época se formó una comisión especial, integrada por el Presidente del Patronato y por los doctores Jorge Achával, y Moreno, para dar asilo provisorio a los niños que hubieran quedado abandonados al haber dispuesto la Municipalidad el desalojo de los habitantes del “barrio de la Quema de las basuras” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 161).

Para 1908, “como miembro de la Comisión de Vecinos del Sudoeste y por sus funciones en el PA-DELAJ, Moreno sostuvo varias entrevistas con altas autoridades nacionales: i.e. el presidente del Consejo de Educación, doctor José María Ramos Mejía; el ministro de Justicia e Instrucción Pública, Estanislao Zeballos, y el propio presidente José Figueroa Alcorta” (Luna, 2001, p. 121).

En el mes de agosto de 1908, Moreno fue reelegido para el período que terminaba en 1911. Por esa misma época se consideró conveniente solicitar a la Municipalidad la adjudicación de unos terrenos contiguos al Parque de los Patricios para destinarlos a un nuevo establecimiento. Se resolvió nombrar una comisión especial compuesta por Moreno, como presidente, y el Sr. Acosta a fin de iniciar las gestiones pertinentes. A mediados de diciembre de 1908, el Secretario dio cuenta de haber tenido jun-



Monumento de Fray Luis Beltrán, Mendoza.

to, con Moreno, una entrevista con la Srta. Victoria Aguirre, quien venía colaborando con donaciones para las Escuelas Patrias, la que había ofrecido un árbol de Navidad y obsequios para los alumnos de las escuelas Patrias, entre ellos un número elevado de trajes para todos los niños de las Escuelas Patrias.

En mayo de 1909, en una reunión de la Comisión Directiva del Patronato de la Infancia fue leída una nota de la Comisión Administradora de las “Escuelas Patrias”, en la que se comunicaba que el día 24 de dicho mes, se celebraría un acto público en conmemoración de la Revolución de Mayo, en el que también se haría la jura de la bandera, según lo ordenado por el Consejo Nacional de Educación. Dicha Comisión luego de intercambiar opiniones resolvió que también participara de la ceremonia la bandera de la Escuela de Artes y Oficios y se invitó a los miembros de la Comisión Directiva a presenciar el acto, recomendándoles especialmente su asistencia: “en razón de contribuir con ello a la obra educativa que se llevaba a cabo en dichas escuelas”.

En agosto se fueron ampliando los conocimientos que se inculcaban a los alumnos y uno de ellos fue el de la música. Como primer paso entre agosto y septiembre se mandaron a hacer en los talleres de la Escuela de Artes y Oficios, dependiente también del Patronato, dos pizarrones para la enseñanza de la misma y se autorizó para invertir por intermedio del señor Christian Sommer, en Amberes, una suma de dinero para la adquisición de los instrumentos necesarios.

Ya en 1910, año del centenario, en la reunión del 30 de abril, el presidente informó que por intermedio del vocal Dr. Francisco P. Moreno se había conseguido que la Comisión del Centenario, acordara una suma de dinero para ropas destinadas a los niños de las Escuelas Patrias.

Todo se desarrolló dentro de los términos expuestos, salvo circunstancias excepcionales, como la producida en abril de 1911, cuando debido a las inundaciones producidas en la zona, Moreno notificó a la Comisión Directiva que en los locales de las Escuelas Patrias habían sido asiladas más de quinientas personas, entre ellas numerosas criaturas. Ante la emergencia se resolvió proveer alimentos y abrigos a los asilados en dichas escuelas, aun en el caso de que las gestiones que realizarían ante la municipalidad para obtener recursos con ese obje-

to no tuvieron éxito, y se encargó a Moreno y a los Sres. Paz, Zuberbühler y Gómez ocuparse del tema. La municipalidad respondió favorablemente y se pudieron comprar quinientas frazadas y ropa y con todos estos elementos y las donaciones recibidas se atendieron a más de tres mil personas.

Renuncia de Moreno a las Escuelas Patrias

Pasada la inundación, el 17 de mayo de 1911, Moreno presentó su renuncia al cargo que ocupaba en la Comisión Administradora de las Escuelas Patrias, la que fue aceptada en mérito a su carácter de indeclinable, resolviéndose darle las gracias por los largos e importantes servicios prestados. Quedaba pendiente concretar por parte del Intendente Municipal Dr. Anchorena una promesa hecha a Moreno de ceder para las Escuelas Patrias un extenso terreno en el vivero de plantas anexo al Parque de los Patricios (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 158-163).

Es de suponer que la renuncia de Moreno al cargo en la Comisión Administradora de las Escuelas Patrias haya estado relacionada con su elección en el año anterior como Diputado Nacional. Pese a los pruritos éticos que siempre lo acompañaron es probable que la concreción de esa decisión se haya visto demorada por su renuencia a abandonar las gestiones que estaba realizando, las que de alguna manera continuaría, en otras circunstancias, en los años siguientes.

Moreno como Presidente del Consejo Escolar V, venía colaborando, junto con Victoria en la Asociación Cooperadora, llamada "Padres y Maestros" de la Escuela 12, ubicada en Santa María 479 (Barracas al Norte). La escuela tenía como directora desde 1910 a Sara Abraham. Moreno alquiló en 1911 una casa al lado de la escuela, habilitó una cocina y brindó a los chicos "un plato de sopa" diario, al tiempo que Victoria Aguirre, ayudó esta obra desde una casa comprada al efecto en la calle Arena Número 93 [probablemente corresponde a la actual calle Sánchez de Loria], donde los comedores instalados tenían capacidad para dar de comer simultáneamente a más de 200 niños y alrededor de 40 familias (Ygobone, 1954, p. 322). Esa casa llegó a convertirse en verdadero refugio donde en oportunidades se alojaban familias enteras hasta que se les solucionaban problemas de vivienda, trabajo, etc. Así nació la "Obra de la Patria", comedor escolar para niños necesitados (cf. Bertomeu, 1949, p.

403). Esta escuela se integró a la "Obra de la Patria" creada por Moreno.

Las acciones de Moreno en ayuda de los más necesitados continuaron hasta el final de su vida. Sobre su permanente apoyo a los pobres dijo C. Onelli en el homenaje que se hizo a Moreno al cumplirse un mes de su fallecimiento (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 207): "Se casaba su hija: el regalo de bodas fueron 30 máquinas de coser para que ese día repartiera entre las mujeres más necesitadas de la parroquia. Se casaron sus sobrinas, (...) llegaba el regalo de Moreno, en gruesas de trajecitos, en centenarios de delantales y con tres palabras en la tarjeta del obsequio: 'para tus pobrecitos'". Mientras tanto seguía aceptando con gusto toda invitación a pequeñas fiestas de escuelas pobres y donde sabía que la maestra o la directora eran mártires incansables de la niñez desvalida e indisciplinada.

Durante estos años Moreno también halló tiempo para encarar otra obra dedicada a la infancia y a la juventud, que determinó la fundación del Instituto Nacional del Scoutismo Argentino (INSA).

Como se verá más abajo, entre 1910 y 1913 Moreno de desempeñó como Diputado Nacional. Pero continuó apoyando la educación de la infancia.

Moreno renunció a su banca de diputado para aceptar su designación como vocal del Consejo Nacional de Educación por considerar que éticamente no podía desempeñar ambos cargos en simultáneo y por preferir, en sus palabras, "*continuar dedicando el tiempo que me resta de vida a contribuir a hacer de los niños de hoy (...) ciudadanos que sirvan eficientemente a (...) la Nación Argentina, siendo innegable que la fuerza y la grandeza de su mañana dependen de la escuela de hoy*" (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 179).

Su acción en pro de la educación no solamente se limitó a las Escuelas Patrias. Como Vicepresidente del Consejo Nacional de Educación y como director de su órgano oficial, "El Monitor de la Educación Común", impulsó diferentes iniciativas, entre ellas la creación de Guarderías Infantiles en los barrios obreros, la alimentación de los niños menesterosos, la educación de las mujeres, la modificación de los planes de estudio de las escuelas nocturnas para adultos, dándoles una orientación vocacional y técnica, y la implementación del escalafón para los maestros (cf. Riccardi, 1989, p. 29).

Capítulo 28

GESTIÓN DE MORENO EN EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN, 1913-1915

Antecedentes

El 22 de enero de 1913 Moreno fue designado, por el Poder Ejecutivo, Comisionado del Consejo Nacional de Educación (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 181), y al día siguiente presentó su renuncia como Diputado Nacional, para hacerse cargo.

En su renuncia, fechada el 23 de enero, y dirigida al Presidente de la Cámara de Diputados, General Rosendo Fraga, mencionaba Moreno que el Presidente de la Nación lo había “*honrado con el cargo de miembro del Consejo Nacional Educación*”, y que él lo había aceptado “*de acuerdo con el artículo 56 de la ley número 1420*”, por considerar que ese cargo le permitiría “*continuar desarrollando, con mayor eficacia, la acción que viene ejecutando desde diez años atrás en pro de la educación primaria, base de la prosperidad y cohesión nacional*” (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 178).

Ni bien leído este documento, tomó la palabra el diputado Palacios, para protestar airadamente por la aceptación del cargo sin haber renunciado antes como diputado. Ante lo expuesto el Presidente de la Cámara aclaró que tenía pensado pasar la nota a Comisión, antes de que tomara la palabra Palacios, pero que pasaría “a la comisión de negocios constitucionales, la nota de referencia y las palabras pronunciadas por el señor diputado Palacios”. (Diario de sesiones del Congreso Nacional. Reunión 72-marzo 7 de 1913, pp. 695, 696 y 697).

El 10 de marzo de 1913 la Comisión de Negocios Constitucionales emitió despacho en el sentido que

el artículo 56 de la Ley 1.420 no eximía a los diputados del deber que les imponía el artículo 64 de la Constitución Nacional, despacho que fue aprobado por la Cámara en la misma fecha.

En la sesión de la Cámara de Diputados del 12 de marzo de 1913 (Diario de sesiones pág. 816 a 827; cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 179-180) se dio lectura a la renuncia presentada por Moreno a su banca de diputado, que llevaba por fecha el 11 de marzo. Allí Moreno aclaró que, cuando el 23 de enero puso en conocimiento de la honorable Cámara, por intermedio del señor presidente, que había aceptado el cargo de vocal del Consejo Nacional de Educación, de acuerdo con el artículo 56 de la ley 1420, lo había hecho “*en la creencia de que el tenor de ese artículo no exigía el permiso previo de la honorable Cámara para dicha aceptación*”, pero que lo resuelto por la Cámara en la sesión del día anterior, que había leído en el “Diario de sesiones”, le mostraba que había “*padecido equivocación al interpretar ese artículo*”, razón por la cual solicitó “*el permiso que debió solicitar, por el término transcurrido entre el 23 de enero y el día de la fecha*”.

Al mismo tiempo, debido a las dudas emitidas “*durante la discusión a que dio lugar esa resolución, sobre si los miembros de la honorable Cámara pueden o no recibir empleo o comisión del Poder Ejecutivo (lo cual estaba permitido por el artículo 64 de la Constitución nacional)*”, expresó que no quería que se pensase que había interpretado el artículo 56 de la ley 1420 y el 11 del reglamento de la Cámara en su propio beneficio.

Continuaba señalando que, *“aun cuando la honorable Cámara, como el honorable Senado, lo hayan hecho en sentido afirmativo varias veces, siendo muchos los miembros de ambas que han desempeñado o desempeñan empleos o comisiones del poder Ejecutivo, en la dirección de institutos científicos o como profesores o suplentes”*, presentaba la Cámara su *“renuncia al cargo de Diputado por la Capital con que fui honrado en 1910”*.

Finalmente, señaló Moreno, que ante las dudas enunciadas había resuelto optar por el cargo de vocal del Consejo Nacional de Educación, *“pues habiendo trabajado más de cuarenta años en la defensa de la integridad de nuestro territorio y en hacer conocer y valer su suelo, es lógico que prefiera continuar dedicando el tiempo que le resta de vida a contribuir a hacer de los niños de hoy, tanto menesterosos como pudientes, madres y ciudadanos que sirvan eficientemente a la constitución definitiva de la Nación Argentina, siendo innegable que la fuerza y la grandeza de su mañana depende de la escuela de hoy”* (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 178; Hosne, 2005, p. 22; Riccardi, 2019, p. 311).

La renuncia fue tratada sobre tablas. El Diputado Carles sostuvo que los fundamentos de la renuncia eran una *“manifestación de un exceso de delicadeza personal que vendría a ocasionarnos la pérdida de un compañero que honraría a cualquier parlamento del mundo, porque el doctor Moreno es una verdadera gloria nacional, cuyo nombre ha pasado las fronteras de nuestro país”*. Propuso, con el apoyo de varios diputados, que la Cámara no aceptase la renuncia y que se concediese autorización a Moreno para que aceptase el cargo de vocal del Consejo Nacional de Educación.

El Diputado Palacios expresó que, sobre la base de su creencia en la incompatibilidad existente, entre el puesto de miembro del Consejo Nacional de Educación, dependiente del poder Ejecutivo y el cargo de legislador, votaría por la aceptación de la renuncia. Agregó además que aprovechaba la oportunidad para expresar que, dado que el texto de la renuncia hacía notar que en el seno de la Cámara había otros ciudadanos en las mismas condiciones que el dimitente, consideraba que la renuncia de Moreno, *“que acaba de dar un ejemplo de delicadeza personal”*, podría servir de norma, para que de una

vez por todas se solucionen situaciones personales que a su juicio afectaban la independencia de la Cámara. Pues, *“La presencia de empleados del poder Ejecutivo, contribuye a que el Congreso pierda su carácter, transformándose, como he dicho tantas veces, en una asamblea burocrática”*.

A continuación de estas palabras se desarrolló una discusión, y finalmente la renuncia no fue aceptada con el apoyo de las dos terceras partes de los diputados presentes.

En la sesión del 14 de marzo de 1913, se leyó otra nota de Moreno (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 180; Riccardi, 2019, p. 311), agradeciendo a los diputados que votaron por el rechazo y por la aceptación de esa renuncia, y pidiendo *“encarecidamente a los primeros quieran acompañar con sus votos a los segundos al tratar hoy su reiteración”*, por estar decidido a separarse de la Cámara, por las mismas razones de la nota original, para dedicarse *“sin preocupaciones a tratar de corresponder a lo que creo compatible con mi cargo de legislador al alto honor que me ha hecho el poder Ejecutivo a incluirme entre los que deben dirigir la educación de la gran mayoría de la niñez y de la adolescencia argentina”*.

Finalmente, se despedía manifestando su gratitud y que nunca olvidaría los benévolos conceptos que sobre su persona se habían emitido en la última sesión de la honorable Cámara.

Así en esta fecha concluyó la función de Moreno como Diputado Nacional. Como bien lo señaló Hosne (2005, p. 190) la presencia de Moreno en el Parlamento fue útil para presentar proyectos que consideraba necesarios y que sin su presencia no hubieran sido elevados y tratados.

Actuación de Moreno en el Consejo Nacional de Educación

La visión de Moreno que dio marco a su gestión

En la Memoria Anual de la Comisión de Didáctica de 1914 se publicó un escrito de Moreno del 1 de marzo de 1914 en el cual quedaron expresados sus intenciones al ser nombrado Comisionado: Allí manifestaba que su aceptación del cargo con el que se lo había honrado el 22 de enero de 1913 tuvo como propósito *“perseverar en sus esfuerzos anteriores para extender e intensificar la cultura pública por la escuela aumentando así a la fuerza política y económica de la Nación”*.

Había *“que ampliar los horizontes de la escuela para que ella no sólo aumente la eficiencia moral, sino que sea su base”*. Tal cual estaba organizada no respondía a las necesidades del país porque estaba lejos de formar actitudes prácticas pues *“más importante que la aptitud para pensar es la aptitud para la vida que para la inmensa mayoría de la Nación radica en la energía para el trabajo consciente”*; en el entendimiento de que *“la Constitución Nacional no admite clases sociales con distintos derechos, y la escuela argentina tiene que colocarse dentro de ese gran principio democrático de su magnífico preámbulo”*.

Ante la importante inmigración extranjera Moreno entendía que *“si educamos y formamos niños argentinos es difícil que obtengamos adultos extranjeros”* y que todos los esfuerzos debían tender *“a que no haya extranjeros en la República Argentina”*. Por ello hacía hincapié en las *“atribuciones legales del Consejo Nacional de Educación”* en lo que respecta al *“establecimiento de escuelas dominicales”* en las que se hiciese *“amar al suelo argentino al divulgar sus conocimiento y enseñar los medios de aprovecharlo; el de escuelas especiales para adultos que ignoren nuestro idioma, el de la escuela ambulante en la Capital, para llevarla a quienes no pueden concurrir a ella; la creación de bibliotecas populares (...), el museo escolar central, donde el alumno estudie metódicamente el suelo y la vida argentina; la ilustración gráfica escolar que facilite ese estudio y el de la historia argentina”*.

Consideraba además que era importante *“la educación del conscripto”* que debía incluir *“aquella enseñanza que desarrolle en el soldado el amor por la Patria y el deber de defenderla y engrandecerla, con la inculcación de cuán grande y útil es su suelo y cuan grandes han sido los actos de los hombres de guerra o de paz, que han contribuido desde los más altos a los más humildes puestos, dando sus vidas y sus esfuerzos, a formar la Nación del presente”*.

Igualmente entendía que se debía lograr que todos los niños de la República compartiesen un mismo sentimiento de la Patria, *“con conocimiento de los diversos aspectos de su territorio, y de la acción que en éste desenvuelve el hombre, sentimiento que deberá ser fomentado por sus maestros, los que no se reducirán a repetir a sus discípulos lo que hayan aprendido en los libros, sino lo que en sus excursiones en el país (...) observen en las llanuras, en los bosques, en las*

montañas, en los ríos, y en el mar vecino”. Desarrollar también, en las escuelas nocturnas en las que el niño, el adolescente y el adulto adquirirían nociones del trabajo, que debían sustentar sus hogares y enriquecer la Nación, y fomentar las bibliotecas populares y la formación de sociedades con fines de educación y protección del niño menesteroso.

Así se daría *“carácter esencialmente nacional y práctico a los intereses vitales y permanentes de la Nación que necesita antes que nada de ciudadanos fuertes, enérgicos, honestos y patriotas que aspiren a ser eficientes en la comunidad, cuyo engrandecimiento los apasione ante los grandes ejemplos que ofrecen cosas, hechos y hombres propios”*.



T. Roosevelt, foto dedicada a Moreno 1912.
Sala Moreno Museo de La Plata.

Moreno remarcó su propósito de “perseverar en sus esfuerzos anteriores para extender e intensificar la cultura pública por la escuela aumentando así la fuerza política y económica de la nación”, y su creencia de que “la escuela es la Nación, (...) uno de los principales órganos del Estado (...)” y que “su punto de unión con la vida nacional” estaba en su régimen, que debía inspirarse en las necesidades del país en el momento.

Moreno expresó su creencia de que “en la vida contemporánea argentina, que sufre la crisis lógica de todas las naciones en formación, la escuela pública, como factor de equilibrio, debe orientar su acción en un alto sentido nacional, ser capaz de formar en el niño el sentimiento social del altruismo inculcándole los verdaderos conceptos de justicia, de ley, de autoridad moral, de trabajo propio para la mayor grandeza de la patria, y propendiendo a que una común instrucción y educación cree en nativos y extranjeros nobles hábitos de solidaridad práctica, primer fundamento de supervivencia de las sociedades bien organizadas”.

Proseguía Moreno: “País de inmigración el nuestro, el antagonismo y confusión de ideales, sentimientos, religiones, aspiraciones de inmediato enriquecimiento, costumbres y prejuicios, produce fatalmente el desquiciamiento de la armazón moral de todas las razas que contribuyen a formarlo y la falta de carácter definido en su población; la patria no está tanto en la soberanía del suelo como en la unidad moral y económica del pueblo y cuando los habitantes de la nación se sienten solidarios, la patria adquiere su más alta expresión. Es indispensable, pues propender a establecer esta solidaridad de intereses. La escuela práctica debe ser un factor principal en ella; porque no basta la preparación teórica para hacer obra fundamental. Sin embargo, hoy todos los esfuerzos del estado tienden a dar educación puramente intelectual. Suministrar nociones ha sido se puede decir el fin único de la enseñanza pública. Sus planes en vez de simplificarse se han amplificado, y se han impuesto estudios intensivos cuando aún los pedagogos profesionales no poseen los rudimentos de la verdadera ciencia de la vida. (...) Hay que ampliar los horizontes de la escuela para que no solo aumente la eficiencia moral, sino que sea su base.

Nuestro Echeverría lo ha dicho en 1844: ‘La cuestión de método en materia de enseñanza es capital.

Un método vicioso hace perder el tiempo al niño, origina gastos inútiles a sus padres, lo atrasa en su educación, lo fatiga, y dándole ideas falsas e incompletas, puede decidir su suerte y porvenir. El amor a la patria para ser fecundo debe tener carácter de una religión racional’ y ese ‘culto de la patria’ no se concibe sin la fuerza nacional y la asimilación que la alimenta y engrandece. ‘Formad buenas madres para tener buenos hijos, buenos ciudadanos para tener patria; he aquí todo el problema de la educación’, dijo ahora en setenta años nuestro pensador. Formar buenas madres y hombres de honor, debe ser pues el fin de la escuela argentina. (...) Ha dicho también Echeverría ‘La patria es el símbolo inmortal de la religión del ciudadano. Su nombre venerado simboliza la unión de todos los intereses en un solo interés, de todas las vidas en una sola vida imperecedera. La patria no es solamente el suelo donde nacisteis y donde tienen arraigo todos vuestros recuerdos y esperanzas, el cielo que os cobija, el aire que respiráis, la tierra que os alimenta y alimentó a vuestros padres, y en cuyo seno descansan los huesos de vuestros antepasados, sino la sociedad misma viviendo de una vida común, trabajando con un mismo fin y marchando a realizar en el tiempo la misión que la providencia le ha señalado’. ‘¿Hará jamás uso de la potestad soberana quien no sabe lo que es patria, libertad, igualdad, fraternidad, ni derecho de sufragio y representación, el que no tiene noción alguna de los deberes del hombre y del ciudadano; esto es la educación de la niñez encaminada a la democracia?’.

Desgraciadamente, lo que en este sentido disponen los programas escolares en vigencia se practica poco y mal. (...) Nada se ha hecho aún para contestar satisfactoriamente la pregunta del muchacho o de la muchacha que deja o es dejada por la escuela, terminado el tiempo obligatorio. ¿Qué voy a hacer ahora? Sin embargo, deberíamos contestarle, y también con Echeverría: ‘No hay vida para el hombre ni para la sociedad sin trabajo. El trabajo es la condición primera para la conservación y el bienestar de la vida individual y social. Nadie debe permanecer ocioso porque el ocioso ni se sirve a él, ni a los demás.

El que no trabaja es pobre y el pobre tiene que estar sometido de espíritu y de cuerpo a la voluntad de otro. En suma, el trabajo por sí solo es una riqueza, que asegura la independencia personal del hombre. Y como la sociedad se compone de familias y de hombres, resulta

que enriqueciendo por el trabajo los ciudadanos, las sociedades también enriquecen y prosperan, así la patria se hace gradualmente rica y poderosa’.

Hay que enseñar a pensar en la patria a tener confianza en sus grandes destinos, pero nuestra escuela primaria se ha contentado hasta ahora con tratar de llenar necesidades morales e intelectuales del niño, sin preocuparse de armarlo con la preparación indispensable para el trabajo que requiere del brazo y que es el que sostendrá su futuro hogar propio, siendo de lamentar que el principal obstáculo a esta armonía resulte de la equivocada interpretación de la ley. La educación primaria no es solo espiritual y ningún legislador de hoy admitirá interpretaciones que reduzcan su espíritu; hoy la escuela debe ser la de la experiencia, y no solamente la de libro. También poco ha hecho los encargados de la educación por intimar la escuela con el hogar, y, sin embargo, sin esta intimidad nuestra escuela no responderá nunca a su verdadero concepto.

Esta comisión ha creído, desde el primer momento, que deberá propender a llenar las necesidades apuntadas y las educacionales que surjan cada día del progreso general del país, tarea múltiple (...) que será el pensamiento fijo del comisionado de Didáctica frente a nuestro gran problema nacional, y que animará todas sus iniciativas, pero como sabe también que no es obra de un día ni de una generación (...) solo procura iniciarla despreocupado de toda clase de intereses que no se relacionen directamente con su solución definitiva’. (Moreno, 1914^a, p. 153-157; Moreno Terrero de Benites, 181-182).

Actuación de Moreno en el Consejo Nacional de Educación

La actuación de Moreno en el Consejo Nacional de Educación se extendió hasta mediados de 1915, pero en ese breve lapso de menos de un año y medio fue tan intensa y fecunda como la desplegada en todos sus emprendimientos.

Así, desde el Consejo Nacional de Educación promovió los Jardines de Infantes en los barrios obreros, la modificación de los planes de las escuelas nocturnas para adultos, dándoles orientación vocacional y técnica, y propuso un escalafón para los maestros (Bertomeu, 1949, p. 403-404).

En 1914 el Tercer Censo Nacional de 1914 había registrado 6.301.961 personas de siete años y más,

de las cuales 2.386.012 eran analfabetas o semi-analfabetas. Las cifras de la población de catorce años y más dieron 1.765.000 analfabetos o sea el 35,1 % del total (Ygobone, 1954, p. 315).

Este fue el telón de fondo sobre el cual se desarrolló la acción educativa de Moreno desde el Consejo Nacional de Educación.

Las escuelas nocturnas para adultos

En lo atinente a la educación de los adultos, el 12 de enero de 1914 la Comisión Didáctica del Consejo Nacional de Educación presentó un proyecto sobre “Las Escuelas Nocturnas para Adultos”, elaborado por Moreno, el que debió ser ampliado y reformado en algunos puntos y vuelto a presentar el 29 de abril de 1914 (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 184-186; Betolutti Flebus, 1995, p. 100; Riccardi, 2019, p. 315-320).

El proyecto fue presentado con el convencimiento de que había “*verdadera urgencia en que el adolescente sin rumbos aún y el adulto ignorante obtengan la instrucción que debe dar la escuela moderna al proletario y a los que, sin mejores condiciones económicas, no pueden concurrir a las escuelas secundarias o profesionales*”.

Moreno señaló allí que “*Por la Ley de Educación común*”, más por su espíritu que por su letra, el Consejo Nacional de Educación estaba encargado de preparar a los niños a obtener más tarde los beneficios de una ocupación eficiente. En su opinión no era presumible que el legislador, al dictar esta ley, no hubiera previsto que el niño que abandona a los catorce años o antes la escuela, necesitaba mayor instrucción que la que recibía por los programas en vigor. O sea dar una formación básica de tipo práctico que diese herramientas para que, ante un eventual abandono de los estudios, hiciera posible eventualmente una mejor reinserción posterior en escuelas nocturnas.

Para ello Moreno consideraba que era indispensable la educación manual además de la intelectual. Destacaba también que la Ley hablaba del “*mínimum*” de educación que recibiría el niño, pero no limitaba el “*máximum*” en ninguna de sus disposiciones y que si a ello se sumaba que la ley había sido dictada hacía treinta años, cuando aún eran escasas las industrias en Buenos Aires, resultaba evidente

que no se hubiera considerado indispensable consignar en ella la instrucción manual para los niños menores de catorce años, ni la preparación primaria, industrial y comercial para los adolescentes y adultos.

Para Moreno *“La escuela nocturna, no debía ser una casa de primeras letras, sino un centro de auténtica cultura técnica y profesional, que habilitara al adulto para luchar por su mejoramiento individual”*. Era indispensable y urgente prevenir con una educación apropiada graves situaciones sociales, como resultados de la ignorancia de los que abandonan la escuela común por exigencias de la vida o que nunca concurren a ella, lo que los inhabilita para servir útilmente a la comunidad nacional.

Al citar lo dicho por Alberdi de que *“la educación, para ser fecunda, debe ser práctica”* agregaba que para que lo sea había que acompañar el trabajo escolar mental, teórico con el manual práctico, lo que prepararía al niño a ser hombre industrial, pues *“con el solo trabajo mental no prosperan las colectividades, ni siquiera pueden vivir; sin embargo, nuestras escuelas comunes pecan por exceso de esfuerzos cerebrales y por la falta casi absoluta de cultura manual, lo que en el concepto del subscripto es causa principal de su débil contribución, tan erróneamente ponderada, al progreso de la nación”*.

Entendía Moreno que la enseñanza primaria no podía limitarse *“a la enseñanza de lectura, escritura, aritmética y demás nociones que requiere la instrucción teórica, ramas que forman, hoy principalmente, el programa de nuestras escuelas”*, sino que por el contrario tenía *“la obligación de preparar los niños a ser ciudadanos capaces, que comprendan cuanto antes las grandes y nobles sensaciones de la vida práctica, de la vida cívica, que es la que une y robustece a los pueblos que aspiran a ser prósperos y grandes con la sola ayuda mutua de sus hijos”* y el *“deber de contribuir a que cada niño encuentre dentro de sus propias características un seguro punto de partida para la lucha que tendrá que sostener con el porvenir, a que comprenda la dignidad del trabajo, que siempre enaltece y nunca denigra, y a obtener que los maestros encargados de equipar así a los niños, sean maestros de verdad, de vocación, de sacrificio, si es necesario convencidos de que ni los niños, ni los adolescentes, ni los hombres forman parte de rebaños, ni son hechos a máquina; maestros que, por lo tanto, deben tener el*

conocimiento de las inclinaciones individuales de sus alumnos para dirigir su instrucción”.

“(…) Es extraordinario que hasta ahora nos hayamos ocupado tan poco del niño que muchas veces puede dejar la escuela a los 12 años para ganar el sustento propio y contribuir al de sus familias, ni del niño que llegado a los 14 años debe abandonar la clase primaria sin saber a dónde dirigirse para continuar la educación práctica que requiere, ni de los adolescentes que llegan a la edad en que la ley los declara con las obligaciones del ciudadano sin tener las nociones de lo que estas obligaciones importan.

(…) Quien estudia el proletariado en esta ciudad sabe que gran cantidad de adolescentes de ambos sexos esterilizan sus fuerzas durante años trabajando por miles de ocupaciones que no conducen a ningún oficio productivo, ‘Sirvo para cualquier cosa’, contestan con frecuencia. Son simplemente jornaleros, peones de las numerosas fábricas, aun cuando se les den otros calificativos. La mayoría no recibe ninguna enseñanza práctica, ni adquiere habilidades especiales que le permitan formar más tarde un hogar. Son fuerzas sociales que se pierden, pudiendo ser poderosas para el bien común, mientras que, por el contrario, aumentan el número de los sin oficio que son verdadero obstáculo al progreso de las naciones cuya existencia entre nosotros es peligroso negar (...).

El remedio para estos males lo ofrece la escuela moderna con la instrucción apropiada del trabajo manual, inspirador de vocaciones industriales y comerciales que robustece el carácter del escolar al mismo tiempo que le asigna un lugar en la lucha por la vida colectiva. El uso del útil que labra la piedra, el metal, la madera tiene hoy tanto valer en la vida práctica como la pluma. Las naciones las hacen sus hombres de corazón y de puño; el analfabeto puede vivir cuando dispone de este útil, pero el intelectual que no lo tiene, de poco o nada sirve sin la ayuda del analfabeto que lo usa. Hoy donde quieran que se desarrollen industrias de alguna importancia, se establecen en las escuelas cursos especiales que contribuyen poderosamente a su éxito y progreso. Sin la experiencia de la mano, la vida es difícil para los que deben ganar el sustento diario, y así, para prever la pobreza y los infortunios individuales o sociales hay que armonizar el empleo de ambos útiles, el pensamiento y el brazo de la escuela (...).

“Esta eficiencia es la que se busca obtener con los programas cuya reglamentación el suscripto entrega a la resolución del H. Consejo. Para prepararla ha tenido presente siempre las necesidades del educando futuro en las escuelas nocturnas y dominicales. Allí, durante la enseñanza de la lectura, se tratará de darles nociones generales de geografía, de historia, de industrias apropiadas a este suelo, y se les ofrecerán ejemplos de hombres y mujeres que se hayan distinguido en nuestro país por su carácter, honradez, valor, energía, constancia y saber, cualquiera que haya sido su origen o situación social. La escritura conducirá a la correspondencia familiar, comercial, industrial y a la expresión correcta de hechos y de pensamientos útiles. Por la aritmética se enseñará a calcular negocios sencillos y llevar libros de contabilidad necesarios a las operaciones industriales. Así, a la escuela del libro se agregará la escuela manual práctica, y con la unión de ambos métodos se completará la instrucción primaria del hombre medio, a quien se inculcará al mismo tiempo la conciencia de su propia eficacia, completada con las nociones de oficios de la enseñanza complementaria, que es la de los trabajos prácticos.

Para Moreno eran “precisamente esas necesidades de las clases pobres, (...) las necesidades del país –en definitiva– las que hacen de la enseñanza especial y práctica manual, una materia quizá la más fundamental de los programas para las escuelas de adultos; y el dibujo industrial, el arte aplicado, la contabilidad, la dactilografía, estenografía, el corte y la confección, el aprendizaje de otros oficios manuales, la cocina, etc., ¿qué son sino ‘objetos comunes relacionados con la industria u ocupación de los alumnos’, cuyo conocimiento impone la ley? Seguramente que este conocimiento es más importante que el de la letra gótica y el de osteología humana que vi personalmente dar en una escuela nocturna ante un parietal y una mandíbula”.

Para ello proponía Moreno un mayor uso de las escuelas: (...) Dupliquemos cuanto antes el uso del local de la escuela, de manera que siempre esté abierta, desde la temprana mañana hasta la avanzada noche, con la seguridad de que tendremos llenas las aulas. Los niños y los adolescentes, y aun los hombres hechos, (...) han de acudir a la escuela práctica una vez que sus luces les indiquen la entrada y sepan que allí dentro se aprende a vivir, a prosperar, a formar hogar.



Moreno en lago Gutiérrez, 1912. En Moreno E.V. 1942, p. 200-201.

Reconocía sin embargo el problema que presentaba las diferencias en edades de los alumnos: “Se observa con alguna frecuencia niños de doce años sentados en el mismo banco que sexagenarios, y esta será una de las dificultades que tendrá que salvar la nueva. Se impondrá la división de las clases en grupos, pero la distribución del horario destinado al trabajo manual salvará esos inconvenientes y otras dificultades que ofrece la diferente preparación de los alumnos en el momento de la incorporación a los cursos. La tarea no dejará de ser ardua, vuelvo a decirlo, pero los resultados han de compensar todos los esfuerzos, porque se habrá despertado el espíritu de iniciativa que tanto nos falta a los argentinos y que tanto escasea en la escuela nacional (...).

Moreno consideraba que con esta clase de escuelas se aseguraría el desarrollo mental y manual que condujese a las personas desde el jardín de infantes hasta la dirección de la Nación.

Un tema que incluyó claramente en esta propuesta y que lo preocupó a lo largo de esos años fue el de la inserción de la sociedad argentina de los miles de inmigrantes que llegaban en esa época: “Los hombres anhelosos de aprovechar los beneficios de nuestra Constitución llegan al país cada día en mayor número. La emigración durante 1913 comprendió casi diez y siete mil niños analfabetos, extranjeros, menores de catorce años, que vinieron con sus padres y que se harán hombres a su vez en este suelo, y debemos argentinizar unos y otros a todo trance, cueste lo que cueste, porque los resultados que se obtendrán con ello no solo consolidarán y engrandecerán más la nación, sino que compensarán con exceso cuánto dinero y esfuerzo se emplee en conseguirlo, pues trabajarán con verdadero agradecimiento el suelo en que asientan su hogar y lo harán producir más sin agotarlo. Todo esto habla con sobrada elocuencia de cuán necesaria es la nueva función de las escuelas, que consiste en dar instrucción práctica al niño como fuerza nacional. Ningún argentino puede continuar admitiendo que el voto del emigrante ignorante, analfabeto, sin apegos nacionales y del nativo sin conciencia de lo que vale serlo, dificulte y sombree el provenir de nuestro país. La Constitución brinda fácil acogida al extranjero, y le concede los mismos derechos que al nativo [por lo cual] (...) argentinizar el padre extranjero y el hijo que aquel trae

consigo es un deber principal de la escuela nacional (...).”

Al respecto remarcaba Moreno que “solo la escuela puede establecer la armonía entre ideales y convicciones que equilibren las modalidades del elemento étnico nativo y las de nuestro tan variado cosmopolitismo, siempre creciente, y evitar los peligros con que, a la elaboración de nuestra nacionalidad, de nuestro desarrollo económico y social, amenaza la avalancha ignorante y el mercantilismo egoísta que nos llega de afuera”.

El proyecto se completaba con un “Reglamento para las Escuelas Nocturnas de la Capital” en el que se establecían las edades que debían tener los alumnos, los horarios de funcionamiento, la separación por edades, el carácter de los programas que deberían tener “a asegurar no solo los conocimientos útiles de la vida, sino también el desarrollo de las facultades, debiendo los maestros cuidar de un modo especial de la educación moral y nacional de los alumnos”, la prohibición de textos y lecciones que hicieran “mecánica y fatigosa la enseñanza”, la obligatoriedad de aprender el Himno Nacional y la Constitución Nacional, “en sus disposiciones más necesarias”, el uso de una hora diaria en los tres días anteriores a las fiestas cívicas para recordar los hechos y los hombres de nuestra emancipación, la recordación del aniversario de la muerte de Sarmiento y del Día de los Muertos por la Patria, la exhibición diaria en algún lugar bien visible de las efemérides argentinas más importantes para que pudieran ser leídas por los alumnos, la necesidad de una evaluación pedagógica por parte del director sobre metodología, preparación y resultados de las lecciones, lenguaje del maestro y de los alumnos, disciplina y gobierno escolar, con el objeto de hacerlos conocer a los maestros para corregir sus defectos y deficiencias o manifestar su conformidad. Cinco días anuales de exposición de trabajos a la finalización del curso anual a la cual se invitaría a los padres y vecindario. Se harían conferencias y reuniones pedagógicas (...) y sería obligación especial fomentar la creación de asociaciones de alumnos tendientes a establecer entre ellos lazos de solidaridad, y asociaciones protectoras de la Escuela Nocturna entre los vecinos del barrio en que se establezcan (Moreno, 1914c, p. 112-121; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 184-186).

Proyecto de alimentación de los niños menesterosos

El 2 de mayo de 1914 Moreno presentó un proyecto al Consejo Nacional de Educación, titulado "Alimentación de los Niños Menesterosos". Allí Moreno hacía referencia a la propuesta que hiciera al Consejo para que en el año 1914 se incluyera en el proyecto de su presupuesto para 1914 la suma de ciento veinte mil pesos m/n para dar alimentación a los niños menesterosos de las escuelas primarias, partida que fue reducida a cien mil pesos (Anexo E, inciso 12, ítem 10 del Presupuesto Nacional), indicando que lo hizo convencido de que tal alimentación estaba comprendida en las disposiciones de la Ley de Educación Común, en cuanto prescribía que "la escuela primaria tiene por único objeto favorecer y dirigir simultáneamente el desarrollo moral, intelectual y físico, de todo niño de seis a catorce años de edad", pues no era forzar su letra ni su espíritu, entender que para que el niño pudiese recibir educación moral e intelectual debía estar físicamente preparado para ello.

Según Moreno "(...) Si el estado obliga al niño a concurrir a la escuela, el niño tiene derecho a que el Estado iguale física y moralmente al niño menesteroso con el pudiente, en todo momento, en todo lugar, para que cuando ambos lleguen a ser hombres, sea una verdadera práctica los principios de nuestra Constitución Nacional. Esta aspiración ha de lograrse dando alimento material, al par que la debida enseñanza al niño que lo necesite, para que pueda vivir y crecer fuerte y sano de cuerpo y espíritu".

Sobre la base de la experiencia adquirida durante más de diez años acerca del sufrimiento de miles de niños del proletariado de la Capital, debido a la deficiencia alimenticia, causada en la mayor parte de los casos por razones no imputables a sus padres y en otras a la ignorancia, decidia o avaricia de éstos, Moreno consideró que el Consejo podría atenuar estas miserias, beneficiando al mismo tiempo la escuela pública, con la introducción en ésta de la alimentación del niño menesteroso, tal como fuera iniciada en Alemania y adoptada en todas las grandes ciudades europeas y en los Estados Unidos de Norteamérica.

Moreno señaló que en París las cantinas escolares habían prosperado de tal manera, que el escolar

pobre y el rico, tomaban en unión de sus maestros la merienda del mediodía. Y aunque mencionó que ignoraba si en alguna de las instituciones privadas que dirigían y costeaban escuelas se proporcionaban meriendas a los niños externos, destacó las comidas que se proporcionaban en las Escuelas Patrias, que a su propuesta había fundado el Patronato de la Infancia en el Parque de los Patricios, y de cuya Comisión Directiva había sido Presidente durante varios años.

En tal sentido agregó que "*El niño es nuestro gran capital nacional, la Nación debe protegerlo, ayudarlo y encaminarlo. Del valor de su esfuerzo dependerá la solución satisfactoria del no fácil problema del futuro hombre argentino. La alegría, la satisfacción almacenada en la escuela, trascendida al hogar, no se pierde nunca y debe tenerse en cuenta como fuerza ponderable en las contingencias de la vida individual y nacional, en la evocación del pasado al afrontar las dificultades del porvenir.*"

Por ello Moreno pidió al Consejo que prestase atención en la elección del personal, tanto dirigente como de servicio, en las escuelas que tuviesen servicio de alimentación. En tal sentido destacó que felizmente no faltarían maestras voluntarias, competentes y desinteresadas para llenar estas nuevas tareas, tal como lo constató él mismo cuando al contribuir a repartir más de medio millón de comidas a niños y ancianos menesterosos, debió no pocas veces, pedir cooperación a muchas maestras de las escuelas públicas argentinas, maestras de vocación, para preparar y servir esos alimentos.

Además, ofreció Moreno la cocina de la Asociación "La Obra de la Patria", que presidía, instalada gracias a la filantropía de la señorita Victoria Aguirre en la calle Arenas 93 [esta calle probablemente corresponde en la actualidad a Sánchez de Loria], pues en ella se podrían preparar los alimentos destinados a los niños necesitados que vivían al sud de la calle Caseros y al oeste del Parque de los Patricios, mientras el Consejo no habilitase otro local. Al mismo tiempo mencionaba que "*allí, la miseria infantil es tanta que al local citado concurren diariamente a comer niños que viven en las inmediaciones del Riachuelo, en las proximidades de la Avenida Roca, es decir, a dos y tres kilómetros de distancia.*"

Finalmente, Moreno consideró como muy probable que una vez que este accionar fuese conocido por

los vecindarios beneficiados, algunas personas que lo comprendiesen y apreciaran ofrecerían su desinteresada ayuda, como había sucedido en otras partes, con las que se podría crear posteriormente una “Asociación Cooperadora del mejoramiento de las condiciones físicas del niño menesteroso de la Capital”.

“Este fin es necesario, si el Estado obliga al niño a concurrir a la escuela, el niño tiene derecho a que el Estado lo alimente, cuando sus padres no están en situación de hacerlo. Alimentar todo niño que sufra de hambre, es sin duda alguna, un deber ineludible de la Nación, pues si no ha alcanzado la edad escolar, requiere ser alimentado para que la alcance”.

Moreno sostuvo que era urgente iniciar la obra, y *“hacerlo con completa confianza en el éxito y con la cautela necesaria para evitar abusos”*. En su opinión esta nueva acción del Consejo, era sólo una de las que debían desarrollar en el cumplimiento de su mandato, y se hallaba comprendida dentro de las exigencias del espíritu de la Ley de Educación común. Para cumplir con tal espíritu Moreno sostenía que *“se debe igualar, física y moralmente, al niño menesteroso con el pudiente, en todo momento, en todo lugar, para que cuando ambos lleguen a ser hombres, sea una verdad práctica el artículo 16 de la Constitución Nacional. Para conseguir este resultado hay que alimentar al niño que lo necesite, para que viva, crezca fuerte y aprenda que, en esta Patria, no hay ni hijos ni entenados”* (Moreno, 1914b, p. 158-173; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 182-183; Riccardi, 2019, p. 320-324).

Escuela de la Cenicienta

No satisfecho con estas propuestas, el 31 de mayo de 1914 Moreno planteó al Consejo Nacional de Educación la necesidad de considerar la situación que se vivía en muchos hogares humildes, donde existían muchachas encargadas de la atención de las

casas, que a veces se limitaba a la pieza de un inquilinato, mientras sus padres y sus hermanos trabajaban.

Este proyecto “Escuela para la Cenicienta” (Bertolutti Flebus, p. 101), decía: *“En ocasiones falta el padre y la madre debe ganar el sustento de los hijos menores, entonces la hija mayor que aún no está en condiciones de trabajar para extraños o que no ganaría igual jornal que la madre, se encarga del cuidado de sus hermanos; en otras la madre y las hermanas mayores trabajan fuera de la casa y una se encarga de los chicos; a veces falta el padre, la madre o ambos, pero siempre hay en la familia crecida, una muchacha en edad de recibir instrucción escolar que andando los años queda ignorante en todo cuanto no se refiera al manejo del hogar, y cuya prosperidad tanto le debe”.*

Moreno consideraba que era *“necesario acudir en ayuda de esta pobre ‘cenicienta’, llevarle con la maestra ambulante la escuela práctica, a la que no puede asistir y que la ley que hace obligatoria su educación no puede obligarla a hacer lo que ella no puede: dejar la atención primordial familiar”.*

El Consejo Nacional de Educación, en el entender de Moreno debía ocuparse de este tema.

Luego de señalar que este servicio educativo sería poco costoso, ya que consideraba que no han de ser muchas estas ‘cenicientas’, que tenían derecho a que la fortuna que la educación favorecía les llegue al mismo rincón en que sufrían y vegetaban. Moreno proponía, con la idea de esta ayuda, el nombramiento de una comisión de damas versadas en la educación del pueblo, la que informaría sobre su practicabilidad y de ser ésta factible, sobre la forma de realizarla.

“Será una contribución más del Consejo Nacional de Educación, dentro de su conciencia, al bienestar del proletariado, que daría a su vez, origen a beneficios sociales y que completaría otras iniciativas suyas en vías de ejecución” (Moreno, 1914d, p. 251-252; Riccardi, 2019, p. 324).

Capítulo 29

OTRAS ACTIVIDADES E INICIATIVAS. ASOCIACIÓN CRISTIANA DE JÓVENES. LOS SCOUTS. EL INICIO DE LA AVIACIÓN NACIONAL. EL EJÉRCITO DE SALVACIÓN

Francisco P. Moreno, miembro y benefactor de la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA), 1902 - 1906

Las actividades de Moreno en relación con la Asociación Cristiana de Jóvenes probablemente fueron una consecuencia de los lazos familiares de Moreno con la comunidad británica (La Moglie y Sellés-Martínez, 2020, YMCA 2, 8). De allí su colaboración, voluntaria y financiera, con esa institución inmediatamente después de su fundación en 1902.

En 1906 fue miembro de una Comisión Especial que se formó para una campaña financiera, con el objetivo de conseguir fondos para la construcción de un edificio propio de la YMCA, que finalmente fue el edificio de Paseo Colón 161, lindero al edificio Railway. En esa comisión especial lo acompañaron: James Agar (el dueño de Agar, Cross y Cía.), Ricardo C. Aldao (que después fue el presidente del club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires), Edward Ellis Corder (empresario, primer presidente del club Quilmes,

cuyas oficinas de 25 de Mayo 33 fueron la primera sede de la YMCA), Heriberto Gibson (empresario ganadero), John Monteith Drysdale (contador del Estudio Deloitte), Ramón Santamarina (empresario, ganadero, uno de los fundadores de la ciudad de Monte Grande), Juan C. Zimmermann, y algunos más. Moreno contribuyó a esa campaña con \$ 500.

En 1906 también fue uno de los contribuyentes de otra campaña para equipar el campo de deportes de la YMCA, que estaba ubicado en un predio de la zona portuaria cedido por la Administración de Puertos. Moreno también participó y contribuyó en 1911 en una Comisión General, que integraron, entre otros, L. Huergo, O. Krausse, H. Pueyrredón, J.M. Ramos Mejía, E. Zeballos, y que se ocupó de la etapa final del edificio de Paseo Colón, con la construcción de la pileta de natación y compra de amoblamiento.

Entre 1909 y 1914 fue miembro de la Comisión Honoraria de la Asociación Universitaria (una división, dentro de la YMCA, para universitarios, que

tuvo su sede en Corrientes 1844), y uno de sus impulsores.

Moreno fue siempre un activo colaborador voluntario, y contribuyó en cada campaña financiera, en relación con diferentes proyectos, acercando a la YMCA a muchas otras personas.

Moreno y los Scouts de Argentina, 1908-1916

En 1908 y 1909 visitó el país Lord Robert Baden Powell, quien en 1907 había fundado en Londres la institución de los “*Boy Scouts*”. Durante su visita mantuvo prolongadas conversaciones con Moreno, quien a resultas de estos encuentros, comenzó a interesar a otras personas para que formasen “patrullas” de scouts, y él hizo lo propio en Parque de los Patricios.

El 9 de abril de 1909, el general R. Baden Powell, ya finalizando su gira por América del Sur, dictó una conferencia sobre el scoutismo en el salón de actos de la Asociación Cristiana de Jóvenes, entonces en la sede de la calle Moreno 452. El 10 de abril se formó una comisión promotora de la actividad en la Argentina bajo la presidencia de John Monteith Drysdale.

El 3 de septiembre de 1911, Arturo F. Penny que había recibido a Baden-Powell en abril de 1909, contactó a Russell D. Christian y a Moreno para concretar la formación de la 3ª Compañía de Barracas (actualmente Grupo Scout Coronel Pringles) en la Escuela N° 6 de la calle Santa María, un lugar muy pobre de ese barrio porteño, con el patrocinio de la Fundación “Obra de la Patria”.

En el relato de Russell D. Christian: “En septiembre de 1911 Arturo Penny me presentó al Dr. Francisco P. Moreno, a la sazón Presidente del Consejo Escolar V, quien deseaba introducir el *scoutismo* en la Escuela No 6 dependiente de ese Consejo y ubicada en la calle Santa María en un barrio pobrísimo de Barracas. A pedido de Moreno y con su ayuda material, a los dos meses, la 3a Compañía Barracas ya era una compañía floreciente”.

Con el patrocinio del Perito Moreno, nacieron otras compañías: Palermo, Belgrano, Caballito, Flores y el Centro (Compañía Estrada), extendiéndose el *scoutismo* en Buenos Aires y sus alrededores. Debido a este desarrollo, y al no haber una dirección común, la Comisión Promotora del *scoutismo* surgió de la iniciativa de la Asociación Cristiana de Jóvenes logró el apoyo de la Asociación Patriótica “Obra

de la Patria” para crear una asociación que reuniese todos los esfuerzos dispersos.

El 4 de julio de 1912, se reunieron, en la casa de Moreno, Caseros 2841 de la ciudad de Buenos Aires (donde hoy funciona el Instituto Félix Bernasconi), y resolvieron constituir la Comisión Organizadora del Movimiento Scout en Argentina o Instituto Nacional del *Scoutismo* Argentino (INSA) como una continuidad de las actividades de la Obra de la Patria, “Como medio de estimular en la vida de niños y jóvenes de la República, el gusto por las excursiones al aire libre, la observación de la naturaleza, el culto del honor, la lealtad y la honradez, el dominio y respeto de sí mismo y de los demás, el amor al prójimo, a la familia a la patria y a la humanidad.”

El acta de creación decía: “En la ciudad de Buenos Aires, a cuatro días del mes de julio de mil novecientos doce, los suscriptos, argentinos y extranjeros, reunidos en la casa del Dr. Francisco P. Moreno, calle Caseros N ° 2841, penetrados de la conveniencia de promover en la vida y civilización argentina, la fundación y mantenimiento de una ‘institución’ análoga en sus fines, a la que organizara en Londres el ilustre General Baden Powell, bajo la denominación de ‘*boys scouts*’ y cuya idea ha tenido la más entusiasta acogida en Inglaterra, en muchas naciones de Europa y América, de parte de los niños y de los educadores, y después de un cambio de ideas sobre su importancia educativa, como medio de estimular en la vida de los niños y juventud de la república el gusto por las excursiones al aire libre, las observaciones de la naturaleza, el culto del honor, de la lealtad y de la honradez, del dominio y respeto de sí mismo y de los demás, el amor al prójimo, a la familia, a la patria y a la humanidad resuelven: Primero: De acuerdo con el plan de la Asociación de la Obra de la Patria y aunando estos esfuerzos, a trabajos anteriores constituirse en Comisión Organizadora del movimiento en el país. Segundo: La institución se denominará: ‘La Asociación de *Boys Scouts* Argentinos’. Tercero: Designar a los Sres. Dr. Francisco P. Moreno: Presidente; General Rosendo Fraga: Vicepresidente; Montheit Drysdale: Tesorero; Dr. Modesto Quiroga: Secretario; General Ángel P. Allaria, José Juan Biedma, Juan Canter, Dr. Manuel J. Corvalán. General Luis Dellepiane, Ricardo Dowdall, Clemente Onelli, General Pablo Ricchieri, Tomás



Moreno en cerro Pelado, Mendoza, 17 de enero de 1913, explicando la significación histórica del lugar a excursionistas de la Obra de la Patria. Foto original en la Sala Moreno, Museo de la Plata.

Santa Coloma, Carlos P. Ripamonti. Coronel Martín Rodríguez, Dr. Frank Soler, Carlos Thays, Ing. Arturo Young: Vocales y Comisionado Nacional: Russell D. Christian, para que constituyan el Directorio Organizador Provisorio” (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 176-177; cf. Riccardi, 2019, p. 331).

En 1914 se designó el Primer Comité Ejecutivo de los *Boy Scouts*, que presidió Moreno hasta 1916 (Bertomeu, 1949, p. 404).

Algunos de los campamentos iniciales de los grupos scout dirigidos por Daniel Inocencio Moreno tuvieron como destino Gándara, muy probablemente la estancia Vitel, en la vecindad de Chascomús, propiedad de familiares de Moreno por línea mater-

na, y la misma en la que Moreno estuvo confinado en 1871, durante la epidemia de fiebre amarilla.

Pero la participación de Moreno en el movimiento scout no fue meramente organizativa, sino que se involucró personalmente en actividades y campamentos junto con los dirigentes y los niños scouts. Es así que, por ejemplo, el 2 de febrero de 1913 acompañó a un grupo de 23 scouts y 4 maestros scouts, en un viaje a San Lorenzo para conmemorar el centenario de la batalla homónima.

Moreno tenía en su biblioteca numerosos libros de Baden Powell y de otros autores, relacionados con la educación de los jóvenes y existen notas, e.g. de noviembre de 1920 y marzo de 1928, en las que se



Diploma designando a Moreno miembro correspondiente de la *Geological Society of London*, 9 de enero de 1900.



Diploma designando a Moreno miembro correspondiente de la Sociedad Geográfica de Berlín, 16 de junio de 1900.

dejó clara constancia por parte de la Junta Ejecutiva de la Asociación Nacional de *Boy Scouts* argentinos de la trayectoria de Moreno como “esclarecido presidente y fundador del scoutismo nacional” (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 177).

Los “Scouts de Argentina” han estado siempre presentes en actos de reconocimiento a Moreno, desde las ceremonias de sus exequias en 1919 hasta el homenaje realizado en 2019 ante la tumba de Moreno en la isla Centinela, al que tuvo la oportunidad de asistir el presente autor.

Moreno en el inicio de aviación nacional, 1912 - 1919

Moreno participó también en las actividades iniciales de la aviación nacional. Esta tuvo su origen en

la creación del Aero Club, el 13 de enero de 1908, por iniciativa de Jorge Newbery y de A. de Anchorena, el cual impulsaría posteriormente la constitución de una rama aérea en el Ejército.

El 27 de abril de 1912 se realizó la asamblea constitutiva de la junta nacional del Aero Club (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 199), presidida por Antonio de Marchi. Moreno fue designado vocal (Bertolutti Flebus, 1995, p. 99) e integró el núcleo fundador, junto a destacados personajes (Luna, 2001, p. 129-130). Los primeros tiempos fueron difíciles, pues en 1913 murieron tres pilotos, Manuel Félix Ordigone, tratando de unir Buenos Aires con Mar del Plata, y Lorenzo Eusebione y Pérez Arseno, y el 1 de marzo de 1914, Jorge Newbery, en un viaje exploratorio de los Andes.

En un principio debido a la carencia de fondos oficiales, se promovió la creación de una Comisión Recolectora de fondos pro Flotilla Aero Militar Argentina, que debía obtener dinero de instituciones, empresas y particulares. Para la Presidencia de la Comisión fueron elegidos Jorge Newbery y A. de Marchi, quienes fueron secundados por el secretario, Mayor Luisioni, y los siguientes vocales: General Ramón Ruiz, contralmirantes Manuel Domecq García y Juan A. Martín, Coroneles Martín Rodríguez, José F. Uriburu y Carlos Sarmiento, capitanes de navío: José Durand y Julio Irizar, ingenieros Eduardo Hunter, Jorge Ducloset y Carlos Aubone; Daniel Videla Dorna, Severo Vaccaro, Félix de Álzaga Unzué, doctor Francisco P. Moreno, Jorge M. Lubary, Samuel Fiale Pearson, doctor Adolfo F. Orrna. Otros secretarios efectivos eran Manuel Ramos Vivot, Genaro Rongo y Juan F. Zuanich, secretario rentado, Antonio Canela.

La comisión utilizó diferentes medios para impulsar la idea interesando al público, y con este fin, entre otras iniciativas, se imprimieron estampillas especiales de correos y tarjetas postales alusivas, en cuya ejecución participaron muchos pintores y dibujantes.

Moreno fue uno de los integrantes de esa comisión, y en tal calidad participó en la obtención de dinero, especialmente mediante la venta de postales, para lo cual ofreció dibujos de pintores argentinos alusivos a la independencia y motivos aeronáuticos, las que fueron impresas en los talleres del Arsenal Principal de Guerra.

Con los fondos y donaciones obtenidos por la comisión, se pudieron comprar seis aviones y un globo, lo que dio lugar a que el 10 de agosto de 1912 el Presidente Roque Sáenz Peña firmase el decreto de creación de la Escuela de Aviación Militar, primera institución de esta índole en Sudamérica, la cual fue inaugurada el 8 de septiembre del mismo año (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 199).

Autorizada por la comisión central ejecutiva, se constituyó una sub-comisión en Mendoza, la cual adquirió con los fondos recaudados un Morane-Parasol con el que años después el Teniente Luis Candelaria cruzaría la Cordillera de los Andes (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 199).

La participación entusiasta de Moreno en estos emprendimientos la mantendría hasta poco antes de

morir. Así el 29 de julio de 1919, participaría de una reunión de una comisión designada por la Comisión Directiva del Aero Club Argentino para secundar los trabajos de los relevamientos aerofotográficos de las lagunas Iberá y Mar Chiquita y el río de la Plata.

La mencionada comisión estaba formada por elementos técnicos de la misión aeronáutica militar italiana, del Aero Club Argentino, y algunos oficiales del ejército y armada nacionales, y tenía como misión proyectar la forma de iniciar los trabajos prácticos, que se empezarán inmediatamente con los hidroaeroplanos italianos de la estación naval de San Fernando.

La Comisión Honoraria designada estaba formada por el ministro de Italia, señor Víctor Gobioachi; oficiales de la misión italiana; los ministros de Guerra, Marina, Relaciones Exteriores y Obras Públicas; el gobernador de Buenos Aires, Dr. Crotto y miembros del Aero Club Argentino.

La Comisión Ejecutiva nombrada por el Aero Club, quedó constituida así: "Presidente del Aero Club Argentino, ingeniero Alberto Mascías; Jefe de la Misión Aeronáutica Italiana, capitán Antonio de Marchi, Coronel Enrique Mosconi. Coronel Ladislao M. Fernández, ingeniero Umberto Canale, coronel Esteban Vacarezza, capitán de navío Ismael Galíndez, teniente coronel Alejandro Obligado, doctor Guillermo Schulz, señor Carlos A. Tornquist, teniente de Navío Lauro Lagos, capitán Pedro Zanni, capitán Alberto González Albarracín, teniente 1.º Antonio Parodi, teniente de navío Juan M. Pastor, Eduardo Harriot y Ricardo Vago, ingeniero Jean Cánepa, oficiales de la Misión Aeronáutica Italiana, capitán Gustavo de Lucca, teniente de navío Luis de Riseis y teniente Antonio Locatelli; Enrique Burzio, Silvio Scaroni, Edmundo Gaio; profesor de topografía de la facultad de Ingeniería de Buenos Aires, ingeniero Ibero San Román; profesor de topografía de la Facultad de Ingeniería de La Plata Benjamín Sal, doctor Francisco P. Moreno, Frank Lavallo Cobo y Jorge Claypole (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 200).

La Comisión Consultora de Aerofotogrametría, citada por la Comisión Directiva del Aero Club Argentino, se reunió a las 5 de la tarde del 5 de agosto en los salones de la Misión italiana, Moreno 1332, con objeto de proyectar definitivamente la forma de iniciar los trabajos prácticos, que se empezarían in-

mediatamente con los hidroaeroplanos italianos de la estación naval de San Fernando.

Las inquietudes de Moreno por la aviación y su uso lo acompañaron toda su vida. Incluso y tal como lo registró el diario La Nación en su edición del 23 de noviembre de 1919, hasta pocos días antes de su muerte, acaecida el 22 de ese mes, “el día 13 del corriente, ansioso como era de todo lo nuevo, a pesar de la prohibición médica, quiso efectuar un vuelo sobre la provincia...”, cuyo relevamiento topográfico había hecho entre 1905 y 1909, bajo su dirección, la Comisión del Mapa Topográfico y Geológico de la Provincia de Buenos Aires (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 204).

Moreno y el Ejército de Salvación, 1913

En paralelo Moreno expresó su apoyo a entidades como el Ejército de Salvación.

Así el 28 de febrero de 1913, le escribió al Coronel Napp de esa institución: “*Con el mayor placer le*

doy mi opinión sobre la obra del Ejército de Salvación en esta Capital (...). Pues los trabajos de ustedes me son casi familiares. Ya en Londres entre 1899 y 1902 pude apreciarlo casi diariamente, y a mi regreso aquí me puse en contacto con sus oficiales. Nada más noble que la acción de los salvacionistas, ni nada más silencioso que el continuo sacrificio que importa. Tanto en la Boca del Riachuelo, como en los asilos de Humberto 1, de la calle Herrera, de la de Sáenz, en todo momento han auxiliado ustedes al necesitado, casi diré al despreciado, y no dudo de que, si se hiciera una investigación oficial sobre los resultados obtenidos por ustedes, y se divulgara, pueblo y Gobierno les entregarían la obra de regeneración tan necesaria (...). ¡Creo que son ustedes indispensables para la obra social que deben iniciar estos pueblos nuevos —de la transformación de la hez humana— su depuración al igual a la de las aguas! Muchos casos conozco en abono de esta creencia. Una visita a Sáenz o a Suárez convencería de ello a cualquiera” (Moreno, 1913b).

Capítulo 30

ÚLTIMAS PREOCUPACIONES DE MORENO

El estudio y distribución de tierras públicas Antecedentes, 1893 - 1898

Moreno no solamente se ocupó con sus estudios de contribuir al conocimiento de la geografía del país, sino que además expresó repetidas veces su preocupación por el uso y distribución que se hacía de las tierras públicas, preocupación que se hizo más evidente en los últimos años de su vida.

Ya en 1893 escribió “*Aquellas tierras, desoladas en esa época (...) ¡qué hermoso porvenir tienen, ocul- to por su aspecto árido, sus salitrales, sus médanos y sus matorrales espinosos!*” (Moreno, 1893, p. 74) y en 1898 insistió repetidamente, sobre la base de su “*conocimiento personal del terreno (...) en la impor- tancia grande de esos territorios (...) para que se estu- diaran esas tierras y fueran así aprovechadas cuanto antes*”. (Moreno, 1898, p. 205).

Para ese entonces, Moreno (1893, p. 94-98) esta- ba desencantado con el reparto de la tierra pública: Al respecto escribió: “*doce años han transcurrido des- de que el cacique Ñancucho fue muerto defendiendo el suelo en que nació, desde que, con medios violentos, innecesarios, quedó destruida una raza viril, utiliza- ble, y desde esa fecha apenas tenemos uno que otro dato geográfico nuevo como resultado del paso de las columnas militares expedicionarias a Nahuel Huapi. La geografía de aquellos territorios está aún por ha- cerse, pero ya tienen propietario. Concesiones dadas a granel; cientos de leguas a veces en poder de un solo afortunado. ‘Para qué sirven aquellas tierras’ es la fra- se consagrada que en no pocas ocasiones hemos oído*

a no pocos de los que tienen en sus manos la fortuna de la patria. Busque el lector un mapa de aquel ter- ritorio y con asombro verá que la región de Nahuel Huapi (...) está dividida entre dos propietarios por una simple concesión y a vil precio. Nuestros gobier- nos han distribuido aquellas tierras sin criterio algu- no, y lo han hecho con la conciencia de que los planos empleados para ubicar las concesiones tenían quizás menos exactitud que los de los paisajes lunares usados por los colonos selenitas en algunas novelas científi- cas. Sin embargo, no se ocultará al menos avisado el grande interés nacional que hay en que aquel inmenso triángulo formado por los ríos Limay y el Neuquén y los Andes, sea conocido en todos sus detalles; pero, también grande es entre nosotros la desidia por todo aquello que no representa un beneficio inmediato en dinero. ¡Hay tanta distancia entre el rápido producido de un ‘pase’ en la Bolsa y el lento aprovechamiento del suelo patrio! Desgraciadamente para el común de la población argentina de hoy, mayor interés despierta la animosidad entre Pedro y Diego, la lucha por el pre- dominio de las personalidades y de las que no lo son, que el conocimiento del suelo en que se desarrolla esa lucha, la que a veces ciega de tal manera, que cuando cesa, los combatientes encuentran disminuía la ex- tensión de la arena”.

Y en referencia a la zona del valle del Chalia, en Santa Cruz, enfatizaba que se trataba de una “*exce- lente región para una colonia pastoril, en la que po- drían establecerse permanentemente los indígenas que la ocupan desde tiempos inmemoriales, sin temor*

de ser desalojados por los compradores de 'Certificados de la Compañía del Río Negro'. La Nación tiene el deber de dar en propiedad tierra a esos indígenas' (Moreno, F. P., 1898: a: 304).

Decía Moreno (1898: 202-204): "Es necesario que reaccionemos cuanto antes los argentinos sobre nuestro abandono del aprovechamiento fructífero del suelo de la república y de las riquezas naturales que encierra. Siente pena el que piensa sobre este abandono; y si bien de cuando en cuando iniciativas aisladas tienden a producir reacción benéfica, estos esfuerzos no están protegidos por el conveniente conocimiento del medio a que se dirigen, y entonces, o escollan contra obstáculos que los anulan, o dan resultados, si no contraproducentes al fin que se busca, apenas insuficientes para que produzcan los beneficios que de ellos se esperan. Nos falta siempre segura base, es decir, el completo conocimiento de la geografía, geología y meteorología, de la fauna y de la flora, y los que nos empeñamos en que este conocimiento se tenga cuanto antes y luchamos por conseguirlo contra la indiferencia pública y los intereses de algunos, para los que la ignorancia produce fácil ganancia, aun cuando sea en detrimento de la colectividad nacional, no debemos cejar en ese empeño, pues estamos convencidos de que la República Argentina no alcanzará el puesto a que tiene derecho en el concierto de las naciones, mientras la riqueza nacional no esté afirmada sobre bases mucho más sólidas que las actuales.

Triste es decir la verdad de lo que pasa con las regiones que describiré en seguida a grandes rasgos al relatar en general el reconocimiento que practiqué (...) en el verano de este año. La especulación, principalmente en los territorios australes, crea un valor ficticio a las tierras, que tiene en general por base la audacia o la ignorancia, sin que produzca un céntimo al tesoro nacional; y esa especulación, que no podrá existir con el aprovechamiento de la tierra por los que la labren, es mantenida por la ignorancia de esa tierra por parte de los que tienen el poder de hacerla valer y entregarla a quien la pueda explotar, conociendo de antemano el fruto que puede dar".

La distancia y la falta de caminos carreteros no son los principales obstáculos; estos son los que produce la falta de una buena ley de tierras que permita al colono trabajar en lo suyo desde el primer momento que lo ocupa, obstáculo con que se tropieza en todos

nuestros pueblos nacientes del sudoeste: pertenece el suelo a un afortunado particular que no siempre lo posee con buen título, cuando este no ha sido arrancado al Fisco por sorpresa o por indiferencia de los que tienen el deber de vigilar por el cumplimiento de las leyes que rigen su enajenación, o es del Fisco, y este no se preocupa como debiera, de arraigar al poblador dándole o vendiéndole el pedazo que pueda cultivar" (Moreno, F. P., 1898, p. 223, 226).

Cuando regresé en 1880 de mi viaje a esas regiones e hice pública su fertilidad, nadie creyó en mis afirmaciones: la rutina decía que Patagonia era sinónimo de esterilidad, y, váyase a fiar uno de entusiasmo de viajeros que dicen lo contrario. Pero las poblaciones de los colonos son el mejor justificativo de la bondad de la tierra y del fruto que da cuando se la trabaja con ahínco y perseverancia. Hay comodidad en aquellas cabañas humildes, y si los colonos que llegaron y se establecieron allí desde 1888, recibieran en propiedad el lote que se les prometió, que poblaron y que aún no se les ha otorgado, indudablemente la Colonia 16 de Octubre sería hoy la más importante de Patagonia; pero, desgraciadamente, no pocos tropiezos tienen en sus afanes, pues las tierras que rodean el valle ya han sido 'ubicadas' desde Buenos Aires, y las quejas que oigo sobre avances de los nuevos propietarios me apenan. ¿Cómo hemos de desarrollar la población en Patagonia, cuando tras una iniciativa laudable, se dictan medidas que las anulan? Más de un pedido he recibido de esos pobres colonos para que trate de impedir que no se reduzca el perímetro de la colonia, pero, ¿qué hacer cuando no se escuchan voces de tan lejos y se procede de manera tan contraria a los intereses del país! Gran beneficio produciría una resolución general del Gobierno de la Nación, ordenando la suspensión de toda ubicación de terrenos y de todo remate de tierras en Patagonia, mientras no se conozca el valor de esas tierras y la mejor forma para su aprovechamiento." (Moreno, 1898, p. 279-280).

Parece imposible que se haga la ubicación de la tierra fiscal sobre documentos tan incompletos, y en los que la orografía e hidrografía representada está lejos de ser la verdadera. Muchas desilusiones conozco por parte de los que han adquirido tierras confiadas en el dibujo de ese plano. Nuestro sistema de división y ubicación de la tierra pública en



Propuesta de Moreno al Ministro del Interior Indalecio Gómez para dividir la Patagonia en territorios.
10 de junio de 1913.

los territorios nacionales, que no está basado en un plano exacto y detallado que contenga los elementos de juicio necesarios para asignar el terreno en su verdadero valor, no puede ser más perjudicial y detendrá seguramente el progreso de esos territorios. La despreocupación actual, por parte de las oficinas encargadas del manejo de las tierras públicas es imperdonable. Las mensuras contratadas por ellas, o no contienen los elementos necesarios para apreciar la topografía de los terrenos, o los planos que consignan sus resultados son mal dibujados; y la responsabilidad de estas deficiencias corresponde a quienes entregan tales datos a la publicidad con carácter oficial, datos que son los únicos en que pueden basarse para sus cálculos la mayor parte de los que desean adquirir tierras nacionales (...). La generalidad de los compradores de tierras en los territorios del sud juegan a la lotería al elegir los números de sus lotes en los planos oficiales, y de ahí el bajo precio, relativo, a que alcanzan las ventas, y de ahí también las facilidades para que algunos obtengan grandes áreas de tierra cuyo valor ignora la nación que tanto dinero gasta en esas mensuras de resultados visibles tan incompletos. Recordemos la colonia Sargento Cabral y también la colonia indígena San Martín, en la que si bien la tierra es aprovechada, en buena parte, ha sido designada sin estudio previo alguno, pues no comprende su perímetro un solo árbol que pueda ser utilizado para construcciones, ni tampoco leña en cantidad necesaria para una colonia de la extensión dispuesta, cuando a corta distancia se encuentran terrenos adecuados, los que han sido dejados de lado, y que infelizmente, se encuentran ya en manos de particulares. El Valle del Tecka y los cañadones más o menos extensos de las mesetas que lo rodean, están destinados a contener muchos centenares de miles de ovejas y reúnen mejores condiciones para establecer grandes colonias que otros terrenos del interior de la república, que han sido ya colonizados". (Moreno, 1898, p. 284-285).

Estas inquietudes de Moreno se incrementaron después de que en 1903 donara tierras para parques nacionales, y desde entonces no había cejado en el empeño de hacer comprender a las autoridades que era necesaria una mayor preocupación por el aprovechamiento del suelo, dado el abandono existente en lo que hacía al uso de los recursos naturales.

Iniciativas varias, 1917-1918

En 1917, Moreno, en una nota al Director de Tierras y Colonias (cf. Fiori y De Vera, 2002, p. 121; Riccardi, 2019, p. 197), se quejaba por la pobreza del material cartográfico con el que se manejaba el gobierno. Consideraba que los trabajos que había realizado la Comisión de Límites eran superiores a los más costosos de la Dirección de Tierras y Colonias y destacaba que la Dirección de Territorios Nacionales usaba mapas publicados por la Comisión de Límites chilena "que en gran parte no son sino copia mala e incompleta de los contenidos en la 'Evidencia Argentina', con el agravante de que a todos los nombres dados por nosotros a caracteres geográficos nuevos, con el derecho de primer descubridor, fueron cambiados por otros de acuerdo con las simpatías chilenas, hasta insinuar cierta sombra sobre el General San Martín, al dar a una península en el lago que bauticé con su nombre en 1877, el de Península Cancha Rayada (...)". Señalaba además "No puedo olvidar que cuando partí para Londres con motivo del arbitraje británico (...) se criticaron risueñamente por algún gran diario, mis grandes cajones de mapas y mis miles de fotografías, crítica inspirada por nuestra cancillería que no veía con buenos ojos lo que no fueran papeles viejos o difusas opiniones de abogados que conocían de geografía andina lo que podía conocerse en el Atlas de Martin Moussey".

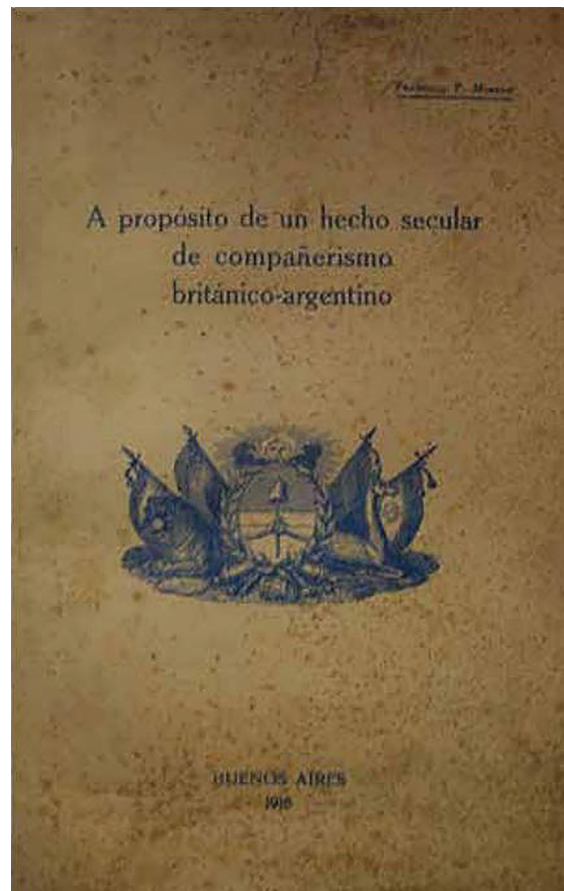
En 1917, Moreno denunciaba a los acaparadores de tierras que, aprovechándose de las deficiencias de las leyes, se habían favorecido "por la ignorancia, la desidia y la despreocupación de los encargados de aplicar las leyes, y aun por la criminal complicidad de algunos de ellos". Y en otro escrito sostenía que "El gobierno central no disponía de datos ni de mapas con que fundar sus resoluciones relacionadas con el suelo, sus recursos naturales y su explotación" (Delrío, 2005, p. 196).

En otra nota al interventor de la Dirección de Tierras y Colonias, Dr. I. Maza, del 30 de abril de 1917, escribió Moreno con relación al decreto del Poder Ejecutivo, del 21 de abril, por el que la nación recuperó algunos cientos de leguas de tierras fiscales: "Me cuento entre los que desde algunas decenas de años atrás ha visitado esas y otras tierras, que señalaron (...) su importancia para el desenvol-

vimiento nacional y criticaron siempre su abandono y su despilfarro (...). “No es mi ánimo ocuparme de (...) operaciones dolosas, porque usted las conoce bien, pero le diré que creo que si los compradores, despreocupados de los propósitos de nuestras leyes de tierras, y aprovechadores de las deficiencias de estas han obtenido malamente esas tierras, favorecidos en mucho por la ignorancia, la desidia y la despreocupación de los encargados de aplicar esas leyes, y aun por la criminal complicidad de algunos de ellos (...). Con este decreto se inicia una nueva era: la de la verdad, de la justicia, de la ciencia práctica, en todo cuanto se refiera al suelo porque con el P. E. (...) entra a tratar la tierra pública como corresponde ser tratada. Por lo tanto, conviene que le señale a usted algunos antecedentes (...) que no hay que olvidar para contrarrestar cuanto antes los grandes peligros (...) para un próximo futuro”.

“En algunas publicaciones (...) denuncié el desalojo del poblador útil por el especulador metropolitano y mensuras tan mal ejecutadas que no merecían ese nombre y, posteriormente, he divulgado hechos análogos en otras regiones del país, señalándolos a quienes tenían en sus manos los medios de corregirlos, pero (...) rarísimo fue el caso en que se me escuchó. Aun cuando nunca he buscado beneficio personal durante los cuarenta y cinco años que he dedicado a conocer, estudiar y a encontrar el medio de aprovechar el suelo nativo, por hombres fuertes e industriosos, preparados para la acción en los tan distintos medios físicos en que está dividida la república, tuve casi siempre por contestación la duda, la indiferencia, cuando no la hostilidad, porque mis verdades perjudicaban no pocas veces a intereses bastardos: pero hoy me llega la compensación al desearse que contribuya a que se aprecien (...) las condiciones físicas de los territorios nacionales, y las del aprovechamiento de sus tierras por parte de sus pobladores y del fisco, principiando por (...) las investigaciones que se practican actualmente en la Dirección de Tierras y Colonias. (...). 25 años atrás llamé la atención de los poderes públicos acerca del gran valor (...) y de las halagüeñas esperanzas cifradas en toda la Patagonia (...).

Creo que con lo que dejo escrito (...) encontrará usted justificado mi interés por su tarea actual” (Moreno, F. P., 1917^a; cf. Riccardi, 2019, p. 199-201).



Escrito inédito de Moreno de 1918, titulado “A propósito de un hecho secular de compañerismo británico-argentino”.

Preocupación por las deficiencias cartográficas

Entre abril y mayo de 1917 Moreno inició una polémica (Cartas a La Prensa, del 30 de abril, 5, 9, 13, 16, 20 y 24 de mayo) con el Instituto Geográfico Argentino al que achacó una cartografía poco precisa y se quejó además de la destrucción de hitos y por la gran cantidad de tierra en manos de extranjeros, lo que a su entender podía comprometer el desarrollo futuro del país. (En Rato de Sambuccetti, 2009, p. 17-25).

Moreno cuestionó toda la actuación gubernativa sobre la tierra pública, la falta de conocimiento del suelo, por una parte, la absoluta imprevisión sobre la reserva para centros de irradiación cultural y eco-

nómica y para la construcción de las vías de acceso necesarias para las mismas.

En una carta publicada por el diario *La Prensa*, el 14 de mayo de 1917, destacó Moreno las ignorancias y descuidos del gobierno en el conocimiento de las tierras públicas.

“(...) ignorancia en que están el pueblo y el gobierno sobre el territorio nacional. No conocen ni siquiera su relieve e ignoran su hidrografía. No hay un mapa que no sea de los de uso común de librería (...). Ninguna oficina pública cuenta con elementos seguros de juicio sobre las condiciones físicas de ciertos detalles necesarios para sus fines (...).”

Regiones señaladas hace cuarenta años no figuran todavía en ningún mapa, a pesar de las características que ofrecen. (...) El desconocimiento del territorio (...) podría disculparse en los comienzos de la unidad nacional por cuanto no era posible posponer ante ningún problema el de organizar la República. Después de haberse realizado esa obra, como la de exploración de las regiones lejanas, uno de los objetivos primordiales que debieron haber atraído la atención de los gobiernos fue el de adelantar rápidamente el conocimiento del suelo en todos sus detalles. Esa empresa tiene una importancia extraordinaria, que rebasa (...) la curiosidad científica. Los órganos del Estado se hallan obligados a llevarla a la práctica, para que (...) sirva de base a (...) el progreso material, y también, por la necesidad de que no haya un solo punto del territorio nacional, en que no se haga sentir (...) la acción energética y fecunda de las autoridades, como vanguardia de los hombres de trabajo, que con su esfuerzo llevan la civilización y los ideales argentinos. (...) Aun en ciertas zonas (...) la apatía gubernativa ha llegado a permitir que se hiera el sentimiento de la nacionalidad a (...) que, en determinadas zonas (...) circulen moneda y timbres de correos extranjeros (...).” (Moreno, F. P., 1917b: 8).

Propuesta de investigación del suelo

El 6 de julio de 1917, Moreno le envió otro memorándum al interventor de la Dirección de Tierras y Colonias, doctor Isidro D. Maza, referido al plan de trabajos para la investigación del suelo en los diez territorios nacionales, comenzando por el extremo NE que comprende los de Formosa, Chaco y Misiones (cf. Riccardi, 2019, p. 204):

“Entiendo (...) que se trata: 1. ° de conocer y evaluar las condiciones físicas presentes de las tierras fiscales y particulares y las posibilidades de usarlas, (...) teniendo en cuenta su posición geográfica y las conveniencias públicas (...), 2. ° Conocer el estado de explotación de las tierras arrendadas o vendidas (...). Tal plan debe ser trazado para uso general en los diez territorios (...) mientras no tengamos el Servicio Científico del Suelo Nacional que tienen la mayor parte de los países (...) corresponde a la Dirección General de Tierras y Colonias dirigir y realizar las investigaciones pertinentes (...) de reconocer las condiciones naturales de nuestro suelo e indicar su mejor aprovechamiento (...).

Para proyectar este plan de manera que pueda satisfacer las conveniencias nacionales relacionadas con la tierra, con su valor económico, social y político (...) he examinado (...) buen número de antecedentes que se conservan (...) en las diversas oficinas de esa Dirección (...).

Creo (...) que la situación de nuestro país no se solucionará favorablemente mientras no se obtenga de la tierra todo lo que (...) lograremos (...) solo cuando obtengamos esos recursos fundados en la investigación in situ, de la tierra pública o privada, para clasificarla y utilizarla totalmente en su superficie y en sus profundidades, aunando el interés colectivo con el particular” (Moreno, F. P., 1917d).

Propuesta para instalar una estación agronómica en la isla Pavón

El 30 de julio de 1917, Moreno (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 20) le pidió a Maza, Interventor en Tierras y Colonias, nacionalizar ciertos puntos, como la isla Pavón que se encontraba en manos extranjeras y pedía que se la diesen a un argentino hasta que el gobierno pudiera instalar allí una estación agronómica. El 9 de octubre de 1917, insistió por nota al director general de Tierras y Colonias, Dr. I. Maza del 9 de octubre de 1917 sobre el tema de la isla Pavón:

“(...) Visité ese lugar en 1874, llegando allí a pie, desde el puerto, porque lo consideraba como un deber esa visita al lugar más austral que permanentemente protegieran nuestros colores (...).

Hoy es propiedad nacional, y creo que no debe ser enajenada, como tantos otros sitios que han pasado

a manos extranjeras por descuido, despreocupación o conveniencia de malos argentinos. ¿Por qué no arrendarla a título precario, a un argentino, que la cultive, al mismo tiempo podría ser una pequeña huerta de ensayo? Allí vi en 1876 trigo con fruto, sembrado por Piedrabuena.

Dufour me dice que ha solicitado dicha isla un señor (...) catalán, y que un argentino con muchos años de residencia en Santa Cruz, con hijos nacidos allí, la desea también, pero que el primero está apoyado por 'altas influencias acaparadoras', y me temo que usted pueda ser sorprendido. Por qué no conceder al (...) argentino, el uso precario de esa tierra, es decir mientras el Gobierno no establece allí una pequeña estación agronómica, desde que quizás es el punto más favorable de esa región para ello. Además, la isla queda solo a 500 metros del balseo que sirve para ligar el este y el oeste del río Santa Cruz, y una vez establecido por cuenta de la nación podría ser habitada por los encargados de ese servicio, tan importante.” (Moreno, F. P., 1917g; Riccardi, 2019, p. 206).

Todavía, el 17 de octubre de 1919, un mes antes de morir, Moreno (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 23-24) le escribió a Maza, del Departamento de Tierras y Colonias, aconsejando la reserva de ciertos sectores del río Santa Cruz para crear una colonia agrícola-ganadera, que pudiese desarrollar tareas tanto en verano como en invierno. Allí Moreno volvió a sostener que “(...) el porvenir argentino está en el sur, que allí se desarrollará el tipo humano fuerte, que establecerá el equilibrio étnico y económico de la República”.

Propuesta de creación de una institución para la promoción de las riquezas naturales

En la misma fecha le envié un extenso memorándum al Ministro de Agricultura Honorio Pueyrredón (...) sobre las riquezas naturales de la Argentina y su promoción con la creación de una institución para tal fin.

“Desde que empecé a recorrer con los ojos abiertos el país, observé la necesidad de mayor preocupación por parte de sus autoridades por el suelo (...) y a medida que adelanté en experiencias sobre el terreno más tristes fueron mis impresiones, tanto abandono advertía en cuanto al uso que estábamos haciendo de nuestros recursos naturales; pero por más que señalé los males, observados en el sur y en el norte, muy ra-

ras veces fui escuchado (...). Desde medio siglo atrás, empezaron nuestros gobiernos a enajenar tierra pública en grandes extensiones, sin tener el menor conocimiento de sus condiciones físico-geográficas de las que (...), dependen las condiciones económicas, ignorando por consiguiente estas, empezó el despilfarro de esa tierra (...). ¡Y, es tan fácil la reacción con un poco de buena voluntad! Todo el provenir de la nación está en el uso que se haga de la tierra y de sus recursos naturales (...). Miremos (...) cualquier mapa argentino y veamos (...) lo que puede hacerse para llevar la nación a ser la Grande Argentina, (...) y prosperar entre las grandes naciones (...). La geografía política del Globo va a sufrir una profunda transformación (...). Quizás se reduzca o se multiplique el número de naciones, pero seguramente se impondrán las confederaciones de pueblos cuya situación geográfica y elementos étnicos las haga necesarias para la defensa y prosperidad común; se disiparán ante intereses comunes las rivalidades, hijas de perjuicios o conveniencias mal entendidas (...), pero siempre en esta América (...) el provenir está en lo que se hará sobre la tierra inculca dividida como lo manda la naturaleza y el buen uso (...) de esta (...).

Revisto lo que sé de las fuerzas económicas de otras naciones que pueden intervenir en nuestro crecimiento (...) y me siento obligado a decir cuán necesario es que no perdamos un segundo en desarrollar las nuestras, en forma que el desarrollo de elementos extraños a nuestro país, aún latentes, no nos traiga perjuicios. Bolivia, el Paraguay, el Brasil son ya países ganaderos y productor este último de cereales y pronto rivalizarán con nosotros en la producción bovina. Más al norte, Colombia y Venezuela pronto se encontrarán en condiciones más favorables para esa industria, mientras que ya he señalado el desarrollo tan prometedor de la oveja en el Perú, Ecuador y parte de Bolivia. El Canadá produce tanto como nosotros en las industrias agropecuarias, mientras que en el África del sur avanzan rápidamente. En Asia (...) solo Mesopotamia y al Asia Menor producirán más cereales que nosotros, con la ventaja de la proximidad de los centros populosos consumidores y a Siberia se la considera como el futuro mayor granero del mundo; más, la industria pecuaria se está desarrollando allí en proporciones colosales (...). No creemos, pues, que continuaremos contándonos entre los productores de

primera línea de cereales, carne, lana y cueros, con solo las actividades presentes. Pensemos sí, que debemos multiplicar estas, y que lo conseguiremos si sabemos utilizar prudentemente la tierra.

Para ello fundemos una gran institución que nos oriente hacia estas y otras mayores producciones, institución que tenga a su cargo el estudio del suelo y de sus capacidades, que mensure la tierra oficialmente, que ponga toda atención en su entrega a la industria privada, evitando todo cuanto pueda redundar en perjuicio público, que tenga por norma siempre el bienestar general. Institución que podría comprender la Dirección General de Tierras, la Dirección General de Geología y Minas, la Dirección de Bosques y Yerbales, y que estudie el suelo y sus aguas, siempre bajo el punto de vista técnico, quedando a cargo de subsecciones lo administrativo (...).

Hagamos un movimiento como el que iniciaron en Estados Unidos sus presidentes Roosevelt y Taft, buscando el medio de manejar nuestros recursos naturales sin gastarlos y entonces tendremos los elementos de riqueza que salven a la república de sus dificultades presentes. Tenemos aún mucha y buena tierra pública, procuremos sobre ella la pequeña suma que requieran los primeros trabajos de esa institución y los millones de nuestra renta fiscal surgirán donde apenas hoy se recogen solo centenares de pesos. Un ejemplo ¿No es increíble que por la ignorancia de quienes entregaron a la explotación leguas que alimentan solo mil ovejas, abonen arrendamiento igual que la que soporta seis mil? ¿Cuánto recurso desdeñado o malbaratado!

En octubre de 1918, Moreno, en relación con la distribución de tierras en la región patagónica limítrofe con Chile, envió un memorando (AGN, AFPM,) al Interventor en el Departamento de Tierras y Colonias, Dr. Maza, en el que destacó que “*todos los puntos verdaderamente estratégicos, económica y militarmente, están en manos de Sociedades Anónimas*” (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 21-22) y que “*entre el lago San Martín y el Nahuel Huapi, las tres cuartas partes de la tierra está, por compra, arrendamiento o pastaje, en manos de compañías chilenas*”. Señalaba también que “*En Tierra del Fuego los ganados generalmente pastan en un país y duermen en otro, pues algunas estancias se extienden en los dos, y así no se cumplen disposiciones aduaneras, lo que redunda en perjuicio del Estado*”.

Moreno adjuntó a su memorando un proyecto de creación de una Oficina de Informaciones para consultas del Gobierno, en la misma línea del proyecto de un Servicio Científico Nacional que, como diputado, había presentado en 1912. Decía Moreno, citando a T. Roosevelt: “*(...) ninguna nación tiene el derecho a emprender una gran tarea, si no está preparada para realizarla de una manera magistral y efectiva*” (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 30).

Preocupación de Moreno por cuestiones mineras

En mi carta al señor ministro de Agricultura (...) le encarecía la conveniencia de suspender toda concesión de carbón y petróleo. El presidente Roosevelt, en 1907, consiguió reservar permanentemente para su país cien millones de acres de tierra, para uso público, por su contenido de petróleo, carbón y varios minerales. Hagamos nosotros otro tanto con las tierras que contienen análogas sustancias ¡Cuidado con los acaparamientos con miras comerciales y políticas! Declaremos también propiedad nacional el combustible blanco, el torrente, la cascada y, sobre todo, estudiemos la tierra como lo manda el sentido común, cambiando las leyes y los métodos anticientíficos actuales. Solo así llegaremos a crear la ‘Gran Nacionalidad Americana del Sur’. (Moreno, F. P., 1917e: 246-248, 252-253, 292-294; Moreno, E. V., 1942: 216-218; Bertomeu, 1949, p. 405-407; Riccardi, 2019, p. 202-204).

Entre mayo y julio de 1917, Moreno trató además *in extenso*, en notas a Honorio Pueyrredón y a Maza (en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 27-28), la “*cuestión minera*”, mencionando la existencia de petróleo en las inmediateces del Shehuen y de carbón en las márgenes del lago San Martín, al igual que en las cercanías del Nahuel Huapi, cuyas ventas “*se están tramitando en Chile*” (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p. 27). También mencionó sus denuncias previas sobre la existencia de carbón en el Valle 16 de Octubre, en la región del Epuyén, en territorio del Neuquén, y en Santa Cruz, tratando de evitar que se vendieran tierras fiscales y que se favoreciera a Rada Tilly como salida a la producción regional andina y del petróleo de la región. Pedía también que se tomaran medidas con respecto al bórax, al hierro y cobre de Misiones. (cf. Rato de Sambuccetti, 2009, p., 28).

Al respecto, sostenía Moreno que “*Toda denuncia de minas, pedido de explotación y cateo será*

acompañada de los antecedentes que justifiquen que no se trata de un simple juego de azar” (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 29).

Consideraba que se debía conceder la explotación con participación en los beneficios, como se hacía en EEUU y Canadá. Pero entendía que *“la patente no es suficiente, pues intereses privados y políticos extranjeros pueden detener el progreso de una región, con solo el pago de la patente y multiplicándola por el de diversas áreas del país. Se comprometen intereses nacionales con el abandono de los boratos en el norte y veamos qué puede suceder con el petróleo, carbón, hierro, wólfram, tan precioso hoy para la defensa nacional”.*

Moreno sobre el desarrollo minero en Mendoza y San Juan

El 23 de agosto, en carta al Ministro del Interior L. Melo (cf. Rato de Sambucetti, 2009, p. 29) expresaba Moreno su confianza en el desarrollo minero de Mendoza y San Juan pues poseían minerales metálicos y fuerza hidráulica.

En su nota a C. F. Melo escribió sobre la reforma del Código de Minería señalando que se equivocaban quienes pensaban que *“la industria minera es un juego de azar lleno de sorpresas y de imprevistos”.* *“(…) Esa industria está basada en los resultados de un estudio previo (...) de los yacimientos (...). Creo (...) que es la nación la que debe gobernar la minería aun cuando las provincias obtengan los beneficios directos de esta.*

Es necesario que nos demos cuenta de que las riquezas naturales, los recursos naturales, de nuestro suelo, pertenecen ante todo a la Nación entera porque de su aprovechamiento depende nuestra existencia, nuestro bienestar, nuestra defensa, nuestra expansión económica (...). Cada una de las provincias, cuida más o menos, sus propios intereses, pero corresponde a la nación armonizar estos en todo su territorio. No porque alguna por falta de recursos o por ignorancia descuide las condiciones económicas de su suelo debe sufrir el todo nacional (...).

La contribución de la minería al desarrollo argentino es uno de los más importantes problemas a estudiar. Media república puede y debe ser minera y para que lo sea debemos hacer constar en el Código de Minería, que toda denuncia de minas, todo pedido de exploración y cateo será acompañado de antecedentes que justifiquen que no se trata de un simple juego de

azar, esto mientras no sea científicamente estudiado el suelo nacional (...). Igualmente conviene disponer que el Gobierno de la Nación, tenga el derecho de reservar para el servicio público, ciertos yacimientos, en la proporción que conviene a las necesidades del presente y futuro, de las materias minerales cuyo uso sea indispensable para el bienestar y defensa nacional (...). Dando estas atribuciones al Poder Central y a las provincias, cuando sus conveniencias no perjudiquen las nacionales, creo, más bien estoy convencido de que la minería será uno de los más grandes factores de nuestro seguro provenir (...). Todos sabemos lo que está pasando con los boratos del Norte. Conozco personalmente toda esa región y puedo decir (...) que estamos comprometiendo graves intereses nacionales con su abandono (...). Entrevemos lo que puede suceder con el petróleo, el carbón, el hierro, el wólfram, tan preciosos hoy para la defensa nacional. Respecto a estos minerales estamos en el mismo caso que la tierra fiscal que vendemos, arrendamos sin conocer sus condiciones y por lo tanto la conveniencia de desprendernos de ella (...)” (Moreno, F. P., 1917f).

Por otro lado, el 24 de octubre de 1917, en carta a Maza, publicada en *La Prensa*, pidió Moreno que no se entregase tierra en venta o arrendamiento entre lago Argentino y lago Buenos Aires y que allí se aplicase la Ley del Hogar. Decía: *“Vender tierra sin conocerla es atentar contra el presente y porvenir de la Patria”.* (en Rato de Sambucetti, 2009, p. 20).

Tareas de Moreno para el Ministerio de Agricultura y la Dirección de Tierras

En 1918 Moreno (1918-1919, p. 1-2) realizó tareas *“sin interés particular alguno”*, a pedido del *“Ministro de Agricultura y de la dirección de tierras y colonias”*, las que *“(…) fueron ejecutadas todas persiguiendo un fin común; el de cooperar sin descanso al estudio del suelo argentino y al de sus diversas potencialidades, relacionándolo con el de los países vecinos, para que ese estudio sea fuerza principal de cohesión, bienestar, prosperidad continua, defensa y natural expansión nacional, y la República Argentina constituya, tanto con el conocimiento y aprovechamiento de sus condiciones físico-geográficas y económicas, como con el de los elementos étnicos y sociales que aquellas naturalmente desarrollarán, la gran nación americana austral, que entrevieron nuestros mayores y a cuyo*

servicio me consagré en mi adolescencia y quiero servir hasta la terminación de mi vida”.

Visión de Moreno sobre la Patagonia: tierra de promisión

En escritos de 1918-1919 volvió Moreno a reiterar y remarcar sus apreciaciones de 1898 sobre la Patagonia como tierra de promisión (Moreno, F. P., 1918-1919, p. 90; Riccardi, 2019, p. 161): “(...) *el paisaje, en su suelo, su topografía, su flora sugería risueñas promesas de la proximidad de un futuro vigoroso ante aquel desierto ya pasado, y el fugaz presente de mi paso. Mesetas, lomadas, pequeños valles, verdes cañadas, y quebradas abiertas en la negra lava, prometían éxito al hombre de labor que allí llegaría tan luego como terminaran las incertidumbres que mi acción debía contribuir a disipar y me fue gratísimo encontrarme con que los (...) que allí se habían establecido eran viejos compañeros de trabajos en el Museo de La Plata, que buscadores de fósiles, enviados a esos lugares diez años antes, habían escuchado mis consejos, estableciéndose en las costas del río, con ovejas malvineras que prosperaban admirablemente.*

Indudablemente en no lejanos días, los millones de guanacos que allí vimos, habrán sido sustituidos por millones de ganado ovino y vacuno; ¡la región endiablada que señalara Darwin se convertiría en la proveedora de carne de su patria! Y así lo habían entendido los pastores de las Malvinas al traernos sus majadas y con ellas la confianza nunca desmentida del británico en la prosperidad de la República Argentina. El carácter, las energías físicas, la constancia de los pobladores que el clima recio del sur tonifica van modificando rápidamente las regiones que en día no lejano comprendieron la tan temida Patagonia (...).

En relación con el término Patagonia decía Moreno: “Patagonia, sinónimo de tierra de gigantes, de grandes pies, cuando en función de la talla de sus antiguos habitantes, los verdaderos tehuelches, tenían proporcionalmente los pies más pequeños. Patagonia, la tierra de las mesetas según la etimología que creyó encontrarle nuestro ilustre erudito el Dr. Vicente Fidel López —es y será la Patagonia— que para mí significa ‘tierra de muchos hombres’, desde que tal cosa dice la combinación de las palabras Patac Akoneckenke. Cientos o muchos hombres, contestación que (...) dieron los (...) que encontró Magallanes al preguntarles

este, quiénes eran, cómo se llamaban, desde que su suelo, convertido en cuatro territorios nacionales, será asiento de hombres, de ciudades, pueblos, chacras, estancias, en las que las industrias madres y las manufacturas alimenten millones de hombres, una vez que una sana política económica ordene su aprovechamiento y deje de ser la región de los latifundios y de la explotación del pioneer, por algunos aprovechadores sin conciencia (...).

Quiénes solo conocen las dilatadas pampas centrales de la república (...) están acostumbrados a no distinguir las peculiaridades de la topografía, desde que en aquellos paisajes, apenas se distinguen las regiones de tierra negra y las tierras arenosas o medanosas, y esta ignorancia es en mi concepto la que ha hecho que en ninguno de los diez territorios nacionales se haya tenido en cuenta al dividir la tierra pública para su venta o arrendamiento, sus características físicas, de lo que resulta el escaso rendimiento general y el gran desequilibrio en su explotación, que son principales factores de tropiezo en el desarrollo de la Nación, los que hasta ahora nunca se han tratado de corregir en el terreno”.

Visión de Moreno sobre Río Negro, Valcheta y el NO del Chubut

Con respecto al caso específico del Río Negro, la región de Valcheta y el noroeste del Chubut, escribió: “(...) *este río [Negro] tan comentado, motivo de tantos proyectos y de tantos fracasos, tan bien dispuesto para convertirse en una de las arterias más potentes del organismo argentino, como para causar la ruina por la despreocupación de las autoridades y por el egoísmo de los propietarios costaneros. Motivo de asombro resulta para los viajeros pensantes la incoherencia de las resoluciones oficiales para hacer del río Negro, con su próxima Bahía de San Blas y la facilidad de su riego, abundando tanto el agua, un verdadero emporio de riqueza austral, al mismo tiempo que una concentración de recursos de todo orden para el desarrollo y la defensa de los territorios del sur. A pesar de los proyectos fantásticos, los millones inútilmente gastados y los muchos kilos de tinta empleada en discusiones y alabanzas, solo se ven hoy, de trecho en trecho, un canal de reducida extensión, un llano verde, algunas hectáreas de frutales. (...) Indudablemente, los pioneers escoceses e ingleses que ahora*

cincuenta años poblaron con ganados las tierras del hermoso río en las proximidades del Carmen, han tenido muchos continuadores, pero pueden contarse con los dedos los perseverantes en su fe. Gran resultado se hubiera obtenido mediante un previo estudio de esa zona, tarea de tan fácil realización por parte de los que disponen de los recursos públicos. Dicho estudio hubiera permitido a las autoridades nacionales crear, en el vértice del triángulo del Neuquén y del Limay, una de las más ricas provincias argentinas, dándole la unidad geográfica y económica que le correspondiese y fácil de delimitar". (Moreno, E. V., 1942: 98-99).

"Pensando en el pasado y en el futuro, en las razas extintas de que esos lugares fueron cementerio y en las que les sucederán con otros destinos, discurría sobre el medio de inyectar patriotismo práctico a los anémicos estadistas, generalmente apáticos con todo cuanto no tiende al provecho político inmediato, entreviendo lo que esos pretendidos dirigentes no quieren ver: la fuerza del arado que abre la tierra sedienta. Esta era la única arma necesaria para conquistar el valle capaz de dar bienestar a millones de hombres, una vez estudiadas esas tierras, como lo proyectaba Sarmiento. En cambio, se habían vendido por una bicoca a los favoritos y a los potentados holgazanes, retardando la lógica expansión nacional: ¡cuán difícil era entonces hacer a un lado aspiraciones políticas, para mirar recto el porvenir de la patria!". (Moreno, E. V., 1942: 101).

Sobre la región de Valcheta. Moreno preveía que estaba destinada "(...) a ser el punto estratégico económico militar más inmediato al puerto de San Antonio, del que solo distaba aproximadamente cien kilómetros (...). Con las gestiones que más tarde hice, de acuerdo con las impresiones de esos días y los estudios que en bahía San Antonio hiciera (...) pude obtener, primero, que el Gobierno no reservara de la venta las tierras inmediatas al puerto y más tarde resolviera el Congreso la construcción del ferrocarril que va adelantando para unir el Atlántico con el Pacífico, por San Antonio y Valdivia. ¡Cuán necesario era el conocimiento de esas sendas centrales, en aquellos años en que peligraba la integridad del territorio argentino y aún hoy, cuán conveniente sería el mismo estudio inmediato! (Moreno, E. V., 1942: 110).

Con respecto al desarrollo de la región noroeste de Chubut, al recordar sus sueños de 1879, pudo observar que "(...) Hoy, ya no es solo una visión mía,

sino que aquellos magníficos prados rebosan de hacienda, (...) la población cada vez más numerosa ha encontrado allí, su prosperidad y bienestar. Hoy cruzan esa extensión los automóviles" y reconocer que no había sido "aventurado formular augurios respecto al porvenir de las estancias" que allí se establecerían, "augurios que, a la fecha, la realidad ha superado en exceso." (Moreno, E. V., 1942: 131-132).

En la misma línea de estas inquietudes de Moreno se ubicó su carta del 18 de abril de 1918, al Gobernador de Mendoza, J.N. Lancinas. Allí remarcó Moreno la importancia del Servicio Topográfico, Geográfico y Minero de Mendoza para "(...) el aprovechamiento (...) de los muchos factores naturales de riqueza con que cuenta Mendoza para que pueda afrontar el porvenir (...)" (Moreno, F.P., 1918b; cf. Riccardi, 2019, p. 206).

Homenaje póstumo de Moreno a sus ancestros ingleses

Es sabido que Moreno descendía, por vía materna, de ciudadanos ingleses, pero han tenido poca difusión algunos hechos relacionados con residentes de ese origen y sobre su opinión acerca de la participación de alguno de ellos en sucesos de la independencia del país.

Sobre el final de su vida, quiso Moreno dejar constancia, quizás como una reivindicación de su ascendencia materna, de una serie de evidencias históricas del aporte británico a la Nación Argentina.

Así en diciembre de 1917 redactó (Moreno, 1918a, p. 1-9) un extenso escrito referido al compañerismo británico-argentino que nunca tuvo mayor difusión pues solamente fue conocido en una edición propia de circulación restringida.

Escribió allí Moreno: "Por sangres que corren en mis arterias, por temperamento resultante de esas sangres, del ejemplo en el hogar y de la educación de la vida, a lo que debo las inclinaciones que se suman en la acción elegida para cumplir mis deberes con la patria, desde muy niño me ha atraído todo cuanto armoniza los ideales e intereses argentinos con los ideales e intereses británicos.

Cuando (...) empecé a reunir libros que me ilustraran sobre nuestra historia, los que más me interesaron fueron naturalmente los autores británicos que trataban de las cosas de esta América, de su pa-

sado, de su presente, de su futuro. Busqué en ellos la verdad de las relaciones de la Gran Bretaña con los países de habla española y la cooperación que les prestara para que sus habitantes llegaran a ser hombres libres dueños de sus destinos, como también su ayuda material y moral para constituir la gran nación, que para esos observadores penetrados de nuestros elementos étnicos y de nuestras posibilidades económicas y sus resultantes las sociales, surgiría al sur del Ecuador siempre que la cordura, ligada con la experiencia, aprovechara los tan privilegiados elementos de nuestro suelo.

Los libros nacionales confirmaron mi impresión de las causas del compañerismo argentino británico ya secular. En la Representación de los Hacendados, en la que se solicitaba 'el franco comercio con la nación inglesa', monumento imperecedero al genio de su autor, en que la valentía del lenguaje campea a la par de los más sanos ideales económicos el gran patricio Mariano Moreno, la encarnación más pura del ideal argentino, después de decir: 'sostengo la causa de la patria y no debo olvidar su honor cuando defendiendo los bienes reales que espero justamente', agregó: 'Por lo que hace a los ingleses nunca estarán más seguras las Américas que cuando comercien con ellos' (...).

Procuré más antecedentes y supe con placer que los firmantes de la petición de comerciar entre los habitantes de estos países e Inglaterra, presentada al Virrey Cisneros el 16 de agosto de 1809, que motivó la Representación de los Hacendados apenas un mes después, lo fueron el irlandés Juan Dillon y el inglés Juan Thwaites, este uno de mis tíos maternos, lo que me llevó a inquirir, entre la familia y sus relaciones, mayores datos sobre la intervención e influencia de los británicos en aquellos tiempos en que se iniciaba francamente la evolución de nuestro ambiente social y económico, y a empeñarme, andando los años, en servir los mutuos intereses de las dos naciones, seguro de que serviría más a la mía sosteniendo ante todo 'la causa de la patria', como lo pensara Mariano Moreno; y esta resolución de muchacho no la olvidé después, en ningún momento.

Aquí y en la Gran Bretaña siempre he predicado sobre esas conveniencias mutuas, y en alguna de mis conferencias públicas, mientras permanecí en Inglaterra como perito argentino para defender ante S. M. Británica, árbitro en nuestra cuestión de límites con

Chile, insistí sobre el rol del elemento británico en nuestro desarrollo social y comercial (...).

Y cuando terminada aquella tarea, volví al Museo de La Plata a continuar en mis propósitos, a reunir más 'Materiales para la historia física y moral del continente sudamericano' y a iniciar la publicación en castellano de todo libro o documento inglés que corroborara mis perseverantes impresiones y visiones, algo pude hacer en ese sentido.

Primero obtuve de la Sociedad Literaria Inglesa que organizara la Exposición Británico-Argentina de 1905, que tanto éxito tuvo, y más tarde, alejado ya del museo, no por mi voluntad, se me ofreció ayuda en esa fuerte tarea, (...) pero tardando esta cooperación empiezo a divulgar lo que he podido reunir, en la seguridad de que el estudio del libro o documento raro o desconocido, contribuirá mucho a que la conciencia argentina, adormecida, despierte y reconozca que nunca tuvieron y tendrán estos países amigo más seguro y mejor consejero que el pueblo británico.

¿Es la voz de la sangre la que escuchará el lector con este preámbulo a documentos tan sencillos como simpáticos y sugestivos que confirman mi tesis? Puede ser, pero cierto es que mucha verdad contienen esas frases que extraigo de La Estrella del Sur, del 23 de mayo de 1807, de Montevideo. 'Vienen los ingleses, no como conquistadores, sino como defensores. Quieren emanciparos de la servidumbre y entregaros vuestra justa libertad'.

(...) En los documentos que siguen ofrecen los ingleses mendocinos su sangre para defender la patria argentina naciente: 'Llenos los ingleses que residen en Mendoza de gratitud a la buena hospitalidad y demás bienes que reciben en la conservación de sus intereses y llenos de entusiasmo por los derechos del hombre no pueden mirar con indiferencia los riesgos que amenazan al país. Están dispuestos a tomar las armas y derramar, si es preciso, la última gota de sangre para su defensa. Deseamos ayudar a las glorias de la Patria' y ofrecen levantar y equipar a su costa una compañía británica. 'Y disciplinarla en estado de poder presentarse útilmente en campaña'. El Coronel Marcos Balcarce, que informa al General San Martín sobre esta petición, dice que los que la hacen son, los más, prisioneros ingleses (de las fuerzas del General Beresford) y 'soldados bien aguerridos'. La atracción del elemento criollo cultivado los habría radicado al

pie de los Andes, y ya ingleses y argentinos se consideraban compañeros. Con la formación del hogar y su prosperidad y aspiraciones habían fundido en el crisol de las mutuas simpatías, los ideales y los intereses de ambos en uno solo: la defensa de la patria (...).

Así con sus manufacturas los ingleses esparcieron la influencia de sus industrias características, y es sabido que la industria de una nación constituye uno de los elementos políticos más provechosos para infiltrar su influencia y poderío en pueblos en vías de desarrollo (...).

Mientras lo que antecede sucedía aquí, en esa América, la Gran Bretaña empezaba a preocuparse seriamente de la emancipación de España de estos pueblos y de su libertad de gobernar sus propios destinos, la que la favorecería porque con ello coincidían sus ideales de nación y sus intereses: los derechos del hombre y la expansión del comercio inglés (...).

Cuando se leen los relatos de aquellos tiempos, uno se pregunta ¿Quiso la Gran Bretaña agregar a sus dominios estas regiones del sur para compensarse de las del norte que había perdido, o quiso su emancipación, intimando como he dicho ideales e intereses? No es este lugar para discutir punto de tanto valer, pero recordaré a mi lector que en los mismos momentos en que el General Beresford, obedeciendo a órdenes de Sir Home Popham (quien al decir de uno de los oficiales de la expedición de Whitelocke no tuvo instrucciones para tal empresa) tomaba y perdía esta Capital, aparecía en Londres un interesante panfleto (Por William Burke, 1807, 'La Independencia sudamericana o la emancipación de Sudamérica, gloria e interés de Inglaterra') en el que su autor dice: 'Inglaterra ya ha adquirido la indecible gloria de haber colocado en los desiertos de Norteamérica los cimientos de un gran imperio, que promete, en no muy remoto período, asombrar el mundo con la estupenda magnitud de sus resultados (...) para erigir en las ricas llanuras de Sudamérica otro hercúleo e indestructible monumento de su genio, su virtud, su libertad, su poder' (...).

Rendido Beresford se intimaron aún más los oficiales británicos con las familias argentinas, tanto que algunos de ellos contrajeron aquí matrimonio (...).

Y estas impresiones (...) las confirman estas líneas del oficial de Whitelocke (...) 'La entrada de los ingleses entre los españoles americanos ha producido en la mente de los últimos el más asombroso efecto. Ha ope-

rado como la luz de un relámpago, y hombres cuerdos y bien informados declaran que han adelantado sus ideas políticas más de un siglo (...). Igualmente es materia de duda si la Gran Bretaña se hubiera beneficiado tanto con la conquista como lo podrá con la emancipación de este país de todo dominio extranjero'.

Leyendo todo lo que antecede se apreciará la verdad de estas palabras del General Mitre (quien tuvo sangre británica en sus arterias), al referirse a las invasiones de 1806 y 1807: 'esas invasiones generalizaron en este suelo las ideas del comercio libre, conquistaron los corazones de los hijos de Buenos Aires a sus ideas, depositando en ellas los gérmenes fecundos de la independencia y libertad, operando los vencidos por las armas, por su fuerza moral, la conquista de los espíritus' (...). Los libres hijos de la Gran Bretaña pueden y deben solemnizar a la par de los argentinos independientes el Centenario del 25 de Mayo de 1810, porque cuando la Nación Argentina entre en la vida de los siglos, para dar cuenta al mundo del uso que ha hecho de su soberanía, el nombre de la Gran Bretaña figurará en su cuenta como el principal factor de su progreso político social y económico, cuya influencia ha sido benéfica para sus destinos en todos los tiempos, debiendo serlo con más eficacia a medida que el tiempo transcurra (...).

El Dr. Carlos Pellegrini, sobrino del gran político inglés John Bright, coincidía en ideas con el General Mitre y con el Dr. López en cuanto a la fructífera influencia británica en este país: 'Popham y Beresford, al venir a golpear con el puño de su espada las puertas de Buenos Aires despertaron a este pueblo adormecido por el régimen colonial y le obligaron a esgrimir las armas y ensayar sus fuerzas (...). Los milicianos de Buenos Aires engrdeídos por su triunfo contra los más famosos soldados de la época despertaron a la plena conciencia de su fuerza y su derecho'.

Además, como resultado de esa victoria, Beresford, Pack y cincuenta jefes y oficiales ingleses quedaron prisioneros de guerra, pero pocas veces hubo una prisión rodeada de mayores consuelos, pues esos jefes que eran en su mayor parte hombres distinguidos y cultos, fueron admitidos y agasajados por la mejor sociedad porteña, trabaron relación con las familias argentinas y algunos de esos jóvenes oficiales quedaron definitivamente aquí y como los de Campbell, Fooley y otros se conservan aún en nues-

tra mejor sociedad. Estos jefes y oficiales en el interés de Inglaterra fomentaban en sus relaciones sociales el sentimiento de independencia que ya asomaba, insinuaban la ventaja del gobierno libre y la libertad de comercio que haría la riqueza y prosperidad de estos países, propaganda que fomentó poderosamente el espíritu revolucionario en el seno de la sociedad porteña y que la derrota de Whitelocke y la incapacidad del Gobierno hicieron crecer hasta producir el estallido de Mayo de 1810. Es así como la acción y la influencia inglesa mecieron la cuna de nuestra revolución, y siguiendo rápidamente el movimiento histórico, la veremos en otro momento crítico, interviniendo de una manera decisiva en la consagración definitiva de nuestra Independencia después de 19 años de rudo batallar.

‘La libertad es el fundamento de la constitución inglesa. Sus leyes están establecidas sobre la justicia y la equidad. Ningún tirano puede sacrificar a su capricho la vida de sus vasallos.’ Así hablaban los ingleses a los habitantes de estas regiones, en la Estrella del Sur en 1807, y con esas ideas cooperaron luego al movimiento de 1810. Fue el comercio inglés el que principalmente proporcionó recursos para las artes de la guerra y de la paz en esos años. En todo cuanto emprende la patria naciente cuenta con ellos.

Un británico, el doctor Paroissien, contribuye no poco a ese movimiento, sufriendo penalidades por la causa patriota y alivió luego sus dolores como cirujano mayor de Belgrano y de San Martín; Paroissien fue el primer extranjero que se naturalizó argentino. Fue gracias a los ingleses, con Guillermo White, que Larrea, muy probablemente uno de los firmantes del documento (...) de 1807, pudo armar la escuadrilla que se mediría con las naves españolas, y si esta tuvo éxito lo fue gracias al valor y pericia de un joven irlandés que López llamó con justicia el más glorioso de los marinos sudamericanos. De él dice Pellegrini: ‘con buques mercantes armados apresuradamente con viejos cañones, teniendo que tripularlos con marinos de todas nacionalidades, recogidos al azar y completada la dotación con compadritos de los suburbios que jamás habían pisado la cubierta de un barco, Brown se lanzó a la lucha y en breve tiempo se apoderó de Martín García, bloqueó a Montevideo y por último, en un encarnizado combate de dos días, dispersó frente a Montevideo a la escuadra española,

entregó a la revolución triunfante el dominio absoluto de los ríos y precipitó la rendición de Montevideo y con ella el último baluarte del poder colonial en esta parte de América.

La historia de esta ciudad de Buenos Aires recuerda como uno de los días de júbilo más delirante y de mayor entusiasmo popular el 10 de mayo de 1814, en que se anunció al pueblo el triunfo de Brown y la destrucción de la escuadra enemiga, y jamás pudo un héroe aspirar a mayor recompensa que la tributada al bravo almirante, cuando al pasar a tierra fue recibido por todas las damas porteñas que lo llevaron en triunfo hasta el viejo fuerte donde el clamor popular lo consagró argentino, título que confirmó en un día difícil de nuestras discordias políticas, nombrándolo gobernador de Buenos Aires, caso único de nuestra accidentada historia.

Fue Brown el creador de la Marina Militar Argentina, fue el primero que la condujo al combate y a la victoria, el primero que paseó nuestra bandera por mares lejanos, y su nombre será siempre conservado con orgullo y gratitud, y el recuerdo de sus hazañas será el ejemplo y estímulo de nuestra marina’ (...).

Un año antes el General San Martín había vencido en San Lorenzo y fue un inglés, su amigo Guillermo Robertson, quien, habiendo sido testigo nos ha dejado el mejor relato del épico combate, es a un inglés, Samuel Haigh, amigo también de San Martín, a quien debemos la narración más vívida de la batalla de Maipú, que presenció al lado del General y el primero que llevó la noticia del triunfo a Santiago, dándola al grito de ‘Viva la Patria’, impregnado ya de esta; fue otro inglés, el marino Basilio Hall, acompañante de San Martín en el momento de su entrada en Lima, y fue uno más, el reverendo Santiago Thompson, quien nos cuenta con más entusiasmo y gratitud el ansia de San Martín por desarrollar la educación del pueblo.

¡Y durante todo este tiempo, cuánta sangre británica se mezcla con la argentina en las luchas por la libertad (...) ! San Martín hizo su primer ayudante de campo al joven irlandés O’Brien, recién llegado del extranjero, en Mendoza en 1816, y el luego General O’Brien fue uno de los hombres más fieles, útiles y queridos de nuestro Gran Capitán, como lo fue en la batalla y en el ostracismo Guillermo Miller, el más tarde General Miller!

Creo que lo que dejo dicho explica la fusión de nuestros sentimientos, de afectos y de intereses, entre ingleses, escoceses, irlandeses y argentinos. Más de un siglo ha transcurrido desde esos tiempos y siempre elementos étnicos tan distintos han continuado fundiéndose en un solo ideal. Nunca tuvo, pues, ni creo tendrá este extremo del Nuevo Mundo, amigo más sincero, más práctico, más seguro que el Imperio Británico, dicho sea esto sin mengua de las otras naciones; y en estos momentos, en que el porvenir de la República Argentina puede no ser tan tranquilo como los veíamos cuando hablaban así Mitre y Pellegrini en 1910, es bueno recordar el pasado al mismo tiempo que el futuro y he querido contribuir a la primera con la reproducción de los documentos que siguen. En ellos los ingleses invocan la Patria, la Patria Argentina, que consideraban como la propia. Así hubo anglo-argentinos entonces y después; y así hoy corre sangre anglo-argentina en los campos de batalla del mundo por la libertad y por los derechos del hombre, de que hablan en estos humildes papeles los ingleses de Mendoza en 1815. En esos campos han caído ya no pocos de los descendientes de los británicos que ayudaron a hacer la Nación Argentina desde 1807 y continúan cooperando a su grandeza”.

Donación de ciudadanos de Gran Bretaña al Museo Histórico Nacional con intervención de Moreno

Con criterio similar, a principios de 1918, Moreno tomó intervención en una donación que ciudadanos de Gran Bretaña e Irlanda hicieron al Museo Histórico Nacional. Tal como ha quedado documentado en una nota que esos ciudadanos, que preservaron sus nombres en el anonimato, le escribieron, en su carácter de Presidente de la Comisión encargada de conmemorar el Centenario del Ejército de los Andes, el 5 de abril de 1918 (cf. Riccardi, 2019, p. 436-437).

Allí mencionaban una visita al Museo Histórico Nacional, durante la cual Moreno les había señalado como una de las reliquias más interesantes el humilde catre que usó el General José de San Martín, durante sus campañas por la independencia sudamericana. Al mismo tiempo enumeraban otros elementos que Moreno les había mostrado, tales como el sable y retrato de su ayudante el Capitán de Granaderos, John T. O'Brien, el retrato del general John Miller, el amigo del Gran Capitán argentino en todos los momentos de la guerra y más aún en el ostracismo. Mencionaban además la información que les había dado sobre la alta estima que tuvo San Martín por los oficiales ingleses que pelearon bajo sus órdenes por la causa de la libertad. Finalmente expresaban su deseo de mostrar en alguna forma durable el respeto que sentían por la memoria del vencedor en Maipo, a cien años de ese acontecimiento, por lo cual le pedían hiciera entrega al señor director del Museo Histórico una vidriera para guardar de los daños del tiempo, el catre que tanto los había impresionado.

En contestación a esa nota, el Director del Museo Antonio Dellepiane envió una a Moreno el 10 de abril de 1918, recibiendo la donación y destacando la procedencia de la misma y el prestigio del ciudadano elegido para cumplimentar el mandato, en relación con una de las reliquias más veneradas del museo: el catre de campaña en que reposó sus fatigas y maduró sus planes militares en medio de los insomnios ocasionados por la fiebre de la ejecución de su obra inmortal, el Libertador de América, General don José de San Martín. Finalmente destacaba la delicadeza de los donantes al pedir se reservasen sus nombres, ya que la importancia del donativo no residía en su valor económico, sino en su gran sentido moral y social, en razón de la gentileza y espontaneidad con que se ofrecía y el cordial sentimiento de simpatía hacia el país en que se inspiraba.

Capítulo 31

LA ETAPA FINAL. MUERTE DE MORENO. REPERCUSIONES

Campo en San Luis

En 1909 Moreno habría formado con sus hijos e hija (Juana María) una empresa familiar con el objeto de dar forma de estancia a un campo de algo más de 2000 hectáreas que habría adquirido en Batavia, San Luis (cf. Ugarte Moreno (2017, p. 28).

La casa de la estancia, llamada “La Menena”, habría sido construida en 1910 (Ugarte Moreno, 2017, p. 25, 40, 42) a partir de un boceto de Moreno dibujado en una de las cartas enviadas a sus hijos. Posteriormente Mercedes Lindor, compró esa estancia y la rebautizó “San Isidro” y en la actualidad se la conoce como Estancia San Isidro-La Menena.

En la invitación, reproducida en Ugarte Moreno (1917, p. 35), a un acto realizado en Batavia el 30 de septiembre de 1901 se mencionó que Moreno fue propietario de la estancia entre 1910 y 1914. Esto es en parte corroborado por un recibo del 24 de septiembre de 1912, también reproducido en Ugarte Moreno (1917, p. 95). Aunque este también reprodujo (Ugarte Moreno, 1917, p. 84) una esquila de Moreno a sus hijos del 20 de junio de 1916 en la que se refería a una división de tierras, cuya ubicación no se especificó, para una hipoteca.

Tal vez se trató del mismo campo donde vivió su hijo Eduardo con su mujer e hijo Eduardo Francisco, y al cual según su nieta Adela (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 201) Moreno iba a buscar fuerzas y en el cual trabajó en la redacción de un libro en el cual usaría fotografías que le había enviado Bruch, y donde

según Luna (2001, p. 136) estudiaba técnicas agrícolas para aclimatar nuevas variedades de cereales.

Cambios de domicilio y últimos días de Moreno

En lo que hace a la “Quinta Moreno”, en 1912 debió ser dividida por la sucesión de Francisco Facundo Moreno. Su hijo Francisco Pascasio Moreno pasó entonces a vivir en Caseros 2841 (o 2791 en carta de Juan Plate del 7 de julio de 1914; cf. Ygobone, 1954, p. 356-357; Hosne, p. 219; Fasano, p. 197).

Posteriormente, en 1914, Moreno se mudó a la calle Moreno 945, donde vivió con su hija Juana María Moreno de Gowland. También residió en Catamarca 2001, según una nota que el 5 de julio de 1916, relacionada con el monumento a Fray Luis Beltrán, que le enviaron desde la Secretaría del Ministerio de Guerra (véase más arriba). Finalmente alquilaría una casita en la calle Charcas al 4200, Palermo (Ygobone, 1954, p356-357; Fasano, 2002, p. 197; Hosne, 2005, p. 219).

Con respecto al destino final de parte de la Quinta Moreno, allí se halla el establecimiento educacional donado por Félix A. Bernasconi, cuyo nombre lleva y dentro de cuyo jardín se conserva lo que aún queda del famoso aguaribay que plantara Moreno en su juventud. Allí hay una placa de homenaje que dice “Comisión Nacional de Monumentos Históricos, Ley 12665. Lugar Histórico. Capital Federal. Plantó este aguaribay el Perito Dr. Francisco P. Moreno” (cf. Fasano, 2002, p. 24).



Objetos personales de Moreno. Repositorio: Museo Dr. Francisco P. Moreno, San Carlos de Bariloche.

Un último grito de impotencia

Entre 1918 y 1919, con 66 años, Moreno comenzó a escribir su trabajo “Mi acción como perito”. Al hacerlo escribió: *“Prolongar una obligada inacción, hasta desaparecer del todo, sin haber conseguido apli-*

car al bien general todas mis experiencias y el conocimiento que me han dado, sería faltar a mi deber y cometer una cobardía impropia de mis antecedentes” (Moreno, 1918-1919, p. 1).

Allí destacó que *“A igual que otros trabajadores argentinos, que con frecuencia he tomado, por ejemplo, he incurrido en el grave error de despreocuparme de mis intereses personales para entregarme del todo a servir los intereses nacionales y de este error ha resultado que ya no disponga de medios para continuar procediendo como lo hiciera antes”*.

En un último grito de impotencia escribió: *“Debo, y por lo tanto tengo derecho, a reanudar cuanto antes mis trabajos dentro de esos viejos ideales porque siento que mis fuerzas empiezan a decaer con pensar que cuanto guardo en mi cabeza y la mayor parte del material que he reunido para servir esos ideales, se perderá si no se utiliza durante mi vida, desde que solo yo puedo ordenarlo y orientarlo, lo que puedo hacer aún, pues a pesar de mi edad, 66 años, y algún achaque resultante de actividades en medios hostiles, no han disminuido mis capacidades.”*

Olvido, incompreensión y desagrado

Pero para ese entonces, la mayor parte de los hombres públicos que comprendieron y apoyaron sus actividades habían desaparecido y el olvido, la incompreensión y el desagrado comenzaron a rodearlo.

Todas sus propuestas y proyectos eran tomados como utopías (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 201). Pese a ello algunos de aquellos a los que había ayudado en la región patagónica todavía le escribían pidiendo ayuda, suponiendo una influencia ya inexistente. Tal el caso que ya hemos mencionado de los descendientes de Sayhueque a los que les sacaron sus tierras o el de Martin Underwood, viejo conocido de 1899 del Valle 16 de Octubre quien el 20 de octubre de 1919 le escribió (en Fiori y De Vera, 2002, p. 120) pidiendo ayuda ante la inseguridad imperante en la zona, para que *“interponiendo su poderosa influencia ante el Presidente de la República, consiga solucionar este grave problema (...)”*.

El olvido y desagrado llegó al grado de poner en duda su actuación en el diferendo limítrofe con Chile. Así Joaquín V. González, en un debate que tuvo lugar en el Congreso para acordar una pensión a la viuda de Enrique Delachaux, quien

había trabajado en el Museo de La Plata a las órdenes de Moreno, afirmó que este era quien más había contribuido a la resolución del diferendo con Chile (en Rato de Sambuccetti, 2009, p. 34-36). A raíz de lo cual Moreno publicó una nota en la edición del diario *La Prensa* del 7 de septiembre de 1919, defendiendo su trayectoria.

En tal sentido, Moreno destacó que Delachaux había publicado el 15 de mayo de 1898, por indicación suya, en los *Anales de Geographie* de París un trabajo destinado a comentar y criticar un artículo de Steffen, en el que defendía la línea que durante 20 años había sostenido Moreno, usando para ello datos recogidos por Moreno y sus colegas en el terreno e incluidos en las publicaciones de Moreno. Moreno aclaró que el trabajo de Delachaux era solo un comentario bien hecho de los estudios de otros sobre el terreno “*pues nunca visitó los Andes del Sur*” y que en el terreno había sido más valiosa la cooperación de los ingenieros Lange, Treinen, Von Platten, Frey, Guglielmetti, Bulgarelli (muerto en la tarea), Zuilmeyyer, Wolf, Soot y otros y de los doctores Hauthal, Roth, Wherli y Burckhardt. Añadió que Delachaux “*firmó algunas de las actas en Santiago como secretario mío, como las firmó el señor Onelli, y me ayudó en la tarea que de día y de noche realizamos en dicha ciudad*” para demostrar nuestra tesis al perito Diego Barros Arana y al gabinete de Chile y que “*trabajó incesantemente en la condensación de los materiales geográficos que se recogieron en el terreno durante mi permanencia en Londres, que hace que se le deba considerar como uno de los más eficaces cooperadores en la obra común de la defensa de nuestros derechos, pero lo repito, sin temor de ser contradicho, que el tribunal nunca fue influenciado por sus opiniones*”.

Asimismo, Moreno le reprochó a González que, al haber fundado la Universidad de La Plata, cometió el error de incorporar a ella el Museo, desde donde se propagaría la creencia de que era obra de Ameghino, cuando éste, remarcó Moreno, no había tenido ninguna intervención en su desarrollo.

“*Agrégame a esto que desde largo tiempo atrás se busca silenciar o disminuir mi intervención de 1874 a 1903, en la larga tramitación de la demarcación de límites con Chile, atribuyendo a los ciegos y no pocas veces perjudiciales estadistas de sillón, la obra de quie-*

nes, apoyados sobre lo que decía la naturaleza y no los papeles, pudieron detener la obra de esos estadistas y obtener un fallo arbitral, que si bien no nos reconoció todo lo que la naturaleza hizo argentino, puso final al peligroso pleito”.

Moreno mencionó que esperaba dejar constancia de todo esto en el libro que estaba redactando y que así “*(...) sabrá el pueblo argentino como procedí, con entera independencia de criterio, para detener el rompimiento inmediato entre dos naciones que siempre debieron estar unidas, acto natural dentro de mis funciones de perito y cuyos resultados se han atribuido y se atribuyen a quienes, con excepción del General Roca, no lo vieron de buena gana. Se sabrá lo que pasó en Londres donde debí luchar más con nuestros hombres, entonces en el gabinete, que contra los representantes de Chile, cuando se pretendía sostener ideas, hijas de la ignorancia de amigos de ‘círculo político contra las impresiones de la naturaleza, y hacer a un lado las enseñanzas de ésta, para resolver el pleito sobre papeles indescifrables*”.

Añadió Moreno que González había tenido un momento de amnesia y había olvidado sucesos que había presenciado, en la casa de gobierno, ante el representante del árbitro Cnel. Holdich a principios de 1902, luego del examen del terreno: “*y lo que me dijera por escrito el Coronel Holdich el 11 de agosto de ese año, en momentos de nuestra llegada a Londres, después de haber obtenido yo, con lo que el coronel había visto en el terreno, que el fallo, ya preparado a fines de 1901, pudiera ser modificado con la réplica argentina, la que sin embargo nuestro gobierno llegó a considerar que no era imprescindible*”.

Como bien destacó Rato de Sambuccetti (2009, p. 37) “*hasta un mes antes de su muerte (...) salían de su pluma memorandos con su preocupación sobre la tierra pública y su distribución, el relevamiento topohidrográfico de los territorios nacionales, la preservación de su subsuelo, la explotación del cual, creía, debía estar en manos del Gobierno Nacional para preservar zonas estratégicas.*” “*No cesaba de pedir la realización de una cartografía detallada y el planeamiento de centros de población productivos, vías de acceso, ferrocarriles; luego vendría el reparto y amojonamiento, las concesiones a particulares por la Ley del Hogar, para evitar latifundios improductivos, y la posesión extranjera, que no condenaba sino*

proclamaba asociarla al Estado, para hacerla productiva sin agotarla”.

“Pero esos largos memorandos, en los que vuelca todo su saber y su experiencia, pasan sin pena ni gloria por los escritorios de los burócratas de turno”.

No es de extrañar entonces que a un año de su muerte haya escrito “una nota muy amarga como tantas otras que se encontraron entre sus papeles y aun en su testamento”: *“No puedo dormir, pensando en lo que hay que hacer para la mayor grandeza y defensa del país, y mi falta de recursos y de vida para hacerlo comprender en esta Capital tan extranjera para los nativos (...) ¡Aquí ven mis recuerdos! ¡Qué duro es saber que la vida se acorta tan ligero! Pero, ¿No es más duro vivir sin servir? ¡Aquí quisiera hacer por la Patria! Pero ¿cómo, cómo? ¡Tengo sesenta y seis años y ni un centavo (...) Cuánto valen los centavos en estos casos! Yo que he dado mil ochocientas leguas a mi Patria y el Parque, donde los hombres del mañana, reposando, adquieran nuevas fuerzas para servirla, no dejo a mis hijos un metro de tierra donde sepultar mis cenizas”*.

Esta situación encontró su máxima expresión cuando no fue recibido y fue desconocido por el Presidente Yrigoyen y posteriormente, luego de su muerte, cuando el gobierno no participó de manera alguna en sus exequias.

Según relato de su nieta Adela (Moreno Terro de Benites, 1988, p. 202): “Pocos días antes de su muerte, fue a Casa de Gobierno a pedir una audiencia con el presidente, pues consideraba que podía aportar sus conocimientos para hacer algo aún por su patria. El ordenanza que llevó su tarjeta, volvió preguntándole quién lo recomendaba, demás está decir que se dio media vuelta y se fue. Llegó a casa (...): al preguntarle mi padre qué le sucedía, pues su cara lo delataba, le contestó: *‘He dicho que Yrigoyen es un buen presidente, pero mal informado, pensar que yo podía haber ido para pedirle algo para mí’* (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 202).

Pero Moreno, como lo destacó Ygobone (1954, p. 353-354) “supo sobrellevar las horas aciagas que el destino, materializado en la ingratitud de sus contemporáneos, le deparó al final de su (...) existencia (...). Infortunio que (...) soportó con cristiana resignación [y] no fue óbice para que prosiguiera su generosa obra de caridad (...), considerando su apos-

tolado como una gracia del cielo [como] sus propias palabras testimonian: *‘Yo creo en Dios y trato de imitar a Cristo en la tierra’* (Eduardo V. Moreno nos hizo la revelación que consignamos), frase esta que alguna vez pronunciara quien (...) fuera tildado de ateo”.

La salud de Moreno

A fines de 1914 la salud de Moreno se hallaba cada vez más deteriorada. En carta a Carlos Bruch, científico que había colaborado con él en el Museo de La Plata, mencionaba haber consultado a dos médicos pues se sentía decaer cada día más. Consideraba que debería suspender todo trabajo y alejarse por largo tiempo de Buenos Aires, pues el clima le estaba haciendo mucho mal. Confesaba no poder dormir y sentir que el corazón se le “afloja más que antes”.

En realidad y pese a que a lo largo de su vida apenas mencionó el tema, la salud de Moreno se había ido deteriorando paulatinamente a través de los años, desde que en 1876 se sometió al esfuerzo de sirgar por kilómetros un bote en las frías aguas del río Santa Cruz, pasando por extensas campañas a caballo, como la realizada al lago Nahuel Huapi en 1879, que incluyó una fuga nocturna en balsa por los ríos Collón Cura y Limay de seis noches de duración, o la efectuada en 1896 entre San Rafael y lago Buenos Aires, en la que debió dejar “para otra ocasión” el examen de la región entre el Lago Buenos Aires y el Lago San Martín, debido a “una vieja dolencia”, los viajes por el noroeste del país y la Puna y los efectuados a Santiago de Chile, cruzando la cordillera a lomo de mula y los esfuerzos de trabajo realizados en Londres hasta altas horas de la noche, que le ocasionaron *“problemas de hígado y de corazón, y en ocasiones estados febriles de hasta 40,5° de temperatura”*. No es de extrañar entonces que días antes de morir y cuando trataba vanamente volver al Nahuel Huapi, dijera escuetamente *“No importa. Lo que siento es que la salud me falta”*.

Finalmente, el corazón valiente que lo sostuvo toda la vida no pudo más y esa gran vitalidad se apagó para siempre.

Los últimos días de Moreno

El 16 de noviembre de 1919, Moreno (en Ygobone, 1954, p. 359) escribió a Emilio E. Frey: *“(...) porque me voy al Sur, me estoy procurando recursos míos*

para hacer lo que tantas veces hemos hablado. Quiero volver a ver el decano de los lagos, al Nahuel Huapi".

Según su nieta Adela (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 202), Moreno le expresó su desencanto por promesas que consideraba que no se cumplirían, *"pues arriba nada se quiere saber conmigo"*, por más que el Director de Tierras, Doctor Maza, se empeñaba en que se cumpliera lo que le habían prometido.

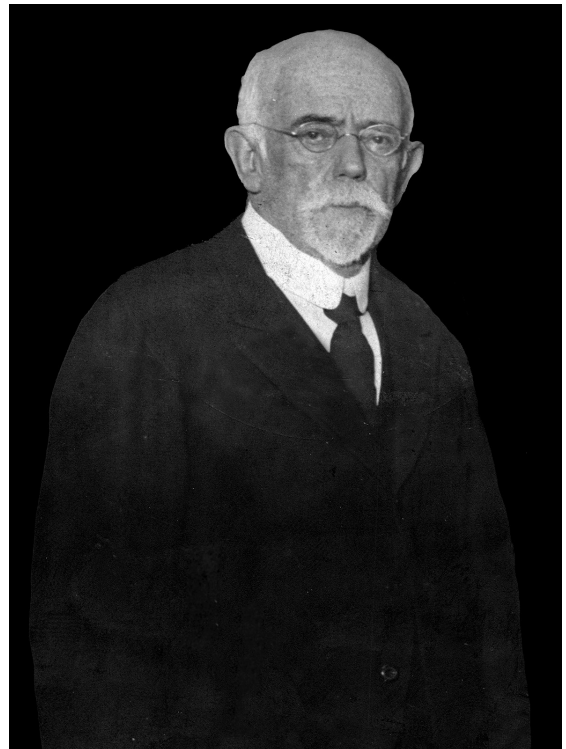
Moreno quería esperar el regreso de Frey, pero informado por el doctor Maza de que Frey tardaría dos o tres meses en regresar, le anunciaba que partiría solo al Huechulafquen, al Lácar, al Nahuel Huapi, a Huahuechageyen, etc. etc. Lamentaba no esperar a Frey pues *"los dos hubiéramos hecho obra grande para el país, pero estas cosas no se comprenden aquí"*. Finalizaba diciendo que *"El tiempo no me preocupa, ni el gasto, quiero hacer lo que pensé siempre realizar, aun cuando deje los huesos allí, a morir aquí en un conventillo. Deme presentaciones e indicaciones sobre todo para Nahuel Huapi, en todos sus rincones. Espero salir de aquí a fines de mes o principios del entrante"*.

Esta carta, según el relato que hizo Frey por escrito a Eduardo Moreno, el 26 de junio de 1934, al entregarle el original (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 203; Riccardi, 2019, p. 451), la recibió Frey en Victoria, en la Pampa Central, donde se encontraba en gira de inspección, por encargo del Director de Tierras Isidro J. Maza. Según Frey, Moreno había pensado siempre realizar una nueva gira por la región del Nahuel Huapi, donde quería disponer el levantamiento topográfico de toda la zona, como base para un mejor aprovechamiento, parcelación de la tierra, construcción de caminos y ferrocarriles y radicación de industrias con materias primas de la región. *"Quería llevar adelante el plan de colonización de Bailey Willis"*, pero *"como carecía de recursos para hacer la gira por cuenta propia se interesó al Dr. Maza, quien interpretando la propuesta del Dr. Moreno, creó la División Técnica en la Dirección de tierras, cuya Jefatura debía adjudicarse al Dr. Moreno, lo que no pudo efectuarse a pesar de la buena voluntad del Dr. Maza, por la resistencia que encontró el nombramiento del Dr. Moreno en la Presidencia de la República"*.

Desengañado Moreno resolvió hacer la gira por su cuenta y para poder costear el viaje, vendió cuadros de valor y le escribió esa carta donde le pedía

también que le devolviera el aparato fotográfico que le había facilitado para su gira por la Pampa Central. Deseaba hacer la gira con Frey, pero de esperar el regreso de este se pasaba la mejor época y por ello decidió hacer el viaje solo. *"No pudo realizar su aspiración de visitar nuevamente su querido Nahuel Huapi, donde como lo expresa, pensaba dejar sus huesos. A los pocos días de haber escrito la carta dejaba de existir"*.

Cuando Frey recibió la carta, residía en su chalecito *Los Cipreses* en Bariloche. Moriría el 29 de mayo de 1964 a los 92 años. En su misiva a Eduardo Moreno interpretaba que esta carta era un documento que dejaba traslucir su última voluntad de que sus restos descansasen en el Nahuel Huapi.



Última foto de Moreno de noviembre de 1919. Archivo General de la Nación, Departamento Documentos Fotográficos o AR_AGN_DDF/ Consulta_INV: 1053471_A.

Días antes de morir, Moreno visitó la redacción del diario *La Prensa*. El hecho fue registrado en la edición del 23 de noviembre de 1919 con estas palabras: “En su reciente visita (...) vino, precisamente a informarnos que proyectaba un viaje a Río Negro, donde se proponía hacer una exploración de carácter científico y a Neuquén de donde traería un ‘*cupresus*’ de los bosques andinos para plantarlo en la tumba de la escritora Ada María Elflein quien, a su juicio, había sido la escritora que más admirablemente describió las bellezas de la región cordillerana de Los Lagos, transmitiendo al pueblo sensaciones intensas de la maravillosa región. Había sido el consejero de ese viaje, como fuera antes el director de otros que realizó la escritora por Mendoza, y el que conocía palmo a palmo la cordillera en toda la extensión del territorio argentino, el que en vida no recibió los honores que merecía del país en cuanto valía, se preocupaba de no dejar vacía la tumba de una escritora, del homenaje que a su juicio le debía primeramente una región por ella descrita con alma de artista argentina”.

Y en la misma edición *La Prensa* registró su última visita, hecha el día anterior a su muerte: “Sabíamos que su salud empezaba a claudicar y no hacía veinticuatro horas que nos había visitado en las salas de la redacción de *La Prensa*, para hablarnos de sus preocupaciones constantes acerca de la distribución inconveniente de la tierra pública, de sus iniciativas relacionadas con la instrucción racional, nacionalista, de sus memorias, valientes páginas que pondrán en evidencia los entretelones interesantísimos del ya extinguido litigio de límites con Chile, y de su noble afán de estimular y de honrar a todos cuantos ponían un esfuerzo en beneficio del progreso argentino. Era tan grande su amor a la justicia y su ideal de argentinidad, que la muerte de aquellos que él consideraba servidores leales y desinteresados de la república, no interrumpía en él su afán de reconocimiento y homenaje”.

La imagen de Moreno, en una de sus últimas visitas a la redacción del diario *La Prensa*, fueron magistralmente registradas por Beltrán (1951, p. 151-153, 164) en los siguientes párrafos:

“Yo le conocí, señores. Intentaré, pues, trazar su semblanza física y moral. Era hombre de mediana estatura, tendiendo a fornido. La frente se le extendía en regular calvicie, que bordeaba el cabello

gris. Bigote abundante. Barbilla en punta. Detrás de los cristales sostenidos por fino armazón de metal, chisporroteaban o languidecían, según los estados de ánimo, sus ojos, más bien claros. Era la suya una mirada penetrante, una mirada para ahondar en los horizontes y para ver las almas, y en la que se reflejaba la reciedumbre de su temple. Vestía con pulcritud, sin sujeción a la moda”.

“Yo le conocí. Era ya en los últimos días de su existencia ejemplar y fecunda. Le conocí una tarde en la redacción de *La Prensa*, que el sabio ilustre visitaba para ilustrar el criterio de los periodistas acerca de los problemas fundamentales de la Patagonia, o para estimularlos en la campaña formidable de asistencia social a la infancia. Debo anotar, de paso, que, desde entonces, cuando tuve que escribir notas editoriales sobre la infancia abandonada, yo recordé las agudas observaciones y las humanitarias inquietudes de Moreno. Sinteticé la prédica con aquel apotegma de que ‘*un niño abandonado es un delito de todos nosotros*’.

“La fatiga de sus últimos momentos, que debió ser enorme, pero que él no dejaba trasparentar en toda su intensidad, aquella fatiga producida por el insomnio, el trabajo sin tregua y las patrióticas inquietudes, no fue obstáculo para su conversación locuaz en esa última tarde en que le vi. En algún instante de apasionamiento por el tema de la infancia abandonada, sus ademanes fueron rápidos, cortantes, como los de un brioso fiscal que acusara a la multitud del grave delito de la incomprensión y de la indiferencia. Su voz, generalmente abaritonada, tornábase más grave (...). Desde el punto de vista moral, fue la energía el rasgo saliente de su personalidad. Pero no la energía fácil del que manda desde lo alto, para ser obedecido, sino aquella con que se vencen los impulsos del propio instinto y domina los nervios azuzados por las pasiones y orienta la voluntad. La suya es la energía a lo Fray Luis de León, que azota con sus verdades a la conciencia de los descarriados, aunque sean poderosos (...).”

“Afiebrado por una invencible tenacidad para la lucha por la patria, Moreno vivió en un total olvido de sí mismo. Doblemente imprevisor y distraído de las cosas materiales de la humana existencia, doblemente, digo, por su talento de sabio y por su alma de poeta, le llega el ocaso irremediable y, como una

cruel ironía del destino, padece del glorioso mal de la miseria. En el año anterior al de su muerte —octubre de 1918— escribe estas palabras desgarradoras: ‘Yo, que he obtenido mil ochocientas leguas que se nos disputaban, y que nadie, en aquel tiempo, pudo defender sino yo, y colocarlas bajo la soberanía argentina, no tengo dónde se puedan guardar mis cenizas, una cajita de veinte centímetros por lado. Cenizas que si ocupan tan poco espacio, esparcidas acaso cubrirían todo lo que obtuve para mi patria en una capa tenuísima, sí, pero visible para los ojos agradecidos’. Pero no importaba el hambre. Achacoso, torturado por los insomnios implacables, estremecido por los zarpazos de la incomprensión y de la indiferencia, el gladiador no cae postrado, ni abandona su armadura. Un mes antes de morir decíale a su amigo Alberto Meyer Arana, refiriéndose a la infancia desvalida ‘*Si pudiera empezar una obra de protección que se hace tan necesaria! Pero en estos días salgo para el sud. Como no tengo plata, pues estoy muy pobre, he vendido unas láminas para costear mi viaje. No importa. Lo que siento es que la salud me falta*’.

Y en la víspera de su fallecimiento, pocas horas antes, estaba en *La Prensa* hablando de sus preparativos. Así le sorprendió la muerte. Y así tenía que ser. Un luchador de su temple siempre está en preparativos para algo. Soñando con nuevas exploraciones se durmió en la eternidad”.

EL 20 de noviembre de 1919, Moreno concurre, como todos los años, a la fiesta de fin de curso de la escuelita de Barracas que dirigía Sara Abraham. Se lo veía triste y decaído, tal como quedó registrado en una fotografía que se conservó en el Archivo General de La Nación (cf. Riccardi, 2019, p. 439). Sara Abraham trató de reanimarlo y lo invitó al paseo que al día siguiente harían a bordo del “*Vigilante*”, aquel barco en el que en 1876 habían querido enviarlo a la Patagonia. Recordó que le habían pronosticado que ese barco sería su ataúd y prometió ir. (Bertomeu, 1949, p. 410; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 204).

Según el diario *La Prensa* en su edición del 24 de noviembre de 1919, p. 5, el día antes de fallecer “había concurrido a la fiesta de homenaje que hizo la escuela número 6 a su protectora señorita Victoria Aguirre y había sentido emociones intensas ante el cuadro que presentaron los niños en su

mayoría hijos de obreros. Esta escuela número 6 es la única vespertina que funciona en esta capital en un barrio característico de obreros, en la calle Vieytes 1922 (Barracas). Fue fundada por iniciativa del doctor Moreno cuando este ocupó un cargo en el Consejo Nacional de Educación y cuidada y vigilada por él con sus altos anhelos de ciudadano. Él interesó la atención de muchas personas de alta posición social y económica que hoy protegen y vigilan esta casa”.

Muerte y exequias de Moreno

Moreno falleció el 22 de noviembre a las cinco de la madrugada, en su casa de Paraguay 4146, aquejado de una angina de pecho, estando al cuidado de Gil Quesada, quien suscribió como testigo el acta 1152 del 2do tomo de defunciones de la seccional 18. El médico Alberto Aberastaguy diagnosticó angina de pecho, según consta en el expediente sucesorio (Legajo 9757). En su pecho llevaba un escapulario con el facsímil de la bandera de los Andes (Ygobone, p. 361- 362; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 204-205, Juárez, 2001), escapulario que se conserva en el Museo Dr. Francisco P. Moreno, en Bariloche.

Según su nieta Adela (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 204, 209), en la madrugada del 22, la persona que lo servía había acudido prestamente al llamado del timbre, pero ya no había nada que hacer y dio aviso a la familia de que Moreno acababa de morir. Su hijo Eduardo estaba en el campo y solo pudo llegar unas horas más tarde. Fue así que la primera en llegar fue su nuera y sobrina, a quien había confiado sus últimas voluntades. En una de ellas Moreno pedía ser cremado y que sus cenizas fueran esparcidas en la región del lago Nahuel Huapi o al pie del aguaribay que él había plantado en la “Quinta de Moreno” el día que cumplió veinte años.

Como en esa época, pedir ser cremado era como una negación de fe católica y como la nuera de Moreno sabía que no era así, tal como lo trasuntaba el mismo Moreno en sus escritos, y no queriendo que cayera sobre él ninguna mancha, no dio a conocer esta voluntad y solamente lo hizo posteriormente cuando ya estaba enterrado en la Recoleta. Otra de las voluntades era que no se diera a conocer su muerte hasta unos días después de ocurrida, cosa que fue imposible de cumplir pues la triste noticia

corrió como un reguero de pólvora y Buenos Aires se movilizó para rendirle un último homenaje.

Pero su muerte aparentemente pasó inadvertida para las esferas oficiales del país (Bertomeu, 1949, p. 413; Ygobone, 1954, p. 362). Sólo el Gobierno lo ignoró, cosa que le acarreó muchas críticas inclusive de los periódicos, y solamente reaccionó cuando empezaron a llegar demostraciones de pesar de instituciones de diversos países de Europa y América.

Fue también su nuera y sobrina quien lo amartajó y la que sobre su pecho encontró una reproducción de la bandera del Ejército de los Andes, reliquia que fue conservada en el Museo de la Patagonia Francisco P. Moreno en San Carlos de Bariloche. También ella, que conocía sus sentimientos, al cerrarse el cajón, puso sobre él la bandera que lo había acompañado en varios de sus más riesgosos viajes. En el momento de retirar el ataúd, una persona de la compañía fúnebre la sacó, y cuando ella le preguntó por qué razón lo hacía, le respondió que no podía llevarla por cuanto no era militar.



Cureña y féretro de Moreno llegando al Centro Cívico de Bariloche el 22 de enero de 1944. Archivo del Museo Dr. Francisco P. Moreno, San Carlos de Bariloche.

Escribió su nieta Adela (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 204-205): “En forma tajante le contestó al instante mi madre y tengo por tradición que sus palabras fueron: ‘Si hay alguna persona en el país que merece ser enterrada cubierta con la bandera argentina es este señor y ¡pobre del que se la saque! (...)’.

Fue enterrado en el cementerio de la Recoleta, previa misa en la Iglesia del Pilar”.

Luego de vivir en la pobreza durante sus últimos años de vida, sus escasos bienes fueron ejecutados, vendidas sus colecciones de libros y objetos de arte (Ygobone, 1954, p. 357-358). Francisco Ratto confeccionó el inventario de sus bienes, numerosos muebles y sobre todo bibliotecas, cerca de 2800 libros y una pinacoteca. Durante el año posterior a su muerte, el Banco de la Nación ejecutó en remate judicial todas sus pertenencias, para cubrir deudas y créditos pendientes. Muchos de los bienes fueron adquiridos por sus hijos (Luna, 2002, p. 137) y hoy se encuentran en el Museo Dr. Francisco P. Moreno, en San Carlos de Bariloche. El remate, que estuvo a cargo de la firma J.C. Naón y compañía se realizó entre el 18 y el 22 de octubre de 1920 (Riccardi, 2019, p. 34) y permitió reunir \$ 45.000 que se sumaron a algunos títulos que seguramente Moreno ya había olvidado en el Banco Nación (Juárez, 2001).

En un párrafo de su testamento, copiado por su hijo Eduardo (en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 202), explicó simplemente Moreno: “*¿Cuál es la causa principal de mi triste situación pecuniaria? Haberme excedido en mi consagración desinteresada a la prosperidad y defensa de mi patria. Si hoy lamento este exceso, lo es por mis hijos. Me voy tranquilo de la vida, desde que en mis ya largos años no he hecho nunca daño a nadie y sí mucho bien a la colectividad y a algunos de sus miembros*”

Así, empobrecido y olvidado, murió Moreno. Curioso sino el suyo, que lo llevó a nacer con la caída de Rosas y bajo el signo del acuerdo de San Nicolás y a morir durante el primer gobierno elegido bajo la Ley Sáenz Peña, pero en medio de los enfrentamientos que produjeron la Semana Trágica.

La transformación y el crecimiento sufridos, por la sociedad argentina y la humanidad toda, en esos 67 años, probablemente fueron los causantes de las numerosas crisis políticas y económicas bajo las que

tuvo que vivir Moreno. Pero a través de todas ellas, su voluntad de servicio y su accionar en pos de sus ideales se mantuvieron incólumes. En cada circunstancia histórica Moreno encontró causas por las que luchar, siempre con un mismo norte, que fue el progreso del país.

Moreno no participó de luchas políticas, pese a que conoció a todos los principales actores de las mismas a través de los quince gobiernos que se sucedieron durante su vida. Nada lo desvió de sus objetivos y su acción en pos de los mismos no tuvo pausas.

Probablemente estos sean los hombres que, al margen de las administraciones políticas circunstanciales, resultan fundamentales para el progreso de la sociedad. Lamentablemente para la posteridad, las razones que guían a hombres de acción como Moreno no suelen quedar explicitadas, por falta de

tiempo, con la claridad y la elegancia con la que los ideólogos y políticos explican los sucesos en los que participan o por los que toman partido.

La vida de hombres como Moreno constituye entonces un legado de fundamental importancia que debe ser explicado en función de ideas y convicciones, para inspiración de quienes, al margen de situaciones políticas coyunturales, trabajan diariamente al servicio de la sociedad. En tal sentido Moreno es un ejemplo destacado de la historia argentina.

Repercusiones

Los principales diarios de la época dieron amplia difusión al fallecimiento de Moreno.

Escribió el diario *La Nación* del 23 de noviembre de 1919: “Muchas eran las cualidades significativas que realzaban la personalidad ilustre de D. Francisco



Misa de cuerpo presente en el Centro Cívico de Bariloche el 22 de enero de 1944.

Archivo del Museo Dr. Francisco P. Moreno, San Carlos de Bariloche.

P Moreno (...) sería difícil elegir, para una síntesis de su personalidad un aspecto realmente dominante. El perito en la cuestión de límites aplicaba sencillamente el vasto caudal de conocimientos recogidos por el viajero inquieto de la juventud, por el geógrafo; el geógrafo no cesó jamás de estudiar asiduamente las cuestiones antropológicas y la arqueología; era al mismo tiempo un zoólogo y formó magníficas colecciones (...) y mientras el radio que abarcaban sus ideas y trabajos científicos se ampliaba, ya tenía el espíritu fijo en propósitos de educación pública y en el deseo casi angustioso de reunir los esfuerzos de todos los estudiosos argentinos en centros científicos y acumular los elementos del estudio en museos organizados (...).

Pero si es así difícil caracterizarle plenamente bajo una faz predominante de su actuación científica y pública (...) muy fácil es en cambio precisar, sobre este conjunto de méritos preciosos, la fisonomía de un luchador intelectual que aparece en la vida de la república, como unos de los hombres que más han contribuido a nuestro progreso moral (...). Era tan inextinguible, en su espíritu, este amor a la patria, a la ciencia y a la cultura que, en los últimos meses de su vida, ya agobiado por los males físicos, gestionaba activamente, ante el Gobierno nacional, la fundación de un instituto histórico y geográfico argentino (...).

Las entusiastas energías que definían su temperamento le crearon muchas veces resistencias que él al final vencía porque sus fines eran justos (...). Sus ansias patrióticas eran grandes: lo demostraba hasta en los detalles de su vida (...). El día 13 del corriente, ansioso como era de todo lo nuevo, a pesar de la prohibición médica, quiso efectuar un vuelo sobre la provincia (...).

El diario *La Prensa* del 23 de noviembre de 1919, reflejó su muerte de la siguiente forma: “Inesperadamente falleció ayer en las primeras horas de la mañana el doctor Francisco P. Moreno, cuya vida comprende uno de los capítulos más hermosos y más nobles de la energía argentina, del amor a la justicia y a la ciencia y del patriotismo aplicado desinteresadamente a la tarea cotidiana y silenciosa de consolidar la grandeza moral y material de la nación (...)”.

“Hombre de rara actividad, podría decirse que no tuvo una hora de descanso (...). Tenía la serena audacia de todos los sabios, y para su acción no hubo obstáculo insuperable. Desde joven se dedicó a retemplar su carácter, y en un ambiente y en una época en que casi todos se preocupaban de negocios y de aumentar los propios caudales, él se dedicó a servir desinteresadamente a las mejores causas de la república. Explorador y fundador de revistas y de institutos científicos, autor de obras valiosas y de



Restos de Moreno en el muelle de Bariloche al ser embarcados en el *Modesta Victoria*, 22 de enero de 1944.



Subiendo la losa que cubriría el sepulcro de Moreno, isla Centinela, 22 de enero de 1944.



Inauguración del Monumento a Moreno en San Carlos de Bariloche. 22 de enero de 1944 (izq.), vista actual (der.).



iniciativas humildes y trascendentales, culminó en su acción patriótica en el agrio pleito de límites que mantuvo la Argentina con Chile (...).”

“En sus memorias que quedan inéditas y que en gran parte conocemos, se documenta cada uno de los pasos victoriosos que dio la acción argentina en este largo y difícil pleito (...). Sir Thomas Holdich, (...) trató íntimamente al doctor Moreno y le hizo amplia y perfecta justicia al decir que era un argentino que no discutía, sino que probaba con hechos sus afirmaciones. (...)”

“El día que aparezcan las memorias de este ilustre argentino que acaba de perder el país, van a conocerse episodios sensacionales y a poder juzgarse de la acción y de la palabra de muchos estadistas, de muchos hombres de gobierno que cedieron ante la ilustración del doctor Moreno, ante su conocimiento práctico del territorio andino, y orientaron la obra argentina para evitar la pérdida ya casi inminente de la Patagonia por inepticia e incomprensiones de cancillerías”.

“Gran ciudadano, buen amigo, educador de palabra y de hecho, hombre de sana voluntad, de

cordialidad contagiosa, de alegría de vivir honradamente y de servir sin descanso a la sociedad; la vida y la acción del doctor Moreno es una tarea digna de las mejores plumas argentinas y confiamos en que esa obra se hará algún día no lejano para orientar a las nuevas generaciones por caminos del ideal y de la ciencia, y para retemplar en el yunque de la energía los caracteres que el país necesita y reclama”.

“Mientras tanto, paz a su materia en la tumba, ya que eso solo ha alcanzado la muerte de un hombre de este temple que supo hacer obra de vida perdurable”.

Honores póstumos

El 23 de noviembre de 1919 se realizó el sepelio de Moreno en el cementerio de la Recoleta, en el panteón de su hermano Eduardo V., tras oficiarse una misa de cuerpo presente en la iglesia del Pilar. El ataúd estaba cubierto con la bandera argentina, confeccionada por sus amigas Guerrico, la misma que Moreno había llevado al Lago Argentino y al Nahuel Huapi en su segunda visita y que hoy se conserva en la Sala Moreno del Museo de La Plata (Ygobone,

1954, p. 363). Una compañía de boy-scouts formó guardia de honor. (Ygobone, 1954, p. 365-366; Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 210).

Hablaron en la ocasión, el Dr. Felipe Meyer Arana, en representación del Patronato de la Infancia, Carlos P. Ripamonte y Eduardo Quintana, en nombre de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, Manuel Carlés, que había sido compañero de banca de Moreno en la Cámara de Diputados lo hizo en representación de la Liga Patriótica Argentina, y el Dr. R. Lehmann Nitsche en nombre de los especialistas extranjeros del Museo de La Plata

Los principales diarios de la época también registraron las exequias.

El Diario *La Nación*, en su edición del 24 de noviembre de 1919, dijo: “Ayer por la mañana se llevó a efecto en el cementerio de la Recoleta, el acto del sepelio de los restos de don Francisco P. Moreno. El sentimiento de hondo pesar que ha provocado la desaparición del señor Moreno tuvo en esa ceremonia una exteriorización inequívoca (...). En nombre de la junta ejecutiva de la Liga Patriótica Argentina, hizo uso de la palabra el Dr. Manuel Carlés (...). El Dr. Carlos P. Ripamonte, que llevaba la representación de la sociedad Estímulo de Bellas Artes, inició su discurso poniendo de relieve el patriotismo que evidenciara el Dr. Moreno en la realización de sus obras, y el cariño con el que estimulara la manifestación artística naciente del país.

Dijo en el sepelio Eduardo Quintana, Secretario de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes: “Cuando se escriban las primeras páginas brillantes o se mencionen las iniciaciones del arte argentino, una voluntad resuelta, un espíritu encariñado y sin doblez, un bello impulso despertador de sensaciones y de emotividad original saldrá al paso marcando derrotero, asegurando obras, enalteciendo artistas (...)” “Los artistas no podrán olvidar nunca la efícacísima protección, tan decididamente puesta de su lado que hasta el instante de morir le sorprende presidiendo la vieja Sociedad Estímulo de Bellas Artes (...) mientras daba cumplimiento a su iniciativa de rendir un homenaje merecido a dos malogrados obreros del ideal que, como a muchos otros artistas, él facilitó descollar”.

El Dr. Lehmann Nitsche expresó: “En nombre de los especialistas extranjeros que el doctor Mo-

reno hizo venir para incorporarlos a la vida científica de su patria, ofrezco al siempre venerado jefe nuestro último saludo. Era este un detalle especial y tal vez no suficientemente apreciado de su actividad intelectual. Moreno vigilaba, desde atalaya muy alta, por el progreso del país, mirándolo en conjunto. Poco le importaba la nacionalidad del especialista extranjero; tampoco restringió la labor del recién llegado con indicaciones especiales; por el contrario: con una confianza ilimitada, entregole el cuidado de valiosísimas colecciones científicas; permitiéndole que iniciara investigaciones en materias elegidas por el mismo especialista; y consiguió, al fin, que el resultado de esos trabajos (...) fuera ofrecido al mundo científico en las páginas (...) de la revista y de los anales de aquel establecimiento, cuya fundación es su mérito sempiterno; es el cimiento indestructible de su fama universal; este instituto científico, es el Museo de La Plata (...) Guiado por un noble interés, tanto científico como patriótico, sabía impregnar a su obra un formidable impulso cuyo empuje todavía repercute; dotaba a su patria con un templo sagrado, desde donde debía propagarse la investigación científica en bien de la misma ciencia”.

Es oportuno resaltar de este mensaje, como lo hizo Beltrán (1951, p. 162-163): “Fue la suya una bondad que llegó al desprendimiento abnegado en todo, hasta en el terreno de la ciencia, que es donde el hombre más bondadoso suele ser egoísta. Ya lo certificó R. Lehman Nitsche, al inhumarse los restos del sabio. Habló en nombre de los maestros extranjeros venidos al país por iniciativa de Moreno. Y recordó entonces que nuestro compatriota le había proporcionado, sin tasa ni medida, todas sus colecciones, hasta las piezas más preciadas. Quien no sea un investigador y coleccionista, no podrá aquilatar plenamente la amplitud de este gesto. La pieza arqueológica, el hueso, el vegetal petrificado, el cacharro que el sabio le arranca a las entrañas de la tierra y que es documento valioso donde se reflejan aspectos de la vida pretérita del planeta, son joyas codiciadas, queridas, que el coleccionista guarda con pasión de avaro”.

La Nación y *La Prensa* del 24 de noviembre de 1919 reprodujeron las palabras de Manuel Carlés, en representación de la Liga Patriótica Argentina

(cf, Riccardi, 2019, p. 441-442): “Hay en mi tierra una tradición sentimental. Cuenta la abnegación de hombres consagrados a glorificar la patria. Cuando la libertad les llamó a sacrificarse, abandonaron las ternezas del corazón para tremolar una bandera que recorrió el continente libertando pueblos; cuando la dignidad de los señores les inspiró noblezas humanitarias, dictaron la constitución de la democracia más feliz para el pueblo mejor dotado del orbe; cuando el mundo entero encerraba en límites estrechos el egoísmo nacional, ellos, los nuestros, abrieron de par en par las puertas de la república que fuera la mansión generosa del trabajo universal; y cuando las tristezas del orbe balbuceaban esperanzas de redención, ellos, los argentinos, instituían ya la democracia de una justicia honesta, de una libertad amplia, de un bienestar fundado en el trabajo y el decoro. Esa es la leyenda de la patria y Francisco Moreno fue el último protagonista de esa tradición sentimental.

(...) En esa escuela se educó Francisco Moreno, cuando en la sexta década de la patria fue en busca de los misterios del sur para descifrarlos (...) Jóvenes que despertáis a la vida y que dudáis del patriotismo y mostráis tibieza en vuestros sentimientos nacionalistas, venid a esta tumba para aprender que la patria está en la entraña de la tierra y que para sentirla hay que ansiar su triunfo y sufrir sus desvelos, que hay que levantar la mirada para encontrar en lo alto ideales de pureza en la intención, el desinterés, el santo desinterés que es la virtud suprema del patriotismo. Venid a esta tumba y hallaréis la senda para continuar con la tradición perínclita de la patria.

Y no nos fatiguemos averiguando la causa de tanta grandeza, porque entonces, ahora y siempre fue, es y será la misma: la abnegación que brilla en todos los tiempos cuando los corazones se elevan sobre las miserias de la existencia; y si oímos por ahí, en los antros de la angustia, que el mal es eterno y que el dolor es la única ciencia de la vida, contémosles que nunca el mal vulneró una conciencia honesta, ni el dolor se sobrepuso a las energías del deber; y para probarlo contémosles la leyenda de la patria que es también la leyenda de caballeros como Francisco Moreno que poseían un lema: “la victoria; un escudo: el honor; por armas: la voluntad y como ideal la gloria”.

Ausencia del Gobierno

El diario *La Prensa*, del 24 de noviembre de 1919, también registró que: “(...) Solo el gobierno omitió su presencia y ni el Congreso, donde figuró como miembro de la Cámara de Diputados, envió delegaciones. Esta ausencia de las altas autoridades de la Nación dejó ayer en el espíritu de todos los presentes en el acto fúnebre, una impresión penosa. ¿No conocen los miembros del Ejecutivo y los legisladores, los servicios prestados al país por el doctor Moreno? ¿No saben cuán eficiente fue la colaboración de este ciudadano, en la magna cuestión de límites con Chile que substanciaron estas dos naciones? ¿No conocen las actuales autoridades nacionales, la enorme extensión de tierra andina que se salvó del litigio por la obra del conocimiento personal del explorador y del geógrafo doctor Moreno? La bandera que suele ser puesta a media asta por fallecimientos de hombres que poco sirvieron a la patria, no encabezó el homenaje a este gran servidor, a este caballero del ideal que tanto la amó y la veneró. Días vendrán, empero en que esta impresión amarga que experimentamos se trocará en satisfacción de altos actos de justicia.”

Con respecto a la visible ausencia de las autoridades nacionales de la época decía otro diario: “Desde la altura de la presidencia con grave daño para la cultura del país, se mantienen odios y pequeñeces de criterio, que hasta en un comité de barrio serían vergüenza. Ni siquiera se detienen ante la muerte; ante el momento augusto en que la piedad ayuda a comprender, se exacerban y agudizan esos temperamentos. Ayer (23 de noviembre de 1919, día del sepelio) el P.E. no envió ni un delegado, ni un representante, ni nada, por modesto que fuera, al entierro de Don Francisco P. Moreno, hombre patriota que gastó su fortuna personal al servicio de la Argentina, que mereció importantes distinciones como hombre de ciencia, que prestó altruistamente señalados servicios y de cuyo paso por la política no ha quedado, ciertamente, una estela de odios. Podía el P.E. haber rendido un homenaje al geógrafo ilustre, laureado en París y Londres, al patriota a cuyos estudios y actividades se debe que ricas comarcas estén comprendidas dentro de las fronteras nacionales; al hombre generoso en quien la pasión por las ciencias y la patria eran un mismo sentimiento. El P.E. ¡quién sabe

por qué motivos! Ha permanecido mudo”. (Ygobone, 1954, p. 363).

Pero en la edición del mes de diciembre del *Monitor de Educación Común*, órgano del Consejo Nacional de Educación se incluyó una justiciera nota



Tumba de Francisco P. Moreno
en la isla Centinela.

necrológica (Anónimo, 1919, p. 199-202; cf. Riccardi, 2019, p. 442-443), que decía:

“Originalísima fue la personalidad de Pancho Moreno como es difícil su silueta moral. Autodidacta al igual de Mitre y de Sarmiento —este último tuvo necesidad de doctorarle por telegrama a efecto de salvar un escrúpulo reglamentario. Moreno arrancó con sus propias manos de la naturaleza lo que sin duda Salamanca no hubiera podido prestarle, y fue sabio, filósofo, poeta a la manera de Pancho Moreno y nada más que de Pancho Moreno. Pero él fue sobre todas las cosas el hombre de acción. En él las ideas se traducían en actos. Quien se atreviera a juzgarle con prescindencia de esos actos, se equivocaría por entero. No había nada en él que no concurriera a la acción: pensamiento unilateral, franco y leal por donde se le buscara, de una ingenuidad desconcertante, el corazón bien puesto y las manos limpias, él mismo ignoraba la potencia de su energía, y fue el niño terrible que hay en todo grande hombre. A Moreno solo se le conocía bien en la acción. Uno veía la descarga y no el impulso que la determinaba (...). Tres grandes hechos compendian la acción del ilustre patricio y son ya capítulos de historia argentina: la exploración —puede decirse el descubrimiento y con ello lo hemos dicho todo— de la Patagonia, el Museo de La Plata y la defensa de los intereses argentinos en el pleito de límites con Chile (...).

(...) un acendrado espíritu patriótico animaba los impulsos de esa formidable máquina de acción, sentimiento que no encuentra símil sino en los más preclaros héroes argentinos. El culto de la patria era la obsesión, la pasión de Pancho Moreno. Fue la teoría de su voluntad poderosa; por eso el hombre práctico resultó a menudo un teórico terrible; por eso algunas veces desacertó en los medios; por eso el personalismo de Moreno —aunque parezca paradoja— fue el más impersonal de los personalismos. La patria, he ahí la justificación de toda su vida. Cuando los intereses heridos se coaligaban en su contra y debieron provocar reacciones equivalentes, se complacía en repetir su frase favorita: ‘eso lo convencerá a usted de la necesidad de educar al pueblo’; y cuando se le aconsejaba que divulgase su obra en defensa de su persona, contestaba invariablemente: ‘no, la obra podría resultar herida si llevara mi nombre por bandera; es la obra, no yo, lo que interesa.’

El patriotismo suyo con ser tanto, era americana al mismo tiempo que argentino. El estudio de la tierra y la influencia incontrastable de lo físico en lo político, lo llevó a soñar en la formación de un solo estado entre los océanos Atlántico y Pacífico: 'El futuro —escribe en sus memorias— verá una sola nación entre los dos océanos, extendiendo su influencia económica sobre el circuito del hemisferio sur a través de mares y tierras. Esta visión, este ideal debe ser constante. Nuestras acciones deben desarrollarse con ellos por delante, subordinando todos nuestros movimientos políticos, sociales, económicos a la realidad de esa visión, de esa idea. Debemos proceder sin miedo, con la convicción de que nos movemos naturalmente en esa dirección, porque es la naturaleza misma la que nos guía, y nada hay que pueda modificar ese rumbo, sino es una criminal desidia' (...).

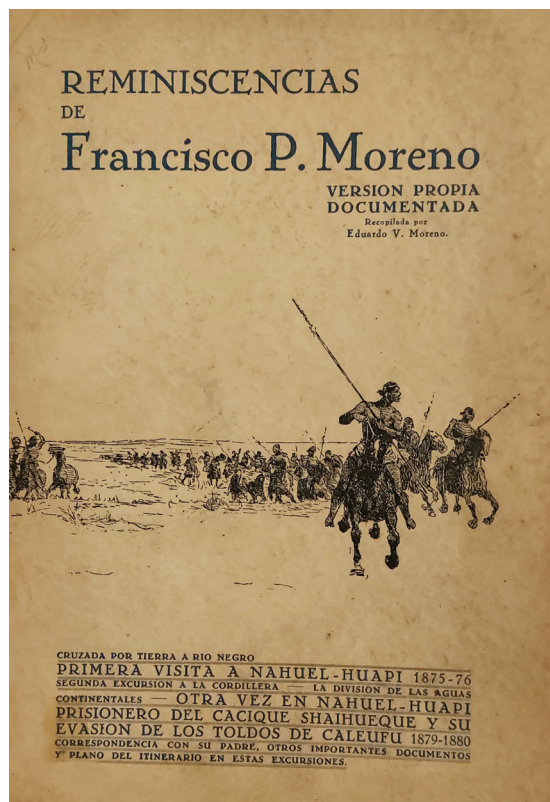
Pancho Moreno puede descansar tranquilo en la inmortalidad. Un velo, una aureola luminosa nimbaba su obra y la obra es el hombre. La Argentina no olvidará nunca a su héroe civil, que tanto hizo por su acrecentamiento material y moral, y la ciencia registrará por todo lo que vale, lo que hizo Moreno para el mejor conocimiento de la naturaleza, que es condición de vida, de progreso y de moralidad”.

Por otro lado, numerosas instituciones del exterior le rindieron homenaje: la Academia Americana de Ciencias Políticas y Sociales, presidida por Leo S. Rowe, deploró su desaparición. La *National Geographic Society* le rindió homenaje, el Museo Kensington de Londres dio su nombre a la Sala de Paleontología; en el Museo de Historia Natural de Berna se dedicó un lugar a sus colecciones (Bertomeu, 1949, p. 413).

Honores posteriores

Al cumplirse un mes de la muerte de Moreno, el 22 de diciembre de 1919, “una comisión de damas y caballeros, inspirados en el propósito de honrar la memoria del doctor Francisco P. Moreno, organizaron un homenaje en el salón de actos de las ‘Escuelas Patrias’ del Patronato de la Infancia, en razón de haber sido ‘uno de los fundadores de esos establecimientos que se levantan en el parque José E. Uriburu, contiguo al de los Patricios (...) iniciador de la apertura de escuelas en Nueva Pompeya y la parroquia de Vélez Sarsfield y fundador de la asociación

General San Martín’. Para ello se reúne a los niños pobres de dichos barrios y se les obsequia con juguetes y golosinas costeados por una donación particular. Se obtuvo además que la dirección del Jardín Zoológico facilitase los camellos y los cochecitos del parque del Sur, para que los niños tuviesen mayores entretenimientos, que el teatro Infantil Labardén dé una función y que se proceda al embanderamiento de las calles adyacentes al parque. Además, concurren la Banda Municipal y la de la Policía y varios aeroplanos evolucionan sobre esos lugares. El homenaje se inicia a las 5 de la tarde, y en él se descubre el retrato del Dr. Francisco P. Moreno, en el salón que se designa con su nombre. En el acto están representados, además del Patronato de la Infancia, el Jockey Club, institución que contribuye al sostenimiento



Carátula del libro “Reminiscencias de Francisco P. Moreno”, 1942.

de las escuelas” (tomado de un artículo titulado “En memoria del Dr. Francisco P. Moreno” y publicado en un diario de Buenos Aires; en Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 206).

Cuatro años después de su muerte, el 19 de noviembre de 1923, por iniciativa del entonces Director del Museo de La Plata, Luis María Torres, se inauguró un busto de Moreno en la rotonda central del acceso al museo, lugar donde, desde la fundación, había habido una mandíbula de ballena y en el que, según la idea original de Moreno (1888, p. 569) (...) *debería ocupar el centro (...) la estatua de alguna de nuestras glorias, cuya grande obra encarne el paso del pasado al presente y nos sirva de ejemplo para el porvenir*” (Moreno, 1888: 569).

El busto se había encargado originalmente a Europa, pero por no reunir las condiciones necesarias lo terminó realizando en mármol de Carrara el es-



F.P. Moreno, óleo de L. De Servi, 152 X 117 cm.
Sala Moreno, Museo La Plata.

cultor argentino Alberto Lagos. El busto fue costea-do por suscripción pública y entre los 96 donantes figuraban los nombres de: B. A. Nazar Anchorena, S. Roth, C. Bruch, W. Schiller, C. Ameghino, P. S. Obligado, J. León Suárez, J. J. Nagera, M. Doello Jurado, M. Lillo, J. Keidel, E. Boman, V. Aguirre, L. Kraglievich, A. Doering, C. Onelli y de dos de los aborígenes que trabajaban en el museo, D. Coñuel y J. Coñuel. Para la inauguración se fletó un tren espe-cial para los invitados y se acuñó una plaqueta con la reproducción de la estatua (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 155).

Dijo en la ocasión sobre Moreno, entre otros conceptos, Luis María Torres, Director del Museo de La Plata (Torres, 1924, p. 4; Bertomeu, 1949, p. 309-310; Riccardi, 2019, p. 449): “Se destacan, entre sus cualidades, la fe absoluta en la labor persistente, la terminante independencia de carácter y su grande afecto por el país (...). Proyectos y realidades van definiendo, sucesivamente, su clase de temperamento, hasta que la fiebre de la obra le acomete, podría decirse, en forma verdaderamente violenta. Nada ni nadie puede detenerlo (...). Del despliegue de esa acción, que causara tanta admiración en unos o la confusión en otros, propios y extraños al medio social en que la obra se hacía, se derivaron al parecer, muchas de las interferencias que tuviera con los hombres de su tiempo (...). Huyamos de la vaguedad y del equívoco y declaremos sin ambages que, si en la obra integral de Moreno no se encuentran reunidas las características del sabio, que el epíteto flotante adereza o pretende exigir en las ideas, hábitos y aptitudes sociales de todos los hombres, su pasión de investigador rompe los cánones previstos y la intensidad en la acción le dan el valor de cosa nueva y espontánea en nuestro país (...). Unas y otras empresas —que la suspicacia ignorante de alguno de sus compatriotas apreciara con disimulado desdén—, fue motivo, bien se sabe, para que la ciencia geográfica europea consagrara el nombre de Moreno, estampándolo en la columna de honor de los geógrafos celebres”.

Ernesto Quesada, por su parte, además de recordar la visita hecha, junto con su padre, a principios de 1877 al museo de Moreno en la Quinta de la familia, visita de la cual nació la donación a la provincia de Buenos Aires que luego culminaría en el Museo

de La Plata, dijo (Quesada, 9-16; Bertomeu, 1949, p. 286, 298, 313; Riccardi, 2019, p. 451): “(...) los rasgos salientes de la personalidad de Moreno (...) son, pues, su vocación científica decidida y el carácter evidente de su vocación autodidacta (...). Todos los trabajos de Moreno, durante su vida entera, están señalados con esa marca y llevan ese doble inconfundible sello: su vocación resuelta le infundió una energía que no conocía obstáculos y su formación de autodidacta lo llevó a rodearse de especialistas, de preparación metódica y sólida, para todos los trabajos que emprendiera dentro y fuera del museo, o en el ejercicio de su cargo de perito en la cuestión de límites, como en todo lo que se confiaba a su dirección. Andaba barriando con los ojos los rincones y en dirigir todo bien, ponía la proa y el intento: hacía ejecutar por técnicos lo que su intuición sentía que estaba por venir, vigilaba tenacísimamente que ello se hiciera lo mejor posible y resplandeciera como obra milagrosa; era, en tal sentido, un director ideal de museo”.

“Su propia producción fue poco a poco reduciéndose a lo indispensable, hasta casi deliberadamente meterse en un puño, porque concentró su pensamiento y voluntad en dirigir con energía los trabajos, escoger bien sus colaboradores, infundirles en todo momento espíritu de cuerpo y vigilar celosamente la ejecución de sus tareas. Era realmente eximio general en jefe de un ejército bien disciplinado y con ejemplar entrenamiento: puso de una vez las leyes y mandamientos a todas las cosas, y a cada uno señaló el orden de lo que había que hacer; a todos tenía debajo de su imperio y quiso hacer en todo, la jornada de cabeza; era el alma misma del museo; el inspirador de sus exploraciones, el instigador de los trabajos de sus jefes de sección y quien hacía converger los esfuerzos aislados a un propósito común, sin jamás perder de vista el adelanto de la ciencia nacional. Y hoy, (...) al hacer a su memoria larga y benigna ofrenda, pareceme que el espíritu que anima al museo es el que soñaba Moreno (...). Se diría, pues, que el alma de aquel vaga invisible por los más recónditos meandros de esta casa (...).”

Onelli hizo entrega en la ocasión de “dos valiosos recuerdos” que “La piedad filial de los descendientes de Francisco P. Moreno y el cariño fraternal por el que fue secretario de su padre”, le “hicieron que, a los pocos días de desaparecer el ilustre argentino”.

“(...) Recuerdos tan importantes que yo creo deber depositar como reliquias en este templo de su gloria pues representan los límites extremos de una vida consagrada a las más altas investigaciones” (...) “el pequeño ídolo recibido por él en sus años más juveniles, y que, más tarde, aun sabiéndolo falso, fue el numen protector que marcó serenamente al muchacho, al joven y al hombre maduro, el rumbo firme de sus estudios a través de los múltiples aspectos de la naturaleza, y que resultaron su gloria y honra para la patria. Yo, a este ídolo teñido de azul, lo he visto tomar reflejos cobrizos bajo la luz de la candileja, que también os entrego y que fue encendida en todas sus largas noches de estudio del naturalista, del patriota y del filántropo. Su vela, amarillenta ya por los largos días transcurridos, lleva todavía las últimas lágrimas de cera, las últimas gotas rojas de lacre con que, ante la muerte que ya veía aproximarse, encerró sus últimos escritos en bien de la patria. Cuando en la quietud solemne y apacible del museo, el pensador penetra en este aposento, estos dos objetos completarán quizá mejor su juicio sobre el sabio y



Busto de Moreno en el vestíbulo principal del Museo La Plata.

generoso argentino que se fue para siempre”. (Onelli, 1924, p. 16; Bertomeu, 1949, p. 314; Riccardi, 2019, p. 450). Ambos objetos fueron depositados junto a las banderas de Moreno, en una urna especialmente diseñada que fue ubicada en la “Sala Moreno” del museo. Allí estuvieron hasta unos pocos años antes de cumplirse el centenario de la muerte de Moreno.

Isla Centinela, destino final

En el año 1934 se sancionó una ley que disponía se erigiese un mausoleo que guardase los restos de Moreno en el Parque Nacional Nahuel Huapi.

El proyecto de ley fue enviado el 22 de agosto de 1934 por el gobierno del General Agustín P. Justo, el cual fue aprobado por unanimidad en ambas cámaras, aunque el mausoleo no se erigió (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 209).

En el mismo año, el 9 de octubre de 1934, se aprobó también la Ley 12.103, por la que se creó la Dirección de Parques Nacionales. En los considerandos de dicha ley se decía (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 142): “El concepto de los parques nacionales no es nuevo en nuestro país. Fue el doctor Francisco P. Moreno quien, en el año 1903, con inolvidable patriotismo, donó a la nación para ese destino tres leguas que por la Ley 4192, le habían acordado en las costas del hermoso Nahuel Huapi, inmediata a la frontera por él defendida con tanto empeño. Sucesivamente ampliada por el Poder Ejecutivo esa reserva excede hoy las trescientas leguas, incluyendo lagos y montañas considerados entre los más bellos del mundo”.

El 30 de octubre de 1939, la entonces Dirección de Parques Nacionales, en la que trabajaba, desde 1935, el hijo de Moreno, Eduardo, elevó un pedido al Poder Ejecutivo a fin de que se autorizase a dicha repartición a hacerse cargo de la ejecución del monumento (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 209).

En diciembre de 1943, la Dirección de Parques Nacionales, completó los trabajos destinados a establecer el mausoleo en la Isla Centinela, isla y nombre elegidos por Eduardo Moreno.

En enero de 1944, como culminación de las gestiones del primer Director de Parques Nacionales, Ezequiel Bustillo, y con la aceptación de la familia de Moreno, el Poder Ejecutivo Nacional dictó un decreto (cf. Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 209-210;

Riccardi, 2019, p. 452) disponiendo que el 14 de esos meses fuesen trasladados los restos de Moreno, desde el cementerio del Norte a San Carlos de Bariloche, para ser sepultados el día 22 en la Isla Centinela, del Parque Nacional Nahuel Huapi, oportunidad en la que se inauguraría una estatua erigida en la plaza que llevaría su nombre.



Urna conteniendo: Poncho de Inacayal, bandera del *Azopardo* (abajo), bandera de Moreno (atrás) con leyendas originales de Moreno, (cf. Riccardi, 2019, B.315) e ídolo azul de su infancia. Sala Moreno, Museo La Plata (en exhibición entre 1923 y 2014).

Se disponía también que se le rindiesen honores oficiales, correspondientes a Ministro Plenipotenciario, tanto en ocasión del traslado de sus restos desde el cementerio del Norte hasta Plaza General Roca, donde serían embarcados con destino a San Carlos de Bariloche, como en las ceremonias que se realizarían el 22 de enero con motivo de la inhumación en la Isla Centinela del Lago Nahuel Huapi y en la inauguración de su estatua y de la plaza que llevaría su nombre, en San Carlos de Bariloche.

Se delegaba la representación del Poder Ejecutivo Nacional en el Vicepresidente de la Nación y Ministro de Guerra, General de Brigada Don Edelmiro J. Farrell, a quien acompañaría el Ministro de Agricultura, General de Brigada Don Diego I. Mason, en la ceremonia del sepelio de los restos en la Isla Centinela y en el acto de la inauguración de la estatua y plaza Perito Moreno en San Carlos de Bariloche, de acuerdo con lo dispuesto por la ley Nro. 11.918.

Representaron a la Comisión de Homenaje en el traslado de los restos a la Isla Centinela, dos de sus futuros biógrafos, los Dres. Amadeo Artayeta y Aquiles Ygobone (Ygobone, 1954, p. 366).

El 14 de enero de 1944 se exhumaron los restos de Moreno en la Recoleta, donde habían permanecido por veinticinco años, fueron saludados por once cañonazos, y luego de los discursos, los mismos fueron colocados cubiertos con la bandera en la cureña de un cañón del Regimiento 1° de Artillería. Hasta la estación General Roca los restos fueron escoltados por un escuadrón del Regimiento de Granaderos a Caballo General San Martín, con bandera enlutada y fanfarria. Una muchedumbre aguardaba el ataúd, delegaciones de estudiantes y de los "Scouts". Los restos fueron depositados en un furgón al que se había transformado en capilla ardiente, "flores y banderas, Patria y Naturaleza, que más hubiera podido pedir él" (...) "¿Por qué estos grandes hombres no reciben en vida el reconocimiento de sus compatriotas y muchos de ellos han muerto en la mayor tristeza, como Abuelo?" escribió cuarenta y cuatro años después su nieta Adela (Moreno Terrero de Benites, 1988, p. 210). El tren arrancó mientras la banda militar ejecutaba la *Marcha Fúnebre* de Chopin. Eduardo Moreno le dijo a Bertomeu "Al fin ha ganado la batalla" (Bertomeu, 1949, p. 414).

Los restos de Moreno arribaron a Bariloche, 68 años después de que llegara a ese mismo lago, llevado por las ilusiones de sus veinticinco años, donde fueron recibidos por autoridades civiles y militares y trasladados en la cureña de un cañón, primero hasta el Hospital Regional, frente al cual tropas del ejército le rindieron honores, y luego a la Municipalidad donde se había instalado la capilla ardiente, donde quedaron hasta el día 22. Sobre el ataúd se colocaron, la bandera nacional que lo acompañó en sus viajes, junto con los ponchos de Catriel y Pincen y el que le regalara Shaihueque, y que como legado suyo se conservara en el Museo de La Plata por más de cien años.

En la inauguración de la estatua estuvieron presentes el Dr. Ramón Castillo, el general Edelmiro Farrell y el teniente coronel Eduardo Lonardi "que después llegarían a presidir los destinos de la República". El homenaje a Moreno se extendió incluso a los vitraux de la iglesia Nuestra Señora de Nahuel Huapi, "en algunas de cuyas escenas históricas aparece la imagen del Perito Moreno" (Bustillo, 1988, p. 69, 240).

El 22 de enero de 1944, el féretro fue trasladado frente a un altar erigido en el Centro Cívico, al pie del monumento al General Roca, donde Monseñor Esandi, obispo de Viedma, ofició un solemne funeral y luego del discurso de circunstancias pronunciado por el Teniente Coronel Napoleón Irusta, soldados del Ejército transportaron el ataúd hasta el barco "Modesta Victoria", en el muelle del Centro Cívico.

Con su querida bandera flameando por doquier y custodiado por una guardia de marineros, realizó su último viaje para reposar, junto a su esposa Mena, en una isla, cuyo nombre, Centinela, proyecta hasta la actualidad el accionar de quien supo velar por la sociedad a la que dio todo lo que era y tenía, convirtiendo el imponente escenario de sus mayores glorias en digno monumento a su grandeza. Y donde años más tarde también se le unirían los restos de su hijo Eduardo (Yayo) y las cenizas de su nieta Adela. Allí recibe desde entonces el saludo, con sus pitadas, de las embarcaciones que con sus pasajeros pasan por el lugar.

"La huella de su paso ha florecido en la obra múltiple, está en nuestro recuerdo. Fulgura en el ejemplo cristalino que nos ha legado. Allá en la isla Centinela, donde, como vaho de incienso llévalas el aire

Las fronteras de Francisco P. Moreno

perfumado la voz agradecida de sus compatriotas, están en el eterno descanso sus mortales despojos. Árboles centenarios los custodian. Pájaros de la selva le cantan su réquiem. En lagos de tranquilas aguas enciende la noche los cirios de sus estrellas. Entre tanto, bajo el amparo de Dios, fuente de toda razón

y justicia, el cielo se despliega como si en alas de una gran victoria de la ciencia, hubiera volado a las alturas aquella bandera que, con mano trémula, el varón inolvidable llegó a clavar en la entonces absurda lejanía, en nombre de la patria y de la civilización” (Beltrán, 1951, p. 165).

Capítulo 32

LEGADO DE MORENO

Las bibliotecas de Moreno

Hemos mencionado reiteradamente la condición de autodidacta de Moreno. En relación con este tema, reviste especial significación saber qué lugar ocuparon los libros y las bibliotecas en su obra.

Ya en su juventud, la biblioteca de su museo personal se destacaba por su importancia y el mismo Mitre, en carta a Barros Arana, decía sobre Moreno: “posee una vasta biblioteca americana”, la que, como se verá más abajo, había sido conformada fundamentalmente entre 1872 y 1875.

Su interés por los libros y publicaciones se manifestó también al crear el Museo de La Plata, en cuyo edificio, con una superficie de 3000 metros cuadrados, destinó 300 a la biblioteca. Para ésta donó, en octubre de ese año, 2000 volúmenes de su biblioteca particular, en gran parte de obras americanas antiguas y de ciencias físico-naturales, para que sirviera de base a la que se formase para el servicio del establecimiento. De igual manera, durante su gestión como director del museo, se ocupó personalmente de la incorporación de libros y publicaciones a la biblioteca de la institución.

Este interés por los libros y las bibliotecas lo llevó posteriormente, en 1911, como diputado nacional, a presentar un proyecto de ley para adquirir a los herederos de Florentino Ameghino sus colecciones, biblioteca y manuscritos con destino al Museo Nacional, y finalmente, en 1914, como miembro del Consejo Nacional de Educación, a proponer la creación de bibliotecas populares.

Al margen de estas iniciativas, Moreno continuó reuniendo libros en su biblioteca personal, de manera tal que, como se verá, a su muerte esta era aún mayor que la que había donado al MLP en 1884. Evidentemente, a lo largo de su vida no reparó en gastos, incluso en sus últimos años de dificultades económicas, y adquirió cuanto libro consideró útil a sus intereses.

Los registros existentes muestran claramente que Moreno, durante su vida, conformó dos bibliotecas, la primera es la que donó al MLP en 1884 y la segunda fue la que poseía en el momento que falleció.

La primera biblioteca se halla hoy en la Sala Moreno del museo, y en ella se encuentran también algunas obras provenientes de su segunda biblioteca. Esta biblioteca existente de 707 obras diferentes con un total de 1.035 volúmenes, de los cuales 270 corresponden a la segunda biblioteca de Moreno, reunida con posterioridad a su donación de 1884. Estos números no concuerdan, en caso alguno, con los 2.000 volúmenes mencionados en la donación original de Moreno (APBA, 1884, Leg. 12, Exp. 1119/0).

Desde un punto de vista temático la mayoría de las obras corresponde a Geografía (35 %), Antropología (20 %) y Geología y Paleontología (20 %). El resto lo constituyen obras de Zoología (10 %), Historia (10 %) y Filosofía (5 %). La mayor parte están escritas en inglés y francés.

Las obras sobre Geografía refieren principalmente a exploraciones en todos los continentes y países, en especial América, Argentina y las regio-

nes polares. Las de Antropología abarcan temas de Etnografía y de Antropología Física o generales, y en menor medida, de Arqueología y Lingüística. Las obras de Zoología y Paleontología corresponden fundamentalmente a vertebrados. Muchas obras son originales de primeras ediciones, varias de ellas son de los siglos XVI (4), XVII (5) y XVIII (21), y 84 de la primera mitad del siglo XIX.

Entre las obras de la segunda biblioteca de Moreno incorporadas a la existente en el Museo de la Plata, hay una serie de 25 editadas por la *Hakluyt Society*, sobre cuestiones geográficas o exploraciones famosas. Esta sociedad, que existe actualmente, fue fundada en 1846 con el objetivo de promover el avance del conocimiento y la educación mediante la publicación de ediciones académicas de registros originales de viajes, exploraciones y otros materiales de índole geográfica. Moreno figura en sus registros como miembro desde 1901 a 1920. De donde resulta evidente que se incorporó durante su estadía en Londres, vinculada a la cuestión de límites, y que perteneció a ella hasta su muerte en 1919. En esos años debió haber entablado relación con Sir C. R. Markham (1830-1916), que era miembro de la sociedad y que fue además presidente de ella, así como de la *Royal Geographic Society*. Markham editó muchos de los libros publicados por la *Hakluyt Society*; en la copia de uno de ellos (584) figura una dedicatoria a Moreno.

De la segunda biblioteca de Moreno, solamente ha quedado el registro del catálogo (Naón, 1920) correspondiente al remate efectuado entre el 18 y 23 de octubre de 1920, por orden del "Sr. Juez J. C. Lagos, Sect. Dr. Berelervide" de los "Autos Sucesorios Dr. Francisco P. Moreno". Evidentemente esta biblioteca constituía el bien más valioso del que disponía Moreno al morir, lo cual corrobora la importancia que dio a los libros a lo largo de su vida.

Como se mencionó más arriba, 192 de estas obras, con un total de 270 volúmenes, se encuentran incorporadas a la primera biblioteca de Moreno conservada en el MLP. Estos volúmenes fueron adquiridos en el remate realizado por Naon y Cía., merced a una donación que con tal fin hiciera la Srta. Victoria Aguirre (AHMLP, DI, Copiador 9, p. 357), amiga y colaboradora de Moreno en diferentes iniciativas, especialmente educativas, de los últimos años de su vida.

Es de suponer que la mayor parte de las restantes obras fue adquirida por diferentes personas y quedó dispersa en numerosas bibliotecas particulares, o se perdió para siempre. Hecho que es de lamentar cuando se pasa revista al conjunto de obras incluidas en el catálogo de Naón (1920), pues algunas de ellas eran incunables, muchas eran ediciones raras u originales de primeras ediciones y todo el conjunto, sumado a la primera biblioteca, constituía una biblioteca única, a nivel nacional e internacional, especialmente en lo que hace a temas geográficos y de viajes de exploración.

En el catálogo aludido, solamente se mencionan autores, títulos y número de tomos y, en algunos casos el año, salvo las obras más antiguas que también incluyen editores y el lugar de publicación. Esta biblioteca muestra diferencias apreciables con respecto a la primera. Así se observa una disminución notable de las obras antropológicas (3 %), se incrementan las de carácter geográfico (48 %) y otras sobre aspectos relacionados con la educación (21 %). Las restantes se corresponden a Historia (11 %), Geología y Paleontología (4 %), Biografías (4 %), Sociología (4 %), Filosofía (2,5 %) y temas varios (2,5 %).

Las obras de carácter geográfico están mayormente centradas en expediciones polares y exploraciones en América del Norte y aspectos geográficos, políticos y económicos de países de América del Sur y Central. Entre las primeras aparecen nombres emblemáticos, como J. M. Sobral, S. Shackleton, O. Nordenskjöld, R. Amundsen, J. Weddell, F. A. Cook, W. S. Bruce, R. A. Peary, J. B. Charcot, W. E. Parry, F. G. Jackson. Las obras relacionadas con América del Norte se corresponden mayormente con aspectos geográficos, históricos y políticos de EE. UU. (5,5 %) y de Canadá (1,5 %). Entre estos últimos se destacan, por su número, los libros de autoría de T. Roosevelt, junto a obras de A. C. Coolidge, G. Cleveland, J. A. Riis. Entre los referidos a Australia y Nueva Zelanda: J. W. Gregory (*The dead heart of Australia*) y F. von Hochstetter (*New Zealand*).

Entre las obras sobre la Argentina, y en especial sobre aspectos histórico-geográficos, se encuentran obras clásicas y/o de referencia: M. de Moussy (1860, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*), B. Willis (1914, *El norte de la Patagonia*), B. Mitre (1864, *Estudios Históricos*; 1911,

Guerra del Paraguay; 1912, *Correspondencia Literaria*); V. F. López (1883-1893, *Historia Argentina*, 8 tomos), M. Moreno (1915, *Escritos políticos y económicos*), J. M. Paz (1917, *Campañas contra Rosas*; 1917, *Guerras Civiles*), *Documentos del Archivo de San Martín* (4 tomos), *San Martín. Su correspondencia 1823-1850* (2 tomos), *Documentos del Archivo de Belgrano*, *Documentos del Archivo de Pueyrredón* (4 tomos), *Papeles de Domingo de Oro* (2 tomos), *Concurso para el Monumento a la Independencia Argentina* (Álbum), *El Monumento a la Revolución de Mayo y a la Independencia*, *The Trial of Lieutenant General John Whitelocke, Commander in Chief of the Expedition against Buenos Ayres, by Court-Martial, held in Chelsea College, on Thursday, the 28th January, 1808, and succeeding days*. London, 1808.

Las biografías y autobiografías refieren a personalidades de la historia argentina o rioplatense, como: J. G. Artigas, C. Brandsen, T. Cochrane, R. Guido, J. Lavalle, M. Moreno, W. Parish; J. F. Quiroga, B. Rivadavia, M. Rodríguez, C. Saavedra, M. E. Soler, J. F. San Martín. Otras biografías corresponden a: C. Darwin, A. Gardiner, Ch. Gordon William Carey, C. Colón, F. Magallanes, C. J. Rhodes, H. Taine. También figuran compilaciones de correspondencia como la de G. Canning o varias de Darwin (1835, *C. Darwin's Letters to Professor Henslow*).

Los libros sobre temas educativos se ocupan de aspectos pedagógicos, de los problemas de los niños pobres y su alimentación, de la enseñanza de artes y oficios, y de la educación femenina. A título ilustrativo se pueden mencionar algunos de estos libros: E. A. Barnett (1909, *The training of girls for work*), M. E. Bilkley (1914, *The feeding of school children*), Breckinridge, S. P. & Abbot, E. (1912, *The delinquent child and the home*), A. de Morsier (1903, *Le droit des femmers et la morale intersexuelle*), E. T. Devine (1912, *The Spirit of Social Work*), J. Dewey (1915, *The school and the child*), J. J. Findlay & K. Steel (1913, *Educative toys*), P. N. Hasluck (1903, *Bookbinding*; 1905, *The book of photography*), L. J. Henderson (1914, *The fitness of the environment*), F. Keeling (1914, *Child labour in the United Kingdom*), H. A. Kratz (1907, *Studies and observations in the school-room*), E. Lytton (1909, *Schoolboys and School Work*), T. Mackay (1896, *Methods of social reform*), E. McCracken (1913, *The American Child*), M. P. Merrifield (1855,

Handbook of light and shade), M. Montessori (1912, *Il metodo de la Pedagogia*), P. F. Thomas (1909, *La education dans la famille*), A. H. Wallace (1913, *Social environment and moral progress*), W. H. Winch (1911, *When should a child begin school?*).

Hay también varios libros sobre los Boy Scouts, escritos por su fundador, R. Baden Powell, con quien Moreno tuvo una excelente relación personal. Algunos de los libros de este rubro correspondían a aspectos sociológicos, tal el caso de: H. Spencer (1877, *Essais de Morale, de Science et d'Esthétique*), T. Mackay (1896, *Methods of social reform*), A. H. Wallace (1913, *Social environment and moral progress*), y H. Bergson (1900, *Le rire*) e incluso, J. Rousseau (*Emile*).

Entre los autores destacados de obras de Antropología, Geología y Paleontología se hallan: C. Darwin (*Geological Observations*), E. Suess (*La Face de la Terre*), E. A. Haeckel (*The evolution of man*), A. Hrdlicka, H. F. Osborn, K. A. von Zittel, A. Holmes, y entre los clásicos de los estudios naturalistas en América, A. d'Orbigny (*Voyage dans l'Amérique Meridionale*) y A. von Humboldt (1846-1858, *Cosmos*, 4 tomos).

Los numerosos diccionarios, en varios idiomas, incluían 28 tomos de la *Encyclopaedia Britannica*.

Un aspecto destacado de esta biblioteca refiere a las numerosas obras de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, las únicas que en el catálogo de Naón figuran con todos sus datos y que suman 11 para el siglo XVII y 46 para el XVIII. Algunas constituyen verdaderas rarezas que en la actualidad se encuentran en muy pocas bibliotecas y en muchos casos alcanzan precios considerables. Más abajo se incluyen, ordenadas cronológicamente, las correspondientes a los siglos XV y XVI, además de una selección de los siglos XVII y XVIII.

Los escritos de Moreno

Moreno fue un escritor condicionado por su continua actividad en pos de diferentes objetivos que, en su visión, constituían la base indispensable para lograr un futuro mejor para su propio país y, en última instancia, para la humanidad toda.

El condicionamiento apuntado determinó que Moreno no dispusiese de suficiente tiempo para dedicar a la redacción ordenada de sus escritos, lo cual explica que, como se verá más abajo, estos se hallen

dispersos en unos pocos libros y artículos éditos y, en su mayor parte, en obras inconclusas e inéditas y multitud de notas de diferente tipo.

Pese a ello, en una de sus primeras y más importantes obras (Moreno, 1879a), redactada entre los 25 y 26 años de edad, puso en evidencia las razones por las que fue calificado como poeta de la naturaleza, pues allí, con ayuda de Miguel Cané, trascendería la aridez inicial de la descripción de sus exploraciones y demostraría, contrariamente a lo expresado por aquel, que sí tenía corazón y que la naturaleza lo entusiasmaba.

No es de extrañar entonces que Enrique de Gandía, en el prólogo de la biografía que escribió Bertomeu (1949), sostuviera que “Moreno en sus descripciones (...) es un literato olvidado por los críticos. Ellas son las más exactas, coloridas e impresionantes que se hayan hecho del sud argentino y de los Andes. Su poesía es siempre profunda, delicada, nacida de la belleza más pura y elevada a las concepciones más nobles”.

Esta cualidad de poder vincular las descripciones de lo que veía con el sentimiento que ello le suscitaba fue también bellamente descrita por Beltrán (1951: 153-156) al escribir: “En Moreno se conjugan condiciones de sabio y de artista, de poeta. Cualquiera de sus libros y de sus escritos lo demuestran. Tomo al azar uno de sus escritos. Es el informe dirigido al ministro Zorrilla el 5 de enero de 1880. Lo ha redactado más allá del paralelo 43 de latitud sur, en las tolderías de Inacayal y Foyel. Dice en uno de sus párrafos: “El 28 marchamos todo el día cruzando el penoso bajo de Walichu, quebrada honda, triste, sin agua, sembrada de arbustos espinosos, muy incómodos, y de médanos. El terror aumenta las supersticiones de los indios, y en una de las cavidades de la roca terciaria, al lado del camino, encontramos algunas ofrendas del salvaje al Eterno, para que la sed no lo ataque, ni el caballo se le canse en esa cañada tan temida y donde más de un infeliz ha perecido. Después de caminar en todo el día, acampamos sobre la meseta sur del bajo sin encontrar agua. El 29 continuamos al alba y después de descender varias lomadas penetramos en el bajo de Valcheta, y al mediodía pudimos beber en el arroyuelo, acampando a las orillas a la entrada de una quebrada angosta formada por rocas”. Al sabio que hay en él le ha interesado, como se ve, la observación

geológica, y habla de la roca terciaria, lo que no le impide demostrar el elemento lírico de su alma refiriendo la tristeza del lugar. Al mismo tiempo, anota con acertada claridad los usos y costumbres de los indígenas de aquellas latitudes, cosa que interesa al historiador. Observad que no destaca las penurias de la marcha, pese a la tortura de la sed. Empujado por sus ansias de explorador, avanza en un completo olvido de sí mismo. En ese documento al que me refiero —su informe al ministro Zorrilla— nos proporciona más elementos de juicio para el análisis de su propia personalidad. Ve un campo abundante en pastos fuertes y, soñando con el progreso de aquellas zonas, sugiere lo que esos campos habrían de rendir para la industria agrícola dotándolos de agua permanente con obras de ingeniería. Su peregrinación científica por aquellas regiones desconocidas y desoladas es tan larga y penosa como fecunda. Solo se detiene en su marcha para dar descanso a los caballos, mientras él hace colecciones y observaciones. Descubre “*terrenos terciarios, con grandes manchas de lava*” y arroyos “*que descienden por entre rocas plutónicas*”. Al describir científicamente un cráter, no resiste el anotar que “*está cubierto por verde gramilla y de bellas flores*”. El sabio tiene la fruición de su descubrimiento, pero el artista no contiene sus emociones ante la naturaleza. Es que el geógrafo, el naturalista, tiene alma de poeta. Rara virtud la suya, de haber caminado con paso de triunfador por los caminos de la ciencia que conducen a la verdad, pero siempre susceptible al mensaje de belleza del que es destinatario el artista. Muy sabido es aquello de que hay versos sin poesía y poesía sin versos. Francisco P. Moreno es el sabio con alma de poeta. Por eso le impresiona y describe hermosamente “*la montaña que se recorta solemne, majestuosa, sobre el contraluz de un crepúsculo, la nube opulenta, que es bajo el cielo como un gran vellón de lana que el sol peina de oro, el árbol centenario de retorcido tronco y de follaje pródigo, que es verde manto protector para el viajero...*”. Afirmo, pues, que Moreno tiene alma de poeta, y señalo que uno de los aspectos interesantes de su gran figura es su personalidad literaria. Y en esto tuvo también influencia indudable la educación paterna. En sus cartas, en memoriales, en las crónicas, recuerdos y apuntes de sus temerarias aventuras, a las que le llevó su noble afán científico, en todo, en

fin, lo que ha dejado escrito, hay un sello particularísimo de claridad, de natural elegancia, de fluidez encantadora. Muchos de esos trabajos debieran correr ya en las antologías. No resisto al impulso de leerlos otras de sus páginas. Escuchad un fragmento: *“Es domingo de carnaval, y me faltan tres leguas para llegar al pueblo de Tandil. Los caballos no dan más y acampamos, perdido el rumbo, ya entrada la noche, a orillas de un ojo de agua, tendiendo el recado al reparo de una mata de cortadera. En el pueblo cercano la gente, sin duda, se divierte, descuidada siempre; su tranquilidad, un momento turbada por las sublevaciones de Catriel, renace; el Dr. Alsina, ministro de Guerra, saldrá de un momento a otro para avanzar la línea de fronteras, avance precursor de la línea que se extenderá sobre el río Negro. El bravo general Lavalle va a barrer al indio en su frente; pero el malón acecha, amenaza ostensiblemente al oeste y, sin embargo, yo traigo la evidencia de que, realmente, va a caer sobre el sud. ¡El Tandil llorará! Me adormezco vagamente, y la imaginación excitada remonta el curso de la vida, aguas arriba. Sueño y me siento niño. En el mismo sitio en que escribo (quinta de Moreno), nuestro padre nos leyó un heroico romance que empieza: ‘Sobre un caballo brioso cabalga un joven guerrero / Cubierto de duro acero y lleno de buen ardor / Lleva la espada en el cinto; lleva en la cuja la lanza / En su frente la esperanza, y en sus ojos el valor’ Apunta el lucero entre las pajas de la cortadera, la senda se aclara, la sierra toma contornos...”*

Moreno también entrelazó sus observaciones y descubrimientos con su admiración por hechos protagonizados por otros hombres o por su amor por la patria. Así al mirar las Nubes Magallánicas en el cielo estrellado de la Patagonia austral del final del año 1876, escribía (Moreno, 1879a: 203): *El brillo de los astros del cielo austral que en la gigante faja celeste se aglomeran, no al capricho, sino donde deben estar, es tal que parece que sus luces chispeantes se reflejan y hacen inclinar la imaginación ante esos soles insumables, y entre los cuales el que nos da vida es como un simple átomo de los que existen. Las enormes manchas magallánicas resaltan en el fondo del firmamento; parecen alborotadas por las tempestades y traen el recuerdo, del gran navegante cuyo nombre immortalizan, cruzando los tenebrosos mares del sur. Es imposible dejar de pagar tributo a la belleza y va-*

riedad de este cielo, donde esas nubes, que se reúnen para formar mundos, recuerdan las nebulosas del espíritu humano afanándose por alcanzar la ciencia que debe darle aliento. La espléndida Vía Láctea parece ronda gigante de agradecidos genios que veneran la fecunda creación.

Con el mismo sentimiento se expresó al bautizar el lago Argentino:

(Moreno, 1879a: 306; véase más arriba)).

Y al alcanzar el punto más occidental de su recorrido sobre la margen sur del lago Argentino: *A la tarde emprendemos el regreso, después de dejar como signo de nuestro paso, clavada sobre un enorme fragmento de roca (...), y rodeada por verdes helechos y rojas fucsias, la bandera patria que nos ha acompañado (...) y cuyos colores copian ahora la alfombra blanca de nieve recién caída y el celeste del hielo eterno (...). Esos colores que se han reflejado en las aguas de los lagos Argentino, Viedma y San Martín y que han sido más de una vez saludados por el alarido del gigante patagón, lo son hoy por las salvas atronadoras que producen los aludes al desprenderse de los ventisqueros vecinos. El calor del límpido sol que los alumbraba arranca témpanos inmensos que truenan, como cañones de gran calibre, frente al punto donde nos encontramos”* (Moreno, 1879a: 383).

Resulta evidente, sin embargo, que la urgencia que impuso a sus múltiples actividades, sumada a su educación autodidacta, dieron como resultado una redacción no siempre prolija, de tipo recursivo, con frases largas y digresiones, muchas veces extensas. Tal vez por ello Groussac (1920: 274) calificó su redacción de “charabia”.

Estas características de sus textos se hallan ya evidenciadas en su libro *Viaje a la Patagonia Austral* (1879a), donde en medio de su relato sobre la exploración del río Santa Cruz intercala recuerdos de su viaje anterior al Neuquén. Pero están más claramente expuestas en escritos posteriores, especialmente de la última parte de su vida. Debe sin embargo hacerse la salvedad de que muchos de estos no fueron escritos para ser publicados y los que tuvieron esa intención nunca llegaron a serlo y por ello no fueron objeto de correcciones por parte del mismo Moreno. Un claro ejemplo son las “Palabras preliminares” al manuscrito de sus *Reminiscencias* inéditas (Moreno, 1906-1919), donde comienza aclarando: “Tan escasa

es mi educación literaria que no acierto con un título apropiado para estas páginas de las 'reminiscencias' de mi ya larga vida. El preámbulo, prólogo, prefacio o introducción de un libro lo escribe su autor una vez terminada la tarea, pero quizás mi inexperiencia en lo que emprendo y la forma que he adoptado sobre el mío, me llevan a proceder a la inversa", tras lo cual sigue un texto con una extensión fuera de lo común para un prólogo, en el cual se adelantan ideas y aspectos de su vida que se esperaría fueran incluidos en los capítulos siguientes.

Es evidente, sin embargo, que Moreno era consciente de su estilo, hecho que explica que algunos de sus escritos inéditos muestren numerosas y repetidas correcciones, hechas por él mismo, a la redacción original. No existen sin embargo, en este conjunto, evidencias que permitan calificar su prosa de "brutal" tal como ha expresado por algún escritor actual (cf. Vezub, 2009, p. 69).

Al margen de su estilo, un aspecto destacado de las descripciones que Moreno hizo de diferentes lugares recorridos en sus exploraciones es que en ellas casi siempre expone su visión sobre el desarrollo futuro de estos, y la misma aproximación se observa en sus referencias a la gente y sus características. Si a ello se suma el hecho de que en todos los casos las comparaciones las hace con la situación existente, sin menciones al pasado, resulta evidente que Moreno fue un hombre que vivió siempre mirando y soñando el futuro.

Tal vez ello se derivó del contexto en el que le tocó vivir. Como Blengino (2005, p. 33) lo destacó, debido a que se trataba "de una nación en pleno crecimiento, el porvenir como dimensión temporal privilegiada tiende a borrar el pasado para imponer al presente una aceleración dinámica. Se crea así, también en el plano de la percepción y del lenguaje, un contraste que se traduce en una superposición del futuro sobre el presente. En las descripciones de la naturaleza y de los hombres que la habitan puede ser que se sustituya el dato de la percepción por el objeto del deseo."

Por otra parte, como lo ha hecho notar Blengino (2005, p. 91) en la descripción de sus viajes construye un diálogo a distancia con otros exploradores de otras épocas y en muchos casos de países diferentes que recorrieron el mismo territorio. Se trata de una

soledad poblada de recuerdos y de citas, de presencias de viajeros y de naturalistas (Blengino, 2005, p. 92). Y no solo hay una evocación de su calidad de informantes, sino que parecen ser compañeros de viaje materializados en la soledad de la Patagonia. Buscan juntos el alimento: "(...) Hemos sido más felices que Darwin cuyas tentativas de pesca no tuvieron buen éxito"; comen juntos: "verificado nuestro frugal almuerzo en el punto donde probablemente plantó Darwin su carpa"; meditan sobre la digestión: "diré con Darwin que es muy bueno hablar de estómago ligero y de fácil digestión, pero que en la práctica es cosa bastante desagradable, y este axioma me es conocido prácticamente desde largo tiempo. Nuestras provisiones son sumamente escasas" (Moreno 1879).

Aquí es importante destacar que era natural que todos estos exploradores mencionaran y citaran a quienes los habían precedido en la exploración de esas regiones, al margen de cualquier sospecha endogámica, tal como sucede en la actualidad con las publicaciones científicas.

Esta actitud es probablemente la que lo llevó a considerar importante que su accionar y las motivaciones que lo guiaron quedaran documentadas para la posteridad y que su temor a que eso no ocurriera lo llevara a ser reiterativo, especialmente cuando en los años finales de su vida ellas fueron ignoradas por muchos de sus contemporáneos.

Ello tal vez explica su propósito casi permanente de redactar sus memorias, relatando hechos de su vida vinculados con las acciones de trascendencia pública que lo tuvieron como protagonista. Decía al respecto, citando a Belgrano, "(...) nada importa saber de la vida de ciertos hombres, cuyos afanes se han limitado a servirse a sí mismos, despreocupados por completo de los demás, pero la vida de los hombres públicos debe presentarse y difundirse para que sus virtudes sean un ejemplo que seguir, y aun sus defectos una lección que nos evite repetirlos" (Moreno, 1906-1919).

Pese a ello y como lo ha destacado Blengino (2005, p. 98-99) en sus relatos Moreno dedicó pocas páginas a sus hazañas. "Sabe que el coraje, la paciencia y una buena dosis de estoicismo frente a los malestares físicos y a los sufrimientos son virtudes imprescindibles para afrontar la investigación. Su espíritu aventurero no pasa por alto estos aspectos

a los que reserva, sin embargo, una atención secundaria. La aventura se subordina a otros intereses, en particular a los científicos. La aventura no es para él, como no lo ha sido para (...) otros naturalistas, un fin en sí misma, sino el aspecto humano de la investigación” (...). “En el *Viaje a la Patagonia Austral* Moreno vincula las observaciones científicas (...) con su experiencia personal; así su escritura es el resultado de la convivencia de géneros diferentes: el autobiográfico y el científico. En él la descripción científica, en este contexto, se vuelve, en las intenciones del autor, una fase ulterior, por no decir superior, de la descripción, enunciado de la aventura, el enunciator no se esconde ni se mimetiza, más bien se ubica ostentosamente en primer plano en la configuración impersonal del acontecimiento (...) En cambio en la observación científica, el enunciado abstracto y universal de la ciencia tiende a reducir a su mínima expresión la presencia del enunciator”. Por otra parte, en el texto los “datos se entrecruzan en la narración, conviven y son funcionales a ellas dentro de los límites de la posibilidad. El dato científico se integra así al lenguaje literario. El género narrativo orienta la narración del viaje y la información científica, pero es la comunicación del conocimiento la función principal a la que aspira el libro”. Pero el “hombre de ciencia sustituye al literato, pero no a la literatura. Se establece un delicado equilibrio entre ciencia y literatura, entre narrativa y conocimiento científico” y “en la descripción el léxico pletórico de la ciencia se vuelve un competidor del lenguaje pro-teico” (Blengino, 2005, p. 100-101).

Por otra parte, sus escritos incluyen muchas apreciaciones de Moreno sobre temas existenciales, tales como los sentimientos que suscita la Navidad y la terminación del año, la contemplación del océano o de un cielo lleno de estrellas, la significación de la ciencia, la importancia de hacer una valoración de la propia vida y del deseo de aprender y comprender, la significación de la infancia en la formación de los adultos y las motivaciones que guiaron a una persona como él.

Estas apreciaciones, que resultan aplicables a todo tiempo y lugar, fueron hechas en diferentes momentos de su vida, las primeras cuando solamente tenía entre 25 y 26 años, y las finales poco antes de morir. Ellas muestran la calidad humana de Moreno,

la nobleza de sus sentimientos y la profundidad de sus conocimientos y de sus reflexiones sobre aspectos de la naturaleza, desde el nivel cósmico al humano.

Otro aspecto destacable de sus escritos es la ausencia en ellos de toda referencia a la política argentina de la época y/o a sus protagonistas. Solamente en su primer libro hay una referencia crítica a Juan Manuel de Rosas, pero posteriormente no se encuentra ninguna otra referencia similar sobre personajes de su época. Tampoco se ocupó de aclarar o señalar responsables de sucesos que seguramente le produjeron dolor o enojo.

Solamente en sus años finales hizo alguna referencia concreta a las razones que determinaron su alejamiento del Museo de La Plata y se ocupó además de señalar, de manera imprecisa, que “*no está demás consignar algunos hechos que prepararán a quienes me lean a los nombres que a este respecto experimentarán más adelante*”. Aunque en este último caso la muerte le impidió hacerlo. No es de extrañar entonces que haya podido afirmar: “*No creo haber hecho mal a nadie y sí mucho bien durante mi vida. Me parece que he cumplido con mi deber y al dejarla, solo siento no poder dejar concluida la tarea que emprendí cuando niño, en bien de mi patria a la que tanto quiero*” (Márquez Miranda, 1952: 543).

Al margen de los libros (1879a, 1898a) en los que relató sus viajes de exploración al oeste de la provincia de Santa Cruz y a la región cordillerana entre San Rafael, provincia de Mendoza, y lago Buenos Aires, provincia de Santa Cruz, otros nunca fueron completados y permanecieron inéditos. El primero de ellos corresponde al libro inédito *Por un ideal* (Moreno, 1893), el cual abarca los años de su infancia hasta su viaje de exploración al Neuquén, realizado en 1875-1876. Con posterioridad, Moreno (1903a) escribió sus *Apuntes para una foja de servicios* que abarcan viajes y actividades, realizados entre 1874 y 1903, en relación con los límites, tema que retomó en los escritos que denominó *Mi acción como Perito* (Moreno, 1918-1919), donde se ocupó, además, de sus actividades en Londres en relación con el mismo tema. Finalmente existen manuscritos de sus memorias, que denominó *Reminiscencias* y que nunca pudo concluir (Moreno, 1906-1918). Parte de ellas, fundamentalmente sobre sus viajes de exploración, fueron publicadas muchos años después, con el mismo título, por su hijo Eduar-

do (Moreno E. V., 1942). Del resto subsisten las “Páginas preliminares”, cuatro capítulos (numerados del 20 al 23) relacionados con el museo y sus exploraciones en el NO de la Argentina, y otros dos (numerados 24 y 25) referidos a la cuestión de límites.

Moreno no solamente pretendía incluir en sus memorias hechos propios, sino también de quienes habían trabajado con él. Por eso también escribía, al referirse a quienes habían colaborado en los trabajos de la Comisión de Límites: “*Si la vida me da tiempo para terminar el libro que tengo entre manos, he de hacer debida justicia a mis compañeros de trabajo que en esos tiempos tan azarosos tanto hicieron por el bien de nuestro país, no pocas veces con grave peligro de vida y siempre con actividad que puedo llamar asombrosa (...)*” (Moreno, 1918-1919: 78). Y al mencionar a Clemente Onelli destacó: “*(...) el sin par, mi hombre de todos los momentos (...) cuyos servicios pronto haré conocer en su mucho valor (...)*”.

Lamentablemente Moreno nunca llegó a completar estas memorias, que seguía redactando durante los últimos años de su vida, y a las que hizo referencia en varias notas editadas e inéditas, y que fueron mencionadas por algunos de quienes más lo conocieron y trataron. Memorias que, en sus palabras, eran “*para el pueblo, que es el que tiene la parte principal, en la nación, de los actos de la vida política, social y económica*”, en el entendimiento de que “*la Nación Argentina no pertenece a ninguna generación, sino a la sucesión de ellas*”.

Según testimonio de Mayer Arana (*La Nación*, 23 de diciembre de 1919, p. 5) poco antes de morir Moreno hablaba de sus noches de insomnio en las que trataba de arreglar sus papeles y de sus temores ante la posibilidad de que le faltase tiempo para ordenarlos y revisarlos.

Solamente viendo hoy esos papeles, dispersos en diferentes archivos, se alcanza a vislumbrar la tensión, ansiedad, angustia y, finalmente, la tristeza de los años finales de un hombre de acción como Moreno, ante la casi certeza de que ya no le alcanzaría el tiempo para dejar, ordenadamente redactado ese su último testimonio al pueblo y a la Nación que había amado.

Ejemplo humano

Moreno fue un autodidacta, humanista, civilizador, explorador, geógrafo, antropólogo, etnógrafo,

paleontólogo, historiador, sociólogo, diplomático, legislador, educador y escritor y poeta de la naturaleza y, por encima de todo, un ser humano que luchó hasta el final de su vida por los ideales de su juventud. En sentido estricto la obra de un autodidacta suele caracterizarse por una falta de ordenamiento u orientación, consecuencia de la ausencia de una disciplina científica, aunque en Moreno, autodidacta por excelencia, cada acción, la más pequeña, obedece a un plan cuidadosamente preparado, tal como lo ha destacado Bertomeu (1949, p. 283)

Comenzó como coleccionista, después se dio cuenta de la significación que esas colecciones y un museo podían tener, al igual que un parque nacional, para la educación popular y para la educación de los niños. Finalmente llegó a las Escuelas Patria y a la educación de la infancia, sobre todo de la infancia más necesitada que muchas veces no tiene medios o no tiene recursos, ni siquiera para comer, ni siquiera para educarse. Dijo entonces que había que tratar de que los chicos pudiesen llegar a una edad determinada con una buena educación y bien alimentados.

Y es sumamente importante rescatar esto porque cuando se considera una personalidad como la de Moreno, resulta común caer en enfoques parciales. Así, para muchos, Moreno es el perito que tiene que ver con las cuestiones limítrofes, para otros fue quien creó el MLP y para otros fue una persona que se ocupó de otras actividades, entre ellas la creación de los Parques Nacionales, como si se tratase de temas independientes, cuando en realidad son parte de una misma visión integradora que subyace a todo y que le da una unidad. Y detrás de eso está el espíritu de un hombre que tuvo la convicción y el coraje de pelear hasta su último aliento por sus ideales.

Moreno no participó de las luchas políticas de la época en la que le tocó vivir, por más que conociera a los principales actores, a través de los quince gobiernos que se sucedieron durante su vida; ni tampoco puede ser identificado con los criterios manejados por los grupos políticos y económicos a los que perteneció la clase dirigente que le fue contemporánea. Incluso estuvo enfrentado con la mayor parte de las decisiones tomadas por sucesivos gobiernos sobre la región patagónica. Lo cual no obsta para que haya quienes consideren que su figura como adalid de la

región y como “héroe cívico” haya sido construida desde el poder (cf. Finkelstein & Novella, p. 99).

Nada desvió a Moreno de sus objetivos y su acción en pos de ellos no tuvo pausas. El mérito fundamental de Moreno consistió, no solamente en haber permanecido fiel a los ideales trascendentes de su infancia y de su juventud y en haber sabido convertirlos en motor permanente de su acción, sino también en haber podido capitalizar las experiencias de una vida fecunda. Por ello los afanes coleccionistas de la juventud fueron reemplazados por su interés, primero en el desarrollo del conocimiento y finalmente en su transferencia, mediante la educación, a la gente común y a la infancia. Dejando de lado su amor a la tierra y a la sociedad en la que había nacido, justo es señalar que Moreno siempre tuvo una actitud humana y sensible que le dio proyección universal. Eso explica que en su juventud fuese un colector de restos de aborígenes, luego fuese amigo de muchos de ellos y finalmente promoviese su incorporación a la sociedad argentina e hiciese gestiones para ayudarlos.

Por eso debería llamar la atención que Moreno siga siendo para muchos argentinos un desconocido. Sin embargo, no resulta casual que así lo sea, pues siempre ha habido personajes de segunda línea que pretendieron restar importancia a su obra y sepultarla en el olvido. De igual manera siempre ha habido quienes, en función de determinados prejuicios o esquemas ideológicos, se han ocupado de malinterpretar los hechos y/o las inevitables discrepancias que tuvo Moreno con otros miembros de su generación, o de calificar inapropiadamente los relatos en los que se han destacado sus logros e ideales.

Es que la vida de Moreno fue una lucha continua. “Era preciso vencer mil obstáculos y él los vencía.

Por ello tuvo enemigos, conscientes o inconscientes, y las rivalidades —como dice Enrique de Gandía—, lo persiguieron después de muerto. Solo creció su fama de mal carácter, porque no transigía con la simulación” (Bertomeu, 1949, p. 20).

Moreno no entra dentro de los cánones de los burócratas, ni de los pseudointelectuales que hablan y nunca hacen nada. Porque fue eso, un hombre de acción, y “aún en la hora postrera Moreno no hizo reserva alguna para recordar lo hecho, sino que conservó un dolorido lamento por aquello que no pudo realizar” (Bertomeu 1949, p. 22).

Por eso antes de morir, en octubre de 1918, escribió: “No puedo dormir pensando en lo que hay que hacer para la mayor grandeza y defensa del país, y mi falta de fuerzas, de recursos y de vida para hacerlo comprender, en esta Capital tan extranjera para los nativos (...). ¡Qué tristeza me da al pensar en lo que fui y al pensar en lo que soy! (...) ¡Qué duro es saber que la vida se acorta tan ligero! Pero ¿no es más duro vivir sin servir?” (Torres, 1921: 10; Bertomeu 1949: 409).

Solamente se lamentaba por no dejar nada a sus hijos: “Yo, que he obtenido mil ochocientas leguas que se nos disputaban y que nadie en aquel tiempo pudo defender, sino yo, y colocarlas bajo la soberanía argentina, no tengo donde se puedan guardar mis cenizas: una cajita de veinte centímetros por lado. Cenizas que, si ocupan tan poco espacio, esparcidas, acaso, cubrirían todo lo que obtuve para mi patria, en una capa tenuísima sí, pero visible para los ojos agradecidos (...)”.

Su mérito fundamental consistió en haber permanecido fiel a los ideales trascendentes de su infancia y de su juventud. No es casual que su autobiografía inconclusa e inédita se titule: *Por un ideal*.

BIBLIOGRAFÍA

- AGN, Archivo General de la Nación, Fondo Francisco P. Moreno, Fondo Archivo Julio A. Roca, Fondo Amancio Alcorta.
- AHMLP, Archivo Histórico del Museo de La Plata.
- Ameghino, F., 1935. Obras Completas y Correspondencia Científica de Florentino Ameghino. vol. XIX, p. 1031-1036. Buenos Aires.
- Anónimo, 1876. Documentos (1875). Sociedad Científica Argentina, Anales, 2: 17-27. Buenos Aires.
- Anónimo, 1903. La Argentina en los mares antárticos. Obra descriptiva y documentada del viaje de la Uruguay y de la recepción que el gobierno y el pueblo argentinos hicieron a los expedicionarios antárticos en la ciudad de Buenos Aires. Pp. 146, Talleres Heliográficos de Ortega y Radaelli, Buenos Aires.
- Anónimo, 1919. Don Francisco P. Moreno. El Monitor de la Educación Común, 72 (564): 199-206. Buenos Aires
- APBA, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires "Dr. Ricardo Levene".
- Ávila Zobehida, B., 1951. Francisco P. Moreno: maestro e inspirador del monumento al Ejército de los Andes. Conferencias del Seminario Francisco P. Moreno de la Sociedad Científica Argentina, Año 1947. Pp. 249-258. Administración General de Parques Nacionales y Turismo, Buenos Aires.
- Bailey Willis, 2001. Un yanqui en la Patagonia. Pp. 11-189. Editorial Sudamericana.
- Bandieri, S., 2005. Historia de la Patagonia. 448. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- Beerbohm, J., 1879. Wanderings in Patagonia, Life among the Ostrich Hunters. 2005 edition, 157 p. Nonsuch Publishing Limited.
- Beltrán, O.R., 1951. Semblanza de Francisco P. Moreno. Conferencias del Seminario Francisco P. Moreno de la Sociedad Científica Argentina, Año 1947. Pp. 147-165. Administración General de Parques Nacionales y Turismo, Buenos Aires.
- Bertolutti Flebus, A., Cronología de una vida singular. 1995.
- Bertomeu, C., 1949. El perito Moreno, centinela de la Patagonia. Editorial El Ateneo, pp. 1-422. Buenos Aires, Argentina.
- Biraben, M., 1968. Germán Burmeister, Su vida - Su obra. Pp. 1-95. Ediciones Culturales Argentinas, Secretaría de Estado de Cultura y Educación, Buenos Aires
- Blengino, V., 2005. La zanja de la Patagonia. Pp. 1-216. Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A., Buenos Aires.

Las fronteras de Francisco P. Moreno

- Boman, E., 1921. Francisco Josué Pascasio Moreno. *Journal de la Société des Américanistes*, 13 (2): 325-332. París, Francia.
- Bonatti, A. & Valdez, J., 2015. Una guerra infame. La verdadera historia de la Conquista del Desierto. Buenos Aires, Edhasa.
- Bourne, B.F., 1853. *The captive in Patagonia: or Life Among the Giants. A Personal Narrative.* Gould and Lincoln, Boston. (Traducción 2006, *Cautivo en la Patagonia, Un norteamericano en la tierra de los gigantes (1849)*, pp. 125. Ediciones Continente, Buenos Aires.
- Broca, P., 1874. Le musée Moreno, à Buenos-Ayres. *Revue d'Anthropologie*, 13: 375-376. París, Francia.
- Burmeister, G., 1874. Nombramiento de Miembros Corresponsales de la Academia. *Academia Nacional de Ciencias, Boletín*, 1: 78-80. Buenos Aires.
- Bustillo, E., 1968. *El despertar de Bariloche.* Editorial Sudamericana, 1999. Pp. 526.
- Bustillo, E., 1988. *El despertar de Bariloche.* Pp. 1-526. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Carden, F.A., 2009. Los murales del Museo de La Plata. Pp. 1-47. Fundación Museo de La Plata "Francisco Pascasio Moreno", La Plata.
- Christmann, F.E., 1982. *Vivencias y testimonios (De mis últimos ochenta años).* Pp. 1-361. Talleres Gráficos de la Agronomía Médica Platense, La Plata.
- Claraz, J., 2008. *Viaje al río Chubut. Aspectos naturalísticos y etnológicos (1865-1866).* Ed. Continente, Buenos Aires.
- Cramer, J.A., 2006. *Por si quede.* Pp. 1-448. Photo Design, Vicente López.
- Curruhuinca – Roux, 1986. *Sayhueque el último cacique.* Pp. 1-200. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.
- Darwin Ch., 1962. *The voyage of the Beagle.* Pp. 1-524. The Natural History Library. Doubleday & Company, Inc. Edición original de 1860.
- Darwin. C., 1860. *The Voyage of the Beagle.* Natural History Library Edition: 1962. Doubleday & Co. Inc. New York.
- De Marco, M.A., 2010. *La guerra de la frontera. Luchas entre indios y blancos, 1536 – 1917.* Pp. 558. Buenos Aires, Emecé editores.
- Delrío, W.M., 2005. *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia, 1872-1943.* Pp. 1- 310. Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.
- Destefani, L.H., 1977. *Francisco P. Moreno: sabio y pionero explorador.* En: *Reseña Histórica, Obra del Centenario del Museo de La Plata, tomo I: 29-38.* La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina.
- Dirección de Geodesia, 1993. *Conquista del desierto.* Pp. 1-118. Dirección de Impresiones del Estado y Boletín Oficial de la Provincia de Buenos Aires, La Plata.
- DN = *Diarios de Navegación de Antonio de Viedma y Basilio Villarino, Expediciones por las costas y ríos patagónicos (1780-1783).* Estudio Preliminar de Pedro Pasatti. Ediciones Continente, 2006.
- Ebélot, A., 1961. *La Pampa,* EUDEBA.
- Elflein, A.M., 1917. *Paisajes cordilleranos,* p. 1-185. Ed. de la autora. Buenos Aires.
- Estévez, J.J., 2011. *Pincén, vida y leyenda.* Pp. 348. Buenos Aires: Biblos.
- Falkner, T., *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur, 1774.* (Estudio Preliminar de R.J. Mandrini).
- Fasano, H.L., 2002. *Perito Francisco Pascasio Moreno, Un héroe civil.* Pp. 1-215. Fundación Museo de La Plata, La Plata.
- Ferrari, R.A., 1998. *Cartas inéditas de Francisco P. Moreno a Germán Avé-Lallement.* *Investigaciones y Ensayos*, 48: 439-462. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- Finkelstein, D. & Novella, M.M. (Comp.), 2005. *Sociedad y Economía del noroeste de Chubut (1880-1920).* Pp. 1-181. Fundación Ameghino, Centro de Investigaciones "El hombre patagónico y su medio", Esquel, Chubut.
- Fiori, J. & Vera G. de, 2002. *1902, el protagonismo de los colonos galeses en la frontera argentino-chi-*

- lena. Pp. 1-188. Dirección Municipal de Cultura, Municipalidad de Trevelin, Chubut.
- Flower, W.H., 1890. Los Museos de Historia Natural. Museo de La Plata, Revista 1: 2-25. La Plata.
- Fonderbrider, J., 2001. La Buenos Aires ajena. Pp. 1-393. Emecé, Buenos Aires.
- Fontana, L.J., 1886. Viaje de exploración en la Patagonia austral. Pp. 1-124. Editorial Confluencia, Buenos Aires.
- Fotheringham, I.H., 1999. La vida de un soldado. Pp. 1- 684. (1ra edición, 1909), 2da. edición, Ciudad Argentina, Madrid.
- Fraga, R., 1999. A un siglo del Abrazo del Estrecho. Diario La Nación, edición del 16 de febrero de 1999.
- Gálvez, M., 1965. Vida de Don Juan Manuel de Rosas. Pp. 1-487. Editorial TOR, Buenos Aires. 5ta edición.
- García Merou, M., 1891. Recuerdos Literarios. Pp. 1-447. Félix Lajouane editor, Buenos Aires.
- Goode, G.B., ed., The Smithsonian Institution, 1846-1896, the History of its First Half Century, p. 25-58. Washington.
- Groussac, P., 1920. El Viaje Intelectual, Impresiones de naturaleza y arte (2da serie), Pp. 1-402, Jesús Menéndez Librero Editor, Buenos Aires.
- Guevara Laval, C., 1959. Contribución al conocimiento de la historia del petróleo argentino. Boletín de Informaciones Petroleras, Dic. 1959: 849-856. Buenos Aires.
- Gutiérrez, J.M., 1877. Los estudios actuales sobre el hombre prehistórico en la República Argentina. Revista del Río de la Plata, 13: 651-657. Buenos Aires.
- Halperin Donghi, T., 2005. Una Nación para el Desierto Argentino. Pp. 1—151. Buenos Aires; Prometeo Libros.
- Hardoy, E.J., 1993. Historia de las fuerzas políticas conservadoras en la Argentina. Fundación Argentina, pp. 269.
- Hatcher, J.B., 1903. Narrative of the Expeditions, Geography of Southern Patagonia. Reports of The Princeton University Expeditions to Patagonia, 1896-1899. Princeton University. Versión en español: Cazadores de Huesos en la Patagonia, Pp. 1-320. Zagier & Urruty Publications, Ushuaia.
- Hatcher, J.B., 1903. Reports of the Princeton University Expeditions to Patagonia, 1896-1899, volumen 1, Narrative of the Expeditions, Geography of southern Patagonia. Princeton University Press. (Traducción al español, 2003, como Cazadores de Huesos en la Patagonia. Zagier & Urruty Publications, pp. 1-320. Incluye prefacio por W.B. Scott).
- Holdich, T.H., 1904. The Countries of the King's Award. Pp. 1-420. Hurst and Blackett, Limited, London.
- Holmberg, E.L., 1875. Dos partidos en lucha. Fantasia Científica. Pp. 1-148. Imprenta El Argentino, Buenos Aires.
- Holmberg, E.L., 1882. Carlos Roberto Darwin. Pp. 1-135. Establecimiento Tipográfico El Nacional, Buenos Aires.
- Hosne, R., 2005. Francisco Moreno. Una herencia patagónica desperdiciada. Pp. 1-230. Emecé, Buenos Aires.
- Hünicken, M.A., 1986. Francisco P. Moreno y sus títulos académicos en la Argentina. Boletín de la Academia Nacional de Ciencias, 57(1-2): 149-157. Córdoba.
- Ibarguren, R.A. & Agüero, N.I. 1999. Francisco P. Moreno, Carta a Mariano Zorreguieta. Ediciones Universidad Católica de Salta, Salta.
- Juárez, F.N., 2001. Relatos olvidados: Francisco P. Moreno. Los ricos mueren pobres. Diario La Nación, Opinión. Edición del 25 de noviembre de 2001.
- Koslowsky, J., 1895. Aves recogidas en la Provincia de Catamarca durante los meses de marzo y abril de 1895 (Expedición del Director del Museo). Revista del Museo La Plata, 6: 289-292.
- La Moglie y Sellés-Martínez, 2020, YMCA 2, 8
- Langley, S.P., 1897. James Smithson. En: Goode, G.B., ed., The Smithsonian Institution, 1846-

- 1896, the History of its First Half Century, p. 1-24. Washington.
- Lista, R., 2006. Viaje al país de los Tehuelches. Pp. 1- 94. Buenos Aires: CM Editores (1ra edición de 1879)-
- Lista, R., 2006. Los indios Tehuelches, una raza que desaparece. Pp. 1-110. Buenos Aires: Patagonia Sur (1ra ed. de 1894).
- López, S., 2003. Representaciones de la Patagonia. Colonos, científicos y políticos. 1870 – 1914. Pp- 1-200. Ediciones Al Margen, La Plata.
- Ludueña, F.E., 1995. Labor parlamentaria del perito doctor Francisco P. Moreno. Pp. 1-83. Honorable Senado de la Nación, Secretaría de Planeamiento, Dirección de Publicaciones. Buenos Aires.
- Luna, F., 2001. Francisco P. Moreno. Colección Planeta dirigida
- Luna, F., Ed., 2002. Lo mejor de Todo es Historia. Vol. 3: Los Grandes Cambios.
- Lynch Arribáizaga, E., 1878. Miscelánea. El Naturalista Argentino, 1(1): 286-288. Buenos Aires.
- Madsen, A, 1956. Cazando pumas en la Patagonia. Pp. 1-153. Impresora Oeste, Buenos Aires.
- Maggiore, E., 2003. Gobernador Costa, Historias del Valle del Genoa. Pp. 1-247. Ed. del autor, C. Rivadavia.
- Mansilla, L.V., Una excursión a los indios ranqueles. Ed. Edcol, 2006, pp. 525.
- Mantegari, C., 2003. Germán Burmeister, la institucionalización científica en la Argentina del Siglo XIX. P. 1-228. Jorge Baudino Ediciones, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires.
- Márquez Miranda, F., 1952. Francisco P. Moreno y las “ciencias del hombre” en la Argentina. Ciencia e Investigación, 8: 484-492; 531-543. Buenos Aires, Argentina.
- Martínez Sarasola, C., 2005. Nuestros paisanos los indios. Pp. 1-582. Buenos Aires: Emecé.
- Martínez Sarasola, C., 2014. La Argentina de los caciques. Pp. 1-430. Buenos Aires: Del Nuevo Extremo.
- Mases, E.H., 2010. Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1930). Pp. 1-325. Prometeo libros, Buenos Aires.
- Mitre, B., 1906. Carta de Mitre a Diego Barros Arana del 20 de octubre de 1875. En: Páginas de Historia. Pp. 200-246. Biblioteca La Nación, Buenos Aires.
- Moneta, J.M., 1949. Cuatro años en las Orcadas del Sur. Pp. 1-337. Ediciones Peuser, Buenos Aires, Quinta edición.
- Moreno Terrero de Benites, A., 1988. Recuerdos de mi Abuelo Francisco Pascasio Moreno. “El Perito Moreno”, pp. 1-214. Talleres Gráficos La Tradición, Buenos Aires.
- Moreno, E.V., 1924. Como procedió el perito Moreno a la desviación del río Fénix. Periódico La Razón, 4 de noviembre de 1924, p. 3. Buenos Aires.
- Moreno, E. V. (compilador), 1942. Reminiscencias de Francisco P. Moreno. 2da edición, 1979, EUDEBA. Buenos Aires, Argentina.
- Moreno, F.P., 1875. Nota al Presidente de la Sociedad Científica Argentina, Pedro Pico. Anales de la Sociedad Científica Argentina, 2 (1876): 17-19. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1879. Viaje a la Patagonia Austral, emprendido bajo los auspicios del Gobierno Nacional 1876-1877. Tomo I. (único). VIII, 460. IV pp. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1881. Antropología y Arqueología. Importancia del estudio de estas ciencias en la República Argentina. Anales de la Sociedad Científica Argentina, XII, p. 160-173, 193-207. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1882. Patagonia. Resto de un antiguo continente hoy sumergido. Contribuciones al estudio de las colecciones del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires. Anales de la Sociedad Científica Argentina, XIV, p. 97-131. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1885. Notas sobre el “Museo La Plata”. Copiador 1, p. 7-24. Archivo del Museo de La Plata. La Plata.

- Moreno, F.P., 1886a. Carta al Ministro de Obras Públicas Dr. Manuel B. Gonnet, Libro Copiador 1 de la Dirección del Museo, 186-197.
- Moreno, F.P., 1886b, Carta al Gobernador Dr. Carlos D'Amico. 30 de marzo de 1886. Copiador 1, p. 233-264. Archivo del Museo de La Plata. La Plata.
- Moreno, F.P., 1886c, Carta al Ministro de Obras Públicas Dr. Manuel B. Gonnet. Mayo de 1886. Libro Copiador 1 de la Dirección del Museo, p. 282-334. Archivo del Museo de La Plata. La Plata.
- Moreno, F.P., 1887. Nota al Comisionado. Periódico La Capital, 1 de octubre de 1887, p. 1. La Plata.
- Moreno, F.P., 1888. Nota al Ministro de Obras Públicas, Dr. Dn. Manuel B. Gonnet del 17 de Noviembre de 1888. Libro Copiador 1 de la Dirección del Museo, p. 554-569. Archivo del Museo de La Plata. La Plata.
- Moreno, F.P., 1890-1891. Anales del Museo de La Plata. Materiales para la Historia Física y Moral del Continente Sud-Americano, Sección de Historia Americana. 1890-1891. Prefacio, pp. vi-xi. Taller de Publicaciones del Museo. La Plata.
- Moreno, F.P., 1890a. Al lector. Revista del Museo de La Plata, I, p. iii-vi. La Plata.
- Moreno, F.P., 1890b. Nota del Ministro de Obras Públicas, Dr. Dn. Manuel B. Gonnet. Revista del Museo de La Plata, I: xii-xiv. La Plata.
- Moreno, F.P., 1890c. El Museo de La Plata, Rápida ojeada sobre su fundación y desarrollo. Revista del Museo de La Plata, I, p. 28-55. La Plata.
- Moreno, F.P., 1890d. Reseña General de las adquisiciones y trabajos hechos en 1889 en el Museo de La Plata. Revista del Museo de La Plata, 1: 58-70. La Plata.
- Moreno, F.P., 1890e. Proyecto de una exposición retrospectiva con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América. Revista del Museo de La Plata, I, p. 152-159. La Plata.
- Moreno, F.P., 1890f. La Plata, Capital de la Provincia de Buenos Aires. Rápido bosquejo de su fundación y desarrollo. Anales del Museo de La Plata, 1: 1-8 (publicación inconclusa). La Plata.
- Moreno, F.P., 1890g. El Museo de La Plata. Su origen, fundación y desarrollo. Anales del Museo de La Plata, 1: 1-12 (impresión inconclusa). La Plata.
- Moreno, F.P., 1891. Paleontología Argentina. Introducción. Anales del Museo de La Plata 1: 1. La Plata.
- Moreno, F.P., 1893. Por un Ideal. Ojeada retrospectiva de 25 años. Pp. 1-112. La Plata. Biblioteca de la Administración General de Parques. [Pruebas de imprenta de un libro inconcluso e inédito]. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1894a. Nota al Ministro de Obras Públicas de la Provincia, D.D. Emilio Frers. Archivo Histórico del Museo de La Plata, Libro Copiador 4: 55-66. La Plata.
- Moreno, F.P., 1894b. Nota al Diputado Adolfo Olivares. Archivo del Ministerio de RR.EE., AH0002, Exp. 13A, pp. 1-11. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1894c. Nota al Presidente N. Avellaneda. Archivo del Ministerio de RR.EE., Archivo F.P. Moreno, Caja AH-020. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1894d. Nota al Perito N. Quirno Costa. Archivo del Ministerio de RR.EE., Archivo F.P. Moreno, AG 0002-4, Exp. 13. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1894e. Nota al Presidente Luis Sáenz Peña sobre la cuestión de límites con Chile. 26 de septiembre de 1894. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Archivo F.P. Moreno, AG 0002-4, Exp. 13. Buenos Aires.
- Moreno, F. P., 1896a. Instrucciones para el viaje que emprenden en la fecha los señores Lange, Hauthal y Wolf al sur de la provincia de Mendoza. Museo La Plata, Revista 7: 17-21. La Plata.
- Moreno, F.P., 1896b. Memoria del Museo de La Plata 1895-1896 (presentada al señor Ministro de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires). 28+4 pp. La Plata.
- Moreno, F.P., ?1897. Nota a Octavio Pico sobre Colonias Pastoriles (sin fecha, presumiblemente de 1897). Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Leg. AH-0002, Exp. 13. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1898. Reconocimiento de la región andina de la República Argentina. I, Apuntes pre-

- liminares sobre una excursión a los Territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz hechas por las secciones Topográfica y Geológica bajo la dirección de Francisco P. Moreno. Revista del Museo de La Plata, 8: 201-374. La Plata.
- Moreno, F.P., 1899. Carta al Presidente J. A. Roca del 17 de mayo de 1899. AGN, Archivo Gral. Julio A. Roca, Leg. 1315. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1901. Cuestiones argentinas. Periódico La Nación, 6 de octubre de 1901, p. 1. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1902. "Frontera argentino-chilena. Memoria presentada al tribunal arbitral Breve réplica a la Memoria presentada al tribunal nombrado por el Gobierno de Su Majestad Británica 'para considerar e informar sobre las diferencias suscitadas respecto a la frontera entre las repúblicas argentina y chilena' a fin de justificar ampliar los fundamentos de la demanda argentina de que el límite se trace en la cumbre de la Cordillera de los Andes de acuerdo con los tratados de 1881 y 1893", LII + 1141 + (1) pp. En 2 tomos; 1 tomo con las láminas; 1 tomo con los mapas I-XVI. Londres. Edición española de: "Argentine-Chilian Boundary: Report..., 1900", 1902.
- Moreno, F.P., 1902. Frontera argentino-chilena. Breve réplica a la memoria chilena presentada al tribunal nombrado por el Gobierno de Su Majestad Británica "para considerar e informar sobre las diferencias suscitadas respecto a la frontera entre las Repúblicas Argentina y Chilena" a fin de ampliar los fundamentos de la demanda argentina sobre que el límite se trace en la cumbre de la Cordillera de los Andes de acuerdo con los tratados de 1881 y 1893. (4) + 67 + (1) pp., William Clowes e hijos Limited, Londres. Edición española de: Argentine-Chilian Boundary. A short reply.
- Moreno, F.P., 1903a. Apuntes para una Hoja de Servicios. Archivo del Museo de la Patagonia Dr. Francisco P. Moreno, San Carlos de Bariloche. (Inédito).
- Moreno, F.P., 1903b. El porvenir de nuestro norte. Sensaciones de estadista y de patriota. Anales de la Sociedad Rural Argentina, XXXVIII, p. 1266-1268. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1903c. La expedición sueca al polo sur en peligro. Necesidad de socorrerla. Diario La Nación, edición del 6 de mayo de 1903, p. 5. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1903d. A la memoria de Bulgarelli, Un hombre de ciencia y de labor, Homenaje de su jefe el perito Moreno. Perpetuando su recuerdo. El Diario, 5 de marzo de 1903, p. 1. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1906-1919. Reminiscencias. Archivo General de la Nación, Archivo F.P. Moreno, Leg. 3100 (Inédito).
- Moreno, F.P., 1908. Algunos datos sobre el Mapa Topográfico y Geológico de la Provincia de Buenos Aires. 15 pp. Buenos Aires. Edición del autor.
- Moreno, F.P., 1910. Centro de estudios sudamericanos. Conveniencia de su fundación. La Nación, No. 14.045 (14 de julio de 1910). Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1913a. Notas del y al Ministro del Interior, Dr. I. Gómez, Archivo General de la Nación, Archivo F.P. Moreno, Leg. 3099. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1913b Carta al Coronel Napp del 28 de febrero de 1913. Archivo General de la Nación, Leg. 3099. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1914a. Propósitos de la Comisión Didáctica del Consejo Nacional de Educación. El Monitor de la Educación Común, 49: 153-157. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1914b. Alimentación de los niños menesterosos de las escuelas primarias. El Monitor de la Educación Común, 49: 158-173. Buenos Aires.
- Moreno F.P., 1914c. Escuelas Nocturnas de la Capital. Memorándum del Comisionado de Didáctica - Reglamento para las Escuelas Nocturnas de la Capital. El Monitor de la Educación Común, 49, Sección Oficial: 101-121. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1914d. Escuela para la "Cenicienta". El Monitor de la Educación Común, 49, Sección Oficial: 251-252. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1917a. Nota al Director de Tierras y Colonias, Dr. I. Maza, 30 de abril de 1917. Archivo General de la Nación, Archivo F.P. Moreno, Exp. 3909. Buenos Aires.

- Moreno, F.P., 1917b. Ignorancia y descuidos inexcusables. *Diario La Prensa*, 14 de mayo, p. 8. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1917c. Carta al Ministro de Agricultura, Dr. Honorio Pueyrredón, 28 de mayo de 1917. Archivo General de la Nación, Archivo F.P. Moreno, Exp. 3101. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1917d. Memorándum al Interventor de la Dirección de Tierras y Colonias, Doctor Isidro D. Maza, del 6 de julio de 1917. Archivo General de la Nación, Archivo F.P. Moreno, Exp. 3909. Buenos Aires.
- Moreno, F.P. 1917e. Memorándum para el Ministro de Agricultura Honorio Pueyrredón. Archivo General de la Nación, Archivo F.P. Moreno, Leg. 3099, fs. 245-294. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1917f. Nota al Doctor Melo del 23 de agosto de 1917. Archivo General de la Nación, Archivo F.P. Moreno, Exp. 3099, fs. 299-300. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1917g. Nota al Director de Tierras y Colonias, Dr. I. Maza, 9 de octubre de 1917. Archivo General de la Nación, Archivo F.P. Moreno, Exp. 3009. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1917h. Nota al Director de Tierras y Colonias, Dr. I. Maza, 4 de noviembre de 1917. Archivo General de la Nación, Archivo F.P. Moreno, Exp. 3009. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1918-1919. Mi acción como Perito. Archivo del Ministerio de RR.EE., Pp. 1-91. Inédito. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1918-1919. Mi Acción como perito. MS inédito de F.P. Moreno, 1918-19. M RR.EE, 89 páginas.
- Moreno, F.P., 1918a. A propósito de un hecho secular de compañerismo británico-argentino. 12 pp. Buenos Aires. Edición del autor.
- Moreno, F.P., 1918b. Carta al Gobernador de la Provincia de Mendoza, Dr. J.N. Lencinas del 18 de abril de 1918. Archivo General de la Nación, Archivo F.P. Moreno, Exp. 3099. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1918c. Nota al Dr. C. Serrey, del 29 de marzo de 1918. Archivo General de la Nación, Archivo F.P. Moreno, Exp. 3099. Buenos Aires.
- Moreno, F.P., 1918d. Apuntes sobre límites. Entregados al Presidente de la República el 1 de julio de 1918. Archivo General de la Nación, Archivo F.P. Moreno, Leg. 3099. Buenos Aires.
- Moreno, F.P. y Mercerat, A., 1891. Introducción. Catálogo de los pájaros fósiles de la República Argentina. Museo de La Plata, Anales 1, Paleontología 1: 1-14. La Plata.
- Moyano, C.M., 1887. Patagonia Austral. Exploración de los ríos Gallegos, Coile, Santa Cruz y Canales del Pacífico. Pp. 112. La Tribuna Nacional, Buenos Aires.
- Musters, George Chaworth, 1871 (ed. Cast. 1964), *Vida entre los Patagones*. Vida entre los Patagones, Solar/Hachette, Buenos Aires, pp. 8-38.
- Naon, J.C. & Cia., 1920. Judicial. Biblioteca del Dr. Don Francisco P. Moreno. Pp. 1-168. Buenos Aires, J.C. Naón & Cia.
- Navarro Rojas, L., 2008. Crónica militar de la conquista y pacificación de la Araucanía. Pp. 1-423. (1ra ed. 1909, Imprenta y Encuadernación Lourdes), Santiago de Chile, Pehuén.
- Nordenskjöld, O., 1904. Nuestro regreso en la Uruguay. En: Nordenskjöld, O., Andersson, J.G., Larsen, C.A. y Skottsberg, C., 1904. Dos años en los hielos del Polo, vol. 2: 402-403. Buenos Aires.
- Nordenskjöld, O., Andersson, J.G., Larsen, C.A., & Skottsberg, C., 2004. Dos años en los hielos del Polo. Tomos I & II, Zagier & Urruty Publications (Traducción de "Antarctic två dr sydpolens isar", 1904, Albert Bonniers Förlag, Stockholm).
- Obligado, P.S., 1898. Tradiciones de Buenos Aires (Cuarta Serie), pp. i-xii + 1-277, Imprenta, Litografía y Encuadernación, Buenos Aires.
- Obligado, P.S., 1920. Tradiciones Argentinas (Décima Serie), pp. i-xii + 1-239. Rinaldi Hnos. Editores, Buenos Aires.
- Onelli, C., 1924. Doctor Francisco P. Moreno (1852-1919). Fundador y primer director del Museo.

- Homenaje a su memoria. Revista del Museo de La Plata, 28: 16. La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina.
- Onelli, C., 1998. Trepano los Andes. Pp. 131. El Elefante Blanco, Buenos Aires.
- Orgambide, P., 1997. Un caballero en las tierras del sur. Atlántida.
- Palcos, A., 1952. Sugestiones de la obra de Francisco P. Moreno: homenaje. Academia Nacional de la Historia, Anales 26: 57-69. Buenos Aires.
- Prado, M., 2005. La conquista de la pampa. Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A., 176 pp. (Edición original año 1892)
- Prado M., 2007. La Guerra del Malón. Pp. 1-144. (Ed. Original 1907). Buenos Aires, Claridad.
- Prichard, H.H., 1902. Through the hearth of Patagonia. Pp. i-xvi, 1-346. D. Appleton and Company, New York.
- Quesada, E., 1923. Francisco P. Moreno. Conmemoración de 1923. Discurso. Revista del Museo de la Plata, 28: 9-16. La Plata. Argentina.
- Rabassa, J., 2003. Estudio Preliminar. En: Sobral, J.M., 2003. Dos años entre los hielos 1901 – 1903, pp. 11-46. Eudeba
- Raone, J.M., 1969. Fortines del desierto mojones de la civilización. Pp. 1-619. Biblioteca del Suboficial, vol. 143. Talleres gráficos "Editorial Lito": Buenos Aires.
- Rato de Sambuccetti, S.I., 2009. El Perito Moreno en Londres y las relaciones exteriores de principios del Siglo XX. Pp. 1-325. Edición, Consejo Profesional de Ciencias Económicas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Rey Balmaceda, R., 1964. Estudio Preliminar. En: Musters G.C., Vida entre los Patagones, Solar/Hachette, Buenos Aires, pp. 8-38.
- Riccardi, A.C., 1977. La Fundación del Museo de La Plata. Diario "El Día", 26 de diciembre de 1977, p. 8. La Plata.
- Riccardi, A.C., 1984. El Centenario del Museo de La Plata. Diario "La Prensa", 17 de septiembre de 1984, 2da. Sec., p. 6. Buenos Aires.
- Riccardi, A.C., 1987. El Perito Francisco P. Moreno en la Geología de la Patagonia Argentina. Museo de La Plata, Serie Técnica y Didáctica, 17: 1-12. La Plata.
- Riccardi, A.C., 1988. El Taller de Impresiones Oficiales del Museo de La Plata entre 1890 y 1905. Novedades del Museo de La Plata I (12): 103. La Plata.
- Riccardi, A.C., 1989. Las Ideas y la Obra de Francisco Pascasio Moreno. Fundación Museo de La Plata "Francisco Pascasio Moreno", Publicación 4: 1-32. La Plata.
- Riccardi, A.C., 1992. Las Ideas de Ciencia y Naturaleza en la Fundación del Museo de La Plata. Museo de La Plata, Serie Técnica y Didáctica, 19: 1-7. La Plata.
- Riccardi, A.C., 1995. Contexto histórico de la vida de Francisco P. Moreno. Revista Museo 1 (5): 39-43. La Plata.
- Riccardi, A.C., 2008. El Museo de La Plata en el avance del conocimiento geológico a fines del Siglo XIX. En: Aceñolaza, F.G., ed., Los Geólogos y la geología en la historia argentina. Serie Correlación Geológica 24: 109-125. San Miguel de Tucumán.
- Riccardi, A.C., 2015. El Museo de La Plata: su transformación en institución universitaria. Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Anales, 47 (por 2013): 465-490. Buenos Aires.
- Riccardi, A.C., 2019. Ideario de Francisco P. Moreno. Idearios Argentinos. 504 p.
- Rojas Lagarde, J.L., 2004. Malones y comercio de ganado con Chile, Siglo XIX. Pp. 1-277. Buenos Aires, El Elefante Blanco.
- Riesco, G., 1950. Presidencia de Riesco, 1901-1906. Pp. 1-365. Imprenta Nascimento. Santiago, Chile.

- Roosevelt, T., 1914. *Through the Brazilian Wilderness*. Pp. 1-383. Charles Scribner's Sons, New York.
- Rosa J.M., 1965. *Historia Argentina*, Tomo III: 1-460, pp., Tomo IV, 1-517 pp. J.C. Granada Editor, Buenos Aires.
- Ruiz Moreno, I.J., 2009. *Campañas militares argentinas*. Tomo 5: *Luchas contra indios y sediciosos (1870 – 1884)*. Pp. 290. . Buenos Aires: Claridad.
- Sáenz Hayes, R., 1955. *Miguel Cané y su tiempo (1851-1905)*. Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires.
- Saldias, A., 1968., *Historia de la Confederación Argentina*. Tomo 1: 1-435. Editorial Universitaria de Buenos Aires, reedición de la obra original publicada en 1871)
- Sarmiento, D.F., 1897. *Los emigrados (Páginas póstumas)*. En: *Obras Completas de D.F. Sarmiento*, 14: 359-403. Buenos Aires.
- Sarmiento, D.F., 1899. *Mundos Prehistóricos*. En: *Obras Completas de D.F. Sarmiento*, XXII, *Discursos Populares, Segundo Volumen*, p. 135-145. Buenos Aires.
- Sarmiento, D.F., 1900a. *Atlántida. Críticos irlandeses y criollos*. En: *Obras Completas de D.F. Sarmiento*, 36: 138-142. Buenos Aires.
- Sarmiento, D.-F., 1900b. *Una carta a Mrs. Mann*. En: *Obras Completas de D.F. Sarmiento*, 37: 317-327. Buenos Aires.
- Sarmiento, D.-F., 1900c. *La expedición al sur*. En: *Obras Completas de D.F. Sarmiento*, 41: 331-333. Buenos Aires.
- Sarmiento, D.F., 1900d. *El Parque de La Plata*. En: *Obras Completas de D.F. Sarmiento*, 42: 366-369. Buenos Aires.
- Sarmiento, D.F., 1900e. *Nueve de Julio 1883*. En: *Obras Completas de D.F. Sarmiento*, 46: 47-54. Buenos Aires.
- Sarmiento, D.F., 1900f. *El Ateneo Argentino*. En: *Obras Completas de D.F. Sarmiento*, 46: 213-215. Buenos Aires.
- Sarmiento, D.F., 1900g. *Sociedad Antropológica Argentina*. En: *Obras Completas de D.F. Sarmiento*, 46: 378-381. Buenos Aires.
- Sarmiento, D.F., 1942. *Facundo*. Pp. 1-194. Editorial Losada, Buenos Aires.
- Sarramone, A., 1993. *Catriel y los indios pampas de Buenos Aires*. Pp. 1-326. Azul: Editorial Biblios Azul.
- Sarthou, B., 1960. *Historia centenaria del colegio San José de Buenos Aires (1858 – 1958)*. Pp. 1-655. Talleres Graf. Lombardi y Cia., Buenos Aires.
- Sebreli, J.J., 2002. *Crítica de las ideas políticas argentinas*. P. 512, Sudamericana, Buenos Aires..
- Serres Güiraldes, A.M., 1979. *La estrategia de Roca*. Pp. 1- 387. Editorial Pleamar, Buenos Aires.
- Sobral, J.M., 2003. *Dos años entre los hielos 1901 – 1903*, pp. 49-302. Eudeba. (Reedición de la primera edición de 1904, impresa por la Imprenta Tragant, Buenos Aires).
- Steffen, H., 1936. *Recuerdos del Tribunal arbitral de Londres*. *Anales de la Universidad de Chile*, 22-23, Pág. 242-252. Santiago de Chile.
- Sule, J.O., 2007. *Rosas y sus relaciones con los indios*. Pp. 1- 318. Corregidor, Buenos Aires.
- Torres, L.M., 1922. *Dr. Francisco P. Moreno. Fundador y primer director del Museo*. *Noticia bio-bibliográfica*. *Revista del Museo de La Plata*, 26: 1-16. La Plata.
- Torres, L.M., 1924. *Doctor Francisco P. Moreno (1852-1919)*. *Fundador y primer director del Museo. Homenaje a su memoria*. *Revista del Museo de La Plata*, 28: 2-9. La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina.
- Ugarte Moreno, V.F., 2017. *Perito Moreno, historias inéditas de su vida*. Pp. 1-95. Ed. Qellsaga, Gaumallén, Mendoza.
- UNLP, 1919. *Universidad Nacional de La Plata, Expediente M223*. La Plata.
- Urzaiza, E. de, 1977. *El aniversario de un museo famoso*. *Diario El Día*, 11 de diciembre de 1977, Sec. 3. P. 2.3. La Plata.

- Valdez, L., 1957. La Conquista del Desierto en la penumbra de la historia. Pp. 1-222. Buenos Aires. Edición del autor.
- Valko, M., 2010. Pedagogía de la desmemoria, crónicas y estrategias del genocidio invisible. Pp. 1-413, Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Vezub, J.E., 2009. Valentín Saygüequé y la Gobernación Indígena de las Manzanas, Poder y etnicidad en la Patagonia septentrional (1860-1881). Pp. 1-339. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Walther, J.C., 1973. La Conquista del Desierto (1ra edición 1948) Pp. 629. 2da edición. Buenos Aires: EUDEBA.
- Ward, H.A., 1890. Los Museos Argentinos. Revista del Museo de La Plata, 1: 145-151. La Plata.
- Willis, B., 1949. A Yanqui in Patagonia. Leland Stanford Junior University, Stanford, Traducción al español: 23001, Un Yanqui en la Patagonia. Pp. 1-189. Editorial Sudamericana S.A., Buenos Aires.
- Ygobone, A.D., 1954. Francisco P. Moreno: arquetipo de argentinidad. Orientación Cultural Editores. Segunda edición. Argentina. 1979. Francisco P. Moreno. Arquetipo de argentinidad. Editorial Plus Ultra, pp. 1-415. Buenos Aires, Argentina.
- Zeballos, E., 1876. Informe en la 20a Sesión Ordinaria del 15 de setiembre de 1875. Actas y Documentos de la Sociedad Científica Argentina. Anales de la Sociedad Científica Argentina, 1: 242-244. Buenos Aires.
- Zeballos, E., 1878. La Conquista de Quince Mil Leguas. Pp. 1-501. Establecimiento Tipográfico A Vapor de «La Prensa», Buenos Aires.
- Zeballos, E., 1898. Noticias biográficas de Francisco Moreno. En: Moreno, F.P., 1898. Apuntes preliminares sobre la Cordillera de los Andes, entre los grados 23 y 28 de latitud austral (1893-1895). Fragmento de la II parte del “Reconocimiento de la región andina de la República Argentina”. Revista de Derecho, Historia y Letras, I, p. 167-168. Buenos Aires.

ÍNDICE GENERAL

A

Achaval, N. 256
Aconcagua, 337, 478
Acosta, 551, 552
Acuerdo de San Nicolás, 13, 21, 596
Aeroposta Argentina 90
Agassiz, L. 115, 159, 237
Aguaribay 34, 35, 374, 589, 595
Aguirre, V. 526, 549, 550, 552, 553, 563, 595, 604, 610
Ahonekenes 47
Aisén (véase Aysén) 112, 113, 221, 286, 299, 340, 433, 454, 531
Albarracín 74
Alcorta, A. 251, 359, 380, 400, 409, 415, 421, 425, 429, 431, 433, 434, 437, 441, 444, 447, 448, 449, 450, 452, 457, 458, 459
Alemania 278, 414, 424, 430, 441, 447, 448, 563
Allen 528
Alsina, A. 14, 21, 23, 46, 50, 73, 86, 91, 108, 179, 180, 181, 182, 183, 185, 186
Altar de la Patria 521, 522
Amberes 440, 552
Ambrosetti, J.B. 190, 278, 512
Ameghino, C. 268, 351, 512, 604
Ameghino, F. 175, 177, 190, 250, 251, 268, 269, 341, 494, 497, 511, 512, 513, 526, 537, 538, 591, 609
América del Sur 40, 71, 161, 352, 525, 526, 543, 566, 610
América Central 71, 610
América del Norte 246, 610
American Geographical Society 526
Amundsen, R. 610
Anchorena, T.S. 289, 292, 553
Anecón Grande 529, 530, 531
Antártida 416, 429, 485, 489, 490
Expedición Sueca 485

Añihueraqui, Paso de 530
Appes 194
Aquiles 203
Arenas de Raffo, J. 519, 520
Aristóteles 258
Arizona 152
Armada Argentina 400
Armesto, F. 550, 551
Arneberg, T. 309, 327, 338, 339, 340, 342, 343, 473
Arsenal de Guerra 477, 517, 518, 522
Artigas, J.G. 50, 611
Asia Menor 579
Audubon, J.J. 81, 88
Austria 448, 461
Ave-Lallement, G. 272
Avellaneda, N. 18, 24, 67, 73, 74, 77, 110, 179, 180, 187, 191, 204, 207, 208, 209, 240, 242, 369, 507
Avila, Z.B. de 517, 518
Aviso Golondrina 380
Ayacucho, batalla de 16
Aysén 270, 294, 309, 334, 339, 340, 341, 345, 346, 349, 424, 428, 433, 450, 458, 464, 465
Azara, F. de 38, 49, 258, 532
Azopardo, Transporte 282, 379, 380
Azul 23, 24, 35, 51, 62, 63, 64, 69, 78, 81, 82, 97, 107, 180, 209, 226, 236, 400

B

Baden-Powell, R. 566, 567, 611
Bagley 129, 137
Bahía Blanca 23, 24, 35, 51, 53, 56, 58, 59, 61, 63, 64, 66, 67, 69, 81, 82, 86, 97, 107, 115, 128, 167, 179, 180, 183, 212, 226, 234, 282, 310, 348, 400, 450, 453, 458, 472, 528, 529, 535
Liverpool del sur 82

Las fronteras de Francisco P. Moreno

- Bahía Cracker 537
Bahía Nueva 111, 112, 116
Bahía San José 530
Bajada Colorada 528
Bajo del Gualicho/Walichu 154, 529
Balcarce, J.R. 58
Balcheta (véase Valcheta) 214, 226, 343, 347, 348, 529
Banco de la Nación Argentina 174, 596
Bariloche 65, 90, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 236, 309, 403, 427, 502, 525, 529, 543, 593, 596, 597, 598, 599, 606, 607
Barnett, E.A. 611
Barnum 512
Barracas 25, 550, 553, 566, 595
Barros Arana, boquete 499
Barros Arana, D. 81, 110, 170, 245, 286, 287, 288, 289, 290, 292, 293, 294, 295, 298, 299, 300, 301, 303, 304, 309, 344, 349, 350, 356, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 373, 374, 377, 378, 379, 381, 382, 384, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 392, 393, 394, 395, 396, 398, 414, 415, 417, 429, 453, 463, 467, 478, 480, 591, 609
Basualdo, L.O. 549, 550
Batavia, San Luis 589
Beagle 36, 72, 75, 120, 121, 124, 207, 245, 401, 472, 478, 479, 480, 481, 485, 486
Belgrano, M. 64, 515, 586, 614
Belle Hélène, La 129
Bellot, J.R. 34, 35, 122, 486
Beltrán, Fray Luis, Monumento 519, 520, 521, 552, 589
Beneden, E. van 34, 35, 69, 70, 71
Berelervide, Sect. Dr. 610
Beresford, W. 584, 585
Berg, C. 23, 74, 75, 78
Bergson, H. 611
Bermejo, A. 191, 391
Bertrand, A. 294, 296, 361, 365, 382, 384, 386, 395, 409, 414, 415, 427, 463, 464, 467, 470, 471, 472
Beudant, F.S. 100
Biedma, A. de 36, 149
Biedma, J.J. 566
Bilkley, M.E. 611
Bio-Bio, río 46, 221, 286, 309, 314, 316, 345, 348, 349, 382, 386, 396, 424, 434
Boletín de Ciencias Exactas de Córdoba 81
Bolivia 62, 74, 275, 289, 295, 296, 297, 300, 303, 304, 307, 353, 354, 355, 357, 375, 398, 433, 448, 461, 479, 481, 482, 484, 501, 522, 579
Boman, E. 604
Bonpland, A. 30
Borbón y Aragón, Casas de 19, 268
Bosch, A. 551
Bosques y Yerbales, Dirección 580
Bovio, F. 199, 210, 211, 213, 215, 220, 221, 225, 234, 235
Boy Scouts 566, 567, 569, 600, 611
Brackebusch, L. 175
Brandsen, C. 521, 611
Brasil 22, 30, 53, 54, 134, 264, 307, 353, 428, 432, 477, 507, 579
Bravard, A. 115, 237, 258
Brayer 481
Breckinridge, S.P. 611
Bridges, T. 24, 401, 479, 480
Brienz 326
Bright, J. 585
Broca, P. 34, 69, 70, 71, 81, 157, 242, 258, 511
Brodrick, Sir J. 417, 429
Brown, G. 381, 586
Bruce, W.S. 486, 488, 489, 490, 610
Bruch, C. 278, 442, 455, 589, 592, 604
Brunswick, Península 110, 157, 167, 168, 169, 170, 286
Buckland, W., señores 90
Buffon, G.L.L. 28, 258
Bulgarelli, C. 458, 473, 474, 475, 591
Bulnes, M. 52, 62
Burckhardt, C. 278, 591
Burke, W. 585
Burmeister, C. 278
Burmeister, G. 22, 30, 31, 33, 34, 44, 69, 70, 71, 74, 77, 78, 108, 115, 126, 175, 176, 237, 246, 250, 251, 258, 297, 511, 512
Burzio, E. 570
Bustillo, E. 175, 402, 500, 502, 508, 533, 545, 606, 607
- C
- Cabo de Hornos 36, 63, 65, 75, 119, 120, 126, 169, 207, 210, 245, 262, 472, 479, 486
Cabo del Espíritu Santo 245, 479, 480
Cabo Vírgenes 77, 110, 168, 170, 286, 349
Cabrera, F. 256
Cajón Negro, Paso 530
Caleufú 44, 47, 48, 78, 79, 92, 94, 97, 98, 99, 100, 103, 106, 128, 152, 185, 192, 196, 199, 200, 222, 224, 225, 226, 228, 230, 232, 234, 235, 236, 239, 309, 310, 316, 317, 318, 321, 323, 324, 325, 344, 348
California 473
Camarones 114, 531
Cambridge 406
Campaña del Desierto 74, 95, 195, 197, 209

- Campbell, P. 585
 Canadá 424, 455, 462, 500, 541, 579, 581, 610
 Canale, U. 570
 Canal de Beagle 207, 245, 401, 472, 478, 479, 480, 481, 485, 486
 Cancha Rayada, Península 576
 Candelaria 570
 Cané, M. 175, 612
 Cánepa, J. 570
 Canning, G. 611
 Canter, J. 566
 Capilla de la Caridad, Santiago de Chile 368, 369
 Capitan Grant, Los viajes del 26
 Carey, W. 611
 Carnegie, A. 267
 Carrenleufú 309, 330, 332, 335, 336, 339, 343, 345, 346, 349, 453
 Cartografía deficiente, Dirección de Tierras y Colonias 577
 Casares, A. 25, 472
 Caseros, campo de 13, 14, 21, 171, 204, 504
 Castelman 248
 Castex, J. 516, 551
 Catamarca 91, 109, 126, 173, 247, 275, 288, 289, 299, 302, 303, 357, 494
 Catriel 50, 53, 58, 59, 62, 63, 64, 66, 67, 68, 78, 94, 97, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 190, 191, 192, 195, 198, 607, 613
 Casa Rosada 25, 256, 443
 Caseros, batalla 13, 14, 21, 204
 Catalin 316, 324, 528
 Cattani, R. 352
 Centenario del Descubrimiento de America 273
 Centenario del Ejército de los Andes, Comisión Ejecutiva 519, 521, 587
 Cerro 3 de Febrero, río Santa Cruz, bautismo 142
 Cerro Anecón Grande 529
 Cerro Buenos Aires 165
 Cerro Colorado 444
 Cerro de la Gloria 516, 518, 519, 548
 Cerro Fitz Roy 159, 160, 161
 Cerro Kachaike 158, 238
 Cerro Katupelot 192
 Cerro Misioneros 77, 170
 Cerro Moyano 164, 238
 Cerro Pelado 517, 518, 567
 Cerro Pilolil 528
 Cerro Terquer 531
 Cerro/Monte Tronador 98, 99, 113, 325, 326, 327, 329, 344, 428, 450, 453, 454, 465, 500, 503
 Chacabuco, batalla 16, 478, 519, 521
 Chaco(s) 28, 252, 400, 481, 482, 537, 548, 578
 Chactas 225
 Chalia (véase Shehuen) 130, 133, 140, 194, 340, 341, 342, 345, 573
 Chalten (véase cerro Fitz-Roy) 114, 133, 161
 Chamounix 478
 Chanalet 28, 29, 32
 Chapelco 95, 318, 320, 321, 323, 327, 333, 342, 346, 439
 Charcot, J.-B. 610
 Charrúas 47
 Chascomús 16, 30, 31, 32, 33, 34, 50, 53, 61, 567
 Chateaubriand, F.-R. de 93
 Chelforo 528
 Chelsea College 611
 Chesco 157, 158
 Chichinal 89, 90, 107, 180, 189, 193, 213, 226, 528
 Chile 10, 16, 19, 21, 24, 25, 35, 38, 40, 42, 44, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 65, 66, 67, 74, 77, 79, 81, 82, 83, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 94, 95, 96, 97, 98, 100, 106, 107, 108, 110, 116, 118, 170, 176, 177, 180, 183, 185, 187, 188, 189, 195, 204, 209, 218, 221, 224, 229, 234, 235, 236, 237, 239, 243, 245, 246, 252, 264, 265, 270, 275, 278, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 304, 307, 309, 313, 314, 316, 317, 320, 321, 323, 325, 332, 333, 336, 337, 338, 344, 348, 349, 350, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 367, 368, 369, 370, 371, 373, 375, 376, 377, 378, 380, 382, 384, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 398, 400, 402, 403, 405, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 419, 420, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 432, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 439, 441, 442, 443, 444, 445, 446, 447, 448, 450, 451, 452, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 465, 466, 467, 468, 470, 473, 474, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 489, 493, 495, 496, 499, 500, 503, 507, 511, 522, 525, 528, 530, 531, 537, 580, 584, 590, 591, 594, 599, 601, 602
 Chimehuin 59, 95, 96, 97, 226, 316, 318, 320, 321, 345, 348
 Choiquenilahue, pampa 339, 349, 531
 Cholila 189, 221, 309, 328, 329, 330, 332, 333, 344, 346, 349, 382, 394, 424, 428, 450, 453, 455
 Choele-Choel 38, 40, 49, 57, 58, 59, 60, 66, 67, 87, 102, 186, 187, 193, 211, 212, 213, 222, 226, 229, 234, 235, 236, 245, 347, 348, 455
 Chos Malal 49, 186, 187, 309, 314, 328, 433
 Christian, R.D. 566, 567
 Christy, colección 242
 Churchill, W. 443
 Cinco Semanas en Globo 26

Las fronteras de Francisco P. Moreno

- Cipolletti 528
Círculo Militar 521, 522, 523
Cisneros, Virrey 584
Civit, E. 501
Claraz, G. 35, 38, 82, 213, 242
Clayesmore School 406, 407
Claypole, J. 570
Cleveland, G. 610
Club Local de San Cristóbal Sud 534
Cochrane, T. 611
Colegio Catedral Norte 25
Colegio Nacional 177
Colegio Real de Cirujanos de Londres 242
Colegio San José 25, 26, 35, 81
Colhue Huapi y Musters, región al sur de los lagos... 114, 115
Colombia 579
Colón, C. 273, 274, 611
Colonia 16 de Octubre 218, 236, 286, 328, 332, 333, 335, 336, 346, 433, 454, 456, 457, 470, 539, 574
Colonia Blanca 192
Colonia Coluhuapi 192
Colonia del Sacramento 14
Colonia Galesa del Chubut 23, 36, 112, 114, 454, 455
Colonia Lago Buenos Aires 192
Colonia Maipú 192
Colonia Mayo 192
Colonia Nahuel Huapi 192
Colonia San Martín 531
Colonia Sarmiento 391, 450, 458, 460, 531
Colonias Pastoriles, Propuesta de... 191, 192
Comallo/Cumallo 48, 326, 347, 348, 530
Comisión de Didáctica, propósitos 556
Comisión de Estudios Hidrológicos 504, 520, 543, 545
Comisión del Centenario 516, 552
Comodoro Rivadavia 391, 402, 440, 454, 458, 474, 509, 510
Comoe 99
Compañerismo británico-argentino 577, 583
Compañía del Río Negro 342, 574
Conesa 54, 191, 213, 236
Confluencia, Río Negro 49, 90, 91, 234, 417, 450
Congreso Nacional 191, 502, 534, 536, 555
Constitución, Bombardera 77, 170
Coñuel, D. 604
Coñuel, J. 200, 604
Coolu-Huape (véase Colhue-Huapi) 114
Cook, F.A. 610
Coolidge, A.C. 610
Copahue 314, 424
Corpen, isla de 537
Corrales del Abasto, Antiguos... 550
Corvalán, M.J. 566
Costa, E. 287, 302
Cox 38, 65, 78, 79, 80, 81, 98, 99, 225, 324
Coyet 192, 340, 342, 349
Crevaux, J., homenaje 248
Cristo 27, 126, 477, 592
Crossthwaite, Capitan 443
Crotto, J.C. 570
Crucero 9 de Julio 472, 490
Cuerpo Real de Ingenieros 442
Curuhinca 48, 320, 321
Cushamen 191, 193, 195, 332
Cuvier, G. 258
- D**
- Darwin, C. 24, 36, 38, 59, 71, 82, 86, 115, 116, 120, 121, 122, 124, 126, 138, 139, 143, 144, 147, 169, 175, 177, 237, 255, 258, 342, 415, 582, 611, 614
Davis, G.G. 489, 490
De La Canal 107
Delachaux, E. 278, 380, 408, 590, 591
Dellepiane, A. 587
Dellepiane, L. 566
de Lucca, G. 570
Del Valle, A. 73, 80, 108
de Marchi, A. 569, 570
Departamento de Agricultura y Comisaría de Inmigración 240
de Riseis, L. 570
Descartes, R. 258
Deseado, Territorio del 531, 532
Devine, E.T. 611
Dewey, J. 611
Dickson, R.S. 449, 450, 453, 454, 458, 470, 473, 474
Dillon, J. 16, 584
Divina Comedia, La 174
Doello Jurado, M. 604
Doering A. 175, 186, 604
Domingo de Oro, F. 611
Doré, G. 82, 174
Dowdall, R. 551, 566
Drysdale, M. 565, 566

E

Echeverría, Esteban 14, 204, 245, 558
 Ecuador 139, 579, 584
 Eduardo VII 452, 459, 465, 474
 Ejército de Salvación 565, 571
 El Banquero 247
 El Cuy 326
 El Diario 360, 407, 419, 468, 469, 475
 Elflein, A.M. 225, 517, 518, 594
 El Maitén 330, 322, 344, 346, 348, 349, 453, 455
 El Mercurio 294, 415, 466, 468
 Errázuriz Echaurren, F. 361, 398, 402
 Escalada, M.B. 362
 Escalante, W. 472, 482, 499
 Escocia 169, 408, 488, 489, 490
 Escuela de Artes y Oficios 260, 551, 552, 611
 Escuela de Aviación Militar 570
 Escuela para la "Cenicienta" 564
 Escuelas Nocturnas para Adultos, presentación y reglamento 553, 559
 Escuelas Patrias 441, 503, 534, 547, 549, 550, 551, 552, 553, 563, 603
 Esgel/Esguel (véase Esquel) 333, 334
 España 40, 52, 120, 448, 463, 585
 Espejo, lago 327, 344
 Esquel 189, 194, 218, 220, 221, 286, 287, 328, 329, 332, 334, 346, 349, 428, 455, 530, 544
 Territorio 531
 visión de... 531
 Esquimales 28, 131, 174
 Estación Central 237
 Estaciones Experimentales Agrícolas, Proyecto de ley 536, 540
 Estrecho de Magallanes 42, 43, 58, 62, 110, 112, 118, 123, 153, 161, 170, 245, 285, 286, 342, 349, 380, 398, 400, 401, 402, 413, 468, 472
 Encuentro 402
 Estrella del Sur 584, 586
 Europa 23, 28, 29, 81, 101, 172, 174, 210, 239, 241, 242, 243, 246, 247, 253, 262, 267, 268, 274, 281, 288, 325, 389, 405, 408, 425, 462, 468, 475, 499, 507, 512, 515, 529, 537, 566, 596, 604
 Expedición al Nahuel Huapi, 1875-1876. 36, 55, 70, 74, 79, 81, 86, 88, 97, 98, 99
 Expedición al Nahuel Huapi, 1879-1880. 207, 208, 215, 217, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 226, 227, 228, 235, 236
 Problemas de salud y licencia 240
 Reliquias (B.315) 231, 232
 Expedición a lago Argentino, 1875-1876 147, 149, 152, 153,

155, 156, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166
 Exploraciones del Museo de La Plata, sus razones 269, 280, 344
 Exposición Británico-Argentina de 1905. 584
 Exposición por el cuarto centenario del descubrimiento de América 273

F

Facultad de Agronomía y Veterinaria 260, 268
 Facultad de Ciencias Naturales y Museo 511
 Farrell, E.J. 607
 Fernández Vial, A. 415
 Ferrari, J.M. 515, 516, 517, 518, 519, 520, 521, 523
 Fierabrás 85
 Fille de Madame Angot, La 129, 136, 155
 Filohuehuén 318, 321, 323, 344, 348
 Findlay, J.J. 611
 Fitz Roy 36, 72, 75, 76, 110, 120, 124, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 140, 142, 144, 145, 146, 147, 149, 151, 157, 159, 160, 161, 162, 170
 Flajer, señores 90
 Flower, W. 242, 253, 271, 547
 Fontana, L.J. 31, 33, 34, 69, 114, 218, 333, 343, 391, 455
 Foreign Office 406, 408, 410, 415, 450, 457, 462, 464
 Formosa 482, 484, 537, 540, 578
 Fortín Mercedes 59, 82, 84
 Foyel 79, 116, 189, 190, 192, 193, 199, 200, 217, 218, 219, 329, 334, 335, 343, 377, 453, 612
 Fraga, R. 555, 556
 Francia 29, 47, 62, 246, 248, 265, 274, 278, 430
 Franklin, J. 27, 34, 122
 Fray Mocho 518
 Frers, E. 192, 278, 282
 Frey, E. 309, 327, 328, 329, 330, 394, 433, 444, 450, 470, 473, 520, 544, 591, 592, 593

G

Gaiman 115, 117, 118, 400, 455
 Gaio, E. 570
 Gallois, L. 383, 480
 García Fernández, M. 489
 García Merou, M. 177, 267, 550
 Gardiner, A. 611
 Garrapatal 501
 General Roca 89, 316, 326, 329, 528, 607
 Gennakenes 89, 213, 214, 216, 219, 343
 Geología y Minas, Dirección General 580

Girondo, J. 551
Gobierno Británico 406, 419, 437, 458, 474, 480, 489
Gobierno Francés 242
Golfo Nuevo 23, 111, 400
Golfo San Jorge 74, 114, 119, 338
Golfo/Bahía San Matías 40, 110, 211, 220, 282
Gonnet, M. 265, 269, 272
González, J.V. 458, 507, 510, 590, 591
González Albarracín, A. 570
Gordon, Ch. 611
Gotenburgo, Suecia 488
Gowland, F. 16, 71
Gran Bretaña 169, 242, 364, 393, 405, 437, 442, 460, 463, 475, 584, 585, 587
Grandville, E. 90
Greenwich, Obelisco 486
Gregory, J.W. 415, 416, 610
Greiner, U. 444, 450, 470
Groussac, P. 224, 234, 613
Guardia Mitre 54, 89, 211, 212
Guardia Nacional 180, 289, 458
Guenguel, arroyo 194, 342
Guerrero Vergara, A. 503
Guerrico, Ernestina..., Hermanas..., Manuel... 175, 176, 247, 267, 599
Guglielmetti, A. 450, 470, 591
Guido, R. 611
Guilliqueque, F. 92, 222
Güemes, M.M. de 522, 523
Gutiérrez, J.M. 14, 21, 23, 73, 88, 90, 109, 223, 523

H

Haeckel, E.A. 611
Haigh, S. 586
Hakluyt Society 610
Harriot, E. 570
Hasluck, P.N. 611
Hatcher, J.B. 43, 394
Hauthal, R. 278, 280, 294, 309, 310, 313, 314, 316, 318, 320, 321, 323, 346, 430, 442, 444, 450, 591
Hemisferio Austral/Sur 252, 500, 502, 503, 510, 537, 603
Henderson, L.J. 611
Hernández, J. 201
Herrera de Toro, E. 362, 468
Herrera Vegas, R. 240, 241
Himno Nacional 129, 517, 562

Holanda 278
Holdich, T.H. 290, 294, 352, 378, 379, 383, 387, 401, 406, 408, 416, 429, 442, 443, 447, 449, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 462, 464, 465, 466, 467, 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 479, 480, 498, 591, 599
Holmberg, E.L. 14, 28, 100, 177, 246
Holmes, A. 611
Hosne, R. 44, 74, 85, 122, 187, 190, 200, 238, 256, 267, 269, 272, 364, 434, 442, 473, 494, 500, 502, 510, 525, 537, 544, 545, 556, 589
Hieronymus, J. 175
Hochstetter, F.v. 610
Hrdlicka, A. 526, 543, 611
Huahuechagayen 593
Huechulafquen 188, 323, 593
Huemules, valle de los/río 221, 286, 339, 458, 465
Humboldt, A.v. 151, 176, 258, 611

I

Iberá y Mar Chiquita, lagunas de, relevamiento aerotopográfico 570
Iglesia del Pilar 596, 599
Igmes 248
Inacayal 48, 72, 80, 99, 116, 187, 189, 190, 195, 199, 200, 209, 211, 212, 213, 217, 218, 219, 220, 223, 225, 230, 231, 321, 324, 329, 335, 606, 612
Indios (véase Aborígenes) 24, 28, 30, 31, 32, 35, 41, 42, 43, 44, 47, 48, 50, 51, 53, 54, 56, 57, 58, 59, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 69, 76, 78, 79, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 101, 102, 103, 106, 107, 108, 113, 114, 116, 118, 119, 121, 126, 128, 129, 131, 132, 133, 135, 139, 145, 150, 154, 155, 156, 157, 158, 160, 161, 162, 166, 168, 169, 173, 175, 180, 182, 185, 186, 189, 191, 193, 194, 196, 197, 198, 199, 200, 212, 213, 214, 215, 217, 219, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 239, 248, 252, 262, 267, 299, 320, 325, 328, 330, 335, 342, 343, 391, 526, 537, 612
Infinito, sentimiento de... 128
Inglaterra 34, 43, 62, 90, 211, 242, 250, 265, 278, 353, 416, 417, 431, 441, 447, 455, 475, 476, 479, 566, 584, 585, 586
Instituto Antropológico de la Gran Bretaña 242, 431
Instituto Bernasconi 32, 35
Instituto Geográfico Argentino 577
Instituto Nacional del Scoutismo Argentino (INSA) 553, 566
Instituto del Museo y Escuela Superior de Ciencias Naturales 511
Invasiones inglesas 14, 16, 49, 50, 443
Ipela, cordón de 318, 320, 473, 474
Irigoyen, B. 13, 21, 81, 110, 126, 169, 218, 243, 245, 287, 438, 478, 495, 507

Irlanda 587
 Isla Centinela 368, 370, 569, 598, 602, 606, 607
 Isla de los Estados 23, 36, 112, 207, 245, 270, 439, 472, 479, 480, 481
 Isla de los Leones, Santa Cruz 75, 77, 124, 126, 127, 207
 Isla Gable 480
 Isla Pavón, río Santa Cruz 23, 36, 62, 76, 77, 124, 125, 126, 129, 133, 134, 135, 136, 148, 162, 165, 166, 167, 578
 Isla Picton 472, 479, 480, 481
 Islas Orcadas 489, 490
 Italia 265, 278, 448, 508, 517, 518, 570

J

Jackson, F.G. 610
 Japón 27
 Jardín Botánico 251, 260, 265, 266
 Jardín de Plantas de París 242
 Jardín Zoológico 257, 266, 441, 603
 Jeannette, expedición 486
 Jockey Club 477, 603
 Jujuy 61, 262, 512
 Jungfrau 326

K

Kankel, cacique 194, 342
 Keeling, F. 611
 Keidel, J. 604
 Koslowsky, G. 303, 303, 338, 339, 343, 450, 458
 Kraglievich, L. 604
 Kratz, H.A. 611
 Krausse, D. 481, 565

L

Labiche, E. 478
 Lacasa, P. 276, 494, 495
 Ladrones de levita 81
 Lafone Quevedo, S. 271, 278
 Lago Argentino 147, 149, 152, 153, 155, 156, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 175, 238, 286, 326, 339, 348, 391, 394, 442, 449, 450, 581, 599, 613
 Lago Belgrano 424, 442, 449, 450, 537
 Lago Buenos Aires 192, 232, 270, 285, 305, 306, 308, 309, 310, 311, 312, 315, 325, 334, 339, 340, 341, 345, 347, 348, 349, 381, 382, 383, 391, 415, 424, 444, 454, 470, 479, 531, 537, 581, 592, 615
 Lago Calbutué 224
 Lago Colhue Huapi/Coluhuapi 114, 115

Lago de los Cuatro Cantones 326
 Lago de Todos los Santos 344, 348, 454, 503
 Lago Epuyen 221, 328, 330, 345, 346, 530
 Lago Falkner 323
 Lago Fontana 309, 338, 339, 340, 345, 347, 349, 435
 Lago Guenguel 192, 341, 345
 Lago Gutiérrez 223, 236, 287, 309, 325, 326, 349, 383, 427, 561
 Lago Lacar 48, 95, 221, 286, 309, 310, 318, 320, 321, 323, 333, 344, 345, 348, 349, 382, 413, 415, 424, 434, 436, 439, 440, 450, 452, 453, 454, 463, 465, 470, 473, 474, 593
 Lago Lemán 326
 Lago Lolog 192, 310, 320, 344, 345
 Lago Maravilla 424, 454
 Lago Mascardi 325, 349, 382, 424, 427, 453
 Lago Musters 114, 192, 296, 338, 342, 349, 391, 433, 531
 Lago Nahuel Huapi 24, 36, 55, 65, 70, 74, 79, 81, 86, 88, 97, 98, 99, 116, 117, 118, 158, 166, 187, 188, 192, 199, 207, 208, 215, 217, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 226, 227, 228, 235, 236, 239, 243, 245, 247, 276, 281, 287, 299, 309, 310, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 343, 344, 347, 348, 350, 368, 370, 391, 415, 417, 424, 428, 433, 434, 439, 449, 450, 452, 453, 455, 457, 465, 488, 493, 499, 502, 503, 504, 525, 528, 530, 537, 539, 543, 544, 573, 580, 592, 593, 595, 599, 606, 607
 Lago Nansen 532
 Lago Paz 336, 345, 349, 382, 453
 Lago Puelo 189, 221, 299, 309, 328, 330, 344, 345, 346, 453, 530
 Lago Pueyrredón 394, 424, 434, 439, 465, 479, 531, 532
 Lago Quillen 317, 528
 Lago Titicaca 248
 Lago Tromén 306, 308, 313, 323, 528
 Lagos, J.C., Juez 610
 Lago San Martín 158, 159, 161, 164, 166, 170, 176, 207, 238, 286, 326, 341, 349, 391, 434, 439, 442, 443, 444, 449, 450, 453, 465, 473, 537, 580, 592, 613
 Lago García, L. 383, 384
 Lago Traful 323, 331
 Lago Viedma 35, 72, 111, 129, 130, 134, 146, 149, 150, 159, 160, 161, 162, 164, 166, 176, 207, 286, 326, 341, 465, 470, 537
 Laguna Blanca 167, 192, 194, 324, 341, 342, 349, 391
 Laguna de Vitel 30, 31, 32, 117
 Laguna Frías 326, 466, 511, 454, 499, 502
 Lahille, F. 278, 282, 367, 512
 La Juanita 107
 La Ley, periódico, Santiago de Chile 361, 367, 368, 387
 Lamarck, J.-B. 258
 La Mendieta 501

Las fronteras de Francisco P. Moreno

- La Nación 52, 185, 210, 218, 220, 223, 224, 235, 237, 243, 245, 247, 248, 303, 400, 402, 433, 436, 456, 459, 460, 472, 485, 486, 500, 505, 512, 521, 523, 571, 574, 597, 600, 616
- Lange, G. 278, 288, 294, 309, 310, 327, 328, 329, 332, 343, 450, 451, 470, 512, 591
- Lanús, C. 240, 241
- La Pampa 42, 44, 49, 51, 52, 61, 66, 182, 186, 528
- Lapparent, A.A. de 383, 406
- La Prensa 362, 418, 436, 461, 462, 468, 487, 489, 490, 509, 511, 517, 521, 523, 577, 578, 581, 591, 594, 595, 598, 600, 601
- La Rioja 58, 91, 126, 289, 294, 296, 302, 357, 494
- Larrea, J. 586
- Larrosa, A. 13
- Larsen, C.A. 485, 486
- Las Flores 35, 81, 99, 107, 108, 226, 400
- Las Heras, J.G. de 53, 362, 381
- Laspiur, S.M. 207, 208, 209
- La Tribuna 18, 32, 369, 433, 436, 460
- Lavalle, J. 14, 53, 54, 61, 66, 203, 611, 613
- Lavalle Cobo, FR. 570
- Lavalle, montes 158, 326
- Lehmann Nitsche, R. 190, 278, 442, 512, 600
- Leleg 217, 329, 457
- León Suárez, J. 604
- Ley 1420. 194, 249, 400, 555
- Ley 4192. 498, 499, 606
- Ley 6286. 516, 517
- Ley del Hogar 191, 193, 460, 581, 591
- Ley Sáenz Peña 533, 596
- Librería de Casavalle 32
- Liga Patriótica Argentina 600
- Lillo, M. 604
- Límites con Chile 24, 74, 170, 176, 239, 243, 245, 275, 285, 298, 299, 302, 317, 337, 344, 349, 350, 352, 353, 355, 356, 357, 358, 362, 396, 405, 419, 420, 428, 430, 441, 442, 443, 446, 447, 464, 475, 489, 499, 525, 534, 576, 591, 594, 599, 601, 602
- Llanquihue 38, 52, 325, 344
- Locatelli, 570
- Londres 16, 170, 176, 243, 245, 250, 357, 368, 371, 393, 398, 405, 406, 407, 408, 410, 411, 414, 415, 416, 418, 419, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 432, 433, 435, 439, 442, 443, 444, 447, 449, 450, 451, 452, 454, 458, 462, 464, 467, 471, 472, 474, 478, 479, 480, 494, 497, 500, 512, 513, 544, 566, 571, 576, 585, 591, 592, 601, 603, 610, 615
- López, V.F. 14, 23, 173, 204, 287, 582, 585, 611
- Los Andes, Monitor 77, 170
- Los Lagos, Territorio/región de 528, 529, 530, 531
- Lucrecio 258
- Lydekker, R. 278, 416
- Lyell, C. 274
- Lynch Arribáizaga, E. 173, 177
- Lyttelton, E. 611

M

- Maciá, S. 496, 498, 499
- Mackay, T. 611
- Magallanes, F. (Estrecho) 42, 43, 58, 62, 110, 112, 118, 123, 153, 161, 170, 245, 285, 286, 342, 349, 380, 398, 400, 401, 402, 413, 468, 472
- Magdalena 40, 50, 53, 282, 472
- Magnasco, O. 302, 400, 407, 423, 430
- Maipú 51, 95, 192, 317, 318, 320, 321, 323, 346, 348, 371, 391, 586
- Maitén 309, 329, 330, 332, 344, 346, 348, 349, 453, 455, 457, 530
- Malleco 96, 317, 348
- Malvinas, islas 36, 58, 74, 76, 123, 169, 485, 486, 489, 582
- Mansilla, L.V. 24, 32, 43, 63, 66, 78, 441, 448
- Maquinchao 24, 48, 114, 216, 348, 528, 529, 530
- Mapa topográfico y geológico de la provincia de Buenos Aires 10, 508, 509, 539, 571
- Mapuches 40, 45, 46, 47, 48, 50, 89, 92, 94, 100, 117, 130, 212, 213, 217, 219, 223, 224, 227, 232
- Marco Polo 27
- Mar del Plata 282, 472, 569
- Marianita (Véase Varela de Moreno, Ana María) 16, 244, 267
- Marina Militar Argentina 586
- Markham, Sir C.R. 242, 414, 416, 429, 440, 610
- Martell, coñac 92
- Martin García 185, 586
- Martino, E. de 402, 452, 471
- Mascías, A. 570
- Maza, I. 443, 477, 476, 578, 579, 580, 581, 593
- McCracken, E. 611
- Medalla George IV 494, 497, 512
- Menena, La... Estancia 589
- Menena / Marianita (Véase Varela de Moreno, Ana María) 16, 18, 19, 244, 248, 268, 367, 607
- Mejillones, cultivo de... 281, 282, 283
- Meliquina (véase Metiquina) 318, 323
- Melo, C.F. 581
- Mencué 525, 529, 530
- Mendoza 22, 35, 40, 45, 46, 47, 49, 50, 52, 53, 58, 59, 61, 62, 65, 67, 69, 74, 81, 94, 95, 116, 183, 186, 187, 247, 248, 275, 278, 280, 285, 294, 305, 309, 310, 341, 349, 350, 382, 453,

- 504, 516, 517, 518, 519, 521, 523, 528, 548, 552, 567, 570, 581, 583, 584, 586, 587, 594, 615
- Mendoza, P. de 273, 274
- Mercedes 35, 40, 50, 59, 64, 65, 82, 84, 85, 186, 201, 269, 349, 394, 453
- Mercerat, A. 271, 278
- Merrifield, M.P. 611
- Methfessel, A. 257, 278
- Metiquina 318, 321, 323, 344, 348
- Meyer Arana, A. 544, 550, 591
- Meyer Arana, F. 600
- Miller, G. 586
- Miller, J. 587
- Minerales, Recursos... 539
- Minería, Código de... 581
- Ministerio de Guerra 74, 221, 519, 520, 589
- Misiones 30, 261, 262, 504, 578, 580
Poblaciones jesuíticas 504
- Mitre, B. 14, 22, 23, 24, 25, 26, 28, 63, 64, 65, 67, 68, 73, 77, 80, 81, 88, 173, 174, 204, 210, 238, 243, 247, 251, 272, 275, 287, 394, 428, 433, 436, 438, 459, 507, 585, 587, 602, 609, 610
- Monitor de la Educación Común 553, 602
- Monte Avellaneda 163, 164, 166
- Monte Blanco 326, 478
- Monte León 75, 77, 126, 127, 167
- Montes de Oca, M.A. 176, 209, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 425, 426, 427, 428, 430, 431, 432, 439, 440, 441, 444, 447, 449, 450, 451, 462, 470, 475, 495
- Montessori, M. 611
- Montevideo 14, 16, 19, 35, 61, 77, 122, 127, 170, 177, 237, 248, 427, 535, 584, 586
- Monumento a la Independencia Argentina 611
- Monumento a la Revolución de Mayo y a la Independencia 611
- Monumento al Ejército de los Andes 515, 516, 517, 518, 519
- Moreno, Adela Terrero de 14, 16, 19, 218, 237, 267, 294, 370
- Moreno, Eduardo V. 19, 226, 268, 269, 288, 360, 362, 367, 368, 383, 406, 407, 452, 519, 521, 549, 589, 592, 595, 596, 606
- Moreno, Josué N. 13, 16, 25, 29, 30, 31, 71, 78, 236, 240, 367, 368, 393, 408, 415, 418, 419, 426, 427, 432, 434, 437, 439, 441, 450, 452, 462, 464, 465
- Moreno, Juana M. 14, 16, 86, 268, 269, 283, 288, 360, 367, 368, 406, 407, 408, 452, 475, 489, 490, 589
- Moreno, María Ana (Menena/Marianita) Varela de 16, 19, 237, 244, 248, 267, 288, 304, 360, 367, 368, 369, 370
- Moreno, Mariano 16, 584
- Moreno de Gándara, Francisca 13
- Moreno Terrero de Benites 13, 14, 16, 19, 28, 34, 71, 74, 78, 82, 83, 85, 92, 95, 96, 98, 107, 109, 122, 170, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 199, 200, 207, 208, 210, 211, 212, 213, 218, 219, 220, 222, 223, 224, 225, 226, 228, 232, 236, 237, 238, 240, 242, 243, 245, 247, 248, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 267, 268, 269, 272, 275, 286, 287, 289, 294, 309, 326, 344, 352, 356, 362, 367, 368, 369, 370, 380, 382, 402, 407, 417, 452, 456, 473, 476, 485, 486, 487, 489, 490, 495, 498, 500, 502, 504, 508, 509, 510, 513, 515, 516, 517, 519, 520, 521, 525, 526, 534, 536, 537, 538, 549, 550, 552, 553, 555, 556, 559, 562, 564, 567, 569, 570, 571, 589, 590, 592, 593, 595, 596, 600, 604, 606, 607
- Moreteau, J. 309, 310, 327, 343, 433, 450, 470
- Morla Vicuña, C. 359, 362, 364, 365, 368, 370, 373, 433, 478
- Morsier, A. 611
- Mosconi, E. 570
- Mouchez, A. 481
- Mound, cultura de los 174
- Moussy, M. de 610
- Moyano, C. 74, 125, 126, 129, 130, 134, 137, 138, 141, 142, 145, 148, 150, 153, 154, 156, 159, 162, 163, 164, 165, 167, 187, 238
- Mujica Láinez, M. 19, 90
- Murano, Venecia 174
- Murray, J. 333, 405
- Museo Americano de Historia Natural, Nueva York 538
- Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires 70, 81, 119, 123, 171, 173, 174, 207, 240, 246, 247, 250, 251, 253, 254, 266
- Museo de Estocolmo 242
- Museo de La Plata 16, 19, 28, 29, 30, 32, 33, 35, 59, 71, 187, 190, 199, 223, 231, 232, 234, 235, 249, 252, 253, 254, 257, 258, 259, 261, 262, 263, 264, 265, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 285, 287, 289, 292, 294, 301, 302, 305, 309, 310, 327, 343, 351, 352, 353, 356, 357, 362, 371, 378, 384, 391, 406, 409, 416, 426, 428, 430, 441, 442, 450, 453, 458, 488, 490, 493, 503, 507, 508, 510, 511, 512, 526, 534, 538, 547, 549, 582, 584, 591, 592, 599, 600, 602, 604, 607, 609, 610, 615
- Museo de Lieja 242
- Museo de Lyon 242
- Museo de Nancy 242
- Museo de París 242
- Museo de Reims 242
- Museo de Roma 242
- Museo de Toulouse 242
- Museo Dr. Francisco P. Moreno, S.C. de Bariloche 98, 268, 595, 596, 597
- Museo Etnográfico de París 242
- Museo Moreno 31, 34, 70, 80, 109, 171
- Museo Nacional de Washington 267, 538
- Museo Público/Museo Nacional 22, 30, 31, 33, 74, 123, 173,

Las fronteras de Francisco P. Moreno

249, 250, 251, 252, 253, 256, 267, 494, 497, 512, 513, 537, 538, 609

Musters, G. 24, 35, 38, 41, 42, 43, 47, 78, 80, 81, 92, 100, 113, 114, 124, 129, 133, 157, 162, 212, 214, 216, 219, 225, 227, 332, 334, 335, 342

Mylodon 380, 405, 525, 526

N

Nágera, J.J. 604

Nahuel Pan 95, 194, 200

Naón & Cia. 596, 610, 611

Napp, Coronel 571

National Geographic Society, Board of Trustees
Minutes 603

Navidad, significado 126, 615

Nazar Anchorena, B.A. 604

Necochea, M. 362

Neuquén 42, 45, 46, 49, 54, 58, 59, 61, 64, 74, 91, 186, 187, 189, 213, 282, 287, 305, 309, 313, 314, 322, 324, 327, 348, 349, 357, 382, 400, 424, 434, 449, 453, 493, 495, 496, 498, 499, 525, 528, 529, 530, 544, 580, 594, 613, 615

Newbery, J. 569, 570

Niereco, arroyo 325

Niños Menesterosos de las escuelas primarias,
Alimentación de los... 551, 553, 563

Nordenskjöld, O. 485, 486, 487, 488, 610

Noruega 123, 488, 521

Nubes magallánicas 613

Nueva Lubeca 440, 531

Nueva York 393, 545

Nueva Zelandia 499, 537, 610

Nuevos Mataderos 536

Ñancucheuque 48, 95, 96, 103, 131, 196, 228, 320

Ñorquin 187, 189, 191, 314, 424

Nueva Pompeya 603

Nueva Roma 82, 83, 84, 226

O

Obligado, A. 570

Obligado, P.S. 362, 370, 604

O'Brien, J.T. 586, 587

Observatorio Astronómico 23, 253, 254, 260, 360

Ocampo 362, 440

Oddo, hotel, Santiago de Chile 361, 367, 368

O'Gorman, E., canónigo 267

O'Higgins, B. 401, 402, 463, 481

Onelli, C. 193, 194, 195, 278, 361, 362, 367, 381, 382, 383, 384, 398, 408, 409, 418, 419, 424, 433, 435, 441, 443, 450, 452,

453, 454, 473, 475, 512, 549, 550, 553, 566, 591, 604, 605, 606, 616

Oneto, A. 112, 207, 212, 220, 221

Onohipidium 525

Orcadas del Sur, Oficina postal 489

Orkeke 44, 62, 187, 195

Ortega, R. 188, 227, 228, 231, 519

Osborn, H.F. 611

Outougamiz 93

Owen, R. 258, 455

Oxford 259, 406

P

Pacheco, General A. 59, 60, 62

Pacífico, océano 79, 97, 105, 113, 124, 147, 153, 176, 214, 218, 221, 245, 246, 248, 270, 275, 286, 287, 288, 290, 292, 293, 295, 296, 300, 304, 309, 316, 318, 320, 321, 325, 329, 330, 332, 336, 337, 339, 345, 346, 348, 350, 355, 357, 358, 370, 375, 376, 378, 380, 383, 392, 396, 413, 414, 424, 425, 433, 437, 442, 443, 460, 461, 462, 463, 467, 531, 535, 537, 544, 583, 603

Pack, D. 585

País de las Manzanas (Manzanos) 48, 59, 66, 79, 92, 94, 96, 104, 119, 220, 222, 226

Palermo 24, 28, 29, 199, 252, 258, 475, 515, 566, 589

Pangolín 31, 82, 84

Paraguay 307, 353, 398, 476, 479, 481, 482, 484, 526, 540, 579, 595

Paraná 22, 30, 78, 115, 145, 504,

Paraná, Cañonera 209, 220

Paris 172, 215, 242, 268, 406, 408, 410, 411, 414, 415, 425, 427, 429, 432, 439, 441, 470, 563, 591, 601

Parish, W. 611

Parodi, A., 570

Paroissien, J. 586

Parque Argentino-Chileno 503

Parque de La Plata, sus eucaliptus 266

Parque Lezama 451, 472

Parque Nacional del Sur 502, 504

Parques Nacionales 226, 227, 454, 483, 493, 499, 500, 502, 503, 504, 505, 525, 545, 576, 606, 616

Parque Patricios 32, 476, 547, 550, 551, 552, 553, 563, 566

Parques y Jardines Nacionales 504

Parroquia de Vélez Sarfield 603

Parry, W.E. 610

Paso de (los) Indios 145, 537

Paso de Vuriloche/Bariloche 222, 224

Patagones, indios 24, 43, 46, 47, 67, 70, 76, 102, 121, 139, 150,

- 153, 157, 257, 526
- Patagones, Carmen de 23, 24, 25, 26, 35, 36, 40, 42, 48, 51, 52, 54, 58, 59, 62, 63, 67, 69, 77, 80, 81, 82, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 102, 107, 118, 119, 126, 131, 185, 186, 189, 195, 207, 209, 211, 212, 213, 214, 220, 221, 222, 226, 234, 235, 236, 509, 529
- Patagonia 23, 24, 34, 35, 36, 37, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 65, 69, 71, 73, 74, 77, 78, 80, 81, 83, 92, 96, 110, 113, 114, 115, 117, 120, 122, 123, 126, 127, 131, 136, 139, 143, 145, 152, 157, 159, 161, 167, 169, 171, 173, 174, 175, 176, 177, 183, 187, 189, 191, 192, 194, 195, 196, 200, 207, 211, 217, 218, 220, 230, 233, 237, 238, 239, 240, 243, 245, 246, 248, 267, 269, 281, 285, 288, 295, 326, 333, 340, 341, 342, 347, 349, 351, 352, 354, 380, 383, 391, 394, 405, 415, 416, 417, 418, 424, 428, 429, 437, 443, 449, 457, 458, 460, 461, 462, 463, 468, 469, 472, 479, 499, 504, 507, 509, 513, 525, 526, 527, 534, 536, 543, 545, 574, 575, 577, 582, 594, 595, 599, 602, 613, 614
- Patronato de la Infancia (PADELAI) 549, 550, 551, 552, 563, 600, 603
- Pavón, Isla 23, 36, 62, 76, 77, 124, 125, 126, 129, 133, 134, 135, 136, 148, 162, 165, 166, 167, 578
- Peary, R.A. 610
- Pellegrini, C. 14, 23, 199, 200, 235, 269, 329, 406, 410, 411, 413, 417, 422, 423, 426, 427, 432, 433, 436, 438, 440, 461, 462, 477, 507, 585, 586, 587
- Pellerano 472
- Península Valdés 40, 77, 110, 111, 116, 119, 211
- Pérez Rosales, boquete/Paso 65, 309, 326, 348, 453, 454, 464, 499, 502, 525
- Perú 16, 50, 52, 74, 81, 153, 173, 252, 296, 414, 433, 448, 461, 522, 579
- Pesquerías 281, 282
- Petróleo 280, 440, 509, 510, 548, 580, 581
- Picadilly 371
- Pico Alto 530
- Pico Salamanca 531
- Piedrabuena, L. 23, 36, 62, 72, 74, 76, 77, 110, 111, 118, 119, 120, 125, 126, 129, 166, 167, 286, 579
- Pilchen, arroyo 528
- Pilcomayo 248, 398, 479, 481, 482, 484, 540
- Pirovano, I. 230, 240, 241
- Pizarro, M.D. 250
- Plate, J. 440, 509, 589
- Platten, L. von 309, 327, 338, 340, 343, 470, 591
- Playa Bonita, Bariloche 225
- Playfair, J. 264
- Plaza de Mayo 24, 249, 443, 534
- Pleistoceno 525, 526
- Popham, H.R. 585
- Portezuelo Grande 531
- Pozzi, S. 278
- Powell, Lord R.B. 566, 567, 611
- Príamo 203
- Propaganda Fide, Anales 27
- Protocolo del 1 de mayo de 1893. 289, 290, 292, 445
- Protocolo del 28 de junio de 1915. 481
- Puente Alsina 536
- Puerto Blest 65, 325, 326, 344, 499
- Puerto Deseado 36, 40, 75, 120, 121, 123, 187, 207, 286, 537
- Puerto Gallegos 537
- Puerto Madryn 23, 309, 400, 531
- Puerto Montt 325, 344, 348, 350, 380, 381, 382, 384, 394, 449, 450, 453, 454
- Puerto San Antonio 211, 318, 321, 344, 348, 391, 537, 544
- Puerto San Julián 43, 111, 149, 537
- Puerto Santa Cruz 170
- Puerto Varas 344, 502
- Pueyrredón, H. 194, 565, 579, 580
- Pulmari, Neuquén, leyes de colonización 234, 308, 316
- Puna 275, 280, 298, 354, 358, 375, 387, 396, 403, 421, 470, 512, 592
- Puna de Atacama 275, 289, 302, 355, 357, 365, 380, 402, 403, 452, 453, 470, 479, 493
- Punta Arenas 24, 35, 36, 42, 43, 44, 62, 72, 74, 77, 124, 125, 129, 159, 167, 169, 170, 175, 286, 296, 349, 379, 380, 382, 386, 401, 402, 434, 435, 454, 472, 473, 479, 486
- Punta Bandera 167
- Punta Piedras 282
- Punta Walichu/Gualicho 151, 152, 154, 163, 165
- Py, L., comodoro 77, 170

Q

- Quema de Basura, barrio de la 536, 547, 550, 551, 552
- Quemquemtreu 318, 321, 323, 348
- Quesada, E. 25, 171, 242, 510, 604, 605
- Quesada, V.G. 171, 172, 173, 423, 448
- Quetropillan 95, 105, 152, 228, 320, 348
- Quetroquilé 529
- Quijote 82
- Quilliqueque, F. 199
- Quilquihue, arroyo/rio 192, 320, 321, 333, 342, 345, 346
- Quinchahuala 95, 97, 229
- Quinta Moreno 174, 374, 441, 486, 490, 503, 547, 549, 589
- Quintana, M. 14, 25, 282, 507
- Quirno Costa, N. 270, 287, 288, 290, 292, 294, 295, 298, 299, 301, 302, 303, 354, 355, 356, 358, 359, 360, 361, 381, 394,

Las fronteras de Francisco P. Moreno

396, 419, 421, 422, 425, 426, 439, 448, 454, 470, 478, 479, 480, 499

Quiroga, A. 177

Quiroga, J.F. 58, 59, 611

Quiroga, M. 566

R

Rabot, Ch. 383, 441

Rada Tilly (véase Tilly Road) 338, 349, 400, 440, 458, 510, 580

Ramos Mejia, E. 309, 310, 502, 507, 544, 545

Ramos Mexía, J.M. 551, 552, 565

Ranas, barrio de las 536, 547, 548, 550

Ranqueles 24, 32, 35, 43, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 78, 102, 182, 186

Raulies, boquete 499

Rawson 112, 115, 335, 348, 400, 405, 454, 455, 531, 537

Rawson, G. 240, 241

Regimiento de Granaderos a Caballo 515, 516, 607

Remington 67, 94, 144, 165, 198, 204, 223

Relaciones Exteriores, Ministerio de 110, 176, 275, 285, 286, 302, 303, 351, 360, 368, 369, 370, 419, 438

René 93

Retiro, plaza del 32

Rhodes, C.J. 611

Riachuelo 24, 535, 536, 563, 571

Ricchieri, P. 400, 453, 566

Richmond, J. 110

Rigoletto 136

Riis, J.A. 526, 610

Río IV 35, 69

Río Aisén 340, 433, 454, 531

Río Aluminé 192, 316, 528

Río Atuel 59

Río Barrancas 59, 186, 187, 313, 528

Río Blanco, Santa Cruz 329, 330

Río Caleufú 92, 106, 192, 232, 309, 318, 321, 323, 344

Río/Arroyo Carrenleufú 309, 330, 332, 335, 336, 339, 343, 345, 346, 349, 453, 473

Río Catalin 316, 324, 528

Río/Arroyo Chalia/Shehuen 24, 129, 130, 133, 140, 154, 157, 158, 159, 166, 167, 194, 238, 340, 341, 342, 345, 537, 573, 580

Río Chico, Santa Cruz 44, 124, 128, 129, 130, 133, 159, 169, 192, 328, 349, 529, 532

Río Chubut 36, 42, 75, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 156, 200, 217, 328, 329, 330, 337, 454, 530, 531, 537

Río Collón Curá 40, 49, 91, 92, 94, 99, 106, 226, 229, 231, 232, 235, 309, 317, 318, 321, 323, 324, 335, 342, 348, 530, 592

Río Colorado 36, 40, 43, 49, 50, 58, 59, 65, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 106, 113, 116, 186, 192, 226, 282, 313, 342, 478, 528, 529, 544

Río de la Plata 13, 16, 40, 51, 110, 208, 282, 283, 463, 535, 536, 570

Río Deseado 200, 341, 347, 383, 433, 461, 463

Río Diamante 50, 310, 463

Río Epuyén 221, 329, 530

Río Fénix 309, 334, 339, 341, 342, 344, 345, 347, 349, 350, 381, 382, 383, 384, 387, 415, 449, 461, 464, 473, 474

Río Frias 337, 338

Río Gallegos (véase Puerto Gallegos) 73, 74, 75, 167, 168, 207, 400, 415, 424, 433, 434, 450, 453, 454, 489, 537

Río Gennua 335, 336, 337, 343, 349

Río Iguazú 504, 549, 550

Río Leona 72, 161, 162

Río Limay 40, 41, 43, 48, 49, 58, 59, 79, 90, 91, 98, 99, 107, 116, 117, 119, 126, 161, 180, 186, 211, 214, 220, 222, 223, 225, 226, 232, 233, 234, 235, 239, 247, 276, 309, 317, 323, 324, 325, 326, 335, 344, 348, 433, 504, 525, 528, 529, 530, 531, 573, 583, 592

Río Malleo 323, 530

Río Manso 113, 309, 326, 328, 329, 344, 424, 428

Río Mayer 424, 473, 474

Río Mayo 192, 194, 340, 342, 345, 346, 347, 349, 391

Río Negro 24, 26, 33, 34, 35, 36, 40, 43, 44, 46, 49, 54, 57, 58, 59, 65, 66, 67, 69, 70, 74, 75, 77, 78, 79, 82, 83, 87, 88, 89, 90, 91, 98, 99, 100, 112, 113, 116, 117, 129, 152, 167, 179, 182, 185, 186, 187, 189, 191, 192, 195, 202, 203, 207, 209, 211, 212, 213, 214, 215, 220, 221, 222, 224, 226, 227, 228, 231, 233, 237, 239, 282, 305, 309, 323, 326, 342, 343, 347, 348, 349, 352, 354, 357, 382, 433, 461, 463, 493, 495, 496, 498, 499, 528, 529, 530, 574, 582, 594, 613

Río Neuquén 40, 48, 49, 58, 59, 65, 90, 99, 182, 186, 187, 211, 233, 234, 276, 314, 317, 433, 573

Río Paraguay 481, 482

Río Pilcomayo 248, 398, 479, 481, 482, 540

Río Pico 309, 337, 338, 424

Río Salado 40, 50, 51, 53, 59, 181, 310, 342

Río Santa Cruz 24, 35, 36, 42, 43, 44, 62, 71, 72, 74, 77, 109, 110, 113, 132, 133, 134, 140, 144, 147, 149, 156, 162, 165, 167, 169, 173, 194, 237, 262, 270, 285, 341, 391, 433, 579, 592, 613

Río Seco 144, 155, 230, 531, 532

Río Senguerr 113, 114, 115, 309, 338, 339, 340, 343, 349, 458

Río Shehuen/Chalia 130, 133, 238

Río Trafal 98, 323, 324, 344, 348

Río Turbio 328, 537

Río Vizcachas 424, 450, 537

Ripamonti, C.P. 518, 567

- Rivadavia 22, 25, 30, 53, 54, 74, 253, 531, 611
 Lago 329, 330, 331, 344, 453
 Monte 217, 218, 221
- Robertson, C.L. 442, 452, 453, 454, 458, 470
- Robertson, G. 454, 586
- Robertson, R.E. 449, 450
- Roca, J.A. 38, 58, 60, 73, 74, 77, 90, 170, 176, 179, 180, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 189, 191, 192, 193, 195, 199, 209, 211, 212, 237, 242, 245, 250, 251, 256, 270, 275, 287, 288, 298, 352, 356, 360, 364, 384, 394, 395, 396, 398, 400, 402, 405, 406, 408, 409, 410, 417, 419, 421, 422, 424, 425, 426, 427, 432, 433, 434, 436, 437, 438, 443, 447, 448, 452, 454, 458, 459, 460, 462, 464, 465, 470, 472, 477, 489, 493, 494, 500, 507, 591
- Rocha, D. 248, 251, 267, 441, 472
- Rodríguez, M. 53, 567, 570, 611
- Rodríguez Peña, N. 362, 374
- Roma 82, 83, 84, 226, 242
- Roosevelt, T. 459, 504, 525, 526, 557, 580, 610
- Rosales, Goleta 74, 75, 76, 77, 88, 110
- Rosario 22, 31, 50, 348, 475, 535
- Rosas, J.M. 13, 14, 18, 21, 28, 45, 51, 53, 54, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 64, 68, 90, 106, 143, 186, 187, 194, 197, 204, 212, 369, 596, 611, 615
- Rosas, Mariano 32, 56, 64, 65, 66, 67, 180, 182, 190
- Roth, S. 278, 309, 310, 316, 321, 323, 324, 327, 442, 450, 451, 512, 591, 604
- Rousseau, J. 611
- Royal Geographical Society 415, 429, 494, 497, 512, 610
- S**
- Sáenz Peña, L. 275, 293, 298, 302
- Sáenz Peña, Ley 533, 596
- Sáenz Peña. R. 507, 522, 533, 544, 570
- Saihueque/Sayhueque/Shaihueque 25, 26, 44, 46, 48, 63, 66, 72, 87, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 97, 98, 99, 100, 102, 103, 104, 106, 107, 119, 131, 152, 166, 185, 186, 187, 189, 190, 192, 193, 195, 199, 200, 212, 217, 219, 221, 222, 223, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 234, 235, 239, 317, 320, 321, 324, 335, 590, 607
- San Agustín 527
- San Antonio (véase Puerto...) 116, 118, 152, 211, 213, 214, 220, 221, 269, 282, 342, 343, 347, 348, 349, 433, 504, 529, 530, 531, 537, 539, 543, 544, 583
- San Blas, bahía de 86, 87, 150, 226, 347, 529, 582
- San Carlos, población 223, 325
- Sánchez de Thompson/Mandeville, Mariquita 29, 32,
- San Francisco, California 393
- San Francisco, mojón/hito 295, 297, 298, 299, 301, 302, 303, 355, 358, 421, 453, 463
- San Francisco, Portezuelo de 275, 289, 298, 303, 470
- San Ignacio 13, 26
- San Isidro-La Menena, estancia 589
- San Javier, toldería 88, 212
- San José, Puerto 40, 211, 530
- San José de Flores 13, 14, 22, 64
- San Juan 26, 58, 81, 247, 248, 294, 296, 298, 302, 337, 341, 357, 494, 581
- San Julián (véase Puerto San Julián) 35, 43, 44, 111, 123, 124, 129, 130, 149, 156, 207, 454, 532, 537
- San Lorenzo, combate 504, 567, 586
- San Luis 35, 40, 49, 50, 51, 52, 53, 57, 58, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 69, 180, 182, 216, 296, 589
- San Martín, J.F. 16, 22, 51, 232, 256, 515, 576, 584, 586, 587, 611
 Campamento en Mendoza 504
 catre de 587
 Monumento 515, 516, 517, 518, 519
- San Martín, colonia indígena 191, 531, 576,
- San Martín de los Andes 95, 450, 537, 539
- San Nicolás de los Arroyos, Acuerdo 13, 21, 596
- San Pascasio 13
- San Pedro, península 65, 224
- San Rafael 35, 69, 186, 232, 275, 280, 281, 285, 294, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 315, 320, 327, 328, 381, 592, 615
- San Román, I. 296, 297, 340, 347, 370
- Santa Cecilia, Sociedad 519, 520, 521
- Santa Coloma, T. 567
- Santa Cruz 39, 44, 67, 71, 73, 74, 78, 88, 93, 109, 110, 115, 118, 120, 123, 124, 125, 126, 127, 167, 169, 170, 175, 183, 187, 192, 207, 220, 240, 271, 285, 286, 296, 305, 309, 310, 349, 352, 354, 357, 391, 394, 400, 424, 433, 434, 453, 454, 472, 532, 573, 579, 580, 615
- Santa Cruz, Bahía de 36, 75, 77, 123, 124, 130, 166, 167
- Santa Cruz, goleta 110, 119, 120, 123
- Santa Fe 22, 50, 52, 53, 57, 61, 62, 66, 182, 533
- Santa Helena 29
- Santiago de Chile 19, 62, 177, 288, 289, 290, 293, 294, 298, 301, 309, 325, 344, 348, 349, 350, 355, 356, 357, 358, 361, 362, 364, 367, 368, 369, 370, 371, 373, 374, 377, 380, 381, 382, 384, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 408, 409, 423, 427, 429, 430, 437, 438, 439, 448, 449, 450, 453, 455, 458, 459, 460, 478, 586, 591, 592
- Santiago del Estero 109, 126, 170, 173
- Sargento Cabral, Colonia agrícola y pastoril 314, 316, 324, 576
- Sarmiento, D.F. 14, 18, 21, 22, 23, 24, 28, 32, 65, 66, 67, 72, 73, 74, 80, 84, 173, 174, 204, 212, 246, 247, 255, 266, 268, 362, 368, 400, 504, 562, 583, 602

Las fronteras de Francisco P. Moreno

Scaroni, S. 570
Schiller, W. 278, 512, 604
Seguí, F. 273, 274, 493
Schulz, G. 570
Schiörbeck, A. 309, 321, 325, 326, 327
Scotia, expedición del 486, 488, 489, 490
Sena 536
Seno de la Última Esperanza (véase Última Esperanza) 278, 380, 406, 424, 436, 437, 438, 450, 452, 453, 454, 472, 525
Seno Otway 167, 286
Seno Skyring (Water) 157, 167, 286
Serrey, C. 522
Serrucho, Cordón general del 329, 530
Servicio Científico Nacional 282, 536, 538, 539, 580
Shackleton, E. 429, 527, 610
Shelsom 129
Shepherd, W.R. 551
Sierra de Olte 521
Sierra Grande 529
Sierra Nevada 529, 531
Simbad el Marino 27
Simpson, E. 113, 340
Sinchel, cacique 212
Skyring, Seno/Water 157, 167, 286
Smithsonian Institution 16, 252, 253, 259, 263, 265, 280, 504, 510, 538
Smithson, J. 265, 279
Snow Hill 485
Sobral, J.M. 485, 486, 490, 610
Sociedad Antropológica Argentina 246, 247
Sociedad Científica Argentina 23, 38, 78, 79, 80, 86, 89, 108, 110, 173, 196, 246, 256, 283, 500, 513
Sociedad de Geografía Comercial de París 242
Sociedad e Instituto Antropológico de París 242
Sociedad Estímulo de Bellas Artes 600
Sociedad Geográfica Sueca 490
Sociedad Geológica de Londres 275
Sociedad Literaria Inglesa 584
Sociedad Real de Geografía de Londres 242, 417, 480
Soldados de frontera, "carne de cañón" 201
Soler, F. 567
Soler, M.E. 611
Sommer, Ch. 552
Soot, E. 309, 316, 318, 321, 323, 324, 327, 328, 470, 473, 591
Southampton 449, 544
South Georgia 485

South Orkney Cairn 490
Spegazzini, C. 278
Spencer, H. 71, 611
Steel, K. 611
Steffen, H. 441, 452
Steinfeld, A. 338, 339, 340, 341, 343, 347, 358
Strobel, P. 23, 69, 237
Suecia 485, 487, 488
Suess, E. 611
Suiza 242, 278, 326, 460

T

Taft, W.H. 580
Taine, H. 611
Talaguepa 529
Támesis 535, 536
Tandil 35, 50, 53, 62, 63, 69, 78, 107, 180, 458, 472, 613
Tauschek, J. 325, 343
Teatro Argentino 251, 277
Teatro Colón 64, 173, 174, 533
Tecka-Yaguagüano 113, 114, 192, 200, 218, 219, 220, 221, 223, 225, 231, 235, 236, 287, 299, 321, 334, 335, 337, 343, 346, 349, 531, 537, 576
Tejedor, C. 73, 74, 166, 187, 240, 241, 242, 362
Ten Kate, H. 200, 278, 367
Terrero Moreno de Woodgate, D. 19
Territorios Nacionales 191, 270, 400, 455, 505, 507, 508, 537, 542, 545, 576, 577, 578, 582, 591
Thays, C. 567
The Paraguay Land Cattle Company 482
Thomas, P.F. 611
Thompson de Lezica, F. 29
Thurburn 472
Thwaites, Josué 13, 16
Thwaites de Moreno, Juana 13, 16, 19, 443
Tiahuanaco 248
Tierra del Fuego 115, 129, 139, 145, 159, 161, 169, 207, 210, 245, 261, 270, 290, 296, 342, 380, 413, 468, 479, 480, 528, 580
Tierra Pública, su reparto 201, 276, 313, 347, 498, 536, 539, 540, 573, 574, 577, 578, 579, 580, 582, 591, 594
Tierras, Dirección General 578, 580
Tierras y Colonias, Dirección/Departamento de... 477, 576, 577, 578, 579, 580, 581
Tigre 24, 199, 200, 330, 477
Tilly Road 338, 349
Tinguiririca 310

- Tornquist, C.A. 432, 477, 570
 Torres, L.M. 512, 513, 604
 Tradescant, J. 259
 Trafalgar 402
 Trancura 348
 Transporte Azopardo 282, 379, 380, 381
 Tratado de 1881. 170, 245, 247, 270, 287, 289, 290, 292, 293, 303, 304, 309, 350, 352, 354, 355, 356, 358, 361, 363, 373, 374, 375, 376, 381, 387, 398, 412, 419, 421, 424, 432, 444, 445, 458, 463, 465, 466, 467, 469, 470, 476, 478, 479, 480, 481
 Trelew 23, 400, 454
 Tribunal Arbitral 294, 405, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 425, 430, 432, 440, 444, 448, 452, 457, 465, 466, 474, 476
 Tucumán 463, 523
- U**
- Ultima Esperanza, Chile 278, 286, 380, 406, 424, 434, 435, 436, 437, 438, 442, 444, 449, 450, 452, 453, 454, 457, 467, 470, 472, 525
 Underwood, Francisco Moreno 405
 Underwood, M. 333, 405, 455, 456, 590
 Universidad de Buenos Aires 21, 23, 223
 Universidad de Columbia 551
 Universidad de Princeton 394, 442
 Universidad Nacional de Córdoba 175, 268
 Universidad Nacional de La Plata 232, 252, 507, 510, 547
 Universo, espectáculo del... 128
 Uriburu, J.E. 302, 355, 356, 360, 361, 364, 373, 384, 390, 391, 400, 436, 570, 603
 Uruguay 12, 50, 62, 269, 476, 482
 cañonera 77, 170, 235, 486, 487, 488
 Ushuaia 24, 401, 435, 472, 479, 485, 486
 Uspallata 176, 248, 292, 301, 427, 477
- V**
- Vacarezza, E. 570
 Vago, R. 570
 Valcheta 24, 59, 191, 192, 213, 214, 233, 236, 342, 529, 544, 582, 583, 612
 Valdivia 38, 48, 49, 52, 79, 87, 88, 94, 99, 100, 119, 214, 318, 320, 321, 347, 348, 349, 530, 537, 583
 Valdivia, río 294
 Valle 16 de Octubre 309, 310, 325, 326, 330, 336, 343, 344, 345, 348, 349, 382, 405, 424, 433, 453, 454, 455, 457, 465, 467, 580, 590
 Valle Nuevo 424, 428, 456, 530
 Valparaiso 368, 385, 393, 402, 453, 454, 468, 472
- Valvunieu 537
 Varela, Florencio 14, 18, 19, 237, 248, 369, 371
 Vedia, A. de 437
 Venezuela 579
 Vía Láctea 128, 613
 Vidal Gormaz, F. 224
 Viedma (véase Biedma) 35, 65, 213, 325, 347, 528, 529, 607
 Vigilante, Aviso a Vapor 207, 210, 211, 213, 214, 220, 221, 222, 235, 236, 239, 244, 247, 595
 Villa Mercedes 35, 64, 69, 186, 349, 453
 Villarino, B. 40, 49, 78, 79, 91, 225, 233, 323
 Villarino, Transporte 187, 391, 401
 Villarrica 51, 107, 325, 327, 348
 Villegas, C. 180, 182, 186, 187, 188, 209, 213, 219, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 234, 237, 243, 244, 245
 Virasoro, V. 288, 289, 292, 293, 301, 302, 358, 361, 384, 396, 398, 410, 411, 419, 421, 422, 425, 426, 427, 431, 432, 434, 439, 440, 441, 444, 448, 452, 454, 458, 462, 464, 499
 Voltaire 8
- W**
- Waag, J. 309, 327, 332, 343
 Wallace, A. H. 611
 Walsh, P. 549, 551
 Ward, H. 267
 Washington 23, 177, 265, 267, 279, 280, 547
 Weddell, J. 610
 Wehrli, L. 278
 White, G. 23, 586
 Whitelocke, J. 585, 586, 611
 Wiederholtz, hermanos 325, 341, 343, 344
 Wienen 248
 Wilde, E. 32, 250, 251, 444, 477
 Willis, B. 16, 380, 504, 519, 520, 530, 539, 543, 544, 545, 593, 610
 Winch, W.H. 611
 Wolff, E. 309, 310, 314, 316, 318, 320, 323, 327, 328, 343
 Woodward, A. 416
- Y**
- Yamnagó 214
 Ygobone, A. 23, 34, 44, 74, 80, 89, 91, 92, 98, 108, 174, 199, 207, 208, 210, 212, 218, 221, 222, 236, 242, 245, 246, 247, 251, 252, 256, 275, 287, 288, 289, 294, 302, 355, 395, 396, 398, 401, 402, 408, 452, 465, 470, 472, 475, 478, 490, 502, 510, 517, 525, 526, 537, 549, 550, 553, 559, 589, 592, 595, 596, 599, 600, 602, 607
 Young, A. 567

Las fronteras de Francisco P. Moreno

Yrigoyen, H. 25, 194, 275, 302, 481, 507, 533, 592
Yucatecos 174

Z

Zanni, P. 570
Zapaleri 189, 298, 358
Zeballos, E. 23, 44, 48, 63, 66, 79, 80, 108, 110, 246, 267, 295,
299, 362, 391, 422, 436, 468, 481, 512, 552, 565
Zittel, K.A. von 611
Zonceras humanas 81
Zorreguieta, M. 248
Zorrilla, B. 211, 219, 220, 224, 235, 236, 240, 612
Zuberbühler 553
Zwilmeyer, C. 309, 310, 313, 316, 318, 320, 327, 328, 449,
451, 470

Acerca del autor

ALBERTO C. RICCARDI

Licenciado en Geología (1964) y Doctor en Ciencias Naturales (1968) por la Universidad Nacional de La Plata, donde comenzó a ejercer la docencia (1963), ingresando posteriormente (1967) como becario al CONICET. En esas instituciones alcanzó las categorías de Profesor Titular (1986) e Investigador Superior (1992). Ha sido además Geólogo del Servicio Geológico Minero de la Argentina (1964-1968), Jefe de la División Paleontología Invertebrados (1976-2024) y Director Sustituto (1998) del Museo de



La Plata, investigador por concurso internacional del Geological Survey of Canada (1980-1981) y Profesor Visitante de la McMaster University, Ontario, Canada (1989). Ha dirigido 10 tesis doctorales, 8 de los cuales son miembros del CONICET.

El Dr. Riccardi ha sido Presidente de la Asociación Paleontológica Argentina (1979-1981) y de la Asociación Geológica Argentina (1991-1999), Director de las revistas de ambas instituciones, Presidente de la Comisión Asesora de Ciencias de la Tierra del CONICET (1991-1995), miembro (1979) y Chairman (1994-2002) de la International Subcommission on Stratigraphic Classification, Vicepresidente de la International Palaeontological Association (1991-2002), Presidente del 4th International Congress on Jurassic Stratigraphy (1994), editor de revistas científicas, Councilor del Comité Ejecutivo (2002-2006) y Presidente (2008-2012) de la "International Union of Geological Sciences".

Ha contribuido al estudio de los amonites y de la bio- y cronoestratigrafía del Jurásico de la Argentina y del Cretácico de la Patagonia, y ha trabajado en el Cretácico superior de Canadá y en el Jurásico de Chile, Perú y México. Especialmente importantes han sido sus contribuciones al conocimiento del Triásico marino, Bathoniano, y Jurásico medio en general. Bajo su dirección se estableció una estratigrafía múltiple

del Jurásico inferior y medio de la Argentina basada en amonites, bivalvos, braquiópodos y microfósiles calcáreos, con la adición posterior de estudios en paleomagnetismo e isótopos estables. En Patagonia austral se estableció un esquema zonal de amonites que ha permitido demostrar la existencia de todos los pisos del Cretácico y establecer las edades y relaciones correctas de varias unidades litoestratigráficas. Ha publicado también síntesis generales sobre el Jurásico y Cretácico del sur de América del Sur y se ha dedicado

al estudio de la historia de la geología. Sobre todos estos temas ha efectuado aproximadamente 600 publicaciones, incluyendo doce libros y varias monografías.

Obtuvo el "Premio B. Houssay" del CONICET (1987), el Premio "Consagración Provincia de Buenos Aires" en Ciencias Naturales, Médicas y Químicas (1990), el Premio "Eduardo L. Holmberg" de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Buenos Aires (1991), el Primer Premio Nacional de Geociencias (Geología, Geofísica, Oceanografía y Meteorología) (1986-1989) de la Secretaría de Cultura de la Nación (1992), el Konex de Platino en Ciencias de la Tierra (Geología, Geofísica y Oceanografía) de la Fundación Konex (1993), el Premio "Asociación Geológica Argentina" (1996), el Premio al Mérito Paleontológico (1997-1999) de la Asociación Paleontológica Argentina (1999). Es Fellow de la J.S. Guggenheim Memorial Foundation (1974), Socio Honorario de la Asociación Paleontológica Argentina (1995) y de la Asociación Geológica Argentina (2002), Honorary Fellow de la Geological Society of America (2001), Miembro de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba (2005) y Académico Titular de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (2008), Ciudadano Ilustre de la Ciudad de La Plata (2008) y Miembro Honorario de la Fundación Félix de Azara (2024).



Fundación Museo de La Plata

Francisco Pascasio Moreno

La Fundación Museo de La Plata “Francisco Pascasio Moreno” nació el 2 de abril de 1987 con la premisa de acompañar y fortalecer al Museo y a su recurso humano. Desde sus inicios, la Fundación ha buscado ser un nexo entre el Museo y la comunidad, un puente sobre el que hacer circular colaboraciones, aportes (culturales y materiales), así como un fomento a la divulgación de las ciencias y un canal de acompañamiento para la formación de nuevos profesionales.

Una de las misiones más destacadas de la Fundación es el otorgamiento de Becas para alumnos de 2º y 5º año de las Carreras de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (FCNyM) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Gracias al aporte de Miembros Protectores, de empresas y del Consejo Profesional de Ciencias Naturales de la Provincia de Buenos Aires, podemos acompañar a los jóvenes en sus trayectorias formativas, en un contexto muchas veces complejo. Y en relación con la investigación científica, la Fundación otorga el Premio Estímulo a un/a joven graduada/o que desempeñe sus actividades de investigación en el ámbito de alguna de las Divisiones Científicas del Museo de La Plata (FCNyM, UNLP). Dicho Premio es un reconocimiento a la obra realizada en materia de investigación científica o rol de liderazgo (calidad, originalidad de sus publicaciones, aportes a la divulgación científica, liderazgo en una línea de investigación, dirección de proyectos y becarios). La distinción consta de Primer y Segundo Premio para los investigadores elegidos por el jurado.

De igual modo, la Fundación promueve la divulgación científica a través de diferentes canales en pos de alcanzar a diversos públicos que puedan acceder a contenidos de calidad. La Revista Museo cuenta con 35 ediciones disponibles en nuestra página Web y en el repositorio de

la UNLP (SediCi). Allí, se publican artículos de interés general vinculados con las Ciencias Naturales, el Museo y la Cultura. Del mismo modo, en las redes sociales Instagram y Facebook de la Fundación se comparten contenidos elaborados por destacadas personalidades de la casa y del ambiente de las Ciencias; así como novedades de nuestras tareas y datos de interés general relacionados con estos espacios académicos.

Como una manera de continuar con el legado de Francisco Moreno orientado a la divulgación científica, desde el año 2017 se lleva a cabo la entrega del Premio Lahille a investigadores que tengan una probada y vasta trayectoria en ese campo. Dentro de ese marco y con un verdadero espíritu federal, se otorgan también reconocimientos a personas e instituciones que cumplen con ese mismo objetivo a lo largo y ancho de nuestro país; siendo esa distinción un aliciente para seguir fortaleciendo la difusión de las Ciencias y la Cultura. En la misma línea, a partir de 2024 se entrega por primera vez el Premio Francisco Pascasio Moreno a un/una investigador/a de destacada trayectoria en el campo de las Ciencias Naturales.

Las funciones de la Fundación no se agotan en esas tareas, sino que además se centran en acompañar al Museo en todo aquello que requiera apoyo. Es así como se sostiene la publicación de guías, ediciones de libros realizadas por investigadores de la casa, aportes para el mantenimiento de infraestructura o elementos necesarios como sillas de ruedas, innovación tecnológica, y todo aquello que esté al alcance de los recursos gestionados.

Hoy, su Comité Ejecutivo y miembros activos se enorgullecen de acompañar la edición de este libro que enaltece la figura de Francisco Pascasio Moreno, a partir de la obra de su biógrafo y hombre de la casa, el Dr. Alberto C. Riccardi.

La Fundación de Historia Natural Félix de Azara (Fundación Azara) –creada el 13 de noviembre del año 2000– es hoy una de las instituciones dedicadas al estudio y conservación de la naturaleza más importantes de América Latina. Con origen en la Argentina, sus actividades crecen en Chile, Paraguay, Bolivia, Uruguay y sur de Brasil, además de algunas incursiones en Ecuador y Cuba.

En sus años de vida, la institución alcanzó, con actividades de exploración, estudio y popularización de las ciencias naturales, ambientales y antropológicas, logros y una proyección internacional casi sin antecedentes para las entidades latinoamericanas de su tipo.

Sus investigadores han aportado 161 especies nuevas para la ciencia, tanto fósiles (94) como vivientes (67), desde diminutas plantas hasta enormes dinosaurios. Desde sus laboratorios y gabinetes se publican anualmente más de ciento cincuenta artículos científicos, aceptados por las revistas más prestigiosas, incluyendo en la nómina *Nature* o *Science*.

Su importante producción científica –cerca de un millar de artículos, un centenar de libros y de informes técnicos y una veintena de tesis de grado y posgrado– es el reflejo del trabajo comprometido y vocacional de setenta científicos y naturalistas de campo, algunos de los cuales son referentes mundiales de su especialidad.

La Fundación Azara desarrolló y apoyó más de doscientos proyectos propios de investigación y conservación, una veintena en cooperación con investigadores e instituciones de otros países. Brindó apoyo a proyectos de más de cuatrocientos investigadores y naturalistas externos y pertenecientes a diversas universidades, centros de investigación y otras organizaciones no gubernamentales de América Latina. Y firmó, además, un centenar de convenios de coo-

peración, algunos de ellos, para integrar recientemente consorcios con algunas de las universidades e instituciones científicas más importantes del mundo.

Con un equipo humano cuyo denominador común es la vocación, logró, en materia de conservación y manejo de la fauna silvestre, rescatar y atender siete mil animales víctimas principalmente de accidentes viales y del tráfico ilegal.

La Fundación se destaca por su labor en la creación e implementación de reservas naturales, así como en la creación, puesta en valor y gestión de museos regionales de ciencias naturales y antropología, centros de interpretación, geoparques, sitios paleontológicos y arqueológicos, habiendo sumado ciento cincuenta mil hectáreas en áreas naturales protegidas provinciales, municipales y privadas.

En la Argentina propició, entre muchos otros proyectos, la refuncionalización del Centro de Rescate, Rehabilitación y Recría de Fauna Silvestre “Güirá Oga”, en Puerto Iguazú, provincia de Misiones, con el Ministerio de Ecología de esa provincia; la creación del Paisaje Protegido “Delta Terra” (hoy transformado en una reserva natural municipal del partido de Tigre) y su pequeño Centro de Rescate de Fauna Silvestre Rioplatense, en la primera sección de islas del delta del Paraná, provincia de Buenos Aires; la creación de un Centro de Investigación en Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas con la Universidad Maimónides, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; la puesta en valor del sitio arqueológico incaico “El Shincal de Quimivil”, en Londres, provincia de Catamarca, con el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación, el Ministerio de Turismo de la Nación, el Gobierno Provincial y el Municipio de Londres; la creación del Centro de Información de Fauna Marina del Golfo San Matías, en Las Grutas, provincia de

Río Negro y la restauración de la “Casa Jacobacci” para su inauguración como Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas de la Costa Patagónica “Ing. Guido Jacobacci”, en San Antonio Oeste, provincia de Río Negro, en ambos casos con el Municipio de San Antonio Oeste; la creación del Museo Folklorico de Londres, en la provincia de Catamarca, con el Municipio local; la puesta en valor del Parque Arqueológico “La Tunita” en Ancasti, provincia de Catamarca, con el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación, el Gobierno Provincial y el Municipio local; la reinauguración del Museo de Ciencias Naturales y Arqueología “Prof. Manuel Almeida”, en Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos; la creación del nuevo Museo de Ciencias Naturales de Miramar “Punta Hermengo” y de la Estación Científica de Centinela del Mar “Dr. Eduardo P. Tonni” en la provincia de Buenos Aires, con el Municipio de General Alvarado; y la creación del Museo de Historia Natural de San Martín de los Andes en la provincia de Neuquén.

En el año 2004 creó, en la Argentina, los Congresos Nacionales de Conservación de la Biodiversidad, que desde entonces se realiza cada dos años. Organizó además decenas de congresos nacionales y latinoamericanos en otras especialidades.

En su red de colecciones científicas –abiertas a la consulta de investigadores de todo el mundo– resguarda doscientos mil objetos de geología, paleontología, botánica, zoología, arqueología y etnografía.

La divulgación de la ciencia ha sido también un área de trabajo clave de la institución que apoyó importantes documentales como “Jane y Payne”, filmado en la Patagonia Argentina, junto con los defensores del ambiente de reco-

nocimiento mundial, Jane Goodall y Roger Payne. Ha coproducido distintas series audiovisuales con señales educativas, por ejemplo: “Naturalistas viajeros” y “Creando bestias prehistóricas”. Ha desarrollado material didáctico para establecimientos escolares y organizado o auspiciado exhibiciones itinerantes de temática científica que recibieron la visita de más de diez millones de personas en Chile, Bolivia, Ecuador, Perú, Uruguay, Brasil, Colombia, Costa Rica, Estados Unidos, España, Países Bajos, Grecia, Rusia, Bulgaria, Singapur, Estonia, Tailandia, Israel, Hungría y desde luego, la Argentina.

Quinientos mil jóvenes participaron de sus diferentes actividades educativas (talleres, charlas, visitas guiadas, clubes de ciencia). Unos cuatrocientos estudiantes de doce universidades latinoamericanas fueron pasantes y voluntarios en sus actividades científicas y de extensión.

Su denominación rinde homenaje a Félix de Azara, un auténtico ilustrado español del siglo XVIII, precursor de los naturalistas sudamericanos, que se mostró deseoso de adquirir conocimientos y mejorar el mundo que lo rodeaba, como lo manifestó durante su actuación en la región rioplatense entre 1782 y 1801.

El campo de acción de la Fundación Azara en las ciencias naturales, ambientales y antropológicas es concebido de manera integral y con una mirada actual: incluye la exploración, investigación, gestión y conservación de una parte importante del patrimonio natural y cultural latinoamericano. Su objeto de trabajo es la diversidad natural y cultural de uno de los lugares más atractivos de nuestro planeta, el extremo sur de América, el mismo al que Félix de Azara le dedicara casi veinte años de su vida.

<https://fundacionazara.org.ar>
secretaria@fundacionazara.org.ar



DELIVERY de LIBROS:

Comprá online el libro que quieras y recibilo cómodamente en tu domicilio. Envíos a todo el mundo.

www.vmeditores.com.ar

Luego de años de riguroso trabajo, el Dr. Alberto C. Riccardi ha culminado una excelente biografía que viene a saldar de manera ejemplar las miradas parciales que hasta hoy circularon sobre nuestro insigne personaje.

Las Fronteras de Francisco P. Moreno. Exploraciones más allá de la geografía, es un recorrido vital que repone casi un siglo de historia argentina. Perseverante y minucioso en la recolección de datos, el autor nos ofrece la singularidad de una biografía profusa en sus detalles, entramada en una serie iconográfica atrapante: mapas,

planos, imágenes poco o nada conocidas complementan un recorrido histórico riquísimo. Con la virtud de articular mediante la reposición acertada de la palabra de su protagonista: cartas, discursos parlamentarios y reflexiones de Moreno van insertándose en cada capítulo, cada coyuntura y época que el libro reconstruye vívidamente.

Recorrer sus más de seiscientas páginas es sumergirse en el diálogo entre la historia y sus protagonistas. En el que el legado de Moreno emerge robustecido por el metódico y apasionado estudio de su biógrafo.

Luis Mansur

Presidente de la Fundación Museo de La Plata
"Francisco Pascasio Moreno"



AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

M vmeditores.com.ar

